



LUIS G. INCLÁN

ASTUCIA

EL JEFE DE LOS HERMANOS DE LA HOJA
O
LOS CHARROS CONTRABANDISTAS
DE LA RAMA

NOVELA HISTÓRICA DE COSTUMBRES MEXICANAS
CON EPISODIOS ORIGINALES

PRÓLOGO
SALVADOR NOVO

Lectulandia

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama es una novela histórica de costumbres mexicanas con episodios interesantes, algunos amorosos, otros de la vida aventurera, propia de los contrabandistas.

En *Astucia*, sus personajes ambientan un México rústico que está fuera de la política, porque ellos mismos se colocan fuera de la ley que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes. No son, empero, unos facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa y de la transgresión profesional de las leyes.

A Luis G. Inclán le es reservado el privilegio de reconocer en los transgresores organizados de una ley pequeña y discutible, la intuición de aquellos «valores» morales superiores que, expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos, contra un gobierno, una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo.

Lectulandia

Luis G. Inclán

Astucia

El jefe de los Hermanos de la Hoja

O

Los charros contrabandistas de la Rama

Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *Astucia*
Luis G. Inclán, 1865
Prólogo: Salvador Novo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Inclán y sus críticos. El hombre, Inclán. El héroe, Astucia. El México de *Astucia*. Actualidad de *Astucia*.

Inclán y sus críticos

Don Luis González Obregón encabeza cronológicamente la lista de los críticos que hasta nuestros días se han ocupado en valorizar esta novela mexicana de *Astucia* que en 1865 vio la primera luz en dos tomos de modesta tipografía. En su «Breve Noticia de los Novelistas Mexicanos en el Siglo XIX» (1889; p. 24) da (xxii) la de que LUIS G. INCLÁN «escribió una novela de costumbres mexicanas e históricas: *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama* (tomo I, 1865; tomo II, 1866)», y expresa que «Aunque mucho deja que desear esta novela, es, sin embargo, interesante desde el punto de vista histórico».

Don Francisco Pimentel (Obras completas, 1904, tomo v, Novelistas y Oradores Mexicanos) es más amplio, aunque no menos severo, en su consideración de Inclán y su obra. De las cuatro páginas (338 a 341) en que a propósito del empleado en *Astucia* Pimentel dogmatiza acerca de la bastardía del lenguaje o *dialecto* mexicano (cuya adopción por los escritores condena con apenas la salvedad de que «puede admitirse en todo su desenvolvimiento cuando el autor de una novela supone que en ella figuran mexicanos que usan ese dialecto, pero no cuando habla el escritor mismo, en el cual caso sólo es lícito admitir neologismos por conveniencia o por necesidad»), pueden recogerse dos datos: el de que aun en tiempos de Pimentel, *Astucia* era tan popular en México, y agradaba tanto, que era más leída que *El Periquillo*, a quien había destronado hasta cierto punto; el de que (como don Joaquín García Icazbalceta lo entendería muy bien al abreviar largamente en ella para la composición de su *Diccionario de provincialismos mexicanos*) «en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez *dialecto mexicano*, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado». Para Pimentel, *Astucia* no vale lo que *El Periquillo*, que es «más filosófico y la forma es más graciosa, no obstante sus disertaciones pesadas», aunque «*Astucia* contiene episodios interesantes, algunos amorosos, otros son de la vida aventurera, propia del contrabandista, así como rasgos descriptivos agradables, retratos fieles, caracteres simpáticos y ejemplos de moralidad».

El 7 de agosto de 1904, el canónigo Vicente de P. Andrade publicó en el periódico *La Temporada*, de Tlálpam, una carta dirigida a González Obregón que si no contribuye a una más justiciera inteligencia de la obra de Inclán, sí revela un naciente interés en averiguar con precisión el origen, y por ende la idiosincrasia, de un escritor que empezaba a olvidarse ya. Su carta ubica en Tlálpam o San Agustín de las Cuevas la cuna de un novelista de quien más tarde Núñez y Domínguez aclararía que —por importante o por nimio que ello sea en fin de cuentas— nació en el rancho de Carrasco, perteneciente a la hacienda de Coapa, entonces (1816, 21 de junio) de la jurisdicción del Municipio de Tlálpam.

Diez años más tarde, el 3 de enero de 1914, un novelista entonces en la cima del triunfo, don Federico Gamboa, dio en la Librería General de la ciudad de México, una conferencia sobre la «Novela Mexicana», y en ella habló de Inclán y de su novela «de larguísimo título». Aunque le pareció «cansada y difusa», la halló serlo menos que *El Periquillo*, y haciendo a un lado, o dando por descontado, su interés lexicológico, reparó en su vívido y esencial mexicanismo: en su alarde «de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas, congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes; el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos, el que contemplaron nuestros padres y, Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte... los personajes que por entre sus renglones discurren no pueden sernos más allegados, hablan, y piensan y obran a la par nuestra... sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan, y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que sin previa licencia, de letras de molde nos pergeñaron...».

Poco después, en 1918, entre los otros «Estudios literarios nacionalistas» que incluiría en su libro sobre «Los poetas jóvenes de México», José de J. Núñez y Domínguez dedicó a Luis Castillo Ledón las veinte páginas que, consagradas al novelista Inclán, tendrían la virtud de esclarecer su figura y de incitar a literatos y lectores al disfrute y a una nueva valoración de una obra que ya para entonces pocos conocían. «Más afortunado que el padre Andrade» Núñez y Domínguez pudo ofrecer en ese estudio una más completa biografía y un más claro retrato del autor de una *Astucia* que no fue única, aunque sí su más importante obra publicada. Junto a ella, Núñez y Domínguez expone el resto de una bibliografía que incluye:

Reglas con que un colegial pueda colear y lazar, 1860.

Recuerdos de El chamberín, o sea breve relación de los hechos más públicos y memorables de este noble caballo (folleto en verso, 1860 —según Andrade— o 1867 —según N. y D.).

Regalo delicioso para el que fuere asqueroso, hoja volante en versos escatológicos (s.f.).

El capadero de la hacienda de Ayala, en verso, 1872 y finalmente, *Los tres Pepes* y *Pepita la Planchadora*, que permanecieron inéditas, y cuyos originales, con los de cierto *Diccionario de mexicanismos*, o *Gramática mexicana*, Núñez y Domínguez da en seguida la noticia de que se perdieron en un incendio.

Pero en su breve estudio de 1918, el restaurador de Inclán prefiere, a emprender el de la personalidad del novelista, allegar datos para que se realice; y a sustentar

autónomamente un juicio laudatorio sobre *Astucia*, acogerse a la autoridad de Gamboa («Que *Astucia* es un libro digno de leerse por cuanto encierra de verdaderamente nacional, no soy yo quien lo afirma.» Don Federico Gamboa..., p. 83); «Que *Astucia*, como dije al principio, es fuente copiosa de mexicanismos, lo confirma el propio señor Pimentel»... (p. 85). Es Carlos González Peña quien al escribir en 1928 su *Historia de la literatura mexicana* sitúa y define a Inclán con un amor y una inteligencia que tres años más tarde informarían el estudio que con el nombre de «Luis G. Inclán en la “Novela Mexicana”», fue su discurso de recepción como académico —el 21 de agosto de 1931—.

Por tal extremo resulta brillante, completo y sagaz el estudio de González Peña, que el propio descubridor de Inclán que a su tiempo fue Núñez y Domínguez no puede hacer más, cuando en 1945 redacta un prólogo para la edición condensada de *Astucia* que figura como el tomo 57 de la «Biblioteca del Estudiante Universitario», que repetir, ampliándolos un tanto, sus propios datos de 1918, y citar en su mayor parte los aportados y los establecidos por González Peña en su estudio.

El hombre, Inclán

Los datos biográficos de D. Luis G. Inclán allegados al mejor conocimiento de su figura por Núñez y Domínguez son el legado, novelesco él mismo, del propio hijo del novelista. El doctor Juan Daniel Inclán llegó a Papantla por los ochenta, y trabó amistad con su colega el boticario del lugar. Así lo conoció, en la botica de su padre, en que «apenas gateaba», Núñez y Domínguez. Cuando en 1913 volvió a encontrarle en México, ya viejo y achacoso, ya N. y D. había averiguado que el doctor era vástago de don Luis, y estuvo a visitarle varias veces «para oír de sus labios los pormenores de la existencia de su padre. El buen anciano, que enterneciase siempre al verme, me narró con los del suyo los más salientes detalles del pintoresco y agitado vivir de don Luis», y «pocos meses después sucumbió de su enfermedad, en 1915». De los propios labios de su hijo, pues, pudo N. y D. certificar que el novelista nació el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, hacienda de Coapa, del municipio de Tlálpam, hijo de don José María Inclán, administrador de la hacienda de Narvarte, y de doña Rita Goicoechea, mulata sureña. En 1828 ingresó en el Seminario Conciliar —después de haber hecho las primeras letras en una «Escuela Real» a cargo de cierto profesor Miguel Sánchez Alcedón—, donde estudió hasta tercero de filosofía. Resuelto a no seguir adelante, se fugó de la escuela, y comunicó a su padre su verdadera vocación de ranchero.

Para ilustrar este punto importante en la vida del novelista, sus biógrafos acuden al trozo que juzgan autobiográfico, en que el padre de uno de los personajes de *Astucia*, Pepe el Diablo, reacciona ante la decisión anti-cultural de su hijo como debe de haber reaccionado el duro y práctico administrador de la hacienda de Narvarte: esto es, complaciendo los deseos campiranos del joven Luis, y dándole a probar en

seguida la reciedumbre de una disciplina que habría de sacarlo «un campirano regular». Los «estudios superiores» de esta carrera los seguiría más tarde en Michoacán, en un Valle de Quencio que habría de impregnar perdurablemente su espíritu, y a donde le envió su padre a trabajar con el rico latifundista Vicente Retama.

Hijo pródigo, después de siete años de ahorrar en la hacienda de Púcuaro, regresó al rancho de Carrasco. Ya era un técnico. Administró las haciendas de Narvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepetongo, y «los conocimientos prácticos en la agricultura le proporcionaron que fuese designado varias veces a medir tierras y administrar la plaza de toros de esta capital y en Puebla, en la época del célebre torero Bernardo Gaviño».

Establecido en el rancho de Carrasco, donde casó en 1837 —y por viudez prematura, de nuevo en 1842—, la invasión norteamericana de 1847, y la destrucción de sus propiedades rústicas, le obligaron a establecerse en la capital, aun para la mejor educación de sus hijos. Se ganó la vida en la relativamente cervantina ocupación de ejecutar cobranzas. («Cuando aquí me destiné —estuve fincas cobrando — por todas partes andando...») y con el producto de la venta del rancho de Carrasco «compró una pequeña imprenta que tuvo en las calles de León 5 y cerca de Santo Domingo 12, y una litografía, en la cual se hacían imágenes religiosas, en la calle de San José del Real número 7».

González Peña esboza su imaginario retrato cuando este charro metido a impresor, y a quien el canónigo Andrade recordaba «delgado, cargado de espaldas, sus ojos vivos, uno de ellos bizco, usaba sólo patillas, su color moreno, la risa en los labios y su conversación llena de chistes, en medio de cigarrillos que fumaba, lo cual revelaba su carácter alegre... Siempre (fue) firme en sus principios católicos y muy laborioso», ya «frisaría en la sesentena» y era «magro y cargado de espaldas, moreno de color, de ojos pequeñuelos, negros y muy vivos —bien que bisojo a causa de una caída de caballo—, de gran nariz, cejas amplias y bien diseñadas, dilatada y risueña boca por la que retozaba la sonrisa a la par campechana y cazurra del rancharo, bigote y mentón afeitados y barba recortada a la usanza de los charros que vemos en las viejas estampas, de tal suerte que la tal barba le encuadraba —densa y alongada orla capilar— todo el rostro». No era, empero, tan viejo cuando a sus vigorosos 31 años empezó a trabajar en su imprenta, en una actividad que le permitiría al charro prisionero de la ciudad sublimar por la pluma que rechazó en sus años juveniles: propagar su afición y su excelencia: volver embellecidamente a vivirlos, todos los recuerdos de cuanto había integrado su felicidad campirana.

La producción de su imprenta (que González Peña trata de ennoblecer al alabar la oportuna pulcritud con que de ella salió en 1861, al año siguiente que en España, el *Diario de un testigo de la guerra de África* de Alarcón) fue siempre reveladoramente popular y mexicana. En su historia de la tipografía en México, Enrique Fernández Ledesma consigna una séptima edición del *El Periquillo* (1865) y una edición de *El*

Jarabe, Obra de costumbres mexicanas de Niceto de Zamacois (1860) como salidas de las prensas de Inclán. Pero el valor que sobre todo asume para nuestra literatura la circunstancia de que Inclán haya, en apariencia tan casualmente, dispuesto de un vehículo de expresión como su imprenta, estriba en el hecho de que su sedentaria administración, y el haberse por ella puesto en contacto con las fáciles obras que publicaba, reintegrasen a la madurez de su espíritu una disposición literaria que le había repugnado en su infancia, y que a notoria diferencia de tantos de sus culturizados contemporáneos, le hallaba dueño de un tesoro de experiencias vividas que dotaría a lo que escribiese de un vigor y de una riqueza humana y documental superiores a toda estéril perfección académica.

Dos folletos por él impresos en 1860, sobre temas charros, son el prelude de la grande sinfonía mexicana que un poco más tarde atacaría en *Astucia*. El primero —*Reglas con que un colegial puede colear y lazar*— invita a los legos en la «ciencia» de su especialidad de más de veinte años a disfrutar su pericia en ella, con la fervorosa descripción de todos los lances de esta caballería mexicana. En el segundo —*Recuerdos de Chamberín*— deja lo didáctico por lo elegiaco al emprender, en las que González Peña sentencia por décimas «abominables» —y que no lo son mucho más, en realidad, que los versos de Martín Fierro—, la sentida, laudatoria *hipopeya* del admirable Chamberín que había sido en la vida real de este charro su Babieca y su Rocinante.

Cinco años más tarde, amparada por una lacónica, burocrática autorización del Ministro de Su Majestad Maximiliano, saldría de la imprenta de Inclán, en dos gruesos tomos *amenizados* por litografías, *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas*. Un brevísimo prólogo, no solicitado al padrinazgo de ningún importante o consagrado de la época; sino adelantado con tanta modestia como naturalidad por el autor, explica que en sus mocedades, protagonista y narrador fueron buenos amigos, «sirviendo de dependientes en las haciendas de Púcuaro». Se separaron en 1838 y no volvieron a verse sino hasta 1863. «Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad». Dónde y cómo haya un Inclán de 46 años advenido a la revelación del Héroe *Astucia* si en la anecdótica, vulgar realidad de un encuentro y de una confesión, o por el maduro y artístico milagro de una gestación de todos sus recuerdos al polarizar en una vivencia que habría de cautivarlo durante largas noches en la creación sinfónica de una *epopeya* mexicana, es un dilema por el segundo de cuyos términos prefiero inclinarme.

El héroe, Astucia

El cine —crisol y basurero— ha popularizado el estereotipo de un «héroe» físicamente atractivo que en la persecución de un módico ideal hogareño, se enfrenta denodadamente al villano encarnado por el rival, las fuerzas de la Naturaleza o —

algunas, raras veces— la injusticia social. Sí, ciertamente, los ideales de Astucia no son más elevados cuando mueven su acción cinematográfica, sí asumen formas que les imparten un singular mexicanismo. En la modestia de los resortes que impulsan su autonomía, difiere de los grandes héroes de la literatura y de la leyenda, pero cifra la autenticidad de su tipo. Halla en él su primera, discreta voz el mexicano conforme con poco, siempre que ese poco sea suyo y pueda disfrutarlo en libertad: «Muy bien conozco —dice a su padre— que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre». Y agrega —vago, informe preludio de una inquietud revolucionaria que no ha hallado mejor definición; y eco de una insurgencia que su viejo padre personificaba—: «Me puede mucho que porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro que entre otras cosas me decía que “servir es ser vil”».

Contra esta firme decisión, nada pueden aquellas advertencias que el padre de este Hijo Pródigo no formula sino porque siente que es su deber, y a las que Lencho replica con sencillez:

Lo que a mí menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena; me causa horror la esclavitud, habilítame usted con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios a buscar mi suerte.

Así ocurre la primera salida de este joven Quijote. No es sino en la segunda, vapuleado por la mala fortuna, cuando habrá de descubrir las ventajas de la asociación, y de empuñar por mágico escudo la divisa comunicada por su padre: «Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión.» Probado ya el temple de este rústico Rodrigo, Diego Laínez trueca las objeciones a su partida por consejos prudentes. Se mira en él, este viejo honrado a quien tantas veces «aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente». No le ha dicho que no se vaya. Ha cumplido con hacerle advertencias, y cumple ahora con bendecirle y con entregarle —como una antorcha que habría de pasar de mano en mano— sus viejas armas: «Llévate mis trabucos, tiene buenas lumbres y son de mucho alcance, consévalos como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos... Anda, saca mi caballo prieto y llévatelo enfrenado. Nunca dejes de tener listo un caballo de mano; a esta prevención debo yo la vida.»

A partir de este instante, el héroe Astucia, vuelto el jefe de los Hermanos de la Hoja, ampliará su ideal y sus responsabilidades a la fraternidad que encabeza. Pepe el Diablo, Chepe Botas, Tacho Reniego, El Tapatío y el Charro Acambareño serán, a sus hábiles órdenes, «todos para uno y uno para todos». Atrás —Jimena nunca desposada— quedará Refugito, aventura romántica de su adolescencia. Una Amparo de simbólico nombre le aguardará a la distancia, para dar un centro doméstico y una

descendencia, a la irradiación final del servicio que el héroe Astucia empezó por prestar a su personal autonomía, extendió a la fraternidad de los contrabandistas, y extintos ellos, pudo aún rehacerse y cumplir, el rebelde a toda autoridad arbitraria, en el mundo modesto de su comunidad mexicana.

Los grandes héroes legendarios murieron jóvenes y célibes. Como el Cid, Astucia alcanza larga vida. Todavía Inclán —su creador, su tabernáculo— lo mira con los ojos del alma vivir dichoso en el encantado valle de Michoacán.

El México de Astucia

Mientras el joven Luis G. Inclán, como una simiente en la que habrá de germinar el árbol frondoso de su novela, impregnaba en la tierra mexicana de Michoacán la gloria libre y sencilla de sus veinticuatro años, llegaba a México el talento agudo, observador, la sensibilidad femenina y europea de la Marquesa Calderón de la Barca. Las «Cartas de Relación» de este nuevo, cortesano Cortés con faldas, que en vez de conquistar a México vino a verse cautivada por él, nos han legado una vivida imagen de aquellos años, tal como transcurrieron ante los ojos y la experiencia de una mujer culta y curiosa que residió dos intensos de ellos en una capital que en gran medida seguía siéndolo, a pesar de la proclamada Independencia, de la Nueva España. El mundo de la Marquesa Calderón de la Barca, su México, es el de los conventos, los saraos, los teatros, los *week-ends*, en Tacubaya, las temporadas de San Ángel, el juego de San Agustín de las Cuevas, la Semana Santa en Coyoacán, la feudal opulencia de Adalides y Cortinas. Sólo ocasionalmente se pone ella en contacto con una vida rural de México que, aun en esos casos, mira desde la altura de su posición, asombrada ante la empero respetuosa familiaridad de amos y criados, tomando certera nota de los rasgos indígenas o, en ciudad y campo, de la tradicional «cortesía mexicana», tan extremada y melosa. Por sus cartas discurren las figuras de los políticos o de los literatos de la época, y entre la narración de tiroteos y asonadas, vibran los estertores de la lucha entre centralistas y federalistas cu que llega hasta la ciudad el eco remoto de un campo inconforme y desorientado.

No es éste, ciertamente, el México en que por esos mismos años se impregnaba el espíritu, y se fortalecía el cuerpo, del charro Inclán, y en el que —desde una capital que lejos de haber dejado de ser corte, alojaba a la de Maximiliano— el ex-charro, el impresor Inclán, haría vivir al héroe de Astucia. Es —complemento suyo— su reverso rural. Si hasta la observación de la Marquesa solían llegar efluvios del campo mexicano, hasta la experiencia de los Hermanos de la Hoja solía llegar la hez capitalina en la persona, por ejemplo, de una «Amalia la Bulli-bulli» que se jactaba de trotar ministerios y disfrutar influencias palaciegas. Pero por lo demás, y hasta el final momento en que su exterminio entrega al héroe en la sórdida telaraña de la justicia, y le pone en contacto con autoridades y gobernadores, los personajes de *Astucia* ambientan un México rústico que está fuera de la política —porque ellos

mismos se colocan fuera de la ley— que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes. No son, empero, unos facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa, y de la transgresión profesional de las leyes. Le sería reservado a Payno el privilegio de mostrar, con sus *Bandidos de Río Frío*, que los extremos del gobierno y del bandidaje no sólo se tocan, sino que suelen coincidir y entenderse. Fue de Inclán el de reconocer en los transgresores organizados de una ley pequeña y discutible, la intuición de aquellos «valores» morales superiores que expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos contra un gobierno, contra una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo, y la contextura moral y humana de los cuales no resiste comparación con ninguno de los Hermanos de la Hoja.

Sus padres (por los que guardan una veneración y una obediencia que asombró en la ciudad a la marquesa Calderón de la Barca; que puede a nuestros ojos ayancados parecer pueril y excesiva, pero que no es sin duda el menos valioso de los rasgos de mexicanismo subrayados por Inclán en una novela en que los libérrimos contrabandistas no se casan sin la exigente aprobación de su «viejo») fueron insurgentes. Esto es, en su juventud, pelearon contra un gobierno —el español— que era insatisfactorio. Alcanzada la Independencia —¿cómo entender que los viejos insurgentes autorizaran a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe e insatisfactorio como aquel extranjero que sus armas habían derrocado? Las ambiciones de la fraternidad de la Hoja eran, a su mayor medida, tan legítimas y modestas como las que habían lanzado a Lencho a buscar su emancipación por el comercio, su libertad por la abdicación de una cultura cuyas complicaciones repugnaba. Querían comprar y vender en paz su tabaco, sostener a sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una *festejada*. Se conformaban, mexicanos, con poco, siempre que ese poco fuera realmente suyo y pudieran gozarlo en paz y sin prisa. Es la ley y es la estructura social la que yerra. Una Calderón de la Barca podía saber en dónde, de aquella oscilación centralista-federalista; de aquellos preludios de nuestra absorción por una civilización ambiciosa, práctica, industrialista, yanqui en fin, que tendería a cebar la podredumbre de las ciudades a costa de la eglógica pureza del campo, residía el mal. Los charros, hijos de insurgentes, no podían sino intuirlo, insurgir a su modo, lanzar un nuevo grito de independencia cuyas notas más puras volverían a escucharse muchas veces —sordas, amorfas, intuitivas— en la rebeldía intermitente de los campesinos que en nuestro siglo siguieran aspirando al ideal modesto de disfrutar en paz de sus tierras y del fruto de su trabajo.

Los personajes de Inclán ignoran hasta el nombre de los encumbrados políticos que allá, en la ciudad de la «Bulli-bulli», rigen y aderezan el mundo irreal y lamentable de sus papeles, sus discusiones, sus intrigas. Inclán los conoce, pero no descende a nombrarlos. Sabe cuán fútil, transitoria, postiza, efímera, es su

contribución a la que él tiene —en su experiencia— por verdadera y propia felicidad de los mexicanos. No es su rango menos elegante y genial el de haber residido en la capital: el de haber visto desfilar, como lo evoca González Peña, frente a su papelería, a los importantes de su época que ni siquiera le miraban, sin contaminarse en sus miopes problemas, sin uncirse en su atención, gloriosamente persuadido de que no es el retomo rousseauniano a la Naturaleza, sino la fidelidad hacia ella, lo que fragua el carácter y forja la dicha auténtica y perdurable del mexicano: en su campo abierto y fecundo, con sus mujeres que saben guisar y coser, con sus «escuintles» —y con sus animales—. Su «Sultán» —y su «Chamberín»—.

A este México, del que no se debió salir nunca, es siempre juicioso tiempo de volver. Cuando Astucia y Amparo persuaden al viejo licenciado a abandonar un cargo público mezquino y odioso; a romper con mamotretos y libros que le han acabado vigor y salud, para rehacer su vida en el glorioso primitivismo de una hacienda: en el fecundo contacto con una Naturaleza que ha dotado a la pálida Amparo de una vigorosa belleza, Inclán ha creado (y es insensato dogmatizar que sin saberlo) a un Adán y a una Eva mexicanos, y ha puesto en su muda invocación el Mensaje y el Credo filosófico que destinaba a la meditación siempre actual de sus descendientes.

Actualidad de *Astucia*

Se comprende, hasta cierto punto, que la vestidura verbal, la «forma», de esta novela, haya detenido a los críticos en una más profunda captación de su espíritu. Una disciplina académica a lo Pimentel acarrea inexorablemente el riesgo de exigir a los hombres, para reconocerles por tales, que vistan frac o americana en vez de plumas, chamarra o taparrabo. Con fundamento en la pobreza desmañada de su lenguaje (de que se han recogido, como curiosidades de valor simplemente folklórico, giros y expresiones), se ha sentenciado que *Astucia* cae por debajo de los requisitos que la harían una obra de arte.

Conviene, a mi juicio, señalar para conciliarla por la eliminación del sofisma implícito en uno de sus términos, la flagrante contradicción que se incurre cuando por una parte se admite el valor de fondo de esta novela, y por la otra se menosprecia y se lamenta la invalidez académica de su forma. Los personajes de Inclán son mexicanos. Él mismo es sus personajes. Porque habla su lenguaje; porque se ha impregnado en su forma, ha sido capaz de asimilar, y de polarizar, su espíritu. Sustraerse a ellos, a su expresión, habría equivalido a desvincularse, a divorciarse de su pensamiento y de su sensibilidad: a darnos una imagen objetiva y falseada de lo que era para él tan subjetivo como (si resolvemos despojamos del prejuicio gramatical) habría de serlo para nosotros mismos. Si se le reconoce el derecho artístico a componer un vasto cuadro de costumbres con personajes tomados de la realidad, y en ello se encomia su mérito, éste sube de punto cuando se reflexiona que para hacerlo, Inclán ejercitó con valentía el concomitante derecho literario a emancipar el instrumento de su

expresión, como, y al mismo tiempo que, emancipaba a sus sujetos de una dependencia española de la cual, en forma y en espíritu, novela y personaje, lenguaje y caracteres, esencia y presencia, conservarían tan sólo aquello que en sangre y lengua España había aportado a la gestación de este hijo suyo nacido en un nuevo mundo que era ya, igual y diferente, el mexicano. Con la madurez espiritual de nuestra nacionalidad, Inclán, al escribir como lo hizo, reconocía, si no quiere admitirse que la superioridad, la sazón del idioma propio en que ella se expresaba.

Introvertido por esencia, el mexicano atesora en el subconsciente la mejor parte de su espíritu. Las palabras, la puntuación, la sindéresis con que la conciencia culta concierta sus tratos y sus relaciones sociales, y que imponen su dominio al espíritu de quien las maneja, son en boca del mexicano simples puentes cuya estructura subordina a la necesidad ondulante de una comunicación subconsciente apta a quebrantar toda norma establecida por los demás, a alterar o substituir el significado ortodoxo de los vocablos, a innovar el lenguaje y a fluir sin puntuación, o con ella arbitraria, en una anárquica ebullición de imágenes, ideas, impresiones, deseos. Que cuando este mecanismo habitual de la subconciencia, y este caudal ingobernable de su fluir, se incorporan artificialmente a la literatura, con ello se labra una obra de arte, lo prueba el *Ulises* de Joyce; que entre el pueblo de México es así como se realiza la comunicación verbal, lo demuestra el hecho de que aún hoy, casi a un siglo de distancia de Inclán y de Astucia, nos sorprenda la actualidad de su lenguaje, conservado en el pueblo, y la perduración de un mecanismo espiritual de ladina deformación de las expresiones que aún preside el caló popular; de que González Peña en su estudio subrayó buena copia de ejemplos, y que hace parecer dicha hoy mismo, por algún cómico de carpa, una maliciosa frase como ésta: «Yo te cantarines con quién querubines casaca, esa tepistoca.»

No es, empero, la injustamente estimada singularidad de su forma lo que reviste de una fresca, perdurable actualidad a esta novela mexicana. Es sobre todo, en esta hora en que lo auténtico mexicano sufre el embate de todas las influencias, y su espíritu la solicitud de todas las desorientaciones, su diluido, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra: su credo de sencilla felicidad campirana: su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio, lo que hace de Astucia el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán nuestro mayor novelista, y de la obra que el lector se dispone a saborear, una que ningún mexicano debería desconocer.

*

Este prólogo fue escrito para la edición de *Astucia* impresa en tres volúmenes por la Editorial Porrúa en 1946 —edición a la fecha agotada—.

Ahora que la hermosa novela va a ponerse al alcance del público, en un solo tomo y a mucho menos precio en la colección Sepan cuantos, nada tengo que agregar ni

rectificar en él. Lejos de amenguar, se ha acendrado mi admiración por esta obra fundamental de nuestra literatura. Y en mi afán de comunicar sus valores a las generaciones nuevas, basé en *Astucia* una pieza teatral que fue estrenada en el Palacio de Bellas Artes el 12 de julio de 1948. Dirigida entonces por mí, alcanzó 53 representaciones, concurridas por 135,500 espectadores, en funciones de «Teatro Infantil» dedicadas a alumnos de las escuelas.

El pasado año de 1965 subió nuevamente a escena en el propio Palacio de Bellas Artes y con igual fortuna mi adaptación teatral de la obra de Inclán —esta vez en celebración del centenario de la aparición de la novela. La inclusión del personaje de Inclán como narrador, fue una de las modificaciones —muy leves las demás— que introduje en el texto original de 1948. Esta segunda puesta en escena corrió a cargo del joven director Óscar Ledesma.

SALVADOR NOVO

Astucia

MINISTERIO DE GOBERNACIÓN

SECCIÓN TERCERA

México, Febrero 21 de 1865.—De conformidad con lo solicitado por V. en su ocurno de 16 de Noviembre último, S. M. el Emperador ha tenido a bien declararle la propiedad literaria de la obra titulada ASTUCIA EL JEFE DE LOS HERMANOS DE LA HOJA O LOS CHARROS CONTRABANDISTAS DE LA RAMA, en los términos prevenidos en los artículos 2.º y 8.º de la ley de 3 de Diciembre de 1846, depositando en el Ministerio de Justicia dos ejemplares de la obra según lo dispone el artículo 14 de la citada ley. —Por el ministro de gobernación, el subsecretario, FRANCISCO P. VILLALOBOS.—Sr. D. Luis Inclán.

Prólogo

No hace mucho que existió la célebre asociación de los Hermanos de la Hoja, compuesta de varios sujetos determinados a afrontar los continuos peligros a que están expuestos los contrabandistas, denominándose así porque su comercio lo hacían con la hoja del tabaco, conocidos con ese título, o el de Los charros contrabandistas de la Rama.

Al hacer mención de los expresados Hermanos de la Hoja, no se entienda que trato de celebrar el hecho de comerciar con un efecto prohibido, ni aplaudir esa manera de hacer fortuna tan justamente reprobada por gentes de buen criterio. Mi objeto es publicar los episodios de aquellos rancheros que por desgracia la generalidad ha confundido con los ladrones y bandidos, cuando no fue sino todo lo contrario; perseguían de muerte y colgaban sin mucha ceremonia a cuanto bandolero encontraban en su camino. Infundiéndoles terror los ahuyentaron de varias de sus madrigueras, y haciendo a un lado la clase de comercio que a costa de mil peligros eligieron, nunca dieron otra nota de sus personas y eran muy queridos, respetados y aun celebrados de cuantos los conocían.

En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano, y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media entre los fuereños, en donde ajenos de los fungimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respetos, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.

A esa clase de hombres pertenece el protagonista de esta corta historia que, con el sobrenombre de ASTUCIA, fue el jefe de los Hermanos de la Hoja.

En nuestra mocedad fuimos buenos amigos, sirviendo de dependientes en las haciendas de Púcuaro. Nos separamos en 1838 y no volvimos a vernos hasta 1863.

Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad; mutuamente nos dimos cuenta de nuestra vida en los veinticuatro años transcurridos; y al ver las extrañas aventuras de mi buen amigo, lances críticos, fuertes compromisos, tristes desengaños y otras vicisitudes a que sólo con su constancia, viveza, valor y fuerza de voluntad pudo afrontar y salir bien librado — después de quince años de estar con la vida vendida—, lo comprometí a que escribiéramos su historia para publicarla.

En esta inteligencia, relataré sus casos tal y como acontecieron, valiéndome de su propio dialecto para no desfigurar los hechos, omitiendo preludios, pinturas poéticas, elevados pensamientos y demás disertaciones, sino que en los términos sencillos y naturalidad de nuestras costumbres van puestos sus propios raciocinios que justifican la verdad.

Ajeno de bastardas aspiraciones dedico esta obrita a mis numerosos amigos, y

principalmente al PROTAGONISTA que generoso me ha suministrado datos, pormenores y apuntaciones originales.

Si consigo que tenga aceptación, quedarán satisfechos los únicos deseos de

LUIS G. INCLÁN

Capítulo I

Lencho el Perverso. Don Primitivo. El pupilo. Precipitada fuga. El perdón

Don Juan Cabello fue en su mocedad uno de los más decididos insurgentes de los muchos que se levantaron en el valle de Quencio, militando bajo las órdenes de los señores Rayones, licenciado don Ignacio y general don Ramón, dando siempre mil pruebas de valor, y como la generalidad de los buenos patriotas de su época, sacrificó por la independencia de su patria su florida juventud, su sangre y bienestar, retirándose a la vida privada en 1822 a buscar de nuevo su subsistencia en los trabajos del campo.

Desde aquella fecha tomó en arrendamiento el rancho nombrado de las Anonas, situado al pie del cerro de Coporillo, entre los pueblos de Tuxpan y Jungapeo, jurisdicción de la villa de San Juan Zitácuaro, perteneciente a las haciendas de Púcuaro en el valle de Quencio, tierra caliente de Michoacán.

Aunque era corta la extensión de su rancho, la constancia, economía y asiduo trabajo le proporcionaban lo suficiente con que medianamente mantener a su familia, siendo muy querido y respetado de los vecinos.

En 1834 era un hombre de más de cincuenta años, con el pelo y barba cana; resentido de algunas heridas que tuvo en su carrera militar, estaba extenuado; su alta estatura comenzaba a doblarse, no tenía mayor fuerza en las piernas; era hombre muy serio, de pocas palabras, muy atento, y sobre todo muy amante de su familia. Como viejo campirano era afectísimo a ensillar caballos jóvenes y briosos, y tenía especial gracia para arrendarlos y educarlos hasta dejarlos sumamente mansos, y útiles para lo que se necesitaban.

Aunque había tenido una numerosa familia, en la época a que me refiero era viudo, y sólo le habían quedado una hija que fue la mayor llamada Ana María, de veintiocho años, estaba casada con Ángel Rosas, un ahijado de don Juan que se crió en la misma casa, de más de treinta años de edad, y un joven de veinte años llamado Lorenzo, que como único hombre que se les había logrado, fue sumamente consentido de sus padres, y principalmente de la señora, que se desvivía por darle gusto a su hijo, que abusando de su cariño fue creciendo a sus holguras, satisfaciendo sus caprichos y dedicándose a cuantas diabluras le sugería su genio indómito, hasta hacerse singular por sus travesuras y malcriadeces.

Lorenzo, a quien por aprecio decían *Lencho*, tenía largos doce años, y apenas conocía una que otra lección del libro segundo, algo de doctrina, y las oraciones cotidianas. Su padre, con el mayor sentimiento, lo veía ir creciendo en la más

estúpida ignorancia, se le ponía serio, le daba sus buenos latigazos; pero tomaba la madre la defensa, y por no darle a su esposa en qué sentir, dejaba las cosas en tal estado. Lencho estaba uno o dos días muy curtido hojeando el libro, y al menor descuidito volvía a sus acostumbradas maldades, largándose al cerro a jinetear becerros, poner trampas a los jabalíes, o lazar cuanto animal encontraba, o se iba al río a nadar, capitaneando siempre una punta de muchachos de las rancherías, emprendiendo difíciles y arriesgadas empresas, tal como torear lagartos, buscar chinapos en el fondo de las pozas, perseguir coralillas, apostar carreras con alacranes que guardaba en una redoma, saliéndose siempre con llevar al cabo sus proyectos, fiado en que tenía fuerzas que con buen éxito diariamente ejercitaba, desarrollándose sus miembros y musculación de una manera admirable, con asombro de sus compañeros, que celebraban sus hechos de barbarie de que estaba orgulloso.

Ya iba a cumplir trece años, cuando una fatal desgracia perturbó su vida silvestre y licenciosa: murió la madre después de sufrir graves padecimientos, acabaron los chiqueos, lo tomó la hermana por su cuenta y fueron inútiles sus esfuerzos; despreciaba Lencho sus consejos, no hacía caso de las lecciones, y si le reconvenía se mofaba de sus amenazas, le daba buenas cóleras, le cogía las manos, y no dejándola moverse se burlaba de su maestra diciéndole: —Ya está, Ana *hueche*, no se enoje, no me vaya a echar una rata muerta, no haga berrinches, chula; mira, hermanita, no me atormentes, déjame gozar de mi Abril y Mayo—, y la chongueaba, requebraba y mortificaba hasta que hacían las paces, o la dejaba más enojada. Venía don Juan, ella se quejaba, y le daba a Lorenzo unas entradas de latigazos, reatazos o palos, que por algunos días lo tenían lastimado, lleno de moretones, haciendo el libro pedazos por no aprenderlo, volviendo a sus diabluras luego que tenía oportunidad.

Ya no era posible disimular las continuas quejas de sus travesuras, no había res descornada, burro renco, ni otros animales averiados que no hubieran sido víctimas de Lorenzo, de manera que todos lo conocían y designaban con el sobrenombre de *Lencho el Perverso*.

No hallando qué hacer su padre con él, se fue a ver al señor cura de Zitácuaro que fue su padrino, diciéndole:

—Ya no puedo sufrir, señor compadre, a su ahijado Lorenzo; el muchacho, a pesar de su corta edad, es tamaño jarocho, muy garrudo; y como la difuntita lo crió tan consentido y licencioso, temo que el día menos pensado hasta a mí se me pare de gallo; ya tiene más fuerzas que yo. Y es de tal condición, que aunque lo majen a palos no suelta una lágrima ni exhala una queja, se pone muy colorado, no me chista una palabra, por lo que no es difícil que salte las trancas. —Y contó todas las gracias del niño, terminando con que iba a que le diera un consejo antes de que su hijo se acabara de pervertir, pues, según los pasos que llevaba, saldría un buen pícaro de primera.

—En qué poca agua se ahoga usted, compadre —le respondió el cura—; tenemos aquí un excelente preceptor, que con decirle que fue jesuita, ya está dicho todo: estudia el carácter, inclinaciones y capacidad de sus discípulos, y sin que ellos lo

sientan los va educando con tal modito y dulzura, que ninguno se le malogra. Vamos a verlo, y si a pesar de poner los medios que están a nuestro arbitrio, ese arbolito no se endereza, que no nos quede el desconsuelo de no haberlos aplicado a su tiempo.

Se fueron a ver al preceptor don Primitivo Cisneros, lo impuso el cura de su pretensión, recomendando el asunto como propio, estuvo tomando mil informes de don Juan de cuanto le pareció conducente, meditando con detenimiento hasta en los pormenores más insignificantes, y de repente exclamó lleno de gozo restregándose las manos:

¡Magnífico!, ¡magnífico!, así me gusta coger a mis muchachillos, cerreritos, como dicen los rancheros, que no hayan adquirido maña ni resabio; pero para poder poner en planta el plan que me propongo, necesito de su ayuda señor don Juan. Es preciso que no haga usted más que lo que le prevenga, sin separarse un ápice de mis instrucciones. Tráigamelo sin hacerle ninguna prevención, y en el paraje que juzgue más a propósito, háblele usted en estos términos, que según sea el efecto que nos dé esta prueba, le diré francamente mi opinión. Si, como me lo prometo, surte buen resultado, Ir aseguro, amigo mío, que haré de ese jovencito lo que yo quiera, pues la cuerda que voy a pulsar jamás se revienta. Quiero dominarlo de adentro para fuera, despertar sentimientos que no conoce para aprovecharme de ellos en su propio bien; quiero que sienta una emoción que le llegue al alma, ya que los sentimientos del cuerpo los ha embotado usted a fuerza de sus majaderos castigos; en fin, si tiene usted vanidad en saber domesticar pulidlos y sacar caballos de primera, yo la tengo en educar muchachos y formar hombres de honor y bien inclinados.

Convenido en lo demás del pupilaje, se despidieron muy contentos.

El día menos esperado le dijo don Juan a su hijo: «Vístete con tu ropita nueva, vamos por ahí.» Se lo echó en las ancas de su caballo y tomó el camino de la villa sin hablar una palabra. Él, a pesar de su inquietud, no se atrevió a preguntar al verlo tan serio y meditabundo, suponiéndose mil cosas muy contrarias a la verdadera causa de su viaje.

Cuando llegaron al puerto de Ocurio le dijo su padre:

—Apéate y escucha, Lorenzo: ¿qué es aquello que blanquea al pie de este cerro y se distingue entre tan espeso bosque?

—Es la iglesia de Jungapeo, señor padre.

—¿Y no te trae a la memoria algún triste recuerdo que te debe ser venerado?

—¡Ah!, sí, señor: allí está enterrada mi difunta madre.

Y sin poderse contener se le inundaron los ojos de agua y comenzó a llorar.

También apareció el llanto en los ojos de don Juan, pero disimulando mucho, hizo un esfuerzo y prosiguió diciendo:

—Ya es tiempo, hijo mío, de que reflexiones en tu porvenir; tu consentidora madre ya no existe, yo estoy bastante enfermo y achacoso, no quiero dejarte hecho un ignorante, me he determinado a ponerte en la villa de pupilo para que te eduquen; pero antes deseo saber tu voluntad para evitar que se pierda el tiempo y el dinero.

Ofréceme por la memoria de tu madre ser desde este instante un hijo obediente, manejarte con juicio y aplicación, yo estoy resuelto a sacrificar todo cuanto tengo por tu bien. Pero si no te encuentras capaz de cumplir tu palabra y estás bien hallado con la vida licenciosa que has llevado hasta ahora, toma tu portante y coge cualquiera de estos caminos que miras aquí; vete bendito de Dios a buscar madre que te envuelva, yo te abandono a tu propia suerte, no quiero en mi casa vagos ni sustentar holgazanes que me acaben la vida y originen mi deshonra. Resuélvete.

Y separó su caballo unos cuantos pasos.

Estas breves, serias y bastante claras palabras dichas con energía, aterraron al disipado Lorenzo, eran las primeras que le hacían tener reflexión; el recuerdo de la memoria de su madre que lo había enternecido, cooperó demasiado para darle a conocer su situación; dirigía la vista a la iglesia y se convencía de que ya no tenía quien abogara por él, volvía la cabeza presuroso al menor ruido que hacía el caballo de su padre, figurándose que iba a partir y lo dejaba abandonado en aquel páramo; se le figuró que desde el fondo del sepulcro le decía su madre con voz suplicante: «*Obedece a tu padre, Lencho, obedécelo.*»

Se limpió las lágrimas, que con abundancia derramaba, con el anverso de la mano, exhaló un profundo suspiro mirando para Jungapeo, diciendo entre sí:

—¡Descanse en paz, madre mía! Adiós.

Volteó precipitado, se quitó el sombrero y acercándose a su padre le dijo con entereza:

—Haga usted de mí lo que guste, señor padre: lléveme su merced de pupilo.

Don Juan por única contestación quitó el pie del estribo, subió Lorenzo en las ancas, metió espuelas al caballo, diciendo lleno de gozo: «*Marchemos.*» Lorenzo, siguiendo los impulsos de su corazón, abrazó a su padre por la espalda apretándolo con dulzura y exclamando:

—Jamás me desprecie, padre mío.

—Eso depende de ti, ya sabes mi determinación —le contestó don Juan—, tu proceder normará el mío.

Esta espontánea muestra de amor filial fue sin duda el primer sonido de la cuerda que don Primitivo quiso pulsar.

Llegaron a la villa, y desde el instante que don Primitivo vio el semblante alegre de don Juan y el compungido de su hijo, se daba solo el parabién.

—Aquí tiene usted a su discípulo, caballero —dijo el padre presentando a Lorenzo—; desde este instante le delego todas mis facultades, y aunque lo mate quedaré conforme con el fierro y las orejas.

La presencia seria y venerable del preceptor infundió respeto al discípulo, y las últimas palabras de su padre algún terror que se disipó como el humo luego que don Primitivo, abrazándolo, dijo con bastante formalidad:

—Está usted equivocado, señor don Juan, yo no soy matamuchachos; desde este momento este jovencito es mi hijo, y yo creo que dócil a mis consejos, recibirá bien

mis lecciones; desde luego me ha causado la mejor simpatía y no dudo que se hará digno de mi paternal amor. Creo que hasta ahora no ha salido mal mi juicio, y esa cuerda bien templada, amigo mío, jamás se revienta, yo le respondo a usted del éxito si me ayuda.

Después de un rato de conversación que le pareció al discípulo de cosas indiferentes, se despidió don Juan; Lorenzo le besó la mano con mucho respeto, don Primitivo salió a acompañarlo hasta el zaguán, mientras que arrimándose Lencho a la ventana que daba para la calle, veía con los ojos preñados de lágrimas ausentarse a su padre. Volteó éste la esquina, y antes de perderse de vista saludó por último al preceptor, y recibiendo aquella despedida su hijo como para él, correspondió con una mano sacando la cabeza por la ventana y diciendo con balbuciente voz interrumpida por sus lágrimas:

—¡Adiós, padre de mi corazón!

Y se metió bruscamente, empeñado en limpiarse el rostro para que su maestro no lo viera estar llorando, diciendo para sí:

—No vaya a decir este señor que soy Mariquita con calzones, un amujerado, un...

Don Primitivo se entretuvo afuera, y mientras, Lorenzo comenzó a fijar la atención en todo cuanto le rodeaba; al contemplarse en casa ajena, en aquella pieza mediana llena de libros, le parecía que no podía respirar, que le faltaba el aire; la reja de la ventana le infundía pavor y se figuraba encarcelado en la más dura prisión sin atreverse a salir al patio y sumergido en mil tristes pensamientos. Entró su maestro, y advirtió su empeño en que no lo viera llorar, y dijo para sí: —¡Magnífico, magnífico! Este muchacho tiene amor propio. —Y prosiguió en voz alta diciendo:

Ven, hijo mío, te voy a presentar a mis hermanas, a que tomes posesión de tu casa, y luego iremos por ahí a hacer algunas visitas después de que tomemos el chocolatito.

Y designándole otra pieza separada, prosiguió:

—Aquella es nuestra recámara, he mandado poner tu cama en mi mismo dormitorio, porque, hijito, quiero tener en ti un compañero de toda mi confianza.

Entraron a la sala donde estaban las señoras con cinco o seis chiquillas que eran también pupilas y medio pupilas, le hicieron a Lorenzo mucho aprecio, y tomándole su maestro un brazo les dijo en tono de chanza:

—Ahora sí, niñas, ya no me atraparán; aquí tengo en este garrudo joven un fuerte apoyo; volveré a frecuentar mis tertulias sin volver por ahí cayendo y levantando, por la falta de vista y debilidad de mis piernas. Sí señor, las mujeres son de la casa, los hombres somos de la calle; con que dennos nuestro caracas, rezaremos el Rosario, y nos vamos por ahí a estirar las cuerdas. —Estas expresiones consolaron algún tanto a Lorenzo, y ya se consideró menos preso.

La franqueza de don Primitivo, la confianza con que las señoras empezaron a tratarlo, le fue haciendo menos pesado el tiempo. Se lo llevó el maestro a visitar al señor cura que era su padrino y a quien, después de que lo apadrinó, no había vuelto a

ver más que una que otra vez hacía ya tiempo, por lo que don Primitivo hizo que lo reconociera, entrara en relación, y así fue presentándolo con todas sus amistades que eran nada menos que con la gente principal de la villa.

Todos los días se levantaban temprano, lo hacía que se aseara, luego se lo llevaba a misa, volvían a la casa a desayunarse; en la escuela lo sentó en su mesa, y mirando que los muchachos se sonreían de verlo tan grandote en el libro segundo, y que él impaciente se abochornaba, le dijo:

—Aquí en la escuela me servirás de ayudante para guardar el orden, y allá en la casa estudiarás para que no te cause vergüenza que otros más chicos sepan más que tú. Procura aplicarte para que puedas corregirlos y tomarles las lecciones.

Sin embargo de que su maestro hacía lo posible para distraerlo, y en la casa continuamente lo ocupaban las señoras hasta el grado de hacerse necesario para todo, él siempre tenía su idea fija en ver cómo aprovechaba una ocasión para fugarse, pues acostumbrado a respirar el aire libre del campo y estar en continua agitación en sus travesuras, era imposible que desde luego se efectuara en él un cambio completo. Muchas veces se le ocurrió largarse para su casa y prescindir de aquella vida tan opuesta a su conducta anterior; pero el temor de pasar la sierra solo, la cólera de su padre que naturalmente debía de provocar un castigo, y la vergüenza de que dijeran sus nuevos conocidos que era *juilón*, como él decía, lo contuvieron. Por fin, un día se encontró con unos vecinos de Jungapeo que fueron al tianguis, le ocurrió acompañarse con ellos, y esa tarde, luego que cerraron la escuela, se le ocultó a su maestro y arrancó a alcanzarlos con tal gozo de verse solo en el campo, que entorpeciéndosele los sentidos no pensaba más que en correr a todo su gusto por aquellas laderas. Cuando llegaron al puerto de Ocurio, ya casi oscureciendo, se presentó a la vista la torrecilla de Jungapeo que días antes le recordó una memoria bastante triste, y sin embargo de lo contento que había estado platicando a sus compañeros de viaje, enmudeció al llegar al sitio en que ofreció a su padre obedecerlo, y avergonzado de faltar a su palabra quitaba la vista de la torre comenzando a sentir los remordimientos de su informalidad, indeciso de proseguir adelante; pero, ¡cómo volverse solo!, ya había dado el primer paso, a cada instante se paraba, y como impulsado por una fuerza extraña descendía preocupado con mil diversos pensamientos. Lo sacaron de su arrobamiento los dichos indiscretos de sus compañeros que, atribuyéndolo a miedo, le dijeron:

—¿Por qué entró ya en muda, amo don Lencho? ¿Qué ya le apestan las costillas a leña? Si tiene recelo de que sea mal recibido, es mejor que se vuelva y por vida suyita no vaya a decir que se acompañó con nosotros, porque no crea el amo don Juan que lo venimos a sonsacar.

Irritado Lorenzo por aquellas habladas, luego que llegaron a la presa de San Cristóbal, les dijo:

—Muchas gracias, amigos, por su buena compañía, por aquí me corto, voy a tomar la vereda de los mogotes, y no tengan ningún cuidado porque los comprometa.

Se apeó de una yegüita que le habían prestado, y sin esperar respuesta se emboscó por aquellos matorrales.

Cerca de las ocho de la noche llegó a su casa a tiempo que su padre venía de cerrar el corral de los bueyes, y al presentársele su hijo tuvo que sufrir mucho para contenerse, pues en aquel momento, sin advertirlo, empuñó su bastón fuertemente con ánimo de rompérselo en la cabeza; pero reflexionó en lo que iba a hacer acordándose de las instrucciones de don Primitivo, y fingiendo la mayor serenidad le dijo:

—¿Qué ha venido usted a hacer, caballero? ¿Con qué facilidad quebranta sus promesas y abandona al respetable anciano que necesita de su apoyo y compañía? Habrá sido muy cosa grave la que lo ha obligado a fallar a sus deberes donde atropella con todo.

—Señor padre, la verdad, soñé que su merced estaba enfermo, y el cuidado de su salud me...

Y se rascaba la cabeza no hallando disculpa qué dar.

—Eso está peor, amiguito, que después de cometer tan grave falta, se me vuelva hipócrita y embustero entre las manos: yo no le he dejado chino libre en las cuatro esquinas para que haga su voluntad; bien puede ver cómo se vuelve por donde vino, yo no soy su padre, y mientras no traiga la licencia de su maestro, estarán cerradas estas puertas para semejantes huéspedes.

En ese instante comenzaron a dar las ocho en el pueblo, y aprovechando don Juan aquel momento, le dijo con tono sentencioso:

—¿Qué no te recuerda ese lúgubre sonido que hay alguna ánima que exige tus fervientes oraciones, y sobre todo, que cumplas las promesas que has hecho por su memoria? *¡Ay de aquel que se burla de las cenizas de los muertos!*

—¡Perdón, señor padre! —respondió Lencho tratando de arrodillarse.

Don Juan lo contuvo replicando:

—No es a mí a quien has ofendido, muchacho, sino a la persona de quien dependes, y si antes te dije que no consentía vagos, ahora agrego que no trato con embusteros; buenas noches y que Dios te ayude.

Y al instante cerró el zaguán, echó la llave y se metió a su recámara dando orden a todos para que se hicieran sordos a los toquidos de Lorenzo, que en vano hacía mil protestas de enmienda.

Convencido de que serían inútiles sus tentativas, sin saber qué partido tomar, se fue maquinalmente volviendo por el camino que había traído; él se figuró que como antes, le diera su padre una buena tunda, y que pasado aquel momento de su cólera dejara las cosas en tal estado; mas cuando su seriedad le volvió, como días antes, a infundir respeto, su sentencia, temor, y conoció que efectivamente había hecho mal en abandonar a su maestro que lo trataba con un excesivo cariño, y sobre todo, que faltando a su promesa se burlaba de la memoria de su madre, le causaron tal pena esas reflexiones, que no pudo menos que sentarse en una peña y llorar como un

chiquillo, diciendo:

—Mi padre me cierra las puertas de su casa, dice que no admite en ella a ningún vago ni trata con hombres informales; que mientras no traiga la licencia de mi maestro seré una persona extraña en estos sitios. Pero, ¿con qué cara me le voy presentando a don Primitivo? ¿Qué habrán dicho las señoras? Es capaz que hasta las chiquillas pupilitas se rían de mí. No, yo no vuelvo a Zitácuaro, me malmirarán los amigos de mi maestro y seré la burla de todos los muchachos. ¿Pero qué hago? ¿Adónde voy? Y si mi padre, a pesar de ser mi padre, me desprecia, ¿qué aguardo yo de los extraños? Tiene razón mi señor padre, soy un pícaro, un malagradecido, un informal, un embustero, un... —Y furioso se estiraba con ambas manos de los cabellos lleno de cólera consigo mismo.

Por fin, después de que se serenó un poco, se paró determinado, y sin más ni más tomó la cuesta arriba a pasos largos.

—No hay más que rendirse a discreción a ese pobre viejo, decía, él tiene buen corazón y perdonará mis locuras; ya me dejé pisar la cola, y ahora más que me ensille y me enfrene, qué hemos de hacer, los golpes hacen jinetes.

Cuando acabó de subir la cumbre se puso a descansar de la fatiga al pie de una ziranda, y exclamó mirando para Jungapeo:

—¡Ahora sí vamos de veras, madre mía! Perdóneme si en un momento de haberseme cerrado la mollera falté a mi promesa; conozco que fui un necio y que no supe lo que hice; voy a corregir mi yerro, y nuevamente le ofrezco, como los hombres, no volver a darle a mi señor padre en qué sentir: ruegue a Dios, madre mía, que dirija mis pasos, pues cada vez que miro a mi padre tan serio, se me figura que me quiere abandonar a mi propia suerte, y mejor hubiera yo querido que me majara con un leño las costillas, que haber escuchado sus amargas palabras que me han llegado al alma.

Con estas y otras expresiones que le fueron ocurriendo, pasó un gran rato, terminando su soliloquio con rezar una estación por el alma de su difunta madre, y se quedó medio dormitando a esperar que esclareciera el día.

Don Primitivo, que no esperaba de Lorenzo semejante ocurrencia, estuvo con mucho cuidado al principio; pero no faltó quien le diera noticia de que su discípulo iba con unos arrieros de Jungapeo.

—¡Qué bien me dijo don Juan! —exclamó hablando consigo—, «que ese potrillo podía reconocer para la querencia, y dar la estampida para sus comederos». ¡Ojalá y haya obedecido a mis instrucciones de manifestársele serio y ofendido! Pero si ha querido corregirlo con trancazos, todos mis planes vienen a tierra. El muchacho es dócil y de condición determinada. Veremos cómo se maneja don Juan, pues si él es inteligente y cumple con mis prevenciones de esta calaverada hemos de sacar mucho provecho.

Cuando llegó la hora del chocolate extrañaron las señoras a Lorenzo, y don Primitivo lo disculpó diciéndoles que le había dado licencia para que fuera a ver a su

padre.

Al empezar a brillar la aurora prosiguió el camino Lorenzo; y sabiendo que su maestro luego que se levantaba se metía al jardín a regar varias plantitas que cultivaba, se fue por la espalda de la casa para evitar que lo vieran las criadas, salvó la tapia sin mayor dificultad y esperó a que su maestro entrara, ocultándose detrás de unos rosales. A poco rato apareció don Primitivo con un cantarito de agua en la mano derecha, y sin esperar Lorenzo a otra cosa, de un brinco se puso frente al anciano, se arrodilló con muestras de arrepentimiento, diciéndole:

—Pégueme su merced de cantarazos, señor maestro, soy un vil, hágame polvo ese tiesto en la cabeza, soy un miserable, un malagra...

Y el llanto le cortó las palabras, no pudiendo hacer más que abrazar las piernas del anciano; y tratando de contener sus sollozos prosiguió:

—Mi padre me ha negado su cariño, me ha cerrado sus puertas. Por el amor de Dios, señor, que me perdone usted.

—¡Conque tu padre te ha cerrado sus puertas y negado su cariño!

—Sí, señor, así lo he oído de su misma boca.

—Estás en un error, Lorenzo, no lamentes semejante desgracia. Mira ahí esa puerta abierta, y cómo te tiendo mis brazos para estrecharte contra mi corazón. Yo soy tu padre, ésta es tu casa, ¿de qué te quejas?

Anegado en copioso llanto se abalanzó frenético a los brazos del anciano, sin hallar expresiones con que poderse disculpar, ni agradecer aquella benevolencia, conformándose con agarrarle su descarnada mano, e imprimiéndole un ósculo abrasador lleno de ternura, sólo pudo decir:

—Gracias, señor maestro, desde hoy en adelante le prometo no volver a darle qué sentir.

—Corriente —contestó don Primitivo llorando también de gozo— y sobre este particular te encargo que no volvamos a hablar una palabra, haz de cuenta que fue un sueño; y como según veo te has entrado por la barda, salta por ahí mismo y penetras por la puerta del zaguán para que crean las señoras que vienes de tu casa, pues para disculpar tu falta me vi precisado a echar esa mentirilla en obsequio de tu reputación.

—¿Conque eso más tengo que agradecerle, señor? Es usted verdaderamente mi segundo padre.

—Si yo no procuro encubrir tus defectos y sentir sólo las consecuencias de ellos como si fueras mi verdadero hijo, ¿quién quieres que los disimule?

—Gracias otra vez, señor, gracias, y le repito que...

—Nada de palabras, hijo mío. Obras son amores y no buenas razones. Vele, no vayan a sorprendemos aquí sin haberte visto llegar de la calle.

Lorenzo repitió su beso en la mano de su maestro, y lleno de gozo, con bastante agilidad salvó las tapias, mientras que don Primitivo con no menos contento decía: — Si don Juan hubiera presenciado esta escena, sin duda diría: ya este potrillo reconoció al cabestro en la primera potreada, con unas cuantas manoseadas admite la silla, y

llevándolo sobre el brío saldrá un caballo de primera; y yo digo para mí: con este golpecito he confirmado mi juicio, y acabando de despertar en ese jovencillo sus buenas inclinaciones, podré irlo sobrellevando, y cultivando en su corazón puro sus naturales instintos, lograré que sea un hombre honrado y útil a carta cabal.

Luego que estuvo Lorenzo en la calle, se compuso un poco el pelo, se limpió bien la cara, sacudió la ropa y se dirigió a tocar el zaguán; una de las señoras le abrió recibéndolo muy contenta, gritando a su hermano: —Primi, Primi, aquí está ya tu hijo—. Apareció el anciano manifestando también alegría, le preguntó por la salud de su padre, y con el brazo echado sobre el cuello de su discípulo se dirigieron para adentro a que hablara a la demás familia, que como ignoraban el suceso, lo trataron con la estimación de siempre: aquellos golpecitos, y sobre todo las serias reflexiones que tuvo en la cima de la sierra, surtieron su efecto, y convencido de que no había otro remedio que obedecer, se dedicó con empeño a cumplir para ver si así lograba algún día desenjar a su padre, siendo desde entonces otro muchacho, tan humilde, servicial y aplicado, que en poco tiempo se había granjeado la estimación de cuantos lo conocían.

Cuando meditaba en su célebre expedición, se decía a sí mismo: —De veras, de veras, soy un topo, ¿qué fui a ganar con haberme largado? Ir a andar nueve o diez leguas por esos malditos texcales que me hicieron pedazos los zapatos, darme una porción de arañazos con los huizaches que me rasgaron la chaqueta, haberle pegado a mi señor padre su buena cólera, y dado lugar a que, con justicia, dijera tantas claridades, y por último haber tenido que pedirle las gatas a mi maestro, y volver a la casa como perro mojado, curtido y avergonzado. Es verdad que mi maestro ha sido tan prudente, que sobre ese asunto no me ha vuelto a decir una palabra, que cuidó de que nadie haya sabido mi calaverada; pero mi señor padre no ha vuelto a mandarnos razón de su salud, no sé si vive o muere, es regular que todavía le dure el enojo, yo no puedo ir a darle una disculpa para contentarlo, y aunque ya sé formar algunas letras son tan grandotas y chuecas, que quién sabe cuántos pliegos de papel entrarían en una carta y puede que tal vez no la comprendiera; mi maestro no se da por entendido, yo no quiero darle a conocer las ganas que tengo de ir a mi casa, no hay más que tener paciencia y hacer lomos.

Capítulo II

Lencho el reformado. Amor primero. Venganza por mano propia. Reconciliación

El día en que menos lo esperaba, vio llegar a la escuela a un sirviente de su casa estirando dos caballos ensillados, salió muy placentero a saludarlo, y recibió una carta para su maestro; de un vistazo observó un bonito caballo, rosillo flor de durazno, perfectamente aviado, con silla nueva, freno guarnecido, su jorongo saltileño en los tientos, una reata nueva, espuelas, y un sombrero muy galoneado que también le entregó el mozo; de un brinco penetró en la escuela diciéndole a su maestro lleno de alegría al entregarle la carta:

—De mi padre, señor, de mi padre.

—Ábrela, hijo, ábrela, a ver qué nos dice mi buen amigo.

En un momento la leyó con avidez, y dándosela a su maestro le dijo:

Lea usted, lea usted, albricias, albricias, mi señor padre... —y se le arrimó diciéndole al oído: —ya se contentó conmigo—. Y hacía tantas demostraciones de júbilo, se restregaba las manos, quería medirse el sombrero salía a hacer cariños a los caballos, volvía a entrar, brincaba, y no estaba quieto un momento. Esto fue causa de poner en desorden a toda la escuela, por lo que advirtiéndolo se revistió de la autoridad de decurión, y los mandó imperiosamente guardar el orden y colocarse en sus asientos.

Entre tanto don Primitivo leía con mucha calma lo siguiente:

«Señor D. Primitivo Cisneros, etc. Hace ocho meses que no estrecho entre mis brazos a mi querido hijo Lorenzo, y si no hubiere algún impedimento, suplico a mi buen amigo el Sr. Primitivo, se sirva darle licencia para que pase estos tres días de Pascua en mi compañía; sería muy cabal mi gusto si tuviera la dicha de que ambos vinieran a honrar esta pobre choza; si no fuere posible que tenga ese placer y mi hijo se haya hecho merecedor de obtener esa gracia de su segundo padre, ahí va un charchinita rosillo que le destino, y que con orgullo ostenta el fierro de su amo en el lado sur del subir.

Apreciaré que, etc.»

Luego que acabó don Primitivo de leer la carta, se puso Lorenzo a verlo para saber su determinación, ansioso de escucharlo, y el anciano quitándose los anteojos exclamó:

—Esto es imposible, de todo punto imposible.

—¿Por qué, señor maestro? —preguntó Lorenzo lleno de sorpresa y sintiendo un desconsuelo profundo que lo dejó aterrado.

—Porque hay muchos inconvenientes que nos privan de darle a tu padre ese gusto, y de que gocemos nosotros tan grande satisfacción; no podemos dejar sola la casa ni abandonar los quehaceres, y... mira, dile al criado que ponga esos animales en la sombra mientras que le contesto a mi buen amigo, quizá para otra vez lo complaceremos. —Y volviendo a ponerse los anteojos se dispuso a escribir. Al ver salir a Lorenzo sumamente triste, se sonrió diciendo: —Se le cayó el gozo en el pozo, una nubecilla ha bastado para opacar los rayos de su alegría; pero pronto, muy pronto, se disipará y correrá por esas lomas loco de contento; no le arriendo las ganancias al rosillito.

Lorenzo salió paso a paso, y con indiferencia le dijo al mozo:

—Julián, arrima los caballos a los fresnos.

—¿Pues qué no nos vamos, niño? —le preguntó.

—¡Quién sabe, tú! —le respondió con la mayor duda—; dice mi maestro que hay muchos inconvenientes. —Se volvió continuamente volteando la cabeza para ver al rosillito, exhalando un profundo suspiro, y se puso muy serio a guardar el orden, tratando de disimular su mal humor.

Acabó el preceptor de contestar, y llamándolo le dijo:

—Ya sabes, hijo mío, que me desvivo por complacer a las personas de mi aprecio; pero cuando tiene uno fuertes atenciones y deberes que cumplir, tiene también, a su pesar, que sacrificar sus placeres. Aquí está ya la carta para tu padre, en ella le manifiesto los motivos que hay para no poder aceptar su ofrecimiento.

Al escuchar Lorenzo aquellas palabras, un frío sudor bañaba su frente; en vano trataba de querer aparentar tranquilidad; sus ojos lo traicionaban; un momento lo tuvo su maestro en ese penoso estado, y dijo para sí:

—No estiremos más la cuerda, basta por ahora. —Y mudando de tono continuó:

—A pesar de que tú eres carta viva, le das a mi buen amigo en mi nombre mil excusas, una cumplida satisfacción, y entrégale ésta.

Estas expresiones lo volvieron a su primer gozo; tomó la carta lleno de gusto y se puso a escuchar con alegre semblante.

—Has estado muy cumplido en tus obligaciones, y es justo que vayas a darte una paseadita; a ti no te ligan tantos deberes como a mí; ya le pongo ahí que mi licencia es amplia, que tienes libertad para estarte en tu casa no sólo los días de Pascua, sino todo el tiempo que tú quieras, para que puedas pasear a tus anchuras; como conozco el aprecio que me tienes, creo que no abusarás de mi franqueza, además de que todos te vamos a extrañar mucho, principalmente yo, que mientras no vuelvas, tendré que estar de pies quebrados en casa; tú eres mi fiel compañero, sin ti no puedo dar un paso, tú me ayudas a cumplir con mis obligaciones; en fin, me vas a hacer mucha falta; pero ya que yo no puedo, quiero que te diviertas por mí; conque anda a despedirte de mis hermanas y vuelves a darme un abrazo.

En el instante, sin poder contener su regocijo y mirando con atención el sombrero, dijo a su maestro:

—Vea usted, señor, qué sombrero tan charro, tiene sus chapetas, sus flecos en la toquilla, y...

—¡Guapo, Lorenzo, guapo!, qué bien te está.

—Pues ahora verá usted mi caballo qué chulo, señor, legítimo flor de durazno: ¡Julián, Julián! —comenzó a gritar desde la puerta de la escuela—, trae los caballos.

Se paró don Primitivo y tras él se agruparon los muchachos admirados. Se montó Lorenzo en el rosillo, le dio su paseada, luego lo bulló, lo arrancó, y lleno de satisfacción le preguntaba:

—¿Qué le parece a usted este cuaco?, de veritas, de veritas, señor, que es buen penco.

Y se echaba el sombrero para arriba y lo disparaba sobre el campo con todo el brío, teniéndolo en continuo movimiento.

—Si te he de decir verdad, hijo, no me gusta tu caballo, yo no soy colegial, y en uno de esos saltos que le haces pegar, iba a dar al suelo.

—Por eso mandó mi señor padre ese otro para usted, y está que ni mandado a hacer; vea usted.

Se apeó del rosillo y montó en el otro, lo anduvo a su sobrepaso, le cruzó la pierna, se sentó en las ancas, le dio talonazos, y el caballo parecía de palo.

—Dele una paseadita por ahí por la plaza, señor maestro.

—No, hombre, no seas loco, si hace más de diez años que no monto, y luego en esta facha, qué dirían las gentes.

—¡Qué habían de decir!, que a caballo andan los hombres; ande, señor maestro, estrene mi sombrero.

Y poniéndole el sombrero lo sacó afuera a montar.

—Si esto no puede ser, hijo, estoy muy torpe, no he de poder, y...

—Lo alzaremos, lo alzaremos —dijeron varios muchachos arrimándosele.

—Yo solo basto —replicó Lorenzo. Y alzó en peso a don Primitivo cual si fuera un niño, acomodándolo en la silla.

—Mira, Rosendo —le dijo a uno de los muchachos—, cuida tantito la escuela mientras volvemos, no más vamos por ahí.

Se puso su sombrero viejo, le echó un brinco a su rosillo, y obligó a su maestro a dirigirse a su casa.

—Sólo tú, Lorenzo, has sido capaz de sacarme de mis casillas: bien dicen que un loco hace ciento; ya me perdiste el respeto en acceso de tu locura, y por no reprenderte delante de esas criaturas, sucumbí a tu fuerza.

—No me diga usted eso, señor maestro, yo no he querido faltarle, sino que como me ha dicho varias veces que es hombre, pensé que como es muy natural, le gustaría montar a caballo y por eso me empecé en subirlo; pero no lo hice a mal hacer.

—No hijo, me ha gustado; pero no soy jinete como tú, que manejas a los animales con mucha franqueza.

—Pues si con ellos me he criado, señor, y ojalá que pudiéramos tener aquí aunque

fuera estos dos para que saliéramos en los ratos desocupados a echar una campeada, vería usted cómo se rejuvenecía y se aliviaba de sus piernas; yo hubiera querido que fuéramos a mi casa no más para que me viera pepenarle a una res el rabo por aquellos texcales, o prenderle una mangana a una mula cerrera y tenderla en el suelo; porque no soy muy zurdo, señor, cuando desato el ixtle.

En estas conversaciones llegaron a la casa, y fue grande la sorpresa de las señoras y todas las educandas, al ver a don Primitivo a caballo, de guácaro color de haba, con el sombrero galoneado. Repitió Lorenzo sus ensayadas; les enseñó todos sus arneses, y despidiéndose lleno de regocijo, volvió a dejar a su maestro en la escuela, lo abrazó con mucha cordialidad, le besó la mano, y partió a escape luciendo su excelente rosillo.

Cuando acabó de dar rienda suelta a su contento y cesó el atolondramiento de su genio, empezó a ver con cuidado el cerro de Ocurio que iba faldeando, y admirado de su belleza exclamó: —¡Cómo han crecido estos árboles; qué bien resaltan las palmas entre tanto chaparro; esto es muy hermoso!—; y haciéndole un cariño al rosillo, prosiguió: —¿de dónde habrá conseguido mi padre este animalito tan razonable?; pero ahora que me acuerdo, decía en su carta que ostenta con orgullo el fierro de su amo del lado de subir; veremos de dónde es para estar orgulloso.

Se apeó, y con no poca sorpresa vio L. y C.

—¿Qué quieren decir estas letras, Julián? —preguntó al mozo.

—Lorenzo Cabello, niño; con ese fierro se marcaron este año las crías de la caballada de la estancia del Tejocote; por allí tenía el amo suelto ese potrillo que hace cinco meses lo mandó bajar, y lo cogió a cargo hasta dejarlo de rienda.

Se volvió a montar siguiendo en sus reflexiones, y se decía a sí mismo: —¿Conque ya mi padre me apartó mi manada?, este cuaco me lo arrendó y muy bien aperado me lo mandó: luego a pesar de mi falta se ha estado acordando de mí y en mi provecho; ¡con qué placer voy a abrazarlo, a pedirle que olvide mis errores!—; a este tiempo llegó a la mesa, y al ver la ziranda donde tomó aliento aquella noche fatal y desde donde le dirigía la palabra a su madre, se arrimó a ella mirando para Jungapeo: —¿Está usted contenta, madre mía, ya no se me volverá a figurar que la miro llorosa suplicándome que obedezca a mi padre? Ya parece que no soy Lorenzo el descabellado, sino Lorenzo Cabello, como lo demuestra el fierro de mi caballo; descanse en paz y pídale a Dios por que me conserve a mi querido padre—. Picó al rosillo y tomó las veredas de los mogotes.

Al llegar al rancho vio venir a su padre por las labores del lado opuesto, y a su hermana parada en la puerta que lo esperaba llena de júbilo con los brazos abiertos. Quebró su caballo con violencia, diciendo:

—Ya vengo, Ana María, ya vengo, hermanita. —Brincó la cerca, tomó un surco de la milpa, partió como un rayo al encuentro de don Juan, éste se apeó a esperarlo, y allí, sin que nadie los viera, mutuamente se prodigaron las más tiernas caricias, no cesando Lorenzo de pedir perdón a su padre, quien a la menor insinuación le volvió

su gracia, y muy satisfechos ambos llegaron a la casa, en donde continuaron también los abrazos de la hermana y cuñado, lo mismo que los de los sirvientes. La velada se pasó en mil conversaciones, que sustentó Lencho, y durmió con una perfecta tranquilidad.

Al otro día se fue con don Juan al pueblo, y teniendo íntima amistad con don Luis ***, comerciante principal de allí, fueron a parar a su casa; mientras Lorenzo salió para la plaza con la esposa de don Luis y Refugito, una niña de once años, don Juan se quedó con su amigo contándole lleno de gusto los adelantos de su hijo, y sobre todo, lo diferente que cada día se iba poniendo, y educándose bajo la dirección de tan sabio preceptor.

—Figúrese usted, amigo don Luis —le decía—, que estaba yo de los hombres más afligidos al ver que por más esfuerzos que hacía, jamás pude conseguir que el muchacho se pusiera en juicio y le entraran las letras, sino todo lo contrario, iba creciendo a gran prisa; cada día descubría nuevos resabios, y estaba yo tamañito de que tal vez cogiera malas manías; tenía un genio fuerte y licencioso, caprichudo; si lo regañaban se atufaba, y los trancazos en vez de acobardarlo, conocía yo que lo emberrinchaban. Por fin, cansado de quejas y no hallándome capaz de sujetarlo, me fui a pedirle consejo a mi compadre el señor cura de Zitácuaro, que, como su padrino, llene la obligación de ver por su bien si yo faltare.

Y le contó en breves palabras lo ocurrido, agregando:

—En unos cuantos meses miro a mi hijo completamente transformado. Cuantos conocidos tengo en la villa me han dado mil parabienes, informándome muy bien de su conducta: en una palabra, amigo don Luis, estoy loco de gusto. Mire no más este parrafito de una carta que ayer recibí de su maestro:

Y entregándola a su amigo lleno satisfacción, leyó éste en voz alta:

—«No tengo absolutamente ningún motivo de queja; su conducta irreprochable, su aplicación y el cariño que me tiene, le han granjeado todo mi amor, y ahora le aseguro que sacaremos un excelente muchacho que cumplidamente llene nuestros deseos y colme de ventura nuestras esperanzas.»

—Esto es muy satisfactorio para un padre, amigo don Juan; también tomo parte en su contento y lo felicito sinceramente. Yo también soy padre; mi hija Refugio es la prenda que más estimo: yo quisiera que acabaran de educármela y tener en ella una ilustrada señorita, que sepa cuantas curiosidades son propias de su sexo. ¿Que no tiene ese señor pupilaje para niñas?

—Sí, amigo don Luis, y en su propia casa, bajo la dirección de sus hermanas, de un par de ancianas muy virtuosas y tan buenas como el preceptor.

—Pues no hablemos más del asunto. Mañana mismo voy a providenciar el arreglo de ese negocio.

Cuando volvieron los de la familia le hizo don Luis varias preguntas sueltas a Lorenzo respecto de las pupilas, a que le contestó satisfactoriamente; y más se afirmó en su propósito meter de pupila a su hija Refugio.

Se volvió don Juan con su hijo para el rancho, y le dijo:

—Los bueyes están en el llano grande, las vacas de ordeña en la loma de San Isidro, y los demás animales en la rinconada de Coporillo; anda a estirar esa reata a ver qué tal lomo tiene esa charchina, qué tal se pega al rabo, y si no fuere de tu gusto, remuda en mi cuatralbo; mas que desrengues las bestias, descuernes las reses y acabes con el mueble del rancho, no te dé cuidado, mátalos, ya están pagados, me han costado mi sudor y trabajo: mira por donde corres, no me vayas a dar pesadumbre; anda a retozar un rato, que vaya Ángel contigo a hacerte lado.

En todo esto obraba don Juan según las instrucciones de don Primitivo, y sucedió cuanto el buen preceptor había previsto, pues viéndose Lorenzo con tiempo ilimitado para pasearse y en entera libertad para travesear, muy pronto se fastidió de estar ocioso y con unas cuantas carreras que pegó tras de las reses, se dio por satisfecho: ya le parecían tristes todos los sitios; los había visto tantas veces, que no le llamaban la atención; miraba a los animales como propios para el objeto a que estaban destinados; con eso, por no truncar una yunta, desperdiciar una cría, ni entorpecer los trabajos de su padre, ni coleaba ni lazaba, ni quería maltratar a su caballo en aquellos cerros tan pedregosos, comenzando a reflexionar sobre su propia conservación al ver fijamente aquellos precipicios por donde antes corría ciego a riesgo de matarse. Por otra parte, las bondades de su maestro lo habían cautivado; a cada momento recordaba sus consejos, sus célebres cuentos a las señoras, las pupilas y hasta a los muchachos de la escuela que dominaba y hacía entrar al orden con sólo una mirada, por lo que al segundo día de estar en su casa no hallaba qué hacer; si tomaba la escopeta le daba pena andar a pie por los texcales y asolearse sin encontrar una pieza mayor de caza; si se iba al río con objeto de bañarse, al ver el agua tan sucia y amarillenta, se desanimaba. Aunque le era muy grata la compañía de su padre, le parecía que tal vez le haría mala obra en sus quehaceres; en corto tiempo contó a los de su casa cuanto tenía que decirles, y ya no había materia para sus conversaciones, por lo que comenzó a ser dominado por el fastidio, y trató cuanto antes de regresar a la escuela. Sólo estuvo en su casa dos días, y el tercero, muy tempranito, se le fue presentando a su maestro lleno de gozo: con no menos fue recibido de todos; consiguió de su padre fácilmente llevarse los dos caballos, y esa misma tarde casi a toda la familia sacó a pasear, continuando diariamente muy temprano sus ejercicios; estaba sumamente complacido y más hallado que en su propia casa.

Una tarde, al volver de la escuela, se encontró con que su conocida Refugio estaba también de pupila, la consoló de la tristeza que tenía, la animó para que se conformara, le ofreció su apoyo y le prodigó tantas atenciones y cuidados, que al fin logró tranquilizarla. La antigua amistad que tenían, el continuo trato e intimidad, fue motivo para que poco a poco se quisieran con exceso, y a los seis meses mutuamente se amaban tanto, que no podían estar separados; y como se manejaban sin malicia, no disimulaban su inclinación, de manera que las señoras dieron parte de esto a don Primitivo. Éste, que mucho antes que ellas lo advirtió, no se alarmó, sino que

constante en sus doctrinas, les dijo:

—No tengan pena por eso, es muy natural que simpaticen; y aunque el corazón de Lorenzo es impetuoso y lleno de fuego, es al propio tiempo dócil, sencillo y de buenas inclinaciones: es necesario no engendrar en él la malicia; la chiquilla es de buena índole y era fuerza que se estimaran. Vigilados desde lejos sin que ellos lo adviertan, y en cuanto les sea posible, déjenlos que, como hasta aquí, candorosamente se manejen.

—Pero, Primi —replicó una de las señoras—, es mucha la afición con que se miran.

—Y con exceso se prodigan mutuamente mil atenciones —agregó la otra.

—Con razón, hijas, con sobrada razón. ¿De qué se admiran? Mi muchacho va a cumplir quince años, es buen mozo, simpático, alegre, servicial, ¿cómo no lo han de querer las niñas? Ahora, pónganse en su lugar: se conocen desde chicos, están en una propia casa, esa jovencita ya tiene trece años, Dios le ha dado un rostro angelical, unos ojos divinos. ¿Cómo ha de poder ese joven resistir a sus encantos? No es de palo.

—Entonces tú fomentas esa inclinación que tal vez pueda tomar otro carácter.

—No la fomento, sino que conozco que es natural, precisa, inevitable, y no está en nuestra mano sofocarla, y para que no tome ese otro carácter que ustedes temen, no hay más que un remedio, mantenerla en el estado de pureza que aconseja la prudencia, porque si comienzan con escrúpulos y boberas a evitarles que se hablen, que se miren con la franqueza de su edad, avivan el fuego en vez de apagarlo; lo que era una simple afición se vuelve un capricho; una supuesta apariencia la hacen realidad; un natural instinto se torna en deseo, y lo que es más, que todo lo que hoy hacen sencillamente delante de todos, después lo repetirán mil veces con estudiada malicia, cubriéndose con la capa del misterio, o tal vez con la de la vil hipocresía. Si sólo es una ilusión de amor la que comienza a arder en esos corazones, con la facilidad que nace muere al menor impulso de la razón, el convencimiento o el continuo trato; mas si por el contrario, es una llama pura que se alimenta inocentemente de candor y va nutriéndose con el honor, la virtud, el respeto y demás atributos de un verdadero amor, procuremos que siempre se conserve viva para no dar lugar al desarrollo de otras pasiones indignas que también germinan en cualquiera criatura, y yo no quiero sembrarlas sino aprovechar esta circunstancia que puede sernos muy favorable para cumplir con nuestro deber y sacar un par de excelentes muchachos. Ustedes no se separen de mis instrucciones, y lo demás corre de mi cuenta.

—Siguió la pasión con sus pasos contados, correspondiéndose mutuamente con la mayor sencillez; pero una fatal desgracia vino a darles a conocer la amargura: enfermó don Luis, y a los pocos días murió, dejando de albacea a su esposa, y nombrando por curador de su hija a su cuñado don Eпитacio S., hermano de la señora, a quien ésta puso desde luego a administrar los intereses. Con este motivo mandó la

madre por Refugio; pero fue un golpe inesperado, que apenas tuvieron los tiernos amantes un corto tiempo para despedirse, y aprovechando un momento de distracción de las señoras, se reunieron en el corralito de los puercos, se abrazaron con ternura, deshechos en llanto, humedeciendo ella el pecho palpitante de su amado, a tiempo que él bañaba con sus lágrimas la cabeza de su hechicera beldad; estuvieron así un corto intervalo, la estrechó Lorenzo nuevamente, le dio un beso lleno de fuego en la frente, y le dijo despidiéndose con precipitación: —No me olvides, prenda mía, adiós... —y corrió para la caballeriza con los ojos preñados de lágrimas; ella sólo pudo responderle con balbuciente voz: —Ni tú tampoco... co Lorenzo... adiós... —y salió por la azotehuela, atravesó la cocina, y se preparó para que el criado la subiera a caballo después de abrazar y despedirse de las señoras.

Lorenzo así que acabó de desahogar su pena, se limpió los ojos exclamando: —¿Qué tendrá esta muchacha para mí, que me cuesta tanto el separarme de ella? Ni al despedirme de mi padre y de mi hermana he sentido un dolor tan profundo.

Cerca de dos meses duró esta ausencia, y aunque se escribieron varias veces y cada ocho días iba Lorenzo a Jungapeo, en todo este tiempo casi nada adelantó, siempre estaba triste, melancólico, distraído, y sin gana de trabajar; mas luego que volvió Refugio apareció su genio festivo, y prosiguió en sus tareas con tanto empeño, que presentó una plana a su maestro muy bien hecha, estimulado de que le dijo Refugito que con muchísimo trabajo había leído cartas tan llenas de garabatos y borrones, y él le contestó: —Te ofrezco que no has de volver a tenerlos, porque voy a aplicarme para que si se vuelve a ofrecer, puedas entender lo que te escriba—. Luego que don Primitivo vio la plana y advirtió el semblante alegre de su discípulo, dijo para sí:

—Ciertos son los toros, este muchacho está de veras enamorado de esa niña; pues aprovechemos la ocasión. —Se quedó mirando la plana con detenimiento, y poniendo la vista fijamente sobre Lorenzo, exclamó como compadeciéndolo:

—¡Lástima de joven!, esto me da la idea más triste.

—¿Qué cosa, señor? —se atrevió a preguntar Lorenzo, que orgulloso de su obra esperaba lo contrario.

—Que no tengas carácter, y no trates de asentar la cabeza.

—No comprendo por qué me dice usted eso.

—Porque cual veleta, cualquier viento te hace mover. Mira qué plana tan bonita has hecho hoy que tuviste gana de escribir, y hace como dos meses que no más has tratado de salir del día, sin aprovechar ni una jota. El hombre que no tiene carácter todo lo emprende fogoso, todo lo hace a medias y nada concluye; conozco que no has estado de humor de escribir; a mí me sucede lo mismo, me fastidio y tiro la pluma; pero mi deber me hace volverla a tomar, y no porque estoy molesto dejo de echarles renglón a los chiquillos.

—Es verdad, señor; alguna vez no he tenido gana de escribir, y por eso...

—Pues mira, desde hoy tienes absoluta libertad para escribir a la hora que tengas

humor de hacerlo; no quiero planas enteras, un renglón, una sola letra, pero que sea bien hecha; ya puedes pautar para mañana papel de quinta, y por vida tuya, hijito, que no seas loco. Cuando te propongas una cosa, adelante hasta concluir, poniendo el cuidado posible para no dar un paso atrás, porque un hombre no ha de ser voluble en sus empresas, sino seguirlas constantemente hasta acabarlas; y si hay dificultades, sobreponerse a ellas: *v.g.*, te determinas a estudiar, pues no fastidiarse al primer repaso, sino tesonea y tesonea hasta aprender, y así en cuanto te dediques; no veo la hora de que escribas bien para que me ayudes a llevar la carga; quiero que te encargues de echarles renglón a las niñas y corregir sus planas; ese trabajo diario me molesta demasiado, y tanto viajecito me cansa ya.

—Pues si usted quiere iré desde mañana a encomendarme de eso respondió Lorenzo lleno de gusto, porque con ese motivo tendría más lugar de adorar los encantos de su amada.

—¡Qué fogoso eres, y cómo se conoce que no meditas en lo que hablas!

—¿Por qué, señor?

—Porque ya quieres ir a ayudarme en este delicado trabajo, sin premeditar que varias niñas están en octava, y sería una vergüenza que advirtieran que ellas están más adelantadas que su corrector; apúrate, que donde tú te empeñes y tengas constancia y aplicación, pronto te confiaré esa encomienda.

Por tal de lograr su fin y abochornado de haberse mostrado tan ligero, se dedicó a escribir con tal empeño, que a todas horas lo hacía, y hasta en el suelo con una varita que andaba trayendo, se ponía a ejercitar en rasgos y ligazones, de suerte que en menos de dos meses escribía perfectamente aprisa, y ya lo mandaba su maestro una que otra vez a corregir, y con el pretexto de que les echara cuentas, tomara lecciones de aritmética, gramática, ortografía, etc., a las niñas, aprendió perfectamente cuanto quiso don Primitivo.

La suma franqueza con que veía a Refugito, hacía el mantener su amor lleno de complacencias puras; la continua ocupación en que estaba de cuidar los caballos, estudiar, escribir, celar en la escuela y en cuanto le mandaban, no le daba lugar a maldades, y muchas veces ni a pensar en ellas; podía ir al rancho a cualquiera hora, y en la misma casa tenía lo que entonces le llamaba más su atención, Refugito y su caballo rosillo, así es que nada le inquietaba y aprovechaba tranquilamente todas las lecciones de su maestro; pero estaba decretado que no gozara de sosiego, pues enfermó la madre de Refugito y volvieron a llevársela para su casa. La segunda separación también fue muy sensible, aunque no tan tierna, pues ya Lorenzo muy pronto dejaría a su maestro, que en vano se afanaba en persuadirlo a que aprendiera gramática latina, y lo tenía haciéndolo ejercitar su letra.

Murió la señora, y habiendo visto que su hermano se manejó mal, nombró por su albacea testamentario, fideicomisario y tenedor de bienes, a don Juan Cabello, que le merecía entera confianza. Refugio quedó en su casa bajo la curatela del tío, quien no hizo mayor caso para volverla al establecimiento; pero a pesar de la separación,

siguieron ambos amantes escribiéndose a menudo y viéndose cada ocho días.

Don Juan para desempeñar su encargo, trató de que se formaran inventarios, de que arreglara don Eпитacio sus cuentas y demás cosas necesarias para cumplir con su deber. Esto comenzó a indisponer al tutor que ya consideraba los intereses como suyos; se ponía serio luego que Lorenzo llegaba a la casa, le prohibió a su sobrina que tuviera tanta estrechez y confianza con él, y no hallaba modo con qué provocar disputas, para que tanto el padre como el hijo se ausentaran de la casa y se entorpecieran los inventarios, llegando las cosas hasta el extremo de que el día menos esperado se hicieron de razones en la plaza, y don Eпитacio, hombre villano y ordinario, le dio a don Juan una bofetada, haciéndolo retirarse muy ofendido, sin haber podido contrarrestarle, tanto porque su educación era diversa, como por la imposibilidad de su estado enfermo y agobiado.

Refugio vio aquella escena y le tuvo muy a mal a su tío semejante proceder; pero él despreció sus palabras, la trató con mucha aspereza diciéndole mil expresiones soeces y desahogos con los que la confundió. Jamás habían llegado a sus oídos, dirigidas a ella, semejantes palabrotas, terminando la escena con que se retirara a su recámara a llorar su desventura; y como de cuanto pasaba informaba a su amante, le escribió con el mayor candor todo cuanto ocurrió aquella mañana.

Recibió su carta Lorenzo cerca de la oración. Al instante que acabó de leer se le encendió el rostro, los ojos le centellaban, apretó fuertemente los dedos cerrando las manos, y en todo demostraba la cólera que sentía; luego se guardó la carta y exclamó: —En caliente se pega el fierro—. Disimuló su estado, pidió licencia a su maestro, ensilló su rosillo, y a poco después partió a media rienda para Jungapeo.

Como ya varias veces le había ocurrido ir a su casa a ver a su padre y volverse muy temprano, no hubo inconveniente en obtener licencia, ni don Primitivo se alarmó por su viaje a esas horas.

Cortó camino salvando cercas y atravesando las labores de Ocurio, llegó al puerto, luego que vio en el fondo de la cañada a Jungapeo, dijo hablando solo: — Señor don Eпитacio, nos rifaremos, yo le enseñaré a medir sus fuerzas con un anciano enfermo y achacoso. Usted ha tenido la vileza de tocar su rostro venerable; yo le he de romper esta noche las quijadas; mi padre se ha retirado lleno de infamia; a usted lo he de dejar tendido con las muelas campaneando, si no es que va a amanecer en el infierno. Ya me parece que estoy mirando a ese pícaro haciendo alarde de su hazaña delante de los pillos que concurren a su tienda, para recordar su vanagloria. Yo le ofrezco, señor mío, que si queda vivo se acordará del peso de mi mano para toda su vida. Sépase que la sangre de ese respetable anciano a quien ha ofendido tan vilmente, circula por mis venas: estoy como agüita para chocolate, y no me traga de un sorbo ni me masca de un bocado.

En éstas y otras reflexiones llegó al pueblo: por no hacerse notable dejó su caballo emboscado en una huerta, amarrado en un guayabo, y a pie, embozado en su manga, se situó frente a la tienda de don Eпитacio, ocultándose entre unos paredones

ruinosos que un tiempo fueron la Colecturía de diezmos. Desde allí estuvo pendiente mirando a don Epitacio platicar con varios borrachines que formaban su tertulia, no atreviéndose a presentársele porque quería vengarse sin que persona alguna le estorbara.

Después de las ocho de la noche cerraron la tienda, y cuando Lorenzo casi perdía las esperanzas, vio que don Epitacio salió por el zaguán y tomó la calle de arriba: se fue tras él a una vista, torció por el callejón de la izquierda, lo siguió, y cuando trató de alcanzarlo se entró en una casucha de las de por allí; entonces se sentó en el sardinel determinado a esperarlo. Ya que había pasado un buen rato, notó ruido, se puso a espiar por la puerta y vio venir a don Epitacio muy espacito, trayendo echado su brazo derecho sobre el cuello de una muchacha de no malos bigotes, y ella con una vela en la mano, defendía con los dedos de la otra, la flama para que no se apagara, y al mismo tiempo oyó que le dijo:

—¿Pues por qué te vas tan pronto?

—Porque esa maldita de Dolores cada día me fastidia más con sus celos; ya le ha dado el cabestro por las corvas, y donde se me suba el tonto a la cabeza, le vuelvo a dar otra tunda de porrazos. He puesto el amasijo en la tienda vieja que está en la cuadra que sigue, y ahora con el pretexto de ir a cuidar de los panaderos, podré venir a verte todas las noches con más franqueza.

—Por lo que escuchó Lorenzo, conoció que don Epitacio seguiría su viaje para la cuesta arriba en dirección de la tienda vieja, y andando de puntitas a pasos largos, se retiró un buen trecho. Salió don Epitacio, prosiguió su camino, y cuando iba por lo más solo de aquel tortuoso callejón, se le presentó Lorenzo que se volvió para encontrarlo.

—Buenos noches don Epitacio —dijo, interrumpiéndole el paso.

—Buenas... se las dé Dios... amigo —contestó lleno de sorpresa, tratando de sacar un puñal que llevaba en la bolsa.

—No se asuste, don Epitacio, yo soy Lorenzo Cabello, míreme bien.

Y se desembozó.

—¡Ah!... sí, Lencho; ¿pues qué andas haciendo por aquí?

—Tengo que arreglar un negocito con usted. He sabido que hoy le ha pegado un bofetón a mi señor padre y vengo a que me lo empareje, porque uno sin otro no vale nada.

—Quita allá, mocoso, ése es asunto de los hombres; es mejor que te vayas a la escuela a decorar la cartilla.

—De allá vengo y para allá me volveré tan luego como acabe de satisfacer el ultraje, es usted un infame con medir sus fuerzas con un pobre viejo que a deshonra tiene alternar con un ladrón como usted; conmigo se ha de rifar, grandísimo... —y se le cerró desde luego a las trompadas, sin darle tiempo a usar de su puñal; la lucha fue reñida, y agarrándose a brazo partido forcejeaban desesperados, sin lograr obtener ni uno ni otro conocida ventaja. Por fin, haciendo Lorenzo un fuerte empuje, vaciló su

contrario, y redoblando sus fuerzas, cayó don Epitacio de costillas, y Lorenzo montado sobre él, le apretó los lagartillos de los brazos con las rodillas, y con ambas manos, a derecha e izquierda, le empezó a repetir tantas bofetadas, que lo dejó medio muerto, cumpliendo su propósito de que se le campanearan las muelas, y que para mientras viviera se acordara del peso de sus manos.

Así que ya no hizo su adversario ningún esfuerzo, lo arrimó contra la pared, le puso de cabecera su sombrero, le quitó el puñal que llevaba, lo tapó con su manga, y muy satisfecho, soplándose los tanganitos de los dedos de las manos que se los peló contra las quijadas de don Epitacio, se fue a donde estaba su caballo, se montó y cogió el mismo camino que había traído paso a paso, descansando de la fatiga, sin haber sido visto ni observado de ninguno. —Ya por ahora —se decía a sí mismo—, dejamos arreglado este negocio; no le quise hablar a ese bribón nada de Refugito porque no crea que ella me avisó; pero si de esta escapa y no muere, yo le enseñaré a tratar como se debe a esa niña, a su ama, a la dueña de los intereses que está dilapidando; varias veces me vi tentado de alzar tanto la mano, y pegándole en las sienes despacharlo de una vez; pero como me propuse sólo quebrarle las quijadas, ya no hice más empeño. Pero vaya si no me ha costado tantito trabajo, y qué torpe estoy para las luchadas, de veras que el meco ése tenía fuerzas y se defendía furioso; pero luego que le hice la tortuga trastabilló y dio tan fuerte zapotazo, que no hacía más que tirarme de patadas queriéndose chispar de entre mis piernas; si no se hubiera burlado de mí diciéndome mocososo y quién sabe qué cosa de la cartilla y la escuela, puede que me hubiera contentado con darle unos cuantos zoquetazos; pero me la echó de hombre, no procuró darme una satisfacción de la ofensa, y allá se las haiga por buscarle tres pies al gato; es verdad que me dio cuatro o seis puñetes en los lomos, y otros que me quitó con el brazo izquierdo, pero el que yo le metí de abajo para arriba cuando iba a sacar su puñalito, estuvo de cajeta. Y ahora que recuerdo, para qué me traje este puñal, yo no necesito fierro, con mis manos me basta —y trató de arrojarlo a la barranca, se quedó pensativo y dijo: —Guardémoslo porque puede que sea necesario enseñárselo algún día—. Hizo tiempo para llegar a buena hora, y al ir a saludar a su maestro, le advirtió éste algunas manchas de sangre en los puños de la camisa, la pechera desgarrada, las manos hinchadas y algo de raro y extraordinario en el común estar de su rostro que lo alarmó, y preguntó lleno de inquietud:

—¿De dónde vienes, hijo mío?

—De Jungapeo.

—¿Entonces tú no fuiste a tu casa?

—No, señor, ni lo he pensado.

—¿Qué has ido a hacer al pueblo?

—A vengar un agravio.

—¿Pero qué agravio han podido hacerte?

—Han ultrajado las venerables canas de un anciano.

—¿Y quién te mete a ti en esas cosas?

—No debía consentir que tal infamia quedase impune.

—¿Pero de cuándo acá te me has vuelto tan Quijote?

—Desde ayer tarde que lo supe.

—Explícate, Lorenzo, me pones en conflicto con tu arrogancia, no te comprendo.

—Pues, señor, la cosa nada tiene de extraño; supe que ayer por causa de los asuntos de la testamentaría tuvo mi señor padre un mal rato con don Eпитacio, que quiere armarse con el santo y la limosna; es imposible que puedan conciliarse jamás un hombre de bien y un pícaro; la cosa se incendió y llegó al extremo de que ese infame y cobarde le dio una bofetada a mi padre públicamente, el pobre sufrió la ignominia, se ha tenido que retirar humillado y lleno de vergüenza; yo soy su hijo, lo amo de todo corazón, y fui a que me la emparejara para que completara su obra, la suerte me ayudó y lo he dejado tendido roncando un rato, eso es todo lo ocurrido, que nada tiene de particular.

—¿Si habrás ido a hacer la diablura de matarlo?

—Si tal cosa ha sucedido, señor maestro, yo no tuve tal ánimo, me propuse sólo quebrarle las quijadas, bastante cuidado tuve para no darle en un sentido, y no lo juzgo tan delicado que las lée por esa friolera.

—Ahora verás en qué cuidado nos pones por no reflexionar en lo que haces y llevarte de los ímpetus de tu genio fogoso y loco, con semejantes escándalos.

—Sobre eso no tenga usted tampoco cuidado, nadie nos ha visto, y le tanteé tan bien el golpe, que ni modo de que se me escapara.

—¡Cómo es posible que hayas hecho también una vileza!

—No señor, lo espíe, y cuando me pareció a buen tiro, me volví a encontrarlo cara a cara, me di a conocer, le expliqué el objeto de mi viaje, se burló de mí, y nos agarramos a las trompadas, metió mano a su fierro, me le cerré como los hombres, luchamos tantito, a la primera jugadilla lo porraceé, y a mi sabor cumplí mi propósito, lo dejé en el mismo sitio muy abrigadito, y me volví para acá al puro tranco de mi caballo; san se remató y es cuanto.

—¡Quién sabe qué fatales consecuencias tendrán estas locuras!

—Si acaso hay algo de fatal será para él, porque de seguro no volverá a mascar cacahuates.

—Tal vez ese hombre ya le habrá dado una satisfacción a tu padre y tú has ido a hacer un tontera.

—No lo crea usted, señor maestro, eso sólo lo hace la gente fina, éste es un meco, que ni lo habrá pensado.

—Siempre tú has hecho mal, debías de haber ido a ver a tu padre y...

—No prosiga, señor maestro, mi padre me manda que no me mezcle en esos asuntos, y a fuerza tengo que morderme un codo y estarme fuerte.

—Pues para eso hay justicia, se eleva la queja, y ella castigará al culpable.

—Eso había de haber hecho don Eпитacio si mi padre le faltó, quejarse a la autoridad; pero la quiso echar de valiente tomándose la justicia de propia mano, y yo

seguí su ejemplo, con la diferencia de que eligió para eso la plaza pública a la luz del día, y yo el paraje más solito, en la oscuridad de la noche; él quiso que todo el pueblo lo viera, y yo me excusé para que nadie lo sepa, sólo a usted he comunicado esto, y confiado en su prudencia le suplico que ni a mi padre le cuente lo acontecido, ya veremos lo que sucede; a lo hecho pecho.

—Y, a lo por hacer remedio, hijo mío, y yo también te suplico que me trates con entera confianza, que me consultes, soy tu verdadero amigo, y tal vez un consejo a tiempo podrá cortar consecuencias funestas que tú no preveas.

El domingo fue a Jungapeo; antes de llegar a su casa se encontró con Refugio en la plaza; ésta encomendó a la criada la compra del recaudo y se puso a hablar con Lorenzo a donde no podían ser escuchados, en los paredones de la casa del diezmo.

—¿Recibiste mi carta, Lorenzo? Yo no sé por qué después de mandártela me pesó.

—No sé de qué carta me hablas, Refugito —le respondió queriendo ver por dónde despuntaba.

—Vaya, si no te la dieron me alegro, porque me puso en cuidado.

—¿En cuidado?, pues ¿qué me decías en ella?

—Nada, nada, tú, ahí te contaré eso despacio, es cuento muy largo.

—¿Y qué milagro que saliste sola a la plaza?

—Está mi tía en la tienda, porque mi tío está en cama muy malo. ¿Qué no has sabido su desgracia?

—No, cuéntamela.

—Que como ahora ha mudado el amasijo a la tienda vieja, el pobrecito tiene que ir todas las noches a ver a los panaderos. El jueves cuando llegó se encontró con que ninguno estaba allí; ya eran las diez y ni siquiera habían mojado la harina; le dijeron que estaban en un fandanguito en casa de la *Tempolocata*, y por no venir a ensillar hasta acá, quién sabe quién le prestó un caballo de falsa rienda; el resultado fue que ese maldito animal se le partió reparando a media subida, lo tiró, y quedándose atorado de un estribo lo arrastró por la cuesta abajo un gran trecho. Lo esperamos hasta muy tarde; mi tía se puso hecha una leona y, cada rato quería ir a buscarlo, se desmechó solita, renegaba, y cuando le pregunté que tenía, me decía llena de rabia: —Estoy celosa, estoy celosa—. Ay, tú, qué miedo da ver a una mujer celosa; por fin, a la madrugada trajeron a mi tío unos arrieros que lo encontraron tirado en el callejón de las Amescuas.

—Pues no he sabido nada.

—¿Qué no pasas a saludarlo?, ya te ha de haber visto mi tía desde la tienda y no vayan a decir que sólo vienes por mí.

—¿Pero qué ha sido cosa de cuidado?

—Sí, tiene astilladas las quijadas y ha estado escupiendo los dientes y las muelas; mira una... y tiene tres pies.

—¡Caramba, qué muelota!, estaba fuerte y sana.

Y al disimulo se la fue guardando en la bolsa.

—Conque allá nos vemos, ya me he dilatado; y se separaron.

Lorenzo se dirigió para la tienda: la tía lo recibió como siempre y lo hizo pasar para adentro; penetró hasta la recámara donde estaba don Epitacio a guisa de Santo Entierro, tendido en su cama lleno de vendajes, con una cara monstruosa por la fuerte inflamación que tenía; una criada con una pisterita de hoja de lata le echaba un líquido por un lado de la boca, que era lo único que podía pasar.

—¿Qué ha sido eso, amigo don Epitacio? —preguntó Lorenzo.

—Una desgracia, niño —contestó la criada—: lo arrastró un caballo la otra noche en la cuesta de Tepangareo.— Salió la criada, y el enfermo con voz balbuciente le dijo:

—Ya... nos... veremos...

—Cuando guste, amigote, ya sabe cómo me llamo, estoy en la escuela y ahí verá que el que sabe quebrar quijadas, puede que se ingenie en rebanar tripas: mire, ya tengo con qué quererlo —y le enseñó la cacha del puñal que le quitó—; conque por ahora cantaritos y alíviese lo más pronto.

Entró Refugio, saludó a Lorenzo para disimular que se habían visto, y le dijo:

—¿Qué dices, Lorenzo? ¡Qué golpe tan feo, Jesús! Nadie está zafo de una mala hora.

—Ha sido una desgracia, Refugito, lo siento en el alma —replicó con marcada ironía—, cuídalo con esmero, es tu tío y basta que te quiera tanto para que correspondas a las muchas atenciones y cariño con que te trata. Conque don Epitacio, me retiro.

Refugio salió a esperar a Lorenzo a las piezas de afuera, y entre tanto éste, tendiéndole la mano a don Epitacio, lo obligó por aquella demostración a que sacara la suya; se la tomó Lorenzo, y le dio tal apretón, que lo hizo retorcerse como culebra, a la vez que le decía:

—Ésa es la orilla, amigote, adelante está el pueblo, por el sobreescrito se saca la carta. —Salió, se abrazaron ambos amantes, diciéndole Lorenzo en voz alta:

—Cuídalo, Refugito, porque no veo la hora de que se alivie.

Siguió Lorenzo su camino para el rancho, y al ver a su padre con tamaño moretón en un carrillo, le preguntó como sorprendido.

—¿Qué ha sido eso, padre mío?

—Nada, hijo, un descuido, una distracción. Iba al pueblo y bajando por Tepangareo, ese maldito caballo tortuguillo se espantó y dio tan fuerte rastrillazo, que cogiéndome desprevenido, por poco me chispa de la silla, y por atender a la rienda me pegó un azotazo una rama de guayabo, que no faltó nada para que me sacara un ojo.

—¡Qué malditísimo caballo, señor! Deje usted que yo salga de la escuela para cogerlo a cargo, yo le ofrezco quitarle esa mala maña. Pero qué cuesta esa tan desgraciada, señor padre, pues el jueves en la noche le dio a don Epitacio una

arrastrada un caballo, que por poquito estaca la zalea; creo que allí se les mete el diablo a los caballos de resabio.

—¿Quién te ha contado eso?

—Yo que he ido a visitarlo; ya ve usted, en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos; está el pobre hombre con todas las quijadas hechas astillas; tiene una carota que da horror, no le ha quedado una muela buena, y sólo pasa con mil trabajos algunos líquidos con que lo están manteniendo.

—Dios castiga sin palo ni cuarta —decía don Juan para sí mismo.

Después de comer se volvió Lorenzo para la villa; iba pensando en lo ocurrido, diciendo: —Hasta ahora, don Epitacio se ha estado fuerte, me dijo que ahí nos veremos; pues corrientes, nos veremos, ya sé que para la lucha no vale nada, y que más duros son mis huesos que los suyos; con lo último que le dije habrá entendido que no ignoro el mal trato que le da a Refugito, y ha de ser muy bestia si no conoce que sobre ese asunto tenemos cuenta pendiente que arreglar. Respecto de mi señor padre, no me ha querido decir la verdad, y se excusó echándole la culpa al tortuguillo; luego le da vergüenza decirme que se ha dejado insultar: tiene razón, yo haría otro tanto, jamás le exigiré más aclaraciones, ni mucho menos sabrá por mi boca que me hice cargo de la revancha. Quédese todo en tal estado y vamos andando.

Luego que llegó, fue don Primitivo lleno de cuidado a que le contara lo ocurrido, se lo dijo todo, excepto lo de que estaba aplazado con don Epitacio, quien no pudo aliviarse y salir hasta los tres meses. En todo ese tiempo estuvo frecuentando sus visitas Lorenzo; por último, en cada una de ellas, cuando ya estaba repuesto, se promovió conversación sobre el asunto pendiente, y conociendo don Epitacio que su adversario había adquirido más potencia, mientras que en él sucedía lo contrario, tuvo que proponerle una transacción.

—Yo soy tan bueno por la buena, como malo por la mala —contestó Lorenzo—; he sido el agraviado, porque usted hizo la felonía de faltarle a mi padre; y si está determinado a que le echemos tierra a este negocio, yo sólo le exijo que le dé una cumplida satisfacción: creo que ya no tendrán que atravesar palabra, porque el señor Juez de letras me ofreció formalmente admitirle la renuncia del albaceazgo que tiempo hace que está solicitando.

—¿Pero en qué forma quieres esa satisfacción, Lorencito?

—Muy sencilla. Le escribe usted una carta disculpándose del hecho y solicitando su amistad: el domingo me lo traigo acá, se hace usted el contradizo, le habla como antes, nos trae usted a almorzar a su casa y nos largamos después; si le conviene nuestro trato, corrientes, y si no, lo mismo se nos da, ni solicitamos favor ni compramos amistades. Lo que usted le escriba a mi padre estoy seguro que no lo divulgará, y como su ofensa fue pública y todos creen que han quedado chocados quiero que vean que están reconciliados y tan amigos como siempre. Eso es respecto de mi señor padre; en cuanto a nosotros, le pongo dos condiciones que me ha de ofrecer cumplir como los hombres: la primera, que jamás diga a nadie que yo tomé

parte en este negocio; y la segunda, que trate a su sobrina como quien es, como a una niña virtuosa, como a una señorita, como a la dueña de la casa, que por mil títulos es acreedora a las mayores atenciones; porque si llega a mis oídos que se repite la escena última en que la trató como acostumbra hacerlo con su mujer, brinco las trancas, don Eпитacio, no respondo de mí porque tengo mal genio, y sería capaz de divulgar a dónde va usted a buscar a los panaderos que tiene en el amasijo, cuál fue el caballo que lo arrastró por Tepangareo, y para comprobarlo les diría: «Vayan a la casa del Chirimoyo, en el callejón de las Amescuas, y verán una chaparrita de pelo crespo; miren esta muela matriculada que quién sabe cómo se me enredó entre los dedos, y este puñalito que cambalaché en la escuela cuando me llevó don Eпитacio a decorar la cartilla». Conque así, amigo mío, resuélvase, yo tengo justicia, si usted conoce la razón, aquí queda cortado este negocio.

Conoció don Eпитacio que no había más que ceder, que Lorenzo estaba al tanto de otro secreto; que era muy capaz de hacer lo que le había dicho, y accedió a todo; puso la carta en los términos que se la dictó Lorenzo, quien se encargó de remitirla, enseñándola antes a su maestro para que viera la conclusión de eso que lo tenía en gran cuidado. El domingo, acompañado de su padre, se efectuó todo lo dicho, y don Eпитacio a su pesar, le ofreció solemnemente cumplir con lo demás, procurando siempre ver cómo conseguía desterrar a Lorenzo de la casa y estorbar con disimulo el que siguiera enamorado de su sobrina.

Mientras que don Juan agitaba la admisión de su renuncia, don Eпитacio echaba empeños para que recayera en él el albaceazgo, hasta que por fin ambos lograron su objeto.

Capítulo III

Rapto. La cueva de los chagolleros. El Rentoy. Probabilidades. Desesperación. Carbón de entrego.

Empezó Lorenzo a padecer de reumas en un hombro, a consecuencia de sus locuras de meterse al agua estando caliente y otras cosas por el estilo, y después de mil medicamentos caseros, sintió alivio con irse a su casa y bañarse en las aguas termales de Porúa: como ya sólo estaba ejercitándose en escribir y contar, y Refugio no estaba inmediata, con ese pretexto cada rato fingía enfermarse hasta que pudo quedarse una vez en el rancho.

Don Juan fue a la villa a dar las debidas gracias a don Primitivo, y éste le impuso de la conducta que debía seguir observando con Lorenzo para que siempre le conservara amor y respeto:

—Procure usted, amigo mío —le dijo—, que ese muchacho siempre esté ocupado en cosas que lo distraigan y le den provecho, para que vaya viendo el fruto de su trabajo; evítele con prudencia que contraiga malas amistades; disimúlele las faltas pequeñas que por su poca experiencia cometa, advirtiéndole después sus consecuencias con la mayor circunspección; y aunque parece muy vidrioso, tiene una alma muy noble, embellecida de los más brillantes sentimientos que naturalmente se han desarrollado en él y yo he procurado afirmar; está ciegamente enamorado de esa niña Refugio, es necesario no impedirselo ni fomentárselo, sino dejar que el tiempo lo cure, y creo que ése ha sido el motivo porque ya el muchacho se nos atrancó, y no quiso entrarle a la gramática latina, pues si no hubiera sido por las cosas que se fueron sucediendo y logro que esa niña siga aquí un par de años, aprende Lorenzo cuanto yo hubiera querido; pero se fue a su casa, dividió su pensamiento, y eso no tuvo remedio; ya le he dado mil consejos que creo que no olvidará, pues no dejé de ponerme en cuidado con la ocurrencia de lo de don Epitacio. Hasta ahora ignoro quién le participó lo del ultraje que le hizo a usted aquel hombre, a quien muy caro le ha costado, pues el muchacho, que ama a usted sinceramente y tiene la sangre hirviendo, sin decirme una palabra le fue a romper las quijadas a puras gaznatadas, y luego lo obligó a que le diera a usted la satisfacción que recibió por una carta que el propio Lorenzo le dictó y yo leí antes que llegara a sus manos.

—Con razón desconocí el lenguaje y los términos tan conocidos en que estaba puesta, lo cual me obligó a perdonarle y a echar un velo a lo ocurrido.

—Pues todo ha sido parto de ese muchacho. Usted no le dijo su agravio, sin duda porque no tomara cartas, excusándose con echar la culpa a su caballo; pero ya fue tarde, pues el mismo día pagó el don Epitacio su atrevimiento. Ha obrado con tal

discreción, que al propio señor ése le ha exigido el secreto para que usted no llegue a saberlo: conque usted no se dé por entendido, cuente conmigo para cuanto se le ofrezca, y deme el pésame porque siento extraño y me había hallado mucho con la compañía de su hijo.

Como dijimos, don Epitacio procuraba con disimulo evitar a Lorenzo que frecuentara la casa: él lo conoció, y por no dar motivo de otra querrela, también quiso tomar sus precauciones de acuerdo con Refugio, para verse y hablar con más franqueza, y porque el tío no fuera a volverse a chocar con Lorenzo, pues aunque él jamás le dijo nada, ella estuvo escuchando sin ser vista la transacción, prefería salirse de la casa cuando el tío se iba para el amasijo, y ponerse a platicar en los paredones de la casa del diezmo que estaban frente a la tienda, que no el que fueran a verlo rondando la casa, y suponiéndolo ladrón, le soltara don Epitacio un balazo o le armara un escándalo, pues lo creía muy capaz de todo.

No faltó motivo para que tal reconciliación se nulificara, pues don Epitacio siempre que podía se valía, de extrañas manos para perjudicar al padre y al hijo dándoles a conocer su vil rencor, poniendo en juego al propio tiempo cuantos estorbos le sugería su encono para evitar la mutua correspondencia de los amantes, ensoberbeciéndolo más el verse hecho albacea y curador, disponiendo a su antojo de los intereses de su sobrina, a quien con el pretexto de que la quería con exceso, no la dejaba menear, teniéndola muy vigilada.

Sabía don Epitacio que su hermana, antes de morir, le había dado a su hija un cofrecito que contenía muchas y buenas alhajas, que también guardaba documentos de interés y principalmente los inventarios que se formaron de los bienes que dejó su cuñado, los cuales comenzó él a manejar desde luego, y temía que llegara la vez en que por ellos le hicieran los cargos respectivos, y si Lorenzo se casaba con su sobrina podía fácilmente descubrir su mal manejo; con eso no hallaba cómo poderle hurtar a Refugio el dicho cofrecito, y hasta intentó algunas veces sacárselo de su ropero; consiguió porción de llaves y se puso a forzar la cerradura cuando se fue la sobrina con su esposa a misa; en vano corrió varias diligencias, no pudo conseguir su objeto, y suspendió la ejecución para más tarde, procurando hacerse de otras llaves de diversa hechura, pues la propia del ropero era imposible que llegara a sus manos porque la niña la traía con un bejuquito colgada del cuello.

Tantas luchas hizo el tío por falsear el ropero, que Refugio conoció su intención, y porque no diera con el cofrecito lo envolvió muy bien en un embreado, guardando no sólo lo que ames contenía sino cuanto tenía suyo de algún valor, y con bastante precaución lo enterró en el sitio que le convino.

Por las muchas atenciones que tenía Lorenzo y por no exponer continuamente a Refugio, sólo la iba a visitar de cuando en cuando, juntándose en los paredones de la casa del diezmo. Platicaban un rato mientras el tío salía después de cerrar la tienda con pretexto de ir al amasijo a su acostumbrada visita del callejón de las Amescuas. Una noche oscura y borrascosa que amagaba llover con abundancia, salió el tío cerca

de las nueve, según lo había establecido, y a poco también la sobrina temerosa de que uno de tantos relámpagos la descubriera. Por una fatalidad, ya que don Epitacio iba a dar vuelta al callejón, se arrepintió de haber salido; supuso que pronto llovería y se volvió para la casa a pasos largos porque sintió en el sombrero unos cuantos goterones; llegó tan pronto que no le dio tiempo a su sobrina de entrar primero: empujó el postigo con violencia, cerró, y guardándose la llave se entró a acostar. Grande fue la sorpresa de los dos amantes al observar aquello; el aguacero cayó y no tuvieron más recurso por lo pronto que guarecerse en un portalito de obra tienda de la esquina de la plaza.

—¿Qué haremos, tú? —decía Refugio llena de susto abrigándose con la misma manga de Lorenzo, hecha una bolita junto a él—; ya mi tío sin saberlo me dejó en la calle, ¿cómo conseguir entrar? ¡Virgen Santísima! ¡Quién sabe por qué se me figura que esta casualidad nos va a ser funesta! ¡Ay Dios mío! ¿Qué hacemos, Lencho, qué hacemos? Yo me muero de congoja. ¿Quién había de pensar que se volviera tan pronto mi tío, cuando siempre viene hasta la madrugada?

—Deja que pase la tormenta, no te apures, ahora veremos cómo entras a tu casa, mi vida, no te aflijas, porque más que salvemos las tapias tú has de amanecer en tu recámara; yo conozco que nuestra situación es angustiosa, que si alguno nos viera todo se lo llevaba Judas; pero nadie como yo se interesa en tu honor, y jamás consentiré ni daré motivo para que tu reputación padezca menoscabo, ésta ha sido una fatalidad, tranquilízate, no llores, tus lágrimas me hacen mucho daño, me parten el corazón.

Por fin se pasó el chubasco y se serenó la noche, aunque siempre muy oscura; hicieron varias tentativas por el zaguán, y al acercarse a empujar las puertas de la tienda, les pareció que hablaban por dentro muchas personas, por lo que para evitar que los sintieran, huyeron precipitados para ir a tomar el último recurso, salvar las tapias del corral, conoció Lorenzo que no había más remedio, y no con poco trabajo consiguió después de mil esfuerzos, montarse a caballo sobre la barda, que aunque de adobe y vieja, tenía una regular altura.

—Ahora sí —dijo lleno de satisfacción—, no te quedarás en la calle, vida mía, amárrate bien tu rebozo en las arcas, empalma tu banda y mi ceñidor y échame las puntas. Hizo Refugito todo lo que le previno, las tomó muy confiado en sus fuerzas y ella comenzó su ascensión llena de miedo, encomendándose a toda la corte celestial: ya casi lograba Lorenzo salirse con su empresa, llegó ella a poner un pie sobre el de su amante, y tomando un corto descanso sólo restaba un último esfuerzo para colocarla bien sobre la barda y bajarla para el otro lado; apretó las piernas, la tomó del rebozo, y baloneándose hizo la fuerza posible para elevarla. En ese instante, no pudiendo resistir la pared vieja y carcomida el peso de ambos, hizo una oscilación, y desprendiéndose un gran pedazo, ambos amantes descendieron para la calle, con los adobes despedazados, haciendo un espantoso ruido. Ella cayó pegada al cimiento, media parada, y varios trozos de adobe que le dieron en la cabeza la acabaron de tirar.

Él voló hasta media calle, llevándose algunos adobes apretados entre las piernas, recibiendo un fuerte golpe en un hombro y el cuadril; se paró precipitado sin hacer caso de sus contusiones, desembarazó los trozos que Refugio tenía encima, y tomándola de un brazo le decía:

—¿Te has lastimado, mi vida?

—¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús! —fue lo primero que ella pronunció.

—Párate, mi alma, párate. —Y trató de alzarla.

—¡Ay!, ¡ay!, Lencho, por amor de Dios, no, no; Virgen Santísima, no... no puedo —y hacía inútiles esfuerzos para enderezarse, anegada en llanto.

La alzó Lorenzo en peso con bastante cuidado repitiendo:

—¿Qué tienes, bien mío? ¿Qué tienes?

—Que me he desconcertado un pie. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay Jesús!

En este instante se oyeron pasos precipitados por el corral, luego un puertazo y repetidas voces de mujer que gritaban: ¡ladrones, ladrones! Cinco o seis perros acudieron ladrando con furia, otros en la azotea los imitaron, y por momentos esperaba Lorenzo que se fuera apareciendo D. Epitacio con sus dependientes y les tiraran de balazos; la circunstancia era comprometida, el lance apremiante, Refugio redoblaba sus lamentaciones sin poderse estar en pie, y por lo pronto no le ocurrió al afligido amante otra cosa que ausentarse lo más pronto posible de aquel sitio, abrazó a Refugio de las piernas, y cargándola en brazos se ausentó de allí con las precauciones posibles, deslizándose poco a poco por no lastimarla, tomando la cuesta abajo hasta llegar al arroyo, en donde descansándola sobre una peña se puso a tomar aliento. Cuando comenzó a caminar con su preciosa carga le preguntó ella muy afligida:

—¿Pero adónde vamos, Lencho?

—No lo sé, querida —le respondió—, a donde Dios quiera.

Mientras recuperó sus fuerzas se puso a observar para la casa, y advirtió que los perros no cesaban de ladrar y andaban con luz por el corral.

—¿Qué tal si no nos ausentamos pronto? —dijo—, mira cómo ya se pusieron todos en movimiento, huyamos cuanto antes del peligro. —Y volviendo a cargar a Refugio llegó hasta el sitio en que dejó su caballo, la acomodó en la silla, se sentó en las ancas, y trató de alejarse poco a poco.

—¡Ay Dios mío, Virgen Santísima! ¿Qué haremos, Lencho? —exclamó ella apretándose las manos y llorando amargamente—, ¿adónde iremos, qué será de nosotros? Mira, mi vida, llévame a la villa con las señoras. ¡Ay Jesús!, ya no aguanto mi pie, creo que me lo hice pedazos. ¡Ay Madre Santísima de la villa! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay Jesús! ¿Qué dices, Lencho? vámonos para San Juan con tu maestro.

—Eso es imposible, Refugio, está la noche muy avanzada, el aguacero que ha caído ha de haber dejado la cuesta inandable, y es evidente que al encumbrar rodemos con todo y caballo en cualquier desfiladero; a esto se agrega que tú no estás capaz de resistir un camino largo en el estado en que estás, y yo tengo precisión de amanecer

en mi casa para evitar darle un disgusto a mi padre, pues ignora mis nocturnas expediciones que con bastante precaución emprendo.

—Tienes razón, querido, tus palabras me convencen; ¿pero qué hacemos, por Dios, qué hacemos? —y volvió a dar rienda suelta a su llanto y repetir sus lamentos.

Lorenzo muy afligido no hallaba qué partido tomar, discurría en vano mil proyectos, que agolpándose en su acalorada mente, todos le parecían irrealizables; continuamente fijaba la vista al lucero del alba calculando sus avances, y así indeciso, aturdido y consternado llegó a la encrucijada de la vega, se paró mirando para la cañada y cerros de Capiro, exclamando:

—¡Alúmbrame, Virgen del Buen Suceso! ¡Dios mío, no nos abandones! —y siguió girando la cabeza hasta que fijándose en un punto premeditó y dijo:

—No nos queda otro recurso por ahora más que éste. —Torció las riendas a su caballo y comenzó a encumbrar la ladera.

¿Cuál, mi vida? —preguntó su amada.

—Que te conserves oculta en esa cueva hasta que te pueda poner en salvo.

—¿Pero si acaso hay algunas fieras o animales ponzoñosos, qué hago, tú?

—Respecto de eso no tengas cuidado, conozco bien ese sitio y no hace mucho estuvo habitada por unos sujetos que hacían moneda falsa.

—¿Y si vuelven esos hombres y me encuentran allí?

—Desecha ese temor, porque fue tanto su descaro, que hasta el camino real se oían los martillazos, y al fin les echaron el guante y quién sabe qué suerte habrán corrido, conque no hay más recurso que esconderte por el pronto en dicha cueva, y aunque está tan del pie a la mano, eso hará tal vez que no crean que puedes estar tan cerca. Ya llegamos, mira qué amplia y qué buena está, quédate tantito en mi caballo mientras doy una registrada en sus rincones —y apeándose entró sin recelo haciendo boruca y alumbrando varios escondites con la momentánea luz que daban su piedra y eslabón; satisfecho de que no había nada que temer, en el rincón más excusado que le pareció a propósito, amontonó tierra suelta, hojas secas y otras basuras, apeó a Refugio, y con el sudadero cubrió todo para improvisar un colchón. Se sentó allí la pobre niña dando mil quejidos, pues los dolores del pie a cualquier movimiento eran a cada instante más agudos; le dejó su manga, el puñalito por si se le ofreciere defenderse, y a pesar de que trató de cuantos modos pudo, infundirle valor y confianza, ella se quedó hecha una Magdalena bebiéndose sus lágrimas y multiplicando sus ayes arrancados por el dolor y el miedo de verse en aquel lugar solita y expuesta a otra mayor desgracia. Pero ya comenzaba a esclarecer el día y Lorenzo lleno de pesar procuró separarse para estar en su cuarto antes de que su padre se levantara, por lo que con el corazón angustiado pegó un brinco a su caballo y a escape partió por aquellos texcales, encomendando a Dios la custodia de su amada, renegando de su suerte y de la fatalidad que comenzaba a perseguirlo.

Apenas había tirádose sobre su cama, cuando oyó que su padre andaba por el corredor, se acercó a la puerta y le tocó diciendo:

—Anda, Lencho, levántate que ya amaneció.

—Ya voy, señor padre —le contestó desde su cama, saliendo a poco rato muy entelerido, pues las contusiones del cuadril y hombro, por más esfuerzos que hacía no lo dejaban enderezar ni andar con franqueza.

—¿Qué tienes, hijo? —le dijo don Juan—, parece que estás emballestado.

—Nada, señor padre, estas maldecidas reumas que me han vuelto a molestar.

—Pues ya sabes el remedio: vete a dar unos baños a Porúa.

—Eso pienso hacer, señor, y quiero que me dé licencia para irme a bañar.

—Pues anda luego y pasa a ver a don Cleofas el curandero a ver qué remedio te da; pero si te bañas, o te vienes al instante o te quedas allá hasta la tarde, no se te antoje volver en la fuerza del sol porque te puede coger un tabardillo.

—Siempre me vendré hasta la tardecita, y para tener allá qué comer me llevaré algún bastimento.

—Sí, hombre, lleva lo que quieras: dile a tu hermana que habilite las árganas, y marcha pronto antes que caliente el día.

Con pretexto de tener en qué reposar el baño y comer algo, cargó Lorenzo con una zalea lanuda, una almohadita, dos sábanas, un cobertor, sus árganas perfectamente abastecidas de cuanto le pareció conveniente, y montando a caballo partió muy ufano, no para Porúa, sino para la cueva de los Chagolleros, que así llamaban a la que servía de asilo provisional a su adorada Refugito. La encontró en el mismo sitio donde la puso, muy llorosa, afligida, lamentándose de sus dolencias; compuso la cama, le hizo tomar algún alimento y partió extraviando camino para los mogotes en solicitud de Cleofas el curandero para que la curara de la dislocadura del pie. Casualmente lo encontró en el camino, se lo echó en las ancas y regresó muy pronto para la cueva.

—Cúreme a esta niña, don Cleofas —le dijo—, antes que se haga más difícil la operación.

Vio don Cleofas el pie de Refugito, se arremangó las mangas de su cotona y pidió con voz de mando un poco de aguardiente resacado para dar frotaciones.

—¡Caramba! —exclamó Lorenzo dándose una palmada en la frente—, no me acordé que el aguardiente es preciso para estos casos; pero mire, don Cleofas, pégueme un brinco a mi caballo, tenga ese par de pesos, arranque para el pueblo y tráigase lo que necesite, no se dilate, por vida suya, ábrale el arado a ese pixtle más que lo asolee. —Así lo hizo Cleofas; partió a escape para Jungapeo, ínterin Lorenzo hacía tomar a su amada más alimento y consolaba su aflicción con mil palabras cariñosas.

Cuando regresaba el curandero, quiso la fatalidad que se encontrara a media cuesta con don Juan Cabello que iba al pueblo a varios asuntos.

—¿Cómo va, señor don Juan? —le dijo, deteniendo al caballo que traía casi corriendo.

—¡Qué hay, amigo! —le respondió, conociendo el caballo de Lorenzo y fijando la atención en dos botellas con aguardiente que llevaba en las manos y otras en los

tientos—, ¿ya vio a usted mi hijo, don Cleofas?

—Sí señor don Juan, sino que era preciso el aguardiente y vine por él en un galope.

—Cúreme bien a esa criatura, amigote, yo se lo suplico.

—No tenga su merced cuidado, que muy pronto entrará el hueso en su lugar; me voy porque está en un grito la pobrecita. —Y partió sin dar lugar a más respuesta, de manera que cuando don Juan reflexionó lo del hueso y esa última expresión de «pobrecita», ya el curandero iba lejos.

—¡Qué es esto, Dios mío! —exclamó lleno de sorpresa—; ese muchacho no tiene reumas sino algún hueso dislocado y por eso andaba todo torcido, es tan travieso y... pero si ese hombre me ha dicho que está en un grito la pobrecita. ¿Qué sucederá por fin, si ya tendremos pobrecitas en campaña? Lo de menos es desengañarme, seguir al curandero y salir de dudas. Y si desgraciadamente sorprendo a Lencho con la tal pobrecita, ¿qué sucede? ¿Cómo me le voy presentando cuando él procura excusarse de mí? Es joven, fogoso, y me expongo a que me pierda la vergüenza, me falte al respeto, o se me largue por ahí mirando que fiscalizo sus secretas acciones. Prudencia y nomás prudencia, me aconsejó su maestro. Dios me dé paciencia, lo que fuese sonará, marchemos. —Y continuó su camino. Apenas había andado unos cuantos pasos, cuando se encontró con un sujeto del pueblo que también bajaba a galope tendido y se detuvo a saludarlo.

—¿Adónde vas tan corriendo, Gregorito? —dijo dándole la mano—, buenos días.

—Así se los dé Dios a su merced, señor don Juan, voy a ver si la suerte me ayuda: ¿no sabe usted lo que ha ocurrido en el pueblo?

—No, Gregorito; pues ¿qué ha sucedido?

—Que anoche se han robado a la niña Refugito, la sobrina de don Epitacio.

—¿Pero cómo ha estado eso, Gregorito?, explícame, por Dios.

—Muy fácilmente, señor don Juan: rompieron la barda del corral para llevársela, cargando con multitud de alhajas, dinero y muchas cosas de valor que ha comenzado a extrañar el tío, de manera que poco ha faltado para que dejen la casa vacía. Pero don Epitacio ha sido tan vivo que ya el raptor principal está en la cárcel con cinco o seis de sus cómplices, entre los cuales hay algunos picos largos: está el Zambo, los dos Tecachos y otros maletas del pueblo.

—¿Por supuesto que ya se habrá sacado algo en limpio de la averiguación y sus declaraciones?

—No, señor, es aquello un enredo de todos los demonios; todas las casas del pueblo se han cateado, los criminales se obstinan en no decir la verdad, y por más pesquisas que se han hecho, nada se ha podido aclarar; de manera que, mirando eso don Epitacio, y por el mucho amor que tiene a su sobrina, ha ofrecido quinientos pesos a la persona que le entregue a la niña.

—¿Y qué cumplirá su promesa?

—A fuerza, señor don Juan, pues ya se quedó comprometido delante del Juez y lo

ha firmado en un papel que se ha depositado en el juzgado, de modo que hemos salido como doce o catorce buscadores por distintos puntos, y otros que andan también registrando huertas por la cañadita del arroyo de Agua Zarca, pues el rastro llegó hasta allí. Conque voy a buscar por los ranchos de arriba a ver si Dios me protege: ya ve su merced, media talega es la fortuna de un hombre. Adiós, señor amo.

—Adiós, Gregorito, y feliz viaje.

—Esto se complica —dijo don Juan lleno de cuidado sin atreverse a continuar su camino—, es preciso que en este asunto tenga mi hijo mucha parte; estaba apasionado de esa niña, habrá tenido algún fatal encuentro con ese lépero de don Epitacio, y de ahí vino la reuma, desconchavada, y que la pobrecita esté en un grito. Nadie me quita de la cabeza que Lencho es el autor de semejante rapto; pero Gregorito me ha dicho que se han llevado alhajas, dinero y muchas cosas de valor, que ya forman un verdadero robo; no puedo creer que llegue hasta ese extremo la perversidad de mi hijo. Ahora, también me dijo ese hombre que ya tienen asegurados al raptor y sus cómplices, luego ese muchacho no ha sido el hechor pues no le han echado el guante. ¡Si tal vez estará en relación con esos pícaros, y mientras él voló con la niña, ellos se han robado cuanto quisieron! No, eso tampoco puede ser, Lorenzo es muy reservado, con nadie se lleva, y menos con esa gentuza que mira con indiferencia. ¿Pues qué será, Dios mío? Esta incertidumbre me mata. Lo de menos es satisfacerme prosiguiendo mi camino y llegar al pueblo; pero, si, como es natural, don Epitacio tiene algunas sospechas de Lorenzo, ahora puede aprovechar la ocasión de vengarse de él recordando que lo dejó sin muelas, y al verme por allí supondrá que tengo parte en este negocio, que me voy haciendo de las nuevas, a espiar sus providencias, resucitará nuestro antiguo rencor, y la cosa se enciende si no es que se ensangrienta; pues evitemos un lance, prudencia y nomás prudencia.— Arrendó su caballo y se volvió paso a paso para su rancho, lleno de mil encontrados pensamientos y conjeturas amargas a cual más siniestras y contradictorias. Luego que regresó del campo Ángel su yerno, le mandó que fuera al pueblo a indagar; esperó lleno de zozobra a ver qué sucedía con el que se fue al baño, diciendo para sí: — Adonde este muchacho no vuelva, ciertos son los toros de estar complicado en ese asunto.

Vamos ahora a la casa de don Epitacio que hemos dejado alborotada con los alarmantes gritos de: «Ladrones, ladrones», causados por una molendera que casualmente salió al corral cuando estaba montado sobre la barda Lorenzo, y se sorprendió al ver un bulto que se movía; de repente lo vio desaparecer, y acto continuo oyó el estrépito de los adobes, por lo que azorada corrió para adentro y cerró precipitada dando de gritos hasta llegar con la noticia a la recámara de don Epitacio; quien comenzando a dormirse, en el instante, muy asustado, se vistió, dejó encerradas en aquella pieza a la criada y a su mujer, se puso unas pistolas en la cintura, tomó un

mosquetón, y de puntitas se salió para la sala. Después de escuchar con precaución, se aventuró a abrir la puerta, y cual si fuera a cazar algún conejo, se dirigió para la puerta de la trastienda con su arma preparada mirando para todos lados lleno de pavor; no dejó de sorprenderle más encontrarse con la puerta abierta, y al penetrar en la trastienda oír algunas voces extrañas; algún consuelo le dio el diálogo que en ese instante se entabló.

—Mire, don Pepito —dijo uno de los concurrentes—, antes que venga don Plácido, deme un rebozo negro que vino a empeñar mi mujer ayer tarde cuando estaba aquí el amo don Epitacio, está en veinte reales con los logros.

—Ahora se lo daré, no se apure —contestó don Pepito—, déjeme acabar este juego.

—Envido —gritó lleno de entusiasmo.

—Quiero —respondió uno de los jugadores.

—Van tres más —agregó otro.

—Pues que se acabe —replicó el cuarto, échense fuera, éste es mi rey.

—Mi dos y no llora.

—Este cuatro como tortilla de quince viernes.

—Aquí está la ley —dijo el último dando manazos en el mostrador.

—Copa, copa —gritaron todos—, echa copa, Zambo, y no andes con miserias que para todo da el naípe.

Después de echar todos unos buenos tragos de catalán, devorar algunas latas de sardinas, aceitunas, queso y cuanto cada cual apetecía, volvió a instar el del rebozo diciendo:

—No me haga el temboruco, don Pepito, deme mi prenda, porque si llega don Plácido se queda la cosa en tal estado.

—Seguro está —contestó don Pepito—, si antes que tenía a la niña del pie a la mano, varias veces venía tan tarde, pues ahora que ya la hizo pegar el volido y la tiene en su poder, es capaz de que le salga el sol en la cuesta.

—Sin embargo, deme mi rebozo antes que otra cosa suceda.

—Voy a traerlo para que no me esté moliendo, vaya barajando, compañero —y echó un brinco al bajarse del mostrador.

Don Epitacio poco a poco llegó a situarse tras del armazón para cerciorarse bien; se vio tentado de sorprender a los tertulianos de don Pepito, pero como eran todos de los llamados de la cáscara amarga, tuvo miedo de que cualquiera de ellos le diera una puñalada por ser muy capaces de hacerlo; mas al oír el brinco del cajero que debía ir por la prenda, precisamente al sitio en que se hallaba, para evitar ser descubierto se metió con violencia a la trastienda, salió al patio y echó muy quedito el cerrojo que la puerta tenía. Éstos de ahí no pueden pasar, dijo para sí, tope en lo de la tienda y vamos a echar por allá dentro una registrada. Volvió a entrar por la sala, se habilitó de un farol, y atravesando piezas fue a asomarse por la ventana de la cocina que daba para el corral; cuando se satisfizo bien de que sólo los perros que no cesaban de

ladrar en unión de los de la azotea, eran los únicos que allí andaban, salió con su farol, registró todo, y sólo advirtió el portillo recién hecho, se puso a alumbrar el suelo, y después de registrar bien exclamó: Esos pícaros no se han salido con la suya; la vigilancia de mis perros y los gritos de la criada que me aseguró que los vio sobre la barda, no les dio tiempo para descolgarse, cerremos bien las puertas y estaré listo para darle un balazo al primero que intente forzarlas, al cabo aquí no corre riesgo más que la leña. Entonces fue cuando Lorenzo desde el arroyo advirtió luz en el corral y se precipitó a continuar su fuga. Don Epitacio atrancó bien la puerta, y al pasar por la recámara de la sobrina vio con sorpresa las cortinas abiertas y la cama hecha sin indicio de que se hubiera en ella acostado Refugio; la buscó por toda la casa con mucho cuidado, hasta que convencido de que se había fugado, al instante su primer empeño fue ver si había cargado con el cofrecito que lo tenía desazonado, forzó la chapa del roperito, revolvió todo, y al no hallarlo se dio un estirón de cabellos exclamando: ¡Mal haya sea yo tan bestia!, se lo llevó esa maldita. Siguió registrando baúles, alacenas y cuanto mueble le ocurrió, maldiciéndose a sí mismo por no habérselo robado desde el instante que lo intentó. Esto ha sido un hecho pensado del vanidoso ese de Lorenzo; ninguno más que él es capaz de haberse llevado a esa loca de Refugio, el amor unido con el interés van caminando a estas horas por esos breñales; pero a donde han de ir que más valgan; ya le cogí la coartada, señor Lencho, voy con este motivo a ponerle una trampa, a armarle escandalito, y ya veremos si con la justicia se juega; allí no valen las fuerzas, lo he de ver arrastrar una cadena, voy a secarlo en la cárcel, y se fue a sentar a una ventana para ver en qué paraba lo de la tienda, discurriendo el modo más seguro con qué desquitarse de Lorenzo, sin comprometerse directamente, y por más que cavilaba no hallaba cómo poder justificar que él había sido el raptor. Pero meditando en lo que había sabido por don Pepe, de que el cajero mayor don Plácido se había largado de la tienda, creyó más fácil acriminarlo para que en las averiguaciones resultara la verdad y por carambola tirarle un buen golpe a su pesadilla: a Lorenzo.

Esas palabras del dicho don Pepe también lo ponían en cuidado, pues entendía que la persona de quien hablaron podía muy bien ser su sobrina; que el don Plácido tal vez sabiendo lo del cofrecito, guiado del interés la hubiera atarantado y obligado a salirse, y por dar en qué entender, hizo el portillo en el corral y se la sacó por la tienda.

—¿Qué mano —decía—, que el avispa de Plácido ya le hizo matanga al jarochón de Lorenzo? Hace tiempo que viene muy de tarde en tarde. Refugio no estaba como antes tan inquieta, se volvió seria y como melancólica. No hay duda, tuvieron algunos de esos disgustos que no faltan, se enojarían, y la muchacha resentida, celosa o despechada, le hizo frente a Plácido, que más veterano que el otro ha querido asegurarla para hacerse dueño de los interesillos. Ojalá que así sea, porque la verdad, el tal Lorenzo es un enemigo terrible, no le puedo contrarrestar y le tengo miedo; es mejor entendérmelas con Plácido, lo acriminaré a mi sabor; a la muchacha le

achacaré que se llevó mil cosas, y principalmente dinero que le había dado a depositar, cuya suma cubrirá bien las faltas que hay en la testamentaría; en fin, yo urdiré un enredo tan grande que ni el diablo que lo desate; aseguraré para mí cuanto pueda, y les entrego las cuentas del gran capitán.

Así que formó sus depravados planes, notó que un bulto venía a pasos largos por la calle de arriba, y al pasar frente a la ventana conoció a Plácido; poco después cerraron la tienda y se retiraron los tertulianos a sus casas, excepto uno que no estuvo capaz de pararse y se quedó allí dormido. Entonces don Eпитacio se recostó un rato a esperar que amaneciera bien. Cuando le pareció oportuno, se levantó como de costumbre, salió por el zaguán y se dirigió a la tienda, se encontró con los dos dependientes muy afanados fregando el mostrador y, el borrachín que se quedó allí trayéndoles agua.

—¿Cómo pudiera yo acriminar a este bribón con pruebas irrecusables para salir bien con mis planes? —se decía a sí mismo y meditaba silencioso. Es muy fácil, se respondió. Y con bastante disimulo sacó de la chaqueta de Plácido que estaba allí colgada, una navaja grande de muelle y una cigarrera; se salió, fue al cuarto de su sobrina, alborotó más la ropa del ropero dejando separadas varias piezas sobre la cama y el suelo, poniendo entre ellas la cigarrera; arrojó la navaja desde la puerta del corral para el portillo, y volvió a salir con precipitación dirigiéndose al juzgado. Allí, lamentando su desgracia, informó al Juez de paz hecho una furia; mandaron llamar al secretario, y acompañado de cuatro o cinco vecinos, regresó a su casa; en el tránsito le preguntó el Juez si acaso tenía alguna sospecha de persona conocida, y respondió hipócritamente:

—Yo, señor Juez, no sospecho de nadie, mis dependientes son hombres de bien; pero de una hora a otra... luego engañan las apariencias. —Al instante de presentarse todos juntos en la tienda, los dos cajeros se demudaron, lo cual fue advertido por el Juez y le dio de codo a don Eпитacio, que maliciosamente se sonrió. Dejó el Juez al Alcaide que los vigilara al disimulo, y se metieron para adentro; al ver el portillo se encontraron la navaja y después en el cuarto de Refugio la cigarrera; tomaron declaración a la criada que había gritado, y dijo que había salido al corral a hacer una diligencia y que al entrar a la cocina había visto dos bultos sobre la barda, luego oyó un ruido muy grande como de que tiraban la pared, y por eso creyendo que eran ladrones, entró asustada a despertar al amo; y que cuando pasó por el cuarto de la niña quiso recordarla, pero se encontró con que la cama estaba vacía. Que la niña salió por la cocina antes del aguacero y que después no la vio entrar.

Se salieron los actuantes para la tienda y dijo el Juez:

—Vamos a ver el portillo por la calle a ver si encontramos otro indicio. Plácido sorprendido preguntó:

—¿Pues qué ha sucedido?

—Vamos a ver, amiguito, vamos a ver, acompáñenos —le respondió el Juez. Registraron el portillo, y debajo de unos adobes hallaron un pedazo del rosario de

Refugio que se le reventó; don Epitacio tomó una varita, y midiendo las huellas de los pies que dejó estampadas Lorenzo, hizo lo mismo con las de Plácido, y eran iguales; después repitió su operación en las distancias, y resultó lo mismo, por lo que lleno de gozo se lo hizo advertir al Juez y a otros. Se volvieron a la tienda, y sacando la navaja que alzó junto al portillo, le preguntó a don Pepe:

—¿Conoce usted esta navaja?

Se demudó el hombre, y entre dientes contestó:

—Sí, señor.

—¿De quién es?

—Mía.

—¿Pues cómo aparece tirada inmediata al escalamiento?

—No estaba en mi poder esa navaja, se la presté a don Plácido cuando se...

—¿Cuándo se qué, caballero?

—Cuando salió.

—¿Cómo está eso, Plácido? —replicó don Epitacio—, te sales y me dejas la tienda sola; ¡qué bien cuidas de lo que tienes a tu cargo!; dizque dejarla abandonada, vaya, vaya.

—Eso es mucha mentira —gritó el borrachín aquel que estaba presente, sin que ninguno se lo preguntara—, el que diga eso miente con toda su alma, la tienda no ha quedado sola, aquí nos hemos amanecido varios amigos, y aunque don Plácido se fue con su marras, don Pepe se estuvo sentadito aquí; el Zurdo y Nicolás por allá dentro; el rebocero y don Dimas por acá fuera, y yo les despachaba lo que pedían; la casa ha estado segura, aquí no se pierde nada, ésta es la pura verdad, yo por la verdad más que me maten, y el que sustente lo contrario que se eche fuera, yo soy hombre.— Y siguió con sus bravatas pegando de manazos sobre el mostrador.

—¿Y esta cigarrera la conoce usted don Pepe?

—Sí, señor, es de don Plácido.

—Mire, don Bonifacio —dijo el Juez al Alcaide—, asegúreme a estos dos señores, y en unión de ese valiente lléveselos para la cárcel y me los pone incomunicados.

—¿Pero, señor, a mí? —exclamó Plácido.

—A ustedes, grandísimos bribones —respondió don Epitacio; y sin más dilación los condujeron a su destino.

A las doce del día ya no se entendía aquello de tantos enredos que se fueron haciendo con las declaraciones, pues presos también los tertulianos de don Pepe, todas las pruebas estaban patentes contra el infeliz de Plácido, quien si ocultaba la verdad de a dónde iba, se echaba cargos de lo otro; el hombre se contradecía a cada paso; y esto lo hacía aparecer más criminal.

En cuanto al principal asunto, por más diligencias que hicieron no confesó a dónde tenía a la niña, y fastidiado el Juez de su negativa lo atribuyó a capricho, y se determinó a hacerle confesar a fuerza; lo pusieron en cepo de campaña con dos

fusiles, hasta que por fin dijo que estaba la niña que él tenía en la casa del Coyote. Arrancó don Epitacio con el secretario, y se fueron encontrando con una persona extraña, que asustada procuró huir, y ellos no hicieron ningún empeño por impedirlo sino que se ocuparon en registrar bien la casa y la huerta, volviéndose enojados de aquel chasco, suponiendo que había dicho Plácido aquello porque lo quitaran del tormento en que estaba. Por último, viendo el tío que de ninguna manera se sacaba nada en limpio, solemnemente ofreció quinientos pesos a la persona que le entregara a su sobrina Refugio o le diera noticias ciertas de ella. Se asentó en el juzgado aquella propuesta que el Juez autorizó, y ya con esa seguridad quince o veinte codiciosos partieron por distintos rumbos a buscarla.

—¿Qué me importan quinientos pesos —decía don Epitacio hablando consigo mismo—, si llego a apoderarme del cofrecito que mi cuñado consideraba en muchos miles, y esa tonta ignora lo que contiene? Ahora por el otro lado, si a pesar de mi ofrecimiento no consigo mi fin, al saber que se busca con tanto empeño, el que se la llevó ha de tratar de ocultarla más, y entre tanto yo puedo llevar adelante mi segundo plan; metalizaré cuanto pueda para que si me chilla el cochino entregue yo las cuentas a mi paladar. Por lo que toca al amigo Lorenzo no nos metamos con él, sino ya que enredé a Plácido, que se desenrede como pueda, y con no activar mucho el negocio iré ganando tiempo; de cualquiera manera salgo bien, y ojalá que jamás vuelva yo a ver a la dichosa sobrina; ya le hice aparecer públicamente deshonrada, ladrona, y está probado que se fugó por la barda, llevándose cuanto he querido suponer.

Mientras que el supuesto raptor sufría el tormento para que confesara, el verdadero sentía otro no menos cruel, pues sentado en el suelo sostenía a Refugito entre sus brazos para que la curara el práctico cirujano, y eran los dolores tan grandes que sufría, los gritos tan lastimeros y copioso el llanto que los acompañaba, que mil veces hubiera querido Lorenzo ser el paciente, que no ver a su querida padecer. Largo rato duró esta operación y no pudiéndola resistir, quedó aquella pobre niña sin aliento, privada de sentidos, reclinándose sobre el pecho de su amante, abandonándose completamente: esta circunstancia fue favorable para el curandero, porque sin resistencia colocó el hueso en su lugar y concluyó la operación muy satisfecho. Pero a Lorenzo le pudieron tanto los padecimientos de Refugito, que apretando el cuerpo de ésta contra su seno, se puso a llorar como una criatura, sintiendo un tormento tan cruel, que le embargó hasta el uso de la palabra. Cuando ella volvió en sí, se encontró acostada en un improvisado lecho, con el pie muy bien vendado, y sólo le molestaba algo la inflamación consiguiente que sobrevino, para lo cual le aplicaron con continuación defensivos de aguardiente, de los que participó Lorenzo para aliviar sus contusiones.

Don Cleofas se despidió muy contento de haber quedado bien, y mucho más por la buena propina de diez pesos que le dio Lorenzo, diciéndole:

—Cuidado como cuenta usted a alguno nada de lo que ha visto; ya sabe que yo sé

pagar bien un secreto, y le suplico como amigo que esto se quede entre nosotros.

—Pierda usted cuidado, niño; yo jamás olvido que cuando me iban a matar en Santiaguito, su merced les metió muy a tiempo el caballo y se compró el pleito, dándome tiempo para escapar por aquellos breñales. Yo sé agradecer un favor, no soy ingrato, y si he tomado este dinero, es porque a fuerza de fuerzas me lo ha hecho coger.

Como a las cuatro de la tarde, Lorenzo, después de haber dado de comer a Refugito, la dejó recogida, aseguró en lo posible la entrada de aquel rincón excusado, y montando en su caballo se fue a buen paso para su casa.

Estaba don Juan devanándose los sesos con mil tormentosos pensamientos, cuando percibió a su hijo que venía encumbrando la ladera paso a paso, muy tapado con su manga, silbando al Canelo.

—Éste viene muy tranquilo —se dijo—; seguramente ignora lo de Jungapeo: averigüemos lo que me dijo el curandero.

—¿Te has bañado, Lencho? —le preguntó don Juan.

—Sí, señor, cinco veces.

—¿Y cómo sigues?

—Aliviado, señor padre.

Después de haberse apeado Lorenzo y que ambos entraron al despacho, don Juan le dijo:

—¿Por qué me excusas la verdad?, ¿qué no me tienes confianza?

—¿Por qué me dice usted eso, señor padre?

—Porque esta mañana me encontré con Cleofas y me dijo yo no sé qué cosa de un hueso desconchavado.

—Es cierto, señor, este huesito de la paletilla se medio descompuso —y con la mano derecha se tocaba el hombre izquierdo.

—¿Pero cómo estuvo eso?, algún golpe, algún...

—Una desgracia, padre mío: quién sabe qué tiene esa maldecida cuesta de Tepangareo, tan desgraciada para nosotros y nuestros amigos; a don Epitacio se le desquebrajaron las quijadas, y a mí por poco se me quiebra el brazo.

—¿Qué te sucedió, cuéntame?

—Que me hizo este penco del Tortuguillo la misma ensayada que a su merced: cuando yo iba más desprevenido, se espantó y dio tan soberbia salida, que no me dio tiempo para afianzarme; cuando yo quise buscarlo, ya se me había salido de las piernas, y ¡zas! di el zapotazo contra la cerca; y como metí el brazo se me torció este huesito y recibí todo el golpe en el cuadril. Ese amargoso de Tortuguillo no se corrige, señor padre, es mejor dejarlo para la trilla, lo tusamos y que se vaya para el cerro a juntar con la manada.

Bien conoció don Juan que su hijo mentía; pero recordó que él lo había hecho también, y sabía lo de don Epitacio, con eso disimuló y prosiguió su indagación.

—Es que también me dijo don Cleofas que esa pobrecita estaba en un grito.

—Ha de haber usted oído mal, señor padre, o como nos llevamos, me querría dar ese apodo porque me hizo rabiar, y la verdad hasta lloré como una mujer: duele mucho una desconchavada, señor, por eso lo diría irónicamente, para que me chongueara su merced.

Decía Lorenzo todo aquello con tal serenidad, que su padre quedó en la misma duda en que estaba. Después de la oración llegó Ángel y comenzó a referir todo lo acontecido en Jungapeo, que lo había sabido de boca del mismo don Epitacio, quien con segunda intención no excusó ningún pormenor. Todos escuchaban sorprendidos aquella ocurrencia; Lorenzo sabía que su padre no ignoraba sus relaciones con Refugio, y por lo mismo, juzgó necesario no manifestarse indiferente, por lo que, después de hacer repetir a su cuñado algunos detalles para demostrar que no tenía parte en la ocurrencia se paró, comenzó a dar vueltas por la pieza a pasos largos, daba golpes sobre la mesa y exclamaba despechado:

—¡Maldición!, ¡maldición! Señor padre, ¡malditas sean las mujeres! —Y se tiraba de los cabellos con ambas manos.

—¿Que te has vuelto loco, Lorenzo?, ¿qué te sucede?

—Que yo idolatraba en esa niña; que era el tierno objeto de un amor casto y puro; que me creía el más feliz de los hombres; que me juró ser sólo mía, y que mientras yo estoy adorando en sus encantos, ella pérfida, desleal, ingrata, se huye con otro. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Reniego de mi amor! ¡Reniego de ella! ¿Quién se había de figurar que esa mujer que parecía tan inocente, abrigaba un corazón tan falso, y que sería causa de tamaño escándalo? ¡Y éstas son las buenas, las virtuosas, las candorosas! ¡Maldición a todas!... —Y se puso en la mesa con los codos apoyados en ella, teniéndose la cabeza con ambas manos; fingiendo que sollozaba y soltando una que otra lágrima que por distinto motivo se le desprendía.

Su hermana, compadeciendo a Refugito, mirándola acriminada de todos y maldecida de su amante, tomó su defensa diciendo:

—No la maldigas, hermano, quién sabe si el pícaro de su tío por quedarse con los intereses y darte en la cabeza, ha fraguado estos enredos; es capaz de haber él mismo deshonorádola y hacerla aparecer criminal para quedarse con todo, y adonde ofrece quinientos pesos por saber dónde se halla, siendo tan vil y mentecato, es claro que él la tiene escondida y ninguno la ha de hallar; quién sabe si la habrá matado y ocultado en alguna barranca, es muy infame y capaz de hacer cuanto el diablo le aconseje, si no es que por ahí anda esa pobre niña sola, desamparada, y como es huérfana no encontrará ni quien se duela de ella.

—¡Sabes, hermana, que puede haber algo de cierto en tus palabras! —prosiguió diciendo Lorenzo que se paró como recapacitando—; don Epitacio es nuestro enemigo, a mí no me puede ver ni pintado, sabía que Refugio me correspondía, que tarde o temprano sería mi esposa, y que yo le haría escupir cuanto se ha robado; ese hombre es un ordinario, codicioso, y de más a más ladino; tiene unas entrañas muy viles, la muchacha no pudo contrarrestarle, y sin duda esa pobre criatura es la víctima

inocente de ese monstruo de infamia. ¿Y yo que era la única persona con quien ella contaba en este mundo, podré ver que así no más se sacrifique, y estar de frío espectador, cuando todo el pueblo está con ansia esperando ver el término de este negocio? Sería una vileza, una cobardía. Señor padre, deme usted su licencia, voy a buscarla, voy a ver si llego a tiempo de protegerla para que ese hombre perverso no se burle de ella ni se ría de mí, ¿qué dice usted, señor padre?

—Yo no te digo nada, ni te autorizo a que la busques, ni te impido el que vayas a buscarla.

—Pero si yo no la amparo, ¿quién quiere usted que lo haga, cuando es una pobre huerfanita, sin ariente ni pariente? Yo la he amado con extremo, y si me empeño en ir a buscar, es porque ya no puedo sufrir que sea el juguete de su tío, estoy determinado, y si la encuentro y me convenzo de que es inocente de todo lo que le achacan, que es tan pura y candorosa como siempre, me la llevo derecho, derecho, para el curato a depositarla en poder de mi padrino, o me la traigo para acá para que usted arregle cuanto antes nuestro casamiento, ése es el único remedio que esto tiene; deme un consejo, señor padre, ¿qué hago?

—Te repito lo que antes, ni autorizo ni te impido, y tratándose de matrimonio menos debo de aconsejarte.

—¿Pero por qué me abandona usted ahora que necesito de su apoyo, que imploro su favor?

—Porque en el estado en que estás desconocerás mis palabras, tienes la cabeza llena de vanas ilusiones, y me temo que no te convenzas con la razón; serénate tantito y hablaremos. Ya vuelvo. —Y salió para afuera a atar cabitos, pues no dejó de percibir la confianza con que dijo que si la hallaba la llevaría derecho para el curato. Entró a poco rato, le hizo repetir a su yerno lo ocurrido en Jungapeo, y agregó:

—La cosa no es tan sencilla como te has figurado, hijo mío; el grande escándalo que ha armado don Epitacio, haciendo que la justicia tome parte en este negocio, ha hecho una depravada criminal; naturalmente esta campanada va al extremo de ponerla a precio cual si realmente fuera una depravada criminal; naturalmente esta campanada va a resonar no sólo en el pueblo sino por todo el valle, pues los codiciosos buscadores no han de dejar rincón que no registren; si no parece, queda esa mancha en el honor de esa niña viva y fresca, sin que nadie no sólo lo disimule sino que ni la compadezca, pues y si parece, será su presencia averiguada de todos; luego que la vean se formarán mil suposiciones desfavorables, la señalarán con el dedo, será objeto de la mofa, del escarnio; y el tío fingiendo delicadeza se mostrará ofendido, tratará de hacer lo mismo que con ese infeliz del tal Plácido: ambos tienen igual delito, y será capaz de querer meterla hasta en una casa de corrección. Ahora bien, si por una casualidad tú la encuentras y te la llevas para el curato, ¿con este hecho podrás satisfacer todas las dudas, desvanecer justificadas pruebas que tanto a ella como al Plácido condenan? La navaja que alzó el Juez en el escalamiento; la cigarrera entre la ropa de la niña, en su propia recámara, las huellas tan justificadas en

la calle, los seis testigos de que faltó de la casa esa misma noche, y cuantos pormenores se han acumulado en su contra.

¿Qué papel irás haciendo cuando nadie ignora nada, al ir saliendo como un tercero en discordia, cargando sobre sí a más de todas esas afrentas la de un necio, un tonto, un...? No sé cómo explicarme; has olvidado el dicho de que la mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra: el honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver siempre limpio; el de esa pobre niña, por una fatalidad, yo no la culpo, se ha empañado de una manera horrible; pues hijo mío, querido Lorenzo, en un espejo semejante no se verá nunca la cara de un hombre de bien. Por otro lado, también suponiendo que la hallaras y te la trajeras para acá, serían peor las consecuencias, pues a más de ponerte en evidencia me meterías a mí y a toda la familia en un laberinto interminable; harías resucitar antiguas querellas, la deshonra contagiaría mi casa y quién sabe cuál sería la terminación de este negocio. Tú comprendes lo comprometido de la situación, conoces mi delicadeza en este punto, y para concluir sólo te advierto que si quieres conducirme al sepulcro y que terminen mis tristes días en la mayor amargura, vayas a buscar a esa niña y hagas por encontrarla; ésta es definitivamente mi opinión, ahora obra como te parezca, ya cumpliste veintiún años y no te creo falto de discernimiento.

—¿Pero, señor padre, qué hago? ¿Podré ver con ojos serenos que se llene de oprobio a un ángel lleno de candor, a la imagen de mis ilusiones, a una infeliz criatura que sacrifican a la vil codicia de la manera más infame? Aun cuando no fuera por el amor que le he tenido sino sólo por la amistad, creo que estoy en el deber de hacer algo por ella.

—Pues mira, Lorenzo, para que no entiendas que es un capricho mío, una preocupación mal entendida, una ridícula delicadeza, ni que quiero contrariar tus inclinaciones, haremos una cosa.

—¿Cuál, señor padre?

—Ve mañana después de bañarte a la villa, reúnes a tu padrino el señor cura y a tu maestro, les cuentas todo lo ocurrido pidiéndoles su opinión, y lo que esos señores resuelvan, eso haces al pie de la letra, ambos son para mí personas de luces, y humilde respetaré su parecer.

—Corrientes señor padre, corrientes, así lo haré, deme usted un abrazo pues conozco que me quiere. Mira, hermana, dispón de una vez lo que he de llevar para desayunarme en Porúa, después del baño. —Y cuanto antes todos procuraron recogerse.

Acostado en su cama, siguió don Juan haciendo su comentario diciéndose a sí mismo: Qué bien me dijo mi buen amigo don Primitivo, que este muchacho tan fogoso y que parece tan vivo, no tiene ni brizna de malicia; solito él se ha estado entregando sin advertirlo; ya tengo toda la maraña del hilo asegurada, sólo me falta la punta y no tardaré en afianzarla; con qué facilidad del despecho pasó a la reflexión y ha quedado muy conforme con ir a consultar, acostándose con una tranquilidad

envidiable.

Es imposible que haya sido el último en saber esa ocurrencia, ¿y un joven de su edad y condición, a quien le roban su novia, se había de entretener en curarse las reumas y en ir a pedir opinión? No en mis días por cierto, ya yo hubiera alborotado medio mundo, reventado caballos y buscándola hasta en el rincón más escondido, atropellando con todo.

El asunto es verdaderamente delicado, ha tomado un carácter muy comprometido, este muchacho no sabe disimular, no tiene mundo, y en obvio de que no le vaya a parar en un resultado funesto, necesito tomar parte activa en el negocio a ver si consigo salvarlos.

También Lorenzo por otro lado hacía su composición de lugar.

—Me levanto muy temprano —se dijo—, con el pretexto de ir a Ponía; me voy a darle su desayuno a esa pobrecita; en un galope estoy en la villa; reúno a esos señores; les digo la verdad; que ha sido todo una desgracia; que las circunstancias me obligaron a dar ese paso; que la niña está inocente, pura; mi maestro sabe, y muy bien advirtió que nos amábamos; conoce sus virtudes; se empeña por mi bien, y ya parece que escucho su opinión: «*Cásate, Lorenzo, cástate*». Además de que también mi padrino conoce y sabe todo eso, le deben corresponder sus derechos, y como pastor y cura, a fuerza me dirá lo mismo: «*Cásate, ahijadito, cástate*». Esto es infalible, yo no sé cómo se le fue a mi padre su santo al cielo con sujetar su parecer al de esos señores, pues a decir verdad, tiene sobrada justicia en oponerse a mi casamiento, es muy pundonoroso, y todo lo ocurrido no presenta a primera vista más que lo más feo y horroroso, según se ha puesto de confuso y enredado. ¿Cuál será su sorpresa al ver que los jueces a cuyo fallo se ha sujetado, me dan a mí la razón y echan a un lado los fundamentos de su repulsa? ¿Pero y si mientras yo voy a la consulta alguno la encuentra y se la lleva para ganar tan buen hallazgo? No, por ese lado no hay temor: como suponen que se ha llevado dinero, creen que ha de haber procurado alejarse, y no puede estar más segura en ninguna parte, pues como está esa cueva tan inmediata al pueblo, casi en el camino real, es tan fácil penetrar en ella, que a nadie debe infundirle la más leve sospecha. Como juzgo que esa consulta me ha de ser favorable, por sólo unas cuantas horas será el riesgo, porque inmediatamente y a la luz del día me la llevo para el curato, y ya que esté aseguradita allí, me vengo para Jungapeo a jugarle a don Epitacio un petardo, dándole noticia de su sobrina y exigiendo desde luego los quinientos pesos a que se comprometió judicialmente. Le voy a clavar a ese infame una banderilla que hasta ha de bramar de cólera.

Muy de madrugada se levantó Lorenzo, cargó su desayuno y se marchó para Capirio; pero mucho antes ya lo esperaba oculto su padre detrás de unas Huervas, a la entrada de la cañada.

Lo vio subir por la ladera de la cueva, y tomó a pie la de enfrente, dejando oculto su caballo entre la cañada del arroyo de Agua Zarca. Cuando llegó a situarse frente a frente, notó el caballo de su hijo amarrado dentro de la cueva en uno de los rincones.

Después de un rato largo salió Lorenzo, cortó con su puñal una rama de ziranda y formó un bordón, volviéndose a meter acabándolo de recortar; por fin se fue apareciendo con Refugito apoyada en uno de sus brazos, llevando con la mano derecha su bordón, muy ajeno de que la estaba paseando a la vista de su padre; con el mayor tiento estuvo haciendo que diera unos pasitos para probar si había quedado bien curada.

Convencido don Juan de que ya había encontrado la punta del hilo, se fue ocultando por los matorrales, montó en su caballo y llegó a su casa, volviendo también Lorenzo cerca de media hora después, muy satisfecho de que nadie lo hubiera visto, remudó, besó la mano a su padre y arrancó para la villa, contentísimo de que hasta allí todo iba perfectamente; pero de repente paró su caballo y reflexionó: Si tal vez esos señores no quieren que la conduzca de día, bueno será advertirle a mi padre que no me espere, pues cuando le venga a decir sus pareceres, será cuando ya ella esté transportada al curato. Y se volvió diciéndole a don Juan:

—Señor padre, si acaso por una contingencia no puedo desde luego reunir a esos señores y tengo que esperarme hasta la noche, allá me quedo; por lo que si a la oración no estoy aquí de vuelta, no me espere su merced, ni tenga cuidado por mí.

—Está bueno, Lencho, está bueno, haces bien de advertirlo.

Partió segunda vez, y su padre a una vista lo fue siguiendo, hasta que convencido de que llevaba buen camino, se volvió a media rienda para la cueva.

Capítulo IV

Sorpresa. Voló la paloma. El padre adoptivo. Noches toledanas. Propósito. Lorenzo el aguardentero

Al salir don Juan para el camino real quiso la casualidad que se encontrara con el patrón de la hacienda, el coronel D..., que con sus criados, avío, caballos de mano, etc., iba de camino para Zinapécuaro. Se conocieron de muchos años atrás que fueron insurgentes y conservaban muy buena amistad.

—¿Adónde va tan de carrera, amigo don Juan, que parece que va dando alcance a los de Tres Villas, o que le vienen picando la retaguardia los Tamarindos del Rey?

—Así parece, mi Coronel, según el afán que tengo para ocultarme y andar listo.

—¿Qué le sucede?, lo veo medio azorado y ha de ser cosa grave, cuando usted quiere ocultarse y andar listo, según me dice.

—Es un gran cuidado, señor.

—Pues cuente con un viejo amigo que lo ama, con cuanto tengo y cuanto valgo, ¿qué le ocurre?

—Una fatalidad, mi Coronel, una desgracia. Ese muchacho, mi hijo Lorenzo, no sé cómo, se ha sacado de su casa a Refugito, la sobrina de don Epitacio. —Y relató todo lo que se decía en Jungapeo.

—Efectivamente, así me lo han contado; pero no me hicieron mención de Lorenzo sino de otro que estaba ya en la cárcel, y la verdad, no ha dejado de molestarme semejante cosa, porque tenía formado distinto concepto de esa niña; pero según lo que usted me dice, Lencho es el raptor y anda usted mirando cómo los pilla: andarán por ahí prófugos y...

—No, mi Coronel, el muchacho es tan inocentón, que solito se me ha delatado sin advertirlo. —Y refirió al Coronel la segunda parte del caso.

—¿Y ahora —dijo éste—, qué piensa usted hacer, amigo don Juan?

—No sé, mi Coronel, no hallo qué corte darle a este negocio. Esta niña está expuesta a que cualquiera de tantos sabuesos la encuentre: mi hijo no lo está menos, y si descubren cualquier cosa, se va a armar un enredo de todos los diablos. No puedo yo consentir que esto siga así; es capaz Lorenzo de hacer otra tontera más grande. Necesito ocultar a esa criatura a los ojos de todos, y por más que discurro, no encuentro sitio en qué ponerla, esto me tiene en el mayor cuidado, y estoy de los hombres más afligidos del mundo, mi Coronel.

—¿Para cuándo son los amigos, don Juan? ¿No le acabo de decir que cuente conmigo? Vamos andando hasta la entrada de la cañada para observar los movimientos del enemigo y proteger esa plaza tan débilmente defendida, de que la

traten de asaltar. El asunto es grave, amigo mío, se ha puesto, según me dice, color de hormiga: déjeme a mí hacer aquí el papel de tercero en discordia; casualmente voy a Zinapécuaro y se me ocurre una zanganada, que adonde me salga bien creo que cortamos a raíz todos los males que sin duda son de fatales consecuencias.

—¿Cuál zanganada, mi Coronel?

—Llevarme a esa niña entre las espuelas, dar un brinquito a Acámbaro, y guardándola en el monasterio, evitamos más de cuatro cosas que por ella pueden sobrevenir; dejaremos correr unos días, que pase la tormenta esa criatura en salvo, que ya veremos después lo que Dios dispone. Como esto sólo usted y yo lo sabemos, nadie, ni el mismo Lorenzo puede suponerse que yo tengo parte directa en este asunto, y aun cuando ese bribón de Epitacio lo llegara a saber, tendría que habérselas conmigo, y yo le enseñaría a manejar albaceazgos o bailar el ladeado. Conque, ¿qué le parece mi determinación?

—Magnífica, mi Coronel; pero le advierto que todos los gastos que se ocasionen yo los pago, pues no debo consentir que después de que me hace este gran favor, se grave en nada.

—Pues yo, desde ahora le prevengo que no sé hacer favores a medias; nada me supone pagar una miserable pensión cada mes, y sobre todo, voy a tener el gusto de que con una piedra se maten muchos pájaros, muchos, amigo mío —y se restregaba las manos de gusto.

—Figúrese usted don Juan —continuó—, que al amparar a esa pobre niña evito que sienta la infamia que ya pesa sobre su cabeza, o que su atolondrado amante vaya a pervertir su sencillo corazón; le rindo un corto tributo a la buena amistad que tuve con su difunto padre, que por honrado y trabajador como usted, se granjeó mi aprecio; le quito a ese muchacho ocasión de que cometa otra calaverada mayor, o de que si el tío llega a saber la realidad, el asunto se ensangrienta; es un meco muy ordinario, y Lorenzo es atrevido y resuelto; por último, dejo a usted libre de ese peso, de esos cuidados, inquietudes, pesares y compromisos que le amargarán sus contados días, pues semejantes bocaditos, amigo, no son de tan fácil digestión.

—Mi Coronel, con qué pagaré tanta fineza, tanta bondad, tanta...

—Con una cosa muy apreciable para mí, querido amigo, con un abrazo. Estire esos brazos flacos, ensanche ese afligido corazón y apriete con ganas, que estamos viejos, pero no vencidos. —Y acercando sus caballos se abrazaron con efusión, rodándole a don Juan unas cuantas lágrimas de gratitud por su descarnado rostro; y cayendo una de ellas al Coronel en la manga de su chaqueta, exclamó:

—Con esta prenda, amigo mío, estoy recompensado con usura y me doy por satisfecho. Conque no perdamos tiempo.

Tocó las manos y gritó:

—¡Eustaquio! —A esta voz se acercó su mozo de estribo que venía por detrás a gran distancia.

—Vete con esos hombres —le dijo señalando a los demás criados que iban por

delante con el avío—, luego que lleguen a San José los mandas que sigan de frente para Tarimoro, tú te cortas por la puerta de golpe, llegas a Santa Catarina y le dices a don Jesús el escribiente, que mande a Cirilo con la carretelita a esperarme más allá del puente de Tuxpan, en el recodo del cerro de la Culebra, y tú te sigues a dar alcance a los compañeros, hasta parar en la venta de San Andrés. Si acaso yo no llego ahora, muy tempranito siguen su camino y me van a esperar a Zinapécuaro, en la casa del señor Domínguez. Toma la llave de la petaquilla por si se les ofreciere dinero, y vete aprisa para que no me haga esperar Cirilo. —El mozo guardó la llave, se tocó el sombrero y partió a galope.

—Ahora, amigo don Juan, váyase en mi caballo que anda largo, échese a esa niña en la silla, de grado o por fuerza, embroquele mi manga, póngale usted su sombrero, monte en las ancas, se baja por el arroyo, atraviesa la vega, abre un portillo en la cerca de San Cristóbal, y tomando toda la orilla de la labor por el lado del río, no va a parar sino hasta el limonero el Buen Suceso. Allí descansa tantito mientras yo avanzo, porque me voy cubriéndole la retaguardia, y después quiero ir de descubierta hasta que lleguemos a encontrar la carretela..., pero en vano le estoy marcando el derrotero cuando usted mejor que yo conoce estos andurriales. Conque sobre la marcha, que el tiempo vuela.

Montó don Juan en el caballo alazán dosalbo del Coronel, y se dirigió violento para la cueva de los Chagolleros.

Al sentir las pisadas del caballo, se figuró Refugio que Lorenzo en lugar de ir a la villa vendría como el día anterior, a estar en su compañía, por lo que tomando su bordón se empeñó presurosa a salirle al encuentro, diciendo al tiempo que vio la cabeza del caballo:

—Qué gusto, Len... —y no acabó de decir la frase sorprendida de ver a don Juan, quedándose inmóvil como una estatua.

—¿Qué haces aquí, Refugito? —le dijo con tono cariñoso y como sorprendido.

—Nada, señor don Juan —le respondió llena de rubor y susto.

—¿Pero cómo has venido a aquí, por qué has abandonado tu casa? Eso es muy mal hecho, hija mía.

—Yo solita me vine, ya no era posible sufrir la cara de mi tía y los continuos desprecios de mi tío, y como no me quieren y...

—Ahí me contarás todo despacio, hijita, ahora lo que urge es ponerte en salvo, quitarte de encima cuantas desgracias te amenazan. Tu tío está hecho un león; la justicia te reclama; más de veinte hombres te buscan por todas partes; Lorenzo está ausente y me temo que tu aparición nos ponga en un conflicto. Yo no puedo consentir que seas la mofa y el ludibrio de esos pícaros, y no queda más recurso que ocultarte en mi propia casa mientras que vuelve ese muchacho y vemos qué sesgo se le da a este negocio, conque súbete, mi alma, y partamos antes que alguno nos vea salir de aquí. ¿Pero qué tienes en ese pie que está tan entrapajado?

—Que al venir, por brincar sobre las peñas, me lo torcí; pero ya estoy buena. —Y

con la mayor docilidad se prestó a subir, queriendo evitar el que don Juan penetrara adentro y viera todo lo que Lorenzo había acarreado de su casa; además, que la sorpresa, el gusto de ir a una parte tan segura como la casa de su amante, y nada menos que protegida por su padre no le dieron lugar a reflexionar en aquel instante, antes bien, cierto temor de que los fuera a ver alguno, la hizo violentarse, se embrocó la manga con violencia, se puso el sombrero y decía llena de sobresalto:

—Súbase aprisa, don Juan, súbase y partamos. —No se lo dejó repetir más éste; pues amarrándose su pañuelo en la cabeza, se acomodó bien en las ancas y bajó precipitado hasta el arroyo siguiendo a todo el paso del caballo que andaba muy largo, por el rumbo expresado, hasta emboscarse en el limonero a darle resuello al alazán, entreteniendo a Refugio con conversaciones indiferentes y cuentecitos que la distrajeran completamente y dieron lugar a que ella dijera para sí: Qué bueno es este señor, qué feliz voy a ser con que sea mi padre, y otras cosas por el estilo.

Luego que don Juan vio pasar al Coronel por la orilla del río, siguió sus huellas paso a paso hasta el recodo del cerro de la Culebra, adonde ya estaba lista la carretela. Al verla exclamó Refugio asustada:

—¡Ay Jesús, quién sabe de quién será ese carruaje, ya nos vieron! y...

—No te sorprendas, hija mía, precisamente ese va a ser tu puerto de salvamento, allí te espera mi buen amigo el señor Coronel, te voy a poner bajo su amparo, fue muy amigo de tu padre y en obsequio tuyo y a mis ruegos toma parte en este asunto que cada día se va complicando.

—Pero desengañeme usted, señor don Juan, por el amor de Dios dígame qué va a ser de mí.

—El mismo señor te dirá su determinación, yo lo único que te suplico es que te prestes con docilidad a cumplir lo que disponga; que lo obedezcas ciegamente, pues a falta de tu padre, la Providencia Divina hoy te proporciona a este señor, que al saber tu desgracia, voluntariamente se ha prestado con mucho gusto a escudarte con su protección, a preservarte de la infamia más horrorosa que ya tiene vulnerada tu honra, con tal liberalidad, que ni los gastos que esto debe originar ha querido que yo los satisfaga. En esta inteligencia, Refugito, dime lo que piensas: o te determinas a seguir mis consejos, o aquí mismo te abandono a tu propia suerte y Dios que te ayude. —Anegada en copioso llanto la infeliz Refugio, no sabía en aquel instante a qué resolverse, y sólo pudo decir:

—¿Qué será de Lencho, que dirá de mí cuando vuelva y no me encuentre a donde me dejó? Ya sabrá usted muy bien, señor don Juan, el amor que nos tenemos, y es capaz de hacer una diablura de...

—Precisamente eso mismo es lo que el señor Coronel trata de evitar a cualquier costa, y si tú verdaderamente quieres a mi hijo, no lo pongas en un disparadero, no lo precipites a un exceso deplorable en que ambos se arrojen a su ruina; ayúdame a salvarlo y salvarte a ti de la deshonra, de la infamia y de la horrorosa tormenta con que a los dos amaga sin piedad el cruel destino, la fatalidad; pues si no accedes a ello,

conoceré que no lo amas, que tu corazón es falso, que no mereces los sacrificios que por ti va a hacer el Coronel, y sobre todo, que no eres digna de pertenecer a mi familia; deja que pase tantito esta borrasca que para lo demás tiempo nos sobra. —Y en esta conversación llegaron a la carretela.

Como el Coronel fue amigo de su padre y muchas veces lo visitó en su casa, no le era desconocida a Refugito su persona, aunque muy poco lo había tratado; y recordaba muy bien que era visto con mucho respeto, por lo que llena de rubor y sin atreverse a levantar los ojos, avergonzada de las circunstancias de presentársele en un humilde traje, que sólo se reducía a unas enaguas de muselina usadas, un rebozo de bolita viejo y lleno de rejas, y unos zapatoncitos de gamuza, no hacía más que llorar, obedeciendo maquinalmente lo que le mandaban.

—Qué mal desempeña usted sus comisiones, amigo don Juan —dijo el Coronel colocándose a la derecha de Refugito en la carretela, tomando las riendillas de un tronco de mulitas abionas muy vivas y trotadoras.

—¿Por qué, mi Coronel?

—Porque en vez de traerme a esta niña alegre y contenta, llega hecha una Magdalena. Lloro, hija mía, llora cuanto tengas que llorar, porque mientras no te vea serena, no me determino a partir. Ya te habrá indicado don Juan cuál es el objeto que me he propuesto; no sé si recordarás que tu difunto padre fue mi amigo, y por eso yo respetaré siempre su memoria. Ahora que veo en riesgo a su hija, al único objeto de la ternura de aquel buen hombre que aprecié con sinceridad, meto el brazo para que sus cenizas no se deshonren, salvando a su hija del vilipendio. Sí, Refugito, a falta de aquel a quien debes el ser, aquí estoy yo; desde este instante te ofrezco, bajo mi palabra de honor, desempeñar sus veces, vigilar por tu existencia, y en un todo labrar tu suerte y hacer tu felicidad; ¿qué dices, hija mía? ¿Aceptas los ofrecimientos de este pobre viejo? —Por única respuesta trató de hincarse delante de él; pero conociéndole la intención se lo impidió diciéndole con amabilidad:

—No te postres a mis plantas, Refugito, sino desahoga tu pena en mi pecho, aquí entre mis brazos, hija mía; esas lágrimas te purifican y te hacen aparecer a mi presencia tal como eres: inocente, pura y digna por mil títulos de que por ti me interese. Te voy a poner en el monasterio de Acámbaro, y mientras la maledicencia se afana en hacerte aparecer criminal y prostituida, yo haré que florezcan en aquel lugar tus virtudes, para que llegues un día a ser vista y considerada como mereces.

Enternecida Refugio más y más con semejantes palabras que la obligaban, y siguiendo los impulsos de su corazón, no hallaba voces con qué demostrar su agradecimiento, y sólo pudo decir con voz clara y entusiasta:

—Gracias, señor; en sus manos pongo mi suerte, haga usted de mi lo que le parezca. —Y sin que él lo pudiera impedir, le tomó la mano izquierda que tenía con las riendecillas e imprimió un beso respetuoso que lo puso lleno de satisfacción, y haciendo movimiento con la mano como para librarse, dieron las mulas una fuerte salida, y el Coronel dijo:

—Adiós, don Juan, hasta la vista. —Les tronó el chicote y partieron como rayo por entre aquellos huizachales, seguidos de Cirilo, que montado en el alazán del patrón, iba a corta distancia de la carretela.

En el paraje que le pareció más a propósito se determinó a sestar, tomaron un refrigerio de las provisiones que siempre llevaba en la cajuela, y fueron a hacer parada al San Esteban. Entre los muchos consejos que dio a Refugito le dijo:

—Ya sé, hija mía, que estás apasionada por Lorenzo, que se quieren desde la escuela, que según lo que me han contado, se ha conducido contigo con delicadeza y buena fe; que esta ocurrencia última ha sido efecto de la fatalidad y no de un hecho pensado; que ese muchacho hasta ahora no ha dado qué decir de su persona; que descende de una familia honrada; en fin, que no tiene tacha alguna que ponérsele; pero vamos pensando con juicio y sin interés particular, ¿Que porque reúne todas estas buenas cualidades puede con sólo ellas hacer la felicidad de una mujer? Para que esto sea es preciso que sepa también ganar un peso con el sudor de su frente, que sepa conservar intacta la honra de sus padres para que haga participar de ella a su esposa y legarla a sus hijos. Todavía es muy joven para asentar la cabeza; su corazón de friego necesita refrescarse con los golpes de la experiencia; es muy bisoño, y como yo tengo empeño en hacer tu felicidad, es necesario que lo juzgue de cerca, que esté satisfecho de que su amor a tu persona no es una llamarada de petate, y si, como lo espero, lo considero digno de merecer tu mano, con mucho gusto se la daré a tu nombre. Entre tanto procura civilizarte, conducirte como corresponde a una niña de juicio y de tus prendas. No serás conocida en el monasterio más que con el nombre de Refugio R., guarda para ti sola tus cosas para que allí nadie tenga nada que decir de tu conducta; cuanto se te ofrezca, cuanto se te ocurra, escribe, que tu más mínimo antojo será satisfecho, y la prueba que yo tendré de que eres agradecida, será la de que vea que me tratas con entera confianza.

Al otro día madrugando bien, les alcanzó perfectamente el tiempo para llegar a Acámbaro, violentando su marcha los troncos apostados que tenía ya dispuestos el Coronel, y otro que mandó a Cirilo que se llevara para el Salado. En tres días quedó Refugio abastecida de ropa y colocada en el monasterio con muchas y muy buenas recomendaciones, tratándole sus superiores y compañeras con el nombre de la niña R., de manera que pocas veces le hablaban por su nombre y jamás por su apellido verdadero.

Don Juan correspondió al saludo del Coronel y se volvió muy enternecido de la escena última que presenció, de manera que a las doce del día se fue presentando en su casa como de costumbre, y de ninguno fue extrañada su ausencia.

*

Sigamos ahora con el decidido amante, con el fogoso Lorenzo, que lleno de mil venturosas esperanzas, ya se consideraba que ese mismo día conduciría a su amada

para el curato. Ya se iba previniendo para recibir, tanto de su maestro como de su padrino, una buena regañada, y creía que después de echarle un largo sermón, su parecer sería el que en la noche antes se había supuesto. Embriagado en tan gratas ilusiones hacía brincar a su caballo rosillo por aquellas quebradas, cortando terreno para llegar cuanto antes; pareciéndole aquel camino más largo que nunca. Comenzó a trastornarle sus halagüños planes la noticia que recibió en el curato de que su padrino había marchado esa madrugada para Orocutín a bendecir un nuevo trapiche, y que no regresaría pronto; se fue muy disgustado para la escuela, y al ver a su maestro rodeado de muchachos no quiso decirle nada del asunto sino que sólo lo saludó y se fue para la casa a hablarles a las señoras, no cesando de ir a cada rato a la parroquia a ver si había llegado su padrino; por fin, hasta las cuatro de la tarde hubo razón de que habían detenido al señor cura en la hacienda y no volvería hasta el día siguiente, por lo que aplazándose sólo para volver, se despidió de su maestro sin que éste se metiera a averiguar el negocio que lo traía; formándose de nuevo otros planes se dijo:

—Yo no me puedo esperar aquí hasta el regreso de mi padrino; esa niña está muy expuesta y debo vigilarla; en mi casa dejé dicho que no me esperaran, voy a llenar mis órganos de bastimento, llevaré una poca de cebada para mi caballo y voy a acompañar esta noche a esa pobrecita que ha de estar allí sobresaltada y con cuidado por mí.

Se habilitó de chocolate, pan, sardinas, bizcochos, dos botellas de vino y cuanto pudo, sin olvidarse de su rosillo, y a buen paso se fue bajando por el rancho de los Burgoas para no encontrarse con algún conocido y llegar a Capirio al oscurecer, eligiendo para su travesía el camino más largo y andando lo más despacio posible, graduando el tiempo.

Luego que llegó a la cueva, no mirando por allí a Refugito, se dijo:

—Ha de estar esa paloma en el nido; ya se ve, ha pasado un par de noches endemoniadas, ha de estar recogida, voy a sorprenderla con presentarle una taza de chocolate de mi mano. —Prendió lumbre, y mientras hervía el chocolate, improvisó la mesa, sirviendo de mantel el sudadero, y colocó en ella los demás manjares para la cena. Así que echó el chocolate en una cazuela, sirviéndole de plato otra más grande, con su pan rebanado, las tomó con una mano, llevando en la otra un guaje con agua, y se dirigió para adentro gritando:

—¡Señorita!, ¡señorita!, *no duerma siestas tan largas, porque el caracas se enfría* —y con no poca sorpresa comenzó a buscar por aquellos rincones, tomó un ocotito encendido y prosiguió su busca; todo estaba en el mismo estado en que él lo dejó en la mañana, pero Refugio no parecía. Se sale precipitado, en un momento recorre todos los escondrijos, mira por todas partes, y fijando la atención en cuanto le rodea, advierte el bordón recargado en un lado de la entrada de la cueva; luego, estiércol de caballo por distinto lugar de donde ponía el suyo, unas pisadas de zapatos de hombre más anchas que las suyas, y por último otras huellas de caballo herrado

que subió por un lado y bajó por otro hasta el arroyo. No le cupo ya duda de que la paloma había volado; Lleno de rabia maldiciendo su confianza, exclamaba desesperado, tirándose de los cabellos y dando puntapiés a los trastos de chocolate:

—¡Los quinientos pesos maldecidos! ¡Los quinientos pesos! ¡Quién sabe qué miserable se los habrá ganado! ¡Pero yo le prometo quinientos machetazos! —Y tirando de una punta del sudadero, aventó bien lejos todas las viandas, ensilló prontamente, se montó, aflojó la espada de la vaina, hecho un demonio bajó precipitado y se dirigió para el pueblo, determinado a sacarse a Refugio mas que fuera de la cárcel, macheteando al mundo entero.

—¡Con mil demonios! —se decía—, bien pueden asegurarla en el infierno, de allá me la saco esta noche, y quiera que no quiera mi padrino, yo lo obligaré a que nos case, o me largo por ahí con ella más que nos lleve Judas en cuerpo y alma; pero don Epitafio no se ha de quedar riendo: como mi padre me dijo que el delito de que acusan al tal Plácido de habérsela robado acrimina a los dos, la han de tener en las casas consistoriales, o depositada en otra; de cualquiera manera me la pillo y se la paso al tío por sus bigotes, a ver si es hombre de quitármela.

En éstas y otras desesperadas disposiciones, llegó al pueblo cerca de las ocho de la noche, hizo cuantas indagaciones le sugirió su empeño, hasta que despechado, creyendo que lo engañaban sus emisarios, él mismo se satisfizo de que no sólo no habían traído a Refugito, sino que ni razón alguna había de ella, se fue ya muy tarde para la casa del curandero, suponiéndose que tal vez aquel hombre, único que estaba en el secreto, queriendo hacerle un buen servicio se la había llevado para su casa, o que por la codicia de los tales quinientos pesos, le había jugado una felonía. Luego meditando decía:

—Pero si este hombre no tiene caballo, ni mucho menos herrado de los cuatro pies; el estiércol indica que está cuidado en caballeriza y es fino, no hay duda de que bajó hasta el arroyo. Voy muy temprano a seguir el rastro, y me quito el nombre de Lorenzo si no consigo encontrarla. Le espiaré los pasos a don Epitacio, nadie me quita de la cabeza que él se la ha llevado, le habrá dicho ella la verdad, y ya porque me tienen tantito asco, o por no quedar en ridículo con sus acriminaciones al pobre del Plácido la ha de ocultar a los ojos de todo el mundo. —Probó con el curandero todos los medios para conseguir noticia, le hizo mil ofertas, amagos y cuanto le pareció conveniente, y nada pudo sacar en limpio, por lo que se volvió para la cueva a la madrugada, lleno de la más cruel incertidumbre. Allí se le hicieron más penosos sus recuerdos, le parecían eternas la horas, y tan pronto como amaneció se fue a pie siguiendo el rastro del caballo herrado con mucho tino, hasta llegar al Limonero de Porúa, advirtiéndole que las huellas marcadas con los cuatro pies eran de caballo de paso y que llevaba ancas; pero como más adelante del dicho Limonero se seguía el pedregal y había varias veredas para distintos rumbos, imposible le fue encontrar más indicio, a pesar de haber corrido por todos ellos una gran distancia, de manera que tuvo que volverse sin haber obtenido más ventaja que notar otras holladuras por el

mismo tránsito, lo que le hizo inferir que no había sido uno solo el que se llevó a su adorada, y más creía que don Epitacio, seguido de un criado, era quien se la ocultaba. Por fin, con el corazón devorado de la más profunda tristeza, resolvió volver a su casa, procurando siempre ocultar a todos su pesar y empeñado en que la había de buscar con tesón hasta encontrarla.

Cuando llegó le preguntó su padre:

—¿Qué sucedió por fin con tu consulta, Lorenzo?, me has tenido lleno de zozobra.

—No pude reunir a esos señores —contestó—; mi padrino se fue a Orocutín y hasta hoy volvería, y por no estar allí de ocioso me vine a dar usted parte y darme otros baños en Porúa, porque este golpe me sigue molestando.

—Pues si quieres vete esta tarde a ver si logras reunirlos.

—Eso haré señor padre, y mañana le diré lo que disponen. —Remudó, y con el pretexto de ir al baño anduvo por todas partes buscando hasta las cuatro de la tarde, en que volviendo a tomar su rosillo también supuso el viaje a Zitácuaro y se fue a poner en sitio más a propósito a espiarle los pasos a don Epitacio y observar los movimientos de los del pueblo. En vano fueron sus planes, pues no aventajando nada se retiró a la cueva a acabar de pasar la noche, presentándose al siguiente día en su casa diciéndole a su padre, que su padrino dilataría en la hacienda, pues como había comenzado la zafra estaba muy entretenido, agregando:

—Yo pienso insistir en el negocio porque la verdad me ha resfriado el ver que creo que eso que se dice en el pueblo va siendo cierto. Usted tiene mucha razón en oponerse y yo no quiero causarle nunca ningún pesar, por lo que si a su merced le parece dejaremos la cosa en tal estado, y que el tiempo aclare los hechos.

—Sí, hijo, el tiempo, ése es el único que hace olvidar un tanto lo pasado, que advierte lo presente y nos alumbrá para lo futuro; mucho te agradezco que me des esta prueba de amor y docilidad, quitándome del corazón un grave peso que amargaba mi existencia. Vamos a nuestro trabajo que Dios nos irá marcando el camino que debemos de seguir.

Después de haber buscado perfectamente por aquellos contornos, sólo pudo averiguar de un indio regador, que el día aquel fatal en que desapareció Refugio, vio pasar por la orilla de la labor de San Cristóbal a un hombre con una mujer en la silla; que llevaba embrocada una manga azul; que iban muy aprisa en un caballo grande y a cierta distancia los seguía al galope otro jinete envuelto en un jorongo de colores, fino, en un caballo oscurito que no distinguió muy bien. Y por más conjeturas y reflexiones jamás pudo ni siquiera sospechar la verdad; esto lo tenía cada día más melancólico y no hallando modo de continuar sus pesquisas por otras partes, obligó a su padre a que le buscara colocación en cualquiera de las haciendas del valle. Como don Juan era tan conocido y Lorenzo tan útil por su buena letra, cuentas, oficiosidad y simpática presencia, fácilmente se logró destinarlo en Tiripitío; así que buscó en todo ese rumbo, en las ranherías y pueblecillos, fingió motivo para separarse, y así fue

haciéndolo con diversos pretextos y recorriendo todo el valle sin hallar ningún indicio y sin separarse jamás de su propósito; de manera que en dieciocho meses tuvo doce colocaciones hasta regresar a su casa con la misma incertidumbre con que salió de ella, volviéndose naturalmente tétrico, melancólico, y aunque se esforzaba por aparentar buen humor y alegría, cualquiera que lo viera con detenimiento no dejaba de observar que aquel joven tenía en el corazón alguna cosa grave que lo atormentaba cruelmente; siendo tan reservado que a nadie confió su secreto ni le dio a conocer sus pesares, sino que cuando le era ya insufrible su pena, en lo más escondido de aquellos breñales o en la oscuridad de la noche, desahogaba su corazón con renegar de su fatal estrella terminando con llorar su desventura y afirmar su propósito de buscar a Refugito por cuantas partes pudiera, creciendo más y más su pasión, sin que el obstáculo tan grande que se le presentaba fuera causa de que prescindiera de su empresa. Ya tenía quince días de estar en su casa de ocioso, pues aunque se comedia a hacer alguna cosa, no por eso había ocupación en que trabajara todo el día, por lo que estaba fastidiado, violento y discurriendo ver cómo seguía en sus indagaciones por otros rumbos, después de haber registrado todo el valle a su satisfacción; su padre conoció su inquietud y una tarde le habló en estos términos:

—¿Quieres decirme, Lorenzo, en qué piensas ocuparte? He visto con demasiado pesar que le zafas el cuerpo al trabajo: en dieciocho meses largos has estado en doce colocaciones regulares ocupando destinos, en ninguna has hecho pie y así jamás podrás caber en ninguna parte, ni mucho menos hacer tu suerte, porque piedra movediza nunca cría moho. Yo tengo mucho gusto con tenerte a mi lado; lo poco que Dios me ha dado es tuyo; nunca me serás gravoso; pero como esto es tan corto yo deseo que me ayudes a aumentarlo buscando por otra parte: que te des a conocer, que tengas trato de gentes, y no se me olvida aquello de que el pan ajeno hace al hijo bueno; no soy conde ni marqués para dejar mis bienes vinculados, el único tesoro que puedes adquirir deberás buscarlo con el sudor de tu rostro, y si ahora que eres joven y comienzas a vivir te fastidias luego luego y no tienes voluntad de trabajar, ¿qué será cuando te halles cargado de años y de familia?, ¿cuál es el porvenir que te aguarda con ese genio inquieto y ese carácter tan variable? Yo quisiera tener el gusto de que cuando Dios sea servido llamarme a su presencia, poder tener el consuelo de dejarte establecido; de que vea reproducirse en ti mi crédito; que jamás desdigas del apellido que llevas, que ha sido respetado y estimado de cuantos lo conocen, y por último, que siendo el báculo de mi vejez, seas el primero en honrar mis cenizas. Te miro distraído, medio asimulado, y algunas veces tienes unos arranques que no me parece sino que has perdido el juicio.

—Todo eso es mucha verdad, señor padre, yo también quería hablar a usted de eso, y ya que me ha tomado la delantera, debo decirle lo que pienso. Muy bien conozco que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre; me puede mucho porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se

constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro que entre otras cosas me decía: *que servir, es ser vil.*

—¿Pero adónde ha de ir el buey que no are, hijo mío? No hay atajo sin trabajo.

—Allá vamos, padre mío, acábeme de escuchar; lo que a mí menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él, otro medre, y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena; me causa horror la esclavitud; habilítame usted con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios a buscar mi suerte.

—Pero si, como dices, te horroriza la esclavitud, ¿qué más servilismo quieres que ser esclavo de tus propios animales?

—Eso muda de sentido, señor padre, ellos dependen de mi voluntad, y si me esclaviza el atenderlos y cuidarlos, veré algún día el fruto de mi trabajo; los tendré tamaños de gordos; valdrán más; los cargaré a mi satisfacción; en fin, tendré otras mil ventajas que nunca alcanza el dependiente.

—Y si cuando estés muy hallado te asaltan en el camino, se te desrenga una bestia o te sucede una de tantísimas desgracias a que continuamente vas a estar expuesto, ¿qué sucede?

—¿Qué ha de suceder?, yo siempre tomaré mis precauciones para evitarlas hasta donde puedan mis alcances; si a pesar de eso me sobreviene alguna, redoblaré mi trabajo para restaurarla, y quiera o no, tendré que aguantarme fuerte; en lo más seguro hay riesgo, ninguno está exento de una mala hora; en fin, voy a probar fortuna, señor padre, deme la mano para ver qué tal me pinta ese giro, que si yo veo que no puedo por ese lado buscar mi vida ni vencer los inconvenientes que se opongan a mi suerte, no me haga usted tan tonto que quiera no más estar perdiendo el tiempo sin medrar.

—Hay otra cosa sobre eso, Lorenzo, que no es de mi agrado y en confianza te lo digo: para que los aguardenteros puedan tener alguna regular utilidad, necesitan no sujetarse sólo a sus fletes, sino engañar a sus marchantes adulterando su efecto, o contrabandear para excusarse de pagar los derechos de alcabalas, ambas cosas son ilegales y me repugna ese modo de buscar el dinero, que por lo general es salado y no les luce.

—Ésos son escrúpulos, señor, porque si el aguardentero echa agua es porque el consumidor quiere pagar barato sin hacer mérito de la calidad del efecto; y respecto de las contrabandeadas se han generalizado tanto que el comerciante, el hacendado, el propietario, y hasta el infeliz indio carbonero procuran ver cómo excusan los derechos, impuestos, peajes, contribuciones y cuantas pensiones gravitan sobre ellos, contraviniendo a las leyes, y el dinero que dejan de pagar no se les sala sino que lo ostentan en su lujo y lo tiran con franqueza. Disimúleme usted por ahora de su modo

de pensar así como lo hace con todos, y como sólo voy a tentar el giro, ya veremos para después cómo discurrimos el modo de que no le sea tan repugnante. Pecho al agua, señor padre, deme ese gusto antes de que me pegue una tiricia en este páramo, donde se me figura que no puedo ni aun respirar.

Aunque no convencido don Juan de las razones de Lorenzo, tuvo al fin que acceder por evitar que tal vez fastidiado tomara otra determinación, por lo que a su pesar le dijo:

—Vamos a ver qué sucede, Dios quiera que te convenzas que esa manera de hacer dinero no es para ti; que es más satisfactorio buscarlo rociando los terrones con el sudor de la frente.

—También se suda en el camino, padre mío; los riesgos y dificultades que se venzan también deben ser satisfactorios, y ahora le devuelvo sus sentencias, a dónde ha de ir el buey que no are, no hay atajo sin trabajo, y le agrego, que el que no se arriesga no pasa la mar.

—Pues anda a ver a mi compadre de mi parte y arregla con él el modo con que te debes acompañar, para que a su lado vayas haciéndote de relaciones y aprendas a comerciar.

—Dios le dé el cielo, padre mío, y le conserve la vida como se lo pido con el corazón. —Le dio un abrazo muy apretado y corrió lleno de gozo a ver a su padrino diciendo:

—Ahora sí tendré oportunidad de buscar a esa niña por donde me parezca, pues con pretexto de conseguir entregos, no dejaré sitio en que no prosiga con mis pesquisas; vamos a ver quién se cansa, si la fortuna en abatirme o yo de sufrir esta incertidumbre, este tormento que me aniquila.

—Desde luego admitió su padrino sus proposiciones y sin perder tiempo salió de su casa a los tres días, después de haber recibido la bendición de su padre, estirando dos mulas flacas, mal aparejadas, cargadas con cuatro castañas vacías que le prestó el padrino, vestido ya con traje de arriero, su itacate en los cojinillos, cuatro pesos para gastos, y un valecito para que en Púcuaro le fiaran el aguardiente, que cargara su chinchorro, montado en la yegua mora lunanca, acompañado de Simón, un muchacho como de dieciocho años, huérfano de la casa, a quien don Juan recogió desde muy niño; con tan miserable aparato emprendió una nueva carrera contentísimo de continuar sus indagaciones que era el objeto principal que se propuso.

Unos cuantos viajes anduvo acompañado de su padrino, pues era muy andariego, no le arredraban las distancias, mal camino, ni ningún inconveniente para ir hasta el rancho más retirado a entregar media jarra de aguardiente, dándole esto por resultado que vendía bien, daba su buscada y repetía sus viajes cada rato con una regular utilidad.

En uno de sus viajes se le reunió el señor Coronel cerca de Capirio, y al pasar por enfrente de la cañada advirtió que sin poderse contener, exhaló un profundo suspiro y miraba con ira para la cueva; el Coronel se la quedó mirando también y exclamó:

—¿Qué bonita cueva esa, no, Lorenzo?

—Maldecida, señor Coronel, reniego de ella.

—¿Pues qué motivo tienes para tratar así a las obras de la naturaleza?

—Porque cuando esas obras no son el abrigo de las fieras, sirven para que en ellas se cometan vilezas.

—Dices bien, hijo, no me acordaba que ahí fabricaron tlacos falsos y que por eso la llaman la cueva de los chagolleros. —Y despidiéndose picó su caballo y prosiguió su camino diciendo para sí—: Este muchacho todavía resuella por la herida, no le ha bastado ser arriero para borrar de su mente la imagen de su adorado tormento. Vamos a ver si, como me ha dicho mi amigo, la presencia de esa niña fue la que contribuyó para que aprendiera y no se fastidiara en la escuela, ahora su ausencia le facilita hacer fortuna y que no le repugne trabajar, que en cuanto yo lo vea ya con un capitalito con que medio pueda establecerse, tendré el gusto de facilitarle cuanto apetece; vamos por ahora a que sepa ganar la torta, lo fomentaremos para que pronto haga su suerte y luego le daremos la golosa; lo aprecio, quiero hacerlo feliz, y con una friolera puedo lograr mi objeto.

Ya tenía sobre ocho meses de estar en continuo afán repitiendo muy a menudo sus viajes con buen éxito respecto de los intereses; pero de sus pesquisas estaba en la misma incertidumbre, cuando el patrón, poniéndose a platicar con él en la hacienda, le dijo:

—Vamos a cuentas, caballerito, ¿quieres decirme, Lorenzo, qué es lo que haces con lo que ganas? Yo te veo trabaja y trabaja, y tú no medras: ¿qué juegas, hombre?, ¿por qué no te luce el dinero?

—No juego, señor Coronel; Dios me libre de ese vicio; si no me luce el dinero es porque ahora estoy como los pollos, encañonando y sin plumas. Muy bien recordará su merced que he comenzado el giro con miserables elementos, y en el corto tiempo que llevo de aguardentero, he conseguido mucho: las dos mulas viejas y flacas que me dio mi señor padre ya las repuse con dos machitos nuevos, su jato está regular, la yegua se la di a Simón y yo merqué una charchinita para mí; ya no cargo once jarras fiadas, que fue lo que aguantó mi gran hatajo; ahora llevo tres barriles que importan noventa pesos, y los pago al contado; a mi padre le he regalado algunas frioleras que pasan de cincuenta pesos; tengo cosa de treinta guardados y como otros tantos repartidos en piquitos que recojo a vuelta de viaje. Eso, señor Coronel, es cuanto he podido conseguir hasta hoy, y no me remuerde la conciencia en haber malgastado un peso.

—Y si yo te dijera, Lorenzo, para que no pierdas tiempo y cuanto antes labres tu suerte: escoge diez o doce mulas con que pares tu chinchorro a todo tu gusto, entre toda la mulada de la hacienda, habilítalas de su jato bien, carga veinte o veinticinco barriles rehenchidos, toma cincuenta pesos para gastos, lárgate a comerciar y me pagas el valor de todo, cómo, cuándo y de la manera que tú quieras, ¿qué me responderías, hijo mío?

—Señor —contestó lleno de júbilo—, ante todas esas cosas lo primero que haría sería demostrar a usted de la manera más expresiva mi agradecimiento, y después trataría de convencerlo de que no podía desde luego recibir su favor para que no lo atribuyera a un desaire, porque tal vez queriendo hacerme ese singular beneficio, podría resultarme en un grave perjuicio.

—No entiendo por qué lo dices, explícate; mis intenciones son sanas, te aprecio y quiero darte la mano, hacerte hombre.

—Todo eso lo conozco, señor, y se lo agradezco en el alma; pero eso me hace no aceptar de luego a luego su generoso ofrecimiento. ¿Qué hago con cargar veinte barriles o veinticinco?; si antes no tengo a dónde colocarlos, me voy a ahogar en el aguardiente. No tengo un arriero útil que me acompañe, y aunque mi muchacho es inteligente nos vamos a atrojar, las mulas no saben arrecuarse, no han salido al camino largo; en fin, me encuartaba y de todo no resultaría más que un perjuicio. Yo le suplico a su merced, señor Coronel, que ya que tiene tan buena disposición, se convenza con mis razones y no se dé por sentido, sino que iré poco a poco recibiendo su protección, y le empeño mi palabra de que no se pasará mucho tiempo sin que me vea con mi chinchorro de diez o doce mulas hermosísimas salir por esa puerta con veinte o veinticinco barriles rehenchidos de aguardiente; permítame por lo pronto que sólo cambie mis machitos por dos buenas mulas, y conforme vaya yo extendiendo mis relaciones, iré aumentando los animales, de manera que pueda cuanto antes formar mi chinchorro, darle ese gusto a mi patrón y yo no quede mal en satisfacer su valor agradeciéndole siempre tanta bondad.

—Corrientes, concedido, ya sabes cuál es mi empeño; cuenta conmigo y haz lo que te parezca; me he empeñado en hacerte feliz.

—Pues empecemos porque le patentice mi gratitud, señor.

—Eso será para después. Comenzaremos por donde debe de hacerse: llámame al purgador, a don Luis, o al que esté en la mesa del despacho.

Se presentó el purgador y le dijo el patrón:

—Este muchacho Lorenzo, que coja de la hacienda lo que guste, ábrale usted su cuenta y yo me entenderé con él respecto de precios.

Esa misma tarde entre más de doscientas mulas, escogió Lorenzo dos que cambió por sus machos; al otro día salía Simón montado en su caponera estirando las dos magníficas mulas muy bien aperadas, cargadas con cuatro barriles de aguardiente, mientras Lorenzo entró a despedirse del señor Coronel, quien le estuvo dando muchos consejos, y luego como en tono preventivo le dijo:

—Aprende bien a ganar un peso, no pierdas tiempo en andar echando suspiritos por Capirio, pues en vano reniegas de la cueva de los chagolleros y andas buscando el gafo en el garbanzal; no te des a la pena, que con el tiempo y un ganchito... ya tú me entiendes; que Dios te ayude.

Montó Lorenzo en su caballo y arrancó a dar alcance a las mulas medio confundido, aterrado, sorprendido, sin saber qué sentido dar a las últimas palabras de

su patrón.

—¿Por qué me diría que no suspirara yo por Capirio; que en vano reniego de la cueva de los chagolleros, y aquello del gato en el garbanzal?, ¿qué acaso sabrá la fatalidad que me persigue, que amarga mi existencia? Y adonde agregó lo del tiempo y el ganchito es porque seguramente no ignora nada de lo que me pasa. Pero si yo a nadie le he comunicado mi secreto ni participado mis penas, ¿por dónde habrá tenido noticia? Quién sabe si mi padre le habrá dicho algo. ¿Pero qué puede haberle contado? Que yo quería a esa muchacha y se acabó, pues también él ignora que yo me la saqué y que se desapareció de donde la tenía; pero eso de los suspiros, reniegos y buscadas, es muy cierto y sólo yo lo sé. Este asunto se complica: después de tanto tiempo que lamento su pérdida, por única luz encuentro esas palabras en boca de mi patrón, de un hombre a quien respeto más que a mi padre; que se ha declarado con tanta franqueza mi protector, y a quien no puedo decir que me aclare ese misterio, ni obligar de grado o por fuerza a que entremos en explicaciones; esto acrecienta mi padecer y aumenta el atroz martirio que me devora el alma. Pero si no tuviera ningún antecedente, ¿por qué me dijo eso? Hay aquí un misterio que no comprendo, que no está en mis alcances aclarar, y yo no puedo creer que el señor Coronel me ha dicho eso sin algún fin particular. Veremos lo que resulte, y sea lo que fuere, siempre le agradeceré su bondad, sin prescindir de buscar el gato y darme a la pena.

Con tanto afán se dedicó a su comercio, que al año ya tenía Lorenzo ocho magníficas mulas propias suyas, un buen macho de silla romito; cargaba dieciséis barriles que en menos de quince días realizaba en sus entregas; y volteaba un capitalito de más de seiscientos pesos, estando el Coronel cada día más contento de ver sus adelantos, siendo conocido por *Lorenzo el aguardentero*.

Capítulo V

La sumaria. Nuevo pretendiente. El cofrecito. Amor filial. Comisio

Retrocedamos ahora a Jungapeo y veamos cuál fue por fin el término del gran escándalo que hizo don Epitacio por la desaparición de su sobrina. En vano se soltaron multitud de galgos a la inofensiva liebre; ninguno tuvo la suerte de ganar los quinientos pesos ofrecidos, a pesar de que animados de la codicia buscaron con empeño por todos los contornos y rincones del valle. Luego que se instruyeron todas las averiguaciones, fueron remitidos los reos con su respectiva sumaria para el juzgado de letras. Don Epitacio, temeroso, y con razón, de echarse más encima la odiosidad de los sujetos aquellos que complicó en el negocio, hizo cuanto pudo en su favor para que los pusieran en libertad; pero no por eso consiguió su fin, pues resentidos aquellos malvados no esperaban más que una oportunidad para vengarse a su sabor; y mientras, le seguían cuantos perjuicios podían hacerle por trasmano, de manera que en poco tiempo casi se paralizó su comercio, no era dueño de alejarse mucho de su casa, temiendo a cada instante encontrarse a solas con alguno de ellos. El infeliz del Plácido estuvo cerca de un año en la cárcel, hasta que no habiendo quién activara la causa, y logrando poco a poco hacerse de confianza con el Alcalde, pudo fugarse de su prisión y poner alguna tierra de por medio, quedándose el asunto en tal estado sin que hubiera alguno que a los seis meses de su fuga se acordara de tal suceso. No sucedió así en Jungapeo, pues el don Epitacio, así como sus nuevos enemigos le hacían cuanto mal podían, él renovaba su encono contra don Juan y su hijo, valiéndose de ocultas manos para satisfacer su venganza, sin poder directamente achacarle a Lorenzo el rapto por carecer de pruebas; pero le tuvo varios sujetos puestos exclusivamente a espiarle los pasos por mucho tiempo, hasta que fastidiado de no poder sacar nada en limpio, prescindió de su empresa sin atreverse a reconvenirle directamente porque no podía olvidar que tenía un genio quisquilloso y una mano muy pesada, por lo que se dedicó a realizar cuanto pudo y prevenirse para cuando su sobrina apareciera y le hiciera cargos, contestar con evasivas y quedarse con cuanto pudiera según se había propuesto.

Desde que el Coronel condujo a Refugito para el monasterio, ella le confió el secreto de lo del cofrecito, le dio todas las señas del sitio en que estaba enterrado y la llave para que si lo encontraba viera lo que contenía. Se manejó aquella niña tan dócil y obediente a los consejos del Coronel, que éste la quería como si verdaderamente fuera su hija. La iba a ver cada vez que podía, la tenía elegantemente vestida, la presentó en las mejores casas de la población, en donde la trataban con todo

miramiento, como a la sobrina del señor Coronel, pues así dijo él que era aquella joven al darla a conocer; con esto ocupaba un lugar muy preferente: el trato, la sociedad, y sobre todo la buena educación que comenzó en Zitácuaro y acabó en el monasterio, la ilustraron y era una verdadera señorita como su legítimo padre deseaba. El día menos esperado recibió el señor Coronel una carta de una persona respetable por su posición social y cuantiosos intereses; en ella, con la mayor urbanidad, le pedía la mano de su sobrina, de la niña Refugito. Aplazó la contestación cortésmente y escribió a Refugio acompañándole la solicitud original, diciéndole que nada haría sin su voluntad, agregando: —Estoy sumamente contento de la conducta de Lorenzo; va haciendo su fortuna a gran prisa; es muy hombre de bien; tú puedes elegir al que te convenga; consúltalo con tu corazón y escíbeme lo que determines para obsequiar desde luego tus deseos. Éste es el deber de tu amante padre, etc., etc.

Refugio tuvo mil debates entre sí; todavía quería a Lorenzo, y al recordar sus hechos, sus esperanzas de ventura, desbarataba sus ilusiones la fatal desgracia que mancilló su honor, que hizo plaza de su reputación; la justicia con que don Juan quiso cortar aquel escándalo; la repugnancia con que la recibiría como hija cuando había sido públicamente acriminada por su propio tío, su curador y albacea de la testamentaria: que decidiéndose por Lorenzo reviviría la enemistad con don Epitacio y tendría consecuencias funestas; por último, no hallándose capaz de resolverse, contestó al señor Coronel en estos términos:

—«Acámbaro, etc.—Padre mío, permítame que siempre le dé este título: Desde el instante en que tan generosamente encontró en sus brazos un abrigo esta huérfana desgraciada, me determiné a no hacer más que lo que fuere de su agrado; sin embargo, como me deja en libertad de elegir yo misma mi suerte, han luchado en mi pecho el amor, la reflexión, mi deber, mi situación y otros mil pensamientos que me han dado un día bastante amargo; por último, obedeciendo a los impulsos de mi corazón, le manifiesto resueltamente que en sus manos pongo mi suerte, que usted, padre mío, que ha tomado tanto empeño en mi bienestar, sea el que decida en tan grave asunto, porque yo temo mucho que me ciegue la pasión y vaya torpemente a cometer un desacierto. En esta inteligencia, acataré resignada su determinación como debe hacerlo una hija obediente y agradecida, a su amante padre, a su generoso bienhechor, etc.»

—«P. D. Devuelvo a usted la que me adjuntó para que la conteste como fuere de su agrado.—*Vale*».

Luego que recibió el Coronel aquella contestación, la leyó varias veces, y guardándola exclamó:

—Esto está peor de lo que yo me figuraba, esa muchacha no tiene un pelo de tonta, se conoce que a pesar de su pasión ha dado lugar a la razón, y me pone en un compromiso de todos los diablos. Pobre Lorenzo, no bastó abogar por él: me dejan a mí la decisión; aunque lo quiero, necesito también hacer a un lado las afecciones particulares y ver sólo por la ventura de esa niña que en mis manos pone su suerte,

revestirme de la autoridad de padre y corresponder a su confianza; a ver don Juan en qué sentido se halla, que prescinda de esas preocupaciones y abogue por su hijo. — Salió de su despacho y mandó con un criado llamar a don Juan.

A poco rato llegó, y metiéndose para sus piezas le dijo:

—Amigo don Juan, por servir a usted me he metido en un laberinto del que no hallo cómo salir; necesito que usted me ayude, ya llegó la lumbre a los aparejos y no hay más que resolverse.

—¿Pues qué ha sucedido, mi Coronel?

—Lea usted esas cartas, luego este borrador, y después esta contestación mientras vuelvo, voy a prevenir que nadie venga a interrumpirnos. —Se quedó don Juan leyendo mientras salió a hacer la prevención, dándole tiempo para que solo reflexionara; volvió a poco y le dijo:

—¿Qué le parece a usted esa última resolución, dígame qué haría usted en mi lugar?

—Mi Coronel, yo no hallo qué responderle, soy parte interesada y podría mi opinión perjudicar; pero juzgando desapasionadamente, creo que Lorenzo lleva el cuento perdido, porque nunca podrá compararse con ese caballero que sin duda tiene muchas ventajas sobre él.

—Hablemos claro, amigo mío, usted siempre ha tenido a mal los amores de su hijo, han acontecido por desgracia algunas cosas que ofenden su delicadeza y le concedo la razón, teme que vuelvan a encenderse enemistades y hablillas que sin duda tendrán mal fin con el lépero ese de don Epitacio; pues eso me supone nada, porque de un puntapié lo despacho a la porra y todo concluye. Yo, la verdad, tengo mis afecciones por Lorenzo, esa muchacha quiere que la haga venturosa, y no sólo se encuentra la ventura con el dinero; eso que dice ahí de pasión, muy bien da a conocer que todavía lo ama; yo me propuse hacer la felicidad de ese muchacho, y si por mí fuera no vacilaría en dársela por esposa; pero me encuentro entre la espada y la pared, lo dejan a mi arbitrio, y para cumplir con esa encomienda necesito ser padre, prescindir de mis afectos y caminar por el camino derecho, calcular lo futuro, comparar a los pretendientes y decidirme por el que me preste más probabilidades de hacer la suerte de mi hija, de tratarla como se merece por su persona, que sepa respetar sus virtudes, que la eleve al rango que exige su ilustración para que sea una fiel esposa y tierna madre, éste es mi compromiso, ayúdeme a salir del atolladero.

—Mi Coronel, yo también hago a usted árbitro de la suerte de Lorenzo; y dejando a un lado eso que me dijo de preocupaciones, conozco que en el estado en que se encuentra esa niña, es una señorita que no le convendría casarse con un pobre arriero, es digna de mejor suerte y de ocupar un lugar en la sociedad en más escala, por lo que se perjudicaría si descendiera sólo por halagar una pasión que luego que se satisficiera, la haría arrepentirse de ella; esa reflexión tal vez la ha hecho no decidirse, sino dejarlo a la elección de usted; yo estoy pronto a sacrificar hasta mi vida por el bien de mi hijo; pero conozco la razón y ni tiro ni aflojo, haga usted lo que le parezca.

—Entonces amigo don Juan, en vez de darme la mano me sume más. Yo aguardaba que me diera una salida y más me ataja el paso dejándome a mi solo toda la carga, pues a los motivos de delicadeza que antes tenía, hay que agregar sus últimas razones que también son graves, y no me queda otro remedio que ocurrir al último extremo.

—¿Cuál mi Coronel?

—Que Lorenzo decida y se acabó; el muchacho tiene ganada la palmeta, no porque es un pobre arriero que comienza a hacer pininos lo debemos nulificar.

—Pero, mi Coronel, ¿cómo puede ser eso?

—Voy a ponerlo en una disyuntiva, a que se decida resueltamente o por usted o por ella.

—¿Pero si, como es natural, se decide por ella, qué hago mi Coronel?, tengo que sufrir un amargo desengaño, y...

—Y echar a noramala sus preocupaciones y delicadezas; señor mío, eso no tiene remedio, las lleva usted tras de la oreja y se muerde un codo; pero también es natural que si el muchacho quiere a usted de veras, prescinda de sus afecciones por no abreviar sus días y darle en qué sentir, ¿y entonces?

—Entonces, mi Coronel, seré el más feliz de los padres, me volvería loco de gusto.

—El albur es arriesgado, ¿qué dice, lo corremos?

—Usted sabe lo que hace, mi Coronel.

—Pues arranquemos de una vez diente y dolor, basta ya de incertidumbres y amarguras, esté usted listo para que en cuanto llegue Lorenzo le mande avisar, quiero que usted nos escuche para que se satisfaga de mi modo de arreglar estos negocios, y si hubiere alguna dificultad me ayude a vencerla.

A los cinco días de esta determinación llegó Lorenzo muy quitado de la pena, lo llamó el patrón para su despacho, y después de varias conversaciones indiferentes se paró, y con tono de chanza le dijo:

—Oye, Lorenzo, ¿todavía te acuerdas de Refugio?

Sorprendido con tan inesperada pregunta, se puso muy colorado y no hallaba qué responder; sin esperarlo prosiguió:

—Háblame con toda libertad, ten en mí confianza y responde con franqueza, como si lo hicieras con un amigo que se interesa por tu suerte; ¿todavía amas a esa niña?

—Señor Coronel, todavía; no ha sido suficiente la incertidumbre de tres años para entibiar mi pasión, para desesperar de mi suerte, ni prescindir de mi amor.

—Sería una llamarada de petate, ilusiones juveniles de un muchacho que se desbaratan como el humo.

—No, señor Coronel, se lo digo como lo siento, cada día la quiero más, conservando cierta esperanza de que algún día llegaré a encontrarla; tengo grabada su imagen en mi corazón, y firme en adorarla la he buscado con esmero por cuantas

partes he podido; por eso anduve en todo el valle ocupando tantos destinos, y convencido de que no se ocultaba por aquí, emprendí ser aguardentero para no prescindir de mi principal objeto.

—Pues, hijo mío, no sé si recordarás que hace ocho o nueve meses te di unos apuntes para darte a entender que yo estaba al tanto de tu cuidado, y si mal no recuerdo, también te di una esperanza con lo del tiempo y un ganchito; pues vamos al grano, ya llegó el tiempo de que terminen tus inquietudes. Yo te birlé a Refugio de la cueva de los Chagolleros, te vi salir de ella a tiempo que yo pasaba por Capirio, ya sabía todas las ocurrencias que tenían alborotado a todo el pueblo, y me dije para mis adentros: «Aquí hay gato encerrado, este muchacho es tan simplón que deja a su novia en el mayor peligro por irse a desayunar a su casa y engañar a su respetable padre»; pues, señor, ladrón que roba a ladrón gana cien años de perdón; la muchacha es buena moza y bien merece echármela en la silla. Así lo hice, y como quien quiere y no quiere fue a resollar hasta Acámbaro, la tengo en el monasterio, es una verdadera señorita, y se ha puesto chulísima, hombre, chulísima, si la vieras no la habías de conocer; ya no es aquella pobre muchachita de zapatoncitos de gamuza, enaguas de muselina y rebocito, que te echaste a cuevas; ahora es una señorita admirada de todos, bien puesta, y pretendida de más de cuatro que les ha llenado el ojo, tanto que mira esta carta que últimamente he recibido; y esto me ha precisado a que aquí como amigos entremos en explicaciones, pues has de saber que desde el instante que cayó en mis garras me propuse servirle de padre, y ella humilde y obediente admitió ser mi hija, lleva mi apellido y la atienden como a mi sobrina; eso ha contribuido para que la distinguan y consideren todas las personas más bien colocadas de la sociedad de allí adonde la he presentado; conque imponte primero de esa solicitud.

Lorenzo en aquel instante no sabía ni lo que pasaba por él, todo el gusto que tuvo al saber que su amada existía, que el Coronel le dispensaba favor y que sin duda lo llegaría a hacer venturoso, inesperadamente se fue convirtiendo en serias reflexiones, cuando le fue pintando su posición social; colmó su amargura la carta del sujeto que pretendía la mano de su amada, y aunque no lo había tratado familiarmente, sabía muy bien que era uno de los principales capitalistas y propietario de una gran hacienda; como de treinta años, bien parecido, con otras mil recomendaciones; todo lo meditaba al ir leyendo la carta con espacio, y cuando concluyó preguntó con semblante triste:

—¿Y qué ha contestado usted, señor Coronel, a este caballero?

—Aún no le he contestado definitivamente, sino que esa carta, con una mía cuyo borrador es éste, se la remití a mi hija: mira lo que le escribí. —Una ráfaga de alegría apareció por un momento en su tétrico semblante, al ver la recomendación que hizo su patrón a Refugito, hablándole de su persona, y exclamó:

—Ésta es mucha bondad, señor Coronel, se lo agradezco en el alma y conozco que me aprecia.

—Pues vamos adelante, mira la determinación de esta bribonzuela, y revístete de paciencia; yo esperaba que tú te llevaras la palma; pero, hijo mío, eres muy desgraciado.

—¿Qué, se resolvió por el otro?

—No; se lo hubiera yo apreciado mejor, porque sin decirte una palabra la hubiera casado, y paz *Christi*; tú hubieras seguido en tu incertidumbre, y cuando lo llegaras a saber, no sería por mi boca, que es enemiga de dar malas nuevas a las personas que estimo: imponte de su contestación, medita en el fuerte compromiso en que me pone, y que si tú no me sacas de él, no sé cómo quitarme esa puya.

Tomó Lorenzo la carta temblando de sobresalto, al notar una excelente letra inglesa, con una escritura limpia y correcta; no dudó que su adorada, a proporción, debería estar muy ilustrada, la leyó como sobrecogido de respeto, sentía cierto presentimiento que le parecía que a cada instante se alejaba la imagen de su adorada de donde la había conservado impresa, y como que se elevaba a una altura a que él nunca podría encumbrarla, por lo que acabando de leer se quedó reflexivo diciendo para sí:

—Ni una palabra, ni una nota que haga mención de mi persona: han luchado en su pecho amor y reflexiones, deber y quién sabe cuántas más cosas; luego no siente esa mujer por mí el mismo amor que yo le tengo, pues ha dado cabida en su corazón a reflexiones que nunca medita el que está verdaderamente apasionado; aquí el patrón le abre la puerta, le recuerda al mencionarme sus juramentos, la deja en entera libertad, y sin embargo no se resuelve; luego la deslumbran tal vez otras ilusiones, no quiere descender de la altura en que se encuentra, y más que aspirará elevarse, a la triste condición de ser la esposa de un ranchero, que no podrá ofrecerle sino un pobre rincón en este escondido valle.

—¿Qué opinas, Lorenzo?, dime tu parecer; yo me encuentro muy comprometido, no quiero agraviarte, mucho menos tenerte en poco, pues si ese caballero tiene proporciones y es rico, no por eso te aventaja; tú tienes brazos, eres hombre de bien y eso me basta, a mí no me alucina lo que brilla; todas mis afecciones están en tu favor y mucho gusto hubiera tenido en que te hubiera elegido; pero cuando hay la circunstancia de poner en mis manos su suerte, me las ata el deber de cumplir fielmente con tan delicado negocio: tengo que ser imparcial y sin duda alguna decidirme por el que me prometa más probabilidades de labrar la suerte de esa criatura; necesito que su esposo sea hombre capaz de respetar y estimar en su justo valor su candor y sus virtudes, que le dé el lugar que se merece por su persona; y que la eleve al rango que le pertenece por su educación, haciendo brillar sus eminentes prendas, labrando su ventura. ¿Qué te parecen esas reflexiones?

—Muy justas y puestas en razón, señor Coronel, y entiendo que seguramente, por más esfuerzos que yo haga, no podré conseguir ser el feliz mortal que labre la dicha de esa... señorita.

—Sin embargo, antes de decidirte, quiero que me hagas un favor particular, que

sólo de ti puedo esperar.

—Usted mande, señor, no suplique.

—Anda a ver cómo consigues introducirte por el corral de la casa de Refugito, a un cuarto caído que está detrás de la cocina, allí existe un horno viejo, te metes dentro, en la cuarta andanada y quinta solera rascas; allí encontraras un depósito, que tomando bien tus precauciones, es preciso que traigas sin ser visto ni sentido de ninguna persona. Busca el modo de penetrar sin salvar la tapia, pues ya tienes experiencia de que aquellos adobes no te aguantan y no vayas a dar otro batacazo como el de marras; conque anda a hacerme este servicio, que sólo podía encomendar a una persona de mi entera confianza. Por supuesto, aguarda a que cierre bien la noche, toma bien tus medidas para que el lance no se malogre, y te espero en vela hasta que vuelvas; pues esta misma noche hemos de dejar concluido este negocio, que a todos nos tiene en un martirio; habilítate de los útiles necesarios, y andando sobre la marcha que el tiempo vuela.

Se fue Lorenzo para su casa, se habilitó de un barretón, un costal, un farol y pajuelas; montó en su caballo y se dirigió para el pueblo ya dada la oración, meditando en tantísimas cosas que a su pesar se venían a su imaginación y se amontonaban formando una fuerte oposición a su amor.

—¿Y qué, será posible, se decía, que después de estar alimentando en mi pecho una vehemente pasión por esta niña, el día que salgo de la fatal incertidumbre que ha amargado mi existencia, me la encuentre fría, indiferente, irresoluta, y lo que es peor, elevada a superior esfera, y pretendida por una persona de mucho más mérito y posibilidad? Si es como el patrón me ha dicho, que está hecha una verdadera señorita, elegante, distinguida e ilustrada, en lo que no cabe duda, pues es pretendida por esa clase de personas como ese sujeto que solicita su mano, ¿quién soy yo para disputársela? ¿Con qué elementos cuento para conservarla con el lujo y ostentación en que se encuentra? Y si ahora que pudo con libertad expresar su voluntad no se ha resuelto en mi favor, ¿qué sería cuando descendiendo del rango en que se halla, fuera la esposa de un infeliz aguardentero? Tendríamos una vida desesperada, aburrida y llena de sinsabores; yo al estar alimentando fielmente una esperanza lo hacía en la inteligencia de que sería correspondido por una pobre huérfana de mi esfera, sin tener otros hechizos que su candor; que a mi lado se encontraría venturosa portando un pobre traje, asociándose con los sencillos rancheros; pero ni por la imaginación me pasaba que los zapatoncitos de gamuza estuvieran en la actualidad reemplazados con zapatos de raso; las humildes enaguas con magníficos trajes, ni su rebocito viejo con costosos tápalos de seda; esta circunstancia sin disputa, me resfría, no me parece bien atravesarme en su camino, mucho la quiero para estorbarle el que disfrute del bienestar que la espera, yo no puedo hacerla descender, eso sería en mí una vileza, yo sólo aspiraba a su corazón y de ninguna manera serviré de obstáculo a su engrandecimiento.

Y exhalando un suspiro profundo, exclamó:

—Nadie sabe para quién trabaja; no se hizo la miel para la boca del asno; no me queda más recurso que quejarme a mi fortuna. Decididamente no me conviene, y por lo mismo que la he adorado sin interés no debo hacerla infeliz ni arrastrarla en mi desgracia.

En estas y otras reflexiones por el estilo, llegó al pueblo, dejó su caballo amarrado en el guayabo, en el sitio que antes lo hacía; con sus menesteres llegó a pie hasta ponerse detrás de la casa, haciendo recuerdos bastante tristes en verdad; registró la barda, y casualmente fijó la atención en un caño por donde desaguaba el corral, el cual se determinó a agrandar hasta poder caber por él. Comenzó con el barretoncito a palanquear las piedras y ladrillos del mamposteado, que como estaban asentados con lodo, fácilmente y sin necesidad de hacer ruido se desprendían; en cuanto la horadación fue suficiente, penetró sin ningún tropiezo hasta introducirse en el horno; tapó la boca con el costal, encendió su farol, contó las hiladas de las soleras, y sin dificultad mayor alzó la quinta susodicha, sacó una poca de tierra floja y un bulto como de media vara de largo, una tercia de alto y bastante pesado, envuelto en embreados, muy liado con mecates; buscó más, y satisfecho de que ya no contenía otra cosa el agujero, apagó la luz, echó dentro del costal el depósito, y con las mismas precauciones salió felizmente hasta donde estaba su caballo, partiendo a media rienda para la hacienda, lleno de los más tristes pensamientos que terminaban en suponerse a Refugio infiel y embriagada en nuevas ilusiones.

Poco después de las diez de la noche llegó a la hacienda; el mismo señor Coronel le abrió la puerta, recibió el costal y se dirigió para su pieza de habitación, mientras que Lorenzo entregó a un criado su caballo, se metió después para adentro limpiándose el sudor y sacudiendo el hollín de que iba lleno.

Al verlo todo tizado le dijo:

—¡Pareces un condenado, Lorenzo!

—Ésa es la verdad, señor; condenado en vida, que es lo peor.

—Conque vamos por partes y no desesperes, porque entonces me harás creer eso de tu condenación. —Trozó los mecates, quitó mil envoltijos y apareció un baulito forrado de vaqueta, muy claveteado con tachuelitas amarillas, sacó de su cartera una llavecita y lo abrió, presentándose a su vista multitud de cartas, versos, recetas y otras cosas escritas por él para ella.

—Esto es paja —dijo, y los hizo a un lado continuando en ir sacando lo que había. Abrió una cajita de cartón, luego otra, después desenvolvió un paquetito y exclamó:

—¡Esto ya es otra cosa!, pero haremos esto lo mejor posible: coge papel y arrima el tintero, formaremos un apunte y poco más o menos valorizaremos estos cachivaches.

Le fue dictando y justipreciando todo aquello, que eran porción de piezas de oro y plata, aretes de brillantes, anillos, hilos de perlas y multitud de dijes y chacharitas de valor, cartuchitos con algunas monedas de oro, y por último, en el fondo, documentos

importantes, los testamentos de don Luis y su esposa, el inventario, tres escrituras de acciones de minas de Anganguero, el Loro y Tlalpujahua, las de las casas de Jungapeo, de varias tierritas y huertas, de todos formó la lista y sacó al margen el precio calculado, le mandó sumar y su importe ascendió a quince mil cuatrocientos y tantos pesos.

—¿No te habrás equivocado, Lorenzo?, repasa esa suma. Éste volvió a sumar y respondió:

—Está conforme.

—Corrientes. Pues mira, Lorenzo, todo eso le pertenece a Refugito. ¿Y consideras tú que con ese capitalito y la posesión de una excelente muchacha, se haga la felicidad de un hombre?

—Yo creo que sí, señor.

—Pues en esta inteligencia, hijo mío, me desnudo de todo el carácter de favorecedor de esa niña, te dejo en libertad absoluta para que tú mismo decidas de la suerte de ella, dándote en esto pruebas evidentes de que te quiero y de que soy tu verdadero amigo; pero como tal, debo advertirte que tu posición es comprometida en sumo grado; tal vez engolfado en tu pasión no has conocido que con ella estás abreviando los últimos días de tu anciano padre. El desgraciado cuanto escandaloso suceso de Jungapeo; los antecedentes de enemistades anteriores, en que tú no tomaste poca parte, dejando a Epitacio sin muelas, ofendieron a tu padre, como era natural, obligaron su amor propio, su delicadeza, y teme, con justicia, que vulneren su honor. Todo eso serán ranciedades, vanas preocupaciones, y ¡qué sé yo!, pero lo cierto es, que ése es su modo de pensar, y ve tú a persuadirlo de lo contrario; tiene esa idea, es muy vanidoso de su honra, firme en su fe, y primero sucumbe que transige; yo respeto su modo de pensar, y jamás combatiré ni reprobaré su conducta; conozco su carácter, y he conseguido lo que ninguno.

—¿Qué cosa, señor Coronel?

—Que haciendo a un lado todo, prescinda de sus ideas, y me ha dicho estas palabras: «Si la vida se me pide por la felicidad de Lorenzo, mi vida gustoso le sacrificaré.» Conque por ese lado ya tienes adelantado mucho, y ahora sólo me toca, para que más te convenzas de mi buena disposición, hacerte las advertencias de un buen amigo, y que tú hagas lo que te convenga: ya tienes veinticuatro años, no eres tonto y tu determinación será obsequiada al momento.

Puso el cofrecito de las alhajas en un extremo de la mesa, colocó la lista parada recargada contra aquél, y quitándose su sombrero se lo enseñó a Lorenzo, diciendo:

—Mira, éste es Refugito —y lo coloca encima—; no te miento al decirte que es una muchacha de todo mérito, que está chulísima, que tiene ahí efectivos, más bien más que menos, quince mil cuatrocientos y tantos pesos, y además una persona que pretende su mano, un caballero que no tiene tacha que ponérsele; pues bien, vamos al otro lado. —Cogió el sombrero de Lorenzo, lo puso en el otro extremo de la mesa y dijo señalándosele:

—Éste es un viejo honrado que ya pronto tocará las puertas del sepulcro, y tampoco te miento, tu pasión lo precipita; pero sin embargo, disimula su dolor y oculta en su pecho el pesar que lo atormenta por no contrariar tu inclinación, sacrificando su reposo por darte gusto, y tiene también además una persona, otro viejo que lo aprecia, y que por más esfuerzos que haga, imposible le será mitigar su pena, y únicamente le ayudará a lamentar en secreto sus sufrimientos. Bajo este concepto, hijo mío, mi querido Lorenzo, en la presente ocasión quiero que elijas lo que tu corazón te incline: ven acá. —Lo separó cuatro o cinco pasos de la mesa y continuó:

—He aquí los dos caminos por donde debes marchar: es preciso que te decidas por alguno. En éste de tu derecha te espera una excelente muchacha con los brazos abiertos, te brinda con quince mil y tantos pesos que constan en esa lista; puede hacer tu fortuna, no volverás a trabajar y desde luego labrarás tu suerte; por el otro lado, a tu izquierda, también te tiende los brazos un venerable y honrado anciano, que agobiado por el trabajo, va tocando a su fin; tendrás que trabajar para aliviarlo y sólo podrá corresponder con un par de lágrimas que saldrán de su marchito corazón, como testimonio de su amor. Allí te espera la dicha, la encantadora virgen de tus ilusiones, el colmo de tus esperanzas venturosas, podrás saciar tu ambición, tirar dinero, en una palabra, tu pasión quedará satisfecha. Aquí también te espera la gratitud, el respeto, la ternura, el deber y sobre todo, el amor más puro y desinteresado, el paternal; si te resuelves por él, aquélla desde luego encontrará su ventura en los brazos de otro hombre que le ofrece su amor y cuantiosos intereses, y tú podrás reemplazarla con otra, cien, mil, si se te antoja buscarlas; pero si fuere por el contrario, es indudable que precipitarás los contados días del anciano, y jamás lo reemplazarás con nadie. Con tu preferencia a él conduces a ella al tálamo, tal vez a una buena suerte; y con tu decisión por ella; a él lo llevarás al sepulcro. Por último, allí están tus ensueños de delicias y el ángel de tus ilusiones; aquí está tu padre, a quien le debes el ser y cuanto vales; yo no te obligo, toma el camino que quieras, medita en lo que te he dicho y determínate. Ya como amigo te hice las advertencias que el amor que te tengo me imponían; ya te puse de manifiesto tu situación, elige lo que te parezca y concluyamos con esto definitivamente. ¡Ojalá que yo, al encontrarme en lance semejante, hubiera tenido cuando hijo, quien me ayudara desinteresadamente a conducirme, no habría sufrido las amarguras de padre que me han hecho pedazos el corazón!

Lorenzo por un instante vaciló; veía para uno y otro extremo de la mesa; las reflexiones del Coronel lo habían acabado de desanimar, recordó las palabras de su padre y se dijo a sí mismo: —Si está pronto a sacrificarse por mí, ¿por qué no he de hacer lo mismo por él? —El mucho amor que tenía a Refugio, pobre y abandonada, se resfrió al instante de convencerse de que era rica y había quien la hiciera mucho más. Aquella lista acababa de infundirle desaliento en vez de causarle interés, y siguiendo los impulsos de su corazón, sensible y desinteresado, marchó con paso

firme para su izquierda, puso la mano sobre su sombrero, y con voz clara dijo:

—Señor Coronel, *prefiero a mi padre sobre cuanto hay en la tierra; renuncio de esa señorita, no quiero hacerla infeliz ni estorbar la ventura que le espera.*

—¿No tendrás motivo para arrepentirte, Lorenzo?

—¡Jamás!

—Pues ven a mis brazos, querido, cada día me das pruebas de que eres digno hijo de tal padre. —Y estrechándolo cariñosamente, prosiguió:

—¡Gracias, Lorenzo! con esta acción que acabas de hacer me has comprado, muchacho, y te repito que cuentes conmigo, con cuanto tengo y con cuanto valgo. —Tomándolo luego de un brazo se dirigió para la segunda pieza, abrió la mampara, y apareciendo don Juan le dijo:

—Ahí tiene usted, amigo mío, a su hijo que de veras lo ama, dele chiche y no se vuelva loco de gusto. —A un tiempo se abrazaron el padre y el hijo; la dulce emoción les privó el uso de la palabra, derramaban lágrimas de placer, sin cesar ni uno ni otro de prodigarse cariños, y el Coronel, también conmovido, se limpió una lágrima ardiente que no pudo contener, y exclamó lleno de júbilo:

—¡He aquí cuál es la verdadera felicidad, el amor más puro y la determinación más noble!

Así terminó el primer amor de Lorenzo, que al decidirse en favor de su padre, no dejó de hacer una penosa violencia; pero endulzó y mitigó su pena al verse abrazado de él que lo estrechaba contra su seno; al repetirle sus caricias, sentía circular por sus venas un fluido vivificador que lo enorgullecía de su última resolución, que borraba como por encanto las tristes huellas de su pasión, ocupando su corazón otro amor más elevado, más sublime y satisfactorio. Acabó de cerrar su herida una esquila impresa que dos meses después recibió, y decía:

«Fulano de tal y Refugio N., participan a usted haberse unido en matrimonio, y se ofrecen a sus órdenes en la casa núm... de la calle de... —Acámbaro, etc.»

—Éste es el testimonio de su fallecimiento —dijo Lorenzo exhalando aún un suspiro—. Echémosle tierra; que Dios la haga feliz y venturosa, ése ha sido mi ánimo al prescindir de ella. ¡Adiós, Refugito! que goces la dicha con tu esposo, mientras que yo la tengo al lado de mi viejo padre, arriando este chinchorrito.

A fines de aquel año se separó el señor Coronel de las haciendas, por habersele cumplido el plazo de su arrendamiento; antes de partir regaló a Lorenzo tres mulas para que completara su chinchorro de doce, cargándoselas todas con aguardiente, borró la cuenta de lo que le debía y le dijo:

—Lorenzo, estamos a mano, tu cuenta está saldada, esas tres mulas aviadas y esos veinticuatro barriles de chinguirito son un corto obsequio de tu viejo amigo; sigue como hasta aquí, siendo trabajador, hombre de bien y dándole gusto a tu padre, goza lo que Dios te dé con tranquilidad, endulzando sus días y recibiendo sus bendiciones. —Hizo Lorenzo cuantas demostraciones de gratitud le sugirió su corazón agradecido, y siempre tenía presentes sus consejos.

A proporción de que fue creciendo su chinchorro, fueron también aumentando sus trabajos y cuidados, y aunque a la vista parecía que tenía grandes utilidades, tenía la necesidad de participar de ellas a multitud de hombres a quien era necesario tener gratos para poder expender su carga, que varias veces escudaba con multitud de pasesitos, repartía sus mulas por varios rumbos, andaba por caminos casi intransitables, por sabanas excusadas, paraderos ocultos, y casi en cada viaje tenía que sufrir alguna desgracia que no podía evitar: ya que una mula se desbarrancaba por aquellos horribles precipicios; otra que se rengaba en las cuestas, y cuando menos al desaparecer se encontraba con unas sorneadas, otras pasmadas, en fin, no faltaba algo que lo disgustara, sin contar con lo que ya le habían cogido los guardas que no estaban a su bando y le habían hecho pagar dobles y aun triples alcabalas, por lo que disgustado seguía en su giro procurando con empeño ir venciendo las dificultades que se le presentaban a la vista. En cada viaje le daba a su padre cuanto podía, y con ello fue don Juan reponiendo sus animales y extendía sus labores muy contento de ver los progresos de su hijo.

Una vez que se excusó de facilitar una suma a uno de tantos pícaros que se hacían disimulados para que expendiera su carga, acosado de tanto como le había estafado ya, aquel bribón, resentido porque se le negó, ocultó su rencor y trató de vengarse delatándolo en la administración, ávido de codicia, porque como denunciante le correspondía un regular bocado. Lorenzo no malició nada, y muy confiado en la fidelidad de aquel envidioso cuando se disponía a meter su carga por alto, fue sorprendido por los guardas y un piquete de tropa que iban de auxiliares. No teniendo modo alguno de escapar, fue conducido entre filas con todo y mulas a la aduana; allí quedó la carga, el chinchorro fue depositado en el mesón, y Lorenzo con sus dos arrieros, asegurados en la cárcel pública entre multitud de criminales, después de sufrir mil insultos y atropellos de aquellos fariseos, que llenos de júbilo se daban por satisfechos, y orgullosos ponderaban el hecho para tener mejor parte del botín. Por las diligencias que hicieron en su favor algunos amigos, marchantes suyos, y principalmente el empeño de un licenciado a quien le encomendó su negocio, pudo por fin salir de la cárcel después de un mes, y conseguir con mil afanes que le devolvieran sus mulas, que por buenas y bonitas excitaron la codicia de más de cuatro, conformándose con perder su carga que cayó en la pena de comiso, y a su presencia fue repartida entre aquellos *avispas*, *moscones* y *zánganos*.

Para pagar el gasto de pasturas que exageradamente le cobraban, el que él y sus arrieros hicieron en la fonda, gratificar al abogado y los derechos del Alcaide, tuvo la necesidad de malbaratar dos de sus mejores mulas, su caballo rosillo que era su querer, y porción de chacharitas, unas chapetas, espada, la botonadura de plata que llevaba, una medalla de oro y otras frioleras, volviéndose para su casa con sólo un par de pesos en la bolsa, sus mulas muy trasijadas, el jato trunco, montado en un macho de los arrieros, dándose de santos con que le hubieran devuelto aquello, pues vela el interés que tenían por arruinarlo completamente. En Irimbo se le despidió un arriero

que era de por allí, cobró Lorenzo un piquito que le debían y le pagó sus alcances, continuando su camino con solo Simón, que montado en la caponera iba de hatajador, y él con una pierna cruzada en la cabeza de la silla, el codo sobre la pierna y la mano en un carrillo mirando para el suelo, iba poco a poco arriando. Meditando en su lamentable situación y en el gran pesar que le iba a dar a su padre a quien con la esperanza de que de un día a otro se iba a arreglar su negocio, no le había parecido comunicarle aquella mala noticia y alarmarlo tal vez más de lo necesario:

—Qué es posible, Señor —decía hablando solo—, ¡que haya gentes tan infames que después de que se venden, que están mamando a dos tetas, aún pretendan robar más, haciendo mérito de la colocación que indignamente ocupan, acogándose a las leyes para acabar de despellejar vivo al infeliz que cae en sus manos! Ésos no son hombres, son unos entes maldecidos del género humano; yo, para buscar un peso, expongo mi fortuna, ando por escabrosos caminos, por los espesos montes, a la merced de las fieras, cayendo y levantando, y estos pícaros de poltrones en una garita, o de apetitos en las tabernas, medran a costa del mundo entero, juegan y tiran un peso con la mayor franqueza; ya los conozco a todos como si los acabara de desensillar, y no pierdo la esperanza de írmelos soplando donde los encuentre, principalmente a mi amigote, que no contento con cuanto me había estafado, con los encargitos continuados de guajes de melado, calabazas tachas, rebatidos, y tanto sobornalito con que pasaba mis mulas para que con ellos barbiara a sus jefes y compañeros, todavía quería que le regalara dinero para fomentar sus vicios, para jugar una tapada de gallos que desafío. Ahí nos encontraremos, amigote, yo le enseñaré a delatar tirándole un pedazo de lengua; a sorprender a los hombres que confían en su palabra; eso sí, son valientes, más de veinte contra tres. ¿Qué se figurarían que las mulas les harían resistencia? Si no hubiera sido porque me cogieron a pie aviando a la dama, ellos al fin hubieran triunfado, pero de seguro más de cuatro estacan la zalea a pesar de su emboscada, su asalto y de presentarse armados hasta los dientes, abocando los mosquetes a guisa de salteadores. ¡Qué cobardes!, a puntazos arriaban las mulas temiendo que se les escaparan de la vista, y orgullosos de su presa hicieron en la población el escándalo más grande para patentizar su heroicidad, insultándome vilmente; pero me estoy engolfando en cosas que ya no tienen remedio; vamos ahora a lo presente. ¿Qué hago para resarcir esta pérdida? La vil acción de este mentecato no la cubro con mil pesos. ¿Hasta cuándo llegaré a reponer mi par de mulas tan lindas, mi caballo rosillo y demás bagatelas que sacrifiqué? Para cargar estas mulas necesito por lo menos quinientos pesos y aunque mucho más tiene mi señor padre recibidos de mí, todo ha procurado meterlo al rancho y no debe tener un peso disponible; lo que tengo repartido es un friolera, yo no puedo consentir que nada de lo del rancho se malbarate; ir a solicitar favor a la hacienda para que me den al plazo de carga, me parece arriesgado, pues si el nuevo amo duda de mí, desconfía de que le cumpla y pone cualquier pretexto excusándose, ese bochorno me mataría de vergüenza. Ahora suponiendo que mi padre se empeñara por ahí, que poniéndose cara

de palo le dieran la carga fiada, ¿adónde voy a expenderla?, ya se desmascararon los guardas, y engreídos por su triunfo han de estar espiándome los pasos. Entre tanto mudo de rumbo, tomo otras providencias y consigo habilitarme, mis mulas se enfrían, algunos marchantes se me separan, y todo mi plan y combinaciones vienen a tierra.

Por otro lado, si prescindo de la carrera, como es regular que suceda, ¿qué hago con mis mulas? Tendré la necesidad de venderlas, y sólo al considerar en eso se me parte el corazón, las quiero mucho, todas me conocen, han sido mis primeros bienes, el elemento con que puedo conseguir no estar bajo la férula de un amo. ¡Qué haré, Dios mío! ¡Alúmbrame, Virgen del Buen Suceso! —Y fijando la vista para el suelo, no hallaba por más que discurría, cuál pudiera ser el modo de encontrar remedio para sus males.

Capítulo VI

La conquista. Soliloquio. La carta. La bendición. Consejos. Mamar chiche

Cuando estaba más engolfado en sus meditaciones, lo sacó de ellas el penetrante grito de un amigo suyo que venía por el camino contrario, y al percibirlo tan distraído disparó un excelente caballo tordillo chancaco que montaba, a tiempo que decía interceptándole el paso:

—Ave María, dijo el Ángel, amigo Lencho, ¿adónde vas tan desmantelado?

—¿Qué haces, Alejo? —le contestó alzando la cabeza, sentándose bien en la silla y tendiéndole cordialmente la mano.

—¿Qué tienes, hermano, te miro muy distraído, tu chinchorro trasijado y de vacío, qué has tenido algún contratiempo, Lorenzo?

—Sí, Alejo, ya comenzó la desgracia a perseguirme. —Y le contó minuciosamente cuanto le había acontecido.

—¿Y ahora qué piensas hacer, hermano, de qué modo podrás reponerte de este contratiempo?

—En eso puntualmente venía reflexionando. —Y también le repitió sus pensamientos.

—Hombre, el caso es grave, lo siento en el alma porque sabes que te aprecio.

—Te lo agradezco, hermano, y francamente te lo confieso, estoy todo encuartado, no hay salida que dar a este negocio, aún me falta que sufrir la pena del grande pesar que le voy a dar a mi padre que ignora lo acontecido, y estoy, Alejo, de los hombres más afligidos que calienta el sol.

—Efectivamente, Lorenzo, tu situación no puede ser más comprometida, yo te facilitaré los quinientos pesos para que cargues tus mulas, y más si necesitas, cuenta con lo poco que Dios me ha dado; pero conozco que vas a dilatar mucho para chisparte la espina, y que por más que te afañes nunca saldrás de perico perro, ese comercio es muy miserable y no vale la pena correr el riesgo para sólo conseguir sacar el tlaco para la manteca. Se me ocurre una cosa, Lorenzo, vamos haciendo una, y buena.

—¿Qué cosa, Alejo?

—Vente con nosotros a cargar tabaco, ya sabes que somos cinco buenos compañeros, contigo completaremos la media docena de los *Hermanos de la Hoja*; de mi cuenta corre que seas admitido; tienes diez bonitas mulas que aprecias y no te verás en la necesidad de deshacerte de ellas, yo te pondré la espuela habilitándote con carga, vamos por ahí a exponer tantito el pellejo y correremos una misma suerte, ¿qué

dices, hermano, te resuelves?

—Hombre, ese comercio de la rama es mucho más comprometido, y no sé si recordarás que hace tiempo en vano quise persuadirte que no continuaras en él.

—Bastante presentes tengo tus palabras, pero ya ves el resultado, hoy te encuentras paralizado y yo tengo un capitalito regular; es verdad que se corre algún peligro, pero más fácilmente se le ve la cara a un peso; convéncete, Lorenzo, tan contrabandista has sido cargando aguardiente como yo cargando tabaco, el riesgo es igual; pero también como no andamos con esas patrañas de pasesitos y es la renta más codiciada, además de los *zánganos*, *avispas* y *moscones* de las aduanas, tenemos a los *sabuesos*, el resguardo del ramo que directamente nos persigue, esto nos hace andar listos, y si a pesar de evitar los lances tenemos un encuentro, nos rifamos, hermano, estamos resueltos a no desamparar la carga, y primero morir que dejamos despojar; mil veces nuestra tenaz resistencia nos ha dado el triunfo abriéndonos camino con la punta de la lanza; esa gente, como asalariada, es cobarde, y como son tan pataratos, están odiados por todas partes, mientras que nosotros, como a nadie perjudicamos, pagamos bien, protegemos con la rama a una porción de infelices que con ella se mantienen, les fiamos algunas arrobas para vuelta de viaje a un precio cómodo, y servimos a todo el mundo, nos reciben siempre con los brazos abiertos, nos dan oficiosamente avisos oportunos, y en cierta manera tenemos por ahí alguna garantía.

—¿Pero y los ladrones que abundan por los sitios que ustedes transitan?

—Esos bribones nos tienen un miedo cerval, les hemos cargado el matado, impuesto la ley, y al que se le duerme el gallo o la quiere echar de valientito, le apesta el pescuezo a lazo de puerco; con dos ejemplares que hemos hecho, hemos metido a todos en cintura, de manera que cuando nosotros pasamos por sus comederos, nadie nos inquieta; como les sabemos sus guaridas, no hay lugar a que se atrevan a jugar una mala partida; los tenemos obligados a que en dos leguas de contorno de nuestro tránsito no sanjuanen, bajo la pena de ser colgados en donde los encontremos; con eso ellos no se meten con nosotros y nos temen más que a la justicia: conque prescinde de frívolos temores y determínate a ser de los nuestros.

—Hombre, Alejo, para resolverte necesito consultar a mi padre; ya sabes que lo respeto mucho y no hago nada sin su conocimiento.

—Pues, entonces, hermano, desde ahora te digo que hemos gastado de balde la saliva, porque es seguro que no le acomode, se empezará a figurar cuanto malo pueda sobrevenirte, y hará cuanto pueda por quitarte de la cabeza semejante idea.

—Pero, hombre, qué quieres que haga, yo me he propuesto siempre contar con él, no haré nada sin su voluntad, y quiero ver si lo convenzo para no darle un disgusto.

—Mira, Lorenzo, no seas niño, ¿cómo quieres persuadir a un amante padre, que quisiera tener a su hijo dentro de un nicho para que ni el aire lo ofendiera, y mientras estar trabajando como un negro, acabándose la vida para dejarle algunos bienes a su fallecimiento?, si tú tienes empeño en hacer suerte y trabajas, ¿por qué lo haces,

respóndeme con franqueza?

—Hermano, lo hago porque tengo empeño en ver si consigo ayudar a mi padre a que tenga una vejez descansada.

—Pues peor para ti, ¿qué te parece bien estar mirando a tu padre continuamente pegado al yugo, agobiado por los años, mientras que tú, joven, fuerte y robusto, te estás mano sobre mano alabando el prodigio?, eso no hace un hijo que sabe su deber, ¿qué te suponen los riesgos y penalidades si en corto tiempo podrías auxiliar a tu anciano padre con una cosa regular?, sacude el polvo de estos andurriales, pon en juego tus potencias, y para que no te vuelva a suceder otra calamidad como la que lamentas, júntate con los hombres; tú no eres cobarde, ya te dije que de mi cuenta corre que te admitan mis compañeros, son unos charros desengañados, nos hemos juntado para mutuamente defendernos, hemos jurado cumplir fielmente con las únicas condiciones de nuestra sociedad, que como los mandamientos, se encierran en dos, y son que haciendo intereses comunes, seamos *todos para uno y uno para todos*. Desde que caminamos bajo estas bases, hemos resistido regulares combates, y se necesita que a todos nos acaben para que deje de existir nuestro solemne juramento. ¿Qué dices por fin, te determinas?

—Siempre quiero consultarlo a mi padre, yo creo persuadirlo y te escribiré mi resolución.

—Pues entonces, amigo Cabello, perdóneme que le haya interrumpido sus téticas meditaciones, vaya a ver si ya puso la gallina, saque los pañalitos al sol, y cuídese del frío: no vaya a coger un constipado; me engañé, pues al mirarlo así montado se me había figurado que tenía calzones; no le vendría mal un zagalejo ya que tiene corazón de paloma.

—Alejo, tú me insultas, y si no fuera porque eres mi amigo, no te hubiera dejado provocarme.

—¿Pues qué te detiene, con dos mil de a caballo, para no determinarte?, bien conozco que eres sumamente obediente a tu padre; pero al mismo tiempo considero tu situación, el empeño que tienes por auxiliarlo y que tenga una vejez más descansada; pues ya te abro la puerta para que lo consigas prontamente, es tu deber arriesgar los cuatro cuartos si se ofrece, por no andar de nixtamalero perdiendo el tiempo y exponiendo el capital por tan miserable utilidad. Al asociarte con nosotros te echarás encima el compromiso de mirar por nuestras familias como propias, de ser *todos para uno y uno para todos*; pero en compensación, tendrás la ventaja de que hay quien mire por tus intereses como suyos, y de que si hoy tu padre cuenta con un hijo que se sacrificaría por él, para lo sucesivo tendrá cinco más que cubrirán tu falta en un lance desgraciado.

—Basta ya de palabras, Alejo, tus últimas expresiones me han llegado al alma; me voy contigo, estoy resuelto; quiero ser Hermano de la Hoja y probarte a la faz del mundo entero, que porto calzones porque sé sostenerlos, y que tratándose del bienestar de mi padre no me tiento el corazón, ni hay nada que me acobarde; pero

ayúdame a discurrir, ¿cómo le participaré mi resolución sin que le cause mucha pena?

—Hombre, eso no es fácil de lograrse; yo me encontré en igual apuro y me quité las puntas con echar una madrugada, porque, hermano, ojos que no ven, corazón que no siente; en el supuesto que ya estás resuelto, si no te parece mal, me llevaré tus mulas para que no vayan a pasear hasta el valle, tú sigues tu camino para ir a sacar de cuidados a nuestro padre, le das su tanteada, y si ves que la cosa se dificulta, le dejas una carta de despedida, cargas con lo que debas necesitar y echas el volido; tendrá su pesar, eso es preciso, pero ya no podrá impedírtelo, y tarde o temprano, te recibirá con los brazos abiertos, es padre y te ama, además que tu ausencia no debe tardar mucho tiempo; en fin, ya te facilito el modo, tú sabrás cómo lo pones por obra en último caso; ¿tienes un arriero fiel y hombrecito para que se venga contigo?

—Este que me acompaña hace más de cinco años y se ha criado en mi casa. Oye Simón, ya has escuchado todo; ¿quieres seguir conmigo y acompañarme a cargar tabaco?

—Sí, señor amo, con mucho gusto —respondió el arriero.

—Pero es que allí se dan y reciben balazos.

—Ya sabe su merced que no soy manco, y hemos almorzado algunos conejos que yo he tirado.

—¿Que no te harán correr los pelotazos?

—¡Quién sabe, señor!, puede que no, y lo único que le digo es, que adonde se encuentren tirado a su merced, también estará tendido Simón.

—Pues no hablemos más; ataja las mulas y vete con mi hermano para su rancho.

—Ahora vamos a otra cosa —prosiguió diciendo Alejo mientras Simón recogía las mulas y las retrocedía—; te advierto que dentro de tres días tenemos que marchar, que el punto de reunión es mi casa, no nos vayas a entorpecer el viaje; como creo que no debes de tener nada que llevarle a tu padre, toma lo que gustes. —Y sacando de la bolsa de sus lujosas calzoneras un puñado de onzas, se las presentó a Lorenzo.

—¿Qué significa eso, Alejo? —le preguntó sorprendido.

—Nada, que tomes lo que gustes, ya te lo dije, para que le dejes algo a mi padre.

—¿Pero cómo me facilitas ese dinero?

—Como tú quieras.

—Pues siendo así, aquí tomo prestadas estas cinco onzas, que te pagaré después. —Guardóselas, se abrazaron cordialmente diciendo Alejo al separarse:

—Adiós, hermano, hasta el miércoles, en mi casa te espero sin falta.

—Adiós, Alejo, primero faltará el sol, ya me conoces; adiós Simón —y picando su machito, siguió recto el camino del Huizachal, mientras que Alejo y Simón arriando las mulas, atravesaron por Jaripeo el Grande con dirección a Contepec.

Ya que había andado un buen trecho, volvió de nuevo Lorenzo a su soliloquio, exclamando:

—Nadie diga zape, hasta que no escape: ¿quién me había de decir hace como tres años que me ocupaba en sermonear a Alejo para que no fuera contrabandista de la

rama, cuando pasábamos los días enteros entretenidos en estudiar suertes de tauromaquia entre las barrancas de las lomas de Tepuxtepec, sorteando el ganado bravo que podíamos arrinconar, que ahora él fuera quien me enjaretara a pertenecer a los valientes Hermanos de la Hoja? Y la verdad fui un necio en no haber admitido desde luego sus generosos ofrecimientos, y no haber dado lugar a que me dijera algunos insultos, que no sé de dónde me salió paciencia para sufrirlos; ya se ve, tuvo razón, se pensó que yo no desdeñaría su proposición, y ofendido por mi falta de resolución, la buena amistad y franqueza con que nos tratamos le hizo decirme más de cuatro majaderías. Nos hemos querido siempre, es uno de mis mejores amigos y no podía hacer más en mi favor que habilitarme, hablar por mí para que me recibieran sus compañeros y hacerme participante de su buena o mala suerte. No sé cómo se fue apareciendo a tan buen tiempo, porque si sigo pensando en mi desgraciada situación, seguramente pierdo el juicio. ¡Quién sabe si la casualidad me lo trajo para mi ventura, o la fatalidad me precipita para dar un paso más en mi desgracia! Será lo que Dios quiera; a Él me encomiendo y Su Majestad Divina me dará resignación para sufrir, en caso de que sobrevenga algún contratiempo; ya me comprometí, y a pesar de la triste experiencia que he tenido de salir mal en mis empresas, no me arredran los inconvenientes: empecé amar a la mujer más candorosa y que me llamó la atención; en más de cuatro años de mutua correspondencia, no entibiaron mi amor mil ocurrencias que se fueron sucediendo; pero ella desaparece y sufro más de dos años y medio de cruel incertidumbre buscándola. Por fin, llego a saber de ella, me dejan a mi entera libertad la elección de mi suerte, y como la encuentro hecha una dama de todo mérito, rica y pretendida por una persona bien acomodada, al convencerme de esto, conozco que no soy yo el que el hado le destina para hacer su dicha. Mucho la quería para no hacerla descender de donde estaba y estorbar que siguiera elevándose hasta donde yo jamás podría encumbrarla. Al ver yo mismo sus intereses, un frío glacial corría por mis venas; a cada alhaja y cosa de valor que apuntaba en la lista, creía ver su imagen irse ausentando de mi pecho proporcionalmente, resfriándose mis ilusiones, extinguiéndose por grados mi amor, hasta que la razón me hizo decidirme por mi padre, de manera que esa empresa no pudo ser más desgraciada. Continué el giro que por buscarla había emprendido, y ha sido mi desengaño bastante doloroso por cierto, la empresa de aguardiente pintó en cochinilla; vamos a ver qué sucede con esta otra, yo estoy resuelto, me repongo de lo perdido y hago suerte o estaco la zalea; donde acabe el perro concluye la rabia.

Y afirmándose con éstas y otras reflexiones en su nueva determinación, apuraba al machito para llegar cuanto antes a su casa.

Don Juan Cabello, tan luego como pasó el término en que generalmente volvía Lorenzo de su viaje, comenzó a entrar en cuidado por su demora, y cada día que pasaba sin tener noticia crecía más y más su pena; los más de los días se estaba subido en un cerrito chico que estaba a un lado de su casa, inmediato al que le llamaba el divisadero, porque dominaba su altura a la vega y principalmente al

camino real; cada polvareda que percibía por el tortuoso rumbo de Capirio, se figuraba que la causaban los animales de Lorenzo, y decía:

—Ahora sí, ya viene el chinchorro, ya no dilato en estrechar en mis brazos al hijo de mi corazón. —Pero acercándose los que tanto le habían alegrado, veía que eran burreros, otros hatajitos o ganado, y entonces se apoderaba de él una profunda tristeza, imaginándose mil cosas fatales, aumentándose con esto su malestar; comía poco, dormía lo mismo y en una inquietud insoportable pasaba horas enteras, pensando en siniestras suposiciones, hasta que la noche oscurecía y ya no podía distinguir ningún objeto, se retiraba del divisadero lleno de melancolía.

Una tarde al oscurecer, cuando estaba más engolfado en sus alarmantes pensamientos, columbró a Lorenzo que montado en su macho lo avivaba para llegar aprisa, y que cuando advirtió que su padre lo esperaba encumbrado en el divisadero, puso al macho a todo correr, haciéndolo brincar por aquellos peñascos, cortando camino para no dilatarse. El anciano, por el gusto de abrazar a su hijo, bajó precipitadamente a su encuentro y no fijó la atención en que venía sucio, distraído y solo. Pasado el primer momento de su arrebató lo advirtió; pero no quiso preguntarle nada temiendo un desastre. Así que acabó Lorenzo de desensillar, abrazó a su hermana y cuñado, y reunidos todos en la mesa se pusieron a cenar; cuando concluyeron, relató Lorenzo su contratiempo sin omitir ningún pormenor.

—¿Y las mulas que te quedaron, a dónde están? ¿por qué las has abandonado? —dijo don Juan.

—Las he dejado atrás porque pienso tomar otro giro.

Y le relató parte de lo ocurrido en el Huizachal de Jaripeo con su amigo Alejo, y cómo éste lo habilitaría con carga y por su recomendación sería admitido a ser Hermano de la Hoja.

—Está peor el remedio que el mal, Lorenzo; bien dicen, que el que hace un cesto hace ciento. ¿Conque en vez de escarmentar con lo que acabas de pasar y convencerte de que ese modo de buscar el dinero es muy arriesgado, y procurar quitarte de contrabandista para enmendar tu yerro, y resarcir tu pérdida, tomas el asunto de otra manera mucho más peligrosa y lo vas a emprender en más alto grado? Si antes que tus viajes han sido cortos, me has tenido en un continuo sobresalto, temiendo que te aconteciera una desgracia, ¿qué será cuando sepa que, transitando un camino tan largo, continuamente estarás en el mayor riesgo? Aunque conozco bien a qué clase de sujetos te vas a asociar, y que sin duda como buenos rancheros cumplirán su juramento, se defenderán como leones y harán suerte en poco tiempo, nadie está zafo de una mala hora: una emboscada, una delación: las halas también atraviesan el pecho de los hombres trabajadores, no saben respetar a los valientes, y en una palabra, «el que busca el peligro, en él perece», nos dice el Espíritu Santo. En ese ramo, en el estado en que hoy está, ya no se interesan bienes nacionales, que siempre han estado desatendidos; hoy se versan bienes particulares de los contratistas monopolizadores del estanco, y éstos, ávidos de codicia, no han de perdonar medio y

han de tomar cuantas providencias les sugiera su capricho para evitar que se les extraiga una hoja de tabaco. Nada les supone sacrificar a medio mundo con tal de salirse con la suya; tendrán bien pagado y montado a su resguardo para que persiga a muerte a todos los que les usurpen el derecho de compraventa, pondrán en juego mil estratagemas, se valdrán de viles ardides, y mucho me temo que esa sociedad de un puñado de valientes, los dichos Hermanos de la Hoja, sean el blanco adonde dirija sus tiros la sed de oro de unos cuantos avarientos.

—Es verdad, hermano —prosiguió diciendo la hermana—, esa carrera es muy comprometida, eso de andar con el Jesús en la boca, padeciendo mil privaciones a todas horas, sobresaltado, sin poder comer ni dormir a gusto, es muy amargo; hay mil modos de buscar el dinero sin tanto riesgo, puedes vender las mulas, alquilar un rancho y lograr un buen destino, no eres maniaco, y sin dificultad podrá conseguirse.

—Dice bien ésta, Lorenzo —continuó diciendo su cuñado—, si no te quieres deshacer de tus mulas, no faltará donde fletarlas o seguir poco a poco en el giro que ya conoces; en fin, no será necesario que te separes de la casa ni te alejes mucho de nosotros, aquí podemos todos trabajar y no le causarás tanto disgusto a mi padre.

Mirándose Lorenzo atacado por todos lados, no quiso explorar más el campo sino que dijo:

—Tienen ustedes mucha razón, el negocio no es así no más tan sencillo como me lo había figurado, es necesario pensarlo, al cabo tenemos tiempo para meditar, por ahora vamos a descansar, tengo más de un mes de estar mal durmiendo a raíz del suelo frío y voy a dormir como un lirón, a quitarme esta ropa que ya me escalda, ya veremos mañana lo que se determina, consultaremos a la almohada.

Les dio las buenas noches, besó con entusiasmo la mano de su padre, y se metió para su aposento, se mudó de limpio, vistió su mejor ropa, y reflexionando decía para sí mismo:

—Esto no tiene más remedio que dar el volido; mi padre sólo se ha limitado a advertirme los inconvenientes y riesgos del negocio, ha de ver cómo me coge a solas para hacerme desistir, y adonde me suplique o interponga su amor, yo no he de poder resistir y quedo con Alejo y sus compañeros en opinión de hábil, se llevó mis mulas como en rehenes, dudoso sin duda de que yo no cumpliera mi palabra, por manejarme con la misma franqueza que él se ha conducido, no opuse resistencia y obedecí a lo que dispuso. Tampoco mi hermana ni Ángel mi cuñado están por el artículo, y adonde huelga algo, es capaz ella, llevada del cariño que me tiene, de obligar a su marido a que me esconda mis caballos en el cerro, o inventar cualquiera otra cosa para entorpecer mi marcha: diremos como decía mi patrón, el llanto tras el difunto. —Y sin perder tiempo tomó papel de un cajoncito de su mesa, se puso a escribir muy consternado la carta siguiente:

Padre mío muy amado: Pareciéndome que le será menos sensible mi separación si no me ve partir, he aprovechado la oscuridad de la noche para marchar a cumplir mi compromiso.

Las críticas cuanto angustiosas circunstancias que acabo de pasar, y el empeño que tengo en hacer mi suerte

para poder ofrecerle alguna cosa que alivie su penosa vejez, me pusieron en el caso de aceptar las generosas ofertas de mi amigo Alejo: ya le di mi palabra y marchó a ser Hermano de la Hoja. Usted conoce bien a qué clase de personas voy a pertenecer, y aunque arriesgado ese comercio por los peligros a que están expuestos, unidos se han hecho respetar de sus enemigos, temer de los bandidos, y dado a querer de cuantos los conocen; saben ser fieles a sus compromisos, y por lo mismo cumplir sus juramentos. En este supuesto, señor, desde este instante no cuento con un solo hijo, sino con seis; esto más que todo me hace tener algún consuelo, pues estoy satisfecho de que mis hermanos, sus nuevos hijos, sabrán cumplir con su deber si por desgracia yo faltare.

En fin, padre mío, no se figure que luego he de tener una desgracia: tengo puesta mi confianza en Dios; su santa bendición me confortará, sus frecuentes oraciones me cuidarán, y el amor a mi padre me dará valor. Deponga todo cuidado, que yo procuraré por mi propia conservación, para no darle una pesadumbre y evitar en lo posible el exponerme.

Ánimo, padre mío; perdone el no haber contado por esta vez con su beneplácito, pero ya le digo cuáles son mis intenciones. Escríbame para Puebla, porque mientras no vea que me perdona y bendice, no dejaré de padecer el cruel martirio que en este instante despedaza mi corazón, por haberme largado violentamente, sin tener el gusto de estrecharlo contra mi pecho, de renovarle mi cariño, de patentizarle mi amor.

Adiós, por fin, padre idolatrado: quítame esta espina que me martiriza, ensanche mi alma comprimida y reciba en estas lágrimas que ensucian esta carta, la despedida de su hijo.

LORENZO.

P. D. Le dejo cinco onzas que me hizo favor de franquearme mi hermano Alejo, y unos valecitos que me deben para que los cobre. —*Vale*.

Bañó con sus lágrimas la carta, metió dentro de ella las onzas y la dejó sobre la mesa en el sitio más visible; se salió de puntitas para el zaguán, quitó con mucho tiento el cerrojo y lo dejó listo. Con las mismas precauciones sacó sus caballos, a los que entrapajó de pies y manos, ensilló, colocó sus armas, su reata, una muda de ropa blanca, dos jorongos, y estirando sus dos caballos favoritos, fue atravesando el patio sin ser sentido de ninguno: al pasar por enfrente de la estancia de su padre se detuvo, y con voz casi imperceptible exclamó, sintiendo un gran dolor en el pecho, un nudo en la garganta y con los ojos preñados de lágrimas:

—¡Adiós, padre de mi alma! ¡Adiós!, ¡quién sabe si nos volveremos a ver! —Y tomando el estribo, montó violentamente, limpiándose los ojos con el anverso de la mano, y exhalando un profundo suspiro salido de lo íntimo de su corazón, siguió andando, pero al estirar el brazo para abrir la puerta del zaguán, se detuvo el caballo al tirón que de las riendas le una convulsa mano; fijó la atención para aquel lado y quedó sorprendido al ver a su padre parado enfrente, cruzado de brazos y que con voz entrecortada por su dolor, le dijo:

—¿Es posible, Lorenzo, que no te merezca este pobre viejo siquiera la atención de que le digas adiós, tal vez por la última de su vida? ¡Ya se ve! eres un ingrato, vete, que Dios te ayude. —Y abrió de par en par la puerta, dejándole libre el paso, haciéndose a un lado, queriendo en vano ocultar sus lágrimas y dolor. Se apeó Lorenzo precipitado, se arrojó a sus plantas, y abrazándole las piernas, le decía:

—¡Perdón, padre mío! ¡Mátame, señor pero no me diga ingrato! Esa palabra, salida de sus labios, me ha llegado al alma; por el amor de Dios, retírela, señor padre: dígame cobarde, porque no he tenido valor de entrar a despedirme: ya le dejaba dicho en una carta que encontraría sobre la mesa de mi cuarto, mis excusas, el grande sentimiento que me causaba separarme de su lado violentamente, el fuerte

compromiso que tengo contraído con esos hombres, que me hacen participar de su suerte y de su fortuna. Por la memoria de mi madre, que le fue tan querida; por el amor que me tiene, señor, deme su beneplácito, y que no vuelvan a escuchar mis oídos esa expresión de «ingrato».

Don Juan no podía responder, su llanto le había embargado el uso de la palabra, y al inclinarse para hacer a su hijo una demostración de cariño, sintió Lorenzo humedecérsele el rostro con las lágrimas de su padre; se paró frenético tentándose la cara, y exclamó:

—¡Qué es esto, señor padre! Usted llora y yo soy la causa de su llanto; no, no me voy —y le dio al caballo un manazo por el cuello para que se metiera.

—¿Por qué haces eso, Lorenzo? —le preguntó el anciano, admirado de tan violento cambio.

—Porque aprecio más estas lágrimas que cuanto hay —contestó—: que digan que soy informal, que se pierdan mis mulas; todo ello nada me supone, señor padre; ya he dicho en otra ocasión que primero es usted que cuantos tesoros encierra el mundo; mas que me cueste la vida, no me voy.

—¡Cómo es eso de no me voy! —dijo don Juan con tono serio—; ¿qué no tienes palabra?, ¿y tan fácilmente olvidas tus compromisos? ¿Qué sucede por fin, Lorenzo?

—Ya lo dije, señor, me quedo.

—Pues arrima ese caballo, yo iré por ti; dejarías de ser mi hijo, te despreciaría, te maldeciría, el día que supiera que eras un informal, un veleta, un charlatán. Jamás consentiré un borrón semejante en mi familia; se me caería la cara de vergüenza delante de los que supieran que mi hijo, el que lleva mi apellido, por cuyas venas circula mi sangre, tenía en poco el cumplimiento de lo que ofrece.

—Pues entonces, señor, si sabe el fuerte compromiso en que estoy, ¿para qué me hace prescindir con sus lágrimas?

—¿Acaso te he dicho que no te vayas? Te hice advertencias por los continuos riesgos a que te exponías, te manifesté el pesar que me ibas a causar y estas lágrimas que tan repentinamente te han hecho mudar de parecer, han sido arrancadas por el sentimiento de que te fueras sin darme el gusto de estrecharte en mi seno; el despecho al ver que ya estabas montado y próximo a salir de la casa, me hizo detener el caballo y titularte ingrato. Tengo experiencia, conozco los contratiempos; al golpecito de fortuna que acabas de sufrir, se te cerró el mundo, te encontraste con tu amigo, te proporcionó una salida, te comprometiste, y como muchacho, con la sangre ardiente, vas entusiasmado a buscar fortuna entre los mayores peligros; a mí no me queda otro arbitrio que encomendarte a Dios y en sus divinas manos encomendar tu suerte: ésta es la verdad.

—Entonces, padre mío, vuélvame a su gracia, no me juzgue ingrato, ya le dije que me llamara cobarde; con su voluntad marcharé conforme, con su bendición me quita un cruel remordimiento; déjeme partir confiado en la Divina Providencia, que nadie muere la víspera sino el día; en usted mismo está el ejemplo: cuántas veces lo

aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente, y...

—Híncate, Lorenzo, te bendeciré; marcha cuanto antes, porque es necesario que pases del pueblo antes que esclarezca el día y procures salir del valle sin llamar la atención.

Se hincó Lorenzo, lo bendijo su padre con la mayor solemnidad, él le besó la mano humildemente y se abrazaron con ternura.

—Mira, hijo —le dijo limpiándose los ojos—, llévate mis trabucos, tienen buenas lumbres y son de mucho alcance, consérvalos como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos. —Lorenzo entró a tomarlos y se los acomodó en la cintura.

—Anda, saca mi caballo prieto y llévatelo enfrenado; nunca dejes de tener listo un caballo de mano; a esta prevención debo yo la vida. —Cuando ya estaba obedecido prosiguió:

—Ten presente, hijo mío, que en la carrera que por desgracia vas a emprender, se necesita mucha prudencia, procurar siempre evitar un lance y no provocarlo; pero en un caso inesperado, serenidad, sangre fría, no precipitarse, no dar ocasión a que el enemigo entienda que se le tiene miedo, pero si a pesar de eso es indispensable sucumbir, procura salvar la vida, que vale más que cuantos intereses defiendas. Por último, como ustedes van ocupados con sus mulas, no deben buscar aventuras, sino parajes seguros por donde transitar, tomar precauciones, aprovechar descuidos del enemigo, huir disimuladamente de su vista y excusar su presencia. Graba bien en tu imaginación estas palabras, que les han de ser de más provecho que los mosquetes listos: *Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión*. Discurran el modo de librarse y no se fíen en sus propias fuerzas: ¿ya llevas ropa y tus avíos de camino?

—Sí, señor.

—Pues en marcha y no olvides mis expresiones. —Repitieron su abrazo, y partió Lorenzo estirando sus dos caballos de mano. Iba ya bajando, cuando le sonó las manos su padre, volteó él a verlo, y el anciano le dijo:

—Llévate al perro. ¡Sultán! ¡Sultán! —y apareció un hermoso mastín amarillo, lanudo, de raza de lobo—; anda a acompañar a tu amo, cuídamelo. —Y como si el animal entendiera la recomendación que se le hacía, hizo unas cuantas fiestas a don Juan y partió a alcanzar a los caballos, mientras el triste padre desde el zaguán le seguía echando bendiciones a su hijo hasta que lo perdió de vista. Se metió para dentro lleno de pesar, recogió la carta y las cinco onzas, se arrodilló delante de una imagen de la Santísima Trinidad, y con ferviente oración le encomendó la suerte de su hijo; se tiró en su cama vestido, a esperar que amaneciera, haciendo memoria de algunos años antes, diciendo:

—¡Qué coincidencia, Dios mío! en la madrugada de un día martes, fecha 20, y casi a la misma hora, partí de mi casa con el corazón lleno de fuego, a pelear por la independencia de mi patria dejando a mi pobre madre sumergida en el mayor dolor y anegada en llanto. Tarde o temprano, todo se paga, y ahora que yo siento tanta pena,

conozco cuál ha de haber sido la que le causé. ¡Descanse usted en paz, madre mía, ya está vengada; ruegue por su hijo y por su nieto!

—Cuando se desvaneció un poco el pesar que también me causó separarme —prosiguió—, me sentaba bien en la silla, me consideraba invencible porque montaba un caballo regular, llevaba un mohoso machete que fue de mi padre, una reata nueva estirada y cinco pesos en la bolsa, teniendo en poco el sacrificio de mis intereses, mi juventud y mi vida, ostentando con mucho orgullo el lema de mi sombrero que decía: *Independencia o muerte*. ¡Dios quiera que, como yo, llegue Lorenzo en su vejez a hacer un recuerdo de este día, sin que la causa sea el amargo sinsabor que me atormenta!

A poco rato entró su hija precipitada diciendo:

—¡Padre! ¡Padre! Ya se fugó Lencho; —y tras ella su marido continuando:

—Y no sólo se llevó sus caballos, sino que arrió también con el prieto de su merced.

—Se equivocan —respondió don Juan sentándose en la cama—; Lorenzo ha marchado a emprender su nueva cuanto arriesgada empresa, con mi beneplácito; le he echado mi bendición, le regalé mis trabucos y caballo, hice que se llevara el perro, y ya no tuve más que darle para que fuera bien aperado, deseando con mil amores quitarme treinta años de encima, para ir a acompañarlo y presentar mi pecho al tiro que le dirijan, al lanzazo que le asesten; pero no hay remedio, el muchacho está comprometido, era preciso no hacerlo quedar mal, y prefiero el intenso dolor que padezco y la cruel incertidumbre en que voy a vivir, a no ser causa de que cometiera una vileza, una informalidad. Conque ustedes guarden silencio, a nadie digan cuál es su ocupación, encomiéndenlo a Dios, y ocultamente lloraremos su ausencia; vamos cada cual a sus quehaceres, y que la Divina Providencia nos lo guarde.

Lorenzo, entre tanto, apretó el paso para atravesar por Jungapeo; a medio huizachal le amaneció, se paró un instante y repitiendo las palabras de don Juan que tanto le recomendó, dijo: —*Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión*, dice bien mi señor padre, cortemos para el cerro de los Chaparros y allí me estoy hasta la noche, porque si sigo de frente me encuentro con los conocidos y comienzo a infundir sospechas al verme con dos caballos de mano, maleta, mis armas, y si me preguntan a dónde voy, no les he de decir la verdad; al medio día daré agua, y mientras me habilito de bastimento, comeré frutas, que tanto abundan en estos sitios; pitahayas, garambullos, plátanos, limas, guayabas; seguro está que me acosije el hambre. —Y se encumbró al cerro, desensilló, persogó sus caballos, recogió frutas y a la sombra de una frondosa ceiba, se tiró boca abajo mirando a cuantos transeúntes pasaban por el camino. —Qué tal —decía—, allí va fulano, por acá viene zutano —y así se divertía imaginándose cuántas cosas dirían de él si les echaba una mentira; ya serían como las diez, cuando percibió distintamente a su padre, que montado en su viejo tortuguillo, iba para Tuxpan a cobrar unos valecitos que le dejó su hijo con su carta de despedida.

—¿Qué sucede? —dijo Lorenzo parándose y hablando solo—, si lo llamo, tal vez

vuelve a renovar su dolor o derramar más lágrimas; ya me considera muy lejos y habrá comenzado a conformarse. ¿Pero cómo he de consentir que pase en mi presencia como cualquier indiferente? El mismo placer que yo siento al estar a su lado, ha de sentir conmigo; sería una vileza el excusarme, no, yo no lo dejo pasar sin darle un abrazo, sin que me vea. —Y poniéndose un dedo doblado en la boca, le comenzó a silbar fuertemente; pero la distancia impedía que le llamara la atención, por lo que, mirando que no dilataba en emboscarse, tomó al perro de las orejas y le decía:

—Mira, Sultán, mira, allí, allí va mi padre, anda a llamármelo —y le señalaba el bulto con el brazo tendido; luego que el perro lo percibió, se desprendió de sus manos, y cortando por aquellos breñales, se fue veloz al alcance de don Juan, presentándosele en menos de diez minutos, haciéndole fiestas, sacando tamaña lengua de la fatiga.

—¡Hola! amigote —le dijo—, de veras que caminan a la ligera: ¿dónde está tu amo? —Y quebrando el caballo para el rumbo que trajo el perro, éste comenzó a subir sirviendo de guía. Don Juan fijó la vista para la cumbre y vio a Lorenzo que con el sombrero los llamaba.

—Qué pronto se te acabó la pita Lencho. Al verte partir creí que ibas de extraordinario y que a estas horas estarías a algunas leguas de distancia —le dijo al llegar.

—Señor padre, como me encargó su merced eso de *Con astucia y reflexión...* quiero aprovechar la ocasión de caminar de noche y no dar en qué pensar a ninguno.

—No me parece mal; ¿pero y mientras qué comes?

—Ya ve usted, señor, pitahayas, plátanos y otras cositas que pensaba ir a pepenar por ahí, ¿qué tiene usted mucho qué hacer, padre mío?

—Y aunque lo tuviera ¿qué se te ofrece?

—Una simpleza, señor, que pasemos juntos un día de campo, quiero estarme a su lado; vamos, le recordaré una palabra de nuestro buen amigo el Coronel, quiero... mamar chiche.

—Con mucho gusto, hijo mío; pero haremos la cosa más en forma, yo no me conformo con sólo frutas silvestres como los jabalíes: levanta tu campo, vas faldeando este cerro hasta bajar al arroyo; allí das agua, tomas la loma del frente y sin dejar de seguir el apantle, llegas al Buen Suceso, atraviesas el vado, cortas por el limonero y no vas a parar sino hasta la cima del cerro de la Culebra, mientras yo me voy derecho para Tuxpan, cobro estos valecitos que me dejaste, habilito mis árganas, y saliendo por el puente, me reúno contigo poco después de medio día. —Cada cual tomó su camino y a la una estaban ambos en la cumbre de dicho cerro sentados al pie de una ziranda; sobre las armas de pelo que servían de mantel, estaban abundantes cosas apetitosas y cuatro botellas de vino. Almorzaron perfectamente, continuando don Juan en dar a su hijo mil consejos y prevenirle muchas cosas. Cuando acabaron de satisfacer su necesidad, se recostó Lorenzo; descansando la cabeza sobre las

piernas de su padre, le dijo:

—¿Quién le mandó quererme? Usted esta noche reposará en su cama muy descansado, mientras que yo iré por esos cerros cayendo y levantando. —Lo acomodó don Juan, y como le cogía aquella siesta bastante molido de los días de la cárcel y desvelado de la noche anterior, se durmió profundamente, mientras que su padre le vigilaba el sueño, no queriendo ni resollar por no interrumpirlo, pensando siempre en mil cosas funestas que podrían sobrevenirle. Hasta las cinco de la tarde despertó preguntando:

—¿Qué horas serán? Creo que me he dormido mucho: ha sido un rato delicioso, un sueño de una pieza y muy tranquilo, al sentir latir cerca de mi cabeza este amante corazón. —Y estrechando a su padre con efusión, le besó la venerable frente, circundada de honrosas canas. Don Juan no hallaba qué decir, y asomando a sus ojos lágrimas de ternura, recibía complacido las caricias de su hijo.

—Ya no más lágrimas, padre mío, pronto nos volveremos a ver; yo procuraré escribirle siempre que tenga oportunidad. —Ensillaron, y acompañándolo su padre hasta el Puente de Vigas, se volvieron a despedir, partiendo Lorenzo a media rienda, mientras que don Juan, a todo el término del tortuguillo, regresó para su casa algo más conforme de la ausencia de su hijo. Éste decía hablando solo:

—De veras que mi padre me quiere, cada día tengo más que agradecerle; con qué calor me hizo conocer que no debía faltar a mi palabra; luego encontró disculpa para sus lágrimas, y bondadoso me echó su bendición dándome generosamente este cuaco, por el que no ha querido trescientos pesos, sus trabucos, el perro, y por último, me trajo bastimento para más de tres días, sin olvidarse ni del Sultán, para quien compró bastantes pambazos. Voy a ver cómo logro hacer cuanto antes un punterito, me vengo a estar con él para recoger su último aliento y que se le quite el gran cuidado en que lo dejo. —Esta noche y hasta mediodía siguiente, anduvo muy a la ligera hasta quedar cosa de cuatro leguas distante de la casa de Alejo; descansó en el Encinal de Yereje, dio a sus caballos un pienso, y después de comer alguna cosa, se durmió un buen rato custodiado por su buen Sultán; ya oscureciendo, prosiguió su camino a buen paso.

Capítulo VII

El juramento. El bautismo. La rifa. El jefe Astucia. El amo y el criado

Acababan de dar en un pueblito inmediato a la casa de Alejo la plegaria de las Ánimas, cuando reunidos con éste sus cuatro compañeros, en vano procuraban distraerlo jugando malilla de campo, pues inquieto, cada instante se paraba, se asomaba a la ventana, fijaba el oído y decía:

—¿Qué hará Lorenzo?, ya me va poniendo en cuidado su tardanza: ¿si no habrá podido desprenderse de su casa?; es tan amante de su padre, que es muy fácil que por no darle en qué sentir, prescindiera de cuanto hay; con razón se resistía con tanta prudencia; fui un necio en picar su amor propio.

—Puede que le hayan entrado corvas —contestó uno de los concurrentes.

—Eso no —repuso Alejo—, es decidido y no tiene un pelo de cobarde. Hace tiempo que nos conocemos, y sin agravio de personas, es un verdadero charro, un amigo completo.

—Sin embargo —dijo otro—, cada uno es dueño de su miedo; y como nunca ha salido del *tlecuítl*, se habrá arrepentido.

—Tampoco puedo figurarme eso, ese muchacho no conoce el miedo; y si no estuviera satisfecho de sus buenas cualidades, no me hubiera empeñado con ustedes para que fuera nuestro compañero; alguna cosa grave le habrá acontecido, adonde no ha llegado, según me lo ofreció.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho —prosiguió diciendo el tercero—, habrá cambiado de resolución.

—Sobre ese punto apostaré mi cabeza; es tan formal Lorenzo, que primero faltara la luz y quedaríamos en horribles tinieblas, que él a su palabra.

—Pues entonces —dijo el último—, puede que le hayan puesto algunos obstáculos insuperables, se habrán atravesado algunas lágrimas; y si tal cosa ha sucedido, nada tiene de extraño que no venga: mucho puede una lágrima de un padre en el corazón de un hijo amante.

—Si Lorenzo le ha dicho a su padre que está comprometido, no hay que pensar en eso, porque ese viejo es tan honrado, que si ha visto flaquear al hijo, es capaz de traerlo él mismo a cumplir su ofrecimiento; quién sabe si habrá querido ir a dar vuelta por los colines, y al pasar el puerto le han dado su desconocida los Tecuanes que andan con el manco Rubio. Si dentro de media hora no parece, ensillamos y les vamos a hacer a esos bribones pegar la estampida.

Ya se estaban disponiendo a mandar ensillar, cuando Pepe se aproximó a la

ventana, y oyendo el ladrido lejano de algunos perros, dijo:

—Ya no te apures, charro, por ahí viene tu quita pesares, están ladrando los perros de Nicolás, y seguramente se vino atravesando los montes de Angangueo, a caer a Senguio, y atravesó el cerro del Encinal de Yereje; si tal camino ha traído, lo declaro buen conocedor del terreno.

Efectivamente, a los ocho o diez minutos sonaron tres palmadas en el zaguán, dadas con energía, corrió Alejo con una vela en la mano, lleno de alegría, a descorrer el cerrojo, mientras los demás con otra salieron al corredor a ver al recién llegado. Entró Lorenzo montado en un buen caballo, estirando otros dos enfrenados, precedido de su temible Sultán, que desde luego le dio una sacudida a uno de los escuinclitos del rancho, y Simón, disponiéndose a coger los caballos. Desde que se presentó en el patio tan bien vestido y armado, se empezaron a prometer buenas esperanzas de su nuevo compañero; se apeó, entregó a Simón sus caballos, encargándole que llevara al Sultán para que no fuera a dejar el rancho sin boruca, abrazó a Alejo cordialmente, diciéndole:

—Aquí me tienes a tu lado, hermano, y a las órdenes de ustedes, caballeros: buenas noches. —Y se tocó el sombrero al dirigir la palabra a los demás. Correspondieron a su saludo, se dieron las manos y entraron a la sala.

—¡Qué mal rato me has dado con tu tardanza, Lorenzo! ¿Qué te había sucedido?

—Nada, hermano, sino que antier a las cinco de la tarde todavía pisaba yo por las inmediaciones de mi casa; a esas horas emprendí la jornada, y cortando por esos maldecidos montes tan llenos de barrancas, no vine a dar resuello sino hasta la salida del Encinal de Yereje, no habiéndome sido posible llegar aquí de una vez, porque uno de mis caballos se empezó a vaciar.

—¿Sabes, Lorenzo —dijo Alejo mirándolo de arriba a abajo—, que con ese traje de rancharo que llevas con soltura, tus pistolas al cinto, asomando la cacha de tu puñal en el dobléz de la bota de campaña y sabiendo que tienes buena garra, me avergüenzo de estar a tu lado y parezco un sacristán?

—No te burles de mí, Alejo —contestó sonrojándose—; pues estos señores que por primera vez he tenido el honor de saludar, creerán que soy algún perdonavidas.

—No lo digo por eso; sino que efectivamente tu presencia infunde respeto, y desde luego se conoce que eres un verdadero charro, que harás más temible a la sociedad de los Hermanos de la Hoja; conque vamos al negocio: los señores que aquí miras presentes, son mis hermanos. Éste es José López, criollo, de Paquisihuato, conocido por *Pepe el Diablo*. Éste es José Maris Morales, de San Felipe del Obraje, y le llamamos *Chepe Botas*, vecino de este otro que se llama Atanasio Garduño, y lo conocen por *Tacho Reniego*. Éste es Juan Navarro, natural de Tepantitlán, cerca de Guadalajara, y se titula el *Tapatio*; y yo, que como sabes muy bien, soy de Tepustepec y me dicen *El Charro Acambareño*, en lugar de mi verdadero nombre que es Alejo Delgado. Ya te di prontamente a conocer a todos, y me resta saber si vienes por fin determinado a pertenecer a nuestra corta sociedad; te dije que el habernos

reunido nos ha librado de algunos lances, que hemos hecho intereses comunes, para trabajar y defenderlos con más vigor y fuerza, y que nuestro compromiso sólo se reduce a jurar sostener, si necesario fuere con nuestra propia sangre, ser *todos para uno, uno para todos*, en todo el sentido de la palabra.

—Estoy resuelto —contestó Lorenzo—; y más me anima tener el orgullo de ser compañero de todos ustedes.

—Corrientes, todos te admitiremos, pero no extrañes que hagamos una pruebita.

—La que gusten —respondió parándose.

—Entonces —dijo Pepe a sus compañeros a la vez que les hizo una seña muy significativa—, le quitaremos sus pistolas. Y al instante todos se le abalanzaron, cual si fueran hambrientos lobos sobre su presa; al oír Lorenzo aquella amenaza, desenganchó al momento los trabucos y trató de cubrir su espalda, defendiéndolos vigorosamente. Ruda y tenaz fue la lucha, pero mucho más la resistencia; pues sirviéndole a Lorenzo sus fuerzas hercúleas, sólo a empujones se los quitaba de encima, llevándose ellos entre sus manos lo que podían agarrar, hasta que dejándolo casi en cueros y convencidos de su energía, pujanza y sobre todo sangre fría, dijo Pepe lleno de sudor y jadeando de fatiga:

—¡Basta! —A su voz todos se pararon; y Lorenzo, con toda la ropa hecha pedazos, con mucha tranquilidad volvió a engancharse los trabucos, se limpió la frente y se cruzó de brazos sin hablar una palabra. Alejo se paró, y dirigiéndose a los demás, les preguntó:

—¿Qué les parece mi recomendado?

—Magnífico —contestaron a una voz.

—¿Se recibe en nuestra asociación, y estarán contentos con su compañía?

—Está admitido, y a honor tendremos el ser sus hermanos.

—Gracias, caballeros —respondió Lorenzo—, el honor será para este infeliz aguardentero, que su buena suerte le ha traído a juntarse con los hombres, y me llenaré de vanidad al considerarme su hermano, ofreciéndome gustoso a correr su misma suerte, a ser *todos para uno, uno para todos*; y por lo mismo rindo a sus plantas estas pistolas, que un momento de vanidad dieron origen a que entre sí lucháramos —y con paso firme puso en el suelo las pistolas.

Se paró Pepe, las alzó, y poniéndolas sobre la mesa, dijo:

—Perdona, hermano mío, si deseosos de calificar tu carácter, resignación, y pundonor, hemos despojádote de cuanto tenías; pero necesitábamos para recibirte estar satisfechos de ello, y al propio tiempo darte una corta idea de los continuos ataques que tendrás que sufrir: no dudamos que así como tenazmente has defendido tus pistolas, en un caso inesperado, defenderás también nuestros comunes intereses; ahora sigue otra demostración que a todos nos será satisfactoria. Te he despojado de tu puñal y hecho pedazos tus elegantes calzoneras, toma en cambio mi belduque y ponte estas otras, que guarnecidas, tenía destinadas como una insignificante muestra de amistad.

—Yo —dijo Chepe Botas— le quité su sombrero, que no dejó de salir averiado; pero aquí está este otro que lo reemplaza —y le dio uno muy galoneado con sus toquillas y chapetas de valor.

—Yo —continuó diciendo el Tapatío—, a pedazos lo despojé de su chaleco y mascada; aquí está éste que no se ha usado y esta mascada con un anillo, que por haber sido de mi madre, lo tengo en alguna estima y gustoso se lo endono.

—En cambio de tu chaqueta de paño fino, que no resistió muchos jalones —dijo El Charro Acambareño—, hazme el favor de ponerte esta chamarra de venado, que aunque guarnecida de plata y de algún precio, nunca puede satisfacer a mis deseos de patentizarte mi amor y estimación.

—Yo —dijo al último Tacho Reniego—, le hice trizas su camisa y calzoncillos, pero fue porque tenía empeño en que estas prendas fueran sustituidas con estas otras, con que mi novia me ha dado a conocer el mérito de sus manos. Y le presentó ambas piezas primorosamente trabajadas.

Atónito Lorenzo los miraba a todos; y advirtiendo el desinterés con que cada uno lo fue regalando con ropa sumamente lujosa, no hallaba cómo demostrar su agradecimiento, por lo que se limitó a decirles:

—Señores, amigos y compañeros, o más bien dicho, hermanos míos, nada tengo, nada valgo; mas lo único que poseo, que es mi existencia, la ofrezco gustoso en favor de nuestros comunes intereses. ¡Vivan los Hermanos de la Hoja!

—¡Vivan! —repitieron todos a la vez, dándole fuertes abrazos y ayudándole allí mismo a vestir la ropa que le regalaron, embromándolo y llenos de buen humor.

Mientras que esto pasaba en el interior de la casa, el cuadro que veía en los jatos no era menos digno de celebrarse; pues los arrieros de los contrabandistas también calificaban a Simón, su nuevo compañero, haciendo con él tales ensayadas y pruebas, para ver si sabría guardar un secreto y ser resuelto, que poco faltó para que quedara en ellas; le dieron culebra, caballo, manta y cuanto les ocurrió; por lo que satisfechos, hicieron lo mismo que los amos proporcionalmente, vistiéndolo con el traje propio de ellos y llevándolo entre filas, se dirigieron para la casa a presentarlo a sus amos.

Ya estaba acabado de vestir Lorenzo, cuando vio entrar a Simón acompañado de otros diez hombres, muy estorbozo, con sus calzoneras y algodón de venado, pechera, rodilleras, manguillos, zarape al hombro, tapaojeras al brazo y sombrero poblano, todo nuevo, retorciéndose de cuando en cuando, del dolor de las contusiones que tenía en las costillas.

—¿Qué tal? —preguntó Pepe al que hacia cabeza de la comitiva.

—¡De ley, señor amo!, ya es nuestro aparcerero, y mírenlo sus mercedes aparejado.

—¿Lo impusieron de sus deberes y prerrogativas?

—Sí, señor, y nos ha dicho que su amo es su padre y su madre, y que lo seguirá hasta el quinto infierno.

—Y lo repito —dijo Simón—, porque así es la verdad.

—Pues vamos al juramento, para seguir con el bautismo; fórmense.

Todos se pusieron en derredor de la pieza quitándose los sombreros, extendieron el brazo derecho, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—Lorenzo Cabello —dijo Pepe con tono solemne—, ¿juras por lo que tengas de más sagrado en el mundo, ser fiel observador de nuestro compromiso, que se reduce a que haciendo intereses comunes seamos verdaderos hermanos, interesarte por las familias de los que sucumban, tanto de ellos como de las de nuestros dependientes, para que jamás sean víctimas de la indigencia; en una palabra: ser *todos para uno, uno para todos*?

—Lo juro —contestó Lorenzo con voz arrogante—, por el amor de mi padre, que es para mi lo que más aprecio y venero en este mundo.

—Y tú, Simón, ¿juras ser fiel, servicial y hombre de bien? ¿Jamás confesar quiénes son tus amos y compañeros, dónde viven, cómo es su verdadero nombre, ni nada que comprometa la tranquilidad de las familias, aunque tu silencio te cueste la vida?

—Sí, señor amo, lo juro y retejuro, nunca diré esta boca es mía, aunque me despellejen vivo.

—Y en un caso desgraciado, en un fatal encuentro, ¿te decides, Lorenzo, a perecer primero que dejarte despojar, sea cual fuere el número de enemigos, su posición y ventajas?

—Moriré matando, pues a todos nos obliga defender los intereses, y sobre mi cadáver pasarán los que quieran apropiárselos.

—Y tú, Simón, ¿qué dices?

—Que soy el cachorro de mi amo y moriré a su lado tirando pelotazos.

—Pues siendo todos fieles a nuestros juramentos, seremos fuertes, nunca visitará a nuestras casas la miseria; en los intereses de todos está fundado el futuro bienestar de todos, y sólo con la muerte podremos separarnos de nuestro solemne compromiso, ¿lo ratifican, señores, *todos para uno, uno para todos*?

—Sí, sí, sí —respondieron unánimes.

—Pues, ¡vivan los Hermanos de la Hoja! ¡Vivan los Charros Contrabandistas de la Rama como también nos dicen!

—¡Vivan, vivan! —contestaron todos llenos de júbilo y entusiasmo.

—Lorenzo —continuó diciendo Pepe—, para más evitar una delación acostumbramos no darnos a conocer con los cosecheros y demás personas extrañas, con nuestros propios nombres, sino que por precaución nos bautizamos con cualquiera otro que lo sustituya; en esta inteligencia, ¿cómo se quieren llamar?

Al instante de responder, se le vinieron a la imaginación las palabras de su padre, meditando que esa precaución era una astucia y queriendo perpetuarlas, dijo maquinalmente:

—¡Astucia y Reflexión!

—Esos serán sus nombres —dijo Pepe—. ¿Quién los apadrina?

—Yo —respondió Alejo tomando a Lorenzo de un brazo.

—Y yo —replicó un arriero, haciendo lo mismo con Simón.

Tomó Pepe un lebrillo que allí estaba prevenido, le tiró el gollete a una botella de catalán, y obligando a Lorenzo a que agachara la cabeza, le dijo con soma y chocarrería, a tiempo que le humedecía el pelo con aguardiente:

—*Astucia, yo te bautizo en nombre de los Hermanos de la Hoja, a quienes desde este momento perteneces. Y en prueba de nuestra sincera hermandad, te abrimos los brazos para estrecharte contra nuestro corazón. Muchachos: ¡viva el amo Astucia!*

—¡Viva!, gritaron todos muy contentos, y después de enjugarse la cabeza, a todos y cada uno fue abrazando Lorenzo con muestras de cordialidad. De la misma manera fue bautizado Simón, aunque con más formalidad, pues el arriero de Pepe, llamado el *Chango*, le bañó la cabeza al ahijado hasta vaciar completamente la botella, poniéndole por nombre Reflexión, victoriándolo y abrazándolo sus compañeros, a imitación de sus amos.

Luego que esto concluyó, apareció una criada con un gran canastón de bizcochos y queso, y otros criados con botellas de vino y licores, pusieron el refresco en la mesa; tomaron algo los hermanos repitiendo sus brindis, y se salieron al corredor al fresco de la luna a fumar, mientras los arrieros dieron fin con el repuesto, retirándose para su jato muy contentos, siendo Reflexión objeto de su alegría, armando su fandanguillo hasta bien tarde.

Después de terminadas las ceremonias de estilo, cuatro hermanos continuaron jugando malilla, mientras que Astucia, conducido por el Charro, se internó en la casa, para que fuera el recién llegado a hablar a su esposa Mariquita y darle el abrazo de hermana; lo que a más del aprecio con que se trataban, estrechó sus relaciones y confianza; a buena hora todos cenaron en familia y se retiraron a acostar.

Al otro día quiso el Charro celebrar el ingreso de su nuevo hermano; suspendieron la marcha, mandó arrimar una manada para jaripear, y algunas reses para colear; Mariquita les dispuso un almuerzo campirano de barbacoa, enchiladas, nata y otros manjares apetitosos; y como jóvenes, pues el de más edad que era Chepe Botas, tenía como cuarenta años, se divirtieron y travesearon a su entero gusto, singularizándose siempre entre los amos, Astucia, y entre los arrieros, el muchacho Reflexión; porque tanto uno como otro eran incansables, livianos y atrabancados, pues siempre juntos se habían ejercitado y algunos buenos reatazos le aplicó Lorenzo a Simón para enseñarlo a travesear, hasta que consiguió que le fuera útil para cuanta diablura de esas le ocurría. Después de comer les impidió su diversión un aguacero que cayó. A propuesta de Alejo se salieron al corredor a tomar el café mirando llover, y después que estuvieron recordando los lances y ocurrencias de la mañana, todos unánimes le concedieron a Astucia el primer lugar, tanto en el manejo de la reata como en la agilidad y maestría en sortear un toro bravo, en colear y en manejar un caballo, para lo cual le ayudaban sus veinticinco años, buen cuerpo, mucha pujanza, arrojo y sobre todo el continuo ejercicio y dedicación con que se estaba días enteros sin comer, encaprichado en burlarse de la ferocidad de un toro, hasta vencerlo o

hacerlo huir de su presencia.

—Volviendo a otra cosa —dijo Alejo—, por estar distraídos en las traveseadas, se me había pasado preguntarte, ¿cómo arreglaste el negocio con tu padre?

—Hombre, estuvo el lance muy comprometido y por una nada todo se me trastorna; pues unas ardientes lágrimas de mi padre, que sentí caer en mi rostro, me sacaron de quicios, me enloquecieron, yo no sé lo que en aquel momento me sucedió, pues resueltamente me propuse no venir; y han de estar ustedes, que antes de llegar a mi casa, percibí a mi señor padre encumbrado en el devisadero, apuré a mi macho... —y contó todos los pormenores que sabemos, los consejos y cuanto ocurrió, terminando con el encargo de no olvidar que *con Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*, agregando que esa advertencia le había sugerido la idea de sólo andar de noche para evitar el encuentro de algún conocido y no dar que sospechar a nadie; y que por esa razón, al bautizarse, no teniendo algún nombre qué ponerse, le pareció perpetuar ese consejo y se quiso llamar Astucia.

No dejaron todos de enternecerse y al mismo tiempo afirmarse más en el buen concepto que tuvieron de su hermano, como en el respeto y honor que don Juan se había sabido ganar por su formalidad y honradez.

Cuando hubo terminado esta conversación, tomó la palabra Pepe, diciendo:

—Tiene mucha razón tu padre, Astucia, o más bien dicho, el nuestro; pues esas sentenciosas palabras no carecen de fundamento, y yo quisiera, si a ustedes les parece, que arregláramos nuestra asociación en toda forma: llevamos ya más de sesenta mulas, un verdadero hatajo en alto grado, el capitalito que volteamos es regular, y prevenidos podremos salvarlo con más facilidad. Nombremos un jefe que nos dirija, discurremos un poco; porque la fuerza puede llegar el día que nos la venzan con triplicada fuerza; evitemos en lo posible los lances; porque cualquiera pérdida por parte nuestra, no es de fácil reparación, mientras que las que ocasionemos a los sabuesos, cada baja la cubrirán con cuanta gente quieran; y adonde nos pongan la puntería, cada rato nos han de traer al retortero.

—Eso es muy cierto —dijo Chepe—, con *Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*.

—Pues comencemos por nombrar un jefe, a quien obedeceremos ciegamente; y yo por mi parte creo que Pepe, como Diablo, desempeñará bien su encomienda.

—Yo estoy por Chepe Botas —continuó diciendo el Tapatío, es el más viejo en el giro, el mayor en edad, en saber y gobierno.

—Ni piensen en eso —contestó Chepe—, cuanto más viejo soy, me voy embruteciendo más; yo, no siendo para cuidar mulas y esperar a pie firme a los sabuesos para cazarlos al vuelo, maldito lo que discurro, es más a propósito Alejo, Astucia o cualquiera otro de ustedes: yo soy de mándame y te serviré.

—Pues para quitarnos de disputas y excusas, que decida la suerte —dijo Alejo—, haremos una rifa, y al que le toque se amuela, dándonos todos por satisfechos.

—Corrientes —respondieron todos.

—Cada uno de ustedes marque un peso y échenlo en este sombrero —dijo Tacho Reniego—, miren quién va a decidir, esta preciosa güerita que viene en seguimiento de su tata y en solicitud de un cariño.

Juntó los pesos, los revolvió, meneando el sombrero y arimándose a la niña (una criatura de cuatro a cinco años, hija de Alejo), le dijo:

—Saca de ahí un peso, chula, y dáselo a tu papá. —Metió la manecita, tomó el que le pareció, y se lo entregó a su padre muy ufana. Todos guardaban un profundo silencio; lo revisó Alejo, y preguntó, lleno de gusto de que no fuera el suyo:

—¿Cuál fue tu marca, Pepe?

—Un dientazo junto a la cabeza del águila.

—¿Y la tuya, Chepe?

—Es un peso falso que le coloradea el cordón.

—¿Cuál es tu señal, Astucia?

—Una cruz rayada con la piedra de lumbre en el Gorro de la Libertad.

—Pues ya no más cansarse, ¿es éste?

—El mismo —respondió Astucia con tristeza y demudado.

—¡Viva nuestro jefe! —dijo Tacho—, mereces tu gala, primorosa; —y alzando a la niña, la besaba contentísimo—: cógete esos pesos, mi alma, y vete a jugar con ellos. La chiquilla no se quedó por corta; y tomándolos, salió corriendo, sonándolos y gritando:

—¡Mamá, mamá! ya tengo muchos pesos que me ha dado mi tío Tacho, mire usted, mire usted. Todos estaban llenos de júbilo, mientras que Astucia, con semblante serio decía:

—¡Eso es imposible, hermanos! Yo no puedo, no debo conformarme con esa elección.

—Todos hemos corrido el riesgo hermano —replicó Pepe—: nos hemos sujetado a la suerte, y lo dicho, dicho; serás nuestro jefe, mal que te pese; no somos niños.

—Pero, hombre, ¿cómo quieren ustedes que yo pueda cumplir con un encargo tan delicado, cuando estoy a ciegas de todo, no conozco el camino que vamos a andar, ignoro cuáles son los parajes de más riesgo, los puntos de salvación, las estrategias del enemigo; en fin, una mala disposición mía por la falta de conocimientos o de experiencia, va a ponernos en un duro compromiso, a exponer nuestros intereses, y todo se lo lleva Judas?

—Eso no te dé cuidado —dijo el Tapatio—, a todos nos va en el gallo: te daremos luces, te ayudaremos en todo, y no nos hagas tan blanditos, que conociendo algún riesgo nos dejemos conducir como borregos sólo por obedecerte; te advertiremos el peligro y evitaremos esa desgracia que te supones.

—Además de eso, hermano —continuó diciendo Pepe—, no hemos querido tener un jefe para que sobre él pese sólo el trabajo de librarnos; sino para que llevando la voz, sea el que se entienda con los extraños y delante de ellos le demos más respetabilidad a nuestra sociedad. Ninguno más a propósito que tú, que tienes un

personal, a la vez que simpático, imponente; no eres nada tonto y reglamentando nuestros trabajos, puedes dedicarte con más empeño a la reflexión, ya que eres Astucia, para reunir ambas cosas con que todos podamos aprovechar la dicha ocasión.

—¿Qué dicen ustedes?

—¡Que viva Astucia nuestro jefe! —gritó Reniego.

—Sí, sí, ¡viva Astucia! —repitieron los demás—, no se admiten chicanas.

—No hay tu tía —dijo Chepe Botas—, aquí no entendemos de excusas. ¡Viva el jefe de los Hermanos de la Hoja! —y palmoteaba frenético, imitándolo los demás.

—¡Por amor de Dios, hermanos, chíspenme este lazo!

—O cabestreas, o te ahorcas, hermano: ese lazo te lo echó la suerte, y de ésta y la muerte no hay quien escape —replicó Alejo—; te tocó la renegada y no hablemos más del asunto. ¡Pícaro será el que haga caso de tus alegatos!

—Pues, hermanos; en el supuesto de que no les convencen mis razones, les advierto que si por desgracia hago alguna torpeza, no crean que es porque descuide mi deber, sino que mi corta capacidad y...

—Ya dije que será un pícaro el que atienda tus excusas, y ahora agrego que también lo será el que hable más de este negocio.

—¡Viva nuestro joven jefe, nuestro planchado charro el contrabandista Astucia!

—¡Viva por siglos eternos, amén! —agregó el Tapatío.

Convencido Astucia, de que llevaba el pleito perdido, no tuvo más que resignarse y comenzar a ejercer su encomienda.

—¿Les parece a ustedes —preguntó—, que para reglamentar nuestras cosas, nombremos unas comisiones y se repartan los trabajos?

—Corrientes —contestó Pepe—, haz lo que te parezca.

—Tú, Alejo, serás el tesorero y comisario, recoge los fondos, corre con los gastos y no economices ni la pastura de las mulas, ni el rancho de nosotros.

—Corriente —dijo Alejo—, serás obedecido.

—Chepe Botas, tú serás el mariscal de campo: pasa revista a los chinchorros, a su jato, que todo esté listo, completo y en buen uso; pues formando todos un gran hatajo, a más de la atención particular de cada uno, necesitan esas mulas de la vigilancia directa de un hombre como tú.

—Me has dado en la mera mera, porque eso es mi mole; en estando con las mulas, no me acuerdo ni de la madre que me parió.

—Tú, Tapatío, serás explorador; y adelantando una regular distancia, te llevas uno o dos arrieros para dar aviso oportuno, nos vas dejando en puntos determinados algunas señas convenidas, y así iremos caminando con más confianza.

—Tacho, tú serás vigilante de la derecha, Pepe de la izquierda; y yo cubriré la retaguardia, mientras que Chepe y el Charro arrean y los arrieros sólo avían, relevándonos todos en cada viaje, en las molestas comisiones; por supuesto a la hora del trabajo no hay amos ni criados, jefe ni subordinados, cada cual se pega a su

chinchorro, y adelante. Respecto de un lance, es necesario reglamentarlo también para no hacernos bola, y que mientras unos tiran chincharrazos, otros arreen; en fin, ya combinaremos planes de ataques y defensas.

—Ustedes, de vacío, ¿corren algún riesgo?

—Ninguno. Transitamos por parajes de mal piso, pero seguros —dijo Alejo.

—¿Cuándo es la marcha?

—Mañana, Dios mediante.

—Pues yo voy a ganar tiempo, y partiré dentro de una hora, quiero cogerles la delantera y reconocer el terreno.

—Para eso no es necesario que te desveles, puedes madrugar, y picando tantito, cuando lleguemos a Huamantla, ya tendrás cuatro o cinco días de esperamos.

—Sin embargo, deseo ir con espacio mirando todo, visitar poblaciones, y si se ofrece abocarme con los *sabuesos*, comerles el trigo; en una palabra, recoger cuanto pormenor pueda sernos favorable para poner en juego nuestra astucia, y necesito que alguno de ustedes me acompañe, para que pueda darme instrucciones y me ayude a desarrollar mi plan. ¿Quién es el mejor conocedor del camino?

—Hombre —dijo Alejo—, que te acompañe Pepe, que sabe hasta dónde penan las ánimas; y como ha sido quien hacía de decano conoce a todos por ahí, y ninguno mejor podrá darte cuantos antecedentes necesites.

—¿Y qué papel será bueno representar para ir de incógnitos y no dar en qué maliciar?

—Eso es muy sencillo —respondió Pepe—, iremos jugando al amo y al criado. Tú harás el papel de hacendado rico, y te presentarás muy planchado: yo de mozo de estribo, vestido de cuerudo; nos llevaremos a Simón y al Chango con dos mulas de avío y caballos de mano, el dinero suficiente en la petaquilla, ropa, etc.

—Arreglados —dijo el Charro—, cada cual a su destino y *Andando, que el sol se mete*: —éste era su refrán favorito—. Tráiganse sus dineritos para la tesorería, que Chepe forme su revista mientras que el mozo de estribo ensilla; y además, yo voy a mandar que dispongan la ropa y la cena del amo y sus criados, pues le ha dado la ventola de andar con la luna.

Todo quedó arreglado y listo en corto tiempo; y después de merendar, sacó Astucia un reloj de oro de dos tapas que le habían puesto pendiente de una bonita cadena que lucía sobre su chaleco nuevo, y dijo:

—No dilatan en dar las ocho, por ahí les rezaremos a las ánimas su plegaria: ustedes vean lo que mandan. Siento dejar tan amable compartía, pero las atenciones y asuntos de importancia me privan de tan grata satisfacción: no teman ustedes que me acontezca ningún contratiempo, porque tengo pacto con el diablo, él será mi guía; y con semejante compañero no será difícil que vaya a echar un volteadito hasta el infierno. —Se despidieron, y a poco rato salía Astucia con lujoso traje de camino, montado en un excelente caballo retinto; Pepe de cuerudo, en otro de no menos calidad; Reflexión estirando otros dos caballos encamisados; y el Chango, arriando

dos hermosas mulas cargadas con el avío, almofrés, etc., montado en otra bonita mula, todos perfectamente armados. A las seis de la mañana del día siguiente también marchaban los demás, dejando al rancho de San Rafael en el más profundo silencio.

Ya tenían un buen trecho andado Astucia y sus compañeros, cuando hirió sus oídos el triste tañido de la campana que daba en el pueblo el toque de ánimas.

—Oye, Pepe, con estos toquidos recuerda que eres mortal, y alguien tal vez demanda tus oraciones; echa a un lado lo diablo y dirijamos nuestras plegarias por el eterno descanso de las ánimas; ¿o de veras eres tan diablo que no tengas a quién encomendar tu suerte?

—Respecto de eso, como cristiano —le respondió—, tengo mis afecciones favoritas; le debo muchos favores a Dios, y no dudo el haberlos alcanzado por la poderosa intercesión de su Madre Santísima que, bajo la advocación de los Dolores, de Orizaba, le tengo mucha devoción. A Ella le dirijo mis oraciones, y confiado en su amparo, en sus divinas manos tengo puesta mi suerte. ¿Y tú a quién te diriges?

—Hombre, primeramente al amo Grande, al sagrado misterio de la Trinidad y su Divina Providencia, y luego a mi abogada la Virgen del Buen Suceso, sin perjuicio de orar siempre por las ánimas; conquese si te parece no perdamos tiempo.

—Serás obedecido; luego que acabemos de encumbrar este cerro, en donde existe una cruz de tradición bastante triste para mi descendencia, y algunos años se han de pasar para que se borren mil y mil tristes recuerdos de tantas víctimas como ha costado la Independencia de México. —Cuando estuvieron en el sitio indicado, llamado la Cruz Manca, porque efectivamente tenía un brazo menos la que allí fabricaron de mampostería, se apearon, y con la mayor devoción rezaron la estación a las ánimas, y después continuaron su camino.

—¿Cuál es tu triste recuerdo, Pepe, seré curioso?

—Ahí, en ese lugar, fusilaron las tropas del rey a un primo hermano de mi padre, a don Quirino López, hermano de un don Benedicto, que les dio mucha guerra por tus rumbos, y al fin fue arrastrado por todo Zitácuaro, hasta que hicieron su cuerpo mil pedazos.

—Ya me ha contado mi padre de este lance, y si no recuerdo mal, fue muy íntimo amigo de un don Casimiro López, y eran compañeros inseparables.

—Éste de quien tú hablas fue mi padre, que ya lleva cerca de dos años de muerto.

—Pues éste será motivo más para que te quiera, Pepe; y el día que conozcas a mi padre verás cómo siente al tuyo, hace muy buenas ausencias de él, y basta que fueran ellos buenos amigos para que nosotros los imitemos. —Y dándose un cordial abrazo, lo ratificaron con sinceridad.

—¿Adónde vamos a parar, Pepe?

—Hombre, si quieres, podremos alargarnos hasta la hacienda del Rincón; pero como primera jornada, necesitamos no destroncar a los animales, por lo que será bueno quedarnos en Santa Rita, un pueblecito que está a medio camino y adonde podremos llegar acortando el paso, a las siete u ocho de la mañana; y volviendo a

tomar el camino a las cuatro o cinco de la tarde, nos va a amanecer a la Soledad, pues con sólo estos dos estironcitos ya les habremos sacado dos jornadas a los hatajos.

—Pues ahora vamos a otra cosa, hermano: para que no se nos haga fastidioso el camino, ¿me quieres decir por qué te llaman Pepe el Diablo? ¿Qué te rebelaste contra algún Dios de la tierra, o has sido tan endemoniado que mereciste tal apodo?

—Hombre, casi casi las dos cosas me han sucedido; y aunque al hacer esos recuerdos avivo el intenso pesar que constantemente me atormenta sin descanso, tendré el consuelo de comunicarte mi dolor para que me ayudes a sentirlo. En compendio te daré a conocer mi corta historia y originales aventuras; pero, si no tienes inconveniente, quisiera escuchar primero las tuyas para tener más tiempo de coordinar mis ideas.

—Con mucho gusto, hermano, aunque son tan insignificantes que nada tienen de particular. —Y contó su historia tal como ya queda relatada, desde que fue de pupilo, hasta que el comercio en que perdió su carga y el encuentro con Alejo en el huizachal de Jaripeo el Grande, lo hizo comprometerse a ser Hermano de la Hoja. Entretuvieron así esa jornada, determinándose a parar en Santa Rita, en donde, después de almorzar y colocar bien sus animales, el amo y criado se tiraron a dormir hasta las cuatro de la tarde que continuaron su camino; y consecuente Pepe a su oferta, comenzó a referir su corta historia en los términos siguientes.

Capítulo VIII

Historia de Pepe el Diablo. Bofetón sin mano. Doña Rufina. La loca. El clavel. Jugar por tabla

Excusado me parece, hermano, contarte nada de mis primeros años de infancia; pues como hijo único de un pobre ranchero, que por la independencia de su patria sacrificó sus intereses, y cuando volvió al seno de su familia se estableció de nuevo, a ver si lograba, en tuerza de su continuo trabajo buscar su suerte, casó con una pobre como él, y nunca pudo conseguir más de ir viviendo medianamente; por lo que así fue también mi educación, que se redujo a medio leer, escribir y hacer algunas cuentas; sin embargo, de sus cortas proporciones, se empeñó a costa de grandes sacrificios, en meterme al colegio. Estuve cerca de tres años en el Instituto Literario de Toluca, en donde a fuerza de fuerzas aprendí a masticar la Gramática. A causa del fallecimiento de mi señora madre, que costó también grandes sacrificios a mi padre, gastó cuanto tuvo y aun se empeñó por medicarla y asistirla bien en su larga enfermedad, ya no hubo recursos con qué poder volverme a poner en el colegio, agregándose a esto que yo ya tenía catorce años y más me gustaba andar a caballo y trabajar en el campo, que continuar los estudios, lo cual se lo dije francamente y accedió a tenerme a su lado, acompañándolo a desempeñar el destino de mayordomo de los hatajos de mulas de las haciendas de Caspí y Caro, que tenía a su cargo y andaban en el camino real.

En uno de tantos viajes como echamos a México, conduciendo trigos para los molinos, nos embargaron y fuimos a dar hasta Veracruz. Con lo que pudo mi padre cobrar de fletes y otros que tuvimos de regreso se presentó al patrón, quien no queriendo continuar con esa empresa, convino en dejársela a mi padre y recibir su dinero en varios plazos. Se proporcionó volver al puerto con la conducta de conseguir cargamento; y en dos años que tuvimos regulares, quedaron los dos hatajos con ochenta y cuatro mulas sólo nuestras, y poco a poco íbamos mejorándolas. Comenzaron a establecerse los carros, las revoluciones a multiplicarse, y la arriería vino a dar a tierra. Para no estar de ociosos en el tiempo de la mala estación en el puerto, tomábamos carga en las villas conduciendo tabaco del estanco, y desde entonces conozco el ramo.

En una de tantas revueltas fuimos embargados por el general Mejía, que estaba pronunciado contra el general Santa Anna, y se dieron los contendientes una buena agarrada en Acajete, en donde pereció el primero después de haber casi triunfado del segundo. Nosotros llevábamos cargado parque y municiones, y en dos por tres nos desperdigaron las mulas; a cada paso venían ayudantes, uno arrea con diez o doce mulas para un punto, otro para otro con otras tantas, haciendo andar listos a los

arrieros a cintarazos, y al trote cargaban con lo que podían. La cosa cada rato era más comprometida, las balas silbaban en todas direcciones, y todo era confusión, grita, carreras. Se mezclaron los contendientes, y tanto unos como otros peleaban desesperados, envueltos en una nube de humo, sin escuchar las voces de sus jefes ni el sonido de los clarines. ¡Parecía aquello el día del juicio! Nosotros, azorados y metidos en aquel torbellino, corríamos a la ventura en solicitud de nuestras mulas, temiendo a cada instante recibir alguna del diluvio de balas que nos aturdían. En vano nos expusimos demasiado; los arrieros, asustados, las abandonaron, otros perecieron y por fin, no tuvimos más recurso que ver cómo escapábamos el pellejo, huyendo y ocultándonos prontamente por aquellas barrancas, sin más que dos mulas que pudimos lazar entre toda aquella tormenta. Al trastumbar una lomita, una bala de cañón mató a la mula que mi padre montaba; le di la mía, le eché un brinco a una de las aparejadas, y con el Jesús en la boca, a todo riesgo nos apartamos, yendo a parar hasta Huamantla, a donde llegamos ya muy noche. Por más que hice porque volviéramos a ver si algo rescatábamos, no quiso mi padre acceder, sino hasta el tercer día en que, después de andar por todas aquellas lomas, cubiertas aún de cadáveres que estaban recogiendo, había más de cincuenta de nuestras mulas aventadas, y ni quien diera razón del resto, conformándonos con sólo recoger dos heridas que estaban revueltas entre las pocas que quedaron de los trenes de artillería y volvemos al pueblo. De allí salimos a los cuatro días con tres tercios de tabaco que generosamente nos fió un cosechero, juntándonos con otros chinchorreros que comerciaban con la Rama; y ahí tienes mi primer paso de contrabandista de ese ramo. A los cuatro o cinco viajes, no le fue ya posible a mi padre seguir esa penosísima carrera y solicitó un acomodo, logrando colocarse de caudillo en la hacienda de... del Departamento de Querétaro. Mientras que su merced quedó encargado de aquellas estancias, yo, que contaba veinticuatro años, seguí en la empresa con seis mulas regulares haciendo de amo y criado, sin más compañero que este *Chango* que viene con nosotros, es desertor, y por su cara tan rara y chocante todos le llamaban así y él entiende con ese nombre; no tiene familia; me ha salido fiel, es muy hombre de bien y atrevido. Así iba yo poco a poco progresando, con el empeño de ver cómo conseguía quitar a mi padre de servir, volteando cosa de seiscientos pesos que tenía de puntero; ya había comprado tres excelentes caballos y me presentaba a las gentes siempre muy lujoso, manteniendo en buen estado las antiguas y muchas relaciones que tenía por aquellos contornos mi señor padre, y otras más nuevas con mis marchantes.

En una de tantas veces en que estaba yo en la habitación de mi padre, un rancho bastante distante de la hacienda en el centro de las Estancias, recibió orden de echar una recogida y tener listos cincuenta toros para un coleadero; pues estando próximo el cumpleaños de la dueña de la hacienda, había dispuesto el amo grande ir a pasarlo allí con toda la familia a hacer la clásica celebración. Como joven y afecto a las travesuras, me alborotó y suspendí mi viaje para no perderlas.

Como siempre me iba con mis mulas hasta el rancho, pocas vacas bajaba a la hacienda; sólo tenía una mediana relación con el administrador y su familia, y ningún conocimiento con el amo grande que habitaba en la ciudad, en donde tenía comercio y otras fincas. Anduve con mi padre y los vaqueros echando las recogidas, poniendo mis caballos descargados y listos, ansiando porque cuanto antes llegara el día 12 de agosto, en que de muchos años atrás se acostumbraba celebrar en la hacienda el día de Santa Clara. Llegó por fin el día tan deseado; casi no dormí de inquietud, pues, desde la víspera dispuse todos mis avíos, la mejor ropita, y la noche me pareció eterna. Desde bien temprano nos dirigimos, arriando aquella punta de ganado, con mucho cuidado para que llegaran frescos; y mientras mi padre con los vaqueros se fueron a encerrarlo al corral, yo me dirigí solo para el despacho a saludar al administrador, no estaba éste allí, pero me salió al encuentro un viejo gestudo, muy mal encarado, trigueño, panzón, vestido de pantalón de paño, chaleco de terciopelo morado, chaqueta blanca de lienzo, sombrero fino de vicuña amarillo y una montera verde de seda en la cabeza. Correspondió a mi saludo, y suponiéndose que yo era alguno de tantos convidados a la función, me instó para que me apareara, mandó meter mi caballo y me obligó a que tomara asiento en el despacho, recibiendo con gusto un puro que le ofrecí, al que paladeaba continuamente haciendo mil elogios de su buena calidad, renegando de los malísimos del estanco, platicando de mil cosas indiferentes con mucha jovialidad; entró el administrador y saludándome con confianza, me dijo al darme la mano:

—Qué gusto, don Pepe, que es usted de los nuestros, yo ya lo hacía muy lejos.

—Ya me ve usted aquí, señor don Luciano —contesté—, supe de esta diversioncita y suspendí mi viaje.

—¿Y qué tal vamos de negocio?

—Así, así, amigote, el tiempo no ayuda y cada día la cosa se pone fea.

—Ahora veremos lucir esa percha de buenos caballos, ¿y cuántos ha traído para divertirse?

—No tengo más que tres, y pocas han de ser tres docenas de cuartas para acabárselas, son unos pobres cacomiztles que no podrán competir con los que vengan, me conformaré con sólo estirar las cansaditas. Sigán ustedes platicando, que voy en un instante a poner una cartita. —Y se puso a escribir en el extremo de la pieza.

Cuando estaba el amo grande haciendo mil alabanzas del puro que le di, entró mi padre con su sombrero en una mano y sus espuelas en la otra, diciendo:

—Tenga su merced muy buenos días, señor amo. —El tal amo le dio la espalda y no se dignó contestarle, sino que como molesto de verlo allí parado, sólo le dijo al tiempo de despedir una bocanada de humo, con el tono más despreciativo:

—¿Qué hay?

—Ya está en el corral el ganado que se me mandó bajar.

—¡Bueno, bueno! —le contestó acabándole de dar la espalda y haciéndole seña

con la mano para que se largara.

—Con licencia de su merced —dijo mi padre, y muy abochornado se salió para afuera, mientras que el tal amo no se dignó ni siquiera dirigirle la vista, sino que con enfado exclamó:

—¡Qué gente tan necia, principalmente este viejo chocante!

Don Luciano le interrumpió, dándole a leer la carta que había acabado de escribir; y yo, con pretexto de aflojar la silla a mi caballo salí para el patio, con ánimo de no volver a atravesar palabra con semejante hombre, que desde que lo vi me infundió odio. Mientras alegraba la silla, escuché el diálogo siguiente:

—¡Qué joven éste tan simpático! —le dijo el amo—; se conoce que tiene buenos principios, se viste bien, ensilla bonitos caballos y fuma magníficos puros.

—Sí, señor —respondió don Luciano—: el muchacho es trabajador, y como no es vicioso, le luce lo que gana.

—¿Que es mucho su capital?

—No, señor, seis o siete mulas y cuatrocientos o quinientos pesos que trae en revoloteo; como su padre trabaja también por otro lado, no le es gravoso y va poco a poco haciendo su suerte, aunque a costa de mil peligros.

—¿Pues en qué se ocupa?

—Está comerciando en la Rama, va a Huamantla a cargar tabaco y...

—Ya no quiero saber más, es un ladrón; con razón dijo hace poco, que no hacía gran cosa, que el negocio cada día se ponía más feo; pues sí, ahora no se juega, el general Santa Anna ha dado una ley para colgar en cualquiera parte a todos esos bandidos y perseguirlos sin tregua; ya no me espanto de que fume buenos puros. ¡Puf! ¡Yo no sé para qué le recibí éste que apesta a demonios! ¡Quién sabe a qué infeliz se lo quitaría! —y lo arrojó de sí—. ¡Con razón ensilla buenos caballos, y anda tan planchado!

—Está usted en un error, señor, este joven no es salteador, sino únicamente contrabandista.

—¡Qué me quiere usted decir, don Luciano, si conozco bien a todos estos pillos! Eso del contrabando es la capa con que se cubren, pero todos son lobos de una misma manada: contrabandista es sinónimo de ladrón; pero ¿quién lo ha convidado? ¿Qué mano que en un descuido se nos meten aquí quince o veinte de su cuadrilla y nos dejan hasta sin camisa?

—Deseche usted su temor, lo conozco demasiado, es hombre de bien, es hijo de tío Casimiro, el caudillo de las Estancias, ese que no hace mucho que vino a avisar del ganado.

—Pues eso está peor, don Luciano, el día menos pensado anohecen aquí los animales de la hacienda, y van a amanecer a Huamaantla, nos echan una recogida, y ojos que te vieron ir.

—Todo lo contrario, señor, los contrabandistas como éste son el azote de los macutenos; yo creo que esa circunstancia ha contribuido mucho para que no se

siguieran aquí extraviando más animales; les habrá mandado ese muchacho que echen su gato a retozar por otro lado, para que no comprometan a su padre, y eso nos ha servido de mucho; tanto, que este año no sólo tengo agostando a las manadas mansas, sino que mandé subir las emburradas y hasta mis caballos de silla.

—Sin embargo, de todo eso, yo no transijo con esa canalla; el viejo ése será un hipocritón de marca, que oculta allá en su rancho los robos de esa pandilla; será su tapadera, y no en balde me repugna su presencia. Procure usted cuanto antes despedirlo pues mientras eso no sea, no he de tener tranquilidad. No quiero que mi casa sea abrigadero de bandidos, ni que nos custodie semejante polilla. ¡Vaya con el don Pepito tan descarado, que se nos viene ahí presentando hecho un condesito, dándose tono con sus buenos puros! ¡Ojalá viera yo a todos estos gandules colgados del pino más elevado! y...

Les interrumpió su diálogo una porción de convidados que llegaron en ese momento.

Yo estaba hecho una ascua oyendo mis ausencias y el vil concepto que ese miserable se formó de mí, desde que supo que era contrabandista de la Rama. La sangre se me subió a la cabeza, lleno de cólera apreté los puños, pensé meterme a darle a aquel hombre una punta de zoquetazos; pero más creció mi furor, cuando se refirió a mi padre; maquinalmente encogí la pierna, aflojé el puñal que llevaba en la bota, y ciego me iba a precipitar sobre él a darle de puñaladas, cuando cortaron su diálogo los convidados que llegaron, y a ese tiempo también salían por la puerta del jardín la esposa de don Luciano, con una porción de niñas cargadas de flores; ella se me interpuso, diciendo:

—¿Qué milagro, don Pepe, a qué santo le encendemos la vela?

—¿Qué hace usted, doña Guadalupe? —le contesté, sintiendo mi frente bañada de sudor y queriendo disimular mi cólera.

—El cielo nos lo ha traído, ande, venga a ayudamos a componer la mesa, usted que es hombre de gusto.

—Yo no sé de esas cosas, señora, soy un topo para...

—No, no, ande por vida suya —y me tomó de un brazo; otras chiquillas se me agruparon. Y casi a fuerza me metieron para adentro, sin poderme resistir a su empeño. Conforme nos pusimos a formar ramilletes e ir colocando con simetría los platos, botellas y demás cosas, me fui serenando; y después de mil pensamientos, me ocurrió al fin tomar desquite de la manera más celebre que jamás hubiera imaginado, y fue, vengarme a mi sabor a lo decente, es decir, que con hechos y por boca ajena solito se convenciera el dicho amo de que estaba en un error, que desvaneciera el vil concepto que se había supuesto de nosotros; y que aunque mi padre estaba de caudillo en su casa y lo veía vestido de cuero, era un hombre honrado, y yo, en mi tanto, un caballero, no un bandido, a pesar de ser contrabandista de la Rama. Tomada así mi resolución, me propuse aparecer como de casa procurando hacerme necesario. Cuando estuvo todo listo, doña Guadalupe se fue a avisar a las señoras que estaban en

la sala, y yo partí para el despacho a dar parte a los señores. Salí sin sombrero, con las mangas de la chaqueta arremangadas, luciendo mis finos puños de camisa y como por descuido un tirabuzón en la mano, diciendo:

—Señores, ya está lista la mesa, se enfría el almuerzo. Al verme entrar, de improviso se pararon todos, los más eran nuestros amigos y conocidos; por lo que sorprendidos, me acogieron benignamente, unos abrazándome, otros dándome cordialmente la mano, y todos celebrando encontrarme allí, porque se suponían que yo estaba de viaje. Como los principales me manifestaron tanto aprecio, comenzó desde luego a surtir buen efecto mi venganza: el amo me miraba como dudoso y contestando por mí a las preguntas de que, ¿por qué casualidad suspendí mi viaje?, dijo:

—Es de casa y yo le estimo mucho que no nos haya abandonado.

—No hablabas así hace un rato, miserable —decía yo para mí—; y dirigiéndome a él, continué:

—Como supe, señor, que usted venía, preferí perder unos cuantos días de trabajo, por gozar la satisfacción de estar en su apreciable compañía, basta que mi señor padre sea su dependiente y vea el singular aprecio con que lo trata, para que eso me obligue a vivirle agradecido. —Recalqué mis palabras con tal veneno, que si no fue una bestia debió conocer que había escuchado su conversación con don Luciano y hablaba con ironía; disimuló el puyazo y solamente se mordía los labios, cambiando con el administrador una mirada, que ellos le daban distinto significado. En esto llegó el Subprefecto y Juez de Letras que, encontrándose con mi padre en el portal de afuera, se entretuvieron platicando con mucha cordialidad: el amo lo advirtió y volvió a morderse los labios, mientras don Luciano sonreía, como dándole a entender:

—¿No te decía que eran vanas tus sospechas? También me trataron muy bien; por fin seguí instando para ir a la mesa, y ya que iban a entrar, volví la cabeza y le grité a mi padre, que estaba en el portal recargado en un pilar:

—¡Señor padre, venga su merced a almorzar!

—Vayan ustedes —me contestó—; vayan, porque espero...

—¡Qué espero, ni qué espero! —repetí, saliéndome para fuera y dejando a todos parados.

—Ande su merced, que los señores aguardan.

—Anda, vete, hombre, yo iré después a la cocina con los vaqueros.

—¡Qué cocina ni qué vaqueros, señor, si usted no es menos que ninguno, es el caudillo, es el segundo administrador!

—No muelas —me dijo con tono de enojo—; vete, déjame en paz.

Entonces, mirando que en vano sería porfiar, me metí para el despacho, y tocándole el hombro al amo, le dije delante de todos:

—Señor, si usted no llama a mi señor padre a almorzar, no viene; tiene un genio muy corto, y estamos perdiendo el tiempo.

El amo, a revienta cinchas, se arrimó a la puerta y dijo fingiendo amabilidad:

—Venga a almorzar con nosotros, tío Casimiro, no desprecie nuestra compañía ni sea tan huraño. —No contestó mi padre una palabra, sino que muy humilde se fue metiendo tras él: entonces acabé yo de paladear mi venganza; pues, como en tono de amistosa reconvención, le dije:

—¿Qué le ha sucedido, padre mío? ¿A qué viene esa cortedad? Aquí hay más de cuatro personas que lo conocen, y no de ayer acá. saben que ha tenido sus proporciones, que ha figurado entre la gente docente; y aunque ahora lo ven sirviendo no por eso deja de ser quien es; sobre todo, debajo de esa chamarra de gamuza, palpita un corazón honrado, de un verdadero hombre de bien, ¿digo bien, señores?, ¿es ésta una verdad?

—¡Cabal! —respondió el Subprefecto.

—Es muy cierto —dijo el señor cura.

—Eso se llama hablar en su lugar —expresó el Juez de Letras.

—Bien dicho —exclamó uno de los más ricachos.

El amo se hacía como culebra, y no faltó quien dijera:

—Ya había extrañado, señor López, que no estuviera usted en rueda.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos —le preguntó el Subprefecto—, amigo don Casimiro?

—Ya hace algún tiempo, señor don Manuelito —respondió.

—Algunos pesos le costó la insurrección, ¿no, amigo López? —prosiguió diciendo el cura.

—Poca cosa, señor —replicó mi padre—; como unos treinta mil pesos en reales; dos haciendas que me quemaron; la mayor parte de mis parientes fusilados; otros perseguidos; alguna sangre de mis venas; y lo que es más, tener que servir en casa ajena, para no estar de ocioso, en los últimos años de mi vida.

—¡Cabal!, eso es muy cierto —siguió diciendo otro—; parece que lo estoy viendo cuando nos agregamos a los Fieles del Potosí, ¡qué bien le asentaban las charreteras de capitán; qué cuacos montaba tan de primera; qué muchachos tan valientes había en ese cuerpo, parecíamos perros como lo seguíamos cuando se arriscaba el sombrero, empuñaba su lanza y nos mandaba a dar la carga! A cual más se empeñaba en ser el primero en repartir lanzazos, echarles a los expedicionarios una lazada al cuello y arrastrarlos hasta donde no pasaban; entonces se vio lo bueno, señores, que lo diga el señor López, no había más trincheras que los pechos de los contendientes.

—Vamos a almorzar, señores, que las señoritas nos esperan —dije yo interrumpiendo la conversación, que para mi objeto principal surtió todos los efectos que me propuse. Nos dirigimos para el comedor, coloqué a todos en sus lugares y comencé a servir platos; hasta entonces conocí a la esposa del amo, que por mil motivos se singularizaba; era una cotorra de más de cuarenta y cinco años, muy alta y tan flaca que parecía encanijada, de color abronzado, con el cutis tan pañoso, que cualquiera diría que estaba sombreada con humo de ocote. Lucía sobre manera una hermosa dentadura; y digo hermosa, porque cuatro grandes paletas y dos

desmesurados colmillos, muy sarrosos, color de almendra, le impedían juntar dos grandes cuanto carnosos labios amoratados y parecía que ya mero se le salían. En un tiempo tuvo bozo bastante oscuro, pero en la actualidad me pareció un pellejo de chicharrón mal chamuscado, notándose unos cuantos bigotes entrecanos; su nariz robusta y larga era verdaderamente apericada, el color de sus ojos medios verdiosos; continuamente cerraba los párpados papujados, porque decía que era miope, o se acercaba un antejo más grande que un peso, montado con varillas y pie de plata que traía colgado al cuello con una cadena de acero de grandes eslabones; las cejas desde a media legua se advertía que se las tiznaba; apenas tenía dos dedos de frente, y la cabeza untada de cierto plaste, que me pareció sebo de carretón; con las pocas mechitas de su pelo se hacía cerca de las orejas un par de caracoles que detenían dos peinetas con sus varillitas de metal; y tanto éstas, como la peineta de tres potencias que llevaba en el chongo, que parecía colita de puerco, quedaban bien afianzadas con una ancha cinta de terciopelo que acababa de cubrir su calvicie teniendo pendientes de sus amoratadas y grandes orejas unos aretes chinescos de más de cuatro dedos. En el cuello ostentaba una gran pelota de carne que llaman vicio, y la adornaba con dos hilos de perlas de gran valor, lo mismo que los dedos largos y descarnados cuajados de buenos cintillos; vestía un traje de seda verde con multitud de enaguas debajo, mangas abultadas con grandes amazones de género encolado como faroles y una pañoleta blanca de punto; calzaba zapatos de raso blanco y medias de patente que coloreaban mucho: todo era en esa mujer exagerado. Presumía de ilustrada, bachillera, delicada y haciendo mil contorsiones, afectaba una coquetería y maneras tan repugnantes, que fastidiaba desde el instante de verla: toda se volvía aspavientos, de todo se le resentían los nervios luego luego. Daba sobre todo su opinión sin preguntarle, y como la señora de la casa, quería ser la única que llamara la atención. Me he detenido a hacerte esta descripción, porque esa maldita chicharra fue la causa de la irremediable desgracia que lamento, y me amargará la vida hasta la muerte.

Conque, volviendo a mi relato, me dediqué a poner platos, servir y obsequiar a todos, hasta el grado de hacerme no sólo el necesario, sino el alma de aquel festín; pues si yo no animaba y armaba bulla con brindis obligando a los demás a imitarme, nadie se alentaba y al instante todos entraban en muda. Tomé copas y me puse a ofrecer vino a las señoras, comenzando por la aborrecible arpía, quien se hizo del rogar haciéndome mil visajes, hasta que al fin probó tantito, dándome las gracias hasta con los ojos. Seguí obsequiando a las demás mirándolas con atención; había ocho o diez de buenos bigotes, muy jóvenes, bonitas y rozagantes, singularizándose entre todas ellas otra de más de veinte años, muy delgada, descolorida y enfermiza, que aunque aseada, estaba de enaguas viejas, rebozo lo mismo, comía poco, nadie la atendía, sino que haciendo el más despreciable papel, era el contraste de la elegancia de la vieja y el charlar de las muchachas, quienes no perdían momento de dirigir a aquella pobre mil chanzas pesadas y algunas groserías, que ella parecía que no entendía y sufría resignada sin hablar una palabra; como a una de tantas le ofrecí el

vino, ella tomó la copa y la puso a un lado de su plato, mirando como llena de temor a doña Rufina, éste era el nombre de aquella furia del infierno. Ésta, al notar que le ofrecí el vino, hizo un gesto de disgusto y se le ennegreció el rostro de cólera. Todo lo advertí yo, y sin darme por entendido, proseguí en mi tarea; mi asiento estaba enfrente del de aquella mujer tan distraída, y no sé qué secreto impulso me obligaba a estar en ella fijando mi atención: conforme la fui mirando despacio y comparando una por una sus facciones, fui advirtiendo en todas ellas una inmensa ventaja sobre las demás, y resaltaba a mis ojos cual una blanca azucena entre un manojito de encarnadas amapolas; no era un conjunto de perfecciones, pero su pálido semblante, fino cutis, nariz afilada, delgados labios, blanca dentadura, ojos pardos muy apacibles, bien marcada ceja, ancha frente y pelo güero muy fino y abundante, me hechizaban. Sentía nacer en mi corazón una simpatía, que por instantes se fue haciendo una pasión que me encantaba, no cesando de verla y contemplarla extasiado, con el pensamiento ocupado sólo en ella; tanto la miré y con tal fuego, que conseguí que me entendiera; porque después de haberme visto ella con demasiado interés, bajó los ojos apaciblemente, como dándome a entender que me agradecía la preferencia, y que entendía lo que por mí pasaba. Eso me satisfizo de tal manera, que procuré tener más disimulo, y conseguí que ninguno nos advirtiera. Volví después a obsequiar a doña Rufina, y mientras la entretenía, mi adorada descolorida de un sorbo apuró el vino que le dejé antes; esto me hizo advertir que había misterio y a toda costa quería descubrirlo. Al estar poniendo platos con mole le hice seña, consultándole si le agradaba aquella ración, me contestó que sí con los párpados, la aparté y a su vez la puse bien acondicionada en el plato que le correspondía; comenzó a tomarlo muy contenta y con bastante apetencia, pero cuando estaba más entretenida, una de aquellas muchachas le vació las sobras de otro plato de guisado sobre su mole, diciendo:

—Sóplate ese bocadito que te dejó tu Diablo —causando esa grosera ocurrencia una risa general en las demás malcriadas que se perecían de gusto. Ella, al ver tal grosería, un instante se le coloreó su pálido rostro, retiró el plato sin pronunciar una palabra, me miró con ojos tiernos, se le rodó una lágrima, y agachando la cabeza se quedó inmóvil; aquella furtiva lágrima me llegó al corazón, hubiera dado cuanto me pidieran por recogerla al aire. Sentía que las orejas me ardían, y para disimular mi cólera, imité con risa sardónica las risotadas de los demás; aprovechando un instante la distracción de su vecina, le puse mi plato y cubrí el suyo con otro sucio; comprendió mi objeto y como si tal cosa hubiera pasado, se puso a comer, dándome las gracias con una ligera sonrisa y una mirada complaciente, sintiendo yo a cada instante crecer mi amor y causarme aquella joven un vivo interés que no hallaba a qué atribuirlo, pues pasaba de los límites de compasión. Por fin concluyó el almuerzo, y queriendo echarla de galanteador, tomé un ramillete, lo desbaraté, aparté en presencia de ella un clavel disciplinado, y con las demás rosas fui tomándome la libertad de adornar a las señoras; le puse a doña Rufina tamaña dalia encarnada

recargada en el centro de su grandísima peineta de tres potencias, y al retirarme me dijo amorosamente apretándome un brazo y volteando los ojos en blanco—: ¡Qué fino es usted, Pepito! —Seguí poniendo a las demás su flor a cada una, y al llegar a mi predilecta, le acomodé en el nacimiento de una de sus prolongadas y hermosas trenzas el clavel que me vio apartar. Mientras que yo estaba lleno de frenesí admirando su limpio y fino cabello colocándose ella con mucho disimulo me puso otro igual en el único ojal de mi chaqueta, lo recogí al instante con precaución, lo arimé a mi boca y me lo coloqué en el ojal del chaleco; ella se quitó el que le puse, lo besó y se lo prendió en el pecho sobre la mascada. En un abrir y cerrar de ojos nos comprendimos; yo la amaba con delirio y ella no se mostraba indiferente a mi pasión; había hecho más callando, que otros hablando.

Después de almorzar daría principio el coleadero en un prolongado carril inmediato a la hacienda, el ganado tenía determinado su lugar y en el centro del corredero se había puesto un tablado para las señoras y gentes de paz. Yo fui el que primero estuve listo, saqué estirando mi caballo, y al ver muchas piedras sueltas en el carril, llamé a un sirviente antiguo de la hacienda diciéndole:

—Oiga, tío Marcelino, ayúdeme tantito a descombrar este sitio, no vaya a ser que nos demos un tropezón con tanta piedra que se ha desprendido de las cercas.

—Con mucho gusto, señor —me respondió; y ambos empezamos a juntarlas de uno y otro lado. Cuando estábamos en esta faena vi que venían todas las señoras armando bullicio, y le pregunté:

—¿Quiénes son todas esas chachalacas, tío Marcelino? Usted debe de conocerlas.

—Voy a decirle en un instante: la del verde tan presumida que parece un pavo copetón, es la esposa del amo; las del morado, azul y la otra verde chaparrita, son sus hijas; las dos de blanco y la del amarillo, son la esposa de don Luciano y sus cuñadas y el resto de ellas, son del pueblo que han venido a la función.

—¿Y aquélla otra pálida güerita, quién es?

—¡Ay, señor amo! —exclamó echando un suspiro— ésa es *la loca*.

—La loca, repetí con espanto.

—Sí, señor don Pepe, *la loca*.

—Pero yo no le advierto síntomas de locura, más bien creo que algún otro mal padece y por eso está tan aniquilada.

—Así parece, pero no hay duda que está loca, los médicos lo han confirmado y nadie le quita de la cabeza esas malditas ideas de que se la lleva el diablo, que habla con él y quién sabe cuántos más disparates.

—Pues, tío Marcelino, hablemos claro, no sé qué tiene esa niña que me encanta, mi corazón me dice que todo tendrá, menos la falta de juicio; yo soy el que estoy loco por ella, no sé qué misterio se encierra en esto, quiero penetrarlo, me intereso por su bien y la amo con delirio.

—¿De veras, don Pepe, no me engaña usted?

—Se lo hablo como lo siento, tío Marcelino, resérvese mi confesión; y si acaso es

que esa pobre criatura le merece algún aprecio, ayúdeme a descubrir ese enredo, a ver si podemos remediar su situación.

—Con mil amores, don Pepe, figúrese que la vi nacer, que la quiero como a mi hija, y ahora que se ofrece lo digo, yo creo lo mismo que usted, que no está de remate, y acá para mis adentros se me figura que esa vieja maldecida la está matando a pausas, que le ha dado algún bebedizo que la está consumiendo; y como ella, mi amita, la niña Clarita que hoy se celebra, es la única dueña de esta hacienda y otros intereses en la ciudad, quieren quitarla de enmedio para que sus propias hijas queden bien puestas. Esa mujer es el mismo Lucifer, fue la pilmama, enredó el trompo con el amo, la madre murió y le da una vida a la pobre niña de toditos los diablos; es la mofa y el escarnio de todo el mundo, todos la malmiran, la aborrecen y ya ve usted en el estado en que la tienen. Si mi difuntito amo resucitara y la viera en esas trazas sirviendo de juguete a tanta sabandija, se volvería a morir de berrinche o de pesar; mírela ya rodeada de esa canalla, estrujándola y queriéndole quitar lo que ella oculta en el pecho; si no se los da por la buena, son capaces de lastimarla. —Volteé la cara y efectivamente vi a la infeliz haciendo mil esfuerzos por defender el clavel que yo le di, con los brazos apretados sufriendo empellones para distintos lados; le eché un brinco a mi caballo y le dije—: Silencio, tío Marcelino, ahí hablaremos a solas, cuento con usted. —Y destapé queriendo dar de caballazos a todas aquellas muchachas malcriadas. Al llegar me contuve, y advirtiéndome que ya traían los toros para el apartadero, les grité con toda la fuerza de mis pulmones: —¡Quítense, niñas, que ahí viene el ganado! —Todas corrieron azoradas alzándose los tunicos y dando de gritos para subirse al tablado abandonando a su presa, la que no tuvo tiempo más que para repegarse a la cerca temblando de susto; me le acerqué a cubrirla con el caballo ínter pasaban los animales, y mirándome con una cara muy consternada abrió los brazos, me enseñó el clavel y me dijo con voz quejosa:

—*¡Me lo quieren quitar esas infames!* —Luego lo cubrió con el rebozo y en tono resuelto exclamó:

—*Primero me quitarían la vida.* —Juntó sus dos manos y con ademán suplicante prosiguió—: *¡Por el amor de Dios, don Pepe, que me socorra, usted será mi ángel salvador, no me abandone!* —y se le llenaron los ojos de agua.

—Nunca, Clarita de mi alma —le contesté—, cuente conmigo, mi corazón y vida le pertenecen, ahí hablaremos, disimule, no demos en qué sospechar, váyase al tablado, y confíe en Dios. Todo esto ocurrió en el corto tiempo que dilató el ganado en pasar por enfrente de nosotros; la fui cubriendo con el caballo para el lado de enfrente hasta la puerta de golpe que entraba para el potrero, sin que ninguno viera ni escuchara lo que hablamos. Encontré a tío Marcelino y le dije: —Tenga mi belduque, tío, y váyase a cuidarme a esa niña, y si alguna persona la ultraja, métaselo hasta las cachas, mas que nos lleve Satanás. —Ella oyó algo y con mucho disimulo me hizo seña de que no hiciera tal cosa; entonces, mudando de tono, al ver que se acercaban otros de a caballo, le dije: Guárdemelo en unión de mi jorongo y mi renta, no lo vaya

yo a perder en las carreras. —Con este hecho cubrí las apariencias, pues no había notado que las del tablado tenían fija la atención en mí y por si acaso se maliciaron algo, bastante recio dije mis últimas palabras para que llegaran a sus oídos, al entregarle todo al viejo Marcelino.

Se nombraron cuadrillas de a tres jinetes, hicieron lienzo los de a caballo para que las reses tomaran el carril derecho y comenzó el traveso, echándoles tres toros a cada cuadrilla uno a uno. En la primera fue el amo, el Subprefecto y otro de los convidados del pueblo, en la segunda me tocaba mi turno con un catrincillo huizachero del juzgado, muy fachosito, y otro por el estilo sobrino del vicario, y las demás se formaron con el resto de los concurrentes, no entrando en esta diversión el Juez de Letras, el cura y otros señores. Luego que subió Clarita, siguieron las otras a la carga y la fueron acosando tanto, que tuvo que irse a sentar en las tablas, entre las sillas del cura y doña Rufina; hasta allí siguieron molestándola con tal necesidad, que la vieja se impacientó y le dio un manazo a una de ellas, diciendo:

—Caramba, niña, cómo molestan a esta pobre criatura.

—Pues que nos dé ese clavel que dice que le dio el Diablo —replicó otra.

—¿Por qué se los ha de dar si es suyo?, déjenla con su idea, no sean pesadas.

—¿Que sigue con su extravío? —preguntó el cura.

—Sí, señor, cada día se va poniendo de remate, eso me aflige demasiado, me está acabando la vida, y como tengo un corazón tan sensible y la quiero tanto, no tengo un instante de gusto, ahora verá usted.

—Mira, niña —le dijo tocándola con el pie— ¿que te dio algún clavel tu Diablo?

—Ella alzó la cara, se descubrió el pecho y respondió con semblante alegre:

—Éste —lo besó con fuego y lo volvió a tapar.

—¿Que quieres mucho a tu Diablo cortejador?

—Mucho, mucho, mucho —y siguió repitiéndolo continuamente.

—¿Tendrás muchos diablos que te persigan?

—Así, así, así —y meneaba juntos los dedos de las dos manos con tenacidad.

—¡Pobre niña! —exclamó el cura—, ¿y no tiene otras ideas?

—No, señor, pues hablándole de otra cosa nada comprende, es un zoquete, una bestia enjalmable, me parte el alma y no me he podido resolver a que se la lleven a un hospital. Como yo la crié, la aprecio como a mis hijas propias, con quienes da taba todos los días y me las tiene entretenidas, aunque mucho me temo que un día se le cargue la locura y me les dé una agarrada. Ya tiene algún tiempo de estar mansita, pero antes era furiosa, temible, hasta a mi se me arrojó con un palo y me hizo una rotura de cabeza; por eso siempre ando regañando a mis hijas para que no la toreen, y la dejen en paz. —Yo no perdí una sílaba de todo, y más y más crecía mi odio contra aquella vieja coquetona y embustera.

Los de la primera cuadrilla quedaron de los perros, dos toros se les fueron limpios y otro se les embraveció a media carrera, sin haberle tentado la cola. Me tocó mi turno, y entusiasmado por quedar bien a presencia de mi adorada, ayudado de mi

regular caballo, les di cinco caídas a los tres toros, mientras que mis compañeros me seguían de lejos abriendo la boca y apurando sus charchinas con pies y manos; al volverme para el grupo de los de a caballo, estando frente al tablado, alcé la vista para ver a Clarita, la vieja creyó que a ella le dirigía mi mirada, y llena de entusiasmo me gritaba:

—Muy bien, Pepito, muy bien. —Palmoteaba frenética, obligando a las demás a que la imitaran; y dando un puntapié a Clarita le decía: —Aplaude, mujer, aplaude. —Ella alzó los hombros para arriba para darle a entender que no quería, medio descubrió el clavel, lo besó violentamente, me sonrió llena de placer y se quedó volteando la cara para otro lado muy indiferente.

—Ya ve usted, señor cura, lo que le dije, ni las muestras de regocijo comprende, es una verdadera idiota, que come, bebe y anda porque Dios es grande, deseos tengo de verla contenta un instante, de oírla reír, parece de palo, es como la papa, nada le cala.

—¡Qué lástima! —volvió a exclamar el cura—, en fin vale más que el Diablo la agasaje y esté quieta, que no que se la quiera llevar y la haga derramar lágrimas.

—Sí, señor cura, por eso le fomento yo esas ideas de paz.

—Escucha, Clara, a tu Diablo galante; quíerelo mucho, ¿eh? Ya ves que te regala flores y es necesario que no seas ingrata, correspóndele su amor, ¿me entiendes?

—Sí, sí, sí, sí —repetió muchas veces con gusto, meneando la cabeza al mismo tiempo de arriba abajo; yo escuchaba todo y decía entre mí: —Atiza, vieja indina, atiza, que no dilataré en darte las gracias o pegarte una punta de patadas—, persuadiéndome cada vez, de que no carecían de fundamento las sospechas de tío Marcelino. Compadecido de aquella pobre criatura, crecía mi odio contra la chicharra, y cierto presentimiento me decía que no había en Clarita nada de demencia; era muy viva, tenía buena comprensión y bien estudiado su papel; ya no dudaba de que era una víctima sacrificada a la vil codicia, resonando en mis oídos a cada instante sus palabras: «*Usted será mi ángel salvador, no me abandone*», y no podía borrar de mi fantasía sus maneras suplicantes y las lágrimas que asomaron a sus apacibles ojos. Por fin, a las tres se suspendió el coleadero, tanto por la fuerza del sol que molestaba, como porque se hizo hora de comer, le di mi caballo y espuelas a tío Marcelino y me dirigí para el tablado con otros compañeros que luego trataron de dar el brazo a las niñas, tocándome la renegada de llevar a la vieja que fue la última en bajar, consolándome mucho al ver que la seguía Clarita. Le ofrecí el brazo a la cáncama y esperé a la loca; cuando estuvo cerca le dije:

—Aquí hay lugar, niña, arrímese usted —le presenté mi brazo derecho que era el desocupado, ella se quedó parada sin darse por entendida.

—¿Qué no oyes? —dijo doña Rufina—, no seas grosera, agárrate del señor. — Tampoco hizo caso. —¡Agárrate, mujer, yo te lo mando! ¡Jesús, Jesús, qué imbécil! —Y a fuerza le tomó la mano y la puso dentro de mi brazo llena de cólera.

—No la maltrate usted —le dije—, tal vez no le gusta, para qué ha de ir

mortificada, que se vaya sola y no haga usted cólera.

—No, don Pepe, le he de quebrar la voluntad, y que no sea caprichosa, ha de hacer lo que yo le mande; además de que conviene que vaya con nosotros porque no nos vean solos; tengo que decirle cuatro palabras y es necesario aprovechar el tiempo, por eso me he quedado atrás y estaba tamañita de que mi plan viniera a tierra. — Colocó bien su mano Clarita abarcando mi brazo, y me hizo sentir el movimiento de sus dedos como por preventiva; yo correspondí a su insinuación apretando mi brazo con su mano contra mi cuerpo, y echamos a andar.

—¡Ay, don Pepe! —exclamó doña Rufina, colgándose de mi brazo izquierdo — ha quedado usted como ninguno, merece su medio de carita, cada caída que daba, cada aplauso que le hacían, me electrizaba, no hallaba cómo demostrar mi júbilo, porque como aprecio a usted, los recibía como a mí. Tengo un corazón tan sensible, soy tan extremosa cuando me dedico a querer a alguna persona que me simpatiza, que no está en mi mano poderme contener; yo no sé qué tiene usted, Pepito, que me ha cautivado, que... —Y exhaló un suspiro, se cargó más en mi brazo y quiso descansar su asquerosa cabeza sobre mi hombro; pero olvidándose de su hermosa cornamenta, por poco se rompe una potencia contra el ala de mi sombrero, que a no ser dura me lo rompe de la embestida.

—Señora —le contesté—, silencio —haciéndole con los ojos seña para la derecha —, hay culebra en el charco.

—No tenga usted cuidado, es una bestia, podemos hablar con libertad, está loca.

—Sin embargo, creo que será prudente.

—Para tranquilizar a usted, le diré que sólo tiene una idea fija y de ahí nadie la saca, ahora por ejemplo, está muy enamorada de una flor que se ha imaginado que le dio su Diablo, un ser cualquiera que se supone.

—¿Conque le da por enamorarse?

—Por mil extravagancias, si cada día se va poniendo más rematada, ya no hallo cómo salir de semejante engorro, me quema la sangre, me fastidia; el día menos pensado la encajo en una casa de locas; ya no la puedo aguantar, ha sido causa de mil disgustos, la odio de muerte, a usted se lo comunico porque merece mi confianza. — En cada palabra me daba Clarita un toquecito de dedos.

—Conque déjese usted de temores y hablemos de lo que nos interesa.

—Puede usted decir lo que guste, pero los locos y los niños dicen las verdades.

—Voy a convencer a usted de una vez. —Se soltó de mi brazo y le preguntó a Clarita, parándosele enfrente—: ¿Quién te dio ese clavel?

—Mi Diablo.

—¿Pero dónde está ese Diablo?

—Aquí —y señalando la frente con la mano derecha mientras con la izquierda me apretó mi brazo fuertemente.

—¿Es hombre, bestia, o cómo te lo figuras?

—Es mi Ángel, así se lo he dicho y le he pedido que no me abandone.

—¿Y qué te respondió?

—«Nunca, Clarita de mi alma, mi corazón y mi vida te pertenecen.»

—¿Por eso estás tan empeñada en conservar su regalo?

—Sí y a cada instante lo beso para que conozca que también lo amo.

—¿De cuándo acá te ha dado por quererlo?

—Desde que vi que no le era yo indiferente y le causé lástima.

—¿Y se te declaró luego tu más apasionado amante?

—Sí, luego en sus miradas leía yo lo que quería darme a entender, y me nació de corazón quererlo.

—Pues quíerelo mucho, yo te lo permito, descúbrele tus penas, entrégale tu corazón y fomenta tus ilusiones, yo te doy el parabién y me alegraré que te haga feliz.

—Gracias, Rufina, ya veo que no me quieres mal, déjame con mis ideas y haz lo que te parezca.

—¿Qué cosa le estaba yo diciendo a este señor?

—No sé, no me importa, yo no más pienso en mi Ángel.

—Ya ve usted, don Pepe, ya cambió; ahora ya no es Diablo, es Ángel.

—Sí, sí, aquí están los dos; mi Ángel y mi verdadero Diablo —y repitió sus señas.

—Qué tal, ya son dos los que ocupan su fantasía y dentro de poco aumentará el número.

—Aumentarán los diablos —replico ella—, no dilato en verlos; pero mi Ángel vale por todos; y ahora sí los desprecio, los abomino, los...

—Ya no le hablemos de eso; ya empezó a cargar el juicio y ahora es capaz de suponerse en el infierno.

—Sí, en el infierno, en el infierno, mientras mi Ángel no me lleve a la gloria.

—Dejémosla disparatar y volvamos al asunto: como le dije a usted, no soy dueña de mí misma, lo que por usted sentí al verlo tan obsequioso y caballero, no lo sabré explicar; pero usted como hombre de capacidad conocerá mi tormento, soy muy impresionable y sin que entienda que soy una descocada, una mujer sin vergüenza, le confieso mi delito, Pepito; siento al estar a su lado yo no sé qué cosa, no me cabe el corazón en el pecho y la verdad yo lo... —Y me tiró una cornada más furiosa que la anterior, echándole una rayada a la falda de mi sombrero, mientras Garita me repicaba los dedos, riéndose a solas de la declaración, tan fuera de tiempo, de la vieja, repitiendo: —¡El infierno, el infierno, los diablos! —Yo quise llevar adelante la broma, y le contesté: —Señorita— y apreté mi brazo con la mano de Garita.

—Yo también desde el instante que la vi, sentí cierta emoción que no sé cómo explicarla; me dirijo a la amante solamente —y apreté mi brazo de firme—, le estimo mucho que con tanta franqueza me haya declarado que me ama, y debe estar en la inteligencia de que vive correspondida. Al sentir junto a mi cuerpo el calor de su mano, me electrizo, siento un fuego que circula por mis venas, me embriaga, me encanta, tampoco soy dueño de mis acciones y yo no sé lo que por mí pasa, estoy

loco, loco de amor y permítame que la estreche contra mí... —Alcé mi codo derecho, Clara comprendió mi objeto, acercó su cabeza y la apreté contra mi costado lleno de placer al tiempo que, escorzando el brazo izquierdo, le di garrote al de doña Rufina, que siendo casi sólo la canilla me pareció apretar un palo. No pudo su corazón resistir a la emoción, puso unos ojos de borrego y tiró el tercer tope, tan fuerte, que me aventó el sombrero, se le despuntó una asta y tronaron dos o tres dientes de la peineta; a no ser porque el lance era comprometido, suelto una carcajada al ver las contorsiones de la vieja que me decía, echándoseme encima:

—¡Ay!, ¡ay! Pepito, ¡me precipitas! ¡Jesús, no sé lo que me da!, siento un bochorno, que... —y acabó de descansar su cabeza contra mí, que al percibir la pestilencia de ella, se me revolvió el estómago y volteaba la cara para mi derecha, diciendo:

—Prudencia, señora, prudencia; parecemos los tres locos y locos de atar, déjeme alzar mi sombrero. Y con este pretexto me la quité de encima desprendiéndome de las dos. Tomé el sombrero, y con semblante serio le dije: —¿Ya escuchó, señora, cuál ha sido mi respuesta a la amante que adoro?, ¿sólo a ella, a mi amada? Pero ahora debo de hablar con la misma franqueza a la mujer casada. Es una majadería creer que yo pueda jamás abrigar en mi pecho una pasión criminal, nunca atropellaré los derechos de un marido, ni menos corresponderé a la locura de una casada, que por torpeza se atreve a declararme que me ama, porque si eso fuera verdad, no trataría de arrastrarme consigo a los infiernos.

—¿Pero cómo el corazón es tan caprichoso, don Pepe? —me contestó—, somos las pobres mujeres tan frágiles, ya ve usted, el amor se va a donde quiere, no a donde lo envían.

—Es verdad, señora, así dicen y en mí lo siento, mi corazón es el capricho andando; pero también la voluntad le va a la rienda, contengo sus caprichos quedando mis sentidos expeditos, veo a quién, cómo y de qué manera me dirijo; mi amor es puro y santo y no estoy tan ciego que no sepa distinguir las cosas, ¿comprende usted, señora? no puedo hablar más claro, ser más franco.

—¡Ah! Sí —me respondió echando un suspiro—, ¡maldita la hora en que me casé! En un acceso de mi sensibilidad olvidé que traigo arrastrando una cadena, ¡gracias don Pepe, por sus consejos tan a tiempo!, perdone mi desvarío; pero estoy conforme con saber que no es indiferente a mis sentimientos, prométame que con el tiempo se llegarán a entender nuestros corazones, y mientras, no me desprecie.

—Le prometo a usted, señora, y que no ha de dilatar mucho en que nos conozcamos bien, y que nos queramos tanto, cuanto lo exijan las circunstancias de cada cual, y sus hechos; obras son amores y no buenas razones.

—Con esto me contento, Pepito, soy feliz, y no pierdo la esperanza de...

Capítulo IX

El secreto. Celos. Guerra a muerte. La ganancia. Los fungimientos. El medio muerto. El casamiento. El dedo de Dios

En esto llegamos a la hacienda, la vieja se metió para la sala a saludar a otras nuevas visitas, dándome un apretón en el brazo en señal de cariño, meneándose al andar con la cornadura gacha. Garita me dijo al soltar mi brazo:

—Brínquese por el corral de los bueyes para el jardín, allí lo espero, luego luego —y partió. A los cuatro minutos estábamos ocultos debajo de un empanado, se me hincó repitiendo sus palabras, diciéndome:

—Por el amor de Dios, don Pepe, que me socorra, que me saque de las garras de estas fieras que me están devorando. —La levanté, y estrechándole contra mi seno, me lo humedeció con sus lágrimas y prosiguió:

—Hace muchos años, toda mi vida, que soy la víctima de Rufina, de mi pilmama; quiero hacer a usted depositario de un gran secreto, de que ha dependido mi existencia, he tenido pendiente la vida de un hilo; hoy la Providencia me le envía, Dios ha escuchado mis fervientes oraciones, y condolidose de mi amarga situación: ¡usted me salvará, mi corazón me lo anuncia, llegará el día de la justicia, esos viles criminales no se saldrán con la suya, y su infame delito no quedará impune! Todos me tienen por loca, yo los mantengo en ese error, sólo así he podido conseguir algún descanso, a pesar de que en tan triste papel sirvo de diversión al mundo entero, soy la mofa, el escarnio, y por decirlo de una vez, el juguete de mis mismos enemigos. ¡Ese vil de mi padrastra, esa arpía de Rufina, ávidos de codicia, son ante mis ojos los entes más despreciables! ¡Todo lo sabrá, yo le contaré despacio sus infamias y le repito que por el amor de Dios no me abandone! Entre tanto comencemos por tratarnos como verdaderos amantes, rómpase el turrón.

—Enjuga esas lágrimas, ángel mío. Ya te dije, Clarita, que jamás te abandonaré, que mi corazón y vida te pertenecen, ya te declaré mi amor delante de esa maldecida vieja, y como ahora me insinúas algo del misterio que me imaginé, ya veremos cómo debemos conducirnos: sigue representando tu papel de loca para que nada sospechen, ya nos daremos traza para vernos sin testigos, pon en Dios tu entera confianza, descansa en su Divina Providencia, y con su grande favor procederemos. Ya presenciaste la desvergüenza de esa lechuza coqueta, y es tan bestia que no ha de haber comprendido el doble sentido de mis palabras; para que menos malicie nada, voy a ponerla en ascuas, voy a dirigirles atenciones a las muchas; si se ofrece, a singularizarme con alguna, la he de hacer rabiar. Escucha todo y medita lo que

quieras que yo haga, pues estoy pronto a sacrificarte hasta la vida, pues tú sola eres, Clarita mía, la dueña absoluta de mi corazón. —La abracé con más efusión, ella correspondió cariñosamente, enjugó su pálido rostro, que desde aquel instante se transformó, y me parecía encantador.

—¡Vete —me dijo— y que se haga la voluntad de Dios!

Me volví a brincar para el corral, y ella se puso a cortar flores. Apenas aparecí por la puerta del zaguán, cuando se me presentó la fiera, no encontrándome con los demás concurrentes, me buscó por toda la casa con mucho empeño.

—¿Por dónde anda, buena alhaja? —me dijo con tono chancero—, ya me canso de buscarlo.

Yo le respondí con desenfado:

—Fui a darles un vistazo a mis caballos y a que les dieran pienso.

—¡Eso sí!, yo me había figurado que nos dejaba solas. Ande tantito, vamos a componer la mesa. —Y tomándome un brazo, cual si fuera un chiquillo, me introdujo al comedor, preguntándome, a dónde estaba la loca, como para sorprenderme.

—¿Qué sé yo? —respondí—, más atención me merecen mis caballos que los locos; no faltó quien dijera que la había visto entrar al jardín corriendo.

—Entonces —dijo la vieja con tono de burla—, iría a ver a su Diablo o su Ángel, se habrán dicho a la hora de esta mil requiebros y ambos estarán llenos de gozo.

—Yo creo que sí —le respondí, como ayudándole a bromear—, se abrazarían con frenesí y estarán ya muy complacidos uno y otro, ¡quién tuviera la dicha de estar loco!, con sólo imaginarse cualquier cosa, basta para que la crean realidad, y eso es una ventaja que no tenemos los cuerdos.

—¡De veras, don Pepe! siendo así, yo también quisiera estar loca.

—Para allá vamos —contesté—, ¡paciencia! Que nadie diga de esta agua no he de beber, porque en ella se ha de ahogar. —Mandó a unas de las niñas para el jardín en busca de la loca; éstas le arrebataron sus flores y corrieron para dentro mofándose de ella; las fue siguiendo muy compungida, y al presentarse, le dijo la vieja:

—Mira qué asoleada estás, no parece sino que tu Diablo te ha dado de bofetadas.

—Eso quisieran —respondió— pero puede que no pase mucho sin que se la cobijen al revés. —Siguieron las otras también cargándole; y yo, por evitar que la molestaran, llamé aparte a doña Rufina, diciéndole:

—Impida usted que la provoquen y la molesten, no vaya a ser que fastidiada vaya a contar algo de lo que ha pasado, ha sido un escándalo el nuestro y no nos vaya a poner en un compromiso.

—¡Qué timidez, Pepito!, aun cuando dijera algo, ¿quien le había de dar crédito a una loca?

—Nunca está demás la precaución —le repliqué—, conque regañe usted a esas niñas, ¡basta!, ¡que la dejen en paz!, ¡eso es mucho moler!, ¡una pesadez!

—Voy a darle gusto —y no sólo las regañó, sino que les dio algunos manazos.

Quedó arreglado todo, salí a llamar a los señores mientras ella hacía lo mismo con

las señoras; y como había más gente, me pasé para el lado de los hombres a Clarita, que coloqué a mi derecha, y a la hija más grande de doña Rufina, que al mismo tiempo era la más malcriada y regularcilla de cara, la senté a mi izquierda para impedir otra grosería como la que hizo en el almuerzo; y por no ser de las corregidas, la veía yo con intenciones de seguir haciendo sus chistosadas. Cuando empecé a servir platos, advertí que mi padre no estaba allí; y parándome precipitado iba a que le avisaran, cuando me estiró el amo de la chaqueta, diciendo:

—¿Adónde va?, siga poniendo.

—Voy a que vegame mi padre, caballero, no lo veo por aquí.

—Ahí comerá después, ¡quién sabe dónde andará!, ése es mucho amor filial, don Pepe, ¡no sea tan niño!

—Efectivamente, señor, es mucho amor; y como que es mi padre, sólo a mí me interesa.

—Que vaya un criado a llamarlo —dijo la vieja entrometida—, usted nos hace falta, extrañamos su presencia —y se recalcó en estas últimas palabras para halagar el amor propio de su marido: —Oye, Zacarías —le dijo a uno de los sirvientes—, anda busca a tío Marcelino, el caudillo, y dile de nuestra parte que no comenzamos a comer hasta que él no llegue. El criado estaba distraído, no puso mayor cuidado, y preguntó:

—¿Qué me mandaba usted, señorita? —No le dejé repetir a la señorita su irónico mandato; pues desde que senté a su hija junto a mí se puso hecha un león y no hallaba cómo sonrojarme.

—Que dice tu ama —le repliqué— que llames a comer al señor don Casimiro López, a mi padre, y le hagas presente, que hasta que no venga su merced, no comemos; ya está dicho. Me senté muy serio y suspendí el poner platos.

Doña Rufina conoció mi cólera, el agravio que me hizo secundando las ironías de su marido; y para enmendar la plana, se paró furiosa, murmurando:

—¡Son estos criados muy bestias! Siga usted sirviendo, don Pepe, yo misma voy a llamar a su padre. —El amo se mordía los labios de cólera, su esposa salió como un demonio de rabiosa, y yo seguí poniendo la sopa. A poco rato volvió con mi padre, diciendo:

—Ya venía a pesar de que no le habían avisado.

—Eso sí —dije—, ¿no ve usted, señor padre, que el amo podía haber atribuido su falta a que se le desairaba su mesa? Siéntese en su lugar.

Cuando estaba yo ocupado en servir el puchero, advertí que mi inquieta vecina hizo una travesura a Clarita; y ya se disponía a repetirla, cuando le dije con disimulo:

—Estese quietecita, porque tengo que hablarle, no desvanezca mis doradas ilusiones. —Ella se sorprendió por lo pronto, y luego me preguntó:

—¿Por qué me dice eso, don Pepe?

—Porque todo mi plan viene abajo: tenga usted juicio y seremos venturosos; ahí hablaremos solitos; hágase disimulada, que su mamá la está mirando mucho. —Se

puso muy colorada y no volvió a intentar divertirse con la loca. La atendí con solicitud; cada rato la obligaba a tomar vino y le soltaba de cuando en cuando sus florecitas que no eran mal recibidas. Tanto hice, que la madre lo conoció y estaba celosísima de su hija. No más se rebullía en la silla amohinada, y casi se quedó sin comer, echándome de cuando en cuando unos ojos que despedían fuego; yo me sonreía, y más se llenaba de furor. La comida acabó tardísimo, los licores no escasearon, y a cual más o menos, no dejaba de estar un poco trastornado; por lo que, de común acuerdo, se dispuso que el ganado sobrante se quedara para continuar al otro día la diversión; y entre tanto venían unos músicos que yo mandé solicitar, las señoras se fueron al jardín y los señores en el mismo comedor se pusieron a divertir a los albures; yo pretexté ir a ver mis caballos, y me separé repentinamente. La madre me buscaba por un lado, la hija por el otro, y una y otra querían disimular su interés; por fin fue la primera más necia y la segunda más caprichuda. Clarita estaba en observación y todo me lo contó.

—¿Qué buscas por aquí? —le preguntó la madre después de que se encontraron dos o tres veces por varios sitios.

—Yo nada, mamá —le respondió.

—¿Cómo nada, bribona? Ya te vi estarte secreteando con don Pepe, ¿qué te estuvo diciendo?

—Nada, mamacita, nada.

—Si no me confieras la verdad, te pego.

—Pues máteme usted, porque yo no sé nada.

En vano apuró sus recursos, la muchacha se obstinó en no responder, y ya se trabó cierto capricho en una y otra; la hija en corresponderme, y la madre en impedirlo; y una y otra se espiaban sus movimientos sin separarse, demostrando su mal humor. Mientras Clarita se largó para nuestro emparrado, y me contó lo ocurrido, riéndose de la mejor gana, llegaron los músicos poco después de la oración, y comenzó el baile. Tomé por compañera a doña Rufina, sin darme por entendido de nada; pero advertí lo orgullosa que estaba de que no hubiera sacado a su hija, y ésta me veía como sentida.

A la segunda pieza cambié los frenos; la nana quedó furiosa, la hija me sonreía hasta sin motivo, y al disimulo me dijo:

—¡Anduve buscando a usted por el jardín esta tarde!

—No me atreví, porque su mamá la espiaba.

—Y ¿para qué bailó con ella?

—Porque, como la ama de la casa, le tocaba por derecho.

—Pues yo no entiendo de eso, ¡sólo ha de bailar usted conmigo!

—No puede ser, ¡mi vida!, confirmaría sus sospechas; y adonde me diga alguna majadería, me largo y no vuelvo a pisar esta casa.

—Pues entonces baile usted con todas, pero no con ella; porque si la vuelve a sacar me enojo.

Acabó el vals, y obedecí a mi caprichosa pareja, causándole tal enfado a doña Rufina, que para vengarse de mí se arranchó con el tinterillo del juzgado para darme picones, y eso me dejó libre de sus exigencias. Salí al comedor a ver el jueguito. me tocó mi turno de echar el albur, saqué cosa de ocho pesos que llevaba en la bolsa y otros tres que mi padre tenía, se me hicieron dos cuartetos, y en un instante hice cosa de sesenta pesos; dejé la silla, senté en ella a mi padre y le dije:

—Diviértase su merced tan tito, esto no me gusta, prefiero bailar. Y me volví para la sala dejándolo ya formando rueda.

La maldita vieja parecía mi sombra, no más me seguía, al atravesar una pieza intermedia me alcanzó, se agarró de mi brazo y me dijo:

—Si más le agrada bailar, bailaremos, esquivo caballero.

—No me confunda usted, señora, se ha equivocado —le contesté, retirando mi brazo bruscamente—; yo no soy ese catrín que tanto le fascina.

—¿Pero qué es eso, don Pepe? ¡Qué pronto olvida sus ofrecimientos!

—Yo sé cumplir lo que digo; señora, no ha tardado mucho el desengaño, es usted una loca, y loca de atar, nada hay de común entre nosotros; los hombres a divertirse, las veletas al campanario, lárquese y no acabe de fastidiarme.

—¿Qué quiere decir eso? —me replicó dándose por agraviada y hecha una furia; ¿usted me declara la guerra, después de que me ha provocado enamorándome a mi hija Chole? Todo lo he visto, no soy loca como se figura, se han secreteado cuando la paró usted a bailar, ella se ha reído de mí, ha tenido en poco mi poder; guerra, don Pepe, guerra a muerte, ya que usted la busca; todo lo que tengo de extremosa para querer, lo soy para aborrecer. ¡Dios libre a ustedes de mi furor! —Y se metió para la sala hecha un demonio.

—¡Magnífico! —me quedé diciendo para mí—, esto camina bien, la Cholita pagará el pato, no hay duda; pues para no comprometerla más me vuelvo al juego, y allá se las avengan; ya me quité de encima esa víbora ponzoñosa, ya no podrá sospechar de Clarita, y no pude salir mejor librado de las garras de esta tarasca.

Me acerqué a mi padre, y mirando que no pasaba de lo que le dejé, les dije:

—Señores, si a ustedes les parece, pondremos burlote, gánenme este pico, yo las tejo.

—¡Sí, sí —contestaron—, burlote! ¡póngalo, don Pepe! —Me puse enfrente de mi padre, y empecé a echarles albur y gallo; admitía algunos tecolotes, todos menos, parejitas, pares y nones, cuanto me ofrecían; estuvieron de malas, y en dos por tres los recogí. Empecé a abrir caja, el amo se picó, mandó traer dinero dos o tres veces, y el resultado fue que a las doce de la noche tenía yo ochocientos y pico de pesos en dinero y cuatrocientos en cajas. Los bailadores se fastidiaron y vinieron a última hora a largar también sus medicitos: ¡hasta la doña Rufina sumió lo del gasto y varios escuditos que tenía escondidos! Me dio el sol de cara y eché recogida general. Le dejé a guardar a don Luciano quinientos pesos, y el resto que era oro, después de darles a las niñas su barato de a escudito, en un descuido se lo di a Clarita para que lo

depositara, retirándome con mi padre, después de cenar, a la una de la madrugada.

—¿Quieres decirme, José —me dijo mi padre cuando ya estuvimos en el rancho—, por qué te propusiste mortificarme todo el día, obligándome a entrar en juego? ¿No te he dicho muchas veces que huyo de la sociedad, que sólo quiero vivir ignorado y terminar mis días apartado de todo el mundo? —Le conté lo ocurrido desde nuestra llegada a la hacienda sin excusarle nada, y el propósito que me había hecho de proteger a Clarita y hacerla mi esposa; porque verdaderamente estaba apasionado por ella.

—Es necesario mucha prudencia, José —me contestó—, la cosa no es tan fácil, el enemigo es poderoso, la señora ésa es temible, puede hacerte mucho mal el enojo en que la dejaste; yo te ayudaré en cuanto pueda, ya la suerte se mostró favorable, pues cuentas con ochocientos pesos en bolsa, es preciso ponerlos en salvo, porque es regular que traten de recogerlos; echémonos en brazos de la Providencia, y Ella nos irá marcando el camino que debemos seguir.

Al otro día, estirando mis otros dos caballos, me presenté en la hacienda. El amo se me manifestó muy afable, y a más de los concurrentes del día anterior, estaban otros recién llegados, absolutamente extraños para mí. Después de algunas conversaciones indiferentes se habló del juego, ponderando mi buena suerte; y dirigiéndome el amo, me dijo:

—Ahora nos pondrá usted el monte, ¿no don Pepe? ¿O es tan apegado al dinero que ya le dio sepultura?, nos tiene picaditos, y creo que no se irá de profundis.

—No tengo inconveniente —le contesté—, a pesar de que es tan corto el capital, que en dos por tres me tapan el monte.

—¿O quién sabe —replicó—, si nos volverá a despellejar, porque de veras que es afortunado en el juego, y entonces será desgraciado en amores?

—No tengo experiencia todavía, y podré asegurarle que jamás he jugado formalmente hasta anoche; y como aún quiero ponerles el monte, no sé cuál será el resultado respecto de mi suerte en el juego.

—¿Y en amores, amiguito, qué tal?

—Tampoco tengo experiencia; mi gusto se ha limitado a tener uno que otro caballito regular y a vestirme lo mejor posible.

—Ahora que dice de caballos, amigo don Pepe, dígame: ¿piensa deshacerse de sus cuatatanes? Porque este señor —y me señaló uno de los recién llegados—, creo que le ha gustado el Pito real, un colorado sangre luida muy bonito.

—A ése le apesta la boca —le contesté.

—¿Pues cuánto baila?

—El que quiera pesarle en el lomo y meterle las espuelas como dueño, me ha de dar al chaz chaz, cuatrocientos pesos.

—¿Pues qué sabe leer y escribir?

—Poco le falta, y entre los de su clase no me lo empelan.

—¿Que no nos hiciera el favor caballero —me dijo el forastero—, de que lo

veamos ensillado?, porque de la vista nace el amor.

—Es cosa muy fácil complacerlo, señor mío, voy a echarle mi cacaxtle.

—Y me salí a ensillar; todos los demás se fueron tras de mí, y a su presencia le eché la silla. Lo apreté, lo manoseé por todas partes, me monté, se los bullí a la corta y a la larga, lo acometí a la cerca y la salvó de ida y vuelta con limpieza; en fin, les pregunté:

—¿Qué más quieren que haga este caballo?

—Veremos qué tal se pega al ganado —dijo el amo—, que picaba de inteligente, que le echen ahí un toro de los apartados. —Nos fuimos para el carril y los complací; pues en menos de treinta varas pepené el rabo y pasé, dando una caída de primera. Tanto le gustó al Subprefecto, que por tal de que el amo no se quedara con el caballo, me dijo:

—¡Cuatrocientos veinte pesos por ese cuaco y no digo quién me lo vendió!

El extraño le hizo una seña al amo, y éste gritó:

—¡Cuatrocientos cincuenta!

—¡Sesenta! —replicó el primero.

—¡Setenta! —le contestó el segundo. Y así lo pujaron, hasta que definitivamente el Subprefecto llegó a quinientos pesos, que mandó traer de su casa, diciendo con orgullo que los trajeran en oro.

Al ver al amo disgustado porque no se quedó con el Pito real, le dije:

—Si su amigo de usted tiene empeño en un buen caballo, le enseñaremos al Gavilán (un tordillo melado con que remudé el del día anterior), que aunque no es tan bonito ni tan ancho, no se queda atrás. —Se los paseé también, lo montó el interesado, y después de mil experiencias, me preguntó:

—¿Cuánto quiere por éste?

—Trescientos cincuenta pesos; pero también lo pongo a pública subasta, y se quedará con él el que más puje.

—¡Cinco más! —dijo un comerciante del pueblo que le gustó.

—¡Diez! —respondió el amo—. Y para no cansarte, también lo vendí en cuatrocientos pesos, en oro, pues nadie ganaba al tal amo a vanidoso. Ya no me quedaba más que un rosillo flor de durazno, que aunque no era de la ley de los otros, tenía bonita estampa y era más nuevo, el cual lo vendí en trescientos pesos, y en dos por tres me tienen a pie, sin más avío que un grullito que me estaba acabando de arrendar mi padre. No se pasó una hora sin que me encontrara con dos mil pesos largos disponibles, y empecé a cavilar la manera de asegurarlos bien. No faltó pretexto con que pedirle a don Luciano mi depósito, y al entregármelo me dijo:

—¡No sabe cuánto cuidado me quita con llevarse su dinero, porque el sujeto ése que se quedó con el Gavilán me parece pollo de cuenta! Temía que en un descuido abrieran la alacena y me pusieran en un aprieto; sáquelo con precaución y mire bien dónde lo pone. —Lo saqué sin que nadie lo advirtiera y se lo di a guardar a tío Marcelino, así como el oro y demás picos que me pagaron de la caja que di en la

noche anterior, lo tenía repartido en todas mis bolsas, y trataba de dárselo a mi padre. Al salir en su busca, sentí un golpe en mi sombrero, causado por un hueso de capulín, volví la cara y vi a Clarita dirigirse para el jardín muy aprisa y hacerme seña de que me brincara por el corral.

Partí sin demora, y al verme solos me dijo muy llena de cuidado:

—Mira, Pepe, cómo te libras de la trampa que te han puesto. Mi padrastró, picado porque anoche perdió, está de acuerdo con el que quería comprar el Pito real, para ganarte todo.

—Pero, ¿cómo lo sabes, Clarita, de dónde supones tal cosa?

—No es suposición, porque yo he visto todo el enredo; en él está también de acuerdo Rufina y otro que anda ahí de la barba güera. Todos se encerraron en la recámara, donde, como de costumbre, estaba yo arrinconada; y como no les causo temor, a mi presencia estuvieron señalando una baraja según les pareció, y cuando acabaron exclamó mi padrastró muy satisfecho:

—¡Ahora me las va a pagar ese orgulloso contrabandista! Mi empeño en que vendiera sus caballos, fue para que tuviéramos tras qué caer; es de a tiro pichoncito, no sabe ni aun barajar: el viejo es muy torpe, y yo les aseguro que ni los huesitos le truenan.

—¿Pero estás seguro —advirtió Rufina— de que ponga el monte?

—Respecto de eso no hay cuidado, porque en presencia de todos se comprometió; ahora lo que interesa —prosiguió diciendo mi padrastró—, es que nada malicie, todos trátenlo bien, y principalmente tú, Rufina, que tanto aprecio como le mostraste en el día, fue de indiferencia por la noche.

—¡Con razón! —respondió muy colérica—, ¿cómo me ha de gustar que me ande enamorando a Cholita, y ésta ensoberbecida se me insurreccione? ¡Es un pícaro el tal don Pepe de siete suelas, y tan audaz, que al reconvenirle su mal proceder, me ha dicho que soy una veleta y quién sabe cuántos insultos más! ¡Como tú de que te pones a jugar no haces caso de nada, no me pareció conveniente decírtelo anoche! Con eso, quiera que no quiera, tengo que manifestarme ofendida, cuidar a mi hija y no separarme de ella, para que no se burlen de mí.

—Pues por ahora prescinde de todas esas cosas —le previno su marido—, nada le ha de suceder a esa niña con que le platique o le haga uno que otro cariñito, el caso es manifestársele complaciente, para que no vaya a maliciar algo, procura darle una satisfacción y engolosinarlo con Chole, que ya nos las va a pagar todas juntas, y tendrá que marcharse por ahí con cajas destempladas a pie y andando, si no es que lo dejamos hasta sin camisa, echando de ribete sus buenos puros orizabeños. Conque obra con sagacidad y no vayas con una torpeza a desbaratar nuestros concertados planes. —Todos se retiraron, y yo con disimulo me vine para avisarte que pongas tu dinero en salvo, suplicándote que por vida de lo que más estimas no admitas jugar, aunque te comprometan.

—Te agradezco, vida mía, tu cuidado; y para tranquilizarte, toma, reúne este

dinero con el que te di anoche, no me quedan más que quinientos pesos en plata que le di a guardar a tío Marcelino; y como eso es lo que nos ha de servir para nuestros planes y las armas con que hemos de atacar y defendemos, primero me sacarán un ojo que quitarme un peso. Para no verme en el caso de ponerles el monte, ya tengo meditada mi excusa, voy a fingir una desgracia, a que me dé un golpe el caballo, me hago el mortecino y no vuelvo en mí hasta mañana, o cuando se me antoje, pues mi objeto es quitarme el lazo sin que ellos crean que fue pretexto; de manera, que si yo voy a echar de ribete media docena de puros, ellos van a perder hasta su marcada de baraja y unos cariñitos que le voy a hacer a la malcriada Cholita delante de su señora madre, para que solita se muera de rabia; conque ya estás advertida, no te asustes; sólo tú y mi padre estarán en el secreto, esconde este dinerito y deja rodar la bola, que Dios nos auxiliará. —Se fue a guardar el dinero, me brinqué para el corral y todo quedó arreglado. Dieron la voz de ¡almorzar! y yo, como el día anterior, me puse muy contento a servir a todos, sin olvidarme de mi padre; doña Rufina me empezó a guiñar los ojos y sonreírme con estudiada coquetería, yo la obsequié con finura; la Cholita se me enjoscó, y un cariñito en un carrillo casi en los bigotes de la vieja, que se hizo disimulada, bastó para contentarla; el amo aparentó mucha jovialidad, los demás me manifestaban su cordial estimación; en fin, todos nos reíamos con buen humor y fue el momento de los fingimientos. El amo me fingía sus atenciones, los demás su amistad; la vieja me fingía su amor, su hija se fingía esquiva; Clarita fingía su locura, y yo a todos les fingía que era un guaje propio para tomar agua. De ahí es que todos se reían de mí y yo de todos. Pero suspenderemos tantito mi relación, déjame observar la encrucijada, no vaya a ser que nos traten de sorprender los mañosos de este rumbo.

Pepe se adelantó cosa de cien varas silbando el sonecito del Canelo, llegó al sitio indicado, descargó una pistola, y luego silbó muy recio, de una manera particular; se le reunió Astucia, preguntándole:

—¿Qué hay?

—Que no me engañé, si no me adelanto y doy el santo, nos meriendan; mira ese cacho de puro ahí ardiendo, voy a llamarlos para hacerles su prevención. Repitió el silbido fuerte dos veces, y a poco rato se oyó el galope de caballos que venían presurosos; se acercaron tres enjorrogados, y quitándose los sombreros, uno de ellos dijo con tono sumiso:

—Usted mande, señor amo.

—¿Adónde está el *Ratón*?

—Señor, está de baja por enfermo.

—¿Y quién les ha dicho a ustedes que han de venir a sanjuanear por estos rumbos?, ¿no les tenemos prevenido que no nos interrumpen el paso?

—Señor, nosotros no sabíamos que sus mercedes vendrían por este camino, ¡como siempre transitan más arriba!

—Los charros Hermanos de la Hoja transitamos por donde se nos da la gana.

—Por eso, señor, en cuanto oímos el santo y seña, nos retiramos.

—¡Corrientes! Avísenle al Ratón que se cuide, porque si faltan a lo que se les ha prevenido, han de hacer unos colgados muy feos, ¡lárguense!

—Con permiso de ustedes —respondió aquel hombre muy curtido, y se emboscaron tomando la cuesta arriba.

—Ve tomando lecciones, hermano, ¿ya ves el miedo que nos tienen estos gandules?, a este parajito, lo llaman Tres Caminos, y dista como dos leguas del camino que llevamos nosotros con las mulas; conque ahora podemos seguir sin cuidado el relato que suspendí.

—Pues, señor, como te iba diciendo, todos reíamos de todos, y cada cual sólo sabía la causa. Cuando nos paramos de la mesa quiso la vieja apropiarse de mi brazo, la hija le conoció la intención, le ganó la delantera y se me afianzó diciendo:

—Vamos, vamos. —Me hice sordo y esperé a doña Rufina que, como no se aguantaba, aplacó su cólera y quedó muy satisfecha; las fui a dejar al tablado y en el tránsito me dio mi piquete, ponderando mi buena suerte y animándome a que pusiera el monte, agregando:

—Esos señores amigos de mi esposo que ha visto usted son unos rancheros abajeños muy ricos, y yo no sé por qué me avisa el corazón que poniendo usted la partida se va hacer poderoso, son payotes y se los mete usted debajo del brazo.

—En cuanto a eso, señora, yo no soy avispa, jamás he jugado sino por gusto y sin aventurar gran cosa: ayer con diez o doce pesos hice ochocientos, ese es el azar; hoy, para asegurarme mejor, voy a ponerles un tompeate que tengo por ahí guardado, y mas que me quede a pie lo he de rifar. Casi tengo por cierto que no se han de chispar la espina así no más, a mi no me engendraron en el año del hambre, ni le tengo apego al dinero.

—Yo lo que siento es —dijo Cholita—, que por ponerse a jugar no bailamos.

—Para todo hay lugar —contesté—, dejo a mi padre en la partida y yo me voy a la sala.

—No tendrá usted ese gusto —respondió la vieja—, porque los músicos no dilatan en irse; sólo se ajustaron para anoche, y se han estado haciendo remolones para ver si los contrataban para hoy.

—Entonces bailaremos, Cholita, voy a pagarlos por mi cuenta y que nos toquen desde ahora; espérenme un momento o váyanse andando. —Las dejé solas y corrí a buscarlos, volviendo con ellos habilitados de sus instrumentos: cuando llegué estaban madre e hija en una acalorada disputa.

—¿Para qué has obligado a ese hombre a que baile y gaste su dinero en los músicos? —decía la madre.

—Y usted —le respondió la hija—, ¿para qué lo ha comprometido a que juegue y que aventure su dinero?

—Yo sé por qué lo hago.

—¡Y yo también!

- Pues yo le diré que no baile.
—¡Y yo le pediré que no juegue!
—¿Veremos quién gana?
—¡Lo veremos!

Yo corté el diálogo que escuché subiendo aprisa a acomodar a los músicos, y la presencia de éstos impidió que la cuestión pasara adelante.

Como los caballos que tenía útiles los había vendido, le pedí a mi padre el grullo que tenía ensillado.

—No te sirve este caballo, José —me dijo—, es muy cosquilloso, todavía no coge bien el freno y se te puede ir o dar por ahí un traspies.

—Para lo que lo necesito está inmejorable —le contesté.

—Pues le pondremos tu silla, yo estribo muy corto.

—No, señor, déjemelo así, porque ésa está buena para resistir patadas y que la haga pedazos este animalito. Descubrí mi plan para que no tuviera cuidado y también hiciera su papel. Como el día anterior, me tocó en segunda cuadrilla, pero acompañado de los amigos charros que iban en los caballos que vendí. Al instante de partir, observé que un airón que se había levantado hacía que la polvareda de los que corrían impidiera ver qué tal quedaban, y no pude menos que exclamar:

—¡Gracias, Providencia Divina, tú me ayudas! —Nos echaron nuestro toro, todos partimos como un rayo, a mete mano, quise enderezar mi caballo con sólo la rienda, a tiempo de balnearme, y me pegué un cabezazo tan bien dado en las narices que me hizo ver estrellitas, sacándome el chocolate. Cuando me desataranté del golpe, me encontré envuelto en una nube de polvo, mis compañeros me dejaron a media carrera, y aprovechando el instante tan favorable, me apeé violentamente, aflojé el cincho, le volteé la silla al caballo para la barriga, lo dirigí para la hacienda, y pegándole un cuartazo, partió echando patadas como demonio; yo me tiré boca abajo untándome la sangre de las narices por toda la cara, dando gracias a Dios porque sin ningún riesgo todo me había salido a pedir de boca.

Cuando se desapareció la polvareda, venían mis compañeros poco a poco por el extremo del carril, mi caballo pasó como exhalación frente al tablado acabando de hacer pedazos la silla, testirió al primero que lo quiso atajar, y no parando en la hacienda tomó todo el llano; yo fui apareciendo tendido de largo a largo en la mitad del corredero, lleno de sangre y tierra. Cuando todos los de a caballo arrancaron a verme, me echaron encima dos o tres zarapes, unos me querían enderezar, otros dar una arrastrada a cabeza de silla para desatarantarme, quien me estira una pierna, otro un brazo; en fin, cada cual disponía de lo que le parecía; y si no hubiera sido por mi padre, que se sentó en el suelo, me tomó en sus brazos, y acomodó sobre sus piernas, me descuartizan vivo entre todos. También los del tablado llegaron presurosos, el señor cura me tomó el pulso, y al descubrirme la cabeza y verme con aquella careta tan horrorosa, luego luego mandó uno de a caballo que fuera a escape por el santo óleo; otro arrancó en solicitud de un médico mandado por el amo, y abrigándome más

me condujeron para la hacienda en otros jorongos, entre cuatro o seis comedidos. Luego que la vieja me vio, hizo una exclamación de espanto, y Cholita otra de susto.

—¡Qué desgracia! —decía apretándose las manos, y la madre exclamó: —¡Jesús! ¡Jesús!, está el hombre horroroso, vámonos, vámonos, yo no soy para ver esto —y obligándola a que se retirara la hizo cogerse de un brazo del huizachero y tomó el otro diciendo—: Me alegro de esta ocurrencia porque ya no bailarás con ese bestia que se ha medio matado por guaje. —Picada, su hija le contestó:

—Ni usted tampoco jugará.

—Dios te ha castigado por rebelde, por cabezuda. —Y volvió a encenderse la disputa que paró en que le dio a la pobre muchacha sus manazos y estuviera hecha un demonio contra de mí, de manera, que cuando llegaron conmigo no quiso facilitar una cama para que me pusieran, pretextando que la pondría hecha un asco y que no tenía valor para habitar donde estuviera un matado, por lo que me anduvieron trayendo de pieza en pieza, y ya me iban a llevar para la vivienda de don Luciano, cuando advirtiendo que Clarita, cerrando su pieza, hizo una demostración de repugnancia al verme, sólo por mortificarla dijo:

—Pongan a ese hombre en ese cuarto; ahí está esa cama que aunque la empuerque nada se pierde. —Entonces aquélla alzó los hombros como negándose, conociendo el espíritu de la vieja; ésta insistió en que allí me colocaran; Clarita fingió salirse violentamente, pero la tomó de un brazo, le dio un empujón para adentro y llena de ira le dijo:

—Aquí te has de estar, voluntariosa; yo te he de enseñar a que me obedezcas; si miro que te separas, te daré muchos manazos. Ahí, ahí te has de quedar aunque te lleve el diablo, y se salió para afuera.

Clarita se sonrió, y con un semblante alegre se sentó en su baulito que estaba cerca del rincón, mostrándose a todo indiferente. Llegó el de los santos óleos y el médico casi a un mismo tiempo, tras de él volvieron a entrar la vieja y demás comparsa, me estuvo el señor cura oleando, y yo como si estuviera privado de todo conocimiento dejándome voltear sin hacer demostración ninguna, suspendiendo hasta el resuello; cuando ejecutaban esta operación, estaban las muchachas y vieja mofándose de Clarita con mil boberas. Una le decía:

—Qué chulo está tu Diablo, vas a ser muy dichosa.

—Es buen mozo, mira qué linda cara, y así mil simplezas a que ayudaba la vieja. El cura, mirando aquella jácara que armaban, le dijo con tono serio:

—Señora, vaya usted con esas niñas a la sala, y mejor que burla, póngase a rezar por este hombre que tal vez esté entregando el alma a su Creador. —La vieja se puso negra de cólera y se salió seguida de aquella parvada de cócoras, Clarita iba a seguirla, y deteniéndola le dijo:

—Ya te mandé que ahí te estés, cabezuda, y ojalá que de veras te lleve el Diablo en cuerpo y alma, indina. —Y se volvió a meter mucho más gozosa, a colocarse en una silla por los pies de mi cama.

Después que acabó el señor cura su ceremonia, siguió el médico, me pulsó, me alzó los párpados, giró la cabeza, puso el oído en mi pecho, y después de otras mil experiencias dijo con tono sentencioso:

—¡Debe morir! —Yo decía para mí:

—Eres muy sabio, para eso nací.

—¿Cómo fue el golpe? —preguntó. Cada cual supuso lo que le parecía, hubo sus opiniones y convinieron por fin en que había sido de cabeza. Para ejercer su facultad, me quitaron la chaqueta y me plantó una sangría en el brazo izquierdo, con tal chabonada que después de mil puyazos consiguió picarme la vena, disculpando su torpeza con que mi gravedad no permitía la regular circulación de la sangre, recetó una pócima y bálsamos que fue otro mozo a traer al pueblo; esperó el efecto de la sangría, con intención de emparejármela si no daba yo esperanzas, y se salieron para fuera porque ya era hora de comer; así que nos dejaron solos, Clarita se me acercó y con voz doliente me dijo:

—He tenido un gran tormento, Pepe, ya no te hagas mortecino: ni de chanza quiero verte en ese estado, ¿qué de veras te has lastimado, mi vida?

—No tengo nada, Clarita mía: desecha todo temor, Dios ha protegido mis planes. Señor padre, la cosa marcha, ya que está al tanto de todo y que me ofreció ayudarme vamos a darle gusto a esa maldecida vieja; a la nohecita, se va usted al rancho, recoge sus cosas, el dinero que tiene tío Marcelino, el que le di a guardar a esta niña, todo lo carga en mis mulas, me dispone un caballo y me espera en el puente de San José; porque esta noche a fuerza de fuerzas, carga este Diablo con esta loca en cuerpo y alma.

—¿Pues qué, piensas hacer un rapto, José? —me preguntó sorprendido.

—No encuentro otra salida, señor; si no aprovechamos esta ocasión en que me dejan solo con ella y se empeñan en que me la lleve, creo que para después ha de ser dificultoso.

—Pues, hijo, te hablaré con franqueza, jamás consentiré, ni menos podré ayudar a que hagas semejante calaverada, que redundaría en perjuicio de todos y motivaría nuestra deshonra. No me meto en contrariar tu voluntad, ya veo que se quieren; que te has empeñado en sacarla del infeliz estado en que se encuentra; con mucho gusto le daré el título de hija, pero repruebo el modo de hacerlo; para quitarte el lazo de que hoy te dejen hasta sin camisa, vete aliviando por grados, que ya mañana Dios dirá lo que convenga hacer.

—¿Qué dices, Clarita?, ¿cuál es tu parecer? —le pregunté.

—Yo estaría por otra cosa —me respondió—, fíngete más aliviado, y ya que puedas hablar, te llaman al señor cura para que te confiesen, le comunicas todo bajo el sigilo de confesión, él fue muy amigo de mi padre, es bueno, y seguro está que publique nada; si se ofrece, dile que hace mucho tiempo que nos queremos, que... cuando tú creas necesario para pintarle la cosa muy comprometida, desengañaño de todo, para que mi locura no sea inconveniente, que me lleve depositada al curato

mientras que todo se allana, porque la verdad, yo también estoy resuelta, contando con ustedes, a no depender de mis verdugos.

—Pues déjenme a mí solo este asunto, vete a comer, y tráeme algo porque la verdad tengo hambre. Ya me ocurrió una veteranada y buena, dentro de poco la realizaré felizmente.

—Ya te advertí mi modo de pensar —dijo mi padre—, no vayas a cometer alguna torpeza para que pare en perjuicio de nosotros y principalmente en detrimento de la causa.

—No tenga cuidado, ya está meditado.

Se fue Clarita a la cocina y en un descuido se trajo un buen trozo de asado, pan y una botella de vino, con lo que los tres echamos un pienso regular. Cosa de las cinco y media de la tarde entró el amo con el médico quien me preguntó, dándome de gritos, cómo me sentía; así que me dio dos, le respondí con mucha debilidad:

—Ma... a... lo...

—¿Qué le duele? —me dijo otro que venía con él. Yo con bastante dificultad me señalaba el pecho, y le dije:

—A... a... a... aquí... un... pa... a... dre.

—Que pide un padre —replicó el médico, sí, un padre, llame usted al señor cura.

A poco volvió con él; el médico al ver que empezaba a hablar exclamó:

—Ya comenzó la sangría a hacer su efecto, el pulso está mejor; sino que ahora ya subió un tanto la calentura, se queja del pecho y no hay duda sino que tiene el mal interior; que tome su pócima, y no pierda usted tiempo, señor cura, que se confiese cuanto antes. —Me dieron la pócima y manifesté mucha dificultad para pasarla, el médico meneaba la cabeza para uno y otro lado diciéndoles a los concurrentes:

—Malo, muy malo, éste es un síntoma que no me gusta nada; está interesado el cerebro, y camina a grandes pasos. Esto de los golpes es muy expuesto y de un momento a otro desaparecen las gentes; vámonos retirando y que ejerza el señor cura su ministerio. —Todos salieron, siguió el señor cura haciéndome tomar más pócima, y en la pieza siguiente se representaba otra escena; doña Rufina fue muy quejosa diciéndole a su esposo:

—¿Qué dices, qué impertinencia de estas gentes? El señor cura no hace mucho, nos despidió mandándonos a rezar, y ahora Chole no quiere que se baile porque está ese hombre enfermo; al cabo no es nada nuestro para que todas le estemos haciendo el duelo, y como está tan inmediata la sala cree que le perjudiquen nuestros brincos. Nunca me han de faltar disgustos y tener que sufrir impertinencias de gentes extrañas: ¿qué, porque algún necio se avería, han de estar los músicos ganando el dinero de balde y las muchachas se han de poner en oración a encomendarle el alma?; esto me gano por tener buen corazón.

—No se apure usted señorita —le respondió mi padre—, no más espero que se confiese mi hijo y cargaré con él a donde no causemos tanto mal a personas tan caritativas como usted. Voy a prevenir un pepestle, una zaranda o cualquier cosa en

que ponerlo. —Ya iba a salir, cuando lo detuvo el amo diciéndole:

—¿Adónde va? no sea bobo, ¿cómo se ha de llevar a su hijo en el estado en que está?

—Pero, señor, ¿qué he de hacer?, me lo llevaré como pueda adonde no turbe la alegría de la gente despiadada, sin brizna de juicio y mentecata.

—¡Ése es un insulto a mi esposa, tío Casimiro!

—Es una contestación a sus necedades, señor amo. —En esto entró el administrador y dijo a la vieja:

—Está usted haciendo falta en el baile, señorita; ya les improvisé un salón en el despacho. Y a usted, señor, lo esperan en la pieza de allí junto: está la mesa puesta, la baraja, luces y los trescientos pesos que me ordenó le tuviera listos. —Se salieron, y llamando a don Luciano le dijo:

—Vea cómo impide que ese viejo vanidoso cargue con su hijo, no se vaya a morir por el camino y se diga que tenemos la culpa porque lo desalojamos de aquí.

Entre tanto esto aconteció, yo fui poco a poco volviendo al uso de la palabra sin dejar de quejarme a cada instante. Comenzó el señor cura a consolarme con palabras dulces, a que me entrara la conformidad y comencé mi confesión ayudado por él, diciéndole que mi amor hacia Clarita era viejo, que estábamos en mutua correspondencia, pero que circunstancias muy apremiantes y comprometidas nos habían obligado a mí a disimular mi pasión manteniendo vivo el fuego de mi amor, y a ella a estarse fingiendo loca porque su existencia iba de por medio; por último, le dije, que mi padecer en aquel momento no tenía límites, que me sentía muy grave, y que mi principal aflicción era morirme dejando a esa niña burlada, que si conseguía cubrir su honor y hacerla mi esposa, tranquilo esperaría la muerte.

—Pero, ¿que no está falta de juicio esa criatura?

—No, señor, llámela usted; haga las pruebas que guste; por su propia conservación, por las circunstancias agravantes que hay en otro asunto de mucho compromiso para la infeliz, ha tenido la necesidad de fingir tan miserable papel, y yo que sufrir semejante ultraje a mi querida, a la que sin duda será la madre de mis hijos; ahora que me miro bastante grave, por el amor de Dios le pido que nos dé las manos; que ella sea mi esposa, y que el fruto de nuestro amor lleve mi nombre... —Y me quedé como aletargado; se asomó el cura, llamó a Clarita, le hizo variadas preguntas, confirmó mis palabras de que teníamos relación amorosa, y no contento con su opinión que nos empezó a ser favorable, le hizo señal al Juez de Letras que andaba refrescándose en el corredor, le consultó amistosamente el asunto; entre los dos multiplicaron sus preguntas, y opinó el Juez también por la verdad; para más satisfacerse se fue a traer al médico, quien también hizo sus observaciones y ratificó la opinión, declarando todos que estaba en su entero y cabal juicio.

—¿Cuántos años tiene usted niña? —preguntó el Juez.

—Señor —le contestó ella—, nací el año de ochocientos y tantos; cuando murió mi padre quedé de seis años, el año de... y ayer a las dos de la madrugada he

cumplido veintitrés años.

—Es cierto —replicó el Juez—, ya es mayor de edad, señor cura, y puede disponer de su persona sin necesidad de la voluntad del tutor.

—Y usted, señorita, ¿tiene voluntad de casarse con este hombre que mira aquí moribundo?

—Sí, señor cura, ése ha sido mi ánimo desde que lo conocí.

—Pues llámeme a Marcelino. —Luego que éste se presentó, le pidió el manual, un Santo Cristo, estola y demás cosas que necesitaba, y con presencia de otros concurrentes extraños se procedió sin demora a darnos las manos con las formalidades de estilo más precisas en estos casos, pues yo por momentos podía agravarme según la opinión del facultativo que cada tanto me pulsaba, sacaba el reloj y encarecía la circunstancia. Cuando ya estábamos en media ceremonia, entró una de las chiquillas de doña Rufina, se quedó admirada, y conociendo lo que se trataba arrancó a avisar; se le paró a la vieja enfrente al tiempo que iba a bailar y estirándole el túnico, le dijo:

—Mamá, mamá, ya se están casando el Diablo y la Loca. —No le hizo caso, sino que incómoda le dio un empujón para que no la molestara, diciendo:

—Mejor, mejor, que sea para bien del género humano tan linda pareja. —La niña desolada se fue a decírselo al tata, que en la actualidad estaba con vapores, corriendo un albur bastante interesado, lo ganó y para quitársela de encima, le contestó:

—Ya lo sabía yo, hijita, vete, no mortifiques. Pero viendo que insistía, por tal de que se fuera le dio una peseta y le dijo:

—Anda a darle esto a tío Marcelino, y dile que repique por tan clásica celebración.

La niña partió, dio la orden y la peseta a Marcelino, y éste lleno de júbilo se trepó con otros muchachos a la azotea de la capilla, y ya echaban abajo las tres campanitas que había.

Al repique salió doña Rufina desaforada, el amo dejó la baraja y llegaron a la pieza de la loca cuando el señor cura bendiciendo, dijo.

—*Item passe.* —Clarita, llena de júbilo en presencia de todos exclamó:

—Pepe, querido esposo mío, recíbeme en tus brazos. Y se inclinó con entusiasmo, abrazándome frenética, uniendo su pálido semblante con el mío sucio aún y ensangrentado.

—¿Qué es esto? —preguntó el amo sorprendido.

—Nada —contestó el cura—, la esposa que abraza a su esposo, véalo usted, eso es muy natural, nada tiene de extraordinario.

—Pero eso no puede ser, señor cura —replicó doña Rufina—, esa mujer está loca, ese casamiento es nulo, ha sido usted engañado.

—No necesito, señora, de la opinión de usted —le contestó—; yo sé lo que hago y es excusado su parecer.

—Pero esa mujer no es libre —replicó el amo—, yo soy su curador, nada puede

hacer sin mi voluntad.

—Qué pronto olvida usted caballero —dijo el Juez de Letras—, que ayer ha cumplido esa señorita veintitrés años, que ya no está bajo la patria potestad de su tutor, si antes no ha habido algún motivo justo con que prorrogarle a usted el cargo jurídicamente.

—Sin embargo, señor Juez, ese casamiento no es válido; esa mujer está falta de juicio, es una insensata; yo no puedo consentir el que no se cuente conmigo, yo la sacaré de las garras de ese infame. —Y trató de tomar a Clarita de un brazo; ella se excusó y arrimándose junto a mi cama le dijo:

—No hay poder humano que me quite del lado de mi marido: ya no soy aquella infeliz hijastra que ha tratado usted con la punta del pie. Me es muy sensible, señor, tener que decirle a la persona que le he dado algún día el título de padre, que es un infame, que ha abusado de su poder y de mi incapacidad, que hastiada de la mala vida que he sufrido, he encontrado por fin mi único consuelo en los brazos de un amante esposo; déjenos en paz y les perdonaré cuanto mal me han causado.

—¿Pero, qué tienes tú que perdonamos, indina, mosca muerta? —gritó doña Rufina—, ya conozco tus alimañas, eso del clavelito, tu fingimiento por hacerte insensata, ¡y yo tan bestia que a fuerza te obligué a que te agarraras de su brazo!; ya caigo en la cuenta por qué hizo aquella distinción hablando del amante con tanto fuego, continuando en un sermón para la mujer casada; eso primero lo decía por ti, y yo, miserable, ¡les ayudaba! yo misma lo mandé poner aquí y te obligué a que te quedaras, eso es infame, inicuo, yo no puedo sufrir más, ¿así correspondes a mi cariño?, malagradecida, canalla, después que te he servido de madre.

—Cállate, Rufina —le contestó Clarita—, no mientes esa palabra, no me recuerdes cosas que trastornan mi razón al pensar en ellas, déjame con mi esposo y calla, calla por amor de Dios, por tu bien.

—¿Qué bien, ni qué ojo de hacha?, di lo que sepas, ingrata.

—Sí, sí —prosiguió el padrastro—, no necesitamos de tu perdón, no mendigamos tu gracia, esas palabras dan en qué entender, esos dichos te han de costar caro, yo pleitearé, haré nulo tu casamiento ¡y no conseguirás vivir un instante con ese pillo que te ha seducido, que ha abusado de tu candor!, ¡es un vill!, ¡un ladrón! en suma, un ¡contrabandista!

—Señor amo, modere sus palabras —dijo mi padre—, no quiera rasar a todos con un rasero; ya llevó ayer un desengaño, no sea tan fácil en hablar de los hombres; yo soy su padre y no permitiré que porque lo mira tirado en esa cama, lo esté insultando.

—Eso es —prosiguió la vieja—, defiéndalo usted; yo puedo decir con experiencia que es un infame seductor, un... —No la dejó Clarita acabar la frase, pues arrojándosele al cuello le arrancó los hilos de perlas, diciendo:

—Y yo también tengo experiencia de quién eres, maldita, una ladrona que andas luciendo en tu asqueroso cuello estos hilos de mi madre: quítate, no nos provoques. —Y a la vez que le quitó los hilos, le dio un empujón tan fuerte, que dio un testerazo

contra una rinconera, que eso la defendió para no caer patas arriba; el amo, incómodo, sacó una navaja de muelle y quiso arremeter con ella. Mi padre se puso de intermedio y desenvainando su belduque qué llevaba en la bota, le dijo con mucha socarra:

—Contenga su lengua, señor amo, entre en razón, esta niña es mi hija, yo tengo sangre en el cuerpo, no aguanto muchas pulgas y aunque me mira viejo, no me tiembla la mano ni me falta corazón. —Intervino el señor Juez diciendo:

—¿Qué es esto, señores? —Don Casimiro, retire su arma, no lo ciegue la cólera, advierta dónde está y quiénes estamos aquí presentes.

—Es verdad —contestó mi padre—, señores, perdónenme si acaso he faltado en su presencia, pero es muy natural salir a la defensa de mis hijos; yo no soy el que insulta ni me he propasado, sólo me he puesto a la defensa para evitar un atropello y como aquí el amo quiere remitir a los navajazos su justicia, era necesario advertirle que esa niña no está sola y que para un hierro hay otro hierro; les vuelvo a pedir mil perdones. —Y quitándose su sombrero guardó su puñal en la bota.

—Y usted caballero —dijo el Juez al amo que aún conservaba empuñada su navaja—, también advierta en lo que hace; está en presencia nada menos que de las tres autoridades, la eclesiástica, judicial y política, lo mismo que en la de sus amigos, su familia y niñas que no deben presenciar estas cosas: deme usted esa arma que está muy mal en sus manos; si tiene derechos que deducir y cosa que alegar, para nulificar un acto tan solemne, como ha sido el casamiento de su tutoreada, no quiera con hechos escandalosos demostrarlos, para eso están los tribunales respectivos, entre en razón, porque de lo contrario, me veré en el caso de tomar alguna providencia seria para evitar fatales consecuencias.

—Tiene usted razón, señor Juez, aquí está la navaja, pero repito que estos infames no se han de quedar riendo, y pido que esa mujer que ha faltado a mi esposa, que ha atropellado los miramientos y el respeto que le debe a la que le ha servido de madre, sea conducida a la cárcel, en presencia de ustedes se le ha arrojado despojándola de las alhajas que a mí me han costado mi dinero, ese atrevimiento merece castigo, y pido justicia, señor Juez, justicia contra la hija desnaturalizada, la tutoreada rebelde, contra esa vil malagradecida, mi honor lo exige, mi deber lo demanda, el ultraje a mi esposa no se ha de quedar impune. Ella ha provocado mi cólera, que sufra el condigno castigo.

Clarita en este momento se paseaba, se retorció los brazos, quería llorar, gritar y hacía tan extraordinarias demostraciones que puso en cuidado a los circunstantes, principalmente al cura, al Juez y al facultativo, que sorprendidos la miraban, hasta el extremo que dijo el cura al Juez al oído:

—Hemos hecho un pan con unas migas, creo que esa criatura está falta de juicio, véala usted bien.

El amo que no dejó de advertir aquello siguió a la carga, pero interrumpiéndole sus impropiedades exclamó, como cansada de haber sostenido una tuerca lucha:

—¡Basta ya de sufrimiento! También mi honor lo exige, mi deber lo demanda, ustedes me precipitan, ¿quieren justicia, y que no queden impunes los delitos? Pues bien: ¡que caiga su peso sobre los infames! Se descolgó una bolsita que llevaba pendiente del cuello, y con paso firme, voz clara y distinta, dijo:

—Señor Juez, rompa usted ese trapo, impóngase de lo que deposita, yo pido justicia, y ejerciendo su probidad y rectitud obre como su deber lo exige.

El Juez descosió con el cortaplumas la bolsita, se fue para la rinconera dándoles la espalda a todos, desdobló con cuidado un papel amarillento con una mancha roja en la parte del sobre, otro que contenía cuatro papelitos chiquitos con cierta cantidad de polvos blancos cada uno; en el primero, a pesar del miserable estado de roído, se percibía distintamente el relato siguiente: «Querida Rufina: te mando ocho papelitos del veneno que te dije. Dale a tu ama uno en la bebida de la botica y si ves que no surte efecto, dobla la parada, procurando que sea de noche para que no llame la atención de los demás asistentes, el sobrante quémallo para que no quede ningún indicio y en caso de sospechas que recaigan sobre el boticario; luego que muera esa mujer, mándame avisar con este mismo criado; ten mucha prudencia porque de ello resultará nuestra felicidad, etc.». Y seguía el nombre y firma; más abajo, y con letra y tinta diversa, decía: «El día 22 del mismo año y mes murió mi madre doña fulana de tal, envenenada por su criada Rufina que la hizo tomar cuatro papelitos iguales a los adjuntos, y pongo esta razón para que si se me extravía ésta, me la devuelvan o la pongan en manos de la justicia. Clara de...» Desdobló otra carta en peor estado, llamó a uno de los concurrentes, le habló al oído y se salió a cumplir su orden; entonces el Juez leyó también para sí lo siguiente:

«Veintidós de... de 18... Ya sé que a esa mujer se le arrancó a las dos de la mañana, mándame luego a don Julián que fue alcalde el año pasado, para que firme el testamento falso que tengo hecho, y hasta que yo te avise no haces público el fallecimiento de tu ama que fue; porque no puedo sufrir a esta maldecida de Clara, te la mando, procura que sepa su orfandad poco a poco para que no arme escándalo; trátala con mucho cariño, pues como única dueña y heredera, nos conviene por ahora su conservación mientras aseguramos los intereses, que después no faltará modo para quitárnosla de en medio; quema todos los papeles, friega bien los trastes, no vaya a ser que un descuido nos cueste caro; yo iré por la noche después de la raya, etc.» La firma, letra, tinta y papel igual a la anterior; guardó el Juez con cuidado todo aquello dejando descubierta la firma, y al voltearse para los concurrentes, le dijo a Clarita:

—Tranquilícese usted señorita, nunca es tarde para la justicia, no hay deuda que no se pague, aquí anda el dedo de Dios.

El amo al escuchar aquello se puso pálido, luego negro y apretando los puños decía:

—¿Qué superchería es ésa, señor Juez?, ¿qué nueva trama ha fraguado esa loca maldecida?

—Seréne usted, señor mío, y mientras lo informo dígame: ¿conoce usted esta

firma?

—Sí, señor, pero esa firma puede ser de las muchas que hace tiempo me falsificaron y por cuya razón tuve que cambiarla.

—¿Y la letra?

—La letra también es mía y no la excuso.

—No seas guaje —dijo doña Rufina—, si la firma es falsa también debe de serlo la letra; yo desde ahora aseguro que ésa es una picardía de esa hipócrita; ella que tenía empeño en saber leer en carta y escribir, la ha de haber fraguado para robarte alguna cosa, es capaz de todo y...

No la dejó continuar la presencia de un nuevo personaje, el Alcaide de la cárcel que quitándose el sombrero, se dirigió al Juez diciendo:

—Usted mande.

—¿Vino esa gente?

—Sí, señor.

—Que entren.

Y se fueron presentando seis hombres con sus fusiles.

—Asegure usted —le ordenó el Juez al Alcaide—, a este hombre y a esta mujer, póngamelos en calabozos separados y que no se comuniquen con nadie hasta nueva orden.

Y se guardó en la cartera los documentos.

—¿Al amo y su esposa? —preguntó sorprendido el ejecutor.

—Sí, señor, a los mismos.

Y Clarita dejándose caer en la cama para no ver aquella escena, exclamó:

—¡A los asesinos de mi madre, infelices, yo les perdono de todo corazón; querían justicia, pues que ella obre como crea de su deber!

El amo pronto sucumbió al peso de su remordimiento y se dejó asegurar saliendo para afuera; pero la vieja se puso hecha una leona, rabiosa arremetía contra aquellos pobres indios que, por vería de túnico y peineta le tenían miramiento, no consintiendo que se le acercaran; dando arañazos y patadas, nada escuchaba, pues con ojos verdosos, centelleantes, sus hermosos dientes y prevención de sus uñas, parecía un gato encongado; blasfemaba llenando a todos de picardías, y estaba retratable en aquel instante representando a las furias de Satanás, toda desgredada, echando espuma de rabia; por último, mirando el Alcaide que no se dejaba agarrar, que a todos arañó y pateó, se le acercó de repente y tomándole un brazo se lo torció tan fuerte y violentamente que la hizo rendirse dando de aullidos; fue necesario en peso sacarla de allí y en un carretón asegurarla, porque se encaprichó en no pararse, seguir pateando y mordiendo, haciéndose como culebra, maldiciendo a todo el mundo. Las hijas aumentaban la grita con sus lamentos; los convidados unos se enternecían, otros hacían mil comentarios, y mirando aquel trágico fin cada cual se fue despidiendo.

A las siete de la noche estaba aquello que se ardía; los amos colocados en el carretón custodiados. Su familia y sus sirvientes lloraban tras ellos; los músicos se

largaron por su lado y por contraste de tan extraordinaria escena, tío Marcelino subido en la azotea con sus ayudantes repica y repica, pues ninguno les había dado contraorden, queriendo devengar bien los dos reales de gratificación. A don Luciano le encargó Clarita que fuera a ver dónde colocaban a los presos, y les proporcionara todo cuanto fuera posible para su comodidad, y que a las niñas las dejara en la casa de una tía, hermana de su padraastro.

El médico me dejó un método y ofreció volver temprano; el cura cerró con el notario su información matrimonial. El Juez con sus documentos en la bolsa en unión de otros vecinos se despidieron; el Güero y su compañero se aprovecharon de la confusión, y por tener una memoria de su digno amigo, cargaron con el Gavilán ensillado y enfrenado y otras chácharas de don Luciano que tenía en la alacena, adonde suponían estar guardado mi dinero; en resumen, a las ocho de la noche no había en toda la habitación principal de la hacienda, más que mi padre, mi esposa y yo; me paré, me lavé la cara y tratamos de cenar pues no dejábamos de tener alguna necesidad. Nos dirigimos para la cocina, era aquello un campo de batalla; todo el brasero inundado de mole, cazuelas quebradas por todas partes, trastes rotos, pues los perros y gatos aprovechando la confusión de las cocineras, entraron furiosos a saco con cuanto pudieron, de allí no logramos sacar nada útil, y de la despensa fue donde amenizamos nuestra merienda con carnes frías, sardinas, y otras cosas por el estilo, pues por no dejar, no había en la cocina ni lumbre; nos sentamos con la mayor tranquilidad sin querer recordar a Clarita nada de lo acontecido porque le causaba tristeza. Y ahí me tienes, hermano, en un tumbo de dados con cuanto podía apetecer; dos talegas de pesos, mi padre a la derecha, mi esposa a la izquierda, y aquella hacienda y otras dos fincas en Querétaro de pilón, sabiéndome aquellos bocados deliciosos, y aquel vino a néctar del paraíso. Cuando acabamos de cenar, a invitación de mi padre nos fuimos a la capilla, y no te puedes figurar lo mucho que me impresionó al ver a Clarita dar las gracias a la Santísima Virgen de la Luz que era la patrona, con unas palabras tan dulces y un fervor que me enternecieron, y lloraba como una criatura de puro regocijo; por último convenimos en que hasta que no rectificáramos en el altar nuestro enlace y se hicieran las demás fórmulas, nos trataríamos como tiernos hermanos. Nos puso nuestras camas en la sala y ella se metió a dormir a las piezas interiores. Cuando estuvimos solos me dijo mi padre:

—¿Qué te parece, José, cómo te decía yo bien que no fueras a hacer una calaverada, y que Dios dispondría todo? Desde que ayer escuchaste nuestras ausencias, su Divina Majestad no permitió que hubieras puesto en obra tu primer impulso de vengar nuestro honor ultrajado. ¿Qué fuera de nosotros, o al menos de ti si te metes al despacho, le reconviene a ese hombre y le pegas? Hoy estuvieras en la cárcel que él está ocupando. En todo lo acontecido en estos dos días, ha obrado el dedo de Dios, como dijo el señor Juez; sólo él pudo haberte sugerido aquel extraño modo de vengarte a lo decente; y digo extraño, porque conozco tu genio quisquilloso y tu resolución atrevida; si no hubiera sido por esa juiciosa determinación, esa pobre

niña sigue en su vida de tormentos; tal vez con ella muere su secreto —¿quién había de creer a una insensata?—, y los delincuentes, los infames asesinos de su madre, no hubieran expiado aquí tan horroroso crimen. Conoce al mundo, José, no te fíes de las apariencias, caras vemos y corazones no sabemos; tan pronto como se les perdió el respeto a los tales amos, todos los juzgaron unos miserables criminales. Cayó la corteza, apareció la lepra, y lo más que obtuvieron de todos los concurrentes fue una expresión de lástima, no sirviéndole a esa pobre mujer ni su traje de seda, ni sus muchos adornos con que como el escorpión encubría su ponzoña para que no la llevaran amarrada, y ambos están a estas horas llenos de remordimientos comenzando a pagar sus crímenes: éstos son los verdaderos hipócritas. ¿Qué dices del que no podía tratar a los contrabandistas, y los deseaba ver colgados? ¿De la que tenía un corazón tan sensible y era tan impresionable y delicada? Ya lo has visto, en un carro fueron bien acomodados, y quién sabe cómo les vaya al freír de las peras. Me complace más ver a esa pobre niña libre de esos demonios que la martirizaban, que cuanta conveniencia e interés encierra este negocio; si es posible, renuncia a ellos, y haz feliz a esa criatura; con lo que tú adquieras por tu trabajo y yo, que te ayudaré en cuanto mi vejez me lo permita, nos bastará.

—¡Gracias! señor, ¡gracias! —le contesté—, ya veremos cómo se van disponiendo las cosas, y por lo pronto quiero que mañana mismo entregue usted a don Luciano las estancias, pues teniendo yo posibilidad, no permito que siga haciendo más el triste papel de dependiente, ni menos en esta hacienda.

—Pero, José, yo no quiero serte gravoso ni estar de ocioso.

—No, señor, no hay necesidad de que usted trabaje; siempre ha estado usted empeñado en darme gusto, y hoy quiero que no dependa de ninguno, que se dedique a ser fiel custodio de su hija; ya tiene esta obligación que a nadie le puedo encomendar.

—Pues si así lo dispones, que sea en buen hora, le entregaré temprano a don Luciano las estancias y mudaré tus mulas y demás trastes para el rancho de mi compadre Serapio.

—Corriente, y con su bendición señor padre, voy a dormir, y usted haga otro tanto.

Le besé la mano y apagué la vela.

Capítulo X

El nombramiento. La declaración. Justicia divina.
Hipertrofia. Triste desengaño. Protesta de amistad

Al otro día temprano me instalé en la cama de Garita después de desayunarme bien; de modo que cuando el facultativo vino me halló en el mismo sitio muy aliviado; me prohibió que me levantara, me dejó recetadas una friega y una bebida y ordenada una rigurosa dieta; ponderando su acierto y eficaz asistencia porque mi gravedad fue extrema, y me sacó con su ciencia de las garras de la muerte cuando ya tocaba los bordes del sepulcro. Acallé su charlatanismo con darle una onza, le ofrecí mandarle noticia por escrito del estado de mi salud para que no fuera necesaria otra visita.

—Ya por ahora, amigo mío —continuó—, cumplí como facultativo, ahora como encargado, pongo en sus manos estas comunicaciones del señor Juez de Letras, que habiéndome llamado a su juzgado para reconocer unos polvitos que obran en la causa del asunto de anoche, los cuales son de verdadero arsénico según lo he jurado, me dio este encargo diciéndome de palabra que, vienen abiertas porque soy persona de confianza, que interponga usted su influjo para con su señor padre a fin de que no se excuse del encargo que judicialmente se le confiere, ayudándole a formar unos exactos inventarios de cuanto se conoce perteneciente a la testamentaría del finado D... padre de la señorita esposa de usted y que mañana o pasado pasará por aquí a tomarle declaración. Conque ya también cumplí con esa encomienda, y me resta sólo ofrecerme a las órdenes de ustedes, etc., y se despidió.

Abrí las comunicaciones: una era para mi padre, nombrándolo depositario de la hacienda y demás bienes de la testamentaría, previniéndole que se procediera desde luego a formar un minucioso inventario con presencia del Alcalde auxiliar inmediato, a quien mandé con tío Marcelino llamar inmediatamente, y que ínter se arreglaban los asuntos se le pasaran a mi esposa doscientos pesos mensuales para alimentos, dejando a su voluntad el habitar en la hacienda u ocupar las fincas de la ciudad para su residencia, y usar de todo cuanto necesitara, facultando al depositario para la remoción, quita, o aumento de dependientes que no le merecieran entera confianza, pues el juzgado le hacía único responsable.

La otra comunicación era para don Luciano, el administrador, mandándole que pusiera todos los bienes de manifiesto para la formación de los inventarios, que quedaba bajo las inmediatas órdenes del depositario con quien se entendería en todo, si acaso le convenía dejarlo en su colocación. A poco rato llegaron los dos, después de saludarnos me dijo mi padre:

—Ya acabé de entregar a este señor las estancias: sólo nos falta que tanto tú como

yo, le demos las debidas gracias por la consideración y confianza que me ha dispensado.

—Déjese de esos cumplimientos, tío Casimiro —contestó—; me dijeron que era hombre de bien y por eso lo coloqué; estoy satisfecho de su buena conducta, y siento que me deje; ahora, volviendo a otra cosa: ¿qué piensa usted hacer, amigo don Pepe?, yo quisiera que sin que crea que lo echo de la casa, procure cuanto antes ausentarse; los amos están presos, a usted y a esa niña los consideran como sus enemigos, y no me parece conveniente que mientras ellos están en el limitado círculo de un asqueroso calabozo, ustedes estén a sus holguras en su casa, yo que les como el pan, creo que debo tomar en este asunto algún interés por su causa; yo siento en el alma proceder así, pero las circunstancias me ponen en el fuerte compromiso de no consentir que aquí permanezcan por más tiempo y...

—Voy a quitarle esa tentación, a consolarlo —le contesté, y comencé a ponerme la chaqueta.

—No se precipite, don Pepe, hace mucho sol; ahí se irá a la tarde, está medio convaleciente y...

—Vea usted esa comunicación, don Luciano —dije con menosprecio, y como por equívoco le di la de mi padre; la leyó lleno de sorpresa y cuando acabó le pregunté:

—¿Cómo dice ahí abajo?

—Señor don Casimiro López.

—¡Ah!, entonces no es la de usted; pero le servirá haberla leído para que vea que al tratarse de mi padre le cambie para en lo sucesivo el Tío por el don porque ese apodo sonará mal al señor depositario. Ahora, impóngase de esta otra. —Un color se le iba y otro le venía, así que acabó dijo con semblante compungido y abochornado de su ligereza:

—Perdóneme usted don Pepe; ignoraba esta superior disposición, obraba sin esperar semejante variación en un momento. Señor don Casimiro López, estoy a sus órdenes, y mande lo que guste.

Entre tanto esto pasaba, llegó el auxiliar y otros dos que iban a servir de testigos; mi padre acabó de leer su nombramiento, y aunque lo vi con ánimo de no admitirlo, una mirada significativa y otra suplicante de mi esposa, lo hicieron aceptar, y dijo:

—Por ahora, don Luciano, mande que arrimen el ganado manso; al escribiente que tenga listas las copias de libretas; el mayordomo sus herramientas; el trojero sus aperos, y cada cual lo que tiene a su cargo, pues ya vio que las órdenes son ejecutivas, y es necesario cumplir cada uno con su deber.

Se retiró aquel hombre, dando pasos largos como si pisara lana, tal fue su sorpresa y la energía con que mi padre le dio sus órdenes. Al tercer día, quedó terminado el inventario, y al cuarto, en la capilla de la hacienda ratificado con todos sus requisitos mi casamiento. Cuando vio don Luciano que con sólo mi padre era suficiente para el manejo de la hacienda procuró separarse. El amo y su adorada consorte continuaron algún tiempo incomunicados, y la declaración de mi esposa que

vino el Juez a tomarle fue la siguiente, que expresó bajo el juramento, etc.:

—En el mes de marzo del año de... falleció mi papá de un violento ataque que le impidió desde luego el uso de la palabra, de modo que no pudo decir la causa de su mal, lo que sentía, ni disponer de sus cosas. En esa vez contaba yo cinco años cumplidos, y a pesar de mi corta edad, aún recuerdo el accidente.

El dependiente que estaba en esta hacienda de mayordomo, al verlo mi mamá tan sumiso, obediente y servicial, le encomendó el manejo general de los intereses. Supo ese bribón ganarse la confianza, luego la voluntad, hasta que por fin logró quedarse con todo; pues casándose con mi mamá, de un infeliz sirviente pasó a figurar como único amo.

Apenas había pasado un corto tiempo, cuando fue descubriendo su verdadera condición, pues de manso cordero, se convirtió en sangriento lobo; fue el más déspota tirano, siempre estaba de mal humor, por cualquier cosa armaba pendencia y nos hacía pasar una vida infernal, excepto a Rufina mi pilmama que trataba con alguna condescendencia, y ella engreída por esto, casi diariamente provocaba la discordia, hasta el extremo de que olvidándose de los muchos favores que le debía a mi mamá, pues la recogió huérfana y desvalida, en la mayor miseria, llegó vez en que ensoberbecida alzó la mano para su bienhechora, mi padraastro le dio la concedida; se hicieron a una, la cosa se incendió dando por resultado el que encarnizados todos, fuera mi mamá la víctima, pues recibiendo muchos golpes y patadas en el pecho, quedó tirada en el suelo medio muerta; yo que presenciaba aquella escena, naturalmente procuré defender a mi mamá, pero mis esfuerzos sólo se redujeron a aturdir con mis chillidos y ver cómo conseguía ofender a mi padraastro; en un descuido pude abarcarle una pierna y darle en ella una buena mordida, él al sentirse agraviado, me dio un fuerte gaznatón que me aventó a gran distancia donde caí bañada en mi sangre; no por eso me acobardé, sino que antes bien, con más entusiasmo me volví presurosa a ver si podía darle más mordidas. Entonces le dijo a Rufina:

—Llévate a esa muchacha y degüéllala en la azotehuela, en el matadero. —Ella me afianzó, me enredó mi rebocito en la cabeza y cargó conmigo para afuera.

Al pasar por la cocina estuvo afilando el cuchillo contra el metate; yo creía que era el último instante de mi vida; la falta de respiración y el susto tan grande que me dio, me causaron un trastorno general; me zumbaban los oídos, la vista se me nubló, un nudo que sentía en la garganta y una opresión grandísima en el pecho fue el preludio de que me quedara privada de sentidos. Debí seguramente estar así algunas horas, pues ya de noche volví en mí, me encontré en mi cama, apestando a vinagre y untada de bálsamos. Me traté de parar y no pude más que darme un golpe contra la silla más inmediata, al ruido entró mi padraastro, me alzó y con tono muy áspero y serio me dijo a tiempo que también llegaba Rufina:

—Mira, Clara, que si cuentas a cualquier persona lo que has visto, sin remedio que ésta te degüella en la azotehuela con los borregos que allí matan para el gasto; ya

lo sabes, Rufina, amuela el cuchillo y tenlo prevenido.

Yo tímida y acobardada les ofrecí callar, pues todavía no me salía el susto, y creía que eran muy capaces de cumplir sus amenazas. Hasta el otro día conseguí ver a mi mamá, que no habiendo recibido ningún golpe en la cara sólo la tenía encendida por la calentura y apenas podía hablar porque la tos continua no la dejaba. Como todo lo acontecido sólo pasó entre nosotros, ninguno supo la verdadera causa, Rufina empezó a esparcir la voz de que mi mamá tenía pulmonía, fue siguiendo con más firmeza su gravedad y porque en la hacienda no había recursos, se la llevaron en una criba cargándola cuatro peones para el pueblo, y Rufina fue a asistirle dejándome a mí encargada con la molendera, quien mirando que a fuerza quería irme, también me encerró en una pieza y se fue a hacer sus quehaceres. Al tercer día llegó un criado diciendo que mi mamá estaba mejor, y que decía Rufina que sin falta le remitiera el remedio. Mi padrastro le mandó al mozo remudar caballo, y se puso a escribir esa carta que ha leído usted primero, señor Juez, en la cual metió un bultito con ocho papelitos, la cerró y pegó perfectamente con lacre; cuando el criado volvió me mandó a la cocina a que le dieran un bocadito, al estar éste almorzando entró mi padrastro y le dijo:

—Luego que acabes, te vas muy pronto mas que revientes el caballo, porque este medicamento precisa mucho; envuelve bien esta carta, no la vayas a perder. Se la dio y fue a ver a unas personas que lo buscaban. Yo misma le ayudé al mozo a envolverla, y por estarla magullando llevada de la curiosidad, se me ensució de chile el sobrecito, y ésa es la mancha roja que se nota; como creía que sería un remedio eficaz, violenté al criado; al verlo partir decía llena de candor:

—¡Ánimas, que llegue pronto este hombre! —y con el aliento quería transportarlo al pueblo en un instante, tanta era la fe que tenía yo en el remedio con el que suponía que mi mamá sanaba. Al otro día temprano llegó el criado con un papel de Rufina; mi padrastro, por lo pronto, se demudó, luego, poniendo un semblante más alegre se puso a contestarle. Como yo desde que se llevaron a mi mamá, todo el día lo molestaba con que me llevaran con ella, redoblé mi llanto, tanto lo molí con «yo quiero ver a mi mamá, que me lleven con mi mamá, y toma y vuelve mi mamá», que ya al instante de irse el criado lo llamó mi padrastro, lo hizo echarse a las ancas y con mucha cólera me alzó de la cintura y me dio un fuerte sentón en la silla diciéndome:

—¡Váyase con mil demonios a moler a su madre!

—Presta esa carta —le dijo al criado. La hizo pedazos y se metió a escribir otra; la segunda que leyó usted, la cual por no ensuciarla el criado me la dio a que yo la llevara y por un olvido me quedé con ella en el seno y no la entregué a Rufina. Cuando llegamos a casa, sólo me apeó el criado y se fue violentamente con otra razón de Rufina; me estuvo entreteniéndome con que no podía entrar porque mi mamá estaba recogida, y que había pasado mala noche, se entretuvo con otras rancheras de la hacienda almorzando y haciendo jácara; aprovechando su descuido me metí para la recámara violentamente, estaba todo oscuro, y deslumbrada nada percibía; a tuestas di

con la cama, y frenética me arrojé sobre mi mamá.

No sé qué pavor me cogió al juntar mi rostro contra el suyo y sentirlo frío y tieso; la tentaba, le gritaba, y en vano esperé a que me respondiera. No satisfecha aún, quise verla por mis propios ojos, me fui a la ventana, abrí completamente una hoja y me pareció percibir un movimiento de sus párpados; comencé a voltear por todos lados, y noté sobre una rinconera entre otros papeles la carta manchada de chile, la abrí y me encontré en ella los papelitos, vi otros varios esparcidos por allí, y no dudando que sería el eficaz remedio susodicho, ansiosa me dirigí con ellos a la cama para echárselos por la boca, pero me quedé petrificada cuando al acercarme advertí que las moscas le estaban entrando y saliendo; maquinalmente los envolví en la misma carta, me los metí en el seno y echándome sobre el cadáver yerto y frío de mi madre comencé a dar furiosos gritos; al oírlos acudieron todos, y tomándome Rufina de un brazo, me decía:

—No la despiertes, no la despiertes, mujer.

Yo no pude hablar una palabra, una opresión grandísima en el pecho me impedía hasta el poder respirar y me quedé sobre la cama sin movimiento, oyendo y viendo todo, pero tan débil que no podía moverme. Me pusieron en un colchón que estaba tendido en el suelo enfrente de la cama y me quedé como una muerta, sin menearme; entonces Rufina mandó salir a las otras con distintos pretextos, juntó precipitadamente todos los papeles de la rinconera y los que andaban esparcidos por el suelo, hizo un montón de ellos a los pies de la cama y les prendió fuego con uno de ellos que encendió en la lamparita agitándolos para que prendieran pronto, luego vació la botella de la bebida en la bacinica, y revisando una cuchara de plata con sorpresa, la restregaba contra los ladrillos, sin dejar de estar amontonando los últimos restos de los papeles. Entró una de las que la acompañaban y ocultó precipitada la cuchara.

—¿Qué está usted haciendo, por Dios? —le dijo la recién llegada—, está esto negro de humo.

—Quemé unos papeles para renovar el aire, porque la pobre difuntita apesta mucho.

—Pues abra usted la vidriera, niña, si no nos ahogamos; que entre el viento.

—Es verdad, no lo había advertido... yo no sé lo que hago, estoy atontada, la pesadumbre me tiene embargados los sentidos, y como me ha cogido de sorpresa esta desgracia tan inesperada, parece que se me quiere salir el corazón por la boca. ¡Ay! ¡Jesús de mi alma!, ¿qué es lo que ha sucedido?

Y comenzó a lanzar gritos y aullidos fingiendo un terrible llanto, enmarañándose la cabeza, hasta que entraron las otras mujeres acompañadas de varias vecinas del pueblo: entre todas casi a fuerza la sacaron de aquel sitio que le causaba tanto pesar, sin que ninguna se acordara de mí, lo cual me complacía, porque creyéndome privada no les infundí sospecha alguna. Poco a poco fui consiguiendo respirar con más franqueza, y ya estaba casi repuesta de aquel ataque, cuando llegó mi padrastro con

varios amigos suyos; también armó bastante escándalo; quería matarse con una pistola, la que con dificultad le quitaron de la mano; bramaba como un toro, se mesaba los cabellos y no quería separarse de la mitad de su alma, según decía. Por fin a fuerza de súplicas y de persuasiones lo sacaron para la pieza inmediata y trataron de llevárselo para otra casa; después de mil empeños, accedió previa la condición de que le permitieran siquiera ver por última vez el cadáver de su tierna esposa, de su adorada mujer. Entró con Rufina, cerró la puerta, se dirigió hacia donde yo estaba escuchando todo, y le preguntó:

—¿Qué tiene esta muchacha?

—Se desmayó como el otro día en cuanto vio muerta a su madre.

—¿A qué hora expiró?

—Como a las tres de la mañana.

—¿Y no hizo muchos extremos ni se resistió?

—¡Que no! Mire usted cómo todavía tengo señalados sus dedos; se puso hecha una fiera, no quería seguir tomando la bebida, y para que no fuera a perderse la ocasión, le vacié otros tres papelitos, me le subí encima y a fuerza de fuerzas, le hice pasar tres o cuatro tragos tapándole las narices. La lucha duró más de media hora, y si no le amarro las manos, quién sabe cómo hubiera yo salido, porque tenía fuerzas y se defendió bastante.

—¿Y qué hiciste con los demás papelitos y con mis cartas?

—Ya ardieron.

—Pero, ¿estás satisfecha de haberlos quemado?

—Vea usted las cenizas; ya fregué los trastes, la cuchara con que revolví los polvos, mirando que no se le querían quitar unas manchas negras que tenía, la he fundido en la hornilla. No tenga usted cuidado, todo lo he previsto, no crea que soy tan tonta.

—Sin embargo, procura que nadie sospeche nada; muéstrate muy apesadumbrada, que yo voy a hacer otro tanto, no vaya a hacer el diablo que nos coman el trigo.

—¡Pobre de la persona que yo sepa que ha traslucido cualquiera cosa! —dijo ella—, porque no faltarán más polvitos con qué envenenarla.

—O un puñal con qué despacharla pronto —replicó mi padrastro—; ya en el burro, pocos son los doscientos: ¿estás ahora contenta Rufina?

—¡Sí! —respondió ésta arrojándose en los brazos de su cómplice—, ¡seré tuya hasta la muerte!

Mi padrastro correspondió a las caricias de Rufina, diciendo después en voz alta y compungida:

—En cuanto vuelva mi hija en sí, que me la lleven.

Se puso el pañuelo en la cara como recogiendo sus lágrimas, y salió para afuera. Uno de sus amigos lo tomó de un brazo y seguido de los demás, se lo llevó para su casa. Rufina continuó haciendo alharaca con sus aclamaciones y llanto, que renovaba luego que llegaba alguna nueva persona; yo tuve la necesidad de mostrarme aliviada,

pues aunque estaba muy hallada, con estar siquiera en la pieza con el cuerpo de mi madre, era imposible sufrir a aquella mujer que hasta del cadáver se burlaba hipócritamente; cerca de la oración, me llevaron muy tapada con mi padraastro, allí sí pude con desahogo dar expansión a mi llanto, y meditar en cuanto había visto y oído, no quedándome duda que mi mamá había sido víctima de mi padraastro y mi pilmama, que los cuatro papelitos que tenía en mi seno, eran el resto de los que esa pérfida empleó para matarla; muy presentes tenía sus amenazas, envenenar o asesinar a la persona que les infundiera alguna sospecha, y temerosa de que me fueran a encontrar aquellos papeles que suponían quemados, me fui a la cocina con el fin de hacer lo mismo, pero la gente que allí había, me hizo cambiar de designio, me ocurrió echarlos al común pero estaban muy bajitos y derramaban para el corral, por fin, no tuve más que hacer por entonces que acomodarlos perfectamente en mi ceñidorcito, de manera que no hicieran mucho bulto, reservándolos para destruirlos en ocasión más oportuna; el domingo fue el entierro, y el lunes caminamos para la hacienda; allí la curiosidad de saber qué decían las cartas de mi padraastro, me hizo esconderlas envueltas en un trapo, en la juntura de unos adobes de la cerca de la huerta, cubriendo el frente con unos rejoncitos de ladrillo, y empecé con mucho empeño a tratar de saber leer en carta; cuando tuve la oportunidad de hacerlo, fue hasta el año, y al siguiente, le puse a la carta la nota que tiene al calce, con la esperanza de que algún día podría presentar aquellos documentos a la justicia. Desde que mi mamá faltó, comenzaron mis padecimientos físicos, pues Rufina descaradamente se constituyó luego luego, en ama de la casa, hasta el extremo de obligarme a manazos a servirle de criada, comenzó a tener criaturas y más se aumentaron mis padecimientos, pues tenía que andarlas cargando, limpiando y hasta lavar los pañales, siendo la que sufría toda la cólera de esa malvada por cualquiera cosa que aconteciera; porque lloraban, porque no se les daba gusto en sus antojos, en fin, ya no era posible sufrir tanto malestar; jamás fui dueña de un juguete, de un rato de distracción, ni de estrenar un trapo, pues constituida en criada de mi criada, me molestaba de día y de noche.

Inventó mi padraastro irse a la ciudad a establecer un comercio, huyendo al mismo tiempo de la epidemia; y mirando que Rufina hizo unas bolsitas de reliquias con estampitas de San Roque, San Luis Beltrán y otros santos, yo también hice la mía en su presencia, y ocultamente, en lugar de las estampas, coloqué mi depósito que diez años estuvo escondido en la barda; no le fue bien con su proyecto, y nos volvimos a la hacienda a poco tiempo, haciéndome cada día la vida más insoportable porque a gracia tenía la madre las maldades y ordinariieces que sus hijas cometían conmigo a cada instante, hasta el extremo de que mi padraastro dijo regañándolas:

—¡Caramba! ¡Cómo molestan a esta niña! Es capaz que la vuelvan loca: déjenla descansar, no sean majaderas.

Un instante duró la enmienda, pues continuaron con sus manías.

Estaba yo lavando un día, y la más grande de esas muchachas me arrancó del cuello mi bolsita de reliquias, empeñándose en romperla; yo que sola sabía lo que

contenía, me paré resuelta a quitársela, y arrancó a refugiarse con la madre; siguió allí la lucha y viendo que ya mero se la quitaba, se la dio a Rufina para que la abriera suponiendo que allí guardaba yo otra cosa; ella por darle gusto, y más que todo, por mortificarme, tomó las tijeras para descoserla. Yo me quedé fría al ver en sus manos aquel depósito y para evitar que lo viera, en un descuido le arrebaté la bolsita enérgicamente; se paró llena de ira a querérmela quitar, se me amontonaron todas y mirándome perdida si sucumbía, tomé un palo no muy grueso que servía de tranca, y me arrojé sobre ellas dando trancazos por todos lados; a los dos o tres que le di a Rufina cayó al suelo descalabrada y las hijas asustadas huyeron de mí; entonces conocí lo comprometido de mi situación, y no hallando cómo salir bien del lance, me ocurrió llevar adelante el pronóstico de mi padrastro, y tomé por pretexto que, habiéndome quitado mis reliquias, me quería llevar el Diablo porque no las tenía; todo fue obra de un momento y para hacer bien mi papel, seguí para las otras piezas dando de gritos, rompiendo vidrieras y golpeando puertas, sin dejar de repetir:

—¡Que me lleva el Diablo! ¡Que me lleva el Diablo! ¡Mis reliquias! ¡Mis reliquias que me han robado! ¡Denme mis reliquias! —y a cuantos encontraba arremetía furiosa; así me abrí paso hasta llegar al despacho y escondiéndome tras de mi padrastro seguía repitiendo mis gritos más sobresaltada, sin contestar a ninguna de las multiplicadas preguntas que me hacía, demostrando en todas mis acciones un completo delirio; él se paró muy asustado tratando de sosegar me; cuando entró Rufina muy ensangrentada y sus hijas apaleadas y quejándose de mi atrevimiento, enseñando una su rotura y las demás sus contusiones, yo me apreté fuertemente de una pierna de mi padrastro implorando su socorro, figurándome que en ellas miraba al Diablo; compadeciéndome, en lugar de enojarse contra mí, al decirle Rufina:

—Mira cómo nos ha puesto esa indina.

—Me alegro —contestó lleno de cólera—, eso y mucho más se merecen; hasta que se salieron con la suya; esta criatura está loca, lárquense de aquí antes de que les asegunde; ya no tengo paciencia para sufrirlas. Y buscaba algo con que festejarles. Yo proseguí con mi exigencia de que me dieran mis reliquias porque si no me llevaba el Diablo.

—¿Qué reliquias son ésas? —me preguntó.

—Las que me arrancó Chole del cuello; vea usted el pedazo de cordón, Rufina las tiene, ella me las ha escondido; a fuerza quiere que me lleve el Diablo. —Y proseguía en mis gritos.

—Voy a traerlas, espérame aquí.

—No me deje usted sola, no me deje usted sola.

—Pues ven conmigo.

—No, allá tiene Rufina al Diablo —y me resistía a salir.

—Entonces enciértrate por dentro mientras vuelvo, voy a traerte tus reliquias.

—Pero no se dilate mucho, vaya, vaya usted pronto.

Luego que salió cerré la puerta por dentro, me fui a la ventana y desde allí estuve

espiando lo que hacia, teniendo en la mano izquierda, muy bien asegurados mis documentos; a todos regañó, suponían que en mi arrebató las había tirado, buscaron por todas partes y ya trataba hasta de pegarles también, cuando Rufina por quitárselo de encima, le dio la suya que estaba hecha en igual género, en mejor estado, y era más grandecita. Me la llevó, la desconocí exigiendo la mía, y me dijo que mientras parecía, me pusiera aquélla, que también tenía reliquias. Empecé a dudar de la que contenía, y para aquietarme la descosió, tendió en la mesa todas las estampitas y después de que las revisé y doblé, le pedí una aguja con seda morada para coserla yo misma; mientras fue por ella, acomodé la mía dentro del forro, me eché al seno las estampas y en cuanto volvió la cosí perfectamente en su presencia y me la colgué al cuello. Llegó la hora de comer y no quise ir a la cocina a servirles la comida, y en cuanto alguna de ellas se me presentaba, seguía pegando de gritos procurando encerrarme; esto dio origen a que les prohibiera a todas mi padrastra el que se metieran conmigo; me pusieron mi cama en esta pieza que tiene entrada para el jardín y estaba independiente; allí me estaba encerrada continuamente; los primeros días mi padrastra solo me traía la comida, después una criada, y poco a poco me fui domesticando, porque oí que Rufina no dejaba de estar cada instante exigiendo que me encerraran en la casa de locas; para no entrar en polémicas, me fingí insensata haciéndoles creer que nada comprendía, y cuanto ocurría se lo achacaba yo al Diablo; en más de cinco años no les merezco ni un par de zapatos, mi ropa ha ido acabando por su propia virtud, cargada de remiendos de todas clases y colores, y yo sirviendo diariamente de diversión a todas, he sido la mofa y el escarnio; prefiriendo esto a la vida que antes tenía, todo mi afán y verdadero delirio ha sido ver cómo conseguía que ese infame delito no se quedara impune. Pero el aislamiento en que antes he estado y últimamente haciendo el papel de insensata, me dificultaba más y más hallar una persona que me inspirara confianza; alguna vez pensé valerme de Marcelino, único que existe de los antiguos sirvientes de mi padre, pero suponía que no teniendo el hombre representación alguna, tal vez no se haría ningún mérito de su demanda y lo exponía en vano; yo misma hacerlo, tampoco era fácil: ¿qué crédito podían dar a una loca sin apoyo, a una pobre huérfana abandonada y menospreciada de todos? Muchas veces me lamentaba a grito partido de esto mismo, y no tenía más consuelo que arrodillarme delante de esa imagen y pedirle que me patrocinara, que Dios escuchara mis cotidianas súplicas dirigidas en fervientes oraciones. Por fin, quiso su Divina Majestad oírme y fue providenciando los sucesos al término feliz que han tenido. Este hombre comprendió en mis miradas mi situación, nuestros corazones se entendieron y puedo decir que desde ese instante comencé a vivir; yo pensaba encomendarlo de llevar a cabo mi pensamiento, tuve la otra noche un momento muy amargo, y si no hubiera sido por las provocaciones de esa gente que pedía justicia, y del riesgo que corría mi esposo si tomaba parte en este asunto que iba incendiándose por momentos, no tendría valor para aclarar yo misma esas cosas. Consideraba la desgracia que iba a caer sobre aquellos criminales, a su pobre familia, el bochorno tan

grande y su descrédito en presencia de tanta gente y me compadecía hasta lo infinito, pero escuchaba sus insultos y pareciéndome que oía la voz de mi madre que me decía desde el fondo de su sepulcro:

—*Ahora es tiempo, Clara, de que hables, y de que mi asesinato no quede oculto.*

—Me resolví recordando el informe de esa malvada, que amarrándole a mi madre las manos le hizo pasar cuatro o cinco tragos de la bebida envenenada, por esta razón hice tanta demostración contradictoria. Mi cabeza era un laberinto de encontrados pensamientos, hasta que decidida, puse en sus manos, señor Juez, esas pruebas irrecusables del delito, y quité a mi corazón un peso de más de quince años que diariamente me atormentó; ésta es la verdad que bajo el juramento que se me exigió, declaro; usted sabrá si con ella es suficiente para la confirmación del hecho, y ahora, por lo que a mí corresponde como agraviada, nada pido contra los reos, les perdono con todo mi corazón, y si fueren de algún valor mis lágrimas, con ellas, señor Juez, derramándolas en su presencia le pido que los mire con consideración, que los indulte o cuando menos alivie sus penas, que esa familia no quede en la indigencia, que de mis propios bienes le señale lo que le parezca, o todos si gusta, pues yo al lado de mi esposo de nada necesito. En fin, señor Juez, imploro su clemencia y me bajo de querrela.

El Juez hizo firmar la declaración, la rectificación de la nota de la carta, y dándole algunas esperanzas consoladoras, se despidió. Después de haber registrado los papeles del escritorio, en donde se encontraron varios documentos que agravaban su causa, relativos a asuntos de política y a una empresa que tenía con otros que trabajaban moneda falsa, en el ropero de la vieja también hallaron más arsénico y otros venenos de distinta especie; por lo pronto, a instancias de Clarita, se le mandó a la familia todos los muebles, ropa, y demás chácharas y cada semana se les daban diez pesos para su gasto.

Don Luciano, por empeño mío, continuó en la administración de la hacienda y yo me fui con mi esposa a pasar unos días a Querétaro. Sin embargo de la nueva vida a que pasó Clarita, de que me empeñaba en pasear y tenerla contenta, notaba en ella cierta tristeza y malestar, teniendo siempre presentes a aquellos malvados, y cuando estaba sola, exclamaba llena de compasión o con llanto asomado a sus ojos.

—¡Infelices!, yo les perdono con toda mi alma. ¡Jesús los favorezca! ¡Dios tenga misericordia de ellos! —y otras mil cosas por el estilo. Por fin, para ver si conseguía distraerla y quitarle sus tétricos pensamientos, me la llevé a México, nos alojamos en la casa de un amigo y nos dedicamos a pasear; le compré buena y harta ropa y alhajitas, nos abonamos al teatro, la llevaba a los toros, circos, maromas y títeres, funciones de iglesia, paseos y cuanto se proporcionaba. Ella empezó a tener buena apetencia, buen semblante y se comenzó a reponer, por lo que yo estaba contentísimo figurándome mil halagüeñas esperanzas para un porvenir dichoso. Mas está decretado que no tenga un día de gusto, una fatal ocurrencia ha amargado para siempre todas mis ilusiones, en un instante un crudísimo desengaño empañó de una vez la brillante

luz que me había parecido entrever para lo futuro, dejándome en un caos de tormentos que sólo acabarán con mi existencia.

—Explícate, hermano —replicó Astucia lleno de inquietud—, pues yo no creo que sean tus males tan graves que tos juzgues por irremediables.

—Vas a saberlos. —Y limpiándose los ojos con su pañito recogió un par de furtivas lágrimas, que sin poderlo evitar se le escaparon al recordar su desgracia. — Ya prosigo, dijo:

—Estábamos una noche en el Progreso tomando nieve, y en otra mesa contigua estaba un caballero con otros dos o cuatro leyendo el periódico en voz alta, después de la crónica y otras partes del impreso dijo:

—Querétaro.

—A ver qué nos cuenta de por allá —preguntó uno de los oyentes. El lector continuó:

—«Tomamos de un periódico de aquel departamento lo siguiente: Caso horroroso. Estando para ejecutarse la sentencia de última pena en un hombre, y reclusión perpetua en su cómplice, una mujer que ha juzgado el Juez de Letras del partido de... con la eficacia que le es característica, habiendo perdido los reos toda esperanza al hacérseles saber la confirmación de su sentencia, a un tiempo les pareció ocurrir al último término, la fuga.

»El reo principal en todo el tiempo de su prisión, estuvo horadando por un rincón de la pared y ya faltaba poco para conseguir su intento; su cómplice meditó la más extraña resolución; casi a un tiempo el uno acabó su excavación y ella reuniendo los combustibles que pudo, una silla, su ropa, cama, etc., les prendió fuego con unas pajuelas y se arrimó a la puerta para que luego que se alarmaran con el incendio la abrieran y entre las llamas escaparse aprovechándose de la confusión; por su desgracia, su proyecto fracasó, porque sus custodios antes de acudir a ese calabozo fueron al otro, y mirando que se había escapado el reo, salieron presurosos en su busca sin llamarles la atención los gritos y exclamaciones de la mujer, que en vano se desgañitaba pidiendo socorro y afianzada de las rejas de una ventana, por donde se percibía su semblante cadavérico entre un torbellino de humo y de llamas. En un momento tomó cuerpo el incendio y con la luz que daba, percibieron los buscadores un bulto que les alumbró las llamas, internándose acelerado en los matorrales de la entrada del bosque vecino, por lo que, no dudando de que sería el prófugo, le hicieron una descarga cerrada, y aunque registraron el sitio en que lo vieron no pudieron hallar nada y se volvieron muy desconsolados a apagar el incendio, que únicamente se había establecido en aquel calabozo donde la mujer pereció, sin que ninguno hubiera acudido a favorecerla. Al otro día siguieron sus pesquisas, y hasta las cuatro se encontraron en una gruta cavernosa al cuerpo mutilado por los animales, del infeliz prófugo, que tenía una pierna atravesada por una bala.

»Jamás deja la Justicia Divina impune ningún delito; a ninguno de los dos le surtió efecto su plan de fuga, era fuerza que pagaran su crimen de envenenamiento

que hacía más de catorce años que ambos perpetraron de la manera más infame. El expresado criminal se llamaba fulano de tal, y su cómplice Rufina de... Casos como éste son lamentables porque pugnan con la sana moral, carácter y buenas costumbres de la sociedad.»

—Desde el instante que aquel caballero comenzó la lectura de aquel párrafo, cierto presentimiento me hizo procurar llamarle la atención a mi esposa, y luego traté de que nos fuéramos al teatro pues comenzaban a dar las ocho, pero ella se empeñó en escuchar, y me lo suplicó de una manera tan tierna que a mi pesar tuve que atender a lo que leían, conforme fue internándose en el pormenor, ella fue palideciendo, y al escuchar los nombres de aquellos infelices que tuvieron tan desastroso fin, se le encendió el rostro violentamente, abandonó la cucharita que iba a llevar a la boca y sólo pudo decirme con balbuciente voz:

—¡Jesús, Pepe! Me ahogo, me a... ho... go... —Y se dejó caer sobre la mesa lastimándose la frente con el filo del vaso, que con todo y platito hizo pedazos. Me paré presuroso a enderezarle la cabeza, restañando la sangre con mi pañito; los vecinos de la otra mesa acudieron en mi auxilio, uno se fue para la cantina, y otro empezó a gritar en el salón:

—¡Un médico! ¡Un médico! —Entonces, otro le habló a un señor que estaba en el extremo opuesto jugando al ajedrez, diciéndole.

—Aquí de su ciencia, doctor, venga usted luego.

—¿Qué acontece? —respondió acercándose a nosotros.

—Un accidente que le ha cogido a mi esposa —le respondí—, sírvase usted atendérmela. —La arrimamos a la pared, y me dijo:

—Desabróchele usted el vestido poco a poco, quítele su capa, le daremos aire. —La pulsó, hizo varias observaciones, y con solo el pañuelo mojado continuamente en agua, estancó la sangre de la frente; en esto, volvió el que corrió primero para la cantina con un pomito de álcali, tratando de acercárselo a las narices.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó el facultativo, recogiendo el pomo, y luego exclamó: —Esto la mataría; dejémosla que solita vaya volviendo. —Poniéndole una mano sobre el corazón y luego el oído, dijo:

—¡Esto es irremediable!

—¡Cómo caballero?, ¿pues qué tiene?

—Amigo mío, está la hipertrofia muy avanzada, esta señorita ha de haber padecido mucho en su espíritu, ponga usted aquí su oído. —Así lo hice y percibí como el ruido que causa un chorro de agua, cuando sale a borbotones, tenía el pecho muy abultado y unos latidos muy fuertes y continuados.

—Pero, señor, volví a preguntarle, ¿qué de veras es su mal incurable?, desengañeme por su vida, ¡hábleme con toda franqueza!

—No tiene remedio, señor mío, confórmese usted con su desgracia, procure usted que ella ignore su mal, distráigala lo posible y evite a toda costa, que tenga sensaciones violentas, fuertes impresiones, y sobre todo, cualquier pesar, pues como

puede padecer mucho y vivir poco a poco consumiéndose, también puede en un instante sucumbir; yo le podré aplicar algunas medicinas que entretengan el rápido progreso de la enfermedad, pero nunca se conseguirá extinguirla; caballero, ésta es la verdad. —Si mi sentencia de muerte me hubiera aquel hombre ingenuo fulminado, no me hubiera causado tan grande pesar como el escuchar lo que me acababa de decir, un sudor frío comenzó a humedecer mi frente, y el corazón se me comprimió y sólo pude decir mirando sus palpitations y angélico semblante que por grados se iba descolorando:

—¡Sea por Dios! Soy el hombre más desgraciado de la tierra —y sin poderlas contener se me salieron las lágrimas delante de aquellos caballeros que prudentemente se compadecieron de mí; el facultativo me hizo seña de que disimulara; exhalando Clarita un comprimido y dificultoso suspiro, enderezó la cabeza y poniéndose las manos en los ojos exclamó:

—¡Jesús, Jesús!, ¡qué cosa tan fea! yo creí que era el último instante de mi vida. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias porque ya puedo respirar! No te aflijas, querido mío, ya pasó, me siento mejor. —Y extendió un brazo para abrazarme.

—¿Qué accidente ha sido ése, señorita? —le preguntó el médico.

—No sabré caballero, decirle a usted cómo se llama o de qué procede; con ésta ya van tres veces que me ataca, las dos primeras fueron cuando era muy niña, a consecuencia de un gran susto, y de un profundo pesar, y desde entonces he padecido una especie de palpitation, que a veces me ataca hasta el respirar, como si el corazón quisiera salirse del pecho, ahora al ir escuchando la lectura de un caso, que por desgracia tiene relación con nosotros, al convencerme de que era el que yo me supuse, desde luego sentí un frío mortal que parecía que se me helaba la sangre, y de repente se convirtió en un fuego insoportable, creí que se me agolpaba la sangre a la cabeza, los oídos me zumbaban, se me oscureció la vista, el ansia me sofocaba y embargados todos mis sentidos me resolví a morir, invocando a Dios interiormente.

—Pues no tenga usted cuidado, señorita, eso no es grave, y...

—¿Cómo no ha de ser grave, señor?, si siento cosas mortales, si esto se repite entiendo que sucumbo, no he de poder resistir otro ataque, completamente me aniquila, he quedado hecha pedazos, no tengo parte de mi cuerpo que no me duela y si ahora sólo ha parado en la rotura de la frente, quién sabe en otra vez el estado en que me coja; si usted caballero, tiene conocimiento en la medicina, dígame por el amor de Dios, cuál es mi mal, y si acaso puede remediarse, porque desde este instante no volveré a tener una hora de gusto.

—Tranquilícese usted señorita, ya le dije que no era cosa de cuidado, sino que los chiquillos son muy impertinentes, tienen unas maneras de anunciarse extraordinarias, seguramente es el primero que va usted a tener, y como novicia, ignora lo mucho que padecen las pobres madres a quienes no cesamos de mortificar desde que nos conciben; conque deseche usted todo pensamiento funesto, porque eso tal vez perjudicaría a los dos, sino todo lo contrario, ánimo, resolución, y váyase previniendo

para darle sus manacitos por malcriado.

Ella se sonrojó, por tan inesperada ocurrencia, y como efectivamente ya tema cosa de tres meses de estar grávida, con facilidad creyó que ésa era la principal causa de su mal, y más tranquila siguió para lo sucesivo con distintos cuidados de poca monta, pero yo que sabía su verdadero estado tenía que hacerme y aún me hago mucha violencia, para no darle a conocer el gravísimo pesar que me atormenta; en vano he procurado consultar a cuantos hombres acreditados en la ciencia médica he podido, se le han aplicado cuantos remedios han mandado, con el pretexto de que su mal estaba con el hígado, el pecho, el pulmón, etc.; no se ha conseguido nada, cada día se me ha ido extenuando, y poco a poco va caminando a su término; su parto no dejó de ser dificultoso, la crianza de mi hijo Enrique, también la aniquiló y la muerte de mi padre acabó de rematarla; en cuanto a los intereses, apenas se hizo pública la desgracia del infortunado amo, cuando comenzaron a presentarse acreedores y el resultado fue que eran más las deudas de la testamentaría que sus haberes, hice cesión de bienes, se formó un concurso y habiendo comprado con mi dinero el rancho de San Vicente en jurisdicción de San Felipe, me establecí en él con mi padre y mi esposa; pero como aquellas atenciones son cortas, me resolví a continuar en el comercio de la rama, pues aún conservaba mis mulas.

Desde la ocurrencia aquella en que Clarita fingía tener la tentación de que se la llevaba el Diablo y al ver que yo fui el que me la llevé, empezaron varios amigos míos en confianza a decirme Pepe el Diablo; se fue corrompiendo el apodo y vulgarizando, hasta que todos me nombran así; para ocultar en el ejercicio de la rama mi verdadero apelativo quise conservarlo; éste fue su origen, ya sabes su procedencia, ya te referí en compendio la vida y milagros de este pobre Diablo, ya sabes la verdadera causa del tormento que padezco, de la continua tristeza que sufre mi corazón, cada vez que llego a mi casa, se me figura que ya me encuentro viudo, que ya sucumbió de su grave mal, al separarme también me parece que nos despedimos para siempre; ya conoce su enfermedad y con la mayor resignación procura en vano ocultarme su padecimiento; yo la amo con toda mi alma, es una inocente mártir, no tengo voces con qué expresarte la pena tan grande que padezco al ver al ídolo de mi corazón irse agravando de día en día consumiéndose sin que se pueda, no digo remediar su mal, sino siquiera que tuviera el consuelo de sentir algún alivio; esto por supuesto me tiene siempre lleno de cuidado, violento, en continuo sobresalto, y en la más profunda tristeza. —Y sin poderse contener Pepe el Diablo, dio rienda suelta a las lágrimas que interrumpieron sus reflexiones.

—Siento sobre manera, hermano mío, tus pesares —le contestó Astucia—, tomo parte en tu justa aflicción, y yo quisiera, si me fuera posible, mitigar tu padecer y el de tu ángel, digno por mil títulos de ser amado, de esa infeliz mujer víctima de las aspiraciones de dos miserables perversos; ya sabes, Pepe querido, que soy tu hermano, cuenta con cuanto tengo y cuanto valgo, tus angustiosas circunstancias son también mías en este instante, que se unan nuestros corazones, se estrechen nuestros

brazos, que se confundan nuestras lágrimas, y que desde hoy seamos el uno para el otro, de los dos uno. ¿Qué dices, Pepe, aceptas la sincera amistad y la eterna adhesión de este pobre Astucia?

—Con todo mi corazón, querido hermano. —Y apeándose de los caballos se abrazaron con la mayor sinceridad a tiempo que comenzaba a salir el sol; por lo que, volviendo la cara Lorenzo y mirándolo, dijo lleno de entusiasmo:

—Astro luminoso, presencia nuestros votos, y primero deja de brillar tu hermosa luz y nos sepulremos todos en horriblas tinieblas, que nosotros dejemos de ser el *uno para el otro, y de los dos uno*. ¿Lo ratificas, Pepe?

—Sí, y agrego que sólo la muerte podrá cortar nuestra amistad y mutua correspondencia.

—Pues diremos ahora lo contrario del refrán del charro: Andando que ya el sol sale, marchemos. —Volvieron a estrecharse fuertemente, y montando en sus caballos prosiguieron su camino.

Capítulo XI

Informes. D. Gaspar. Chucho el Grillo. Sentencia. Ladrón que roba a ladrón. Travesuras del Diablo. Abraham de los Reyes

Al llegar a una encrucijada, se fue Pepe para la izquierda y a un árbol de tejocote que tenía una rama desgajada e inclinada para un lado, se la puso en dirección para el otro opuesto, diciendo:

—Este arbolito nos sirve de veleta: cuando está la rama para la izquierda, anuncia que deben coger los hatajos para el camino que llevamos, y cuando está para la derecha, como la acabo de poner, indica que sin recelo pueden tomar el camino de arriba que conduce al Rancho Viejo. Como que es preciso que te reconozcan por jefe, debo irte imponiendo de todo. En la barranca del Zopilote que pasamos cuando salió la luna, tenemos un espejo y su cardillo, es decir, un hombre situado en la cima que vigila el camino que viene del pueblo de San Isidoro, y de cuanto transeúnte pasa que pueda infundir algún temor, da desde luego aviso al rancho con su compañero, que es el cardillo y con quien alterna en la vigilancia. En los días en que tenemos que transitar por aquí, tiene su vereda conocida por el mismo monte, en veinte minutos está transmitida la noticia en caso de que sea necesario, los telégrafos avanzados nos advierten el riesgo que pueda haber, por qué rumbo es, y de qué condición; de la barranca al rancho hay tres leguas, del rancho al puerto, que es el otro extremo del lindero, cosa de cuatro, y para el pueblo dos y media; en este último, tenemos espejo y telégrafo, en el Zopilote espejo y cardillo, en el puerto y rancho, espejo, telégrafo y galgo. Hace más de un año que para tener paraderos seguros y buen agostadero para nuestra mulada, arrendamos por siete años este rancho de la Soledad; una legua más arriba, están unas trojes y corrales que hemos repuesto, y le llaman Rancho Viejo, para que cuando haya algún inconveniente, previo aviso, nos dirijamos para allá y evitemos un compromiso.

Por la misma renta subarrendamos a un don Gaspar que nos facilita pasturas, nos atiende y con sólo el gasto que le hacemos, nos cubre el subarriendo y le salimos debiendo; tenemos reservados para los hatajos, todos los pastos del monte en la parte alta; le quedan todos los bajíos, labores, y demás esquilmos del rancho, de manera que se ha encontrado el tal don Gaspar una buena ganga y está muy contento; pero yo no lo estoy, porque me parece que es un bribón de siete suelas, que por hacerse el necesario, siempre nos anda trayendo en alarma tratando de aparecer muy eficaz, o que tal vez es un zorro viejo, y está en íntima relación con el Grillo, un maldito limosnero que de unos cuantos días a esta parte ha puesto por estos rumbos su

madriguera; como siempre hemos estado de paso, no he podido satisfacer mis dudas, pero ahora que hay más tiempo, tengo empeño en que las aclaremos, pues no ha dejado de chocarme que continuamente anden subiendo por aquí los sabuesos, cuando antes ni quien se acercara por estos rumbos.

Continuaron su camino, y a poco rato observó Pepe que uno de a caballo pasó rápidamente por la falda del cerro con dirección al puerto, emboscándose en el pinal, por lo que haciéndoselo notar a Astucia, le dijo:

—No hay duda de lo que te acabo de decir, hermano; ese don Gaspar es un buen pícaro, ningún ranchero de estos contornos anda tan precipitado por estos terrenos, ni monta un caballo tan liviano como el que lleva ese de la manga azul que ha tomado la cuesta arriba; es capaz que a nuestros mismos vigilantes los aproveche ese tuno en favor propio; saldremos de la duda de una vez, nos iremos por el Aguacate a ver si encontramos al cardillo del Zopilote. Cortaron por unas labores, llegaron a un jacalito en donde estaba un indio junto al fogón almorzando, quien al verlos se paró muy respetuoso con el sombrero en la mano.

—¿Cómo te va, Petronilo? —le dijo Pepe.

—¿Cómo está su merced, señor? —le contestó.

—¿Qué veniste a dar parte a don Gaspar?

—Sí, señor, desde antes de que saliera el sol.

—¿Y viste si acaso soltó al galgo?

—Sí, señor, lo mandó para los tecorrales luego luego.

—Pues, ¿quién está ahora en los tecorrales?

—No los conozco, señor amo, son varios los que he visto pasar para ese rancho, pero según me contó Logio son parientes de don Gaspar, que porque fueron pronunciados los andan persiguiendo, y han venido a refugiarse por esas barrancas.

—Pues, ¿que no salen por ahí a dar sus sanjuaneadas?

—Creo que sí, porque no hace mucho que tuvieron un mal encuentro, a don Chucho le dieron su llegadita, y si no se apea y se deja rodar en una barranca, se lo meriendan.

—¿Quién es don Chucho?

—Uno de esos nuevos vecinos que luego le dicen Grillo.

Ya no quiso saber más Pepe, sino que dándole a Petronilo una peseta se despidió recomendándole la vigilancia.

—¿Qué te parece, Lencho, si no tengo razón en sospechar de ese viejo maldecido? Por abrigar por aquí a esos pícaros de sus cómplices o compañeros, nos está a cada paso comprometiendo; ahora que te voy a dar a reconocer como jefe nuestro, es necesario que te manejes enérgico y veamos cómo desterramos a ese canalla, o si insisten en permanecer por estos rumbos, colgarlos comenzando por el hipócrita viejo que los abriga.

Luego que llegaron al rancho salió don Gaspar a su encuentro, pero quedó muy sorprendido al ver a Pepe con traje de cuerudo estirando los dos caballos de mano, y a

Lorenzo muy serio y bien plantado, pues no creía que serían los que habían pasado al meterse la luna, por la barranca del Zopilote, sino algún hacendado del valle a quien ya le tenían dispuesta de su orden una emboscada en el puerto, por donde indispensablemente habían de cruzar. A pesar de su sorpresa, que fue bastante notada, comenzó a mostrarse muy servicial, a disponer que se hiciera desayuno y atendieran a los animales; mientras daba sus órdenes, ellos se metieron a la sala, y dijo Pepe:

—No te des por entendido de nada, le inspiraremos confianza para hacerlo caer en la trampa, y aunque es muy astuto, su audacia puede entregarlo más pronto; en caso de que sea necesario echarle una mula, déjame a mi reconvenirle y si lo amenazo con el pretexto de quitármelo de enfrente, le das un agarroncito de manera que sienta tantito la fuerza de tu canilla; es muy amigo de hacer negocios, nos dijo Petronilo que el Grillo estaba a pie; a ver si logramos hacerlo venir aquí y hacer lo mismo con él, intimándolo para que se largue y nos evite el trabajo de colgarlo.

Don Gaspar era un hombre de más de cincuenta años, chaparrón y grueso, trigueño, de poca barba, cargado de hombros, siempre andaba de calzoneras de pana, en pechos de camisa o con una manguita negra embrocada, y un sombrero viejo arremangado por un lado, pues para saludar le enrollaba la falda; a todos sus sirvientes mandaba con mucha exigencia, y para con los extraños parecía sumamente respetuoso y comedido; se presentó en la sala seguido de dos criados, y muy afanoso comenzó a ayudarles a poner la mesa, diciendo:

—Señor don Pepe, me han cogido desprevenido, ustedes dispensen si provisionalmente sólo se les sirve una friolera.

—¿Cómo desprevenido? —replicó Pepe—. ¿Pues qué el espejo del Zopilote no dio aviso oportuno; pues entonces, de qué gana el dinero? Y si no sabe cumplir con su obligación, quítele usted las tierras, quémele el jacal y reemplácelo con otros más eficaces.

—No ha consistido en el espejo, señor amo, sino que la noticia fue que pasaba un caballero con tres mozos, dos mulas de avío y dos caballos encamisados; no conoció a sus mercedes, ni yo podía suponer quiénes fueran, y por eso no tenía nada dispuesto; ustedes me han de dispensar, pero por ese camino, a esas horas, y con traje desconocido, ni por la imaginación me pasó que fuera el amo don Pepe.

—Los amos, querrá usted decir, pues este señor que mira usted presente, es nuestro jefe, es el amo Astucia, principal de los Hermanos de la Hoja.

—Pues, señor, con más motivo les pido mil perdones; y usted, caballero, conózcame por su humilde servidor, Gaspar Barranco, criado de su merced. Y se puso a hacer mil cortesías con el sombrero en la mano.

Astucia le contestó en pocas palabras, y al ver el viejo que lo trataba con jovialidad, empezó a hacerse muy confianzudo; de repente, le preguntó Pepe:

—Don Gaspar, ¿tiene usted por ahí algún marchante que sepa pagar un buen caballo, porque el jefe quiere deshacerse de uno de los que traemos?

—Sí. señor don Pepe, puntualmente un sobrino mío por parte de mi difunta

esposa, me ha hecho el encargo; es hombre de gusto, y si acaso le acomoda alguno, no se parará en precio.

—¿Pues cómo haremos para arreglar ese negocio? Pues siendo pariente de usted no ha de ser muy fácil que tratemos con él, estará hasta...

—No, señor, por una casualidad es nuestro vecino, ha tomado en arrendamiento el rancho de Tecorrales, y ahí se ha venido a establecer.

—¡Pero si ese rancho es un puño, todo es pedregal, y carece hasta de pastos!

—Pues a pesar de eso, don Pepe, ese muchacho Jesusito está contento, ha puesto sus crías de cabras, y se la va pasando regular, trajo sus medicitos y ahí los está revoloteando.

—Llámeme usted a Eulogio el galgo, quiero mandarlo a dar un recado al pueblo.

—Eulogio no está aquí; muy temprano lo mandé a buscar unas reses que se me han extraviado; si quiere usted que vaya otro, lo llamaré.

—Esperaremos un rato, a ver si vuelve.

—Pues entonces, si a ustedes les parece, voy en un galope a llamar a mi sobrino mientras descansan un poquito.

—Corrientes, dijo Astucia, a ver si tratamos.

Salió don Gaspar, montó a caballo y tomó la dirección del rancho de los Tecorrales. Mientras que los hermanos hicieron sus comentarios y se convencieron de que era el viejo aquél un pillastrón de primera, confirmándose más con la llegada de Eulogio, que sin advertirlo despepitó cuanto ellos quisieron.

Al cabo de dos horas volvió don Gaspar acompañado de su pariente, era un hombrecillo bajo de cuerpo, trigueño, de patillas cerdosas, una cicatriz que le atravesaba la boca, unos ojos negros chiquitos que continuamente movía, al propio tiempo que giraba la cabeza como receloso, vigilándose sin cesar los flancos; apenas tendría dos dedos de frente que le cubría completamente el copete muy largo que usaba y enredaba la punta en la oreja izquierda, tenía como cuarenta años, una voz áspera y ronca; en todas sus maneras, desde luego se conocía que era un chinaco cualquiera, tan ladino como cobarde; de una mirada muy llena de desconfianza abarcó todo cuanto le rodeaba. Vestía una calzonera de paño envinado con botonadura de plata, chaqueta blanca de género, sin chaleco, camisa muy adornada, una mascada al cuello cogida con un grueso tumbagón, manga azul lisa acambareña, sombrero galoneado de ancha falda, zapatos de gamuza color de yesca, y banda encarnada bordada en la cintura, en donde también llevaba un cinturón bordado del que pendía una cañonera con su pistola de dos tiros, y del lado contrario, un cuchillo, un cuchillo de monte, de hoja ancha y puño de metal.

Desde la primera mirada que le echó Astucia, conoció la clase de bicho que era el tal Chucho, por lo que le contestó a su saludo medio indiferente, y continuó distraído echándole un botón a un cabestrero de dos riendas que estaba componiendo.

Don Gaspar le dirigió a Pepe la palabra diciendo:

—Este señor es el que le dije que podría comprar alguno de los caballos.

—Efectivamente, caballero, prosiguió el Grillo, tengo empeño en hacerme de un caballo bueno, pero que no sea de mucho precio.

—Eso no puede ser compatible, amigote, contestó Pepe, los caballos que traemos son de primera, porque jamás llevamos debajo de la silla ningún matalote, y por supuesto para conseguirlos, no nos duele el corazón al pagar cualquier dinero.

—¿Qué precio tienen?

—El cuatralbo, podrá dárselo en trescientos pesos, y el tordillo quemado en cuatrocientos, ni medio menos.

—¿Y por el oscurito que venía suelto, cuánto quiere? Esta pregunta acabó de convencer a Pepe de que la noticia del espejo de la barranca del Zopilote que había llevado el cardillo a don Gaspar, éste la comunicó al Grillo con el galgo, pues efectivamente por aquel sitio venía suelto el prieto de Astucia, y cuando llegaron al rancho lo iba estirando Pepe, que lo cogió desde que cortaron camino para el rancho del Cardillo, por lo que medio molesto sin poder disimular su cólera, le respondió:

—Ese oscurito, señor mío, no se vende, le apesta la boca, y si no es marchante para los otros, mucho menos debe serlo para ese que es de las confianzas de nuestro jefe Astucia que aquí mira presente, y por ningún dinero se deshace de su gusto.

—Pues ustedes perdonen, caballeros, yo me interesaba por él, siempre que su precio me conviniera; yo pensaba que venían de ruego y encargo, por cordillera, y que no le podía dar el sol.

Esto acabó de exaltar a Pepe que encarándose con el Grillo, le dijo lleno de cólera:

—¿Por quién nos tienes, miserable? ¿Piensas acaso que somos los Hermanos de la Hoja, los que tronqueamos con los bandidos? Nosotros y nuestros animales somos hijos de los elementos, a toda luz y en cualquier parte nos alzamos el sombrero y descubrimos la frente, eso de ruego y encargo sólo se queda para ustedes, que son unos vagos, que quieren mostrar buenos caballos y hacerse de dinero a costa del infeliz que asaltan; con razón les parecen caros mis animales, si sólo saben robar, no buscan el dinero con el sudor de su rostro, y ya que por ese motivo hemos conocido al bandido Chucho el Grillo, le prevengo que si en tres leguas a la redonda vuelve a poner un pie lo colgamos en el primer palo que se proporcione, porque nosotros ni alternamos ni transigimos jamás con los salteadores; quítese de enfrente, antes de que lo despache en un instante para el infierno.

Y le dio un zoquetazo en el pecho, que lo hizo trastabillar andando para atrás un gran trecho; entonces se interpuso Astucia tratando de contenerlo, diciendo:

—No te violentes, hermano, este infeliz no es capaz de resistirte.

El Grillo, sofocado de aquel furioso golpe, estaba medio aturdido y aunque quiso meter mano a su pistola, sólo hizo la intención, pues cogiéndolo Astucia de un brazo lo alzó al aire cual si fuera un chiquillo y le dio un aventón para el corredor a tiempo que le decía:

—Quítese, amigo, por Dios, si no Pepe lo mata de un moquete, o lo estrangula de

un apretón, está furioso y no hay que replicarle.

Se acomodó a ayudarlo a parar y asentándole la mano sobre el hombro, le chispó la pistola de la cañonera; y con tono familiar se lo fue sacando para afuera diciéndole:

—Tiene mucha razón mi hermano en estar enojado, nosotros no comerciamos con los pillos de la clase de usted, amiguito, mucho menos consentimos que se abriguen en nuestra propia casa; sé que tiene usted tomado el rancho de Tecorrales, que por perseguirlo ya han venido los sabuesos tres o cuatro veces por estos rumbos, conque si le tiene tantito apego a la vida, váyase luego luego con la música a otra parte, pues así nos evitará el trabajo de colgarlo por ahí; en donde sepamos que no en tres, como ha dicho Pepe, sino en cinco leguas en contorno, se vuelve a cometer algún robo, pues tanto a usted como a sus cómplices, los conocemos al palmo y no les arriendo las ganancias; hemos sido, somos y seremos el azote de los gandules, sean de la categoría que fueren.

En cada palabra le iba apretando el hombro pero con tal fuerza, que ya no pudiendo resistir, nada faltó para que lo sentara en el suelo, por lo que confuso y adolorido sólo pudo responder:

—Señor Astucia, yo le prometo obedecerle, pero como desde luego no es fácil mudarse, ni sé a dónde trasladar mis cosas, le suplico que me dejen algunos días para ver adónde me voy a establecer.

—Al infierno, grandísimo bribón, ya está dicho; si mañana al salir el sol se encuentra en estos linderos, no extrañe que mi reata le apriete un poco el gznate, conque vaya a determinar su marcha y dé gracias a Dios de que pude separarlo a buen tiempo de la presencia de Pepe, porque si no, largo rato hace que estuviera usted fuera de combate; conque no hablemos más, cargue sus tilichitos, excuse cuanto pueda parársenos delante y campear por nuestros comederos.

Casi medio sofocado el Grillo se retiró sin haber tenido valor ni de pedirle a Astucia su pistola, reunió a sus compañeros, y antes de las ocho de la noche de ese mismo día desaparecieron, dejando el rancho de Tecorrales absolutamente abandonado.

Desde que Astucia se sacó al Grillo, la cólera de Pepe se desahogó con don Gaspar, que no pudiendo negar su complicidad, resueltamente se propuso aguantar cuanto Pepe le dijera, por tal de no perder la buena conveniencia que allí tenía; cuando volvió Astucia, Pepe le decía:

—¿Es posible, don Gaspar, que haya usted sido tan infame y tan hipócrita que mientras nos aparentaba ser hombre de bien, estuviera usted en relaciones y les ayudara a esa punta de pícaros que llama sus parientes? Es usted un vil, que no merece tampoco alternar con nosotros.

—Pero señor don Pepe, respondió, si acaso ha habido lo que ha habido, permítame que le diga que ustedes tienen la culpa, vienen disfrazados, en horas desusadas y por el camino de abajo.

—Pues está peor la disculpa, ¿de cuándo acá se nos desconoce en nuestra propia

casa? Nosotros podemos andar, cómo, cuándo y de la manera que se nos antoje, nuestros espejos, cardillos y galgos, son para nuestra seguridad, no para servir de anuncios a los bandoleros, y luego donde pensaban carnear, en los terrenos de nuestro propio rancho.

Y cada vez más furioso Pepe se le acercaba a don Gaspar que iba poco a poco retrocediendo, temeroso de recibir otro zoquetazo como el del Grillo.

—No te encolerices, hermano, le dijo Astucia, ya supimos cuanto deseábamos y ahora lo que interesa es poner el remedio.

—El remedio es fácil, dijo Pepe lleno de ira, darle a este viejo zorro unos sopapos.

Y haciendo el ímpetu se le arrimó más a don Gaspar, amagándolo; entonces Astucia le tomó un brazo para quitárselo de enfrente, pero le dio un apretón tan fuerte, que el pobre viejo se retorció como culebra, hasta que no pudo menos que sentarse en el suelo, entre tanto que Astucia contenía a Pepe diciéndole:

—Cálmate, hermano, cálmate, yo compondré este negocio.

—Déjame siquiera romperle una costilla a este bribón.

—Ya te dije que yo lo arreglaré, no seas caprichudo, basta que sea un señor de edad, para que yo tome su defensa, ya sabes que respeto a las canas, y abomino a los pícaros; salte para afuera, déjanos solos.

A pesar de la defensa que bastante significativa hizo Astucia, don Gaspar no sabía a qué atenerse, pues había presenciado lo que le sucedió al Grillo, por lo que dudaba cuál de los dos hermanos sería peor, porque el apretón que le había magullado el brazo, equivalía, sin duda, al puñetazo que le hubiera dado el otro. Salió Pepe y mandó que ensillaran mientras Astucia poniéndose serio le dijo a don Gaspar:

—Ya le previne a su digno parientito, que si mañana al salir el sol anda todavía por estos terrenos, lo cuelgo en el primer palo que encuentre más inmediato, y que, cuidado como sanjuanean en cinco leguas a la redonda, porque nosotros los perseguiremos hasta exterminarlos; este rancho, señor mío, lo arrendamos para tener aquí un paradero seguro y un agostadero reservado para nuestros animales; por primera y última vez le prevengo y mando, que no me consienta a ninguno de esa canalla ni de visita y mucho menos que establezcan por estos contornos sus madrigueras; yo debería en este instante quitarle el subarriendo y enviarlo a noramala, pero no soy vengativo; usted tiene familia y quiero que con franqueza me diga si está determinado a ser hombre de bien para dejarlo continuar, y si no, para proceder como me convenga, ya sabe usted mejor que ninguno, que los Hermanos de la Hoja somos amigos de nuestros amigos y el azote de los malcriados.

—Señor Astucia, respondió don Gaspar, tienen ustedes muchísima razón: he sido un infame; no me fue posible excusarme de dar asilo a ese muchacho Jesús, que vino por aquí muy perseguido, pero yo te ofrezco mi palabra de hombre, que desde ahora tendré mucho cuidado para que no vuelva, y cumpliré fielmente las órdenes que usted se sirva darme.

—Corrientes, pero no me parece por demás prevenirle que se maneje bien y con legalidad, pues siempre que alguno de nosotros advierta que sigue usted queriendo jugar con dos barajas o que nos hace una mala partida, no le han de valer sus respetables canas, sino que, con todo y ellas, lo pongo a columpiarse un rato en cualquier roble, aunque se reviente esta reata Sanluisiense que traigo en los tientos; yo soy hombre de acción, no me gusta gastar en balde la saliva, ni repetir una cosa dos veces, y ya que se le olvidó a su pariente pedirme el cachorrito que le chispé de la cañonera, guárdemelo aquí para perpetua memoria, cosa que si alguna vez se le ocurre venirse a despedir, con él mismo lo despache usted a roncar.

—Mi jefe, yo le agradezco a usted su buen corazón y que...

—No me llame su jefe, porque no lo soy más que de mis asociados; Astucia me llamo y se acabó.

En esto, entró Pepe diciendo:

—En marcha, ya están listos los caballos, vamos al pueblo para que echemos un sueño con más desahogo, y a la noche volveremos a dar nuestra vuelta, pues si mañana andan por aquí esos bichos, los colgamos como tres y dos son cinco. Pero... según entiendo ya hiciste una de las tuyas perdonando a ese miserable. Puede usted agradecer, don Gaspar, a que no vine solo, el respeto de mi jefe me contuvo, que si no ya estuviera usted sin resuello.

—Dejemos eso —replicó Astucia—, yo soy enemigo mortal de los bandidos, pero no sé perjudicar a nadie; me gusta colgarlos en el camino cuando se me ponen a tiro, ya está usted advertido, don Gaspar, en lo que debe hacer, y no creo que me ponga en el compromiso de hacer una diablura con usted. Por ahora, mande prevenir pasturas en el Rancho Viejo, pórtese con juicio y hombría de bien, y tendremos la fiesta en paz: si no nos apersonamos por aquí a la madrugada, suéltenos el galgo para el puerto y que nos lleve las noticias que usted tenga de si se fueron, por dónde y a qué hora esos badulaques.

—Está muy bien, señor.

—Pues en marcha: quédese con Dios, asiente la cabeza y cuídela bien, no vaya a ser que se la levanten por lo alto y se la queme el sol.

Montaron a caballo y tomaron el carril que conduce al camino real. Como a media legua, en un sitio llamado el Puertecillo de Latas, desde donde se percibía perfectamente el valle donde está situado el pueblo de San Isidro, y a la sombra de un grueso pirú, estaba una vieja hilando algodón y a su lado, una mesita chica con cuatro o cinco cocolos, otras tantas naranjas, queso fresco, una botella con chinguirito y una olla con tepache.

—Buenos días, Ciriaca —dijo Pepe al acercarse.

—Buenos días señor amito, ¿qué milagro que se acuerdan sus mercedes de los pobres?

Y se levantó muy festejosa.

—¿Cómo vamos de comercio? —le preguntó Astucia.

—Cada día más mal, niño, si esos malditos que tienen su nido en los Tecorrales han desterrado a los pasajeros; ya ningún arriero puede transitar por aquí porque les quitan hasta los jumentitos (con perdón de usted), yo me he visto con la tentación de avisarles a los de la comisión que cada rato suben en su busca, adónde los podrían atrapar, pero como dicen que el Grillo es pariente del amo don Gaspar, me he contenido por esa consideración, y luego como sus mercedes pasan por aquí tan de tarde en tarde, ni a quien comunicarle mis penas: niños, por el amor de Dios, es muy fácil que en una de tantas búsquedas al tal Grillo, pongan a sus mercedes en un conflicto, yo no me descuido y luego luego corro la palabra a cualquiera hora.

—Pues ya cesarán sus cuidados y se compondrá su comercio, tía Ciriaca —contestó Pepe—, no hace mucho que nuestro jefe, éste que aquí mira tan guapetón, les ha intimado destierro, y así, bien puede usted avisar a los arrieros, que por este camino, seguro está que los roben, que si devisan por estas inmediaciones a algún bribón de la pandilla del Grillo, que se lo digan a usted, y al instante procura avisárselo a don Gaspar para que lo atrape, y si ve que no hace caso, nos lo manda avisar con Felipe cuando andemos por aquí; esto mismo le dice usted reservadamente al espejo de la barranca del Zopilote y a Laureano el vigilante del Puerto Grande.

—Pero, niños, no sean candorosos, si creo que don Gaspar también es de los asigunes.

—Ya lo sabemos, y si no cumple con la orden que le he dado de perseguirlos —replicó Astucia—, ha de hacer un colgado muy feo, y la panza se le bajará a los carcañales, para los toros del Tecuán, los caballos de allí mismo, y no hay peor cuña que la del propio palo.

—Es verdad, niño, sólo así podremos estar tranquilos.

—¿Qué hay por allá bajo? ¿No ha dicho nada Manuel?

—No, niño, está todo quieto.

—Pues vaya ese par de pesos para habilitar la cantina, y hasta la vista —dijo Astucia.

—La virgen de Alta Gracia lo recompense, niño, Dios se lo pague, dígame su nombre para bendecirlo.

—Astucia se llama, tía Ciriaca —siguió diciendo Pepe— ponga usted mucho cuidado a ver si parecen esos pajarracos, qué camino cogen y nos lo manda decir con su hijo Felipe al puerto, que le deje la razón a Laureano para que nos la dé cuando pasemos.

—Adiós, niños, el señor de Chalma los favorezca y los ampare.

—¿Qué te parece cómo todas mis sospechas eran realizadas? —dijo Pepe a su jefe—. Ya ves esta denuncia de Ciriaca qué bien coordinada con todo lo que me suponía. Yo no sé cómo no echaste a ese maldito viejo al otro lado, ya nos hubiéramos quitado de una vez de esa canalla.

—Hombre —contestó Astucia—, me dio lástima ese pobre hombre, y por lo mismo que es un zorro viejo, me pareció valemos de él mismo para ahuyentar a los

demás, ya queda amonestado y con cualquier motivo que nos dé, lo ponemos de patitas en el lindero; si no es bobo, muy bien conocerá que le tiene más cuenta estar en buenas con nosotros que con su pariente y comparsa, por lo mismo los desterrará sin mucho trabajo, los conoce a todos, y no ha de querer pagar por alguno de ellos, además, de que creo que para enemigo ha de ser temible, pues como que es de los más cobardes, si le daba por vengarse habla de poner los medios más viles para perjudicarnos, vale más tenerlo de nuestra parte, y que ande con la barba sobre el hombro.

El Grillo llevó tal azorada, y quedó tan adolorido del puñetazo de Pepe, y el agarrón de Astucia, que olvidándose hasta de su pistola, sólo procuró cuanto antes reunir a sus compañeros para ver qué camino tomaban, pues ya se le figuraba que lo colgaba Astucia, y no podía dejar de recordar las manos tan pesadas de los charros comerciantes de la rama. En breves palabras los impuso de la intimación que le había hecho el jefe de los charros. Hubo sus debates, pero la mayoría se resolvió a que desde luego se retiraran para el Cerro de la Tinaja, cerca del salitre de Urendis, catorce leguas de distancia, rumbo al Oriente, pues le tenían un miedo cerval a los contrabandistas; empezaron a meditar sobre la causa de aquella desventura, y unánimes supusieron que don Gaspar los había delatado con sus amos por quedar bien con ellos, y principalmente con el jefe que era la primera vez que se dejaba ver por esos sitios, por lo que de común acuerdo se resolvieron a vengarse de él; al tiempo de separarse formaron su plan, después de haber sabido que los charros se habían bajado para el pueblo. Poco después de la oración de la noche, cuando estaba don Gaspar poniéndose unos defensivos de aguardiente en el brazo que le agarró Astucia, se le fue presentando su querido pariente Chucho el Grillo, por despedida le llevaron cuanto pudieron arriar y cargar, después de darle una regular paliza; inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo para defenderse, el golpe estaba bien meditado y sus buenos amigos arrastraron hasta la ropa de molendera.

Al retirarse se acordó don Gaspar de la pistola que le dejó Astucia, que le había puesto sobre la mesa del despacho; arrastrándose como culebra, se fue para esa pieza, preparó las dos llaves, abrió la ventanilla, y soltó el par de tiros al montón; un grito de rabia dado por el Grillo y acompañado de una maldición, se oyó en la puerta del zaguán, un portazo dado por la parte de adentro por uno de los sirvientes que atrancó luego luego, evitó que aquellos hombres llenos de rabia volvieran a entrar, dispararon varias armas de fuego para la ventana, y no siéndoles fácil tomar venganza, uno de ellos se enancó en el caballo del Grillo abarcando con los dos brazos a su capitán y dijo con voz de trueno:

—En dispersión por guerrillas, punto de reunión en el agua zarca.

Se dividieron todos en varios grupos y tomaron distintas direcciones.

Habiéndose quedado don Gaspar muy maltratado y casi en cueros y alternando quejidos con maldiciones, jurando perseguir a muerte a su pariente que había sido tan extremoso en despedirse, el dicho pariente recibió uno de los tiros que soltó don

Gaspar, en una pierna, y lo llevaba su compañero en la silla escuchando ya quejidos y ya blasfemias contra el viejo zorro que traidoramente le dijo el último adiós con un par de balazos.

Pepe y Astucia con el aparato con que llegaron a la Soledad siguieron su camino para San Isidro.

—Dime Pepe —preguntó su jefe—, ¿y qué pito vamos a tocar al pueblo? ¿No hubiera sido mejor descansar y continuar a la noche nuestra marcha?

—Precisamente eso vamos a hacer, con la diferencia de que seremos mejor atendidos, dormiremos tranquilamente, y les daremos tiempo a esos pícaros de que se larguen en sana paz; no les ha de haber hecho buen estómago lo ocurrido, quién sabe cuántos serán, y quién quita que nos pusieran una emboscada o nos sorprendieran en el mismo rancho para no largarse a pie y manivacios; es necesario vivir siempre desconfiados de esta canalla, a lo que se agrega que quiero que conozcas a Manuel y a su familia que son nuestros telégrafos, a su cuñadita que puede ser que venga a tener un parentesco inmediato con nosotros, es una ranchera de todo mérito, tan virtuosa como mujercita, y con una carita y unos ojos capaces de hacer perder los estribos al sursuncorda.

—Explícate, Pepe, y no me empieces con misterios.

—Pues escucha. Manuel es un pobre contrabandista que tuvo nuestro propio giro; yo lo conocí hace cinco años largos, tenía su proporcioncilla y la iba medianamente pasando; quién sabe cómo demonios trabó conocimiento con un habanero, éste lo enjaretó para que pusieran una fábrica de puros de imitación, le pintó el proyecto gigantesco, le sacó matemáticamente la cuenta de las utilidades, y sucedió lo que acontece, el codicioso y el tramposo pronto se conchaban, metió Manuel cosa de dos mil pesos en dinero, y lo más en la mejor rama que cargaba. Su bribón compañero, en cuanto tuvo una buena existencia de labrados, se fue a expenderla, y Manuel se quedó teniendo la peña; mirando que aquel bribón se alzó con la ancheta, lo anduvo zaqueando, y no teniendo cómo librarse de las garras de su perseguidor colmó el plato y dio el último golpe, denunciando a Manuel en la dirección de tabacos, se colocó en el Resguardo para tener custodiada su persona, le pusieron una buena emboscada, que por poco nos envuelve a nosotros con quien varias veces se juntaba cuando veníamos de fatiga, pues fue sorprendido a las dos o tres horas de habernos separado, el lance estuvo bien meditado, los esfuerzos de Manuel y sus dos arrieros fueron inútiles, se defendieron lo posible, hasta que cayeron muy mal heridos, y en pepestles fueron conducidos a la villa con todo y chinchorro. Manuel tenía una pierna clareada por varios balazos, era su situación muy angustiada, y estaba muy grave, por poco le cuesta la vida, porque al desgraciado estado que guardaba, se le agregaba el saber que su casa había sido cateada, y habiéndoles ido a enseñar el habanero donde se fabricaban los puros, recogieron cuanto encontraron, se extravió cuanto había de valor, y su familia estaba presa e incomunicada. La caída fue redonda, y hasta al cabo de seis u ocho meses pudo salir sentenciado a dos años de grillete, lo cual no se

efectuó porque el desgraciado perdió una pierna que fue indispensable que le amputaran. Se le conmutó la pena en servicio de cárcel, en donde llegó a fungir a poco tiempo de sotoalcaide.

Cayeron en esa época algunos pollos de cuenta que les apestaba el pescuezo a palo seco, no pudieron conquistarlo por la buena y trataron de fugarse. Manuel se los impidió arrojando eminente peligro del cual salió herido de un brazo, y por este servicio le perdonaron la mitad del tiempo de condena; por fin, cumplió su pena, y lo pusieron en libertad.

Aunque nosotros lo auxiliamos en cuanto pudimos en obsequio de la amistad, el pobre se encontró con una pierna menos, un brazo tieso y sin recurso de ningún género, hicimos una suscripción y se le reunieron doscientos pesos, con los cuales puso dos tendajitos en este pueblo. Le dan ropa los españoles de la tienda grande, y de tianguis en tianguis anda comerciando por estos contornos con su puesto, mientras que su mujer y cuñada cuidan del tendajo, en la casa que habitan, con el otro se mantiene la madre y tres hermanas por el lado opuesto de la plaza, ha tenido varios atrasos de drogas que le han hecho, y robos en el camino, y sin embargo, a fuerza de constancia, se va manteniendo muy medianamente.

En cuanto a Camila su cuñada, ya te dije que es una rancherita de las que hay pocas y propia para hacer la felicidad de un hombre de bien. Tacho Reniego, nuestro hermano, le ha atarantado las reglas, la pobre muchacha está muy apasionada y según se me figura ese tunante no conoce su mérito, ni sabe corresponder a su cariño, pues me han contado que está muy endiosado con una catrincilla mexicana que ha ido a aparecer en San Felipe del Obraje. Yo no he querido tomar cartas en este negocio, pero francamente hermano, es necesario aclararle paradas a Tacho, porque este jueguito con dos barajas no podrá nunca tener buen fin, a la larga esa pobre muchacha tiene el pleito perdido si no le vamos a la rienda a ese atarantado; aquélla es rica e ilustrada, descendiente de quién sabe cuántos nobles, mientras que ésta es pobre, ranchera y de humilde condición. Ahora la verás y desde luego te convencerás que aunque no es un sol de hermosura que deslumbre, tampoco es un ente despreciable que se puede dejar así no más sin interesarse por ella, es muy simpática y con su genio franco y jovial cautiva a los que la miran. Aquí en la entrada tienen su tiendecilla y como es la única salida del pueblo para tomar este rumbo, en el instante que pasa alguna fuerza, dan aviso con sólo tender en el corral, si son los de la comisión o resguardo, por cada cuatro hombres una pieza grande de ropa blanca, y si son tropas, las tienden de color, esa misma noticia que la ve perfectamente tía Ciriaca la transmite en igual forma y en menos de diez minutos se sabe en la Soledad, cuánta fuerza va y de qué clase; cuando es de día, mas si fuere de noche sólo se pone una luminaria que indica a los primeros comisión o resguardo, y dos si son soldados, lo mismo se hace en la azotea de la troje del rancho y en la barranca del Zopilote y en el puerto están los espejos sobre aviso para darnos noticia por medio de sus cardillos, según sea el rumbo que traigamos y así prevenidos, tomamos sin mayor riesgo el

camino de Rancho Viejo o el de abajo, según nos parece; en todos estos gastos y riesgos nos ha puesto ese maldito Grillo y su cuadrilla, es necesario a todo trance declararles guerra abierta para que no nos vuelvan a mortificar, que quedó esto sosegado y seguro como siempre ha estado. En esto se aproximaron a la primera casuchilla de pueblo y una güerita que estaba en la puerta, como de cinco a seis años, entró corriendo para adentro llena de gozo gritando:

—Mamacita, mamacita, ahí esta mi tío Pepe con otro señor muy planchado.

—Pues anda a abrirles el zaguán corriendo, niña —le contestó la mamá, y a pocos instantes la muchachita abría de par en par una puerta grande contigua a la de la tienda y se le colgó a Pepe del pescuezo luego que éste se apeó llenándolo de besos.

—Abraza a este otro señor, Conchita —le dijo Pepe—, también es tu tío. Ella miraba a Astucia dudosa pero él la alzó en brazos diciéndole:

—Tu tío y muy tu tío, chula —y se metieron para la salita dándoles orden a los arrieros de que desensillaran, diciéndoles a dónde debían poner las sillas, el equipaje y colocar a los animales. Aunque toda la casa demostraba una humilde pobreza, el mucho aseo que había en ella la hacía parecer bonita, todo estaba muy limpio, multitud de pájaros silbaban en las jaulas y porción de macetas de todas clases y tamaños embellecían el corredorcito, en la sala estaban colocados algunos canapécitos de hule, un nichito con una Trinidad en una rinconera, una mesa con recado de escribir en un extremo, varios cuadritos con marcos de hoja de lata adornaban las paredes, algunas sillas también de tule y el estrado lo formaba un petate de seis u ocho varas, de palma, figurando cocolitos blancos y encarnados. Cuando acabaron de entrar y empezaban a sentir el saludable fresco que allí se disfrutaba, se presentó Mariquita, la mujer de Manuel y madre de Concha con un chiquillo como de un año cargado en los brazos, abrazó a Pepe con la mayor cordialidad y éste le dijo:

—Mariquita, te presento a nuestro jefe, a mi hermano Astucia que hasta ahora ha podido venir por estos andurriales.

—Conózcame usted por su criada, caballero, tengo mucho gusto en conocer a tan buena persona.

—El gusto es para mí, señora, estoy a sus órdenes y cuénteme en el número de sus servidores.

—Nada de desperdicios —dijo Pepe—, abrázala, Astucia, y trátense con la franqueza de buenos amigos, de antiguos conocidos. Y los hizo abrazarse.

—¿Adónde anda esa chachalaca de Camila?

—En el tianguis, es día de plaza y se fue con la molendera a habilitarse de recaudo, ya no debe dilatar. Y a todo esto, ¿ya almorzaron?

—Nos desayunamos muy tarde y mal en la Soledad y más bien por dormir que por comer nos cortamos para acá, sino que antes de acostamos, quiero que vayamos a la plaza a hablarle a Manuel; cuando volvamos echaremos un taco y nos entregaremos a Morfeo; conque vamos, Astucia, con eso estiramos las cuerdas; ya

volvemos, Mariquita, no nos dilatamos. —Y se fueron para la plaza; a medio camino vio venir Pepe a Camila con los brazos extendidos hacia adelante, haciéndose sombra con el rebozo y dejando ver una mascada de la India con que cubría su pecho, una delgada cintura ceñida con un ceñidor fino, luciendo las citarillas y ondas de las enaguas blancas muy limpias debajo de otras de muselina azul y dejando ver un diminuto pie que parecía preso en un zapato de mahón negro muy ajustado.

El callejón era angosto y estaba bastante lleno de lodo, no teniendo andable más que una vereda junto a la cerca de magueyes por donde afilados transitaban los de a pie. Luego que Pepe la vio venir, se ocultó en un maguey y le dijo a Astucia:

—En cuanto esté a tiro, me la espantas para acá, voy a darle un sustito.

Astucia se paró frente a Pepe a cierta distancia dejándole libre la vereda y conforme se fue acercando, le fue estrechando el camino, ella le echó furtivamente una mirada y por atender a él, no advirtió a Pepe, medio oculto en el maguey por el lado contrario, casi se tapó la cara con el rebozo y al estar enfrente de Astucia, que más y más le cerraba el camino y fijaba la vista, apretó el paso de una manera muy violenta como para escaparse de alguna llaneza, previniendo un puño cerrado para darle un buen manazo si se atrevía a tocarla, a pesar de que al verlo tan plantado y formal no le dio mucho cuidado. Ya se consideraba fuera de su alcance, cuando Pepe le cogió el rebozo y se lo estiró tan violentamente que no pudo la pobre azorada retenerlo; volviéndose llena de cólera para aquel lado, alzó el brazo diciendo:

—*Malhaya la...*

—*¿La qué, mi vida?, pedazo de atarria* —le contestó Pepe soltando una carcajada; le tiró a Astucia el rebozo hecho bolita, ella al conocer al atrevido, cambió de semblante y tono, le dio unos cuantos manazos, diciendo:

—De veras que es usted el Diablo, don Pepe, y a más que Diablo, un buen ocioso; preste mi rebozo, no sea malcriado, que el sol me cala. Pepe por única contestación repetía sus carcajadas al ver su cólera y luego su apuro, poniéndole las costillas para recibir los manazos que le daba, hasta que le contestó:

—Yo no lo tengo, mujer; ¡qué rebozo ni qué cuernos!

Entonces, volviendo la cara para donde estaba Astucia, vio que lo tenía en una mano y que se estaba sonriendo; a pesar de que comprendió que Astucia era una persona de la confianza de Pepe, no se atrevió a pedírselo, sino que con seriedad le dijo:

—¿Es posible, caballero, que usted permita que este maldito Diablo se burle de mí y que me esté asoleando?

—Ponte mi sombrero, prenda mía, no permita Dios que te vayas a tostar —respondió Pepe poniéndole el sombrero—; ¿qué así saludas a tus buenos amigos, a manazos?, es capaz que ese charro se figure que todavía eres cerrera, según las manotadas que repartes y lo arisca que te muestras.

—Eso es, corrija la palabra, tráteme de mula después que me ha pegado un buen susto.

—Ya se fue quien lo dijo; dame un abrazo de amigos; saluda a este señor que es nuestro hermano; míralo qué guapetón, es Lencho Astucia, nuestro jefe, y te vas a disponemos un bocado mientras vamos a la plaza a saludar a Manuel. Ella abrazó a Pepe y luego le dijo a Astucia:

—Conózcame usted por su criada y servidora, señor.

—Yo lo soy de usted, niña, y me alegro infinito de conocerla.

—Abrázalo y no se anden con cumplimientos —dijo Pepe a tiempo que la empujaba contra su compañero. Ella lo abrazó sin ceremonia.

—Ese abrazo es de reconocimiento, ahora, Astucia, dale uno de hermanos: yo te cantaritos, con quien querubines casaca, esa tepistoca. Camila se dejó abrazar poniéndosele el rostro muy encendido al oír las palabras que decía Pepe, y luego, como si no las hubiera comprendido, tomó su rebozo, devolvió a Pepe su sombrero y les dijo con tono cariñoso:

—Vayan a ver a Manuel, pero no se dilaten, que yo entre tanto, alistaré el almuerzo; hasta luego. Y seguida de una india que llevaba un gran canasto con verdura y otras cosas de recaudo, y la que, durante aquella escena, se había quedado muy sorprendida, siguió su camino precipitada, riéndose de cuando en cuando del buen susto que llevó; Astucia y Pepe se dirigieron a la plaza haciendo mil elogios de la asustada Camila, quien por su juventud, figura y, sobre todo, genio bullicioso y alegre, simpatizaba desde luego, a la vez que se dejaba traslucir su sencillez y buena índole.

En una mesa con su toldo de manta tenía Manuel su ancheta de pañitos, mascadas, géneros blancos y otros efectos de lencería, estaba apoyado sobre dos muletas y rodeado de marchantes; le hablaron los recién llegados, le presentó Pepe a su jefe con quien se mostró cordialmente muy complacido: después compraron fruta y algunas chácharas de mercería y se volvieron para la casa. Concha constantemente salía a asomarse hasta en medio de la calle y no valía ni el que la regañara su mamá; así que la vio venir, corrió llena de gozo a su encuentro. Astucia le dio unos aretitos y algunos juguetes, acabando de granjearse su aprecio al presentarle una hermosa muñeca de a cuatro reales: la chiquilla no hallaba qué hacer, todo lo veía a un tiempo, abrazaba las piernas de Lancho, diciendo:

—Ahora sí creo que es usted mi tío Astucia.

—Sí, chula, tu tío y muy tu tío, pregúntaselo a esa muñeca. —En seguida le dio muchos abrazos y besos y arrancó a enseñarles todo a su mamá y demás gentes de la casa, gritándoles desde la calle:

—¡Miren!, ¡miren cuántas cosas bonitas me ha comprado mi tío Astucia!, y no cesaba de brincar de gusto. En la sala estaba ya puesta la mesa, y se fue presentando Camila con unas enaguas de castor, sin rebozo, trayendo un par de cazuelas y la molendera con otras, mandándoles a todos que se sentaran. El almuerzo estuvo muy bien servido y condimentado; durmieron los huéspedes hasta las seis de la tarde, hora en que mandaron ensillar sus caballos y continuaron su viaje a las siete de la noche,

quedando Astucia muy prendado de Camila, y si no hubiera sido porque le dijo Pepe que era la novia de Tacho Reniego, seguramente se habría enamorado de ella. Ya que habían andado como un cuarto de legua, escucharon que por el centro de la cañada que tenían que bajar, venía alguien silbando el Canelo; se paró Pepe en la entrada del carril y le dijo a Astucia:

—Por ahí viene Tacho a decir adiós a su adorado tormento; se ha de haber cortado por el Tejote, y mañana, sin duda, estarán las mulas en la Soledad; ni remotamente ha de suponerse que andamos por aquí; vamos a darle un susto: ocúltate allí, en esos mogotes y cuando yo grite, sales. A un tiempo se desviaron del camino Astucia y los arrieros, Pepe se situó en otro breñal de enfrente. Tacho venía en una mula de las de los arrieros disfrazado con manguillos y rodilleras; luego que entró al carril cruzó la pierna sobre la cabeza de la silla y siguió al sobrepasito de la mula, silbando con mucha tranquilidad su Canelo; al llegar frente de donde estaba Astucia, empezó la mula a orejear o a recatarse; Tacho quiso bajar la pierna para meterla las espuelas, y a ese tiempo le aventó Pepe el sombrero a la mula por las manos, la cual dio una revuelta tan fuerte y precipitada que no le dio tiempo a Tacho para acomodarse y perdiendo el equilibrio, cayó de cara sobre el sombrero de Pepe, quien apareció en ese instante gritando con voz áspera:

—¡Abajo esa rata!

La mula destapó para atrás y Pepe arrancó tras ella para atajarla. Allá medio atarantado Tacho, se paró precipitado, acabando de confundirlo el verse rodeado por otros bultos que salieron por distinto lado; alzó el sombrero de Pepe, y a pesar de tener el suyo puesto y afianzado con el barbiquejo, hacía ímpetus de ponérselo encima, mientras con la otra mano se buscaba en la cintura alguna arma, pero por su desgracia nada llevaba, pues al disfrazarse, todas las había dejado con sus avíos en la caja de la bodega; como aquellos bultos se le acercaban más, se cubrió la espalda contra un tronco y meneando el sombrero de Pepe para uno y otro lado, decía lleno de sorpresa:

—Al que se acerque le suelto un tiro:

En eso volvió Pepe con la mula lazada, y al oír sus amenazas, le dijo:

—No vaya a hacer una fechoría, amo; esas armas las carga el diablo. Y a un tiempo todos soltaron las carcajadas, que a pesar de serle conocidas y principalmente las de Pepe, en vez de inspirarle confianza lo llenaban de terror; por fin, la mula que trajo Pepe, reconoció a las otras y les relinchó; las nubes que habían ocultado la luna por un momento se desvanecieron, y aclarándose un poco la noche, conoció Tacho a Astucia al verle relumbrar los adornos de plata de su chamarra, y soltando a la vez una estrepitosa carcajada, dijo mirando el sombrero que tenía en la mano:

—De veras que estas armas las carga el Diablo. Y se arrimó a Pepe para darle su sombrero y montar en su mula.

—Qué, ¿te asustaste, mi alma? —le preguntó Astucia dándole un manacito en el hombro.

—Sí, Papacito —le respondió—, se me figuraron negros con tranchetes.

—¿Adónde te separaste?

—Desde tierra Colorada.

—¿No ha habido novedad?

—Únicamente el susto que me han dado ustedes.

—Pues anda, y memorias a cierto dedo.

—Ja, ja, ja. Y cogió su camino. Se le acercó Pepe diciéndole:

—Cuidado con el Diablo, jovencito. Dile a tu adorado tepalcate que hoy ha sido día de sustos para Clavellina y Juan de amor, que no vaya a ser que el Diablo trastorne el matrimonio. Adiós, límpiame el rostro que tienes lleno de tierra.

—Ja, ja, ja, ya me las pagarás, bribón, lo mismo que el tal Astucia.

—Adiós, señor amo —dijeron los arrieros—, ja, ja, ja.

—Ustedes también se ríen, taimados, ya se ve, tienen razón, ja, ja, ja —y prosiguió riéndose de su descuido, que al contarle en la casa hizo perecer de risa a Manuel y a su familia, y principalmente a Camila que se carcajeaba con muchas ganas por cualquier cosa.

Cuando pasaron nuestros caminantes por el puerto, a la madrugada, recibieron de los cardillos las noticias de la tierna despedida que el Grillo con diez cachorros le hizo a su pariente don Gaspar, las direcciones que tomaron y de cómo se llevaron a su capitán herido. Prosiguieron su camino sin haber tenido inconveniente ni cosa notable hasta el punto nombrado tres caminos, cerca del guarda de cerro gordo; cuando iban más entretenidos los sorprendió el grito aterrador de un hombre con la cara cubierta con una mascada negra que les marcó el alto, se acercaron otros con los mosquetes preparados y también cubiertos los rostros, preguntando:

—¿Quién vive?

Pepe respondió con mucho desenfado:

—Los Hermanos de la Hoja. Y cual si su repuesta los magnetizara no se movieron de aquel sitio; entonces Pepe, alzándole la rienda a su caballo, lo despachó con fuerza sobre el que por sus trazas parecía el capitán de aquellos bandidos, diciéndole:

—¿Como te has atrevido, miserable, a estorbarnos el paso, y marcarnos el alto? ¿Así cumples, grandísimo bribón, con nuestras órdenes?

—Ustedes me perdonen, caballeros —respondió aquél enderezándose en la silla y alzándole la rienda a su caballo que al encontronazo que llevó trastabilló un gran trecho, se quitó el sombrero con muestras de humildad, descubrió la cara prosiguiendo:

—Como no es este el camino que transitan sus mercedes, creí que serían algunos hacendados o vecinos acomodados del valle de Santiago.

—¿Cuánta distancia hay de aquí al camino viejo de cerro grande?

—Señor, hay como dos leguas.

—¿Y no le tenemos prevenido señor mío, que de tres leguas abajo nos deje libre

el tránsito?, quedábamos frescos con que ahora, faltando a lo que se les manda, nos quiera imponer la ley. Mira, Astucia, conoce bien a ese bribón, al mentado *Gachupín* Abraham de los Reyes, y tú también, mentecato, mira bien al jefe de los Hermanos de la Hoja, de los charros comerciantes de la rama. Si vuelve a acontecer que desobedezcas nuestras órdenes, pocos son los árboles de este monte para colgarlos a todos; lárguense por allá abajo antes de que se me hinchen las narices, no se nos vaya a antojar estirar un poco nuestras reatas.

—Con permiso de ustedes —dijo el *Gachupín*, y muy cortado tomó la cuesta abajo seguido de los otros dos, y cuatro o seis que estaban emboscados a corta distancia.

—De buena hemos escapado —dijo uno de aquellos bandidos.

—¿Pero en qué pensaste, *Gachupín*, para mandamos dar el golpe?

—Hombre, la verdad, ese maldito *Ratón* tiene la culpa, pues me dijo desde que los divisó que eran gentes extrañas.

—Pero tú, *Cantarito*, por qué cuando les diste el alto y viste que no se sorprendieron, ¿por qué no hiciste alguna seña y destapaste para el zacatonal?

—Porque yo tampoco los conocí; el amo don Pepe está de cuerudo, y ese señor Astucia venía por delante, y la verdad, la verdad, que al verlo tan plateado, y esos caballos encamisados tan lindos, me estaban dando ganas de soltarle un tiro en un descuidito; no son más que cuatro, y nosotros nueve, era partido que se debía haber jugado.

—Cómo se conoce —dijo otro—, que hablas de copas, yo estoy seguro que si se les antoja retozar, nos envuelven a todos, tú no sabes quiénes son estos charros. Con la mayor frescura cuelgan al más pintado, y como traen muy buenas armas, montan magníficos caballos y no se tientan el corazón, pobre de aquel a quien metan puntería, que no se les escapa; son muchos, todos hermanables, y tarde o temprano se salen con la suya. Pregúntale a *Mano Larga* qué le sucedió al *Ganso* y sus compañeros en el pinal del Chico, lo que nunca han podido hacemos las comisiones ni la tropa, lo hacen estos señores por vía de pasatiempo; es mejor huirles el bulto y no meterse con ellos, porque tienen unas chanzas muy pesadas, y son amiguísimos de estirar sus reatas con el peso de un hombre; es necesario tomar nuestras precauciones porque si no tenemos el cuento perdido.

Así que se perdió de vista Abraham de los Reyes con sus compañeros, prosiguieron Astucia y Pepe su camino riéndose del chasco del *Gachupín* que por no comprometer un lance y no saber con cuántos tendrían que habérselas, se conformó Pepe con darle un caballazo e intimarle sus órdenes.

También Abraham no se atrevió a llevar adelante la sorpresa ni hacer ninguna demostración hostil, porque supuso desde luego que muy pronto llegarían los demás charros, tal vez no les alcanzaba el tiempo, y era casi segura su derrota.

Capítulo XII

El capullo de mañosos. Un apretón. La señorita. El Bulldog.
El supuesto Gaviño. La limosna. Lo que piensas te hago.
Caridad. Don Polo. Comer trigo. Consejo definitivo

Atravesando esa cordillera de montes, instruyendo Pepe a su jefe de todos los sitios de paraderos, veredas excusadas y sabanas, fue dándole a conocer con todos sus marchantes y agentes de seguridad que tenía puestos en varias partes para servir de espejos, chocándole mucho no haber encontrado por sus comederos a los macutenos del rumbo de Ameca, ni a los de las calaveras del de Morelos, lo mismo que a los de Jantetelco y Jonacate que merodeaban hasta Tetela de los volcanes, llegando sin ningún tropiezo al pueblo de Tochimilco, en donde a causa de estar en vísperas de la fiesta titular, quiso Pepe que se detuvieran a divertirse ese día, habiéndolo alborotado el señor Hernández, amigo suyo, en donde se alojaron esa noche; comenzó la diversión con las luces, procesión del Rosario, loas y retos con que estuvieron bastante distraídos y contentos. Al otro día, después de la solemne función de iglesia y almorzar, se fueron los dos para la plaza de gallos en donde fue mirando Pepe toda la flor y nata de los mañosos.

—Con razón no nos encontramos a estos pajarracos cantando por esas selvas, si aquí están juntitos ostentando su habilidad; mira, Astucia, nos ocultaremos un poco mientras te digo quiénes son estos bichos para que los conozcas. Mira, aquel de sombrero de palma con toquillas de armiño y listones encarnados en los amarres, corbata roja, y chaqueta de lienzo, es español conocido por *Paco el Curro*; merodea en el camino de Morelos en unión de su querida, que es esa trigueña que está a su lado llena de alhajas, a la que le dicen unos la *Manflora* y otros la *Barragana Vieja*, lo mismo que ese del sombrero alemán bordado, que por ser tan tuerto le llaman el *Eclipse*, es su segundo, y los cuatro que le siguen son lobos de una manada. Aquél de la chamarra con agujetas, sombrero blanco galoneado, y calzoneras envinadas, es el cabecilla de los del rumbo de Ameca, le dicen el *Garabato*, y oculta en la manga de la chamarra la mano izquierda, porque tiene todos los dedos chuecos y engarabados; también están junto a él cuatro o cinco de su gavilla. Siguen ahí revueltos los de Jantetelco, Jonacate y Tetela del Río; pero de todos ellos, los principales son ese güero azafranado que le llaman el *Cuachichil*, el *Atepocate*, que es ese chaparrito que tiene en las calzoneras doble botonadura de medios de plata, y ese prieto que se acaba de sentar, a quien le nombran el *Barrillero*, pues con el pretexto de vender chácharas, se junta con los caminantes y los introduce bonitamente a las emboscadas que él o sus aparceros tienen dispuestas. Por ese otro

lado, están los de Río Frío en sociedad con los poblanos y los de aquí, en donde como en todas partes no deja de haber de esta polilla, y los capitanea el *Cedacero*, ese de la barba larga que tiene el sombrero coyote; *Polvolilla*, *Chepe Diablo* y el *Quebranta huesos* son los tres que siguen, tortean por Río Frío en unión del *Chagollero* y *Gata mansa*, que son de Puebla; todos los demás que miras son de la misma ralea en inferior grado, de manera que te puedo asegurar que de aquí, sin temor a equivocarme, sólo se podía sacar un dos por ciento de hombres que no sean bandidos, salteadores o ladrones rateros.

—¿Y éste, que nos está dando la espalda, del sombrero tan escandaloso, que según he advertido lleva la voz, y todos esos miserables consideran, quién es?

—Déjame verle tantito la cara. ¡Qué demonio!, si yo hubiera sabido que se encontraba aquí no venimos, es don Polo.

—Pero, ¿quién es ese don Polo que tanto te pesa encontrar aquí?

—Es el jefe de los plateados de Tierra Caliente y siempre andamos evitando el encontrarlo.

—¿Es por ventura sabueso?

—No, hermano, todo lo contrario, le hicimos una vez un corto servicio y el hombre no halla cómo agradecerlo, donde me columbre, de seguro que no nos suelta, ojalá y pudiéramos salimos sin que lo noten.

—Ya es tarde, Pepe todos nos han estado echando furtivas miradas y secreteándose; si nos ven salir, creerán que les alzamos escobeta.

—Dices bien; pero te advierto que si es preciso darte a conocer con don Polo, tiene la vanidad de creerse un Hércules y es afectísimo a demostrar su pujanza dando soberbios apretones de manos, con lo que tiene acoquinados a todos sus conocidos, por eso le alzan pelo y lo respetan.

—Prevente, que yo haré la cosa de manera que toda esta canalla vea que para cada perro ha criado Dios un palo.

Efectivamente no les fue fácil salirse: el lujoso cuanto bonito vestido de Astucia, su presencia imponente, la conversación que tenían separados del grupo de la gente apiñada en el redondelito de la plaza, les llamó la atención y aun no dejaron de infundirles sospechas y temores aquellos extraños; por lo que de boca en boca empezaron a correr los comentarios, suponiéndose cada cual mil cosas, de manera que llegaron a oídos de don Polo, que distraído en las apuestas, y estando de espaldas no los había visto; volteó la cara y fijó la atención en Astucia que con semblante sereno se hizo el indiferente.

—¡De veras, de veras que es guapo el muchacho, eh! —dijo don Polo.

—Ese tlaco no es de aquí —respondió el que estaba junto—. Quién sabe si será algún soplón que viene a oler para estornudar; ya hace rato que entraron y no más se han estado haciendo el cargo; si no me engaño, el que lo acompaña no me es desconocido. Entonces volvió don Polo a girar la cabeza para ver a Pepe que a pesar de estar medio excusado el rostro lo conoció desde luego, y parándose violentamente

se precipitó sobre él con los brazos abiertos, estrechándolo y decía lleno de gusto:

—¿Cuánto bueno por aquí, amigote?, ¿qué milagro es éste? —y repetía sus abrazos alzándolo varias veces. Hagan campo para estos señores; pasen por aquí, porque ¿supongo que este caballero viene con usted, querido Pepe?

—Sí, señor don Polo, es nuestro jefe y tengo el gusto de presentárselo.

—Astucia, servidor de usted —dijo Lorenzo tocándose el sombrero.

—Yo soy su criado, caballero Astucia, conózcame para que me mande, Apolinar Reyes está a sus órdenes y si no se desdenna, hágame el gusto de permitirme que lo abrace y le demuestre mi cariño.

—Será usted correspondido, señor don Apolonio. Y ambos se abrazaron tendiéndose la mano en señal de reconocimiento; al verlos Pepe, le dijo a don Polo:

—Cuidado con mi jefe, amigote, no le vaya a descoyuntar los dedos.

—Seguro está —le contestó—, con mis buenos amigos no abuso de mi poder. Y así que sólo se la había tocado retiró la mano.

—Es que —prosiguió Pepe—, ese pollo no se traga de un bocado, y aunque parecen sus manos disciplina, no tan fácilmente se las deja magullar.

—¿Que de veras, amigo Astucia? —preguntó don Polo.

—No, señor, adulaciones de mi hermano, que se complace en mortificarme.

—Sólo por eso, don Polo, hágame favor de darle un apretoncito, le he de quitar ese genio mustio que tiene —replicó Pepe.

—¿Qué dice de eso, charrito? —dijo don Polo con tono de satisfacción.

—Que puede hacer lo que guste —le contestó presentándole la mano.

—Corrientes, amiguito, pero no crea que lo hago por ofenderlo.

—Ni usted entienda que si me defiendo, es por hacerlo quedar mal.

—Arreglados —gritó Pepe, dando de palmadas—; ¡plaza, señores, plaza a estos gallos!

Todos los concurrentes los rodearon, y tomándose ambos las manos, se afianzaron fuertemente, diciendo don Polo poniéndose muy renegrido:

—¿Aprieto, señor Astucia, aprieto?

—Sí, señor —le contestó con la mayor serenidad. Redobló su pujanza haciendo fuerza con todos sus miembros, pero imposible le era conseguir su objeto, le parecía que apretaba una plancha de hierro; en vano hizo cuanto le sugería su orgullo, ninguna ventaja conseguía; ocurrió por fin al último extremo, y con los ojos enchilados por la fuerza que gastaba, hizo el último esfuerzo picado de ver la impasibilidad de su adversario, que con una sonrisa irónica le contrarrestaba sólo defendiéndose; conoció Astucia su intención, y cuando creía don Polo salir triunfante se coloró un tanto el semblante de Lencho, se le paró una vena en la frente, y don Polo agachándose hasta el suelo dijo con voz doliente:

—¡Basta!, ¡basta!, lo declaro mi rey, amigo Astucia, ahora lo quiero más, charrito. Señores, ¡viva el jefe de los Hermanos de la Hoja!

—¡Viva! —gritaron todos aquellos admirando al charro.

—Diana —dijo Polo—, toquen diana, muchachos, ahí va ese par de pesos para que remojen los instrumentos. ¡Viva Astucia!, ¡vivan los charros de la rama y su planchado jefe!

Algunos minutos duraron los vivas al toque de la diana; esto naturalmente causó el efecto que Pepe se propuso, de que todos aquellos picos largos conocieran poco más o menos que el jefe de los Hermanos de la Hoja no era líquido que se pasaba de un sorbo, y lo miraban con asombro, terror, y respeto.

Se sentaron a uno y otro lado de don Polo, y continuaron los gallos obligándolos a jugar, dándoles continuamente algunas onzas y haciendo que los encomenderos las casaran. Se resistieron lo bastante, principalmente Astucia, pero por no parecer desagradecido y que se sintiera don Polo se propuso darle gusto, tomaba y metía sin retentiva; Pepe que temeroso se tanteaba, no medraba, pero Astucia que tuvo buen cuidado de ir apartando en una bolsa lo que don Polo le dio, en cuanto se vio con una ganancia de siete u ocho onzas comenzó con ellas a apostar, y en tres o cuatro chicas que se hicieron, reunió sesenta y tantas, y cosa de treinta pesos en plata; de repente llegó uno de los de la cuadrilla de don Polo diciendo en voz alta:

—Señor, ahí está el *Buldog*.

—Ya me lo esperaba —dijo don Polo—, no hay sermón sin San Agustín, y apuesto lo que quieran a que Birján lo trae al trote. ¿Cuánta fuerza trae?

—Como treinta hombres.

—Pues no tengan cuidado, que si quiere ladrar le taparemos el resuello. ¿Adónde está alojado?

—En la casa de Diezmos.

—Corrientes; pues les advierto que si ven que trata de jugarle a alguno de los muchachos una mala partida, me den de codo y lo echamos a roncar; corran por ahí la palabra que el Santo de hoy es Astucia, y a esta voz, todo el mundo corre sobre los sabuesos cual si fueran perros de rabia. Aquí no priva ese patarato y fácilmente le apagamos la vela.

También prevénganles a todos que ninguno diga quiénes son estos amigos, sino que suelten el cohete de que vienen conmigo y son de las haciendas de allá abajo. Conque vámonos a comer, porque ya son las dos, no sea que quiera venir aquí, no quiero alternar con él, y aunque siempre me anda buscando la cara, yo me excuso cuanto puedo; tiene sangre muy pesada y me temo en un momento de cólera estrangularlo, aunque presume mucho de tener canilla para contrarrestarme.

Se salieron de la placita de gallos, y mirando llegar don Polo a uno de los suyos a caballo, le preguntó:

—¿Qué sucedió, *Tijerilla*?

—Ya están en la plaza, señor amo —respondió quitándose el sombrero.

—Pues anda, dile al caporal Calvillo, que nadie los toque hasta que nosotros vayamos, y te vuelves para la casa a ensillar mis caballos. Y cogiéndose del brazo de sus amigos, los tres se dirigieron para la casa donde estaba alojado.

—Con que volviendo al Bulldog —dijo Astucia— usted le excusa el bulto, y yo tengo empeño en conocerlo bien, y si se ofrece, tratarlo.

—¡Cómo!, ¿qué, usted alternará con semejante bicho?

—No, amigo don Polo, pero me gusta dar el alón por comerme la pechuga; según me ha dicho Pepe, ahora está de segundo en el Resguardo del tabaco y aunque ya sé quién es, deseo conocerlo de cerca.

—Pues eso es muy fácil, presume de ser campirano y tener buenos caballos, es regular que quiera meterse a fachosear a la plaza, y allí podrá usted relacionarse como uno de tantos. Ahí tengo un cuaco colorado sangre linda, que quiero verlo en sus manos, amigo don Pepe.

—Yo no he de entrar, señor don Polo, soy un verdadero colegial al lado de mi jefe, que trae por ahí un prietito flacón, medio vanidoso, y si se puede conseguir que entre a divertirse, se lo agradeceré, porque como es muchacho se vuelve loco con las travesadas.

—Pues no se ha de conseguir, si yo soy el que doy esa diversión y costeo el ganado, sólo con el fin de que mis amigos gocen de ella; vamos a comer en un instante, porque hasta que yo no disponga el aserradero y que se entorile no se arregla nada.

Cuando llegaron a la casa les preguntó Polo a su familia que se reducía a dos niñas, una de cinco y otra de siete años, sumamente parecidas a su padre que era el tipo común de los tierracalenteños, es decir, de un cuerpo regular, robusto, muy trigüeño, pelo crespo y áspero, ojos encapotados, nariz corta, labios gruesos, poca barba, un tanto cargado de hombros, se vestía con buena ropa pero en el mayor desaliño y con un gran mechón del copete, trataba de ocultar una ancha cicatriz que le cogía desde la frente hasta medio carrillo izquierdo; desde luego se advertía que era resignado y atrevido, trataba a sus subordinados con el más refinado despotismo, sin dejarse nunca contradecir, por lo que siempre los corregía a machetazos sin entrar en más explicaciones; pocas veces se reía ni chanceaba y parecía estar siempre de mal humor, mas al entrar a su casa y salir corriendo sus hijitas, cambiaba completamente de faz, dejando ver al hombre más sensible, al padre más amante. Las niñas, a pesar de ser tan fieritas, estaban muy aseadas y bien vestidas.

—Anda, llama a la señorita —le dijo a la más grande.

Se metió para adentro la niña, y a poco se presentó una señora de cosa de cuarenta años, que desde luego se conocía que era una persona de buenos principios y de noble descendencia, vestía sencillamente de túnico, estaba bien peinada, su cutis era blanco y hermoso, pelo castaño oscuro, ojos pardos, de mirada apacible, en fin, en todas sus facciones y maneras se notaba la gran distancia que mediaba entre la clase de ella y la de don Polo; saludó afectuosamente a los recién llegados y al presentárselos don Polo dijo con voz alterada por los recuerdos que en aquel momento le vinieron a la imaginación:

—Señorita, aquí tiene usted a dos de los Hermanos de la Hoja, a quienes debo,

después de Dios, la vida; jamás olvidaré esa acción y se la agradeceré mientras exista, principalmente a usted, don Pepe, que fue quien me levantó en la barranca del Zopilote; cada vez que estrecho contra mi pecho a estas criaturas lo recuerdo y a usted le debo tan grata complacencia: niñas, abracen a ese señor que les volvió a su padre —y sin poderse contener dejó correr por sus tostadas mejillas las lágrimas de gratitud, que le impidieron por un momento el uso de la palabra. Pepe también conmovido abrazó a las chiquillas y se limpió los ojos con el anverso de la mano. La señorita tampoco pudo contener las que se le vinieron a los ojos y Astucia sin querer los imitó. Pasada esta triste escena siguió otra no menos. Tomó respetuosamente don Polo a la señorita una mano y acercándose a sus huéspedes les dijo:

—Aquí tienen ustedes, amigos míos, al ángel de guarda de estas chiquillas, que hubieran sucumbido de hambre en la más espantosa miseria, si esta señorita a costa de sus intereses no las hubiera libertado. Después de aquel día memorable en que sin sentidos y hecho pedazos, me levantó usted, don Pepe, siguió la persecución contra mi casa y familia, la primera fue quemada y mi mujer con estas criaturitas tuvo que ocultarse en las barrancas, de donde las sacaron y sucumbió a manos de mis enemigos de la manera más infame; iban a hacer lo mismo con estas inocentes, cuando la señorita arrostrando por todo las escapó en unión de su esposo, mi antiguo amo; esto fue origen de que los consideraran mis cómplices; después de afrontar la enemistad y odio, mi querido patrón murió cobardemente asesinado, la señorita se refugió en la ciudad llena de miseria y trabajaba de día y de noche para conseguir el sustento de sus hijas adoptivas; cuando yo volví después de tres meses largos, que duró mi restablecimiento, me encontré en el plan de Amilpas absolutamente solo, todo había desaparecido, me informaron de lo que pasó y me propuse desde luego devolver bien por bien, mal por mal; yo no sigo ya opinión ninguna, mi plan se reduce a vivir del que tiene y se acabó; ya que ellos agotan sus recursos para exterminarme, yo apuro los míos para no dejarme, cuento con gente decidida y amiga de la holganza, cuando nos conviene somos valientes, cuando no, esquivamos encuentros, nos disolvemos para reunirnos en parajes de salvamento. Como esta señorita perdió sus intereses, y trabajaba para sostener a mis hijas, yo me he propuesto que siempre sea para ellas su madre, para mí, mi ama y señora, querida y respetada, el ángel custodio de esas niñas y la dueña de mi casa.

—Es muy justo —dijo Astucia—, y yo el primero le ofrezco a usted, señorita, mis respetos; Astucia el Jefe de los Hermanos de la Hoja, por sí y por sus compañeros se ofrece a sus órdenes.

—Gracias, caballero, y ustedes pueden contar con una humilde criada, Josefina R. de G. para que manden. Apolonio se ha conducido conmigo de tal modo, que le vivo agradecida, estas chiquitas primero por lástima, y ahora por amor, son las que ocupan mi corazón, y me hacen soportable la existencia, pues sin ellas tiempo hace que hubiera terminado mi vida, que no fue más que una cadena de continuos pesares y de amargos padecimientos.

—Ya está la comida en la mesa —dijo un cuerudo asomando la cabeza por la puerta de la sala.

—Vamos, señores —dijo la señorita—, pasarán un mal día.

Astucia le ofreció el brazo, Pepe tomó de la mano a una chiquilla, don Polo a la otra y se dirigieron al comedor, allí volvió a rolar la conversación sobre el Bulldog y don Polo les dijo:

—Para darles una idea de quién es ese bribón, basta con que sepan que es un renegado; después de andar al lado de varios bandoleros, lo indultaron porque denunció a sus compañeros, y no cabiendo por ninguna parte porque le apestaba un poco el pescuezo, se colocó en la comisión y de ratón ascendió a gato, se ha hecho muy temible desde que lo hicieron cabecilla y se pone muy hueco cuando le dicen comandante; ha colgado en el camino a una porción de indios huacaleros, haciendo creer que fueron pájaros de cuenta, pero es un cobarde de primera, que por no exponerse siempre llega tarde cuando asaltan a las diligencias, o coge diverso camino para perseguir a los malhechores, es sumamente fanfarrón, adulador y bajo; últimamente consiguió colocarse en el resguardo de las rentas del tabaco y está jugando con dos barajas, pues nadie me quita de la cabeza que está de acuerdo con los principales cabecillas. Ahora vendrá con el pretexto de guardar el orden, no tiene el demonio por donde desecharlo, juega, bebe y posee cuanto vicio es posible, es astuto y malicioso a la vez que fatuo y presumido, ahí lo verá usted de cerca, y conocerá qué bien corresponde su cara con sus hechos; yo soy malo y feo como el propio Lucifer, pero ni soy traicionero como ese mentecato, ni soy hipócrita y dos caras; cuídense de él porque es capaz de la más vil felonía, seguro está que se les pare al frente, es un collón de marca, pero sí puede dar una sorpresa y jugarles una mala partida.

—Ya estamos prevenidos, don Polo —dijo Pepe—, todo cuanto usted nos ha dicho estaba a nuestro alcance y Dios libre a ese Bulldog de que trate de venteamos; no le ha de valer su ancha cara ni dientes de tenazas: los mastines criollos y abajeños adonde afianzan el gznate ahogan.

La comida estuvo abundante y bastante bien servida. Cuando estaban concluyendo llegó el criado o asistente de don Polo.

—¿Quién entró? —preguntó éste al oír las pisadas del caballo.

—Es Joaquín, señor amo —le respondió el otro criado.

—Dile que ensille el Chocolín, con la silla y freno con que vino de la hacienda, que con mi silla ensille el Melado, y usted por fin, don Pepe, ¿entra a la plaza?

—Sí —contestó Astucia—, entrará tras de su amo; mira, Pepe, en cuanto acabemos, te vas a ensillar mi prieto y que Reflexión se venga en el Cuatralbo por si se ofreciere dar un piquetito, tráete debajo de la pierna mi espada, en los tientos el joronguito acambareño y procuras representar tu papel para que le comamos el trigo al Bulldog.

—¿Que te vas a meter a torear, Apolonio? —dijo la señora—, ya sabes que eso

les causa mucho miedo a estas criaturas y si las hemos de llevar a mortificarlas, vale más que nos quedemos.

—No, señorita, yo no he de torear, ya tengo el tablado dispuesto para ustedes y yo me estaré por allí inmediato por si algo se les ofreciere; el amigo Astucia que está ahora en su mero tejocote, es el que ha de entrar y tengo empeño en que monte al Chocolín que me regalaron ensillado los amos de la hacienda de... si es tan bueno como bonito, seguramente que se tiene que agradecer.

—Por cierto de esos regalos, Apolonio, manos besamos que quisiéramos ver quemadas, esos mismos que así te regalan, por un lado te obsequian temiendo que caigas a sus haciendas y te despaches por tu mano, y por otro no perdonan medio para ver si consiguen exterminarte; Dios te libre de caer en desgracia, porque ellos serán los primeros en solicitar tu ruina.

—Conque, señorita, dentro de un rato se van yendo para la plaza, que las acompañe Joaquín y Tomás, allá las espero para acomodarlas, o si usted dispone que vuelva yo por ustedes, me vendré luego. —Reflexionó un rato y respondió:

—Nos iremos solas, pues aunque aquí nadie me conoce, ni yo tengo que perder, siempre será bueno que ningún extraño sepa que tienes familia, para que no nos vayas a arrastrar contigo en un caso desgraciado.

Se despidieron los huéspedes, Pepe se fue a ensillar el Prieto y Astucia arregló los estribos de la magnífica silla que tenía puesta el Chocolín, montaron a caballo y se fueron para la plaza; ya estaba allí el Bulldog montado en un bonito caballo bayo lobo, haciéndose el gracioso lazando a varios de a pie de los macutenos de Río Frío. Ninguno le había visto a don Polo el Colorado y se imaginaron que era del charro, confirmándose en ello al ver que su vestido era competente al lujo y magnífico aperi de tan precioso caballo. Luego que llegó don Polo se arrimó el Bulldog a saludarlo, dándose cierta importancia y diciendo con una sonrisa sardónica:

—No le doy la mano, señor don Apolonio, porque es el único a quien le alzo pelo, y estoy muy contento con tener mis tãnganos en su lugar.

—No se haga chico, comandante, que usted no deja de tener sus fuerzas, ya me han contado que anda por ahí haciendo chillar a los hombres; lo que sucede es que muy bien sabe con quién se pone y hasta ahora no ha encontrado quien le dé a entender que donde hay bueno hay mejor.

—Eso es una verdad —dijo el Bulldog—, y sin que se entienda que es fanfarronada, exceptuándose usted, con el que quiera me rifo.

—Permítame, comandante, que le diga, que es mucha vanidad, y que donde vea que le cogen el falso se le sale.

—Pues lo repito, no siendo con usted, con cualquiera me rifo —casi todos los que estuvieron en los gallos y presenciaron la escena de don Polo, estaban allí reunidos; no dudaron que Astucia le quitaría la vanidad a aquel hombre tan fatuo y todas las miradas se dirigían a él como incitándolo a que admitiera; Astucia haciéndose el indiferente veía con demasiado desprecio al Bulldog, sonriendo irónicamente; don

Polo le guiñó un ojo y sin esperar a más adelantó su caballo hasta ponerse frente al Bulldog, diciendo con semblante poco serio:

—Señor comandante, ha barrido con todos sin exceptuar más que al amigo don Polo; como su reto a todos nos humilla, yo se lo acepto por honor de todos, aquí está mi mano, no me jacto de fuerzudo, pero no consiento que ronquen más que los que duermen, y el que me busca me encuentra —aunque no dejó de sorprenderse el Bulldog, el prurito y sobre todo su vanidad, lo hicieron tomar la mano que se le presentaba y desde luego conoció que su adversario era pollo de cuenta, por lo que maliciosamente quiso al instante cogerlo desprevenido y dominarlo; Astucia que no era lerdo penetró su designio y anticipadamente le dio tan fuerte agarrón que no lo dejó poner en planta sus mañas y magullándole los dedos, jugándole los tangantitos atrozmente, le decía riendo:

—Apriete.

El comandante soltó los estribos, se encogió en la silla, se mordía los labios, tenía el rostro lívido, las lágrimas asomaron a sus ojos y por más esfuerzos que hacía, no sólo no podía apretar, sino que ni defenderse le fue dado; por fin, le apretó otro poco Astucia, le dio otras jugadillas de tánganos y soltándolo dijo:

—Este pichón no es para mí.

—¿Qué hubo? —dijo don Polo.

—Que este señor comandante se está haciendo chico, contestó Astucia, no ha querido agarrarse como los hombres, y si piensa que yo le he de apostar algún interés se equivoca. Y les hizo del ojo a los que los rodeaban.

—Me declaro insuficiente, señores, este caballero me ha hecho ver estrellitas, exclamó el Bulldog sacudiéndose la mano y soplándose los dedos, retiro mis palabras y pido perdón a las personas que se creyeron insultadas.

—Basta con esta espontánea confesión, replicó Astucia, nadie se dé por ofendido, pero si quiere la revancha, aquí está la zurda.

—No, amigo... ¿cómo se llama?... para respetarlo.

—Gambino, servidor de usted —le contestó Astucia, que fue lo primero que se le ocurrió.

—Vamos al aserradero —dijo don Polo para evitar más explicaciones—, que abran las trancas, y les prevengo que no maltraten el ganado.

Unos entraron a la plaza y otros se subieron a los tablados; el Bulldog renegando los siguió, pero tenía tan adolorida la mano, que no podía ni componer su reata, Gambino y su criado se acompañaron llevándose el primero la ventaja en el manejo de la reata, que tiraba con mucho acierto, mientras que el comandante estuvo errando lazos encuartándose y siendo el más chambón de todos; luego que entorilaron se salieron y don Polo facultó al supuesto Gambino para que arreglara todo y no se volviera desorden.

—Señores —dijo Astucia— ¿les parece que improvisemos una cuadrilla?

—Sí, sí —contestaron varios de los entusiastas— para entrar.

—Pues párense aquí los que han de servir de picadores.

Sólo tres se resolvieron.

—Completa aquí las paradas, Pepe, monta el Cuatralbo y proporcióname garrocha que cuando te toque yo cubriré tu lugar.

—Aquí están las picas —dijo Joaquín al asistente de don Polo que hacia tiempo había llegado con ellas.

—Corrientes, ármense señores, y por este lado estamos completos, ¿usted, comandante, no quiere dar un piquetito?

—No, amigote, yo estaré de lazador.

—Enhorabuena, pues júntese aquí con don Polo, que entrará en el Chocolín para que me lo preste cuando se lo pida. A ver los coleadores fórmense. —Entresacó ocho y los numeró.

—Señores —les dijo—, cuando les toque su turno estén listos, yo los llamaré por sus números y mientras no se colee, se están aquí afuera paraditos. Ahora vamos a la cuadrilla de a pie, ¿quiénes gustan de acompañarme?

—Yo, señor amo —contestó Reflexión disponiendo su sarapito y alzándose las puntas de las calzoneras —y yo, y yo—, contestaron varios rancheros y peladitos.

—Fórmense, fórmense aquí en ala. —Eran otros ocho.

—¿Quién de ustedes banderillea? que dé un paso al frente. —Salieron tres.

—Completa aquí Reflexión, dos para cada toro, primera y segunda parada, los demás son capoteros, y cuidado con hacerse bolas. Nos faltan dos locos.

—Ahí andan los de los huehuenches y la danza, llámenlos —dijo don Polo.

En un instante vinieron llenos de gusto, les advirtió Astucia su deber y estaban ya completas las cuadrillas.

—Ahora sólo me resta decirles lo que debemos hacer, vámonos todos al mesoncito para ensayamos mientras se hace hora.

Las facultades concedidas y el aspecto de dominio que tenía Astucia hacían que todos se prestaran y obedecieran gustosos; allí solos en el mesón, les advirtió el cómo y lo que debían de hacer cada cual en su clase, mandó acomodar la música, se pusieron tranqueros en la puerta para que sólo entraran y salieran los que él determinara y coordinó con don Polo el modo de distribuir la diversión para hacerla lucida y variada, sin olvidarse del clarín de órdenes para la lumbrera del Juez. A las tres y cuarto ya estaba todo listo, la plaza llena de gente y toda la concurrencia ansiosa de que comenzara la función.

Por fin llegó un indio a avisar que ya estaba el señor Subprefecto en su tablado; se formaron todos en sus respectivas colocaciones y capitaneados por Astucia que iba a pie, con su joronguito doblado en el brazo izquierdo. Llegaron a la puerta de la plaza, sonó un formidable trompetazo que puso en alarma a todos los concurrentes, la música comenzó a tocar una descompasada marcha y se presentó Astucia seguido de sus cuadrillas, atravesando el circo, llenando con su presencia la plaza, causando mucho entusiasmo y obteniendo multitud de aplausos.

Llegaron frente al tablado de las autoridades, formaron en ala, hicieron un saludo y en el mayor orden salieron los coleadores y dos de los picadores para su sitio designado. Un picador se paró en un lado del coso, el otro al segundo tiro, los peones cubrieron el redondel; el capotero fue al reto, y el capitán se puso tras del primer picador para defenderlo de un embroque.

Como el toril no estaba en forma, sino que sólo era un simple chiquero, fue necesario lazar adentro al toro designado para sacarlo; le dieron al Bulldog la reata con el toro amarrado; al tiempo de salir a la plaza estaba atravesado, fue el primer bulto que descubrió, y partiéndole directamente no le dio tiempo para salirse de jurisdicción, por lo que en su viaje le dio al caballo una quemada en la nalga, y el hombre por librarse soltó la reata y echó a correr causando mucha risa a todos, que se burlaban de su torpeza; uno de los de a pie tomó la punta de la reata, se la dio a don Polo y siguió otra bola de silbidos pues el dicho Bulldog erró cuatro o seis piales, hasta que estando el toro ahogándose cayó al suelo y allí lo despojó Astucia de la reata que tenía en el pescuezo, diciéndole al picador:

—Párese aquí, amiguito. Ahí va la muerte, muchachos. Le dio un manazo al toro en la panza y arrancó extendiendo su joronguito al estribo izquierdo del picador, el toro se paró hecho un demonio, y le partió, lo recibió bien, pero todo se descompuso y antes que recargara la suerte y perdiera la silla, se metió Astucia quitándoselo con limpieza, gritando:

—¡Bien, muchacho. Bien!

Todos lo imitaron aplaudiendo, y el hombre que picó, se figuraba que efectivamente había quedado bien; así estuvo ayudando y defendiendo a todos, animándolos y aplaudiéndolos, pues siendo esa clase de entrenamiento su diversión favorita, se dedicó, aprendió y ejercitó en todo lo del ramo con empeño, por lo que el hombre estaba en su elemento.

Los banderilleros no quedaron muy mal, a pesar de sólo hacerlo con una mano. Tocaron a muerte, armó Astucia con la muleta su joronguito, le dio Pepe su espada, pidió la venia, retiró la gente del circo y se presentó muy sereno a dar los pases; el bicho no había adquirido resabio, se presentó bien, humilló con franqueza, y con toda maestría le aplicó una buena estocada por el alto de los rubios, volvió sobre el bulto muy agraviado, le presentó Astucia la muleta, se contrajo, tosió con ansia, dio dos o tres oscilaciones y se clavó de cabeza al querer entrarle a la capa.

Por largo rato estuvo la concurrencia aplaudiendo frenética; nunca se había visto por allí un diestro más inteligente, más simpático ni más bien recibido. De todas partes llovían galas, todos demostraban su júbilo de mil maneras; mandó a los locos que juntaran, y generalmente a todos dio las gracias por su benevolencia, al recoger su sombrero. Se fue para la puerta de la plaza y gritó:

—Uno y dos, a la puerta del toril. Tres y cuatro, sáquense ese toro para afuera a que lo destacen. Tráete mi prieto, Reflexión, y tú, Chango, guárdame por ahí ese dinero —cosa de cuarenta pesos en toda clase de moneda que recogieron los locos, a

quienes les dio un puño de tlacos y medios a cada uno; trajo Reflexión el prieto, y le dijo:

—Móntate, acompaña te con los coleadores, y si te dejas ganar la cola te prometo un dulce.

Les echó un toro manso, al cual sólo Reflexión pudo llevarse merced al buen caballo que montaba, mandó que saliera aquella parada e invitado por don Polo que quería verlo maniobrar en el Chocolín, siguió otro toro de cola para él y el comandante que mandó meter un bonito caballo melado; como eran los más guapos, llamaban más la atención, con la diferencia que el uno había merecido silbidos, y el otro multiplicados aplausos; en lo poco que había usado el Chocolín, conoció que no era de gran empuje, que se cargaba un poco en la rienda, y que era necesario aprovechar los primeros arranques.

—¿La toma, o me la deja, comandante? —le dijo al Bulldog al estar esperando a la res.

—Como usted quiera —le respondió.

—Ésa no es respuesta.

—Pues que la coja, el que pueda.

—Éste no es lugar para disputarla, comandante, si estuviéramos en el campo no le preguntaría.

—Es que cuando estoy en este melado no me gusta quedarme atrás, la lucharemos.

—Corrientes, peor para usted —y en este momento salió el toro al redondel—, ambos partieron, sacó la ventaja el comandante, Astucia se embarreró, y cuando pensaba el Bulldog que lo había dejado atrás y trataba de cerrarle el claro, se le pasó por la derecha como un rayo, tomó la cola con la mano zurda y violentamente amarró, le pegó un grito al Chocolín y rodó el toro por el suelo un gran trecho. Fue universal el aplauso que ya rayaba en delirio, y al ver a Astucia perfectamente sentado en el Chocolín, que con cariño lo aquietaba, echando de cuando en cuando unos fuertes volidos, tascando con furor el freno y disparándose a cada instante, no había persona que no alabara a aquel charro tan bien montado.

Se paró la res un tanto destroncada, la siguió el comandante solo, y a pesar de que no tenía competencia, sólo pudo medio trastornarla, pues abriéndose el caballo la estiró mal y de mala manera. Silbáronle los malditos que ya se habían propuesto hacerlo cuco. Volvió Astucia, le tomó el rabo, y sin gran dificultad le dio otra caída de chiflonazo y siguieron los aplausos; picado el Bulldog se le pegó; pero ya el toro se había hecho remolón y en vano le metió tres arciones, no hacía más que cambiarle de dirección irritándolo más y más tanto silbido.

Desde que Astucia se presentó y empezó a ser aplaudido, una viejecita hermana del señor cura empezó con la tentación de saber quién era, por lo que a cada momento y a cuantos podía les preguntaba con empeño:

—¿Quién es ese joven tan buen mozo y presentado? ¿Quién será? —y tanto instó

que se fue repitiendo su pregunta por ocho o diez tablados, y uno de tantos que presencié la derrota del Bulldog antes de la corrida, dijo:

—Si mal no me recuerdo, me parece que oí decir que se llamaba Gavino, no Cutino, ello es que su apelativo va por ahí, no lo recuerdo bien.

—Gaviño querrá usted decir —repuso un fatuo que era tinterillo del juzgado de Letras y se daba importancia de conocer a todo el mundo—. Gaviño, sí, señor, el primer espada que trabaja en la capital; ¿no es así?

—Creo que así —dijo el primero.

—Eso ha de haber dicho, si yo lo conozco; varias veces lo he visto torear en Puebla, aunque ahora viene de payo, no por eso dejo de saber quién es.

Con esta afirmativa, volvió la respuesta corregida y aumentada, y al recibirla la viejecita, le decía a su vecina inmediata:

—Éste es Gaviño, niña, Gaviño.

—Mira, José Antonio, ya no te morirás con el deseo de ver torear a Gaviño, el célebre Bernardo Gaviño.

—Con razón está todo esto con orden —respondió el cura que era el interrogado —, y trata con tanta confianza a esas fieras, se burla de ellas y las domina; es justamente digno de todo elogio, pero ahí viene don Polo, y éste nos dará mejor noticia.

—Don Polo, don Polo —le gritó la señora, y luego que se acercó le ofreció el cura un asiento.

—¿Es verdad, don Polo, que ese charrito tan guapo es Gaviño?

—Sí, señora —respondió sonriéndose al cura, con quien semirreservadamente mantuvo una larga conversación.

Como se fue generalizando la voz de que se llamaba Gaviño, en cada aplauso repetían:

—¡Viva Gaviño!, ¡viva Bernardo! —y todos creyeron que efectivamente así se llamaba, de manera que hasta el mismo Bulldog le dio crédito a pesar de conocer al verdadero Bernardo, y como cuando le dijo su apellido no puso mayor cuidado porque los dolores que sentía en la mano no le permitían atender a otra cosa, creyó que la casualidad bien podría haber hecho que tuvieran el mismo apellido, y sólo dudaba de que se llamara Bernardo.

Al verse humillado y hecho cuco por aquel hombre decía entre sí:

—Ya nos veremos, señor Gaviño, yo le enseñaré a mofarse de los hombres, no pierdo las esperanzas de encontrarnos por ahí y pobre de usted si cae en mis manos; no le han de valer sus fuerzas ni su ciencia en la tauromaquia.

El segundo toro de juego también estuvo divertido, lo picó Astucia en el Cuatralbo; lo banderilló en el prieto, y por fin, le dio una buena estocada de vuela pie, que lo hizo sucumbir, repitiéndose los palmoteos, galas y vivas a Gaviño; mientras seguían otros dos toros de cola, se sentó en la orilla del tablado en que estaba don Polo a fumar un puro que le ofreció el señor cura, quien después de elogiarlo le

suplicó que antes de irse le hiciera una visita, a lo que accedió Astucia muy gustoso. El tercer toro no lució porque desde luego se hizo muy retrechero y de malicia, presentándose a las suertes con cautela y embarrerándose a cada paso, conservándose con muchas piernas y dando de repente algunos arranques de embroque. Tocaron a darle muerte, y al presentarse Astucia a pedir la venia, le dijo don Polo:

—Está este toro muy engreído, ya se ha toreado muchas veces, cuidado con él, amigote.

—Es verdad, señor don Polo, está muy apicardillado, sigue celoso el bulto, no quiere entrar en la suerte y tira derrote con malicia; pero a donde yo logre que tome el engaño, lo despacho embraguetándome.

—En éstos es en los que debe lucirse, señor Gaviño —dijo el Bulldog con ironía trepándose en la barrera para estar en salvo.

—No digo ese toretillo, comandante, toros dealzada, y en el llano he dominado, voy a cambiar una estocada por un puñete, eso es seguro.

Y se fue previniendo su muleta. En vano lo retó tres o cuatro veces, cambió de capas, hizo que se lo corrieran, más se aquerenciaba el maldito toro, y al presentarle la espada cambiaba viaje, se armaba o la dejaba sin salida; se le perfiló al costado, le dio pase de pecho para embraguetarse, y no pudo hacerlo entrar en jurisdicción ni mucho menos humillar.

Estaba Reflexión empeñado en quererlo desalojar de la querencia, y Astucia separado en espera de una oportunidad, cuando el bicho dio el arranque siguiendo directo al bulto, él se lo evitó con un recorte sacando la muleta por alto, pero a pesar de que anduvo bastante listo, no le fue posible por falta de espacio, escaparse de los derrotes continuos con que la fiera lo buscaba, y le tocó uno en el antebrazo izquierdo, que aunque corrido y ligero le hizo pedazos la chamarra; enojado por aquel lance, siguió tras del toro pegado a la barrera y gritándole para que volviera; en cuanto terminó su viaje se paró y sin más pases de muleta ni preludios le aplicó una estocada baja a la media vuelta con la que le atravesó el pecho e interesó el pulmón, y arrojando el animal borbotones de sangre por boca y narices cayó a pocos pasos exhalando el último aliento, a tiempo que toda la concurrencia con estrepitosos aplausos repetía mil vivas a Gaviño y no escaseaba sus galas al matador.

—Eso no vale —dijo el Buidog—, esa estocada fue a la mala, amigote —queriendo así contrariar las aclamaciones generales, menospreciando el hecho con una sonrisa sardónica y burlesca.

—Efectivamente, comandante, fue a la mala, pero es la única con que deben morir todos los *pícaros*, que como este toretillo adquieren resabio y se hacen alevosos. —Y recalcó su palabra de manera que comprendiera la doble intención con que contestaba.

—¿Que siempre le dio su llegadita en el brazo?

—Sí, comandante, los chambazos que yo hago, ya lo ve, al que me rasga la chamarra lo atravieso por el pecho y el pulmón; ése es mi sistema: hágame favor de

gritarle al cinco y seis, para que coleen, y al siete y al ocho para que se lleven a este toro muerto.

—¿Qué no habrá entendido las indirectas? —dijo don Polo en cuanto se ausentó el Bulldog.

—Si no las comprendió, de necio se pasa —dijo el cura.

—Puede ser que se haya quedado en ayunas —replicó Astucia—, hay en este mundo gentes que nacen predestinadas, y creo que está bastante bien aplicado el nombre de Bulldog.

—Está adecuado —dijo don Polo—; mírenlo ustedes con esa cara tan ancha, las narices aplastadas con tamañas ventanas abiertas, un dedo de frente cubierta con el pelo almendrilla, la barba enchilada, esa desmesurada boca por donde asoman tres dientes más de los naturales que demuestran las dos andanadas, sus ojos entre garzos o verdosos, encapotados y de mirada siniestra, su cuerpo chaparro y doblado; por no dejar, su voz se asemeja a los ladridos; y esa cara pecosa y empañada como huevo de pipila, desde luego causa repugnancia y es chocante; cuidado con sus dientes amiguito.

—Sí, don Polo, es necesario cuidarse las pantorrillas porque ese perro no ha de ser de los que salgan ladrando por enfrente, sino que a la sordina dan la tarascada; ya procuraremos ponerle su tramojo y en caso preciso quebrarle los dientes.

Como ya no más faltaba un toro de juego, se mochó más que para que sirviera de embolado para la plebe, y en cuanto acabó de colear la cuarta pasada, se hizo el combate, entraron todos y se les echaron a repasar los toros que había en el toril a un tiempo, para terminar la diversión.

En uno de los intermedios vino el comandante agarrado del encoladito que afirmó que era Bernardo Gaviño, sosteniéndoselo a su buen amigo el Bulldog que quiso salir de dudas.

—Muy bien, Bernardo, muy bien —le dijo a Astucia cuando estuvieron enfrente del tablado en que estaba sentado con los pies descansando en las vigas que formaban el redondel.

Astucia lo vio con indiferencia sin darse por entendido, entonces el tinterillo repitió sus alabanzas.

—Bien, Bernardo, bien has quedado.

—¿Con quién habla usted, señor mío?

—Pues, ¿con quién he de hablar, chico, sino contigo?

—¿Contigo? pues me gusta la confianza, y de veras que es ingeniosa la lisonja, ¿por quién me ha tomado usted, caballero?

—¿Cómo por quién? Por Bernardo Gaviño.

—Está usted en un error, no me llamo Bernardo, y si lo fuera, ¿quién es usted para tutearme? ¿Qué, porque se presenta uno al público debe menospreciarlo cualquier charlatán?

—Pues ¿no es usted Gaviño? —repitió aquel hombre medio cortado por la

reprimenda— yo lo he visto torear en Puebla y otras plazas.

—¿A mí?

—Sí, señor, a usted.

—Pues entonces permítame que le diga que miente más que un sastre; aunque me nombran Gaviño, jamás me he presentado a torear en plazas públicas de paga, el mentado diestro con quien usted me confunde, es torero de profesión, el único que se ha llevado en la República entera todas las simpatías, y merecido multiplicados aplausos con justicia; aquél es español, yo soy criollo, y la semejanza de apellido a nadie autoriza para que tan villanamente se nos trate con tal audacia, que se atreve a sostener en mis barbas su impostura.

—Usted dispense, señor Gaviño, pero yo me figuré... que... Háganse a un lado que ya echaron al toro.

Se separaron riéndose el Bulldog del chasco de su amigote, y disgustado de no haber podido hacer más aclaraciones respecto de aquel charro que le infundía temor, y al recordar su humillación y burlas, se encendía en ira.

—¿Por qué me diría aquello de que así mueren los *pícaros que se hacen alevosos*, y de que al que le rasga la chamarra le atraviesa el pecho y el pulmón? Al escucharlo me pareció que ya me dirigía la espada que tenía en la mano, y me dio cierto terror. ¿Quién será este hombre que ejerce sobre mí tanto dominio a la vez que me choca? Yo lo he de averiguar, lo que repugna hace daño, quién sabe si este amiguito será uno de tantos cabecillas que diariamente aparecen capitaneando una punta de vagos, que con el pretexto de pronunciados roban a mansalva, y según las apariencias, ese magnífico caballo y lujosos arreos dan a entender que tiene dinero; le oí sonar oro en las bolsas, sus criados lo miran con mucho respeto, es regular que esta noche vaya a la partida; voy a ponerle sus espías y a la hora que se retire, en un callejón de estos lo mando echar a roncar para siempre; todo lo hace una buena gratificación a mis muchachos que no se tientan el corazón para dar de puñaladas, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Concluyó la corrida, le dio Astucia el Chocolín a Tijerilla, el asistente de don Polo montó en su prieto, Pepe en el Cuatralbo, Reflexión y el Chango en las ancas, y se fueron para su alojamiento pretextando que la contusión del brazo lo mortificaba mucho, y trataba de curarse. Cuando estuvieron solos le dijo Astucia a Pepe:

—Vamos a cuentas, hermano: primeramente destapa esa botella y dame en este golpecillo una buena untada.

—¿Qué, es cosa de cuidado?

—No, pero quiero que lo sea para que con este pretexto no me mortifique nadie.

—¿Cómo saliste en los gallos?

—Mal, pues de dieciséis onzas que me dio don Polo sólo tengo catorce.

—Aquí están las dieciséis tuyas, y veintidós mías, son treinta y ocho: toma, envuélvelas en ese papel para devolverlas, ahora todo esto es utilidad, contemos. Y empezó a sacar las onzas que ganó en los gallos.

—¡Pero, hombre! —exclamó Pepe admirado— yo no vi que hubieras acertado tanto.

—Tal vez estabas distraído; en cuanto tuve algo mío comencé a coger de los encomendados, y en unas cuantas chicas que se hicieron les metí el diente.

—Pero después se cambiaron.

—Entonces ya no quise coger, y me estuve entreteniendo de a tres y a cuatro pesos, con lo que se hicieron estos sueltos. La suerte ha estado propicia, todos esos picos largos que han presenciado mi ganancia les ha llamado la atención mi lujo, y me temo que ya nos estén formando por ahí algún planecito; vamos pocos, ellos son una multitud, nada les supone una emboscadita, y seríamos muy tontos si les damos tiempo: diles a los muchachos que ensillen y arregla el avío, dentro de un rato marchamos cuando estén más entretenidos con Baco y Birján, ya sabes mi máxima: *con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión*.

—Bien pensado, porque yo aún extendiendo un poco más mi malicia. También el Bulldog es temible, no ha de faltar algún bribón que le diga que somos contrabandistas, ha de tratar de querer dar una clásica campanada en su nueva comisión; tiene muy viles entrañas, es cobarde y debemos prevenirnos para sus felonías; al salir de la plaza se ha estado secreteando con algunos de su pacota y antes que todo, es preciso ponerse en salvo, no quiero morir en trampa. Conque volviendo a otra cosa, con el oro, plata y demás morralla todo suma mil doscientos treinta pesos; con este cobre que habilite el Chango la petaquilla de puros y sus árganas de comestibles. El diezmo de esto son ciento veintitrés, pónmelos aquí, toda la plata y completo con dos onzas. Ahora guarda el resto, y que luego ensillen.

Hizo Pepe lo que mandó, echó los ciento y tantos pesos en su mascada, y se disponía a salir cuando llegó don Polo.

—¿Cómo sigue de su golpe, señor Gaviño?

—Estoy mejor, amigote.

—¿Qué, no sale usted por ahí a dar una vuelta?

—Sí, señor, eso iba a hacer puntualmente —porque no viera los aparatos de viaje procuró salir.

—Vamos a la partida, amigo, nos divertiremos un rato —dijo don Polo.

—Vamos por ahí —le contestó tomando el cartucho de las onzas primeras, y la mascada con la plata.

Salieron para la calle y cuando llegaron a la esquina de la plaza, dijo Astucia parándose:

—Señor don Polo, vamos a cuentas, necesito como buenos amigos hablamos con franqueza y tratamos con entera confianza; yo no más he salido por cumplirle al señor cura mi oferta, y luego que lo haga me marchó; iba a dejarle a usted una carta de despedida manifestándole mis razones, pero ya que se me evitó ese trabajo, le digo con la mayor sinceridad que le estamos muy reconocidos a su aprecio, que siempre seremos sus buenos amigos, y que a nombre de mis hermanos, reciba este leal abrazo

que transmitirá a la señorita y a sus apreciables chiquillas.

—¿Pero qué causa hay para tan repentina marcha?

—Hay algunas, don Polo: traemos nuestro tiempo medido, tenemos que hacer un gran rodeo por Tlaxcala, tengo recelo al Bulldog y a toda esa percha de tunantes que aquí se han reunido, y antes que traten de hacemos una mala partida, quiero poner tierra de por medio. Conque vamos a otra cosa, esta mañana nos hizo favor de franquearnos dieciséis onzas a Pepe, y veintidós a mí, aquí están las treinta y ocho, se las devuelvo con los debidos agradecimientos.

—¡Qué disparate, amigo! yo no se las presté, quise que se divirtieran y se acabó; yo no las tomo.

—Pues entonces, don Polo, ésta será causa de que quebrems amistades, somos en esto muy delicados, bien conoce usted el carácter de mis hermanos, y le hablo con toda formalidad, si no recibe su dinero me ofendo.

—Corrientes —dijo don Polo— recibiré ese dinero, pero a mi vez le hago una súplica, le pido un favor que no me ha de negar porque yo también me agraviaría.

—Diga usted cuál es, amigo mío.

—Que se lleve al Chocolín ensillado, como un recuerdo mío, y que este par de pistolas giratorias se empeñe en que las reciba don Pepe, como un corto presente que mis hijas le hacen; quería yo que ellas mismas se las ofrecieran para que no se negara a recibirlas; pero su marcha tan violenta me priva de ese gusto.

—Pero, don Polo, yo no tengo méritos para merecer ese obsequio, su buena amistad no necesita recuerdo, y permítame que me excuse.

—Tiene usted, señor Astucia, el mérito de haberme llamado su amigo, me envanezco de ello, quiero darle una corta muestra de mi reconocimiento, y si me desaira me causará un verdadero pesar, lo recibiré como un desprecio; ese caballo me lo regalaron, no lo adquiriré con mis avances, puede lucirse sin riesgo, y quiero que lo use mi buen amigo Astucia.

Conoció Lorenzo que se las había con otro tan franco como él y que el excusarse sería en vano, por lo que le respondió:

—Acepto, amigo, se lo estimo mucho, me llevaré el Chocolín, tenga su dinero, pero en cuanto a las pistolas, Pepe también es medio delicado y no sé qué dirá si las acepto.

—Pues ése es mi empeño, que usted interponga su valimiento para que mis chiquillas no queden desairadas.

—Estoy anuente, haré cuanto esté de mi parte.

—Ahora conozco que de veras es mi amigo, venga el abrazo de despedida, no quiero hacerle perder el tiempo; tiene usted mucha razón de desconfiar de toda esta polilla; por ahí se encontrarán algunos vigilantes míos, ya sabe usted que el santo es Astucia.

Yo también he tomado mis precauciones con el Bulldog, y le ando vigilando los pasos desde que llegó; no hace mucho que me dieron parte de que en el portalito de la

casa de la partida hay cuatro coyotes en acecho, y si quieren hacer de las suyas la llevan, porque yo les he puesto su trampa.

Al venir me encontré con el fachoso comandante, y me instó mucho para llevar a usted a la partida, yo se lo ofrecí y nos ha de estar esperando; voy a entretenerlo mientras ustedes se marchan, de paso le mando el Chocolín y guárdese por ahí las pistolas para don Pepe. Hágame favor de asegurarles a todos sus buenos hermanos, que Apolonio Reyes siempre recuerda su bondad y jamás dejará de ser agradecido. Se abrazaron cordialmente, y cada cual tomó distinto camino.

Astucia llegó al curato y fue recibido con gusto, lo hicieron tomar chocolate y quedándose solo con el señor cura, éste le dijo:

—Ya veo que es usted formal, y supongo que mañana trata de seguir su marcha, caballero Astucia.

—¿Cómo, señor, usted sabe mi nombre?

—Sí, amiguito, don Polo que es amigo mío, me ha impuesto de todo en el seno de la amistad; como yo soy de ese rumbo de Orizaba, les tengo amor a los charros que comercian en la rama, a la vez que los compadezco porque no ignoro el eminente peligro a que se exponen unos hombres de bien y trabajadores; he oído mil elogios de los Hermanos de la Hoja y eso me hace tener mucho gusto al conocer a su guapo jefe, que no desdice del buen concepto que tengo formado de ellos.

—Señor cura, estimo en lo que vale su distinguido aprecio, y a más de tener el placer de visitarlo y ofrecerme a sus órdenes, vengo a solicitar un favor e inferirle una molestia.

—Mande usted con franqueza, caballero, tendré mucha complacencia en servirlo.

—Pues, señor, contando con su buena disposición, quiero que se encargue de repartir este dinero entre los pobres de su parroquia, y con especialidad a los ancianos. Hace mucho tiempo que tengo la costumbre de dar de limosna, el diezmo de lo que gano, siguiendo el ejemplo de mi señor padre, hoy la suerte me ha sido propicia en los gallos, y no conozco aquí persona más a propósito para esta comisión como usted y espero que se tome esa molestia en obsequio de sus feligreses.

—Con muchísimo gusto, señorito, y a nombre de esos infelices a quien he de socorrer, reciba un millón de gracias; pero deseo saber ¿a quién le deben este socorro para que lo colmen de bendiciones?

—A la Divina Providencia, señor cura, y con sólo la bendición de usted quedo contento y profusamente recompensado.

—A más de ella, joven apreciable, voy a darle otra cosa que también le ha de gustar, ¿cuántos son ustedes, amiguito?

—Seis hermanos y doce arrieros.

—No me dilato —se metió a su estudio y trayendo un papelito le dijo: —Aquí van estas medallitas para todos, tienen la efigie de Ntra. Madre Santísima, están benditas y usted sabe el uso que haga de ellas.

—Gracias, señor cura, se lo estimo mucho, espero su santa bendición para retirarme. —Y se le hincó enfrente.

Aquel venerable sacerdote lo bendijo lleno de unción, le dio su mano a besar, se abrazaron y llamando a sus hermanas para que se despidieran, se retiró para su alojamiento en donde ya estaba el Chocolín.

—Mira, Pepe —dijo al entrar— tápale la silla a ese caballo con una camisa de los otros, guarda el freno en el almofrej, a los muchachos que monten y en marcha, voy a despedirme de los de la casa.

Tardó poco en esta operación, montó a caballo y partieron con dirección a los volcanes; mientras tanto el Bulldog impaciente salía cada rato, cambiaba una mirada con sus viles instrumentos que tenía listos, y volvía a entrar a la partida, en donde don Polo hacia lo posible por entretenerlo; también por otro lado estaban ocultos cuatro o seis, sólo en acecho de los del portalito, que fastidiados de estar allí comenzaron a bostezar.

—¿Qué mano que ese pájaro se nos vuela de entre las manos, *Chimiloco*? Es necesario no errar el golpe, porque ya ves, cincuenta pesos por una metida, no son de desperdiciar. Tú fuiste un guaje, el comandante tiene empeño que despache ese charrito, si más le pides más te da.

—Pues ¿qué más quieres que cincuenta pesos, los despojos y cubrir el delito para que nadie sospeche? Con sólo su vestido se hace algún negocito y como es regular que algo traiga en las bolsas, no está la cosa tan mala como parece. —Por otro lado decía uno:

—¿Cuáles son las órdenes que tienes de don Polo, *Chueco*?

—Que al menor movimiento que hagan éstos para ofender a alguno, los despachamos a dar un vistazo por el infierno, se están secreteando y ya mero me dan ganas de mandarlos a cenar con toditos los diablos.

El Bulldog fingiéndose cuidadoso, preguntó a don Polo:

—¿Qué es cosa de consideración, lo del brazo del amigo Gaviño?

—No deja de serlo, comandante, porque ahora que me vine estaban curándolo y tenía tamaño chichón.

—¿Si será eso motivo para que no venga?

—Creo que no, pues me lo ofreció formalmente, es entusiasta para los albures, tiene dinero y no dejara de venir, siéntese tantito y cuénteme sus ascensos, pues según me han dicho está usted ahora en el Resguardo de las rentas del Tabaco.

—Sí, don Polo, se han empeñado en darme esa encomienda, no me pude quitar el lazo y tuve que admitir a mi pesar.

—¿Pero creo que usted ha mejorado?

—Sí y no, sí porque no es tan odiosa esa comisión, como la de perseguir malhechores, y no, porque los charros son terribles, muy atrevidos, y por todas partes los protegen y custodian; con eso tendré que ocurrir a mil ardides para tenderles un lazo.

—Pero eso para usted es el huevo juanelo; es vivo ¿y dónde han de ir que más valgan? Apuesto a que ya les andará usted poniendo su trampa, no tiene usted un pelo de tonto y no le darán mucha guerra, vamos a echar una copita a la cantina, celebremos el ascenso —se lo llevó a la otra pieza y sin mayor dificultad le fue cargando la mano.

—Usted adivina, don Polo —dijo el Bulldog tocándole el hombro, ya la cabeza trastornada— ya puse mis espías en el paso del Río, la Calera, San Miguelito y el Pinal, estoy conquistando en Huamantla a don Teófilo el *Bandolón*, que fue contrabandista y sabe todos esos andurriales hasta durmiendo, le voy a pagar su sueldo sólo porque me acompañe y guíe como mozo particular, él conoce a todos, desde que quedó manco cuando andaba con caballitos, está en la miseria y con cualquier cosa se conchaba.

—Sabe usted comandante, que ésa es buena estratagema.

—Toma, adonde yo le digo que no me la pegan a mí los charros y principalmente esos maldecidos Hermanos de la Hoja, que todos los días me recomiendan los jefes.

—¿Que son muchos?

—Un demonial de comerciantes que andan en partidas y apenas se ofrece un lance, cuando parece que brotan de las peñas, todos se dan la mano y ya pronto tendremos que batirlos con artillería, tienen buen armamento y unas punterías que no desperdician balas, cada rato tenemos bajas y yo estoy muy disgustado porque la verdad, los señores contratistas del ramo son malagradecidos, no recompensan a sus servidores, y mis muchachos que lo conocen, sólo procuran librar el bulto, no entran parejo, sino que voltean caras y dejan a uno en la pelaza, con eso, yo me hago disimulado y aunque sepa por dónde van, los busco por rumbo opuesto; pero no siempre se puede hacer esto, los jefes son muy exigentes y necesito cuanto antes ganarme a Teófilo, ponerles un plancito para que caigan sin comprometerme mucho, y hoy se mata uno, mañana otro, y así sin sentir los he de exterminar; ya me dieron en la dirección amplias facultades y voy a poner en planta mis proyectos ayudado de ese Bandolón que me va a servir de pies y manos sin saberlo, el trabajo será para él y la gloria para mí. ¿Qué le parece mi determinación, don Polo, es verdad que debo conquistar a Teófilo?

—Magnífico, comandante, magnífico.

Y en todas estas conversaciones dieron las nueve, ya tenían hora y media de camino nuestros viajeros, cuando un extraño que don Polo mandó, dio aviso a los apostados en el portalito que el señor Gaviño acababa de salir para México cogiendo el camino de Tetela del Río. Uno de aquéllos se metió para adentro, llamó con precaución a su comandante, le dio noticia, y reservadamente éste le dio orden de que ensillaran ocho de los suyos, que cortaran por el jagüey y les dieran alcance, que si conseguían matarlo les daba cien pesos y todo el botín que cayera, agregando:

—Llevan mucho dinero, váyanse aprisa y no pierdan el lance. —Luego para violentarlos quiso él mismo ir a despacharlos.

—No me dilato, amigo don Polo, asuntos del servicio reclaman mi presencia.

—Vaya usted, comandante —y mientras que se fue a dar sus disposiciones a la casa de Diezmos, don Polo fue a la suya y también dio sus órdenes, pues muy bien había escuchado todo. Escribió una carta a Astucia informándole minuciosamente de cuanto le había hecho despepitar al Bulldog, y estando listo Joaquín Tijerilla, le dijo:

—Parte por el camino de los volcanes, alcanza a los charros, y le das a mi amigo este papel, no te vuelvas sin contestación y aprieta el paso mas que revientes al caballo. Tú, Romero, vete a situar donde te dije, les das la noticia, te juntas con tu guerrilla y se van detrás de ellos, adonde les parezca oportuno les dan su merecido: ladrón que roba a ladrón, ya me entiendes; en marcha y con lo que avancen, se van de largo para el asoleadero, allá me esperan, ya tragaron el anzuelo, y que Dios los ampare.

El Bulldog mirando que el tal Chimiloco estaba mal montado le dijo:

—Llévate mi melado, y tú, Lázaro, ensilla el bayo; pero con la condición de que si dan el golpe, me dan por ellos el colorado y el prieto que metieron esta tarde a la plaza.

—Convenido, mi jefe, y en el supuesto que así ha de ser, présteme también su silla que al cabo vendrá el coloradito como estaba.

—Estamos arreglados, no pierdan tiempo, cuando más irán bajando la cuesta.

Romero el Chueco, seguido de doce hombres, cogió el camino de Tetela del Río, mucho antes que los del Bulldog; a buena distancia, en el sitio más a propósito emboscó su guerrilla, y a pie, envuelto en una jerga de sudadero se puso en el camino a esperar sentado en una peña. No tardó mucho Chimiloco acompañado de los suyos; luego que el Chueco los vio, fingiéndose transeúnte los fue a encontrar.

—Oiga, amigo —le preguntaron— ¿van por ahí unos señores a caballo?

—Sí, señor amo, van con dos arrieros, llevan dos mulas cargadas y tres caballos de mano.

—¿Qué irán muy lejos?

—No, señor, pero van recio y si sus mercedes aprietan pueden alcanzarlos en el arroyo.

—Gracias, amigo, tenga por su noticia —y le dio un soberbio pajuelazo que le tiró a la cara, y recibió en el sombrero, diciendo:

—Avancen a paso largo.

—Caro te va a costar tu agradecimiento, hijo de la mala hierba; tú me has querido rajar la cara, yo te rajaré la chapa del alma; y qué buenos caballos llevan esos malditos; desde ahora me adjudico ese tordillo, parece que no es mal penco —dio un silbido y aparecieron sus compañeros que le traían su caballo.

—¿Cuántos son, compadre? —preguntó uno.

—Nueve, pero dos de ellos llevan unos caballos de primera, ya le eché el ojo a un tordillo que lleva ese bribón que me acaba de tirar un chicotazo en pago de haberle dado una buena noticia; ya se los advierto para que no haya disputas, vamos a buen

paso, les cortamos la salida en las peñitas y no digo nueve, novecientos tendrían que sucumbir o echarse a rodar por la barranca que es lo mismo; prevengan sus mosquetones, su parque y andando, muchachos. ¡Vivan los Plateados!

—¡Vivan! —respondieron los demás revisando sus armas.

Cerca del amanecer, alcanzó Joaquín a los contrabandistas, recogió la contestación, le dio Astucia cuatro pesos de gala, y atravesando veredas se fue por San Miguelito, cortó por el rancho de los Coyotes hasta llegar al asoleadero según las órdenes que recibió.

Don Polo se volvió para la partida, y el Bulldog llegó también a poco rato preguntando:

—¿Por fin, no vino ese gallo?

—No ha parecido.

—Pues no lo espere porque ya va lejos.

—¡Cómo!, ¿pues qué se ha ido?

—Sí, señor, ya hace rato.

—¡Adónde ha de ir, que no me la pague ese maldito! —exclamó don Polo con rabia— pues qué ¿pensaría que quería yo que me regalara el colorado? ¿Qué camino habrá cogido?

—El de Tetela del Río.

—¡Caramba!, ¡qué bestia soy en no haberle mandado poner una emboscada! —y fingía estirarse los cabellos.

—¿Pues no era amigo de usted, y vino en su compañía?

—Es amigo de ayer acá, y nos juntamos en el camino, ignoro su residencia y es cuanto.

—Pues le hablaré francamente, don Polo, sólo por respeto a usted no le he sumido el resuello a ese patarato; se me dio a conocer haciéndome ver luciérnagas, en las lazadas me hizo cuco, cuando coleamos, me echó la tierra en la cara, ha dado lugar a que todo el mundo me mofe y por último, me ha soltado algunas puyas y sátiras bastante claras, teniéndome en poco, y haciéndome en todo de segunda fila.

—¡Qué pícaro! Pues como vio que me gustaba su caballo, y esta mañana nos hizo una buena roncha en los gallos, ha pintado su venado temeroso de que todo encuentre adjudicatarios.

—De veras que es un cobarde, voy a mandar que lo sigan y Dios tenga piedad de su alma.

—Adiós, comandante, hasta mañana.

—Adiós, don Polo, y que no se quede sin el colorado.

—Tú serás, bribón —se fue diciendo entre dientes don Polo— el que te quedarás sin tus cachorros, como yo me quedé sin madre, grandísimo pillo.

Antes de que amaneciera, salía don Polo con su familia seguido de otros veinte hombres por el camino de la Resurrección, y cortando por la cañada tomó rumbo para el rancho del asoleadero; allí lo esperaba el Chueco Romero con sus compañeros y

llamándolo aparte, le preguntó:

—¿Cómo les fue? ¿No tuviste alguna desgracia?

—No, mi jefe, les pusimos su xuazclito tan bien que ni guerra nos dieron, se nos pusieron a buen tiro, cada uno de nosotros escogió el suyo, y en la primera descarga cayeron como patos, sólo dos fue necesario despacharlos con la lanza, los tiramos mondados para la barranca, y ahí están todos los despojos, armas y caballos, y entre éstos los dos del Bulldog, el bayo que quemó el toro y el melado ensillado que metió luego.

—Todo, menos las armas que serán para mí, repártanselo ustedes como buenos compañeros, sin dejar de darles su convidada a los demás.

—Gracias, mi jefe, así se hará —y tocándose el sombrero se separó.

En la tarde, llegó Joaquín de su mandado, entregó la contestación de Astucia escrita con lápiz, y le dio don Polo un par de pesos por su eficacia. Al otro día siguieron su marcha, desde cierto punto se separó la señorita seguida sólo por dos criados y las chiquillas para Morelos; don Polo cogió por Jonacate para Tepaltzingo desde donde comenzaba su dominio, a pesar de que merodeaban por todo el Plan de las Amilpas, en sus expediciones respectivas, teniendo a los hacendados en continuo sobresalto. El Bulldog con impaciencia, esperaba por momentos, luego que amaneció, ver llegar al Chimiloco; lleno de gozo ya se suponía estar montado en el Chicolín y dispararlo con el garbo con que lo hacia Gaviño, su pesadilla, que cual ave de mal agüero, naturalmente le repugnaba. Eran las diez de la mañana, y entrando en cuidado, se determinó a ir personalmente en busca de sus enviados, hizo montar a su gente, y en una mala charchina tomó el camino. Al llegar a Tierra Colorada, dividió su fuerza para el camino real y los jagüeyes, llegaron hasta el arroyo, y ni en las peñitas, ni media legua adelante encontraron rastro ni noticia de los que buscaba; a las tres de la tarde regresó para Tochimilco haciéndose mil comentarios y suposiciones.

—Oiga usted, sargento Ruiz, ¿qué, no encontró por el camino real algún rastro?

—No, mi jefe.

—¿Pues por dónde diablos andará el Chimiloco con los ocho hombres que le di?

—Sépalo Dios.

—¿Qué mano que ese maldito ha dado la estampida?

—Bien puede ser, mi jefe, es capaz de eso y mucho más; les consintió usted ensillar los mejores caballos de la remonta, y adonde haya podido tortear para hacerse de recursos, quién sabe a la hora de ésta cuánta tierra han andado.

—¿Pero qué motivos tiene usted, sargento Ruiz, para suponer tal cosa?

—Muchos, mi comandante, permítame que le hable con franqueza, ese maldecido Chimiloco engreído con la preferencia con que usted lo ha tratado, la echa de malcriado y ladino; tiene una alma negra como su cara, y por el maldito interés es capaz de jugarle una soletina a la madre que lo parió; desde hace tiempo que estamos medio contrapunteados, yo temeroso de una felonía, le he estado espiando los

movimientos por mi propia conservación, y no sé qué plancito tenía entre manos con el cabo Vidal, que anoche se fue en el caballo Lobo; los dos son tapatíos, el soldado Rosalino, Ascencio, y el pistejo son de por esos rumbos; habrán obligado o conquistado a los otros, todos han sido pájaros de cuenta, y no tenga usted duda que esa parvada no va a parar sino hasta tierra dentro, no hay galgos capaces de alcanzar a esas liebres corridas, y no se debe extrañar que la cabra tire al monte, han desertado con el equipo y armas del cuerpo, han robado a su jefe, irán haciendo de las suyas, y reloj reloj, buenos guajes serán si vuelven.

—Cómo que se han llevado hasta mi capote, mis espuelas, espada, pistolas, todo mi equipo, y en una cañonera tenía yo un cartuchito con diez onzas.

—Pues, mi comandante, agregue eso más a la libreta y haga los ajustes, porque esas nueve bajas son tan seguras como hay Dios.

—Me convenzo, sargento Ruiz, tiene razón, ¿pero, por qué no me había dado usted parte de sus sospechas?

—Porque el negocio era personal, se trataba de darnos un fierrazo, y como era el tal Chimiloco su dedo chiquito, su criado de entera confianza, o no me hace usted caso, o hubiera entendido que me volvía caviloso, que era chismoso o quién sabe lo que se hubiera imaginado.

Al llegar de regreso al pueblo se encontró el Bulldog con el *Armadillo*, uno de los de segundo orden de los ratoncitos que ocupaban lugar en distintas cuadrillas de los afamados.

—Ven acá, Armadillo —le dijo con voz imperiosa llevándoselo aparte. El pícaro aquél se demudó y con mucha sumisión se le acercó.

—¿Quieres merecer una buena gala?

—Usted mande, señor —le respondió.

—Vete luego luego por todo el camino de Tetela del Río, llegas hasta donde corta la vereda del arrastradero y tanto de ida como de vuelta, me registras por uno y otro lado a ver qué rastros hallas, qué te encuentras, porque según las noticias que me des así será tu recompensa, pero cuídate de servirme bien porque si no te cuelgo, no me voy del pueblo hasta que regreses; éste es un secreto, a ninguno se lo digas, vete y no me hagas esperar mucho.

El Armadillo desempeñó perfectamente su comisión, a las doce del día siguiente se le presentó al Bulldog, diciendo:

—Cerca de las peñitas a la subida de allá para acá, me encontré estos papeles de cartuchos recién quemados.

—Son iguales a los que usamos, parque americano —dijo para sí el Bulldog—, prosigue.

—Como a las cuarenta varas del lado de la barranca, un gran charquerón de sangre que también ensució un tronco viejo, aquí está un pedazo de la corteza sucio que no me deja mentir.

—Esta sangre será del amigo Gaviño —se imaginó—, ¿y luego?

—Seguí aquel rastro de sangre hasta la orilla de la barranca, bajé con mucho trabajo hasta medio desfiladero y por tres lados diversos, me encontré tres difuntos.

—¿Y los conociste?

—No fue posible, estaban completamente desnudos y contra las peñas, se despellejaron todos, sólo noté, que uno era alto y blanco, otro también alto y moreno y el tercero chaparro y trigueño y según me pareció había otro mucho más abajo, ya no pude llegar adonde estaba, porque seguían unos desfiladeros muy pendientes y no es posible transitar por ellos; como esos cuerpos se atoraron entre las peñas, los rodé para la profundidad por lo que pudiera suceder, pues si tal vez alguno me vio bajar y los encuentra, se hubiera figurado que yo tenía parte en aquel negocio.

—Muy bien hecho, ¿y después?

—Después seguí los rastros del camino y sólo pude sacar en limpio, que pasado el arroyo por el barrialito que entra al monte, cortaron camino muchos caballos; seguí hasta el zacatonal y al pie de unas encinas estaba esta botella vacía.

—Mi negra —dijo mentalmente el Bulldog— estaba llena de catalán en una bolsa del baquerillo, ¿y por fin, qué más has encontrado?

—Se me perdió el rastro a corta distancia por los texcales y ya sólo me encontré esta herradura.

—Tierracalenteña, seguro —se supuso mirándola— llevan herraje de México y si mal no recuerdo, el prieto tenía herraduras de ramplón. Pues, Armadillo, estoy satisfecho de tu eficacia, toma esa media docena de pesos por tu trabajo y estos otros por tu silencio, anda, tira estos cachivaches y cuida el pellejo, ya yo no estoy encargado de perseguirlos, y mi sucesor no ha de tener los miramientos que yo les he dispensado porque han sido mis amigos.

—Mil gracias, señor comandante, quede usted con Dios.

Cuando salió aquel hombre, decía el comandante hablando solo:

—Ya se me quito esta tentación del maldecido Charrito; ya no tendré ese títere que me inquietaba, y de barato doy lo que esos pillos se han llevado, no cabe la menor duda de que en las peñitas les dieron alcance y pronto serán pasto de los zopilotes, de veras que no tengo un pelo de tonto. Es necesario dejar la cosa en tal estado, pues si pongo el parte se mandan cordilleras y si cae por desgracia alguno de esos bribones son muy fáciles de cantar, se agarran del pretexto de que de mi orden han asesinado a esos vanidosos tierracalenteños, y me enredan en el negocio; quitaré por ahí caballos al que no pueda chillar, repondré las plazas vacantes y sólo yo estaré en el secreto; pero ahora que me acuerdo, al sargento Ruiz le he dado algunos indicios, es medio orgulloso, el día menos pensado también puede ponerme en cuidado; pues cuanto antes lo quitaremos de en medio, los muertos no hablan, no me faltará modo. Ahora volviendo a otra cosa, yo necesito a fuerza una persona de confianza y que me ayude para cumplir con mi encargo, yo solo maldito lo que valgo y lo que puedo, todos estos que me rodean son una punta de pillos que no pudiendo andar solos, porque les apesta la barriga a hierro, se han acogido a mi sombra; el jefe

principal me aconsejó lo de conquistar al tal don Teófilo el Bandolón, no me parece mal la estratagema, el hombre está arrinconado, tiene mucha familia según me dicen y por un buen sueldo, tendré quien me guíe y desempeñe a las mil maravillas, con el dinero baila el perro y yo les prometo a los vanidositos Hermanos de la Hoja, que irán prontito a acompañar a los tierracalenteños; yo estoy resuelto, o los extermino o me lleva Judas con todo y Bandolón.

Al otro día comenzó a poner en planta sus planes, se fue por todo el camino quitando caballos a cuantos infelices pudo, y cateando casuchas para hacerse de armas; cuando volvió a Puebla a los seis días llevaba su fuerza completa montada y armada, dos caballos regulares de silla y dio parte de no haber tenido más novedad, que la desgracia de que el sargento Ruiz se hubiera desbarrancado y perecido en un desfiladero, yendo en seguimiento de unos contrabandistas; que este accidente y lo peligroso de tanto precipicio, le impidió darles alcance, pero que ya les había dado su carrera, descubierto sus veredas y tenía por seguro su triunfo por haber tomado muy enérgicas y eficaces medidas, que debían dar felices resultados.

Volvamos a nuestros viajeros; no quisieron entrar a Puebla y cortaron por Cholula; cuando ya estuvieron como quien dice en paraje de salvamento, preguntó Pepe:

—¿Quieres decirme, Astucia, por qué nos hemos traído este Chocolín qué hiciste con el dinero que quedó en tu mascada, el cartuchito de las treinta y ocho onzas y qué dice ese papelito que te entregó Tijerilla?

—Vamos por partes, hermano, y no sé cómo eres diablo y no sabes penetrar algunas cosas que nada tienen de misterio.

Contó punto por punto todo lo ocurrido para satisfacerlo; al llegar a las pistolas, dijo:

—Toma estas pistolas destinadas para ti, no me fue posible el negarme, es un obsequio que te hacen las chiquillas, estaba dispuesto que ellas mismas te las ofrecieran y creo que si tal caso llega, tú no te hubieras excusado; ya conoces mi genio y lo puntilloso que soy, pues sin embargo tuve que aceptar las pistolas para ti, y el Chocolín ensillado para mí.

—Pero, hombre, no puedes figurarte la pena que me causa el que alguno quiera remunerarme algún favor; yo serví a don Polo sin interés, sin saber a quién prestaba mis auxilios, y al ver que me paga, dejo de sentir aquel placer, aquella grata satisfacción que se tiene en el alma cuando se hace una obra de caridad.

—¿Pues cómo estuvo eso?, cuéntame.

—A causa de las continuas convulsiones y revueltas políticas, nos fueron invadiendo el tránsito y haciéndonos restirar más y más las continuas partidas de pronunciados, hasta el extremo de tener la necesidad de andar costeando por los suburbios de Tierra Caliente para caer después de un gran rodeo al cerro de las Tinajas y por Ziraguato y Cuitareo al rancho de la Soledad; entonces establecimos nuestra escolta, que se componía de doce inditos muy determinados y diestros, de

diversos pueblos, los que de jornada en jornada se relevan sirviéndoles los mismos rifles americanos con que los teníamos armados y bien municionados. En una de esas veces, cuando atravesamos entre Xiutepec y la hacienda de Treinta, nos encontramos invadidos por un lado de los plateados, y por el otro de las fuerzas del gobierno; casualmente lo supimos a tiempo, y enderezando nuestras mulas para el cerro de las Lajas, pudimos a costa de mil afanes emboscar al hatajo y seguir arreando por donde se podía abrir paso; yo me quedé a una distancia protegiendo la retirada con ocho infantes, y otros cuatro se llevó Tacho Reniego, explorando el campo; desde allí donde yo estaba, presencié perfectamente el ataque, unos y otros contendientes se tenían ganas, apenas se echaron la primera descarga, cuando se cerraron a la arma blanca, el encuentro fue furioso, se macheteaban y daban lanzazos sin piedad; se rechazaban, volvían a la carga, y ya estaba quedando la acción por los plateados, cuando apareció un refuerzo de Cuernavaca, y sólo la muchedumbre pudo darles el triunfo a las fuerzas del gobierno, pues sus enemigos se defendían y cargaban como leones; así que yo vi terminado el asunto, me fui retirando poco a poco ladereando para coger el camino, pues suponía que por allí irían algunas partidas en persecución de dispersos y no quería que tal vez fueran a descubrir a los hatajos; con esto, resuelto a resistirles me seguí andando con precaución, al atravesar el arroyito que baja de la cañada, vimos venir hacia nosotros un caballo suelto que salió de los breñales corriendo, arrastrando a un hombre que tenía trabado un pie en un estribo de la silla, se atoró el cuerpo entre unas peñas y el animal siguió corriendo medio rengueando; le hicimos corralito, y aunque con algún trabajo, al fin lo llegamos a coger, tenía la silla en la barriga hecha pedazos, una lanzada en una pierna y porción de machetazos en la cabeza y pescuezo; era moro, su bonita figura, buen tamaño y edad y en regulares cantes. Me dirigí a las peñas y me encontré con un hombre casi hecho pedazos bañado en la sangre que de la frente y cara le salía en abundancia; todas las costillas peladas y la cabeza magullada de los golpes que recibió contra los texcales; me pareció una vileza dejarlo en aquel estado y por la duda de si conservaba aún algunos espíritus vitales y el miedo de que no me fueran a sorprender entretenido los soldados, le restañé la sangre como pude; violentamente mandé cortar unos palos, y mal y de mala manera, cubierto con mi manga mandé que mis indios cargaran con él, y seguimos nuestra retirada; casualmente los vencedores no trataron de perseguir dispersos, bastante tenían que reparar en sus filas y mucho que hacer para recoger su campo; a medio camino me encontró Tacho con sus cuatro hombres que venían en mi apoyo, y alternándose los cargadores llegamos al paradero. Todos aprobaron mi disposición, curamos a aquel hombre como mejor pudimos lo mismo que a su caballo, y habiendo advertido que aún respiraba, nos resolvimos a hacer el favor por completo; con las escoltas del relevo me adelanté echando grandes jornadas hasta dejarlo bien asistido en el rancho de la Soledad; el infeliz padeció mucho, pero conseguimos que en menos de tres meses quedara sano y salvo. Hasta que él mismo pudo explicarse, supimos de su boca que era Apolonio Reyes el cabecilla de los

plateados; cuando estuvo completamente bueno se vino con nosotros hasta cerca de Jonacate, le entregamos su caballo sano, su silla repuesta, lo vestimos de pies a cabeza y del fondo común le dio Alejo cincuenta pesos para su camino.

El hombre no hallaba voces con que expresar su reconocimiento, nos abrazó con el rostro bañado en lágrimas de gratitud que fueron para nosotros de mucho valor, pues al vérselas derramar quedamos satisfechos y recompensados. Esto que hicimos con el plateado jefe, lo hubiéramos hecho con cualquier otro, pues ya sabes, hermano, nuestro sistema: hacer bien y favorecer a cuantos se pueda; arrieros somos y en el camino andamos, no faltará quien nos recoja por ahí o nos dé su auxilio en un caso desgraciado; ya oíste lo que sucedió, en ese tiempo con su familia, el hombre comenzó siguiendo el foco de la revolución como partidario de una causa política, y ahora no tiene más plan que su propia conservación; según me dijo ayer, todo lo que roba lo está situando en México bien asegurado, en donde pronto va a establecerse de incógnito, sólo con el fin de que la señorita, a quien venera con profundo respeto, goce de alguna comodidad, y sus hijas se eduquen bien, contando con suficientes recursos para lo futuro; creo que su plan no se le frustrará, es vivo y teniendo dinero se saldrá con la suya; desde que volvió a reunir a los que escaparon, engrosó sus filas, estableció sus reales, y ha conseguido hacerse temer de los pudientes, que son los únicos a quienes constantemente mortifica; nosotros tuvimos que retirar las escoltas porque sin que lo entendiéramos, desde esa vez nos ha descombrado el camino y ya se ha batido con las fuerzas del gobierno, defendiéndonos directamente. Siempre ha estado empeñoso tratando de hacernos obsequios y nunca hemos querido recibirlos, procurando evitar con él un encuentro.

—Pues esto ya no tiene remedio, Pepe, y como por ser Hermano de la Hoja ese hombre me ha regalado este caballo, yo soy de opinión que ingrese al fondo de donde salió el dinero para los gastos de su restablecimiento.

—Y también esas pistolas —replicó Pepe.

—No, ésas mudan de paridad, te las han dado unas hijas a quien por tu buen corazón les has devuelto a su padre que sin duda hubiera muerto.

—Y que se hubiera muerto si todos no me ayudan.

—Ya veremos, eso lo dispondrá un consejo, porque también tengo títere con ese dinero que llevamos; por ser hermanos me facilitó don Polo las onzas, y aunque ya dispuse de ciento y tantos pesos para los pobres, creo que mis hermanos pasarán por ello, bastante generosos son.

—Pues ahora te contesto a ti lo mismo. «Eso lo dispondrá un consejo», porque yo también perdí dos onzas que pagaste por mí.

—Ésas entrarán en los gastos con los cien pesos.

—No es justo, yo las perdí, y yo las pagaré.

—Pues yo no lo consentiré.

—¿Qué mano, Astucia, que esto para en que nos agarremos?

—Pero cuando estemos en el consejo.

—Corrientes.

—Pues vamos a otra cosa, Pepito, no te me enfosques, ¿conoces en Huamantla a Teófilo el Bandolón?

—Toma, conque es uno de nuestros más fieles cardillos.

—¿Qué casta de hombre es ése?

—Un antiguo contrabandista que fue arriero de caballitos, un charro de nombradía, muy valiente, quedó con un brazo tieso en un encuentro, luego se metió de rescatador con los pegujaleros, llevó sus golpecitos en algunos registros; el infeliz tiene una chorrera de muchachos y se la fue pasando de corredor, nosotros lo auxiliábamos gratificándolo porque explorara, cuidara las mulas y se acomodiera a cargar, luego logramos que se colocara de guarda del casco y con el miserable sueldo que tiene y las buenas gratificaciones que le damos por sus noticias oportunas, se las va pasando como puede.

—Pues mira esa carta de don Polo, ¿qué te parece?

—Que tenemos al rey por compadre, ese hombre es fiel, y teniéndolo bien aleccionado no hay que temer una mordida del tal Bulldog; ahora lo que interesa es que te apersones con el jefe principal, que según me dijo uno de los sabuesos está en Tlaxcala y echa sus correrías por el rumbo de los Llanos.

—Pues derechos a Tlaxcala, porque yo voy a Orizaba y me paso para Jalapa a recoger dizque una herencia de un mi tío que en paz descanse, no tiene más parientes que yo que soy vecino de Zimapán, propietario y comerciante de aquellos benditos lugares, que no conozco gracias a Dios. Vamos a otra duda. ¿Dime Lencho, en dónde has aprendido a sortear un toro, que ya pareces un diestro consumado?

—¿Cómo en dónde?, con Alejo y otros varios amigos de las mesas de Tepuztepec; hace más de tres años nos reuníamos con los Ruices de los molinos y otros traviesos, nos largábamos a las estancias en donde siguiendo las reglas prescritas, en un libro que tengo titulado *La filosofía de los toros* y está bien explicado el arte de torear, escrito por Francisco Montes, nos ensayábamos, comenzamos por amanillar un toretillo con que sin riesgo estudiar las suertes de capa, y poco a poco fuimos adelantando hasta que nos atrevimos a lidiar toros de bastes libras, puntales fresquecitos, y sin tener más guarida que libramos con los zarapes capeando o practicando recortes y galleos. Prendíamos banderillas con espinas de nopal por rejoncillos, y con una espada de encina con la punta untada de cal dejábamos marcadas las estocadas a los toros para calificar las direcciones, algunos toros que matamos de veras por vía de ensayos, procurábamos ocultarlos y que los perros se los comieran para que cuando los vaqueros los encontraran culparan a los lobos, o si había tiempo los enterrábamos sin dejar ningún rastro.

En una de estas diversiones nos sorprendió el caporal en la estancia de la cocina, precisamente cuando ya en la suerte estaba yo armado para recibir al toro con la espada; todos se sorprendieron aterrados con su presencia, menos yo que sin perder de vista al bicho le dije: —Estese quieto, yo lo pago —y al instante lo despaché con

una buena metida; nos armó mitote, fuimos a la hacienda, y merced a la franqueza de los muchachos Retanas que me dispensaban aprecio, la cosa se quedó en tal estado. Ahí verás cuando se vuelva a ofrecer que útil es Alejo, lo mismo que Juan el *Muerto*, y el *Fandango* que competían con Reflexión; ya estás contestado, marchemos.

Efectivamente, al tercer día llegamos a Tlaxcala, fue Astucia a visitar al jefe político e informarse de la seguridad del camino. Luego luego llamó la atención su buen avío; salió a dar una vuelta por la población en el Chocolín, y en la noche se puso a jugar al billar con varios copetoncillos que allí concurrían, se hizo conocido de varios, trabó amistad con el visitador, y con el pretexto de que le proporcionara una escolta, simpatizó mucho con el jefe principal del Resguardo, lo convidaron a un paseo, asistió a un bailecito casero, no se despegaba del jefe, y en tres días le comió el trigo, le ganó su confianza, y supo cuanto quería saber. Sus asuntos le impedían gozar de tan buena compañía, y despidiéndose de todos, haciendo y recibiendo multiplicados ofrecimientos, les contó que iba a madrugar al día siguiente, y no fue sino que dirigiéndose para un oscuro callejón de la salida donde lo esperaba el avío, partió contentísimo de haber logrado su objeto.

Llegaron a Huamantla, le dio sus instrucciones al Bandolón ascendiéndolo a espejo con un buen sueldo, éste le ofreció con la mayor sinceridad cumplir con su encargo, y quedó aquel hombre muy agradecido; siguieron de frente hasta Cuapiastla donde acababan de llegar los hatajos; todo el plan que se habían propuesto les salió a pedir de boca. Después de los primeros y repetidos abrazos de los hermanos se pusieron a comer, y por sobremesa, reunidos en consejo comenzó Astucia a dar cuenta exacta de su viaje con todos sus detalles y pormenores, terminando por presentarles el dinero que ganó, la cuenta de gastos, el caballo Chocolín ensillado y las pistolas, suscitándose la disputa tenida con Pepe a la llegada de Cholula; los dos se sostenían en su opinión agarrándose de fuertes razones, los demás los contrariaban con otras no menos poderosas; por una y otra parte no se veía más que desinterés, la cuestión se incendiaba, hasta que al fin hicieron retirar a Pepe y Astucia y los otros cuatro se pusieron a decidir punto por punto; terminada la discusión los llamaron, y tomando la palabra Chepe Botas que como más viejo, fungía de presidente del consejo, dijo:

—La mayoría de la sociedad de los Hermanos de la Hoja, sobre las cuestiones suscitadas, ha tenido a bien resolver que, ese dinero ganado por nuestro hermano Astucia en los gallos y toros de Tochimilco, sólo a él personalmente le pertenece; la suerte le fue propicia, el capital no fue del fondo común, y si le hubiera sido adversa, seguramente hubiera pagado a su habilitador de sus recursos propios; en esta inteligencia, puede disponer de su dinero como mejor le parezca.

—Pero... —dijo Astucia.

—No hay apelación, está resuelto —contestaron.

—Adelante —dijo Chepe, y continuó—: Por no descontentar al hermano Astucia, y agradecidos todos nosotros a su abnegación y desprendimiento, que se venda el

caballo Chicolín en caso de no ser útil para nuestra remonta, se realicen sus arneses y todo ingrese al fondo común.

—Bien hecho —dijo Astucia.

—Adelante —repitió Chepe Botas con su acostumbrada calma—. Respecto de estas pistolas, el consejo declara que son particularmente de la propiedad del hermano Pepe el Diablo, pues a él se le debe haber la sociedad ejercido sus sentimientos humanitarios, habiéndose expuesto por haber querido hacer una obra caritativa, y conque el interesado las posea, todos los hermanos tendrán una buena defensa con ellas.

—Es que guardan igual circunstancia con el regalo del Chicolín —replicó Pepe.

—No se admiten réplicas, lo mandado mandado, señor Diablo —dijo el Tapatío— no venga a meter la cola.

—Adelante —volvió a decir Chepe Botas con soma— si no no acabamos. Que en cuanto a las dos onzas con que Astucia completó la deuda de Pepe, éste las reciba como barato, y el señor Astucia les dé igual cantidad a los demás hermanos con ese mismo carácter, y cuatro pesos a cada arriero.

—Con mucho gusto —dijo Astucia— eso y mucho más...

—Adelante, adelante, con mil demonios, no me interrumpan —volvió a decir Chepe, y prosiguió—: Las cuentas de gastos, disposiciones, y cuanto ha hecho el jefe Astucia, están aprobadas, y esta sociedad, le da un voto de gracias, por su eficacia.

—Se acabó el consejo, muchachos, ¡viva nuestro jefe Astucia!

—¡Viva, viva! —contestaron todos, amos y arrieros.

—¡Vivan los Hermanos de la Hoja! —gritó Astucia.

—¡Vivan! —repitieron todos.

Astucia tomó un puñado de onzas, le dio a cada uno su barato, cambió plata y también le dio a cada arriero lo decretado. Pepe guardó sus pistolas y de común acuerdo se dispuso vender el Chicolín como estaba, pues para el uso que tendrían que hacer de él era muy caro, y sobre todo, delicado, por lo que se quedó recomendado en Tlaxcala y lograron venderlo en ochocientos pesos que ingresaron al fondo.

Astucia compró dos buenas mulas para reponer a su Huaca y su Gorriona que malbarató en Maravatío, pagó al charro las cinco onzas que le prestó entonces en el Huizachal de Jaripeo para dejar a su padre entero su fondo en la tesorería; le compró a Reflexión un buen caballo, pues tanto amos como criados llevaban su remuda, andaban bien armados y perfectamente montados.

Arreglaron su vigilancia, establecieron sus *espejos*, *cardillos*, *galgos*, *telégrafos*, *veletas* y *contrarresguardos* tan bien combinados, y con tanto tino que sin mucho riesgo caminaban, evitando a toda costa un fatal encuentro; valiéndoles mucho la serenidad y sangre fría de Astucia que no se aturdió, y a pesar de gastar mucho y tener bien pagados a todos, caminaban con tal suerte, que hacían muy bonito negocio; tenían marchantes por todas partes, principalmente de gente menesterosa que les

pedían fiadas una, dos o más arrobas de hoja, a la vuelta de viaje se las pagaban después de haber buscado con ellas su subsistencia; no exigían fianzas, conocimientos, ni ninguna garantía, todos sus tratos eran a la palabra, y sus marchantes les cumplían religiosamente; los trataban muy bien, siempre eran bien recibidos, los vigilaban con eficacia e infundiendo terror a los bandidos y miedo al resguardo, se dieron a querer con todo el mundo, y seguían impávidos en su arriesgado comercio.

Generalmente después de comer y por sobremesa, se entretenían en contarse mutuamente sus aventuras; las de Pepe que conocemos ya, ninguno las ignoraba; Astucia les contó las suyas, que también han visto nuestros lectores, y obligaron a Tacho Reniego para que dijera las suyas; éste comenzó de esta manera.

Capítulo XIII

Historia de Tacho Reniego. El hércules. El aventurero. La venus de Analco. La rubia pálida. Pompita y Tranqui

Soy criollo de San Felipe del Obraje, mi nombre es Atanasio Garduño descendiente de varios Garduños que por distintos modos se han hecho singulares en nuestro país, principalmente dos tíos míos que son recordados uno con respeto, y otro con admiración, diciéndose de este último cosas que pasman y sorprenden, pudiéndose llamar con propiedad el Hércules mexicano, el Sansón de este siglo.

—Pues por ahí empieza, Tacho, cuéntanos lo de tus distinguidos parientes —dijo Astucia.

—Pues voy a darles gusto y comienzo por el que mereció altas consideraciones y respetos. Mi tío el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Posadas y Garduño, llegó por sus méritos a ser el Arzobispo de México, primer mexicano que obtuvo tan elevado puesto; su brillante carrera literaria, su virtud y talento por sí solos lo hicieron acreedor a merecer tan grande jerarquía, y excusado me parece pormenorizar sus hechos y hacerles su biografía porque todo el mundo lo conoció, y aunque un árbol de sabrosos frutos suele tener las hojas amargas, yo soy una de ellas, y sin embargo no dejo de tener mi puntita de vanidad, cuando considero que uno de mis parientes ha sido un grande hombre. Ahora vamos con el otro mi tío, también pariente cercano aunque de diversa rama, pero que por muy distinto camino se singularizó. Como buen mexicano se unió con los señores Rayones, fue de los insurgentes más temibles, pues a su valor decidido reunía una pujanza nunca vista con que diariamente asombraba, y hay mil consejas que se han ido transmitiendo de boca en boca, y parecen fábulas; pero aún existen personas que presenciaron algunos hechos, y por ellas mismas se han ido circulando; les contaré algunos casos verídicos y por ellos calcularán la singularidad de ese hombre.

—Hermano —dijo Astucia—, mi señor padre que fue también insurgente y compañero de su padre de este Pepe el Diablo, me ha contado muchas cosas de ese Garduño que andaba con los Rayones; pero la verdad, no les he dado mucho crédito suponiendo que mi padre elogiaba con pasión a sus antigües amigos y compañeros.

Pues nada de cuanto te haya dicho es exagerado —replicó Pepe—. Refiere algunos casos. Tacho, tal como lo de Cuatareo, las mulas colombianas, el cañón, el recado, en fin, lo que tú quieras.

—Pues bien —prosiguió Tacho—, lo de Cuatareo fue, que amotinados los indios contra el recaudador del tributo, quiso mi tío sosegarlos, y como era de esperarse se compró el pleito y todos se fueron sobre él; una de tantas pedradas como le tiraban le

tocó al caballo y cayó redondo, mi tío se siguió defendiendo a pie; mirándose desarmado y acosado por todas partes, no tuvo más recurso que agarrar de los pies al primer indio que tuvo a las manos, y con él pegarles a los demás a guisa de palo; en cuanto mató a aquel infeliz lo arrojó de sí, y tomó a otro haciendo lo mismo con cuatro o cinco; les infundió tal temor que corrieron despavoridos todos sus contrarios dejándolo dueño del campo, resultando algunos muertos a sus golpes; tomó en esto naturalmente parte la justicia, y en las averiguaciones todos declaraban azorados «que don Garduño mataba gente con gente». Y muchos viejos del pueblo aún recuerdan este hecho que los llenó de pavor.

Lo del cañón fue por Tlapujahua, en el rincón de Zenguio; tenían los insurgentes una piececita de a cuatro que estaba causando mil estragos a los del regimiento de tres villas, procuraron quitarse de este perjuicio, sobre ella dispusieron cargar batiéndola con otras piezas de más calibre, y a fuerza de bala rasa consiguieron desmontarla; al verla caer cargó la infantería para apropiarse de ella, a este tiempo el general Rayón destacó una partida de caballería para defenderla, en cuyas filas iba mi tío Garduño; llegaron a buen tiempo y mirando que estaba cargada con bala le echaron un bote de metralla, hizo mi tío que entre todos le ayudaran a echársela en el hombro derecho, la alzó al aire sostenida a pulso con las manos, y dijo con entusiasmo: «Préndanle el estopín». Uno de los artilleros le arrimó el botafuego, al instante del disparo hizo un fuerte impulso para adelante, aventando la pieza cosa de dos varas y zafó el cuerpo; los enemigos les iban a cargar a la bayoneta, y como estaban creídos en la inutilidad de la pieza, se arrimaban llenos de confianza; el inesperado tiro surtió los mejores efectos, la metralla los desconcertó, voltearon caras, y cargándoles, la caballería hizo destrozos; siendo este hecho el principal móvil para que alcanzaran los insurgentes un triunfo completo, valiéndole a mi tío el grado de alférez; desde esa vez quedó medio sordo del oído derecho, pues aunque alzó bastante la pieza, no fue tanto que le evitara sentir el estallido tan inmediato a la cabeza.

Lo de las mulas colombianas aconteció en la hacienda de Tepetongo, y fue el caso, que estando venteando una partida de mulas cerreras en el corral, llegó tío Garduño a ese tiempo; al ver que las manganeaban y porraceaban sin compasión, les dijo con tono de lástima:

—Pobrecitos animalitos, no las maltraten, cójanles las patitas y acuéstelas con cuidado, y luego con sólo estirarlas de una pata échenlas fuera del corral, ¿para qué son esos lazos y jalones?, no sean bárbaros.

—¿Pues qué son borregos? —respondió uno de los que estaban lazando, que era nada menos que el dueño de la partida—; del dicho al hecho hay mucho trecho.

—Cuando yo lo digo, amito, es porque lo sé hacer, y no digo esos cacomiztles; si quiere perder algo les daré una leccioncita.

—Cuantas mulas acueste y las eche fuera como ha dicho, se las regalo.

—No se vaya a rebajar, caballero, mire que le cojo el falso, yo no hablo para la

otra.

—Ni yo tampoco, lo dicho dicho, está usted hablando con un hombre, y delante de todos estos señores que han oído sus fanfarronadas, manos a la obra, retírense los lazadores.

—Pues con su permiso. —Se puso su barboquejo, escupió y restregó las manos, abriendo los brazos y silbando, arrinconó la mulada, se arrimó violentamente y le tomó con la mano izquierda una pata a una de las mulas más gordas y corpulentas, que tirando coces, en vano trató de librarse, en un descuido le pepenó la otra pata, cruzándole corva sobre corva la hizo caer al suelo de costillas poco a poco, gritando con mucha sorna—: Aquí la venta, quemador. —Luego que la ventearon le soltó una pata, y estirándola de la otra con una mano, se la fue llevando andando el animal en tres pies para atrás.

—Puerta franca —gritó al llegar a las trancas, y sacándola para afuera la metió en otro de los corrales inmediatos.

Así siguió muy impávido sacándose las mejores mulas con asombro de todos los concurrentes, venciendo fácilmente la más o menos resistencia que le hacían, y mirando el dueño que ya se había sacado media docena, dijo lleno de asombro:

—¡Basta, basta, amigote!, quedo convencido de su poder, soy un necio con dudar de los hombres. Dios le conserve su canilla, que seguramente como ésa no hay dos.

—Sí, señor —dijo riendo mi tío—, aquí está su compañera. Y le enseñó la del brazo izquierdo.

—No quiero decir eso, sino que de sus fuerzas no tiene cuate.

—Así lo entendí, señor amo, es una broma, ya le di a conocer que no hablo no más por hablar, ahora dígame el precio de esos animalitos para pagárselos.

—Esas seis mulas son de usted, señor mío, yo también sé sostener lo que digo.

—Pues entonces punto en boca y viva usted mil años. Señores, sigan en su diversión y derrenquen mulas, que por mi y el cura, toda la cuenta es una.

Eso del arado fue una muestra con que se dio a conocer con un charro del Bajío, que habiendo llegado a sus oídos todas las proezas que se contaban de mi tío, y siendo el principal de los de por allá, que tenía vanidad en poseer mucha pujanza, quería echar con mi tío una pulseada y que se atravesara algún interés. Tuvo oportunidad de venir a México, y al pasar por San Felipe, se empeñó en llevar adelante su proyecto, se informó de donde estaba y fue en su busca; casualmente se hallaba mi tío en un barbecho mirando revezar sus yuntas, cuando el charro que quiso cortar camino se le acercó a informarse, después de los primeros saludos dijo:

—Usted dispense, caballero, ¿deme razón por dónde queda el rancho del señor Garduño?, necesito verlo, me han contado que tiene muchas fuerzas, y yo quisiera ver si efectivamente era así para que diéramos una pulseadita.

—Pues para que no vaya a perder tiempo, mire. —Tomó la punta del timón de un arado que estaba junto a él tirado, la apoyó en el antebrazo y codo, y alzándolo hasta una altura considerable le dijo con mucha calma: —En donde está apuntando el cabo

de la manquera, queda el rancho de Garduño, no tontee —y volvió a bajar el arado tranquilamente.

—Por lo que veo —dijo el charro sorprendido— usted es el Garduño que yo busco.

—Su criado y servidor —le contestó tocándose el sombrero—, y si quiere pulsar, échese a pie.

—No, caballero, no estoy desesperado con mis brazos, ni les pongo zumba a mis canillas. Creo cuanto me han contado de sus hechos, y me tendré por feliz con que me cuente en el número de sus amigos.

—Si así lo quiere usted sea en buen hora —y estrecharon las más íntimas relaciones.

Lo del recado fue en Ixtlahuaca. Estaba mi tío a caballo cuando llegó un criado a darle un recado de parte de su amo, y no oyendo lo que decía porque se le había acercado por el lado sordo, lo agarró del copete, el hombre con las dos mano se asió de la que le cogió los cabellos, y alzando el brazo hasta quedar cara con cara le hizo repetir el recado, y que le diera de gritos tres o cuatro veces haciéndose que no lo entendía, y luego con mucha cachaza le dio la contestación con estas palabras:

—*Le dices a tu amo que está muy bien, y no me vuelvas a hablar por el lado sordo, ¿eh?...*

—Sí, señor —contestó aquel hombre que a pesar de ser un ranchero alto y fornido lo conservó en el aire todo el tiempo que se le antojó, siendo esta travesura muy celebrada de todos los presentes.

Por estilo de estos casos hizo muchísimos que sería muy largo el relatarlos, como el de detener un coche, tomándole el eje; subirse por un cable llevándose alzado el caballo que montaba con sólo apretar las piernas; cargarse un macho en el pescuezo como borrego; montar un toro y dejarlo sofocado; tomar un burro de los pies y después de dar con él dos o tres vueltas al aire, arrojarlo seis u ocho varas; quebrar un pestillo de un puñete, y en fin, mil cosas asombrosas. Pero basta con esto para que ustedes se formen un juicio de cuál sería la celebridad con que se dio a conocer; y estoy seguro de que si hubiera sido extranjero habría llamado la atención en todas partes, lo hubieran celebrado con asombro; y si fatuo, se hubiera dado el título del rey de los luchadores, el primer genio de la fuerza, o cualquier otra superchería, dejando atrás a Mr. Charles y otros que han venido a sacarnos el dinero con sus fruslerías; pero, hermanos, mi tío era criollo y eso bastó para que no llamara la atención y se consignaran al olvido sus extraordinarias fuerzas, sin darle el mérito correspondiente; asimismo pasan mil notabilidades desapercibidas, porque ése es el mundo; mi tío murió sin haber especulado con su privilegio, y se mantuvo como buen ranchero trabajando en el campo en sus propias labores.

Conque volviendo a mi don yo de Castilla, contaba ya trece años, y mal y de mala manera, aprendí a medio leer y mal escribir. Mis padres se empeñaron en que mi tío el señor Arzobispo me diera una beca de gracia en el colegio Seminario de México;

obtenida que fue, me llevaron para la capital, y hecho un macho fui a dar a aquel establecimiento; por supuesto a perder el tiempo, pues a mi torpeza para los estudios se unía la poca o ninguna voluntad que yo tenía a la carrera literaria; dando por resultado que en cinco años no pude aprender gramática, y sólo por las consideraciones de ser mi tío el señor Arzobispo, pudieron el Rector y catedrático aguantarme. Como continuamente me castigaban, y yo por más esfuerzos que hacía no podía comprender, me desesperaba, y estirándome de los cabellos o dándome de cabezazos contra la pared, decía:

—¡Reniego de mí!, ¡reniego de esto, y reniego de aquello!

Mis condiscípulos que lo oían, después de burlarme, acabaron por decirme *Reniego*; los primeros días me enfosqué, y eso hizo afirmar el apodo, de manera que a todo era Reniego y más Reniego hasta que no hubo más remedio que entender por Reniego.

Por fin, la muerte de mi tío puso término a mi encierro; escribiéndole a mi padre, el señor Rector lo obligó a que me sacara, en suma, me echaron del colegio por modorro y tonto, efectuándose en mí aquel adagio que dice: «El que asno va a Roma, asno se torna.»

Irritado mi padre al ver frustradas sus esperanzas, me llevó a la casa y después de una grande reprimenda, me preguntó lleno de cólera:

—¿Qué oficio quieres aprender?, ¿cuál giro te gusta?, yo no quiero flojos en mi casa, eres tamaño bigardón y no sabes aún trabajar en nada, y en el supuesto que no te inclinan los estudios, ¿dime en qué piensas ocuparte?

—Señor —le contesté muy curtido—, en el campo, su merced se ocupa de eso, y a su lado podré aprender.

—Es que para que sepas mandar, es preciso que sepas hacerlo; no creas que el trabajo del campo es no más andar en el caballito travesando todo el día; piénsalo bien y mañana me resuelves, es muy amargo el sudor que se vierte para ganar un jornal.

Y se metió para la recámara donde estaba mi madre que ansiosa le preguntó:

—¿Qué sucede, por Dios, con ese muchacho?

—Que quiere ser campirano, y si se mantiene en esa resolución, yo te ofrezco que en cuanto vea cómo se trabaja en el tajo, prefiere volverse al colegio, pues según me dijo el señor Rector, no es por falta de capacidad el que no haya aprovechado nada, sino porque es disipado, caprichudo, y ensoberbecido con la sombra del tío Arzobispo, se salía con la suya de estudiar o no, según se le antojaba; y una de dos, o consigo que se vuelva al colegio o saco un campirano regular; no te metas en consentirlo, déjame a mi solo la encomienda; haz lo que te digo si no quieres que ese muchacho se nos pierda.

Yo escuché algo de la conversación y principalmente lo de la vuelta al colegio, y decía para mí:

—Primero me matan que yo vuelva a los estudios, el tajo no come gente, los

primeros días será el rigor y después se le irá bajando la cólera, y quieran o no me quedo en mi casa, en mi elemento, montando a caballo y haciendo travesuras, ya estoy resuelto a resistir los elementos y romper terrones. Al otro día le dije:

—Quiero ser campirano, señor padre, ya lo pensé.

—Corrientes —me respondió—, anda, llama a Miguel el sastre y vente con él.

Cuando llegamos le dijo:

—Tómele usted medida a ese muchacho para una cotoncita y unas calzoneras cerradas; ahí tiene usted gamuza, y todo se necesita para el sábado.

—Estará concluido, señor —respondió el maestro sastre.

Luego me compró unos zapatos bayos de vaqueta, un sombrero poblano y un sarapito azul de veinte reales, y entre tanto mi madre me hizo una camisa y unos calzoncillos de manta. El domingo en la noche me entregó el vestido completo diciéndome:

—Esto es lo último que quiero gastar en ti, ya te advierto que desde mañana, comerás y te vestirás con lo que ganes; esos pantaloncitos de paño y demás ropita se les va a achicar a tus hermanos, esas cosas no son propias para los aprendices de campiranos; vete a acostar para que mañana estés listo.

Al otro día antes de que amaneciera me tocó la puerta, me vestí presuroso y luego que salí me dijo:

—Habilítate de una paleta y me vas a esperar a la labor del Rosario. —Montó en su caballo y se fue. Yo no me demoré, y cuando llegué ya estaban allí reunidos cerca de veinte muchachos, se presentó mi padre preguntando:

—¿Quedó algo tapado el sábado, Bartolomé?

—Sí, señor amo —contestó el capitán que arreaba la cuadrilla—, alcanza para una vuelta.

—Pues coloca a esos muchachos y que adelanten algo, mientras las yuntas echan guías, ponme a ese cuerudito con un surco de cabero, y si se te atrasa o se pone a charlar dale sus buenos latigazos, yo te lo mando.

Cada cual tomó su surco y a mí me tocó el último, se apeó mi padre, me compuso con su puñal la paleta, me enseñó cómo se había de tomar, hizo como seis varas de escarda con mucha rapidez y maestría y me dijo:

—Así se hace, cuida de recoger todas las guías de la planta con cuidado, arrímales tierra floja y limpia, además el surco, sacude la hierba dejándola con la raíz para arriba sobre el lomo entre mata y mata, al avanzar mocha la puntita del maíz, así sin arrancarlo; con que vamos al trabajo, Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondieron todos comenzando cada cual su surco. Yo entré muy orgulloso pareciéndome aquello el huevo Juanelo dejando a mis compañeros a gran distancia; a la segunda vuelta, con mil afanes, pude ir al parejo de ellos, por último, a las ocho que se dio la voz de *Ximotlacualo* (vamos a comer) ya me había aplicado Bartolomé tres cuerazos de lo lindo; que por no parecer amujerado sólo me mordía los labios retorciéndome como culebra, bebiéndome el sudor

mientras que mi padre se sonreía y hacía seña de que me festejaran recio, me senté en el suelo, y el mozo de mi casa me fue presentando una canasta con un jarrito de atole, seis u ocho tortillas, unos cuantos chiles verdes, y una hoja de maíz con tantita sal; al ver aquello le dije:

—¿Por qué no manda mi madre mi chocolate con bizcochos y mi leche?

—Porque todavía no das para ello —contestó mi padre con voz áspera—, demasiado hace con mandarte eso.

Me callé la boca, y no hubo más que aguantar, hacer tacos y echar tragos de atole; continuamos trabajando, ya no tenía alientos, me dolían las piernas, los brazos, la cintura, y me ardían las nalgas de los cuerazos y el alma de mohína al ver a los malditos indios que se burlaban de mí, el sol me abrasaba, sudaba a mares, y no pudiendo soportar más, cerca de las doce me senté de firme sobre el lomo del surco y con los ojos arrasados de lágrimas exclamé:

—Ya no puedo señor padre, y aunque me rajen a azotes yo no paso de aquí.

—No te aflijas, hijito, si yo no quiero martirizarte, sino que aprendas a ser campirano ya que tanto te gusta, estás por día y según lo que trabajes, así será el jornal que saques de raya; ya ganaste medio, ¿qué más quieres?; demasiado has adelantado en el primer día, échate en las ancas, te llevaré a descansar.

Fue necesario que el capitán me alzara porque ya no tenía alientos ni de menearme, me parecía tener fiebre según el calor que sentía de la asoleada; llegamos a mi casa, y cuando yo esperaba ir a descansar a mi colchoncito, me metió mi padre para el cuarto de las sillas en donde estaba tendido un petate en el suelo con una zalea y un zoquete de viga por almohada, me hizo acostar allí y tapándome con mi sarapito me decía haciéndome cariños:

—Descansa, hijito, descansa, que ya conocerás que no es lo mismo comer que tirarse con los platos.

Yo no sé lo que en mí pasaba, no tenía un hueso sano, y el lecho aquél a pesar de ser tan duro me satisfizo en parte; hasta como a la oración se me presentó mi madre con los ojos llorosos trayéndome un plato con frijoles prietos, más chiles verdes, tortillas y un jarro de agua; devoré aquella escasa cena y me volví a quedar tirado en mi triste cama.

Al otro día me retiré a las tres, ya gané medio día grande; y a los cuatro días estaba yo de parar y correr, sacando de mi raya en la semana cinco reales y cuartilla, que puse en las manos de mi madre; el domingo me quedé en pelota mientras mi hermana Dolores me lavó mi ropa interior. Así duré tres semanas en la escarda, y no hubo tajo en donde no me pusiera mi padre a que aprendiera por principios; pero aunque a los cuatro meses yo era un excelente gañán, bueno para las labores y muy adiestrado para la era, no sacaba de raya más que doce reales cada semana, la ropa se me acababa lo mismo que mis zapatos, y mi padre estaba firme en su propósito, sin haber conseguido que yo aburrido prefiriera volverme al colegio.

Estando una vez tapando un portillo en la zanja del camino real, pasaron unos

partideños con mulada, y el encargado me preguntó si no sabía yo de algún aventurero que quisiera acompañarlo a expender su partida.

—¿Cuánto iré ganando? —le dije.

—Quince pesos al mes, dos reales diarios de comidas, y bestias que ensillar; no tiene más que traer su reata y silla.

—¿Y dónde podrá verlo?

—Eso no es fácil decirle, porque yo soy recio y pienso llegar hasta Mañí.

Impelido por la codicia, aburrido de no medrar, y deseoso de echar una campeada, le respondí sin más reflexionar:

—Si me espera tantito, me voy con usted, no más voy a traer mi cacaztle.

—Pues mientras yo le traeré una charchina, y aquí nos juntamos.

—Arreglados —le dije—. Recogí mi escarramán y pala, destapé para el rancho, arrebaté con ella la silla y demás avíos del mayordomo que estaba distraído por otro lado y ocurrí al sitio convenido; llegó mi nuevo amo, dirigí una tierna mirada para mi casa, y apretándole las piernas al matalote me ensillé, pasé sin ser visto por ninguno, en busca de aventuras. Mi padre hasta en la noche extrañó que yo no pareciera; mi madre sufrió muchísimo y creo a no dudarlo que esa pesadumbre abrevió sus días; hicieron varias indagaciones infructuosamente, ningún indicio pudieron descubrir; mi padre, que tenía genio fuerte y era de carácter duro, me dejó abandonado a mi propia suerte diciendo cuando se ofrecía hablar de mí:

—Déjenlo que goce del mundo, que el mundo le dará el pago; el que por su mano se lastima, que no gima —y otras cosas por ese estilo, sin darle al parecer ninguna pena mi ausencia; yo por el pronto no dejé de sentir cierto malestar y desazón al marcharme, pero, hermanos, la codicia de ver triplicado mi sueldo, me desvanecía mis tétricos pensamientos, y ya sólo meditaba en el número uno.

En México pedí un anticipo y repuse mi vestido, seguimos con la partida para Tierra Caliente y dando vuelta se acabó de expender en Puebla. Cesó mi destino de partideño, quedándome yo en la casa de diligencias de mulero; allí servía de cuanto se ofrecía, iba de postillón algunas veces, otras de criado de postas; a todo me acomodaba y eso me sirvió de que el administrador me tuviera algún aprecio y llegara yo a merecer su confianza. Mientras tuve un peso que tirar, estaba yo en jauja, tenía multitud de amigos y una estrecha intimidad con las malditas que bonitamente me dejaron sin dinero, y lo que es peor me di tal enfermada que fui a dar al hospital en donde pasé más de cuatro meses infernales, pagando bien caro mi noviciado. Salí hecho un esqueleto, desnudo y muerto de hambre, a recibir desengaños y desprecios de mis antiguos amigos y conocidas; y de limosnero, o arrimado en la casa fui reponiéndome hasta que uno de tantos caballeros transeúntes me propuso que si quería servirle de criado, me daría cuatro pesos al mes y la comida. El administrador *me* recomendó, admití luego luego y marché con él para Veracruz a caballo, hizo por allá el negocio que lo llevaba, y al volvemos me recomendó mucho cuidado por su maleta que venía en unos carros, y él se adelantó solo; a medio camino se enfermó,

eso no era motivo para interrumpir el viaje, el equipaje venía debajo de porción de cosas y no era fácil sacarlo, por lo que llamándome aparte me dijo:

—Atanasio, yo no puedo continuar, necesito restablecerme, creo que tú eres hombre de bien, y confiado en tu lealtad te voy a descubrir un secreto, en el que estriba mi bienestar y el de mi familia; en mi equipaje llevo muchas cosas de valor que es necesario introducirlas a México sin ser vistas; ya está advertido el patrón de los carros que en el Peñol descargará; voy a dar orden para que se te entregue, tú eres vivo, procura introducir los bultos como te parezca, los llevas a mi casa calle de la Acequia, número... todo lo entregas a mi esposa doña fulana de tal con esta carta y allí me esperas hasta que yo llegue; vete en mi caballo, que en cuanto yo me alivie partiré por la diligencia, toma esas dos onzas para lo que se ofrezca, y que Dios te saque con bien.

Cumplí fielmente sus órdenes, el negocio no era de mucho volumen pues se reducía a relojes y otras cosas de valor, y dentro de unos huacales de un muchacho panadero, introduje todo sin ser visto. Hasta un mes después llegó mi patrón que satisfecho de mí, me vistió de pies a cabeza, y además me gratificó con cien pesos y trató de buscarme acomodo, mas no encontrándose luego luego me determiné a buscar mi vida por sí solo, empleé mi dinerito en muchas chacharitas y me metí a mercachifle, siempre tomando el rumbo de Oriente pues ya hacía cerca de doce años que estaba fuera de mi casa, y sin embargo me apestaban las costillas a leña. Con mi barilla andaba de plaza en plaza y a pesar de correr bastante riesgo en los caminos, iba progresando a gran prisa dejándome un dineral el comercio de barajas que hacía de contrabando; en esta época, me tentó el demonio por enredar el trompo, tenía facilidad de tirar un peso y no era extraño que me fastidiara estar solo; después de andar como el chupa rosa, teniendo relación con una, luego con otra sin hacer pie con ninguna, me sucedió lo que era consiguiente, que encontrara mi cebollita con que llorar; pues me fui a apasionar ciegamente en Puebla de una mujer lindísima que unos la llamaban *Tulitas la Linda* y otros *la Venus de Analco*, con más espinas que un abrojo, pues prescindiendo de su clase, genio, edad y otras puntas que me agujoneaban, tenía el grave inconveniente de ser la querida de un sargento del cuarto de caballería, celoso y atrevido como un demonio; ella que era de armas tomar y tenía sobre él algún dominio, estuvo manejando hábilmente las dos barajas; marchó el cuerpo repentinamente, ella se escondió, y mientras que el sargento tomó el rumbo de México nosotros partimos por el contrario; entonces comencé a pagar con aquélla mis fechorías; me tenía en un puño, era muy gastadora, ya tenía más de treinta años, y como no se le aflojaba la navaja del seno y se encelaba hasta de su sombra, llegué a tenerle tal miedo que me mandaba con la vista, no era dueño ni de menearme, siempre me acompañaba en los tianguis en donde rara vez dejaba de promover pleito con alguna de mis marchantas, hasta el grado de que no habiendo quien me comprara iba la ancheta cuesta abajo, y yo estaba dado a Judas, durando este martirio más de un año.

Un día que estábamos almorzando en un cuartito de una posada muy confiados, se abrió la puerta, que estaba entornada, violentamente de par en par y se nos fue presentando el sargento susodicho saludando con tajos y mandobles; yo no tuve más tiempo que coger con la mano derecha la silla en que estaba sentado y presentándosela recibir en ella los machetazos; la marchanta que era mucho más atrevida que yo, se paró precipitada con su navaja de muelle abierta, y cuando el sargento menos lo esperaba se la metió resueltamente por un vacío; al sentirse agraviado, volvió sobre ella y descargándole un furioso machetazo que para mí se destinaba, le hizo una profunda herida en el pescuezo que casi la degolló, cayó bañada en sangre volteando los ojos en blanco y profiriendo una blasfemia que no acabó de articular. El sargento lívido, se puso las manos en el vacío y se apoyó sobre la mesa diciendo:

—¡Jesús me ampare! —Abandonó el sable, se le doblaron las corvas y cayó cerca de la mujer; yo, espantado de ver aquella escena tan horrorosa, todo mi empeño fue huir de aquel sitio; y estaba tan azorado que no discurrí recoger nada de mis cosas, emparejé la puerta y me salí precipitado, fui a una mercería adonde había dejado veinte pesos a guardar, los recogí, a escape tomé el camino de Tlaxcala con objeto de que cuando me buscaran no me hubieran a las manos; todos me conocían y a ella mucho más, pues su buena presencia y maneras tan voluptuosas la hicieron singular.

Yo me disfracé lo posible, y extraviando caminos fui a parar hasta Orizaba, naturalmente perdí cuanto tenía, y si me dilato algunos instantes me atrapan; pues no faltó en la posada quien al ver entrar al sargento se pusiera en acecho. El lance se hizo muy ruidoso, los dos matados fueron origen de mil comentarios y todos mis bienes sepa Dios quién se los cogió. De Orizaba, después de andar vagando por varias partes fui a resultar a Huamantla en donde pude colocarme de arriero con unos contrabandistas de la rama; duré con ellos cerca de un año, y en uno de nuestros viajes la casualidad hizo encontrarme con Chepe Botas que como vecino de mí casa éramos viejos conocidos; lo impuse de mis circunstancias, yo tenía un alcance de treinta pesos, me separé de mis amos, compré una mulita flaca que con ocho arrobas de hoja que me fiaron, agregué a las de Chepe y comencé a trabajar por mi cuenta; éste cada rato me andaba moliendo con que le escribiera a mi padre una carta, que él se la llevaría, y tanto me instó que al fin me determiné.

En más de cuatro años que estuve fuera, había la familia sufrido mucha baja, murió mi madre, mis hermanos menores, otra chiquilla, y sólo vivían mi hermana la mayor y otras dos que me seguían. Mi padre se volvió sombrío, taciturno, y estaba continuamente de mal humor.

Llevó Chepe mi carta muy tierna, pintándole mi arrepentimiento con los colores más vivos, y pidiéndole encarecidamente su perdón; por lo pronto se encendió de cólera, apretó los puños balbuciendo sentencias, después volvió a leerla y se serenó algún tanto, por último, después de meditar se le saltaron las lágrimas, el amor paternal habló en mi favor; Chepe no más lo contemplaba con los brazos cruzados,

conocía su genio fuerte, e impávido y silencioso leía lo que tal vez pasaba en su corazón; le hizo varias preguntas respecto de mí, del estado que guardaba, y como ya yo a Chepe le había contado mis aventuras, éste se las refirió todas.

—Y ahora, ¿qué es lo que pretende este hijo pródigo, José Morales?

—Señor —le contestó—, sólo tener el consuelo de llorar a las plantas de usted sus desaciertos y obtener su perdón.

—Pues dile que estudie el modo de presentármeme; no soy dueño de mí mismo, y mucho temo que en un arrebato me domine la cólera al recordar que él hizo punta a todas las desgracias que se han sucedido desde su calaverada, y lo mate de un golpe, le dé un tiro o le meta la espada.

Chepe me comunicó el buen éxito de mi carta, y para evitar lo que se temía, me valí del señor cura y otras personas de su aprecio que me apadrinaran; cuando él menos lo esperaba reunidos en el curato se hizo la presentación, y no con poca dificultad lograron convencerlo y obligarle a perdonarme.

Nos fuimos para la casa en donde después de un grandísimo sermón me dio una tranquiza de Dios y libertad, hasta que pudieron mis hermanas a fuerza de lágrimas aplacar su cólera; después de quince días pude estar restablecido y continuar en mi trabajo. Al tercer viaje me llamó mi padre a cuentas, y mirando que estaba resuelto a seguir buscando mi vida en la rama me habilitó con cuatro mulas y doscientos pesos, se las pagué y me dio otras cuatro y luego dos; le debo cosa de doscientos pesos que le voy abonando paulatinamente, en fin, me parece que hasta ahora está contento de mí, desde que regularizamos nuestra sociedad; a causa de la catástrofe de Manuel ha ido conociendo a mis hermanos y trabando amistad con todos, y mucho más con este Pepe el Diablo que ha sabido hacerse un lugar muy distinguido en su estimación. Esto es lo que tenía que contarles, pues lo de mis aventurillas, chascos, y desengaños que tienen los jóvenes, son tan comunes que no merecen la pena el ocuparse de ellos.

—Enhorabuena —dijo Pepe—, pero yo sé que en San Felipe, tienes no sé qué quebradero de cabeza, a la vez que a esta pobre de Camila me la estás enloqueciendo; y yo formalmente te declaro aquí delante de todos, que jamás consentiremos que te burles de esa infeliz muchacha; es una pobre que no tiene más patrimonio que un corazón de paloma y una honradez acrisolada, y sería la mayor felonía del mundo que abusaras de su candor y buena fe dando qué decir o engañando a una criatura que sin disputa es digna de mejor suerte y labrará la dicha de un hombre de bien.

—Les confesaré francamente mi pecado —contestó Tacho—, sin querer estoy metido en un atolladero del que no sé cómo salir, el asunto se complica cada día más y puedo decirles que ya me da el agua en el pescuezo.

—Explícate, Tacho —replicó Astucia—, porque eso ha de ser divertido.

—Pues, señores, es el caso de que yo no sé cómo o de qué manera ha venido a la villa una señorona que dice ser la dueña de la hacienda de... que hace algunos años que está concursada; no ha faltado quien me informe que no es tal dueña sino que su marido es el depositario últimamente nombrado, y como esa hacienda está

abandonada, ninguno quiere encargarse de la depositaría, pues en cuanto pierden algún tiempo y no les pagan sus honorarios se largan con lo que pueden; sea de esto lo que fuere, el resultado es que la señora se da la importancia de dueña, se presenta elegante, tiene su carretela, y su hija Adelita parece una reina tanto en sus lujosos trajes como en sus valiosas alhajas.

Hace cosa de tres meses que la casualidad me hizo conocerlas; estaba yo de descanso en mi casa y salí a darle una andadita a un caballo nuevo que había comprado mi padre, se me hizo tarde en el rancho y al volver, antes de llegar al puente me fui encontrando con las señoras haciendo mil exclamaciones, el señor renegando y el pobre cochero chicoteando las mulas, que sumidas en un atascadero les era imposible dar un paso, estando hundida la carretela hasta más arriba de los ejes; yo me aproximé a sus gritos, amagaba un fuerte aguacero anunciándose con repetidos truenos y relámpagos y aunque apuré las dificultades, no pude conseguir ningún adelanto y me resolví a transportar a las señoras en mi caballo; sumiéndome y con mil trabajos me arrimé lo bastante, me eché en la silla a la señora y la dejé en el puente, volví por la niña e hice lo mismo, pero el viejo no quiso por ningún principio abandonar su cómodo asiento, sino que negándose a subirse al caballo me dijo con voz balbuciente:

—Yo no dejo mi lugar, no hay mal que dure cien años; ya viene el agua y yo no me mojo; hágame el favor de acompañar a mi familia, que algún día saldremos de aquí; muchacho ya no maltrates a las mulas, déjalas tomar resuello.

Yo me fui para el puente a darles aviso y por no dejarlas solas me apeé de mi caballo, les ofrecí el brazo y seguimos a pie el buen trecho que les faltaba para llegar a su casa; en todo nuestro camino no cesaba la señora de colmarme de elogios y la niña la secundaba de una manera muy seductora y ponderativa.

—Ha sido usted, joven amable, nuestro protector —decía la señora.

—No digas eso, mamacita, di nuestro salvador, nuestro ángel de guarda, yo ya me figuraba ahogada dentro de ese inmundo lodazal: ¡Jesús qué tormento, que agonía! Si no hubiera sido por este caballero, seguramente me muero de pena; de que yo lo vi intrépido arrostrar el peligro por darnos su generoso auxilio, se me volvió el alma al cuerpo y esta acción tan noble la he grabado en mi corazón; no tengo voces con qué poderle explicar mi reconocimiento y la gratitud que le es tan justamente debida.

Cada palabrita de aquellas dicha con entusiasmo y de boca de una muchachona de buenos bigotes me empezaron a encantar, sentía junto a mí vibrar el metal de una voz dulce que elogiaba mi acción, percibía el delicioso aroma que despedía el pachulí o agua de colonia a que trascendía su cuerpo, con el calor de su mano que apoyaba en mi brazo me magnetizaba, en fin, no sé qué me sucedió, que sin querer me fascinaba, me enloquecía; comenzaron a caer algunos goterones, extendí mi jorongo saltillero y con él nos abrigamos los tres, aquí acabé de hechizarme, se rejuntó contra mí, casi descansaba su cabeza contra mi hombro y puedo decir que sentía yo hasta los latidos de su corazón. Para cubrirla mejor y no soltar el cabestro de mi caballo le eché mi

brazo por el cuello, y en uno de mis deliquios la estreché cariñosamente; no se me resistió y al llegar a la casa, con el entusiasmo mayor, antes de separarme la abracé en toda forma y ella me correspondió de la misma manera, sin contenemos la presencia de la señora que sorprendida le dijo:

—¿Qué es eso, Adela?

—Ya lo ves, mamacita —le contestó con mucha serenidad—, lo abrazo en testimonio de mi gratitud, de alguna manera se le ha de demostrar.

—Yo soy el agradecido, señorita —contesté— esta dulce satisfacción recompensa con usura una acción muy sencilla de comedimiento que la bondad de ustedes han querido elevar sobre manera al rango de eminente servicio; ya están en su casa, y con su permiso me retiro: Atanasio Garduño tiene la honra de ofrecerse a las órdenes de ustedes; conózcame por su humilde criado y servidor.

—¡Cómo que se retira usted! —dijo la señora—, no lo consentimos; pase usted a descansar un ratito, tome posesión de esta pobre casa, háganos usted la gracia.

—Es muy tarde, señorita, y el aguacero no dilata en desatarse.

—Siquiera mientras pasa la tormenta —me dijo Adelita con ademán suplicatorio— denos usted ese gusto.

No pude resistir, amarré mi caballo debajo del corredor y nos dirigimos a la sala, se metió la niña a quitarse el traje sucio de lodo y volvió a poco rato sumamente encantadora con una bata ceñida con un cinturoncito de seda que parecía que le trozaba la cintura tan delgadita que tiene; se sentó junto a mí quedando la rinconera, con la vela encendida que pusieron, de intermedio y ya pude verla con aquella luz a todo mi sabor. Es de un cuerpo regular, de aspecto imponente, tiene el pelo castaño, frente grande, fina ceja, ojos pardos claros de mirada lánguida, nariz regular, un poco grandecita la boca, cuello torneado y en todo su semblante pálido se nota cierto tinte de melancolía, su voz es dulce y al hablar lo hace siempre con retórica insinuándose con los ojos, terminando sus frases con decaimiento, haciendo aspavientos como sorprendiéndose y comúnmente se queda pensativa, distraída, en suma, es una romántica completa. De cuando en cuando como que quería suspirar, cada trueno del cielo o relámpago la asustaba y le hacía pronunciar alguna exclamación de sorpresa.

—Parece que el aguacero es regular —le dije después de haberla visto con cuidado.

—No es cualquier cosa, señor Garduño, es una tormenta deshecha, de buena nos hemos escapado, merced a la oportuna protección de usted. ¡Jesús! ¡Jesús! si yo creo que está diluviando, y adonde me hubiera cogido esto en el lamentable cuanto arriesgado estado en que usted nos encontró, me muero de congoja; todavía no me sale el susto, vea usted, aún me dura el temblor —y me puso una de sus manos sobre la mía—, estos nervios que son mi martirio, de cualquier cosa se afectan, continuamente me atacan y hay veces que me tienen en una postración completa.

—Pero, ¿qué no se ha puesto usted señorita, en cura formal? porque eso es una desgracia, y tan joven.

—No mucho, señor Garduño, ya cuento dieciocho años.

—Sin las noches de luna decía yo para mí.

—Me han curado los mejores facultativos de México, ha gastado mamá un dineral, y yo no he conseguido ningún alivio, me han mandado mudar temperamento, vivir en el campo, y por sólo eso ha comprado mamá la hacienda de... y nos hemos venido a vivir aquí.

Al ver que Adela sólo mentaba a su mamá, me acordé del viejo que se había quedado en la carretela, y exclamé:

—Pero a todo esto, ¿que habrá sido del señor que quedó en el carruaje, que según infiero, será su papá de usted, no es verdad?

Se atrojó un poco y meditando con el rostro un tanto colorado, respondió:

—No sé engañar, y menos a usted, señor Garduño, que me inspira mucha confianza; es, y no es mi padre don Tranquilino.

—No comprendo —le repliqué.

—Lo es porque desde muy niña me trata con el aprecio de padre y tiene una íntima amistad con mamá, hasta el extremo de vivir con nosotras, y hacer de hombre de la casa; y no le es, porque mi padre según dice mi mamá, falleció cuando yo estaba recién nacida.

En esto entró la señora seguida de una criada que traía en una gran charola tres pocillos con chocolate, bizcochos, servilletas y vasos de agua que colocó sobre una mesa redonda que estaba en el centro de la sala, arrimó las sillas y nos dijo:

—Acérquense, niños, antes que se enfríe el chocolate.

Se levantó Adelita y yo hice lo mismo, tomó mi brazo y nos sentamos a la mesa.

—Usted ha de dispensar, Atanasio, pero yo no sé cómo le llaman a esta villa, es un páramo, nada se encuentra, están las tiendas sin surtido; vea usted no más que bizcochos tan cochinos, necesitaba uno traer amasijo y cuanto se necesita para vivir como las gentes.

A cual más me obsequiaba, se empezó a hablar de familia y me relató toda su descendencia, me preguntaron de la mía y les dije que sólo se reducía a mi señor padre, tres hermanas y yo.

—Su papá de usted —me preguntó—, es muy rico y el principal de la villa.

—Son exageraciones vulgares —le respondí—, tiene un ranchito, una casa y cuatro animales.

—Es usted muy modesto, Atanasio, yo sé muy bien todo, y a pesar de no tener aquí ninguna relación porque, y sin que usted se agravie, es esta gente montaraz muy insociable, en vano he procurado contraer amistades: son inciviles, intratables, viven metidas en sus chiribitiles a guisa de fieras salvajes; a no ser por el administrador de rentas, el de contribuciones, el comandante militar y algunas otras personas también forasteras, que nos visitan de vez en cuando, aquí nos moriríamos de tristeza.

—Di las gracias a las dos por sus atenciones y habiéndose quitado el agua, me despedí. Repitiéronme sus ofrecimientos, y doña Pomposa, que así me dijo llamarse

la señora, me suplicó que si no me era molesto, le hiciera favor de ver qué sucedía por fin con la carretela.

Estaba en el mismo sitio con las dos mulitas atascadas hasta media barriga, el cochero hecho bola en el pescante y el amo echando unos ronquidos furiosos; le lacé la punta de la lanza, y como con el aguacero se había soltado un poco el lodo, en unos cuantos jalones tronquearon las mulas y se despegaron las ruedas; a cabeza de silla llegaron a la casa, desaté mi reata y después de multiplicados agradecimientos de todos, me comprometieron a volver a visitarlas.

Desde que fui mirándolas despacio y tratándolas, se me fue poco a poco desvaneciendo aquella fascinación que me causó la primera vez Adelita; advertía en mi cierto resfrio para con aquella niña, no me llenaba, hacía comparaciones con Camila, y lo que a una le faltaba a otra le sobraba. Adela me fue causando primero algún interés, después como indiferencia, y por último, miedo; el puro compromiso me llevaba a visitarla, y cuanto más tierna y cariñosa se ha ido demostrando conmigo, más temor me infunde y una repugnancia que no acierto a descifrar; yo no le he hecho una declaración de amor en forma, y sin embargo, cada día se me manifiesta más apasionada, hasta el exceso de tratarme con una confianza y extremo tan poco excusados delante de la madre, que ésta ya cuenta como arreglado nuestro casamiento, y la maldita atiza de mil maneras.

Para desvanecer algún tanto sus proyectos, les conté un día mi verdadera situación diciéndoles que era pobre, que me ocupaba en la arriería, y por ultimo, que era contrabandista Hermano de la Hoja; pero nada ha sido capaz de resfriarlas, la niña es como la romana del diablo, por todas entra; doña Pomposa todo lo allana, vence las dificultades, a todo me sale con que tiene dinero, influjo con las personas mejor acomodadas, que su hija se ha apasionado de mí, que está en una tortura al ver mi indiferencia, que se le está enfermado, que soy la causa de su padecimiento, y ha tomado la cosa tan a pechos que a todos les cuenta que pronto será mi suegra. En este último viaje acabó de remachar el clavo, me hizo ir a fuerza a su casa en donde se celebraba el cumpleaños de Adelita, me presentó a sus visitas como a su futuro yerno, y tanta alharaca ha armado que por fin ha llegado a oídos de mi padre, quien llamándome aparte, me ha dicho muy serio:

—Ya sé. Tacho, que has enamorado a esa catrincita recién llegada de México, y debo prevenirte pava tu gobierno, que primero consentiré en que te cases con la molendera a quien con gusto le daré el título de hija, que con esa niña tan llena de alhajas y vestida de seda que me empacha, y mucho más la vieja hipócrita de la nana que parece de almendra y nuez; cuídate de darme esa pesadumbre porque será causa de que jamás cuentes con tu padre; yo tengo mis razones y basta, primero me quite Dios la vida que consienta en emparentar con semejante canalla.

Yo no le respondí nada, y mi situación, hermanos, es sumamente comprometida, no sé qué sesgo darle a este negocio, se me han aturdido las reglas y aunque por mi parte les aseguro que ni me le he declarado a la niña, ni tengo prendas, ni nada con

que me obliguen, y que todo lo acontecido sólo es parto y combinación infernal de esa maldita vieja que trata de atraparme a toda costa, dizque porque su hija me ama, que es muy impresionable, que tiene un corazón muy sensible y que teme que sucumba de la pasión que le he inspirado, pues cuanto más se dilata nuestra suspirada unión, más y más se va desmejorando y agravándose de los nervios.

Conque ya les he dicho en compendio mis principales aventuras, y ahora no me queda más esperanza, sino que tú, Pepe, veas de qué manera arreglas este negocio y me chispas este lazo, porque la verdad yo no quiero volver a la villa; mi padre se me ha puesto feo, no pienso darle qué sentir ni mucho menos darle gusto a la vieja, mas que se lleve Judas a la romántica con todo y su cara pálida.

—No seas ingrato —dijo Astucia en tono de broma—, ¿conque ahora que la suerte se te viene rodando y que tienes facilidad de hacerte de una muchacha fina, rica y guapetona, la desechas?, resuélvete a casarte con Adelita; de arriero ascenderás a hacendado, tal vez tu buena estrella te brinda con la fortuna, no seas malagradecido, cástate y déjame a Camila, yo la consolaré, creo que te quiere bien y por no labrar su desgracia yo procuraré que te olvide demostrándome para con ella un decidido amante.

—¡Un demonio! —repitió Tacho—, de Camila no prescindo y...

—En resumidas cuentas —dijo Pepe—, el resultado de tus calaveradas es que, después de estar haciendo diabluras, ahora quieres que el Diablo las arregle; pero, hermano, estoy decidido a hacer por ti cuanto de mí dependa, siempre que me digas con toda franqueza por cuál te decides; y ya que las cosas han llegado al estado en que se encuentran, ponerte cuanto antes en juicio y gracia de Dios.

—Eso no puede ser —replicó Tacho—, para casarme necesito dinero, estoy acabando de abonar a mi padre lo que me ha prestado y en cuanto junte alguna cosa con que pueda sufragar los gastos consiguientes, entonces será cuando me case.

—Yo apronto cien pesos para el casamiento —gritó Astucia.

—Y yo otro tanto —dijo Chepe Botas.

—Y nosotros lo mismo —repitieron los demás.

—Ya cuentas con quinientos pesos por lo pronto —dijo Pepe—, ¿qué más quieres?

—Gracias, hermanos, gracias —prosiguió diciendo Tacho—, cuento con el favor de ustedes, pero otra cosa me amarga la existencia; quiero aclarar este misterio, deseo vivamente saber qué motivo tiene mi padre para oponerse, puede ser muy bien algún capricho; y en ese caso, la misma dificultad que encuentra para que lo haga yo con una rica, será doblemente motivo para evitármelo con una pobre; ahora, y al venirme, pasé como siempre a despedirme, y al recordar Adelita el peligro que corro y mi larga ausencia, le dio su patatús; doña Pomposa se me puso de uñas diciendo al tener a su hija torcida en los brazos:

—Mire usted su obra, corazón de piedra; me la está usted matando con su frialdad; me va usted a dejar sin la prenda más querida de mi corazón. Si le para a

usted la falta de recursos, sépase que yo tengo mucho dinero, que por complacer a mi hija y evitar que sucumba víctima de la pasión que ha concebido por usted haré cuanto se me exija; esto no puede continuar así, yo voy a adelantar todo para que cuando regrese se violente el enlace; quiero quitar a usted de contrabandista, que se encargue del manejo de mis intereses, que usted corra con mis negocios; en fin, que sea el niño mimado de mi casa, el tierno esposo de este ángel de candor.

Yo no respondí sí ni no, me quedé petrificado; tanto que no atendí a coger en mis brazos a la niña como lo había hecho otras veces, y creo que por eso le repetía seguido el mal; pues abandonándoseme completamente, no se agraviaba al sentir algunos cariños bastante insinuantes con que yo la hacía volver en sí de su paroxismo. Las palabras de doña Pomposa me aterraron, y saliéndome precipitado me ausenté sin despedirme, resuelto a no volver a verlas.

—Pues déjame a mi ese negocio —dijo Pepe—, ahora que volvamos le hablaré a tu padre; me dispensa alguna confianza, y ya veremos lo que se determina. ¿Qué clase de señora es esa doña Pomposa y el don Tranquilino, que por estar entusiasmado en tu relato no nos has impuesto bien?

—Doña Pomposa es, según parece, una mujer de buenos principios, muy caritativa, religiosa y de buenas costumbres; se expresa con petulancia y desenvoltura, me ha dicho que tiene muchas y muy buenas relaciones con personas de elevada posición, que es dueña de varias fincas en México, de la hacienda y de la casa que habita; su presencia es a la verdad medio chocante; se conoce su afectación desde a legua, es de estatura alta, pelo castaño comenzando a arrosillarse, cejas anchas y muy escasas, color moreno, ojos pardos claros, con los párpados papujados y de mirada atrevida, nariz chata algún tanto, y medio arremangada, boca demasiado grande y labios carnosos, dientes anchos y grandes, voz semivaronil; echa de muy leída y escribida; es la que lleva el peso de la casa, mientras don Tranquilino se entretiene en acariciar al gato, leer algún periódico, y con su puro en la boca agota de copita en copita una o dos botellas de puro chinguirito, hasta que se queda dormido en su sitial; la niña, o está en su tocador, o leyendo novelas, historias o poesías, pues su gusto y principal entretenimiento es la literatura. Cuando doña Pomposa sale, sólo es con traje decente, y jamás se le caen de la mano el rosario y el libro de oraciones, entiende algo de medicina y le gusta ejercer la facultad gratuitamente sólo por caridad, en su casa está con humilde traje, y toda ella presume respirar sólo honestidad y virtud, creo que poco le ha de faltar para los cincuenta, aunque se conserva aún medio fresconota y se tiñe las canas.

El don Tranquilino es seis u ocho años más grande, chaparrón, grueso, con el pelo muy escaso y cano, tanto que con unos mechones de por detrás cubre la mollera ocurriendo al préstamo forzoso de cabellos, tiene cejas muy pobladas y largas, apareciendo debajo de ellas unos ojos garzos medio enchilados; su nariz es corta marcándose mucho el asiento de los anteojos que siempre trae puestos, con sus varillas de carey; los labios por la falta de dientes se le han salido para afuera, tiene

poca barba, los cachetes se le han colgado, todo el día tiene la boca en juego como si estuviera rumiando, su voz es balbuciente, de un genio más que apacible, a nada se acomide por sí solo, todo lo que hace es chupar, leer, y sobre todo beber; para cuanto quiere hacer pide licencia a Pompita, pues así le dice a la señora, quien continuamente lo regaña por cualquier friolera, lo viste y mantiene como un niño, y sólo sirve para hacerle mandados. Es tan condescendiente que nunca replica. Adela me dijo que era antiguo amigo de la casa, doña Pomposa que por caridad lo tenía, y él que era su marido, la verdad Dios la sabe.

Cuando estaban distraídos con la relación de Tacho, llegó el galgo de la Soledad diciendo que del pueblo dieron aviso de que cincuenta hombres de tropa pasaron muy temprano y tomaron para el rancho, conduciendo un reo en una mula, y que don Gaspar se había escondido inmediatamente; esta noticia les hizo mudar de derrotero para tomar al otro día el camino de arriba.

—¿Todavía más extorsiones y cuidados por causa de ese maldito viejo? — exclamó Pepe—, ¿no ha bastado un año para que se le quite esa mala maña?

—Ya le ajustaré la cuenta —dijo Astucia—, en Tierra Colorada te cortas con Tacho, para que él vaya a despedirse de su adorado tepalcate y tú des por ahí una explorada. Yo me voy con un arriero, camino para la Soledad, y los hatajos que tomen para Rancho Viejo, allá nos reuniremos en la madrugada.

Arreglado así, al otro día cada cual tomó su camino.

Capítulo XIV

Los monederos. Resolución. Quejas de un padre. Amalia la Bulli Bulli. El incógnito

Pepe y Tacho llegaron al pueblo después de la oración, dieron un silbido cerca de la casa, y al instante se abrió el zaguán y apareció Camila de franelas con una carita muy festejosa, diciendo:

—Ahí está un pozo, don Pepe, no se vaya a caer, cuidado con el perro que anda suelto, no lo vaya a dejar sin pantorrillas —y otras mil chanzonetas satíricas porque ya hacía tiempo que no había vuelto.

Cuando estuvieron en la sala, después de los recíprocos abrazos con todos, lo primero que preguntó Camila, fue:

—Deme razón, don Pepe, ¿cómo está mi jefe Astucia, le fue tan mal en el alojamiento que no le han quedado ganas de volver, lo mismo que a mis demás hermanos?

—Parece que el que más le interesa es el tal jefecito, ¿no es verdad?

—Sí, para qué lo he de negar, lo quiero mucho porque no apesta a chinche como los demás; voy a disponer la cena mientras Manuel los informa de lo acontecido.

—¿Pues qué ha sucedido, Manuel?

—Hombre, que tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda dentro; después de haber dado bastante guerra el maldito Grillo, ayer a la madrugada lo pasaron por aquí cincuenta dragones porque ofreció si le conmutaban la pena, entregar a sus cómplices, y según nos ha dado por las narices quién sabe cómo le vendrán las botas a don Gaspar su pariente; yo luego ensillé y a pesar de haber puesto su telégrafo las mujeres, me fui derecho para la barranca del Zopilote y allí con el espejo les soltamos a ustedes el galgo, pues calculaba que vendrían en camino, y no por darle al violín le dieran al violón causándoles algún trastorno; también mandé a mi flachiquero para que se fuera a una vista emboscándose por ahí; volvió hoy al medio día y me dijo que habían cateado todo el rancho de la Soledad en busca de don Gaspar, al cual siempre lo hallaron en Tecorrales; que se lo llevaron en unión de otros dos que estaban haciendo tlaques falsos, con todo y herramientas; que continuaron derechos para el puerto en donde sin mucha ceremonia fusilaron al Grillo y lo dejaron colgado en un ocote, cortaron por el pinal y se fueron derechos para el valle con su nueva presa.

—Gracias a Dios que salimos de esa canalla —dijo Pepe—, a pesar de que todavía puede causarnos el tal don Gaspar más de cuatro disgustos; tienen esos malditos mucha raíz y no es fácil exterminarlos de pronto, se corta el tronco, se quema, y siempre salen retoños, ¡qué semilla tan maldecida!

Apenas acababa de decir eso Pepe cuando se percibió el galope de un caballo, y luego un fuerte toquido en el zaguán; se paró presuroso a abrir y fue entrando Astucia, que habiendo encontrado el rancho vacío y la novedad del arresto de don Gaspar, dejó provisionalmente a Felipe el hijo de Ciriaca cuidando, mandó con el arriero avisar a los demás de lo ocurrido, y se bajó para el pueblo, a media rienda a juntarse con los otros antes de que partieran, como también a disponer lo que fuera conveniente.

Al entrar Camila cargada de cazuelas las dejó precipitada en la mesa, gritando:

—¡Albricias, albricias!, ¡ya pareció Juan perdido! ¿A qué santo le enciendo la lamparita por este milagro? —y abrazó a Astucia con entusiasmo.

—Sabes, Camila, que Tacho se está enfoscando.

—No hace mucho que nos has declarado que quieres mucho a Astucia porque no apesta a chinche como los demás, y ahora se te conoce a una legua el regocijo que te causa su presencia.

—Es cierto, y por si se le olvida se lo repetiré; en cuanto a Tacho, si es que se enfosca como usted dice, ya se cuidará de demostrarlo, porque no hay cosa que más me choque que un hombre necio; demasiado me conoce, y yo le aseguro, don Pepe, que está la leña verde para que pueda arder con semejante ocote aunque el diablo la sople: Astucia es amado de mi amado, y por lo mismo amado por mí.

Siguieron bromeando un rato y tomando la palabra Astucia le dijo a Manuel:

—Mi principal objeto al venir, ha sido ver si le conviene a usted manejar el rancho de la Soledad o tomarlo en subarriendo con las mismas condiciones con que lo tenía don Gaspar, que son sumamente ventajosas, pues con nosotros tenía vendidas sus cosechas de cebada y algún maíz, con el gasto que le hacíamos de cocina nos pagaba las rentas, y le quedan libres todas las labores, esquilmos de leña, carbón, raspa, crías, etc., sin que le hicieran falta los pastos reservados de arriba que tenemos apartados para que agosten nuestras mulas. Usted nos merece entera confianza, es nuestro amigo, ha sido de la rama, y todos tendremos mucho gusto en que mejore de situación.

—Señor Astucia —contestó Manuel—, cuanto tengo y cuanto valgo, lo debo a la generosidad de los Hermanos de la Hoja; les pertenezco en cuerpo y alma, y usted puede, mi jefe, disponer de mi persona como guste.

—No, amigo mío, sino como a usted le ofrezca mejor conveniencia.

—Es inconcuso que de subarrendatario; pero eso me es imposible, no cuento con ningún fondo para hacerme de apero y mueble y sin él, perdería el tiempo.

—Pues entonces no hay que hablar más, mis hermanos siempre aprueban lo que yo hago, y en este supuesto le pondremos la espuela, por lo pronto con trescientos pesos que ahí nos irá devengando con pasturas o como pueda, y si acaso necesita más, avíseme, que mi ánimo es auxiliarlo de cuantos modos nos sea posible.

No hallaba Manuel voces con qué demostrar su agradecimiento y lo mismo Mariquita su esposa; pero Camila los quitó de su cuidado diciendo:

—Gracias, charrito, y para que vea que somos agradecidos, tenga —y empezó a darle de abrazos diciendo—: Éste para Pepe el Diablo, éste para Chepe Botas —y así fue dándole uno para cada uno, hasta que terminó con uno más apretado que lo hizo trastabillar, diciendo—: Y éste para su jefe, para Astucia mi hermano.

Acabada aquella escena quedó decidido que Manuel fuera el subarrendatario, que allí le dejarían en poder de Felipe los trescientos pesos para que si le convenía comprara a la familia de don Gaspar sus animales y existencias, y en caso de que faltara dinero contara con el fondo común de los Hermanos de la Hoja, que mientras se arreglaban algunos negocitos que tenía pendientes, y había persona que fuera a reclamar los intereses de don Gaspar, quedara Felipe de simple cuidador bajo las órdenes y vigilancia de Manuel. Después de esto se pusieron en marcha.

—Yo no sé qué presentimiento tengo —dijo Pepe desprendiéndose de los brazos de Camila y haciendo del ojo a sus compañeros, prosiguió—: Quién sabe si por ahí nos espera algún peligro, esa misma corazonada ha tenido Tacho al salir de la villa.

—Adiós, adiós —respondió Camila—, ¿pues de cuándo acá andan ustedes con corazonadas y temores?, no faltaba más sino que ahora se volvieran maricas, no señor, alma grande y confianza en Dios.

—¿Que de veras tienes miedo, Tacho?

—Yo no sé lo que tengo —contestó para llevar adelante la burla—, pero siento cierta inquietud y desazón que...

—Que debes desechar como mal pensamiento, y la verdad, la verdad, si empiezas con esos remilgos y corazonadas vale más que tires las calzoneras y te pongas un zagalejo, no te juntes con los hombres, y no te me pares delante porque yo no puedo ver a los cobardes.

—Con una piedra matas muchos pájaros Camila —replicó Pepe.

—Mejor que mejor, al que le venga el saco que se lo ponga, ya lo dije.

Al despedirse de Tacho lo abrazó con el entusiasmo de siempre, diciéndole quedito:

—No me olvides, y que Dios te ampare.

Viendo a su genio festivo salió a cerrar el zaguán animándolos con mil dichos, burlándose de sus presentimientos y riéndose de ellos. Se detuvieron un poco, de orden de Pepe que, mirando luz en la ventana de la pieza de Camila, apeándose, dijo:

—Vamos a espiar lo que hace esa tarabilla.

Se arrimaron sin hacer ruido y vieron por una rendija a Camila, que después de encender una vela de cera se puso arrodillada delante de una imagen de la Virgen, y con mucho fervor empezó a rogarle que cuidara de los Hermanos de la Hoja y principalmente del tierno objeto de su amor, acabando por limpiarse con la mascada los ojos en que asomaron sus lágrimas, y como reconviniéndose a sí misma, exclamó:

—*Si ya en tus manos encomiendo su suerte, Madre mía, ¿por qué me apuro?* Soy una tonta, tal vez ese mal intencionado de don Pepe ha querido meterme miedo para burlarse de mí, es tan chancero; pero si también Tacho lo afirmó, y Astucia se quedó

formal, ninguno es cobarde, ¿qué sucederá, Dios mío? Este cuidado me va a tener muy inquieta hasta que vuelvan —y hablando sola otras mil cosas, se salió para las otras piezas.

Tanto afligió a Tacho el estado de su querida que quiso tocar la ventana para desengañarla, pero le conoció la intención Pepe y tomándolo de un brazo lo separó de allí.

—Hombre —dijo Tacho—, ¿para qué la hemos de dejar en ese cuidado?

—Para que más gusto le cause el verte volver sano y salvo, marchemos.

Se pusieron en camino y Pepe le dirigió la palabra a Tacho diciéndole:

—¿Dime, hermano, cuál de las dos mujeres que te aman es más sincera? Adelita al despedirse ha demostrado su dolor dándole el patatús, tal vez esperando que la cogieras en brazos y le hicieras los acostumbrados cariñitos con que la alivias, mientras la nana te entompeataba lo del arreglo del matrimonio culpando tu frialdad; ésta nos ha echado la mula y mofado riéndose de nuestras corazonadas; aquélla quiso que la vieras padecer cayendo en los brazos de la madre, ésta excusa su cuidado con risotadas, y cae a solas de rodillas implorando en tu favor los auxilios divinos. ¿En cuál de las dos adviertes más pruebas de amor?, ¿quién es la que más se interesa por tu suerte; y obra con sinceridad? Prescinde de interioridades, Tacho, piensa con juicio, el corazón jamás engaña, no te alucine el lujo y ostentación, no te embriague el artificial aroma de las esencias y perfumes, si por allá te brindan interés y dinero, por aquí te dan pruebas evidentes de un verdadero cariño; tal vez aquel patatús fue fingido, mientras que en lo que has visto no hay ficción, estudio ni coquetisino. ¿Que no te ha dado en qué pensar el empeño de doña Pomposa en que seas tú su yerno? Para que esa señora que presume tanto fausto, admita emparentar con un pobre arriero, con un público contrabandista, ha de tener algunas miras secundarias que tal vez refluyan en tu perjuicio, o en el de tu familia: ¿que así no más se le da gusto a una hija caprichosa que ya cuenta más años que tú, y se ofrecen cuantiosos intereses sin más que por tu linda cara? Desengáñate, hermano, te han visto cara de guaje, te tienen por un ranchero simplón y serías el instrumento de miras bastardas o tal vez el que cubras algún yerro lamentable de la niña, una fragilidad de las que pocas románticas se escapan, y te digo que harías muy bonito papel por cierto; adonde tu padre te ha hecho esa prevención, alguna razón poderosa le asiste; muchas reflexiones podría hacer en contra de la Adelita, y doble tanto en favor de Camila; pero no eres tan niño que las ignores, necesito tu resolución, y para tomar o no parte en estos asuntos, dime definitivamente, ¿por cuál te determinas?

—Por Camila, Pepe, por Camila y que cargue Judas con Adela, doña Pomposa, y don Tranquilino.

—Corrientes, pues a la vuelta de este viaje que seguramente será el último que echemos porque ya las aguas nos lo impiden, mientras agostan los hatajos, yo me veré con tu padre y te ofrezco a fe de hermano y buen amigo, arreglar todo.

Cuando regresaron, hicieron lo que tenían de costumbre, se quedó el Jato en la

Soledad, y un hermano y dos arrieros se fueron con la mulada a que agostara en Rancho Viejo, los cuales eran relevados cada semana; se nombró el turno y Astucia acompañado de Tacho Reniego, dos arrieros con una mula de equipaje y dos caballos de mano, regresaron hasta Jantetelco, para volver recogiendo el dinero de la rama que por todo el camino habían dejado fiada. Pepe el Diablo marchó para San Felipe a arreglar con el señor Garduño, como lo había ofrecido, el negocio de Tacho, y los demás compañeros partieron para sus casas a visitar a sus familias.

Efectivamente, Pepe se le presentó al señor Garduño quien sabiendo que estaban de descanso, ya extrañaba que no lo fuera a ver; le dijo que Tacho había partido con el jefe a recoger dinero y que por lo mismo no volvería pronto; de aquí comenzó a enredarse la conversación hasta el punto que Pepe la deseaba, pues el señor Garduño le dijo echando un suspiro y exclamando:

—¡Ay, amigo mío!, ese muchacho me está acabando la vida, valía más que se hubiera quedado por donde andaba; yo ya estaba muy contento mirando que en estos tres años que hace que volvió al redil, está progresando, es hombre de bien y trabajador, pero, amigo, está decretado que no me sirva más que de martirio, y eso me tiene muy afligido.

—¡Cómo, señor Garduño!, ¿qué le ha vuelto a dar a usted en qué sentir? —preguntó Pepe haciéndose de las nuevas.

—Sí, don Pepe, y en alto grado; usted es mi mejor amigo, tiene influjo sobre Atanasio y yo quisiera que en obsequio de nuestra buena amistad le dé un consejo, le patentice su error, y evite que vaya a hacer la calaverada más grande del mundo, y darme una fuerte pesadumbre.

—Explíquese usted, señor Garduño, cuénteme sus aflicciones, y no me suplique sino mande.

—Pues contando con la buena disposición de usted don Pepe, voy, en el seno de la amistad, a confiarle mis penas, a hacerlo juez de mi causa. Usted es imparcial, franco, y tiene interés en el bienestar de su hermano, de mi hijo Atanasio; vamos al negocio. Entre tanto como aspira el hombre alcanzar en este mundo, dos cosas he procurado siempre conseguir aun a costa de mi existencia, y conservarlas como legado hecho por mis antepasados; y son la primera, ocupar un lugar de hombre honrado en la sociedad; y la segunda, proporcionar para mi familia lo que pueda con el sudor de mi rostro, sin que mi conciencia me acuse de haber causado mal a nadie; la suerte me ha favorecido, y he conseguido ambas cosas con las que pensaba morir tranquilo y dejar a mis hijos un corto pero legal patrimonio.

Entre todos los parientes y descendientes que llevan mi apellido, ha habido como en todas las familias de bueno y de malo, pero cosa singular, don Pepe, todos hemos tenido igual orgullo, ninguno ha dado qué decir de su persona, todos hemos procurado mantener sin mancilla el nombre de Garduño, ninguno ha sido infamado ni señalado con el dedo, antes por el contrario, no se cuenta de la raza, sino cosas honoríficas, hechos de valor, de patriotismo que han sido celebrados por gentes de

buen discernimiento, dándonos mucho honor mi primo Manuel que fue Arzobispo de México. Pues bien, amigo don Pepe, ese orgullo de ser honrado, sólo acabará en mí cuando Dios me quite la vida, y no he de consentir que ninguno lo mancille; yo tenía fundadas mil esperanzas halagüeñas en que Atanasio en la carrera literaria hiciera algo; salió mi cálculo errado, el muchacho no le inclinaron los estudios y se perdió el tiempo; quiso ser labrador, lo puse al tajo, y cuando iba a ponerlo de mayordomo y aliviar su situación para que tuviera algún descanso, se me largó a correr la tuna, volviendo después de cinco años con una mula flaca y un tercio fiado de tabaco; por casualidad no se me pervirtió, yo no quería recibirlo, estaba mi amor propio ofendido, no había hecho una gracia; luché y por fin triunfó mi amor paternal, no sin satisfacer mi cólera con una buena tranquiza.

Cuando vi que por ese giro que tiene podía buscar un peso, lo he fomentado, jamás he tenido ánimo de prestarle nada sino de dárselo, y por tenerlo algún tanto amarrado y ver cómo se conducía, he estado manteniéndolo en la inteligencia de que sólo fue prestado, y recibiendo los abonos que me ha traído; porque no estuviera ocioso el dinero, he procurado volteárselo, tomé en arrendamiento unas tierras, ya tengo guardada una cosecha de cebada y las milpas de Atanasio van muy bien logradas; quería el día menos pensado sorprenderlo con que se encontrara aquí con dos o tres talegas de pesos, sin que menoscabasen nuestros bienes. Pero, amigo, todo me ha desconcertado ese muchacho con haberse enamorado de una niña que labrará para él su segura desgracia, y para mí una eterna afrenta, un baldón, y el más grande deshonor. No sé cómo demonios ha venido a dar por aquí esa maldecida doña Pomposa que como la mala hierba, hasta los animales la repugnan; ignoro el cómo fue Atanasio a relacionarse con ella, y sólo la fatalidad pudo hacer que se enamorase de su hija. Ya está el negocio tan adelantado, que la abominable vieja ha comenzado a disponer todo lo concerniente a la boda, y como el último que sabe las cosas es él... ya usted me entiende, aunque yo trate de evitarlo echándola de padre, adonde el muchacho tonto meta cabeza, hace lo que se le antoje, se burlan de mí, desconoce mi autoridad, y damos un escándalo endemoniado.

—Pues vea usted lo que son las cosas, señor Garduño, yo pensaba que Atanasio iba bien; una muchacha de buenos principios, de familia decente, rica y que lo quiere con pasión, creo que no se encuentra así no más.

—No es usted el primero que me lo dice, don Pepe; engañan mucho las apariencias; yo conozco bien todos los antecedentes de esa mujer, y por no ponerla en evidencia, me he cuidado de publicar quién es, cómo se llama y qué casta de gente es la que se nos ha venido a encajar aquí, pero a usted le estoy descubriendo mi corazón, le voy a comunicar todo, como antes se lo dije, en el seno de la confianza, y espero se lo reserve porque yo no difamo a nadie sea quien fuere.

La señora doña Pomposa, la tierna madre de ese inocente ángel de candor, la rica propietaria, la caritativa, la muy cristiana mujer, tan relacionada, de fina estirpe, de tan noble descendencia, tan ilustrada y elegante, no es otra más que *Amalia la Bulli*

Bulli, la tapatía más prostituida y escandalosa; no hay parte ni población regular donde no haya dado que hacer a la justicia por su desenfreno; eran tres hermanas a cual más relajadas, cada cual con su sobrenombre, a ésta le decían *Bulli Bulli*; no hay en México ni en cuantas partes ha estado, quien no esté enterado de su depravada conducta, y como ha sido mujer pública es fuerza que en el público, no falte quien le saque sus trapitos al sol; ¿qué tal será mi doña Pomposa, o por decir mejor, la desvergonzada *Bulli Bulli*, que esa niña Adela ignora quién fue su padre, y creo que la misma madre no lo sabe?

Yo la conocí perfectamente por una casualidad, que sin duda me iba a causar una pesadumbre; desde entonces procuré siempre conservar en mi mente su fisonomía, habiéndome afectado tanto aquel lance, que no han bastado veinte años para que se me borrara. Es el caso que, entre los muchos abajeños que por aquí pasan con partidas, tenía yo amistad con un joven llamado Julio Palma, que entonces tenía como veinte años o poco más, era así, más o menos de la estatura de usted y aun tenía por lo pronto alguna semejanza; yo quería ir a México, y por tal de irnos juntos, violenté mi marcha, nos alojamos en el mesón del Chino y la partida se situó en Aragón; mi amigo Palma como joven era alegrón, y al venirse una noche para la posada a donde yo lo esperaba para irnos juntos al Coliseo, se encontró con la tal Amalia que andaba en las calles muy ampona buscando pichones; se lo llevó para la calle de Venero en donde había un capullo de esas langostas; lo vieron de botas de campana, les contó que era fuereño, la echó de vanidoso y les sonó unas cuantas onzas que llevaba en la bolsa; luego luego combinaron todas hacerle una de las jugadillas que acostumbraban, lo comprometieron a gastar, mandaron traer que merendar y sobre todo, que beber; con tal necedad se empeñaban en que tomara licores, catalán, pulque y cuanto le brindaban, que le hicieron entrar en malicia, fingía que bebía y que se le trastornaba la cabeza, pero con mucho disimulo examinó la pieza, tanteó la puerta, y en vano buscó el puñal que llevaba en la bolsa del costado de su chaqueta, ya se lo habían zopiloteado sin sentirlo; cuando las malditas lo creyeron de sazón, la primera que se le echó encima para asegurarlo armada de tamaña navaja, fue la dicha Amalia, a quien de un solemne bofetón aventó mi amigo lejos, cayendo a gran distancia patas arriba; se encendió el tumulto, parecía Palma toro embolado, apenas se quitaba a una, cuando ya otra le acosaba; Amalia más atrevida, se le cerró, le tiró algunos navajazos que recibió en la manga que se enrolló en el brazo izquierdo; pudo agarrarle la mano y no con poco trabajo logró desarmarla, aunque a costa de recibir en los dedos una cortada; se le afianzó entonces a los araños y mordidas plantándole una en la mano izquierda, y él solo pudo quitársela a empellones y manazos; al pegarle uno de ellos, se le atoró en los dedos un arete de esos chinescos que usaba la maldecida, lo estiró recio y se le rasgó la oreja del lado izquierdo; en otro zoquetazo a la vez que una buena patada, volvió a caer la fiera aturdida; esto alarmó a las demás que corrieron en su socorro, y aprovechando Palma aquel momento, se salió para la calle; el lance fue violento, muy poco se redujo al dicho, todo fue de hecho, y excepto los rugidos de

Amalia, que bramaba llena de rabia, nada se percibió en la calle de semejante ataque; llegó mi amigo al mesón todo desgarrado de la camisa, con las manos ensangrentadas, la dragona de la manga toda tasajeada, contándome sus aventuras y presentándome los trofeos de guerra quitados en el más reñido combate; en cambio de su puñal, una navaja que parece daga y un arete machucado, contándome todos los pormenores y dando gracias a Dios por haber escapado de semejantes furias infernales. Al momento nos salimos con un criado todos armados, fuimos a la accesoria, y aunque dimos mil empujones y rondamos la calle, no encontramos ni quién nos diera razón de las malditas.

Lo mismo aconteció en los días subsecuentes, conservándose cerrada la accesoria y con un papel que decía: «Se arrienda»; mi amigo tenía necesidad de seguir adelante con su partida de mulas y dejándome aquellas prendas para ver si averiguaba yo algo del paradero de esas lagartijas nos separamos; yo tomé con empeño la encomienda y después de andar la ceca y la meca, me encontré con la tal Amalia la Bulli Bulli en un lupanar de por Santa Inés, adonde hacían pie sus hermanas; tenía la cara amarrada y en la oreja descubierta le vi pendiente el otro arete igual al que yo tenía en la bolsa; quise presentarme a la justicia y promoverles un mitotito, pero mi amigo se había largado, y aunque las pruebas que tenía yo podrían hacer alguna fe, temí que tal vez no consiguiera mi objeto de que la castigaran y perder el tiempo y el dinero; marqué desde entonces su fisonomía, supe su vida y milagros y me volví para mi casa; en la calle se presentaba de traje blanco y muy ampón, y en la casa, de china, con la camisa muy descotada y pierna pelada. Es guadalajareña de las mentadas tapatías, y ahora viene aquí a querernos hacer comulgar con ruedas de molino.

Desde el primer día que yo la vi al salir de misa cuando llegó a la villa, luego luego la conocí a pesar de su traje largo, tápalo de lana, su libro y rosario en la mano, agarrada del brazo de ese borrachón que ha de haber sido de su ralea y hoy lo tiene como perro faldero, porque, amigo, «aunque la mona se vista de seda, si no muda de especie, mona se queda».

Pues ahora bien, figúrese usted qué estómago me haría y cuál sería mi sorpresa al saber que mi hijo, el único de mi familia que transmitirá mi apellido, está loco enamorado de la hija de un ignorado padre, y de Amalia la Bulli Bulli, la escandalosa tapatía. No dudo que haya vuelto sobre sus pasos, que hoy edifique con su ejemplo, que la suerte favoreciéndola la haya sacado de tan degradante esfera, que su hija sea la virtud andando; en fin, que sea una santa, todo puede ser, Dios es muy misericordioso, sus altos designios son incomprensibles; yo seré el primero que la venere con fervientes oraciones, pero, amigo mío, eso será cuando pasados cien años la canonice el Papa, y entre tanto no me apeo de mi macho, estoy en mis trece y repito, que primero me quite Dios la vida, que consentir en que se empañe el honor de mi apellido que me legaron mis padres, y lo transmitiré aunque pese al mundo entero del mismo modo; antes le pego un tiro a ese muchacho loco, que dejarlo emparentar con semejante familia; el empeño de esa mujer no se me oculta, quiere

darle a su hija no un marido sino un apellido; como es tan conocida en México, no puede figurar en la clase a que aspira; quién sabe si esa languidez de la niña proviene de algún mal que le haya valido algunos pesos, es imposible que la hiel produzca dulce, don Pepe, «de tal palo tal astilla, mala la madre, mala la hija, y peor la sábana que la cobija».

Ya sabe usted cuáles son los motivos que tengo para repugnar semejante entroncamiento, a usted lo hice como mi amigo, Juez; espero su fallo y me someto resignado a lo que sentencie, ¿tengo o no razón?, ¿debo consentir u oponerme?, usted decida.

—Con mucha justicia, amigo Garduño, se ha mostrado usted renuente, y yo en su lugar haría lo mismo; pero, ¿para qué más misterios?, confianza por confianza: deseche usted sus temores, vuelva la tranquilidad a su espíritu; Atanasio no ama a esa señorita Adela, me lo ha contado todo, y por último le he arrancado su resolución; esto no ha sido más que una red hábilmente tendida para pescarlo, la mujer ésa es una lebrona, sus sospechas de usted no carecen de fundamento, y hemos meditado todos los pormenores y Atanasio no queriendo darle a usted en qué sentir, no piensa volver por aquí hasta que yo le haya quitado este lazo; así se lo he ofrecido, y yo quisiera, amigo mío, que me ayude a meditar el modo menos comprometido para quitarnos esa avispa que le ha dado tan malos ratos.

—Si tal cosa consigue, don Pepe, se lo agradeceré en el alma, y ya que trata de eso, no me parece por demás advertirle mis temores; como estaba resuelto a oponerme de todos modos, no se me ocultó que agraviada esa mujer porque sus planes venían a tierra, pusiera en juego sus perversas maquinaciones; la conozco bien, sé de cuánto puede ser capaz y mucho me temía que interpusiera ese influjo que tiene y su dinero en perjudicar a mi hijo, al que sin duda yo conseguiría persuadir sin más que contarle lo que a usted le he dicho. Mirando la hermandad de ustedes también suponía que tomarían parte, y no ponía dificultad ninguna en que creciendo el asunto en mayores proporciones, les tocara un ramalazo de la venganza de esa furia infernal; a fuerza ese apantallado les ha de haber dicho quiénes son ustedes, cuál es su giro y si se ofrece hasta el camino que llevan y las precauciones que toman, todas esas noticias en poder de una mujer de esa clase, son armas temibles, y una denuncia o cualquiera otra traición me sería muy sensible y difícil de evitar; necesitamos sangre fría y como dicen los Hermanos de la Hoja: *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, reflexionemos.

—Desde que me comenzó usted a contar la aventura de su amigo Palma, se me paseó por la mente hacer una diablura de las mías. ¿Conserva usted por casualidad los despojos cambiados en la acción de marras?

—Sí, don Pepe, por curiosidad ahí los tengo en mi papelera para eterna memoria.

—Pues al avío, andando que el sol se mete, como dice el charro Alejo; démelos usted, es imposible que esa mujer se acuerde de las facciones de Palma, y luego en veinte años se desfiguran tanto los hombres; voy a representar su papel, a recordar su

agravio, a confundir a esa maldita, a aterrorizar a esa furia, a desmascarar a doña Pomposa, a imponerle la ley a la miserable Amalia la Bulli Bulli; ya le conozco el juego, sé su condición, y la sorteada no es de ningún riesgo, es necesario a esta gente hablarle en su idioma, ya el diablo la cogió entre ojos, y no se escapa de mi garra; tráigame esas apreciables prendas porque a ellas y a la astucia les deberemos nuestro triunfo.

—Pero, amigo don Pepe, ¿ha meditado usted su plan?

—Sí, señor Garduño, ya está formado, vengan esas chácharas; no seré Pepe el Diablo, sino un verdadero demonio si mañana a estas horas está esa capulina por aquí; se lo ofrezco por el honor de los Hermanos de la Hoja, porque éstos serán su pesadilla, el coco que la asuste y la mordaza que le impida el uso de la palabra.

Se metió el señor Garduño, y a poco entregó a Pepe una navaja de muelle con cachas de concha, y un arete chinesco diciendo:

—Que Dios lo saque con bien, señor don Julio Palma, comerciante en partidas de mulas y caballada.

—Eso fue *in illo tempore*, hoy no es más que Pepe el Diablo hermano de la Hoja, ¡es el tiempo tan variable!; no me dilato —y mirando su reloj, dijo—: son las cuatro; en una hora de buena conversación recordaremos nuestra vida pasada, somos conocidos viejos, y carbón que ha sido lumbre, con facilidad se prende; a las cinco o antes volveré para que me dé las albricias.

Llegó Pepe a la casa de doña Pomposa, y antes de entrar al zaguán salía por él don Tranquilino muy enojado echando mil maldiciones con voz aguardentosa.

—Usted dispense, caballero —dijo Pepe—, ¿es ésta la casa de la señora doña Pomposa?

—Sí, ¿y qué? —contestó aún colérico.

—Según me parece, ¿usted será por ventura su esposo? Me han dado un encargo y necesito hablarle.

—¿Por ventura su esposo?, ¿por ventura?, ¡por mi desgracia, por castigo de mis pecados! ¡Maldita sea la hora en que enredamos el trompo!, cada día es más exigente, yo no soy el amo de la casa, soy su muñeco, un estropajo, me manda con la punta del pie, y luego es tan claridosa que se ofendería un santo; luego luego salen las champadas: que me viste, que me calza, que me mantiene mis vicios, que soy un inepto; quiere que le sirva al pensamiento; esto no es vida; es un infierno. ¿Dónde voy a indagar quién ha soltado esas especies que tanto han ofendido su delicadeza?, yo no conozco a nadie, y a buena hora salen con esos remilgos y patrañas, y luego ¡Santo Dios a lo que llegan las gentes, siempre será negro lo negro, blanco lo blanco, en fin, caballero, pase usted a verla, quizás así se le olvidará el molerme con su encargo!

Pepe entró, llamó en la puerta vidriera de la sala, y salió doña Pomposa a abrir.

—Señora, a los pies de usted —dijo Pepe quitándose el sombrero.

—Beso a usted la mano, caballero —contestó ella—, tenga usted la bondad de

pasar adentro y tomar asiento.

Entró Pepe, hizo una caravana a la niña que estaba cerca de la ventana sentada en una butaca leyendo, le contestó con una inclinación de cabeza y continuó hojeando el libro; se sentó Pepe y doña Pomposa hizo lo mismo.

—¿Tengo el honor de hablar con la señora doña Pomposa?

—Una fiel servidora de usted —y le hizo un dengue que por poco suelta la carcajada el visitante—. ¿Y a qué feliz casualidad tengo la honra de recibir su visita, caballero?

—Señora, no es por ventura feliz la casualidad, sino todo lo contrario, soy por mi desgracia el ave de mal agüero, el mensajero de fatales noticias; pero nadie está zafo de una mala hora, tenemos la vida pendiente de un hilo, y... en fin, ¿para qué he de atormentar a usted? Según se conoce a primera vista no es usted persona vulgar, y por lo mismo recibirá las cosas con más calma; sin embargo es mujer, yo bien quise excusarme de semejante encomienda, pero una súplica salida de los labios de un moribundo es un mandamiento que lleva consigo la obligación de cumplirlo, ármese usted de valor, y...

—¡Por el amor de Dios!, señor de...

—Julio Palma, servidor de usted señora.

—¡Palma!... ¡Palma!... No recuerdo si he visto a usted en alguna otra parte, aunque la fisonomía y apellido creo que no me son desconocidos. Pero, señor de Palma, dígame usted por vida suya, ¿cuál es esa fatalidad que me persigue, quién es ese moribundo, y cuál el encargo que le hizo?

—¿Conoce usted, señora, a Atanasio Garduño, un joven contrabandista de los Hermanos de la Hoja?, pues...

—¡No prosiga usted caballero!, ya adivino todo, sólo este golpe me faltaba para ser la mujer más desgraciada. ¿Pero qué te sucede, Adelita?... estoy con usted, señor de Palma. ¡Jesús, niña!, cada día estás más delicada; vamos para adentro, apóyate en mi brazo.

La niña estuvo escuchando el preludio, y en cuanto oyó decir el nombre de Atanasio, se le cayó el libro de la mano y se agachó como si mirara el suelo; la madre la hizo meterse y dejándola en la cama, volvió a ver a su visita que luego le preguntó:

—¿Qué es cosa de cuidado lo que le ha dado a esa encantadora niña?

—No, señor, uno de los repetidos ataques de sus nervios; todo eso más tengo que agradecer a ese hombre; desde que se apasionó mi niña de él, cada día está más rematada.

—¡Cómo!, ¿esa niña se apasionó del contrabandista, de ese barbaján?, ni me lo diga usted, señora.

—Sí, señor Palma, y la cara se me cae de vergüenza al confesarlo, ¿pero qué quiere usted que haga una tierna madre?, tenemos las frágiles mujeres unas debilidades.

—Pues, señora, sin que se ofenda usted le declaro que su niña ha tenido una

desacertada elección y la creo digna de mejor suerte, ¡un arriero!, ¡un Hermano de la Hoja!, me parece increíble, y yo no sé como usted, señora, que desde luego da a conocer su talento y buenos principios, no se ha opuesto, ¿sabe usted por ventura quiénes son esos hombres?

—Demasiado, señor de Palma, demasiado; ellos tienen la culpa de que ese joven se haya malogrado, lo han sonsacado y buscádole su perdición; ya estoy bien informada y Dios los libre de mi rencor, con cualquier cosa que yo diga, con cuatro letras que ponga caen en la ratonera; figúrese usted, señor de Palma, que estoy muy relacionada, que tengo mucho influjo con personas que me aprecian, que me deben favor, subo y bajo las escaleras de Palacio y entro a los ministerios como en mi casa; nada me cuesta denunciarlos, y como Tranquilino averigüe algo y se confirmen mis sospechas, ya está que me la pagan los tales contrabandistas, principalmente ese maldito de Pepe el Diablo que según me dicen es el más audaz y perverso, pues nadie me quita de la cabeza, que él ha sido el autor de esas hablillas que difaman mi honra, y por eso es que todas estas gentes me miran con desprecio.

—¿Pero en qué funda usted, señora, sus sospechas?

—En el dicho vulgar, en lo que todos me dicen; no ha habido persona de quien me haya valido para indagar, que no me salga con una misma respuesta, diciéndome: «Sólo el diablo, niña, el diablo que en todo se mete, el diablo que no duerme, el diablo que en todas partes mete la cola», y en fin, todos de distintas maneras sólo al diablo culpan; es así que por aquí es muy conocido el susodicho Pepe el Diablo, luego es claro que ése ha sido y no otro el que me anda desacreditando y difamando mi bien sentada reputación; yo quisiera saber dónde se encuentra, para decirle cuantas son cinco y hacerle entender que una mujer de mi calibre, es capaz de confundirlo de veras en el infierno; me ha tocado en la parte más noble, en mi honor y he de tener el gusto de hacerlo arrastrar una cadena y...

A este tiempo se oyó adentro un ruido como de algún mueble que tiraban al suelo, y gritó doña Pomposa:

—¡Jesús, Jesús!, esa criatura se mató; dispéñeme usted un momento, señor de Palma, no dilato —y se metió a la recámara, ínter tanto Pepe estudió su papel, advirtió el rasgón de la oreja izquierda, y fastidiado de tanta habladería, se propuso terminar cuanto antes su misión.

Salió a poco rato doña Pomposa diciendo:

—Ya le va pasando —y se sentó al frente de Pepe sobre una poltrona; éste tomó la palabra diciendo:

—Señora, nos hemos desviado del asunto que aquí me trajo, mi tiempo es limitado, y debo cumplir con una encomienda; ya le dije que los encargos de un moribundo, son mandamientos; pues bien, estoy encargado de poner en sus manos estas prendas que le deberán ser muy conocidas —y sacando el arete y la navaja, se las enseñó.

Las tomó ella, las vio por todas partes, y soltando una carcajada, dijo

devolviéndolas:

—Ja, ja, ja, ¡vaya unas prendas!, y ¿quién se las ha dado a usted?, ¿para quién son?, creo que usted ha equivocado su comisión.

—No me las han dado, las he quitado, y son para usted, señora.

—Cada vez entiendo menos este enredo, si usted no se explica me mete en un laberinto.

—Dice usted muy bien, me explicaré, le hablaré en su idioma y como debe hacerlo un hombre ofendido.

Se paró, y metiéndole hasta los ojos la mano con la navaja y el arete, le dijo:

Amalia la Tapatía, ¿conoces estas prendas?, ¿no recuerdas, infame, que Julio Palma, el comerciante en partidas de animales, te quitó esta navaja de las manos en el lupanar de la calle de Venero, cuando trataste de asesinarlo? Mira, miserable, señalados aquí tus dientes; tiéntate esa oreja rasgada de donde pendía este arete; algún día había de tomar venganza de mi agravio; tu misma navaja te traspasará el corazón, ¡maldita! ¡Concluyamos! —y abrió la navaja e hizo ademán de darle con ella.

A cada palabra y señas que relataba Pepe, crecía su sorpresa, mudaba de color, temblaba de miedo, y al ver su atrevido ademán, no dudó que era el último instante de su vida; se le hicieron presentes sus hechos depravados y no pudiendo ya resistir, se puso con las manos enclavijadas, alzó la cara cadavérica diciendo con voz suplicante:

—¡Perdón, Julio Palma!, ¡ten compasión de mí!

—*¡De rodillas, miserable, de rodillas! Invoca a Dios para que te perdone,* Amalia la Bulli Bulli.

Le dio un tirón de un brazo y la hizo pegar un par de rodillazos en el suelo separándose algún tanto y disponiéndose de nuevo para matarla. Anduvo de rodillas tres o cuatro pasos repitiendo llena de espanto y temblorosa:

—Perdóname, Palma, estoy en pecado mortal, no eches mi alma al infierno, mi condenación es segura, tú cargarás con ese delito —y llorando de miedo se abrazó de las piernas de Pepe.

—Suéltame, Amalia, tu tacto me irrita más, no me obligues a asesinarte —y de un empellón se la quitó.

—Por el amor de Dios, Palma, no me mates: es verdad que fui una criminal, tienes mucha justicia, pero te pido perdón postrada a tus plantas; si me lo otorgas, te serviré en cuanto quieras, seré tu esclava, pondré a tu disposición mis intereses y...

—Es que tengo que imponerte condiciones.

—Pues yo te juro por esta santa cruz cumplirlas, pero retira esa arma, baja la voz para que no nos escuchen, y dame tu perdón.

—No, no te lo doy, suspendo mi venganza y nada más: levántate, venenosa serpiente —y dándole un furioso agarrón de un brazo, que le hizo pegar un grito, la paró más que de prisa y luego le dio un sentón en la poltrona doblando la navaja con

marcado coraje.

—Gracias, Palma, gracias, pero mitiga tu cólera, imponme tus condiciones.

—Vamos a otra cosa primero; ¿sabes, Amalia, con quién estás hablando?: con Pepe el Diablo; dime cuántas son cinco, confúndeme en el infierno, mujer de Satanás.

—¡Cómo!, qué ¿no eres Palma?

—Ése fue mi primer nombre como el tuyo Amalia, ahora soy tan Diablo como tú Pomposa; así son las cosas del mundo, a mí me dio por ostentar diabluras para cubrir a Palma, porque siendo contrabandista no se mancillara mi propio apellido, a ti te dio por ostentar el nombre de Pomposa y con pompas e hipocresías echar tierra a tu nombre prostituido, a tu vida encenegada en el vilipendio de tu exceso; siendo la escoria de la sociedad y una pública sabandija arrastrada al más inmundo fango, en vano tratas de querer presumir lo contrario cambiando el zagalejo a media pierna por ese túnico largo, el rebozo calandrio por un tápalo de lana, los zapatos de raso blanco por unas babuchas negras; en todas partes eres conocida, llevas contigo el merecido desprecio, y sólo puedes confundirte en donde haya mucha gente que no te conozca. Tú misma me has confesado que tienes influjo y dinero, sé de cuánto puedes ser capaz, y te prevengo, que desde este instante serán espiados todos tus pasos y vigiladas tus acciones; nosotros los Hermanos de la Hoja, también tenemos relaciones y pesos; no entramos a los ministerios ni subimos las escaleras de Palacio como si fuesen las de nuestra casa, pero tenemos mucho más poder; y esta navaja, mírala bien, Amalia, será la que te despeñe cuando menos lo esperes; cualquier contratiempo que nos sobrevenga ya sé de dónde procede; cuídate mucho de las cuatro letras, una denuncia, ni trates de meterte con nosotros; somos muchos, tenemos ramificaciones por todas partes, y muy poco nos cuesta quitar de en medio, un reptil venenoso como tú, y ya lo sabes por experiencia, al diablo nada se le oculta. Te he hablado con toda claridad para que me comprendas y no te espongas; ese casamiento que tratabas de hacer, desde este instante se desbarata, querías quitarnos un leal y valiente compañero, querías contagiar con tu pública mala fama a una familia honrada, sólo porque tu hija tuviera un legal apellido; pues nada de semejantes cosas consentiremos jamás los Hermanos de la Hoja; ahora para terminar esta odiosa declaración, sólo me falta prevenirte que luego luego mandes disponer tus cosas y te largues de aquí; si antes de la salida del sol de mañana, no has pasado el puente con dirección para México o para donde se te antoje, no respondo de tu existencia, y cuidado como vuelves a poner un pie por estos rumbos ni de paseo, ésa es mi condición.

—Pero Palma, ¿y mis intereses?

—Véndelos, regálalos antes que yo te los quemé y perezcas con ellos.

En esto se oyó la tos de don Tranquilino que venía dando de bastonazos por el corredor.

—¿Qué sucede? —dijo Pepe como volviéndose a enojar.

—Dame siquiera tres días de plazo.

—Ni un minuto más.

—Pues ayúdame a engañar a... —y con un dedo hizo seña al borrachento que entraba por la puerta, continuando en voz alta.

—Pues, señor, es urgente, es de todo punto preciso violentar mi marcha, porque si fallece el licenciado todos mis negocios se paralizan. ¿Qué dices, Tranqui? ¡Qué mal estamos!

El viejo que se oyó tratar con dulzura y jovialidad, cuando esperaba una eterna regañada porque no había hecho nada del encargo, se arrimó poniendo lo mejor posible su semblante amoratado, preguntando:

—¿Qué hay, qué sucede, Pompita?

—Qué ha de suceder, hijito, una fatalidad, el licenciado N. está gravemente enfermo según me ha dicho este caballero que viene de México y me trae esa noticia, ¿no es verdad?

—Sí, señora, muy grave —contestó Pepe.

—Y tú dirás —prosiguió diciendo Pompita—, tiene todos mis papeles, los expedientes, escrituras de los reconocimientos, en fin, si no los recojo con tiempo todo se trastorna, y sabe Dios si tal vez sufren algún extravío, yo la verdad estoy por recibir el consejo del señor, partir inmediatamente antes de que otra cosa suceda; ¿qué te parece Tranqui?

—Muy acertado, Pompita, y para que veas que no soy posma como luego me dices y que de nada sirvo y...

—Dejemos la fiesta en paz, no empieces con tus majaderías.

—Me callo, y voy a mandar a Celso que traiga las mulas y disponga la carretela porque sin duda nos iremos temprano, a las nueve, ¿no, mi alma?

—¡Qué estás disparatando!, a las cuatro de la mañana, el sol me causa jaqueca y...

—Pero niña, ¿no ves que no puedo madrugar?, y luego me pellizcas porque me voy durmiendo por el camino.

—Te quedarás si no te levantas.

—Pues no, señor, no me quedo, ni me levanto, me acomodo desde esta noche en la carretela, y marcharemos a la hora que gustes.

—Pues, señora —dijo Pepe levantándose y tomando su sombrero—, no le haga yo a usted mala obra en las disposiciones de su viaje, y le repito a usted que Julio Palma está siempre listo a cumplirle lo que le tiene ofrecido; si acaso viere usted en México a su antigua conocida Amalita, sírvase darle una expresión.

—Haré presente el favor de usted.

—Señor don Tranquilino, feliz viaje y no hay que desvelarse.

—No, amigo mío, no tenga usted cuidado, ya lo dije, me acurruco desde esta noche en mi asiento, y que salga el sol por Antequera.

Doña Pomposa salió a dejar a su visita y en el tránsito le dijo:

—¿Que no me permite siquiera una vez venir a ver mis intereses?

—Puedes hacerlo en cuanto quieras arder con ellos.

—¿Y nos volveremos a ver?

—Si, pero ese día te llevará el diablo en cuerpo y alma para los verdaderos infiernos. Adiós, Amalia, no olvides jamás estas prendas, de una depende tu reposo, de la otra tu existencia, adiós.

—Adiós, Palma —le respondió muy curtida teniendo como a milagro haber quedado con vida, tal fue el miedo que le infundió Pepe, y lo bien que representó su papel. La conciencia nada limpia de la Pompita la hizo ser como todo criminal, cobarde y temerosa; no ponía ninguna duda en que Palma o el Diablo cumplieran sus ofrecimientos, se creía vigilada continuamente; no se le olvidaba aquella hermosa navaja de dos filos que podría metérsele por alguna oculta mano, y como no se contemplaba segura, nunca trató de quererse vengar de los Hermanos de la Hoja; y afanosa se puso esa misma tarde a disponer su marcha, prescindiendo de cuanto por allí tenía, que se reducía a muchos muebles viejos; porque lo de la hacienda no era más que una triquiñuela de doña Pomposa con el licenciado, que trataban de quedarse con ella, siendo el uno síndico del concurso, y la otra ti maniquí para los enredos, en que estaba bastante adiestrada.

Pepe volvió en casa del señor Garduño mucho antes del plazo que le fijó, diciéndole:

—Las albricias, amigo mío, porque el diablo se ha salido con la suya, ja, ja, ja — y se perecía de risa al recordar la escena.

No cabía de gozo el señor Garduño, se reía también por contagio pues aún ignoraba los pormenores que le contó Pepe con exactitud.

—De veras —don Pepe, que sólo el diablo podía haber ahuyentado a esa mujer; lo dicho dicho, se lo agradezco en el alma, y no sé cómo demostrarle mi agradecimiento.

—Con una cosa muy sencilla, señor Garduño, con hacerme el favor de escucharme con calma en lo que le voy a comunicar, y con la franqueza que le es característica me diga su parecer; ahora cambiamos los papeles, usted es mi Juez y le ofrezco desde ahora acatar sin réplica su resolución.

—Hable usted, don Pepe y cuente con mi beneplácito desde luego, yo no le puedo negar nada de cuanto me pida, me acaba usted de hacer un eminente servicio; lo estimo como amigo sincero, lo amo como a un hijo, y en una palabra, soy todo de usted.

—Pues, señor, supuesta tan buena disposición, voy a explicarme: usted sabe muy bien que los Hermanos de la Hoja, hemos hecho intereses comunes, *todos para uno, uno para todos*; en esta inteligencia, tomamos parte muy activa y nos auxiliamos mutuamente en todo cuanto concierne a nuestro bienestar; por eso ha sido que yo he tomado a nombre de mi hermano una parte muy activa en el negocio, que casualmente ha tenido feliz resultado, y ahora todos tenemos empeño en que casando a Tacho, el muchacho se ponga en juicio y se eviten para lo sucesivo toda clase de disgustos como los que acabo de arreglar. Hace algún tiempo que está en pretensiones

de casarse, y últimamente nos confesó que sólo se lo impedían dos cosas poderosas, la falta de recursos, y el beneplácito de usted; respecto de lo primero, ya cuenta con quinientos pesos, pues cada uno de nosotros le facilitaremos cien, y para lo segundo, vengo a nombre de mis hermanos y en particular de Tacho a pedírselo a usted, señor Garduño.

—Pero, don Pepe, por lo que miro ese maldito muchacho es el mismo Judas; por todas partes pretende, ¿pues no estaba enamorado de la Rubia pálida?

—No, señor Garduño, jamás lo ha estado; empezó por un simple pasatiempo, la difunta Amalia lo vio simplón y sin mucha dificultad ayudada de la Romántica, me lo iban entompeando, de manera que sin saber se metió en un compromiso, que a otro que no hubiera tenido nuestro apoyo, se lo meriendan bonitamente. La muchacha con quien está verdaderamente comprometido, es una infeliz huérfana de padre y madre, está atendida a sus manos bajo la sombra de su hermana mayor, casada con un contrabandista mutilado a quien nosotros favorecemos. Aún no cuenta dieciocho años, es media lamidita, muy mujer, con un genio de fiesta que desde luego da a conocer un corazón inocente, sumamente franca, jovial y candorosa, sin dejar de ser muy viva no tiene una pizca de malicia; en fin, señor Garduño, es una muchacha de *honra y provecho*, que sin disputa hará la felicidad de cualquier hombre de bien. Cuando vi la irresolución de Tacho, me revestí de autoridad, y habiéndome propuesto escudar a Camila, éste es su nombre, como si fuera su padre, lo obligué a que me dijera su resolución definitiva, que sin vacilar fue por mi protegida, por mi hija adoptiva.

—Don Pepe —contestó el señor Garduño—, al irse de aquí Atanasio, le dije que con mucho gusto le daría el título de hija a una molendera, y no a esa niña Adela que viste trajes de seda; los motivos ya los sabe usted; pues considero más honrada a una india de chincuate con su metlapil en la mano, que a esas señoras sentadas en su carretela dándose aire con el abanico. Usted ha tomado parte activa en los asuntos de mi hijo, por esto le doy las debidas gracias lo mismo que a los señores sus hermanos; a todos les vivo muy reconocido por su desinterés y fraternidad; en sus manos pongo la suerte de mi hijo, delego en usted mis facultades, haga y deshaga de mí y de cuanto me pertenece, lo que guste; éste es mi fallo como Juez, mi contestación como padre, y estos mis brazos para estrecharlo como mi verdadero amigo.

Correspondió Pepe aquella insinuación abrazándolo cordialmente, y prosiguió:

—Aún no estoy satisfecho, señor Garduño; mi empeño va más adelante, quiero que me haga la gracia de ver antes a mi hija, a la que verdaderamente será de usted pues hemos determinado que si no fuere de su gusto, no se lleve adelante dicho matrimonio, y no crea usted que es pacto nuestro, es condición expresa de ella, pues sin este requisito jamás admitirá ser la esposa de Tacho; en esta inteligencia, espero que me acompañe a calificarla y con la franqueza que acostumbra, sin consideración que tienda a nada de compromiso, me dé su parecer.

—Repito a usted, don Pepe, lo que le acabo de decir, usted es padre de Atanasio,

apruebo desde ahora lo que haga, mi confianza no es a medias, sería hacerle poco favor y un agravio si yo dudara de su buena fe, y del empeño que tiene en labrar la felicidad de mi hijo; soy su amigo íntimo y nunca desaprobare lo que haga.

—Pero, señor Garduño, ¿no me hará usted esa gracia?

—No, amigo, ni lo piense, mi voluntad es la de usted, excuse sus instancias porque no he de ir; vaya usted solo y case a mi hijo a su satisfacción, yo seré el primero en celebrar su boda, cuente con mi persona e intereses, mande y será servido.

—Pues ahora bien, señor Garduño, me ha dicho que es mi íntimo amigo, ¿no es verdad?

—Sí, señor, y lo repetiré siempre.

—Corrientes, vamos a otro asunto. Trato de establecer a mi hijo Atanasio, le destino para esposa a una muchacha a quien aprecio, puedo llevado del empeño de asegurar a uno y a otra, cometer un error, cegarme el cariño y con muy buena intención tal vez hacerlos desgraciados; para calificar a mi futura nuera necesito de una persona imparcial, de un amigo de mi confianza que me ayude, pues ven más cuatro ojos que dos, en este supuesto señor Garduño, ¿me quiere hacer el favor de ser mi compañero en tan delicado negocio?, se lo pido en prueba de su sincera amistad; ayúdeme a labrar la felicidad de mis hijos.

—Es usted el verdadero diablo, don Pepe; bien hayan sus padres, pero sin darme a conocer, y con toda franqueza le diré a mi amigo cuál es mi opinión respecto de su nuera. ¿Cuándo determina usted que lo acompañe?

—Mañana mismo, amigo mío, por un lado saldrá mi señora doña Pomposa, y por otro nosotros. No volveremos a ver a la rubia pálida pero nos entretendremos con la morena; en caliente se pega el fierro, y a rey muerto, príncipe coronado; saliendo de aquí a buena hora, y al sobrepaso de su hermoso overo, pronto estaremos en la casa de mi hija.

—Pues voy a que dispongan mis hijas un itacatito porque por esos montes no ha de haber mucho que almorzar.

—Que no pase de cualquiera friolera, señor Garduño, porque allá iremos a comer.

Al otro día, a las cuatro de la mañana, se paseaba junto a las ventanas de la casa de doña Pomposa, un hombre montado en un magnífico caballo, embozado en un jorongo de Saltillo; espío por varias partes y mirando que por dentro nadie se movía se aventuró a tocar por la ventana que le pareció; a los tres o cuatro golpes se oyó una voz de mujer que preguntaba:

—¿Quién es?

—Yo —contestó el de afuera; se abrió un postigo y dijeron:

—¿Qué se ofrece?

—Son dadas las cuatro —respondió el interrogado mirando su reloj, y hablando con voz imperiosa—, por aquí sale el sol más temprano, cuidado con un descuido, porque el diablo no duerme; me voy al puente.

Y picando su caballo se siguió andando de largo. Como a la media hora después,

pasaba por el puente una carretela encamisada estirada por cuatro mulitas flaonas, que a fuerza de multiplicados chicotazos parecía que volaban. Una mujer sacó la cabeza y saludaba con la mano al jinete que cual estatua estaba allí inmóvil; vio pasar el carruaje con indiferencia, contestó el saludo enseñando la hoja brilladora de una arma blanca, que infundía: miedo, a la vez que dirigía una mirada aterradora, y cuando se le perdió de vista soltó una estrepitosa carcajada, guardó su arma, metió espuelas y partió diciendo:

—Gracias a Dios que salimos de este enredo, vamos al otro; siempre el diablo será el diablo, pues adelante, Pepe Diablo, acaba de cumplir con tu encargo que más de cuatro recordarán tus diabluras.

Capítulo XV

El incógnito descubierto. El suegro enamorado. El día de campo. Diego Corrientes. Lo que piensas te hago

Pocos momentos después acompañado Pepe del señor Garduño, marchaban ambos llenos de gozo y con el mejor buen humor, atravesando su camino por aquellas laderas y les fue a salir el sol a gran distancia de la villa; entretenidos en recuerdos de la escena del día anterior con la disfrazada Amalia la Bulli Bulli, que como exhalación caminaba también regañando a su Tranqui, y consolando a la rubia pálida que lloraba la temprana muerte de su futuro a quien suponía en el otro mundo; manteniéndola la madre en su error para no dejar traslucir la verdadera causa de su repentino viaje, pues aún sentía el pánico de que fue víctima al ver empuñada su navaja por la mano fuerte de un hombre encolerizado que quería vengarse; y la última demostración se lo recordaba a cada instante.

No estuvo sosegada hasta ponerse a algunas leguas de distancia, renegando consigo misma de su fatal encuentro. Había dado la una de la tarde cuando llegaban al pueblo de San Cipriano Pepe el Diablo y el señor Garduño; al ir bajando la barranca para atravesar el arroyo que corre al norte de la población, y como a doce cuadras de distancia de la plaza, vio Pepe a Camila que con un gran sombrero de palma puesto, estaba lavando en un recodo algo distante; su hermana Mariquita se entretenía en tender la ropa encima de las peñas y matorrales, y Conchita su hija, sentada a la sombra de una encina, entretenía al chiquillo de pecho.

—Mire, señor Garduño, a mi futura nuera lavando en el reverbero del sol; vamos a ponerla en movimiento, ahora verá lo que le he dicho, es una rancherita de *honra* y *provecho*.

Y poniéndose un dedo doblado en la boca silbó fuertemente; levantó ella la cabeza muy azorada mirando por todos lados ansiosa, y luego que los percibió, recogió violentamente la ropa que le faltaba que lavar, le echó encima el sombrero, tomó su rebozo ligera como un gamo trepó sobre aquellas peñas a salirles al camino que debían de traer; cuando llegaron al sitio en que se propuso encontrarlos, estaba junto a un árbol de tejocote limpiándose el sudor de la frente con su mascada del pescuezo, tenía el rostro muy encendido de la fatiga, su traje se reducía a unas enaguas de indiana, su rebozo corriente, y unos zapatitos de gamuza color de tierra con sus ribetes de listón verde.

—Qué bien dice el refrán don Pepe —exclamó luego que se acercaron los dos de a caballo—, que el diablo no tiene cuándo; qué lejos estaba yo de que anduviera por aquí tan buena alhaja. Señor, dé Dios a usted muy buenos días —dijo al señor

Garduño.

—Buenos los tenga usted, niña —contestó.

—Y dígame, don Pepe, ¿pues qué remolino lo ha arrempujado por aquí?

—Vine con este amigo a ver las mulas que están agostando en la Soledad, quiere empelar un tronquito y lo traje a ver si alguna le gustaba; sino que está aquello tan solo, que mejor hemos preferido llegar hasta aquí por tal de descansar, y sólo te advierto que traemos un hambre devoradora.

—Pues deme el estribo, me echaré en ancas, y vámonos para la casa.

Tomó el estribo que desocupó Pepe y con mucho desembarazo se sentó en el caballo, le dio un talonazo y mirando que no hizo mayor caso, dijo:

—Vaya un penco que trae debajo de silla, don Pepe, yo pensaba que el tal *Cupido* era más avisado —y le repitió otro talonazo con el cual dio el Cupido una fuerte salida.

El señor Garduño que desde que vio a Camila no le quitaba la atención, al ver dar al caballo el disparo, creyó que se salía de la anca, pero ella bastante bien asegurada de la cintura de Pepe, dijo llena de gusto:

—Ya volvió Cupido por su honor, no lo contenga, don Pepe, déjelo que retoce con nosotros, está sobradito.

—No seas loca, muchacha, déjalo aquietar no vaya a tirar la basura.

—Si tal cosa sucediera, lo sentiría por usted, porque al fin y al cabo, a mí de todas maneras me lleva el diablo, ja, ja, ja, ¿es verdad, señor?

—Sí, niña, es verdad que el diablo la lleva —y sin querer tuvo Garduño que reírse de la ocurrencia. Llegaron a la casa en la que sólo estaba Manuel; después que le hablaron desensillaron sus caballos, y al meterlos para la caballeriza pasaron frente a la puerta de la cocina y vieron a Camila en el metate moliendo la masa, y soplando afanosa la lumbre del comal; cuando estaban soltando los caballos dijo Pepe:

—¿Ya vio usted a mi hija, señor Garduño, qué bien maneja el metlapil?

—Sí, don Pepe, no la pierdo de vista.

Salieron de la caballeriza, y se metió Pepe para la cocina con pretexto de encender un puro, en vano buscó lumbre, estaban las hornillas vacías, echó un vistazo por varios lados y no mirando nada de cosas de comer, hizo un gesto diciendo:

—Que malo le miro el ojo a la tuerta, Camila, ¡seguramente nos dejas sin comer, ni lumbre tiene tu brasero!

Se puso ella muy encendida al ver al señor Garduño parado en la puerta con un cigarro dispuesto para encenderlo.

—Si ahora se dilata la comida —dijo Camila parándose y quitándole al señor Garduño el cigarro, que lo encendió en la lumbre del comal—, usted tiene la culpa, don Pepe, por no mandar avisar, ha sido día de lavar y no habíamos de dejar gastar el carbón en balde; mire, no sea guaje, aquí está la lumbre tapada con el hechicero, encienda su puro y lárguese antes de que lo corra a cucharazos, no consiento calzonudos en la cocina; platiquele tantito al señor, y denme tiempo porque no soy

escopeta.

—Te ayudaré a prender la lumbre, echa carbón y soplaré.

—Lárguese, lárguese, antes de que le eche agua caliente —y empujando a Pepe, lo hizo retirarse dando a conocer su mortificación.

Se fueron para la sala, y no había pasado un cuarto de hora cuando fue entrando Camila seguida de su hermana, y mientras que ésta saludaba, ella puso la mesa, y acto continuo comenzó a meter cazuelas y demás cosas diciendo:

—Don Pepe, tráigame a su amigo antes de que se enfríe la ensalada.

Llamó a Manuel y los tres hombres se sentaron a la mesa y Camila se puso a servirles platos diciéndole al señor Garduño:

—Usted dispense, señor, lo poco y malo de esta comida, pero ya vio que estábamos en el arroyo y nos han cogido desprevenidas.

A Pepe empezó a ponerle platos muy abastecidos, y le decía:

—Coma usted, don Pepe, coma usted harto, y sólo porque le ha visto malo el ojo a la tuerta lo he de hacer comer hasta que reviente; voy a traer más —y volvió con otras tres cazuelas con varios bocaditos improvisados, preguntando:

—¿Qué dice, don Pepe, se quedarán hoy sin comer?, si no se acaba cuanto le dé, le digo que es un pícaro, yo lo enseñaré a claridoso.

—No seas vengativa, Camila, eso que te dije ha sido chanza.

—Delante de personas extrañas, esas son chanzas muy pesadas, don Pepe, se figuraría este señor al oír eso de la tuerta, que yo soy una fodonga que no tengo enaguas, que... y se puso a llorar como una Magdalena.

—¿Qué te sucede, mujer? —dijo Pepe parándose a contemplarla—, no tomes las cosas tan a pechos, no llores, fue una chanza, el señor es amigo mío de mucha confianza, por eso te dije esa broma —y la abrazó cariñosamente.

—Para usted será de confianza, para mí es de respeto: yo no soy de las que sufren claridades, tengo vergüenza, déjeme desahogar mi sentimiento, yo quiero a usted mucho y por eso me puede más que haya pensado que se quedaban sin comer.

Fue necesario que tomara parte el señor Garduño para sosegar su llanto, persuadiéndola Pepe con cariñosas razones, hasta que convencida dijo limpiándose los ojos:

—Qué bien dice el dicho, que quien bien te quiere te hace llorar; pero, don Pepe, por vida de su idolatrada Clarita a quien ama usted como a su vida, que no me vuelva a abochornar delante de las gentes.

—Te lo prometo, hijita, y en prueba de ello dame un abrazo.

Así lo hizo y siguió ya tranquila sirviéndoles otras cosas; le instaba al señor Garduño de una manera tan persuasiva que sin sentir comió y muy bien; concluida la comida Manuel se fue para la tiendecita, y Camila con su hermana y demás familia para la cocina. Cuando se quedaron solos preguntó Pepe:

—¿Qué le va pareciendo a usted mi hija, señor Garduño?, sabe lavar, coser, guisar, y sobre todo ya ve usted que tiene amor propio y vergüenza, ya vio también

que es media marota, pica de jinete y decidora, es una tarabilla que desde luego da a conocer que no es tonta, ni de malas intenciones.

—Hombre don Pepe, le hablaré con franqueza; desde luego que la vi me simpatizó y conforme voy poniendo más cuidado la voy queriendo con extremo; me dio un dolor verla llorar que nada faltó para brincar las trancas, me gusta mucho una muchacha orgullosa de sus enaguas y que se tenga por mujerota.

—Pues estese fuerte, amigo mío, porque nos falta mucho que ver, conserve el incógnito, y no más escuche, porque quiero que por sus propios ojos pase cuanto me he propuesto hacer.

Volvió Camila después preguntando:

—Don Pepe, ¿qué toman ustedes a la tarde, chocolate, café, té, qué es lo que acostumbra su amigo para disponérselo?

—Yo cualquier cosa, niña —contestó Garduño—, no se apure usted por mí.

—Pues sin que se ofenda, le diré que ese manjar cualquier cosa, no hay en las tiendas de aquí —y sonriéndose se le arrimó diciéndole con voz suplicatoria— dígame lo que apetece, señor, no me mortifique.

—Pues una tacita de té.

—Eso me había de haber dicho, y no andar eligiendo cosas que no conozco, adonde me vuelva usted con misterios me enojo.

—Oye, Camila —le dijo Pepe—, ¿que no ha venido a verte ese pantalla de Reniego antes de irse con el jefe?

—Sí, estuvieron hace tres días un rato, se llevó unas sábanas limpias, y me dejó su ropa sucia para que la lavara. ¿Usted cree, don Pepe, que sean tan fodongos que hacía quince días que no se mudaban la camisa?... ¡qué dirán los que los vean tan puercos, que no tienen mujeres en su casa o un real en la bolsa!

Le darías su regañada, sus pellizcos.

—No, al pobre le obligué a mudarse de limpio lo mismo que al tal jefecito, y los corrí para que no dilaten su vuelta.

—¿Y ya acabaste aquella camisa que le estabas haciendo tan llena de reperiquetas?

—Desde qué tiempo hace... conque también hice unos calzoncillos.

—¿A ver, veremos qué tal quedaron?

Se metió a una recámara y salió con una canastita en la que estaban ambas piezas primorosamente trabajadas, con anchas y variadas randas a cual más bonita, las estuvo mirando el señor Garduño con detención y sacando medio le dijo:

—Este medio nuevo, para la costurera.

—Gracias, señor, por su generosidad, aunque no lo merezco.

—Qué ancho se pondrá ese taimado cuando se ponga estas prendas —dijo Pepe.

—Mire, don Pepe, usted no más le está buscando tres pies al gato, no hace mucho le dijo a Tacho pantalla, ahora taimado, y dígame, ¿qué es, envidia o caridad?, bien sabe usted que yo lo amo con todo mi corazón, y mas que sea usted su hermano y una

persona que quiero como cosa mía, le sacudo el polvo —recogió sus cosas y las metió para adentro saliendo por distinta puerta.

—Ya ve usted —dijo Pepe—, sabe manejar la aguja, y ama de corazón a su futuro, no le gusta que ande sucio y lo defiende con calor.

—Cada cosa de éstas, don Pepe, me está enamorando.

En esto oyeron un ruido de tiestos, y a Camila que gritaba:

—Don Pepe, don Pepe.

Salieron al patio y vieron a Camila que teniendo a los dos caballos del cabestro, veía con coraje el cántaro con que llenó la pileta, que uno de aquellos animales tiró de un hocicazo y lo hizo pedazos.

—¿Qué te sucede, muchacha? —preguntó el llamado.

—Ahora me paga usted mi cántaro, este malcriado Cupido me lo ha quebrado; ya se ve, los pobres animales ya se morían de sed, y como sus amos son colegiales, sólo se acuerdan de ellos a la hora de meterles las espuelas; tenga aquí tantito, voy a traerle los avíos para que los limpie, ¡qué lástima de calzoneras! —y le sonrió al señor Garduño diciéndole al pasar muy quedito—: No le digo a usted, señor, sino por ese diablo que me la ha de pagar.

—No se lo dije, señor Garduño, es muy decidora y tarabilla.

Volvió Camila con la almohaza, mandil y escobeta, tomó Pepe aquellas cosas y empezó con pachorra a limpiar su caballo, tan de mala gana que Camila usando de genio violento le arrebató el mandil de la mano, y sacudiendo perfectamente le dijo:

—Con razón está este pobre animal tan encanijado, si es usted tan desidioso, desde luego se conoce que es el caballito del diablo, ja, ja, ja; si me lo dejara aquí quince días yo le enseñaría cómo se cuida a un caballo. Ya vio usted el cacomiztle ese que tenía Manuel, que compró en doce pesos, pues lo estuve cuidando y al fin lo vendió muy bien; péinelo así, hágale cariños, manoséelo y no que mire no más, hasta tiembla el pobre animal de lo azorado que lo tiene. A ver este otro —se le arrimó y también lo limpió diciendo—: éste está mejor educado y es más nuevo, parece que no ha de ser tan matalote, ya lo vi antes venir repicando el sobrepaso y diciendo con pies y manos: Zacatecas, Zacatecas.

—Según lo que veo —le dijo Garduño—, usted es una payita completa.

—Sí, señor, siempre he sido ranchera, me crié con mis hermanos todo el día haciendo travesuras con los animales, pregúntele a Mariquita qué safacocas me daba mi madre por marota, mientras que mi padre celebraba mis machorradas. Cuando Manuel tenía su pierna, yo le ayudaba a amansar sus mulas, y me gustan mucho toda clase de animales, los domestico tanto que me llegan a conocer.

—Dígalo Tacho —replicó Pepe sonriendo; pero aún no acababa su frase cuando le menudeaban los mandilazos por las costillas, diciéndole:

—Le he de dar tantas sacudidas que al fin lo he de dejar pelifino —y se llevó los caballos para la caballeriza.

—¿Qué tal, señor Garduño?

—No sólo me enamora, amigo, me encanta, esto se llama una verdadera rancherita.

—Pues ahora verá una catrincita.

Cuando volvió Camila le preguntó Pepe:

—¿Qué todavía está de cura el padre don Alejo?

—Sí, y el pobre tata cura estuvo muy malo, lo tiró un caballo y por poco le quiebra una pierna.

—Acompáñanos, vamos a hacerle una visita, ya cuánto ha que no lo veo.

—Sí, pero me esperan tantito, voy a vestirme porque aunque las niñas son mis amigas, no vayan a tener visitas y haga uno el papel de recamarera.

—Pues te esperamos allá afuera, vamos a sentarnos al poyito.

Se metió Camila desatándose las trenzas y ellos salieron por la tienda entreteniéndose en ver pasar algunos animales que traían a dormir a sus apriscos.

De repente se les fue presentando Camila de túnico blanco, un tapalito de burato y muy bien alisada.

—Vámonos, ya estoy lista —le dijo a Pepe.

—Vámonos —contestó; y se pararon, tomó ella sin ceremonia el brazo del señor Garduño y echaron a andar; ya que se habían separado un poco de la casa, dijo el señor Garduño:

—¿Sabe usted don Pepe, que no sería malo llevar nuestras cobijas, porque hace un airecito medio frío? —Camila sin esperar contestación partió corriendo por ellas.

—¿Qué tal, qué le parece a la catrina que ligera es?

—Ya no me pregunte, don Pepe, no me ha simpatizado, enamorado, encantado, sino que creo que me va a enloquecer.

Volvió Camila presurosa con la manga y el jorongo que fue a desatar de los tientos de las sillas, y prosiguieron su camino muy callados; al ver el silencio que guardaba el señor Garduño, le dijo:

—Hable usted algo, señor, no parezca boca de palo, no piense usted en eso y se vaya a volver loco.

—Tú eres capaz de volver loco a cualquiera —replicó Pepe—, y como pareces cotorra quieres que todos sean lo mismo, el señor como no es un joven atolondrado, tal vez irá pensando en que al pobre de Tacho le vas a dar ancas vueltas, y que mientras el infeliz está ahora viajando por esos cerros, tú te estás paseando muy ancha y engalanada.

—¡Ay!, es verdad —y echó un suspiro...

—¿Qué de veras quiere usted a ese joven? —preguntó Garduño.

—Sí, señor, como a mi vida, figúrese usted que tiene todas las cualidades que yo me imaginaba allá en mis ensueños, con que un hombre pudiera labrar mi ventura.

—¿Y qué cualidades son ésas?

—Yo quería un joven que no fuera ni muy feo ni muy buen mozo, regular, alto porque me repugnan los chaparros; que fuera ranchero, es decir, de a caballo,

valiente, trabajador, formal, hombre de bien y pobretón; todo esto tiene Tacho, y además otras ventajas porque es muy humilde, callado, franco y nada tonto; él se hace socarrón; pero ya le cogí el modito y no dudo que seríamos felices.

—¿Y por qué no dice usted que serán y no serían?

—Porque según van las cosas, señor, nuestro enlace sabe Dios si al cabo se enfriola.

—¿Pues qué se presentan algunas dificultades?

—Dos muy principales, la falta de recursos y la aprobación de su padre.

Pepe que oyó que entraron en materia se adelantó para dejarlos hablar más francamente.

—Pues no dejan de ser obstáculos —dijo Garduño.

—Uno es el principal para mí —contestó Camila.

—¿Será la falta de recursos?

—No, señor, porque para casarnos, con tener para el cura, lo demás no importa; yo no necesito que me pongan casa, sé dormir en un petate y comer tortilla con sal, o andaría con mi marido en el camino por esos mundos de Dios muy contenta de correr su misma suerte; lo que nos detiene es el consentimiento de su padre y aun Tacho tiene esperanzas en que cierto dedo, el que va adelante, pueda conseguir su beneplácito porque tiene muy buena amistad y le dispensa su favor, yo me temo que no consiga nada, y por no tener un terrible desengaño me callo la boca y espero resignada hasta que Dios quiera.

—¿Qué motivos podrá tener el padre para negarse?

—Yo no sé, pero con sólo que sepa que soy una pobre ranchera, huérfana, atendida sólo a las migajas escasas de mi cuñado, basta para que se niegue, él tiene sus interesitos, ha de desear para su hijo una mujer rica, elegante, buena moza, con que su hijo vaya bien colocado.

—¿Usted conoce al padre?

—No, señor, aunque poco más o menos me lo figuro.

—¿Y cómo se lo ha figurado usted, niña?

—Pienso que será ya un señor grande, serrote, regañón, alto, y con las bondades del hijo, trabajador, franco, de buen corazón, en fin, considero a Atanasio como cuando sea viejo, pues ya sabe usted lo que dice el dicho, de tal jarro tal tepalcate.

—¿Pero no es más fácil que ustedes se casen sin su parecer?

—Quizajas, eso cuando; yo también tengo mi aspiración y es la única tranca que le puse a Atanasio, que yo no me casaba con él, sin que no oyera de boca de su padre que me adoptaba por hija.

—¿Y ésa es la única aspiración de usted?

—¡Ay, señor!, ¿qué más quiere usted?, la más dulce y satisfactoria; quiero tener en el padre de mi marido, al padre que Dios me ha quitado, amarlo como si me hubiera dado el ser, quererlo con delirio, que me trate como a su hija, y que si voy a dar tal vez a su casa no me reciba como nuera, ni yo le tenga el miedo que a un

suegro, yo quisiera poder tener mucha confianza con él, y decirle: «Señor, no le busque usted novia a su hijo porque nadie lo ha de querer como yo; es verdad que soy una pobre que no le llevaré más dote que mi corazón, pero está puro; jamás he dado mi brazo a torcer, soy honrada, no soy maníaca, y aunque no tengo bienes de fortuna, tampoco le exigiré sacrificios; yo le ayudaré a trabajar», en fin, le había de decir todo lo que siento en mi corazón.

Ya iba el señor Garduño a echar a perder todo, pues la ingenuidad de aquella candorosa muchacha, lo había conmovido en extremo, hasta el grado de pararse a escucharla y asomar las lágrimas a sus ojos, cuando Pepe que no había perdido palabra se volvió diciendo:

—¿Y a pesar de eso, que en confianza le dirías a ese señor, aún se excusaba, qué harías, Camila?

—Pues entonces me quejaría de mi mala suerte, lloraría mi pena en secreto, me mataría la tristeza, pero no me casaría; yo quise mucho a mi padre, y por eso cada rato le sermoneo a Tacho que no le dé qué sentir al suyo; que lo ame, lo respete, que lo tenga contento; y ya lo ha visto por experiencia, después que le perdonó sus calaveradas le ha ido facilitando todo, hasta que parara su chinchorro y completara su fondo.

—Pero eso ha sido prestado, ese viejo es un miserable.

—No diga usted eso, don Pepe ni menos de su amigo, del padre de su hermano, ¿qué más quiere usted que hubiera hecho ese buen señor con su hijo después que hizo la vileza de huirse de su casa, que irle dando la mano?, ahora, ¿cómo había de abrirle sus arcas sin saber si el muchacho volvía viciado, perverso o mañoso?, que se conozca que es hombre de bien y verá usted cómo de veras lo protege, ¿es verdad, señor?

—Es verdad —dijo Garduño con voz alterada, impaciente de estar fingiendo.

Pepe lo conoció, y tomándole un brazo lo obligó a seguir andando, diciendo:

—Lo que fuere, sonará, marchemos.

Llegaron al curato, fueron muy bien recibidos del señor cura y sus hermanas, le hicieron mucho aprecio a Camila, los detuvieron a tomar chocolate y después la obligaron a que tocara en el arpa y cantara algunas cancioncitas, haciendo ella ambas cosas con mucha desenvoltura y gracia. Desde que acabó de templar y echó unos cuantos preludios, comenzó el señor Garduño a agravarse de la locura como él dijo que le causaba su futura hija; todo él se volvía oídos y ojos, su voz le parecía hechicera, aplaudía con entusiasmo y de veras parecía frenético.

En esto, después de anunciarse con dos ligeros golpecitos en la puerta, a la voz de «pasen», que dio el padre don Alejo, fueron entrando cuatro niñas, otras señoras, don Manuel el español de la tienda grande: y al último un señor don Juan, dueño de una hacienda inmediata; que llegó con su familia al pueblo, y era dueño de la casa que ocupaba don Manuel. Se suspendió el canto de Camila, todos se pararon a saludar a las nuevas visitas, comenzaron los abrazos, se sentaron las señoras, los hombres se

dieron las manos y don Juan que era medio cegatón no había puesto mayor cuidado en las personas que allí estaban; agregándose a esto que el señor Garduño, luego que lo vio entrar, trató de arrinconarse excusándose lo posible para no ser reconocido; cuando obligaron a Camila a que continuara su canción, se paró don Juan, sacó su cigarrera de plata, y empezó a ofrecer cigarros a los presentes, y poniéndose enfrente del arrinconado, con una agradable sorpresa exclamó abriendo los brazos:

—¡Cuánto bueno por aquí, mi amigo y señor Garduño! ¿Cuándo dejará su genio chancero y bromista?, me estaba excusando su amable persona para hacerme más grato su encuentro.

Garduño todo cortado correspondió sus abrazos, entonces don Juan le dijo:

—Ya sé que Atanasio volvió por fin a su lado, que es trabajador, ya se le habrá quitado el malestar en que lo tuvo; le doy la enhorabuena, venga, vamos cerca del estrado, voy a darle a conocer a mis hijas: muchachas vengan acá —y juntando a sus hijas hizo que lo saludaran y abrazaran como a su mejor amigo.

Fue tan sorprendente aquello que don Juan había hecho y hablado, que Camila suspendió sus preludios, se puso muy encarnada y luego descolorida, no se atrevía a levantar los ojos, los dedos se le engarrotaban, perdió el tacto para pulsar las cuerdas, se le olvidó la letra de la canción que iba a cantar, y se reprendía a sí misma de haber sido tan frágil en manifestar sus pensamientos al señor Garduño; luego para consolarse, ella misma dijo para sí con tono resuelto:

—Ya se lo he dicho en sus bigotes, y sí ha escuchado de mí algunas majaderías, en el pecado ha llevado la penitencia, ¿quién le mandó hacerse pato?, pero es una vileza que así se hayan estos hombres burlado de mí, ¿que porque soy una pobre, he de servirles de entretenimiento? No, señor, mas que sea padre de Tacho es necesario darse por ofendida, y no estaré tranquila hasta que se desenrede esta maraña —y bajaba los ojos evitando siempre las miradas de Garduño, dejando traslucir su malestar.

Garduño, por su lado sin poder evitar tan inesperado descubrimiento y conociendo que siendo Camila tan sencilla debía por supuesto estar sentida, avergonzada, y en mucha parte colérica porque la había engañado, no se atrevía tampoco a mirarla sino a hurtadillas, avergonzado, y como la había visto muy resuelta, temía una reconvención de sus ojos.

Don Manuel que estaba en pretensiones de conseguir la mano de Lucecita, la hija mayor de don Juan, la quiso echar de alegre, se salió presuroso y a poco volvió seguido de dos músicos con una arpa y una jaranita que era todo lo que por allí hacía boruca, y se improvisó un bailecito casero. Garduño y don Juan se agarraron a la conversación con el cura, mientras Pepe, don Manuel y otros sujetos que éste trajo, se divertían gozosos. Se trató de poner una contradanza, fueron las hijas de don Juan y lo pararon a fuerza; lo mismo hicieron las hermanas del cura con su hermano; faltaba todavía una pareja, y no había más que don Juan y Camila sentados en el estrado por distintos lados, excusándose uno del otro hasta de mirarse; comprometió don Juan a

su amigo y no hubo más remedio que pararse; lleno de temor, vacilante, y no hallando ni cómo disculparse con Camila a quien consideraba abochornada y ofendida, temía que al pedirle que saliera con él a bailar le corriera un desaire o le reconviniera su mala acción de haberla engañado; pero todos estaban pendientes de él, lo esperaban, y no habiendo más recurso se arrimó diciéndole cuando estuvo cerca de ella, sin que lo percibieran:

—Quiero tener el gusto de bailar con mi hija querida.

—Y yo con mi padre de mi corazón —le contestó Camila parándose. Tomó su brazo y apretádoselo con entusiasmo se le rodaron dos lágrimas que con mucho disimulo se limpió. Garduño también correspondió a su apretón, extasiado; vio aquellas lágrimas rodar y sin querer se le arrasaron los ojos de agua disimulando su emoción con preguntar:

—¿Cuál es mi lugar, señores, cuál?

—Aquí, aquí —respondió Pepe, señalándole colocación, y al ver a Camila con una cara muy festiva acariciar el brazo de su amigo, se aventuró a decirle—: no puedes disimular tu placer al estar junto a tu tata, picarueta.

—No lo niego, don Pepe; pero no por eso se escapará usted de mis manos, es usted un infame, un pícaro, ahí ajustaremos cuentas.

Siguieron después bailando otras cosas, las muchachas les perdieron el respeto a los viejos, y bailó el señor Garduño con más entusiasmo que ninguno hasta las once de la noche. Cuando estaban en las despedidas preguntó don Juan:

—¿Cuándo es la marcha, amigo Garduño?

—Mañana, señor don Juan, mi venida fue repentina y he dejado todas mis cosas tiradas.

—Imposible, señor Garduño, yo no lo dejo, ya cayó en mi poder, y no consiento que se vuelva tan pronto, quiero llevarlo a mi casa, que tome posesión de su pobre hacienda y para no hacerle mala obra, mañana mismo me da usted ese gusto, sé que tiene muchas atenciones y no quiero ser necio; pero mañana, amigo, es usted mío y se acabó, vamos a hacer un día de campo en celebridad de su venida. ¿Qué dicen, muchachas?

—¡Que sí, papacito! —respondieron sus hijas.

—Arreglados y no hay que replicar; señor cura, niñas, señores, maestros músicos, todos, todos se dan por convidados; en la tienda de don Manuel es el punto de reunión, voy mandar traer un carretón, caballos, y en la carretelita, nos acomodamos como se pueda; conviden a sus conocidos porque mañana vamos a hacer día de fiesta y a gozar un rato de gusto entre familias que rinden un corto tributo a la amistad. ¿Qué dice usted de eso, amigote?

—Acepto, amigo don Juan, y me anticipo a darle las gracias por su sinceridad.

—Pues no hay más que decir; buenas noches, hasta mañana, de siete a ocho, en la plaza, ya quedamos.

En la puerta del curato siguieron las despedidas, pues Camila era muy amiga de

las hijas de don Juan, y mirando éste que su amigo la lleva, le dijo:

—Excusado me parece suplicarle, señor Garduño, que no nos deje sin la presencia de esa chachalaca, a ver si alborotan a Mariquita, Camila, no seas egoísta.

—¡Cuándo!, ¡señor don Juancho, si no puede dejar la casa sola, a sus criaturas y!

...

—Pues hasta mañana.

—Adiós, felices noches —y cada cual tomó su camino.

Sin embargo de la mutua inteligencia y muestras de aprecio, ninguno se atrevía a tomar la iniciativa, ya habían andado más de medio camino, y guardaban el más profundo silencio. Camila, sola, se quejó del frío; por única contestación, el señor Garduño la abrigó cariñosamente con su manga, y siguieron andando.

Pepe fastidiado de tanto silencio, se paró diciendo:

—¿Por qué me has dicho, mujer, que yo soy un infame, un pícaro?, ¿con eso pagas el estar abrigada por tu padre?

—Vamos a cuentas, don Pepe, y ya que ha promovido usted ese negocio que tanto he temido, ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de este sitio, si no aclaramos este enredo; es una vileza que los dos se hayan hecho a una para engañarme, ¿que porque me ven pobre han de abusar de mi buena fe?, dígalo usted señor Garduño, ¿está esto bien hecho? —y comenzó a llorar despechada.

El señor Garduño dándole la concedida para disculparse le echó toda la carga a Pepe, que tuvo que agotar su ingenio para tranquilizarla, pidiéndole perdón de aquella broma; así que la infeliz se serenó un poco se dirigió al señor Garduño preguntándole:

—¿Qué será también una broma lo que me dijo usted al pararme a bailar?, ¿me habrán engañado mis oídos?, ¿habrá sido esa luz de consuelo que alentó mi alma, como la de un relámpago que sólo alumbraba un instante para dejarnos sumergidos en las más horribles tinieblas? Desengañeme de una vez, porque esta incertidumbre me destroza el corazón.

—Te lo repito, Camila, tú serás mi hija querida.

—¿Conque ya no estoy huérfana?, ¿conque podré a su sombra consoladora en unión de mi marido formar una familia que lo ame con toda su alma? ¡Ay, padre mío!, permítame que bese sus pies, que sobre ellos caigan mis lágrimas de gratitud —y se arrojó frenética a sus plantas; el señor Garduño conmovido la levantó y estrechándola contra su seno, también lloraba de placer diciendo:

—Aquí contra mi pecho, hijita, éste es el sitio que te pertenece.

Un buen rato duró la escena muda hablando las lágrimas con más elocuencia que la voz. Pepe que también participaba de aquel sentimiento que a los otros dominaba, se limpió los ojos con su pañuelo, y acercándose a Garduño le dijo:

—He cumplido mi palabra, amigo mío; ayer le he quitado una espina punzadora que le destrozaba el alma, hoy le he dado en esta muchacha el bálsamo consolador que borraré sus pesares; he aquí, señor Garduño, lo que deseaba para su hijo, una

mujer de *honra y provecho*, a los dos les doy el parabién; no todas las diabluras de este pobre Diablo son fatales, hay algunas venturosas, y si acaso en esos amantes corazones queda algún lugarcito para el cariño de Pepe, será feliz en lo que cabe serlo un hombre que lo agobian sus propios pesares, sus irremediables males.

—Todos caben aquí, querido amigo —dijo Garduño dándose una palmada sobre el pecho— tengo un corazón muy grande, unos brazos muy largos, una feliz memoria, y una alma muy reconocida; jamás olvidaré que a usted le debo mi reposo y la dicha que palpo.

—Ni yo —prosiguió Camila— arrímese, formemos un grupo, aunque tengo que arreglar cuentas con el Diablo, quiero que Pepe participe de nuestro regocijo ya que ha sido tan bueno para con nosotros.

Los tres se abrazaron, y después de derramar lágrimas de gozo, vertieron algunas como inequívoca prueba de reconocimiento y gratitud; todos tranquilos y satisfechos llegaron a la casa, Camila se quitó el túnico, sustituyéndolo con sus enaguas de indiana, y en un instante puso la cena y se sentó con ellos a la mesa, tratando a su nuevo padre con tal cariño y confianza que lo tenía absorto, verdaderamente encantado.

Después de la cena los condujo a la pieza en que les pusieron sus camas.

—Ésta es para usted, don Pepe; ésta para mi padre —exclamó, y salió a llevarles bacinicas; cuando volvió, estaba el señor Garduño en pechos de camisa sentado a la orilla de su cama, le tomó una mano y se la besó con respeto diciéndole:

—Adiós, señor, hasta mañana; adiós, don Pepe, buenas noches.

Se separó andando con pasos vacilantes y cortos, llegó hasta cerca de la puerta, y dijo:

—No, eso es muy frío —se volvió corriendo, le echó un brazo al cuello a Garduño y dándole un tronado beso en la frente exclamó:

—*Siempre que me despida de mi adorado padre, besaré sus honradas canas* —y con la misma precipitación salió para afuera repitiendo—: Buenas noches, buenas noches.

Quedó Garduño tan sorprendido de este arranque de amor de su hija; que no tuvo tiempo de contestarle, ni mucho menos de corresponder a su cariño, se quedó inmóvil mirándola retirarse cual una mágica sombra.

—¿Qué sucede, señor Garduño?, ¿en qué piensa?, ¿por qué se ha quedado extático? —preguntó Pepe.

—Sucede, amigo mío, que esta muchacha ya me ganó el hocico, y es capaz de hacerme andar de paso, tiene sobre mi tal influencia que me siento con treinta años menos, ese beso que me acaba de dar me ha rejuvenecido, me ha hecho olvidar mis continuos pesares y siento nacer en mí las esperanzas lisonjeras que antes he tenido al nacer mis hijos. Pienso en dar mil gracias a Dios porque no dudo que esta muchacha con ese genio inquieto y bullicioso me va a hacer disfrutar de las venturas de un padre, me va a llevar a mi casa la alegría que hace algunos años ha desaparecido de

mi morada, y le hablaré con franqueza, amigo don Pepe, con su ejemplo me va a volver el aprecio y los cariños de mis hijas; excepto la más chica, todas me miran con temor, mi presencia les causa mucho miedo, no tienen conmigo la franqueza que en unos instantes me ha dado a conocer este diablillo; me ha sucedido algunas veces llegar sin ser sentido, y oírlas estar en charla; pero apenas me han visto cuando se aterrorizan, enmudecen, se azoran, me retiro a mi despacho, se apodera de mi la tristeza, me domina el mal humor, y paso unos días y unas noches infernales; siempre solo y pensando en mis infortunios; como mal, todo me parece insípido, salgo a mi quehacer, me fastidia el trabajo, me encocoran los asuntos, no me distraen las tertulias, y como muchacho curtido, que le va repugnando ir a la escuela, así llego a mi casa, a comer sin apetencia, a dormir sin gana, a proseguir en mi vida melancólica; yo no sé de donde me tienen mis hijas tanto miedo; las trato bien, les doy gusto en cuanto quieren, y sin embargo no me manifiestan su amor; es verdad que con los hombres he sido tieso y me he amarrado los calzones, pero no he sido un Nerón. La más grande participó del temor y respeto que aquéllos me tenían, y naturalmente contagió a las otras dos; y ahora, sólo esta Camila puede hacerlas mudar de costumbres, infundirles valor, y a su imitación hacerlas que me tengan cariño y confianza; que vuelva mi casa a estar en animación; por último, que acabe mi existencia sin tanta amargura, sin tan insufribles sinsabores; le repito mi agradecimiento; a usted le debo mi felicidad, jamás olvidaré sus favores y siempre seré su mejor amigo.

—Ninguna duda pongo en sus pensamientos, señor Garduño, y desde ahora me complazco en su dicha, Dios se la deje disfrutar por mil años. Vamos a dormir, feliz noche.

—De veras feliz, don Pepe, ¡bendito sea Dios, alabo su Providencia Divina! Buenas noches —y apagó la vela.

Al otro día, cuando se levantaron ya estaba la sala barrida, Camila ya había echado de almorzar a los caballos, y estaba muy afanosa acabando de limpiar las jaulas de sus pájaros; violentó su operación y arrancó para la cocina volviendo con el desayuno que colocó en la mesa, se dirigió a Garduño dándole los buenos días, y presentándole un lebrillo con agua y paño de manos, le dijo:

—¡Lávese, antes de que se enfríe el chocolate!

Obedeció su mandato, y se sentó a la mesa con Pepe que hizo lo mismo, se le acercó al oído Camila y le dijo quedito:

—Me deja usted mi traguito, ¿eh?

Él hizo seña que sí con la cabeza a tiempo que Mariquita entraba a saludarlos, y al ver a Camila echada de brazos sobre la visita y secretearse, se puso muy encendida y no pudo menos de decirle:

—¿Qué es eso, Camila, de cuándo acá te has vuelto tan confianzuda? Señor, usted perdone, pero creo que se ha vuelto loca esta mujer.

—Tienes razón, hermanita, no sabes nada, que te lo digan ellos; don Pepe,

desengañaela, porque me echa unos ojos que... —y se metió para su recámara.

—¿Ha visto usted esto, don Pepe? —exclamó Mariquita, cada vez más sorprendida—, de veras que esa criatura ha perdido el juicio.

—Siéntese usted, doña Mariquita, yo le explicaré todo; usted bien sabe el amor que se tienen Camila y Tacho, y tiempo ha que como hermana mayor ha dado su consentimiento para que se casen; el señor Garduño que mira aquí presente, sólo ha venido con el objeto de conocer a su nuera, a arreglar lo necesario para que cuanto antes se efectúe el matrimonio; anoche cuando volvimos, ya estaban ustedes recogidos, y ahora pensábamos ir a hacerles esta revelación, ratificar su beneplácito, y proceder a las demás cosas consiguientes; Camila desde anoche, ha sido admitida como la hija de este caballero, y no es extraño que por eso la haya visto tan marcialota y confianzuda con su padre.

—Señor Garduño —dijo Mariquita muy cortada—, usted colma de delicias nuestro corazón, no hallo con qué explicarme, con qué poderle dar a entender mi gratitud; el consuelo de ver a mi hermana tan bien colocada, tampoco sé cómo dárselo a entender; es una muchacha atarantada que por ser violenta, muchas veces no sabe ni lo que hace, y si por desgracia le diera en qué sentir, no culpe usted a su corazón porque es muy sencillo, sino a su atolondramiento, a su carácter inquieto y bullicioso, haga usted de ella lo que guste, proceda como quiera, yo se la entrego, descargo mi conciencia de ese peso, y siempre le viviré reconocida.

Le contestó Garduño manifestando su placer, y ya quedó por ese lado concluido el negocio. Salió Camila, de un sorbo vació el traguito que le dejó su padre, y le dijo a Mariquita:

—¿Ya te dijeron, hermana, las palabras del epazote?, ¿ya le diste las gracias a este viejo tan feo y tan enmarañado?, ¡cuidado como me vuelves a poner cara de herrero mal pagado, eh! —y quitándole el sombrero a Garduño, comenzó a asentarle el pelo con un peine, regañándolo porque se meneaba; le amarró la corbata, de una bandejita que tenía con tabaco en el cajón de la mesa, le abasteció la cigarrera; sacó un pañito limpio y se lo cambió por el sucio; lo hizo parar, le abrochó bien el chaleco, enderezó el cuello de la camisa, peinó la barba, y mirándolo de arriba abajo le preguntó:

—¿Qué le falta?, ¿qué más quiere?, hable, por Dios no sea boca de palo.

—Nada, hijita —contestó sumiso, haciéndole un cariño.

—Pues lárguese; don Pepe, vayan a ensillar, que si no es por mí, los caballos almuerzan versos y buenas tonadas; ¡ah!, ¡qué payitos de agua dulce! y haciéndolos salir les indicó el cuarto de las sillas.

Al estar cogiendo los frenos dijo Garduño:

—Qué le dije a usted anoche, don Pepe, ¿es verdad que esta criatura me va a hacer andar de paso?, ¿quién demonios no se amansa con semejante manoseo? En un abrir y cerrar de ojos me ha puesto como nuevo; me maneja como si fuera un chiquillo, me regaña, por último, me ha echado de su presencia bonitamente, ¿y qué hace usted con una bisbirinda como ésta, más que quererla y no más quererla?, ya nos

echó nuestras indirectas, y ni modo de contestarle; somos charritos de agua dulce, primero nos desayunamos que ver a nuestros animales; pero ella como buena fuereña de nada se olvidó.

Estaban ensillando, cuando Camila en enaguas blancas se asomó, llamó al señor Garduño con la mano, lo hizo entrar en su recámara, y dándole el escarmenador se le puso enfrente, agachándose un poco, diciéndole:

—Pártame la raya, y cuidado con arañarme. Garduño no se resolvía a negarse; jamás había hecho semejante cosa, no sabía ni cómo coger el peine, y muy atrojado le contestó:

—Me mandas unas cosas, hija, que yo no sé, llamaré a tu hermana y...

—Está ocupada en la tienda, por eso llamé a usted; si no sabe, enséñese, no sea torpe, sobre que lo dicho dicho: de tal jarro, tal tepalcate; lo mismo era Tacho, no saben ustedes más que manejar bestias; tome así el peine, y derecho, derecho páselo sin miedo, cuidado con rasparme el casco, vamos a ver.

Hizo el señor Garduño la operación todo tembloroso, se arrimó ella a verse en el espejo de su almohadilla, y riéndose con todas ganas decía:

—Qué derecho tuerce, padre mío, si así maneja la yunta de veras que saldrán los surcos como culebritas, ja, ja, ja; vamos otra vez, porque no me hago las trenzas hasta que usted aprenda.

Volvió Garduño a repetir la operación, puso más cuidado y quedó la raya derecha, también volvió Camila a verse en el espejo, y dijo:

—Ahora sí, ni quien le diga nada; ¿y cómo le dicen a usted sus hijos?

—Los hombres me han llamado señor padre, y mis hijas me dicen papá.

—Pero yo, la verdad, no le he de decir a usted de ninguna de esas dos maneras, porque no me gustan.

—¿Pues qué tienen?

—Nada, son muy comunes, pero no indican aprecio; señor padre es tan respetuoso que choca, porque ni al mismo Dios tratamos con esa sumisión; no le decimos Señor padre nuestro, que está su merced en los cielos, ni le hablamos sino con mucha confianza; si es el papá, eso sí que no comprendo lo que quiere decir, es una palabra de a tiro simple, no, señor, yo le he de llamar a usted padrecito, con amor; no lo tutearé porque siempre me merece veneración, ¿le gusta ese nombre?

—Sí, hijita, llámame como tú quieras.

—¿Que voy de túnico o de enaguas?

—Como fuere de tu gusto.

—Al cabo no van gentes de cumplimiento, mejor iré de enaguas, por que si llevo el túnico blanco es muy delicado, y el de lanita no quiero que se me manche, no tengo más que esos dos, vale que ya me los han visto y saben que tengo mi ropita, ahora como vamos a marotear, es mejor que lleve mis enaguas viejas, ¡qué lástima que mis zapatones tengan los tacones chuecos!, si no también los llevaba puestos; ¿cuál le gustan más de estas enaguas, las verdes o las canarias?

—Las dos te deben estar muy bien; pero según las cuentas que haces, lleva las verdes que son menos delicadas.

Acabó de hacerse sus dos hermosas y prolongadas trenzas, y se puso las enaguas verdes.

—Présteme tantito su banda, porque la verdad la mía está muy descolorida, fájese este ceñidor que es muy fino, es de otate, yo lo tejí. Diciendo y haciendo, despojó a Garduño de la banda, y lo hizo ponerse el ceñidor.

—Y oiga, padrecito, ¿le gustan los zapatos de color?

—Sí, mi vida, todo me gusta.

—Bien haya quien lo parió, que no es patarato; voy a estrenar estos de raso que me trajo Tacho desde hace tiempo, y vea usted, son también verdes, voy a parecer perico, ja, ja, ja. A todo esto, padrecito, ¿a que no se ha acordado de convidar a Mariquita, como se lo encargó su amigote?, aunque no ha de ir, bueno será que por usted no quede.

—Voy a verla, hijita —y salió Garduño a convidarla; se excusó prudentemente quedando muy contenta de que se hubiera acordado de ella; salió Garduño al patio y le preguntó Pepe:

—¿Pues qué ha hecho, amigote, adónde estaba?

—Con esa diablillo que me está sacando fuera de quicio, ¿usted cree que me vi atrojado para partirle la raya?, en mi vida había tomado un peine para semejante operación; me ha enseñado sus trapitos, consultado mi gusto, reprendido, acariciado; en fin, se ha tomado unas confianzas, que la verdad, ni mi mujer las usó conmigo; no hay remedio, ya me ganó la voluntad y soy moro al agua, desde hoy estoy regenerado, a mí también me va a educar, a amansar, ya me va quitando lo mañoso, me siento de buen humor, y al estarla contemplando tan franca, tan sencillota y querendona, me extasía.

Asomó Camila la cabeza y volvió a llamar a su padrecito.

—Qué bueno es usted para un encargo, ¿qué dijo Mariquita?

—Que no puede acompañarnos, que lo sentía mucho, la casa, los chiquillos, en fin, se excusó.

—Pues que lo deje, quién le manda tener tantas raíces; ahora vamos a otra cosa, siéntese aquí. Don Pepe me dijo que venía usted a empelar un tronquito, es así que sólo vino a conocerme, luego yo soy la mula que ustedes buscaban, y tanto a mí como a Tacho, nos han tratado de animales de tiro, yo no he de dejar pasar esa broma; como él es tan jarocho necesito que usted me ayude a desquitarme, y como creo que lo dijo por vía de chanzota, de la misma manera quiero vengarme, y darle una suaca, ¿qué dice, me ayuda?

—Sí te ayudaré.

—Pues cuando yo le haga una señita me lo afianza y le doy su festejada, me la ha de pagar ese indino; vaya a ver si están listos los caballos, porque yo quiero ir en el overo con usted.

Salió Garduño, y mirando que ya estaban listos, le gritó:

—Camilita, en marcha.

Se despidieron de Mariquita, Camila la abrazó diciéndole:

—No tengas cuidado por mí, ya ves, me voy con mi padrecito, adiós.

Y se subió sobre el pretil del corredor a esperar que Garduño arrimara su caballo, para sentarse en las ancas sin ajar sus enaguas; al verla tan aseadita, luciendo un bonito pie, las ondas, citarillas, y encajitos, de sus enaguas blancas muy limpias; las de encima muy almidonadas, su rebozo de bolita terciado, asomando en su torneado brazo una manga de camisa con una hermosa randa, sus largas y sedosas trenzas sueltas, su sombrero de lado, y una carita de fiesta, en que sobresalían unos ojos tan picarescos, se la quedó mirando Garduño extasiado, y acercándose le dijo:

—¡Qué linda eres, hermosa guacamaya! ¡Toda tú respiras venturosas esperanzas! ¡Dios te bendiga!, acomódate.

—Hasta que dijo algo a la novia, que corten pan y coman sopa, ja, ja, ja —y se sentó violentamente haciéndole cosquillas a Garduño, que al sentir su mano hizo un fuerte movimiento y el caballo se despachó; Camila se reía con ganas diciendo:

—No le meta, amo, no le meta, porque este overo se comió un indio —y con otras mil chanzas que Garduño celebraba, y Pepe ya suponía, llegaron a la plaza; ya estaban allí varios de los convidados y no tardaron los demás, la mayor parte de las señoras se resolvieron ir a caballo, de manera que en el carretón sólo fueron las criadas y los músicos, comprometieron a Garduño a que fuera en la carretela con don Juan, el cura y don Manuel, y no pudiéndose excusar se volvió a ver a Camila y le dijo:

—Ya ves la instancia que me han hecho, no puedo ir contigo.

—Pues me alegro —le contestó—, porque irá usted más cómodo, no se asolea, ni yo voy mortificándolo, a lo que se agrega que ahora me voy solita en el overo haciendo diabluras y retozando con todas: ¿no se enoja usted conmigo si le estropeo su caballo?

—No, mas que lo mates.

—Pues entonces, al rey por compadre, acórteme el estribo.

Cuando estaba subida tendió con mucho desembarazo la pierna enseñando su diminuto pie, diciéndole:

—Amárreme esa mascada, porque si no se me roza mi zapato nuevo ahora preste su cuarta, voy a ver qué casta de pistles usa mi padrecito debajo de su silla, les Voy a meter el jocoque a esas jinetas. —Sé sentó bien, empuñó la cuarta, templó la riendas, y sin excusarse de ninguno le estiró las barbas a Garduño con mucho cariño, diciéndole quedito:

—Éstas, sólo yo las estiro —y luego hablando recio—: el que a Dios busca, adiós, caballo —y partió a darles encontronazos a las demás que puso en alboroto, soltándoles mil dichos y haciéndolas gritar.

Se pusieron en marcha, iban ocho niñas a caballo bajo la vigilancia de Pepe, el

carretón marchó primero y la carretela venía después; cuando salieron de la población empezó Camila a apostar carreras tratando de colear a los caballos de las otras y fue necesario que la regañara Pepe para hacerla ir en juicio; ya que habían andado un gran trecho, don Juan que vio las confianzas de Camila con su amigo, empezó a bullirlo diciendo:

—¿Qué mano, señor Garduño, que se nos va volviendo cebolla de entre las manos? Camila es una lumbrecita capaz de hacer arder un corazón de nieve, quién sabe qué secretito le dijo, y luego le estiró las barbas, eso da mucho en qué pensar y no me maravilla porque cuando el tiempo ayuda, hasta los troncos secos retoñan.

—Tiene usted mucha razón, señor don Juan, ¿pero qué no hacen con uno sus hijas? Esa muchacha Camila va a hacer conmigo cera y pabilo, es la futura esposa de mi hijo Atanasio; he venido a conocerla y violentar su matrimonio, anoche que fue al curato quería tratar desde luego ese negocio con el señor cura, hoy a la vuelta o mañana le allanaremos.

—Cuando usted guste, caballero —respondió el cura—, soy el primero en darle la enhorabuena, conozco a esa niña mucho tiempo hace y le aseguro que como pastor la siento mucho, me va usted a dejar sin una de mis ovejas más queridas, es una guapa muchacha de lo que hay poco, y digna por mil títulos de mejor suerte.

—Sí, amigo Garduño —prosiguió don Juan—, lo felicito sinceramente y me alegre muchísimo, figúrese usted que puedo decir que la vi nacer, casi casi ha crecido en mi casa, su padre fue un pobre ranchero muy honrado, y aunque ella se crió entre los hombres y la ve tan machorra y habladora, tiene un corazón bellissimo; parece muy avisada, veterana, bisbirinda y boruquienta, pero sólo es afecto de su genio que es una lumbre; al lado de usted esa criatura y si se ilustra, va a subir un ciento por ciento de mérito, y puede ser que llegue a llamar la atención; es muy viva, dócil y tiene cualidades recomendables, que en estos páramos se pasan desapercibidas.

—Sí, señores, todo es verdad —dijo Garduño—, yo estoy contentísimo, tengo en esa criatura cuanto apetecía, es un tesoro, una alhaja de inestimable precio, y bendigo sin cesar a la Providencia por mi venturoso hallazgo.

Don Juan que había sabido que Camila le había dado varios descolones al español don Manuel, que trató en vano de burlarse de ella, por bullirlo le dijo:

—Y usted, don Manuel, ¿qué opina de la ventura que mi amigo se ha encontrado en este escondido pueblo, en este páramo?

—Basta que el señor lo diga, y ustedes así lo juzguen para que no se dude; pero hay un dicho que dice que por el sobrescrito, se saca la carta, y me parece muy difícil haber hallado tantos méritos y bondades en este miserable pueblacho soterrado entre los bosques; es verdad que esa joven es muy avisada; pero no pasa de la viveza del conejo. No ha tenido educación, sociedad, y sin estos requisitos no es alhaja de tanto valor, como supone su futuro padre.

—Permítame usted que le conteste —dijo el señor Garduño—, he dicho que es un tesoro y alhaja de valor inestimable; ¿usted duda que tales cosas se hallen en un

páramo, en un miserable poblado? No hay cosa más apreciada que el oro y la plata, ¿y adónde se encuentra ese tesoro?: en los páramos, en los desiertos, en las entrañas de los cerros, en las profundidades de la tierra, y nada tiene de extraño que en un poblado me haya encontrado lo que para mí es un tesoro. Lo mismo sucede con las alhajas, cuanto más valiosas, tanto más es el trabajo en su adquisición, díganlo los pescadores de perlas, los buscadores de brillantes, y pregúnteles ¿de dónde las sacan? En fin, esta niña es un diamante sin pulir, que sin mayor trabajo lucirá haciendo opacar sus brillantes luces a más de cuatro piedras falsas; si yo quiero dar a conocer su valor, y que sea admirada, lo conseguiré sin sacrificio, podré presentarla hecha una gran señora, y es más fácil que ésta imite sus maneras y maneje el abanico, que aquélla tire el traje y empuñe el metlapil, aquélla sólo es un mueble de lujo, carísimo e inútil, me entiende usted, señor don Manuel, ésta, es el verdadero tesoro que yo buscaba, una mujer que en cualquiera situación sea útil, no una carga onerosa que sólo sirva de estorbo.

En esto quiso fumar una de las niñas, y no llevando Pepe yesca, se arrimó Camila y le hizo seña al señor Garduño que le diera un cigarro; ínterin lo sacaba, dijo don Juan:

—¿Qué pecado añejo tendrá el overo, Camila?, ¡mira no más cómo lo has hecho sudar!

Tomó el cigarro encendido de su padre, y con desenfado le preguntó:

—¿Que ya acabó usted de abonar este penco que le fiaron al tiempo?

—Sí, hijita, ya está desquitado.

—Ya lo oyó, don Juancho, no suda el ahorcado, y suda su compañero, porque ve sudar a un caballo ajeno, ja, ja, ja.

—No deja pasar nada esta bribonzuela —dijo don Juan—, y se rieron todos de la ocurrencia.

No hallando don Manuel cómo poder coger un renuncio a Camila para desprestigiarla, dijo:

—Es tan aguda, que se pasa de la raya, y propiamente tira a malcriada.

—Vea usted lo que son las opiniones —replicó don Juan—, yo no he recibido eso sino como efectivamente es, una agudeza, y bien mirado tiene razón, porque no dice nada al dueño del overo, y yo me admiro de verlo sudado, sin advertir que han venido travesando.

—Pero eso de preguntar si está pagado, tiene su punta de sátira, es puya que no venía al caso —sostuvo don Manuel.

—No señor —prosiguió don Juan—, es la preventiva de la agudez, como quien dice: mira cómo su dueño no se apura, es suyo, no te entrometas, y luego siguió la contestación: no suda el ahorcado, etc.

Siguieron discutiendo aquello, y siempre sacaba don Manuel la peor parte, veía a Camila que con unas chapas de color, lindísimas por la fatiga, estaba muy bonita; tan despejada haciendo bulla y charlando con las otras, que hasta entonces empezó a

conocer que no era tan cualquier cosa, y se mordía los labios de coraje de haber sido tan guaje, pues teniéndola como dicen del pie a la mano, un desconocido se la birlara; trató primero de chonguearla, le decía algunos dichos y florecitas a las que ella jamás contestó, fingiendo que no las oía o entendía, ocurrió a las vías de hecho, la encontró sola en uno de los callejones, trató de tomarle una mano, se defendió; quiso por fuerza abrazarla y le dio tan fuerte gatzatada que lo tiró sobre un maguey de costillas, y siguió impávida su camino; proyectó hacer las paces, y con pretexto de proteger con ropa a Manuel el cuñado, tuvo entrada en la casa; cada vez que la miraba se enamoraba más, ella no hizo mérito de su antigua llaneza, él creyó que la había olvidado, y empezó a fuerza de obsequios a insinuarse; tampoco adelantó nada, por fin no quería prescindir y un día se resolvió a ir con toda formalidad a pedirle su mano; no estaba allí el cuñado, y se fue metiendo buscando gente con quien hablar, se encontró con Camila, de trapillos, puesta al metate haciendo tortillas, se le cayeron las alas del corazón, no se atrevió a declararse, y al irse decía hablando para sí:

—Esta mujer es moneda falsa, ¿cómo me voy a enlazar con una molendera?, ¡qué lástima de carita!, yo me figuraba que sería cosa mejor; es una cualquiera, y cuando más no se le puede conceder más lugar, que de una buena garbancerita; es hacendosa y de veras que para eso vale la plata, muy vanidosa desprecia mis dádivas, y el día menos pensado se la birla cualquier gañán; cada oveja con su pareja.

Y se desanimó completamente; volvió a verla después en una concurrencia, de túnico, resucitó su pasión con más fuego, y después de pensar mucho, se aventuró a escribirle una carta; no tuvo contestación, dudó de la mandadera y puso otra obligándola a que en su presencia se la entregara; se ocultó en el arroyo para ver si la recibía y vio, que después de negarse Camila, insistió la vieja que la llevaba, y fastidiada la echó con todo y epístola dentro del agua; en fin, tanto hizo por perseguirla que asediada Camila, no habiéndole valido los términos de prudencia, delante de algunas personas le puso en la plaza de vuelta y media, diciéndole mil claridades, a las que no tuvo ni qué contestar; desde entonces perdió las esperanzas, pareciéndole aquel hecho sólo propio de gente ordinaria, cuando él a más de haberse conducido peor en su necia pretensión, se vengó con difamarla, sosteniendo su concepto de que no podía merecer más calificación, que de una magnífica garbancera, por eso es que ahora que la veía celebrada por personas formales y de alguna suposición se daba al demonio de coraje y no hallaba cómo apocarla.

Se volvió Camila a acercar a la carretela, y pidió a su padre su bolsa de instrumentos para no molestarlo cada rato.

—¿Qué dice el overo, niña? —preguntó don Juan.

—Nada, señor, mírelo usted —le contestó.

Lo miró don Juan con cuidado y dijo:

—No le veo nada.

Don Manuel de entrometido, y tratando de entablar conversación con Camila, sacó casi medio cuerpo por la portañuela, se agachó mirando con avidez y no

advirtiéndole algo con que cocorearla, le preguntó:

—¿Pues qué le ha sucedido?

Camila tomando la bolsa de instrumentos, le respondió luego:

—Que se ha quedado como usted, boca abajo; tómese esa por metiche, ja, ja, ja —y se volvió a contarles la ocurrencia a sus compañeras que rieron con ganas, haciendo lo mismo los de la carretela, excepto don Manuel que con el rostro encendido apretaba los puños de cólera, pues tomando aquella respuesta por un insulto y con doble sentido, le ardían las orejas y, no hallaba cómo tomar venganza, por lo que no pudiendo contenerse, dijo:

—Ahí tienen ustedes, siempre la cabra tira al monte, aunque ustedes me sostengan lo contrario, no me podrán negar que esto no es agudeza sino grosería, y el encino no puede dar más que bellotas.

—Me sostengo en mi opinión —dijo don Juan, picado de verse contrariado—, han concurrido en este caso las mismas circunstancias, y están más bien acomodadas al chiste y a la naturalidad.

—Así parece según el modo de pensar de usted, señor don Juan, pero las aplicaciones son dichas con malicia, tienen mucho veneno, y sólo son propias de la gente soez, no de una niña en que suponen ustedes mil bondades.

—Yo —prosiguió Garduño—, me formo un concepto y lo sostengo, he dicho que es esa niña un diamante sin pulir; confieso que es descendiente de gente humilde e inculta; en una palabra, pobre, y eso para mí es de más mérito, veo sus buenas disposiciones, su viveza, y sobre todo su corazón puro, sus arregladas costumbres, su sencillez; pues otra muchacha con esa carita, quién sabe ya a la hora de ésta si estuviera más pervertida que las cortesanas que sólo estudian vender caros sus favores.

—Como que no ha faltado —continuó diciendo don Juan— quien haya tratado de seducirla valiéndose de cuantos medios le ha sugerido su perversa intención; yo sé de alguno que se ha quedado teniendo la peña, y cuidado que cuando no se escasea el dinero en esta clase de negocios, no prestan mayor resistencia; todos sus arbitrios fracasaron, se estrellaron sus propósitos y como dicen vulgarmente, de la mano se le ha volado el pájaro, no sin haber sentido sobre su orgulloso rostro la merecida bofetada que castigó su osadía; pero, amigos, hablando con franqueza, para las pobres mujeres no hay más que la ley de nuestro paladar, les hacemos una ofensa, y si nos contestan lo mismo nos agraviamos, somos los más viles, perversos y relajados, y si no sucumben a nuestro capricho y escuchamos una claridad, las calificamos de ordinarias, soeces y cuanto se nos viene a la mente, cuando nosotros sin guardarles el respeto debido a su sexo, a su estado, ni a su persona, hemos sido los más canallas, y miserables.

El cura que traslució el espíritu de don Juan, pues ninguno mejor que él sabía los secretos de Camila, quiso darle otro sesgo a la conversación y tomando la palabra, dijo:

—Se están ustedes separando de la cuestión y para juzgar del hecho, si ustedes me lo permiten emitiré mis humildes conceptos, comenzaremos por examinar el caso y luego juzgaremos.

Cuando esa niña se aproximó, don Juan le dijo: «¿Qué dice el overo?» y ella respondió lo que debía: «Nada». Esa respuesta es propia, pues nada puede decir el caballo, mas como antes lo había visto tan sudoso, ella agregó: «Véalo usted», como dando a entender «ya está fresco, no tengas más cuidado», esto manifiesta advertencia, viveza y discernimiento, para que conociera que el overo no corría peligro de asolearse y cesaran sus temores entonces mirándolo no le advirtió nada y así lo manifestó; aquí quedó terminado aquel diálogo promovido por don Juan; pero he aquí la curiosidad, el entrometimiento o no sé qué, le dio al señor don Manuel en tomar cartas, se pone también a mirar y a pesar de no advertirle nada al overo, y de haber oído la opinión del señor, neciamente pregunta: «¿Pues qué le ha sucedido?», y he aquí la agudeza, que estando el señor aún agachado contestó ella lo que en aquel instante se le presentaba a la vista «que se ha quedado cómo usted boca abajo», y efectivamente ambos guardaban igual posición; así respondió a su curiosidad, a su necia pregunta confirmando su opinión de castigar su entrometimiento con decirle todavía, «tómese ésa por metiche», como quien dice: «Ésta es tu reprimenda, no te hablo a ti, qué te importa», esas cosas consiguientes que son muy naturales en un carácter franco a la vez que sencillo y no entiendo que las ha pronunciado con prevención, malicia ni mucho menos el veneno que don Manuel les atribuye.

—Yo también meteré mi cuchara —dijo Garduño—, a pesar de que las razones expuestas ya son demasiado convincentes; dice don Manuel que ha sido un insulto la reprimenda que ha llevado, y al expresarse así permítame que le diga que se hace muy poco favor; pues da a conocer, o su poco discernimiento o su predisposición emponzoñada que lo hace ver todo lleno de veneno; yo cambio la cuestión y con mucha causa le digo que él es el que verdaderamente insulta a esa niña con quererle apropiarse aquello «de la cabra tira al monte», «qué puede dar el encino», etc., en presencia de personas que le dispensan su aprecio, y de su padre mismo que jamás consentirá ni de chanza que el concepto de su hija esté a merced de un necio que tal vez en su tierra sería limpia letrinas o quién sabe si cosa peor, pues...

Don Juan y el cura que vieron que aquello podía parar en una incomodidad, trataron de cortar la conversación, y don Manuel que vio el semblante serio de Garduño y conoció que llevaba el cuento perdido, aguantó sus claridades hecho un demonio de coraje, tratando de meter bulla para disimularlo.

Llegaron a la hacienda, y mientras don Juan enseñaba a su amigo sus oficinas y lo hacía tomar posesión de todo, las niñas partieron para el jardín corriendo entre las flores cual doradas mariposas; se fueron al chiquero y abriéndoles a los mamantones empezaron a acariciar a los corderitos chicos, a espantar a los más grandes armando boruca y gritando como ellos.

Camila y otras dos se arrinconaron en el jardín con multitud de rosas y otras

flores y después de un largo rato volvieron silenciosas. Se les puso un columpio, y unas meciéndose y otras bailando se entretuvieron hasta las doce que se dio la voz de «a almorzar»; hizo Camila a una de sus anteriores compañeras una seña y capitaneando a las demás se fueron para el comedor; el almuerzo aunque sencillo fue abundante, reinaba el buen humor, la franqueza; Pepe echó un brindis, lo siguió el cura, luego don Juan, Garduño les contestó y empezaron a exigir a don Manuel que también brindara; se excusó con que era muy torpe, que nada discurría.

—Ya lo sabemos, don Manuel —respondió Camila—, excuse persuadirnos, pero demostrar su regocijo con cuatro palabras, lo hace el más topo; diga usted algo, no sea zoquete —y dándoles de codo a las demás, todas gritaban con entusiasmo:

—¡Que brinde don Manuel! ¡Que brinde don Manuel!

Tanto lo encocoraron que dijo:

—Yo no brindo hasta que ustedes lo hayan hecho, yo seré el último, lo bueno queda para los postres.

—Eso nos había de haber dicho, angelito de mi alma —respondió Camila.

Hizo una indicación a sus dos compañeras susodichas que al disimulo se separaron, y tomando una copa de vino se paró muy ufana dando manazos en la mesa repitiendo:

—¡Bomba! ¡Bomba! —y todas las secundaban; pasada la boruca, Camila alzó por alto su copa y dijo con voz clara y firme—: Brindo por mí y a nombre de mis compañeras, por la bienvenida de mi padrecito y porque siempre veamos coronadas de rosas, a las personas que más queremos.

Dejó la copa y sacando una corona de flores que tenía oculta debajo del rebozo, precipitadamente la colocó en la cabeza de Garduño, a tiempo que hacía lo mismo Lucecita con don Juan y Vivianita con su hermano el cura, ínter las otras aplaudían llenas de alegría y los músicos con dianas aumentaron el regocijo.

Aquello sacó de quicio a los coronados que no aguardaban aquella fina demostración de cariño; don Juan de cada manazo que daba sobre la mesa hacía saltar los trastes y vasos; el cura con los ojos arrasados de lágrimas de placer, no hallaba qué decir; Garduño abrazó a Camila, se la sentó en las piernas, la estrechaba contra su corazón y delirante se atrevió a besarle la frente en la que también cayeron sus lágrimas ardientes de gozo; todos parecían locos, hablaban, gritaban, palmoteaban, abrazaban a sus allegadas; pues verdaderamente sorprendidos no encontraban cómo corresponder a aquella sencilla pero muy declarada muestra de su amor; por fin, se aquietaron mirando los estragos de la mesa, en la que había platos quebrados, vasos volteados y los vinos y licores anegando todo; cuando se restableció el orden siguió la carga contra don Manuel, y tanto lo obligaron que por último, formuló su discurso, lo estudió varias veces quitando o aumentando en su mente varias expresiones, y se paró impertérrito anunciando su bomba.

Las malditas muchachas a imitación de Camila, empezaron a toser, sonreírse, a fijarle la atención y a secretearse; él en aquel instante olvidó su discurso, su oración

le parecía insulsa, en el acto quiso mejorarla, y por fin, nada pudo improvisar, batallando consigo mismo, comenzaba una frase, no sabía cómo continuarla y después de balbucir algunas palabras sin ilación, dijo fastidiado estirándose los cabellos:

—No discurro nada, soy un macho —y se sentó muy avergonzado de su torpeza; aplaudieron con vivas su elocuencia, y Camila dijo con desenfado:

—Esas palabras le han salido del corazón, y no es mal sastre el que conoce el paño.

Se levantaron de la mesa y volvieron al jardín, continuaron las travesuras y se rieron mucho con los chistes de Camila que elogiaba el talento de don Manuel; y éste, don Juan y el cura después de invitar a Garduño, se metieron a las habitaciones a dormir siesta. Garduño cual si fuera un mocoso de doce años, a todas les daba taba en unión de Pepe; extrañó Camila a los demás señores, y sabiendo que se habían retirado a dormir, decía:

—Es una inconsecuencia, es una vileza dejar a mi padrecito solo y a las visitas, ¿qué dicen, muchachas?, ¿no los dejamos dormir?

—¿Pero si se van a enojar? —respondió la hija más chica de don Juan.

—No tengas cuidado, anda, tócales la puerta y le preguntas a tu papá, a qué horas los han de recordar, y te vuelves.

Fue la chica y obedeció:

—A las tres —le respondió don Juan que empezaba a conciliar el sueño.

Cansadas todas de marotear, se dispersaron por diversos puntos a platicar; Camila se sentó en el suelo y precisando a acostar a su padre sobre la hierba colocó su cabeza sobre sus piernas; haciéndole caricias y travesuras, se secreteaba con él. Pepe mirando el columpio vacío, se paró en el mecate por humorada y comenzó a mecerse; cuando ya estaba elevándose bien, se paró Garduño, se emboscó en el jardín, apareciendo a poco componiendo con su navaja una buena vara de membrillo, se puso enfrente del columpio y al descender Pepe de su altura le tomó, con ambas manos, los dos pies quedando al aire sostenido con los brazos, y al mismo tiempo empuñando Camila la vara se puso por un lado soltándole a Pepe de varazos diciendo:

—Tenga Diablo la mula que buscaba para empelar su tronquito —y le dio una tunda de primera; así que dejó Garduño a Camila que le aplicara algunos varazos, le soltó los pies, recogió su vara, y carcajeándose de ver las retorcidas que se dio Pepe sin poderse librar, se fue a sentar con Camila que riéndose también decía:

—¿No le dije anoche, don Pepe, que ese maldito diablo me la había de pagar?, yo le quitaré la maña de volvemos a tratar de mulas.

—¿Pero qué mulas ni qué cuernos?

—¡Cómo! ¡Qué mala memoria! ¿Conque no vino ayer a empelar un tronquito?, ya sabe que las mulas de esta clase no dan patadas, sino varazos en las nalgas.

Cayó Pepe en la cuenta, y no pudo menos que aguantarse fuerte y reír a

carcajadas con su amigo. Cuando Camila calculó que los de la siesta volvían a empezar a dormirse, mandó a otra de las niñas a preguntar que si era cierto que a las tres los debían de recordar, luego volvió otra preguntando si ya serían las tres para despertarlos, y por fin, ocurrieron todas disputándose la preferencia de avisar que ya eran las tres. Se levantaron muy encamorrados y sin haber podido dormir.

—Caray, amigo don Juan —dijo Garduño al verlo llegar bostezando y estirando los brazos—, con razón está usted tan gordo, si duerme como un lirón.

—Qué había de dormir, señor Garduño, si estas muchachas son tan eficaces que lo echan a perder, y no nos han dejado dormir; además de la boruca que han estado armando, cada rato me recordaban para ratificar mi encargo; al señor cura le metieron en la pieza contigua un primalito que lo ha acatarrado con sus balidos; don Manuel se tiró en un canapé de la sala, y han estado entrando y saliendo, abriendo la ventana y golpeando puertas; estas malditas son el mismo Judas.

—Y si yo les dijera que todo ha sido pacto de esa bribonzuela de Camila, ¿qué dirían ustedes?

—Que es la juditas principal, y que se han salido con la suya.

Les hizo don Juan una seña a sus dos compañeros, se separaron y les dijo:

—Es necesario tomar la revancha, vamos a discurrir una maldad que hacerles; voy a mandar traer un becerro bravo y se lo soltamos para que las revuelque.

—No —dijo el cura—, ésa es maldad muy pesada, otra cosa, ¿usted qué discurre, don Manuel?

—Sería bueno, ya que les gusta el columpio, hacerlas subir, y cuando estuvieran más elevadas, cortar los mecates y pataplum, llevaban un costalazo.

—Si no se trata de matarlas, no sea usted bárbaro —dijo don Juan—, sino de hacerles una maldad.

Pepe malició de lo que hablaban los tres, que para convenir su plan se retiraron de Garduño y las niñas, y sin ser notado por ellos, estuvo escuchando oculto tras de unos rosales todas las maquinaciones; después de varios debates, quedó por fin arreglado que retardarían lo posible su regreso, que don Manuel desde luego se adelantaría con cuatro peones de la hacienda a ponerles una emboscada en el puerto, lugar que en un tiempo fue muy temido, y aún conservaba fama de que allí siempre robaban; que dispararía una pistola de bolsa para azorarlas, y cogiéndoles sus compañeros las riendas a los caballos, las despojarían de sus rebozos y demás cosas que pudiera para darles un susto a todas, y tener con que embromarlas, desquitándose así de sus travesuras.

—Una cosa me ocurre —advirtió don Manuel—, que como con ellas viene ese don Pepe, naturalmente tomará su defensa.

—Dice usted bien —replicó el cura— todo nuestro plan viene abajo, ahora sí se puede decir que a esas niñas las ampara el diablo.

—No, señor, no, señor, ¡feliz idea! —exclamó don Juan—, como que don Manuel se va dentro de un rato, queda libre su asiento; nos empeñaremos en que se venga don

Pepe con nosotros, y ya se quedan solas las ocho muchachas; las dejamos adelantar, y como no hay quien las contenga se van maroteando, y sin sentirlo se hallan en el puerto sin tener quién las auxilie; con cinco hombres para todas creo que es suficiente, se les previene a los peones que cada cual coja de las riendas dos caballos, y usted queda libre para despojarlas a su sabor; seguro está que pongan resistencia, la sorpresa y el susto, cuando más hará que peguen sus chillidos; sólo le recomiendo a usted que no vaya a querer hacer la cosa tan a lo vivo, que nos cueste la chanza una pesadumbre; en cuanto estén despojadas ocurrimos nosotros, usted se oculta, toma el camino del pueblo con las cosas que les quite, y allá en la casa de usted las pandorgueamos y les devolvemos sus prendas; conque con mucha moderación condúzcase usted, don Manuel.

—Sí, sí, no tenga usted cuidado, voy a parodiar a Diego Corrientes, el bandido de la Calabria.

—No, don Manuel —prosiguió el cura—, ese hombre era temible, nos va usted de veras a espantar esas criaturas.

—Sí, en verdad que era temible para los hombres, pero sumamente cortés con las damas, y sin tocarles un cabello las despojaba bonitamente; así quiero yo hacer, no tengan cuidado; mande usted que me ensillen un caballo, y si tiene pólvora renovaremos la carga de mi pistola para que no tal vez vaya a mentir.

—La pólvora está en la alacena del despacho, en un frasquito, sálgase usted al disimulo y dígame a Lucas mi cochero que le ensille uno de mis caballos... el rosillo que tiene mucho brío.

—No, no, ya sabe usted que yo no soy jinete, sus caballos son muy bravos, quiero uno de buen genio, humilde, que me deje maniobrar sin tener que cuidarme de él.

—Pues, hombre, eso está malo, todos los humildes como usted dice, los traen esas muchachas, sólo que quiera usted el *Chimpas* de Tomasa la cocinera, está flacón, y es de buen genio.

—¿Cuál, cuál?, ¿ese que lleva los canastos para el recaudo, color de ceniza?

—El mismo, y si le gusta a usted, mejor, porque no lo extrañarán; que le pongan sus propios arneses, y procure cuanto antes marcharse, nosotros lo disculparemos diciendo que un urgente negocio lo ha hecho seguir para el valle, o cualquiera otra parte de rumbo opuesto.

—Magnífico, magnífico, voy a disponer mis cosas, me disfrazo, le pido los peones al trojero y marchó; hasta luego, hasta luego.

Y salió presuroso muy ufano, mientras los otros se reunieron con Garduño y las niñas, que lo tenían preguntando:

—¿Adónde venden pan y queso?

Pepe se fue siguiendo a don Manuel, lo vio sacar el frasco, cargar la pistola y la dejó sobre la mesa, saliéndose en busca de Lucas. Entre tanto le ensillaron al *Chimpas* y fue a pedir los peones a la era, Pepe descargó la pistola, la atarragó de tacos de papel, y la dejó en el mismo sitio, internándose para las caballerizas, desde

donde vio a don Manuel colocarse la pistola en la cintura, montar y taloneando su corcel emprender su camino, con los cuatro indios armados de herramientas de campo, con dirección al puerto, diciendo muy satisfecho:

—En marcha, hijos, que si la cosa nos sale bien, el domingo que bajen al pueblo les doy su gala, un par de pesos a cada uno y su botella de chinguirito.

—Está bueno, señor amo —contestó el más ladino—, ya lo oyen ustedes compañeros, a las riendas y nada más, que el amo don Manuel después hará lo que quiera.

Don Manuel muy contento decía consigo mismo:

—Ahora pagarás, Camila, tu vanidad, yo te enseñaré a que te burles de mí; la ocasión es oportuna, pues ayudado de estos hombres les mando que la amarren, me la internen al bosque, y allí... sin que pueda defenderse, haré de ella lo que se me antoje; sí, sí, ya está dicho, seguro está que ella lo diga, porque perdería casamiento, y quiera o no será mía.

Entre tanto decía Pepe, al mismo tiempo:

—No te arriando las ganancias, Diego Corrientes, yo te enseñaré a quedar bien espantando mujeres; ni de chanza consiento que las trates de humillar, chapaneco maldecido.

Y se fue para el jardín a desatar su reata que había servido de columpio. En esta operación lo encontraron los demás señores que ya salían para ir a tomar chocolate; con esto ninguno sospechó que estaba al tanto de su proyecto.

Ya en la mesa promovió don Juan conversación de que no dejaba de haber sus ladroncillos por aquellos rumbos, que era necesario irse temprano. Una de las hermanas del cura empezó a azorarse, y las hijas de don Juan que no tenían mucho miedo la animaban; se trabó como era natural una disputa, y el resultado fue que se comprometieron ellas a ir por delante de cubierta, confiadas en que don Pepe las acompañaría.

Éste que sabía por qué se suscitó aquella conversación, fingiéndose ignorante, también aumentó las burlas tratándolas de cobardes, se picaron y dijo Camila:

—Por cierto de calzonudos; vamos ocho y si nos salieran los ladrones, sólo a gritos los atarantamos, ¿es verdad, muchachas?, que se vaya en la carretela don Pepe, no necesitamos guajes para nadar, al cabo ese zambo de don Manuel ya se fue; qué nos quieren meter miedo, si por aquí en dos leguas de distancia nadie roba; ya colgaron al Grillo, y se llevaron a don Gaspar y otros bichos, yo lo sé bien; nos vamos solitas y por delante, ya está dicho, no nos espanta el coco, vamos a cortar rosas para ir enfloradas.

Al estar en esta operación, llamó Pepe a Camila y le dijo:

—¿Ya sabes de lo que se trata?

—No, don Pepe, cuénteme por vida suya.

La impuso de todo, y ella restregándose las manos y brincando de gusto decía:

—Qué bueno, don Pepe, qué bueno; présteme a Cupido y verá cómo trato a ese

bestia de Diego Corrientes.

—No, hijita, tiene unos movimientos muy fuertes y te chispa.

—No, don Pepe, por vida suyita, me acorta usted los dos estribos, antes de llegar al puerto me siento como hombre, y no me tira, yo se fe aseguro, sobre que ya le he contado que sé jinetear becerros; yo me apretaré bien, ande, ande, déjeme ir en el Cupido —y acompañaba sus súplicas con cariños.

—Está bueno, te arreglaré los estribos, pero lo manejas con tiento, no vayas desde aquí bulléndolo, por que no lo sosiegas, y a la hora que lo necesites, no más le aprietas los talones y lo endilgas, sin darle mucho hilo, porque se endurece un poco cuando se enoja.

—Pues ahora con esas advertencias menos me tira, y mire, cómo que me deja por olvido su espada en la silla, ¿eh?

—¿Qué tratas de matar al enano ése?, conque sólo le endereces el caballo basta, te agarras y lo dejas, que él solo sabe su obligación.

—No, si yo quiero darle unos cuantos fajos, seguro está que se la meta de punta.

—Pues procura ocultarla, móntate del lado derecho y la cubres con tu ropa, vale que no es larga, prevén a tus compañeras, disimulen bien, y si le das una suaca a ese orgulloso gachuso te doy tu medio nuevo.

—Convenidos, don Pepe, Dios se lo pague; voy a enseñar a Diego Corrientes cómo corresponden las garbanceritas a sus caricias, ¿usted cree que sea tan indino que ha dicho que sólo estoy buena para garbancera?

Pepe se fue a disponer los caballos, mientras Camila arregló con sus compañeras su plan de ataque, y mandó a todas armarse de varas de membrillo recogiendo para ella la que le sirvió para festejar a Pepe; convinieron en que ella se iba en el Cupido, Lucecita que era también jineta, en el overo, y en un tordillo de don Juan que era regular, Vivianita la del curato. A las cinco dadas, estaban todas muy risueñas con los sombreros enflorados, montando a caballo, muy provistas de varas que suponían que eran sus armas. Las formó Camila de dos en dos, y ocultando perfectamente la espada, empuñó su vara y mandó desfilar a sus soldados, imitando en lo posible la cometa.

—¡Pobres muchachas! —decía el cura al verlas ir adelantándose tan ufanas y alejarse—, éste es el mundo, nadie puede adivinar lo que le espera.

—¿Por qué dice usted eso, señor cura?, ¿qué, es verdad eso que dijo don Juan de que por aquí merodean algunos bandidos?, porque sería una majadería exponerlas, vamos aquí cuatro hombres y...

—Tranquilícese usted, señor Garduño —prosiguió Pepe—, eso que dijo Camila es cierto, dos leguas de aquí, por el sur, y cuatro por cada uno de otros vientos, no ha de haber quien robe mientras existan los Hermanos de la Hoja; yo conocí que se trataba de hacerlas ir en juicio y llenas de sobresalto, por eso no hice empeño en acompañarlas, sino antes bien las obligué a que fueran solas, además, Camila es muy determinada, va en mi caballo Cupido, y estoy seguro de que no les ha de suceder

nada.

—Quién sabe —dijo don Juan—, una sorpresa, y en un parajito de tantos como hay por aquí, hasta los hombres tiemblan.

—¿Luego usted teme alguna cosa a pesar de lo que asegura don Pepe? —replicó Garduño—, y en ese caso yo me voy con ellas.

—Calma, calma, amigote, lo pondremos al tanto, y ya que ayudó o al menos disimuló a que nos dejaran sin dormir, ahora haga lo mismo para que las dejen un rato sin rebozos. Don Manuel con cuatro peones está encargado de nuestra venganza, está emboscado en el puerto y les va a pegar su susto y despojarlas para pararles la bola.

—Yo lo que siento —dijo Pepe—, es haber ayudádoles a ustedes sin saberlo, no porque les hicieran esa travesura, sino por el encargado de hacerla; ese fatuo cinco cuartas, se bañará en agua rosada echándola de valiente con unas temerosas niñas, pero ya está hecho y adelante; ustedes saben lo que hacen, ojalá que a Camila no se le duerma el gallo, porque puede ser muy bien que el tal don Manuelito vaya por lana, y quede trasquilado; y ahora que me acuerdo, creo que Camila algo traslució, pues tenía mucho empeño en ir en mi caballo, y como me distraje en acomodar a las otras, fui a dejar inadvertidamente mi espada en la silla; si ella va prevenida puede hacer una diablura, es muy loca, y en un arrebato tal vez darle su llegada al salteador —y le dio de codo a Garduño como dándole a entender que así sería.

—Ojalá que así suceda —exclamó Garduño—, ¡cinco hombres para esas criaturas!, eso es seguro, las sorprenden y tal vez tendremos el pesar de ver regresar caballos sueltos; la verdad son chanzas muy pesadas, no estoy por el artículo; pero así lo han arreglado ustedes que tienen en esa parvada tanto interés como yo, ya no hay remedio, veremos que tal se defienden esas palomas del Gavilán.

—Como yo conozco a don Manuel tan hablador —dijo el cura—, creo que no ha de hacer gran cosa, luego luego nos echó ahí la fanfarronada de que iba a parodiar al calabrés, a representar a Diego Corrientes el bandido de las Calabrias que quién sabe cuántos siglos hace que se hizo de fama; sólo me tiene con algún cuidado el que quiera azorarlas descargando su pistola; tal vez puede bajar la puntería, preocuparse y darle un balazo a una de las niñas; es regular que ahora que renovó la pólvora la haya atacado a su satisfacción.

—No crea usted que haga nada con ella, es muy fatuo —replicó Pepe.

—¡Cómo no!, una fatalidad, una desgracia que son tan comunes, por algo dicen que a esas armas las carga el diablo.

—Pues lo que es a ésta del bravo Diego ha sido lo contrario.

—No sé en qué funda su confianza.

—Conozco algo la situación, señor cura, Dios me entiende y yo me entiendo.

—¿Por dónde van ya las niñas? —preguntó don Juan a Lucas su cochero, sacando la cabeza por la portañuela.

—Ahorita están empezando a subir la cuesta.

—Pues arrea para que no nos coja muy distantes la escena del calabrés, ¡qué noche tan linda!

—Yo apostaría alguna cosa a que las gallinas se soplan al coyote —dijo Pepe—, van tres o cuatro muchachas medias jinetes en caballos regulares, el bárbaro ése en el caballo que eligió, no da un paso sin que sólo a testarazos lo confundan.

—¿Pero y la pistola, los cuatro hombres emboscados, la sorpresa y el sitio tan a propósito? —replicó don Juan—, perdería usted su dinero.

—Pues gáneme algo; aquí está esta onza americana que no chilla, en la inteligencia que el que gane reparte su ganancia entre sus gallos, es decir: si pierdo, le da usted sus cuatro pesos a cada bicho de éstos, y si gano a cada niña les dará el depositario un par de pesos, y seis a la que mejor se conduzca.

—Arreglados —contestó don Juan—, mi amigo Garduño deposita; este reloj responde por mis veinte pesos.

—Aquí está mi onza, señor tesorero.

—Poco nos vamos a esperar para salir de dudas —dijo Garduño—, yo presenciaria la pelea con mil amores.

—Ya no tenemos tiempo; si lo hemos advertido tomamos a pie las veredas de los huacaleros; pero apenas estamos encumbrando y ellas irán llegando al puerto, arrea, Lucas, arrea.

Camila así que tuvieron una buena distancia de la carretela y acabó de oscurecerse, empezó animar a sus compañeras previniéndolas que ninguna se dejara agarrar las riendas de su caballo; que Viviana viniera cuidando el lado izquierdo y Lucecita el derecho, llevándose en medio a las más pusilánimes; y desconfiando del efecto de sus varas, con mil trabajos desgarraron unas ramas de encina de un grueso regular, para que las que cubrían los flancos no dieran varazos, sino garrotazos.

—Pero si nos va a atropellar ese hombre de un caballazo, o de veras nos pega un tiro, ¿qué hacemos, tú? —advirtió una de ellas.

—Ni uno ni otro —respondió Camila—, el caballo que monta es el *Chimpas* de Tomasa tu cocinera, que le pide licencia a un pie para menear el otro, y la pistola se la descargó don Pepe y sólo tiene tacos de papel; ustedes defiéndanse no más de los de a pie sin gritar ni asustarse, déjenme a mí solita al zambo de don Manuel, porque me quitaría el nombre de Camila, y me dicen que soy una puerca fodonga si no te doy una tunda que loco lo vuelva; miren, no vengo desprevenida, aquí traigo con qué quererlo —y quitando la pierna de la cabeza de la silla se sentó como hombre, empuñó y desenvainó la espada.

—¡Ay tú! —exclamó la chiquilla de don Juan—, no vayas a matar a ese hombre, por Dios, tal vez está en pecado y se condena.

—Vale que ahí viene tata cura para que lo confiese, pero adonde se nos resista ya está que la lleva. Conque ya estamos a media cuesta, vámonos previniendo.

Se apeó, dobló la manga al revés, la tendió a lo largo cubriendo la silla y arzones, y empezó a recoger la ropa de atrás y a acomodarse la de adelante.

—¿Qué vas a hacer, mujer? —dijo Lucecita.

—Ya lo ven, recojo estos trapos para que no me estorben, estos otros me sirven de calzones, y poniendo la manga así, no se rozarán mis piernitas con estos cueros tan duros, porque si yo no las cuido, seguro está que me las dejara curar de Diego Corrientes, ja, ja, ja —se montó como hombre, y echó a andar.

—De veras, de veras que eres muy buena machorra —repetía Viviana—, si yo tuviera tu genio me la hubiera pagado ese indino de don Manuel que andaba contando que yo le correspondía; mal haya él, tan alabancioso.

—Si me hubieras comunicado tus cosas, yo te hubiera desquitado; pero como son tan reservadas, ya ves a la Lucecita, le andan haciendo la rueda, y ella se hace que la virgen le habla, eso sí va bien jugada, es un hombre hecho y derecho; no, me engañé, es medio hombre por tan chapaneco, tiene un talentazo como punta de bola, es muy valiente y...

—Camila, ¿me quieres hacer el gusto de no molerme?, ya te dije que no tengo nada con él, y aunque es muy desvergonzado y me anda persiguiendo, he estado disimulando sus impertinencias por no darle a mi papá un disgusto, pero ya estoy resuelta que adonde prosiga con ellas, se lo aviso para que lo eche a noramala.

—No se me enfosque, güerita linda, míreme aquí que parezco un hombre, y si conforme traigo enaguas usara pantalones, le daba a ese sujeto una llegadita; te echaba yo en la silla, y ojos que te vieron ir, porque me cuadras mucho cuando te pones enojadita. —Con estas y otras sandeces acabaron de encumbrar, riéndose todas.

—Alto —dijo Camila—, prevén tu palo, Lucecita, y de aquí no te despegas; tú también, Viviana, a tu puesto, ustedes no se quiten de su formación ni se hagan bola; cuidado quién chillar, vamos cantando para que no crean que tenemos miedo.

Se sentó bien en la silla, templó las riendas, le enseñó la espada a Cupido y echándole una roncada apretó los talones, se disparó el caballo con muchas ganas, lo sentó exclamando:

—Ah, qué cuaco tan desengañado, muchachas, ésta es la flor de canela, bien hayan los Hermanos de la Hoja que no montan cacomiztles. Vamos cantando el ángel.

—No, es muy triste —dijo Luz— mejor la luna.

—Tampoco, ¿no ves que se ha ocultado?

—Cantaremos el peregrino —replicó otra.

—Es tan cansado eso del áspero desierto —agregó Camila—, es mejor una cosa burlesca; cantaremos el toro.

—Sí, sí, el toro —repitieron todas—, tú haces coro, Camila.

Ésta se colocó a la cabeza de su fuerza andando a buen paso, observando cuidadosamente por todos lados, teniendo lista la rienda y la espada bien asegurada, empezó a cantar con todo el torrente de su pecho:

—*¡Ahí viene el toro! ¡Ahí viene el toro!, señora, ¿qué haré?* —y las demás respondían en igual tono—: *Preste su manga, preste su manga, lo capotearé.*

—*Ya rasca la tierra, ya rasca la tierra, ¿qué me matará?*

—*Ni entra ni nada, ni entra ni nada, parado se está.*

Apenas acababan de cantar este último estribillo cuando saliendo un indio de entre los breñales quiso tomar las riendas del overo, el caballo cejó con violencia, y Lucecita enderezándolo, le dio un buen garrotazo en la mano al atrevido; Camila que lo vio parado teniéndose la mano golpeada con la buena, quebró veloz su caballo, y a la vez que le plantaba un planazo en la cara, le dio un encontronazo que lo aventó cinco o seis varas y fue a dar junto a un árbol, de costillas; a ese tiempo asomó otro y la chiquilla conociéndole le dijo:

—Ya te veo, Rosalino, yo se lo diré a mi papá.

Al verse aquel hombre descubierto, se emboscó, el otro que estaba al lado opuesto del golpeado, vio que su camarada cayó y no se levantaba, percibió con la escasa luz de la luna que relumbraba la espada de Camila y no se atrevió a salir, sino antes bien cortó monte y se largó con su compañero. Don Manuel que estaba también oculto a pocos pasos, asomó la cabeza, vio a todas paradas y suponiéndolas sorprendidas por los suyos, salió de su escondite dándole furibundos talonazos al Chimpas, que al sentirse tan acosado sólo estiraba el pescuezo y daba de pugidos queriendo trotar con marcado desaliento; alzó don Manuel el brazo con la pistola gritando con todos sus pulmones:

—*Alto a... hí, la bolsa o la vida* —y estiró el gatillo, tronó el capsul y se quedó un instante absorto pues ninguno de los indios parecía por aquel sitio.

Camila sin perder tiempo le contestó:

—*Tenga su comer gorrión.*

Enderezó al Cupido, que despachándose con todas ganas, le dio tal encontronazo al pobre Chimpas que cogiéndolo algún tanto atravesado fue a dar un soberbio costalazo a gran distancia, entonces se acercaron todas para impedir que Camila lo matara, pues siguiéndole el bulto, brincaba sobre los dos caldos del uno al otro lado afligiéndole cintarazos a Diego Corrientes, quien teniendo una pierna debajo, no podía desprenderse del Chimpas que muy hallado en su posición descansada ningún esfuerzo hacía para pararse; al ver don Manuel relumbrar las herraduras del Cupido por sobre su cabeza, todo se encogía tratando de librarse, y abrazándose del pescuezo de su caballo.

—¡No lo mates! ¡No lo mates! —decían las otras llegando muy sorprendidas a aquel sitio.

—Háganle corralito —respondió Camila—, para que no se nos escape este pillo —y picándole al Chimpas una nalga con la punta de la espada lo hizo parar más que de prisa con todo y jinete, le quitó la pistola de un estirón y se la dio a la chiquilla diciendo:

—Si ésa mintió, ésta que don Pepe carga en la silla las manejan los hombres; háganse, háganse déjenme fusilarlo.

Don Manuel sentía morirse, no dudaba de lo que oía, pues muy frescos tenía los planazos; pero no se atrevía a chistar, y ya iba a descubrirse cuando Viviana

intercediendo, y todas suplicando decían:

—No, Camila, no, no le tires.

Camila hizo la potiforma de buscar en el baquerillo, y fingiendo que sacaba las pistolas dijo:

—Sólo porque ustedes se empeñan, no despacho a este pícaro; toma, Lucecita, ya está preparada, adonde trate de escaparse suéltale el tiro; toma la otra, Viviana, y ya sabes; —se arrimó al Chimpas, le tomó las riendas y dándoselas a otra le mandó que las estirara, y muy custodiado se lo echaron en medio, y tomaron la cuesta abajo al trote, afligiéndole varazos al caballo para que anduviera, y al jinete para que hablara; remudándose en esta operación por turnos.

—¿Cómo se llama, grandísimo pillo? —decía Camila soltándole a la vez un cintarazo—. No sea sinvergüenza; trabaje, grandísimo ladrón, descúbrase la cara, indino, queremos conocerlo.

Pero por más instancias y trancazos que le daban, se obstinó en no darse a conocer, pensando de qué modo podría fugárseles, porque si llegaba al pueblo en aquella disposición, iban a armar un gran escándalo; sacó el pie del estribo, estiró la pierna en que recibió un golpe, y mirándose ya cerca del pueblo, en el carril de la salida se determinó a apearse violentamente, brincar la cerca, y escabullirse por las milpas, precisándolo más que una de las niñas, dijo:

—Ahora sí lo conoceremos, pedimos vela en la tienda de doña Pachita y luego lo llevamos para el juzgado a que lo encierren en la tlalpiloya.

Todo aquello era muy fácil, y sin perder tiempo se apeó, con la manga empezó a espantarles los caballos corriendo para uno y otro lado, intentó brincar, pero por más esfuerzos que hizo no lo consiguió, era muy chaparro y la cerca estaba demasiado alta; se dirigió para adelante, pero tuvo que retroceder, pues Camila espada en mano, venía a su encuentro; entonces no se le ocurrió más que correr con todas sus ganas para la cuesta abajo; en dos trancos lo alcanzó Camila y no queriéndole meter la espada, se la pasó a la mano de la rienda y con la otra le cogió la punta de la manga que llevaba embrocada; el caballo no se contuvo, él encogió el pescuezo y Camila se la llevó sin gran trabajo, quedándose don Manuel sin ella, sin sombrero y sin el pañuelo que se enredó en la cara; mas como algo se resistió el barboquejo, eso motivó que llevara buena una empinada y arara la tierra dos o tres varas boca abajo; se paró muy aturdido y empolvado pensando que Camila volvería y que las otras se le acercaban; tanteó la cerca de enfrente, percibió una especie de claro que se le figuró portillo, tomó aliento y furioso se arrojó por allí, prorrumpiendo en una ensarta de maldiciones al sentir las punzantes espinas de un grupo de nopales que eran los que había visto blanquear; todo llenó de abrojos y apoyándose sobre ellos mismos, llegó a echarse de barriga sobre la cerca, pero al empuje de subir la pierna se desbarrancó con todo y piedras para el mismo lado, cayendo en los troncos y hojas de los nopales que antes había quebrado, cubriendo su cuerpo las piedras sueltas y otras hojas nuevamente desprendidas, no atreviéndose a hacer el más leve movimiento por temor

de espinarse más.

Camila cuando volvía percibió el bulto sobre la cerca, oyó el ruido del derrumbe, y se figuró al no verlo por allí que siempre se había escapado; a las otras les ocurrió lo mismo y muy pesarosas, echándose una a la otra la culpa, recogieron el sombrero, el pañuelo y juntos con la manga, la pistola y el Chimpas, siguieron su camino; a la salida del carril volteó Camila la cara y percibió la carretela parada más allá de medio callejón, y que con fósforos alumbraban por la cerca adonde se les fugó el prisionero.

—Espérenme aquí tantito —les dijo—, me voy a espiar a ver lo que hacen —y volviéndose pegada lo más posible contra la cerca, ayudada por la sombra de los pirús, llegó sin haber sido notada más que de Pepe que estaba parado enfrente de las mulas, mientras los demás y Lucas sacaban a don Manuel de su escondite.

—Vete de largo poco a poco —le dijo Pepe—, hasta aquel pirú grande, y cuando marchemos te vienes pegada a la rueda de este lado.

Así lo hizo Camila mirando que sacaban de debajo de la piedras y nopales a don Manuel, alumbrándose con repetidos fósforos por no espinarse.

Desde que iban los de la carretela a media cumbre, esperaban oír el tiro, y por instantes escuchar lamentaciones, ver venir caballos sueltos o alguna de las niñas sofocada y llena de miedo implorando su socorro; pero nada se percibía y todo estaba en silencio; cuando acabaron de subir, dijo Lucas:

—Señor amo, ahí viene don Pedro Pablo renqueando.

—Lámalo y párate —respondió don Juan—, veremos qué le ha sucedido; ¿qué ha habido? —preguntó al peón luego que éste se hubo acercado a la carretela.

—Nada, señor amo —le respondió—, la jerramos de medio a medio, míreme no más su merced, por poco me mata la niña que va en el oscurito.

—Cuéntanos el lance, hombre, ¿cómo estuvo eso?

—Pues ya estábamos listos para cogerles las riendas, don Manuel se puso adelante emboscado, con el trabuco prevenido, las niñas venían muy confiadas cantando, yo fui el primero que salí y antes de pepearle las riendas al mascarillo, la niña Lucecita me plantificó en la mano un leñazo, señor, que hasta lucernitas vi; y cuando menos lo esperaba yo, se volvió la otra niña que lleva el oscurito, y dándome un fajo con la cuchilla en la cara y un testarazo con el caballo, me aventó hasta el ocote grande, donde me pegué esta descalabradura; Gerónimo que estaba de mi lado, arrancó luego y también Rosalino y Pedro José pintaron su venado, yo me fui arrastrando por allí hasta esconderme en un matorral; luego salió don Manuel y aunque le estiró las mechas al trabuco, no salió el tiro, la niña del oscurito lo enderezó y lo despachó como los hombres, aventando al Chimpas de doña Tomasa un gran trecho, de donde lo pararon con todo y don Manuelito a fuerza de varazos y cuchilladas; luego lo iba a fusilar la niña con las pistolas que sacó del baquerillo, y a tanto ruego de las otras se conformaron con llevárselo por ahí y se van todas empeñadas en saber quién es, menudeándole seguidito.

—Toma estos dos pesos para que te cures —dijo don Juan—, ya te puedes retirar;

arrea, Lucas.

—¿Qué hay de lo dicho, señor? —le dijo Pepe—, no ha de gastar el famoso Diego Corrientes mucha saliva en cortejar a las damas, y sí necesitará curarse las costillas.

—Vamos aprisa a alcanzarlas —dijo Garduño—, quiero ver el papel que va haciendo el calabrés fanfarrón; por lo que hace a sus veinte pesos, señor don Juan, écheles un galgo.

—Lo veo y no lo creo —exclamó el cura—, cinco hombres para ocho niñas: ellos emboscados, ellas desprevenidas, y bien mirado no son ocho, son tres las únicas más atrevidillas; esto es sorprendente, las tres librarse de los cinco, golpeando a uno y llevarse prisionero al principal, al más temible que estaba montado y armado, y lo que es más, resentido, esto es increíble.

—Arrea, Lucas, arrea mas que nos vuelques —repetía don Juan, ansioso de ver la escena.

Lucas contuvo las mulas, a media cuesta se agachó y dijo:

—Por ahí está un herido que se queja.

—¿Por dónde? —preguntó Garduño.

—Allí junto a la cerca.

Se apearon, don Manuel repitió sus lamentos y procuraron sacarlo de su punzante situación; después de haber acabado una cajilla de fósforos en estar alumbrando, lo colocaron en los asientos delanteros en el lugar de Pepe, éste se paró en el estribo cubriendo con su cuerpo la portañuela, y Camila hizo lo que le previno.

—¡Ay, ay, ay!... —repetía don Manuel a cada movimiento del carruaje.

—¿Qué tiene usted, don Manuel? —preguntó el cura—, ¿qué es cosa de cuidado?

—Sí, señor, no puedo encontrar postura, esto es insufrible, ¡ay, ay, ay!...

—Pues que paren, si se siente malo, ya sabe que yo soy un ministro del altar, procure coordinar sus ideas, yo le ayudaré a descargar su conciencia, ánimo, amigo mío, Dios es muy misericordioso, procure ante todo la salvación de su alma; ¿paramos?, ¿se determina usted a confesarse?

—No es para tanto, señor cura, pero que vaya despacio la carretela, que no se mueva tanto.

Mandó don Juan a Lucas que fuera paso a paso, preguntando:

—Pero, ¿qué sucedió por fin, don Manuel? ¿Quése, Diego Corrientes? ¿Qué ha sido de las niñas?, díganos lo que ha pasado.

—No se pudo aprovechar la ocasión —contestó—, esos indios no salieron a tiempo, y cuando nos presentamos a la palestra, ya habían pasado de nuestro frente; mirando que no se logró el lance, le di a cada uno un par de pesos y los mandé a sus casas; seguí al alcance de las niñas, les pegué un grito aterrador, descargué mi pistola, y corrieron las pobrecitas cual azoradas cervatillas; yo por más que les gritaba que no se asustaran, que yo era, no pude conseguir tranquilizarlas, y van llenas de miedo precipitándose por todo el camino.

—¿Y cómo es que lo hemos encontrado como a don Quijote, mal parado y bien molido caballero?

—Una desgracia, un contratiempo fatal: la falta de mi caballo; luego que vi a esas criaturitas huir despavoridas, le solté la rienda poniéndolo a todo su galope; tropezó Tomasa con el Chimpas y fue a dar a la peña.

Todos a un tiempo prorrumpieron en estrepitosas carcajadas, y queriendo don Manuel enmendar su equivocación, prosiguió diciendo:

—No, tropezó con el Chimpas la peña y me desapeó Tomasa sin yo querer, sobre estas malditas biznagas tan llenas de espinas.

—Está peor el remedio que el mal —dijo Pepe, volviendo todos a perecerse de risa.

—Ésa es la sustancia, no sé lo que digo, pero estas espinas me están molestando demasiado.

—Y el sombrero, la manga y lo demás, ¿dónde está?

—Todo lo fui tirando para aligerar el peso.

—¿Y el Chimpas de Tomasa?

—¿Tomasa?, por ahí va de largo asustando a las niñas o que sé yo, me sambutió sobre los espinos y tomó su portante.

Escuchado todo por Camila, se deslizó violentamente y al galope muy pronto se reunió con las demás contándoles lo que don Manuel había dicho.

—¡Qué embustero tan guaje! —dijo Lucecita.

—¡Tan descarado! —agregó otra.

—Díganlo de una vez —replicó Camila—, tan sinvergüenza, y ahora para entompearlos a todos, le vamos a seguir el barreno, y cuando esté más ufano creyendo en el tecolote, le vamos devolviendo sus prendas delante de los tatas, diciendo algo para Diego Corrientes, relativo a sus enamoramientos para que lleve un descolón; yo les aconsejaré lo que han de decir y mientras, vamos a azorar a los gachucitos sus cajeros haciéndoles creer que de veras nos asustó Diego Corrientes; ¡sígánme!

Llegaron corriendo a la casa de don Manuel, tocando unas el zaguán muy presurosas, y Camila que se dirigió a la tienda, les gritaba:

—¡Cierren, cierren, que ahí vienen los ladrones! Don Zenón, abra usted el zaguán antes de que nos atrapen.

Brincó Patricio el mostrador y ayudado de un borrachín cerró las puertas muy precipitado y descolorido. Zenón abrió el zaguán con precaución, fueron entrando todas haciendo exclamaciones y Camila le decía:

—Vaya usted, don Zenón, vaya corriendo en su socorro. ¡Ay Dios mío!, si los habrán matado —y como una loca le daba de empujones para que saliera.

En esto llegó Patricio que mirando aquel empeño le dijo:

—Anda, Zenón, anda en su auxilio.

—Yo no puedo abandonar la tienda —le respondió muy descolorido—, anda tú

Patricio, que te acompañe el señor.

—Sí, sí, vamos —decía el borrachín—, presten un fúsil —y se arriscaba el sombrero muy contento.

—Pero es el caso —dijo Patricio—, que no tenemos en casa ninguna arma de fuego, y tal vez don Manuel se enoje porque salimos sin su orden, ya conoces su genio.

—Eso sí —replicó el borrachín—, tiene mal genio don Manuelito, nos quedaremos.

Estaban en esto cuando llegó la carretela, ninguno de los dos dependientes quería abrir hasta que por una ventana se cercioraron; conforme iban bajando los señores, se les echaban al cuello las niñas haciéndoles caricias y llorando como admiradas de verlos sanos y salvos, causándoles no poco sobresalto; Camila hizo lo mismo con el señor Garduño, y acercándosele bien, le dijo al oído:

No se sorprenda usted porque es tempeste, y estamos haciéndoles la guanta.

Don Manuel apoyándose en los brazos de sus dos cajeros se metió cojeando para la recámara y se tiró sobre su cama; entre éstos, el borrachín y su cocinera le quitaron todas las espinas que tenía.

Los señores se sentaron en la sala, las niñas estaban haciendo su conciliábulo en el corredor, y Pepe con Lucas asegurando caballos.

—¿Qué dice usted de esto señor Garduño? —dijo el cura.

—Que cada vez entiendo menos; Pedro Pablo nos dijo una cosa, don Manuel otra, las muchachas estaban azoradas, y todavía no sé la realidad.

—El resultado —dijo don Juan—, es que ellas le han festejado la persona, y no puedo comprender cómo fue a dar contra la cerca y estaba tan cubierto de piedras y nopales; estas muchachas son el demonio de que se juntan, y capitaneadas por esa loca de Camila son capaces de haberlo juzgado por muerto, echándolo allí y cubierto con esos escombros, venir a fingir que las seguían para curarse en sana salud y no dar lugar a que se sospechara de ellas.

Entró Camila y le preguntaron:

—¿Qué les sucedió? ¿Por qué fue tanto mitote?

—Vaya usted allá —respondió haciéndose la enojada, poniéndole a don Juan una cara muy seria—; usted sabía muy bien que en el puerto siempre roban, y sin embargo, nos comprometieron a venir solitas por delante; la fortuna fue que cuando nos quisieron salir ya habíamos pasado, y azotamos y azotamos y no nos pudieron dar alcance.

—Ya ustedes lo oyen —dijo don Manuel acercándose, pues desde la puerta había estado escuchando la relación de Camila y para barajar la conversación preguntó:

—Qué, ¿no gustan de tomar algo?

—Gracias —respondió el cura.

—Yo nada —dijo Camila—, tú sí, ¿no chula?, un bizcochito, tantito vino, queso, cualquier friolera, ¿no Lolita?

—Sí —contestó la chiquitilla—, tomaremos algo.

—¿No sería mejor merendar? —exclamó Lucecita— haremos tortitas compuestas con chilitos, aceitunas, sardinas, chilpocles, tornachiles en vinagre, ¿qué apetece usted, papá?

—Lo que gustes, mi alma.

—Pues todo —gritó Camila—, con eso cada cual toma lo que le agrade.

Hizo don Manuel una seña a los cajeros para que trajeran todo, algunas de las niñas se fueron tras ellos para la tienda, y Garduño alcanzó al dependiente y le dio a cambiar la onza americana para darles a las muchachas los veinte pesos que perdió don Juan, parándose en la puerta de la trastienda a esperarlo; volvió éste a poco, le entregó los veinte pesos que sin ruido se guardó en la bolsa del pantalón y volvió a sentarse en su lugar.

Don Manuel advirtió la primera parte, y se supuso que Garduño había dado algo al cajero para que se cobrara de lo que las niñas pidieran en la tienda, y desde luego quiso echarla de franco. Entraron las niñas a poco rato y colocaron sobre una mesa cuanto se les antojó tomar de la tienda, pues Camila les atizaba bonitamente. Se sentaron todos incluso don Manuel, Zenón y Patricio, y antes de que comenzaran, le dijo a este último:

—Devuélvele al señor lo que te dio, anda por ello sin dilación.

—Hombre —dijo Garduño—, eso es cuenta separada, yo le he dado...

—No admito excusas, señor mío, ése es un agravio que me hace.

—Pero, ¡qué agravio, ni qué calabazas! yo sólo...

—Ya lo dije, señor Garduño, hágame la gracia de no insistir, se lo pido por esta niña que tanto aprecia, no me desaire, yo sé lo que hago.

—Y yo también —respondió Garduño—, no quiero que nadie me regale, no admito favores que no solicito.

—¿De qué se trata? —dijo don Juan.

Don Manuel le dijo al oído:

—De devolver a este señor lo que ha dado, para que se paguen estas frioleras —y señaló lo que había en la mesa.

—Entonces tiene usted razón, señor don Manuel. No se excuse usted más, amigo Garduño, reciba usted lo que dio, porque si no también me agravio, somos buenos amigos y no digo más.

—¿Conque también usted se empeña?

—Sí, me empeño y si no nos da gusto me ofendo.

—Pues, señor, les obedeceré, primero es la amistad que el dinero. Volvió Patricio y entregándole la onza le dijo:

—Americana, de a veinte duros, es la misma, véala usted.

—Gracias —contestó Garduño dándosela a Pepe, diciéndole—: Ésta es la depositada, guárdesela.

Merendaron todos muy bien, y promoviéndose conversación sobre la ocurrencia

del puerto, Camila le dijo a don Manuel:

—Ya sabemos que usted es muy amigo de ese bandido Diego Corrientes que nos ha asustado, ¿no es verdad?

—Sí, lo conozco algo, así así, por encima.

—¿Qué no nos hiciera el favor de darle un recadito y poner en sus manos una encomienda?

—Con mucho gusto, pueden ustedes mandar.

—Pues dispensando la confianza, hágame favor de decirle que muy pronto seré la esposa de un valiente Hermano de la Hoja, que a los bandidos como el tal Diego, los aplasta con el pie como a cualquier insecto; y que en prueba de que lo desprecio, ahí le devuelvo esa manga que le quité cuando corría de mí como una pipila; que ya sintió el peso de mi mano, y por último, que no se meta a cortejar damas porque Cupido lo puede desquebrajar de un cariño. Usted dispense mi molestia, don Manuelito.

—No hay de qué, y le haré presentes sus favores, harto desagradables por cierto.

—Sí, no dejan de ser sensibles, y por algún tiempo los tendrá presentes: ¿quién le manda ser tan tierno con las garbanceritas?, vale que usted tiene talento, y lo autorizo para que a mi nombre le diga cuanto se le venga a la boca.

—Señor don Manuel —dijo Viviana, la hermana del oirá—. yo le suplico a usted que le diga a ese bribón de Diego Corrientes que no sea alabancioso con andar contando que yo te he correspondido, que nunca recibí sus cartas que apestaban a azafrán, que ahí va ese pañuelo que dejó tirado cuando corrió de Camila que lo empinó de cabeza a medio carril después de haberlo trillado en el puerto.

—Dispensando tanta impertinencia, don Manuelito —dijo Lucecita—: hágame favor de darle este sombrero a ese infame salteador que nos iba a pegar un susto; y dígame que no me ande moliendo con sus pretensiones necias, porque ya conozco del pie que cojea; que yo nunca corresponderé a ningún pillo que a todas chonguea, y es tan cobarde que las mujeres lo azotan.

—Todo, todo se lo haré presente —respondió don Manuel con el rostro muy encendido.

—Todavía falta —dijo Lola, la chiquilla de don Juan—: dígame usted al niño Corrientes, que si me quiere cambiar esta pistolita por una muñeca, le daré una que tengo sin cabeza, y unas planchitas de ribete, para que no se las quiten.

—Yo te avisaré lo que responda, chiquilla, pierde cuidado.

—Pues, señores, concluyamos este drama —dijo don Juan—, tanto el señor cura como yo, le damos las gracias por el feliz desempeño de su comisión, nuestra venganza ha sido completa, y Diego Corrientes se ha lucido.

—Ése ha sacado la mejor parte —respondió don Manuel—, ya ustedes lo han visto, hay días fatales y por algún tiempo lamentará su derrota el calabrés.

—Quiere decir —replicó Garduño—, que por fin se confirma su fiasco, ¿ha sido de veras derrotado? ¿Han espantado las gallinas al coyote?

—Sí, señor, le han festejado de lo lindo, se confiesa vencido, y es la verdad —dijo don Manuel muy abochornado.

—Pues, señor don Juan, ha perdido usted sin remisión, y yo debo cumplir lo estipulado. Camila, forma tu gente y concluyamos, voy a repartirles su debido premio.

—A formar, a formar —gritó Camila poniéndose a la cabeza.

Garduño le dio a cada una sus dos pesos, y seis a la comandante diciéndole:

—Denle al señor don Manuel las gracias, porque de su bolsa ha salido este dinero.

—Muchas gracias, don Manuelito —dijo Camila, y todas lo atarantaban repitiendo lo mismo. Luego prosiguió Garduño:

—También denle los agradecimientos al señor don Juan que interpuso su valimiento y amistad porque don Manuel fuera complacido.

—Gracias don Juancho —dijo Camila.

—Gracias, papacito.

—Muchas gracias, señor don Juan —y también lo aturdieron a gracias.

—¿Sabe usted, señor Garduño, que no comprendo esto? —dijo don Juan.

—Voy a terminar mi comisión, pero antes deseo saber si aprobará lo que pienso hacer.

—Apruebo cuando disponga, pero aclaremos este enigma.

—Señor cura, tenga usted este reloj por el que le darán veinte pesos para que los dé de limosna a los infelices que estén más necesitados.

—Gracias, señor Garduño, ¿y a quién agradecerán esta caridad?

—Al señor don Manuel y a don Juan que mira aquí presentes.

—Señores —dijo el cura guardándose el reloj—, a nombre de los infelices a quienes socorra, me anticipo a darles el agradecimiento.

—Menos comprendo este enredo, señor Garduño —dijo don Juan.

—Ni yo tampoco —repitió don Manuel.

—Voy a explicarme en dos palabras. Habiendo perdido don Juan una apuesta que hizo con don Pepe de veinte pesos, no teniendo yo como depositario más que oro, y necesitando menudo para repartir la cantidad perdida entre quienes se destajó, le di al joven don Patricio una onza americana para que me la cambiara, recogí los veinte duros y me volví a tomar mi asiento; al comenzar la merienda ordenó don Manuel a su dependiente que me devolviera lo que de mí había recibido; yo me excusé, insistió, y la verdad hubiera parado la cosa muy mal, pues yo enemigo de que nadie me regale sin merecerlo ni solicitarlo, me molestó mucho; pero tomó la cuestión otro giro. Usted, señor don Juan, también se empeñó en humillarme, interpuso su buena amistad y me precisó a recibir un favor no teniendo necesidad de él, con mucho gusto lo cedo en favor de los infelices que el señor cura socorra, he aquí todo el enigma.

Don Manuel se mordía los labios de cólera, pues en lo menos que pensaba era en hacer tal obsequio a Garduño. Don Juan sorprendido le dijo:

—Usted me contó otra cosa, don Manuel, por eso apoyé su capricho; por ningún motivo, ni por cuanto oro hay en el mundo humillaré a un amigo, ¿por qué no me dijo su verdadera intención?, y no que sin querer le he causado un mal rato a este señor; eso es muy mal hecho, engañarme cual un chiquillo y...

Don Manuel que veía que cada rato la cosa se complicaba y además no quería confesar su equívoco, se resolvió a enmendar su yerro aunque topara en el dinero, más cuando los veinte pesos ya estaban repartidos y recibidas las gracias por su generosidad, por lo que dijo tomando un tono suplicatorio:

—Señores, les voy a hablar con franqueza, y disimulen mis ocurrencias sin que sean causa de agravios. Ya yo sabía de la tal apuesta, y no me parecía justo que el señor don Juan por una torpeza mía perdiera su dinero, no discurrí otro modo de hacérselo recibir al señor, más que el que le indiqué a usted; ahora ya sabe cuál fue mi intención y discúlpeme como amigo.

—No hablemos más del negocio —dijo Garduño—, el asunto está terminado, no me doy por ofendido y se acabó, sólo me resta darle al amigo don Juan los agradecimientos por su muestra de cariño; un fuerte abrazo de despedida, y a todos ustedes, señores y niñas, las debidas gracias por su amable compañía; tengo que arreglar con el señor cura un negocito, pues me precisa muchísimo partir mañana, mis hijas han quedado solas y mis intereses abandonados.

Se desbarató la mazorca, después del más cordial despedimento y don Manuel estaba ese día de guardia, porque después de haber hecho a Lázaro, le costó la merienda y los veinte pesos, dándose a Judas de haber sido tan necio.

Dejó Garduño firmado su consentimiento paterno en la información matrimonial, y al cura dinero, para que sin pérdida de tiempo consiguiera la dispensa de vanas y todo lo concerniente para el matrimonio, que debía verificarse en su casa de San Felipe del Obraje, escribiéndole a Tacho esa misma noche para que a su regreso viniera a la presentación. Se retiraron cerca de las diez de la noche, Camila no escaseó sus caricias a su padre, les previno su itacate, y con mil amores se la hubiera desde luego echado en las ancas y llevado, ofreciéndole que vendría una de sus hijas cuando el cura lo dispusiera, por ella, y regresaron a las cinco de la mañana muy contentos, no quedando menos Camila ni los de su casa.

Estuvieron todo el camino recordando, comentando, y riendo de las ocurrencias del día anterior, de manera que sin sentirlo, llegaron a San Felipe. Al ver entrar las niñas a Garduño con semblante alegre y carcajeándose con don Pepe, también se pusieron halagüeñas; mucho tiempo hacía que no lo habían visto tan jovial, chancero, alegre, y no hallaban a qué atribuir tan repentina mudanza, ignoraban el objeto de su expedición, y la curiosidad las tenía inquietas. Por fin, después de comer sacó el señor Garduño una canastita de costura, hecha de cerda y abastecida de mil chacharitas muy curiosas.

—¡Ay qué chula canastita, papa! —exclamó la más chica abrazándole el cuello a Garduño, y vaciándola, todas alababan sus chucherías. Sacó luego Garduño una

petaquita muy bien hecha de palma; otra niña abriéndola dijo:

—Ésta es más bonita, ¿a ver qué tiene?

Fueron mirando también un verdadero estuche de tocador, escobeta, peines, escarmenador, pomitos, espejito, y otros mil juguetillos propios del ramo. Por último, un baulito de paja de trigo, también muy curioso, lleno de una batería completa de cocina, sumamente abastecida.

—¿Adónde ha comprado usted todas estas chucherías, papacito? —dijo la más grande.

—No las he comprado, hijita, es un regalo para ustedes, aquí está la carta de remisión.

—Tomó Pepe la carta, y leyó en el sobre:

—«Para mis queridas hermanas, Lola, Chucha, y Concha, en propia mano; por favor.» No hay duda de que a ustedes se dirige. —La tomó Lola, y leyendo en voz alta continuó:

—«Mis muy amables y queridas hermanitas: mi padrecito les dirá cuánto gusto tengo al pensar que va a concluir la triste orfandad a que estaba condenada por mi desgracia; tengo muchos, muchísimos deseos de conocerlas, de abrazarlas y de darles mil pruebas de mi amor, les remito unas friolentas que se repartirán, sin pelearse como perros y gatos, pues no quiero distinguir a ninguna, a todas las amo iguales; no son prendas de valor, porque soy una pobrecita como bien lo sabe el portador; pero recíbanlas como muestra de mi afecto. Cuídenme mucho a mi viejo, y si ven que les vuelve a poner cara de fo, avísenmelo para ajustarle las cuentas, porque yo no me tiento el corazón para eso; cuando aquí llegó estaba muy arisco, y con un medicamento que yo tengo ya se deja manosear y vuelve más mansito, en fin, como nos hemos de ver muy pronto, y una de ustedes ha de venir por mí, ahí hablaremos y mientras, reciban el corazón de su hermana que mucho las quiere una por una y a todas juntas al barrer. B. S. M. Camila N. de Garduño. —Posdata. No se les olvide cuidarme a mi viejito, porque es el ídolo de mi amor. Vale.»

—¿Quién es, papacito, por Dios, esta Camila nuestra hermana?

—Es la futura esposa de Atanasio, una pobre rancherita primorosa que me ha sacado de mis casillas, me ha encantado, vengo muy prendado de ella —y contó todo lo ocurrido sin omitir ningún pormenor.

—¡Qué gusto! —decía Concha—, ya tenemos una hermana nueva, primorosa, y no esa descolorida paquetuda que decían que era la novia de Tacho.

—Por no verla tan encofetada y ostentosa —agregó Chucha.

—Y tan inútil y fodonga —dijo Lola—; el domingo llevaba la cabeza muy olorosa, y unos porabajos de borrega cascarrienta, qué gusto que ya se largó más que de prisa, ¿quién sabe qué víbora le picó que la echó sin despedida?, ojalá y nunca vuelva la niña de mírame y déjame.

—¿Cuándo voy por Camila, papacito?

—No, yo —replicó la segunda.

—O yo —agregó la tercera.

—Ya veremos, eso depende de que me avise el padre don Alejo.

—Yo me cojo la canastita —dijo Chucha.

—No, ésa es para mí —contestó Concha, y empezaron las disputas.

—Mira, Lola —mandó el señor Garduño—, deposita todo eso y así que Camila venga, que ella reparta; mientras, vayan ustedes mirando cómo le corresponden la muestra de su cariño.

—Ahora, don Pepe, vamos a otra cosa, yo quisiera que en el día del casamiento de mi hijo Atanasio, concurren a mi mesa todos los Hermanos de la Hoja y sus respectivas gentes; deseo ver juntos a todos formando una sola familia, ese día quiero demostrar a todos reunidos mi justo reconocimiento, estrechar más la buena amistad y armonía con que se tratan; es mucho, muchísimo el placer que tengo de darle a mi muchacho una mujer de todo mi gusto, como usted dice don Pepe, *de honra y provecho*. Vaya usted a ver cómo compromete a su padre de Astucia, y al Charro, que yo por aquí haré lo mismo con el Tapatío y Chepe; se trae usted a su adorada Clarita mas que sea en una camilla, y si no tiene tiempo yo iré por ella; en fin, ya sabe mis intenciones; según me aseguró el señor cura, para el día ocho o diez del que entra, estará todo allanado, lo de por aquí es más fácil, y así determinemos definitivamente el casamiento para el día 15 que es día de fiesta; vea usted las trazas que se da y deme este gusto, voy a comunicar por el corral esta casa con la de la espalda que también es mía, arriendo la contigua que está desocupada, y no ha de faltar adónde alojar a todos, ni frijolitos que darles; las bodas de Camacho no han de haber estado ni más concurridas ni más abundantes; voy a echar la casa por un balcón como dicen, me voy a volver loco, ya lo dije, y si puedo traerme a los de la concurrencia de marras, soy capaz de transigir con Diego Corrientes por tal de que nos eche un brindis de su caletre como el consabido, y nos parodie al bravo calabrés.

Todo salió como Garduño se lo había imaginado; Pepe con demasiado empeño emprendió el viaje hasta la casa de Astucia, que aunque con trabajo, obligó a su padre a concurrir. Se guió a ver a Alejo, y allanó también que asistiera con su familia, hizo una semana de remonta ínter regresaron Lencho y Tacho de su expedición, dirigiéndose directamente para San Felipe pues así se los encargó Pepe en la carta que les dirigió desde San Cipriano. Estaba el señor Garduño tan alborotado y entusiasta por el casamiento de su hijo, que todo se le iba en disponer los preparativos, recorriendo en su memoria a qué conocidos y amigos le faltaba de convidar, a todos les contaba la dicha que iba a gozar con su nueva hija, relatándoles su chasco de estar haciendo el papel de incógnito, y algunas de las ocurrencias del día de campo, lo mismo que el suceso del valiente Diego Corrientes, que con el mejor buen humor recordaba a cada instante.

A los diez días después de las ocurrencias de San Cipriano, llegaron los viajeros, salió Garduño lleno de gozo a recibirlos, diciendo:

—Jamás he deseado tu regreso con más ansia, Atanasio, ¿qué demonios hacían?

¿Por qué se han demorado tanto, amigo Lencho?

—Porque nunca faltan tropiezos en el camino, señor Garduño; un lance que hemos tenido, nos hizo perder dos días y trastornar nuestro derrotero —respondió Astucia.

—¿Tal vez algún encuentro con los enemigos o?...

—No, señor, con unos pillos de los que merodean por Jantetelco y van a hacer sus expediciones hasta cerca del paso del río Atoyac, pero gracias a Dios ya los pusimos en juicio; dejamos en un jalocote grande un racimo de cuatro bandidos colgados, avisamos a la autoridad inmediata, para que los recogieran; a la pobre mujer a quien perseguían la pusimos en paraje seguro y bien recomendada para que la asistan de sus heridas; y aunque esa ocurrencia nos hizo perder el tiempo no me pesa, pues creo que la infeliz se podrá restablecer, y cuatro bandidos menos no deja de ser buena presa y alivio para los pobres caminantes.

—¿Cómo estuvo eso, amiguito?, cuéntemelo porque me ha dado curiosidad; pero mira, Atanasio, remuda y parte para San Cipriano, anda a formalizar la presentación y violenta todos los requisitos indispensables para que tu casamiento se verifique el día 15 del que entra en esta villa; mientras descansará un poco tu jefe, porque tengo con él un negocito particular.

Atanasio apenas saludó a sus hermanas, cuando en un caballo de refresco partió a media rienda lleno de gozo para San Cipriano a ver a su amada que lo recibió con no menos alegría y le dijo todo lo ocurrido con su padre.

Reunidos todos los de la casa, y otros tres amigos de Garduño, Astucia les contó la ocurrencia que habían tenido en el camino diciendo:

—Marchábamos muy tranquilos atravesando veredas para cortar camino, escudándonos las banderolas azules de nuestras lanzas, que al verlas flotar al aire los mañosos se agazapaban dejándonos libres el paso, hasta más allá del pueblecito de la Resurrección perteneciente a Jalostoc, cuando al llegar a las Palmas, uno de tantos lugares temibles, a orillas de Tierra Caliente, oímos un tiro lejano y luego vimos salir de aquellos breñales una mujer montada a caballo perseguida por cuatro o cinco cuerudos que le disparaban sus carabinas; cayó aquella infeliz del caballo como a cien varas de distancia de nosotros y sus perseguidores se apuraban para coger su presa. Yo lleno de ira dije:

—Socorre a esa mujer, *Fandango*; sígueme, Tacho, empuñemos nuestras armas. Metimos espuelas y partimos al encuentro de aquellos pícaros.

Iban tan preocupados los bribones que cuando advirtieron nuestra presencia, ya estábamos muy cerca.

—¡Atrás, canalla! —grité, con voz de trueno agitando mi lanza en molinete. Ellos sorprendidos sentaron sus caballos, voltearon caras, y huyeron por varias direcciones, gritando muy azorados:

—¡Los charros, los charros! Tacho desde luego dobló a uno de un balazo, y siguió tras de otro, que después que lo correteó un gran trecho, al fin se le perdió entre tanto

matorral.

—Yo me precipité sobre uno de un caballo cebruno y por más que le marqué el alto no me hizo caso sino antes bien al alcanzarlo me descargó su tercerola llevándose la bala, las agujetas que ven ustedes que me faltan de la hombrera de mi chamarra; indignado de aquello, apuré mi caballo, y diciendo:

—Que Dios te ayude, miserable —le despaché mi lanza y la moharra lo atravesó de parte a parte cayendo en el acto a poco trecho, volví la vista presuroso y columbré a otro de un caballo tordillo que me llevaba gran distancia. ¡Alcánzame, Sultán, alcánzame! —grité a mi perro animando a mi caballo en aquella cuesta arriba—, el perro partió veloz y yo seguí avanzando terreno sintiendo en el alma que aquél se me escapara; ya iba perdiendo la esperanza, cuando noté que el Sultán se le había emparejado, habíamos acabado de encumbrar, seguimos la cuesta abajo, dispuse mi yoga, y por temor de dar un balazo a mi perro, desistí de mi empresa por lo pronto, sólo esperando ver si conseguía tenerlo atravesado; aquel infeliz no hallaba a quién atender, volteaba la cara a verme muy azorado, o con su machete amagaba al perro que trataba de abalanzarse al caballo; en esto llegó a una certeneja y al emprender su caballo el brinco, el perro se le colgó de las narices y todos descendieron hechos bola por entre los peñascos; allí me los fui encontrando muy averiados, mi perro cojo, el caballo con el pescuezo chueco, y manco, y al jinete con el espinazo roto. A poco llegó Tacho, sacamos a aquel desgraciado que entre mil ayes lastimosos declaró que fue soldado de don Polo, pero que como éste se indultó, disolvió su guerrilla y se fue para México a establecerse, él se agregó a la cuadrilla del *Alacrán*, que andaban robando en el camino de Amozoc y en los pasos de Atoyac, que había venido su jefe hasta cerca de Yautepec a llevarse una muchacha, la cual acababa de darle un balazo con su mismo mosquetón, y estaba muerto al pie de la cuesta, junto al jalocote grande. Ya no pudo decir aquel hombre más, una fuerte tos le estorbó la respiración, y haciéndonos unos gestos feroces exhaló el último suspiro; lo echamos sobre su derrengado caballo y nos dirigimos para el tal jalocote grande, en donde reunimos a los cuatro muertos y la mujer gravemente herida, pues tenía una puñalada en el pecho izquierdo que se lo dividió completamente, y otra porción de contusiones y cortadas; hicimos un manajo con los cuerpos aquellos, que con sus mismas reatas dejamos suspendidos del jalocote; allí mismo alzamos sus armas y amarramos sus caballos; le acomodamos al Fandango lo mejor posible a la mujer en la silla, y continuamos la marcha. Después de la oración de la noche llegamos a nuestro paradero, y allí ayudado de los posaderos, mi primer empeño fue asistir a la herida que desmayada, lívida, y descoyuntada, apenas daba indicios de algunos restos de vida; la curaron de la manera más eficaz, pues además de la puñalada del pecho, tenía varios tajarrazos en los brazos, contusiones por el cuerpo, y dos roturas de cabeza, no pudiendo concebir alguna esperanza sino hasta la madrugada, que medio incorporándose en el lecho, exhaló un lánguido suspiro, y balbució una imperceptible queja.

Desde el instante en que la recogimos y pude en fuerza de estarle echando mucha

agua, en el primer sitio donde se proporcionó, estancarle la sangre y vendarla con su propio rebozo, me causó algún interés junto con curiosidad, pues desde luego se conocía que no era una mujer vulgar; tiene buena edad, su cutis es fino, bonitas sus facciones y toda ella indica ser de familia decente; todo esto incitaba más mi empeño en saber cómo, por qué, o qué causa había para que se hubiera encontrado en aquel lance, en poder de los bandidos y en tan extraño sitio; pero no pude averiguar nada a causa de que recuperada algún tanto, fue asaltada por una fuerte calentura, y al separarnos de ella estaba en un continuo desvarío hablando mil cosas contradictorias, disparates ininteligibles, que no me ministraron más que leves indicios y no pude formar de ellos ningún juicio razonable, sin dejar ella de repetir:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Qué será de mi hija, Dios mío?

Al otro día de la escena partí para el pueblo inmediato a dar parte al Alcalde de lo ocurrido, para que fuéramos a recoger el abundante fruto del jalocote grande en el recodo de las palmas; todo lo encontramos en el mismo estado en que lo dejé, y tomándome declaración para formar las primeras diligencias y remitir los cadáveres al juzgado respectivo, dije sucintamente, que entre tres y cuatro de la tarde del día anterior, atravesaba yo con un compañero y mis criados por aquel sitio, cuando fuimos saludados de repente con un tiro, llevándose la bala que me dirigieron un pedazo de la hombrera de mi chamarra y unas cuantas agujetas con que se adornaba; que por contestación a su cortesía, desde luego acariciamos a un par de ellos que se pusieron a roncar, seguimos retozando con los demás, resultando otros dormidos de aquel juego de manos, habiéndonos escapado otros que supieron tabear; que en el mismo sitio los dejamos alzaditos del suelo para que no se resfriaran o fueran a tomar un constipado, dando parte a la autoridad inmediata para que recogiera a aquellos angelitos y sus juguetes, pues nosotros nos habíamos propuesto quitar de en medio a cuanto malcriado se atravesara por el camino en que andábamos trabajando. Por supuesto no hice mención ninguna de la señora, por no complicarla en la sumaria; concluido esto dispusimos nuestra marcha dejándoles a nuestros aposentadores dinero y orden de que asistieran a la lastimada con la mayor eficacia y cuidado, y proseguimos nuestro camino.

—Ahora me deja usted con más duda, amigo Lencho —dijo Garduño—, porque ese lance ha de ser interesante.

—Yo creo lo mismo, señor Garduño; y no dudo que esa pobre mujer será tal vez víctima de alguna felonía, traición o capricho de algún ricacho de esos prostituidos que todo lo quieren cubrir con su dinero; pues no dejó en sus palabras incoherentes de darme algo en qué pensar, pronunciando con horror un apellido bastante conocido en el rumbo de Cuernavaca, y las exclamaciones que hacía mentando repetidas veces a su hija, blasfemando contra el sujeto, mucho me han dado en qué pensar; yo le ofrezco a usted que luego que volvamos a nuestro trabajo, indagaré todo y le contaré cuanto averigüe sobre el particular.

—Pero si mientras, esa mujer se alivia y se larga, no ha de poder usted cumplirme

su oferta.

—Imposible es eso, sus heridas son bastante graves, y sólo que se muera nos quedaremos en la duda; además de dejarla recomendada para que estuviera bien asistida, mandé que la conserven oculta hasta que yo vuelva, porque si tal vez tiene más enemigos, no le sería fácil en el estado que queda, librarse de ellos.

—Pues vamos a otra cosa —dijo Garduño—, aunque ya le encargué a don Pepe que fuera a convidar a su padre de usted, por si acaso no ha logrado que me haga el gusto de venir, ruego a usted que se empeñe para que asista a las bodas de mi hijo; usted creo que podrá conseguirlo; además, también tengo empeño en que usted con mi hija Lola sean los padrinos, pues les corresponde por derecho, a usted como jefe de los Hermanos de la Hoja, y a ella, como hermana mayor del novio, y la que aquí hace de cabeza de casa.

—En todo será usted servido, señor Garduño, y el honor será para nosotros; mañana mismo parto para mi casa, de paso pasaré a ver a Pepe y de acuerdo con él, nos tendrá usted a sus órdenes oportunamente.

Aunque Pepe había comprometido a don Juan Cabello, no estuvo por demás el empeño de Lencho que venció todas las dificultades que su padre tenía, y más bien por darle gusto a su hijo admitió emprender la viajata, dejando a su yerno Ángel al cuidado de los intereses.

Salieron de madrugada padre e hijo decentemente vestidos y bien montados, seguidos de Reflexión y el Fandango, también lujosos en su tanto, arreando una mula con equipaje, estiraban otros dos caballos encamisados. Don Juan iba en el prieto que educó, y cuando menos lo esperaba Lencho, le alzó la rienda al caballo, pegó un ronquido, le metió las espuelas y salvó una grande certeneja con admiración de todos.

—¿Qué es eso, señor padre? —dijo Lencho—, parece que su merced se ha vuelto loco.

—Bien dice el dicho —le contestó—, no hay hombre cuerdo a caballo, quise ver si todavía me puedo apretar en la silla, y si tú no has dejado de tener adiestrado este caballo; presta una pistola.

La preparó y sin demorarse mucho la disparó diciendo:

—Mira, Simón, anda a traer la bala que ha de estar a la altura de tu cuerpo en aquel tronco de ziranda.

Simón se dirigió al sitio indicado, como a sesenta o setenta varas de distancia, y volvió con la bala machucada.

—¡Vaya, vaya! —exclamó don Juan— todavía no me tiembla el pulso y conservo mi buena vista: nunca te deshagas de estas pistolas, Lencho, consume algunas paradas de cartuchos, examina bien su alcance y ejercítate siempre que puedas, que mientras conozcas a tus armas y caballos, ambas cosas te servirán al pensamiento. ¿Sabes, hijo mío, que ya tenía deseos de dar una campeada, de sacudir el polvo del valle y de que me calentara el sol de tierra fría?, voy muy contento, he olvidado mi melancolía, me parece que soy otro, que nada me duele, y a no ser porque miro mis

manos arrugadas y mis barbas blancas, creería que íbamos a reunimos con nuestros compañeros y amigos como cuando la insurgencia; cada vez que miro a don Pepe, se me recuerda a su difunto padre don Casimiro, tan buen amigo, tai parejo y valiente como hay pocos, no era hombre de dichos, sino de hechos; ¡ah qué tiempos, Lencho, ah qué tiempos aquellos!, la víspera de un combate parecía fiesta, y el día de la acción, no veías más que entusiasmo, delirio por pelear, por arrebatarse la victoria, todo el mundo partía contra el enemigo sin contar su número, temer sus elementos ni arredrarle nada; a la voz de: «Adentro, muchachos», todos se disputaban el ir por delante, nadie volteaba grupas, y muchas veces a ese arrojo, era debido el triunfo; había bárbaro que fiado en su buen caballo y sin más armas que su reata, se arrojaba contra las filas enemigas, sobre las piezas de artillería, y más de cuatro se las trajeron a cabeza de silla en medio de una lluvia de balas que procuraban excusárselas con sólo tenderse en el caballo; en vez de acobardar a los criollos las carnicerías de los combates, la sangre humeante de sus hermanos que con profusión se derramaba, más y más se enardecían los ánimos, crecía el entusiasmo, se irritaban los hombres; entonces se vio de cuánto es capaz un pueblo cuando proclama un solo principio y defiende una justa causa. Eso que te han dicho de Garduño, es una friolera, muchísimas cosas más sorprendentes le vi ejecutar, lo mismo que al general Rayón y otros varios que se singularizaban en diversos hechos; este señor Garduño que existe, también es de los mentados, y si como me lo figuro, es el xocoyote, como le decíamos al más chico de los Garduños, ya verás qué recuerdos hacemos; él no se ha de acordar de mí, porque entonces estaba en distinto cuerpo, nunca me llamaban por mi apellido, sino que unos por aprecio y otros por costumbre, me decían el *Cuerudito*, porque primero largaba la camisa, que mi cuera ni las botas campaneras.

Entretenidos en diversas conversaciones y recuerdos de don Juan, hicieron noche en San Javier y madrugando al otro día estuvieron en el rancho de Pepe a las cuatro de la tarde. Estaba éste ocupado en hacer con ramas un toldo a una criba, para que sirviera a Clarita de camilla, ella sentada en una silleta miraba la operación, ínterin Enrique su hijo, montado en un otate, pegaba de carreras por el patio, trayendo lazado un mastín, tan grande como el Sultán; apenas vio llegar a Astucia, cuando corrió a dar aviso gritando:

—Ahí está mi tío Lorenzo, mamacita.

Salió Pepe al encuentro de los recién llegados, muy lleno de gozo abrazó a su hermano y a don Juan, metiéndolo a la sala le presentó a Clarita diciendo:

—Como Lorenzo es mi hermano y ésta mi esposa, hermana de aquél, deme el gusto de que todos le digamos padre, sírvase darle un abrazo a su hija y conocer a este bribonzuelo por su nieto.

—Saluda a tu padre grande, Enrique —le dijo Lorenzo. El niño por única contestación, aventó su otate y le abrazó las piernas a don Juan queriendo en vano alzarlo por alto.

El rostro de Clarita se coloreó algún tanto, sus ojos brillaron de alegría, apareció

en su boca la sonrisa, estuvo perpleja un instante, como tratando de hacer algún recuerdo, y después de restregarse los ojos y fijar varias veces su atención en don Juan, se paró de repente como impulsada por un poder sobrenatural, dio con mucha dificultad dos o tres pasitos y dijo:

—Si no fuera porque estoy plenamente convencida de la muerte de mi papá, juraría, señor don Juan, que usted era el mismo que me dio el ser; déjeme usted contemplar su semejanza, coordinar mis ideas, y ya que la casualidad así lo ha hecho, permítame mantener esa ilusión que tanto me halaga, que me reanima, que... no sé cómo explicarme, siento cierto regocijo, complacencia, qué sé yo —y abrió los brazos prosiguiendo—. Sí, usted desde hoy será mi padre, ¿me querrá usted dar ese consuelo?

—Con mucho gusto, querida Clarita, hija mía —y correspondió a su ternura cordialmente. Se sentaron y continuó diciendo Clarita:

—¿Qué dices, Pepe, qué coincidencia, qué feliz casualidad?, cuando lo miro me parece que cuanto ha pasado es un sueño, y a pesar de los años transcurridos, en un instante he recordado distintamente toda la fisonomía de mi papá; estoy tan preocupada, que hasta la voz me parece semejante; en fin, no traten de desimpresionarme, déjenme en mi arrobamiento, y ya no sigas en tus inventos de camilla, me siento muy aliviada, y a no ser por la hinchazón de las piernas, creo que acompañada de mi padre iría a pie; ya lo has visto, me paré sola y he andado algunos pasitos por ir a su encuentro y recibirlo en mis brazos. Mira, Pepe, no te engañe, ya se me salen los zapatos, los pies se me están descargando rápidamente: no hay duda, padre mío, a usted le debo mi remedio, su presencia sola ha bastado para mitigar mis padecimientos. Lorenzo, hermano mío, presta tu brazo, quiero salir de dudas, a ver si puedo ir siquiera allá fuera, mientras tú Pepe, demuéstrole a nuestro padre tu agradecimiento; Enrique, cánsalo a besos —y parándose, se apoyó en el brazo de Lorenzo y con no poca sorpresa de todos, y aun de ella misma, salió al corredorcito, tomó aliento y se siguió de frente para el huerto donde se sentó tantito.

Pepe tomándole a don Juan una mano y acercándosela al pecho le dijo:

—Me ha hecho usted concebir una chispa de esperanza y sentir un gran consuelo en este corazón que sólo ha latido de pesar, de un intenso dolor, de la más profunda tristeza.

Mientras Enrique besándolo le decía:

—¡Qué bueno es usted, padre grande!

—Vamos a verla, señor don Juan —continuó diciendo Pepe—, también a mí me parece un sueño lo que me pasa. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Virgen Santísima! ¡Otra ráfaga de tu Providencia Divina, Dios de bondad, y seré dichoso! —y limpiándose las lágrimas que vertía al hacer sus exclamaciones a las imágenes a quienes había dirigido sus palabras, se fueron para el huerto.

—Aquí, papá Juan, siéntese a mi lado —dijo Clarita al verlos llegar—. ¿Sabes, Pepe, que tengo hambre? Niño, avísale a tu nana que traigan aquí el chocolate, ¡qué

tarde tan hermosa!, córtenme flores, voy a hacerle a mi virgen sus ramilletes.

Los dos hermanos obedecieron su mandato, y Enrique arrancó para la cocina.

—¡Éste es un milagro, papá Juan! —exclamó Clarita—, ya llevaba muchos meses de no venir por aquí y como mi mal ya no tiene remedio, cuando me miro paralizada, sin poder dar un paso se me carga la tristeza, nada me halaga, pierdo la apetencia y clavo el pico como los pollos, pensando cuándo será Dios servido de quitarme tanta pena; Pepe hace poderíos, y aunque trata de no darme a conocer su aflicción de verme en tal estado, yo penetro su corazón y sé muy bien lo que el pobre sufre por mí; esto aumenta mis padecimientos, nos tiene usted siempre tratándonos de engañar: él a que estoy cada día peor, y yo a sostenerle lo contrario; pero ocasiones aunque quiero hacerme fuerte, me abandonan mis fuerzas y el mal no da lugar al disimulo. Ésta es en pocas palabras, nuestra amarga situación, papá Juan, bien triste por cierto; ya vuelven muy ufanos, y al verlos alegres, me alegro también, olvido mis cuidados y soy otra mujer.

Enrique venía con un canasto con pan, bizcochos y servilletas, seguido de la nana que en otro traía trastes y el jarro con el chocolate; sosteniendo una acalorada disputa, entró al huerto y señalando a su mamá dijo:

—Mírala, nana, mi padre grande le trajo el remedio, yo no soy mentiroso.

—Pero, niña, ¿cómo ha venido usted? —exclamó la nana sorprendida.

—Ya lo ves, Susana, por mi propio pie.

—¡Ay, señor! —prosiguió la nana dirigiéndose a don Juan—, Dios se lo pague a usted por su remedio, y la Virgen Santísima lo favorezca, ¿qué es alguna hierba o...?

—Unos polvitos, nana —respondió Pepe que volvía con Lorenzo cargado de flores.

—¿Es que, niña? —dijo la nana.

—No, Susana, te están engañando —y siguiendo la broma agregó—: Es un bálsamo.

—¡Ah!, ya sé, los bálsamos tranquilos que son tan buenos para el pulmón.

—Precisamente —replicó Lorenzo—; pero no se llaman así, sino bálsamos de tranquilidad.

—A usted sí lo creo, don Lorencito, pero el amo ya me la quería pegar.

Tomaron chocolate todos contentísimos, hizo Clarita sus ramilletes, bromeó de muy buen humor, y después con sólo tomar el brazo de su papá Juan, dio una andadita más larga y regresó sin más accidente que algún cansancio.

—¿Qué te parece —dijo Pepe a Lorenzo—, de tan repentina mudanza? ¿Será tal vez un alivio aparente, y nos pegará un susto cuando menos lo esperemos?

—Hombre, no lo juzgo así —le contestó—, esta clase de enfermedad, según he oído decir, como es del corazón se agrava o alivia, según los sentimientos que lo dominan, y por eso son temibles los excesos, las fuertes impresiones que lo sobresaltan; Clarita estaba muy afligida, según escuché ahora lo que le estaba contando a mi padre; se veía impedida, se sentía grave, aumentaba su pena tu

aflicción, en fin estaba dominada por la tristeza; la presencia de mi padre le trajo a la memoria un recuerdo grato, su corazón se alegró, cambió su pensamiento, en fin, también se alegró su espíritu, y así como insensiblemente pudo agravarla la melancolía, el placer y el gusto la ha reanimado, y si no, recuerda que no halló cómo explicar su gozo ni el placer que sentía; demostrémonos alegres y satisfechos y nos imitará.

Vamos a distraerla, a complacerla, y a hacer cuanto dependa de nosotros para que se conserve en lo posible con sus venturosas ilusiones, mi padre nos ayudará y en el supuesto de que él tiene el bálsamo, te lo cedo, lo obligaremos a que acabe su obra, que si ella sucumbe no nos quede ese remordimiento; te ofrecí otra vez cuanto tengo y cuanto valgo, sabes que tus penas son también mías, ensancha ese corazón marchitado, aprende a regenerarte como me dices del señor Garduño, y échate en los brazos de la Providencia, Dios es fuente de bondades, sus misterios son incomprensibles y todo lo paga, tú acabas de hacer un bien a esas familias. Él desde luego te manifiesta la recompensa.

Por única contestación se arrojó Pepe en los brazos de Lorenzo, derramó unas cuantas lágrimas de gratitud y ambos muy contentos se dirigieron a echar un vistazo a sus caballos.

Muy gozosos todos pasaron la velada, y Clarita se sentía tan fuerte y aliviada que no permitió que la llevaran, sino montar sola en uno de los caballos de don Juan; Enrique fue en su jaquito, se agregó al avío, otra mula con colchones, otro caballo de mano con los dos arrieros más; partió la caravana haciendo jornadas cortas, pero mucho mayores que las que tenía dispuestas Pepe; Clarita hizo punto menos con don Juan que Camila con el señor Garduño, lo trataba con mucho cariño y atenciones, no se despegaba de su lado, estaba pendiente de todo, se tomaba la libertad de una hija querendona y mimada, y no hallaba cómo complacer, en todo a su papá Juan. Éste naturalmente le correspondía, y no escaseaba su cariño, estando también muy endiosado con su hija, y satisfecho de su obra, echando a un lado sus achaques, se alegraba de ver a todos contentos.

Por distintos caminos, para un solo punto, también caminaban Alejo, Mariquita su esposa, tres chiquillas y sus criados, José Morales, Juan Navarro, Lupe su mujer, y otras dos criaturas y sus criados. Otra comitiva se componía de Atanasio, Camila, don Juan el hacendado con sus tres hijas, una de las hermanas del cura, Vivianita, Chucha y Concha Garduño, que con su hermano habían ido por la novia y a convidar a los demás; Mariquita, la hermana de Camila, tuvo que quedarse cuidando la casa, y su esposo Manuel sustituyó de remontero para vigilar a los hatajos mientras amos y arrieros concurrían a las bodas de Reniego.

En dos días quedaron reunidos en tres casas que parecían un pueblo cada una, más de ochenta huéspedes, el matrimonio se efectuó el día 15 prefijado, a las cuatro de la mañana; fueron los padrinos Lorenzo y Lola Garduño. El almuerzo estuvo tan concurrido que tuvieron que servirse tres mesas de a más de cincuenta personas,

reinando el mayor orden y buena armonía; las puertas de la casa del señor Garduño estaban abiertas para todos los vecinos, pobres y ricos; a todos se les atendió, era aquella una verdadera fiesta, haciéndose notar y singularizándose Camila, que sencillamente vestida, a todos obsequiaba y diligente se granjeaba mil simpatías de toda la concurrencia; Garduño desplegó su franqueza, todo estaba bueno y abundante, su marcialidad encantaba, su placer no tenía límites. Efectivamente era el mismo que don Juan Cabello se suponía, se juntaron con el otro don Juan, recordando sus mocedades y aventuras tenían absortos a los que los escuchaban. A las doce discurrieron improvisar una plaza de toros, y mientras unos iban a traer a algunos bravos que tenía Garduño en su ganado otros reunieron gente, providenciaron madera, reatas, herramientas, y las tres habían concluido el redondel y un gran tablado provisional cubierto con petates y enramadas. A las cuatro estaba la plaza llena de concurrentes, las ventanas y azoteas coronadas de gente; tres toros escogidos que después se lidiaron se iban a repartir a los barrios, bramaban furiosos en el coso, otros ocho de condición humilde se comeaban en un estrecho apartado, esperando que los hicieran rodar por el suelo a las coleadas; los aficionados llenos de entusiasmo recibían órdenes de Lorenzo, que como en Tochimilco era el capitán, Alejo su segunda espada, y varios vecinos y arrieros formaban la cuadrilla de a pie; los otros cuatro hermanos montados, con dos del pueblo, formaban la de a caballo, la música estaba con anterioridad ajustada para todo el día, y desde que los novios salieron de la parroquia había comenzado su fatiga; el comandante militar facilitó escolta para guardar el orden, y las autoridades principales compuestas de amigos de Garduño, también contribuyeron en cuanto estuvo de su parte, llevando la voz para el orden de la función del señor Prefecto. Como a todos los dominaba una sola idea y tenían sólo un empeño, complacer, y disfrutar, no se miraba un semblante triste, y sin etiqueta, compromiso, ni nada que trastornara el regocijo, reinaba en todos los pechos una sincera alegría. Se abrieron las trancas, tocó el clarín, y se presentaron en el circo los valientes gladiadores con halagüeños semblantes arrancando prolongados aplausos, a cual más sincero y satisfactorio, dejando a todos admirados la singular destreza de Lorenzo, la serenidad de Alejo, y el arrojo y atrevimiento de los demás; todos se cuidaban mutuamente, se auxiliaban haciendo lucir a sus compañeros, y sin tener la más leve desgracia desempeñaron perfectamente, terminando aquella diversión con la luz del día; allí mismo se hizo la citación a las familias para reunirse a bailar a las ocho de la noche. A los alcaldes se les encomendó el reparto de los tres toros muertos, y parecía aquello pleito de perros; todos agrupados, no dejaban ni trabajar a los destazadores: hasta los cuernos se repartieron a pedazos.

El baile duró hasta después de las doce, los vecinos principales de la villa, se empeñaron en prolongar la fiesta, disponiendo escotarse los gastos, y hacer al otro día que era sábado, pelea de gallos en la mañana, otra corrida en la tarde con distinto ganado, y en la noche una función de circo y maroma en la misma plaza para que todo el público disfrutara, aprovechando la casualidad de estar allí unos cirqueros que

por una corta cantidad, desde luego admitieron. También por su parte los Hermanos quisieron hacer algo por sí solos, y se arregló que el domingo se repitieran la pelea de gallos, la corrida de toros comenzara más temprano amenizándola con jaripeo, figurones en burros, y un toro mocho para el soberano pueblo; de allí seguiría una sencilla merienda, o propiamente refresco, y después una comedia que escogieron del repertorio de los cirqueros que llevaban lo necesario para su desempeño, y fueron profusamente gratificados, estando la puerta franca para todos los espectadores que no tuvieron más que mandar sus sillas, los que las tenían, algunos sentarse en el suelo, y otros parados divertirse grandemente; en los dos días más de toros, tampoco hubo desórdenes ni contingencia, de manera que fue una pascua muy divertida y amena en que disfrutaron todos con la mayor confianza y satisfacción. El lunes siguiente, cargo Garduño con todos sus huéspedes para su rancho, donde esperaba un almuerzo campestre de excelente barbacoa, sabroso huacamole, incitantes enchiladas y demás bocaditos consiguientes; allí reunidos en familia tanto Garduño como don Juan Cabello, se propusieron ratificar el solemne juramento de sus hijos, de ser ellos también *todos para uno, uno para todos*, constituyéndose los padres generales de aquella familia tan numerosa; fueron por supuesto recibidos con gusto general, hijos, hijas, y multitud de nietos de todas clases, los llenaron de bendiciones y a cual más les manifestaba su cariño acompañado de halagadoras palabras y multiplicadas caricias; al otro día comenzó a desvanecerse aquella nube de gente, don Juan el hacendado partió para su casa con la comitiva que trajo, excepto Camila que ya quedó desde luego formando parte de la familia Garduño; luego se retiró José Mondes y Juan Navarro que formaban una sola romería, los siguió Alejo con los de su casa, y al último se retiró Lorenzo con su padre, Pepe, Clarita, y el traviesísimo Enrique que era sumamente consentido de su padre grande; naturalmente los despedimientos fueron largos, llenos de protestas de amor, de ofrecimientos, y siendo todos de una propia condición, es decir, rancheros, simpatizaron, se quisieron sin repugnancia se trataron con la intimidad y confianza que sus maridos, y eran verdaderamente *todos para uno, uno para todos*.

En el rancho de Pepe siguió como se debía de esperar un compromiso: don Juan no quería causar a Garita disgusto por su separación, Pepe no podía obligarlo a estarse siempre con ella, Garita comenzaba de nuevo a ser presa de su enfermedad; pero Lorenzo que todo lo penetraba le suplicó tanto a don Juan, que por fin lo comprometió a formar una sola familia, y acompañado de Clarita, estaba unos días en tierra fría y otros en tierra caliente siendo sus ausencias de muy corto tiempo, consiguiendo que Clarita estuviera aliviada por algunos meses. Mas como la celebración del matrimonio fue tan clásica y tan pública, acompañada de sucesivas distracciones, no quedó en la villa ni en sus contornos quien no lo supiera, y pasados algunos días, por conducto de los dependientes de la hacienda de... llegó a noticia de la gran señora doña Pomposa, de feliz memoria, que hemos visto salir de la villa a todo el correr de cuatro mulas flacas; despechada por semejantes nuevas se mordía

los labios de cólera maldecía su suerte llena de ira, y lo que más aumentaba su rabia era la dificultad de vengarse; todos sus planes habían venido a tierra, sus vanidosas esperanzas de colocar a su rubia pálida se frustraron, y aquel golpe desconcertaba todos sus meditados proyectos; tanto le ponderaron las fiestas que no pudo menos que suponer que las exageraban con segunda intención sólo por burlarse de ella, y la malicia que sustentaba su infame corazón le hacía inferirse mil temores, creyendo que aquellas ponderaciones eran para provocar su cólera, para precipitarla a dar algún mal paso, con que el tal Julio Palma o Pepe el Diablo satisficiera su encono; y como se creía vigilada en todas sus acciones y que le seguían los pasos, desconfiaba hasta de los mismos de su casa, y se aguantó fuerte disimulando su rencor; no atreviéndose nunca a meterse con el Diablo Pepe, temerosa de sentir, cuando menos lo esperara, la punta aguda y cortantes filos de la navaja maldita que vio suspensa sobre su doblegada cabeza. En fuerza de su entrometimiento, y no quitando el dedo del renglón, un año después, estaba muy ufana de tener graduado de yerno a un extranjero americano que estuvo de maquinista en una fábrica de hilados, que sin más consideración derrochó los intereses, y fastidiado por doña Pomposa, reunió lo que pudo y se largó para su patria, el día menos pensado sin despedirse de nadie, y mucho menos de su cara suegra a quien le dejó a su rubia pálida con un chiquillo moreno, de ojos negros, que según le dijeron fue el fruto del primer matrimonio de Adelita, y un güero de ojos azules que era su vivo retrato; aumentando la palidez de aquella desgraciada muchacha, la miseria que les rodeaba, pues inútil para trabajar, sólo se mantenía en un inmundo cuarto de un arrabal, con lo que la madre conseguía ejerciendo la medicina entre las verduleras de la plaza y algunos vecinos infelices del barrio, con tal desgracia, que aunque pretendía hacer de corredora en asuntos de su antigua profesión, nadie quería ocuparla, y era despreciada hasta de las discípulas a quien hizo figurar; teniendo la pena de que su adorado Tranqui continuamente andaba barriendo los arbolitos, o regando los paseos públicos, adonde debajo de un rebozo mugriento y roto le llevaba su bocadito sazonado en el callejón de Tabaqueros, sin olvidarse nunca de una tripa con su trago de chinguirito, diligenciando entre sus decantadas relaciones vestidos viejos, desechos de calzado, y por último, una ración de la conferencia de la Purísima; pero en vano se afanaba, todos le huían cual si fuera una fantasma maldita, le negaban todo, todas las puertas se le cerraban; y los que al lance sorprendía en la calle se hacían indiferentes, se sonreían con ironía, le volteaban la espalda, o la socorrían con una maldición llenos de rabia, y no con menos y mucho más blasfemias; ella se retiraba desahogando su berrinche contra todos los que desatendían sus impertinentes quejas, no quedándole más esperanza en caso de que Adela se agravara, que conducirla al hospital, meter a los chicos al hospicio, y hacer lo que su consorte, mitigar sus pesares y pasar sus últimos días en infusión de chinguirito, para lo cual estaba tan adelantada que pronto competiría con su acreditado maestro, su idolatrado Tranqui.

Capítulo XVI

Narración de la mujer herida. Hallazgo de su hija. Justicia seca. El alcance del Bulldog

Concluyeron las aguas y continuaron los hermanos en su comercio, granjeándose por su liberalidad y buena conducta mil simpatías con cuantos los trataban, a la vez que infundían un miedo cerval a los bandidos que diariamente aparecían y a quienes intimidaban haciendo que llegaran a sus oídos las palabras rancherotas con que los ahuyentaban de su tránsito, diciéndoles: «No sean sinvergüenceros, trabajen, expongan dinero, arriesguen tantito el pellejo, rífense con quien les pueda contrarrestar, cuidado cómo se nos ponen a tiro porque los echamos a dormir, y nunca dejaremos de colgar a cuanto malcriado quiera estorbamos el camino por donde trabajamos.» Y otras expresiones por el estilo bastante claras para que fueran bien comprendidas. Luego que llegaron al sitio donde dejó Astucia a la mujer herida, se fueron todos llenos de curiosidad a verla, se la encontraron muy restablecida y después de demostrarles su reconocimiento con expresiones y lágrimas de gratitud, contó lo siguiente:

—Soy natural de Tasco, huérfana de padre y madre, y viuda de don fulano..., dueño de una fábrica de aguardiente situada a orillas de Yautepec; voy a cumplir veinticuatro años, y me llamo María de Jesús R. de N. sin contar con más parientes que una tía que se halla en México, y por familia una niña que lloro perdida. Desde mucho antes de casarme me anduvo solicitando D. H., sujeto de suposición por sus intereses, influjo, y buenas relaciones, pretendiendo que le correspondiera su cariño tratando de deslumbrarme con ofrecimientos halagadores, para constituirme el juguete de sus perversos caprichos, pues siendo hombre casado ningún buen fin podía yo esperar de sus propuestas, y naturalmente jamás le di la más remota esperanza; excusaba su encuentro, me hacía sorda a sus palabras, y no hallaba cómo hacerlo desistir de su torpe proyecto, llegando las cosas hasta el extremo de amenazarme con que me había de robar cuando menos lo esperara; esto me precipitó a casarme, con lo cual quedó todo sofocado según me pareció; pero por mi desgracia no fue así, pues sin prescindir aquel perverso de sus malas intenciones, se hizo amigo íntimo de mi marido, lo habilitaba con mieles, y se presentaba a mi casa con ese pretexto, aprovechando cuantos momentos podía en abusar de su confianza, diciéndome mil torpes necedades, a las que nunca me quise dar por entendida conservándome sordomuda; pero a pesar de eso, se obstinó de tal manera y con tal descaro, que mi marido conoció su proceder y dudó de mi fidelidad, volviéndose muy receloso, desconfiado e impaciente; pero no me dijo una palabra, sino que se propuso espiar

todas mis acciones hasta que persuadido de mis maneras, me confesó su amarga situación; yo francamente le conté todo, y esto fue causa de que de amigos íntimos, se volvieron encarnizados enemigos. Habiendo salido mal mi perseguidor en la primera ocasión que se hubieron a las manos pues bien golpeado, desarmado y corrido, se retiró del sitio en que se agarraron, jurando vengarse; y como la generalidad de los pillos son cobardes, no perdonaba medio alguno con que perjudicamos, hasta el extremo de denunciar a mi marido como cómplice de una conspiración, y otras infamias por el estilo, sin dejar por esto de mandarme decir mil necedades que yo despreciaba más y más; por fin, todo fue tomando proporciones, y el día menos esperado me fueron trayendo a mi esposo asesinado, diciendo que lo habían encontrado desnudo y muerto en el camino de Cuernavaca; a aquella desgracia se siguieron otras consiguientes, denunciaron el intestado; aparecieron multitud de acreedores, embargaron la fábrica, y llegó la cosa al grado de que dudaron de la legitimidad de mi matrimonio y por supuesto de la de mi hija; todo, incluso el asesinato, fue promovido por aquel pícaro, pues a cada ocurrencia me repetía sus protestas y amenazas, y como hombre de suposición, hacía y deshacía cuanto se le antojaba, tanto que con el pretexto de primer acreedor se constituyó depositario, refaccionario, y quién sabe cuántos títulos tenía en esos enredos. Al principio se me pasaba un diario, y estaba en mi casa como siempre; luego fueron desalojándome, hasta que por fin arrinconada con mi chiquilla, estaba en el más inferior cuarto como por caridad, y paró en que me echaran a la calle; de todos los dependientes y operarios de la casa, sólo uno se me mostró fiel, afecto y oficioso y fue nada menos que el bandido *Alacrán*, quien con la hipocresía más grande me servía y lamentaba mis infortunios, proporcionándome su propia casa para refugiarme; no siendo verdaderamente, como al fin lo he descubierto, sino el vil instrumento de mi brutal enemigo. Cuando aún estaba en mi casa, se me fue presentando a media noche en mi recámara aquel sujeto; desperté azorada de verlo acercar a mi lecho, pues como tenía alta una lámpara que servía de veladora, no tuvo facilidad de apagarla.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté sentándome sorprendida.

—Muy bien lo sabe usted, Chuchita —me respondió—; es necesario que no se muestre esquiva, ya le he dicho mil veces que la adoro, no sea boba, medite su situación, yo tengo su suerte en mis manos, no por caprichosa se haga infeliz, yo puedo ponerla en posesión de sus bienes, fomentarlos de modo que se cubran las apariencias y ninguno entienda que tenemos un amoroso compromiso; la tendré hecha una Sultana, o si quiere la presentaré a la faz del mundo entero como mi querida y más de cuatro envidiarán su suerte; ¿qué sucede por fin, Jesusita?, ¿admite mis propuestas?

—¡Nunca! —le contesté llena de cólera.

—Mire que le va a pesar su obstinación.

—Lamentaré mi desgracia; pero no vendo mi honor.

—Siquiera por el bien de esa criatura que usted conduce a la miseria.

—Esta criatura, jamás comerá el pan infamado por la madre.

—Pues de mi cuenta corre sumergirla en la indigencia, nulificarla, abatir su orgullo y...

—Sucumbiré, pero con honra.

—Entonces, ¡guerra, mujer infernal, guerra sin tregua!, usted me precipita.

—Valiente hazaña, digna de usted que es un vil, un prostituido y cobarde —y acabándome de amarrar las enaguas abandoné la cama. Él no quiso darme tiempo de que me parara, y tratando de detenerme dijo:

—Para que lo diga de veras, mire —y se me arrojó encima tratando de vencerme por la fuerza, en vano pedía yo socorro, y mi hija lloraba a grito partido, nadie pareció; aquel hombre frenético luchaba desesperado, yo cual una leona rabiosa me le abalancé, y afianzándole las barbas no dejé de estirar hasta que dominado, me quedé con algunas en las manos y pude desprenderme de sus garras. Me armé con un otate que servía de tranca y le di una tunda de palos tan regularona, que corrió como gallina para el patio todo desgarrado, arañado, y renegando, tropezando con lo que encontraba, hasta salir a la calle donde lo aguardaba un criado con su caballo.

Yo apenas pude, llena de fatiga, maltratada y temblando de cólera, llegar hasta el zaguán y atrancarlo presurosa, temiendo que tal vez armado o acompañado de otros pícaros intentara volver; y por más que traté de averiguar quién le facilitó la entrada, nunca pude saber la verdad; este incidente abrevió los hechos y fue causa de que me lanzaran de mi propia casa. Desprendiéndome de algunas alhajitas, malbaratando muebles y empeñando ropa, pasé algunos días, pero agotados mis recursos comencé a sentir las amenazas de aquel infame; con un sinfín de escaseces y después de mil afanes conseguía alguna friolera para comer, cosiendo o lavando la ropa ajena que por conducto de una mujer que había sido mi lavandera, venía a mis manos.

Una vez llegó muy ufana con un gran envoltorio de ropa sucia diciéndome:

—Ahora sí, niña, no se quejará usted, aquí le traigo hartos en qué ganar.

Le di las gracias muy contenta, contamos las piezas y luego luego, con mi chiquita de la mano, cargué con aquello y me fui para el Apantle; mientras que yo muy fatigada al reverbero del sol sentía el ardor de mis manos al refregar aquellos trapos, bebiéndome, por decirlo así, el sudor de mi rostro, mi hija cortando florecitas se fue subiendo para la ladera; le daba un vistazo de cuando en cuando y continuaba afanosa mi tarea; de repente llegó a mis oídos un grito de ella, me figuré que se había desbarrancado y me paré presurosa, corriendo para el sitio en que la había visto subir, gritándole:

—¡Angelita, Angelita! —y con una mirada ansiosa devoraba todo el cerro, pero apenas había yo andado un corto trecho, cuando me alarmó el ruido que hacía el galope de un caballo; encumbré llena de terror, y sólo pude percibir entre tanto matorral el sombrero forrado de hule del jinete que iba corriendo, y otro grito medio sofocado de mi hija.

—¡Me la roban, me la roban! —exclamé corriendo en la misma dirección como

una loca, un gran trecho; mas faltándome el aliento, flaqueando mis piernas y queriéndome salir el corazón por la boca, tuve que pararme apoyando mi cuerpo contra un palo sin saber si estaba en cielo o en tierra, hecha una insensata, tal era la opresión de mi pecho y el trastorno de mi cabeza; por fin, tomé algún aliento, se agolparon las lágrimas a mis ojos y me puse a llorar como una Magdalena, no cabiéndome la menor duda de quién era el autor de aquella lamentable pérdida, pues conocía demasiado su pérfido corazón, y miraba mi impotencia para defenderme; a pesar de tanto como en ese momento ocupaba mi pensamiento, me acordé de la ropa que había dejado en el Apantle, y me volví para recogerla; yo no sé lo que sentí, ni lo que por mí pasó, cuando llegando al sitio en que lavaba, no encontré ni una sola pieza, toda había desaparecido excepto el pan de jabón que hallé por distinto lado; esto acabó de confirmar mi sospecha, de llenarme de pena, de aumentar mi tormento; me fui derecho para el pueblo para avisarle a la lavandera y que me ayudara a indagar tanto de mi hija como de la ropa, mas ella no queriendo dar crédito a mis palabras, se fue a quejar al juzgado en donde el Juez sin atender mis razones, haciéndose el sordo a mis lamentos y burlándose de mis lágrimas, me mandó encerrar en la cárcel hasta que entregara la ropa que yo confesé haber recibido.

Yo no sé cómo no perdí el juicio, pues sólo Dios a quien no dejaba de invocar, pudo darme fuerzas para soportar tan repetidos golpes en un instante; pues el pesar del robo de mi hija, el compromiso de la ropa, el bochorno de hallarme encerrada en aquella inmundada cárcel, me pusieron en un estado tal de embrutecimiento, que por pensar en todo, verdaderamente no pensaba en nada más que en llorar con muchas ganas implorando a la Divina Providencia, a la Virgen y otros santos; más de un mes estuve allí sufriendo el hambre y conociendo a las gentes que al verme en tal estado, no sólo se gozaban en mi desgracia, sino que era el pasto diario de sus burlas y murmuraciones, no habiendo quien por mí se interesara más que el pérfido Alacrán que me llevaba algunos cortos socorros; amargando mi situación multitud de recados que mi cobarde enemigo me mandaba, repitiendo sus ofertas, renovando sus ofrecimientos y terminando con sus viles amenazas; por último, me hizo creer el Alacrán que, rematando mis prendas y empeñando otras suyas, había contentado a los dueños de la ropa, y salí de mi prisión amonestada de no volverme a presentar en el pueblo. Entonces el Alacrán me instaló en un rancho bastante retirado, dizque con una tía suya, en donde continuó mi miseria, y a pesar de eso no perdía ningún instante en mis pesquisas; tuve una noticia vaga de que en otro rancho no muy cerca, habían visto a mi hija; emprendí mi marcha sin más avío que unas cuantas tortillas duras, un sombrero viejo de palma y descalza, por aquellas asperezas, llegué con mil fatigas al otro día, pasando la noche sentada en unas peñas, entre multitud de sabandijas, y cuando yo pensaba lograr al fin encontrar a mi hija idolatrada, me fue saliendo al encuentro el infame que ocasionaba mis desgracias, quien dando unas estrepitosas carcajadas me dijo:

—¡Qué linda peregrina! ¡Hermosa pastorcita! ¿Quién ha calzado tan pulido

piecito?, de veras que está encantadora, hechicera, seductora; ¡maldito sea su capricho!, y si se mira en tan miserable estado, quájese a su carácter vanidoso, a su orgullo; usted misma tiene la culpa de sus padecimientos, quiso guerra, pues guerra, Jesusita, guerra en que jamás alcanzará victoria; no sabe usted de cuánto es capaz un hombre cuando ofendido en su amor propio, ha llegado una mujer a ultrajar su rostro, a destruir sus doradas ilusiones, a contrariar su inclinación, a resistirse caprichosa por efecto de vanidad; he procurado hacerla venir para que de una vez terminemos tan odiosa y endemoniada contienda; por cuantos medios he podido ya le hice sentir algunas penas y éstas son nada, en comparación de las que se le preparan; la tengo en mi poder, y estoy resuelto a no volverme a dejar burlar de usted; en mi poder también está su hija, y no volverá a verla hasta tanto no se muestre condescendiente, dócil y acepte las proposiciones que tantas veces le he repetido: ¿Qué sucede, por fin? ¿Qué resuelve?

Yo primero me sorprendí al encontrarlo, después la cólera me sofocaba al escuchar sus burlas y torpezas, pero al nombrar a mi hija, las lágrimas me hicieron traición y a mi pesar, me puse a llorar; esto lo hizo concebir alguna esperanza, pues sin más preámbulos me trató de abrazar; al mirar que sus brazos me iban a estrechar, me llené de indignación, recordé sus infamias, y resuelta le di un empujón diciéndole:

—¡Apártese, grandísimo pícaro! ¡Jamás logrará sus pérfidas intenciones! —y empecé a ver por todos lados buscando algo con que poder ofenderlo.

—¿Ésa es su resolución, mujer obstinada?

—Ésa, señor caballero, ¡qué lástima que la ropa que viste encubra un pillo tan sinvergüenza, tan!...

—Terminemos de una vez y no me provoque, ya le dije que su hija está en mi poder y nada me cuesta mandarla tirar en una sorteneja, darle un tirón, en fin, vengarme en ella de los ultrajes de usted, si se empeña en despreciar mis propuestas.

Esto acabó de encenderme en ira, ya había yo pensado hacerme de la espada que tenía en la silla de su caballo que a corta distancia estaba amarrado, y mi primer pensamiento fue metérsela antes de que fuera a llevar a cabo su última amenaza; diciendo y haciendo, la saqué de la vaina y me arrojé sobre él, que azorado corrió para las piezas interiores cerrando las puertas y gritando a sus criados; aunque me di mucha prisa sólo pude darle un puntazo por una nalga, y la hoja de la espada quedó cogida con las puertas que él atrancaba con su cuerpo; en la primera palanqueada se quebró, el muy gallina gritaba, y yo temerosa de que sus criados me atraparan, me retiré internándome por un sembrado, encontré un caballo flaco del guardacaña persogado a la orilla, y como soy media marota, le eché un bozal, me monté en pelo, y procuré dándole de mecatazos, ausentarme a todo trapo.

Al otro día que fue a verme el Alacrán, le regalé el caballo, y al contarle lo ocurrido me pareció que lo conmovía mi desgracia, por lo que echándome a sus pies llorando, le pedí que algo hiciera en mi favor, que me protegiera, agregando que no me daría por bien servida; esto último creo que lo obligó, pues levantándose me dijo

con semblante aterrador:

—No tenga usted cuidado, doña Chucha, cuente con su niña, yo la vengaré de ese maldecido catrín, yo le enseñaré a ser hombre y cumplir con su palabra; pobre de él si me sale con otro pito, el negocio corre de mi cuenta, ya basta de ser tan guaje.

—¿Pues qué piensas hacer, Alacrán, no vayas tal vez a obligar a ese hombre a que despechado mate a mi hija?

—Eso menos, doña Chucha, yo me entiendo, y Dios me entiende; pero vamos a cuentas, señora amita, ¿si yo desde este momento tomo su defensa, de qué manera me corresponde mi trabajo?

—Como quieras, Alacrán, como quieras.

—Pues por ahora sólo quiero un abrazo, pero con ganas.

—Treinta te daré —le dije llena de júbilo abrazándole con entusiasmo.

—Ya puede rezar un sudario por el alma del amo don fulano —me dijo desprendiéndose de mis brazos—, mañana en la noche vengo por usted para irle a entregar a su niña; hasta la vista —y se ausentó a pasos agigantados, sentándose después al pie de un roble.

—De veras —decía el Alacrán hablando solo—, que yo soy un bestia; ¿qué necesidad tengo de estar haciendo lo que el burro del zacatero?, pues teniendo en mi mano a esa primorosa muchacha, se la dejo a ese pichicato que después de servirlo bien, me niega diez pesos miserables que le mandé pedir; yo también soy hombre, me cuadra lo bueno, la ocasión me favorece, pues aprovechémosla; yo voy a conseguir en un par de días, lo que el amo jamás alcanzará con todo y su dinero; ya está dicho, doña Chucha me debe favores, y algunos pesos hubiera dado mi patrón por el abrazo tan lindo que acabo de recibir; me la llevo para mis comederos, y allí la voy a poner como una reina, si no es que me la echo en la silla, y bien vestida se la paso por sus bigotes al patroncito, y después le doy su merecido por miserable; voy a juntar a mis muchachos y en caliente se pega el fierro; no vaya mi amita, mi adorada Chuchita, a mudar de parecer.

Se paró y siguió su camino.

Yo, guiada de curiosidad, me fui tras él a buena distancia, lo vi sentarse, y ocultándome por los matorrales estuve muy cerca oyendo su soliloquio, resuelta a no contrariar por lo pronto su determinación, y fingirle algún aprecio para que por esa causa mejorara mi situación. Al otro día volvió acompañado de otros cinco, todos montados en buenos caballos y bien armados; no conociendo sus instintos me demostré afable, me subí en su caballo, y sentándose en las ancas, partimos de aquellos sitios que me inspiraban horror. En el camino trató de tomarse algunas libertades que yo no consentí diciéndole:

—No quieras madrugar, Alacrán, pues una torpeza tuya puede perjudicarnos a los dos, ya sabes que no me gusta un hombre grosero.

—Perdone, niña —me respondió—, pero yo no puedo resistir a mi dicha. a mi...

—Con paciencia se gana el cielo, lo dicho dicho, así que me entregues a mi hija,

ya nos entenderemos —y por no ofenderme se corrigió.

Hasta cosa de la una del día siguiente llegamos a las palmas, y tomando descanso al pie de un jalocote grande, tendieron unas armas de pelo, nos pusimos a comer las provisiones que llevaban en las árganas, apurando ellos a cada instante varias botellas de aguardiente; yo traté de cargarle la mano al Alacrán que se fue volviendo por instantes muy necio y confianzudo; por las conversaciones que tuvieron por el camino, sus fachas y maneras, conocí que mi situación empeoraba, pues estaba en manos de una punta de bandidos; hice de tripas corazón y me propuse disimular; luego que se levantó la gente aquella, les mandó el Alacrán ausentarse dizque por vigilar por varios puntos, pusieron sus armas detrás del árbol, atacaron sus caballos, y se retiraron sonriendo maliciosamente; entonces aquel maldito se me recostó encima y me dijo a tiempo que me hizo un cariño en la barba:

—Conque lo dicho, dicho, ¿no, doña Chucha?, le entrego a su chiquilla y me paga con lo que yo quiera, ¿no es eso?

—Eso es, pero...

—No empecemos con peros, yo le cumplo mi palabra como los hombres, ya pensé bien mi plan, le voy a poner a usted su casa en San Lorenzo, y allí con su niña, vivirá con cuantas comodidades quiera; yo tengo motivos para darle al amo don fulano una metida, pues en cuanto sepa que le he zopiloteado la dama, se ha de poner hecho un demonio y me ha de buscar ruido; pero nada me supone echarlo a roncar, quemarle sus haciendas y quitármelo de en medio; conque ya estamos arreglados, y ahora que ninguno nos escucha, déjeme con franqueza hacerle un cariño —y trató de abrazarme; me retiré conteniéndolo y diciendo:

—No me faltes, Alacrán, si todavía no me cumples tu palabra, ¿cómo quieres obligarme a?...

—¿Pues qué falta, doña Chucha?, mire, ahí detrás de ese cerro está el rancho de las Tinajas, ahí su niña, y dentro de un rato la tendrá en sus brazos...

—Tú me engañas, Alacrán, eso es mentira, a mi hija la tiene don fulano, él me lo ha dicho.

—Eso menos, quizás soy tan guaje, si me hubiera pagado como ofreció se la hubiera yo entregado; pero como se le figura que todo se lo merece por su linda cara, le he ganado con su juego, pero ya que estamos de acuerdo aclaremos paradas: yo le robé a usted su chiquilla del Apantle; la ropa que le dieron a lavar sólo sirvió de pretexto para que la metieran en la tlalpiloya; el amo ofreció pagarme bien, y es un pícaro que no sabe agradecer un favor.

—¿Que no mientes, Alacrán?

—No, señora, ya le dije, dentro de un rato verá a la niña, y por esta santa cruz le juro que no la engaño, soy hombre y sostengo mi palabra.

—Pues marchemos al instante, vamos —y traté de pararme no dudando que aquel hombre decía la verdad.

Él me contuvo de la ropa y abalanzándoseme me decía:

—Venga, venga, no muera de ansia, ya le dije que se la entrego, y se la entrego; pero no se me muestre polinaria.

—No abuses de tu poder, Alacrán, no me ultrajes.

—¿Que no?, otras más alzaditas la han llevado, no me obligue a que la maltrate.

Luchamos un instante, se enfureció al ver mi resistencia, sacó una daga para amenazarme, quise quitársela y en las forcejeadas con ella se picó la cara; eso lo enardeció más, y ciego de cólera me tiró algunos cortes que recibí en el brazo izquierdo, a tiempo que con la mano derecha le eché un puño de tierra en los ojos, esto lo precipitó y blasfemando dijo:

—Acabemos de una vez.

Se me cerró y me dio una puñalada en el pecho a la vez que un fuerte aventón, exclamando:

—Esta víbora me ha costado más trabajo que el gachupín de su marido —y se quedó restregándose los ojos, yo caí boca arriba adelante del tronco del árbol, al enderezarme vi los mosquetes, tomé uno y con cautela me le acerqué disparándoselo lo más cerca posible en la mera cara; cayó redondo, aventé el arma y montándome en su caballo, corrí por donde primero pude; sus compañeros acudieron presurosos a mi alcance, yo me sentía desfallecer a cada instante, les había ganado terreno, pero las fuerzas me faltaban, creciendo mi aflicción al oír pasar junto a mí el silbido de las balas; en tan crítica situación, sólo recuerdo que al salir del monte vi por entre los matorrales flotar unas banderolas azules, mi corazón respiró consolado, pero mi vista se me nubló de repente y diciendo ¡Jesús me ayude! caí del caballo sin sentidos. Lo demás, señores, ya lo saben, y ahora sólo me resta suplicarles por el amor de Dios, que no me abandonen; señor Astucia, generosos caballeros, escuchen las fervientes súplicas de una madre desconsolada, y llena de lágrimas.

Y con las manos enclavijadas se hincó aquella pobre mujer; la levantó Astucia diciéndole:

—¿Qué es lo que quiere, señorita?, mande, y será servida, los Hermanos de la Hoja jamás hacen a medias sus servicios.

—¡Mi hija, señor! ¡Mi hija de mi alma!, para irme a México con ella mas que sea pidiendo limosna.

—La tendrá usted, señora —dijo Pepe el Diablo—, si acaso ese hombre no la engañó; ensillen, hermanos, las Tinajas no están muy lejos, saldremos de la duda, ya sabemos que se llama Angelita, deme sus otras señas.

—Es güerita, caballero, con el pelo quebrado, ojitos azules, nariz afilada, tiene cinco años, así, así como de este alto, no les digo de su vestidito, porque hace más de seis meses que me la robó el infame Alacrán; pero entonces llevaba unas enagüitas de indiana amarilla con holancito, un rebocito coyote, y unos zapatoncitos de gamuza color de tierra.

—Pues andando que el sol se mete —dijo el Charro—; tiempo perdido los santos lo lloran, son las dos y cuarto —exclamó—; a las siete u ocho de la noche estaremos

de vuelta, ruéguele usted a Dios, señora, que no echemos viaje de balde.

Se salieron todos dejando a aquella afligida madre encomendándose a la corte celestial, y mientras los cinco hermanos se fueron a buscar al gato en el garbanzal, Astucia se dirigió a las cargas, a repartirles rama a una porción de infelices a quien les fiaba hoja.

El rancho de las Tinajas estaba como dos y media o tres leguas de distancia, rumbo al Sur; Pepe conocedor del terreno no quiso tomar camino derecho, sino que cortando por un inmenso huizachal pensó caer de sorpresa, y eso casualmente les proporcionó un buen encuentro, pues por aquellos mogotes vieron venir a un sujeto en un caballo cuatralbo.

—Si no me engaño, Pepe —dijo Tacho—, ese bicho que viene ahí es el mismo que el otro día se me hizo reloj entre los breñales, si su caballo es raboncito y espiguela ya no me cabrá ninguna duda.

El hombre aquél luego que vio las banderolas azules se puso descolorido, trató de cambiar rumbo, y escabullirse atravesando el caballo y metió espuelas; pero apenas lo vio espiguar Tacho cuando disparó su caballo y le marcó el alto presentándole al pecho la punta de su lanza.

—Ahora sí no se me escapa, grandísimo pillo —le dijo—, mira, Pepe, éste es de los que buscamos, y el mismo que me hizo corretear de balde mi caballo en el cerro de las palmas.

—¿Para dónde camina, camarada? —preguntó Pepe.

—Para San Vicente, señor.

—¿Y de dónde viene?

—De las Tinajas.

—Dígame, ¿no ha visto por allá una chiquilla que se llama Angelita, que el Alacrán se la llevó de Yautepec?

—No, señor, no he visto nada.

—No es ése el modo de interrogar —dijo Chepe Botas apeándose y haciendo señas a sus compañeros.

Unos se apearon también y Alejo el Charro siguió andando; desatando su reata la atravesó en la rama de un hermoso guamúchil cimarrón.

—Apéese que vendrá cansado —dijo el Tapatío cogiendo a aquel hombre de un brazo, y desprendiéndolo de la silla.

—Camine por ahí —le dijo Tacho dándole un trancazo con el cabo de la lanza, y entre filas llegaron a donde Alejo los esperaba con su reata puesta y su caballo listo.

—Señores, por la Virgen Santísima —decía aquel hombre temblando de miedo—, no conozco a la chiquilla, no sé nada de ese robo, yo...

Le metió Pepe una zancadilla y le lazó un pie con la gaza de la reata, la que estiró inmediatamente el Charro; y quedó aquel hombre colgado haciendo mil esfuerzos con las manos y pierna libres, buscando en vano un apoyo.

—Si antes de que acabe de chupar mi cigarro —dijo Chepe Botas—, no me has

cantado, canario, por vida mía que aquí mismo te destazo como carnero; dale otro tironcito, Charro, que se le quiebre siquiera la espinilla contra el palo, mas que revientes la reata.

—Por amor de Dios, señores, bájenme, yo confesaré la verdad.

Chepe lo tomó de los cabellos diciendo:

—*Canta, pajarito, canta: ¿dónde está la niña?*

—En los Tepetates —respondió con la cara amoratada por la sangre que le bajaba.

—¿Quién la llevó allí?

—Yo.

—¿Cuándo?

—Hace seis días.

—¿Y para qué?

—Para llevársela al amo don Fulano que me ha de pagar quince pesos.

—Pues elige, o nos la vas a entregar lisa y llanamente, o te registro las tripas para ver lo que almorzaste.

—La entregaré, la entregaré —decía aquel miserable con la cara renegrada y los ojos inyectados.

—Afloja Charro, afloja —y tomándolo de la cabeza impidió que se desnucara del cuerpazo que llevó en el suelo; en cuanto se recuperó lo hicieron ir adelante en su propio caballo, diciéndole el Tapatío: —Mire, amigote, qué buena punta tiene mi lanza, no se le vaya a antojar correr, porque le hago cosquillas con ella, pique y arree, que ya lo seguimos.

Anduvieron cosa de una legua hasta llegar a unos miserables jacaluchos situados a la orilla del río que le llaman de Morelos en donde a la sombra de un guayabo estaban unas mujeres y varias criaturas encueraditas, agrupadas; distinguiéndose luego luego la güerita con las enagüitas amarillas hechas un chirlo, muy sucia y enmarañada; las mujeres al ver llegar a su hombre escoltado, arrancaron a esconderse en un sembrado detrás de los ranchitos, muy azoradas, gritando:

—¡La comisión, la comisión! ¡Jesús nos ampare!

Los chicos siguieron su ejemplo.

Pepe corrió ansioso a atajar a la güerita, que a imitación de las demás, partió también pegando de chillidos muy asustada; él temió que se le escapara entre los zacatonales y ella al verse perseguida quiso correr, mas los zapatoncitos hechos pedazos y desabrochados, la mandaron y cayó al suelo sofocada de miedo.

La alzó Pepe en brazos, diciéndole:

—Angelita, mi alma, no te asustes, venimos por ti, tu mamá, Jesusita, te espera, no llores, chula.

Y redoblando sus caricias logró aquietarla, subió en su caballo, se la acomodó en la silla, diciendo:

—En marcha, vámonos.

—¿Qué hacemos con este gallo? —preguntó Chepe.

—Aquí mismo lo colgaremos —respondió el Tapatío—, para que espante a los cuervos que se vienen a llevar el maíz del Coscomate —y se arrimaron a hacer la ejecución. Al empezar a disponer los preparativos, comenzó aquel hombre a pedir misericordia. salieron las mujeres y criaturas de su escondite y empezaron a suplicar llorando todas a un tiempo, por lo que conmovido Pepe, gritó:

—Suéltalo, Tacho, y vámonos.

—Cuidado con los Hermanos de la Hoja —dijo el Tapatío recogiendo su reata—, agradezca la vida a las lágrimas de esas pobres mujeres y de esas inocentes criaturas.

—No sea sinvergüenza valedor —añadió Chepe—, si tiene familia, trabaje honradamente para mantenerla.

—A las tres es la vencida —exclamó Tacho—, cuidado con un descuido, porque si nos volvemos a encontrar por ahí, nos damos un topetón y no se me vuelve a escapar.

—Tomen ese tostón para los cuatro —dijo el Charro a los chiquillos—, cállense la boca y no lloren más. Adiós, mujeres, si sigue su hombre en su mañita, denle un bebedizo antes de que lo vean colgado.

—Adiós, señores —respondieron muy consoladas—, Dios les dé su santa gloria —y comenzaron a regañar al del cuatralbo que tenía como por un milagro haber escapado de los charros a tan poca costa.

Desde que dieron las ocho, estaba la pobre madre inconsolable, llena de zozobra, contando los minutos que le parecían eternos.

—¿Qué habrá sucedido, señor Astucia?, yo no sé por qué se me figura que no vuelvo a ver a mi hija —y las lágrimas la interrumpieron.

—Son las nueve y cuarto apenas —contestó—, deseche sus temores, confíe en Dios.

—Sí, pero esta tardanza me da muy mala espina, caballero, y acrecienta mi cuidado.

—Pues a mí me sucede lo contrario, señora, son capaces mis hermanos, si han tenido alguna noticia, de írsela a sacar mas que sea del quinto infierno; si no es que se han encontrado algunos mañositos y se han entretenido en hacer racimos como el del Jalocote grande; voy a dar una vueltecita a mi carga y no dilato.

Se salió con algún cuidado, resuelto que si a las diez no llegaban a ir con algunos arrieros en su busca, pues como iban nada menos que a la madriguera de aquellos bribones, bien podría haberles sucedido algún contratiempo; que les pusieran una emboscada, u otra desgracia de las que no podían prever.

Estuvo un gran rato inquieto, dando de vueltas por las pesebreras, cuando los venteó el perro y arrancó ufano a su encuentro, silbó y le contestó Tacho con diana, anunciándole feliz viaje.

—Toma este pedazo de ángel —le dijo Pepe dándole a la chiquilla dormida, envuelta en su manga—, si no fuera porque soy padre y sé lo que duelen estas

almorranas, no nos metemos en tal empresa; me ha rendido brazo la pobrecita, y por no despertarla nos hemos tenido que volver clavo a clavo, anda a merecer las bendiciones de la madre, yo no tengo corazón para ver un lance de éstos y mejor que llorar quiero cenar.

—Sí, a cenar —repitieron los demás.

—Ya sabes, hermano —dijo Chepe—, que lo que le des a esa señora es por todos.

—¿Cuánto le damos?

—Lo que tú quieras.

—No seas miserable —replicó el Tapatío, y se separaron.

—No hay palabras con qué demostrar el gusto de aquella señora que al ver entrar a Astucia con el bulto, se arrojó frenética de gozo; la arrebató descubriéndola y llenándola de besos; la acercaba a la vela como dudando de que aquélla fuera su hija, y sin acordarse de sus heridas la apretaba delirante contra su pecho lastimado; toda se desvendó, parecía una loca, le hacía mil caricias, corría a abrazar a Astucia, alzaba las manos al cielo dando gracias a Dios; y él, estático, la contemplaba oyendo sus desatinos, pues decía:

—¡Gracias, Virgen! ¡Hija de mi corazón!... Te debo, un novenario —y dirigiéndose a Astucia proseguía: ¡Señor de los Milagros, Santa Rita de Casia! ¡Ay! qué chorreadita estás, chula— y contemplaba a su hija.

Así por este estilo, ensartó mil disparates, la dejó sola un momentito y volvió acompañado del dueño de la rancharía; se le repuso la curación, y ya tranquila, iba a echársele a los pies comenzando a manifestar su agradecimiento, cuando la hizo sentarse y le dijo:

—Como tal vez podremos dilatar, y usted muy pronto se encontrará completamente restablecida, no queremos que por falta de recursos se vuelva a quedar expuesta por estos rumbos; este señor está encargado, y pagado ya para que con las comodidades posibles conduzca a usted y su hija a la capital, hasta dejarla en la casa de su tía, desde donde nos hará favor de escribirnos tanto para saber cómo llegó, cuanto porque así nos justificará este hombre que supo cumplir con nuestro encargo; nosotros marchamos dentro de un rato, y para que no se vaya manivacía tenga estas seis onzas con que la auxilian los Hermanos de la Hoja, y además estas otras dos mías para que vista a su chiquilla. Adiós, Jesusita, que Dios le dé buena suerte, y mientras sepa ser honrada, mas que sea por capricho, orgullo, o vanidad, no le faltarán hombres de bien que la socorran.

No la dejó hablar, le dio un abrazo, un beso a su hija, recogió la manga de Pepe y se salió precipitado.

A las tres horas ya iban caminando, contándole Tacho las ocurrencias de esa tarde; al mes que volvieron le fue entregada a Astucia la carta que exigió, llena de mil agradecimientos; terminando con estas palabras:

—«Siempre, mientras viva, rogaré a Dios que colme de bendiciones a los generosos Hermanos de la Hoja, a los caritativos charros contrabandistas de la rama,

su agradecida servidora, María de Jesús N. de R.»

Esto fue comunicado al señor Garduño para que saliera de su duda, y así terminó aquel lance inesperado. Seguían muy constantes en su empresa, pero a pesar de todas sus precauciones, excusando los encuentros y valiéndose de mil estratagemas, a costa de muchos sacrificios y dinero, no dejaban de tener cada rato que ocurrir a sus ardides, pues el Bulldog a la cabeza de cuarenta hombres bien montados, armados y pagados, diariamente les andaba siguiendo la pista, indignándose más y más cada vez que se burlaban de sus disposiciones, o le hacían una formal resistencia, pues cuando se encontraban sin modo de excusar un combate, echaban cargas a tierra formando con ellas la figura de una herradura, metían las mulas adentro para que no se las mataran, y en guerrillas se arrojaban sobre el enemigo con precipitación; valiéndoles ese atrevimiento siempre alcanzar el triunfo más o menos disputado; pues mejores conocedores de los terrenos, todos diestros en el manejo de sus buenas armas, excelentes caballos, y lo que es más, muy decididos, pronto desalojaban al enemigo sin dejarlo de batir hasta que los correteaban un buen trecho y quedaba libre el paso, volvían a cargar las mulas, otros a reponer sus averías, ínter los demás vigilaban sus flancos y seguían impávidos su camino. Una noche al comenzar a subir la prolongada cuesta conocida por Las Lajas, a causa de tanta piedra suelta en que abundan aquellos montes, los alcanzó a mata caballo el galgo de San Simón, diciendo que el Bulldog con veinticinco hombres venía a media rienda en su seguimiento.

Luego luego, comenzó Astucia a formar su plan de defensa, calculando su tiempo y comprometida posición, tratando de aprovechar en su favor la oscuridad de la noche, y otras estrategias como se verá más adelante.

Capítulo XVII

El alcance del Bulldog. Historia de Alejo Delgado o el Charro Acambareño

Pues señor, como íbamos diciendo, el Bulldog en fuerza de tanta pesquisa, llegó a tener noticia de que los charros contrabandistas iban por el camino de Las Lajas y reservando sus planes, a buena hora dio órdenes, poniéndolos en planta sobre la marcha, calculando darles alcance en la cuesta consabida. Al pasar por San Simón frente a una casucha de mala traza, suponiendo el Bandolón que su caballo había tropezado, le alzó la rienda, diciendo recio para que lo oyeran los vecinos.

—Alza salado, no te quedes atrás, avanza —y se reunió con su jefe dándole cuerazos y metiendo espuelas.

Al tropel se puso tras de la puerta a observar un hombre que al escuchar aquellas palabras y conocer la voz, se puso su canana, tomó su carabina, y brincándole en pelo a su caballo, destapó cortando camino y en unos cuantos minutos les ganó la delantera y siguió a escape hasta alcanzar a sus amos, a los charros; la noticia fue tan violenta como la disposición del enemigo, la recibieron al empezar a subir una prolongada cuesta, aquel sitio era intransitable para poder dejar el camino y emboscar el hatajo, la noche estaba muy oscura, y era muy probable que alguna mula se desbarrancara; lo menos dilatarían las mulas cargadas media hora para subir, un cuarto para bajar, y otro cuarto de hora para llegar a donde cortaba una vereda que conducía a su paradero, al puerto de salvamento; todo lo calculó Astucia y exclamó:

—¡Una hora! ¿Por dónde calculas que vendrán en este momento los sabuesos? —le preguntó al galgo.

—Señor, venían recio, y ahora empezarán a atravesar el pinal de la cruz chaparra.

—Entonces ni a cuidado llega; a ver, cuatro hombres con sus hachas y montados; Charro, vete arreando a buen paso, Pepe, acompáñame, Simón y el Chango que nos esperen en la cumbre con ocho o diez reatas sueltas, las estacas de jatear y sus mazos, y todos los demás vayan aviando, cuando lleguen a las Escobas, cortan para el paradero y me mandan al Sultán; en marcha.

Diciendo y haciendo, conforme mandaba era obedecido.

—Retrocede, galgo, ¿traes cartuchos?

—Sí, señor, tres paradas.

—Con esas basta, adelántate a encontrarlos a toda prisa, suelta el hilo a ese pixtle. y en cuanto los columbres te emboscas a un ladito del camino y les empiezas a echar guasca para contenerlos y avisamos por dónde vienen; y así que te suelte un tiro de este lado, te escabulles y no paras hasta tu casa, me los dejas venir no sin silbarles

para torearlos.

Partió a escape el galgo, y Astucia tras él con Pepe y los cuatro arrieros al galope; de repente se oyó un tiro no muy distante y le respondieron otra porción; sentó Astucia su caballo y se volvió paso a paso, en el paraje más a propósito por su estrechez dijo:

—Abajo ese ocote y que caiga para este lado, con dos basta, ustedes otros tiren éste del frente.

En unos cuantos minutos cayeron aquellos árboles y cubrieron el camino, sacó una pistola y la descargó, se oyeron los silbidos burlescos, y el fuego continuado cesó.

—Ya ganamos más de un cuarto de hora, y conque los detengamos aquí otro poco, no nos llegan completos a la cumbre. Vámonos, presta su caballo, Muerto, quédate con tu carabina, chíflales el Malcriado y báteles el cobre, les echas tres o cuatro tiros y te largas cortando cerro para la cumbre, allí te esperamos —y partieron al trote.

El Bulldog al primer tiro del galgo, avanzando mandó echar su gente a pie, y posesionándose de los árboles y peñas, tiraban todos a discreción sin saber a quién ni a cuántos; y al ver que suspendieron sus tiros y silbaban, creyó que habían huido abandonando el punto, por lo que tomando mil precauciones fue avanzando con su gente poco a poco para aquel sitio; ya había pasado cuando oyó silbar al Muerto, creyó que iban muy cerca y apretó el paso, de repente les zumbó una bala, el tiro salió de un punto cerca, y gritó lleno de rabia:

—¡Ahí van!, ¡ahí van!, sobre ellos, ¡viva el Resguardo! —y seguido de los suyos se precipitaron sobre los árboles caídos, otros dos o tres tiros los hicieron retroceder y volver a sostener más fuego, no había duda de que el enemigo estaba cerca y mucho más procuraron emboscarse; el Muerto les tiró otros tres tiros por distintas direcciones, y se retiró velozmente.

En la cumbre encontró Astucia al Sultán que empezó a hacerle fiestas.

—Bueno, bueno —exclamó—, ya están en salvo, veremos si quiere el Bulldog seguir rastreando, lo haremos ventear con las narices a él y todos sus cachorrillos.

En el segundo punto de defensa se dilató más el Bulldog, después de estar tirando para los árboles caídos, se determinó a avanzar cuando pasado mucho tiempo no volvieron a contestar sus tiros; encontrándose con que era necesario desescombrar el paso para tener lista su retirada; ya iba a desistir de la empresa temeroso de que le pusieran alguna emboscada a media cuesta; pero recibió un refuerzo de otros diez hombres y ya con ese número se empeñó en perseguirlos hasta alcanzar a los charros; entre todos desviaron aquellos palos y también se dilataron bastante; inventó poner una guerrilla que fuera por delante tirando tiros para ver si los contestaban, y eso sirvió para anunciar su camino.

Luego que Astucia los vio comenzar a subir la cuesta, continuó su retirada dejando a dos a pie que silbaran y azotaran a los palos y fingieran arrear muy

afanosos; con orden de que cuando estuvieran a media cuesta se adelantaran a hacer igual operación a media bajada, y adonde le fue pareciendo, le dijo a Reflexión y al Chango:

—Clava una estaca aquí, tú allí, templen bien una reata —y unas más altas y otras más bajas, colocó en lo más plano y pendiente, nueve reatas a distancias proporcionadas—; ahora váyanse a la cumbre a torearlos y se ocultan para venir después recogiendo reatas, estacas y cuanto encuentren, menos hombres porque ya me fastidia pagar curaciones.

Mandó a los dos restantes ocultarse a gran distancia teniendo los caballos de los cuatro que estaban de fatiga, previno su reata ocultándose al pie de la cuesta, y Pepe su mosquetón, situándose frente a un recodo; los exploradores oyeron indistintamente los gritos de:

—¡Alza pachorra! ¡Arriba Dama! —y acompañaban con voces sendos tapojazos, suspendieron sus tiros y esperaron la fuerza.

—Ahí van ahorita, mi jefe —dijo uno de los de la guerrilla—, oiga usted, oiga usted.

—¡Anda, Pingajosa! ¡Arriba, arriba Currutaca! —y más tapojazos y silbidos.

—Vamos más espacio —dijo el Bulldog—, para cargarles a media cuesta y que no se nos escapen; o los pillamos o ruedan las mulas con todo y carga, y de que cualquier manera el triunfo es seguro; vayan dando resuello, empujen sus lanzas, y cuando yo mande avanzar, cada cual procure agarrar lo que pueda, desde ahora les cedo lo que avancen, silencio y al tranco, que ahora sí no se nos escapan.

Llegaron a la cumbre y oyeron los gritos y tapojazos a media bajada, no cabía duda de que estaban como el Bulldog se lo había figurado, y alentando a los suyos les dijo:

—Muchachos, ¡viva el Resguardo!, un fuerte empuje y los acabamos, al que primero llegue al plano y les corte el hatajo, le doy dos onzas; avancen —y disparó su caballo; los más que le seguían se precipitaron ansiosos, el jefe contuvo las riendas, y con pretexto de hacer entrar a todos volvió con espada en mano obligándolos a partir; los más atrevidos fueron los primeros en rodar, unos caían con todo y caballo, otros en las trastrabilladas se desprendían de la silla.

Los últimos, que veían caer a sus compañeros, ignorando la causa, creyeron que era una emboscada y cada cual fue procurando salvar el pellejo, desperdigándose, dejándose dasbarrancar o como podían, separándose de la bajada; unas reatas fueron reventadas, otras quedaban tan flojas que ya no surtían efecto, algunas estacas se troncharon o chisparon; los caídos, luego procuraban a gatas o arrastrándose evitar las trilladas de sus compañeros, y siete u ocho caballos al verse libres, seguían dándose golpes en las últimas reatas.

El Bulldog estaba furioso, oyó los gritos y silbidos en el plano, se supuso que allí estarían los suyos, y engolfado en su triunfo arrancó furioso: aún faltaba una reata, el caballo la sintió a buen tiempo y pegó un fuerte brinco para salvarla; no esperaba el

jinete semejante movimiento, perdió los estribos y por agarrarse soltó la espada, abandonó las riendas y se afianzó con las dos manos de la cabeza de la silla; todo encogido y asustado, buscaba en vano las riendas, enredándose los dedos en las crines flotantes del caballo, y en esta disposición pasó como una exhalación por medio de Astucia y Pepe, el primero le tendió un lazo al caballo y amarró diciendo:

—Que Dios lo perdone —y le dio tal potreada que fue a dar boca abajo el jinete seis u ocho varas, cayendo de cabeza en unos matorrales quedando atarantado del golpe, se reanimó un tanto, se paró precipitado y con el primero que se encontró fue con Pepe que presentándole su mosquetón al pecho, no lo dejó ni hablar.

—Estoy dado —fue lo único que pudo decir con voz balbuciente, cuando acercándose Astucia gritó a la vez que alzaba el mosquetón.

—No lo mates, es el amigo comandante.

Estas palabras y acción le hicieron poder respirar, y exclamó:

—¡Gracias, Charro!, no olvidaré que le debo la vida.

—Monte en su caballo, comandante, está en poder de hombres de bien, no de asesinos ni bandidos.

Cogió su caballo el Bulldog y apenas acababa de montar cuando se fueron presentando el Chango y Simón cargados de lanzas, carabinas, sombreros y estirando en unión de los otros dos arrieros siete caballos ensillados, diciendo:

—Siempre se nos *juyeron* cuatro o cinco animalitos, señor amo; ¿qué hacemos con estos estorbos?

—Amarren los caballos en esos árboles, y todo lo demás déjenlo ahí bien puesto junto de ese matorral, móntense en sus caballos y váyanse a ayudar a descargar.

Ya empezaba a aclarar la noche, el Bulldog algo sereno le parecía aquella voz conocida, pero en vano trataba de hacer memoria, no podía saber quién era su libertador.

—Presta tu negra, Pepe, dásela al comandante para que se caliente.

Sacó una botella con catalán y se la presentó al Bulldog, que sin ceremonia echó un buen trago. La luna apareció muy hermosa, fijó el comandante la atención en Astucia y exclamó:

—Con razón quería yo conocer esa voz, amigo Gaviño, pues, ¿qué anda haciendo por estos rumbos?

—Ya lo ve, comandante, defendiendo mi carga de que me la roben; y puede agradecer a que conocí a usted al tiempo de que lo arrojó el caballo, que si no, ya fuera alma de la otra vida; con los Hermanos de la Hoja no se juega.

—Pues, amigo Gaviño, perdone usted, yo ignoraba que usted perteneciera a ellos, mi rencor es contra un tal Astucia que nos hace ver lumbre, es muy fanfarrón, me lo tienen los jefes recomendado, y ya se ha vuelto entre nosotros punto de honor el quitarlo de en medio.

—Yo creo que es muy difícil, comandante, el amigo Astucia no se duerme en las pajas, es valiente, y a donde sepa su empeño, puede ser capaz de echarle una roncada

y usted no le completa; es hombre de pocas palabras, pero de muchos puños; si quiere tener la vida segura, amigo comandante, procure evitar el hallarse en su presencia, se lo aconsejo por su bien.

—Gracias, señor Gaviño, y para darle una prueba de mi amistad, hágame favor de recibir estas pistolas de dos tiros, ya sé cuál es el camino que transita y puede estar seguro de que nadie lo acosará, yo soy amigo de los amigos.

—Le estimo su favor, comandante, y para corresponderle a su regalo, hágame el gusto de usar esta yoga para que haga de mí un recuerdo, vaya a ver si recoge su gente; ahí tiene sus armas, caballos y demás cosas reunidas por mis arrieros, nosotros de nada de eso necesitamos, y sírvale de gobierno que no somos ladrones ni asesinos, que si esquivamos combates, no es por miedo sino por no derramar la sangre de infelices asalariados, no se metan con nosotros y tendremos la fiesta en paz.

—Ya se lo dije, señor Gaviño, puede usted fiar en la palabra que le da un hombre que le debe la vida, le repito mis agradecimientos.

—Una súplica, comandante, que le alcance su generosa protección al amigo Astucia, es Hermano de la Hoja y yo le pido favor para él.

—Me pide usted una cosa muy difícil, señor Gaviño, diariamente me lo recomiendan, es un pájaro de cuenta, y ya lo dije, hay un formal empeño, se interesa el amor propio, se ha vuelto punto de honor el exterminarlo a él y a su pandilla. Confórmese usted con lo que le he ofrecido y no me pida cosas que no estén en mi arbitrio concederle.

—No insisto, pero le advierto que *el día que usted le vea la cara a Astucia, ése será el último de su vida, comandante. Vaya con Dios.*

—Puede usted decirle, señor Gaviño, que el segundo jefe del Resguardo se ha propuesto su exterminio, y que ese día en que nos veamos las caras, será su vanidad abatida.

—Todo se lo diré, comandante, pero no vaya a ser que se la cobije al revés, el diablo no se le despega y nunca tiene las manos amarradas, con que váyase que ya mero amanece, y hasta la vista —le tendió la mano, le dio un apretón semejante al de marras, y riéndose de verlo hacer molinillo sobre la silla, se separaron.

—Maldito barbaján éste —se quedó murmurando el Bulldog—, ya van dos magulladas que me da; vamos a ver si junto a esos cobardes que han dejado hasta sus armas y cuatro de a pie con sus garrotes los han bocabajado de lo lindo; esos cuatro de a pie, no traían más armas que unos palos, ¡qué vergüenza! ¡Dejarse despojar de las armas y caballos!

Subió la cuesta silbando y gritando hasta que pudo encontrar al muchacho clarín, que abandonó el caballo y se ocultó desde que emprendieron el alcance.

—Toca a reunión, grandísimo tal —le dijo lleno de cólera, queriéndole dar con la yoga que llevaba atravesada en el fuste; empezó el pobre muchacho a dar algunos destemplados cornetazos, y hasta que amaneció fueron presentándose con caras largas sus valientes.

—¡Malditos sean todos ustedes por cobardes!, de balde están ganando el sueldo de la empresa. ¿A dónde demonios se metieron? ¿Qué se los avances, miserables? Conque si no hubiera sido por mí se pierde el armamento; marchen a recoger sus cosas antes de que se me hinchen las narices, allí en el recodo he dejado amarrados los caballos, y junto al matorral, las armas y demás cosas; si ustedes me hubieran ayudado seríamos felices, he perseguido a estos infames hasta ahuyentarlos, me he batido con el principal cabecilla; por ahí se lo llevan sus compañeros mal herido, miren la prueba que no me deja mentir, esta hermosa yoga que le he quitado de las manos a lo hombre.

Tomó el más ladino la yoga, y alabándola exclamó:

—Aquí tiene el nombre de su dueño, Angustia.

—¡Qué Angustia ni qué calabazas, tú no sabes leer!

—Presta, dijo otro, y cogiéndola, delectó:

—Asturia, eso es Asturia, es española, ¡ah! no, no Astucia, Astucia con todas sus letras; mire usted, mi jefe, pues de veras que se ha batido con un buen pollo, ésta es la carabina de ese mentado Astucia, si no cuando vayamos a Huamantla verá usted cómo la conocen más de cuatro.

—Ahora siento haberlo dejado con vida —decía furioso el Bulldog—; pero me dio lástima al mirarlo rendido —y no se cansaba de ver aquel letrado que de veras le recordaba la fortuna de existir; así que reunió la mayor parte de su fuerza en la que había varios contusos y raspados, emprendió su marcha.

—Mi jefe —dijo uno de los últimos que subió—, tenga la espada que estaba tirada entre unas hierbas.

—Presta, presta, que por quedar con las manos libres la aventé, yo con sólo mis brazos tengo, las armas me estorban —y luego reflexionando decía para sí mismo:

—Ni la burla me ha perdonado ese maldito, los informes que me dieron, aquel Pepe que me iba a despachar no es otro que el mentado Diablo, la songuita con que intercedió por Astucia haciéndome el vinatero, no hay duda sino que Gaviño es el mismo Astucia; pues ya nos veremos, amiguito, a las tres es la vencida, la vez primera me hizo de segunda fila, ésta se ha burlado en mis bigotes; a mí no se me compra con acciones ni borbozadas; ya sé cuál es el camino que llevan y dejaría de ser quien soy, si el día que nos encontremos se escapa de mi garra; yo le enseñaré a mofarse de los hombres, a andar de perdona vidas; sus favores me enardecen, reniego de su amistad, y más que nunca, redoblaré mis esfuerzos para vengar mis agravios; su misma carabina servirá para meterle una bala, mal rayo me parta si no lo cumplo. Para realizar mis ofertas a Gaviño excusaré la cara, y cuando menos lo espere, la carabina de su amigo le dará un plomazo, pondremos en juego para Astucia, astucias, y a Gaviño una trampita para que vaya a apretarle la mano a Lucifer.

—¿Que tú crees en los ofrecimientos de este pillo? —dijo Pepe cuando se separaron.

—Tan no los creo, que ahora más que nunca debemos poner en juego las

vigilancias, al verlo tan rencoroso con Astucia le di con segunda intención la yoga para darle a entender que no me intimidan sus bravatas, y que si se me hubiera dado la gana ya estuviera en el infierno, pues no era más que le hubieras estirado los bigotes a tu carabina y asunto concluido; al leer mi nombre en el cañón se ha de haber dado a Satanás, y quién sabe a la hora de ésta cuántos planes de traición irá formando.

—Lo hubiéramos despachado, Lencho, y no que por tus indulgencias tenemos que andar listos.

—Hombre, hubiéramos adelantado muy poco o nada; echamos a ese hombre al infierno, y nos ponen otro que nos haga tener que estudiarlo, gastar dinero, y perder el tiempo; a éste ya lo conocemos, el Bandolón está cumpliendo bien, ¿qué necesidad había de echarlo a roncar?

—Siempre encuentras razones para mirar por esos pícaros, no parece sino que te has propuesto protegerlos.

—Te equivocas, hermano, no los puedo ver, me queman el alma, pero yo mataré un hombre o consentiré que lo maten, cuando vea que corremos algún peligro y que de no hacerlo así puede despachar a alguno de los míos; pero estando todos en salvo, matar a un demonio que viene sobre el caballo hecho una bola sin armas, y que si no cae sobre el matorral, se estrella la cabeza contra las peñas, de la potreada que le di, eso no me gusta; ya salió con bien de darle una manteada y escapó del batacazo, pues que Dios lo ayude, que nosotros no somos alevosos ni tenemos miedo. Llegaron a su jato y al otro día continuaron su camino sin novedad.

—Vamos, señor Charro Acambareño —dijo Astucia—, ya vimos el feliz término de las aventuras de Tacho, y te toca contarnos las tuyas.

—De buena gana voy a referirlas, son muy comunes y sólo porque me causaron mil pesares, inquietudes y amargos desengaños, me entretendré en informarlos con especialidad; pues joven, sin experiencia, y afectísimo a las hijas de Eva, me dieron unas potreadas que por poco me vuelven loco, y tenía yo tal atingencia para echarlo todo a perder, que cuando recuerdo mis chascos, me río a solas de mí mismo.

—En eso de hacer las cosas al revés no me has de sacar ventaja —dijo Chepe Botas—, yo nací predestinado, no debía de ser hombre sino ciervo, pero no de Dios, sino del monte, de esos que se mueren de hambre atorados entre las ramas donde no caben sus hermosas cornamentas.

—Ya, ya te tocará tu vez —contestó el Tapatío—, ahí nos reiremos a tus costillas; ahora tiene la palabra el Charro, ya basta de introducción, vamos al grano, todavía resuellas por la herida, papacito.

—No empieces con tus majaderías, Juan, porque...

—Pues silencio y atención, comienza, Charrito.

—Lo de mi primera edad, nada tiene de notable, apenas mal supe leer, escribir, y las cuatro reglas de cuentas, cuando me dedicó mi padre a cuidar peones y dizque a ayudarle; pero maldito de lo que le servía, abandonaba el tajo y me andaba haciendo

travesuras a las clacualeras, entre las cuales no faltaban algunas inditas que me sacaban fuera de quicio; ya iba a cumplir dieciocho años y empezaba a querer cantar como gallo, haciéndole la rueda a cuantas miraba con trenzas y de aretes; nada tenía yo de asqueroso ni tampoco un gusto especial, sino que todas generalmente me gustaban, unas por altas, otras por bajas; por blancas, por morenas; en fin a ninguna le hacía yo el feo, y si a todas les echaba sus flores y las perseguía con tesón, de manera que a la mayor parte de las del pueblo y rancheras vecinas las traía al retortero, tenía yo tantos enredos que al cabo me salieron a la cara; todavía no me hallaba suficiente a emprender cosas mayores, mi pretensión y relaciones no pasaban más que de amoríos vagos, cambiar prendas, cobrar celos, propiamente vender peines de boj; ya conquistó a ésta, me enojo con aquélla, con otra hago las paces, y era un verdadero laberinto el que tenía, estando en mi elemento, siempre entretenido con mis adorados perejiles; pero cátense ustedes que comenzó la suerte a serme adversa, una de mis pretendidas dadas de mano con quien me enojé porque la encontré con el cajero de otra casa en conversación, desapareció repentinamente y estaba la infeliz madre hecha una loca por la pérdida de su hija, sin saber a quién echarle la culpa.

Empezó a ver si había cargado con sus trapitos, y entre tanto cachivache como guardan las mujeres, se fue encontrando unos versos de mi puño y letra con firma, que copié de unos que le había comprado a un varillero, para darle a conocer mi pasión y lo mucho que las musas me protegían, además un anillo que en un descuidito le robé a mi madre, y tenían sus iniciales A. D., que querían decir Agustina Dorantes, las que podían fácilmente interpretarse con Alejo Delgado, y nada menos por eso tuve empeño en echarle gatazo. Sin más averiguación arrancó la señora para el juzgado, presentó aquellas prendas, confirmó sus sospechas una vecina que el día anterior me había visto salir del pueblo después de la oración, y mientras que el negocio se aclaraba libró el Juez varios exhortos por distintos rumbos, y dio orden de que me apresaran; el encargado de asegurarme sabía muy bien que todos los días a ciertas horitas venía yo a ver a una jovencita que vivía frente a su casa, y que allí me estaba largo rato en amorosa conversación; excusó el trabajo de buscarme y me echó mi tanteada, precisamente era un sábado en que me mandó mi padre a cambiar dinero menudo para la raya; hice violentamente mi mandato, y por no perder la costumbre me dirigí para la calle consabida; pero al torcer la esquina me atajó Miguelote (así le decían al Alcaide de la cárcel), tomó las riendas del caballo a la voz de «dese por preso, mocosillo», otro que lo acompañaba guardó su bayoneta y me chispó el estribo del pie derecho haciéndome apear, y sin más ni más me condujeron a la cárcel; yo primero creí que era chanza y obedecí aunque con alguna repugnancia; pero nunca había tenido confianza en aquellos hombres, y así que vi que la cosa iba de veras, me la quise echar de valiente resistiéndome a marchar.

—Ande, niño, ande y no me haga que lo arree —me dijo Miguelote; yo insistí en no dar un paso, y del primer empellón que me dio me hizo besar el suelo a las cuatro o seis varas de distancia; me paré lleno de rabia buscando una piedra o algo

con que agraviarlos, llamamos la atención de algunas personas, y tuvo aquel hombre que ocurrir a sus cariños, pues a fuerza de empujones llegué a la prisión.

—Parece que se resiste —dijo uno de aquellos judíos que se alquilan diariamente para estar de centinelas.

—Siempre estos rancheritos —le respondió Miguelote—, la quieren echar de hombres, yo no sé a qué se atienen; que guarden este pollito en San José, no se lo vaya a comer el coco.

Me introdujeron en un inmundo calabozo en donde había ocho o diez infelices que me parecieron demonios; allá por la opaca luz que entraba por la claraboya distinguía sus semblantes macilentos, sus ojos saltones, sus mechales enmarañadas, casi desnudos; unos quejándose de hambre, otros desesperados maldiciendo, se me acercaron llenos de curiosidad y en un instante, con la mayor desfachatez me bolsaron repartiéndose llenos de gozo el dinero menudo que llevaba, mis instrumentos de sacar lumbre, navaja, pañuelo de polvos y cuanto quisieron, con tal vileza que ni un cigarro me dejaron; como a las ocho de la noche fue la orden de que se me comunicara, y me sacaron de aquel infierno para ponerme en otro peor. Un separo que no tenía cuatro varas de largo, y no llegaba a dos de ancho, sin más luz que la muy escasa que suministraba el boquete de la puerta; después de andar tanteando aquellas apestosas paredes me seguí con el suelo, poco a poco, temeroso de hallar la inmundicia a que todo aquel sitio trascendía; pero por mucho tiento con que verifiqué mi registro, no pude librarme de tocarla; retrocedí horrorizado y comencé a tropezar con otras muchas, pues teniendo poco uso aquel separo, lo habían constituido en guarda cuba donde los presos desahogaban; sacaron el barril que les servía para guardar aquel tesoro que seguramente rebosaba de alegría, y dejaron aquella estancia regada de flores, me dio tanto asco, que no teniendo dónde ni con qué limpiarme ni pudiendo resistir tan aromática atmósfera depuse cuanto tenía en el estómago, y con los tules de un asiento viejo de silla que andaba por allí rodando, me escupí la mano y la refregué hasta que me ardió, me arrinconé a donde me pareció más limpio sobre el asiento aquel y no pude menos que llorar mi suerte tan chaparra, ignorando el motivo de mi prisión.

No todo el dinero del cambio lo llevaba en las bolsas, sino doce pesos, y otros tantos en cobre estaban en las arganitas de mi silla, al meterme para el primer calabozo le dije a Miguelote:

—Ahí vienen más de veinte pesos en mi silla, si se pierden usted los paga, sin advertir que los medios y reales me los había echado en el chaleco.

Esta advertencia le hizo registrarla y se olvidó de que lo hicieran conmigo, porque si no tal vez salvo lo que aquellos maldecidos me quitaron; vio que sólo había doce pesos y en presencia del escribiente hizo el apunte de lo que quedaba en su poder, a las ocho dadas que fue a recorrer las prisiones me dijo:

—Niño, no había más que doce pesos, ya me la quería sacar con sangre; cómo se conoce que usted es tamaña lanza; conmigo no se juega.

—Es verdad, Miguelote, porque la plata la traía en el chaleco, y esos bribones me han bolseado.

—¿Quién fue, niño, dígame para castigarlo?

—No sé, todos se me agruparon y por la escasa luz no les vi las caras.

—Voy a echar registro —gritó a otros dos—, y después de una hora volvió diciendo: —Sólo esto he encontrado.

—Mi pañito y mi navaja.

—Tenga su pañuelo, y ésta la junto con las demás cosas del apunte, si me hubiera avisado con tiempo, no se pierde nada; pero esos malditos ya gastaron o se han tragado los medios, en dos días los he de hacer estercolar en el patio con su centinela de vista, sin darles lugar a la pepena, no se ha de decir que yo consiento a los pícaros —y yéndose precipitado no hizo caso de mis exclamaciones; me volví a sentar en mi rincón lleno de mil tristes pensamientos, puse mi pañuelo sobre las rodillas, descansé en ellas mi frente y me venció el sueño; como a media noche, la comezón me despertó, el asiento aquel de silla era un nido, un criadero de chinches, que con el calor de mi cuerpo se animaron y se desquitaban de su prolongado ayuno, y como hormigas se me subieron por todas partes; mi pañuelo había sido escondido en unos chirlos de frazada que andaban rodando en el calabozo por tal de que no lo encontrara el Alcaide, y volvió a mí lleno de pobrecitos huérfanos tan secos y grandes como hambrientos; y ahí me tienen ustedes con un hervor de sangre que el demonio me llevaba, yo me sentía con fiebre a pesar del calosfrío que a cada instante me daba y el horror que me causaba quitarme a puños aquellos inmundos animales que se agrupaban para martirizarme, me desnudé completamente, por el boquete sacudía mi ropa, y era tanta mi aprensión que me parecía escuchar hasta sus pisadas, resolviéndome a estar en un pie como los gallos y continuamente con las manos en movimiento vaqueando a cuanto avechicho se proporcionaba. ¡Ah qué tarde tan amarga! ¡Qué prima noche tan asquerosa!, y para alivio de mis males, una madrugada infernal, desesperado, muerto de hambre y sin tener ni un cigarro que chupar para entretenerla.

Al otro día vino mi padre al pueblo más temprano de lo de costumbre, y no faltó quien lo impusiera que estaba yo en la cárcel por haberme robado una muchacha; no le fue difícil creerlo, y a eso atribuyó mi falta a la casa y el no volver con los veinticuatro pesos. Se dirigió al juzgado; pero como era día de fiesta estaba cerrado, vio al Juez en su casa, que era su conocido, lo informó de que eran sospechas fundadas en los versos y el anillo, algo se aquietó la cólera, intercedió para que me pusieran en el paraje más distinguido; y por fin consiguió que se me retuviera en la alcaidía. Como a las diez de la mañana se me presentó Miguelote y sacándome de aquel infierno me puso en su pieza donde siquiera había unos bancos en que sentarse; se me fue presentando mi madre con una canasta con el almuerzo, hecha un mar de lágrimas, abrazándome cariñosamente, a tiempo que yo en calzoncillos seguía mi pesca, pues era imposible soportar la comezón, y como los burros me refregaba las

costillas contra la pared.

—No se me arrime, madrecita, porque la contagio, antes de comer tráigame un peine por amor de Dios, quiero agua para lavarme las manos que me apestan a demonios; ya no tengo saliva para limpiarlas, ni paciencia para sufrir esta plaga, me han asoleado, tengo fiebre —y le enseñé una multitud de animalitos que estuve echando en un cajete con meados que estaba en un rincón; salió presurosa, mi padre no quiso verme porque estaba enojado, y se sorprendió de que saliera tan pronto; lo impuse del caso y decía recio para que lo oyeran mis hermanos los chicos:

—Me alegro, me alegro, Dios castiga sin palo ni cuarta.

Se habilitó de peines mi madre, me facilitó agua para lavarme, me peinó perfectamente, y en cueros vivos cobijado con unas enaguas blancas que se quitó, me quedé en cuclillas devorando el almuerzo; ínterin la pobrecita hizo un rollo con mi ropa, se la dio a un indio de la guardia para que la llevara, y partió para sacudirla y espulgarla al campo raso, en donde mis hermanos diligentes le ayudaron; volvió, me vestí de limpio, me dejó un peso para que mandara traer que cenar, un zarapito de mis hermanos, y ya quedé en la gloria; al otro día lunes me llamaron a declarar.

—Se le acusa a usted —dijo el Juez después de que asentaron mis generales—, de haberse robado de su casa a la niña fulana de tal, ¿qué responde usted?

—Que es una calumnia.

—¿Ha tenido usted relaciones amorosas con ella alguna vez?

—Sí, señor, desde queaque, pero quebramos las tazas desde el otro antier de más allá, yo tuve mis razones.

—¿Serían tal vez muy graves?

—Para mí sí, señor, soy quisquilloso y no sé de ancas, quiso jugar con dos barajas, y no podíamos estar dos gatos en un costal.

—Explíquese usted más.

—Pues, señor, nos teníamos dada palabra de casamiento; de repente empezó a mirarme indiferente, fría y a cobrarme celos por cualquier cosa, y como queriendo poner el maíz a veinte reales; empecé a parar las orejas y me propuse espiarla para averiguar el motivo, pues no dejaba de darme el cabestro por las corvas, y sin mucho trabajo conseguí sorprenderla en cuchicheos con don Felipito el cajero de la tienda grande; les eché la mula, se me quiso poner feo, nos dimos cita para esa misma tarde en el arroyo, nos juntamos allá, nos agarramos al pleito, hasta que a fuerza de moquetes alzó escobeta y partió cacaraqueando, limpiándose el chocolate, yo no volví a ver más esa niña; el Felipito se quedó con la mula, y aunque yo le devolví sus prendas y anduve con una trencita del pelo de ella amarrándole el copete a mi caballo para darle picones, no pude conseguir que me devolviera mis cosas, esto es la pura verdad, y seré un pícaro si miento.

—¿Pero usted puede probar que ese don Felipito continuó con ella sus relaciones?

—Sí, señor, porque en la fiesta del pueblo, me contó la molendera de la casa de esa niña, que don Felipito se robaba de la tienda muchas cosas que le mandaba:

aretas, cajas de sardinas, botellas de vino, mascadas y multitud de cosas que tenía escondidas en el temascal; y antier tarde que etuve en la tienda a cambiar el dinero para la raya no lo vi por allí, y me chocó, porque siempre que nos mirábamos me echaba algunos ribetes porque se veía detrás del palo hueco en su muladarcito; yo no más lo miraba con reconcomio y lo citaba para afuera, deseando encontrarlo algún día solito para que nos rifáramos.

En esto entró un indio con un oficio, lo leyó el Juez y poniendo un semblante menos acre me dijo:

—Puede agradecer a que a buen tiempo llega esta comunicación en que se me da parte de haber caído en la ratonera los prófugos, si no usted se hubiera quedado aquí guardadito hasta que plenamente probara su inocencia; cuidado con andar dando prenditas con iniciales ni versitos bajo su firma, porque si vuelvo a tener otra queja y pone a sus honrados padres en más bochornos no está muy lejos el presidio, a donde también despacho a los valientes y decidores.

—Llámenme al señor Delgado.

Salió uno de los celadores y entró mi padre, el Juez le dirigió la palabra diciendo:

—Llévese usted, señor Delgado, a su hijo, vigile su conducta, y si no se corrige deme aviso, que ya, ya le quitaremos la mañita de andar enamorando muchachas y darse de moquetes por ellas.

Dio mi padre las gracias, recogió el anillo que muchos días atrás le sirvió también de prenda para mi madre, se recogieron mis cosas y cerca de veinte reales que ya habían sido digeridos por algunos de los que me bolsearon, cediendo mi padre a Miguelote lo que faltaba de recoger; montamos a caballo y llegamos a mi casa cerca de la oración, me llevó mi padre a la troje, me echó un largo sermón, se presentaron dos peones, y con unas riendas nuevas de peal entresilladas y a calzón quitado, me dio una safacoca tan de primera, que en ocho días no pude sentarme.

Éste fue el merecido que tuvieron mis enredos sin comerla ni bebería; fui mártir de mis alegrías, y para que más me ardiera, se hizo tan pública esta ocurrencia que unas de celos y otras de temor me hicieron cuco. Ya comencé a ser menos alegrón y en vano traté de reconciliar amistades, todas se me demostraron esquivas. Conque ya vieron que mis primeros ensayos no me fueron poco sensibles, vamos a los segundos, en más escala y con diversas consecuencias.

Murió mi padre, quedé como mayor manejando los intereses, y todo cuanto antes estaba sujeto y subyugado al trabajo, fui después abandonado y paseador, me largaba al pueblo donde tenía una punta de amiguitos, no salía del billar, jugaba diariamente cunquián, albures, rentoy y partidos de todas clases; o si no me estaba haciéndole el oso a una doña Remedios que me vendía carísimos sus favores y me desplumaba bonitamente; tenía un tendajo muy deshabilitado que le servía para cubrir las apariencias, pues su principal comercio era prestar cuatro por cinco sobre una prendita que lo valiera por corto plazo, y si no la sacaban se perdía; estaba muy relacionada con todos mis amigotes que le hacían la olla gorda con los préstamos que

diariamente les facilitaba de cuatro por cinco, sin contar lo que había estafado a algunos bisoños como yo. Era ya mujer como de treinta años o más, pero se había empeñado en no pasar de veintidós y allí se plantó; decía que era viuda de un español que le enseñó el giro de las prendas, era liebre corrida con más agallas que un ciprés, se conservaba muy fresconota, tenía bonitas facciones, era coquetona, melosa, y veterana como un demonio; muchas veces tuve ánimo de cortar relaciones; llevé a punto no ocuparla jamás en asunto de interés, y la maldita por trasmano me compraba semillas al tiempo, ganado, y cuanto yo malbarataba, y luego me hacía escupir el dinero; el prurito de que no dijeran que por mí quedaba, me hacía seguir manteniendo aquel compromiso tan costoso como degradante, y que por fin me hizo dar al traste con todos los llenos del rancho; de manera que en un corto tiempo dilapidé lo que el pobre de mi padre había juntado en muchos años de constante trabajo; naturalmente al verme sin recursos me volví de mal humor; tenía a mis hermanos en un puño, me quería decir mi madre alguna cosa o regañarme, me le ponía mal encarado, desoía sus consejos y hacía mi voluntad, desquitando mi coraje con darles a mis pobres hermanos sus trancazos por la falta más leve; largarme de mi casa dos y tres días con mis queridos amigos y adorada Remedios a dejar cuanto llevaba, de manera que por no verme enojado, prefería mi madre dejar que derrochara cuanto había; llegó el fin de año, las cosechas apenas mal cubrieron lo que yo debía; también había dispuesto de las crías añejas, ganado horro y bueyes viejos, y ya estaba siguiendo con los útiles; una manadita emburrada supuse que del campo se la habían arreado, en fin no me alcanzó para cubrir la renta.

Después de varios recados del administrador de la hacienda, y de haberse vencido varios plazos, me mandó decir que si para el domingo siguiente no había acabado de pagar la renta, se llevarían mi ganado para cubrirla, y me despojarían del rancho. Yo lo tomé a que sería una amenaza, pensaba ver si el domingo ganaba algo en unas peleas de gallos que tenía desafiadas, malbaraté una yunta revesada para tener con qué apostar; me fui muy orondo haciendo plaza, sonando el dinero, me sucedió lo de siempre, perdí cuanto llevaba y otra yunta que se fue tras de la primera; hasta el otro día volví a mi casa en un charchina flaco que por interés del ribete cambié por mi caballo; y la primera noticia que me dieron fue que desde temprano se habían arreado el ganado; me puse hecho un león, remudé y arranqué para la hacienda.

Estaba don Clemente el administrador, en su despacho con algunas personas, y al verme entrar muy orgulloso a reclamarle su conducta tan exigente, me puso una cara muy sería preguntándome:

—¿Ya vienes a pagar, muchacho, los veintiocho pesos que debes de la renta?

—No, señor, venía a ver cómo arreglábamos ese negocio y...

—Estos negocios se arreglan como lo hacía tu difunto padre, con dinero en la mano, jamás dio lugar en muchos años a que se le recordara su deber, ni menos a que se embargaran sus animales por tracalero; era un hombre honrado y trabajador a carta cabal, no un pillo escandaloso como tú, que estás pisoteando sus cenizas,

deshonrando su memoria, matando a tu pobre madre a pesares, y dándoles mal ejemplo a tus hermanos. Tantos años de afán para que tu familia tuviera un descanso y dejarles cuatro tlacos, ¿qué se han hecho? Todo lo has derrochado en francachelas dejando a tu misma familia en la indigencia, ¡eso es infame! ¿Acaso tuviste ese ejemplo de tu padre? Eres un malvado, un asesino de tu familia, el más vil de los hombres; si no corriges tu extraviada conducta y te dedicas al trabajo, día llegará y puede que no esté lejos, en que esos amiguitos que te han inducido al mal, te desconozcan, los hombres de bien te desprecien, y siguiendo el camino que has tomado, de crimen en crimen, des que hacer a la justicia, y un día de sol a los curiosos.

Me he tomado la libertad de hablarte con franqueza, porque tu padre fue mi amigo, y no puedo ver con indiferencia que arrastres a una pobre viuda y dos huérfanos chicos a la desgracia; si sólo tiraras lo tuyo, buen provecho, en tu salud lo hallarías; ¿pero dilapidar intereses ajenos? de veras Alejo que te has lucido. Basta de sermón, si a las cuatro de la tarde no has venido con el dinero, aparto los bueyes que me parezcan y les planto el fierro de la hacienda, ¿qué dices?

—Que a las cuatro tendrá usted aquí su dinero.

—Vamos a ver si ya que has perdido cuanto tu padre trabajó, te queda algo de la vergüenza y formalidad que le sobraron.

Salí de allí muy abochornado y monté a caballo diciendo para mí:

Cuánto desahogo me ha dicho este viejo, valido de la amistad íntima que tuvo con mi padre; de cualquier cosa junto los veintiocho pesos, mis amigos son parejos, quemaré otra yunta si se ofrece, y en último caso, con pedirlos a Remeditos salgo del apuro; voy a traérselos luego luego y así que recoja el recibo, le contestaré a su reprimenda diciéndole: que no mire la peluca de la condesa, sino lo poco que le interesa, que consejos no pedidos los dan los entrometidos, y así con otras expresioncitas como ésas le tapo el monte.

—¡Qué lástima de joven! —exclamó uno de los concurrentes en el despacho, cuando Alejo se retiró—. Si existiera su padre y lo viera enredado con la mujer más prostituida e íntimo amigo de un ható de pillos, se moría de nuevo de pesar, lleva malos pasos y no tiene remedio.

—En todo lo que antes ha dicho usted —contestó don Clemente—, le concedo la razón; pero en lo último de que no tiene remedio creo que se equivoca, no lo considero irremediable, me intereso por el bien de ese muchacho y su familia, más de lo que usted pueda suponerse; le debí a su difunto padre la vida, muchos favores y la mejor amistad; no le he perdido de vista, y con calculada meditación, he estado madurando esa perita para comérmela a dos carrillos, o lo que es lo mismo, lo he dejado correr a su gusto para llamarle la rienda antes que agarre el freno y se le quiebren los asientos. No pierdo las esperanzas, y ahora me ha hecho afirmarme en mi propósito, el verlo salir sonrojado; en fin me he propuesto enderezar ese arbolito o volverlo leña antes de que los chicos sigan sus pasos; la experiencia sólo aprovecha

en cabeza propia y los golpes hacen jinetes; ya veremos, ya veremos.

Me fui derechito para el pueblo, me encontré con mis buenos amigos haciendo en el billar toma fiesta con lo que me ganaron el día anterior, y por eso tenía por seguro que cualquiera de los que se quedaron con mi dinero me facilitara la friolera que yo necesitaba, tanto más cuando yo siempre había sido franco con todos y no había uno a quien no le hubiera servido en casos menos urgentes, y en más cantidad, que jamás pensaban pagármela y yo por vanidad no les cobraba, dizque para tenerlos gratos.

Luego que llegué se pusieron muy contentos creyendo que como otras veces iba yo a la desquitanza; uno me cogió el caballo, otros salieron con los brazos abiertos a recibirme; quién me brinda lugar y baraja, uno me ofrece el taco para continuar el tuti que contra el coime estaba jugando, aquél me trae una copa de licor, en fin, ninguno se quedó sin demostrarme su aprecio; tomé el taco, se rodearon de la mesa y empezaron a apostar a mis manos armando frasca; yo no tenía ganas de jugar, el apuro de los veintiocho pesos me tenía preocupado, y para tranquilizarme quise antes asegurarlos para no tener esa inquietud, por lo que me quedé indeciso pensando cómo les manifestaría mi apuro y creyendo que, contándoles mis aflicciones tal como eran, conseguiría mi objeto más fácilmente, me resolví diciéndoles:

—Silencio, silencio —callaron y se pusieron a escucharme.

—¿Quién de todos ustedes se jacta de ser mi mejor amigo?

—Yo.

—Y yo.

—Yo también, todos, todos —me respondieron.

—Pues entonces, cualquiera de ustedes facilítame treinta pesos que me urgen con precisión; cualquiera de ustedes me debe mucho más, no se los recuerdo por champarles mis favores ni por cobrarles, se los pago con toda formalidad, mas que les dé cinco por cuatro, a pesar de que yo nunca les he prestado con logro; tengo un compromiso de honor, don Clemente ha mandado arrear mis bueyes, y porque le debo un pico de las rentas, me ha puesto como lazo de puerco; he quedado en llevarle su dinero antes de las cuatro de la tarde de hoy mismo, y si no cumplo me tendrá por un informal, y mandará plantar el fierro a los animales que le parezcan, esto me tiene en la mayor aflicción y como a mis buenos amigos les suplico que me saquen de este apuro. A ver por fin ¿quién me quita esta espina?

Todos enmudecieron y se miraban unos a otros sorprendidos.

—En poca agua te ahogas, hermano —dijo uno de los principales en quien tenía yo más esperanzas—, con que vendas por ahí dos o tres bueyes baratitos juntas ese pico.

—Es que ya está mi ganado en la hacienda y no puedo disponer de mis animales hasta que no lleve el dinero.

—Pues semillas u otras chácharas, no paso a creer, sino que tú te estás divirtiendo con nosotros; ayer has tirado más de cien pesos en un rato de gusto; no nos quieras hacer adorar al tecolote, ya sabes que somos arrancados, tú estás de broma.

—No es broma, les hablo con verdad, estoy comprometido, nada de lo que has dicho se me oscurece, y aunque tengo todavía de dónde sacar eso y diez tantos más, no tengo tiempo y quiero que uno de ustedes me haga este favor tan sólo por hoy, pues recogiendo mis animales, mañana mismo les pago.

—Pues, chico, yo siento mucho no poder servirte; pero ya conoces que no tengo nada, soy un pobre, a ver si algún otro te saca de tu apuro.

—Y o no puedo tampoco —dijo uno.

—Ni yo —repitió el que lo seguía.

—Yo menos —agregó el tercero, y así cada uno se fue excusando, meneando la cabeza y encogiéndose de hombros.

—Pues entonces, hagamos una cosa —les repliqué—, cada cual apronte lo que tenga, y yo creo que entre todos se juntan los treinta pesos y aun mucho más, a todos les pagaré sus cinco por cuatro y les agradeceré su franqueza.

—Si sirve eso —respondió otro de los más truchimanes—, cuenten con ello, ése es todo mi principal —y muy sarcástico arrojó sobre la mesa cosa de real y medio de cobre; causando mucha risa a todos, que se burlaban de mi compromiso, diciéndome:

—Ya lo ves, Alejo, entre todos nosotros no se juntan veinte reales.

—¿Conque quiere decir que ni la burla me perdonan, que sólo han sido buenos para estafarme? —dije lleno de cólera.

—Adiós, adiós —contestó otro en tono de mofa—, no faltaba más sino que ahora se vuelva llamón, si lo dice porque algunas veces ha perdido, quéjese a su mala suerte; pues el que sea guaje ni juegue ni camine. No me falta el dinero, mire —y sacó un puñado de pesos—, pero no le pongo zumba, ya sé que de veras está arruinado y quiere ver cómo nos tizna; a otro perro con ese hueso, amiguito, somos picos largos, y no nos dejamos dar atole con el dedo.

—Son unos pícaros —les dije lleno de rabia tirándoles con las bolas de billar y menudeando trancazos con el taco; salí para afuera a montar en mi caballo y sacar mi espada para darles muchas cuchilladas.

Su contestación fue soltar unas estrepitosas carcajadas, haciéndome algunos «miau, miau» y cuando me dirigí espada en mano, el coime cerró la puerta del billar para evitar un escándalo y ellos se salieron por el corral temiendo mi furor, pues además de ser unos pillos de primera, eran unos cobardones de marca; frustrándose mi tentativa y más sereno fui a ver al matancero para que aunque fuera a costa de todo el ganado me prestara los treinta pesos, y antes de decirle mi negocio preguntó:

—¿Ya vio usted a su hermanito, don Alejo, desde esta mañana lo anda buscando para avisarle que han arreado sus animales para la hacienda?

—Sí, ya lo sé —le contesté—, y quiero que me facilite treinta pesos con que rescatarlos, que mañana mismo si me hace este favor, puede ir a escoger dos bueyes de los mejores para que cerremos cuentas.

—La verdad, don Alejo, no se agravie, pero estando ya los animales embargados no me arriesgo a echar tratada, si estuvieran en su poder sería negocio allanable.

—Lo extenderé a usted un papel para que no crea que es una estafa.

—No, amigote, dando dando pajarito va volando.

—¿Pero de cuándo acá con esas desconfianzas, amigo mío? ¿No le he cumplido siempre mis contratos?

—Es verdad, yo no digo nada de eso, ni desconfío de usted, don Alejo; pero sí del tiempo, somos mortales y...

—Pues por eso mismo le propuse que le firmaría un documento.

—Siempre no tratamos, no tengo dinero por lo pronto, ya veremos si otro día no me coge tan deshabilitado.

—Quede con Dios, amigo —le dije picando mi caballo, hecho un chile de ver frustrada la segunda tentativa, y no quedándome otro recurso que ocurrir al favor de Remedios que tanto había yo repugnado, me resolví a mi pesar a ocuparla. Cuando me le presenté, ya el bribón a quien le tiré con una bola del billar, la había impuesto de todo lo que había pasado, y que de veras estaba yo arruinado, con eso cuando yo llegué me recibió con semblante muy compungido y los ojos llorosos, me hizo sentar junto a ella detrás del armazón y con voz sofocada por la pesadumbre me dijo:

—¡Ay Alejito de mi alma!, qué desgraciados nacimos, el hado cruel se ha empeñado en perseguirnos, ya sé, vida mía, que te han embargado, que estás en un conflicto, y eso me destroza el alma; me hace verter el llanto que miras y quisiera tener dinero para sacarte de ese compromiso, pues no tengo ni medio partido por la mitad, negrito mío; pero si mi corazón te sirve, ábreme el pecho, llévatelo, ¿qué más quieres?

—Yo no te he venido a pedir nada, Remedios —respondí picado de aquella prevención de negativa rodeada de tan falsas demostraciones, y siguiendo los impulsos de mi orgullo continué—: Todas esas voces que corren son falsas, he querido probar a mis amigos para conocerlos, ningún compromiso me apura, antes por el contrario, jamás he estado mejor ni más abundante, mi venida era a tranquilizarte, lo demás me importa un pito.

—Tú me engañas, negrito, hablas de un modo tan sarcástico que no paso a creer lo que dices.

—Pues entonces peor para ti, no tengo muchas ganas de ver lástimas, bien puedes guardar ese corazón que me ofreces porque maldita la cosa para qué lo necesito; ¡maldita seas! —y me salí.

Le eché un brinco a mi caballo y me alejé al galope sin hallar partido qué tomar, viniéndome a la memoria las sentenciosas palabras de don Clemente.

Ese hombre está inspirado —dije hablando conmigo mismo—, muy pronto he tenido los más crueles desengaños; esos bribones me han mofado, el matancero desconfió, y por último esa maldecida se me niega antes de solicitar su favor, ya son las dos, y de aquí a las cuatro menos puedo conseguir ese dinero; veremos si acaso mi madre mirando el apuro en que me hallo, me facilitará alguna salida, puede que tenga algún guardadito, las mujeres son tan amantes de juntar.

—Eres un ladrón —me dijo don Clemente—, has dilapidado los intereses de tu madre viuda, de tus hermanos chicos, eres un pícaro escandaloso y yo no sé cuántas cosas agregó, con tono serio, voz firme y semblante aterrador, que yo sentía que me llegaban al alma, que me anonadaban; éste ha sido el único hombre a quien le he agachado la cabeza, y no he tenido valor de resistir sus imponentes miradas, a otro cualquiera me le voy a las barbas y no me dejo regañar, pero fue amigo de mi padre, llevaron relaciones muy estrechas y no creo que su regañada haya sido no más por no dejar; tiene mucha justicia, soy un pícaro con haber desperdiciado lo poco que mi padre nos dejó. Dice que seguiré de crimen en crimen hasta dar que hacer a la justicia; bien puede suceder, pues ahora en este instante, si Dios no me abre camino, sería capaz de echarme a robar o darme un tiro.

Llegué a mi casa, le conté a mi madre mi situación y llorando me metió a la recámara, abrió una caja llena de tiliches y me dijo:

—Estos trapos hechos pedazos es todo lo que me queda, con la ropa de tu padre te he estado vistiendo a ti, y con los desechos tuyos a tus hermanitos; yo no tengo más que lo encapillado y ni camisa que mudarme, todas mis alhajitas he vendido para mantenemos; tú te has desentendido de nosotros, has acabado con lo que nos dejó tu padre, no has querido escuchar mis consejos y por tu mala cabeza nos has sumergido en la miseria, Dios te lo tomará en cuenta, Alejo; mira a esas pobres criaturas en cueros, les das un trato de esclavos, parece que no son de tu familia y si has de seguir así, vale más que en uno de tus corajes nos mates de una vez, antes de que tenga yo que ir de puerta en puerta pidiendo limosna; acaba de una vez tu obra, hijo ingrato, no nos estés haciendo padecer.

Me pudo tanto aquella resolución acompañada del ingenuo llanto de los tres, que haciéndoseme presentes todas mis picardías no pude menos que echarme a sus pies y decirle también llorando de arrepentimiento:

—Usted, madre mía es la que me debe matar, bien me ha dicho don Clemente, soy un pícaro, un asesino de mi propia familia, perdón, señora madre, perdón, *conozco mis descaros, soy un pícaro desnaturalizado*.

—Todavía es tiempo de que vuelvas sobre tus pasos, hijo mío —me dijo abriendo los brazos y estrechándome contra su seno—, con menos elementos comenzó tu padre, el trabajo a que se dedicó nos proporcionó lo que has tirado; de la misma manera que le ayudé a él a multiplicar sus bienes, te ayudaré a ti; estás robusto, joven, no ignoras el modo de trabajar, tus hermanos te ayudarán también, y con el tiempo podremos reponernos; tú no tienes mal corazón, Alejo, escucha mis consejos, vuelve en tu juicio, resarciremos lo perdido.

—¿Pero y cómo podré rescatar los animales? ¿Qué dirá don Clemente si no le llevo los veintiocho pesos?, confirmará sus sentencias, dirá que no tengo vergüenza, que...

—Pero, hijo, el que debe ruego o paga; cuéntale con franqueza nuestra situación, ofrécele algún modo de pagarle, por último, dile que te dé quehacer a ti y a tus

hermanos, mas que sea en el tajo para desquitar el dinero, ¿si tienes brazos y fuerzas, Alejo, por qué te apuras?, eso se queda para los flojos y holgazanes que le huyen al trabajo, para los pillos que quieren vivir a costa ajena, para esos bribones sin pundonor que no temen a Dios; anda a ver a don Clemente, es buen hombre, hazle presente que tu padre fue su amigo, que yo espero en María Santísima que le moverá el corazón; él ha sido muchacho, conoce el mundo, es franco, sincero y enemigo de hacer perjuicio.

—Voy a seguir su consejo, madre mía; pero no me deje en la incertidumbre, otórgueme su perdón, bendígame, deme esa prueba de que olvida mis infamias —y volviéndome a arrodillar oí clara y distintamente estas palabras:

—Sí, yo te perdono, hijo querido, con toda mi alma y así Dios me perdone mis pecados, en su santo nombre te bendigo.

Hizo la ceremonia, le besé la mano, y abrazándola frenético de gozo, por poco ahogo a mi pobre viejecita, sintiendo al bañarle su marchitado rostro con mis lágrimas, una cosa extraordinaria que me regeneraba, que desterraba la amargura de que estaba poseído, me parecía despertar de un sueño; en suma, no daba aquel instante de dulce bienestar, por los tesoros más grandes del mundo; la cansé a besos lo mismo que a mis hermanos, y mirando que no dilatarían las cuatro, monté a caballo y partí a media rienda para la hacienda, más consolado que si hubiera conseguido el dinero, pues me hice él ánimo de obedecer en todo a mi madre con sólo la diferencia de empeñarme yo no más, para que trabajando en el tajo desquitara los veintiocho pesos. ¿Qué culpa tienen esas criaturas? —decía hablando solo—, para que paguen con su trabajo lo que yo he derrochado, no señor, ya que tanto mal les he causado y que por lo pronto no puedo repararlo, siquiera no los seguiré sacrificando a mis caprichos, ¡pobres criaturas! ¡Pobre de mi madre que la he hecho pasar aquí su purgatorio! Don Clemente no ha mentado, me ha dicho la verdad, merezco que me rompa las costillas, he sido una bestia enjalmable, un tonto, vanidoso, no ha tenido de mí el que no ha querido, esos infames que se vendían por mis amigos, sólo lo eran de mi dinero, que un rayo me parta si les vuelvo a dar los buenos días, y el que me busque el pico ya puede ver cómo se compone. ¿Y mi adorada Remedios? ¿La que mejor quería que le sacara el corazón que darme lugar a que le pidiera treinta pesos prestados?, qué bueno hubiera sido cogerle el falso y arrancárselo de veras a ver quién chillaba; yo sé de positivo que tiene su guardado, pasan de tres mil pesos los que a la sordina tiene en circulación y con su modito de cuatro por cinco, despluma no digo pichones, sino hasta gavilanes que caen en sus garras, es un águila, un demonio, qué sé yo.

Con éstas y otras reflexiones entretuve el camino y llegué a la hacienda; salía don Clemente con sus visitas de la mañana, que se estaban despidiendo.

—¿Ya me traes el dinero, Alejo? —me preguntó fijando la atención en mi semblante compungido.

Iba a responderle que no, y conociendo mi intención me hizo ligeramente una

seña que no notaron sus amigos, yo comprendí bien su ánimo, y poniéndome serio contesté con arrogancia:

—Sí, señor don Clemente, aquí lo traigo y aún no dan las cuatro.

—Bueno, bueno, espérame en el despacho, voy a encaminar a estos señores.

Me metí para adentro agradeciéndole en el alma aquella acción que me libertaba de humillarme, delante de aquellos hombres que presenciaron en la mañana mi sonrojo.

—¿Qué le dije, amiguito? —dijo don Clemente a uno de sus acompañados—, todavía ese muchacho tiene su puntita de vergüenza; el remedio es fácil, no se necesita más que calzones, la pobre viuda no ha de ser la que lo contenga, y si los que hemos sido amigos de su padre no vemos por el bien de su familia, malditas las amistades que terminan en egoísmo; éstos son los servicios que demandan los amigos que le han tomado a uno la delantera, no mal balbucir un sudario, ni rezar una estación acompañada de un fingido suspiro que no sale del corazón. En fin, voy a devolver a ese muchacho su ganado, ya llevó su potreadita, y donde lo coja a cargo, cabrestea o se ahorca; buen viaje, y hasta la vista, caballeros.

—Adiós, adiós.

Volvió a poco rato, se me acercó y con semblante sereno me dijo:

—Conocí por tu cara que no traes el dinero, y quise que delante de esos caballeros no acabaras de perder la reputación; como han sido públicos tus excesos, públicamente te los reprendí; ¿qué sucede por fin con ese dinero?

—Que no lo he podido conseguir, señor don Clemente, y ya que ha sido usted el único que me ha hecho conocer mis errores vengo a suplicarle que corresponda su nombre con sus hechos, que me deje llevar los animales a mi familia, y me dé ocupación mas que sea en el tajo para desquitarle los veintiocho pesos con mi sudor y trabajo; muy pronto se han realizado sus pronósticos, ninguno me hace formal.

—¿Pues y tus buenos y leales amigos? ¿Tu querida Remedios, que tanto te ama?

—Todos son unos viles, ellos me han burlado, se han reído de mi aflicción, con todos he quebrado, los odio de muerte; ella también con fingidas lágrimas trató de excusarse compadecida de mi desgracia, mejor me ofreció su corazón que su dinero; me he propuesto despreciarla cual se merece por su infamia, si no hubiera sido porque el perdón de mi madre me llenó de consuelo, ésta la hora, señor don Clemente, que ya no existiera yo, tenía ánimo de darme una puñalada antes de ponerme delante de usted sin el dinero; pero ella me ha animado para que le suplique a usted que interponga la memoria de mi padre que fue su mejor amigo, y por el amor de Dios, señor don Clemente, le ruego que no me desaire, seré su esclavo, mándeme con la punta del pie, májeme a palos, pero que mi madre no me vea volver sin el ganado.

—Si tú me empeñas tu palabra de enmendarte, obediente y trabajador te conduces con juicio, eres hombre de bien, amante de tu familia, y por último me respetas como si fuera tu padre, eso y mucho más puedo hacer en tu favor; has ocurrido al mejor

arbitrio, tomas por padrino la memoria de tu padre que es para mi muy sagrada, apruebo tu resolución; pero te advierto que yo tengo calzones, conmigo no se juega, y lo mismo que puedo labrar tu felicidad y la de tu familia, puedo también echar a un bribón al presidio y quitarle a esa pobre madre al pillo que desde hoy en adelante trata de buscarle su ruina; ahora de ti depende la resolución.

—Estoy a su obediencia, señor don Clemente —dije arrodillándome ante aquel hombre que al mirar en su rostro venerable brillar una ráfaga de alegría me infundía respeto, adoración, qué sé yo.

—Sólo ante Dios y tus padres debes humillarte, muchacho, párate, no puedo consentir que estés en esa postura —y me tomó un brazo para levantarme.

—No se empeñe usted en pararme, señor, desde este instante lo venero como a mi padre, disimule mis faltas, quiero resarcir los daños causados a mi madre, a mis inocentes hermanos; yo le juro por la misma memoria de mi difunto padre que tanto venera, no separarme de sus órdenes, en una palabra, ser hombre de bien.

—Aquí están estos brazos abiertos, hijo pródigo; enjuga tus ojos y no me estés atormentando con tus expresiones, eres capaz de hacerme llorar como una mujer.

Me recibió en sus brazos y se limpió los ojos, pues aunque estaba haciéndose fuerte se le saltaron las de San Pedro, y serenándose un poco sacó su cigarrera y me pidió que le diera la lumbre, dándome la bolsa de instrumentos mientras componía su cigarro, poniéndome otro sobre la mesa; yo me resistía pero insistió diciendo:

—Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre; yo seré desde hoy para contigo, no un padre riguroso, sino un amigo verdadero, ¿me entiendes?, anda a llevar esos animales para el rancho, adviertes a tus hermanos lo que han de hacer, dejas a tu madre estos seis pesos para su gasto y te vuelves al instante; es capaz que esté esa pobre vieja encomendándose a la corte celestial, con una punta de velas encendidas, porque sólo así quieren conseguirlo todo; anda, quítala de cuidados, que tiempo bastante nos queda a nosotros para entendemos.

Salí precipitado, lleno de júbilo, dejé el ganado en mi casa, conté a mi madre lo ocurrido, y efectivamente don Clemente adivinó lo que pasaba: comenzó a apagar cuatro o cinco cabos de cera; di mis órdenes, puse en sus manos los seis pesos; y llenándome de bendiciones, me volví al galope para la hacienda.

Don Clemente muy contento entró y preguntó:

—¿Dónde está la niña? ¿Dónde está la niña?

—En el mirador con Galatea —respondió, una criada.

—¡Albricias, Joaquina, dame las albricias! —exclamó entrando y haciéndole cariños a la perrita.

—¿De qué me cobras albricias? —respondió una señora de más de sesenta años desviando de sobre un libro del Año Cristiano, un gran antejo con su pie y varilla de plata, que traía colgado del cuello con una cadena de acero.

—Ya tengo lo que deseaba, todo mi plan me ha salido a pedir de boca, ya no estoy perniquebrado.

—¿Cómo tú?, si yo te he visto entrar cojeando como siempre, tus reumas son viejas, no se quitan así no más, sólo un milagro.

—Dices bien, un milagro; pero no de los que hacen los santos, sino de los que hace el mundo; ese muchacho Alejo, se viene conmigo, ya podré tener algún alivio.

—¿Pues de cuándo acá se ha metido a médico ese calavera?

—No me entiendes, Joaquina, eres muy simple.

—Pues explícate, hermano, tú eres el que me estás confundiendo.

—Te hablaré más claro, Alejo se viene conmigo, ya lo tengo del bozalito, ése será mis pies y mis manos, me aliviará la carga, tiene veintidós años, está robusto, no es tonto; lo voy a poner de ayudante de la persona; que reviente caballos, que ande todo listo como siempre ha estado; me da mucha tristeza el no poder ver los tajos, dar una andada a las estancias, madrugar a las ordeñas, en fin, no poder cumplir con mi obligación; porque cada día estoy más emballestado, el sol me quema, el caballo me cansa, y se me hace cargo de conciencia coger el sueldo sin merecerlo por mi imposibilidad; don Pablo ha hecho una confianza ciega de mí, se pasan años para que venga a ver cómo están sus intereses, y yo sería ingrato y malagradecido si no procuro administrárselos como merece la confianza tan grande que en mí tiene; dispónganle a ese muchacho su cama en mi recámara, mañana no me levanto hasta que esté el sol fuera; no me vuelven a postrar las heladas, a irritar el sol, a resfriarme las lluvias, ni a acatarrarme el sereno. Ya conocerás por lo dicho que no estaré perniquebrado, y sí muy aliviado, sin que por eso deje de cojear, ni Alejo se haya vuelto facultativo.

—Pues mucho me alegro, Clemente, y bien mirada la cosa, yo te doy la enhorabuena, y tú eres el que me debes las albricias, aflójame un peso para mandarle decir una misa a la Divina Providencia, para que Dios permita que ese muchacho asiente la cabeza y no vayan a ser inútiles tus afanes.

—Dices bien, toma para la misa —y se volvió para el despacho murmurando solo:

—Éstas son las cosas del mundo, debía de traer ese muchacho dinero y yo recibirlo, y mejor lo ha llevado y me cargaré a mi cuenta esa deuda; vine pidiendo albricias, y me costó un peso la visita, si así sigo medrados estamos, por cierto de mi ayudante. No, no, no es caro el bien cuando llega.

Poco antes de la oración estuve de vuelta, y al apearme gritó don Clemente a uno de los sirvientes que allí andaba:

—Coge ese caballo del amo don Alejo, ponlo en toril separado para que los otros no lo pateen, échale harto de cenar; antes de las tres de la mañana, que esté ensillado y listo en el portalito.

Dieron cuenta los mandones y reunidos allí todos les dijo:

—Señores, cualquiera orden o disposición que les mande el amo don Alejo, se obedece como mía, es mi segundo, mi ayudante de campo, ¿lo entienden?

—Sí, señor amo —respondieron todos.

—Pues mira Alejo, imponte de las órdenes que voy a dar, apúntalas en esa cartera, y cuando vuelvas del campo, me das exacta cuenta de ellas.

Empezó a dar sus disposiciones a cada uno, y yo tomé nota.

—Mire caporal —ordenó—, que recojan temprano la caballada mansa, la metan en la manga del Cuizillo, para que allá vaya el amo don Alejo a escoger para su silla los caballos que guste; le cuidan aparte su hatajito, y él dirá adónde se los tienen listos.

Los despidió dándoles las buenas noches, y nos metimos a tomar chocolate, mientras que el escribiente acababa de hacer sus apuntes.

Doña Joaquina me recibió muy cariñosa, pronto me conoció la Galatea, y después de rezar el rosario nos metimos para la recámara; se tiró en su cama, me hizo sentar a su lado y comenzó a darme mil consejos, a prevenirme cómo me había de conducir con los dependientes, y ordenarme lo que debía de hacer, concluyendo con:

—Yo no te señalo sueldo ninguno, te daré lo que pueda para que tu madre y hermanos se vayan manteniendo, tú pídemme cuanto necesites, hijo mío, y sólo te exijo el fiel cumplimiento de mis órdenes con actividad, empeño y buena voluntad; no olvides que por la memoria de mi buen amigo tu difunto padre, me has jurado ser hombre de bien; ya probaste la libertad y holgazanería, ¿qué has sacado?, arruinarte y hacer lo mismo con tu familia, empezar a tener un concepto demasiado triste para un pobre ranchero. ¿Qué ventajas te lograste con tus amigos?, un desengaño, y que si sigues sus pasos caminarías como ellos a tu perdición completa; ¿cuál ha sido el fruto de tus enredos con esa alezna de doña Remedios?, que también te estafara, te contagiara con la deshonra que tiene marcada sobre su frente; una mujer pública que no se puede querer, porque el amor no se vende; las caricias que te haya hecho mientras te desplumaba, tiempo hace que las estudió para cuantos tengan algo que pillarles, eso es muy desabrido, degradante, ridículo, peor que andar luciendo un caballo de alquiler que todo el mundo ha espueleado. Ya tuviste tus desengaños, ya te dije que todavía puedes volver sobre tus pasos, piensa bien en tu situación y verás que no te miento, aprovecha la poca experiencia que tienes, y serás el mayor majadero si vuelves a las andadas; aunque no sea sino por no merecer el título de tonto o necio, debes cambiar de vida y con hechos palpables desvanecer el vil concepto que se habían formado de ti cuantos te han conocido, para que a la larga ninguno se atreva como yo a decirte en tus bigotes, delante de las gentes:

—¡Eres un pícaro! ¡Un ladrón! ¡Un infame!, y quién sabe cuánto te dije, sin que hubieras podido responderme con satisfacción: Miente usted como un villano y volvieras por tu honor como lo hace un hombre de bien. Ya me contarás tus cosas con espacio, puede que no se haya perdido todo, y que rescatemos algo, aparta treinta o cuarenta caballos de los mejores, porque lo menos que necesitas, son tres o cuatro diarios y mas que los revientes, por vida tuyita que me sirvas bien y violentito, no me gustan hombres pachorrudos, ni que me pongan dificultades en lo que mando, mucho menos que sean temerosos a los elementos, eso se queda para mí que ya me

vencieron, pero en muchos años los he recibido sin que se me diera un grano de anís de sus rigores.

Como a las nueve cenamos y nos acostamos a dormir.

A las tres de la mañana me dio el grito de «arriba, amo don Alejo», me levanté presuroso y él me dijo:

—Vete a desayunar a la ordeña, luego escoges tus caballos, los repartes en las estancias; cuatro o seis de los mejores mandas para acá, formas tu chinchorro para que de allí sean relevados, pues mi fin es que en cualquiera parte a donde te mande tengas dónde remudar, y si se me pone en la cabeza le des vuelta a toda la hacienda en tres días; me traes una razón circunstanciada de mis encargos, procura estar aquí tempranito, si conoces que no te alcanza el tiempo para venir a comer conmigo, le avisas a Joaquina que te mande la comida a algún punto avanzado o que te disponga un itacatito, por ahí andan rondando mis arganitas; conque anda bendito de Dios a trabajar ahora que tienes fuerzas y juventud.

Salí, monté en mi caballo y cumplí con cuanto me mandó, con un gusto y empeño que lo dejó satisfecho; señalé para mi silla cuarenta caballos escogidos de todos pelos, clases y condiciones, y más de cuatro veces tuvo la humorada de hacerme andar la hacienda en los tres días.

En la noche siguiente me hizo contarle todas mis aventuras, yo no le excusé nada, y cuando acabé con lo de doña Remedios, exclamó:

—¿Conque no te dio tiempo a que le descubrieras tu desgracia?

—No, señor, antes por el contrario conociendo que no había de sacar nada bueno de ella, le dije que la habían engañado; que lo que hice en el billar fue una ensayada mía para conocer a mis amigos, en fin, me retiré dejándola dudosa de la verdad, sin que definitivamente la hayamos quebrado.

—Magnífico, magnífico, ¿y cuánto calculas que esa maldita te ha estafado, así, poco más o menos?

—Señor, pasan de mil y quinientos pesos.

—Fijémonos en una cantidad determinada, ¿te contentas con que te devolviera mil trescientos?

—Sí, señor, y cómo no.

—¿Dices que tiene sus mediecillos, y es muy avarienta?

—Tiene algunos miles reunidos y es la codicia personificada.

—Pues si tú me ayudas cumpliendo fielmente mis instrucciones, no pierdo la esperanza de que te restituya los mil trescientos pesos convenidos, ese dinero tan mal adquirido es como el del sacristán, cantando se viene y cantando se va; voy a estar muy divertido, me gustan las intriguillas de esta especie; pero antes de todo, dime con franqueza, ¿has querido bien a esa mujer?

—Como puede uno querer a un caballo de bonita estampa, y que después de sacrificar el dinero se va uno desengañando de que es un penco, inservible hasta para la silla, mañoso, repalpado, y de día en día va descubriendo más resabios.

—Está bueno, meditaré mi proyecto para que no fracase, todo puede remediarse, y sacaremos el remedio de doña Remedios.

El domingo después de misa, me dijo:

—Ensilla mi caballo alazán con mi silla plateada, ponte estas calzoneras, y mis botas de campana puruandireñas, este dormán, llévate ese jorongo en los tientos, mi espada de guarnición de plata en la silla, que te acompañen dos vaqueros bien montados, entregas esas cartas a sus destinos, y no te separes de estas instrucciones.

Entré al pueblo seguido de mis dos cuerudos, antes de llegar a la casa de doña Remedios me vio uno de mis antiguos amigotes y avisó a la pichona, que salió precipitada a asomarse poniéndome una carita muy alegre y cubriendo toda la puerta con su túnica llena de holanes almidonados; yo no más le eché una mirada al soslayo, estaba un charquerón en la calle y por no vadear o tener que pasar junto a su puerta, le alcé las riendas al alazán metiéndole las espuelas, pegó un fuerte volido, no le alcanzó el brinco, y siempre metió las patas dándole a los juzgones una buena salpicada de lodo; yo me seguí muy serio, ella rabiosa de mi esquivez haciendo mil aspavientos se metió limpiando el lodo de la cara.

—Qué paquete se va dando ese patarato —dijo el que la acompañaba a tiempo que mis vaqueros no queriendo ser menos, también hicieron lo que yo, brincar y enlodar más a aquel sujeto que se atrevió a echarles una maldición; el más vanidosillo se volvió contestándosela y bullendo su caballo en el charquerón lo acabó de salpicar, teniendo que meterse a gran prisa por no recibir un caballazo.

Yo que pude advertir todo, me regocijaba interiormente, llegué a la plaza, dejé a mis mozos teniendo el caballo, llamando la atención de todos, formaron círculo, unos alababan los arneses, otros al corcel, hasta que uno preguntó:

—¿De quién es ese cuaco tan lindo, amiguito?

—Del amo don Alejo Delgado —respondió lacónicamente uno de los vaqueros; comenzaron a secretearse, tres o cuatro se separaron de la rueda y se fueron al billar a donde acababa yo de llegar con un señor de aquellos a quienes don Clemente escribió; mis amigotes de marras entraron después muy escurridos, yo no quise ni verlos, tomé mi taco y comenzamos a jugar, al tocarme tirar se arriesgó a decir uno de ellos:

—Voy esta peseta a la bolada.

—Venga —contestó otro—; entonces fifié el taco y di un chis tirando palos en seco con marcada intención.

—¡Qué bien lo has hecho, Alejo! —replicó uno de ellos—, esos golpes nunca se te han ido, ahí había carambola y quedarse armado.

—Si tuviera usted vergüenza, grandísimo pícaro —le contesté enojado—, no desplegaría los labios para dirigirme la palabra, y sépase que si no se largan de aquí, no digo carambola, sino chuza hago con todos ustedes; seguro está que me tiente el corazón para despachar a cualquiera; ya los conocí; los desprecio, y antes como antes y ahora como ahora, no transijo con los pillos, tire usted señor don fulano.

Se quedaron aquellos cobardones perplejos y callados como un poste, yo seguí jugando muy contento, aunque perdí la mesa, saqué un puñado de onzas y demás monedas como me lo había aconsejado don Clemente, le tiré al coime un tostón, diciéndole:

—Cójase lo vuelto —vi mi reloj exclamando—: Ya es tarde —saqué una purera de bejuco, encendí un puro campechano, tomé el brazo de mi compañero y me salí sin despedirme de ninguno. Mientras que recogí las contestaciones de las cartas que llevé, uno de aquéllos fue a contar todo a Remedios, y ésta creyendo que las últimas palabras que le dije eran verdad, olvidó su enlodada, y más adornada y coquetona estaba espionando mi regreso, teniendo apostada una criada para que le diera aviso; antes mandó a un muchachito a avisarme que no dejara de pasar a verla por vida mía, yo le respondí con enfado:

—Dile a tu ama que se vaya a rascar la roña, que no le busque el ruido al moscón porque la pica —más la inquietó mi respuesta y creció su curiosidad, haciéndole títere mi lujo, el dinero y cuanto le contaron; por fin, emprendí mi marcha muy paso a paso; cuando salimos del billar siguieron las comentaciones.

—¿Has visto, *Zurdo*, qué cambiada ha dado este patarato? ¿Quién nos lo había de decir que el lunes en este mismo sitio vino con las lágrimas en los ojos a que le prestáramos treinta pesos para desembargar su ganado? tendrá alguna hermana bonita que fue a interceder con don Clemente, ¿qué cosa no consigue una chula que suplica cuando es muchacha?

—No, hombre —advirtió uno—, no tiene hermana; pero tal vez la madre se encargaría de eso, y aunque ya es grande, sin embargo da su pala, y no tiene tan malos bigotes.

—Pues entonces ya está aclarado el misterio —afirmó un tercero—, interpondría sus... respetos, haría valer sus antiguos méritos, el viejo ha sido alegrón, son conocidos viejos; y carbón que ha sido lumbre, con facilidad se prende; quién sabe si el tal Alejo tenga algún parentesco más inmediato con don Clemente, yo no quiero quitar créditos, pero lo que se ve no se juzga, que por mí y el cura, ni me quita ni me da, cada cual se rasque con sus uñas, y Cristo con todos.

Volvía yo haciéndome el desentendido, dio aviso la centinela avanzada, y apareció Remedios en la puerta con un semblante halagüeño; yo quebré mi caballo para pasar el charquerón por el lado contrario al de la puerta de la tienda, echándole una mirada desdeñosa a la vez que iracunda; ella no hallaba cómo hablarme, y al ver frustradas sus esperanzas, salió precipitada, se alzó el vestido para enseñarme su bonito pie calzado con unos zapatos de raso verde, las piernas transparentándosele debajo de las medias caladas de seda, y hecha una loca, atascándose en el lodo me cortó terreno, se me arrimó al estribo y poniéndome una cara de Dolorosa de barro me dijo:

—*¡Mátame, negrito mío, pero no me desprecies, me asesina tu indiferencia!* Yo no tengo la culpa de tu enojo, te violentaste, les diste sentido contrario a mis palabras;

entra, entra, hablaremos, te daré una satisfacción cumplida, te probaré hasta la evidencia, que tú, y sólo tú, eres el objeto de mi amor.

—Quítate, mujer, ¡quítate que me hechizan tus encantos! —exclamé fingiéndome conmovido, y luego continué:

—Obras son amores y no buenas razones, cuando yo venía lleno de gozo a participarte mi decidida suerte, a que te regocijaras de mi colosal fortuna, resuelto a partir contigo mi dinero y a que desfrutáramos de mi herencia, me recibes con lágrimas, me confiesas tu miseria, y me cuentas que no tienes ni medio partido por la mitad; ¿pues qué acaso te he pedido jamás alguna cosa?, y aunque así hubiera sido, ¿no te he pagado profusamente tus fingidas caricias?, ¿no me has visto sacrificar mis intereses antes de ocurrir a tu comercio del cuatro por cinco? Eres una vil, Remedios, no sabes apreciar a los hombres en lo que valen; mi suerte ha cambiado como te lo indiqué, ya les di a mano a los amigos que por una bagatela se dieron a conocer, ya me convencí de que tu amor era a mi dinero, que eres una infame que tratabas de despreciarme porque me suponías arruinado; retírate, no me interrumpas el paso, te desprecio y te compadezco.

—No, no te dejo partir hasta que me vuelvas tu gracia —y se me paraba enfrente batiendo lodo; así la hice dar algunos pasos por lo más atascoso, hasta que fingiéndome compadecido exclamé:

—Retírate, mujer o demonio, que me están embriagando tus hechizos, tus ojos me ciegan y no tengo valor para darte un caballazo —esto la hizo redoblar sus instancias y ofrecimientos empeñadísima en que entrara.

—No puedo darte gusto —respondí consultando a mi reloj de oro de dos tapas, y dándole cuerda con una llave suelta que busqué en el chaleco, sonándole onzas y pesos—, mi curador me espera, estamos en la formación de inventarios porque es probable que nos quedemos con la hacienda en propiedad; conque déjame ir que yo te vendré a ver, tienes para mí un no sé qué, que no me deja aborrecerte; pero te repito, obras son amores; ya no tengo libertad, estoy sujeto a don Clemente, y mientras que este señor no me dé mi parte, no puedo disponer de mí mismo, quién sabe quién demonios le ha contado mis despilfarros, no sé cómo recibirá la noticia de que tú y yo nos queremos, y la verdad porque no vaya a tomar con eso motivo para desheredarme, es necesario que finjamos que ya no tenemos nada; yo vendré a verte a hurtadillas, para no dar en qué maliciar, procura alejar de tu casa a esos bribones; porque no vaya a ser que nos vendan; yo te contaré despacio todo, todo y seremos los más felices de la tierra, soy muy rico, muy rico, Remedios.

—¿Pero cómo sé cuándo vienes a verme, mi vida?

—Te mando un recado fingido con uno de mis criados para que si estuviere alguno de esos cocoritas no lo comprendan, excusado me parece recomendarte el silencio, porque de ahí depende nuestra felicidad; prudencia y discreción será nuestra divisa; adiós, prenda querida —y le apreté la mano.

—Adiós, dueño idolatrado, dueño de mi alma —y partí dejándola atascada hasta

las rodillas muy ufana de su reconquista.

Se retiró a volverse a vestir de limpio, diciendo:

—De veras que es un apantallado este palomo, y si no fuera porque me resolví a echar a perder un par de zapatos y enlodar mi ropa, se me vuela de la mano, no cabe duda de que tiene dinero, es necesario ahora más que nunca atarantarlo, fingirse amorosa, franca, complaciente, en fin, dar el alón por comerse la pechuga, otros más avisados han tragado el anzuelo.

Llegué a la hacienda, informé a don Clemente y dijo lleno de gozo:

—Excelente, la cosa marcha, ha de haber quedado en duda, y ésta, el sigilo y sobre todo la codicia han de surtir mejor efecto, ahora es necesario darse a desear, cada día le ha de parecer un siglo, la tendremos inquieta, y luego en dos o tres piquetes sacaremos la ventaja.

A los doce días, me despachó una tarde, mandé avisarle con un vaquero, que en el homo de ladrillo me esperara; se fue presurosa, le di un plantón de más de dos horas, hasta que al fin aparecí de retirada huyendo de un aguacero que amagaba, con un bulto en mi sarape sobre la silla.

—¿Qué haces, chula? —le dije tendiéndole la mano; ella enojada contestó.

—¡Buena pasta la tuya!, te he estado esperando toda la tarde, mírame tiznada que parezco rata, ya me fastidiaba tu pachorra y ya sabes que no tengo paciencia.

—Eso es, regáñame; pues sabe, Remedios, que no traigo tiempo para perderlo en necedades —le contesté poniéndome serio—, vete a tu casa en sana paz y dispensa mi molestia; bonito yo para que me gruñan; adiós.

Ella se quedó abismada, jamás había yo sido tan delicado; no hallaba a qué atribuir mi violencia, y con las mayores inquietudes se volvió a su casa en la fuerza del agua, el bulto que yo llevaba picó su curiosidad, se supuso mil cosas y no encontraba modo de aclarar aquello.

—¿Cómo te fue? —me preguntó don Clemente.

Le conté lo ocurrido y exclamó:

—¡Bueno, bueno!, leña y más leña, que las mujeres envueltas en la incertidumbre y el misterio, solitas se queman; si de aquí a cuatro o seis días no resuella, le daremos una atizada.

Al tercer día cuando llegué del campo, cosa de las dos de la tarde, me dijo don Clemente:

—Por ahí anda una mujer dando de vueltas por la ranchería, si fuere Mercurio de confianza, explícate un poco con ella según te he prevenido.

Efectivamente, era la criada de doña Remedios, que mandó para saber qué me había sucedido, pues no podía estar más tiempo inquieta; me la fui llevando hasta unos paredones de un rancho viejo, en donde escondí un bultito con el pilón de la romana envuelto en mi pañuelo, dejando asomar la punta de una talega.

—¿Qué hace usted, niño? —me dijo aquella mujer limpiándose con él rebozo el sudor de la frente.

—¿Qué anda haciendo por aquí doña Tulitas? —le repliqué.

—Nada, la niña que es capaz de hacerme ir hasta el fin del mundo, me ha mandado a ver a usted; me trajo Cornelio mi yerno y allí me está esperando con la yegua panda, en la magueyera. ¿Quiere usted decirme, niño, por Dios, qué le ha dado a beber a mi amita que la tiene como loca?

—Antes dígame, doña Tules, ¿qué demonios tiene su ama, que cuanto más la miro más me encanta, y más y más se me manifiesta ingrata, fría, indiferente o qué sé yo?

—¿Sabe usted, don Alejo, que no los entiendo?, de eso mismo se queja ella.

—Pues a usted la hago mi juez, doña Tules, le mandé avisar que me esperara en el horno, ¿lo entiende usted?, que me esperara, me fui a cobrar un dinero para dejárselo a guardar, se dilataron en entregármelo; vuelvo muy cariñoso, le hablo con aprecio y antes de suplicarle que recibiera aquel depósito, me echa la mula, no me contesta mi cariño y me pone cara de espanta perros; mire el asunto para lo que quería que me esperara, he querido traer a usted aquí para que lo vea.

Saqué mi bulto y se lo di a pulsar.

—Ahora dígame, ¿quién tiene la razón?

—Usted, niño.

—¿Qué necesidad tenía yo de dejar expuesto este tesoro a los cuatro vientos si tuviera una persona que mereciera mi confianza?, siempre tendré que dárselo a don Clemente por no estarlo exponiendo.

—Si usted quiere, me lo llevaré y se lo daré a la niña.

—Era lo de menos; pero a más de que pesa, va usted expuesta a que se lo quiten; quién sabe si como ya no me quiere recibiría mal esa molestia.

—¿Que no quiere a usted, don Alejo?, eso es mentira, delira por usted, no tiene otra cosa en el pensamiento, yo se lo aseguro, niño.

—Usted me hace feliz, doña Tulitas, tenga un abrazo, y ese peso para cigarros; pero no se lo diga usted, yo estoy loco por ella; la amo como no es capaz de amarme nunca, y ahora que voy a recibir mi herencia...

—¿Pero qué herencia, don Alejo?

—Una que nos ha dado la suerte: tenía mi padre unas barras en el mineral, la mina se emborrascó y quedó la cosa en tal estado, le trajo mi madre sus papeles a don Clemente, se volvió al avío y en menos de quince días estuvo en bonanza; por no aventurar la suerte se ha vendido a unos alemanes, se hizo el reparto entre los accionistas, y nos han tocado por la parte de mi padre más de cincuenta mil pesos que ha recibido don Clemente, esto se lo digo a usted en confianza, no se lo cuente a nadie ni menos a Remedios, porque yo pienso comprar una hacienda con mi parte, casarme con ella y vivir en gracia de Dios lejos de todo el bullicio, disfrutando de mis bienes en unión de mi esposa idolatrada; conque doña Tulitas, no diga que la corro, pero no vaya a ser que don Clemente huelga algo, él no está muy a gusto con mis ideas y una impertinencia desbaratará mis planes, siempre voy a entregarle este dinero, lo

más es oro, y...

—¿Por qué no lo deja usted por ahí mientras se arregla usted con la niña?

—Ya le dije las dificultades que hay.

—¿Cuándo va usted a vería?, está la pobre inconsolable.

—Yo le mandaré avisar; pero adviértale que no se desespere, que mucho sufre quien bien ama, y por vida de usted silencio, ¿eh? Adiós.

—Adiós, niño.

—Me salí con mi bulto; ella fue a subirse a la yegua panda de su yerno, muy satisfecha de su comisión. Dejé el pilón en su lugar, conté los pormenores a don Clemente y éste respondió:

—Ya va a hervir, y muy pronto se cocerá esa gallina vieja, ya cayó en el lazo, dejémosla cavilar.

Todo cuanto conté a doña Tules, fue transmitido a la letra con las exageraciones de costumbre, pues bastaba que le hubiera encargado el secreto, para que todo surtiera los mejores efectos, y Remedios ávida de codicia, solita se embrollara discurriendo la manera de lograr sus intentos.

Hasta los ocho días siguientes fui a verla de prisa a hurtadillas; las revelaciones de Tules la habían atarantado, ya se juzgaba dueña de una hacienda; me recibió contentísima; no hallaba cómo demostrarme su cariño, me dio mil satisfacciones y disculpas; me metió a su recámara y abriéndome una cajita que sacó de su ropero, me dijo:

—Dispon de ese dinero, mi vida, ya sé que me querías hacer depositaría del tuyo.

—¡Cómo! —le dije sorprendido—, yo no tengo nada, soy un pobre arrancado a quien se le cierran las puertas por treinta pesos, con fingidas lágrimas; esto que traigo, me lo ha prestado don Clemente; me ha hecho caridad de recibirme a su lado y...

—Gana de embustes, prenda mía, ya lo sé todo; la mina borrascosa, la bonanza, los alemanes, que vas a comprar una hacienda que...

—Que me quedaré sin ella como me quedé sin padre; no me alcanza lo que tengo; yo lo que siento es que hay muchos codiciosos; ya me la pujaron a quince mil pesos al contado, yo no tengo más que catorce, mañana es el último pregón en calidad de remate: no quiero que ninguno de mis hermanos tenga parte en ella; yo pensaba rematarla y venir a ofrecerte mi mano y mi hacienda.

—¿Y cuánto te falta, Alejo? —me dijo llena de alegría.

—Mil pesos para igualar la postura porque tengo el derecho del tanto, y trescientos o cuatrocientos, para mitad de gastos de alcabalas y escrituras.

—Cuenta, cuenta, a ver cuánto hay en esos cartuchitos.

—¿Qué quiere decir esto, Remedios?

—Que dispongas de ese dinero como tuyo, para que no te quedes sin la hacienda; a generoso no me ganas, mi vida.

—Es que yo no te pido nada, no quiero quitarte un maravedí, sino darte cuanto

tengo.

—Pues yo también quiero lo mismo; no me abochornes despreciando mis ofertas, y me empezó a hacer cariños.

—Sólo de un modo, Remedios, no más me das mil trescientos pesos, pero te hago una escritura en que aparezca que para la compra de la hacienda me has facilitado tres mil, y que correrán sus réditos legales por dos años de plazo.

—Pero ése es un robo; si no te doy tanto.

—Te explicaré mi plan, si por una fatalidad don Clemente se opone a nuestro casamiento, no tenemos sucesión o me sucede alguna desgracia, tú no te quedas por puertas, mi alma, tienes un capitalito que reclamar y unos réditos que coger, yo no recibo este dinero si no es que admitas que te deje asegurada a mi satisfacción, ¿qué dices, madre?

—Que hagas lo que te parezca, y lo mismo que dispones de mi corazón lo hagas de mis intereses, y me abrazó con tanto ardor que hasta yo mismo lo creía. Conté los mil trescientos pesos en oro completando con escuditos, le recomendé mucho sigilo y la consabida divisa de prudencia y discreción, me salió a dejar hasta un estrecho callejón en el que me esperaba mi criado, diciéndome:

—Adiós, mi vida.

—Adiós, mi alma —y partí a escape.

—De veras que es un guaje este Alejo —decía doña Remedios— ¿es que mandarme tirar una escritura de tres mil pesos y sus réditos, por sólo mil y pico que recibe?, ya se ve, las razones que me dio son justas, nuestro casamiento se puede enfrijolar; la falta de sucesión, no hay duda de que me quiere y de cualquier manera yo salgo ganando, si no me caso, mi dinero se duplica y algo más y si me caso, los gananciales mi capital, en fin me he sacado una lotería.

—¿Pero que es esto, Remedios?, tú te has vuelto loca —dijo reflexionando—, ¿de dónde me ha dado ahora por casarme cuando abomino al matrimonio?, quedaba yo lucida con esclavizarme a la voluntad de un hombre; y luego ¿de quién?, de ese simplón, que luego luego se le subió la herencia; si me hubiera querido como dice no me hubiera tenido dentro del lodo como a un cochino haciéndole la llorona, ni toda la tarde tiznándome en el homo para esperar a su merced, que echándola de agraviado me dejó con la palabra en la boca; debe advertir que soy una señora y no su pilguaneja, ¿si eso hace de pretendiente, qué no hará de arrepentido?, no, señor, decididamente no me caso, no faltará modo con que hacerlo prescindir, no tengo necesidad de tener amo; con mi comercio soy china libre, correspondo al que se me antoja, si me enfada le doy de mano; me querrá evitar mis relaciones, mis préstamos de cuatro por cinco, empezando porque me confíese; el padre me niega la absolución si no devuelvo el dinero, diciendo que es una usura, un robo y quién sabe cuántas cosas; además, no me nace de corazón para marido, es muy barbaján, al fin ranchero boca de palo, ya para pasatiempo vaya; pero si se maneja como antes dócil, atento, comedido y franco, eso será mejor, poco a poco lo iré atarantando, si me insta con lo

del casamiento le digo que sí, pero no cuándo, por un lado la escritura de tres mil pesos con un plazo fijo y tan corto, por otro los réditos que se venzan, y por otro cuanto le pueda yo ir pillando con mi modito y cariños, a la vuelta de poco tiempo la hacienda es mía, así como lo fueron los interesillos que les dejó su padre; pobre guaje, con una sopita de su propio chocolate que le he dado, se va a quedar a la luna de Valencia. Pero por ahora lo que interesa es la escritura, no le quise pedir recibo del dinero porque no fuera a maliciar mis proyectos, que al fin ese pobre pez ya tragó el anzuelo.

Con éstos y otros mil pensamientos pasó doña Remedios cuatro días consecutivos afirmándose en su propósito de llegar a quedarse con la hacienda, que por desgracia no sabía ni cómo se llamaba; luego que vio que Alejo no volvía, empezó a dudar, pero se suponía que estaría recibiendo o allanando todo y con eso algún tanto calmaba sus temores.

Se pasaron ocho días, quince, veinte y no teniendo ni razón ni visita de Alejo, volvió a mandar a Tules a que fuera a verlo con su yerno en la yegua panda; en vano preguntó por toda la rancharía, ninguno la satisfizo, y por no volverse sin noticia, se atrevió a preguntar en el despacho; don Clemente le respondió:

—Ha salido a comprar bueyes mansos para su apero, y no sé cuándo regrese, ¡si se le ofrece a usted algo!...

—No señor, sólo tenía el cuidado de su salud.

—Entonces, tranquilícese usted, está bueno y goza de ella, ayer mismo me escribió.

—Muchas gracias, señor; adiós.

—Adiós, señora, y agradezco sus cuidados.

Volvió Tules con esa razón, supuso doña Remedios que serían los bueyes para la hacienda consabida; y se resignó a esperar sin dejar de hacer indagaciones, para lo cual se valió de un don Agapito que hacía de secretario del ayuntamiento y escribiente del juzgado de paz, en una palabra el eje principal de ambas oficinas, y que era uno de sus principales parroquianos del cuatro por cinco, su semiapoderado para cobranzas, y por último su amante jubilado que por tal de no perder la conveniencia de los negocios, nada le suponían que Remedios correspondiera a las caricias del mundo entero, antes se alegraba de tener cirineo que le ayudara a cargar aquella cruz que por liviana ninguno podía con ella; creyó el tal don Agapito que el encargo de averiguar era por alguna cosa de interés; le ofreció cumplir, y mientras le arrancó tres pesos para poner un propio que fuera al Real para que le informaran de la hacienda rematada por Alejo, se embolsó los tres pesos y no volvió a acordarse de nada; al cabo de ocho días, casualmente vino un sujeto que podía darle razón, y le aseguró que ninguna hacienda se había rematado, ni menos que ese don Alejo la comprara, pues ni lo conocían; entonces fingió la contestación que trajo el enviado diciendo eso mismo, y agregando que habiéndose detenido el correo para hacer la averiguación eficazmente, le habían suplido dos pesos para sus gastos los que unidos

con otros dos que el criado demandaba por su sueldo en los días de demora, fueron cuatro más que le arrancó a doña Remedios por la mala nueva.

Despechada aquella mujer, llena de rabia, apenas podía dar crédito a lo que pasaba; se encerró con don Agapito, le descubrió el enredo, y reclamaba su protección para ver cómo aseguraba el dinero.

—¿Que no recogiste recibo o cualquiera otro documento, mujer?

—No, Agapito, nada.

—¿Tienes alguna carta en que dé algunos indicios, algunos testigos que lo vieran, o lo hayan sabido aunque sea de oídos?

—Sólo Tules, porque yo misma se lo dije.

—Pues el negocio está malo, y retémalo, ese bribón del tal Alejo está a la sombra de don Clemente y ese viejo tiene tamaños colmillos; yo no me hallo capaz de arreglarte este asunto solo; es necesario ir al Real, consultarle al licenciado; no es friolera lo que se versa, este asunto es conciliatorio, necesita juicio escrito; si fuera cosa de por aquí en mis manos, yo haría aparecer lo blanco negro y lo negro blanco como has visto que lo he verificado en tus asuntos, sin interés ninguno, sólo por contar con tu buena disposición en franquearme alguna bagatela en mis apurillos; yo no tengo dinero ni puedo despegarme del juzgado; se necesita mandar una persona que sepa dar un exacto informe al abogado y ésa no se ha de conformar con un peso para él y para su caballo, como el que acabamos de mandar.

—¿Pues cuánto regulas que eso pueda costar?

—Yo te diré, así, poco más o menos, caballos, mesón, pasturas, un mozo, la consulta, no apea de treinta o cuarenta pesos, y puede subir a más, si se demora por alguna casualidad; tú sabes si te resuelves a hacer ese sacrificio, que si bien se mira no es nada, cuando se trata del aseguramiento de una cantidad como la que se versa.

—Aquí están los cuarenta pesos, Agapito, que mañana mismo marche ese hombre al Real; sólo en ti confío, tú eres mi paño de lágrimas.

—Ya te advierto que tal vez podrá importar más el viaje.

—No le hace, no le hace, no me andes con esas prevenciones.

—Mira, no será malo que escribas al tal Alejo una carta reclamándole la escritura de los tres mil pesos y que no se vuelvan sin contestación, porque ésa será un documento fehaciente que nos sirva mucho; no me estoy aquí contigo porque voy a las volandas a disponer que ese sujeto marche tempranito; adiós, hasta mañana, ahí me dirás el resultado de tu carta; pónsela fuerte, claridosa, como de una mujer vilmente engañada.

—Sí, sí, pierde cuidado, que marche ese hombre temprano por vida tuya, Agapito.

—Descuida, chatita, que ahora mismo voy a... y ya que estaba lejos prosiguió: a echar una copita a tu salud y una buena roncada a mi cama, porque ya tenemos gasto por algunos días. Dios le dé su santa gloria al señor don Alejo, ya caíste en mis manos, sanguijuela, y te he de exprimir hasta las tripas.

Cuando llegué con los mil trescientos pesos consabidos, decía muy ufano don

Clemente:

—¿Qué te dije, Alejo?, sabe más el diablo por viejo que por diablo, soy toro toreado, y no digo esa pobre sabandija, a hombres avezados en las picardías, descarados para las infamias, atrevidos, audaces, y desvergonzados, me he soplado, sin más recurso que valerme de las armas poderosas de la experiencia; los secretos descubiertos a la Tules, el haber ella misma visto y pulsado tu tesoro, la pintura de tu pasión, en fin, todo ha de haber tenido muchas exageraciones sin excusarle los juramentos, los consejos y las súplicas en tu favor, si no es que tal vez hubo sus regañitos y advertencias. La codicia, hijo mío, hace a las gentes como todo vicio dominante, embrutecerse, creer en las ficciones que se figuran; le estuviste diciendo la verdad, «no tengo nada, estoy arrimado, don Clemente me ha recogido por caridad, etc.», y si le dices el credo no lo cree, si en ese instante le pides toda su sangre era capaz de degollarse, pues ciega con la nueva conquista de tu dinero, y embriagada de avaricia le sucedió lo que al perro de las dos tortas, lo que a la zorra con el queso, soltó el que llevaba en la boca y tenía asegurado, por arrojarse a pillar a la luna que vio brillar dentro de un estanque.

—¿Quedas conforme con esa cantidad?, ¿has hecho tu cálculo bien?, porque todavía hay modo de sacarle más, antes que por distinto camino le empiecen a pellizcar en efectivo sus medicillos para rescatar los soñados tres mil pesos. Ésa es la segunda parte que la infeliz aún no conoce, no ha de faltar un triquila que la atarante, seguirá la codicia dominándola, y ella tirando quesos y quesos al agua empeñada en morder a la luna, hasta que desengañada, cuando ya no tenga ningún queso que tirar, conozca su verdadera situación; éste debe ser el término que se le espera a esa desgraciada mujer, digna de compasión; quien tal hace, que tal pague; en fuerza de muchos piquetes llegó a sangrarte, nosotros en uno solo pero en regla, dándole por su mismo juego y con su mismo bisturí, sacamos la ventaja, bien dice el dicho, más vale una de león, que cien de ratón.

Anda al despacho, y sácame un apuntito de lo que necesitas con urgencia para empezar a trabajar en tu rancho como se debe, llévate de mayordomo a Nicolás, ese viejo es hombre de bien y cuidadoso, todo constará de que remudes caballos, desde aquí dirigirás tu casa, tus hermanos los mandaremos al Real a la escuela, tu madre acompañada de la familia de tu mayordomo vigilará sobre todo, vamos a resarcir el tiempo perdido, yo te ayudaré.

Hice mi apunte, y mientras el carpintero hacía mis arados, el herrero otras herramientas, y mis hermanos eran conducidos de pupilos a la escuela por mi madre, yo partí para las mesas a comprar bueyes criollos para mi apero, como se lo dijo don Clemente a doña Tules que en esa época fue a preguntar con tanto empeño por mi salud.

Todo empezó a ponerse en juego, Nicolás cumplía fielmente mis órdenes; mi madre con su constancia y economía mejoraba los bienes, yo muy reformado, mis hermanos aprovechando, y no cesaba a cada instante de bendecir a la Providencia y

agradecer a don Clemente su singular favor.

Ya no tenía un momento de descanso, estaba pendiente de la más mínima indicación de don Clemente que todos los días me daba magníficas lecciones, saludables consejos, y me trataba conforme lo ofreció, no como un padre riguroso, sino como un amigo verdadero; yo era andariego, mata caballos y no había rincón de la hacienda por lejos que fuera que yo no conociera, todo andaba listo, arreglado, atendido, y tuve el gusto de que don Clemente hiciera de mí una ciega confianza. Al cabo de un mes llegó a la hacienda un mozo conduciendo una carta de doña Remedios, la consabida misiva que le aconsejó don Agapito, la recibió don Clemente y mirando el sobre dijo devolviéndola:

—Es para Alejo, ese muchacho está incapaz de recibirla.

—Me encargaron que la pusiera en sus manos —dijo el portador.

—Si usted quiere aventurarse, pase para allá adentro; pero le advierto que cuatro mozos garrudos apenas medio lo sujetan, a todos aporrea, y no sé de dónde le han salido tantas fuerzas.

—No diga su merced que soy curioso, ¿pero qué don Alejo se ha vuelto loco?

—Está de remate amigo ya mandé por un médico, antes de que vaya a hacer una diablura, ¡qué lástima de muchacho!, bien dicen que no hay mal que por la mujer no venga; ¡malditas sean esas cuscas que son la ruina de más de cuatro jóvenes incautos!, esa infame coscolina me lo ha trastornado, quién sabe qué bebedizo le habrá dado, algún veneno, hierba, extractos miserables; hay tantas cosas con que hechizan esas furias de Satanás.

—¿Según eso, usted cree que le han dado algo que?...

—No cabe la menor duda, eso está claro, fue al pueblo y según ha declarado el criado que lo acompañó, al venirse estuvo en la casa de una cusca largo rato, de allí salió la coscolina acompañándolo, antes le dio un bulto que el muchacho guaje recibió, le hizo mil requiebros y se separaron; desde ese instante ha perdido el juicio, tiene mil desvaríos y ya la cosa ha ido tomando proporciones hasta el grado que usted ve.

—Pues entonces, señor don Clemente, es cierto lo que usted dice, tal vez esa coscolina celosa o por cualquiera otra venganza le dio la hierba o esos minerales.

—Sí, sí, los extractos minerales que causan efectos muy extraordinarios, ha dado usted en la verdad, esos malditos minerales que no digo el juicio, la vida suelen quitar.

—¿Y ya sabe usted quién es esa infame, señor don Clemente?

—No me he cuidado de indagar hasta que no vea confirmadas mis sospechas, las casas y gentes del pueblo son muy conocidas, y tan pronto como mire que mis temores son ciertos y pueda con la opinión del médico afirmar mi querrela, pobre cusca; la he de hacer expiar su crimen en una reclusión perpetua; mas que me cueste el dinero, sumirla en las recogidas de México o en la Magdalena de Puebla, si antes no la he despachado al campo santo con sus propios minerales; pero creo que a usted

se le hará mala obra, llévese su carta y buen viaje.

—Es el caso, señor, que yo no sé qué hacer, si no llevo contestación de seguro doña Remedios no me paga mi mandado, así me lo previno.

—¿Y qué es negocio importante?

—No lo sé, vea usted, la carta viene abierta.

—¡A ver, a ver, veremos!

La leyó para sí, y dijo:

—Si usted no quiere desperdiciar su viaje, puede dejarla y yo contestaré; es usted un infeliz que no debe perder su trabajo.

—Sí, señor, siendo así, se lo estimaré mucho; ya se va haciendo tarde y no quiero exponerme por ahí.

Don Clemente contestó con unos cuantos renglones y aquel criado partió muy contento compadeciendo a Alejo y renegando de las coscolinas, entregó a doña Remedios la respuesta, pintó con los colores más vivos el suceso de Alejo, las sospechas de don Clemente contra la coscolina que lo había enhechizado con minerales, y cuanto se proponía hacer para castigar a esa maldita cusca.

Se metió doña Remedios para adentro disimulando su sorpresa, berrinche y cuanto en aquel instante sintió; abrió la contestación y leyó:

«—Doña Remedios, para la aclaración de estos enredos, puede pasar a la hora que guste a esta hacienda, su proverbio es inefable. *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.* —Su Servidor, Clemente, etc.»

—¿Conque Alejo está loco?, loco de conveniencia, ¿cómo no estuvo loco para llevarse mi dinero?, eso es una infamia, un robo; ¿pero quién le dio ese bebedizo, ese mineral?, ah, ya caigo, ¿qué más mineral que mi dinero?, sí, ése es el hechizo, y ha sido ese maldito viejo tan pícaro que ni la burla me perdona, y a ese pobre guaje del enviado le ha hecho creer en el tecolote. ¡Tules, Tules, mándame a ese hombre!

El correo entró en la sala con el sombrero en la mano.

—¿Tú viste con tus ojos a don Alejo loco?

—No, niña, no me quise arriesgar, ya ha golpeado a muchos y aunque el amo me abrió las puertas, yo no me atreví a entrar.

—¿Que no serán mentiras de ese viejo zorro?

—No, niñita, fueron por el médico, y el amo lo esperaba impaciente para desvanecer sus sospechas o afirmar sus temores; no cabe duda de que esa coscolina le dio algún bebedizo y los intratos o no sé cómo nombró a eso de los minerales, son el mismo veneno que quita la vida; el criado ha confesado que antes de irse del pueblo estuvo en la casa de una cusca y el diablo me lleve si don Clemente no se sale con la suya de meterla en las arrecogidas según ha jurado.

—¿Que antes de irse del pueblo estuvo con una cusca? —repetía doña Remedios en su mente—. Pues no más eso era, puedes retirarte.

—Quede su merced con Dios, niñita.

—Adiós.

—Ya está aclarado el misterio, yo no soy tonta —prosiguió diciendo sola—, antes de tomar el camino se fue a visitar alguna cusquita que tenga por ahí, le vio el dinero que llevaba, y no digo un bebedizo, una puñalada era yo capaz de haberle dado; pero son tan contadas las mujeres que hay en este pueblo que luego luego todos saben la vida y milagros de cada uno.

—Tules, Tules, ¿quién te parece que haya sido esa cusca que ha hechizado a Alejo?

—Niña, niña, no se haga usted pato, si no más estuvo aquí y usted lo acompañó hasta el callejón.

—Pero yo no soy cusca ni coscolina como dice ese maldito viejo.

—Es verdad, pero tal vez como está enojado, por desquitarse habrá dicho esas expresiones.

—Anda a llamarme a don Agapito, que venga luego luego, no te dilates.

Capítulo XVIII

Los planes de un tinterillo. Ir por lana y volver sin pelo. La transacción

Yo regresé ese día hasta cerca de la oración, y don Clemente informándome de lo ocurrido con el enviado, agregó:

—El tompeate que he puesto a ese pobre, va a surtir igual efecto que el que llevó la dichosa Tules, aunque en diverso sentido; ya parece que escucho sus planes, sus maldiciones, y haremos lo que el sordo: repetir una más de las que digan para llevar la ventaja; muy pronto tendremos por aquí su amable visita; mira su carta, comienza con idolatrado negrito de mi corazón, y después de mil desatinos, amenazas y sentencias concluye con ésta: *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*. Yo le contesté que viniera por acá, y le repetí su adagio; vamos a ver qué resulta de este enredo: tú sigue en tu trabajo mientras yo me divierto con ella.

Esa misma tarde fue don Agapito muy alarmado con los informes que le dio Tules, de la locura de Alejo; ponderó lo agravante de la situación, y después de mil proyectos le arrancó a doña Remedios otros tres pesos para mandar una carta al consultante, a fin de que también pusiera en conocimiento del abogado aquel incidente y no fuera a ser que por ignorarlo, el negocio fracasara; diariamente mandaba preguntar doña Remedios si había regresado ese sujeto; hasta que fastidiado don Agapito quiso darle término al negocio arrancándole a la palomita otros diez pesos.

Se le presentó muy gozoso con varios papeles en la mano diciendo:

—No te apures, Remedios, no hay que afligirse, el asunto es cualquier cosa si se sabe pendolear, el licenciado está conforme con mis planes, me los ha ampliado, está en buena disposición de encargarse del negocio luego que se eleve al tribunal competente, todo depende de que aquí demos el golpe y los hagamos caer en la ratonera. Una confesión de parte, es relevo de prueba. Esta contestación nos abre la puerta, pues, al decirte que vayas, y eso de no hay deuda que no se pague, etc., claro está que quiere arreglar ese negocio y confiesa que hay una deuda. La locura de ese joven nos favorece; no puede ponerse de acuerdo con el viejo; nos llevamos dos personas extrañas que puedan dar fe en juicio y estén hábiles para atestiguar; tú le mueves conversación sobre el asunto, yo te sostengo, le busco el pico, canta, los otros oyen; nos venimos a poner aquí una información a pedimento de parte a toda mi satisfacción, y caen redondos.

—Pero las injurias, Agapito, eso de decir que soy cusca coscolina y... no quiero que eso se quede así nomás, mi crédito anda volando.

—Eso será luego que ya tengamos cogido al viejo, cuando yo conozca que ha despepitado lo bastante para el primer negocio te haré una seña para que te pongas furiosa, reclamándole colérica los insultos de llamarte con esos apodos degradantes, para que si se sostiene en lo dicho presencien los mismos testigos, y con el otro que también lo ha oído de su propia boca, ya son tres que lo afirmarán; lo obligamos a que afiance la calumnia con dos o tres talegas de pesos, o pedimos el aseguramiento de la persona y entablamos el juicio sobre injurias graves. Para eso me pinto, Remedios, le vamos a hacer sacar tamaña lengua, eres muy chiripienta y todo nos saldrá a pedir de boca; una chicana vale lo que pesa si se sabe pendolear, no soy tan zurdo.

—Ya sé que no, mi alma, tienes las leyes en las uñas, eres listo y sabes aprovechar las oportunidades; en tus manos encomiendo mi suerte; acuérdate de que siempre he sido tu amiga verdadera y...

—Vamos hablando francamente, Remedios, bien sabes que nunca desconozco tus bondades; yo paso mi vida y mantengo a mi familia con lo que gano de mi trabajo; ya te descubrí mis planes que son infalibles para el buen éxito de ambos negocios; creo que de cualquiera persona que te valgas, no ha de querer servirte de balde, y adonde no sepan menear las teclas todo fracasa, pierdes tu dinero, te quedas injuriada, y gastas cuanto tengas sin lograr tu objeto, ¿si yo te arreglo lo de la escritura cuánto me das?

—Te cedo una tercera parte, la mitad.

—¿Y por el otro negocio de las injurias?

—Lo que me pidas, Agapito, ya sabes que soy franca.

—De franca pecas, Remedios, no seas loca; si otro fuera yo, te cogía el falso y te arruinaba; medita en lo que dices, no seas tonta, por un lado te arrancarías mil y quinientos, por otro lo menos quinientos y luego las costas y demás desembolsos que son fuertes, te quedarías por puertas, ganabas los pleitos a costa de tu ruina completa; yo te estimo, y para darte una prueba de mi buena disposición determinaremos una cantidad fija; dame cuatrocientos pesos por mi trabajo en ambos negocios, no soy codicioso ni quiero abusar de tu franqueza.

—Corrientes, cuenta con ellos y te lo agradezco en el alma.

—Bueno, bueno, ¿pero cómo me aseguró de nuestro convenio? somos mortales y...

—Extiende un documento a tu satisfacción y te lo firmaré.

—Eso no puede ser, mi vida, las leyes nos prohíben estos contratos en que desde luego se ve que hay un cohecho, soborno, o cualquier cosa ilegal; el código en esta materia está terminante, en el documento sería necesario expresar la procedencia, se juzgaría por contrato clandestino y...

—Pues entonces yo no sé cómo asegurártelos, ya sabes que desconozco las leyes.

—Sólo un medio me ocurre; ¡feliz idea!, ya estoy allanando el asunto, trataremos mercantilmente, me firmas una librancita, yo hago de girador, tú de aceptante, le

dejamos en blanco el plazo para que no corra su término, hasta que esté concluido el negocio y tú satisfecha, ¿qué te parece?

—Que no tengo inconveniente; tú sabes lo que haces.

—Pues entonces no perdamos tiempo, voy a traer la libranza, y de paso prevendré a los que nos sirvan de testigos; alquilaremos dos caballos y mañana mismo vamos a la hacienda, porque la cosa urge, no vaya a ser que la demora nos perjudique.

—Pues anda aprisa, y no te dilates.

Ínter aquel pillo se fue contentísimo de poder estafar una suma regular, ella se puso a reflexionar diciendo sola:

—¿De cuándo acá se manifiesta este bribón tan desinteresado, y se conforma con una simple firma en una libranza? ¡Ah!, ya sé, como las libranzas según me ha dicho él mismo, traen consigo aparejos y disensiones, o quién sabe qué diablo de enredos, éste me quiere hacer guaje, se ganen o pierdan los pleitos él queda asegurado; y luego me da una aparejada con la dichosa libranza, eso es seguro; pero habiendo consentido en firmarla ni modo de excusarme; y eso será causa de que los negocios se los lleve judas. ¿Qué haré Señor de la Sacristía? ¿Cómo podré quitarme de estos aparejos? Discurre, Remedios, que no se te tupa el entendimiento, y estuvo pensativa un gran rato hasta que al fin exclamó:

—Sí, magnífico, ya está todo, así me quito esa puya; y no digo una libranza, cincuenta le firmaré; para un pillo, otro pillo; voy a traer el pomito de la tinta moradita que ahora está usando él mismo en el juzgado. Todo lo previno a la mano.

Cuando volvió don Agapito, llenó la libranza con la cantidad como dinero recibido; y sin más aviso firmó la giración contra Remedios, puso la aceptación y ésta con desenvoltura la firmó y se la devolvió.

Recogió don Agapito el documento pudiendo apenas disimular su gusto, y pretextando ir a acabar de arreglar la viajata le dijo:

—Conque ya no tengo nada que decirte, chula, procura estar lista temprano y manos a la obra; dame por ahí cuatro o seis pesos para pagar a esos hombres y el alquiler de los caballos; lleva un apunte de todo, porque le hemos de ganar el pleito, y sin duda saldrán condenados en las costas.

Doña Remedios aflojó los seis pesos, y se los embolsó despidiéndose muy placentero, y cuando no podía ser escuchado, decía:

—Ya caíste rata en el costal de las aleznas, ya yo estoy asegurado, y a ver cómo no te lleva el diablo con todo y zapatos; voy luego luego a negociar esta letra con descuento y ya verás qué caro cuesta tirar el maíz a las palomas por la codicia de pillar un pichón.

Entre tanto también ella exclamaba:

—¡Pobre guaje!, la que piensas te hago, hasta la peseta del papel va a echar ribete; la libranza está puesta de su propia letra y firmada con la tinta que por aquí sólo él usa, romperemos este pomito por lo que pueda suceder; mi nombre no se entiende, mi apelativo menos, mi letra está variada y por fin, mi firma es distinta a la

que acostumbro.

Al otro día, iba doña Remedios en un caballo flaco con uno de los testigos en las ancas, y don Agapito, de igual manera con el otro; llegaron después de las doce a la hacienda, bastante molidos y asoleados; los vio venir don Clemente y dijo:

—¡Jesús me ampare! ¡Qué tormenta! ¡Una víbora de ponzoña! ¡Un pajarraco de rapiña de pluma y pico, con dos mastines de presa! ¡Me van a confundir!

Se apearon, los hizo entrar al despacho, obligó a los acompañantes a que también se sentaran, y antes de que entraran en materia se dirigió a don Agapito y le dijo:

—Ante todas las cosas, ya que la casualidad me lo ha traído por aquí, amiguito, dígame, ¿quién es una maldita coscolina que tiene un tendajo para encubrir sus prostituciones, y comercia con prestar al cuatro por cinco, con tal escándalo y desvergüenza que su casa es el nido de todos los vagos, a ciencia y paciencia de todas las autoridades que disimulan sus excesos?; usted es de allí, por los padrones debe saber cómo se llama, porque quiero hacerle a usted el encargo de que me resorte un negocito; yo no puedo dedicarme a perder el tiempo, usted está empapado en esos asuntos, de ellos come, y cuente por mi parte con una buena propina.

—Yo —contestó don Agapito—, no conozco a semejante persona; es la primera vez que llega a mis oídos esa noticia.

—¿Ni ustedes, señores, pueden darme razón de esa maldecida cusca? —replicó dirigiéndose a los demás.

—No, señor —respondieron a una voz.

—Pues entonces yo mismo tendré que hacer las averiguaciones, mañana o pasado iré a molestarlo por el juzgado, don Agapito, la cosa bien merece la pena, es preciso quitarle a la población esa plaga maldita de prostitutas, holgazanes y usureros; mire usted este certificado y dígame si será suficiente para poder conseguir mi objeto; léalo usted recio que lo oigan los señores, no es asunto de secreto, demasiado público por desgracia ha sido este fatal suceso que me tiene lleno de pesadumbre.

Don Agapito leyó un certificado dictado por don Clemente y escrito y firmado por Alejo, que decía así:

—«Certifico y juro, que habiendo visto, reconocido y analizado la salivación, esputo y demás líquidos arrojados por el enfermo Alejo Delgado, todos ellos confirman las sospechas de que ha sido alevosamente envenenado, y que habiendo encontrado resistencia los extractos minerales en el estómago, atacaron directamente la organización del cerebro, produciendo en el paciente un absoluto trastorno mental, que ha terminado en demencia declarada, con todos los síntomas consiguientes a tan lamentable mal, y como facultativo recibido en la medicina y cirugía, doy el presente para los fines consiguientes, etc.» —y seguía de ahí la firma del médico que había en el mineral.

Don Agapito no supo ni cómo acabó de leer aquel documento; conocía que la doña Remedios bien podría haber hecho semejante diablura, pero habiendo dicho antes que no la conocía, fingió en lo posible indiferencia, y devolvió el certificado

diciendo:

—Está en regla, es una prueba irrecusable; pero está bueno ese documento como accesorio, es necesario poder antes justificar el hecho, hallar a la delincuente y...

—Ya, ya todo ese camino le tengo andado, es imposible que en un pueblo tan corto dejen de conocer a esa cusca; tengo con qué probarle en su cara que con ella estuvo Alejo la última vez que fue al pueblo, y como desde entonces comenzó el muchacho a disvariar, después de un fuerte ataque de estómago, estaba solo como maniático, delirando con que tenía una herencia, quién sabe qué negocio de minas emborrascadas, que iba a comprar ranchos, haciendas, y a casarse con la maldita esa que me lo ha trastornado; en fin, mil sandeces sin ilación ni sustancia, yo no había hecho mayor caso; pero el daño progresa, la enfermedad crece y ya es cosa de arrebatos, furias y arranques insoportables; como está en esa idea de que va a casarse, naturalmente ha de haber antecedentes; fácilmente se sabrá con quién tenía sus relaciones y amorcitos, a pesar de que ya tengo también un documento en que por primer renglón le dicen: «Mi querido negrito de mi corazón», y ya ustedes verán que cuando una mujer se expresa así, es porque hay su más y su menos, eso ya es un indicio; con que dejemos eso a un lado y vamos al asunto de ustedes, estoy a sus órdenes.

Aquel preliminar inesperado surtió su efecto, el don Agapito no hallaba ni cómo empezar; doña Remedios sudaba de congoja, no dudaba ya de la enfermedad de Alejo; suponía que don Clemente le iba a formar un mitote endemoniado, y aunque estaba satisfecho de no haberle dado algún veneno a su amante, todas las pruebas estaban en su contra, una que otra mirada de inteligencia de don Agapito la había acabado de confundir; los testigos no más se miraban uno al otro perplejos, pues tampoco dudaban que la querida de Alejo era la misma doña Remedios y tenían miedo de que los complicaran en su causa, por lo que dándose de codo no hallaban cómo desprenderse; por fin tomó la palabra don Agapito y componiendo su semblante dijo:

—El asunto que nos ha traído, señor don Clemente, se reduce a que la señora que aquí mira presente, le ha prestado a don Alejo una suma de dinero, por la cual le ofreció que le otorgaría la escritura correspondiente de los tres mil pesos que recibió por el término de dos años con sus réditos legales.

—¿Y a usted le consta que eso sea cierto, don Agapito?

—Sí, señor, ha pasado en mi presencia el contrato, y puedo dar fe de entrega; yo mismo ayudé a contar el dinero, que peso sobre peso recibió, montó a caballo y partió, como lo pueden justificar los señores.

—¿En qué año fue eso? —preguntó don Clemente a uno de los testigos.

Sorprendido aquel hombre por no estar muy aleccionado en su papel, balbució algunas palabras, y por no echar el negocio a rodar, contestó lleno de duda:

—La verdad, yo no lo recuerdo pero...

—En este año, señor —dijo doña Remedios—, y no hace ni dos meses que...

—Señora, dispense que la interrumpa, pero a usted no le pregunto. ¿A qué horas serían cuando eso pasó, amigote? —prosiguió don Clemente diciéndole al otro acompañante.

—Señor —respondió aquel sujeto—, yo no vi semejante cosa, y sólo tuve noticia de oídos.

—Pues esto se va embrollando y no veo el negocio muy claro; a ver usted señora, deme algunos pormenores que tengan visos de verdad porque hasta ahora yo no miro más que un *pícaro tonto* y una *mujer desvergonzada*, pues asegura la fe de entrega, como si tres talegas de pesos fueran un grano de anís; son cerca de seis arrobas de plata y con ese volumen no se monta uno a caballo y parte tan fácilmente; sólo que hayan sido de oro.

—Eso es, señor, en oro —respondió doña Remedios—, por más señas que para completar el pico de los trescientos peso lo hizo con escuditos.

—A usted, señora mía, sería bueno completarle el pico con un dulce, pues con la mayor simpleza acaba de embrollar más el negocio.

—¿Por qué, señor?

—Porque cuando yo pensaba descubrir la verdad, más me aleja de ella con otra nueva mentira.

—Yo no miento, ahí está Tules que lo puede declarar, nos encerramos en mi recámara solitos, le puse a ese infame un cajón de mi ropero con los cartuchitos de onzas, recogió los mil trescientos pesos en una talega de techomite colorado, lo salí a acompañar hasta donde estaba su criado con su caballo y...

—Ya no quiero saber más, señores, reclamo la atención de ustedes —exclamó don Clemente dirigiéndose a los acompañantes. —Don Agapito dice que fueron tres mil pesos en plata, que los ayudó a contar, etc.; la señora afirma que estuvieron solitos encerrados, y que fueron mil trescientos en oro; y de todo sólo se colige que tan guaje y pícaro es el uno, como desvergonzada y embustera la otra, que ambos de común acuerdo creyendo lo que ese muchacho andaba contando en sus desvaríos de que iba a coger una herencia, comprar haciendas, y quien sabe qué más disparates de minas, borrascas, alemanes, y otras mil simplezas, quisieron explotarlo, y al efecto lo han vuelto loco para que no pudiera trastornar sus planes, díganme aquí con toda franqueza, señores míos, ¿también ustedes tienen parte en semejantes picardías?

—No, señor —contestó uno—, y la verdad mas que sea feo el decirlo, nosotros somos hombres de bien, aunque pobres.

—Y si hemos venido aquí —agregó el otro—, es porque don Agapito nos...

Antes de que fueran aquellos hombres a echarlo por la cabeza, se paró don Agapito diciendo:

—Esos hombres sólo vinieron para cuidar a los caballos que nos alquilaron pero...

—Pero cállese la boca, grandísimo pícaro; ustedes mismos me acaban de dar luces, y he confirmado mis fundadas sospechas, que son por desgracia efectivas

realidades, pues ya no me cabe duda de que usted unido con esa vil mujer han sido los que han envenenado a ese muchacho; la cusca por quien le pregunté hace un rato, no está muy lejos, y en vista de que usted confiesa haber presenciado el hecho, claro está que es su cómplice; ¿digo bien o mal, señores?

—Eso está claro —respondió uno.

—Y desde a leguas se conoce —agregó otro.

—Pues háganme favor de tenerlo presente, porque no será difícil que esto mismo declaren ustedes ante la justicia. Señor don Agapito, porque me da usted lástima no procedo desde luego; pero si formalizo mi demanda, yo le enseñaré a venir a insultar a un hombre honrado a su casa, fingiendo imposturas y picardías unido con una sabandija tan ponzoñosa; es usted un pillo que montado en su pluma fragua supercherías para estafar al mundo entero; este crimen no ha de quedar impune, y mas que me cueste el dinero, lo he de hacer arrastrar una cadena.

—Eso es mucho insultarme, señor don Clemente, me está usted faltando y...

—Y usted me está sobrando grandísimo bribón, lárguese antes de que le rompa este garrote en las costillas —y acompañó las palabras con la acción; los testigos se pusieron en medio conteniéndole y suplicándole, don Agapito vio el cuento malo y procuró escaparse lo más pronto, montó a caballo y partió a escape dándose a judas por el desgraciado término de su empresa.

Don Clemente se serenó a instancias de aquellos hombres diciendo:

—Vaya una superchería, con fingir tan torpemente el tal préstamo.

—No fue fingido, señor —respondió doña Remedios no pudiendo contener sus lágrimas—, eso que he dicho a usted es la pura verdad.

—Pues yo no quiero juzgarlo, señora; vea usted quien lo ha de decir, estos señores que los creo imparciales. Díganme ustedes ¿podría pasarse a creer que la señora que presta dinero dando cuatro por cinco garantizados con una prenda que valga el triple, haya prestado mil y quinientos pesos a un hombre que en esos mismos días tuve que mandar arrear sus animales porque no me pudo pagar veintiocho pesos que me debía de rentas?, y ha sido tan franca que no le exigió recibo, prenda, ni ninguna constancia, ¿la juzgan ustedes tan generosa y desinteresada?, digan la verdad.

—No, señor, éstos son cuentos y enredos como los de don Agapito —respondió uno.

—Y yo me alegro que se haya descubierto el pastel —agregó el otro—, porque usted señor don Clemente, no crea que todos nos cobijamos con una misma frazada; con permiso de su merced nos retiramos.

—Adiós, amigos, si acaso necesito su declaración yo les avisaré.

—Si, señor, cuente usted con nosotros, ya sabe que puede mandar; adiós.

—Buen viaje, amigotes, buen viaje —y también enancándose en el otro caballo se fueron presurosos. Don Clemente prosiguió:

—Conque ahora que estamos solos, doña Remedios, vamos a cuentas; suspenda

usted su llanto y desataremos este enredo; excuse sus lágrimas, porque hasta eso sale perdiendo, en mi mano está promoverle un mitotito del que sin duda alguna jamás podrá quedar bien; ninguno ignora que usted es la coscolina de que he hablado y que tenía a Alejo embrutecido, pues con falsas caricias, mentidos halagos y todas las alimañas de una cusca prostituida, en menos de un año y medio le estafó a su apantallado amante, cuanto constituía el haber de una honrada anciana y dos inocentes huérfanos; dicen que no hay mal que por bien no venga y por fortuna así ha sucedido, pues una perfidia de usted, una infame vileza, el haberse negado a facilitar a su adorado treinta pesos miserables, hizo que el muchacho conociera su error, abriera los ojos para ver el tortuoso camino por donde usted lo conducía a su completa ruina; que prestara oídos a los consejos de su anciana madre, en fin, que tuviera un verdadero desengaño y volviera sobre sus pasos; todo lo que después ha acontecido lo hemos concertado entre los dos, con el fin de que usando de las mismas armas con que lo había desplumado, resarcir en parte, alguna cosa de lo mucho que usted le había estafado, ¿entiende usted, señora?, estafado.

—Yo no lo he obligado nunca, señor, él quiso echarla de generoso, y yo demasiado hice con corresponder a sus pretensiones.

—Es verdad, tiene usted razón, demasiado ha hecho con venderle muy caros sus vulgares favores que no escasea al que se los paga bien, y ése es precisamente su delito, pues siendo ya una mujer madura con más de treinta abriles a la cola...

—No, señor, veintidós.

—Corrientes, veintidós ¿y once de las noches de luna?, son treinta y tres; no me equivoqué, pero vamos al asunto; ya era tiempo de que conociera usted que esa vida escandalosa y degradante ha de acabar con sus atractivos y por lo mismo pensar con juicio y no perder el tiempo en embaucar jóvenes inexpertos, que con la mejor buena fe hace caer en sus pérfidas redes; Dios la libre, mujer, de que comience a desbarrar, porque su desgracia es inevitable, será usted despreciada de todo el mundo; los mismos pillos que hoy la circundan y adulan, serán los que con más escarnio se burlen de su indigencia y acabará usted sus días en un hospital como sucede generalmente a todas las que como usted, han vivido encenegadas en el vicio y la prostitución.

Pero estoy separándome del asunto, no es usted una niña para que se le oculte todo lo que he dicho, y sí demasiado liebre corrida para consejos; que Dios la ayude, y el que por su gusto es buey, ya usted me entiende; conque en resumen, los mil trescientos pesos consabidos han vuelto a su lugar, es decir, con ellos se ha comenzado a trabajar y a aperar el rancho de Alejo, y aunque no queda compensado con eso. el muchacho se conformó con esa suma y usted puede tranquilizarse por ese lado; ya le quitamos ese peso del corazón, la sentencia de su carta se ha cumplido; *no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, ya nos damos por pagados y se acabó, y si usted quiere que definitivamente concluyamos este negocio, dígame su voluntad, porque este certificado y demás antecedentes que usted no ignora, surtirán

sus mejores efectos; yo no quiero armar escándalo, Alejo se va restableciendo y por lo mismo le propongo una transacción.

—¿Cuál, señor, cual? —preguntó doña Remedios toda confundida avergonzada y temerosa.

—Que la cosa quede en tal estado, bajo tres condiciones precisas: primera que no vuelva usted a tratar de seducirme a ese muchacho; la segunda, que viva persuadida que los mil trescientos pesos no se los hemos estafado, ni robado, sino recogido para que volvieran a ser el sostén de una honrada familia; y la última, que sobre este asunto no se vuelva a hablar una sola palabra, sino que se larga usted bendita de Dios con la boquita callada, y que guarde el más profundo silencio.

—Las acepto, señor, las acepto; pero, ¿y este certificado?

—Rómpalo usted y espero que no me pondrá en el trabajo de pedir otro tal vez más explicado y que surtirá los mismos resultados.

Hizo pedazos doña Remedios el certificado que tanto temor le causó, dando de barato el dinero por tal de que el asunto no tomara más proporciones, y despidiéndose muy compungida se salió del despacho aumentando su pesadumbre ver que ninguno de sus acompañantes parecía y tenía que emprender su regreso a pie y en la fuerza del sol; por lo que despechada se sentó en el suelo a llorar su desventura.

Don Clemente compadecido de ella exclamó:

—Esa desgraciada será el demonio, pero es una mujer que han abandonado sus pícaros compañeros, no quita lo cortés a lo valiente; señora, señora, venga usted acá que si esos pillos la han dejado sola, a mí no me falta un caballo en que se vuelva y un criado que la acompañe.

—Gracias, señor, gracias —respondió algún tanto consolada, volviéndose al despacho.

Tocó don Clemente la campana y apareció una criada.

—Que pongan el caldo en la mesa y más cubiertos, porque esta señora comerá conmigo.

—Ya pueden pasar —respondió la criada—, todo está listo.

La condujo al comedor, la atendió bien, y a buena hora en uno de sus caballos con su manga y sombrero y acompañada de un mozo, la hizo volver para el pueblo; no sin haber aprovechado el tiempo en darle muy saludables consejos acompañados de verídicas sentencias, terminando con hacerle una exacta pintura de su porvenir y con ofrecerle su amparo en un caso desgraciado.

Ella, a pesar de estar avezada en la maldad, no dejó de conocer la buena fe de aquel hombre franco y sincero; le dio los agradecimientos y marchó para su casa, dejando a don Agapito admirado de verla llegar tan elegante, y haciéndose conjeturas, se supuso en unión de otros que lo rodeaban que doña Remedios había conseguido más con sus hechizos, que él con sus chicanas, y evitaba a toda costa entrar con ella en explicaciones hasta que no hubiera escupido los cuatrocientos pesos de la libranza, que el mismo día de la aceptación le puso un mes de plazo y con

descuento de un ochenta por ciento la endosó a favor de un comerciante de allí, recibiendo en pago, abarrotes, géneros, y lo primero que le ofrecieron por tal de asegurarse de algo.

La víspera del vencimiento de la letra se ausentó del pueblo para no tener que ver en el negocio, dejando a su segundo muy aleccionado en lo que debía hacer para que doña Remedios fuera ejecutada en caso de no pagar desde luego.

Al otro día se presentó el comerciante con su libranza en casa de doña Remedios; ella con la mayor desfachatez desconoció su firma haciéndose de las nuevas; hubo sus disputas, alegatos, amenazas, etc.; ocurrió el interesado al juzgado, la llamaron para la aclaración; sostuvo su dicho, probó con algunas firmas suyas que había en el libro de actas, que no era igual la del documento; la ausencia de don Agapito y la tinta, dieron margen a que sólo sobre él recayera el crimen y por lo pronto quedó libre doña Remedios, y el negocio en tal estado. Hasta los cuatro días regresó don Agapito suponiendo el negocio terminado, y llevó grande sorpresa al notificarle el Alcaide la orden de prisión por el crimen de estafa, que a pedimento del dueño de la letra había expedido el Juez; como buen triquila, así que no pudo quitarse el lazo, enredó a doña Remedios, hizo patente y comprobó el descuento de la letra, resultando de todo que se cumplieran los pronósticos de don Clemente, pues encerrada doña Remedios en la cárcel sufrió la infeliz mil insultos, privaciones, y lo que es más, era la mofa, el juguete y el escarnio de todos los pillos que allí moraban; los que llenándole la comida de suciedad, provocándola a su estilo y riéndose de sus lágrimas, tenían en ella una continua diversión, haciéndole pagar muy caro hasta un trago de agua que pidiera. Con mil afanes y a peso de oro, consiguió después de algunos días que le facilitaran papel y tintero con que escribió una carta muy circunstanciada a don Clemente recordándole su último ofrecimiento; y merced al empeño que este señor tomó mirando su triste situación, y haciendo valer su grande influjo, se consiguió que saliera de su prisión después de dos meses de padecer, expulsándola de toda la comprensión de aquel Distrito, y no volvimos a saber de su paradero.

El don Agapito a pesar de tener como decían, las leyes en las uñas y saber menear las teclas, fue sentenciado a dos años de presidio; pues a ese delito se le fueron apareciendo otros muchos en más escala, y el dueño de la letra después de perder lo del descuento, sufrió una multa y pagó también muy cara su codicia.

Éste fue el término de mi segunda aventura, que si no hubiera sido por don Clemente no sé a qué punto me hubiera conducido mi desenfreno, pues con pasos agigantados caminaba ciego para mi perdición. Conque ahora vamos a otra cosa.

Ya tenía con mi generoso protector, mi padre adoptivo, más de tres años, cuando agravándose de sus achaques no le fue posible resistirlos en pie y cayó en la cama para no levantarse; yo siguiendo sus lecciones, obediente a sus órdenes, y diestro en el manejo de la hacienda, me afanaba porque no se extrañara su presencia, en vano cada rato le escribía al patrón para que viniera a ver sus intereses o mandara alguna persona para que le llevara una razón circunstanciada; nunca lo pudo conseguir

porque tenía muchas atenciones en el Real; había hecho una ciega confianza en don Clemente y sabiendo que estaba enfermo no quería que se entendiera que dudaba de su pericia, por lo que decía muy lleno de razón:

—Mas que se lleve judas a toda la hacienda, no quiero darle en qué sentir a mi buen amigo sino antes lo contrario, que se venga a curar a mi casa.

Y a esas expresiones don Clemente contestaba:

—Yo no he de abandonar estos intereses, y cuidaré de ellos mientras tenga aliento y cabeza con qué discurrir para dar mis órdenes.

Por fin, en la última carta que don Clemente le dirigió, le suplicó que quería tener el gusto de verlo por la última vez en su vida, y de hacerle verbalmente unos encargos como a su mejor amigo, porque no dudaba que pronto se serviría Dios quitarlo de penas.

Obligado por esto, tuvo que quebrantar su propósito, y acompañado de un criado se nos fue presentando en la hacienda, suponiendo como era de esperarse que por la larga enfermedad de don Clemente todo andaría dado al diablo. Después de los saludos de ambos amigos y mutuas reconvenções amistosas y excusas desinteresadas, siguió como era preciso el informe de las enfermedades, sus progresos, etc. En la tarde el amo, por idea, aunque estuvo en el despacho, no quiso informarse de nada mirando todo con la más grande indiferencia; en la noche a fuerza de súplicas lo obligó don Clemente a que fuera conmigo a dar una vueltecita por el campo, diciéndole en secreto:

—Quiero que usted vea si ha cumplido ese muchacho, yo tengo muchos meses de no pararme y temo que me haya estado engañando.

Muy tempranito me llevé al patrón, le enseñé todo y quedó sorprendido y sumamente contento de ver sus labores bien atendidas, las trojes repletas de semillas, el apero listo y en corriente; sus ganados muy aumentados, en fin, todo en progreso sin que hubieran resentido sus intereses en lo más mínimo la falta de la asistencia personal de don Clemente; llamándole la atención algunas oficinas nuevas, bordos y presas para tener el agua para los riegos y agujas para los ganados, haciéndole títere el respeto con que me miraban todos los sirvientes al darme las razones que les pedía o al recibir mis órdenes, por lo que al regresar me preguntó:

—¿Dígame usted, Alejo, cuál es el papel que usted desempeña en esta hacienda, porque francamente hasta ahora ignoro su carácter?

—Señor —le contesté—, el principal según usted ha visto, y el más insignificante porque ni mi nombre figura en las memorias.

—Precisamente por eso lo extraño, ¿y cuál es el sueldo que usted disfruta?

—Mucho y ninguno.

—Explíqueme ese enigma.

—He dicho que mucho, porque don Clemente, a quien venero como a mi propio padre, me da de su mismo sueldo cuanto yo quiero; y ninguno porque a la hacienda no la gravo en un ochavo, si no es en asolear caballos cuando ha querido don

Clemente que en tres días dé una vuelta redonda y le traiga noticia de cuanto hay en los linderos, estancias, monte y ranchos anexos.

—¿Y qué tiempo lleva usted de estar aquí?

—Más de cuatro años.

Siguió haciéndome multitud de preguntas respecto del campo, de los asuntos del despacho, de la caja y cuanto se le ocurrió, a todas satisfice desde luego cumplidamente, y no le quedó duda alguna respecto de mi inteligencia.

Llegamos a la hacienda y entró contentísimo a ver a don Clemente, mientras yo por una rendija de la ventana los miraba y escuchaba sus palabras.

—¿Qué le ha parecido a usted su casa, señor don Pablo?, dígame con franqueza su opinión, ¿ha notado algún despilfarro, descuido, trastorno, en fin, señor, dígame cómo encuentra sus intereses?

—Perfectamente bien, amigo, no se puede negar que hasta en sus últimos momentos, es usted un fiel servidor, un buen amigo y un verdadero hombre de bien; en todo lo que he visto y los informes que ese joven me ha dado, desde luego he conocido la mano de usted, los efectos de sus buenas disposiciones, sus vastos conocimientos, sus acertados cálculos, etc., y no puedo menos que manifestarle de la manera más cordial mi justo agradecimiento y el grave pesar que me causan sus avanzadas enfermedades; este abrazo, amigo mío, confirma mis palabras; y ambos se estrecharon.

—Gracias, señor don Pablo, gracias, porque con su venida ha tranquilizado mi espíritu; y con que usted esté satisfecho de mi conducta y de que cuanto de mí ha dependido, he sabido corresponder a su confianza, aguardaré mi última hora sin esa aflicción que me amargaba la existencia.

—Sólo una cosa no me ha parecido bien y debo reconvenirle por ella.

—¿Cuál, señor, cuál?

—Que no he visto figurar en las memorias a don Alejo y no puedo consentir que usted solo de su propio sueldo haya gratificado a un hombre que con tanta dedicación y tino ha sabido desempeñar su lugar.

—Ése es cuento mío, señor amo —respondió don Clemente—, ese muchacho ha sido mis pies y mis manos; me sentía yo enfermo, me daba mucha pena no poder cumplir con mi deber, y cargo de conciencia se me hacía ganarle el sueldo de balde; porque mis achaques me impedían llenar mi obligación, y previéndolo todo con tiempo, procuré evitar las consecuencias de mi imposibilidad, para que los intereses a causa de ella no sufrieran detrimento; y si he logrado mi objeto, no he hecho más que cumplir como buen servidor; Alejo, mi hijo adoptivo, con mucho gusto recibe lo que buenamente puedo darle, y si tuve empeño en que los intereses no se menoscabaran, ¿cómo quiere usted que los hubiera gravado con el sueldo de otro administrador?

Ya le dije que es cuento mío, y sobre ese asunto sólo me resta hacerle una recomendación, nadie es capaz de cubrir mi lugar como ese muchacho, me ha cogido el modo, bebido mis alientos; es trabajador, hombre de bien y nada tonto; si usted lo

conserva en mi colocación, no sufrirá las consecuencias y detrimentos que padece una hacienda al cambiar de las manos que la manejan.

—Eso mismo me ha parecido hacer, amigo mío, no era necesario su empeño.

—Gracias, señor don Pablo por su condescendencia, pero tengo que hacerle una prevención y es, que no haga usted con él lo que conmigo, que me ha costado un triunfo hacerlo venir, que recuerde que tiene una hacienda que demanda su presencia, mas que sea de cuando en cuando, pues aunque yo le aseguro que es hombre de bien, es joven, no tiene el pobre mi experiencia, y al ojo del amo engorda el caballo. Con que volviendo a otra cosa, sólo me resta inferirle una molestia, pedirle un favor que es el ultimo con que lo molestaré.

—Hable usted, amigo mío, que su voluntad será cumplida.

—Señor don Pablo, le encargo a usted particularmente a mi hermana Joaquina, pues aunque creo que Alejo jamás me la abandonará; sin embargo, quiero tener el consuelo de que encuentre esa pobre vieja un rinconcito en la casa de usted; ya pronto se le quitará ese gravamen, pues más grande que yo, no dudo que me seguirá la pista; pero siquiera sabré que no queda abandonada.

—También sin que usted me lo hubiera pedido, eso mismo había pensado; su señora hermana será de mi familia, yo se lo ofrezco en prueba de nuestra buena amistad.

—Pues entonces, señor, ya puedo tranquilo esperar la muerte; no quiero ser necio deteniéndolo al lado de un moribundo que no puede causarle más que pesadumbre; sus otras atenciones y su familia demandan su presencia, y sentándose en la cama y abriendo los brazos exclamó:

—¡Adiós, señor don Pablo, buen amo, y amigo generoso! ¡Voy a tomarle la delantera, adiós para siempre y hasta el valle de Josafat!

Don Pablo lo estrechó con la misma efusión, ambos derramaron tiernas lágrimas por su última despedida, y no pudiendo el amo responder a sus palabras porque su llanto las interrumpía, se desprendió saliéndose presuroso al despacho donde dio rienda suelta a su amargura; después de comer mandó disponer su caballo; yo previne cuatro criados montados y lo fui a encaminar hasta pasarlo de algunos sitios sospechosos. Al despedirme me dijo:

—Desde que fallezca nuestro buen amigo, usted ocupa su lugar con el mismo sueldo; hágale usted un clásico entierro, que se cumplan en un todo sus últimas disposiciones; en los pueblos inmediatos reparta cien pesos o más para que se apliquen misas por su alma en los nueve días del duelo, concluyendo el último con sus honras; no se pare usted en gastos, y cárguelos todos a la memoria de rayas. Que a doña Joaquina se le guarden los miramientos y respetos que hasta ahora le han tenido, que conserve sus criadas, y procure usted que se atienda como a una persona de mi propia familia; si no quisiere estar en la hacienda me la lleva usted para mi casa; pásele su diario y dele gusto en cuanto quiera. En fin, amigo mío, en sus manos confío sus intereses; siga el ejemplo de su excelente maestro, de su padre adoptivo y

contará siempre conmigo. Adiós.

A los cinco días, exhaló don Clemente el último suspiro entre mis brazos; quiso que lo enterraran a un lado de la puerta de la capilla de la misma hacienda en donde le mandé construir un humilde sepulcro según lo ordenó. Doña Joaquina no me quiso dejar solo, y yo apreciaba a la pobre viejecita como si fuera cosa mía.

Capítulo XIX

Pánfila. La monja cimarrona. Catástrofe. Satisfacción cumplida. El tapaboca

El último pronóstico de don Clemente también se realizó, pues no pudiendo resistir doña Joaquina la pesadumbre de la muerte de su hermano, sucumbió la pobre antes de tres meses, encargándome que se enterrara junto a él y dejándome heredero de todos sus cachivaches, incluso Gumesinda, una muchacha huérfana que recogió desde chica y hacía veces de recamarera; la ascendí a ama de llaves; era media lamidita, tenía diez años y quise ver si ilustrándola y mejor vestida tal vez conseguía hacerme de una muchacha regular. Con la misma ropa y alhajas de poco valor de doña Joaquina, en un instante la puse muy guapa y ya estaba yo muy ufano de mi obra y con tentación de casarme con ella, cuando arrebatando con lo que pudo, se largó con un indio taimado que tenía yo de caballericero, dejándome este bribón en cambio a su mujer y cuatro criaturas encueradas que el día menos esperado también desaparecieron de la hacienda.

Desde entonces comencé a resentir la falta de una mujer de gobierno; continuamente mudaba de cocineras, y la que no salía puerca era borracha, ladrona o con más resabios que los caballos chorreños; cerca de ocho meses aguanté a esa canalla, pues porque no quedaran nuestros intereses solos, mi madre sólo desde su casa me atendía con la ropa limpia; tanto padecía yo con la comida, y estaba la casa tan abandonada, que compadecido el caporal me dijo:

—Señor amo, para que su merced no pase tantos trabajos, le prestaré a mi hija Pánfila, siquiera mientras encuentra una persona que lo asista como se debe.

—Con mucho gusto, caporal —le respondí—, y si antes no le había pedido ese favor, ha sido porque temía que se me negara; su hija no necesita de servir y tal vez le haría falta en su casa.

—Es verdad, señor amo, pero mañana se la traigo tempranito y allá mi vieja que se las componga como pueda.

Al otro día llegó con ella; le di facultades extraordinarias, puse a sus órdenes a todos los criados, dinero en la mano para que hiciera lo que se le antojara; y me salí al campo.

Cuando regresé me encontré todo en revolución, los muebles en el patio, mi ropa asoleándose, mucho batiboleo de indios acarreado agua, el monótono ruido de las freganderas, un incitante olor en la cocina y Pánfila de capataz activando a unos, regañando a otras y acabando de sazonar los guisados que hervían en la lumbre.

—Me ha cogido usted con la masa en las manos, don Alejo —me dijo—, pero por

hoy disimule que no esté todavía lista la comida; si quiere mientras echar un taco se lo haré al instante, o enchinche por ahí el tiempo mientras acabo de sazonar.

—Ahí me avisarás —le respondí y me dirigí al despacho; no habían pasado veinte minutos cuando me dio el grito de «a la mesa»; me sirvió un variado surtido de bocaditos a cual más sabroso; comí perfectamente y me largué a mis quehaceres.

Muchas veces que fue preciso que me llevaran la comida al campo, se me aparecía Pánfila muy aseada con su sombrero puesto, seguida de uno o dos criados con tamaños canastones cubiertos con sus servilletas muy limpias, y porque no faltara requisito, llevaban hasta una pescaderita en que iban los popotes fregados con zacate y jabón para que me limpiara yo los dientes; toda la casa estaba albeando, bien cultivadas las macetas, atendidas y progresando las gallinas; más de veinte jaulas que me hizo comprarle, con pájaros de todas clases alegrando con sus trinos; en fin, para no cansar a ustedes yo estaba tanto o mejor atendido que cuando vivía doña Joaquina; y Pánfila era en suma una mujerota para su casa como pocas, pues a su limpieza, actividad y dedicación, reunía mucha curiosidad para la aguja, trabajaba la chaquira, radas y sedas con primor, no tenía un pelo de tonta; de un genio muy franco a la vez que sencilla y muy honrada; todas estas cualidades me amarraban; pero por desgracia la pobre era más fea que un puñete en un ojo, tenía un cuerpo alto, y aunque no de feas formas, sí muy desairadote, andaba con la cabeza agachada y con pasos de buey cansado; las malditas viruelas le desfiguraron el rostro de una manera horrible dejándole muy profundas huellas, aunque tenía bonitos ojos negros, la falta de pestañas y escasez de cejas le quitaban su mérito; contaba veintisiete años, y a pesar de estar sana y robusta y de ser blanca, conservaba el cutis pecoso y manchado; en fin, todo lo que tenía de repugnante a primera vista, era de simpática tratándola; poco a poco me fue pareciendo menos fea, su genio y demás cualidades me enamoraban de día en día, y cuanto más fino me manifestaba, más empeñosa, complaciente y querendona me correspondía, y no pude menos que resolverme a casar con ella, pues conocí que de otro modo nunca conseguiría más que como hasta allí, un amor como de hermanos.

Una noche cenando quise de sopetón declararme, y sin más preámbulos le dije:

—¿Oye, Pánfila, me quieres?

—Sí, don Alejo —me contestó con la mayor sencillez.

—¿Como qué tanto?

—Mucho, mucho, como de aquí a la presa de los patos —el sitio más retirado, y el término de los linderos de la hacienda.

—Pues en ese supuesto muchacha, ¿yo creo que no tendrás inconveniente en casarte conmigo?

Una estrepitosa carcajada fue su primera contestación.

—No te rías, mujer, te estoy hablando formalmente, contesta a mi pregunta, ¿qué dices?

—Que está ciego o ha perdido el juicio; vaya una sandez, ja, ja, ja.

—No seas necia —proseguí diciendo, y cuanto más me empeñaba en obligarla parecía que le daban cuerda a la maldita, hasta que mirando que me incomodaba me contestó:

—Limpíese bien los ojos, don Alejo —y alumbrándose el rostro con la vela prosiguió:

—Míreme bien, soy más fea que el enemigo malo, y sólo loco ha podido pensar en semejante disparate, vuelva en su juicio antes que nos ponga en el trabajo de bañarlo en el jagüey.

—Pues mas que seas lo que seas ya lo dije, yo estoy enamorado de tus prendas; me han cautivado tus cualidades y nada me supone que tu rostro esté chachacuate; así me gusta.

—Ésas ya son palabras mayores don Alejo, y si de veras quiere que hablemos sobre el negocio, hablaremos; pero como las gentes.

—Corriente, habla y respóndeme mas que sea una desvergüenza; pero no te rías de mí, ni me trates de ciego y loco; ya todo lo he meditado y he pensado hacerte mi esposa.

—Pues, don Alejo, yo no quiero; ya está usted contestado.

—Luego eres una embustera, y mentías al confesarme que me quieres.

—No miento, pero entendámonos; yo lo amo, sí, lo amo como si fuera mi hermano, mi padre y quién sabe si más, y por lo mismo nunca seré yo causa de que usted cargue con el ridículo y la rechifla de todos, al ver que presentaba como a su mujer a una tarasca; es usted joven, bien presentado, está ocupando aquí el primer lugar, y debe darse por conveniencia el honor que se merece, hay una porción de muchachas bonitas; no se atroje, entre en relaciones, trabe amistades, dese sus descolgadas por el Real, en fin, corra su lucha; no porque me mira del pie a la mano se haga infeliz y a mí me arrastre en la desgracia; conozca mis defectos, no soy ambiciosa, y como lo aprecio, rechazo su ofrecimiento; además de que temo que quitándosele el aturdimiento, tal vez, tal vez usted sería el primero en avergonzarse de tenerme por esposa; y si así sucediera y me viera yo menospreciada, no sé lo que haría, don Alejo, al pensarlo se me parte el corazón y era capaz de matarme mas que fuera a metlapilazos; no, no me expongo, conténtese con tenerme como a una hermana y sobre el asunto no me vuelva a hablar una palabra, estoy muy conforme con mi suerte; yo no tengo la culpa de ser tan fea, y si no he querido ser vaquera, menos pretendo llegar a administradora. Ésa es mi resolución y asunto concluido.

—¡Ya no me cabe duda de mi desgracia! —exclamé—. Soy el hombre más despreciable; ¡maldita sea mi suerte tan chaparra! —y lleno de rabia me estiraba de los cabellos a dos manos; ella se puso meditabunda, y así que me serené algún tanto me dijo:

—Don Alejo, no sea tonto, por vida suya, convéznase con mis razones; yo le he dicho la pura verdad, y para que vea que lo quiero y le deseo su bienestar, voy a darle un consejo del que nunca se arrepentirá; pero escúcheme con calma y no se

desespere.

—¿Otro nuevo desengaño, otra repulsa?

—No, un consejo de amigos, de buenos hermanos.

—¿Cuál, mujer, cuál?

—Que se case con Mariquita; que yo por mi parte haré cuanto pueda, ¿qué más quiere?

—¿Pero quién es esa Mariquita por quien te interesas?

—Es una muchacha, don Alejo, de todo mérito, con una carita de ángel, unos ojos divinos; unas manos primorosas, apenas tiene dieciocho años, es muy mujercita, y honrada como hay pocas; en fin, no le dará a usted vergüenza presentarla a la faz del mundo entero, le hará un bien con sacarla de la miseria que la rodea y encontrará en esa niña cuanto pueda desear para ser feliz; es mi amiga, la quiero tanto como a usted, y tendría mucho gusto en que los dos me debieran su suerte.

—¿Y de dónde te viene esa amistad?

—De que nos criamos juntas; yo le serví de pilmama, es hija de don Fulano que estuvo de administrador en la hacienda de *** allí estuvo mi padre de mayordomo algunos años; luego lo solicitó don Clemente ofreciéndole mejor acomodo con más sueldo, y nos venimos para acá; nos dejamos de ver largos cinco años, y hace como ocho o nueve meses, desde la fiesta del pueblo, que allí me la fui encontrando en la miseria más espantosa y pasando lo que Dios sabe; pues a fuerza de aguja mantiene a su tío viejo y enfermo, y a su tía tullida; desde entonces todos los domingos que bajamos al tianguis, le llevo los blanquillos que ponen mis gallinas, algunos pedazos de cecina, maíz, frijol, le comparto de mi recaudo y el real o la peseta en plata para su pan u otras cosas; en fin, cuanto puedo le doy a la pobre, pero no por eso deja de pasar mil trabajos porque las costuras son escasas y las pagan muy mal; conque si se determina, el domingo lo llevo para que la conozca; los pongo frente a frente y allá usted sabe si se agarran al pico.

—¿No me engañas, Pánfila, no es esto un pretexto para hacerme menos sensible tu repulsa?

—No, don Alejo, le hablo como lo siento; ustedes dos me interesan y no dudo que serán felices.

—Pues el domingo me llevas.

—Arreglados, arreglados, lo llevo; pero no se ande desmechando ni se dé a la pena, no sea chiquihuite, por vida de su madre, y váyase a dormir.

Me retiré agradeciéndole en el alma a aquella mujer su franqueza, formándome nuevas ilusiones y ansioso por conocer a Mariquita.

Llegó el domingo, y con Pánfila en su caballo y yo en el mío, acompañados de su padre, marchamos para el pueblo; fuimos a parar a un suburbio, en una casuchilla que para poder meter los caballos fue necesario que entre el caporal y yo alzáramos en peso la puerta para abrirla; toda la habitación se reducía a una pieza corta de adobe muy maltratada, una cocina formada de tablas en un rincón de un patiecito mediano,

y un fresno en el otro extremo; salió a recibimos un viejo encorvado con semblante venerable, apoyándose en un bordón de cocolmea; nos saludó con afabilidad y me hizo pasar adentro, allí estaba una señora sentada en un silloncito de tule muy lánguida y enferma; al atravesar el patio abría yo tamaños ojos y miraba con afán para la cocinita donde percibí la punta de unos castores, y por la rendija de una tabla parte de un rostrito encantador, que como relámpago se ocultó de mi vista; tomé asiento y a poco fue entrando Panfila trayendo a Mariquita de la mano, diciendo:

—Conozca usted a mi amiga, don Alejo.

—María D. G. para que usted mande, caballero —agregó la presentada.

—Alejo Delgado, su criado y servidor, señorita —contesté maquinalmente sorprendido de verla; pues lo que Pánfila dijo y yo me había figurado, distaba mucho de lo que miraba; su humilde cuanto sencillo traje compuesto de unas enaguas de castor, un rebocito lleno de rejas, y unos zapatoncitos viejos hacían resaltar su belleza; su rostro hermoso, semblante apacible, y todas sus facciones tan perfectas hacían que la contemplara absorto, a la vez que me inspiraba respeto, adoración o qué se yo; estuvimos hablando de cosas indiferentes y Pánfila le dijo:

—¿Oye, María, ya vendiste por fin el paño de sol?

—No tú, soy muy desgraciada, lo llevaron a proponer y el que más ha ofrecido no pasa de quince pesos; sólo a ti te debo dieciocho de la seda, y porque no me lo ensucien o lo vayan a extraviar ahí lo tengo guardado.

—Tráelo, tráelo a ver si don Alejo es marchante. ¡Jesús, Jesús!, qué gentes tan mentecatas; usted dirá que esta pobre ha estado cerca de dos meses trabajando, todo está cuajado de flores copiadas al natural, tiene sus orillas de ondas de seda tejidas de punto de randa con los remates de filigrana, con el bramante y el bordado al pasado, que traga mucha seda, pasan de veinte pesos los del avío.

Mariquita abrió una caja vieja que no tenía ni chapa y sacó en una canastita el paño de sol envuelto en un pañito.

—Mire una cosa buena —dijo Pánfila poniéndolo en mis manos—, quédese con él.

—Sin duda —le respondí mirando aquella prenda perfectamente bordada, y el matiz de las flores bien imitado—, ¿cuánto quiere usted por él, Mariquita?

—Si es para usted quedo contenta con veinte pesos; porque sólo deseo poder pagar a ésta lo que me ha prestado.

—Dele tres onzas —replicó Pánfila—, que es lo menos que puede valer.

—No, los veinte pesos que le pedí, y se acabó —dijo Mariquita.

—Pues ni uno ni otro —contesté—, sólo me quedaré con él si usted quiere que le pague lo que valga.

—Sí, sí, está bueno —replicó Pánfila—, que lo tasen; no seas guaje, mujer, al cabo don Alejo no se tienta el corazón para gastar un peso; es de usted y arreglado el negocio.

Lo tomé por las puntas diagonales, le di al aire sus vueltas para enrollarlo, y me lo

puse en la cintura como es costumbre cargarlo cuando no se necesita para su objeto.

—Vámonos por ahí —prosiguió diciendo—, voy a comprar mi recaudo y se viene usted a almorzar con nosotras; improvisaremos alguna cosa, y tengan los dos presente que me deben el corretaje, eh...

Nos salimos y en el camino me preguntó:

—¿Qué le parece Mariquita, don Alejo? ¿Es verdad que es digna de mejor suerte?

—Es divina, me ha encantado.

—Pues me alegro, me alegro con toda mi alma; ya ve que no lo he engañado y que de veras lo quiero; ya los puse en contacto, y ahora corra usted su lucha y Dios le dé buena suerte; en cuanto den las doce, véngase y no nos haga esperar.

Ella se dirigió a la plaza y yo al billar contentísimo de mi hallazgo; allí me encontré a todos los copetoncillos jugando guerra de palos, luego me invitaron, acepté, di mi entrada y me tocó número doce; al tocarme tirar tuve que tenderme en la mesa, y uno de los concurrentes fijando la atención exclamó:

—¡Caramba!, el que lo tiene lo luce, miren qué paño trae el amo don Alejo tan primoroso.

—A ver, a ver —gritaron varios llenos de curiosidad.

Me lo desaté, lo extendí en la mesa y a cual más ponderaba su mérito; unos alabando sus combinaciones, otros sus matices, y todos convinieron en que era una cosa perfectamente acabada.

—¿Cuánto le ha costado, amigote? —me preguntó uno de tantos.

—Cinco onzas —contesté—, y lo compré de barata.

—Los vale como medio —replicó otro—, está muy bien hecho.

Entonces un don Rosendo que por sus hechos podrán inferir qué casta de pájaro sería, y allí estaba manejando una buena tienda de abarrotes, acercándose un poco hizo un gesto despreciativo diciendo:

—¡Bah, bah!, cuánta ponderación; cinco onzas por ese trapo, yo he ofrecido quince pesos por uno mejor, y donde suba un peso más me lo sueltan.

—Como se conoce —le dije—, que no más habla usted al peso del taco, amigo mío; en toda su vida habrá visto una cosa mejor. Venga y fije la atención, prescinda por un momento de la costumbre de apocar todo lo criollo, y no se aventure a dar su opinión en lo que no entiende, ¿si sólo de sedas puede tener este paño más de veinte pesos, podrá ser creíble que otro igual o mejor se lo den en dieciséis? Es un necio, y permítame que le diga que estas prendas sólo las pagan los que tienen gusto en saber gastar su dinero, no los pichicatos que llenos de codicia adoran por su Dios a un peso.

—Bien dicho —gritó uno de lo concurrentes.

—Cabal —replicó otro, y los demás se reían de la opinión de don Rosendo que picado por mis expresiones, no pudo menos que acercarse más, y después de ver el paño y voltearlo exclamó:

—Tiene usted razón, don Alejo, no había puesto cuidado —y porque no se dijera que era miserable agregó—: Si piensa deshacerse de él, yo se lo compro.

—Véndalo, véndalo —empezaron todos a gritar.

—Corrientes, lo vendo; pero en pública subasta, y pújenlo mas que me deshaga de mi gusto.

Lo alcé en la punta del taco y grité:

—Cinco onzas por este paño.

—Y media —dijo el de mi derecha que también tenía interés en comprarlo.

—Seis —replicó don Rosendo; y de peso en peso fueron subiendo hasta que al fin se lo rematé en siete onzas.

—Voy a traerlas —dijo lleno de orgullo; y se fue para su tienda.

—¡Qué mala obra me ha hecho este fanfarrón! —exclamó el otro.

—¿Por qué, señor don Rafael? —le pregunté:

—Porque yo pensaba comprarlo para dárselo de cuelga a mi compadre el señor cura.

—Pues no le pese, amigo mío, las manos que han trabajado éste pueden hacer otro y tal vez más a propósito para lo que usted lo quiere; podrá llevar sus iniciales, dedicatoria, etc.

—¿Pero qué podrá estar para el día de San Francisco?

—Yo creo que sí, falta más de un mes; y si se resuelve yo le ofrezco que no quedará mal.

—¿Y cuánto calcula usted que me pueda costar?

—Hombre, por eso de las iniciales y con los requisitos que quiero que lleve para que usted quede bien, yo creo que no podrá pasar de seis onzas; pero aunque importe otro poco, peso más o menos nada supone.

—Dice usted bien, voy a traerle algo en señal de trato.

—No es necesario, señor don Rafael.

—Sí, sí, no me dilato.

Llegó don Rosendo con las siete onzas, y luego el otro con tres a buena cuenta, y yo me embolsé las diez; recogió el paño de sol su dueño y dijo:

—¿A que no saben ustedes por qué he querido comprar esta cháchara?

—No —contestó uno de tantos.

—Sólo para darle picones a cierta hilacha de por el campo santo.

—Usted no quita el dedo del renglón —le contestó—, y es como el caballo de San Panuncio, donde no brinca se asoma; pero se quedará echando agua como el león de la fuente.

—Ésa no es de las que usted busca —agregó otro—, gana de habladas.

—Y es como las navajas de barba —replicó un tercero—, no se hizo el pastel para la boca del asno.

—Le he tenido lástima.

—Qué lástima ni qué cuentos —dijo don Rafael—, más de cuatro vanidosos se han pegado de frentazos, y cuidado que no es cosa despreciable.

—Sostengo a ustedes que no he querido, y para que vean que no hablo no más

por hablar, haremos una apuesta que nos cueste algo, cien pesos, y un almuerzo para todos los presentes, a que de aquí a ocho días está en casa conmigo, viviendo como mi querida, la Monja Cimarrona, y la sentaré a la mesa con nosotros.

No bien había aquel fatuo acabado su proposición, cuando vaciándose todos las bolsas empezaron a tirar el dinero sobre la mesa del billar y en dos por tres se reunieron los cien pesos de la apuesta y treinta para el almuerzo; al mismo don Rosendo lo hicieron depositario y muy entusiastas trataban de que se atravesara más cantidad, hasta el extremo de decir don Rafael:

—Yo apostaría hasta mi vida.

Dieron las doce, me convidaron para el susodicho almuerzo y sorprendido e indignado de que se apostara poniendo por juguete el honor de alguna infeliz mujer me despedí; compré la mejor fruta que encontré en la plaza y me seguí de largo para la casuchilla; entregué a Pánfila lo que llevaba y nos pusimos a almorzar en una mesa bailadora que a fuerza de cuñas por un lado, y ladrillos por el otro, la hicieron estarse quieta; unos sentados en la cama, otros en una banca, y yo en la única silla alta que había; al pararme a poner platos exclamó Pánfila que estaba junto a mí:

—¡Válgame Dios, don Alejo! ¿Cuándo dejará usted de ser tan berengo?, ya perdió el paño que llevaba en la cintura.

—Es verdad, mujer, estaba tan preocupado que no me había acordado de entregar cuentas; Mariquita, recuerde que convinimos en que le daría por el paño de sol lo que valiera; me obligaron a venderlo y sólo pude colocarlo en siete onzas, ahí están y ojalá que hubiera sido en siete mil.

—No, señor, yo le dije que veinte pesos y sólo éstos tomaré.

—No lo consentiré, lo dicho dicho, y si no me agravio.

—Pues en el supuesto de que se ha vendido bien, lo más que debo tomar son las tres en que lo valorizó Pánfila.

—No seas tonta —replicó ésta—, ¿si ya lo vendió en siete, cómo ha de querer don Alejo ganar por tu trabajo las otras cuatro?; lo tratado tratado, cógelas todas, María, y ahí le pagarás su empeño, con que hagas otro mejor y se lo regales.

—Siendo así, no replico.

—Es que hay otra cosa que precisa más, he ajustado otro de tal y tal condición que debe estar concluido para antes del día de San Francisco, darán por él seis onzas y aquí están tres como señal de trato, y también las puse sobre las otras.

No hallaban cómo manifestar su agradecimiento aquellas gentes, que no digo onzas, pero ni un peso duro habían tocado sus manos en algún tiempo.

—Tenga su gala —dijo Pánfila abrazándome con efusión—; guarda tu dinero, María, y ven a seguir mi ejemplo.

Así lo hizo, y no daba yo aquel instante por las minas del Potosí.

Les conté en breves palabras lo ocurrido en el billar con el paño de sol, terminando por manifestarles mi indignación porque de resulta de la venta, se había originado la apuesta más escandalosa sobre el honor de una mujer.

—Vengo lleno de rabia contra ese infame —les dije—, me he propuesto entorpecer sus depravados planes, defender a esa infeliz, mas que para ello sea necesario comprarme un pleito.

—¿Pues de qué se trata, don Alejo? —me preguntó Mariquita.

—De que don Rosendo ha apostado cien pesos y un almuerzo a que de aquí a ocho días tiene en su casa como a su querida, a la que aquí le llaman la Monja Cimarrona.

—¡Un demonio! —gritó Pánfila parándose con el rostro encendido y llena de cólera.

El tío cogió con mano convulsa el cuchillo de la mesa diciendo:

—Voy a metérselo hasta la cacha.

El caporal conteniéndolo decía:

—Siéntese, don Antonio, siéntese; yo le prendo un lazo y a toda chilla, lo arrastro hasta donde no me pese.

La parálitica lloraba, Mariquita se puso muy colorada, luego lívida, agachó la cabeza y dio rienda suelta a sus lágrimas.

La tomó Pánfila de un brazo y acercándomela dijo:

—*Ésta es la Monja Cimarrona, don Alejo, usted sabe si consiente que se burlen de ella, ahí se la entrego.*

—¿Qué dice usted, María, admite mi amparo?

—Con mil amores —respondió arrojándose a mis brazos.

La estreché contra mi pecho exclamando:

—De aquí sólo Dios me la arrancará, María.

Para cortar aquella escena y no verlas llorar, grité «a almorzar, a almorzar, porque este llanto me asesina», todos obedecieron, y acabamos hasta con risas promovidas por algunas agudezas y chanzas de Pánfila contra don Rosendo.

—¿Cómo piensa su merced defender a esta pobre familia? —preguntó el caporal.

—¿De qué modo se defienden las yeguas cuando dispersas no las puede juntar el garañón y a buen tiempo han venteado al lobo?

—Pegando la estampida, señor amo; echándose por delante a los potrillos.

—Pues ni más ni menos, caporal; échele su silla a mi caballo que es manso, váyase a situar de este lado del arroyo, en los colorines, y allá llegarán como de paseo dos muchachonas, se echa en la silla a la más buena moza, pasa el vado, y al puro tranco se va por la orilla del río hasta llegar a la nopalera, allí derrumba un pedazo de cerca, atraviesa el Saladito, y nos va a esperar a los fresnos de aguaje del Caracol o la presa del Tildio; yo me voy con la más fierita por el camino real como venimos para no dar en qué pensar; a la nohecita volvemos con una criba, peones y cuanto sea necesario para que por el mismo camino que va a tomar, nos llevemos cuanto aquí mira para la hacienda. ¿Qué le parece a usted mi plan, don Antonio?

—Haga usted lo que guste, caballero, en sus manos pongo la suerte de esa criatura y la de estos pobres viejos infelices.

—Pues al avío, muchachas, recojan sus tilichitos, hagan un tercio con los demás cachivaches, y lárquense cuanto antes al arroyo; echaremos por delante a la potranquilla, y cuando el lobo llegue no ha de encontrar ni rastro que seguir; por ahora no hay más recurso que la estampida, que ya más tarde yo le pondré su trampa.

Todo salió perfectamente sin que ninguno hubiera notado la desaparición de la familia; dejamos esa noche vacía la casa, atranqué el zaguán y me salí por la tapia.

Mariquita y Pánfila se pusieron desde luego a trabajar el paño de sol ajustado, los viejitos a cada instante me colmaban de bendiciones, y yo contemplando a mi María gozaba extasiado de felicidad, agradeciéndole a Pánfila su consejo, interés y buen corazón.

El domingo, reunido con todos los de la apuesta, nos fuimos en bola para la casa de don Rosendo.

—¿Qué sucederá por fin? —le pregunté a don Rafael—, ¿se habrá salido ese charlatán con la suya y perderán ustedes su dinero?

Quién sabe —me contestó—, yo he pasado varias veces por la casa de esa niña y no he advertido nada alarmante; el zaguán está cerrado; todo en el mayor sosiego como siempre, y como todos estamos satisfechos de la buena conducta de ella y lo fanfarrón de don Rosendo, con entera confianza hemos apostado nuestro dinero.

—Hay aquí más de cuatro —dijo uno—, que nos hemos quedado descolados y tenemos calificada a esa muchacha que a pesar de la miseria, mejor ha preferido sufrirla que dar su brazo a torcer.

—Se le han proporcionado buenos partidos —agregó otro—, y ni por la buena ni por la mala han conseguido la más leve esperanza, y por eso no faltó quien le pusiera ese apodo de la Monja Cimarrona; adecuado el primero a su buena reputación y costumbres, y el segundo a que en el recinto de un miserable cuarto, ha establecido su convento; otros la llaman la Virgen del Campo Santo, porque es muy bonita y vive en ese barrio; y cuidado que cuando en un pueblo en que se fiscalizan hasta las mínimas acciones de sus vecinos, hemos llegado a conocer sus virtudes, ya no cabe duda de que es digna de ser respetada.

Llegamos a la casa, y metiéndonos don Rosendo a la sala, dijo:

—Ahí está la mesa puesta y el dinero, he perdido redondamente; señores, por ser confiado descuidé del negocio, y cuando quise echarle garra a la pichona me encontré con el nido vacío.

—Al mejor tirador se le va la liebre —contestó uno de los interesados—, y es de sentirse que nos haya espantado la caza.

—Reparta usted ese dinero, señor don Rafael —dijo don Rosendo—, y vamos a almorzar, que ya para otra vez no seré apático.

—Sí —le respondió—, y echaremos un trago a la salud de nuestra linda Monja Cimarrona, de la encantadora Virgen del Campo Santo, de la codiciada María.

Todos llenos de júbilo nos rodeamos de la mesa destapando botellas y llenando copas, brindamos por cuanto les ocurrió relativo a María; se paró don Rafael y dijo:

—Señores, yo gano treinta pesos y con mucho gusto los cedo a favor de la paloma que a buen tiempo supo escapar de las uñas del gavián.

—Yo hago lo mismo —gritó otro— ahí están mis ocho pesos.

—Y yo también.

—Yo lo propio.

Y todos desembolsaron con buena voluntad los cien pesos ganados a don Rosendo que estaba tan enchilado que se le podían tostar habas en las orejas.

—¿Pero cómo haremos? —advirtió don Rafael recogiendo el dinero—, para que esto llegue a manos de esa niña sin que se excuse de recibir esta donación, es muy delicada, y si sabe el origen, en lugar de un socorro le damos una pesadumbre.

—Eso es lo de menos —le contesté yo—, si a ustedes les parece pueden dar ese dinero al señor cura y él sabrá el modo de entregárselo.

—Cabal, cabal —prosiguió diciendo don Rafael—, él es su director y usted como extraño en este negocio encomiéndose de llevarlo, háganos este favor, y no le vaya a decir nada de lo ocurrido; el caso es que ella los reciba sin ofenderse, y tata cura ignore que andamos haciendo semejantes apuestas, porque si no el domingo nos encaja dos horas de sermón en la misa de prima.

—Voy a cumplir con la encomienda —les dije—, no dilato.

Me guardé el dinero y fui a ver al señor cura diciéndole:

—Deposite usted esta cantidad que seguramente será para socorrer algunos pobres; y yo le avisaré cuándo debe repartirla, pues para la persona a quien se destinaba, que es la Monja Cimarrona, no los necesita.

—¿Cómo no? —me contestó—, si está esa infeliz criatura en la mayor miseria.

—Estaba, señor cura; pero ahora la tengo en la hacienda, va a ser mi esposa, y ese dinero se lo dará usted a quien actualmente lo necesite más.

—Don Alejo, no sabe usted cuánto me complazco, le doy la enhorabuena y cuento conmigo, amigo mío, esa niña vale mucho, mucho, es un ángel; ¿pero cómo es que se encuentra en poder de usted?, con razón extrañé que hoy no viniera a comulgar.

—Le conté sin excusarle nada todo lo ocurrido suplicándole que no se diera por entendido, y que mientras pasaba el entusiasmo de los apostadores, si acaso alguno le preguntaba, les dijera que estaba haciendo pesquisas para saber de Mariquita, pues ignoraba su paradero. Volví a dar cuenta de mi comisión, y después de pasar un buen rato a costillas de don Rosendo me regresé para la hacienda; les conté lo ocurrido y de día en día crecía mi amor a aquella niña, que sin demostrármeme esquivada no me correspondía como yo esperaba.

Ya habían transcurrido tres semanas, cuando concluido el paño de sol que las había tenido atareadas, me fui a entregarlo a su dueño; quedó contentísimo, y no sólo me dio las tres onzas restantes sino cuatro pesos más de gala para las bordadoras, diciendo yo entre mí:

—Al que tiene caballo, todos le dan caballo; ahora que no necesita María de nadie

hasta la gratifican, y cuando estaba en la miseria sufriendo mil escaseces, no había quien diera un maravedí, sí no era a costa de que admitiera sus perversas pretensiones y les vendiera su honra; éste es el mundo.

Al pasar por la plaza me acordé de liquidar una cuenta con don Rosendo, que como siempre me trató con muestras de buen amigo, acabamos de arreglar el negocio y haciendo memoria de lo de la apuesta le dije:

—¿Pero adónde tenía usted la cabeza, amigote, que fue a apostar cien pesos sin tener amarrada la baraja o por lo menos conocidas las cartas?

—Hombre, don Alejo —me contestó—, ésa fue una empalmada, se me salió el dinero de la bolsa y se me voló ese pájaro de la mano.

—¿Según eso usted la tenía segura?

—Segurísima, segurísima, si no hubiera sido eso, no me haga usted tan tonto ni aburrido con mi dinero que hubiera apostado así nomás.

—¿Luego contaba usted con la voluntad de ella?

—Lo que es con su voluntad no, porque esa maldita se sabe defender; pero sí con ella que era lo principal del negocio, pues conozco el terreno es camino que tengo andado.

—Me pone usted en confusión, señor don Rosendo, si no me explica ese enigma es capaz de volverme loco.

—Nada tiene eso de extraño, y para satisfacerlo y que no me tenga en opinión de guaje, mire dónde está el misterio, a usted en confianza se lo descubro, y espero que por lo mismo no lo divulgará.

Abrió su armario y puso en mis manos una cajita de madera muy barnizada con estas iniciales en la tapa M. F. C., la abrí y me encontré con unos polvos blancos.

—¿Pero que con esto se ganan voluntades, conocen terrenos, y andan caminos? —exclamé sorprendido.

—Sí, don Alejo, con eso se consigue todo.

—Explíquese, amigo, explíquese porque más y más me está usted entompeando.

—Voy a satisfacerlo pero como antes le he dicho en el seno de la amistad, y confiado en su prudencia.

Tengo relación con don M. F. C., un muchacho que actualmente está acabando de practicar la medicina; hace como seis meses que bajé a México y suscitándose conversación sobre muchachas y amoríos, le conté que aquí teníamos a la monjita que vanidosa diariamente se burlaba de mis ofrecimientos, le di seña de su persona, le dije su nombre y vino en cuenta de que él la había disfrutado en su hacienda más de un año antes; esto me hizo concebir esperanzas de lograr mi capricho, le insté para que me dijera el modo de lograr mi intento, y su contestación fue lo mismo que acabo de hacer con usted, presentarme esa caja diciéndome:

—Ésta es la llave con que se abren las puertas que atranca la virtud; si quiere usted que se la venda, vale cuatro onzas.

—Venga —contesté entregándoselas—, pero deme la receta, cuente el modo de aplicar el remedio y cómo se salió con la suya para disfrutar de esa vanidosilla.

—Muy fácilmente, fui con dos compañeros a pasar vacaciones a mi hacienda donde estaba de administrador el padre de María. Por cuantos medios son posibles intenté conquistarla, hasta que picado de su resistencia no tuve más arbitrio que usar de este narcótico, que por su calidad, condiciones particulares y buenos efectos, es propio para lo que tratamos de hacer.

Es un opio que en la Arabia está muy en uso y no hay musulmán, kadi ni bajá, que no lo consuma por necesidad en sus serrallos; con sólo aspirarlo quemándolo al fuego, o tomarlo con los alimentos, causa efectos muy raros; en corta cantidad ataca directamente el cerebro, y el paciente desde luego pierde absolutamente la memoria entorpeciéndosele las demás potencias, aunque parece a la vista con todos sus sentidos; de manera que dándoselos a aspirar en los baños, los perfumes, y parte en los alimentos, han podido reunir en un serrallo cuantas mujeres han querido, sin que a pesar de ser de varias naciones, condiciones, clases y edades, haya pleitos, ni celos entre ellas mismas, sino que sumisas cual autómatas y al parecer contentas, obedecen ciegas los caprichos de su señor. Y cuando se excede uno en la cantidad, causa una completa insensibilidad y postración.

De esto tratamos en la hacienda la víspera de venimos, narcotizamos la cena, y a buena horita nos brincamos por una ventana, encontrándonos en la cocina con María y sus criadas en disposición de no podérsenos resistir; cada cual se burló de su víctima, y llenos de zozobra esperamos la hora de partir, no quedando tranquilos hasta que bien distantes caminábamos como exhalación para esta capital; en cierta proporción causa idiotismo, y doble la privación; por supuesto en mucha cantidad la muerte. Ya sabe la receta y cuanto deseaba usted, aplíqueselos como le convenga.

—¿Y que no hubo quien castigara ese crimen?

—Eso mismo le pregunté —dijo don Rosendo—, y me contestó riéndose:

—Ya, ya está todo eso satisfecho, el pobre viejo vino aquí con sus once ovejas, a acusarme criminalmente; aunque obtuvo orden para aprisionarme, mi curador consiguió que tuviera yo la ciudad por cárcel. Siguió el negocio, anduvo listo el dinerito entre los escribas y fariseos, hasta que Pilatos me sentenció a pagar con un marco de plata la travesura, reservándose el juzgado lo del hecho criminal para cuando hubiera mejores pruebas con qué proceder en justicia; me hicieron saber la sentencia, firmé de conformidad, y sobre ese asunto no se ha vuelto a formular una letra; ignoro si el padre de esa muchacha apeló o se quedó satisfecho, y por ese lado no tengo nada que temer, pues es un hecho pasado en autoridad de cosa juzgada.

En este supuesto, don Alejo, sabiendo el único modo de conquistar a María, por eso le dije que conocía el terreno, y como ya tengo hechos varios ensayos con algunas inditas y me han dado buenos resultados, le aseguré que es camino que tenía andado; sin que fuera necesaria la voluntad de ella, nada me costaba narcotizar el pan que llevan para su casa, y en último caso sorprenderla y atosigarla valido de la fuerza.

Pero quién sabe cómo el demonio me hizo perder el tiempo, y cuando ocurrió me fui encontrando con las puertas cerradas; y por más pesquisas no he podido hallar quién me dé razón del rumbo que ha tomado, pero tengo capricho en averiguarlo para llevar adelante mi propósito.

—Pero ésa es una felonía, don Rosendo, una vileza muy infame, usar de esos ardides para prostituir a una infeliz mujer.

—No lo niego, pero cuando no se quiere mostrar complaciente, cuando hay algún capricho o se atraviesa una apuesta, no se para uno en los medios.

—Dice usted bien, pero me es extraño su modo de pensar tan vil; me había figurado que era usted un caballero; seguro está usted de que publique sus infamias, y aquí quebramos las tazas, yo no alterno con pícaros de esta especie. Buenas tardes — y me paré a tomar mi sombrero.

—¿Qué es esto, don Alejo, es posible que me niegue su amistad por esta bagatela?

—¡Cómo bagatela! ¿Llama usted bagatela ocurrir a esas maneras infames sólo por satisfacer su vanidad?, conquiste mujeres con buenos hechos, gáneles la voluntad, en fin, ponga en juego otros modos que no sean tan viles.

—Hombre, si estos malditos polvos son causa de que se enoje formalmente, prescindo de ellos; yo le ofrezco no volverlos a usar y no perdamos amistades.

—Corriente —le contesté, agarré la caja y boté los polvos por una ventana esparciéndolos al viento, y como distraídamente me guardé la caja; me dio mil satisfacciones, le ofrecí seguir de amigos como siempre, y encargándome el secreto de lo ocurrido, partí para la hacienda con el corazón despedazado al haber sabido tales revelaciones; bien conocía que Mariquita había sido una víctima, la consideraba inocente, pero no podía hacerme buen estómago que su honra tan vilmente ultrajada estuviera a merced de un necio, que hubiera quedado satisfecha con un marco de plata, y el cómplice vanagloriándose de su obra.

Mil encontrados pensamientos me tenían aturdido, quería a toda costa sellar para siempre la boca de don Rosendo, y cada vez que miraba a María me indignaba más y más contra ese don M. F. C. meditando una venganza competente a su delito.

Mariquita sensible y perspicaz como toda mujer que no es tonta, advirtió mi malestar, se supuso variación en mí, y la pobre no teniéndome confianza, temerosa de entrar en explicaciones, me excusaba su presencia, se metía al jardín y ocultándose en uno de sus rincones lloraba sin cesar hasta desahogar su pena; y ambos estábamos pasando unos días fatales, pues no porque supe su desgracia desmereció un ápice del sincero amor que me inspiró por su hermosura y miseria, creciendo más por lástima de su desgracia, y nutriéndose en mi pecho una sed insaciable de venganza para purificar su inocencia.

Por fin una vez la sorprendí en sus soliloquios del jardín, entramos en explicación y aunque yo sabía bien su desgracia, me fingí ignorante para no avergonzarla; después de algunas excusas frívolas que no me satisfacían, poniéndome serio le dije:

—Lo que yo miro en sustancia, Mariquita, es que usted no está contenta aquí.

—Sí lo estoy, don Alejo —me contestó—, demasiado lo estoy.

—¿Qué no me ama usted como yo la amo, con delirio, con frenesí, con toda la efusión de mi alma?

—Se equivoca usted pues por mi desgracia tengo una alma sensible y soy agradecida.

—¿Pues entonces para qué viene ese llanto, quién es la causa?

—Usted don Alejo, el mucho amor que le tengo y el obstáculo que me impide ser suya.

—¡Obstáculo! ¿Qué tiene usted hecho algún voto?

—Ninguno.

—¿Algún compromiso de antemano?

—Tampoco.

—¿Alguna deformidad o?...

—Nada, nada de eso, pero sí un defecto que me llena de vergüenza el tener que confesarlo, pero no he de engañarlo, porque le amo con delirio, sé muy bien que al descubrirselo voy a aparecer a sus ojos como la mujer más vil y despreciable; quedaré otra vuelta sumergida en la miseria y orfandad; pero todo lo prefiero antes que ser embustera, que abusar de sus bondades ni ocultarle mi desgracia; por último, don Alejo, para corresponder a su singular amor, cuente usted con una alma que con frenesí también lo quiere; deje las cosas en tal estado y no pretenda quitarme esa complacencia, esa ilusión, pero ya que ni aun ese consuelo me es permitido disfrutar porque debo hablarle la verdad, sépalo usted de una vez, no puedo ser su esposa, porque —y haciendo un esfuerzo sobrenatural prosiguió—, porque le puedo presentar una conciencia tranquila, una alma pura, un corazón inocente, pero un cuerpo profanado por un vil, un miserable que valiéndose de los medios más infames, se ha burlado de mí.

Las lágrimas que a raudales salían de sus ojos la hicieron callar.

—Todo lo he sabido ya, María, y esta ingenua confesión que me acaba usted de hacer la purifica ante mis ojos, esas lágrimas lavan tan horrorosa mancha, creo en su inocencia, y no porque sufrió esa desgracia que no estuvo de su mano el evitarla, desmerece usted en lo más mínimo de mi amor, la amo con toda sinceridad, nuestras almas se comprenden, lamento sus penalidades, me aflige demasiado su pesar; pero ni puedo aliviar su pena con lágrimas, ni mucho menos resignarme a lamentarla en secreto; dígame usted que será mi esposa y que mi pasión es correspondida, para que pueda con franqueza satisfacer como se pueda esa injuria, castigar esa afrenta; ya sé muy bien quién es el criminal, yo no me conformo con que lo sentenciaran a pagar un marco de plata, quiero introducirle uno de plomo en el cuerpo o cuatro dedos de hierro, y ya que el cohecho y el soborno hizo calificar su crimen como simple muchachada y travesura, un juego de manos nos pondrá en juicio, si acaso es capaz de parárseme delante y poderme contrarrestar; en suma, María, yo no he de estar

tranquilo mientras ese pillo no pague con su sangre su vil proceder.

—¿Pero si yo que soy la agraviada no exijo venganza, mi conciencia no me acusa de lo más mínimo, de dónde ese empeño en hacer resucitar cosas que ya están por lo vulgar en olvido y por la justicia sentenciadas?; no ve usted don Alejo, que al exponer su persona por vengarme me ha de causar mucha más amargura y doble pesadumbre, por ningún principio quiero que usted se exponga y vaya yo a sufrir otro tormento como el que me tiene atosigando el alma, pues ya van a cumplirse dos años en que ignoro cuál ha sido la suerte de mi padre, quién sabe si víctima también de una traición ha sucumbido, pues de otra manera era imposible que hubiera dejado de volver, o avergonzado de mi desgracia, creyéndome cómplice de tal infamia me ha abandonado a mi propia desventura; ya no tengo cabeza para pensar sobre eso, ya mis lágrimas se agotan, siento partírseme el corazón a pedazos con semejante incertidumbre, y día por día lo he estado esperando en vano. Prescinda usted de sus proyectos, don Alejo, y no acabe de remachar el clavo que me traspasa el alma.

—Ahora más que nunca, María, insisto en mi propósito, pues hay que arreglar con don Manuelito esa otra cuenta, y desgraciado de él si no me satisface de la duda; el que compra a la justicia bien puede pagar asesinos; su padre era su único enemigo, y con facilidad se lo habrán quitado de en medio; el vil que se burla de una mujer, es capaz de hacer callar para siempre la boca de un pobre anciano, quiero descorrer ese velo y que cese en nosotros la incertidumbre.

—Sólo por el principio de que tal vez usted consiga averiguar el paradero de mi padre, quisiera que tomara cartas en este asunto, pero como trata de castigar a ese sujeto no me puedo resolver a admitir su propuesta; yo quisiera también que usted estuviera convencido hasta la evidencia de que soy inocente, pero si todo eso no ha de poderse arreglar más que derramando sangre y exponiéndose usted, prescindo de todo, déjeme retirar a la miserable estancia donde estaba, a llorar en uno de sus tristes rincones mis infortunios como lo he hecho en tanto tiempo, renuncie usted de mí, don Alejo, no se contagie con mi desgracia.

—¿Que renuncie de usted. Mariquita?, más fácil sería que hiciera usted eclipsar ese sol que nos alumbra, desaparecer esos montes y desgajarse los cielos; ya se me puso en la cabeza castigar a ese bicho y no se ha de quedar riendo, voy a meditar mi plan y cuanto antes quedará usted vengada, y averiguado el paradero de su padre, pues mientras no consiga ambas cosas, no vuelvo a presentarme a su presencia; ésta es mi última resolución, así entendiera que pereciera en la demanda; esas manchas se lavan con sangre, María, con la sangre del infame, del traidor o del alevoso; excusado es que trate usted de persuadirme porque no he de desistir.

—Muy bien, don Alejo, muy bien, es usted muy dueño de su capricho, lo considero capaz de hacer lo que se le antoje, pero yo también mando en mi voluntad, soy dueña absoluta de mi corazón, y mi resolución es irrevocable, ¿lo entiende usted?, irrevocable.

—¿Cuál, María, cuál es?

—*Jamás le daré la mano de esposa a un hombre que tenga la suya manchada con sangre humana*; ahora, don Alejo, usted obre como le convenga.

—Pero, Mariquita, con esas solas palabras me desarma, me ata las manos y...

—Discurra usted otro modo, no de vengarme porque no lo exijo, sino de quedar satisfecho de mi inocencia, de indagar el fin de mi desventurado padre, en fin de tranquilizarse a sí mismo, ya que por mi desdicha también lo persigue mi estrella fatal.

—Corrientes, pero infórmeme del acontecimiento para formar mis planes.

En breves palabras me contó los pormenores mismos que supe por don Rosendo, agregando:

—Por no demoramos en la cocina, en cuanto devolvían los platos de la mesa, me puse con las dos criadas a cenar, mi padre se metió a acostar acompañando a los huéspedes, y nosotras poco a poco fuimos narcotizándonos hasta quedar privadas de sentido; casualmente el mayordomo necesitando la llave del cuarto de aperos, entró buscándome al otro día como a las nueve de la mañana, nos encontró tiradas como muertas; se alarmó y providenció que fueran por el facultativo y nos atendieran.

Mi padre fue a encaminar a los caballeritos hasta el sitio en que al pasar la diligencia los recogió; se entretuvo en el campo y no volvió hasta el mediodía; el médico descubrió nuestro mal sin mucha dificultad, pues al estar haciendo las averiguaciones se encontró con indicios muy claros y nos atendió con tino. Hasta las tres de la tarde volví a recobrar el uso de la razón sin acordarme de nada; pero sí conociendo mi desgracia, que hizo más patente este maldecido tumbagón que con las iniciales de su dueño me encontré puesto en un dedo, no dejándome duda alguna del autor de mi deshonra.

Pocos días después, temerosa de fatales consecuencias, le conté a mi padre lo ocurrido, pues el médico prudentemente no quiso divulgar aquello haciendo a todos creer que habíamos padecido un encarbonamiento y nada más. Lleno mi padre de indignación prescindió del destino, recogió un certificado del facultativo y marchó para México a quejarse. No consiguió nada del curador del gracioso Manuelito que con dinero y otras propuestas humillantes quiso aquietarlo, teniendo aquel hecho por una muchachada y pasatiempo de su pupilo; ocurrió a la justicia, gastó algún dinero y al cabo de cuatro meses le hicieron saber la sentencia de que se me indemnizara con un marco de plata; eso me escribió en la última carta que recibí por correo y no he vuelto a tener más noticia. Con ese cuidado marché en su busca. Me entregaron en la casa en que estuvo alojado, su caballo, su ropa, y estaban en igual cuidado. Salió una tarde a dejar al correo la carta susodicha que me dirigió y no volvió a parecer; yo misma anduve tomando informes en la casa de diligencias, en la diputación y en cuantas partes me aconsejaron; gasté cuanto tenía, y por no abandonar a mis tíos, así como con la esperanza de que tal vez lo hubiera hallado en mi casa regresé acompañándome en el camino con unos inditos de Chupio que casualmente me encontré con ellos, unas veces a pie y otras en un burrito llegué al Real, después de

una penosa caminata; como se me fueron agotando los recursos, y de vergüenza huyendo de nuestros conocidos, vinimos a ocultar nuestra miseria a la triste casa de que usted nos ha sacado; referirle mis escaseces y penalidades, es en vano, pues atendida a coser ajeno he sufrido lo que no es decible, y si Dios no me dejara a Pánfila que ha sido mi fiel amiga, mi madre, mi consuelo, y el cuervo que nos ha ministrado el alimento, puedo asegurarle con verdad que hubiéramos perecido de hambre. Esto es cuanto tengo que decirle, ya le confesé que lo amo; no quiera usted por un capricho martirizar más mi adolorido corazón.

—Venga ese anillo, voy a discurrir, calme usted su inquietud, no seré indigno de su mano, y ese gracioso y travieso caballerito llevará su tapaboca.

—¿Pues qué piensa usted hacer?

—Quién sabe, eso dependerá de las circunstancias que acontezcan e ignoro cómo se irá redondeando este negocio; sí le aseguro por nuestro amor que se tranquilice usted porque la tranca que me ha puesto no la puedo brincar.

Me fui al tercer día a ver a mi patrón, y como me dispensaba su confianza, le conté todo sin omitir ningún pormenor, y al saber que mi futura era María D. G. puso una cara de fiesta, preguntando con empeño:

—¿Dónde está esa niña, dónde está?

—Yo la tengo en la hacienda con sus tíos.

—Hombre, no sabe el gusto que tengo; por más indagaciones que he hecho no he podido saber de su paradero, la quiero como si fuera de mi familia, es hija de mi difunto amigo don Fulano.

—¡Cómo! ¿Que ya falleció el padre de María?

—Sí, señor, hace más de un año que tuve esa pesadumbre.

—Pues su hija ignora esa catástrofe.

—No es extraño, pues ese suceso lamentable no dejó de costar mucho trabajo averiguarlo, y si no se atraviesa un negocio de dinero se queda sepultado en el olvido; se lo voy a referir a usted para que vea cómo le dora la píldora a esa pobre criatura, y que en lugar de cuidado por su padre le dirija plegarias.

Aunque yo le tuve a mal a mi amigo su empeño en castigar a ese tunante, no lo pude convencer, el hombre era delicado, tenía justicia, ignoraba qué casta de pájaros son algunos cortesanos, y marchó creyendo en el tecolote; para que no le faltaran recursos le di una libranza abierta para que pidiera a mi corresponsal cuanto quisiera; presentó la letra, tomaron razón en el escritorio, dejó las señas de su habitación, su firma para cuando no pudiera ocurrir personalmente, y dijo que por entonces no necesitaba nada; se guardó el documento en su cartero y no volvió a parecer por allí.

Emprendió el negocio que llevaba; tuvo mil disgustos, sufrió muchos desengaños y remachó el clavo la sentencia y picardías con que le barajaron el negocio; le escribió a su hija la carta que ella menciona en la casa en que estaba alojado, y al echarla al correo se afectó tanto, seguramente pensando en la impresión que iba a causar su noticia, que en ese instante perdió el juicio y no supo volverse, sino que

andando a la aventura, hablando solo, sepa Dios por dónde anduvo. Desde esa tarde hasta las diez de la noche del día siguiente que sorprendido por unos malhechores en el barrio de la Palma, le robaron cuanto tenía, tal vez se defendió y le dieron una porción de cortadas en distintas partes del cuerpo, dejándolo sólo en calzoncillos blancos, hasta las doce que fue encontrado por un cabo del alumbrado que dio parte a la autoridad inmediata, se providenció remitirlo a la diputación de donde desde luego fue enviado al hospital sin que se supiera quién era, cómo se llamaba, ni hubiera quién lo conociera, pues la pérdida de sangre lo tenía privado de todo sentido.

Cuando pudo aliviarse de sus heridas estaba mucho más trastornado su cerebro, y tampoco se pudo averiguar nada de él mismo; probada su demencia, fue trasladado a San Hipólito, en donde a los dos meses falleció, quedándose todo en la mayor oscuridad por entonces.

Mirando que mi amigo dilataba, escribí a mi corresponsal suplicándole que inquiriera noticia, y entonces sólo me contestó que ni en la casa de su alojamiento supieron dársela, pues ignoraban su paradero y estaba en el mayor cuidado su niña por averiguarlo. Quedé lleno de zozobra no sólo por él, sino también por la muchacha, pues no supe cuándo se marchó. Ya habían pasado otros dos meses cuando de buenas a primeras se fue presentando un don Petate en el escritorio demandando quinientos pesos.

Con la libranza que mi amigo cargaba en su cartera, mi corresponsal, que estaba sobre malicia, hizo pasar al sujeto a tomar asiento, mandó a un dependiente contar el dinero; salió a la puerta, gritó a uno de sus criados y me le echaron guante bonitamente.

Entregado aquel pillo a la justicia delató a uno, aquél a otro, y se fue desatando el nudo hasta aclarar la verdad del desgraciado fin de mi buen amigo, que después de muchos pasos pudo descubrir mi encargado; me lo escribió con sus pormenores, y en compendio se lo he referido, sin haber podido decirme de Mariquita más que ya se había regresado para su tierra. Aquí y en muchas partes la he buscado, y si María ha pasado necesidades, ella tiene la culpa por haberse excusado de mí.

—Dispénsela usted señor don Pablo, pero avergonzada por el suceso que tal vez se hizo vulgar, ha huido de sus conocimientos y relaciones.

—En cuanto a eso puede estar tranquila, porque le aseguro que sólo a mí me confió su padre ese secreto; en fin sea lo que fuere, le doy a usted la enhorabuena y aplaudo su elección; cuente conmigo y con mi bolsa, ¿qué más desea?

—Que me dé usted permiso para ir a México a poner en planta este proyecto y arreglar ese negocio.

Le descubrí mi plan, me ayudó a desarrollarlo y se fue a estar en su hacienda mientras yo volvía.

Me reservé dar a María la noticia de la muerte de su padre; dispuse mi viaje acompañado del caporal que era hombre de secreto a la vez que de buena canilla; partí para la hacienda de mi travieso Manuelito; el arrendatario de ella me dio cuantos

informes quise tomar, y con ellos, tomando asientos en la diligencia, violentamos nuestra marcha.

Llegamos a la capital un viernes; el sábado lo anduve pastoreando, y por un catrincillo de quien no se despegaba supe que de sus dos cómplices de muchachadas, uno había muerto y el otro estaba en Veracruz en el cuerpo de ambulancia.

El domingo no lo perdí de vista siguiéndole los pasos hasta cerca de las ocho de la noche que salimos del teatro de Santa-Ana, y nos fuimos al café del Coliseo Viejo; él, acompañado de otros tres leoncitos, y yo de mi viejo caporal. Por fin, cuando acabaron unos de tomar café, y otros chocolate pidieron un ajedrez y se rodearon varios curiosos, y yo entre ellos pensando el cómo y haciendo hora de darle un jaque a mi modo. Por fin, cerca de las diez se fastidió de jugar, y otro de los compañeros siguió por él; entonces, dándole un toquecito al hombro, le dije:

—Dispense usted, caballerito, ¿es usted por ventura don Manuel F. C.? Vengo de la hacienda, y don Hermenegildo me hizo un encargo para usted.

Al escuchar el nombre de su arrendatario puso un semblante muy alegre; se paró restregándose las manos preguntándome:

—¿Alguna libranza, no es así?

—Precisamente, lo he buscado en su casa varias veces y como trato de volverme muy pronto usted me dispense si en este sitio lo he molestado y quitado de su diversión.

—¿Y cómo está don Hermenegildo, siempre tan robusto y...?

—Si, señor, echando panza, no pasa día por él, y cada vez más gordo —y buscándome en las bolsas exclamé:

—¡Qué bestia soy!, ya se ve, coma me mudé chaqueta tan de prisa, allá me dejé en el cuarto la cartera.

—¿En qué parte?

—Aquí no más, caballerito, en la casa de diligencias, si usted tiene la bondad de acompañarme de una vez dejaremos arreglado este negocio y no perderé la oportunidad de marcharme mañana.

—No hay inconveniente, vamos; ya vuelvo, chicos.

—¿Pues adónde vas? —preguntó el que estaba de mirón.

—No dilato, ya vuelvo.

—Gana que excuses decirlo —replicó otro—, ya escucho no sé qué cosas de librancitas que te trae este jarocho.

—Anda —agregó el tercero—, que ya sabes que cuentas con nosotros hasta el último medio, ¿eh?

—Se despidió, y tomando mi brazo como si fuéramos amigos viejos, nos dirigimos para mi alojamiento, tijereteando a don Hermenegildo porque escaseaba las letras.

A una leve indicación nos tomó el caporal la delantera, y cuando llegamos ya estaba el cuarto abierto, la luz encendida, y él parado de centinela. Lo estuve

enchinchando largo rato; se promovió conversación sobre la comedia de en la tarde; me hice el tonto de que no la había comprendido y se puso a relatármela con sus pelos y sus lanas. Pedí unas copas de coñac que se las absorbía sin gesto, y algún tanto alegroñito me empezó a referir sus conquistas y yo dándole cuerda de cuando en cuando lo hice pasar el tiempo, hasta que mirando su reloj me dijo:

—Ya es muy tarde, pida usted por ahí un tintero para ponerle el recibo, y siento mucho que se regrese tan pronto porque me ha simpatizado usted y...

—Creo que no es necesario el tintero, pues las libranzas previo el reconocimiento de la firma, son pagaderas a la vista.

—¡Cómo!, ¿no es una sola? —dijo con alegría.

—Dos, don Manuelito, dos, y porque no entendiera usted que soy exigente me había demorado en presentárselas.

—Entonces no son para mí, porque no tengo quien gire en mi contra.

—Quién sabe, una sirve de carta de aviso para el reconocimiento de la principal, que identificada tendrá todo su valor y fuerza; pero antes de entrar en más explicaciones dígame, ¿conoce usted esa cajita, y sabe qué quieren decir esas iniciales?

—Ja, ja, ja, ahora me sale usted con esa empanada; esa cajita se la vendí a don Rosendo en cuatro onzas con un específico particular, y usted tal vez quiere que también le venda y...

—Precisamente, pero creo que estas letras dicen cómo se llama ese remedio, pero yo no las comprendo.

—Ja, ja, ja, con razón nos llaman imbéciles, bárbaros, etc., si todos los fuereños están por conquistar; esta caja me servía para guardar chacharitas y para darle valor a eso que usted llama remedio, me deshice de ella y esas letras no son más que las iniciales de mi nombre y apellido M. F. C.

—Ja, ja, ja. Es verdad, hasta ahora reparo.

—No es extraño, si siempre están ustedes reparando, disimule la confianza.

—¡Vaya un chiste! Tú serás grandísimo pillo el que de veras repares —decía yo entre mí haciéndome guaje.

—¿Ésa es por ventura una de las libranzas?, se la respaldaré, pues aunque tengo una cuentecita con don Rosendo, no me da la gana por ahora pagársela.

—Esta caja, señor —le dije con serenidad—, es el anuncio que le indiqué para el reconocimiento del documento principal; basta ya de charla, a lo que vengo vengo; ¿conoce usted este tumbagón?, tiene las mismas iniciales y no me podrá negar ya que son las de su nombre y apellido, y metiéndole la mano hasta los ojos le arrimé bien la vela.

—Ésa es otra que mejor baila —me contestó reconociendo su anillo—, ése es negocio que ya ni se platica, ya está juzgado y sentenciado, y si lo hace usted por reclamar el marco de plata, ocurra usted al juzgado donde se debe conservar depositado, pues lo que es a mí me lo hicieron escupir.

—Pues ya que escupió, es necesario que trague, no soy muy material y me conformo con que sin gesto se tome este par de píldoras que apenas pesan dos onzas —y saqué de las bolsas de mi pantalón mis pistolas—; ahora creo que conocerá que esta libranza es pagadera a la vista, a donde dé voces o trate de armar mitotito, mire, con qué lo despacho —y también saqué mi puñal de la chaqueta.

—Pero, hombre, esto es un asalto, un...

—Chist, chist, punto en boca; y ya que tanto le he simpatizado no tema una traición; don Chema, vaya usted a tomar tres boletos de la diligencia del interior; volvió el caporal diciendo:

—Ya están tomando todos los asientos.

—Pues que nos preparen un carruaje cualquiera, un carricoche, un guayín o demonios, y que marche una hora antes que la línea.

—Señor, cuesta ciento diez y ocho pesos hasta la villa.

—Corrientes, páguelos usted y de paso pida la cena y encargue que nos despierten.

—¿Pero qué piensa hacer? —se atrevió a decir don Manuelito muy azorado.

—Si le dijera mis pensamientos, usted temblaría de pies a cabeza, grandísimo pillo, bastante tiempo nos quedará por ahí para platicar, y entre tanto, no cacaraquee porque me hará creer que es gallina.

Llegó el criado con la cena; el caporal la recibió en la puerta, puso la mesa, y no hubo modo de que pudiera hacer alguna seña a otra persona del conflicto en que se hallaba.

—Arrímese, caballerito, no se dé a la pena, los duelos con pan son menos, y para todos hay como no arrebatan.

—Gracias —me contestó dándome la espalda.

—Peor para usted y que le haga buen provecho.

Acabé pronto; el caporal se llevó los trastes. Cuando volvió cerramos nuestra puerta, uno paseándose, y otro sentado enfrente de mi aturdido amiguito, esperábamos las tres de la mañana. Trató de querérsese resistir; pero le di un agarrón a tan buen tiempo de la corbata que cabresteando muy aprisita bajamos al patio, montamos en el carrito de postas y sin darle tiempo para gritar, pues al salir de la casa quiso hacerlo, marchamos como exhalación sin que nadie chistara una palabra. En la segunda remuda nos desayunamos, y mediante una galita al cochero conseguí que desviándose del camino nos condujera al pie de un encinal; allí nos apeamos; me interné con mi amigote hasta el sitio que me pareció a propósito y le dije:

—Señor don M. F. C., aquí sin que nadie nos escuche podemos hablar con franqueza; al mirarle barbas en la cara creo que es hombre, y por lo mismo espero que no se excusará de tomar cualquiera de esas armas para que nos rajemos el alma; ésta es la libranza, pague o respáldemela, y puse junto a él mis pistolas y dos puñales.

—Ésta es una traición, me ha sorprendido usted y no vengo prevenido.

—¿Traición dice usted, miserable, pues qué otra cosa hizo usted para burlarse de

una niña honrada, sino traidoramente narcotizarla?, se juzga sorprendido el sorprendedor; yo le he echado el guante cara a cara, y si el miedo lo obligó a no chistar, usted es más vil al sorprender un cuerpo falto de sentidos que no le podía hacer resistencia; dice que no viene prevenido, pues porque no ponga ese pretexto he puesto esas armas a sus pies, empuñe las que guste, todas si usted quiere, que para vengar la ofensa con mis puños me basta.

—¿Pero no le he dicho que ése es asunto terminado, por qué trata de resucitar cosas olvidadas?

—Porque esa clase de delitos no se olvidan nunca, y si en lo judicial es negocio concluido, aún quedaba por arreglar lo personal, yo vengo por esa niña a escarmentar al pícaro, al traidor, al alevoso; en suma, al sinvergüenza que ha violado su virginidad valiéndose de los medios más inicuos, y que es tan poco hombre, que divulga sus crímenes como por vanagloria, y no contento con eso, vende a peso de oro su específico, para que otro tan pillo como él practique sus infamias; este anillo que dejó en un dedo de su víctima para que diera testimonio, también lo acusa, y esa mancha arrojada por un capricho a una mujer de honor, sólo se lava con la sangre del miserable criminal; pero estamos perdiendo el tiempo, uno de los dos está de más en este sitio, tome las armas y acabemos tan odiosa conversación, y se las acerqué con la punta del pie.

Aquel bribón no se atrevía ni a mirarme, aterrado, descolorido y más muerto que vivo temblaba como azogado; aguantó cuanto insulto se me vino a la boca; lo provoqué de cuantos modos me sugirió mi cólera, y me vi tentado de matarlo como a un perro; pero la última resolución de María me contenía, y no hallando cómo terminar aquello, le tomé un brazo lleno de rabia diciéndole:

—En resumidas cuentas, grandísimo cobarde, o le va usted a dar sus excusas a esa niña como yo se lo mande, o tomo la satisfacción por mi mano asesinándolo por collón —y tomé uno de los puñales.

—Se las daré, se las daré —me respondió con balbuciente voz, deteniéndome el brazo que había alzado para amagarlo.

—Pues marche por ahí, y prosigamos nuestro camino, y a la menor resistencia que haga a lo que le ordene lo despacho sin más hablar.

Recogí las armas, montamos y continuamos nuestra viajata. Poco a poco fue volviendo en sí de su confusión, y en conversaciones indiferentes que promoví para darle ánimo, entretuvimos el tiempo. No dejaba de darme coraje gastar más de ciento cincuenta pesos por sólo llevar a pasear a aquel pillo, sin haberle dado más que unos cuantos estrujones, escupirle la cara, y decirle mil majaderías; pero a la menor indicación me ofreció pagarlos, creyendo que con ser franco aquietaba mi cólera, por lo que luego que llegamos a la villa me dio una orden para que don Hermenegildo me pagara el dinero. Recogimos nuestros caballos, compré un charchina para mi caro amigo, y esa misma tarde mandé al caporal con una carta para don Pablo, suplicándole que con María y Pánfila, estuviera a las doce del día siguiente en el

rancho de las Trojes. Otro papelito también puse a don Rosendo diciéndole:

—«Si quiere asegurar un dinerito que anda volando, haga por estar en el rancho de las Trojes mañana a las doce; soy de usted su amigo, etcétera.»

Muy de madrugada marché con mi señor don Manuel, que estaba retratable, montado en un caballito abadanado, con las piernas encogidas, el pantalón arremangado en las corvas, porque se le reventaron las pealeras, el frac muy abrochadito con sus puntas de gallardete azotando la anca de su rocinante, el sorbete sumido hasta los ojos, porque la melena continuamente se lo aflojaba, sus guantes color de paja, un bejuquito de ballena por cuarta, tiritando de frío, y botando sobre la silla como pelota a cada trote del cuatatán. Poco antes de llegar nos encontró el caporal, me dio una razón y le dije:

—Véngase con este bicho, y si se le atranca por ahí échelo a dormir y me trae las orejas.

Metí espuelas y me adelanté; dispuse mi plan y me situé en el zaguán del rancho, dejando a don Pablo y las muchachas sentadas al pie de un fresno del patio. Llegó a poco don Rosendo lleno de curiosidad preguntándome:

—¿Qué dinero es ese que me dice aquí que anda volando?

—Me equivoqué, amigo, viene a caballo, mírelo llegar y por cierto que causa risa su facha; si no es usted guaje, en cuanto acabe yo de terminar el negocio para que lo traje y que quiero que usted lo presencie, tómeme la delantera y sáquele una orden de arraigo hasta que le pague, o una ordencita como ésta para su arrendatario; en fin usted sabe lo que hace, yo nomás aconsejo.

—Gracias, don Alejo, gracias, eso haré, porque ese bribón es un estafador como podré probárselo.

Llegó a poco el traviesillo, se quedó el caporal teniendo los caballos, abrí de par en par la puerta del zaguán y se quedaron don Rosendo y él muy sorprendidos de ver allí a Mariquita que parándose avanzó un poco hacia nosotros. Entonces tomándole un brazo le dije con voz imponente:

—Desde aquí hasta donde está esa señorita, de rodillas —y acompañé la orden con un fuerte estirón para abajo; de un manazo le aventé el sorbete hasta el rincón, y como quien lleva un niño que se está enseñando a andar, lo hice atravesar cosa de catorce o dieciséis varas de patio; así que estuvimos frente a María, ella fue la primera en hablar diciendo:

—Diga usted infame, ¿cuándo, cómo, o adónde le di nunca oídos a sus locas pretensiones, ni mucho menos motivo para que hubiera sido tan vil?, ¿ése es acaso el modo de conducirse de la gente decente?

—No, señorita; perdone si en un momento de exaltación, indignado por su indiferencia y mal aconsejado por mis compañeros, me atreví a...

—Basta —exclamé— retírese niña, y así que se reunió con Pánfila le dije:

—*Bese usted esas huellas, caballero, antes de que lo estrangule.*

—Eso ya es mucho —replicó tratando de pararse, pero afianzándole el pescuezo y

poniéndole la boca en tierra, proseguí lleno de cólera diciendo:

—Bórrela con el hocico, miserable, y si sobre este asunto vuelve a hablar una palabra, yo lo enmudeceré para siempre.

Le refregué la cara en el suelo y dándole un aventón a la vez que un puntapié grité:

—Lárguese antes de que lo desbarate a patadas; caporal, dele su caballo, acompañelo hasta la villa y vuélvase para la hacienda.

—Señor don Rosendo, a la persona que hable del suceso que usted no ignora y ha visto aquí corregir, no con la boca sino con su sangre refregaré el suelo. Esta señorita va a ser mi esposa, y espero que usted será el primero en guardarle todas las consideraciones que merece por sus virtudes.

—Sí, amigo don Alejo —me respondió medio azorado—, y también soy el primero en darles a los dos la enhorabuena.

—Pues suelte el hilo a su retinto y váyase a asegurar su dinerito que va como alma que se lleva el diablo. Mírelo correr a escape, pues si de esta hecha no le da mal de corazón o un tabardillo, de sinvergüenza se pasa.

Tomé la caja de los susodichos polvos y en su presencia la hice pedazos lo mismo que el anillo y el bejuquito que dejó olvidado. Lo hice que me trajera una gran matatena; eché todo en el sorbete que entre los dos nos llevamos para el pozo, y soltándolo dije:

—Los indicios que pueden difamar el honor de una mujer, deben sepultarse en la profundidad para que se vuelvan nada.

—María, estoy satisfecho de su inocencia, reclamo su palabra; ésta es mi mano y no está manchada con sangre humana.

—Y ésta es la mía, don Alejo —me contestó con entusiasmo.

—Y yo los bendigo —dijo Pánfila—, porque veo logrados mis intentos.

Don Rosendo partió resuelto a guardar silencio, mientras nosotros almorzamos algunas provisiones que Pánfila llevó. Les estuve contando los pormenores de mi expedición y hasta que no bajó el sol partimos para la hacienda.

Al mes después de esta ocurrencia, María era mi esposa; un año después murió mi patrón; el albacea tenía empeño en colocar a un pariente suyo en mi destino; no le faltó pretexto con qué disgustarme; me separé yéndome a radicar a mi antiguo rancho de las Mesas en donde como ustedes saben puse una Ventecita; en ella iban a parar caballitos y otros comerciantes de la rama: les compraba yo tabaco que mandaba labrar y tenía de ese artículo una bonita utilidad; de repente dejaron de venir, y por no perder a mis marchantes emprendí un viajecito con tres mulas; entablé en el camino relación con Pepe y ya seguimos con más elementos; nos juntamos con Chepe y Tacho que formaban compañía; después se nos reunió el Tapatío, hasta que nos propusimos hacer nuestra sociedad.

El nombre de Acambareño, me lo pusieron los cosecheros para distinguirme de los charros del Bajío.

Panfila al fin vino a ser mi cuñada pues casó con uno de mis hermanos, y ha salido hasta cuatera.

Mi otro hermano también es casado. Todos vivimos en familia con mi anciana madre y a pesar de ser nuestras mujeres paridoras y que contamos diecinueve cabezas de chico y grande, sin incluir los toros padres ni crías al pie, sólo tenemos dos hombrecitos, que son los chipilitos. Yo me he dedicado al camino, uno a la venta, y otro a las labores; esto es en resumen lo que puedo contarles de los sucesos más notables de mi vida.

Capítulo XX

Muerte de Clarita. El escarmiento del Cascabel

Al regresar a sus casas Pepe y Astucia, iban derechos a la casa del primero, y si no se encontraban el uno con su familia y el otro con su padre, se seguían de frente hasta el rancho de las Anonas, pues don Juan Cabello sólo yendo y viniendo con Clarita pudo conciliar no separarse de ella y medio cuidar de los intereses de ambos.

Llegaron esa vez al rancho de Pepe y les dijeron que hacía más de tres semanas que se habían ido para Tierra Caliente porque la niña se había puesto muy mala, y el señor don Juan mirando la escasez de recursos de allí, se la llevó en una camilla para su casa.

—Malo —dijo Pepe—, ya sucedió lo que tanto he temido, hermano, tal vez a la hora de ésta está esa pobre mártir gozando de Dios; yo no sé qué me dio al despedirme de ella, he tenido desde entonces unos días fatales, un continuo sobresalto y nada ha sido capaz de distraer mis tétricos pensamientos.

Marchemos de frente, Lencho, no nos detengamos, yo no tengo un instante de quietud, más y más me aniquila este cuidado.

En vano procuró Astucia decirle cuantas palabras consoladoras le ocurrieron y distraerlo con otras cosas en el camino que hicieron a media rienda; su pena se aumentaba cada vez que avanzaban al desengaño, y un incidente de los que siempre acontecen como fatales mensajeros de la desgracia, vino a confirmar sus temores, a destrozar de una vez su ulcerado corazón.

Al atravesar por la plaza de Jungapeo notó Astucia luego luego, al costado de la iglesia, fabricado un sepulcro nuevo, y a pesar de la oscuridad que empezaba a ocultar los objetos, Pepe volteó la cara con avidez y le llamó la atención la blancura de aquel monumento. Sentó su caballo; se apeó violentamente y cuando Astucia trató de contenerlo, salvó de un brinco la bardita del cementerio y se precipitó para aquel sitio. No podía ver la inscripción; hizo luz con la piedra y el eslabón y por fin, logró leer con mucho trabajo: *Doña Clara M. de López, falleció en tantos de tantos de 18... Mártir resignada: descansa en paz en la mansión de los bienaventurados.*

—¡Lencho, Lencho! —gritó lleno de sorpresa dudando de lo que había visto.

—¿Qué te sucede, Pepe? —respondió Astucia acercándosele.

—Lee esos letreros, hermano, creo que mi acalorada mente se engaña, y que mis ojos se equivocan; siento una opresión en el pecho que no me deja respirar, el corazón se me destroza; no sé lo que me pasa, un nudo que siento en la garganta no me deja hablar, yo me sofoco, Lorenzo, déjame reclinar en este túmulo.

Astucia lo dejó recargar contra el sepulcro, en un instante leyó los letreros y se quedó también petrificado.

—¿Ninguna duda te queda ya de mi desgracia? —prosiguió diciendo Pepe, después de un gran rato en que ambos guardaron silencio.

—Ninguna —le contestó—, démosle gracias a Dios porque la ha quitado de tanto padecer, y espero de su divina gracia que ha de estar su alma en la eterna gloria. Si estas consideraciones, hermano, no te consuelan algún tanto, pídele a su Majestad que te dé alientos y resignación para resistir tan grande pena, y entre tanto haz lo que yo, Pepe, riega con tus lágrimas este santo sitio y desahoga tu corazón; ya no me puedo contener, tu pesar es también mío —y estrechándolo frenético lloró como un chiquillo.

Su ejemplo hizo volver a Pepe de su estupor, todo se enterneció con un poderoso esfuerzo, exhaló un suspiro de su comprimido pecho, acompañado de un ¡ay! muy lastimero diciéndole:

—Dices bien, hermano, Dios ha de haber premiado su martirio, y ya está en el cielo; lloremos su pérdida.

Aparecieron sus lágrimas y un gran rato estuvieron vertiéndolas a competencia; después como un loco prorrumpió en tristes lamentos, y no con poco trabajo logró Lorenzo desprenderlo de aquel lugar solitario. Continuaron su marcha clavo a clavo, y cuando estuvieron fuera de la población dio Pepe rienda suelta a su pena; lo dejó gritar y hacer cuanto quiso, y después con serias reflexiones, fue aquietándolo y haciéndolo ir entrando en conformidad; llegaron a su casa a las ocho y para colmo de su pesar, se encontraron a la familia rezando la estación de las ánimas; esto renovó su pena, se arrojó Pepe en los brazos de don Juan; Enrique arrancó al encuentro de su padre, le abrazó las piernas y anegado en llanto le decía:

—Ya se murió mi mamá, ya nos dejó solitos.

Ana, Ángel, Lencho y todos los de la casa lloraban. Aquella escena muda habló mucho más allá de cuanto puede expresarse para descifrar un sentimiento, pues sin que ninguno dijera una palabra, todos unos a otros se comprendían; por último, el bálsamo consolador de la oración que don Juan no quiso dejar cortada, algún tanto los consoló; pudo Pepe escucharlo, y en fuerza de las razones persuasivas que su cariño le sugería, logró hacerlo irse conformando con su viudez. Don Juan contó en breves palabras los pormenores del suceso y cómo, con la mayor resignación después de recibir todos los auxilios espirituales había expirado, y los pasos y disposiciones de su entierro. Al otro día se presentó Pepe con su hijito de la mano en la pieza del anciano que estaba con Astucia, y le dijo:

—Señor don Juan, no tengo ya en este mundo más prenda que me ligue que este niño; es mi único tesoro; un pedazo de mi corazón; a su amor paternal lo confío; usted será su padre; en sus manos se lo entrego; voy a realizar mis cortos intereses, para que tenga para los gastos de su educación y que tal vez alcance para establecerlo; por vida de Lorenzo a quien doy el nombre de hermano, le pido que acepte esta carga, padre amado, y le puso a Enrique sobre las piernas después de haberlo alzado por alto y llenándolo de tiernas caricias.

—Con mucho gusto, don Pepe —respondió don Juan apretando al chiquillo entre sus brazos—; amor con amor se paga; yo cuidaré de su hijo, y haga usted lo mismo con el mío; también se lo entrego y es todo mi querer.

Pepe abrazó a Lorenzo con entusiasmo, a tiempo que su padre repetía mil caricias a Enrique, que con la inocencia propia de su edad se las correspondía.

Al tercer día se retiraron cortando camino por Porúa, y como ya Pepe se esperaba este suceso, pronto se deshizo de su rancho, formalizando trato con una persona con quien estaba apalabrado, de manera que al reunirse para su viaje con los compañeros, ya todo lo había vendido, y le entregó a don Juan cuatro mil y pico de pesos, dándole en cada viaje cuanto tenía de utilidades, sin tener ya más casa ni familia que la de Astucia.

Como todos los Hermanos de la Hoja guardaban la más perfecta armonía, Clarita fue generalmente sentida, y Pepe compadecido y consolado por todos, que se empeñaban en distraerlo, siendo más que nunca de Lorenzo su inseparable compañero, sombra, y más que ninguno, su más decidido custodio.

Como no sólo tenían enemigos por el rumbo en que habilitaban su carga, sino por todas partes donde traficaban, era indispensable mantener su contra-resguardo en toda la línea y puntos que les parecía necesario, por lo que sus lances eran en distintos lugares y con toda clase de sabuesos, habiéndose hecho muy singular, el ocurrido en la Estanzuela con uno de tantos seres degradados que en toda su vida no salen de la miserable ocupación de delatores, sin aspirar jamás a buscar la subsistencia de otra manera que no sea esa que sólo ellos pueden desempeñar con descaro.

De éstos era un tal Aimarás, alias el *Cascabel*, por hablador, quien por sus buenos servicios y fidelidad, llegó a ser el comandante del resguardo de Maravatío el grande, y como todos los de su calaña, era fanfarrón y muy atrevido con los infelices que no le podían hacer resistencia, y perseguía de muerte a toda clase de contrabandistas de segundo orden abajo, haciendo muy en breve su fortuna, a costa de cuantos pobres caían en sus manos; pero vil y cobarde hasta lo infinito con aquellos que podían contrarrestarle; éste mismo fue nada menos el que con tanta felonía denunció a Lencho el Aguardentero, cuando confiado en su palabra, le decomisaron toda su carga, padeció más de un mes en la cárcel y fue la causa de que mirándose arruinado ingresara a la sociedad de los Hermanos de la Hoja, inducido por Alejo, en el huizachal de Jaripeo el grande. Como ya no volvió Lorenzo a aparecer por allí, sino a transitar diverso camino y con el sobrenombre de Astucia comerciando en la rama, llegó al fin a tranquilizarse el Cascabel, que algunos días estuvo lleno de cuidado, temeroso de su justa venganza, y después teniendo una fuerza a sus órdenes se desvanecieron completamente sus temores. Astucia, que conocía bien quién era ese bicho, jamás quiso tener con aquel hombre ninguna relación, le puso su *espejo*, colocó *cardillos* y estaban listos los *galgos* y *telégrafos*, por lo que no podía aquel bribón hacerles una mala partida, y dos o tres veces que se atrevió a entrar en tierra vedada, pagó bien caro su arrojo, por lo que escarmentado sólo se limitaba a rondar

por determinadas partes sin alejarse mucho, dejándoles libre el paso a los charros que con entera confianza por allí transitaban, procurando en vano ver si podía sacar de ellos algún partido y venderles su silencio; así que no pudo lograr su objeto, valiéndose de recados por segundas o terceras personas, que fueron contestados con desprecio, quiso intimidarlos con bravatas y terribles amenazas, las que también fueron correspondidas con expresiones más picantes, llegando las cosas hasta el extremo de que remitió un papel que decía:

«Señor Astucia, sólo por fanfarrón y malcriado, tengo empeño en escarmentarlo y no he de dejar de perseguirlo, hasta que lo vea colgado en el palo de la Loba, donde estuvo el capitán Cuitlacoche.»

Por contestación tomó Astucia el papel, lo ensució con una buñiga y se lo devolvió al enviado diciendo:

Dile al Cascabel, que ahí le devuelvo su carta con marmaja, y que si en el palo de la Loba colgaron los gachupines al capitán Cuitlacoche porque fue un valiente que defendía la independencia de su patria, allí mismo le mandaré dar una ortigada en las nalgas, para que se le quite lo clueco de haber pertenecido sus mayores al imperio de Iturbide.

Quedó la cosa en tal estado sirviendo siempre este incidente de estar sobre aviso.

El Cascabel no perdía tiempo, y aprovechando la coyuntura de estar en Maravatio el visitador, engrosó su fuerza con la escolta que éste llevaba, y a la cabeza de treinta hombres bien montados dejó pasar a los charros del Interior, para sólo habérselas con Astucia; bien informado de que traía poca gente se fue a situar al puente de la hacienda de los Molinos de Caballero, previo aviso que le dio una piucilla que tenía en aquella ranchería.

A las diez de la mañana estaban Astucia y sus hermanos en unión de otros amigos, almorzando muy quitados de la pena en la venta del rancho de las Viudas, perteneciente a la hacienda de la Torre, cuando fue llegando muy llena de sobresalto Nacha la Catalana, uno de sus más exactos telégrafos que comerciaba con ellos.

—¿Qué sucede, jefecito? —exclamó dirigiéndose a Astucia limpiándose el sudor que a chorros corría por su frente—: ¿Que no ha llegado Lugarda la Angaripola con la noticia que le mandé?

—No, mi vida, siéntate y almuerza.

—¿Qué almuerza ni qué demonios, acabo de dejar en el puente al Cascabel con una punta de bandidos, seguramente le echaron guante a esa aturdida, yo me vine rodeando por el rancho de Jesús, y me le hice reloj a Vicente Né, que está de espía con cuatro hombres en la esquina del potrero del Garabato.

—Pues entonces ni a cuidado llega, descansa, mi alma, y echa un trago de catalán, ya que por eso te llaman la Catalana.

—¿Pero si mientras avanzan o?...

—¿De cuándo acá estás tan cobarde, mujer? Sólo por eso, tú le has de azotar las nalgas a ese bicho.

—Mira, Pepe, manda a algunos que vayan andando por la angostura y su suban al cerrito del Huizache para que si tratan de retirarse, les cierren la puerta de la pulquería y en el potrero retozaremos tantito.

—Conmigo basta —dijo Alejo el Charro—, pero dime, Nacha, ¿que anoche se vino a quedar el Cascabel con tu tocaya la *Loba de Rabia*? Porque nadie me quita de la cabeza que esa maldita, como es su querida, nos está vendiendo; ayer vio pasar al amigo Brito que va con sus cargas para el Interior, y como siempre andamos arrebiatados le dio de codo.

—Eso es, dijo Chepe Botas, y como le prestamos el caballo Tápalo que por aquí es tan conocido, luego que lo vio esa chinguiñosa dio la cantada.

—No cabe duda, agregó la Catalana, porque muy de mañanita me fue a comprar puros con un peso duro, y seguro está que hayan sido para ella, pero si averiguo la verdad, yo le echaré su tlancualillo, y le he de cargar el matado hasta correrla de la ranchería.

—Andando que el sol se mete —exclamó Alejo—, ojalá y tengamos fandango porque ya tengo ganas de divertirme. Registró su canana, alistó su carabina, pegó un brinco a su caballo, y soltando para atrás su lanza dijo lleno de cólera:

—Es mucho descaro venimos a provocar en nuestros comederos; hasta luego —y partió a media rienda. Con bastante calma acabaron de almorzar; le dio Astucia su cargada de Catalán a Nacha para alegrarla, y luego presentándole una calzonera, una cotona y un sombrero le dijo:

—Ponte esos trapos.

—¿Para qué, mi jefe?

—Para que tú seas el coyote que espante esa parvada de gallinas; mira, Chango, a ver como le habilitas el caballo *Pisaflores* de Chepe a esta muchacha: pide por ahí prestado un cacastle y tráete la lanza del atajador.

—Pero, mi jefe, replicó Nacha, ¿y si me van a pegar esos indinos un pelotazo?

—Tal día hará un año, y adonde empieces con miedos, la verdad la verdad, no cuentes con nosotros; además que yo te voy acompañando y no te he de dejar en la pelaza.

—Pues si usted me acompaña, mi jefe, vengan esos cueros ¡caramba!, que donde pintan los Hermanos de la Hoja nadie borra; quiero mejor un tiro, que no que ustedes me desprecien. ¡Viva Dios que es lo primero, y el diablo que me dé su ayuda! —y llena de entusiasmo se metió a la cocina, se fajó su rebozo en la cintura y con su cotona plateada y sombrero de medio lado, salió dando de taconazos, riéndose de su figura, y haciendo a todos prorrumpir en estrepitosas carcajadas, pues aunque era de un cuerpo regular y de bonitas facciones, le sobraba una cuarta de cotona, otro tanto de calzoneras, y la cara se le perdía con el sombrero. Después que pasó la bulla se montó en el *Pisaflores*, recibió algunas lecciones del modo de tomar la lanza; le dio una paseada a su caballo haciendo el según y como, y con el arma presentada para hacer más visible la banderola azul, le echaron por delante, yendo tras de ella a una

regular distancia, Astucia, Tacho, el Chango con su clarín, y los tres amigos que los acompañaron a almorzar, que llenos de curiosidad quisieron presenciar aquel lance. Pepe con los demás venían un poco más retirados custodiando los hatajos, así que estuvieron bastante cerca de Vicente Né, que con sus cuatro compañeros lleno de zozobra sacaba tamaños ojos, contuvo Nacha su caballo.

—¿Y ahora qué hago, mi jefe? —preguntó—, allí en el recodito están cinco pollonas.

—Repégate a la cerca, suéltale el hilo a tu caballo, les gritas como coyote, vete al galope porque precisa hacerlos pasar para la Estanzuela; Tacho, vete con estos señores a pasar por el rancho de Jesús para que no se corten por ahí, que yo me voy tras esta muchacha para cuidarla y tomar el puente —y arriscándose el sombrero empuñó su carabina, pegó un fuerte silbido a la vez que con voz aterradora gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Vivan los charros! ¡Atrás canalla! —y disparó su arma al grupo de los avanzados; el silbido, el grito y la bala que pasó clareando la falda del sombrero de uno de los de Vicente Né, les infundió tal pavor que volteando caras destaparon para el puente azotando a sus caballos, queriendo en aquel instante tener alas, gritando:

—¡Ahí vienen, ahí vienen!

—¿Cuántos son? —preguntó el Cascabel a su segundo Né, con cara cadavérica, repicándole los coscojos de las espuelas por el temblor de las piernas.

—¡Un titipuche, un titipuche! —le respondió.

—Pues aquí estamos mal, nos hacemos bolas, es capaz que nos fusilen en montón —y mirando para todos lados dijo:

—Nos pasaremos al otro lado del puente para tener parapeto, marchen, marchen.

Apenas empezaron a atravesarlo, cuando le dijo Astucia a Nacha:

—Ahora es tiempo, grítales y no te pares hasta el puente. —A pesar de ser ella marota, dio tal arranque el Pisaflores que no pudo menos de agarrarse de la cabeza de la silla y tirar la lanza gritando:

—Uauu, uauu, uauu —mientras que Astucia descargando de nuevo su carabina siguió con sus pistolas y les gritaba:

—Cuxila, cuxila, cuxila. —Fue tanto el pavor del Cascabel y los suyos, que corrían en desorden de uno a otro lado; abandonándole a Nacha el puente, su primer pensamiento fue gritar:

—Sálvese quien pueda —y enderezó su caballo para la pulquería; pero apenas dirigió para allá la vista cuando vio a Alejo de centinela, y una bala pasó silbándole muy cerca; entonces buscaba el vado y vio del otro lado la banderola de Tacho, a los otros hombres que lo acompañaban, y otra bala le dio un rozón a su caballo en el pescuezo, aumentando su pavor el sonido de la trompeta del Chango que tocaba a degüello con afán.

—Al corral de la Estanzuela —gritó con voz de trueno.

—Al corral, al corral —repetían todos atropellándose unos a otros.

Apenas acabaron de entrar, cuando cerrando la puerta y atrancándola con cuanto pudieron, decía el Cascabel:

—Desde aquí los acabamos, muchachos, ¡fuego!, ¡fuego a discreción!, ¡vivan los guardas! —y se arrimaban contra la pared, se encaramaban sobre sus caballos y apenas medio asomaban las puntas de los cañones de sus armas sobre las bardas de adobe, cuando las disparaban, haciéndole un nutrido fuego a las puntas de los árboles, y a una que otra nubecilla que vagaban en el espacio, mientras que Tacho, Astucia, Nacha y el Charro, firmes en sus puestos, tirándoles de cuando en cuando, se reían con muchas ganas, y el hatajo pasaba paso a paso perfectamente arrecuado. Una bala dispersa cayó fría botando sobre un tercio, y entonces le dijo Astucia al Chango:

—Anda, dales unos trompetazos por allá atrás.

Al oírlos el Cascabel gritaba muy entusiasmado:

—¡Fuego por la retaguardia antes de que nos traten de asaltar! —y estuvieron tira y tira para el otro lado.

—Váyanse a descargar a la presa de las semitas —le dijo Astucia al Tapatío—, y así que dejen todo arreglado vénganse para acá, con eso tranquilizamos a esas bestias que se están asoleando de balde en el corral.

Una persona oculta dentro de un espeso matorral estaba temiendo recibir un balazo, encomendándose a la corte celestial, hasta que al notar algún silencio se resolvió a sacar la cabeza y al ver pasar a las mulas cargadas, se fue presentando en el puente muy azorada, toda arañada y con la cabeza llena de basuras.

—¡Qué chula estás Angaripola! —dijo Nacha—, has quedado como tu cara, ¿dónde diablos te metiste? ¿Por qué no fuiste a avisar lo que te dije?

—Señor charro —contestó muy confusa sin poder conocer a quien le hablaba—, me atajó el Cascabel y me tenían tirada boca abajo con centinela de vista, y por eso...

—¡Pícara! —gritó Nacha amagándola con la lanza, que al tenderla se le cayó de la mano porque no pudo resistir su peso.

—¡Por amor de Dios, señor! —exclamó aquella pobre mirándole la cara a quien la amagaba, y luego reconociéndola, gritó:

—¡Maldita seas, Catalana! ¡Quién demonios te ha de conocer, si pareces la mera verdad!

—Daca mi lanza, y súbete en las ancas.

—No —dijo Astucia—, anda, vete allí con Alejo, y en cuanto llegue mi gente que se vengan para acá mientras que nosotros nos sombreamos un poco.

El fuego de los encorralados fue por grados aflojando, hasta que a pesar de provocarlos con uno que otro tiro, y los trompetazos del Chango por distintos rumbos, no tenían contestación, pues contemplándose seguros detrás de tan buen atrincheramiento concluyeron con su parque en cosa de una hora, descargando hasta sus pistolas. Uno que a todo riesgo se atrevió a sacar la cabeza por sobre la barda, vio al grupo de charros que acababan de llegar, y que poniendo Astucia un trapo blanco en una lanza, despachaba para el corral a uno de los suyos.

—¡Ya están poniendo bandera blanca, mi jefe! —gritó lleno de gusto.

—¿No lo dije? —exclamó el Cascabel—, algunos pícaros de esos hemos de haber matado ya, ¿a qué tocan?

—Parlamento piden.

—Parlamento —gritaron todos llenos de júbilo.

—Pues lo que es yo no doy cuartel, morir o vencer, ése es mi sistema. ¡Viva el Resguardo, muchachos, viva! —y tiraba el sombrero por lo alto contentísimo.

—Ya viene, ya viene el parlamentario —dijo el encaramado.

—Pues antes de que se arrime le marcas el alto, y por lo que pueda suceder atranquen bien esa puerta, y listas las carabinas.

—Ya no hay parque —contestó Né.

—Pues al arma blanca, no sean cobardes, ¿a ver cuántos tiros han quedado?

—Sólo cuatro.

—Con esos basta, que cada soldado se coloque en cada rincón, y cuando se los mande echan fuego, para que vean esos bandidos que tenemos todos los flancos cubiertos.

—¿Quién vive? —gritó el vigía.

—Su madre —respondió Nacha, que por lo pronto no supo qué decir.

—¿Qué gente?

—No soy gente, soy mu...

—Avance, avance —gritó el Cascabel enhuecando la voz con arrogancia.

Se acercó Nacha hasta la puerta y por una rendija le preguntó:

—¿Qué se ofrece, mocoso? —pues al verle la cara lampiña se figuró que era muchacho.

—Que dice mi jefe que no sean malintencionados, que acaben de tirar para que puedan pasar los hatajos y no se espanten las mulas.

—Anda, dile que si no se retiran no respondo del furor de mi gente.

—¿Nomás eso le digo?

—Sí, y que primero nos rompemos los cuernos que yo consienta el que pasen los hatajos, que miren el camino que cogen, antes de que se me hinchen las narices.

—Si ya pasaron, señor amo, dende queaque, ya estarán hasta sabaneando —y soltó una carcajada.

—Creo que tú te burlas, muchacho.

—No, don Cascabelito, no —y seguía riéndose sin perder de vista al que asomaba la cabeza, quien no pudiendo verla bien, se echó de barriga en la barda, y ella picándole con la lanza, gritó:

—Métase, fisgón.

Dio aquel hombre un costalazo en el corral, y al verlo desaparecer se vino Astucia con los suyos violentamente hasta pegarse a la barda; al oír el tropel, los aterrados toques del Chango junto a la puerta, y la voz imponente de Astucia que decía:

—Abajo esa puerta —gritó el Cascabel:

—Fuego, fuego.

Los de afuera se hicieron a un lado de la puerta, y cuatro tiros por distintas partes se oyeron al momento, otros cuatro por la parte de afuera clarearon los tablones, y tres o cuatro hachazos bien dados en uno de los cercos, hizo a la puerta oscilarse, a la vez que un empujón derribó completamente una hoja y cayó haciendo un gran estruendo y alzando polvareda.

Esto acabó de confundir a los encorralados que corriendo de aquí para allí testereándose unos con otros hubieran querido ser hormigas para esconderse dentro de la majada o evaporarse como el humo. Conforme se desvaneció la polvareda, se fue presentando Astucia con los suyos, formados en batalla, dos arrieros que acabaron de abrir bien, con sus armas listas a pie de centinelas, y arrimándose, le dijo a Nacha:

—Espántame para acá al Cascabel, quiero pepenarle el rabo a puerta de corral, a ver si como ronca duerme; si alguno de esos bichos se menea, métele la lanza.

Entró Nacha y ella entre las patas de los caballos, se encontró con el Cascabel con medio cuerpo cubierto con majada, ansiando cubrírsele todo con un montón inmediato, a una indicación bastante sensible, tal como picarle con la lanza, se paró más que de prisa, y con el semblante cadavérico, las quijadas caídas, los ojos saltándoseles y sin saber ni por dónde andaba, salió temblando de pies a cabeza, todo revolcado, con el sombrero en la mano.

—Cúbrase usted, señor Almarás —dijo Astucia—, cúbrase; yo bueno a Dios gracias, y usted tan guapetón como siempre, ¿no, amigote? ¿Cómo están sus prendas, cuánto hace que no nos vemos estas caras de rosa? —y le tendió la mano con cordialidad; maquinalmente aquel hombre estiró la suya; pero Astucia haciéndola a un lado con desprecio dijo:

—Ya me acordé, yo no toco la mano de un traidor sino para desbaratársela; si en la última vez que nos vimos me denunció para que me robaran veinticinco barriles de aguardiente, ahora llevo ahí todavía setenta tercios de tabaco, vaya a trompetear, amigo, vaya que no corre prisa su tercera parte.

—Hasta que Astucia no hizo mención del aguardiente, no advirtió aquel hombre con quién hablaba, y sorprendiéndose exclamó:

—¡Don Lorenzo! ¿Qué usted es el charro Astucia?

—El mismo que viste y calza, Cascabelito, el jefe de los Hermanos de la Hoja y el azote de los malcriados.

—¡Perdón, don Lorenzo, perdón!, ¡estoy dado!

—Como Lorenzo el Aguardentero perdono al pícaro de Aimarás, que no quedó contento hasta que me vio encerrado en la cárcel, confundido entre los criminales; pero como Astucia voy a ponerle el cascabel, no al gato, sino a la Loba; yo le enseñaré a escribirme papelitos con fanfarronadas; y como hombre, voy a cumplir mi palabra, a que ocupe un ratito el mismo sitio que el capitán Cuitlacoche tuvo en el palo de la Loba.

—Pero, señor...

—Silencio, y no me replique, grandísimo... —y le dio un caballazo que lo hizo estarse arrimado contra la puerta; encargó su vigilancia y se metió al corral gritando:

—Chango, Muerto, Fandango, *Inglés* y tú, *Cuajo Largo*, a sus puestos y en fatiga, tráiganse a ése.

Arrimaron al bramadero al primero que allí estaba, le ataron las manos, y bajándole los calzones, preguntó uno de los ejecutores:

—¿Cuántos, señor amo?

—Doce pero de cajeta —gritó Astucia—, al que se resista o les gruña veinticinco, y si lloran doblan la parada; cuidado como no saben darlos, porque yo les enseñaré cómo se tapojea.

—Esas piedras son para nuestras jondas —dijo el Fandango.

—Ya lo huimos —replicó el Inglés—, mucho cuidado, compañeros.

—A ver ¿quién es Vicente Né?

—Yo —respondió el nombrado presentándose muy curtido.

—Vaya a hacerle la barba a su comandante, y límpiele mientras el fondillo.

Todos los demás que esperaban llenos de sobresalto que los fusilaran, de barato daban recibir su azotada, procurando no merecer los veinticinco y mucho menos doble ración.

—Mira, Nacha —le ordenó llamándola aparte—, vete a quitar ese traje, échate a Lugarda la Angaripola en las ancas; si está el amigo Morales en la hacienda, dile que me haga favor de venir para acá, se cortan por ahí unas ramas de ortiga, y me van a esperar en la cerca del potrero de San Miguel, en Palo de la Loba.

—Pero ¿que de veras?... pobres...

—Pica y arrea porque...

—Voy, voy.

Conforme fueron aplicando la consigna, los hacía montar en sus caballos, les doblaba sus espadas, embotaba sus lanzas, y les quitaba las llaves a las armas de fuego dándoles puerta franca, para que los demás formados en fila al pasar les dieran carrera de baqueta; el primero se llevó su suaca; pero ya los demás pasaban como exhalación, mientras Astucia le decía al Cascabel:

—Cuenta sus gallinas, cuenta, no sea que alguna se quede por aquí y se la meriende el cacomiztle.

—Veintinueve —gritó Tacho—, y los dos capones son treinta, y unas cabezas que se comen más que lo que ponen.

—Enánquense en este animal —les mandó Astucia a sus dos prisioneros— y les fue presentando Pepe un caballito lleno de mataduras de don Narciso Retana que le llamaban el *Flojo*. No dejó de causar risa el verlos subir, pues el caballito pateaba y mordía al tocarle el lomo, hasta que teniéndolo uno de las orejas y otro de la cola, montaron los infelices sentenciados. Lo iban a estirar, pero gritó Tacho:

—Suelto, suelto, y a donde arranque lo coleamos.

Esa prevención hizo que cogiéndole el Cascabel un manajo de crines, impidiera con empeño el que corriera; sin embargo, le empezaron a hacer maldades, y antes de llegar a la hacienda ya había dado las tres caldas.

Nacha al pasar por allí había contado la escena, y todos los habitantes vieron parte de la azotera en el corral, y acompañaban la procesión; al administrador también le avisó, suplicándole con las lágrimas en los ojos que intercediera por aquellos infelices que no los mataran.

—Seguro está —le respondió—, los charros no son asesinos, pierde cuidado —y se puso en la puerta de la tienda a esperarlos; allí hicieron fiesta, tomaron bizcochos, catalán, vino, queso, sin olvidarse de convidar a los enancados en el Flojo, y prosiguieron su camino hasta el Palo de la Loba donde Nacha y Lugarda los esperaban prevenidas.

El Tapatío y Pepe atravesaron sus reatas en las ramas de aquel árbol que se hizo memorable desde la insurrección; los ataron de las arcas y los elevaron lo más alto posible conservándolos así un gran rato, hasta que dijo Astucia:

—Basta, ya cumplí mi palabra, Cascabelito, ya lo vi colgado en el Palo de la Loba y le he sacado la ventaja; usted quería colgarme a mí solo, y yo he mandado colgar a dos; tenga advertido que otra vez que nos veamos, no será de las arcas, sino del pescuezo para que imite bien al capitán Cuitlacoche; ahora sólo me resta que esas mujeres les quiten la cluequera calentándoles las nalgas, como lo hacen con los capones en el buche para que empollen.

Hizo una seña, estiraron un poco las reatas y ya que estaban como media vara de distantes del suelo, a calzón quitado, Nacha al Cascabel, y la Angaripola a Né, les dieron su ortigada regular, los soltaron, les devolvieron sus caballos, sus armas inutilizadas, diciéndoles Astucia:

—Si tratan de tomar venganza de estas mujeres que he obligado a que me obedezcan, yo me tomaré la molestia de calentarles, no las nalgas sino la pechuga con mi lanza; y llévese, señor Cascabelito, a su Loba de Rabia para sus comederos, para que le dé otros soplos más oportunos, porque si queda por aquí, corre usted riesgo al venirla a visitar a la cuadrilla. ¡Cuidado con provocaciones! Si tienen conmigo algún motivo personal para odiarme de muerte, no es más que me diga a dónde y cuándo nos encontramos para darnos un topetón, y no ande comprometiendo a esos infelices escuintles que por un pedazo de pan se exponen a que les azoten las nalgas cuando menos, y si llega a mis noticias que trata de impedimos el paso, antes de poner los pies en dos leguas a la redonda del camino que llevamos, haga su testamento y encomiende su alma a Dios. Buen viaje y cuidado con otro; griten aquí con ganas: ¡Vivan los Hermanos de la Hoja!

—¡Vivan! —repetieron haciéndose molinillo en la silla, de la comezón que tenían.

—Otra, otra —les gritaron los demás, y regresaron haciéndolos gritar vivas, hasta la hacienda, en donde los dejaron libres para que se marcharan.

—Ahora que los miro reunidos y de gorja —dijo Morales el administrador de la

hacienda—, si ustedes gustan de divertirse un rato, ayúdenme a capar una puntita de toros que tengo en sal.

—Con mucho gusto —respondió Chepe, mandando a tres arrieros por sus caballos de mano, mientras que Morales ordenó a uno de los sirvientes que arrimaran el ganado a la Estanzuela, y toda la tarde lazando y coleando se les fue en divertirse, terminando así aquel día memorable que aún lo recuerdan multitud de personas que presenciaron la azotera que llevaron los guardas, y la ortigada del Cascabel y su segundo, después de que estuvieron colgados en el Palo de la Loba, sin que hubieran vuelto a tener gana de arrimarse por aquellos sitios, haciéndose sordos a las órdenes que recibían para perseguir a los charros, mudos para contar su chasco, y ciegos de remate para no ver cuántos tercios de hoja se les antojaba pasarles por sus bigotes. Continuaron divirtiendo los ratos de ocio con sus propias aventuras, obligando a Chepe Botas a que relatara las suyas.

—Vamos al caso, les contaré la primera parte, pues la segunda está ligada con la del Tapatío, y él las acabará de relatar porque ambos estamos unidos desde esa época; conque cuidado como se burlen de mi desgracia, porque todavía se me sube la sangre a la cabeza, me zumban los oídos y se me altera la bilis; atención que ya comienzo.

Capítulo XXI

Primera parte de la historia de Chepe Botas y desgraciado fin del Bulldog

Tenía yo cumplidos dieciséis años. Ayudaba a mi padre en los trabajos de nuestro corto ranchito; apenas sabía hacer unos cuantos garabatos; todos los días de fiesta iba el padre vicario a dar misa a la capilla del pueblo de la Purísima adonde ocurríamos nosotros, y yo por comedimiento me iba temprano y ayudaba a barrer, a adornar el altar, llamar a misa, etc., y esto hacía que el padrecito me viera con aprecio y comenzara a decirle a mi padre que era yo muy vivo; que desde a legua se conocía mi buena disposición; que tenía yo inclinación al altar, y así lo fue encarrilando hasta que un día seriamente, le habló en estos términos:

—¿Qué piensa usted hacer con esta criatura, don Toribio?, es una lástima que no se aproveche, que no se ilustre, el muchachito tiene capacidad, es muy vivo y cultivado, tal vez podría salir un buen eclesiástico, un abogado, en fin, ¿por qué no lo pone usted en un colegio?

—Eso es imposible, señor —le contestó—, somos pobres y yo no tengo para sufragar esos gastos.

—Se me ocurre una idea, amigo mío, quiero darle una prueba de que me intereso por la suerte de su hijo.

—¿Cuál, señor, cuál?

—Llévemelo usted a mi casa, lo mandaré algunas horas a la escuela para que ejercite su letra, yo me comprometo a enseñarle la gramática latina, filosofía, moral, etc., y en cuanto esté listo lo presentamos a un examen, y podremos sin hacer gastos de consideración lograr nuestro objeto, ¿qué le parece a usted mi plan?

—Inmejorable, señor; ¿pero cómo se ha de echar su merced esa carga encima, esa molestia tan grande, ese gravamen y?...

—Nada, nada, don Toribio, déjeme usted ver si consigo mi fin, llévemelo usted que todo lo demás corre de mi cuenta, es usted mi amigo, los aprecio y se acabó, pasado mañana los aguardo; adiós, adiós —y partió al galope para la villa.

Mi padre se quedó lleno de gozo, yo meditabundo, y el padrecito se decía a sí mismo:

—Este muchacho es seguro, acomedido, voy a tener un criado de confianza, ya me canso de pagar tlalyacanquiz.

Al tercer día acompañado de mi padre, llegué a la casa del vicario, nos recibió la señora su madre con afabilidad lo mismo que sus hermanas, haciéndonos sentar en una banquita de la cocina, a poco rato salió la señora con una canastita, y dándome

medio me dijo:

—Oye, hijito, me compras por vida tuya el pan para el chocolate del padre, fue a decir misa y no debe dilatar.

Yo que según mi juicio iba de estudiante no me hizo buen estómago aquella súplica y me quedé indeciso, entonces mi padre me dirigió una mirada seria y dijo:

—Vamos en una carrerita, coge la canasta, José —y nos dirigimos para la tienda; cuando íbamos por la plaza prosiguió diciéndome:

—Es necesario, José, que no seas patarato, no se te ha de quebrar una mano porque hagas un mandado, acomédete a todo, haz cuanto esté de tu parte para granjear el bocadito, demasiado favor te van a hacer con mantenerte, y el padre una gracia especial con enseñarte; cuidado como sé que das algún motivo de queja, porque ya me conoces, agarro un palo y te rompo las costillas. —Con esta prevención, de buena o de mala gana tuve que constituirme en mandadero. Fui entregado al padre vicario; éste renovó sus ofrecimientos, y para que no perdiera tiempo me puso en un cuarterón de papel toda la distribución del día, pegándolo con obleas detrás de la puerta de la sala, y decía:

—Plan de estudios para José. Se levantará a las cinco en verano, y a las cinco y media en invierno, y hecha la señal de la cruz irá por la leche al rancho de los Teyes. Mientras yo digo misa, hará los mandados de la cocina, llenará el barril de agua limpia del ojo, barrerá la caballeriza, limpiará los caballos y los pondrá a almorzar. De ocho a nueve repasará el Fleuri. De nueve a diez estudiará el Iriarte. De diez a doce irá a la escuela a ejercitar su letra. De doce a una traerá las tortillas y demás mandados para la comida. De una a dos refectorio, después de servir la mesa. De dos a tres cuajo o siesta. De tres a cuatro cátedra de latinidad. De cuatro a cinco escuela. De cinco a seis echará de cenar a los caballos, encerrará a las gallinas, limpiará los candeleros y hará los últimos mandados; a la oración servirá el chocolate. De siete a ocho el santo rosario y repasos a la doctrina cristiana. De ocho a nueve cuajo, y en punto de las diez servir la mesa y a recogerse.

A los quince días vinieron mis padres a verme, trayéndole al vicario una canasta con quesos y mantequillas, y un buen manajo de gallinas; fueron muy bien recibidos; les dieron de almorzar en la cocina, y enseñándoles el padrecito el reglamento, les dijo:

—Como yo soy en todo muy metódico, aquí le he puesto a José la distribución de las horas del día para que el muchachillo sepa sus obligaciones y esté entretenido, véanlo ustedes: plan de estudios para José, etc., léalo usted, don Toribio, léalo usted, señora.

—No, señor —contestó mi padre—, usted sabe lo que hace y se acabo.

—Pues aquí, amigo mío, he procurado que diariamente tenga esa criatura en que entretenerse con bastante aprovechamiento, tiene sus horas de estudio, de escuela, cátedra de latinidad, asueto, rosario, doctrina cristiana, etc., etc.

—¡Ay! señor —exclamó mi madre—, qué cosa tan linda, principalmente eso de la

doctrina es lo que me cuadra más, sí, señor, la doctrina que por más que yo lo regañaba no hacia caso del catecismo; no se puede negar que es usted un pozo de ciencia, y mi hijo le va a beber los alientos; nosotros le corresponderemos, padrecito, y si no se aprovecha, será porque es un jumento, con perdón de su merced.

En suma, mis padres se retiraron muy complacidos; yo quedé constituido en un pilhuanejo del vicario, garbancero de las señoras, y en suma un criado de balde. Para halagarme me mandó cortar el vicario unos pantalones viejos suyos, que cachiruleados con la gamuza de mis calzoneritas más regulares, me acomodaron unos pantalones a mi medida, lo mismo que un chaleco de pana que fue negro, pero quedó color de rata, y un montón de botas inglesas de todas clases, formas y materiales, que tenía el padrecito arrinconadas, todas las eché a remojar; enderecé algunas, arreglé mis pares, y de todas ellas pude entresacar un par regular, que no tenía más defecto que ser de una misma horma, muy chuecos los tacones, una de punta redonda y otra trozada; les di bola con tinta de los tinteros de la escuela, y sólo me servían los domingos, usando indistintamente de las demás entre semana; aunque yo tenía el pie grande, el padrecito me ganaba, y para no darme de tropezones, les aplastaba bien la punta y arremangaba la suela para arriba, sin que me hiciera mella que fueran una aguzada y otra mocha, pues tenía orgullo en que me vieran distintos calzados, y les contaba en la escuela que era dueño de muchas botas; que yo no sabía estar sin botas, y a todo sacaba mis botas; hasta que eso dio margen a que todos me llamaran Chepe Botas, para distinguirme de otros Chepes. Yo no hice alto en eso, y perfectamente entendía por ese apodo que generalizado todos me hablaban con él; a pesar de estar con mi libro machaca y machaca, sólo aprendí algunos versos del Iriarte de memoria, pero en eso de las declinaciones se me atoró el camote; el padre me daba una que otra explicación que yo no comprendía; luego luego se impacientaba diciendo:

—Es mejor que lo dejemos, porque eres muy cerrado de mollera; estudia, hombre, estudia; yo lo que siento es que no vaya a creer tu padre que yo me descuido —y por no enojarlo y que me regañara, rara vez le preguntaba alguna duda.

Ya tenía yo como ocho meses de estar con él, cuando le preguntó mi padre cómo iba yo de estudios.

—Muy despacio le van entrando, amigo mío —le contestó—, la viveza de esa criatura es como la del ratón; yo lo creía de más alcances, pero sin que usted se ofenda le diré la verdad, el pobre muchacho se empeña, es dedicado, pero no le ayuda su comprensión, es tontito; usted no pierda las esperanzas, ya poco a poco lo voy cultivando, será materia de más tiempo, eso no importa, usted es mi amigo, no me es gravoso y nos hemos de salir con que se logren nuestros deseos.

Mi padre repitió sus agradecimientos, cada rato eran los obsequios al vicario, ya el borrego, la ternerita, gallinas, pasturas para los caballos; en fin, no hallaba mi pobre padre cómo corresponder a la eficacia del padrecito, que más que nunca me regañaba terminando con su conocida cantinela: «Estudia, hijo, estudia», y si estaba mi padre presente me hacía repetir los versos que sabía de memoria, me preguntaba

por dónde se declinaba algún nombre, me atrojaba, y le decía:

—No se lo dije a usted, amigo, vamos muy espacio.

—Sí, señor —le contestaba mi padre—, ya lo veo; qué hemos de hacer, no está de mi mano abrirle el entendimiento; haz lo que te dice el padre, José, estudia con empeño.

—Tanto me aturdían con eso que yo mismo creía que era un tonto, estudiaba, y más estudiaba, pero no por eso adelantaba nada.

Aconteció la desgracia de que se enfermó la señora grande, y empezó con que se iba a morir sin tener el gusto de ver a su hija, que fueran por su hija, y a todos exigía su hija, hasta que consiguió que fueran a sacarla del convento donde estaba hacía más de cinco años con una tía suya profesa. Yo no la conocía más que de oídas, pues escuchaba las alabanzas que hacían cada vez que les mandaba algunas curiosidades de bordados, dulces finos, y otras cosas que decían que eran hechas por ella. Llegó la reclusa, era una güerita como de dieciocho años, de muy bonito blanco y finas facciones, sumamente modesta, no hablaba nada, siempre con los ojos bajos, arrinconándose por todas partes echaba a cada instante de menos su convento, todos los días luego que se levantaba se asentaba el fleco con las puntas de los dedos, se tapaba bien la cara con su tapalito y la iba yo a dejar a la iglesia donde comulgaba; volvía yo por ella y se encerraba en su pieza o se estaba con la madre contándole algunos ejemplos, vidas de santos u otras cosas por el estilo, concluyendo con que sólo en el convento estaría segura de las asechanzas del mundo.

Yo que todo lo miraba, estaba encantado de tanta virtud y recato.

Murió al fin la señora después de una larga enfermedad, y yo extrañaba que ya no se había acordado de volver al convento, sino que al contrario estaba más alegre; no iba a misa sino después de peinarse bien y a fuerza de saliva asentarse el pelo chico que no obedecía al peine; se arrimaba continuamente a las ventanas donde le gustaba leer el año cristiano; estaba muy reformada en sus costumbres, aunque sus oídos castos a cada paso se escandalizaban de mis palabras que sin intención de ofenderla, ocasionaban que me echara unas jaladas de alma a cada paso y yo fuera su palito de dientes para entretener su mal humor. Un día estaba en la cocina; cuando yo llegué con la leche, me dijo una de las otras hermanas:

—¡Jesús, José!, cada día traes más poca leche, ¿por qué eso?

—Pues como ya están cargadas las vacas producen poca —le contesté.

—¿Qué cosa es eso de cargadas? —preguntó la niña Elisa.

—Preñadas, niña —respondí sencillamente; entonces ella se tapó los oídos diciendo:

—Qué hombre tan deslenguado, tan disoluto —y se metió para adentro escandalizada de mis palabras. Otra vez me armó un caramillo porque dije que se le había rolo el culo a una botella, y paraba en que a cada paso me salía con que era insulso, insípido berengo, Bartolo, Juan Lanás, deslenguado obsceno, o disoluto; el caso era molerme y regañarme por cualquier cosa. Ya hacía más de un mes que había

aparecido en la villa un joven muy decente y bien montado que era hijo del dueño de una hacienda de por aquellos contornos, y desde el billar, jugando albures y gallos, apostando carreras, y en tormenta con una punta de esos de la cáscara amarga, estaba administrando la hacienda.

Ya había notado la devoción de la niña Elisa, que yo la acompañaba todos los días, y procuró tenerme de su parte; lo empecé a ver en la iglesia, ir a misa estando en ella sumamente devoto, un poco escondido, junto al púlpito, y no hallaba yo a cual ir de los dos. ¡Qué buena pareja!, decía yo para mí, este don Carlitos, que dice el padrecito que es libertino, está edificante en el templo, seguramente le han dado malos informes; qué gente tan amiga de quitar créditos, y luego en el tránsito quería la casualidad que siempre nos andábamos encontrando con él. A mí me hablaba con cariño, y aunque nos habíamos tratado, era yo tan conocido por mis botas chuecas arriscadas para arriba, que no me maravillaba de su confianza.

—Adiós, Botitas —me dijo una vez—, ¿adónde vas, chico?

—Ya vamos de vuelta para la casa —le contesté. Se quedó mirando a la niña que arrancó muy asustada.

—Dichoso tú Chepillo que acompañas a esa rosita purpurina; ¿quieres ser mi amigo?

—Con mucho gusto, don Carlitos.

—Así me gustan los hombres, que sean completos; toma esos dos reales para tus golosinas.

—No, señor, yo no los tomo.

—¿Pues que eres soberbio, Chepe?

—No, pero...

—Pero te parecen pocos, ¿no es así?; toma otros dos y no me desaires, ésta es una prueba de nuestra amistad; adiós Botitas —y se metió para el billar; yo arranqué a alcanzar a la niña que mirándome platicar con don Carlitos fue marcando el paso.

—¿Que conoces a ese caballero, Chepe?

—Toma —le contesté—, dende quea que somos amigos viejos, es don Carlitos, el de la hacienda de... muy buen amigo y muy franco, siempre que algo necesito me lo da; nos queremos mucho —y decía yo todas esas mentiras para que viera que tenía yo buenos amigos; me siguió haciendo más preguntas y yo como guajeando contestándole satisfactoriamente. Empezó a tratarme mejor y a tener conmigo mil confianzas. La amistad de don Carlitos me tenía lleno de orgullo; me daba mis pesetas y hacía mucho cariño; un día me metió al billar, me dio bizcochos, un trago de licor, y llevándome aparte me dijo:

—Oye, Botitas, ¿eres mi amigo?

—No lo dude usted don Carlitos, porque me ofende.

—Pues yo quisiera que como amigo te interesaras en mi suerte, Chepillo, entonces con orgullo diré que de veras eres mi verdadero amigo.

—¿Qué puedo yo hacer para eso, don Carlitos?

—Mucho; hablar en mi favor; yo sé que esa niña Elisa te quiere y te tiene confianza, yo la adoro, Botitas, es una santa que edifica con sus virtudes; si te precias de ser mi amigo hazme una hombrada: dale este papelito con disimulo; seguro está que se excuse si tú se lo presentas; te considero hombre de secreto y seguro estoy también de que no me harás una felonía.

—En cuanto a eso no tenga usted cuidado —le contesté yo—, soy amigo de los amigos, yo aprecio la amistad de usted; haré lo que pueda por servirlo; pero eso del papelito me da mala espina, tal vez usted quiere tener un pasatiempo, y yo no...

—No me empieces con excusas, tú eres reservado; mis intenciones son puras; pero yo no quiero formalizar la cosa sin saber si soy o no correspondido; éste es el papelito y a tu prudencia queda hacer de él el uso que te parezca; en tus manos pongo mi suerte y se acabó; echa otro traguito de licor; toma este peso y no me repliques porque me enojo.

Me echó el peso y el papelito en la bolsa, tomé un trago y me largué muy ufano de merecer la confianza de don Carlitos, a quien como buen amigo no podía dejar de servir en una friolera que me valía un peso, y más que todo, que tuviera por verdadera mi amistad; en una palabra, me constituyó su Mercurio.

Todo el día anduve cavilando y no tuve oportunidad; me daba miedo; no hallaba cómo prevenirla y esperé al siguiente.

Cuando volvimos de misa nos encontró don Carlitos; me hizo seña preguntando, y yo le indiqué que se marchara; me aproximé a la niña diciéndole:

—Mire, mire qué lindo cuaco lleva don Carlitos.

Ella se agachó más respondiendo:

—No hagas veces de diablo tentador, soy una frágil criatura, huyamos; huyamos de la ocasión, y trató de acelerar el paso y taparse más la cara.

—Quién sabe que se le cayó allí —dije volteando y corriendo para el camino que llevaba—. Espéreme, niña, espéreme —fingí que alzaba algo y me volví a alcanzarla diciendo:

—¡Qué bonito papelito! ¡Qué linda letra! ¡Qué palabras tan!... Mire niña, mire.

—No, en la calle no, allá me lo enseñarás en la casa, escóndelo, no te lo vayan a ver, por el amor de Dios, serán secretos de ese caballero, es necesario que lo devuelvas.

—Sí, sí, voy a devolverlo.

—Pero, hombre, acaba de acompañarme, después irás, ¿cómo me abandonas en medio del peligro?

—Después se lo devolveré, dice usted bien. —Apenas entramos a la casa, cuando tirando sus libros en una silla me hizo seña de que la siguiera y se fue para el gallinero; yo me encaminé para la caballeriza, y por una ventana que comunicaba le di el papelito que sólo contenía estos renglones:

—«Hermosísima Elisa, no destroces con tu esquivez el apasionado corazón de Carlos, que te adora como a la diosa del amor y a la reina de las virtudes». Cuatro o

seis veces leyó aquello mudando de colores su rostro, y mirando que no lo había recibido mal le dije:

—Todo eso es muy cierto, niña, le está usted destrozando el corazón, y si se precia de sensible no lo martirice con su esquivez, porque eso es peor que si lo matara a piquetes con unas tijeras, o si acaso tiene usted el corazón de piedra chiluca, deme el papelito para que pierda la esperanza y se mate a cabezazos contra una esquina, ya ha de haber visto que lo alcé, que nos venimos juntos, y a fuerza creerá que usted lo ha leído.

—Pero, Chepe, yo no sé qué hacer, yo debo enseñárselo a mi confesor, o dárselo a mi hermano.

—Eso es, se los dice usted y a mí me copinan por acomedido, no señor, o me lo devuelve para dárselo a su dueño, o le contesta usted dándole alguna esperanza.

—Pero, hombre, ¿cómo quieres que luego luego conteste, dirá que me estoy muriendo por él?, déjalo que haga méritos, que lo vaya yo queriendo, que se declare formalmente, en fin, no crea que soy una fácil, una mujer cualquiera.

—Pues entonces, ¿en qué quedamos?

—En que le digas de palabra que me negué a ver su papelito, y devuélveselo aconsejándole que se vea con mi hermano.

—Ya todo eso lo tiene dispuesto, y sólo quiere saber si usted le corresponde.

—Pues entonces dile que lo pensaré.

Nos separamos y el tal papelito no se apartaba de su seno; todo fue caminando en progreso; ambos amantes me obsequiaban y por una fatalidad se enfrioló su casamiento.

Don Carlitos así que tiró cuanto había en la hacienda de existencias, siguió con el apero y muebles, habiendo arrendado las mejores labores a los del pueblo, por cualquier cosa; no faltó quien impusiera a su padre de la mala conducta de su hijo, y no pudiendo ir personalmente mandó a un dependiente de confianza.

Carlitos que siguió en sus jugadas y prostituciones, mirando que ya se iba a descubrir el enredo, reunió diez o doce picos largos, se constituyó su jefe, y de la noche a la mañana se nos fue apareciendo de pronunciado, cometiendo mil excesos, robos y engrosando sus filas a gran prisa, teniendo en continua alarma a todas las poblaciones y haciendas vecinas.

Cuando se aclaró todo, resultó que sólo el casco tenía la hacienda, y además había hecho mil topillos a cuantos pudo. Aunque entre sus cálculos entraba llevarse a la niña Elisa, había en la villa un destacamento que no lo dejaba acercarse mucho y era tenazmente perseguido, por lo que tuvo que mudar de rumbo y alargar su línea. En esta época se declaró la epidemia del cólera, en mi casa hizo mil estragos, pues de nueve que éramos de familia, sólo quedé yo y la última de mis hermanas, una chiquilla de siete años; yo tenía veintitrés cumplidos, y para que hubiera quien nos asistiera recogí a una tía que esa vez quedó viuda. Mi padre antes de expirar me dijo que en un sitio que me señaló, estaban depositadas sus economías.

Desde que cayeron enfermos en mi casa me separé de la del vicario, poco menos ignorante de lo que fui, pues en largos cuatro años no supe declinar *musa musae*, pero en compensación aprendí a medio guisar, pues las señoras abusaron de mi condescendencia hasta que quisieron.

También en la villa hizo la epidemia mil estragos, y entre ellos la de llevarse al vicario y sus dos hermanas grandes, no quedando en pie más que la niña Elisa, que escapó por un milagro.

Yo bajaba muy rara vez al pueblo. Tenía muchas atenciones, y como el único interesado que podía cuidar de aquello, no tenía tiempo para pasear, hasta al cabo de ocho o diez meses de aquella lamentable catástrofe, se me ocurrió ver el entierro que me indicó mi padre, y me encontré con dos ollas medianas, saqué una que contenía más de mil y quinientos pesos en plata, compré animales, extendí mis labores; subarrendé otro ranchito llamado Viborillas, para tener abundancia de pastos y oficinas para mis cosechas; establecí cría de borregos, de puercos, y unas manaditas de yeguas emburradas; puse una ordeñita; en fin, gasté mil pesos en lo que me pareció, y me propuse con el resto educar a mi hermanita Lupe lo mejor que se pudiera. Luego luego me ocurrió meterla en un convento para que aprendiera a ser virtuosa, y hacer las preciosidades que la niña Elisa mandaba a su hermano cuando estaba de conventuala, pues aunque después jamás la vi tentar una aguja, no me llamó eso la atención.

Se me dificultaba quien me arreglara ese negocio, yo no podía dejar mis cosas abandonadas, y por fin me determiné a ponerla de pupila en la villa para tenerla más cerca y verla los domingos. Me fui con ese intento, llegué a la amiga y me fui encontrando allí con la niña Elisa de ayudanta, en un estado miserable; desde que la vi se me ocurrió otro proyecto en el acto, fingí que sólo iba a visitarla, le di una cita para el puente y me despedí de las preceptores; a poco rato concurrió al sitio indicado donde me hizo la pintura más triste de su miseria confesándome que de caridad le daban un rincón y el bocadito, que se vestía de desechos y padecía una hambre espantosa.

—Yo vine —le dije—, con intención de traer aquí a educar a Lupe, y se me ocurrió al ver a usted, hacerle la proposición de darle casa, qué comer, vestir, y cuanto quiera por tal de que le enseñe cuanto usted aprendió en el convento, y sobre todo a que salga una muchacha virtuosa y arreglada; conque si usted acepta, manos a la obra; vaya usted, niña, a dar a esas señoras las gracias, traiga sus trapitos o lo que tenga y aquí la espero.

—Pero mira, José, yo no aprendí nada, vas a hacer un sacrificio de balde, soy muy puerca, muy abandonada y...

—Yo no quiero satisfacciones, niña Elisa, yo sé lo que hago, si se determina vámonos, si no para ver a esas señoras, o si le parece poco la oferta que le hago le señalaré un buen sueldo, un tanto, en fin, lo que quiera.

—Ni digas eso, Chepe, ya sabes que no soy interesable pero...

—No admito peros, aquí la espero; tenga ese peso para que se compre zapatos en la tienda, pues ya pisa con el pie descalzo.

Volvió al cabo de una hora trayendo debajo del tapalito un envoltorio de trapos dentro de una funda vieja de almohada.

—¿Qué es esto? —le pregunté metiendo la mano y tentando una punta de hilachas y porción de medias muy sucias.

—Esto, es todo lo que me acompaña —me dijo poniéndose colorada.

—Esto no vale un comino ni merece la pena de cargarlo —y boté la talega aquella para el río.

—¿Qué has ido a hacer, Chepe? si ahí tenía yo las cartas de Carlos.

—¿De Carlos? —repliqué yo—; mal haya sea el tal Carlos que tiene la culpa de que usted se vea en este estado, no le hubiera atarantado las reglas, regresa usted a su convento y ésta es la hora en que sería una santa; vamos arriba.

La senté en la silla, me subí en las ancas y marchamos para mi casa. Al contemplar su tapalito hecho un amero, el túnico pegado al pellejo pues por los broches le miraba el espinazo, y toda ella chorreada y enmarañada, decía yo para mí: ¡Maldita miseria que no has dado a esta mujer ni un tlaco para jabón!, si el tal Carlitos la viera le causaría horror; pero eso sí, a pesar de su indigencia no olvidaba su buena educación, con qué disimulo se quiso excusar de mi propuesta diciendo que nada aprendió en el convento, a otro perro con ese hueso, yo vi los pañuelos bordados y otras mil chucherías de su mano; y si se descaminó por el Carlitos yo tuve la culpa, con servirlo como amigo; una niña candorosa fácilmente se ataranta. En fin, me contento con que me eduque bien a mi Lupe y le hago una obra de caridad a esta mujer que ya mero se la lleva judas; voy a obligarla con vestirla bien y tratarla como a una reina respectivamente de como viene.

La instalé en mi casa, compré géneros, y la niña no tenía qué desear; empezamos a tener cuestión porque a fuerza quería que Lupe anduviera siempre de túnico y tápalo, yo quería de enagüitas, y por fin transigimos con que sería de túnico y rebozo, el túnico por parte de ella, y el rebozo por la mía, a pesar de que no podía ver los rebozos porque decía que sólo eran propios de la gente plebeya.

—Ya lo has visto, Chepe, en la última miseria he estado y nunca quise degenerar de mi clase —y yo le respondí:

—Es verdad, si no hubiera sido por aquel pedazo de tápalo se le ven las costillas y...

—Pues eso has de reflexionar, se puede hacer el uso que de un rebozo y siempre ese tápalo que por raído que esté como el mío, indica que la que lo porta es persona de buena sangre.

Ya llevaba cerca de un año, y sólo a leer había mal aprendido Lupe, y su preceptora se había repuesto y mejorado; estaba con muy bonitos colores, robusta, y no teniendo nada qué hacer, continuamente se miraba en el espejo y se componía. Como no se volvió a saber del consabido don Carlitos, yo concebí la malditísima idea

de ver si conseguía casarme con ella, pues sus encantos en aquel páramo me fascinaban, y decía yo en mis soliloquios:

—De cualquiera manera, he de estar manteniendo a esta niña, vistiéndola y demás, pues siendo mi esposa, con más ganas me sacrificaré por ella; Lupe será mejor atendida por su hermana, y yo haré con las dos mi felicidad; es verdad que ella es una niña fina y yo un pobre ranchero, pero con todo y su finura, si no es por mí se la lleva el diablo de necesidad y hambre; yo la he tratado bien y debe conocer que aunque soy un hombre ordinario, tengo hechos de un corazón noble; tentaré el vado para reconocer el fondo. En la primera oportunidad le pregunté si todavía quería a don Carlitos, y exhalando un suspiro me contestó:

—Todavía lo amo, Chepe.

—¿Pero, niña, si ya ve usted qué maleta ha salido?

—Por eso mismo lo aprecio más, porque padece persecución por la justicia, y ha de ser sin duda un bienaventurado.

—Malo —me dije a mí mismo—, todavía resuella por la herida, todos mis planes vienen a tierra; paciencia y barajar.

Ya casi había yo perdido las esperanzas, cuando una catástrofe vino a ayudarme en mis planes. Don Carlitos seguido de más de cincuenta hombres apareció de nuevo por esos rumbos, quiso dar un golpe de mano sorprendiendo al destacamento, y dio un alzado penetrando a la villa en una madrugada. El jefe del punto, que no era ningún aturdido, dejó unos cuantos a que hicieran fuego desde la azotea del cuartel, y con su fuerza rodeando callejones en el mejor orden, le cortó la retirada, mientras que el tal don Carlitos, y los suyos corrían calles gritando vivas y muera echándose sobre el cuartel, de allí los rechazaron vigorosamente, y cuando menos lo esperaba fueron cogidos a dos fuegos, se hicieron bola y empezaron a desperdigarse debiendo su salvación algunos a la ligereza de sus caballos, y quedaron más de veinte muertos de la plaza al puente; entre éstos se encontró un cadáver medio desnudo, con camisa fina y muy desfigurado el rostro a machetazos, alto, güero, de barba poblada; luego entre los despojos recogidos, una chaqueta suelta con divisas de capitán y papeles que acreditaban ser la de don Carlos.

Una mujer recogió un sombrero que un herido dijo ser de su jefe, y por último el caballo ensillado que fue también reconocido, de manera que justificado, el tal jefe fue colgado en el puente por dos días y hasta el tercero se le dio sepultura. Esta escena fue un sábado, y el domingo que bajamos al tianguis, la misma Elisa vio colgado de una viga a su adorado tormento, al bienaventurado Carlitos, y supo de boca de otros los mismos pormenores.

Yo la verdad, fingiéndome compadecido, me regocijaba interiormente pues ya no tenía rival, y de necia se pasaría la niña si no admitía mi proposición. Me hizo comprarle luto; lloró hasta que se le antojó, y yo no más esperaba verla mudar de tapalito; por fin se le acabó la pita, y volvió como antes a ponerse muy bonita y rozagante; poco a poco me le fui insinuando. No le parecían del todo mal mis

propuestas; pero no se determinaba. Me propuso un día aclarar paradas y le exigí la resolución diciendo:

—Aunque conozco la desigualdad de nuestros nacimientos, me he atrevido a pretenderla porque creo que mis acciones, aunque ranchero, son tan finas como las del más noble caballero; usted, niña, con la educación que le dieron, va a mejorar de condición mi raza, yo la amo con ardor, y no podrá encontrar quién la estime con la pasión y desinterés que yo, conque no me desprecie porque me ha visto pobre, ahora gracias a Dios tengo mis medicitos y podré presentarla como usted se merece por su distinguida clase; determínese usted y cuanto antes labre mi ventura.

—Mira, Chepe —me contestó—, lo de menos era casarme contigo, yo también te aprecio y te vivo muy agradecida; pero soy muy fodonga, tengo muy mal genio, tú has visto mejor que ninguno que me criaron muy consentida, no sé tentar una escoba, ni menos me gusta poner un pie en la cocina; en fin, me acostumbraron a los chiqueos y soy la mujer más inútil.

—Pues, niña —le contesté mirando que sus excusas eran frívolos pretextos—, en cuanto a eso nada tiene que decirme, y si ésa es la dificultad yo la venzo diciéndole que yo no la quiero para criada, sino para ama, que si le merezco ese aprecio que dice me tiene, me diga francamente que sí, pues lo demás corre de mi cuenta.

—Pues si tú te empeñas y no haces mérito de mis defectos, qué he de hacer, dispon de mí lo que quieras.

Loco de contento no pude menos que abrazarla, y al mes era yo el mortal más feliz; como a los tres estaba comenzándome a arrepentir, porque empezó a demostrarme su mal genio; a cada paso eran los regaños, tratándome de sandio, berengo, imbécil, etc., después a todo era lo de bestia, bruto, tomajón y rara vez la encontraba contenta. Yo duplicaba mis obsequios y me afanaba en complacerla para tenerla a gusto; llegaba del campo y me la quedaba contemplando, y al mirarla tan bonita, muy guapa y alisada oliendo a perfumes decía para mis adentros:

—¡Qué lindas son las catrinas! ¡Qué chula es mi mujer! Dios la bendiga; soy el hombre más dichoso.

En una de tantas veces como me recreaba con su vista, no pude contenerme de un frenético arrebato, y cuando menos lo pensaba, la abracé con muchas ganas estrechándola contra mi pecho; trató de chisparse con el rostro encendido de cólera, y cuando yo esperaba siquiera una leve sonrisa, se me escapó diciéndome llena de rabia:

—¡Qué bruto eres y qué barbaján!, cómo se conoce que eres un meco ordinario.

—¿Por qué te enojas, mi vida? ¿Qué mal hago con abrazarte?

—No estoy hecha a sufrir esos ultrajes, no parece sino que abrazas a una mula; todos los abultados me has machucado —y comenzó a desarrugar muy enojada unos armazones de pontibí como faroles que se ponía en los brazos.

—No lo hice con intención de ofenderte, chula.

—Eso está peor; chula; ¿pues quién piensas que soy, grandísimo bestia?, chula,

bonita yo para que me trates como a las zapateras; ya se ve, cada cual da lo que tiene, tú no tienes la culpa, sino yo que por agradecerte cuatro trapos ordinarios que me diste, descendí hasta tu despreciable esfera.

—No te agravies, Elisa, todo lo hago por cariño.

—Pues malditos sean tus cariños si sólo sirven para recordar mi degradación, no me gusta que me confúndan con la gente vulgar, cuidado como te acontece volver a faltar al respeto que merece una señora; eres cada día más insufrible, más soez y más ladino.

Pasaron algunos días, en que me estuvo poniendo mala cara y ya era necesario pedirle licencia para hacerle una caricia la cual admitía o no, según estaba de humor, y poniendo condiciones.

Otro día inadvertidamente le hice un cariño cogiéndole la barba, y se me puso como una leona, se la refregaba llena de rabia maldiciéndome porque le había tentado el rostro con mi manota sucia de caballo; por supuesto en cada cosa de éstas se iba desatando en improperios, sin bajarme un punto de meco, lépero, ordinario, bruto y cuanto se le ocurría. Como se hallaba embarazada, yo pensaba que aquel aborrecimiento al señor, era cosa consiguiente a su estado, pues ya había visto que como las vacas, algunas se embravecen, cogen mañas, resabios o se vuelven antojadizas.

Salió de su cuidado dando a luz una chiquilla. Ya con anterioridad teníamos cama separada, le molestaba mi mal dormir, mis ronquidos le quitaban el sueño, y habiéndose enfermado Lupe de escarlatina, tuve que mudar hasta de habitación, pues porque no se contagiara puse a mi pobre hermana en otra pieza bastante separada. Entonces se acabó de llevarse todo judas; todo el día estaba apoltronada teniendo a la niña en brazos, y Lupe sirviéndole de pilmama; la causa de su mal humor cesó, pero el aborrecimiento seguía con más extremo, si le hacía un cariño a la niña me regañaba, se le figuraba que la exprimía, que la desmoronaba entre mis manos de gañán, o entre mis garras de salvaje; si no la acariciaba, entonces decía que era yo un Nerón, que las fieras más fieras lamen a sus hijos, no había medio para estar en paz, la inicua estudiaba el modo de molestarme a cada instante, se complacía en humillarme, yo agachaba la cabeza y hacía lomo, no estaba en mi arbitrio mejorar de situación.

Un día se incomodó con mi tía, la echó de ama de la casa, y se dijeron mil claridades, siendo ese motivo para que se separara de mi lado; al irme al campo me dijo con tono imperioso:

—¿Ya sabes que se va ahora mismo la meca de tu tía?

—Sí —le respondí de mal humor, huyendo de que me metieran en chismes—, ya le dije que se establezca donde guste, le voy a pasar su diario —y me salí presuroso. Me entretuve en las labores, volví hasta las cuatro de la tarde muy asoleado y muerto de hambre. Apenas me fui presentando cuando parándose como gallo me dijo:

—De veras, Chepe, que cada día eres más inconsecuente y malvado, ¿no te dije

que se iba tu da?

—Sí, ¿y qué resulta de eso?

—¿Como qué?, que debías luego luego mandar quien guisara, y no que ya son las cinco de la tarde y no hemos probado un bocado, ni lumbre tiene el brasero; ya sabes que yo no he de poner un pie en la cocina.

—¿Pero mujer, es posible que seas tan inepta que ni por tu propia conveniencia sepas hacer un par de huevos estrellados, una cazuela de arroz, o cualquier cosa para no quedarse sin comer?, ahí tiene en la despensa recaudo bastante, dispón algo.

—Esas bajezas se quedan para ti que te has criado de garbancero, acuérdate bien que he sido tu ama, que te conocí pilhuanejo de mi hermano donde te vestías de sus desechos, anda a guisar tú que lo has aprendido fregando los trastes de mi casa; yo te advertí que era una niña criada con chiqueos y en buenos pañales; tú me dijiste muchas veces que no querías criada sino ama, por eso me he sostenido, y mejor me moriré de hambre que arrimarme al brasero, acuérdate que te lo dije.

—No más, mujer de toditos los diablos, me engañaste con la verdad, me dijiste también mil veces, que eras una puerca fodonga, y yo fui tan bestia que lo dudé, a pesar de estarte mirando hecha una pordiosera, inmunda, trapienta, asquerosa, reniego de mi torpeza.

—Y yo reniego también de mi sensibilidad, de creer que eras hombre de buen corazón; pero ahora conozco que no sólo eres un meco sino un ente despreciable; mira, mira estas venas azules, por ellas corre sangre noble, compara tu cara con la mía, avergüénzate de tu clase majadero, yo soy de buena descendencia, mis gentes no han sido gañanes; mira, mira mi pelo más fino que una seda.

—Pero seda llena de buñiga y...

Me largué a la cocina a disponer algo para comer, pues consideraba no a ella sino a mi hermana, y a la chiquilla que apenas contaba tres meses. ¡Malditas, malditas sean las catrinas! —repetía yo—, que como mi mujer no saben más que dar carita: ¡que Dios no le mande un rayo!, soy el hombre más bruto y desgraciado, merezco un aparejo.

Me volví a llamar a Lupe para que soplara mientras hacía yo alguna otra cosa, y al verla salir me dijo:

—Eso es, llévatela, ¿pues quién limpia a la niña?

—Que la limpie su madre —le respondí lleno de cólera llevándome a mi hermana.

Hice un cazuelón de arroz y asé una poca de carne; le mandé su ración, y fue tan sinvergüenza que no quedó conforme, y le puso mil defectos. Ensillé después y con mil afanes logré traerme a una mujer para cocinera, renegando contra mí mismo por majadero; yo tenía que vigilar lo de la cocina, Lupe era muy chica, y aquella maldecida catrina se acochinó. No volví a entrar en su pieza para nada; era huésped de mi casa y sólo el cariño de las chiquillas me hacía llegar a revienta cinchas, pujando y agachando la cabeza: sólo para pedirme algo me buscaba, cada rato me

salía con que ya no había pañales; compré una pieza de hamburgo y se la di entera; luego pedía pañuelos, le daba una o dos docenas, y así cuanto se le antojaba, pues me chocaba su presencia; por último, me empezó a poner mejor cara y con el pretexto de que la niña me extrañaba, cada rato me la traía para que la cogiera yo tantito, la besara, y mil mañitas con que me estaba desenojando; yo no soy rencoroso, calculé el negocio, y me dije a mi mismo:

—Esta mujer es interesable, pues tope en el dinero por tal de tener paz.

—Mira, Chepe —me dijo una vez—, mira qué chula es mi hija, parece que la escupiste, es tu vivo retrato.

—Chula, chula, ¿acaso es zapatera?, y luego mi retrato, ¿eh?, pues apenas hay gente más villana, mira mi cara, mira mi pelo, por estas venas prietas corre sangre de burro.

—No me devuelvas mis palabras, Chepito, no seas venal, me ofendiste en lo más delicado, eso ya pasó y perdóname. Acompañó esto de un halago y se acabó todo, a pocos días recordó el día de su santo, y me dijo:

—No vayas a hacer de tus cosas, cómprame para mi cuelga género bastante y para las chiquillas también, quiero tener el gusto de verlas vestidas de seda, hay tan bonitos groses, rasos...

—Ya pareció aquello —me dije a mí propio—, y nada quiere el cura; los artículos al revés, veinte o veinticinco varas de raso y todo lo consiguiente; chamusqué treinta y cinco cargas de maíz y la puse como una marquesa por tal de tenerla contenta.

Estaba yo a pocos días en la azotea, tendiendo mazorca, cuando vi una gran polvareda que se acercaba; luego distinguí perfectamente ser gente armada; me bajé a esperarlos al zaguán suponiendo que serían los del destacamento de la villa y hasta que ya estaban a cuarenta varas no pude conocer al jefe que iba delante; me quedé frío al reconocer a don Carlitos que juzgábamos por muerto, luego que se me acercó, empuñó su lanza, metió espuelas a su caballo, y partió sobre mí furioso gritando:

—*Ahora me la pagarás, Bototas, yo te enseñaré a quedarte con el santo y la limosna.*

Me metí precipitado para el patio, di vuelta a un zencolote y como gato me trepé hasta arriba echándome de barriga sobre la mazorca; él entró ciego de cólera buscándome por debajo con la punta de su lanza; sus compañeros se metieron a las otras piezas y caballerizas buscándome; Lupe que estaba en el corredor cargando a la chiquita, azorada corrió con ella para el gallinero y allí se escondió. Al ruido de los caballos y voces salió Elisa inquieta, y al ver a Carlos dio un grito de sorpresa diciendo:

—¡Cómo!, ¿no me engañan mis ojos? ¿Vives aún Carlos de mi vida?, ya te he llorado por muerto, he derramado muchas lágrimas por ti.

—Anda allá, ingrata —le respondió—, ya me contaron tus gracias, te has casado con ese mentecato; pero no perdamos tiempo, sube en ese caballo que está ahí ensillado, y marchemos, sólo por ti he vuelto por estos andurriales.

—Pero Carlos, ¿olvidas que soy casada?

—Pronto te quitaré esos escrúpulos, di mejor que eres viuda; búsqüenme a ese pícaro de Bototas para colgarlo, y continuaron no buscándome, sino saqueando.

—Anda, Elisa, con un demonio y no me repliques, porque nos vienen picando la retaguardia.

Arrimó su caballo y la estiró del tapalito.

—Si yo no sé andar sola, Carlitos, ese animal me tira.

—Échese a esta rotita en la silla, cabo Sánchez —ordenó— toca llamada y trote, clarín.

Todo se hizo en un instante, robaron cuanto pudieron, por entre mis milpas trillándolas a su antojo, arreándose mis caballos y mulas mansas del llano, y lanceando bueyes y vacas, no más por perjudicarme, se retiraron.

Yo que todo lo estuve oyendo, daba de barato cuanto se llevaron, incluso a la maula de mi mujer, con tal de escapar el pellejo pues por momentos esperaba que me encontrarán, y no tenía la menor duda de que me colgaran en los mismos fresnos que yo sembré, pudiéndome más que el robo de mi mujer, verla que con una carita de fiesta se montó muy contenta de la aparición de su Carlitos, y partió gozosa, sin acordarse de su hija.

Así que se perdieron de vista, me arriesgué a bajarme temeroso de que volvieran, busqué a Lupe, y cuando estábamos lamentando mi saqueo, llegó la tuerza de la villa, me creyeron en relación con el bribón de Carlitos, también robaron lo que les pareció, pretextando que yo lo había ocultado, catearon la casa y dispusieron llevarme preso por haber dado abrigo y socorros al enemigo, pues se encontraron en la caballeriza un caballo muy asoleado que relevaron con uno mío; me resistí, y después de darme de trancazos, tuve que caminar a pie y andando entre filas hasta la villa, en donde me sambutieron a la cárcel. Aquí me tienen ustedes que en un instante me sucedió cuanto dice el refrán, tras de cornudo apaleado; en la cárcel, robado, y para alivio de mis penas, Lupe con una india de la ranchería me fue siguiendo cargando a la chiquita, llorando mi hermana de ver mi situación, y mi hija de hambre, pues no había quién le diera de mamar y sólo contaba siete meses. Mientras que yo fui conducido a la cárcel anduvieron de casa en casa pidiendo de caridad quien le diera el pecho, y quiso la Providencia que hallaran a una tortillera que estaba criando, y por dos reales diarios servía de media leche. Merced a varios amigos que se empeñaron en diligenciar mi libertad, pude salir bajo fianza a los veinte días, costándome más de cien pesos el negocio, y además cuanto me siguieron robando en mi casa mis mismos sirvientes y peones. La maldita cocinera también cargó con cuanto pudo, y me encontré mi casa absolutamente abandonada, la chichihua no quiso seguirnos y me resolví a correr un albur acabando de criar a la chiquilla con té, con leche y papilla de bizcochos; no encontraba una criada de confianza y por no merecer favor, me propuse no ocupar a persona extraña en cuanto me fuera posible. Para mis dos chiquitas y yo, conmigo sobra, me dije, dicen que la reclusión es propia para las niñas; Lupe puede

acostumbrarse a estar encerrada, ya tiene largos nueve años, con mi hija se entretiene como si fuera su muñeca; le traeré juguetes, le dejaré la última pieza, la zotehuela, la cocina, el jardincito para que no se contemple encerrada; les pondré por guardianes unos buenos perros en la azotea, y por aquí en el patio otros tantos para que me las custodien; yo sólo entraré y saldré dejando todo bien cerrado; en resumen voy a constituir mi casa en un disimulado convento, porque si no, mi hermana crece, me la engaratusa cualquiera, y a la mejor ocasión me quedo sin luz, sin vida y sin dueño; adelante, Chepe, a formar el monasterio, ya está dicho.

Mandé tapar las ventanas, alzar la citarilla de la azotea para que no se fuera a desbarrancar una muchacha; conseguí seis perros magníficos, dos para abajo y cuatro para la azotea; me levantaba, hacía nuestro desayuno, dejaba puesta la ollita del puchero, arrimando el té de la niña; cerraba mis puertas; coloqué en los bastos de la silla una bolsa de vaqueta para mis llaves; volvía a buena horita a sazonar el caldo, a hacer la sopa y algunos otros bocaditos, comíamos muy tranquilos, Lupe era muy acomodada e inteligentita, de manera que al año ella era todo: ama, criada pilmama y cuanto hay, con tal empeño, que solita hacía vestiditos y se cosía allá como Dios le daba a entender. Al reformar la casa me encontré con la recámara de mi idolatrada esposa apestando a zahúrda de cochinos; la muy puerca no era ni para sacudir su cama, estaba el colchón podrido y lleno de gusanos; por un rincón, pedazos de hamburgo nuevecitos, sucios de la niña, no más cortaba género y en la primera servida lo hacía bola y al rincón; así había allí pañuelos, enaguas, tunicos, tápalos, y cuanto trapo llegaba primero a sus manos; del ropero que escapó de los cateadores no se diga, era un nido de ratones, la bacinica tenía un dedo de sarro, nunca supo lo que era escoba, una tabla entera de botes de pomadas rancias que compraba a los barilleros; hasta el peine era una plasta de mugre con uno que otro diente asomando. Fue tal el horror que aquello me causó que todo lo mandé sacar al patio y le prendí fuego. Se aplanó y blanqueó la pieza de nuevo y la destiné para pajar, diciendo al ver aquella pocilga:

—¡Malditas, malditas sean las catrinas como Elisa! ¡Dios se lo pague a don Carlitos que cargó con la mula! Con la otra olla del dinero enterrado que me dejó mi padre, repuse mis pérdidas y comencé de nuevo a trabajar, y así solito con mis muchachas, sin más necesidad que de lavandera, a la cual cada mes le recogía la ropa limpia, pues mandé hacer harta para no estar con miserias, y comprándole tortillas a una de la ranchería, pasé largos cuatro años con mi despensa bien habilitada, y ya restablecidas mis pérdidas, empezándome a poner en cuidado Lupe que creció mucho, y cada día se ponía más buena moza; era muy alegre y hacendosita. Llegó el día de su santo de mi hija y dispusimos festejarlo; mató una pipilita para guisarla en mole poblano.

Al llegar del campo al mediodía, me chocó mucho ver sentada en el quicio del zaguán a una mujer andrajosa, sucia y enmarañada que desde que me vio venir se cubrió la cara con unos chirlos de rebozo. Me supuse que sería una de tantas

limosneras que en un descuido cargan con lo que pueden; abrí el portón, metí mi caballo, y eché el cerrojo. Estaba yo dando agua cuando oí que tocaban la puerta; como a nadie esperaba, y los perros que salieron a recibirme la olfatearon, ladraban furiosos, no quise abrir sino que calculando que sería la limosnera, me acerqué y por debajo le arrimé una peseta diciéndole:

—Tome esta caridad, mujer, prosiga su camino, aquí no hay dónde se hospede y la villa está retirada.

Metí mi caballo a la caballeriza a que echara un pienso; seguí abriendo puertas hasta llegar al comedor; me encontré a mi hija vestida de ropita nueva, la mesa enflorada, su borreguita y dos cabritas con que jugaba muy adornadas; en fin, la pobre de Lupe no hallaba cómo sorprenderme; nos sentamos a la mesa muy contentos a tomar el mole susodicho y demás bocaditos que se aumentaron; volvieron a repetirse los toquidos al zaguán; los perros salieron furiosos ensordeciendo a todos con sus ladridos y alborotaron a los de arriba.

—¡Qué gente tan necia! —dije enojándome.

—¿Pues quién es tú?

—Una limosnera a quien acabo de dar una peseta.

—¡Ah! sí, ya la vi desde la azotea andando por los ranchitos mendigando, tal vez la pobre tendrá mucha hambre, y aunque le diste la peseta por aquí no hay qué compre con ella; llévale un bocadito a esa infeliz.

—Dices bien, pónmelo en una ollita para dárselo y que se vaya para que no nos esté inquietando a esos animales que nos atarantan y molestan, cuando estamos más contentos celebrando a esta chatilla tan guapa.

Me habilitó una ollita con una buena ración, le puse encima unas tortillas, una torta de pan y salí a darle el bocadito; por no abrir mucho el postigo y que se fuera un perro a salir y se precipitara sobre ella, sólo abrí lo suficiente para que me cupiera la mano, incliné el brazo para el lado donde estaba, quién sabe que me dijo con voz balbuciente que por los perros no distinguí; pero al ponerle en el suelo la ollita, le dije:

—Cómase ese bocadito, y lárguese, no me muela más, por el amor de Dios, porque le suelto los perros por necia y porfiada; ya le dije que aquí no hay alojamiento.

Volví a correr el cerrojo y me metí a concluir nuestro festín. A la hora acostumbrada me salí para mis quehaceres, y me causó sorpresa encontrarme con la mujer allí arrinconada; la olla en el sitio que la puse y más adelante la peseta que le eché primero; me acerqué a ella con demasiado asco; le destapé la cara, tenía el cabello apelmazado, sucio, lleno de piojos, la frente prieta de la mugre y tostada del sol lo mismo que el rostro, los brazos sarnosos, en fin, asquerosísima. Mi primer pensamiento fue que estaba borracha; la toqué con el pie, le moví la cabeza y después de mil tentativas echó un suspiro, se incorporó, abrió los ojos medio enchilados, me vio fijamente, se hincó de repente y abrazándome las piernas me dijo:

—¡Perdón, Chepe, perdón a Elisa que con su llanto moja tus pies!

Si un rayo me hubiera caído en ese instante, no me causaría la impresión que me hizo escuchar esas palabras, y aunque lánguida, reconocí su voz.

—¡Quita de mi presencia, maldita! —le dije lleno de cólera y apreté en la mano la llave del zaguán con intención de darle, como dice Astucia, una y buena por el alto de los rubios; ella sin aflojar sus brazos prosiguió:

—Conozco mi delito, José, por eso imploro tu perdón, otórgamelo y mátame, te he ofendido, tú eres mi dueño, sólo he venido a pagar mi crimen; por el Santísimo Sacramento perdóname y mátame, compadécete de mi situación, mírame, ¿me conoces? Demasiado he expiado mi delito, ya no tengo sufrimiento, quítame de padecer —y sentía yo humedecer mis zapatos con sus lágrimas.

—No debo yo de ser tu verdugo —le contesté—, y aunque soy una bestia, barbaján, sé cumplir con mi deber; levántate, mujer, yo te perdono, y así Dios te perdone tus pecados.

Se paró queriendo arrojarse en mis brazos y la contuve diciendo:

—¡Alto ahí señora!, no llega a tanto mi bondad, demasiado ha conseguido con desarmar mi cólera al ver su miserable estado, yo no estrecho en mis brazos más que a las personas que merecen mi amor; el hombre ofendido la perdona, pero el marido burlado, jamás; si no quiere acabar sus días en la miseria, si el hambre y desnudez la han traído a mis puertas, yo la remediaré siempre que sumisa obedezca mis órdenes; ya que no ha sabido guardar mi honra y ha desacreditado las venas azules, el sedoso pelo y la sangre noble, es preciso que observe nuevo género de vida.

—¿Pero podré contar con tu afecto, José?

—Por ahora sólo le aseguro mi deber, ya veremos para más tarde si lo sabe granjear, eso depende de usted misma, señora, de la conducta que observe y de los méritos que haga para merecerlo.

—Pues dispón lo que gustes, obedeceré tus preceptos.

—Alza esa caridad y vete para el jagüey, allí me esperas.

Recogió la ollita y la peseta y se fue para el punto indicado. Volví a abrir mi zaguán y demás puertas. De la ropa limpia de Lupe, mientras estaba entretenida en asear la cocina me saqué un vestido completo y por añadidura un pan de jabón, estropajo, un peine, dos sábanas, un cobertor: en fin, cuanto me pareció indispensable, y me salí con mi maleta en los tientos. La encontré sentada junto al agua acabándose de comer el mole frío con demasiada apetencia.

—Báñate ahí —le dije—, refriégate bien, por el amor de Dios, péinate, tira esos harapos por ahí lejos, vístete con esta ropa y me esperas allí al pie de aquel tejocote.

Partí a media rienda para el rancho de Viborillas; mandé desocupar una pieza que tenía con cebada en greña, que la barrieran y sacudieran; con paja y mantas formé un nido y mandé a un peón al pueblecito vecino por recaudo, carbón, velas, trastes; en fin, por cuanto calculé que allí podría encontrar, y me volví al galope. Ni yo mismo la conocía a las dos horas de haberseme presentado, me la eché en el caballo y volví

para Viborillas atravesando la loma por ser mejor camino, aunque más largo.

—No vayas a ser tan tonta —le dije—, que cuentes por el rancho tus aventuras a las mujeres de los peones que allí viven; toda es gente extraña que no te conoce; no quiero que mañana resuciten los hechos de mi deshonra y tu infamia, que se han medio olvidado con los cuatro años largos transcurridos; como criada en la soledad y retiro de un claustro, puedes vivir allí sin que nadie perturbe tu reposo, arregla tu conciencia con Dios que sin palo ni cuarta te ha hecho conocer lo errado de tu camino; allí tendrás cuanto necesites para vivir sin miseria; yo procuraré que nada te falte; voy a ver si por casualidad te ha quedado alguna gota de la sangre noble, que corría según afirmabas por tus venas azules, y una migaja de aquellos descartados principios de religiosa vida y buena educación. En la Elisa que yo perdí suponía esas bellas cualidades, y si en la que ha llorado sus faltas a mis plantas, no palpo y me satisfago de esas prendas, jamás le volveré a ofrecer mi corazón, ni confiarle mi honra, ¿lo entiendes? ¡Jamás!

Toda su contestación era llorar; con segunda intención le llevé rebozo y enaguas, y desde ese día me hice el ánimo de que no volviera a usar otro traje.

La infeliz muy alucinada con la resurrección de don Carlitos partió con él muy gozosa. Él suponía que le podía ser útil en algo; pero así que vio que era un mueble molesto que más bien servía de estorbo, inepta y puerca, le dio sus patadas por fodonga, la reemplazó con una rancherita como la necesitaba. Mirándose despreciada del jefe y sustituida por una de enaguas y rebozo, tomó venganza enredando el trompo con un oficial tan guapo, que la alquilaba a sus compañeros y la tenía muerta de hambre. Acabando con la ropita que se llevó, le dieron muy pronto de mano y fue descendiendo de grado en grado, hasta ser soldadera, distinguiéndose entre las de su clase por la *Rota Cuartelera*, que así era públicamente nombrada, porque no salía siguiendo a la tropa, sino que se quedaba sirviéndole de mofa y diversión a los que entraban de guardia, por tal de que le dieran algo que comer y tener casa en que vivir; y por supuesto era la más degradada y sinvergüenza, hasta el extremo de tener que correrla los cabos a varazos, y de mendiga, desnuda y hecha un harapo, no le quedó más recurso que volver a mi casa.

La dejé esa tarde en Viborillas poniéndole tres pesos en la mano y un canastón con trastes y recaudo, diciéndole:

—Prende lumbre y haz tu cena, con este dinero mandas comprar lo que se te ofrezca; como ya desde hoy serás de enaguas y rebozo, no será mal visto que te arrimes al brasero y guises tu comida, bastante has desacreditado el tuniquito que usabas, y sólo te lo pondrás cuando con hechos de gente fina vea que lo mereces.

Llamé a las rancheras y les dije:

—Obedezcan a esta señora en cuanto mande y se le ofrezca, yo les daré su gratificación.

Seguí llevando todos los días cuanto era necesario, y a los ocho ya estaba el cuarto bien abastecido de muebles, trastes y ropa abundante. Una de aquellas indias le

servía de cocinera, porque la niña Elisa ni para su conveniencia fue buena; yo iba de cuando en cuando, muchas veces ni me apeaba, y si entraba al cuarto era para hacer berrinches, porque allí estaban los géneros rodando de silla en silla, la canasta de costura era un basurero; una mesa que parecía un botiquín porque todo su empeño era comprar pomadas; no había por allí ningún santo o estampa, pero sí cuatro o cinco espejos de todos tamaños, y yo decía para mí:

—Esta charchina no larga la mondalera, mas que la ponga en la trilla, qué bien hice en no meterla en la caballeriza, que engorde por aquí lejecitos y lástima que no me sirva ni para enyerbar coyotes.

Ella empezó a mostrármese querendona, me contó que estaba haciendo confesión general y con ese pretexto iba al pueblito los domingos, y se daba sus buenas paseadas.

—Oye, Chepe, —me dijo una ocasión—, no seas más cruel conmigo, hazme la gracia por vida de lo que más estimes de que vea yo a mi hija, a la hija de mis entrañas.

—Me pides un imposible, mujer —le contesté—, tu hija no existe, tú eres causa de su muerte, la infeliz criatura estaba atendida a que la alimentaras con la leche de tus pechos; te largaste con tu primer amor, desconociste la voz de la naturaleza y la abandonaste; la criatura lloraba de hambre, yo no tenía ese sustento que tú le dabas; escuchaba su llanto desde la oscuridad de mi calabozo; Lupe mendigando de puerta en puerta con la niña en los brazos, en vano imploraba la caridad cristiana, ninguna mujer quiso quitar a su criatura su sustento para nutrir a la tuya, y era fuerza que sucumbiera; si logras que Dios te perdone y te conceda su santa gloria, allá la verás seguramente.

—¡Cómo!, ¿mi hija no existe?

—No, mujer, y extraño tu sorpresa, desconozco esas lágrimas.

—Soy madre y lloro por la hija de mi corazón.

—Vale más tarde que nunca, y ninguno conoce el bien hasta que lo ve perdido; fuiste madre, es verdad, pero madre de chinche, más fiera que las mismas fieras, pues éstas no sólo lamen a sus hijos sino que jamás los abandonan, y mientras necesitan de su apoyo los alimentan y abrigan aun a costa de su propia existencia; pero dejemos de digresiones fastidiosas; sobre lo pasado echemos un velo; procura arreglar tu conciencia, y estando criada en el retiro de un claustro, puedes constituir este albergue en un monasterio, dedicarte a la virtud, y practicar las acciones de que tu noble corazón está dotado, observando una vida arreglada como la hace la gente fina, que criada en buenos pañales conoce sus deberes; ya que por una fatal casualidad se te olvidó que corría por tus venas sangre azul, y corriste a hacer pública tu maldad, mi deshonor y sobre todo tu fina y esmerada educación; todo lo disimulo, te perdono que hayas burlado mi persona, deshonorado mi nombre, ultrajado mi casa, faltado a la fe conyugal, en fin, cuanto mal me has causado; pero nunca el que por prostituirte hayas abandonado a una inocente criatura que se alimentaba con la leche de tus

pechos, sacrificando su existencia a tu vicio; ¿qué culpa tuvo ese angelito para que tan cruelmente la despreciaras?, en fin, te repito que sobre eso no quiero atravesar palabra; para que no por necesidad vuelvas a faltarme, cuenta con que aquí tendrás comida, casa y abrigo.

—¿Pero y tu amor, por qué me lo niegas cuando me has dicho que me perdonas?, no tengas corazón de roca.

—Porque el amor que tuve a mi esposa se lo dediqué a mi hija, y como ésta murió, murió con ella, nunca ha sido mi fuerte el amar, y la degradante clase a que pertenezco, sólo ama por humorada como las bestias a quienes tratan íntimamente.

Para evitar la ocasión iba a Viborillas lo menos posible, ella se fue haciendo de relaciones en el pueblo hasta que al fin encontró un entretenimiento que fue más condescendiente que yo, como lo llegó a averiguar tomando cartas en el negocio este zángano Tapatío, que habiéndose radicado en San Felipe acabó de volverme tarumba.

El resto de mi desdichada historia está ligada con la de este bribón que de amigo, se hizo mi hermano, luego compadre, y por fin, hasta el padre de mi hija, el amo de mi casa, y a quien le debo no haber hecho una fechoría con esa maldita catrina que hizo conmigo cera y pabilo, pagando su vil proceder del modo más horroroso, de manera que si últimamente he tenido tranquilidad es debida a las travesuras, petardos, mentiras y cóleras que me pegó este tunante para dorarme la píldora y entompeararme.

—Pues cuéntanos, Juan —dijo Astucia al Tapatío—, tus primeras aventuras, para que después sigas con el término de las de tu compadrito, hermano y mediero, ya que se hallan ligados tan íntimamente.

—¿Cómo está eso de mediero? —replicó Chepe.

—¿Pues no dices que por fin es también Juan Navarro el padre de tu hija?, luego al cabo llegaste a descubrir que Elisa y él te...

—No prosigas, indino, eso que he dicho de mi hija, es porque fue tan pillo, que a un tiempo enamoró a Lupe y se ganó el cariño de mi chiquilla, que ocasiones me causa celos al ver que le hace más mimos que a mí que soy su verdadero padre.

—Pues no se me enfosque por eso, tata Chepito, búsquese por ahí otra catrincita de sangre azul, a ver si acaso un clavo saca otro clavo.

—¡Un demonio me lleve primero!, si no me canso de repetir: ¡Malditas, malditas sean de Dios las catrinas!, que como la difunta, son la afrenta de las de su clase.

Quedó pendiente la narración del Tapatío porque ese día llegaron a las caleras, y Astucia se adelantó a rescatar la carga mientras los otros recogían tercios en los sitios que de antemano les tenían puestos los cosecheros.

Como a pesar de los ardides del Bulldog, a cada paso eran burlados sus planes, aquel hombre de día en día discurría el modo de poder exterminar a los Hermanos de la Hoja que eran su pesadilla, poniendo en práctica cuanto le parecía, aunque para conseguir su fin empleara los medios más infames, teniendo un formal capricho de vengarse de Astucia en recompensa de haberlo dejado vivo la vez que le regaló su

yoga, la cual diariamente le recordaba sus agravios; interesó a ocho hombres de su tropa ofreciendo diez onzas de gala al que le pegara a Astucia el primer balazo; los emboscó en un pinal con que se denomina el Paso del Muerto, una estrecha vereda a la orilla de un profundo voladero que en el paraje más ancho apenas tendrá una vara, y como veinticinco o treinta de largo, a la falda del cerro llamado de las Carboneras; mandó a un tal Silvestre que con engaño hiciera pasar por allí a Astucia, y que después se le escabullera entre los breñales, y al regresar solo y chasqueado, lo fusilaran los emboscados que a cincuenta o sesenta varas mandó agazaparse en el pinal, y él con su asistente el Bandolón, se fue a situar bastante retirado, casi en la punta del cerro para dominar el sitio y ver perfectamente sin ningún riesgo asesinar a su mortal enemigo, haciendo pie en una meseta o retajo donde a la sombra pudiera observarlo todo, diciendo:

—Mas que me cueste diez onzas cada charro, yo he de lograr exterminarlos, comenzando por su vanidoso jefe.

Volvía Astucia para su jato después de recoger algunas cargas que había comprado, cuando se le presentó en el camino un rancharo en un caballo prieto regular, ofreciéndole tres tercios de tabaco, y enseñándole la muestra de calidad suprema.

—¿A cómo da su rama, amigote?

—Señor, a nueve pesos.

—Pues una de dos, o está revuelta, o quiere usted perder el dinero.

—Nada de eso, señor, tengo un compromiso y por eso la doy barata.

—Ésa es otra cosa, vamos a verla, y si me gusta se la pagaré a su justo precio, pues yo no cojo a los hombres con los dedos tras de la puerta.

—Vamos y la vera su merced empacar en su presencia.

—¿Que está muy lejos?

—No, señor, aquí nomás en la cañadita de las Carboneras, la mandé acarrear allí para tenerla segura y más inmediata, porque de cualquiera manera estaba resuelto a que usted se quede con ella.

—Pues vaya andando que yo lo sigo.

Quebró su caballo, silbó a su perro, y se fue tras de aquel hombre sin sospechar lo más mínimo.

Pepe, que a la sazón venía por otro rumbo con más tercios, desconfió de aquel hombre. Conocía perfectamente el paraje para donde iban, y temeroso de una traición le dio su caballo a uno de los arrieros diciéndole:

—Vete aprisa para el jato y diles que estén listos.

Tomó su carabina, y a pie se fue siguiéndolos. Apenas acababa de llegar el arriero con el recado y caballo de Pepe, cuando apareció uno de sus galgos preguntando:

—¿Dónde está el amo Astucia, dónde está?

—¿Qué sucede? —replicó el Tapatío.

—Que dice don Serapio que en el pinal del Paso del Muerto, están emboscados

ocho hombres para fusilar al que vaya a ver tres tercios de tabaco que les ha de venir a ofrecer uno de un caballo prieto, y que él está en la meseta de la Carbonera con el Bulldog.

—¿Por dónde anda el jefe? —gritó Chepe Botas.

—Ya se fue con ese sujeto para la cañada —respondió el arriero que acababa de llegar—, y el amo don Pepe se fue a pie detrás de ellos.

Silbó el Tapatío y al instante se reunieron todos, y les preguntó:

—¿Quién de todos ustedes sabe el camino más corto para el pinal?

—Yo —respondió Tacho.

—Pues mira, galgo, alcanza a Pepe y dile que Tacho con ocho hombres se va a darles su susto a los emboscados, que yo con Alejo me voy para atrapar al Bulldog en su mirador, que se suban por el recodo para que allí todos nos juntemos: pica y arrea, no te dilates.

Tacho desde luego con su gente se emboscó y brincando como cabras por las malezas y matorrales entraron al pinal a toda prisa sin ser notados; tomó posesión de los puntos que juzgó mejor para caer sobre los emboscados que aún no había descubierto, avanzando su línea poco a poco para atraparlos. El Tapatío y el Charro, montando a caballo y dando un rodeo fueron a caer a la Carbonera, donde se reencontraron con el Bandolón teniendo los caballos, y Chepe Botas con cuatro arrieros sobre las armas, vigilaban las mulas y cargas para que no fuera una estratagema y que sorprendieran el jato. El galgo alcanzó a Pepe y lo impuso de todo previniéndole que en la meseta sería el punto de reunión.

—Vuélvete —le contestó—, y ayuda a custodiar las cargas —y se siguió avanzando dentro del monte para pasar primero que Astucia el estrecho del Paso del Muerto, que lo atravesó a gatas sin que lo hubiera percibido nadie, prosiguiendo a cierta distancia en observancia.

—¿Adónde está tu amo, Bandolón? —dijo el Tapatío al llegar con el charro a la meseta.

—Se acaba de bajar a la ladera para ver mejor el lance y saborear su venganza; mírenlo allí sobre aquella peña que no cabe de gusto, desde que vio pasar a Silvestre que va cabestreando al amo Astucia, y según lo que veo les llegó mi aviso a buen tiempo; no pude anticiparlo porque ignoraba yo sus disposiciones; pero ya estaba yo resuelto a que si ese maldito se salía con la suya, no gozara en su triunfo, sino asesinarlo también por alevoso; creo que no llegará ese caso y tendrán tomadas sus precauciones.

—Sí, Bandoloncito, contestó el Charro, sólo una desgracia inevitable podrá causarnos pesadumbre; chupa un puro y esperemos aquí agazapados.

Silvestre el guía de Astucia, así que lo pasó un buen trecho más allá del desfiladero, empezó a andar por allí subiendo y bajando, exclamando:

—¿Por dónde habrán esos malditos amontonado el tabaco?, espéreme aquí tantito su merced, voy a buscar allí arribita —y se encumbró a toda prisa perdiéndosele de

vista; así que pasó un buen rato conoció Astucia su chasco, y lleno de cólera se volvió paso a paso, renegando de su condescendencia, con su carabina terciada en la cabeza de la silla; como a las ochenta o cien varas antes de pasar por el Paso del Muerto, se oyó un disparo y la bala dándole en la falda del sombrero se lo quitó de la cabeza.

—¡Ah, traidores! —exclamó agachándose a recogerlo; a ese tiempo salió Pepe, que al oír el tiro y ver balonearse a su hermano se figuró que lo habían doblado.

—¿Qué ha habido, Lencho? —gritó lleno de inquietud.

—Nada, hermano —contestó acabándose de enderezar—, tendré que comprar sombrero nuevo, esto no admite compostura. —Y le arrancó un pedazo de falda que estaba colgando.

—¿Pero quién ha sido ese pícaro que?... —y siguió el rastro del humo, empezó a buscar por arriba, mientras Pepe se trepó sobre una peña con el mismo empeño y percibió a una distancia ir corriendo al del caballo prieto para atravesar el estrecho primero que Astucia.

—Ahí va bajando ese pícaro, Lencho, déjame cazarlo al vuelo —y se puso en guardia siguiéndolo con la vista hasta que tomó la vereda; se tendió en el caballo y quiso pasar la angostura a escape. Pepe apuntando con su carabina y diciendo: ¡Que Dios te ayude!, soltó el tiro; la bala se le introdujo a aquel infeliz por el pulmón, y otros ocho tiros que casi sonaron a un tiempo lo hicieron descender con todo y caballo por el desfiladero haciéndose pedazos contra las peñas, rodando hasta el fondo de aquella inmensa profundidad. El Bulldog que vio desaparecer el bulto, bajó del mirador dando saltos de gusto, gritando:

—¡Bien muchachos, bien! Adiós para siempre, señor Astucia; un recadito a Lucifer; para Astucia, astucia y media; yo le enseñaré a burlarse de mí. ¡Viva el Resguardo! vi... y otra descarga por el mismo rumbo le interrumpió la palabra; luego percibió algunos gritos amenazadores, más tiros, lamentos y gente que subía; al descubrir uno de los suyos que iba punteando, gritó:

—¡Viva el Resguardo, muchachos!

—¡Vivan los Charros! —le contestó Tacho apareciendo y disparándole una pistola. —¡Vivan los Hermanos de la Hoja!

—¡Vivan! —repetían una multitud de voces.

—¡Mueran los soplones!

—¡Mueran, mueran! —también gritaban los demás, prolongándose aquel eco por toda la cañada.

—El Bulldog, aturdido por tan inesperado suceso, se cubrió con un árbol, sacó una pistola, y al dispararla para el grupo que subía muy despacio conduciendo algunos heridos que con sus lastimeros ayes se confundían con los mueras de los arrieros, una bala desprendida de la carabina de Tacho le voló la pistola de la mano, por lo que al verse desarmado no tuvo más recurso que correr afanoso para donde dejó su caballo. Cuando ya iba a medio camino se le metió el sable entre las piernas y descendió un buen trecho rodando entre el zacatonal; desabrochó el cinturón y allí dejó la cubierta

y su sombrero, llevándose la hoja desnuda; volvió a resbalarse en el ocoxal, y queriendo apoyarse en ella se dobló, y también descendió de costillas otro trecho, mientras los arrieros silbándole y sonándole las rodilleras, lo azuzaban y se carcajeaban llenos de risa; por fin, a gatas, arañando la tierra, bañado de sudor y lleno de fatiga, llegó a subir a la meseta, a donde divisando a su caballo esperaba encontrar su salvación; pero se quedó petrificado cuando al enderezarse lo saludó el Sultán con un imponente ladrido, y se fue encontrándose con Astucia rodeado de sus tres hermanos que al mirar su sorpresa, a un tiempo soltaron estrepitosas carcajadas, y el Bandolón con cara compungida amarrado en unión de los caballos.

—Quieto ahí, Sultán —dijo Astucia acariciando a su perro que a la menor insinuación de su amo, se hubiera arrojado sobre el azorado Bulldog.

—La que piensas te hago, comandante; sobre advertencia no hay engaño; acuérdesse que le dije al pie de las Lajas, que el día que usted le viera la cara a Astucia, ése sería el último de su vida, es usted caprichoso y su orgullo aquí me lo entrega.

—Sacude tantito a esa criatura, Pepe; límpiale la carita, Charro; dale tantita agua, Tapatío, no le vaya a dar una alferecía; ándalo, ándalo antes de que se acalambre. Cada uno fue haciendo lo que les mandó, y estaba aquél tan fuera de sí, que no puso resistencia.

Llegó Tacho y sus arrieros conduciendo tres heridos algo graves, otros tres leves, y tres en que se apoyaban los primeros.

—¿Qué hacemos con esta canalla? —preguntó a la vez que tiraba en el suelo la pistola quebrada del comandante, su sombrero, el cinturón con la vaina, y la espada hecha un arco que fueron recogiendo.

—El comandante —respondió Astucia—, ha ofrecido diez onzas al que me pegara el primer tiro; ese pícaro de Silvestre que ha rodado en el desfiladero las ha ganado; miren mi sombrero que no me deja mentir; conque así, llévense al comandante para que en mano propia se las entregue, y que los acompañen sus valientes cachorros para que no lo vaya a espantar el muerto. Conque váyanse benditos de Dios, y denle todos ustedes de mi parte una memoria a Satanás; buen viaje, camaradas, hasta el valle José Juan.

—Al oír aquellos infelices su sentencia de muerte desbarrancados en el desfiladero, empezaron a implorar misericordia, y compadecido Astucia, les dijo:

—Levántense, miserables; mira, Tacho, véndale a ese hombre la pierna porque se está desangrando mucho, tú haz lo mismo con ese charro, mientras yo curo a este otro desgraciado.

Él comandante, vigilado por el Tapatío, que agarrado de un brazo se paseaba de un extremo a otro, sufría el mayor tormento, royéndose el bigote de rabia y teniendo por segura su muerte, sentía que le faltaba hasta el aire para respirar, a pesar de estar casi en la punta del cerro que dominaba la cañada. Así que acabó Astucia de restañarle la sangre al que se dedicó a curar, se acercó al comandante diciéndole:

—¿Quién tiene la culpa de que estos infelices derramen su sangre, maldecido Bulldog? Toda la que usted sustenta en su cuerpo, no es suficiente para reemplazarla; suéltalo, Tapatío, quiero verlo frente a frente, a ver si tiene valor para mirarme la cara. ¿Dígame, infame, qué cosa le he robado? ¿Cuál es el mal que por mi causa ha sufrido, y de dónde nace ese rencor que me tiene, para poner a precio mi existencia valiéndose de la traición? Contésteme, maldecido, y le dio un tirón de los bigotes que por poco lo clava en el suelo de cabeza.

—Mi deber —respondió el Bulldog a media voz—, mi obligación; los señores me comprometen y...

—Váyanme ustedes a buscar el arma con que me tiró Silvestre —les dijo a los demás que podían andar, para darles ocasión de que se largaran y no tener que hacer justicia con ellos, y prosiguió—: Yo también tengo deber, señor comandante, y por lo mismo expongo el pellejo y me rifo con los que quieran estorbarme el paso; no me valgo de alevosías; pero no me ha contestado categóricamente a mi pregunta: ¡dígame el motivo de su odio, quiero saberlo!

—«Personalmente no hay ninguno, como se lo aseguré en las Lajas a Gaviño ignorando que era el mismo Astucia, el que me recomendaban los jefes»; pero le prometo que...

—Que no me volveré a fiar de la palabra de un cobarde, de un alevoso, ¿lo entiende? En esto regresaron los buscadores, y entregaron a Astucia la misma yoga que le regaló al Bulldog; al verla se encendió en ira diciendo:

—Maldito sea usted, comandante, pues ha mandado que con mi misma arma me fusilen, ¿qué debo hacer yo con sus pistolas sino pagarle en la misma moneda? ¿Dónde están?, ¿quién de ustedes las trae?

—Yo —respondió uno de los arrieros presentándoselas. Las empuñó Astucia, y poniéndoselas en el pecho al Bulldog iba a descargarlas, pero arrojándolas lejos de sí exclamó:

—No soy asesino, ni mancho mis manos con la sangre de un traidor; móntese en su caballo y lárguese antes de que me dé la gana de patearlo, y se me suba el tonto a la cabeza; suelten a ese otro bicho de su asistente. Ustedes llévense cargando a esos hombres, le dan al médico de Huamantla esta seña diciéndole que se encargue de asistirlos y que yo pagaré su curación; yo dejaré avisado en la tienda de don Sebastián —dijo a los heridos— para que les pasen un diario mientras se alivian; busquen otra manera de vivir sin que sea perjudicando a sus paisanos y exponiendo el cuero por el miserable sueldo que les dan, échense al tajo antes de volver a ser soplones, y ciegos instrumentos de un malvado, tan cobarde como traidor; lárguense.

—Pero, hombre... —dijo Pepe.

—¿En qué piensas? —replicó Tacho mirando libre al Bulldog y demás achichintles.

—Nadie me replique; silencio, déjenlos marchar.

El Bulldog, al tomar el estribo, no sabía si era sueño o realidad lo que había

pasado; pero el ardor que sentía en la cara del tirón de bigotes, le recordó su rencor, llenándose de gusto al ver que debajo del bosquecillo estaban las pistolas de arzón que allí portaba; con mucho disimulo empuñó una con la mano derecha, quedó su caballo por el lado del subir, y así que salió del círculo que todos formaban la disparó violentamente sobre Astucia, diciendo:

—Tenga su merecido, grandísi... —y sirviéndole la pistola de cuarta, apuraba a su caballo en la cuesta arriba. Pepe arrancó a ver a su jefe, preguntando:

—¿Dónde te dio, hermano, dónde te dio? Todos los demás preparando sus armas, iban a descargarlas al traidor Bulldog, y uno de los mismos suyos le disparó un tiro que le dio al caballo en una nalga.

—Nadie lo ofenda —gritó Astucia, apagándose las puntas de la mascada del cuello que ardió con el fogonazo, y haciendo a todos retirar sus armas.

—¿Qué tal si no le quito las balas? —exclamó el Bandolón—; siempre ese maldito nos da una pesadumbre.

Todos aunque llenos de indignación tuvieron que obedecer a las órdenes de su jefe, excepto uno que partiendo como un rayo lo alcanzó, y cuando iba tendido sobre el caballo con la cara volteada para el lado derecho, dándole pistoletazos por la anca para que corriera, de un brinco le afianzó el brazo izquierdo, y con el peso de su cuerpo lo chispó de la silla; éste fue el Sultán, que sin soltar su presa bajaron ambos rodando hasta parar en la meseta. Al verlos hechos bola, gritó Astucia:

—*Plaza, señores, plaza: un Bulldog contra un mastín, déjenlos retozar, ocho a cuatro a mi Sultán; casen, casen encomenderos. Todos formaron un círculo mirando aquella encarnizada lucha; en fuerza de muchos esfuerzos y golpes con la pistola, pudo el Bulldog quitarse al perro de encima y pararse con todo el brazo masticado tratando de acobardar a su contrario dándole un buen golpe en la cabeza; el perro le hizo un quite, a la vez que brincándole furioso le plantó una tarascada en la cara haciéndole trizas un carrillo, entonces le abrazó lleno de mohína queriéndolo ahogar; lucharon un poco, cayó el perro debajo y su contrario atravesado sobre él; en vano le buscaba el pescuezo para apretárselo, cada vez que lo intentaba retiraba sus manos mutiladas; hizo el perro un esfuerzo, y cambiando de posición, le afianzó la garganta; dieron sus grandes quijadas tres o cuatro muelladas, el Bulldog se estiró lleno de convulsiones, volteó los ojos en blanco y expiró. Fue tan violento todo aquello, que en seis u ocho minutos pagó aquel infeliz todas sus alevosías. En cuanto quedó inerte se retiró el Sultán cesando de fatiga, enseñando sus colmillos ensangrentados, y arrimándose a su amo meneaba la cola y hacía fiestas como dándole a entender: estás vengado.*

—Bien, Sultancillo, bien has quedado —le dijo Astucia haciéndole cariños, desde mañana se te dará un pambazo más. Señores, todos ustedes son testigos de este lance, ni los Hermanos de la Hoja, ni sus valientes arrieros, han privado de la vida a ese infeliz; aquí tienen patente un castigo de Dios, nadie le aconsejó a mi perro que me vengara. La sangre de ustedes que por un capricho aquí han regado, mírenla revuelta

con la del traidor que tenía sed de la mía; recojan todas sus cosas entréguelas a sus deudos, y den gracias a Dios de poder contar el cuento, pues si nosotros fuéramos tan pillos y alevosos como ustedes, tiempo hace que estuvieran acompañando a Silvestre que con todo y caballo habrá ido a parar hasta el infierno, lo mismo que su comandante con todo y pistola, salvo la misericordia de Dios que es infinita. Mira, Bandolón, a pesar de las señas que mando al médico, dile que le recomiendo la eficaz asistencia de estos pobres, y que me cobre lo que fuere, tanto de las medicinas como de su trabajo, porque nosotros no somos asesinos, y hacemos cuanto bien se puede a nuestros semejantes.

No hallaban aquellos hombres voces con qué demostrar su agradecimiento; cargaron con sus heridos; atravesaron el cuerpo del Bulldog en su propio caballo, y llegaron a su cuartel contando el caso tal y como aconteció, de lo cual se hizo el correspondiente proceso y demás averiguaciones, sacando de la barranca el cuerpo hecho pedazos de Silvestre, quedando aquellos hechos en el protocolo para incidente de los culpables cuando cayeren en poder de la justicia. Astucia seguido de los suyos se retiró por distinto camino, lamentando aquel suceso que sin duda podría acarrearles otras consecuencias.

—¿En qué piensas, Lencho? —preguntó Pepe.

—En lo que piencho, piencho —le contestó—; yo no quería que el Bulldog hubiera pagado tan pronto, ya le conocíamos el juego, y sin dificultad lo sorteábamos; ahora siento no haberle quitado al perro, pero me dio tanto coraje ver que le pegaba de pistolazos al pobre animal, que por eso mandé formar plaza, pero francamente mejor hubiera querido que acobardado el Sultán se hubiera retirado sin lograr su triunfo; ahora tendremos que estudiar al que lo reemplace y emplear nuestras estratagemas, que nos hubiéramos excusado si evitamos el acontecimiento; pero ya sucedió esa desgracia, y Dios haya perdonado a esos infelices; nadie sabe el fin que se le espera.

En cuanto tuvieron oportunidad obligaron al Tapatío a que contara su historia, y continuara con la de Chepe que a los dos los ligaba, y accediendo, comenzó en los términos siguientes:

Capítulo XXII

Historia del Tapatío; segunda parte de la de Chepe Botas y trastornos de familia

Vamos al cuento, dijo el Tapatío; ya les he dicho que soy guadalajareño, natural de Pantitlán y por esta causa me dieron el sobrenombre de Tapatío, con que desde chico me distinguían de otros jóvenes que nos reuníamos para viajar en nuestro giro; digo nuestro, porque desde que salí de la escuela, andaba siempre con mi padre de encomendero: así les llaman por allá en casa a los que se encargan de conducir partidas de animales a su realización; y les pagan por su encomienda un tanto proporcional o les destajan precio moderado para dejarles a ganar alguna cosa. Mi señor padre había tenido esa ocupación por muchos años; su buena conducta y legalidad le dieron mucho crédito con todos los hacendados y rancheros que confiaban a su eficacia y conocimiento sus intereses; anunciaba su marcha y ocurrían a mi casa sus amigos trayéndole los animales que se había propuesto realizar en ese viaje, según él calculaba la buena época de que valieran o que le habían encargado, como caballada bruta o mansa, mulada, pastorías; en fin, lo que se proporcionaba. Como tenía algunos fonditos suyos, también hacía compras por su cuenta para comerciar, se reunía la partida, a cada dueño se le abría su cuenta; a algunos les anticipaba cantidades, y con los aventureros que nos servían de criados en cada viaje marchábamos para México, Tierra Caliente, Puebla, o hasta donde se podía vender la última cabeza, si no era que por todo el camino veníamos realizando, y ya sólo el resto llegaba a la capital; se recogía el dinero, se compraban los encargos de los mismos dueños y hasta que regresábamos a la casa se hacían las liquidaciones y entregaban los alcances a cada sujeto. Yo llevaba los apuntes, hacía recogidas, y algunas veces iba solo al viaje, por enfermedad de mi padre o algún otro inconveniente, sin que por eso se resintieran en nada los intereses de los señores que nos dispensaban su confianza, pues conocía yo por el ejemplo de mi padre perfectamente los negocios hasta el grado de que hallándose medio achacoso, yo cubrí su lugar y continuamos en el comercio sin contratiempo extraordinario, pues los percances comunes de pérdida de animales, drogas de algunos marchantes, etc., no es fácil poderlos evitar. Yo tenía primero una gratificación en cada viaje a proporción de como nos iba; luego me puso mi padre a medias, y por fin, él llevaba la voz; yo tenía todas las utilidades o pérdidas de las encomiendas, y hacía además de sus compras otras para mí, manejándome mi dinerito por separado; no perdía yo tiempo, pues apenas volvía de un viaje cuando ya me había alistado otro, y hacíamos un negocio muy regular; tenía yo veintiséis años y ya contaba con un puntero regular mío.

Ya hacía más de tres años que estaba yo enamorado de la hija de don Julián el boticario, quien también hacía veces de médico y cirujano, y aunque no se recibió en la facultad, era muy acertado e inteligente, de modo que allí hacía de todo; tenía buena fama; era muy eficaz y también estaba haciendo su negocito, pues además de sus visitas y medicinas, emprendía siembras, comerciaba en semillas, y no tenía un pelo de tonto. Su hija única en unión de la mamá, corrían con las cosas de adentro de la botica; hacían los cocimientos, jarabes, etc., y el despacho lo atendía un viejecito dependiente muy honrado; con eso todos medraban y fue progresando don Julián; compró una casa vieja en la plaza; la reedificó con todas sus oficinas necesarias y le hizo cuantas comodidades le fueron posibles. Ya era un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años; su esposa tendría diez menos, y Victorina iba a cumplir diecinueve. Como yo la idolatraba, me parecía una diosa, mas al decir verdad, era regularcita de figura; morenita, de ojos grandes, pestaña muy larga y arremangada, nariz afilada, boca regular, la barba partida, de pelo castaño oscuro y de regular estatura, y lo que más me agradaba era su estilo llano, franco, no era presumida; muy trabajadora y de un genio bellísimo; seguíamos nuestra amorosa relación muy entusiasmados, guardándonos la mayor consecuencia, y yo sólo esperaba completar siquiera dos mil pesos libres de mi capitalito para verificar nuestro casamiento, pues tanto ella como yo queríamos vivir solitos sin necesitar del auxilio de nuestros tatas; pero al paso que yo tenía tal empeño, no faltaban contratiempos que me impedían lograr mi intento, pues habiéndose por ese rumbo desarrollado la revolución sufrí mil atrasos, detenciones, y pérdidas. En esa época maldecida las convulsiones políticas tomaron más incremento, formando parte una punta de pillos, que improvisando sus guerrillas robaban a mansalva poblaciones enteras, cometiendo mil excesos que les sugería su feroz instinto, y casi era un albur el que jugaba yo en cada viaje, dándome por librado si llegaba a escapar en un camino tan largo de las garras de tantísimo bandido como se soltó por todas partes.

Había yo partido para México, cuando una noche se tuvo noticia en el pueblo de la aproximación de los pronunciados que ya estaban muy inmediatos. Comenzó la gente a encerrarse, otros a escapar por los sembrados; los tenderos a dar portazos, ocho o diez indios que custodiaban la cárcel se subieron a la torre y echaron unos cuantos tiros, y en cuanto vieron que se los contestaban, largaron los fusiles y corrieron por las bóvedas a descolgarse para el curato y se dispersaron como pudieron. Los valientes pronunciados como de costumbre, dieron libertad a los presos, y se dispersaron por el pueblo a sus depredaciones.

Don Julián, que sabía muy bien la perversa conducta de aquellos infames, se supuso como era de esperar, que su casa como era una de las principalitas les llamara la atención y fuera una de las que sufrieran el saqueo; no se ocupó sin embargo más que de decir a su dependiente que atrancara, echó al pozo algún dinerito que tenía junto y alhajitas en triples talegas para que resistieran, y procuró ver cómo libraba a su mujer y a su hija. Consultó con ellas y de común acuerdo, les ocurrió salirse por la

puerta falsa y ocultándose por las milpas, esconderse en la barranca. Diciendo y haciendo se salieron, penetraron por una laborcita; el tránsito de aquellos hombres desperdigados les impidió tomar por los callejones; a cada paso eran detenidos por varios inconvenientes de cercas, zanjas, etc. La noche era oscurísima, y encomendándose a todos los santos del cielo seguían andando a la ventura, descaminados, sin saber qué rumbo llevaban, hasta que la casualidad les deparó una casuchilla vacía a la salida del pueblo, en un lado del camino, la que sus moradores infelices abandonaron también. Calcularon que por ser de una pobre apariencia no les había de llamar la atención, y mucho menos cuando los consideraban engolosinados robando otras mejores, pues aquel jacalito no tenía absolutamente nada de codiciable. Se acomodaron en un rincón y a cada galope de caballo, ruido o voces, renovaban sus oraciones.

El Alcalde constitucional con cuatro o cinco vecinos quiso reforzar a los de la torre, pero al ver que habían desaparecido, recogió el parque y armas y se bajó al cementerio; cada uno se atrincheró en una almena de la barda, y a cuantos desembocaban a la plaza les afligían de lo lindo, de manera que eso obligó a los bandidos a dispersarse y sólo cometer sus excesos por las casas de los suburbios donde no había quien les resistiera. La mía, situada a dos cuadras de la plaza no tenía mayor vecindad, pero se subió mi padre a la azotea con sus criados armados, y no se dejaron arrimar a ninguno. A la madrugada, los bandidos en su mayor parte borrachos tocaron retirada, ya tenían convenido el punto, y cada cual se encaminó a él por donde le pareció; el cabecilla con otros cuatro iba pasando cerca del jacalito donde se ocultaba don Julián, cuando oyó un tropel de muchos que corrían gritando:

—El enemigo, el enemigo, y azotaban sus caballos, tiraban tiros empenados en aventajarse unos a otros.

—¿Oyes compadre? —dijo el jefe a uno de sus compañeros.

—Son esos malditos que como están tomados, vienen jugando —le contestaron.

—Pues nos haremos a un lado, no vaya a ser que jugando jugando nos den un pelotazo, los dejaremos ir adelante y mientras nos meteremos en ese jacal. —Picó su caballo y todos se metieron dentro. Don Julián arrinconó a sus mujeres y se puso a custodiarlas con su cuerpo, conteniendo todos hasta el resuello; reculó un caballo, le dio un pisotón, metió la mano, le tocó la anca, y tiró un par de patadas, que aunque no le cogieron de lleno fueron suficientes para tirarlo sobre su mujer y su hija, que al sentir su cuerpo caer a plomo, dieron un lastimero grito.

—Hola, hola, dijo uno de aquellos bandidos preparando su carabina, no estamos tan solitos, mi jefe; saca lumbre, *Chato*, apéate, *Lilo*, y ten fuera los caballos, veremos qué duendes son éstos.

—Aquí hay lumbre en el clecuil —dijo el llamado Chato; removiendo el rescoldo, soplando y echando pedazos de tejamanil del tejado, logró que hicieran llama y alumbraran.

—Ésta es la mia —dijo el tal jefe luego que percibió a Victorina—; cógete a la

otra, compadre y ustedes amárrenme a ese fantasma.

—No valieron lágrimas, súplicas ni nada: don Julián maniatado, mordiendo el suelo de rabia, fue testigo de los brutales excesos cometidos con su mujer y su hija, burlándose todos de la primera, pues la segunda no quiso abandonarla el jefe. Se sentó en las ancas de su caballo, le envolvieron la cabeza con un rebozo, le ataron las manos por detrás con un ceñidor, y atravesada en la silla boca abajo como borrego, marchó contentísimo de su hallazgo. Ella continuamente hacía mil esfuerzos para dejarse ir de cabeza, pateaba, quería gritar, pero la férrea mano que la sujetaba hacía inútiles sus tentativas; la posición no podía ser más incómoda: oprimido el estómago contra el fuste de la silla, le hacía difícil la respiración; el rebozo enredado en la cabeza, la sofocaba; sintió que la sangre se le bajaba a la cara, que sus ojos se inyectaban, sus oídos zumbaban, y no pudiendo resistir, colgó la cabeza y se abandonó completamente descoyuntada; entonces el bandido hizo que se la acomodaran en la silla sentada, le quitaron las ligaduras, y privada de sentidos llegó con ella a un rancho situado poco más de una legua del pueblo, rumbo al poniente, que era el camino que llevaban. Los pobres rancheros de aquel lugar habían abandonado sus casas y remontándose, desde que los borrachentos guerrilleros que antes pasaron los pusieron en alarma, de manera que el jefe se encontró con la habitación absolutamente sola, colocó a su presa en el primer petate que halló a la mano, y seguro de que nadie los perseguía, se determinó esperar a que esclareciera el día para continuar su camino con su preciosa carga, procurando entre tanto ver si podía hacerla volver de su desmayo.

—¿Qué sucede, compadre —dijo su segundo—, nos vamos o te esperamos, pues no dilata en reventar la aurora?

—Siempre vete yendo, compadre —respondió el jefe—, no vaya a ser que esos muchachos vayan por ahí a descarrilarse, procura juntarlos y me esperan en el contadero de la estancia chica, yo no más aguardo que se recupere tantito esta niña para llevármela.

—De que tú te endiosas con las hijas de Eva eres moro al agua.

—¿Cómo no me he de endiosar, compadre, si esto es un querubín? Mira qué cosa tan linda —y dándole una fuerte chupada al puro, medio alumbró el pálido rostro de su víctima.

—Pues ya que Dios te la dio, San Pedro te la bendiga, de veras que eres hijo de la fortuna; ahí queda tu caballo afuera amarrado, y hasta luego.

—Hasta luego, y dile a mi asistente que se ponga de centinela en el carril y me avise si hay alguna novedad.

A poco de haber descansado Victorina y recibido el fresco de la noche, fue volviendo poco a poco en sí, y por miedo de que aquellos hombres la mataran se estuvo haciendo la privada y oyendo lo que decían. El jefe con la mayor confianza abrió una ventana que daba para una labor, y estuvo escuchando gran rato, luego puso sus armas sobre un mueble que estaba inmediato a la niña aletargada, y salió a ver en

qué sitio quedó su caballo. En este intervalo ella se medio enderezó, a la escasa luz de la madrugada, pudo ver en un instante lo que le rodeaba, y su primer pensamiento fue escaparse por la ventana; pero cuando quiso pararse oyó los pasos del bandido que penetró en aquella pieza, y aunque violentamente se volvió a acostar no pudo hacerlo pronto, y él notó que se había meneado, por lo que presuroso se le acercó haciéndole mil torpes caricias que ella fingía no sentir, hasta que desesperada, después de mil proyectos que discurrió, se resolvió poner fin a aquella escena, se medio incorporó rechazando indignada la mano de su verdugo, y exhaló un ¡ay! lastimero.

—¿Qué le aflige, chula? ¿Qué quiere mi vida? —dijo el bandido.

—Tantita... agua. —respondió con voz dolorida.

—Voy a traerla, querida, y salió en busca de ella; entonces Victorina se enderezó presurosa; de las armas que estaban allí cerca quiso tomar las pistolas, pero dijo para sí:

—Yo no sé manejar esto, tengo miedo, mejor es esta daga. La empuñó desnuda ocultándola debajo de su rebozo, se hincó y haciendo mil invocaciones a los santos de su devoción, se sentó sobre los talones y esperó resignada a darle a aquel infame un puñalada en la primera ocasión oportuna; ésta no se hizo esperar, pues a poco apareció aquel hombre feroz con un jarro con agua, se hincó enfrente de ella en la orilla del petate, y con semblante lleno de maliciosa sonrisa le dijo:

—Beba, primorosa, beba, que a mi lado siempre tendrá buen pesebre —y trató de hacerle un cariño en la cara; ella irritada, ofendida, despechada y ciega de cólera, se armó de valor y sin esperar a más ni darle tiempo a que sospechara sus intenciones, le sepultó la daga en el estómago parándose llena de susto, y temblando de miedo. El bandolero cayó de espaldas dando un fuerte bramido, y al empezar a proferir una maldición, una bocanada de espumosa sangre que arrojó por la boca, le privó de la vida, y continuó arrojándola también por las narices cual un toro degollado. Victorina azorada y convulsa se brincó por la ventana, internándose por las labores, y continuó huyendo aprisa en cuanto se lo permitía su desfallecido cuerpo; estaba tan llena de pavor que no advertía el camino que llevaba, hasta que llena de fatiga se puso a la orilla de una barranca bastante distante del rancho a tomar aliento, a tiempo que aparecía el sol por el Oriente; allí con algún reposo empezó a reconocer el terreno, pero por más que se afanaba no pudo saber el sitio en que se encontraba, sin atreverse a continuar andando, temerosa de extraviarse por aquellas barrancas y precipicios.

El asistente del bandido que estaba de avanzada, en cuanto vio que el sol salía y su jefe no lo llamaba, se metió al rancho, y fue grande su sorpresa al encontrárselo tirado en el suelo y bañado en su sangre con la daga metida hasta el puño. Acomodó el cuerpo en su silla, montó en ancas, y estirando el otro caballo procuró cuanto antes alejarse de aquel sitio, llevándose también cuanto hubo a las manos, y amontonando combustibles les prendió fuego para vengar de algún modo la muerte de su digno jefe. El incendio tomó cuerpo, y esto hizo conocer a sus moradores que se habían ausentado los bandidos, y bajaron precipitados a ver si conseguían apagar o libertar

alguna cosa. Casualmente, por donde estaba Victorina, apareció un muchachito pastor que llevado de la curiosidad iba para el rancho; allí lo detuvo ella, y a fuerza de súplicas y promesas alcanzó que la acompañara hasta su casa. Se pusieron en camino, y atravesando sembrados, subiendo y bajando cuevas y barrancas, llegaron a las once de la mañana al pueblo; siguieron cortando camino por las milpas y por fin llegó a la puerta falsa de su casa sin que persona alguna la hubiera visto; llamó presurosa y desde luego le abrió su mismo padre, que con intención de ir en su busca estaba ensillando su caballo; ambos se estrecharon con efusión, inundados en llanto, hablando aquellas lágrimas con más elocuencia que las palabras, gratificó Victorina al pastorcillo con una buena gala y éste fue el único que sobre aquella desgracia tuviere algún antecedente significativo. Con la madre también hubo iguales sensaciones, y no pudiendo resistir aquella pobre señora tantos golpes y maltrato que tuvieron que emplear aquellos pícaros para burlarse de ella, sucumbió a los treinta y ocho días después de mil padecimientos de todo género. La niña no fue menos estropeada, pero la juventud ayudó a su restablecimiento. Don Julián también lleno de contusiones, desesperado de presenciar aquella escena infame, pudo después de haberse marchado los bandidos, desatar con los dientes las ligaduras de su esposa, y ésta ya libre pudo soltarlo; llenos de aflicción y sofocando sus lamentos procuraron cuanto antes volver a su casa, llorando en silencio su infamia y sobre todo la pérdida de su hija; aunque luego trató el padre de ir en busca de ella, la quebrantada salud de su esposa demandaba desde luego sus auxilios, y esto lo ocupó hasta la hora en que dejándola recogida en su lecho de dolor, y haciéndose fuerte a sus propios padecimientos, se dirigió al corral a ensillar su caballo, a tiempo que Victorina llamó por la puerta falsa.

Como de este lamentable suceso ninguno tuvo noticia, naturalmente sólo quedó guardado el secreto entre los mismos interesados que sobrevivieron a su desgracia: la hija que sin cesar lloraba, y el padre que no hallaba cómo tranquilizarla. Yo regresé un mes después de la catástrofe; supe el acontecimiento general en el camino, y me volví lleno de inquietud; pero quedé tranquilo al saber que los pronunciados sólo habían hecho algunas depredaciones por los suburbios, sin atreverse a entrar a la plaza ni a ninguna parte donde les hicieron resistencia; estuve a visitar a mi amada y me la encontré muy afligida por la enfermedad de su mamá; notando en su semblante palidez, en sus lindos ojos lágrimas, me supuse que la pesadumbre, desveladas y cuidados, la tenían marchita y atormentada. Tomé parte en su pesar procurando por cuantos medios pude consolarla, tratando de que se resignara a quedarse sin madre, pues no dudé de la gravedad de la señora.

Era urgente volver con una partida que mi padre me tenía dispuesta, y lleno de pesar, considerando la gran aflicción de mi idolatrada Victorina me despedí; ella como loca me estrechó frenética, derramando un torrente de lágrimas, y desprendió bruscamente de mis brazos haciendo un poderoso esfuerzo como si ya nunca nos volviéramos a ver; yo atribuí aquel arranque al pesar que dominaba su corazón por la

suma gravedad de la madre, mientras la infeliz lloraba no sólo por eso, sino porque había conocido su situación que iba siendo cada día más crítica, y habiéndoselo comunicado a su padre, éste no puso duda en que su desgracia era inevitable.

La señora murió a los diez o doce días después de nuestra separación. Yo tuve en ese viaje mil contingencias, y aunque no se perdió el dinero, perdí mucho tiempo en rodeos y otras cosas que me hicieron dilatar casi tres meses. Cuando regresé me la encontré de luto; apenas pude hablarle en presencia de su padre, y mi visita más bien fue como de pésame que como de amante. Renovó sus lágrimas y nos volvimos a separar, calculando no más echar ese otro viaje mientras se le pasaba el luto, para arreglar nuestro casamiento, y así lo indiqué, lo cual puso a la infeliz en más conflicto, pues su estado de gravidez se desarrollaba diariamente. Esa última expedición que conducía yo caballada, fue más penosa que la anterior, pues cuantas guerrillas pululaban por mi tránsito tenían empeño en quitarme la partida, y caminando de noche y con mil rodeos pude llegar a la capital en donde acabé de doblar las manitas, pues huyendo de las llamas caí en las brasas, porque estando disponiendo el gobierno montar gente para sostenerse, no se pararon en el precio los comisionados; pero en cuanto al pago me anduvieron trayendo de Herodes a Pilatos, haciéndome gastar cuanto llevaba y aun endrogarme para poder subsistir, hasta que pude lograr una orden de pago para Querétaro; allí volví a sufrir más detención, y en abonos diarios pude con mil afanes y a costa de gratificar a los empleados recoger el dinero; en resumen, me demoré cuatro meses largos, sufriendo una regular pérdida que truncó mi principalito.

En todo este tiempo no faltó quien quisiera reemplazarme, pues siendo Victorina una regular muchacha, y teniendo su padre una fortuna que allí le codiciaban más de cuatro, un tal don Indalecio, empleado en el peaje, que casi fue a dar desnudo dos años antes, echó su manoteada y ya quería pisar más alto y hablar recio porque se había robado alguna cosa; trabó conocimiento con la criada que llevaba poco tiempo de estar sirviendo en la casa, y le preguntó:

—¿En qué estado está la niña?

—Muy afligida, señor, muy triste.

—¿Y todavía tiene sus amorcitos con Juan Navarro?

—¿Cuál de los Navarros?

—¡Cómo cuál! Juan el partideño, el hijo de don Ramón.

—Pues yo creo que ya no hay nada, porque si tal cosa fuera se alentara, no estuviera tan metida en su recámara ni cada rato llorando a excusas del amo.

—Seguramente quebraron y por eso es que el sujeto no ha vuelto a poner un pie por aquí.

—Eso ha de haber sucedido, señor, porque ella no manifiesta ninguna inquietud por su ausencia, y como tal vez lo amaba de ahí viene su pesar, lloriqueos y quejas cuando se encuentra solita.

—Pues vamos al asunto, señora, le doy, una buena gala como haga usted que este

papel llegue a manos de esa niña, y si logro que corresponda a mis pretensiones, de mi cuenta corre que usted quede bien puesta. —La conquistó y remitió su epístola. Victorina se llenó de indignación al encontrar el papel en su almohadilla, y por no armar mitote despidió a la criada sin entrar en explicaciones; por cuantos modos pudo don Indalecio hacerle saber su amor fueron inútiles, y fastidiado se resolvió a declararse formalmente de una manera solemne: presentándosele a don Julián pidiéndole la mano de Victorina con la mayor desfachatez. Sorprendido de aquella demanda; pues no ignoraba nuestra relación, y esto más que todo lo tenía muy afligido, se revistió de paciencia y contestó:

—Yo creo que mi niña no piensa tomar estado, sin embargo, consultaré su voluntad y dentro de ocho días le daré su resolución.

—Está muy bien, señor don Julián, si usted quiere tomar informes de mi persona y...

—Eso será para más tarde, caballero; primero veremos cómo ella piensa.

Al tercer día de esta ocurrencia llegué yo de mi viaje; luego luego mandé un recado; me informaron de que estaba mala, y esto me puso en sumo cuidado. En la noche a fuerza de repetir en la ventana de su recámara los toquecitos convenidos, logré que muy entrapajada se asomara; a la luz de la luna que muy hermosa brillaba, advertí su rostro marchito, sus ojos inflamados de llorar; su salutación fue alargarme la mano, la que yo tomé frenético entre las mías diciéndole mil ternezas, ella cual una Magdalena prorrumpió en copioso llanto, sin poder articular una palabra; en vano procuré enjugar aquellas preciosas lágrimas que me enloquecían; cuanto más me empeñaba en hacerle cariños, en pintarle mi amor con las palabras más tiernas y las expresiones más dulces, más y más aparecían a chorros inundando sus mejillas, hasta que persuadido de que no era fácil contenerlas, me despedí; ella sólo retiró su mano, y al cerrar la vidriera me dijo con voz balbuciente:

—Adiós —y sin retentiva continuó sollozando y lamentándose. Yo, que desde la calle la escuchaba, hubiera querido romper aquella maldita reja que me impedía precipitarme adentro para consolarla; por fin me retiré lamentando su tristeza, diciendo:

—No se puede negar que el corazón de esta niña es muy sensible; el fallecimiento de la mamá la tiene preocupada, cada día la ha de ir extrañando más; le falta su abrigo; echa de menos sus caricias; en fin, era su madre y tiene mucha, muchísima razón para llorarla; con esta acción más me enamora, me encanta y es necesario cuanto antes celebrar nuestro matrimonio, distraerla, desvanecer sus tétricos pensamientos, aliviar sus penas; en suma, que tenga otra clase de vida, porque es capaz de perder el juicio si sigue lamentando su orfandad, y si tal cosa acontece era yo capaz de enloquecer también, suicidarme, o quien sabe qué sucederá conmigo.

Al otro día le declaré a mi padre mis proyectos; le conté sin embozo mi pasión por Victorina, y lo obligué a que desde luego fuera a pedírsela a don Julián. No lo pudo lograr ver sino hasta en la noche, y como buenos amigos después de los

preámbulos de estilo; le comunicó su embajada. Don Julián, aunque ya esperaba aquel lance, se llenó de confusión, y para contestar algo se limitó a decirle lo mismo que a don Indalecio, que consultaría la voluntad de su hija y le avisaría su parecer, no atreviéndose a declararle por vergüenza, el gravísimo inconveniente que habla para admitir su proposición. Con ánimo de estudiar el modo de confiarle su desgracia en el seno de la amistad, pues teniendo Victorina cosa de seis meses de embarazo era imposible ocultarlo, y la infeliz con pretexto de estar mala no salía de su recámara, donde cargándose su agravante situación desahogaba su pena con llorar.

Mi padre se retiró molesto y agraviado, pues se supuso que su demanda sería desde luego aceptada con gusto por su amigo y al notar su sorpresa creyó que como ya tenía su dinerito, el orgullo le hizo demostrarse con frialdad.

—¿Si no tenías conquistado el amor de esa niña, y granjeádote el aprecio de su padre para que no fuera mal recibida tu pretensión, para qué me comprometes, Juan? —me dijo mi padre con marcado malestar.

—¡Cómo no, señor! Hace más de cuatro años que nos queremos, hemos tenido la más sincera relación que por grados ha ido convirtiéndose en un amor inextinguible; don Julián me hace mucho aprecio, y si yo no he publicado nuestra mutua correspondencia, es porque he sabido respetar la virtud de una niña, el honor de su casa y el respeto de su papá; ¿y qué contestó, señor padre?

—Allá de una manera indecisa, o qué sé yo, me dijo que consultaría a su hija y me avisaría su resolución; pero yo no he dejado de molestarme porque aunque él es un caballero y con su ciencia está haciendo su fortuna, yo no soy menos y los cuatro tlacos que tengo los he ganado a vista de todo el mundo con el sudor de mi frente; creo que por orgullo se piensa que vale más que yo, y por eso estuvo tan conciso; por no entablar una cuestión, no quise demostrarme ofendido; veremos qué cosa es lo que resuelve, porque a orgulloso no me gana y yo le haré entender que al enlazarte con su niña, ellos serán los que reciban más honor con el entroncamiento.

Yo no hallaba qué inferir de aquello, en vano fui a tocar a la ventana de Victorina; nadie apareció por allí; había mudado de dormitorio y me retiré lleno de inquietud. Al otro día quise informarme con la criada, y ésta me dijo que la niña se había retirado hasta la última pieza interior, de donde no salía para nada, porque según le parecía, su padre había recibido mal la pretensión de don Indalecio que la fue a pedir para esposa.

—¡Cómo!, exclamé sorprendido, ¿ese fifiriche se ha atrevido a semejante cosa?

—Sí, señor, la otra tarde estuvo a ver al amo, yo salí a dejar un jarabe al despacho y antes de atravesar por el escritorio estuve oyendo, todo; el señor desde ese día está de mal humor y la niña llora sin cesar, por eso creo que...

Ya no quise saber más, la cólera me ahogaba, y empecé a suponerme mil cosas, creyendo que las lágrimas de Victorina eran por burla; que el no hablarme, porque su crimen le impedía el uso de la palabra; que se ocultaba de mí, porque falsa e inconstante no tenía cara con qué verme, y que si ella no hubiera correspondido a

aquel infame, no se hubiera tampoco atrevido a pedir su mano sin contar con ella, y tener una confianza para lograr su empresa; con razón me saludó con sarcasmo al pasar por el peaje, en fin, tanto, tanto me puse a pensar y quería en aquel momento hacer, que no hice nada; me daba vergüenza contarle a mi padre aquel incidente. Estuvimos muy ocupados todo el día en repartir su dinero a los dueños de la partida, y no sé ni cómo hice las liquidaciones, dificultándoseme más y más tener una entrevista con la ingrata Victorina.

Esa misma tarde ocurrió don Indalecio a saber la respuesta, don Julián secamente le dijo que prescindiera de sus pretensiones, porque su hija no pensaba en casarse.

—Pero, señor, yo quisiera se sirviera usted explicarme la causa de su negativa; yo sé muy bien que su corazón está libre, infórmese usted de mi familia, de quién soy, tal vez ése es el inconveniente y...

—Nada de eso me importa saber, señor mío, la contestación no puede ser más clara, no quiere casarse con usted y se acabó.

—Entonces tal vez otro ha sido más afortunado, ya caigo, soy un necio, de eso ha dimanado su continuo llorar, el excusarse de las gentes, el no querer contestar a mis cartas, y ese misterio que tanto ha dado en qué pensar a todo el mundo, sí señor, ya lo sé.

—¡Cómo! ¿Usted ha sabido algo de?...

—Todo, señor don Julián, del cielo a la tierra no hay nada oculto, y le prometo a fe de hombre que ese sujeto no se ha de quedar riendo; no así no más se burla a...

—Silencio, don Indalecio, silencio, pero ese infame ya está juzgado de Dios, y muy caro pagó su...

—Eso le habrán contado a usted, ésas son supercherías, ese bribón se anda paseando, lo conozco como a mis manos, y aunque su niña no me lo agradezca ni usted tampoco, yo he de vengar su ultraje o me quito el nombre de Indalecio; adiós, caballero, adiós.

—Pero, hombre, no vaya usted a promover un escándalo y ponga la situación más complicada, no solicito su favor, me niego a que tome parte y...

—Adiós, adiós —dijo el peajero, saliéndose sin querer escuchar nada, ciego de rabia diciéndose a sí mismo:

—Voy a alistar mis pistolas y le pego un tiro a ese pícaro de Juan Navarro que se ha mofado del candor de una niña; presume de valiente porque tiene sus medicitos, yo le bajaré el orgullo, castigaré su audacia, y Dios me tenga de su mano.

Don Julián quedó con mucho cuidado, pensando que lo que el peajero sabía iba a causar su pública deshonra, que la desgracia que lamentaba en silencio no era ya un secreto, y temía las fatales consecuencias que de ello resultaran, cuidándose de no decir nada a su hija por no afligirla más de lo que estaba. Como a las diez de la mañana del día siguiente lleno de dudas, celoso y con mil zozobras, no quise tener paciencia, me eché en una bolsa mi puñal, y en la otra las cartas y prendas de Victorina, y sin más preámbulos me metí a ver a don Julián, con el fin de saber de su

propia boca mi sentencia, y si su hija había cambiado de modo de pensar como me lo suponía, devolverle sus cosas, decirle cuatro frescas y prescindir de ella para siempre. Me recibió con el afecto de costumbre, me hizo entrar a la sala, y allí solitos le dije:

—Señor don Julián, hace más de cuatro años que su niña y yo nos hemos querido con la pasión más ardorosa, con el amor más firme, como lo puede usted ver por estas cartas de su puño y letra; aquí están sus prendas que justifican su palabra de ser mi esposa; yo había demorado esta ocasión porque estaba reuniendo con mi trabajo un principalito mío para que no estuviéramos atendidos a nuestros padres, luego la enfermedad de su mamá y después su fallecimiento, han entorpecido mis planes, ahora vengo exclusivamente a pedírsela, a que usted bendiga nuestra suspirada unión, en una palabra, a que me haga el hombre más venturoso dándome su consentimiento.

—¡Pero, Juanito, usted!

—Sí, señor, yo sólo quiero saber mi desengaño, tenga usted mi puñal y si considera que soy indigno de merecerla, sepúltemelo en el pecho antes de que escuche de su boca una negativa; por el amor de Dios, señor don Julián, que me despene, porque de salir desairado de aquí, prefiero la muerte; he tenido estos últimos días unos tormentos atroces, quiero de una vez palpar un desengaño; me han contado unas cosas que me han traspasado el alma, quitado la quietud, y puesto en el mayor cuidado, se lo confieso a usted como lo siento; si la indiferencia con que ha tratado usted a mi padre procede de que yo lo haya ofendido o cometido algún desacuerdo, castígueme a mí solo esa falta involuntaria; hábleme usted con franqueza para corregir mi conducta; dígame ¿qué es lo que debo hacer para granjear su voluntad?

—Nada, nada, Juanito, pero Victorina creo que...

—Que ha pasado de distinto modo, ¿no es así? Pues bien, señor don Julián, permítame por lo que más estima, por la memoria de su esposa que le fue tan querida, que le hable a su niña dos palabras aquí en su presencia, quiero que si le he dado algún motivo para esa mudanza me lo diga.

—No es necesario, Juanito, yo podré informar a usted de...

—Se lo vuelvo a suplicar, señor, permítame que la vea, que ella misma me dé sus disculpas o las razones que tenga para demostrarse...

—Ya le dije que yo puedo explicarle este misterio y...

—Pues yo no quedaré satisfecho, señor, y por el amor de Dios concédame esa gracia, míreme a sus plantas implorando su favor; quiero verla; quiero que hablemos y descorrer este misterioso velo que me ciega, que destroza mi afligido corazón. — Tanto insté y supliqué, que al fin el pobre hombre accedió diciendo:

—Levántese, Juanito, ya que usted se empeña sea en buena hora, voy a mandar a Victorina y Dios los ayude.

Se internó para las otras piezas, diciéndose: Quizá ella tendrá más valor para decirle a este pobre muchacho la verdad; me evitaré de esta humillación, y estaré a la vista de lo que acontece para apoyar su dicho; esto ya no puede estar oculto por más tiempo; apuremos de una vez la copa de la amargura. A poco tiempo apareció

Victorina cubriéndose la barriga con las puntas de su rebozo y el semblante ruborizado; apenas dio unos cuantos pasos y se sentó en la primera silla que vio más cerca, diciendo con voz compungida:

—¿Cómo te va Juanito? —Agachó la cabeza y comenzaron a rodar las lágrimas por sus mejillas. Yo que parado esperaba que como otras veces se arrojara en mis brazos con carita de fiesta, me quedé absorto contemplándola, al mirar su desaliño, la palidez de su rostro, su resfrio y sobre todo, sus lágrimas tan fuera de tiempo, sólo pude contestarle con seriedad:

—Señorita, buenos días —y me quedé perplejo suponiendo mil cosas que a tropel se agolpaban a mi acalorada mente, mientras ella derramaba un copioso llanto. Así duramos un rato, hasta que encendido en ira me acerqué diciéndole:

—Basta ya, Victorina, de fingidas lágrimas que provocan mi paciencia; ahí le devuelvo sus prendas, no hay nada común entre los dos, demasiado me ha dado en qué entender con su silencio, ya sé el motivo de su mudanza, no ignoro la causa de su tristeza, y en vano ha querido dorarme la píldora con su mentido sentimiento, ya estoy bien impuesto de su infamia; adiós para siempre.

—¡Cómo! —dijo hecha una Magdalena—, ¿ya sabes?...

—Sí, sí, todo lo he sabido de buena letra, gana que trates de disimular tu infidelidad, tu...

—Bastante me resistí, Juanito, sólo por la fuerza pudo...

—¡Qué cuentos ni qué enredos!, la que quiere quiere; la que no grita, ¡cómo eres tan frágil, tan inocentita y!...

—Mi propio padre es testigo, sólo la fatalidad, la desgracia que nos persigue; pero ahí está Dios que...

—Calla mujer, calla, no tomes a Dios por testigo de tu falsedad; pero te ofrezco que no se saldrán con la suya, voy a darle a ese piojo resucitado más metidas que besos le dio su madre; y salí precipitado para el patio en lugar de tomar la puerta del despacho, tal era mi aturdimiento y mi cólera.

—Estás en un error, Juanito —me gritó parándose a seguirme llena de inquietud.

—Don Juan, don Juan, escúchenos usted —decía su padre presentándose también.

Yo en cuanto desconocí el camino volví a entrar a la sala empuñando frenético mi belduque, y parándoseme Victorina enfrente me decía:

—¡Juanito! ¡Juanito de mi vida! Atiende a nuestras palabras, por María Santísima —y juntando sus manos en ademán suplicante se le cayó el rebozo y le fui mirando tamaña barriga; esto acabó de irritar mi rabia, iba ciego a darle una puñalada, pero sólo pude decirle sorprendido:

—¡Esto más! ¡Maldita seas! Voy a saciar mi venganza, a traspasarle el corazón a ese maldito peajero.

Le di un empujón para abrirme paso, y salí precipitado sin escuchar a nadie, atropellando con cuanto encontré; Victorina cayó atacada de fuertes convulsiones y

dolores extraños, su padre se ocupó en atenderla, y yo me ausenté diciendo para mí:

—Con razón estaba tan empeñado en casarse, pues ya les chilló el cochino y no es nada extraño que don Julián hubiera tratado a mi padre con frialdad, cuando ella me acaba de confesar que está al tanto del negocio, y el viejo con afán se empeñaba en declarármelo para que no hubiera yo visto materialmente su estado infame y degradante. Pregunté a varios por el peajero y me aseguraron que estaba en el barrio de la Asunción jugando gallos; para allá me dirigí derecho, cortando camino por varios callejones y al torcer en uno de ellos nos encontramos y luego le dije tomándole un brazo:

—Si es usted hombre y no le tiene apego a la vida, vámonos por ahí lejecitos a darnos una llegada.

—Vamos —me contestó—, yo le enseñaré a...

—Silencio, siga de frente, y si no anda aprisa diré que es un cobarde.

Me lo llevé a la loma de los Tepozanes, cosa de seis u ocho cuadras distante, y allí desenvainando mi puñal le pregunté:

—¿Cómo quiere que nos matemos? Si no trae armas, tiraré mi puñal y nos rifaremos a las trompadas.

—Cada cual se defienda como pueda —me respondió a tiempo que sacando una pistola preparada me la disparó a boca de jarro sin darme tiempo de acabar de hablar; indignado de su alevosía me le cerré metiéndome mi puñal hasta la cacha por un vacío, a la vez que con la mano izquierda le alcé la pistola y le acerté una trompada de revés; él se sesgó al sentirse herido, y fue a dar de costillas sin tener lugar de preparar la otra pistola que sacó con la mano zurda; un borbotón de sangre comenzó a salir de su herida, le iba a dar otra metida cuando lo vi voltear los ojos en blanco, palidecer, y quedarse sin movimiento; preocupado quise estancarle la sangre con mi pañito, pero no era suficiente para cubrir el boquerón; me apagué a manazos mi chaqueta y chaleco que ardían del fogonazo, y sentía sólo un ardorcito en el rozón que la bala me dio abajo del anca. Ya por aquí estoy de más, exclamé; pintemos el venado antes de que este asunto se divulgue, y violentamente destapé para mi casa, me mudé ropa, ensillé uno de mis mejores caballos, me llevé otro para remudar, una maleta ligera con lo muy preciso, dinero, y dejándole a mi padre un papelito dándole parte de lo ocurrido, partí a escape sin ser notado de ninguno, poniendo en poco tiempo mucha tierra de por medio. Mi padre volvió a las doce a la casa, luego luego le entregó uno de mis hermanos chicos mi papel, vio la ropa chamuscada y leyó lo siguiente:

Padre mío, perdóname si en un momento de furor, al ver burladas mis halagüeñas esperanzas, he vengado por mano propia mi ofensa; en la loma de los Tepozanes dejo muerto a mi rival, y aunque con felonía me disparó un tiro a quemarropa, gracias a Dios no tengo más que una insignificante rozadura; yo marché para la capital, escríbame al mesón de la Galvana su antigua conocida; por el amor de Dios que me perdone; en sus manos pongo mi suerte, compadézcase de este infeliz que lamenta su desgraciado amor, terrible desengaño y la mayor desventura. Su amartelado hijo.

Juan Navarro

—¡Malditas mujeres! —exclamó mi padre dándose un manazo en la frente, no hay mal que de ellas no venga; ya este muchacho se desgració. Y luego hincándose delante de un Divino Salvador que tenía, muy lindo, le dijo con voz suplicante y los ojos preñados de lágrimas:

—¡Protege a mi hijo, Divino Señor! ¡Que tu Santa Providencia me lo guarde, y en tus santísimas manos pongo su suerte!

Se limpió los ojos, y con la carta en la mano, partió para la plaza a verse con don Julián.

—Vea usted —le dijo presentándosela—, este asunto ha tomado un sesgo endemoniado; aquí se versa el honor de su niña; necesitamos obrar con prudencia para evitar más fatales consecuencias; vamos por ahí discurriendo el modo de avisar a la justicia sin comprometemos.

—Rompa usted esa carta en que solito se delata Juanito —respondió don Julián —, le daremos más tiempo para que se aleje y estaremos a la mira indiferentes.

Hicieron pedazos mi carta y se salieron, contándole don Julián en breves palabras la verdad de todo.

—Vamos primero a dar un vistazo por los Tepozanes —dijo mi padre compadecido del caso—, no vaya a ser que ese muchacho haya dejado algún indicio y echemos a perder el negocio, pues según me dijeron, todos los amigos están por la Asunción jugando gallos.

—Vamos —respondió don Julián.

Llegaron al sitio indicado y lo primero con que se encontraron fue con mi pañuelo empapado de sangre, y que en una punta tenía mis iniciales.

—¡Qué tal! —dijo mi padre reconociéndolo—, voy a echarlo para el río.

Lo tomó con dos dedos y se fue con él para la orilla de la barranca donde aventándolo con fuerza fue a caer al agua y en un instante se lo llevó la corriente, pues por aquel sitio estaba un retajo, al pie pasa el río de Pantitlán que lleva el nombre de los pueblos por donde atraviesa y en aquel lugar va caudaloso.

Mientras don Julián se puso a reconocer al peajero, y mirando que aunque la herida era grande sólo fue pellejera y la pérdida de sangre tenía a aquel hombre desmayado, dijo lleno de gozo:

—No hay cuidado, don Ramón, este hombre se salva, vamos a ver cómo damos parte para que lo vengán a levantar; yo le aseguro que no corre el mayor peligro.

—¿Pero y si mientras se agrava, el sol lo perjudica u otra desgracia?, lo arrimaremos a la sombra.

—No, dejémoslo así, si lo movemos se acaba de desangrar; le cubriremos la herida con la ropa y la cara con su sombrero, en el estado en que está, lo mismo es una hora antes que después; que Juanito gane terreno es lo que importa, vámonos a ver los gallos y por allá iremos soltando el cohete.

Se dirigieron para el barrio de la Asunción por diverso camino.

—¡Qué bien lo hacen ustedes! —dijo mi padre a varios de sus amigos, entre

quienes se hallaba el Alcalde; aquí tengo mis cuatro y medio para una chica, no saben avisar y solitos se vienen a divertir.

—Hombre —le respondió uno de ellos—, ha sido de improviso, estos muchachos en un instante han armado sus tapados.

—Y si no fuera por un incidente —agregó el Alcalde—, no estuviéramos aquí; la casualidad hizo que nos avisaran con tiempo, si no a la hora de ésta quién sabe qué demonios hubiera sucedido.

—La cosa se iba poniendo fea —agregó un compadre suyo—, ese hombre es muy ocasionado y provocativo.

—Como desde que compró las pistolas —siguió diciendo otro—, se le ha metido el diablo, ha comido gallo, a todos insulta, echa unas chifletas muy picantes, comenzó con el güero y ya estaba barriendo con todos; la presencia del señor Alcalde sofocó el incendio, que si no a estas horas está el señor don Julián, reconociendo cortadas para certificar esencias de heridas.

—Si ustedes no me dicen de quién se trata, estoy como tonto en vísperas —dijo don Julián.

—¿Cómo de quién?, de don Indalecio, ya lo conoce usted que es tan amigo de promover disputas.

—Ah, pues entonces no es extraño lo que oímos decir por la plaza a unos transeúntes, ¿no, amigo don Ramón? Pero no decían que se había cortado el negocio, sino que se realizó ese cuidado; el saber que para acá se vino el señor Alcalde, nos trajo con curiosidad, y no se qué especies guardo, o qué dijeron de los Tepozanes. ¿No hizo usted alto en eso, don Ramón?

—No, amigo don Julián, sí oí también algo de Tepozanes pero no hice mayor caso.

—¿Si habrá encontrado por fin quién le dé lo suyo? —dijo uno de los de la rueda—, me desafió un tapado, se fue a traer su gallo, y ya me choca su tardanza.

—Habrá ido a Jerusalén a traer el que le cantó a San Pedro —respondió otro.

—Puede que ande correteando por Tlacotalpa para conseguirlo —agregó un tercero.

—Me está haciendo títere eso de los Tepozanes —dijo el Alcalde—, ¿qué cosa se infirió usted de eso, señor don Julián?

—Que allá habría sido la contienda, y como ese sitio convida para un lance de éstos, por ser tan solitario, el retajo tan alto y la profundidad del río, no era extraño que allí hubiera sucedido un lance feo.

—Saldremos de la duda; mira güero, anda a la lomita de los Tepozanes —ordenó el Alcalde—, echa un vistazo por allí, y nos vienes a avisar; mientras le ganaremos a mi amigo la sopa porque ya las tripas grandes se quieren comer a las chicas; casen por ahí, y amarren muchachos, ésta es la moza.

Apenas había acabado de perder sus cuatro y medio, cuando regresó el güero corriendo, y muy azorado le dijo al Alcalde:

—Allá está tirado el peajero con las tripas de fuera.

—¿Lo viste bien, hombre? —preguntó don Julián.

—No, señor, desde lejecitos, está hecho un lago de sangre, con tanto socavón por un ijar.

—¡Qué tal! —exclamó el Alcalde—, bien decía yo que ese hombre tenía facha de poco vivir; mire don Benito, vaya usted con este muchacho al juzgado, tráigame prontito el bastón y demás cachivaches, que vengan cuatro hombres de la guardia con un petate o cualquiera otra cosa para levantarlo, y a usted, don Julián, le suplico que nos acompañe. Vamos, señores, no me dejen solo.

—Vamos —respondieron todos haciendo mil comentarios muy desfavorables para el infeliz difunto, y otros compadeciéndolo pues luego lo supusieron muerto.

A poco llegó don Benito, comenzó la fórmula de las primeras diligencias de un proceso; y el Alcalde siguiendo la antigua costumbre y diligencias del caso, mandó formar un círculo rodeando el cadáver, a todos los concurrentes, que se quitaron el sombrero. Descubrió el rostro del difunto; empuñó su bastón; le descansó la punta en el estómago y con voz clara y distinta, preguntó con tono firme:

—Indalecio, en nombre de Dios y de la ley, responde a la autoridad que te interroga, ¿quién te mató? —Y se puso en actitud de escuchar mirando uno por uno los semblantes de los que le infundían algunas sospechas; dejando pasar un intervalo repitió segunda y tercera vez su pregunta, y no habiendo tenido ninguna contestación ni algún indicio que denunciara al agresor, dijo:

—En el supuesto de que Dios no te da licencia para responder, su Divina Majestad toma a su cargo este asunto, y Él te haya perdonado. Señores, muerto está, tarde llegamos, asiente esta declaración por diligencia, y quede abierto el proceso para los efectos a que haya lugar, señor facultativo, ya puede usted poner mano sobre ese cadáver que lo encomiendo a su eficacia, y espero me remita el certificado respectivo que debe acompañarse al expediente; y prosígase desde luego a las averiguaciones consiguientes.

Empezaron a buscar rastros, indicios, y de todo se pudo sacar en limpio que un rastro de sangre, que mi padre al llevar a tirar mi pañito estaba indicando que el agresor se retiró también herido hasta la orilla del retajo, confirmando esa sospecha el que los tacos de la pistola descargada que tenía el peajero en la mano derecha estaban en la misma dirección, y avanzaron hasta creer que el herido temiendo tal vez las consecuencias, atarantado por su crimen, y desconocedor del terreno, por allí se precipitó encontrando su sepulcro en el fondo del río; que arrebatado por la crecida corriente, quién sabe hasta dónde habría caminado su cuerpo. Todo quedó asentado y autorizado en forma. Echaron al herido en un petate, y no teniendo allí depósito, don Julián hizo que lo condujeran a la botica, a fin de que al volver en si, no fuera a soltar algunas expresiones que comprometieran el lance o lo aclararan; antes de llegar a su casa, en la entrada de la plaza, se agrupaba la gente a ver al matado, corriendo las placeras y tortilleras guiadas de la curiosidad, haciendo mitote con sus exageraciones.

Victorina ya repuesta del ataque que tuvo, percibió algo de la boruca y se puso a ver por una ventana.

—¿Qué sucede por ahí, señora? —preguntó a una mujer que venía de la bola.

—El matado, niña, el matado que está horroroso.

—¿Pero quién es? —dijo sobresaltada.

—No se le distingue la cara, pero es gente decente, tiene pantalón de paño.

—¿Claro u oscuro?

—Oscuro, niña.

—¿Pero quién viene con él?

—Su papacito de usted, y don Ramón Navarro muy tristes. Esto acabó de confirmar las sospechas de aquella infeliz criatura, cerró la vidriera, trató de salir a la calle, dio algunos pasos delirante, diciendo:

—¡Es Juanito, Juanito de mi alma! —Y dando un fuerte golpe en el suelo, le volvieron a repetir las convulsiones con mucho más fuerza, y a meneársele la barriga de una manera singular; al ruido ocurrió el dependiente de la botica, gritó a la criada, y entre los dos la acomodaron en el estrado, quedándose la mujer cuidando que se golpeará lo menos posible. El dependiente mandó avisar a don Julián que viniera pronto, que urgía. Luego luego se imaginó para lo que sería, llegó presuroso mientras mi padre seguía custodiando al matado que llevaban en el petate, descansándolo de trecho en trecho.

—¿Qué sucede? —dijo don Julián al dependiente que lo esperaba en la puerta de la botica.

—La niña tiene un mal horroroso, toda se está golpeando, quién sabe si a la hora de ésta ya...

Se metió precipitado, y aunque los nervios algo habían cesado de sacudirle, el otro mal seguía de grado en grado atormentándola, anunciándose con una fuere hemorragia; la condujeron a la cama; el peajero fue puesto en otra pieza distante; mi padre se retiró a comer compadecido de ver a don Julián que no hallaba a quién atender primero. Como loco, ordenando y disponiendo medicinas para uno y otra, no queriéndose valer para su hija de ninguna partera por no divulgar la situación en que se hallaba. Por fin, a las cinco de la tarde quedaba el peajero perfectamente curado y asistido por un criado que no se despegaba de su cabecera, y poco después de media noche fue el mal parto de Victorina, sumamente difícil y cruel, debiendo el no sucumbir en el acto, a la buena inteligencia y cuidados de su papá, quien a pesar de eso, no pudo evitar las consecuencias de un lance tan arriesgado. A los seis días de esa catástrofe expiró en sus brazos haciéndole un encargo para mí, y recibiendo la bendición paternal; subió su alma a gozar de Dios, dejando al afligido papá anegado en llanto y en profunda pesadumbre.

Yo supe por mi padre su fallecimiento, y no dejaba de hacerme títere haber sido la causa de la muerte del padre, de la madre, y de la cría. Feliz matrimonio, decía yo irónicamente, ya la madre y el hijo marcharon primero; esa fue mi intención al verle

tamaño barriga, y no sé qué poder sobrehumano contuvo mi brazo en aquel instante, y sólo me contenté con decirle: ¡Maldita seas!, y me salí hecho un demonio.

El tata aún no está fuera de riesgo, pronto tal vez irá a reunirse con su familia; que Dios los ampare.

¿Pero, Señor, que haya yo sido tan bestia que ni por las narices me dio semejante cosa, que no llegué a conocer que estaba yo elevado hasta los cuernos de la luna, y era víctima inocente de la cofradía de San Cornelio? Ya se ve, la confianza mata al hombre; ya esa frágil criatura está juzgada de la mano de Dios; que su Divina Majestad le haya perdonado sus extravíos y colocado en su santa gloria; yo le perdono de todo corazón y compadezco su suerte desgraciada. Descansa en paz, Victorina, pues a pesar de tu perfidia no puedo aborrecerte, recibe esta lágrima dedicada a tu memoria, y no te olvidaré en mis pobres oraciones.

A los veinte días estaba ya don Indalecio declarado fuera de riesgo, y como estaba abierto el proceso de aquel hecho, don Julián trató de prevenirlo, diciéndole:

—Ya usted está fuera de riesgo, y de su adversario ésta es la hora que no se sabe su paradero, todas las probabilidades confirman que se retiró herido hasta la orilla del retajo; ¿usted está cierto de haberle pegado un balazo?

—Sí, señor don Julián, le confieso mi pecado, yo le tenía miedo, y antes de darle tiempo de que se previniera, le apunté al corazón y le solté el tiro en el pecho, de modo que esas sospechas, ese rastro de sangre y demás averiguaciones son muy ciertas, don Juan fue a dar al río y allí acabó de perecer.

—Pues en obsequio de su propia conveniencia, estudie usted el modo de salvarse; don Ramón está loco porque no sabe quién, cómo, ni a dónde le den razón de su hijo. Desde ese día fatal desapareció de su casa; nadie lo ha visto salir del pueblo ni encontrado en los caminos; en fin, si usted no baraja el negocio y luego que se restablezca se larga por ahí muy lejos, tarde o temprano se sabe la verdad y no le arriendo las ganancias, nunca falta un yo lo vi, y cuando usted mejor salga, va a acabar sus días a un presidio.

—No tenga usted cuidado, señor don Julián, le agradezco el interés que por mí se toma, conozco sus razones y voy a recibir sus consejos.

—Pues entonces voy a dar cuenta de su mejoría para que le vengán a tomar declaración y cierren el proceso; estudie bien su lección, cuidado con una palabrita, una frase que lo vaya a condenar.

—Pierda usted cuidado, que ya tengo pensadas mis respuestas y declaración.

Fue el Alcalde con Su secretario y testigos. Después de las generales y juramento de estilo, don Indalecio declaró que la mañana del día de su accidente, había tenido en el peaje una acalorada disputa con unos pasajeros que trataban de defraudar a la Hacienda Pública, excusándose de pagar el peaje de una partida de jumentos. Es verdad que yo me propasé y les di unos trancazos. Ellos se vinieron para la plaza y yo me fui a las tapadas. Cuando me separé para ir a traer un gallo para un tapado que desafié, me los encontré por los callejones, y tapándome la cabeza con un sarape me

llevaron hasta los Tepozanes, en donde uno me dio una metida diciendo:

—Estamos a mano, golpe por golpe.

Yo disparé un tiro a uno de ellos, e ignoro si le pegué o no; mi herida no me dio más tiempo que de sentarme; me atacó un fuerte desvanecimiento y éste es el hecho.

—¿Pero usted no conoció a alguno? ¿No recuerda sus señas, sabe sus nombres; de dónde son, o en fin, cualquiera cosa que pueda darnos algún indicio?

—No, señor, absolutamente hago memoria, confundo todas las especies. Ese día me desayuné por humorada con café, le eché un poco de catalán, y como no lo acostumbro estaba mi cabeza quién sabe en qué artes.

—¿Y qué pide usted contra la alevosa mano que ha derramado su sangre?

—Yo nada, señor Alcalde, me bajo de querella, pues más bien creo que mi desgracia ha sido un justo castigo del cielo para corregir mis excesos.

—Asiéntese todo lo dicho, ciérrese esta sumaría —dijo el alcalde—, archívese para incidente por si acaso fuere útil para instrumental en lo sucesivo. Y ahora hablando aquí como amigos, le aconsejo, don Indalecio, que no le busque mido a sus costillas, es usted muy provocativo, abusa del destino que ocupa; aquí ha confesado que se propasó con esos infelices, que el catalán le hace efecto, y que tiene sus humoradas de desayunarse con él, y donde se le vaya un poquito la mano y me promueva mitotitos insultando a mis vecinos que son medio quisquillosos y no se dejan faltar, o le aciertan una trasteada más céntrica o tengo que remitirlo amarrado para la ciudad, haciendo resucitar esa causa que se va a sepultar en el archivo; mire cómo se conduce y Dios quiera que se restablezca.

Un mes después de la declaración ya estaba casi sano; además de los consejos de don Julián le metió más el cerote las amonestaciones del Alcalde, y luego luego procuró ausentarse marchando, con unos extranjeros que iban para las Californias a buscar oro.

Yo en esos dos meses largos algo me paseé y no perdí mucho el tiempo; me remitió mi padre otra partida que fui a encontrar hasta Ixtlahuaca; terminé su realización, y porque estaba muy reciente la catástrofe, hice lo mismo con otro viaje y no me presenté en mi pueblo hasta al cabo de cinco meses. No salí de mi casa; me daba horror, coraje, sentimiento, yo no sé qué cosa, al pasar por la plaza; aborrecía al pueblo; no quise ir a la parroquia, porque cuando lo intenté, lo primero que se me presentó en el cementerio fueron los sepulcros de la madre y la hija con quien quise emparentar. Estaba en mi casa violento, pues luego que tenía el gusto de abrazar a mi padre y hermanos, que eran los únicos que allí me estiraban, estaba fastidiado, inquieto, ansiando por largarme.

En uno de mis descansos supo don Julián que había llegado, y me mandó un papelito reservado suplicándome mucho que lo fuera a ver para un asunto. No me pareció negarme, y a fuerza de fuerzas concurrí haciendo unos recuerdos que me destrozaban el alma; me recibió don Julián con mucho aprecio; me metió a su escritorio, sacó de su ropero un bultito y poniéndolo en mis manos en unión de una

carta de Victorina, me dijo:

—En hora suprema me hizo el encargo mi hija de poner en manos de usted, Juanito, estas cosas, suplicándomelo momentos antes de exhalar el último aliento de su vida, y balbuciendo su nombre, pasó su alma al eterno descanso, y su cuerpo yerto quedó entre mis brazos.

Tomé la carta, era toda de su puño y letra. En ella me refería todas sus desgracias; me expresaba sus padecimientos con palabras tan persuasivas y tiernas, que de bronce que hubiera yo tenido el corazón, se hubiera ablandado considerando su eterna amargura; creí como debía, la verdad que hasta ese instante apareció ante mis ojos; me pedía mil perdones porque avergonzada, temerosa, y pusilánime, me había ocultado sus pesares, los cuales fueron en aumento desde que advirtió que a fuerza se haría pública su deshonra; que si se ocultaba de mí, no era por indiferencia, mutación o desamor, sino por bochorno y temor de contagiarme con sus irremediables pesares; que desvaneciera mis infundadas sospechas; que nadie había ocupado su corazón más que yo; que considerara su pena al tener que huir de mi presencia; que cuando salió resuelta a descubrirme todo, me violenté y sin atender razones la llené de injurias, la maldije y por último, que si mi amor era puro y sincero como el que ella me tenía, que diera gracias a Dios porque la quitaba de padecer; que recibiera mis prendas, que exhalara un suspiro, echara una lágrima, y le dirigiera una plegaria por el amor de Dios, pues ella iba empeñosa a suplicarle que me colmara de felicidades y le diera los consuelos a su triste y afligido padre, quien me daría la satisfacción más completa para que quedara yo convencido de su inocencia.

Yo no sé ni cómo acabé de leer aquella carta, pues agolpándose en mi mente las consideraciones de sus amargos padecimientos, me avergonzaba de haber dudado de su amor y contribuido si se quiere a abreviar su temprana muerte. *¡Yo soy un asesino, soy un infame!* Perdón, Señor, sólo mi ceguedad, los celos que me devoraban me hicieron desconocer al ídolo de mi corazón; yo he precipitado en el sepulcro a esa inocente; he multiplicado sus pesares; he acabado de desgarrar su destrozado corazón; soy un vil, un miserable.

—No lo culpo a usted, Juanito, levántese, ayúdeme a lamentar su desgracia, yo mismo no sé cómo he podido sobrevivir a mi total deshonra, figúrese nomás cómo estaría mi corazón al presenciar atado de pies y manos, la violación de mis dos prendas más queridas, y a quienes trataba de escapar a costa de todos mis intereses y de mi propia vida; esos mismos padecimientos de ellas los he tenido que resentir doblemente, pues conocía la causa, y a esta fatal desgracia debo el encontrarme solo, lleno del más acerbo dolor y de una pesadumbre que sin duda me hará seguir las muy pronto.

—Pero no me negará usted, señor don Julián, que yo tuve mucha parte en violentar su muerte.

—No, la culpa fue mía que consentí en que la viera, queriendo con eso evitarme el sonrojo de que por mi boca supiera usted la verdad, ese egoísmo tiene la culpa;

¿pero para qué renovar unos recuerdos tan sensibles y desastrosos?, yo le ofrecí cumplir su encargo y ya está concluido, sólo me resta hacerle una súplica.

—No suplique usted, señor, mándeme lo que guste.

—Que en el supuesto de que ya se impuso de esa carta, me haga favor de dármele. Con mil trabajos he llegado a conseguir que todos ignoren la causa de su muerte, dejándola en la mejor reputación, la multitud de rosas blancas con que vieron los del pueblo guardar su inanimado cuerpo en el sepulcro, y no quiero que exista nada que aclare este misterio que dejo depositado en el pecho de usted, de un hombre que sabrá guardarme este secreto.

—Aquí está, le dije besándola, a tiempo que un torrente de lágrimas nublaron mi vista y se desprendieron.

—Gracias, Juanito, gracias; mire su fin, y quemándola en una lamparita la vimos consumirse; no quise recibir mis prendas, pues siendo algunas de ellas de valor insistí en que las guardara. Me despedí lleno de aflicción y volví a protestar no volver a poner un pie por allí, compadeciéndome mucho de aquella infortunada niña. La muerte de mi padre acabó de hacerme aborrecer aquel lugar. Les repartí a mis hermanos y hermanas su parte, tomé la mía en numerario y me vine a tratar de establecer a San Felipe, donde calculaba comprar de primera mano a algunos partideños amigos míos, pues el negocio de las encomiendas iba cada día de mal en peor. Desde antes tenía buena amistad con este taimado de mi padrino, compadre, hermano, y quién sabe cuántos más lazos nos ligan, de este Botitas, Bototas, y por fin Chepe Botas.

He aquí terminada la primera parte de mis aventuras y como antes les dijo Chepe, después de venirme a la villa con el fin de establecerme, unas mismas aventuras nos unieron hasta la fecha: sigue tú, Chepe.

—No, tú tienes más memoria y te afectas menos con semejantes recuerdos.

—Pues, señores —prosiguió diciendo el Tapatío—, ya tenía Chepe más de un año de estar manteniendo con todas las comodidades posibles en Viborillas a su linda catrina, a su amargosa Elisa, cuando yo me establecí en San Felipe, y al paso que él procuraba cada día alejarse de ella, un cirineo se le acercaba, de manera que aquella cruz no quedó sin nazareno. Yo supe las vulgaridades de que allí tenía Chepe en las Viborillas su marritas; varias ocasiones le promoví conversación sobre eso, y me emborucaba la cosa de tal modo que yo creyendo que no merecía su confianza, no volví a querer indagar más de boca del mismo; pero picado de la curiosidad de conocerla me di mis mañas para verla, confundiéndome entre la muchedumbre en un día que hubo en el pueblo una función clásica. No me pareció tan de a tiro despreciable; le fui espiando los pasos, y aunque trataba de ocultarlo, conocí perfectamente que estaba embarazada. A cierta distancia del pueblo le salió al encuentro un tal *Patrañas*, se la echó en la silla y la condujo para las Viborillas donde se quedó y no volvió al pueblo hasta el otro día. Conociendo yo evidentemente que mi amigo Chepe vestía la muñeca y otro la bailaba, no faltó quien me asegurara que

había sido al revés, que Chepe era el que se enancaba; por fin, lleno de dudas y encontrados pensamientos, cogí un día a cargo a este viejo y lo obligué a que en el seno de la amistad me descubriera sus cosas; el pobre sinceramente me contó la verdad, yo había descubierto cosas que no le debían de hacer muy buenas tripas; no me pareció prudente comunicárselas, sino que tomé a mi cargo el negocio antes que él por otro lado llegara a saberlas y fuera a tomar una sangrienta venganza de aquel par de tortolitos, que arrullados en sus desvaríos descansaban en el nido, fiados en la bondad del gavilán; procuré apersonarme con el tal Patrañas a quien otras veces había fiado reses, y como quien quiere y no quiere nos fuimos haciendo como de confianza.

—¿Que ya pensó usted establecerse por aquí? —me preguntó.

—Sí, hombre —le contesté—, tengo por estos rumbos una obligación que cumplir, mi mujer por incomodidades de familia y cosas que no faltan en los matrimonios, está separada de mi lado, por evitar escándalos se la he confiado a un íntimo amigo mío, a don José Morales, quien hasta ahora creo que se ha portado como correspondía a tan alta confianza, situándola en Viborillas, en donde va de vez en cuando a verla y a llevarle recursos. No han faltado malas lenguas que supongan que esa maldita sigue con sus mañas, y me han asegurado que tiene relaciones con un vecino de este pueblo, y tanto que ella actualmente se encuentra embarazada; yo no he querido tomar providencia alguna hasta no conocer a ese sujeto para darle su merecido. Como soy extraño aquí y no tengo relaciones, quiero que usted me haga un servicio de hombres; que me ayude a averiguar quién es uno que se la echó en la silla el domingo hace quince días, como a las doce del día en el último jacalito de la salida, llevaba un caballo mascarillo, y no me supieron decir si era colorado o retinto, el caso fue que no sólo la fue a dejar a Viborillas, sino que ahí se quedó con ella hasta otro día. Voy a ponerles su trampa para que caigan juntitos en mis manos; pero por si se me frustrare quiero saber quién es ese guapo, dónde vive, y por dónde anda para que nos demos un topetón; yo podría fácilmente informarme de mi amigo José; pero ya que él bastante ha hecho con aguantar esa molesta encomienda, no quiero comprometerlo en un lance, y conmigo sólo basta para vengar mi honor ultrajado con la sangre de esos infames; ya tomé a cargo este negocio y si no se me escapan de entre las manos, bien pueden desde ahora mandarle al campanero que doble por ellos.

—Señor don Juan —me contestó aquel hombre todo demudado—, yo no conozco a ninguno que sepa que tiene por ahí sus dares y tomares; pero para corresponder a su confianza yo me informaré en estos días, y para de hoy en ocho le daré una noticia segura; mientras, creo que sería bueno que suspendiera usted sus procedimientos para no errar el golpe.

—Gracias, amigo, voy a seguir su consejo, y le suplico que se reserve todo, pues sólo en la confianza de amigos le he descubierto mis planes; conquese hasta de hoy en ocho nos veremos, amigote, adiós.

—Adiós, señor don Juan —me respondió—; para de aquí a ocho días; —siguió diciendo solo Patrañas— te quedarás con tu venganza en barbecho y los cuernos más

grandes que un venado tras añejo, y yo decía:

—Poco plazo se ha tomado este bribón, ocho días; voy a ver cómo entretengo a Chepe para que no les vaya con su presencia a entorpecer su fuga; esto no tiene remedio, yo no encuentro otro modo de que desaparezca y el pobre marido siempre ignore el estado en que se encuentra; si no fuera tan maleta y mañosa era capaz de disimular su falta y hasta a ayudarle a entompear a Chepe, pero cuando sólo por vicio se prostituye y es liebre corrida, en su salud lo hallará; el que por su mano se lastima, que no gima; si fuera una niña sin experiencia, y la miseria, el mal trato fueran las que la hubieran precipitado y obligado a ser infiel, en fin, que tuviera yo siquiera una razón en su favor, puede que en obsequio de la amistad le concediera alguna indulgencia. El tal Patrañas al hacerle mi confianza estuvo como los camaleones mudando de color en cada esponjada; ojalá que no me ponga en el compromiso de darle una buena zafacoca y tener yo que ocultar a esa maldita cusca de venas azules, y sangre de... drago, que es pasto de ciervos.

Como al pretender Patrañas a la dicha Elisa, le contaron que era casada, y que Chepe la tenía de tapaojito, no trató de averiguar más por entonces; luego en sus conversaciones cuando quiso tener de ella más informes, Elisa le barajaba la conversación, conformándose mejor con pasar por querida de su esposo, por tal de ocultar su vida anterior tan llena de infamia, y no parecer a los ojos de su amante tan pérfida, criminal y sin vergüenza como había sido; con eso no adelantó gran cosa en sus aclaraciones, y vivía en la misma duda, no siéndole difícil creer lo que yo le descubrí.

El hombre tenía otra mujer en el pueblo, viuda de un matancero que hizo allí su fortunilla. Muerto éste, Patrañas que era su destazador o carnicero, ocupó su lugar enredando las espuelas con la viuda, que por ser la dueña y una mujer de mucha más edad, me lo tenía en un puño y no estaba nada contento; además tenía mil drogas personales que la señora se excusaba a pagar; el hombre estaba mal, diariamente tenía reyertas y sinsabores, por lo que reuniéndose el compromiso en que estaba y apestándole el pellejo a fierro con mis amenazas, procuró cuanto antes dar la estampida cargando con Elisa. Al otro día con mil precauciones llegó a Viborillas muy azorado diciéndole:

—Mal estamos, querida, ya nos llegó la lumbre a los aparejos, tu marido lo sabe todo, necesitamos por nuestra propia conservación y la de esa criatura que llevas en el vientre ponemos en salvo, está hecho un león, quiere con nuestra sangre lavar su afrenta, lo considero muy capaz de eso.

—Ya se ve que sí —respondió ella muy asustada.

—Tú aquí solita no tienes quién te favorezca.

—Es verdad.

—Yo no te puedo ocultar más tiempo por estos lugares sin que nos chille el cochino.

—También es verdad, y yo lo que sentiré será que le sueltes el mecate, que me

abandones en tan crítica situación; por vida tuya, negrito, que no me dejes en la pelaza, siquiera porque el fruto de nuestro amor no participe del peligro que nos amaga.

—Jamás te abandonaré, mi vida, soy hombre para sostener mi compromiso; pero, como tu marido tiene la justicia de su parte, es preciso que huyamos de su presencia a donde no nos alcance su venganza; dispon tus cosas, carga con cuanto puedas; ya tengo dispuesto que nos larguemos mañana mismo para Santa María, allí tengo un amigo en el parador de los carros que van para el Interior; muy pronto estarán de regreso los que pasaron hace como un mes para México, o tal vez ya estén allí; no faltará cómo colocarme con ellos mas que sea de carretero o en la vaciada, y cuando tu marido nos busque, ya tendremos puesta alguna distancia de por medio; no pierdas tiempo pues mañana en la noche vengo por ti; voy a dar el golpe por allá; desde por la tarde vas sacando envoltorios y los escondes en los pirús de contra la cerca para que allí me esperes, pues no quiero que tus vecinos sepan nada para que nos delaten y vayan a hacer carbón de entrego.

—Todo estará listo como lo ordenas, ¿y a qué hora vendrás?

—De siete a ocho de la noche; adiós, negrita.

—Adiós, mi alma —y se largó Patrañas azorándose hasta del menor ruido que hacían las hojas sueltas que arrebatava el viento. Ese día recogió algunos abonos de sus *patleros*. En la noche logró hacerse de la llave de la caja de la viuda; le sacó algún dinerito y alhajitas que tenía reunidas; al otro día malbarató unas reses que tenía para el abasto; se habilitó de otro caballo manso ensillado, y a buena horita llegó al sitio convenido. Ya lo esperaba Elisa llena de sobresalto; colocó su envoltorio, acomodó lo mejor posible a la petaca y marcharon escudados por la sombra de la noche llenos de temor, pues se creían perseguidos. Yo di mi vuelta a los cuatro días por el pueblo y supe que había desaparecido mi amigote. Me fui para el rancho y me lo encontré abandonado absolutamente, pues los peones mirando que no parecía su señora, temerosos de que Chepe les siguiera algún perjuicio, alzaron su campo y se largaron también. Con alguna dificultad logré falsear la chapa del cuarto que ella habitaba y estaba casi vacío. Sobre una mesita me encontré una carta dirigida a su marido; la recogí; volví a cerrar; mandé a un sirviente mío que se fuera a vivir allí y cuidara de todo, sin darme por entendido con Chepe, a quien tuve entretenido por diez o doce días, al cabo de los cuales hice un viajecito a México para realizar algunos efectos y habilitar algunos regalitos para mi novia, en lo que me dilaté como un mes. En este tiempo fue José con sus once ovejas a dejarle dinero a la torcaza y se fue encontrando con caras extrañas que no supieron darle más razón sino que yo las había puesto a cuidar de todo aquello; que eran mis sirvientes y les había dejado sus semanas pagadas al irme para la capital; se volvió muy triste, lleno de cavilaciones, pues hasta mi regreso esperaba salir de su incertidumbre.

Capítulo XXIII

El gato encerrado y la cola de fuera. Las llaves falsas. Carta de Elisa. Mentira sobre mentira. El rapto desafiado.

Lamentable fin de Elisa

Retrocedamos ahora a otro asuntito. Ya yo llevaba cerca de un año de estar avecindado en la Villa y por más que hacía no encontraba cómo establecerme definitivamente. Tenía cerca de cuatro mil pesos, y mientras conseguía tomar alguna finca de campo o comprar algún ranchito, estuve rescatando algunas partidas de ganado y revendiendo, con lo que me estaba manteniendo sin desmembrar mi principalito y dándome unas paseadas en grande. Arrendé una casa regular; tenía dos criados que me siguieron desde mi tierra; sus mujeres me asistían bien; tenía seis caballos de primera y me pasaba la vida de marqués divirtiendo mis ratos con los amigos o yéndome a charlar con José que era mi predilecto, ¿no, viejo?, te quería yo mucho, muchísimo.

—No por ti, ventana, sino por la que asoma, grandísimo pícaro —contestó Chepe enojado—; prosigue, tunante.

—Proseguiré, hermano, pero no te enojés.

Vamos al asunto. Este maldito a pesar de nuestra intimidad no era conmigo muy franco; hacía yo de él cuanto quería, pero del carril a adelante, pues eso de llevarme a su casa y recibirme en ella como yo lo hacía con él, jamás, ni de chanza me lo ofreció; al llegar al puentecito se despedía, y a su serrallo no se acercaba más que el ángel de su guarda; ya me había contado que tenía una hermana que se llamaba Guadalupe; tuve empeño en conocerla y burlar su vigilancia; anduve echando varias tanteadas y como se me dificultaba la cosa, más crecía mi empeño. Por fin una tarde después de muchas vueltas y planes, al atravesar la loma me pareció percibir una cabeza que se movía entre multitud de calabazas que estaban enfiladas en la orilla del pretil de la azotea; paré mi caballo, fijé más la atención y mirando que no me había engañado, empecé con mi pañuelo a hacer señas con mucho afán; fueron notadas por Lupe, y después de estarlas repitiendo con tetón, vi que ella me contestó con menear también la punta de su rebozo; frenético de gusto destapé para la casa, pasé el carril vedado y empecé a dar sendas palmadas al zaguán. Obligada por mis toquidos, bajó una gran calabaza, se paró sobre ella, y sacando la cabeza por aquel sitio descubierto, en medio de los fuertes ladridos de sus custodios que azoraban aquel rancho, me preguntó llena de inquietud:

—¿Qué sucede, señor don Juan?

—Deme razón de José por vida suya.

—No ha llegado todavía —me contestó.

—Pues voy a ver si llego a tiempo de evitar un lance, una desgracia —y volteé mi caballo como para marcharme.

—Pero oiga usted, señor don Juan, oiga usted —me gritó llena de susto—, ¿qué acontece?, por Dios no me deje con cuidado.

—Yo le contaré a usted todo, Lupita, voy corriendo a Viborillas, y si quiere ayudarme a salvarlo de ese mal paso, cálese la boca, que no vaya a sospechar que usted sabe nada de sus cosas; dígame por dónde podremos hablar sin ser notados, tengo que decirle un secreto.

—Pues por detrás de la casa, a las diez de la mañana esté usted emboscado en aquellos álamos grandes, yo le haré seña para que se acerque, por vida de usted don Juan, salve a mi hermano.

—Voy corriendo —le dije—, hasta mañana y silencio, si no todo se lo lleva Judas. Yo le contaré, yo le contaré... la vida de San Alejo —acabé de decir partiendo en fuerza de carrera para las Viborillas hasta perderme de vista en las labores para hacer bien mi papel.

Contentísimo de haber descubierto a fuerza de constancia mucho del secreto de Chepe, pues desde luego me pareció su hermanita diez veces mejor de lo que me la había figurado, y empecé con la tentación de zopiloteársela, con tal interés que hubiera dado cuanto tenía, por tal de que en aquel instante fueran las diez del día siguiente para entrar en relación con la reclusita que me dejó sin dormir aquella noche, sin cansarme de decir:

—¡Qué vivo es José, tiene el gato muy escondido y con la cola de fuera!

Lupe que, como dijo Chepe, lo vio desde hacía mucho tiempo atravesar la loma con una mujer en la silla, y coger el camino para Viborillas; luego la pérdida de sus peines, el jabón, su ropa y algunas otras frioleras que su hermano se extrajo de la casa para vestir a su esposa, pronto renovó sus sospechas, confirmándolas mis pretextos para hacerme a sus ojos menesteroso e interesarla en un misterio; la pobre tragó el anzuelo, la dejé llena de dudas suponiéndose mil cosas.

—¡Malditas Viborillas! —exclamaba llena de zozobra—, desde que José se llevó a esa domina, anda el hombre más apantallado, tal vez eso le habrá ocasionado algunos enemigos; este don Juan ha de estar al tanto de todo, son amigos íntimos y por eso me hacía tantas señas desde la loma, ojalá que haya llegado a tiempo como quería y tenga yo que agradecerle el que me quite a mi hermano de un mal paso. Qué amable es don Juan, qué eficaz, y cómo se interesa por José, de veras que es buen muchacho y me simpatiza mucho.

Casualmente José fue esa tarde a las Viborillas, y como siempre volvió fastidiado y de mal humor, habló poco y estuvo serio esa noche.

—No me ha engañado don Juan —decía Lupe—, a éste le ha sucedido alguna cosa que lo tiene preocupado; mañana me contará todo, y ya sabremos corregirlo; le ayudaré don Juan, le ayudaré.

Antes de las diez ya yo estaba en los álamos, vestido decente, y montado en uno de mis más bonitos caballos. Apenas vi menear el rebozo cuando metiendo espuelas fui salvando zanjas y atravesando una milpa. Llegué hasta ponerme a buen trecho de mi adorado imán.

—¿Cómo le fue a usted ayer, don Juanito? —me preguntó.

—Bien, Lupita —le contesté—; me compré la demanda, y antes de que ese sujeto se encontrara con José, atravesamos unas cuantas palabras y me lo llevé para la villa, donde lo tengo algún tanto asegurado, no sin dejarlo tan contento con unos cuantos caballazos que le di; la fortuna fue que no traía yo mi espada porque si no lo echo a roncar por traicionero.

—¿Pero quién es ese hombre, don Juanito?

—Yo no lo conozco más que de vista; anda en busca de su mujer que dice que hace tiempo se le largó, y asegura que le han dicho que en las Viborillas la tiene José; yo que casualmente lo supe le he estado espiando los pasos para evitar una desgracia y...

—¿Por eso ha estado usted dando tantas vueltas por aquí hace más de quince días?

—Precisamente, José es mi amigo y le he andado sin que él lo entienda cuidando la espalda, tanto que ignora la ocurrencia de ayer tarde, y quiero ver si usted me ayuda a hacer lo posible para quitarlo del riesgo, pero ha de ser con la condición de que él no lo comprenda, para que no vaya a ofenderse o tome capricho en seguir exponiéndose; usted conoce su genio y...

—Pues cuente usted conmigo, don Juanito; no más me dice usted lo que tenga que hacer y lo obedeceré.

—Corrientes, por ahora ya entorpecí por algún tiempo los designios del marido, y podremos con espacio formar nuestro plancito.

—¿Pues qué hizo usted con ese hombre?

—Lo metí a la cárcel y no ha de salir tan fácilmente.

—¡Cómo! ¿Pues cómo estuvo eso?

—Eso es largo de contar y ahí se lo diré despacio.

Ésa fue mi introducción y con ese pretexto le conté mil embustes. Nos hicimos de confianza, y a fuerza de ardides, mentiras y cuentos, logré enamorarla hasta el extremo de que falseándole a José las llaves, entraba a su casa y era más bien recibido de su hermana, su hija y sus perros, que él mismo.

En cosa de tres meses arreglé con ella mi plan y me largué a México a comprar donas y otras cosas precisas para nuestro casamiento. Regresé, presenté a mi amada mis obsequios, y hasta el tercer día de mi vuelta fui a buscar a José a las labores; como siempre, corrió a mi encuentro presuroso, inquieto por saber el suceso de Viborillas.

—Si no te has de enojar, hermano, y me empeñas tu palabra de tener calma te contaré lo ocurrido, porque si no es así te dejo en tu incertidumbre; confórmate con tu

suerte, tú tienes tranquila tu conciencia y lo demás te importa un pito; esa mujer fue para ti una carga muy pesada, y si piensas con juicio haz como los machos, revuélcate de gusto porque ya no tienes ese peso que te pele el lomo.

—¿Pero qué ha sucedido, Juan, explícate? ¿Qué ha muerto esa mujer?

—Para ti si, pues desde que se largó la primera vez, creo que eso mismo te propusiste.

—¿Luego se ha vuelto a largar?

—Así parece; yo tuve que ir a hacer unas cobrancitas; me dio la humorada de atravesar por Viborillas, y me encontré con todo el rancho abandonado; empecé a meterme por los ranchitos y jacales, forcé la puerta del cuarto de junto a la troje; sólo estaba allí una cama y trastos en desorden, y esta carta sobre la mesita única que allí había; como está cerrada no sé su contenido. Mandé quien cuidara de aquello; no me pareció conveniente mandártela, la precisión con que tuve que marchar a México me impidió traértela en persona, y esto es lo que puedo decirte, imponte de ella y acabarás de aclarar el enigma.

Ábrela, Juan; para ti no tengo secretos. Como tanto la había leído antes, pues me la encontré abierta, casi me la sabía de memoria y aún conservo su relato, decía así:

«Hombre inhumano; tu vil indiferencia me precipita; tu inicuo proceder me lanza; tu indolente menosprecio me obliga a abandonar este sitio maldecido; ¿que no fue suficiente mi humillación y arrepentimiento para compurgar mi fragilidad? ¡Infame! ¿No me viste postrarme en tu presencia y humedecer tus patotas con mis lágrimas? ¿Soy acaso una meca como tú para estar soterrada en este desierto, sin tener más sociedad que con los animales, expuesta a ser devorada por una fiera; así correspondes a mi sacrificio de unirme contigo olvidando mis principios, mi educación y mi clase distinguida? Quédese esta vida solitaria entre los montes para ti que eres un salvaje, no me conociste de pollera para empeñarte en tenerme de rebozo en una asquerosa pocilga, yo voy a buscar un abrigo; desprecio tus limosnas; no trates de averiguar mi paradero porque provocarías mi cólera, y te daré a conocer cuánto puede una señora como yo, que huye de tu presencia agraviada en lo más noble, en su amor propio, en su sensibilidad y delicadeza. Adiós para siempre, pérfido, te dice la resentida: —Elisa.»

—¿Qué te parece? —me dijo Chepe lleno de cólera.

—Hombre, te diré la verdad, esa mujer ha perdido el juicio.

—¡No tanto, Juan, no ves esa carta llena de claridades y amenazas! ¿adónde quieres que vaya a buscar sombra ni qué cuentos? No es posible que se haya largado sola, esa maldita se ha enredado por ahí con algún gañán y seguirá deshonorándose; es preciso buscarla y de una vez que nos lleve el demonio, matarla y perderme yo también, ¿de qué me sirve ser hombre de bien y estar mascando el freno y haciendo lomo si anda esa mujer poniendo mi crédito a plaza? Estoy decidido, la busco y la mato.

—¿Pero adónde vas a buscarla, José, no seas tonto?

—Por ahí, ¿dónde ha de huir que no caiga?

—¿Sabes el camino que ha tomado?

—El que boca tiene a Roma va.

—¿Dejas tus intereses tirados?

—¡Que se los lleve Judas! Estoy resuelto.

—Pues entonces, hermano, no hay razón que te convenza, marcha a preguntar dónde venden pan y queso, déjame a Lupe y tu chiquilla, y Dios te lleve por buen camino.

—Esto último lo hizo medio entrar en razón pues repitiendo:

—Lupe..., mi chiquilla..., no, no, ésas valen más que diez mil Elisás; que cargue el diablo con esa catrina maldecida que me desprecia, que mal rayo la parta por cusca y a mí por tonto.

—Has hecho bien —prosiguió diciendo José—, en no haberme desde luego avisado, quién sabe si no me puedo contener y hubiera hecho una majadería; primero son mi Lupe y Julita que nada; qué bien hice en no volver a abrigar en mi seno a semejante víbora de cascabel; debo revolcarme como dices porque me han quitado la carga; pero, hermano, mira mi frente, ¡me parece que no puedo entrar sino agachándome por el zaguán de mi casa! ¡Eso es infame! ¡Esto no es sufrible! ¡Esta consideración me mata! —Y furioso se estiraba los cabellos lleno de rabia.

Para quitarle esa tentación me ocurrió por lo pronto sostenerle una mentira que me dio muy buen efecto por entonces.

—Cálmate y te acabaré de contar la historia, no me has dejado hablar; ni tu deshonor está en plaza, ni tu crédito vuela, ni la frente se te abodoca, escucha, y si acaso desapruebas mi determinación, nada se pierde con desandar el camino, atiéndeme.

—¿Pues qué sucede?, Juan, ¡desengáñame de una vez!

—Una cosa muy sencilla que en tu obsequio y bien de esa infeliz me pareció hacer.

—Explícate, Juan, no me andes con rodeos.

—Luego que supe su desaparición, procuré indagar; era cosa tuya y no había de haber visto aquello con indiferencia suponiéndome lo mismo que tú, que alguno cargaba con la mula, pero por las noticias que adquirí logré alcanzarla, iba sola con un envoltorio en el brazo; como no la había tratado yo, dudaba; pero sus palabras me la dieron a conocer, hablaba de ti, de Carlos, de su hija, y todo su empeño era volver a su convento donde debía de encontrar a todos porque un cuervo se lo había dicho. Me le ofrecí ser su compañero; al principio repugnó, pero al fin logré echármela en la silla. Desde sus primeras palabras sin sustancia, su modo de ver, y maneras, conocí que su cerebro estaba trastornado, y después ratifiqué mi calificación sin quedarme la menor duda, la tuve esa noche asegurada en mi casa, y me ocurrió quitarla de estos lugares porque decía cosas que, la verdad, no te habían de hacer buen estómago. Me la llevé para México engañándola, y en lugar de su convento, la metí al hospital del

Divino Salvador en clase de distinguida y muy recomendada. Ahí tienes en dos palabras descubierto el enredo.

—¡Hombre Juan! —me dijo abrazándome—, ¿con qué corresponderé tanta fineza?

—Con una cosa muy fácil para ti, José, con que calmes tu espíritu y te vea yo conforme con tu suerte, pues creo que en el estado a que habían llegado las cosas, no podía tomar mejor sesgo este negocio; allí ha quedado asegurada y vale más que esté con el juicio trastornado, que con la vergüenza perdida.

—Es verdad —me contestó—, y ahora tengo no más la duda de que tal vez por una torpeza mía haya yo contribuido a su desgracia, porque ésa es una desgracia, hermano, y aunque esa mujer me ha pagado malísimamente, me compadece su situación; en fin, Dios sabe lo que hace, ya estoy más tranquilo y sufriré mejor esa pesadumbre, que no el que hubiera vuelto a sus andadas, y aun todavía no me contemplo seguro, puede aliviarse, salir y...

—Ya veremos, José, no es tan fácil recobrar el juicio; me han de dar aviso, y como dije que era mi hermana a mí me la han de entregar.

Quedó la cosa en tal estado; dejé pasar unos cuantos días para que José me estuviera más agradecido, y una mañana al separarnos como siempre en la entrada del canil vedado, le dije sin más preámbulos:

—Hombre Chepe, ya podías hacer una hombrada conmigo.

—¿Cuál, hermano? Ya sabes que cuentas con cuanto tengo, ¿qué quieres?

—Que me des a tu hermanita Lupe; me gusta, y creo que haciéndola mi esposa seré feliz.

—¡Un demonio para ti! —me respondió lleno de enojo—. ¿Y yo no te gusto?

—También, mi vida, pero sólo para hermano.

—Tú te has propuesto divertirte conmigo, Juan, hazme favor de no usar de esas chanzas porque no me gustan.

—No me chanco, José, te hablo formalmente, estoy resuelto a que hoy mismo dejemos terminado este negocio; cuento con ella; nos queremos mucho, y sólo espero tu parecer; conque, negro, agacha la cabeza y coge el yugo; dame de buena voluntad a tu hermanita, porque si no me la robo esta noche a fuerza de fuerzas, ¿qué me respondes?

—Que ni te la doy, ni dejo que te la robes; echo a un lado tu amistad, los favores que te debo y te planto un balazo a donde te vea acercar a mi casa.

—Convenidos, José; anda a disponer tu plan de defensa, pues yo te repito que esta noche Lupe ha de respirar el aire libre del campo.

—No te espongas, Juan, mira que te puede costar caro tu capricho; te pego un tiro como hay Dios, si no es que por salirte con tu empresa haces una vileza, le pegas fuego a mi casa, me rompen las puertas a hachazos con quince o veinte bandidos comprados por ti, o alguna cosa por el estilo.

—Nada de eso, éste es asunto mío; yo solito vengo, me la saco y me la llevo para

la villa a presentársela al cura.

—Mira, Juan, que tengo tres carabinas y muchos cartuchos, no vaya a hacer el diablo que corresponda yo a tus favores con un pelotazo en la chapa del alma, no soy zurdo ni ciego, y sobre advertencia no hay engaño, no le busques el fin a tus días.

—Pues ya que tienes tanto empeño por conservar mi existencia, dame a tu hermana, no seas malo.

—Ya te dije que no, y que si te arrimas a mi casa te doy un tiro.

—Entonces esto no tiene remedio, me la sacaré; anda a disponer tus carabinas que yo marchó a tener listo a mi caballo brinca montes, que es el que cuadra a mi futura por mansito. Hasta la noche; no les des de comer a tus perros para que se pongan bravos, y apúntame al corazón, Chepe, a darme en los meros dieciocho reales; adiós, adiós.

—Adiós, Juan, y quién sabe si este será el último que te dé como amigos.

Nos separamos, y por no darle a conocer a Lupe sus intenciones se hizo disimulado; se metió después de comer a su pieza, y estuvo alistando sus armas, aferrado en darme primero un balazo que la mano de su hermana. Salió y a buena horita volvió de las labores; cerró sus puertas con cuidado; en el ceñidor ensartó su manojo de llaves; dio un vistazo a sus carabinas; dejó lista la subida de la azotea y se puso a esperar con cuidado. Como a las siete de la noche pidió la cena y se sentaron a la mesa procurando en vano disimular su inquietud.

Yo entre tanto, me llevé un morillo del mirador de un milpero y otros palos a la cabeza de silla, ya tenía tanteado el alto de la azotea; empalmé un palo; al morillo le puse un atravesañó a donde embroqué una manguita vieja y en la punta le aseguré un sombrero inservible. Con algún trabajo paré mi dominguejo atrás de la casa, y me fui a parar al fresno de enfrente del zaguán. La noche estaba fea y algo oscura; mi muñeco quedó como tres cuartas o poco más de alto más arriba del pretil. Apenas percibieron los perros aquel bulto, cuando furiosos se pusieron a ladrarle, se paró José atropelladamente, diciéndole a Lupe.

—¿Adónde está mi hija?

—Está durmiendo —le contestó.

—No te separes de aquí. —Tentó sus llaves; se metió a su recámara; cargó con sus carabinas, cartuchos y subió para la azotea hecho un basilisco, diciendo:

—Qué hombre tan necio, viene a buscar su ruina, lo dicho dicho. —Y empezó a buscar azorado volteando la cabeza por todos lados; notó a su derecha el objeto a que tanto ladraban los perros, corrió a atrincherarse en la chimenea de la cocina, y comenzó a echar balazos irritándose más y más al oír que sus perros se retiraban quejándose, y a fuerza de azuzarlos volvían a la carga; a los diez o doce tiros, aquel bulto arrastrándose contra el bordo de la citarilla cayó haciendo algún estruendo.

—¡Jesús te acompañe! —gritó José tratando de verlo desde arriba—; ha caído con todo y escalera, quién le mandó ser caprichudo; se lo dije, bajo advertencia no hay engaño; voy a ver si puede alcanzar algunos auxilios; ¡qué puntería la mía tan

endemoniada! Siempre pego a donde no quiero, yo trataba no más de azorarlo y tiraba así a la aventura; ya estaba de Dios que pereciera —y se bajó para ir en mi socorro; se quedó estático y aturdido al no encontrar a Lupe en la cocina. Corrió para el comedorcito mirando hasta por debajo de las sillas; entró a la recámara de ella; vio por todos lados y exclamó:

—¡Ni una ni otra, con las dos ha cargado ese maldito! ¡Me las roba; me dejan solo!, ¡me hacen infeliz! Todavía está la cama calentita; no han de ir muy lejos, voy a seguirlos. —Tiró su carabina y empezó a desatar llaves—. ¿Por dónde demonios se las habrá sacado? Las puertas están cerradas —y alzaba la cabeza a ver las paredes y techos.

En cuanto yo percibí que rechinó la penúltima puerta, me acerqué al zaguán y pegué unas palmadas.

—¿Quién es? —preguntó muy enojado.

—Yo soy, hermano —le contesté con cachaza.

—Abre pronto, José —agregó Lupe como enojada—, no seas necio, se está serenando la niña. Abrió un tanto el postigo y sacó medio cuerpo para impedir que salieran los perros.

—Sólo por darle gusto a esta señorita —le dije—, me he estado esperando hasta que acabaras de gastar tu pólvora en infiernitos; me suplicó que quería decirte adiós, y no me pareció negarme a su pedido, pues ya hace tiempo que hubiéramos llegado al curato según te lo ofrecí, conque despídanse pronto porque mi caballo está inquieto, y no vaya a despertarse esa criatura, abrígala bien, querida, y marchemos.

—Adiós, José —dijo Lupe—, y no tengas cuidado por nosotras porque Juanito nos aprecia y...

—¿Pero es posible, Lupe, que así correspondas a tu hermano, que más amor le tengas a ese zaragate y te determines a dejarme?

—A este zaragate lo amo como a mi esposo que será muy pronto, y no hay más remedio que una de dos cosas: o nos abres tu puerta para que Juan entre como a su casa, o me voy con él, porque me tiene dispuesta la suya.

—Y cuyas puertas —agregué yo—, jamás estarán cerradas para ti, José; ¿*qué sucede, me las das o me las cojo?* —Por única contestación cerró el portón y recorrió el cerrojo de las puertas, las abrió de par en par y cruzando los brazos dijo:

—¿Estás contenta, Lupe?, Juan, ¿esto es lo que querías? pasen adentro.

—No —le contesté entrando—, ahora hablaremos.

—Espera, no te bajes, déjame agarrar a los perros.

—Toma, *Tudesco* —grité apeándome y dando vuelta a coger a la niña, le dije a Lupe—: Dame a mi hija, ah, Lobo, ¿cómo te va? —y empezaron aquellos animales a pegar saltos y brincos haciéndome fiestas.

—¿Pues qué te conocen, Juan? —preguntó muy sorprendido.

—Más que a ti, ya lo ves; baja a tu hermana y amarra por ahí mi caballo no se vaya para la caballeriza y rompa mi silla con esas tranquitas que tienes tan pedidas de

limosna. —Saqué mi manojito de llaves ínter él amarró el caballo, y fui abriendo puertas, pues creyendo a su hermana escondida, fue cerrando desconfiado de que saliera tras él.

—¿Conque también tienes llaves y conoces los interiores de mi casa?

—Sí, Chepe, ya lo ves.

—Pues, así mi galgo las pesca, con razón no te intimidaron mis amenazas; pero yo he matado a un hombre de un balazo.

—Estás soñando, viejo, refriégate los ojos.

—No, hombre, lo he visto caer, no me queda duda; vamos allá fuera.

—Vamos a ver no haya sido el diablo que... —y le hice una seña a Lupe que entendió perfectamente; nos salimos a recoger la manga con algunos agujeros; dejamos colocado a mi caballo cenando, y nos metimos.

—¿Pero quién diablos ofendía a mis perros mientras yo echaba balazos?

—Vamos a ver Chepillo; alguien ha de haber sido —y subimos para la azotea en donde nos encontramos un perro muerto y los otros lastimados.

—Mira —le dije—, éste tiene un balazo en la espaldilla y con razón murió. —Seguí alumbrando con el farol y todos estaban contusos o rozados de bala.

—¿Que les pegaría mi manguita vieja, José?

—No, sino yo que soy un imbécil, tiraba al bulto así como quiera, y mientras yo fusilaba a mis guardianes, tú me trasteabas el zaguán; las cosas que me suceden no son para vistas, me declaro de veras chiquihuite. —Nos bajamos y le dije:

—Llama a tu hermana que está por allá dentro. —Se metió para la recámara y se fue encontrando con su hija vestida de gala que corrió a enseñarle su túnico nuevo de seda, y a Lupe de veinticinco alfileres, con túnico igual, buenos pendientes, hilos de perlas, reloj con su cadena de oro, muchos cintillos en los dedos, en fin, deslumbradora.

—¿Pero qué es esto, mujer? Las miro muy guapas. ¿De dónde han cogido eso, por qué tanto lujo?

—¿Cómo por qué? Me viene Juanito a pedir, y ya tú veras que un acto tan solemne bien merece... siéntate.

Entonces fui yo entrando muy compungido, con el sombrero en la mano, me rasqué la cabeza para coordinar mi discurso, faltando poco para soltarme carcajeando al verlo tan sorprendido y le dije:

—Señor don José Morales, usted que hace veces de padre de esa preciosa calandria, ¿quiere dármele para esposa y admitirme como hermanito?

—Cógela, bribón, pero no la separes de esta niña.

—Yo me voy con mi papá Juancho —exclamó la chiquilla zafándose de los brazos de José y abrazándose las piernas.

—¿Ya lo oyes?, se va conmigo.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás a matar perros.

—Venga un abrazo de viejos conocidos, de finos amigos, y de tiernos hermanos —formamos grupo; hubo sus lágrimas de placer por un lado, de recuerdos tristes por otro, y en lo general de sincero amor.

—Vamos a cenar porque la verdad tengo hambre; límpiate los ojos, Chepe, que los duelos con pan son menos, ¿por qué te afliges?, ¿qué te atormenta?

—Mis recuerdos, Juan; mi mujer me infama; mi hermana se me casa; mato a mis perros, y por último esa criatura corona la obra, te quiere más que a mí; se me sale de las manos para colgarse a tu cuello; ya soy en esta casa un extraño —y se limpió las últimas lágrimas que asomaron a sus ojos.

—Te equivocas, José; aquí y en mi casa, siempre serás para nosotros el mismo, la única diferencia será que estas niñas como ya lo has visto, una tendrá un fiel esposo que la adore, y este comino otro papá; vamos a celebrar con un trago de champaña mi felicidad. —Entramos al comedor, y acabó de sorprenderse al ver la mesa bien cubierta del champaña susodicho y otros vinos generosos; panqués, bizcochos finos, carnes frías, aceitunas sevillanas, salmón, sardinas, y una porción de manjares de que estaba bien provista nuestra despensa.

—¿Quieres explicarme este misterio, Juan? ¿De dónde ha venido esto?

—Qué guaje eres, José; tienes memoria de gallo, muy pronto se te ha olvidado que he tenido mis llaves, una preciosa a quien obsequiar, arganitas en mi silla, y un par de pesos que gastar en estas bagatelas; de veras, hermano, que parece que vienes de bailar en Belén. —Después de cenar en buena armonía, me puso Lupe mi cama en la pieza de José, al otro día fuimos a arreglar lo del curato y antes del mes ya éramos hermanitos.

Fue tan desprendido, que entregándome sus llaves me dijo:

—Para mi hermana y mi hija he estado trabajando; tú te has quedado con ambas cosas, es consiguiente que también dispongas de los intereses; déjame un rinconcito en que tire a descansar mis huesos; convídame de lo que comas, y mándame, que yo te serviré de buena voluntad.

—Yo no pienso, José —le contesté—, encomendarme de intereses ajenos, sino al revés, con los míos buscar mi vida; no quiero despreciar tu oferta y sólo podré admitir tu propuesta fomentando este rancho con mi dinero, haremos intereses comunes, trabajaremos los dos para las dos, y formando una sola familia aliviaremos en lo posible las amarguras de la vida; entre dos no pesa un tercio, una mano lava a la otra, y las dos lavan la cara. —Así lo arreglamos, llevando yo la voz en el negocio, puse operarios a abrir ventanas; hice una ranchería; abrimos tierras; compré ganados, y le di una volteada al ranchito que ni el mismo Chepe lo conocía; cada día estaba el hombre más triste; yo no hallaba a qué atribuirlo, hasta que lo cogí a buen tiro y lo hice desembuchar.

—Tengo tristeza, hermano —me contestó—, porque mi pronóstico salió cierto, y tengo también para contigo un sentimiento que no quisiera recordar; casualmente me he encontrado con Jacinto Roque, uno de los peones que vivían en Viborillas y

reconviniéndole por haberse largado, me ha contado el verdadero motivo de haber abandonado Elisa aquel sitio, que el matancero Patrañas cargó con ella porque su marido había llegado a saber sus tratos, y temían morir asesinados a sus manos, precipitando su fuga al encontrarse ella embarazada de ese lépero; que los vio por San Miguel el Grande; que ella ya estaba al caer; que la dejó su amasio arrimada en casa de unos conocidos y él siguió de mulero en la vaciada; y esta aclaración, Juan, es capaz de entristecer al mejor, pues creo que el día menos pensado se me va apareciendo por ahí con su cría en brazos, y para satisfacer mi ultraje ya necesito matar a dos, a una perversa y a una inocente criatura, o si conmovido por no matar a esta última quiero tener calma, no me encuentro suficiente para aguantar más infamias, atestiguadas por un vivo documento. No puedo hacerme sordo a mi ofensa, ciego a mi honor ultrajado, ni disimulado para con esa prostituida que tuvo la audacia de ponerme por despedida aquella carta que tú viste; ¡y cuándo, Dios mío!, cuando la muy infame estaba siendo la más vil y criminal.

—Ahora respecto de ti, Juan, ¿dime, para qué me engañaste con la supuesta locura y demás embustes? ¿Así son los favores que me has vendido? ¿Así has pagado la sincera amistad que te he profesado?

—Así, José, no te equivocas; fue necesario ocurrir a la superchería, al embuste; no encontré otro camino, la cosa estaba muy comprometida; no hallé otro modo que quitártela de la vista más que obligando a esos infames a que se largaran; yo soy ese supuesto marido que quería derramar la sangre de los dos para vengar tu ofensa. —Y le conté sin omitir ningún pormenor todo lo ocurrido. Lo de la demencia se me puso a la cabeza en el acto de verte desesperado pensando en que tu crédito andaba en plaza, para aquietar tu espíritu, y para darle un sesgo al negocio. Tus asuntos los he visto como míos; si de mi mano hubiera estado evitarte esa pesadumbre aun a costa de mi sangre, la hubiera vertido gustoso; si ese Patrañas no violenta su fuga, estaba resuelto a despacharlo con un recadito a Lucifer, y cargar sobre mí solo las consecuencias de un crimen; tuve tentación hasta de ver si conseguía hacer a esa mujer entrar en razón, a ayudarle a ocultar su perfidia y engañarte, por tal de que no sufrieras un cruel pesar; pero me hizo cambiar de opinión su genio indómito, su vanidad, su vicio a la prostitución y sobre todo, su índole perversa y sin vergüenza. Ahora juzga de mi proceder como gustes, si erré el camino no lo tomes a vileza, mis intenciones han sido las más puras; tus males me afectan; siento tus pesares, y lamento tu fatal estrella, un sino tan maldecido, y un mal irremediable.

—Perdóname, Juan, si he dudado de tu buena amistad; conozco todo, me convenzo con tus razones, dices muy bien, mi mal no tiene remedio, nací predestinado, ¡maldita sea mi suerte tan desgraciada, y la hora en que por aspirar a tener en mi casa una catrina, me eché en el seno una harapa, una salamasquesca, una lumbre que me quemará las entrañas! Yo no quiero estar por aquí, Juan, necesito divagarme, ocuparme por ahí lejos donde nadie me conozca, donde al verme no me señalen con el dedo diciendo: Pobre hombre tan... de buena alma; donde no me vaya

la fatalidad a presentármela delante, porque no sé lo que el diablo me aconseje en ese instante; ella ha tomado para el Bajío, yo quiero ir por opuesto rumbo. José López, mi tocayo, ha seguido en sus viajes comerciando en la rama, pienso juntarme con él; parar desde luego un chinchorrito; dejar esta vida sedentaria por otra activa, estirar las cuerdas, y ya que tú eres el firme apoyo de Lupe y te has constituido padre de mi hija, lo cual te agradezco en el alma, déjame ir por esos mundos de Dios a arriesgar un poco el pellejo, a ver si de un pelotazo me quitan de padecer, porque la verdad, hermano, si no tomo este partido pronto me llevarás a México a San Hipólito o al camposanto de la Villa, aquí no tengo un instante de tranquilidad.

—Vamos a ver a José López —le dije—, el llanto tras el difunto.

En menos de ocho días quedó arreglado este negocio, y partió José con su antiguo apodo de Chepe Botas, a juntarse con el otro José que le decimos Pepe el Diablo. Le tenía tanto miedo a su catrina, que los pocos días que estaba en casa realizando, salía como muchacho espantado mirando por todos lados, andando espacito, sacando tamaños ojos y creo que hasta conteniendo la respiración, violentísimo por marcharse luego que nos abrazaba y hacía cariños a su hija.

Ya habían pasado más de siete meses del nuevo giro de Chepe, cuando estando yo en el despacho, llegó una de mis rancheras diciendo:

—Señor amo, ahí está en mi jacalito desde ayer una pobre mujer enferma que llegó pidiendo posada y una tortilla dura por amor de Dios; está muy mala; se ha ido poniendo de mal en peor; ya le empiezan a dar parasismos, y le aviso a su merced para que mande por el padre, no se vaya a morir sin confesión.

—¿Pues qué tiene, tú? —preguntó Lupe que estaba a mi lado cosiendo.

—Quién sabe, niña, está hecha una espina y toda llena de llagas, con un flujo que por más que hemos hecho no se le corta más que de rato en rato.

—¿Pero no dice quién es? ¿Cómo se llama?

—Sí, niña, nos dijo que es Luisa, y que para acá venía; preguntó por el amo de antes, y como luego luego comenzó a agravarse ya no pudo decir más.

—Vamos a verla, Juanito —me dijo Lupe parándose. Le grité al caballerizo mandándole que ensillara y fuera corriendo por el padre; le di el brazo a mi mujer; tomé a la chiquilla una manita y marchamos para la ranchería.

—Qué mano tú —me dijo Lupe—, que...

—Eso mismo me sospecho —le respondí interrumpiéndola—, y lo que siento es que cierto gallo no debe dilatar, es preciso evitar a toda costa un suceso feo.

Llegamos al jacal. Allí estaba aquella infeliz hecha una lepra, asquerosísima; parecía un esqueleto; de mucha gravedad, sin más abrigo que unas hilachas que la mal cubrían; tirada en un pedazo de petate y puesto encima un guangoche que le prestó la vecina; todo lo vi de una ojeada y me salí luego con la chiquilla disimulando mi impresión para no darle motivo de curiosidad. Estuvo Lupe ayudándola a curar y haciéndole varios remedios, mientras yo entreteniendo a Julita la esperé a gran distancia.

—Es temible la justicia de Dios —me dijo muy condolida al juntarse con nosotros.

—Sí, cuando hay culebra en el charco —le contesté señalando a la niña, que vivaracha y preguntona luego quiso tomar parte diciéndome:

—¿Cuál culebra, papacito?

—Una muy fea —le respondí—, que se come a los preguntones de una tarascada, no te descuides y te vaya a dar una. —La mandó Lupe que se adelantara a abrir el despacho, y fuimos marcando el paso.

—¿Qué dices, hijo, de esa pobre mujer? ¿Qué sería bueno hacer con ella? Aquí no tenemos dónde poderla asistir, tal vez de hoy a mañana puede llegar José, no quiero renovar sus pesares, ni tampoco dejar a esa desgraciada en tan miserable estado.

—Si no te parece mal —le dije—, luego que el padre la auxilie, en una zaranda me la llevo para la Villa, me adelanto a ver qué casa, cuarto o lo que encuentre vacío cojo para meterla, que se vaya luego luego Cipriana en el carretón, y que se lleve cama y cuanto consideres necesario para que la asista. Todo vas a disponerlo sin que Julita advierta nada, mándala al huerto con otra de las muchachas, pues es muy avisada y no vaya a cometer una indiscreción.

Esto pasaba a las once de la mañana. Poco después de las tres de la tarde estaba la supuesta Luisa, que aquella ranchera confundió el nombre con Elisa, acomodada en un blando lecho, entre ropa limpia, y perfectamente curada, en una casuchita que alquilé en la Villa a la salida del camino de México. A las cinco estaba yo apeándome cuando llegó José de su viaje, de manera que si no ando tan listo nos encontramos en el camino, pues se le antojó pasar por la población para que lo vieran sus marchantes, y mientras él andaba por la plaza saludando amigos, yo iba atravesando callejones con la enferma y salí de regreso minutos antes. Estábamos cenando cuando Julita con el candor propio de su edad me preguntó:

—¿Y qué sucedió por fin con la enferma del jacalito, papá Juancho?

—Se la tragó la culebra —le respondí secamente.

—¿Qué tal? —decía yo entre mí, si no tomo tanta precaución esta juditas todo lo despepita.

Esta vez que deseaba yo que cuanto antes se largara Chepe se le metió el demonio; el hombre estaba muy tranquilo despendiendo despacio, yendo y viniendo a la población.

La enferma a fuerza de las medicinas pudo durar cuatro días. Iba yo con José entrando a la Villa cuando me encontré con el que me venía a anunciar que había expirado; antes de que me hablara, le dije sin darle tiempo:

—Vuélvete, ya voy para allá. —Se vino tras de nosotros y al parar enfrente de la tienda grande me dijo:

—¿Compro las velas para encendérselas a la difunta? —Me puse hecho un chile; él se abochornó, y por no darle a José más en qué pensar, le aventé dos pesos,

diciendo:

—Cómpralas.

—¿Qué difunta es ésa? —me preguntó José algún tanto alarmado.

—La madre de Eustaquio; aquella pobre señora que nos vino siguiendo de Pantitlán, ¿no te acuerdas de ella?

—No hago memoria.

—No es extraño, tú jamás entrabas a la cocina de mi casa.

—¿Pues por qué te incomodaste porque te consultó ese hombre lo de las velas?

—Porque me da coraje que sean entrometidos, seguro está que se me olvidara mandar por ellas, allá hay tiendas más cerca, para qué es ir las cargando desde aquí.

—¿A qué hora te vas, Juan, o dónde nos juntamos?

—Hombre, tengo que arreglar lo del entierro y debo dilatarme.

—¡Ah! Pues entonces te acompañaré; con eso te ayudo en algo; mi negocio es ligero y de vuelta lo arreglaremos, vamos a ver a la difunta.

—Vamos —le dije discurriendo el modo de no darle en qué maliciar. Llegamos a la casita, me apeé y le di las riendas de mi caballo entrando violento sólo para dar órdenes a Cipriana. Llegó el de las velas y por comedimiento cogió mi caballo. Se apeó José y cuando menos me lo esperaba, ya estaba detrás de mi en la misma pieza de la muerta, y arrimándose a la cama le alzó un poco el trapo con que tenía cubierta la cara, la vio, y dando la vuelta haciendo un gesto me dijo:

—De veras que está esta mujer horrorosa, me alegro no haberla conocido, y siento el haber sido curioso, se me ha asqueado el estómago, ¡pobre infeliz!, y se salió violento al patio. Tal fue el asco que le dio ver aquel semblante llagado en que en otro tiempo él mismo se recreaba, por estar tan purpurino y rozagante. Salí cuanto antes; me lo llevé a la fonda a que tomara un poco de té mientras fui al curato a arreglar el entierro que debía de ser el día siguiente, y que comenzaran los dobles y demás anuncios fúnebres; ayudándome el mismo Chepe para convidar a los amigos para la misa y entierro, a todo asistió conmigo de doliente. Recibimos los pésames y nos largamos para el rancho; terminado que fue aquel negocio, todos los del pueblo y aun el mismo José, quedaron en la inteligencia de que Luisa se llamaba la difunta, que había sido mi pilmama, y como antigua y buena sirvienta de mi casa le había yo profusamente pagado sus servicios haciéndole un gran entierro de toda pompa, pues sólo el señor cura sabía la verdad desde que asentó la partida y le recomendé el secreto. Al regresar, exclamó José medio apesadumbrado.

—¡Pobre mujer! ¿Tú crees que la he soñado?

—Vaya un niño que se asusta con los muertos —le respondí en tono de burla.

—Tú dirás lo que quieras, Juan, pero como tenía otra tentación, si no me convenzo por mis propios ojos, ésta es la hora que padezco la más grande incertidumbre, pues desde que llegué comencé a tener cuidado, porque alcancé en el camino a los peones que traían una zaranda, les pregunté y me contestaron que habían traído a la Villa a doña Luisa que estaba lazarina, gálica, o quién sabe qué

enfermedad tenía; quise saber si era de la casa, y sólo me dijeron que la sacaron de uno de los ranchitos de los peones. En la noche mi hija te preguntó por la mujer enferma, y tú le contestaste muy serio con que la culebra se la había tragado, y para más aumentar mis sospechas se te paró la bola con que te pidieran para las velas de la difunta; todo contribuyó a que me ocurriera la idea de que tal vez Elisa había venido reconociendo el abrevadero a molestamos de nuevo.

—Tú no quitas el dedo del renglón, José, me alegro que te hayas satisfecho, eres tan suspicaz y malicioso, que es posible que todavía lo dudes.

—Hombre, si te he de decir verdad, sí.

—¿En qué te fundas?

—En cierto presentimiento de mi corazón, y en tus hechos.

—Explícate.

—Si tanto aprecio te merecía esa mujer ¿por qué la tenías en el miserable jacalito de donde la sacaron los peones?

—La tenía yo allí, porque siendo su enfermedad asquerosa y además contagiosa, temía que a Lupe o a la chiquilla se les pegara.

—Pues entonces, ¿por qué no desde antes dispusiste tenerla en la Villa, y no mudarla a los últimos instantes?

—Porque la quise tener a mi vista, y después evitar en el rancho los trastornos que causaría su muerte, el velorio, viaje con el cuerpo, en fin, tanto como en estos lances acontece.

—No me satisfacen tus respuestas, el gran entierro que se le ha hecho te condena; esa mujer no era para ti una simple sirvienta, en esto hay un misterio, explícamelo por vida tuya.

—Pues como ya vuelves con tu tonadita de siempre, me es preciso desengañarte. Esa mujer que tus ojos no conocieron, no ha sido otra que Elisa; ya está juzgada de Dios, ya viste la situación a que la condujo su necio orgullo y su vicio; la víspera de que tú llegaras hace seis días, mendigando un socorro y un rincón en qué tirarse, llegó al jacal de donde al día siguiente le mandé sacar y conducir a la Villa; a pesar de su situación tan miserable y estado asqueroso la reconoció Lupe. Al momento arreglé su traslación. Se le han ministrado los auxilios corporales y espirituales que han estado de nuestro arbitrio, tú lo has visto; ya no hay misterio, eres viudo; se condolió Dios de tu suerte, y ya puedes desechar tus tristes consideraciones y rogar por el descanso de su alma.

—Jamás me ha engañado mi corazón, Juan, y si eres mi amigo debes primero tomar parte en mi pesar, pues aunque esa desgraciada fue para mí un martirio, al fin y al cabo era mi mujer; en segundo lugar, ayudarme a encomendarla a Dios y compadecerla, y después dar gracias al mismo Dios, porque tomando por sí el castigo de su infamia, nos ha quitado esa pena.

Hizo el pobre su pesadumbre. Ya no volvió a haber más misterios entre nosotros, y se dedicó con más tranquilidad a su trabajo, haciéndome hacerle un ofrecimiento.

—¿Me quieres, Juan? —me preguntó.

—Sí, hermano —le contesté—, ¿cómo quieres que te lo justifique?

—Con que me ofrezcas darme un tiro o una puñalada el día que veas que pretendo volverme a casar, mas que mi novia tenga todas las virtudes teologales escritas en la frente, sea más linda que Venus y la adoren por santa, ¿me lo juras?

—Te lo prometo por mi amor a Lupe; es cuanto te puedo decir.

Después supe que abandonada Elisa por Patrañas, éste violentó su parto con una tunda de patadas dejándola a mal parir y sin recursos, con la mejoría de estar muy aplicada al traguito, de modo que arrojando muerta a la criatura y mal asistida, quedó muy enferma tratando sólo de ahogar sus pesares y remediar sus males con chinguirito, vagando de aquí para allí, causando horror y desprecio a todo el mundo, hasta que reconoció a la querencia, a morir como hemos visto.

Después se reunió Tacho con José, y éste lo presentó a Pepe y Alejo, y luego yo hastiado de la vida sedentaria, quise volver al camino; con sólo mi mayordomo están bien asistidas mis labores. Lupe desempeña muy bien el despacho, y me alboroté a seguir los pasos de este viejo para tenerlo a la vista y darle la puñalada ofrecida en cuanto lo vea andar parando las orejas, y como los caballos estrelleros: mirando para el cielo, alzando los pies para no tropezar. Éstas son en resumen nuestras principales aventuras, ustedes juzgarán lo que mejor les parezca, ya cumplí con mi compromiso, y andando que el sol se mete.

Pocos días después tuvieron que lamentar la muerte del señor Garduño y uno de sus yernos, víctimas de una peste de fiebre que acometió por aquellos lugares; esto les causó un trastorno: Tacho tuvo que quedarse al arreglo de la casa, y en dos viajes no abandonó a sus compañeros. Recogió a su hermana viuda y dos criaturas, luego sobrevino el fallecimiento de Manuel, y naturalmente Camila se llevó para su casa a Mariquita su hermana con tres chiquillos y fue engrosándose la familia. Contaba Tacho con catorce talegas sin fondo, a quien mantener y vestir; quedó el otro cuñado encargado de todo; pusieron a un subarrendatario en la Soledad y continuaron en su empresa.

Por otro lado también hubo trastornos: murió don Primitivo, maestro de Astucia, y después encargado de la educación de Enrique, su hijo de Pepe el Diablo, a quien se llevó Lencho para Morelia a que concluyera su educación. Colocó en la casa de un comerciante muy honrado cinco mil ochocientos pesos que su padre había reunido, para que con sus réditos legales, según estilo mercantil, se atendieran a los gastos de su colegiatura, y dejó al jovencillo muy recomendado en el instituto literario, sirviéndole de tutor el mismo señor don Manuel que depositó el dinero por un favor particular, pues no tenía necesidad de él para su giro; con esto se le dio gusto a don Juan que tenía empeño en que su nieto, como le decía, se aprovechara lo mejor posible, y tanto Pepe, su padre, como Lorenzo se esforzaron para complacerlo.

Capítulo XXIV

Total exterminio de los Hermanos de la Hoja. El Charro resucitado. El paraíso y la fuga de Astucia

Continuaron con mil afanes en su arriesgado comercio, presentándoles cada día más inconvenientes, porque apareciendo porción de partidas que con el nombre de pronunciados, guerrilleros, contraguerrilleros y fuerzas del gobierno que andaban tras de éstos, muchas veces se vieron en la precisa necesidad de sostener formales combates para abrirse paso y proseguir su camino; a esto se agregó que sus directos enemigos, ávidos de avaricia, se figuraban, llenos de envidia, que si no abarcaban todas las cosechas de los sembrados de tabaco, se quedaban hasta sin camisa. Era tal su codicia, que consiguieron órdenes para que en cualquier parte los auxiliaran las tropas del gobierno. Aumentaron las fuerzas del resguardo de las rentas, y en más de dos meses de una persecución continua lograron su ambicionado objeto, contribuyendo mucho que habiéndose enfermado de gravedad el Bandolón, y muerto en un encuentro su segundo que lo sustituyó, quedaron atendidos los charros a la vigilancia de los *cardillos*, sin haber podido encontrar por lo pronto unas personas de su confianza para reemplazarlos, pues la más gente del resguardo era nueva; por fin se valieron de un tal Atilano, llamado el *Currutaco*, quien después de estafarles cuanto pudo, cometió la vileza de venderlos para granjearse el aprecio de su jefe dándole un aviso oportuno, indicándole el sitio más conveniente para sus planes, y traicionó infamemente a los que había jurado servir bien.

Sesenta hombres del Resguardo, auxiliados por cien de los dragones de Seguridad Pública de Puebla, les pusieron una emboscada en las Barrancas de la Viuda en términos de Tlaxcala, favorecidos por la oscuridad de la noche, apropiándose de los puntos dominantes, ocultándose tras de los árboles, peñas y matorrales. He aquí el horroroso combate que exterminó de un golpe a los valientes Hermanos de la Hoja, a costa de mucha sangre que hizo verter el perverso instinto de unos cuantos codiciosos y la traición de un vil que infamemente los engañó.

Eran como las dos de la mañana cuando aquel malvado traicionero mandó el aviso de que el enemigo estaba en Tierra Colorada, y que cortaran en la loma de los Lagartos para las Barrancas de la Viuda. Como no hablan tenido motivo para dudar de aquel hombre y además le habían gratificado profusamente sus servicios, de la mejor buena fe mandaron al hatajador tomar el camino indicado. Los emboscados dejaron pasar al explorador que iba de avanzada. Asesinaron de la manera más vil al Fandango que iba de vigilante de la derecha muy entelerido porque le habían acabado de sacudir los fríos; les cerraron la retirada, cortaron la salida; y al estar en un corto

llano, al pie de aquellas pobladas colinas, con un profundo desfiladero a su izquierda, empezaron a echarles balazos de arriba abajo, por todas partes. Astucia en unión de Pepe empezaron a reconocer el terreno y convencidos de que estaban completamente encorralados luego luego dispusieron poner a cubierto el hatajo que haciéndose remolino sufría los balazos de los sitiadores. Descargaron, y mal y de mala manera estuvieron formando su atrincheramiento y cubriendo con él a las mulas lo mejor posible en medio de una lluvia de balas. Estuvieron contestando a los tiros con uno que otro disparo, más bien para descubrir terreno con los fogonazos que por lograr emplearlos, temerosos de un asalto. Hasta que empezó a aclarar la luz pudieron conocer su comprometida situación; repusieron bien su parapeto y juntando Astucia a todos, les dijo:

—Estamos encorralados, mucho más de cien hombres nos amagan, aquí tenemos bastantes reatas con que podemos descolgarnos para la barranca y salvar nuestras vidas, lo que a ustedes les parezca mejor eso se hace; el pillo del Currutaco nos ha vendido, y aunque nosotros peleemos como valientes, nos vencerá la muchedumbre.

—Primero morir que abandonar nuestros comunes intereses —dijo Chepe Botas—; más de cuatro veces hemos debido nuestra salvación a nuestro arrojo.

—Moriremos matando —agregó Tacho.

—Les venderemos caras nuestras vidas —prosiguió diciendo Alejo el Charro.

—Si sucumbimos, que sea sin dar un paso atrás —exclamó el Tapatío—, aquí acabaremos pero nos llevaremos algunos por delante.

—¿Qué dices, Pepe? —preguntó Astucia.

—Que si está de Dios que este día sea el último de nuestra vida, tanto moriremos huyendo a pie por esos precipicios como recibiendo balazos, y en tal disyuntiva vale más correr la suerte que se nos destina sin incurrir en la nota de cobardes, sin embargo, ya dimos nuestros pareceres y si son contrarios a lo que tú pienses, humildes acataremos las órdenes de nuestro jefe, ¿qué dices, Lencho?

—Que estoy orgulloso con pertenecer a los valientes Hermanos de la Hoja, que yo seré el primero en presentar el pecho a los enemigos que nos asedian y en hacerles sentir la punta de mi lanza; que si he querido saber el parecer de ustedes ha sido porque si alguno pensaba de distinto modo y quiere salvarse, aún hay lugar para que puedan escapar la vida descolgándose por estas barrancas; en este instante como jefe, los relevo de su juramento; como amigo, les suplico que se salven todos los que quieran; a ninguno obligo para que afronte sereno una segura muerte, yo les cubriré la retirada, muchachos, ¿qué determinan?

—Pelear como los hombres —gritó el Chango alistando su carabina.

—*Todos para uno, uno para todos* —dijo el Tapatío—: o todos moriremos, o todos venceremos.

—¡Viva Astucia! —gritó Chepe Botas.

—¡Vivan los Hermanos de la Hoja! —repitió Lencho, y llenos de entusiasmo, tan alegres como si estuvieran en un baile, cada cual disponía sus caballos y alistaba sus

armas, procurando no desperdiciar tiros. Ya llevaba cuatro horas de estarlos aturdiendo el silbido de las balas que únicamente habían matado dos mulas y herido a varias. Sus contrarios creyendo que no harían mayor resistencia se determinaron a batirlos de cerca; por un lado se destacó una fuerza como de cincuenta hombres de tropa, y por otro toda la gente del Resguardo, mientras los del frente seguían asediando con sus continuos tiros al montón de mulas.

—Por este lado se acercan los dragones —dijo Reflexión que estaba espiando por entre los tercios.

—Y por acá —replicó otro arriero—, vienen los del Resguardo con sus capotes amarillos.

—Yo me voy sobre los indios aparejados —dijo Pepe.

—Y yo sobre los chabacanos —le contestó Astucia—, Chepe y el Tapatío que me sigan con dos arrieros, y tú llévate al Charro, a Tacho y otros dos hombres; el resto de la gente que nos sostenga fuera de trincheras, y hasta que no les veamos los dientes estense fuertes; se les echa una descarga cerrada y a retozar muchachos; ya saben nuestro modito.

Cada cual formó su guerrilla, y hasta que estuvieron bastante cerca a la vez que las descargas los hizo contenerse y echar ellos otra en correspondencia, salieron como rayos, Pepe seguido de sus cuatro compañeros y Astucia lo mismo, cada uno por su lado; los enemigos a pesar de su número nueve o diez tantos más, voltearon caras, se hicieron bolas y los carnearon bonitamente lanceándolos y correteándolos un gran trecho, regresando Astucia y los suyos sin más novedad que la de que, mal herido su caballo prieto, al entrar en los parapetos formados con los tercios cayó muerto, y uno de sus arrieros, el Chango, clareada una pierna de un balazo, mientras ellos habían dejado doce o catorce tirados en el campo, y mucho más heridos que a uña de caballo tomaron la cuesta arriba. Si sólo hubiera sido el abrirse paso para ellos solos, ningún trabajo les hubiera costado, pero detenidos allí por sus cargas y mulas era preciso vencer completamente.

Pepe más encarnizado, persiguió mucho más lejos a los dragones; hizo más estragos, y llegó casi hasta la loma de los Lagartos, encontrándose al volver al infeliz Fandango asesinado, que por estar con los fríos lo suponían escondido entre las cargas y no lo habían extrañado. En un caballo de los dragones muertos atravesaron el cuerpo, y recogiendo parque y armas de fuego regresaron a sus parapetos con el cuidado de que el Charro venía herido de un balazo en la caja del cuerpo, y apenas empezaron a curarlo cuando expiró.

—*Todos para uno, uno para todos* —dijo Astucia asomando unas lágrimas a sus ojos. Aquí ha muerto uno; aquí moriremos todos, ya que esos cobardes tienen sed de nuestra sangre, que se ahoguen con ella cuando hayamos derramado a chorros la suya. Alisten esas armas; ninguno se aturda, y mientras no esté alguno a buen tiro, no hay que desperdiciar el parque.

Apenas se rehicieron los enemigos, cuando avergonzados unos y otros volvieron

a la carga, cubriendo sus bajas con los de las alturas que tiraban sin objeto y no dejaron de fusilar a sus mismos compañeros. Entonces todos tras de trinchera resistieron el empuje. A fuerza de balazos, lograron por lo pronto desconcertar las dos columnas que los batían, y fue tanto el arrojo de un oficial de la tropa, que llegó hasta poner una mano sobre los tercios; pero volteando la cara y mirándose solo, volteó grupas y destapó a reunirse con los suyos. Astucia, que estaba a un lado, le dio un balazo al caballo que allí cerca se clavó de cabeza cogiéndole al jinete debajo una pierna, mientras los soldados lo acribillaron a balazos, tirando a tontas y a locas.

Hicieron los Charros su segunda salida de guerrillas en dispersión; volvieron a hacer también muchos estragos; pero no fueron tan felices como en la primera, pues por un lado regresó Pepe lastimado de una pierna con sus dos arrieros también heridos, y por el otro Chepe muriéndose, que lo traía el Tapatío en la silla, y un arriero venía estirando su caballo. Con el gran cuidado de que Astucia no llegaba, ya iban a salir a buscarlo cuando lo vieron venir con Reflexión en la silla atravesado, paso a paso; su lanza rota, estirando un caballo de los enemigos, entreteniéndose en quitarles parque a los muertos que encontraba.

—¿Qué te sucedió? —preguntó Pepe.

—Que me mataron otro caballo y se me rompió la lanza al rodar por el suelo; pero me apropié de esta charchina y este capote, y merced a ese disfraz los he carneado de lo lindo; quién sabe cómo me desconocieron y cuando un pícaro me iba a descerrajar a traición un machetazo, este muchacho metió el brazo para recibirlo en mi lugar; de a tiro se lo han trozado y cayó del caballo; yo volteé y con mi pedazo de lanza despaché a aquel infame que fue a caer a poco trecho; su caballo y el cuatralbo que éste llevaba dispararon juntos detrás de esa canalla, y yo he tenido que traerlo como ustedes lo ven. Se ha desangrado mucho y viene desmayado.

—¿Pero qué es eso, Chepe?, viejo, querido viejo, respóndeme —dijo Astucia al Tapatío que tenía a su hermano entre sus piernas sentado en el suelo, abarcándolo con sus brazos, maldiciendo de sus enemigos. Chepe con las ansias de la muerte se retorció, pero sosegándose un poco tendió su mano, meneó los dedos despidiéndose de los que lo rodeaban y con forzada voz exclamó:

—¡Jesús me ampare! —y abrazando al Tapatío, se murió.

—¡Que Dios te haya perdonado! —dijo el Tapatío juntando su inanimado cuerpo con el de Alejo y el Fandango.

—Pronto te seguiremos, viejecito —exclamó Astucia, procurando en vano contenerle la sangre a su arriero; mientras los otros curaban a los demás heridos.

—Te miro renguear, Pepe, ¿qué tienes? —dijo Astucia.

—Un rozón de bala, no es cosa de cuidado.

—A ver, no te quieras hacer fuerte ni me engañes.

Le desabrochó la calzonera, y tenía una pantorrilla clareada de parte a parte, también lo vendaron, se pusieron a revisar armas, y para tener a la mano parque, pusieron al granel un montón en el centro; y formar nuevo plan de defensa, pues ya

tenían tres muertos, cinco heridos y a Reflexión que por su desmayo estaba fuera de combate. En cuanto a caballos tenían seis menos de los principales de confianza; alistaron a los demás, y dispuso Astucia no salir de allí hasta lograr una buena coyuntura, no descargar un arma sin aprovechar el tiro; y con el mayor pesar miraba que le estaban matando mulas sin poderlo evitar, hasta que conociendo lo irremediable las soltó para que tomaran el camino que quisieran, a tiempo que salía dentro el grupo que ellas formaban echando la descarga de costumbre y lanzando a cuantos encontraba, seguido de ocho valientes sobre la tropa, dejando a Pepe con los cinco heridos a defender el punto; entonces los del Resguardo se echaron sobre las trincheras y lograron penetrar en ellas macheteando y matando a los heridos, que les hicieron una tenaz resistencia, incluso Pepe que los capitaneaba. Viendo Astucia al enemigo dueño de sus parapetos, retrocedió furioso mientras los soldados se entretuvieron en apropiarse de las mulas. Allí atrincherados les hicieron formal resistencia y ya le acababan su poca fuerza. Pepe, lleno de machetazos y casi moribundo, confundido entre los muertos, conservaba su mosquete cargado para despachar al que se atreviera a matarlo; vio por una hendidura de los tercios a los suyos cayendo enfrente los parapetos y que un grupo arrancó a apropiarse del montón de parque. Al estarlo recogiendo descargó su arma. Se incendió quemando a unos, chamuscando a otros y confundiendo con el humo a los demás, a tiempo que penetrando Astucia seguido de cuatro hombres los aniquilaba, logrando en unos cuantos minutos desalojarlos. Unos huyeron para sus puntos; los más corrieron ansiosos a ver si pillaban a las mulas que la tropa andaba correteando, ocasionando esto la más completa desorganización en todos ellos, que unos a otros se mataban por apropiárselas.

Esta última agarrada fue para Astucia mucho más sensible. El Tapatío había quedado muerto con tres hombres por el lado de afuera, y Tacho y otros tres a poco de entrar a los parapetos, sucumbieron acribillados a balazos; él tenía un machetazo en el carrillo izquierdo, dos balazos en la pierna derecha, y otro en un brazo. Se apeó cojeando. Al divisar a Pepe recostado en un rincón luchando con la muerte, lo abrazó confundiendo sangre con sangre. Pepe, haciendo un esfuerzo, recostando su cabeza contra el pecho de su hermano, le dijo:

—Lencho, te recomiendo a Enrique, tú serás su padre, voy a juntarme con Clarita, sálvate, sálvate, a... diós —y cerró los ojos para nunca volverlos a abrir.

—¡Que Dios te ayude, Pepe! —contestó Astucia con los ojos inundados de lágrimas.

Se paró a recoger armas. En un instante recorrió su campo. En vano fue llamando a cada uno de sus compañeros y arrieros por sus nombres y registrándolos. Todos estaban muertos. Recogió armas; buscó parque y sólo dos estaban cargadas, aventó todas las inútiles para la barranca y acordándose del encargo de Pepe, dijo:

—Su recomendación la trasmitiré a mi padre, y en cuanto a que me salve, es imposible; esta pierna y este brazo no me ayudan; además, aquí están mis

compañeros, mis buenos hermanos; aquí sucumbiré con ellos, sea por Dios; y sacó al Sultán que estaba escondido dentro de las junturas de los tercios; tenía una pierna lastimada de un balazo; lo curó como pudo y limpiándole la sangre se recargó contra los tercios; sacó su cartera y con mucha calma escribió:

Señor padre, en este instante estamos atacados del cólera morbo y sucumbiendo todos mis compañeros, yo medio malo voy a correr su misma suerte, no se olvide de nuestros juramentos, *todos para uno, uno para todos*, es decir, parta usted su pan con las familias, y dirija una oración a los difuntos. Que mi güero Enrique ocupe mi lugar en su amante corazón; reciba este último adiós de su hijo.

Lorenzo

Arrancó la hoja. En la mascada que llevaba en el cuello envolvió el pedazo de papel, y se la ató al perro en el pescuezo, le hizo unos cariños, y sacándolo para el camino le dijo:

—Corre, *Sultancillo*, corre, anda a prestarme este último servicio, lleva esta fatal noticia, quién tuviera tu ligereza —y a fuerza de amagos y regaños consiguió que el perro como si entendiera su encargo, tomara el camino y se alejara aunque a cada trecho se paraba a ver si su amo arrepentido lo llamaba; por fin cuando ya estaba muy distante conoció su error pues dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Qué he ido a hacer, Dios mío!, esta fatal nueva va a matar a mi padre, es imposible que sobreviva, ¡lo mata, lo mata sin remedio! —y empezó a silbar y llamar al Sultán de mil maneras; pero el perro estaba lejos, y antes de que lo perdiera de vista, tomó una de las carabinas cargadas, la apoyó sobre un tercio y disparó con ánimo de matar a su correo; la bala, que pegó muy cerca contra una roca, lo hizo violentar su fuga en lugar de cortarle el camino, y emboscándose pasó sin ser notado de los enemigos que se situaron en el puerto. Astucia quedó con ese pesar que lo atosigaba; rascó al pie de una peña; allí enterró las pistolas que fueron de su padre, diciendo:

—Éstas mejor quiero que se pudran antes que las cojan los sabuesos, ya viene una nube de esos pícaros a concluir su obra, otros por este lado, y también bajan los emboscados del frente; pues aquí morirá Sansón con todos sus filisteos, a mí no me cogen acorralado y asesinan como a un perro, y con una tercerola en la mano y su espada en la otra se salió para afuera, cubriéndose la espalda con los tercios exclamando:

—¡Dios eterno! No permitas que el Sultán llegue a mi casa, perdona mis maldades, y haz que expire invocando tu santo nombre.

Ya no tuvo más tiempo para pensar, sino que doblando al primero que se le acercó, aventó la carabina y con su espada empuñada en la mano zurda comenzó a defenderse de la multitud que lo asediaba; cuando estaba más ocupado por un flanco, por el otro le dieron un lanzazo en las costillas y cayó boca abajo implorando la misericordia de Dios. Allí recibió multitud de heridas de todas armas y tamaños, pues casi no hubo uno que dejara de mojar su sopita, de manera que a las doce del día,

quedó aquel reñido combate terminado, a los cinco Hermanos de la Hoja los colgaron en los árboles más inmediatos; a los arrieros, después de despojarlos hasta de los zapatos, los echaron para la profundidad de la barranca, menos a dos, que dieron algunas esperanzas de vida, y cargaron con ellos en un pepeztle para ver si aquéllos declaraban quiénes eran sus demás compañeros y cómplices. Allí mismo cada cual se apropió los despojos que pudo, y hasta las cuatro de la tarde que acabaron de alzar su campo, emprendieron su marcha para Huamantla, que era el punto más cerca, llevándose al inanimado cuerpo de Astucia tasajeado por todas partes, atravesado en una mula, para colgarlo en la plaza principal de aquella población, donde tenían los Charros más simpatía, y que por ser el principal jefe, sirviera de escarmiento de los pícaros contrabandistas, llenos de rabia al ver que un puñado de Charros les puso cerca de cien hombres fuera de combate, pues mataron cuarenta y dos, y se encontraban heridos muchos más.

Llegaron a Huamantla, cerca de las ocho de la noche, impidiéndoles hacer la ejecución un fuerte aguacero que en ese instante se desató, por lo que mojados y muertos de hambre ordenó el jefe del Resguardo que los dos arrieros heridos los entregaran en el juzgado; el cuerpo de Astucia se depositara en la cárcel para colgarlo al otro día, y procuró cuanto antes ponerse con su fuerza a cubierto, y satisfacer sus necesidades.

El Juez mandó llamar al Alcaide para que se hiciera cargo de aquellos hombres, ordenándole que diera aviso al facultativo para que desde luego los atendiera, y condujeran el pepeztle en que iban para la cárcel.

Mientras esto pasaba, el que estiraba la mula con Astucia no más llegó al portalito de afuera de la cárcel y en un lado desató la reata, le dio su vuelta de esquila, y huyendo del agua se fue con la mula para el mesón, sin entregárselo a nadie, sin ser notado de alguno, pues el único que podía haberlo visto era el centinela; pero éste también por no mojarse se escondió tras de la puerta de la cárcel, que distaba cinco o seis varas de adonde quedó tirado el cuerpo.

Cosa de las once de la noche, salía el médico de la cárcel, después de haberle acabado de amputar el brazo izquierdo a Simón, alias Reflexión, y de curarle otras heridas, lo mismo que de hacerle unas operaciones muy crueles al Chango en una pierna, extraerle dos balas, y atenderle vanos machetazos de la cabeza.

Al salir para el portal corrieron unos perros azorados que allí estaban comiéndose algo; la curiosidad le hizo dirigirse para ese lado; tropezó con el cuerpo; pidió una luz; salió el Alcaide con el farol con que le iba a alumbrar la calle, y al instante de verlo notó que los perros le estaban empezando a roer las pantorrillas; lo volteó y reconociéndolo exclamó:

—¡Caramba, es el Charro Astucia! ¿Pero qué hace aquí este cuerpo? ¿Quién lo ha traído?

—No sé —contestó el Alcaide—, seguramente lo vinieron a tirar cuando yo estaba ocupado recibiendo a los arrieros que acaba usted de curar.

—Pues recuerda de quién es este cuerpo inanimado, es del mismo que cuando tú servias en el Resguardo y caíste en su poder en el suceso del Bulldog, me pagó tu curación; mantuvo a tu familia más de tres meses, y al irle a dar las gracias a su jato cuando estuviste sano, todavía te dio veinte pesos para que te quitaras de soplón.

—Es verdad, es verdad, ¿y que consentiremos que lo cuelguen esos pícaros? A un hombre de bien no se cuelga ni se infama de ese modo.

—¿Pues qué piensas hacer?

—Si su merced me ayuda, vamos a enterrarlo para que cuando lo busquen no tengan en quién ejercer su ruin venganza, al cabo a mí no me lo han entregado, lo han venido a tirar aquí como a un perro; creerán que sus compañeros se lo han llevado, en fin, yo veré cómo salgo del paso.

—Corrientes, te ayudaré, anda pronto a cerrar tus puertas y trae algo para cubrirlo.

Pronto regresó el Alcaide. Envolvieron el cuerpo en su sarape y en medio de un continuo aguacero, uno cargando y el otro alumbrando el piso marcharon atascándose para llevar adelante su propósito.

—¿Adónde pondremos esto, mientras afloja tantito el agua? —dijo el cargador.

—Nos lo llevaremos —respondió el médico—, para el tendajón que está en la esquina de mi casa, que lleva tiempo de estar cerrado; allí lo depositamos. Mientras haces el hoyo en el cementerio de Gualupita, me voy a adelantar para abrirte y allá te espero.

Llegó por fin el Alcaide sudando a mares y hecho una sopa con su inanimada carga, la descansó en el mostrador y se fue a buscar una herramienta con que rascar la sepultura, mientras el médico colocando bien el cuerpo, empezó por vía de curiosidad a ver despacio, alumbrando con el farol la multitud de heridas que tenía, y notó una manchita insignificante de sangre en el sarape al descubrirle las piernas. Registró las mordidas de los perros en las pantorrillas y exclamó:

—¡Ésta es carne viva! —Siguió haciendo muchas observaciones lleno de dudas, hasta que dijo:

—Ya no puedo hacer nada, ya me preocupé; me ha parecido sentir una muy tenue pulsación, y yo no sé por qué se me figura que este hombre aún conserva espíritus vitales, de cualquiera manera yo debo auxiliarlo, suministrarle cuantos recursos nos facilita la ciencia; luego hay en esto de heridas mil fenómenos, y de una u otra manera nada se pierde con hacerle una escrupulosa inspección; manos a la obra, una hora más o menos no perjudicará nuestro plan.

Se metió para su casa y volvió a poco rato con su estuche de instrumentos y una caja de botiquín provista de lo necesario para su objeto; encendió unas velas de sperma y se puso a alistar sus preparativos, cuando entrando el Alcaide le dijo:

—Es imposible hacer el hoyo, no hay en ninguna parte un palmo de tierra seca, ya fui al cementerio de la parroquia, al Calvario, y ni en esos ni en el de Gualupita se puede rascar, todo está anegado; míreme su merced hecho una sopa, parece que

estamos en el diluvio; pero ¿qué aparato es ése, señor, qué va usted a hacer con tanta prevención?

—Pon aquí tu oído, ¿oyes algo?

—Creo que sí.

—Pues ahora aquí junto a esta herida.

—También, señor; pero creo que es su reloj de usted, este pobre hombre está hecho tasajo, y es imposible que no haya muerto de tanto fierrazo.

—Sin embargo, ayúdame a limpiarlo, tráete esa bandeja con agua, toma esa esponja, y vamos a ver si mis sospechas no son una preocupación.

—¿Luego usted tiene alguna esperanza?

—Sí, o mejor dicho, una duda.

—Ojalá, señor, que se saliera usted con la suya. ¡Virgen de los Dolores de Orizaba, yo te ofrezco una misa y tres libras de cera, como nos hagas este milagro! Sí, señor, sólo por un milagro podrá volver a la vida este cuerpo.

Lo lavaron todo, y el médico fue una por una con eficacia reconociendo y curando las heridas. Registró bien a ver si encontraba contusiones. Extrajo dos balas, y exclamó:

—Cincuenta y nueve heridas horribles; tres mortales; este hombre ha perdido toda su sangre; sin embargo, tengo alguna esperanza.

Empezó a ponerle confortativos, bálsamos, a darle frotaciones; lo abrigó perfectamente y, sacando su reloj, dijo:

—Son las dos menos cuarto, y si dentro de media hora ha entrado en calor, es de vida; ya puse los medios que han estado en mi arbitrio, ahora que Dios nos haga una de sus maravillas.

—Lo dicho dicho, Virgen Santísima, tu misa, tu cera, y un retablo para perpetuar este milagro —exclamó el Alcaide, quedándose ambos mirando los movimientos compasados del reloj con la mayor zozobra. Al término fijado metió la mano el médico a tentarle el estómago, exclamó con alegría:

—¡Gracias a Dios!, no precisa tu promesa, hombre, ya puedes cumplirla.

—Con muchísimo gusto, señor, y para mayor abundamiento voy a pedirle de limosna, para que me cueste vergüenza; ¡gracias, Virgen Santísima, gracias por este milagro tan patente! —y no hallaba aquel hombre cómo demostrar su regocijo.

Entre los dos lo metieron para adentro con cuidado; se colocó en una blanda cama; repitió el médico sus curaciones, y lo dejaron perfectamente abrigado y atendido.

El Alcaide se largó contentísimo pensando en sus disculpas para el otro día, previniéndose con alborotar a los de la guardia y vigilantes de la torre echando tiros y haciendo mitote, para decir que unos bultos se habían querido arrojar sobre la cárcel para llevarse a los presos, y a pesar del escándalo que hizo nadie ocurrió a su socorro. El jefe del Resguardo no entendió razones, ya quería colgar al Alcaide en lugar del cuerpo de Astucia. El Juez tomó su defensa reclamando aquella arbitrariedad y

atropello. La cosa se incendió; tuvieron contestaciones muy fuertes, llegando al extremo de que el jefe dijo en la plaza que todos eran unos usurpadores; tapaderas de los contrabandistas; no faltó quien tomando la voz al mirar que a todos insultaban, gritó lleno de cólera a la vez que les arrojaba una piedra:

—¡Muera el Resguardo! ¡Mueran los soplones! Y en un instante atumultándose los demás, se agarraron contra la fuerza del Resguardo. Éstos mataron a uno e hirieron a otros, y aquéllos también aumentándose su número por instantes les dieron una apedreada tan de primera que salieron los sabuesos como rata por tirante, dejando en poder de los amotinados algunos despojos de los Charros y cuanto tiraban en su fuga para aligerar a sus caballos, quedando las cosas en tal estado.

La manda que el Alcaide ofreció por el milagro, tuvo las consecuencias tristes que acontecen cuando no se obra con prudencia, pues por tal de hacer la colecta de limosna, a cada sujeto que se la pedía le relataba el milagro, y aunque encargaba el secreto, de boca en boca se vulgarizó hasta hacerse pública la existencia de Astucia, y a los cuatro o cinco días ocurría la gente en camadas a saber el estado de su salud y llevarle hilas, atole y cuanto podían para demostrar su simpatía y cuidado por los Charros, ocasionando esto que llegara a noticia de los guardas. Éstos lo comunicaron a sus superiores, el jefe del Resguardo se quejó al Juez de Tlaxcala, y el día menos esperado llegó una comunicación de éste al Juez de Huamantla pidiéndole las primeras diligencias de la sumaria, y el conocimiento de la causa por haber sido el lance en su jurisdicción, exigiendo que le remitiera bien asegurados a los reos, Astucia el cabecilla de los Hermanos de la Hoja y sus dos cómplices, por estar públicamente comprobada la existencia de todos ellos.

El Juez, aunque había sabido por distintas bocas el milagroso restablecimiento de Astucia, se hacía disimulado, pues también participaba del afecto que se habían granjeado los Charros con todos los de aquella población, y a su pesar formuló las primeras diligencias, dejó jurídicamente como preso en poder del facultativo al reo; las remitió diciendo que no mandaba a los presos porque estaban aún en el término de gravedad y no podrían, a juicio del médico, soportar la caminata; a vuelta de correo llegó una partida de cincuenta hombres para custodiarlos, pues había un conocido capricho en perseguir y exterminar a los contrabandistas, y hasta veinte días después, en tres camillas fueron trasladados para Tlaxcala, en donde como a cualquier hijo de vecino, los encajaron a la cárcel pública, quedando encomendada su curación a la escasa inteligencia y poco cuidado de un mal barbero que hacía de cirujano.

Al cerrar Lencho los ojos a la luz del día sintiendo lanzazos y machetazos, más que su propio padecer atormentaba su corazón el pesar que iba a causar a su padre la noticia que conducía Sultán; este mismo tormento sintió al volverlos a abrir, después de más de cuarenta y ocho horas que estuvo en un completo letargo y postración:

—¡Yo vivo aún! —exclamó, fijando la atención en los vendajes y sintiendo el dolor de sus heridas—, y tal vez mi padre sucumbe al saber nuestra desgracia. ¡Dios mío, Dios mío!, que el Sultán no llegue, que mi padre no reciba esa noticia.

En vano procuraba el médico desvanecer sus pensamientos, que como un padecer moral no dejaba de entorpecer su restablecimiento.

—Prescinda usted de esas ideas, amigo Astucia —le decía—, el perro no ha de haber llegado a su casa, ciento ochenta leguas no se andan así no más, según me dice estaba también herido, lo más probable es que se haya vuelto en solicitud de usted, que aullando en el sitio de la catástrofe haya estado vagando por esos montes; puede haber sucumbido de su lastimada o de hambre en busca de sus amos, si no es que al verle la mascada amarrada en el cuello, alguno por quitársela lo habrá matado.

—Todo lo que usted me dice, amigo mío, bien puede ser; pero mi pobre Sultán era muy fiel; su herida se la habrá ido curando con lamidas; en nuestros paraderos le habrán dado de comer, y cierto presentimiento me dice que llegará sano y salvo a su destino, yo no he de dejar de tener este cuidado hasta saber lo cierto; esto me puede más que la dolencia de estas cortadas.

No carecía de razón; su corazonada era cierta, pues el Sultán después de caminar casi en tres pies seis días y cinco noches llegó hasta la casa de su amo al rancho de las Anonas, muy despeado, trasijado, y tan lleno de cansancio, que penetrando a la cocina, apenas hizo unas cuantas fiestas a la hermana de Lorenzo y se tiró al suelo fatigado, acezando y sacando tamaña lengua.

—¡Bendito sea Dios! —dijo Ana María—, que llega Lencho a recibir el último aliento de mi padre, ¿pero qué tiene este pobre animal? —y fijó su atención en la pierna que comenzó a lamerse, y luego desatándole la mascada muy sucia y enlodada, la desdobló y cayó el papelito que iba adentro, se puso a leerlo y se quedó sorprendida, a ese tiempo entró Ángel, su esposo, preguntando:

—¿Dónde está la vela de la Candelaria para tenerla lista? ¿Pero qué es esto, Anita, este papel, ese perro?

—Mira —le contestó poniéndose a llorar.

—Nunca viene un cuidado solo —dijo Ángel al imponerse de aquello. Encierra al Sultán aquí para que no vaya a meterse a la recámara detrás de nosotros, no sea que su presencia vaya a turbar los últimos momentos de mi padre, ya empiezan a atacarle algunos parasismos, y el señor cura dice que no llega a la media noche.

Como a las nueve, juntos Ángel y su esposa, los bendijo don Juan terminando con encargarles:

—Le dicen a Lencho y a don Pepe, que se retiren de la carrera, que cuiden de la educación de Enrique; que se los suplica su amante padre en el instante de partir para la eternidad, por el amor de Dios, y por el afecto que me tengan.

Le siguieron repitiendo los letargos, y con la mayor tranquilidad expiró a las diez de la noche.

Al mismo tiempo que Ángel disponía lo necesario para su entierro, mandando construir un sepulcro al otro lado del de Clarita, contra la pared de la iglesia de Jungapeo, mandó tres mozos a caballo; a cada uno le dio cincuenta pesos para gastos del camino, y partieron por distintos puntos a averiguar por fin el paradero de los

Hermanos de la Hoja, sin tener punto determinado para dirigirse, porque el papel no tenía fecha, ni indicaba el punto donde había sido la catástrofe.

Esos enviados fueron regresando después de un mes con diferencia de algunos días; uno fue a dar hasta cerca de Morelos, otro por los volcanes hasta Puebla, y el último por los llanos de Apam, sin que ninguno hubiera conseguido algún indicio, ni la más leve noticia, pues transitando los Charros por caminos excusados, no era tan fácil averiguar nada.

Ya tenía Lencho cosa de dos meses de herido, cuando medio restablecido pudo con mil trabajos pararse y dar unos cuantos pasos fuera de su inmundo calabozo, para tomar un poco de sol en un corredorcito contiguo, muy fatigado, débil y desvanecido, sin más avíos que unos calzoncillos viejos llenos de grasa de los ungüentos, y una colcha en igual estado con que lo pusieron en la camilla en que fue conducido. Descalzo, lleno de vendajes, la barba muy crecida y el semblante cadavérico, se recargó en un pilar para no caerse.

—Para Señor San Lázaro por el amor de Dios —dijo un preso en tono burlón.

—Es alma de la otra vida —replicó otro.

—La verdad es —dijo un tercero—, que es ánima en penas —y comenzaron a rodearse del infeliz paciente, unos con mofa y otros compadecidos; uno de tantos empezó a fijarle la atención reconociéndolo, exclamando sorprendido:

—¡Cómo, señor! ¿También su merced por aquí? ¿Que no me conoce usted?, míreme bien, señor amo.

—No hago memoria, amigote; está mi cabeza muy débil y...

—Haga su merced recuerdo, yo soy Joaquín el asistente de don Polo, el que fue jefe de los plateados, el amigo de ustedes los señores Charros.

—¡Ah!, ya caigo, tú eres Tijerilla.

—Sí, señor amo Astucia, el mismo Tijerilla, permítame que lo abrace; miren valedores al jefe de los valientes Hermanos de la Hoja, de los guapos Charros; de los desengañados contrabandistas de la rama; si ustedes vieran qué cuacos tan de primera montan y con qué franqueza tiran un peso; ¿no se acuerda usted, señor amo, del caballo Chocolin que le regaló don Polo?

—Y empezó a hacer memoria y a contar las proezas y generosidades de los Charros, de modo que al cuarto de hora, todos aquellos bandidos y facinerosos, lo traían en palmitas infundiéndoles respeto y no burla su miserable situación. Unos le lavaban sus trapos para reponerle sus curaciones, otros desgarraban sus haraposas camisas para reemplazarlas; quién se quita de la boca un pedazo de pan para dárselo; aquél una cucharada de habas o frijoles, un poco de atole, una tortilla, en fin, todos con gusto lo auxiliaban con cuanto podían, de manera que su convalecencia la hizo alimentándose de la caridad de los presos que de caridad eran mantenidos de la caridad pública en la cárcel, es decir, la tercera esencia de la caridad misma. Consiguió a pocos días de estar en relación con aquellos criminales, que un pariente de uno de ellos, habilitado de una remesa de tortillas, y con la esperanza de que le

pagaran su viaje allá en el rancho de las Anonas, fuera a dejar una carta para su padre; después de mucho trabajo se habilitó de papel y tintero, y únicamente se limitó a escribirle:

Padre mío, habiendo escapado del cólera estoy convaleciendo y me encuentro en Tlaxcala en la casa de unos amigos, que venga Ángel mi hermano con algunos recursos, y pronto tendrá el gusto de abrazarlo su amante hijo que desea verlo.

Lorenzo

Bien amonestado el correo para que no fuera a decirle a su padre su verdadera situación, partió a cumplir con su encargo.

—Conque vamos a cuentas, Joaquín Tijerilla, dime ¿qué remolino te aventó por aquí?

—Señor amo, ya sabe su merced que no faltan malas lenguas ni gente que se complace en levantar falsos testimonios; yo no diré que soy un santo, su merced me conoce.

—Demasiado, muchacho, demasiado te conozco, y por eso me admira que estés aquí, eres tan inocentito, tan candoroso, y con el ejemplo que has tenido de plateado, ya deberías estar en el cielo con todo y zapatos; algunos angelitos he despachado ya para la gloria.

—Dígalo el Alacrán y tres compañeros —replicó uno de los de la rueda, que en un jalocote del cerro de las Palmas dejó su merced colgados como manojos de pollos.

—No, amigote, no cambie los frenos, es verdad que los deje colgaditos; pero no como los pollos que los sostienen de las patas, sino como a las grullas que las amarran del pescuezo.

—Dice usted bien, señor, y todavía no me sale del cuerpo el susto que me dieron esos señores en las Tinajas.

—Hola, hola, ¿conque tú eres aquel susodicho que tenía escondida a la güerita de Yautepec?, puedes agradecer a que yo me quedé despachando a mis marchantes, porque si no ya estuvieras con tu violín tocando entre las almas gloriosas, y me alegro de encontrarme entre tan buena gente.

—Sí, pero su merced no nos ha dicho la causa.

—Bien, y para obligarlos a que me cuenten sus cosas, en dos palabras les diré las mías; me encuentro aquí porque soy un pícaro contrabandista; todas esas cortadas me las dieron por ladrón, y la verdad, la verdad me apesta el pescuezo a garrote, pues cuando salga mejor librado iré a sacar piedra múcara al castillo de San Juan de Ulúa por diez años con mi cadena al pie; procuren ustedes no tener mucha estrechez conmigo, porque los pervierto; según mi juicio estamos aquí como en el Paraíso al vemos hechos unos Adanes, y les advierto que yo soy la serpiente, cuidado con una debilidad porque a cualquiera le hago tragar la manzana, y con todos barre el pecado original; conque ahora les toca a ustedes; vamos por tumos.

Cada cual comenzó a contar sus gracias con tal disfraz, que daba compasión ver

aquellos inocentes reclusos estar padeciendo por suposiciones, inferencias, malos informes, víctimas de la calumnia, del interés, del capricho, de las malas lenguas; en fin, era una manada de angelitos que si hubieran caído en poder de los Charros, seguramente los despachan a la gloria como lo acostumbraban. Uno de ellos, el más audaz y ladino que tenía a todos subyugados, al referir sus hechos se atrevió a decirle a Astucia:

—Mi jefe.

—¡Alto ahí querubincito! —dijo lleno de indignación dándole un apretón del pescuezo tan fuerte que lo confundió—; ya les conté que soy un pícaro, yo he sido el jefe de los bandidos Charros, uno de mis hermanos más querido era el Diablo, y donde me traten de confundir con ustedes armo zafarrancho, y esta santa mansión de ángeles, arcángeles y querubines, la convierto en un infierno; cuidado como me vuelvan a dar este título, porque jamás transigiré con los bienaventurados que caigan a mis manos.

Dijo aquellas expresiones con energía; se pintó la rabia en su semblante de tal modo, que todos participaron de la confusión del querubín, y desde luego muy sumisos, obedientes y respetuosos, le decían: señor Astucia, el Charro, señor amo, y procuraron no ser igualados. Él los trataba bien, se chanceaba y divertía con ellos; les agradecía sus caridades, les ayudaba a trabajar en sus quehaceres pero hasta ciertos límites, sin dar ocasión a que abusaran, y todos a la vez lo querían y respetaban.

Lo ocurrido al tomarle declaración fue muy célebre.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el Juez.

—Astucia —contestó.

—Se le interroga para que diga su nombre y apellido.

—Astucia a secas me pusieron.

—¿Según eso usted no es cristiano?

—Sí, señor, apostólico y romano, creo en Dios y alabo su providencia.

—Es que ese nombre no hay en el calendario.

—Si V. S. se empeña en buscarlo, de seguro que lo hallará en el diccionario.

—¿En qué parte ha sido usted bautizado?

—En las mesas de Tepustepec por mano propia del Diablo.

—¿Responde usted categóricamente la verdad?

—La verdad estoy diciendo.

—¿En dónde nació usted?

—Según le oí decir a mi señora madre, en una zaleíta prieta que servía de sudaderos.

—No es esa mi pregunta, ¿sino en qué lugar?

—En un miserable ranchito de la cañada del Buen Suceso, le cogió a la pobrecita el lance en el camino y...

—¿Y a qué parte pertenece ese sitio?

—A San José Porúa.

—¿Y ese San José?

—Es anexo a otras propiedades que creo que son de una misma testamentaría.

—¿Pero su situación?

—Es horrorosa, por tanto texcal.

—Quiero decir, ¿adónde pertenece en lo político y judicial?

—Al estado de Morelia.

—Parece que es usted muy suspicaz y tiene gana de burlarse.

—Es usted muy dueño de figurarse lo que guste.

—Pues ya que excusa dar una declaración franca, el resultado será el peor para usted.

—Eso lo tengo entendido, que lo peor será para mí.

—Estamos perdiendo el tiempo; escriba usted —le dijo el juez al escribiente.

—¿Nombre? —preguntó éste.

—Astucia.

—¿Edad?

—Treinta años.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Patria?

—Mexicano.

—¿Lugar de su nacimiento?

—En el estado de Morelia.

—¿Ejercicio?

—Comerciante de la rama.

—¿Por qué está usted en la cárcel? —preguntó el Juez.

—Porque me trajeron.

—¿Quién hirió a usted?

—Personalmente no conozco a esos bandidos que nos asaltaron.

—¿Según eso usted no iba solo?

—No, señor, con cinco hermanos, doce arrieros, sesenta y dos mulas, y nuestros caballos de mano.

—¿Cómo estuvo eso?

—La cosa fue muy sencilla, tuvimos como Jesucristo un discípulo traicionero, un judas que nos vendió, después que se nos vendió, al estar en el llanito de las Barrancas de la Viuda; nos echaron corral anunciándonos su presencia en aquel monte con una retreta de balazos por los tres lados de que se posesionaron, pues el otro de nuestra izquierda son unos profundos desfiladeros; sin atrojarnos echamos cargas a tierra y esperamos a que amaneciera. Los ladrones que nos asaltaron eran muchísimos y aunque nos batimos como hombres que defienden sus intereses y vida, al fin y al cabo sucumbimos a la fuerza.

—Es que ustedes conducían un efecto que por leyes expresas está prohibido su

libre tráfico. En suma, como contrabandistas han sido cogidos con la masa en las manos, y escarmentados por el Resguardo de las rentas, y una fuerza de Seguridad Pública que dio auxilio según se manifiesta por estas comunicaciones de la Dirección, y el parte del jefe que expedicionó.

—Bien pueden decir esas comunicaciones lo que gusten; pero vamos al terreno de los hechos; esas expresiones de bandidos y ladrones, las sostengo; el delito de contrabandista de que se me acusa, lo niego; eso de que nos sorprendieron con la masa en las manos, es una calumnia, porque esa expresión se aplica a los ladrones cuando se atrapan con el robo que han hecho; nosotros conducíamos nuestras cargas compradas con nuestro dinero; la hoja con que comerciábamos nos la vendían sus dueños que a costa del sudor de su frente la han sembrado, y beneficiado en las tierras de su propiedad; y respecto de que hay leyes que prohíben el libre tráfico de un efecto estancado, creo que no estarán vigentes las únicas que para el caso nos impuso el gobierno español cuando estábamos bajo su dominio, y entonces eran extensibles hasta para los cosecheros, porque después de tanto año de guerra y sangre vertida por los buenos mexicanos, que alcanzaron sacudir ese yugo, y se logró nuestra Independencia, mal pueden quererse llevar al cabo esas malditas leyes que nos impuso el despotismo, y maniató a los hijos del país, impidiendo su progreso para tenerlo como el juguete de su avaricia, y mucho peor es, agarrarse de ellas para que nos azote el mismo látigo, y aún estemos uncidos al propio carro, cuando a voz y en cuello nos dicen nuestros representantes que somos libres; que nuestra Nación es República; que todo el mundo es ciudadano; que ya no hay tiranos, y otra porción de cosas muy contradictorias a la realidad.

—¿Qué tiene usted que agregar a su declaración?

—No más, señor: que ratificar mis palabras; si la fuerza del Resguardo y Seguridad Pública fue la que nos atacó en las Barrancas de la Viuda, mal corresponden a sus títulos con sus acciones, si no es que por ellos se entienda, resguardarse y asegurarse a sí propios de cuanto pillan sus manos; he dicho que son unos ladrones, porque después de acribillamos a balazos y a la arma blanca, nos han robado hasta los zapatos, y cuidado que no creo que sean esas prendas de gran valor cuando las usaban los arrieros. Además, esa que V. S. llamó masa, es decir, nuestras cargas y cuanto teníamos, que valen más de doce mil pesos, ¿qué se han hecho? Si se consideran como un robo que nosotros llevábamos, deben servir como cuerpo del delito para entregarlas a los dueños que las reclaman, y de ninguna manera disponer arbitrariamente de lo que a nosotros nos ha costado nuestro dinero, privaciones y trabajo, como lo justificaré. Por lo que pido a V. S. que estos hechos se sirva aclararlos por declaraciones verbales, exigiendo desde luego todos los efectos, bestias y prendas que nos han robado, como también que no quede impune la arbitrariedad de colgar a mis hermanos, y tirar los cuerpos de mis arrieros a las barrancas para que fueran pasto de los animales. ¿Quiénes son esos caballeros para hacerse justicia por mano propia? ¿Acaso estamos en la época del feudalismo entre señores de horca y

cuchillo para que fueran dueños de nuestras vidas y haciendas, teniendo pagada una fuerza de asesinos sólo para satisfacer su avaricia? No admito informes por escrito, exijo que verbalmente sostengan su acusación las personas a quienes hemos ofendido, y que como yo sean asegurados en la cárcel pública, porque no sólo les hago el cargo de los intereses que nos han arrebatado, sino del hecho criminal de asaltamos en despoblado, a mano armada, favorecidos por la oscuridad de la noche; no sólo en cuadrilla, sino por escuadrones, y en que ha corrido no poca sangre de por medio, de unos hombres de bien que en nada han perjudicado a la sociedad, pues no considero justo que siendo yo la parte adolorida, agraviada, y despojada, padezca encerrada en un inmundo calabozo, mientras los principales responsables de esos asesinatos y robo, se andan paseando haciendo ostentación de sus crímenes.

—En eso el juzgado obrará como convenga —dijo el Juez—. Los señores de la empresa del estanco de tabaco, en virtud de su contrata, representan al gobierno en sus derechos y acciones.

—Eso lo ventilaremos, señor Juez; necesito para concederles ese derecho, estar convencido de la legalidad de su contrata, porque si acaso tiene los vicios de un mal convenio; y tal vez se halla basada sobre los malos principios de la usura, el agio, el monopolio, perjuicio de tercero, etc.; que constituyen una mala contrata, mala y malísima será su representación, y peor y más malo su delito, mi prisión, y cuanto en este caso ha ocurrido, y mucho más grave su responsabilidad, y así de la notoria justificación, probidad y energía del juzgado, espero justicia.

—Puede usted retirarse.

Firmó sus declaraciones, y con la escolta que lo condujo al juzgado regresó para su prisión.

Como en algunas de sus razones no carecía de justicia, el Juez se empeñó en que la sumaría no careciera de requisito, como era de su deber, y aunque remitió varios oficios citatorios, y exigió con apremio la presentación de los acusadores, y sobre todo la entrega de los despojos y cargas, como cuerpos del delito, nada pudo conseguir, pues desde el instante en que triunfaron de los Charros, tanto los del Resguardo, como la tropa, cada cual se apropió de lo que pudo; las cargas con todo y mulas tuvieron igual suerte, y lo que había quedado, que llegaron con ello a Huamantla, allí se los quitaron los del pueblo en el tumulto que provocó el jefe del Resguardo, quedando todos esos intereses tan repartidos, que era imposible saber su verdadero paradero y mucho menos el recogerlos. Conocieron por lo dicho, que Astucia no era un hombre que se intimidaba, y con pretextos, excusas, y mil subterfugios, sólo trataban de ganar tiempo, quitándose las puntas, sin tratar más que de embrollar el negocio, durmiendo la causa entre multitud de expedientes consignados al olvido.

De los arrieros tampoco podían sacar declaración alguna que comprometiera a sus amigos, ni descubriera los verdaderos nombres de sus amos, de modo que quedó en tal estado. El enviado con la carta de Astucia para su casa, después de tan largo como

penoso camino, llegó al fin al rancho de las Anonas, y sabiendo que había muerto el padre, le contó al cuñado la verdadera situación de Astucia, lo atendieron bien, le pagaron profusamente su viaje, y luego Ángel emprendió su caminata para Maravatio, allí tomó la diligencia y lo más pronto posible llegó a Tlaxcala.

Estaba Astucia muy entretenido tejiendo cintas de palmitas para sombrero, cuando el boquetero con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—El Charro Astucia, a declarar.

—¡Gracias a Dios que se acordaron de mí! Ya vengo, muchachos, ya vengo, y se dirigió a la puerta.

—Ahí va ese reo —gritó otra vuelta el boquetero.

—Aquí está el llamado —repitió otro en la primera puerta, y el Alcaide con su manojo de llaves, abrió por el lado de afuera recorriendo un gran cerrojo, diciéndole:

—Métase para la alcaidía, ahí está una persona que lo busca; procure no alargar su plática porque es día de visita, y no debe tardar el señor Juez.

—Gracias, amigote, gracias —y se metió para una pieza inmediata a la derecha de la puerta principal, adonde estaba esperándolo Ángel, su cuñado, a quien desde luego conoció; pero el recién llegado al mirar acercársele a un hombre descalzo, con una venda en la cabeza, unos calzoncillos viejos, mal cubierto con una colcha hecha pedazos, apestando a ungüentos, muy barbón, flaco y macilento, se figuró que era uno de tantos infelices que gimen en la cárcel víctimas de la miseria, por lo que compadecido sin darle tiempo a que le pidiera un socorro, sacó dos pesos de la bolsa y ofreciéndoselos le dijo:

—Tenga esa friolera, amigo, siquiera para que merque una cobija.

—¿Es posible, Ángel —le contestó—, que no te dé un vuelco el corazón? *Aquí tienes a Lencho, el perverso; a Lorenzo el aguardentero; a Astucia el jefe de los Hermanos de la Hoja; en fin a tu amante hermano, acuchillado por los ladrones; mira mi cuerpo lleno de tajarrazos.*

Se abrazaron llenos de gozo, y desprendiéndose Astucia preguntó:

—¿Dame razón de mi padre, ha sabido nuestra desgracia?

—No, por...

—¡Cómo no!, ¿pues que no llegó mi fiel Sultán con la noticia?

—Sí, pero...

—¿Pero qué sucedió por fin?

—Ya no estaba capaz, lo ocultamos y...

—Explícate por el amor de Dios, hermano, ¿qué sucede con mi padre, ha muerto o vive? Háblame con franqueza.

—Pues encomiéndalo a Dios.

Fue tanta la impresión que le causó aquella noticia, que no pudiendo soportarla sereno en el estado de debilidad en que se hallaba, cayó al suelo como si lo hubiera tocado un rayo; al ruido que hizo en el entablonado entró el Alcaide diciendo:

—¿Qué sucede?

—Quién sabe qué le ha dado —contestó Ángel—; hágame favor de ayudarme a levantarlo —y entre los dos, con cuidado de no lastimarle sus heridas, lo sentaron en una banquita, le rociaron la cara con agua, le hicieron pasar unos tragos. En cuanto comenzó a recuperarse, y limpiándose el rostro de la humedad que sentía, se quedó pensativo mirando para el suelo y dijo:

—¿Quiere decir que no supo nada de lo acontecido?

—No, porque en la misma noche del día que llegó el Sultán expiró entre las nueve y las diez, y ya tiene tres meses y veinticuatro días de estar debajo de la tierra.

Entonces quitándosele aquel pesar que desde que mandó a su perro sentía en el corazón, y le había ocasionado muchos ratos muy amargos, respiró con confianza, y dirigiéndose a una estampa de un Cristo de Chalma que estaba pegada en la pared, le dijo con fervorosa voz:

—¡Gracias, Dios omnipotente, gracias! Yo no he precipitado a mi anciano padre al sepulcro; alabo, Señor, tus disposiciones; bendigo tu Providencia, y hágase en todo tu voluntad; pero dame fuerzas, Jesús mío, para soportar este golpe y poderme resignar a sufrir lo que me espera. —Se volvió a sentar y prosiguió:

—Quiero llorar, hermano; mis ojos preñados de lágrimas se me nublan; mi corazón necesita desahogarse, cuéntame los pormenores —y se puso a llorar con muchas ganas. Empezó Ángel también llorando a contarle todo, hasta terminar con el encargo que dejó para él y Pepe el Diablo. El Alcaide, al escuchar aquel triste relato, lloraba de ver llorar, se distrajeron en la conversación, y de repente se fue presentando el juez que iba a la visita de cárcel, sonriéndose con burla de ver aquel cuadro de llorones, y suponiéndose que Astucia le estaba contando a aquel extraño sus trabajos, quiso castigar su anterior orgullo con decirle:

—Qué pronto se amansan aquí los soberbios Charros, los vanidosos Hermanos de la Hoja, los valientes comerciantes de la rama; está usted llorando como una Magdalena, ¡qué vergüenza!

Encendiéndosele a Lorenzo el rostro al escuchar aquellos insultos, se paró lleno de cólera, y tomándole al Juez un brazo le dijo:

—Señor Juez, ¿tiene usted padre?

—Sí, gracias a Dios.

—Pues ruéguele a Su Majestad que no se lo quite; si me mira usted llorar es porque lamento la muerte del mío; siento que mis lágrimas sean de agua, quisiera que fueran de sangre, señor, y creo que ni así mitigarían mi pesar; es mucha la pena que en este instante me destroza el corazón; ojalá que usted nunca lo sienta; ¿pero qué estoy hablando de sensibilidad, si los jueces no tienen alma? Lárguese a cumplir con su deber, no insulte a un hombre afligido porque llora su orfandad —y le dio un aventón que lo hizo salir precipitado de aquel cuarto, ayudando él mismo, porque violento, conociendo su error, la justicia de aquel hombre para llorar, y teniendo él un padre viejo y achacoso a quien amaba con ternura, se le empezaron a llenar los ojos

de agua, y ya mero hacia cuaterno, por lo que salió violento haciendo seña al Alcaide para que lo siguiera, limpiándose al disimulo las lágrimas que al fin se le rodaron, dejando en paz a Astucia que acabó de satisfacer algo la gran pesadumbre que lo afligía. Al salir el Juez pasado un gran rato, se paró Astucia en la puerta y le dijo en tono suplicatorio:

—Señor juez, ¿me permite V. S. un momento de audiencia?

—Puede usted hablar —contestó entrando a la alcaidía.

—Tenga V. S. la bondad de sentarse; dispéñeme si le he interrumpido su camino.

—Y a lo escucho, señor mío.

—Dígame, señor juez, ¿qué además de las penas morales que pesan sobre el alma de los infelices presos que están encerrados en la cárcel, se les ha de hacer pasar la vida más amarga en lo corporal, o como dicen, los tormentos del tántalo?

—¿Por qué me dice usted eso?

—¿Ya vio V. S. las inmundas pocilgas en que habitamos; el alimento que se nos da, y la miseria espantosa que allá dentro domina? Señor, a la fiera más fiera, al brujo enjaulado, se le echa un poco de paja para que se eche, y se cuida de atender a sus más imperiosas necesidades; cuando V. S. nos llame a su tribunal, juzgará momias, y la caridad cristiana no se opone con el carácter judicial.

—Tiene usted razón, todo lo he visto, y en cuanto de mí depende procuro aliviar la suerte de esos desgraciados; pero las municipalidades no ocurren con puntualidad con su contingente; los recursos están escasos, y casi casi la caridad pública sustenta a esos infelices; ya le dije que conozco su miseria y le ofrezco en cuanto pueda mejorar su situación que me puede sobremanera.

—Con eso quedo satisfecho, señor juez, eso era lo que tenía que decirle por un lado; ahora, quiero hablarle al hombre, ¿me lo permite?

—Diga usted lo que guste. —Le tomó el bastón que empuñaba y lo puso sobre una mesita, diciendo:

—Aquí que se quede la autoridad mientras platico con el hombre. Dígame usted, señor licenciado, aquí entre amigos, ¿podré reponer casi toda mi sangre vertida por cincuenta y nueve heridas, con una cucharada de habas cada tercer día, uno que otro mendrugo de pan que nos traen de la calle los colectores de la limosna, y tal cual pedazo de tortilla dura o un trago de atole que esos infelices se quitan de la boca para dármelo?

—No, ciertamente.

—¿Qué descanso podrá tener mi cuerpo lleno de cortadas sobre un pedazo de un húmedo petate, en un hediondo calabozo, teniendo por cabecera un pedazo de vigueta?

—Ninguno.

—¿Y podré cubrirme de la intemperie con estos harapos?

—No, y mil veces no.

—Pues, señor licenciado, si usted es un hombre que tenga un corazón sensible, en

su mano está mitigar mi tormento; este hombre que aquí mira es mi hermano; le escribí para que me trajera recursos: ¿a ver qué me traes, Ángel? Que lo vea el amigo licenciado.

—Metió mano el interrogado a sus calzoneras y le presentó veinte onzas.

—Para todos hay como no arrebatan; mire, licenciado, tenga usted esas diez onzas para que las ponga en mano del Juez, a fin de que lleve adelante sus buenos deseos; que siquiera un día coman esos infelices un pedazo de carne y se les merquen brazadas para que se abriguen.

—Es que yo no puedo recibir nada de un preso, se entendería que...

—Yo me dirijo al hombre, señor licenciado, mi fin es filantrópico, quiero en manera alguna corresponder a esos hombres las caridades que les debo. Jamás insultaré al Juez ofreciéndole dádivas, nunca trataré de comprar a la justicia aun cuando sepa que me va a sentenciar al suplicio; pero siempre que pueda partiré mi pan con los infelices que entreteniéndose su propia hambre, han contribuido a mitigar la mía; ninguno mejor que usted conoce sus necesidades, y aunque esto es una friolera, no puede ni debe por ningún concepto excusarse de recibirla para socorrerlos.

—Corrientes, y yo le daré a usted particularmente, como hombre, una exacta cuenta de la distribución de este dinero.

—No la exijo, porque bastante confianza me inspira el hombre de quien me valgo. Conque vamos a otra cosa, quiero un gran favor, licenciado; interponga usted su valimiento con el señor Juez, a fin de que en este cuarto sea mi prisión, que aquí traigan a mis arrieros para que me sirvan y se curen a mi vista, que con este dinero se nos asista de la fonda, y se nos compre lo muy preciso para vestirnos.

—Hombre, Astucia, está usted muy recomendado; y hablándole también con franqueza, temo que el día menos pensado se fugue y me ponga en un fuerte compromiso; sus enemigos son suspicaces, tienen influjo, y es capaz que se supongan que usted me ha comprado.

—Puede usted desechar sus temores, yo le ofrezco por quien soy, por la memoria de mi padre que en este instante me atosiga, que no salgo del dintel de aquella puerta sin una orden de usted, así entendiera que en ello me iba la salvación eterna.

—¿Habla usted de veras, Charro?

—Con el corazón, caballero, los rancheros somos esclavos de nuestra palabra, y para sostenerla ésta es mi mano.

—Corrientes, ésta es la mía, don... quiero saber su nombre.

—Lorenzo Cabello, su criado y servidor, vecino de Jungapeo, y en el rancho de las Anonas tiene su casa para que mande; este muchacho es mi cuñado, con mis amigos no tengo secretos, con el juzgado mis palabras dicen bien poco; sin embargo de haber declarado la verdad.

—No creo que haya mucha, principalmente en sus generales.

—Precisamente, señor licenciado, es lo más cierto; pero quiero dejarlo en esa duda para que por curiosidad de descubrir ese enredo, venga de vez en cuando, o me

mande llevar a platicar particularmente uno que otro rato que quiera divertirse; váyase a gozar de las delicias que ministra la presencia de un amante padre, mientras yo aquí lamento la falta del mío.

—Dice usted bien, don Lorenzo, y lo acompaño en su sentimiento; mi padre es mi adoración, y a él le debe usted en mucha parte el que yo me haya prestado condescendiente a sus pedidos y confiado en su promesa; es ranchero; tiene mucha simpatía por los Charros; me ha hablado muy bien de ellos, y tiene empeño en conocer a usted.

—Pues, señor, ofrézcame a sus órdenes, y dígame que me visite, que la conversación es pasto del alma, que en el seno de la amistad se alivianan los pesares y se hacen más soportables las aflicciones; en fin, señor Juez, eso me amarrará más, y esté usted seguro de que nunca abusaré de su buen corazón, ni lo pondré en compromiso de ninguna especie porque no soy ingrato.

—A ver, señor Alcaide —gritó el Juez.

Se presentó el llamado y le ordenó:

—Que aquí sea la prisión de este hombre y sus arrieros. Acompañe usted al señor para que se le proporcione todo lo que pida, téngale usted todas las consideraciones de distinguido, y está comunicado con cuantas personas lo busquen. —Luego llamando aparte a Astucia, le dijo:

—Siempre yo no recibo este dinero, no se entienda que se me compra; por acá le mandó a mi padre para que ambos dispongan lo que usted ordene, a fin de que esos infelices tengan ese auxilio.

—Estoy conforme, y gracias por...

—Hasta luego, queden ustedes con Dios —y se retiró dejándole a Lencho las diez onzas para los presos.

El Alcaide contentísimo porque iba a tener los derechos que pagan los distinguidos, que nunca había alcanzado cobrarlos, se prestó muy obsequioso y comedido, y ese mismo día todo quedó arreglado perfectamente, de manera que al siguiente que lo fue a visitar el padre del Juez, se encontró con aquel cuarto si no elegante, al menos decente en lo posible, pareciendo hospital de convalecientes. Ya instalado, escribió a todas las viudas, mandó a Ángel que personalmente vigilara todos los intereses de ellas, y recordando su juramento decía:

—*Todos para uno, uno para todos*, yo soy ese uno, y esas pobres familias serán mis todos. Regresó el cuñado, y fiel observador de las órdenes que recibió cumplió con eficacia sus encargos.

En unión del padre del Juez y con facultades de éste, removi6 toda la cárcel, haciendo que los presos entre los cuales había obreros y artesanos, trabajaran en la reposición de sus calabozos, percibiendo una gratificación. Habilitó con herramientas y materiales a todos según sus ejercicios, con que trabajando podían auxiliarse con sus manufacturas, constituyéndose en capataz, sobrestante, director y cuanto podía para no estar de ocioso, siendo verdaderamente un decidido protector de aquellos

infelices, que lo apreciaban muchísimo y agradecían sus auxilios y consuelos, así como sin compasión castigaba a los holgazanes, viciosos o perversos que trastornaban el orden o perjudicaban a sus compañeros.

Escribió para Huamantla a sus amigos, noticiándoles su restablecimiento y éstos, que antes se habían estado callados temiendo que los complicaran en una escandalosa sumaria, comenzaron a escribirle, mandarle algunos recursos y aun a visitarlo.

Congenió tanto con el padre del Juez, que siempre que podía se iba a estar con él, y muy contento pasaba los días enteros en la cárcel ayudando a fomentar la ocupación de los presos, que a toque de campana tenían metodizadas sus distribuciones del día. Al habilitar a alguno era bajo el supuesto de que le habían de abonar una muy moderada parte de sus buscas. Les llevaba su cuenta a cada uno, y con lo que recogía seguía fomentando o más en grande, o a los nuevos que iban entrando. El día menos esperado llegó un sujeto de Huamantla y le entregó mil ochocientos pesos en dinero, y un apunte diciéndole:

—Esto ha salido de lo que yo con varios amigos que armamos el motín contra los soplones, pudimos quitarles el día que habían dispuesto colgar a usted, no habiéndoselo traído antes porque no se proporcionó su pronta realización; sírvase conformarse con esto, y recíballo como cosa que le pertenece, pues nosotros sólo hemos procurado darle una prueba de buenos amigos. Se excusó aquel hombre de recibir por su trabajo ninguna gratificación, y quedó muy satisfecho con la muestra de gratitud con que Astucia le manifestó su agradecimiento. A pocos días se le fue presentando Camila acompañada de otras dos mujeres. Un prolongado abrazo y una confusión de lágrimas de los dos en un instante hicieron comunicarse mutuamente sus pesares, y casi a fuerza fue necesario obligarla a volver a su casa después de seis chas de estar en Tlaxcala. Hizo Lorenzo que se llevara mil quinientos pesos que consiguió cambiar en oro, para que a razón de trescientos pesos por familia los repartiera ella misma, encargándoles que no abandonaran a las familias de los arrieros ni a ninguna de las gentes que les pertenecían, y los otros trescientos empleó en llevar más adelante el fin que se había propuesto con los encarcelados, logrando con su constancia, energía y suma dedicación, el que todos se proporcionaran recursos por sí mismos con su trabajo, haciendo aprender a los que no tenían oficio conocido, y que entre todos protegieran a los enfermos o imposibilitados que allí también había.

En cuanto a su causa, dormía tranquila y apresada entre otros expedientes, no teniendo poca parte en paralizarla las convulsiones políticas, además del empeño de sus acusadores que no desperdiciaban ocasión para entorpecer todos los pasos, a pesar de las multiplicadas exigencias del acusado y disposiciones del juzgado para su terminación, transcurriendo en todo este cerca de año y medio, apurando hasta el último extremo la paciencia de Lorenzo que ligado por su palabra y siendo amigo y considerado del Juez, no quiso jamás faltar a su promesa. Ya hacía como tres meses que tenía manteniendo en una casa de allí sus caballos listos para aprovechar una oportunidad favorable y fugarse, pues se empezó a vociferar que habiendo cambiado

el sistema, estaban removiendo empleados de todas categorías, y multitud de aspirantes le habían metido la puntería al juzgado de Tlaxcala. A esto se agrega que aprovechando la ocasión sus enemigos, quisieron tener una persona de su devoción que les sirviera haciendo justicia a su paladar. No faltó pretexto con qué salirse con su plan, pues movieron resortes, influjos, y andando listo el dinerito todo lo consiguieron, recayendo el nombramiento de Juez de Letras en un ahijado por quien se empeñaron, al cual le costearon hasta el viaje para que se fuera, comprometido ya a echar una sentencia pilatuna para que, condenado a presidio se acallara la grito del pícaro Astucia, y los dejara en paz, por lo que sin prevención de ningún genero, se fue presentando el día menos esperado el nuevo Juez obligando al otro a que le entregara desde luego. Porque ya era la hora impropia, quedó pendiente para el otro día, y a pesar de la sorpresa y sigilo se divulgó el cambio. Astucia lo supo el instante. En la noche, antes de cerrar las prisiones, en presencia de todos los presos, hizo pedazos los apuntes de lo que le debían diciendo:

—Muchachos, estamos a mano, mi sentencia ha venido confirmada de allá arriba; uno de estos días marcharé para mi destino, y como seguramente no nos volveremos a ver, no quiero que nadie les cobre lo que me deben, ni los despoje de lo que les he dado.

—¿Pero es posible? —dijo uno de aquellos llorando—, ¿que nos abandone su merced?

—Ése es mi destino, hermanos, y a fuerza de fuerzas cumpliré mi condena; quién me mandó ser Hermano de la Hoja; no se me esperan más que lágrimas y tormentos; todavía no me despido, ahí nos veremos, hasta mañana.

—No, su merced tal vez mañana... —y empezaron aquellos pobres a abrazarle llorando con sinceridad.

—Quién sabe, hijitos, si tal vez hoy llegue la escolta que debe de conducirme; pero de todos modos, adiós, y ruéguenle a su Majestad que me ampare. —Hizo un gran esfuerzo y desprendiéndose de ellos se separó también llorando al considerar la desgraciada situación de aquellos infelices, diciendo:

—Lo que a mí me pasa no tiene cuate, no parece sino que mis ojos son un manantial de lágrimas, pues hasta estos facinerosos y criminales me las hacen derramar; vaya un contraste, ahora llorando y antes colgándolos; ya se ve, éste es mi genio; todo lo que me irrita verlos perjudicar al mundo entero por ahí sueltos, me pueden sus padecimientos y miseria aquí encerrados. No les he engañado, mi sentencia es irrevocable; voy a cumplir mi destino; sólo lágrimas y tormentos se me esperan. A todas horas han estado resonando en mis oídos los tristes lamentos de esas familias que me llaman, y ahora que tengo esperanzas ciertas de correr a enjugar sus lágrimas las escucho sin cesar; allá voy, allá voy, queridas, y aunque nunca cubriré la falta de las personas por quien lloran, sacrificaré mi vida para que no perezcan de miseria; *todos para uno, uno para todos*. ¡Gracias, Dios eterno! Gracias, porque sin faltar a mi palabra ni ser mal agradecido voy por fin a cumplir con mi solemne

juramento.

Escribió varias cartas, y dispuso todo de manera que sólo esperaba el instante de que cesara la responsabilidad del Juez saliente para pintar su venado y no parar hasta sus comederos, haciéndosele aquella noche eterna. Al otro día, juntos los dos jueces, el que entregaba preguntó:

—¿Por dónde quiere usted empezar, compañero?

—Por la cárcel —le respondió el otro—, por el libro de entradas pasaremos lista, y por este mismo recibiré las causas según su estado, y lo demás del archivo, por el inventario que usted tenga.

Empeñándose en hacerlo así por ver cómo desde luego aseguraba lo mejor posible al Charro; como lo dispuso se verificó a las siete de la mañana; dándolo a reconocer como Juez, y continuaron con la entrega de causas y le dio al Alcaide una orden en secreto al retirarse de la cárcel.

—¿Qué dice ese pedante? —le preguntó Astucia.

—Que le ponga a usted un centinela de vista hasta tanto no vuelva a arreglar esto y corregir abusos.

—¿Ya arregló usted sus cosas, señor Alcaide?

—Todo está en corriente y a sus órdenes, caballero.

—Pues aguardaremos que acabe de entregar nuestro amigo el despojado y mientras que se vayan esos muchachos a ensillar y acomoden las maletas; vete Simón llevando esto, y tú, Chango, ese bulto de este amigo. Tienen listos los caballos y allá nos esperan.

Así que concluyó el nuevo Juez de recibirse como por telégrafo de las causas en giro y demás papeles inventariados, mandó avisar a la casa donde estaba alojado, que ya iban para allá a tomar un semirrefresco que tenía dispuesto, obligando a su antecesor a que fuera por su padre, para que ambos lo acompañaran en unión de varios particulares a vaciar unas cuantas botellas de vino, y solo se dirigió para la cárcel, enojándose porque el Alcaide no había cumplido sus órdenes.

—¿Por qué no puso usted un centinela en esa puerta como se lo mandé?

—Señor, porque no lo tengo; los seis hombres de la guardia cubren las tres precisas, y sólo tienen un relevo.

—¿Y por qué tiene usted en esa pieza a ese reo?

—Porque pagó su distinción.

—Qué distinción ni qué supercherías; ése es un abuso, ante la ley no hay ricos ni pobres, tan criminal es éste como los que están allá dentro; yo no he de consentir esas tenidas y manejos de usted; meta usted a ese hombre con los demás.

—¿De qué se trata? —dijo Astucia, apareciendo en la puerta de su cuarto.

—No le interesa a usted.

—Pues entonces a usted menos, porque si el Alcaide es el responsable de los presos que recibe, bien puede ponerlos en donde se le antoje siempre que sea de puertas para adentro.

—Silencio y advierta que está hablando con su Juez.

—Yo no le veo ninguna insignia, y en tal estado usted no es para mí más que un pebete entrometido, y si no se larga lo pateo, o de los faldoncitos de su guácano le doy un aventón para la plaza.

El Juez deseaba una cosa de éstas para con ese pretexto mandar encerrar a Astucia en parte más segura, se puso muy enojado; mandó a un indio al juzgado por el bastón diciendo:

—Usted me ha faltado y...

—Y usted me está sobrando, y está aquí de más.

Volvió el mandadero, y empuñando con orgullo su bastón, sonando la punta en el suelo, con paso grave y tono imponente, le dijo:

—¿Y ahora, bribón, me conoces?

—Ahora sí, respeto a la autoridad —contestó muy sumiso con el sombrero en la mano, mirando al suelo.

—Entra para adentro; camina por ahí.

—¿Para dónde, señor Juez?

—Para adentro, con todos los de tu calaña; abra usted —dijo al Alcaide—, y tráigame la llave del separo del infierno —una horrorosa bartolina que por su hediondez, poca luz, y sabandijas en que abundaba, había quedado en total abandono sirviendo sólo para que allí se ocultaran algunos presos a espulgarse, y por eso le habían dado esa denominación.

—Aquí está —contestó el Alcaide enseñando su manojito de llaves.

—Pero...

—No me replique y marche por delante —mandó imperiosamente diciéndose a sí mismo:

—Lo acobardaré teniéndolo en el calabozo que desde esta mañana le eché el ojo y con ese fin averigüé su nombre.

El Alcaide iba adelante; Astucia lo seguía silencioso, y el Juez dando un bastonazo a cada paso iba detrás, queriendo dejarlo encerrado por su vista, desconfiando de que el Alcaide lo volviera a desobedecer. En cuanto llegaron se paró Astucia en la puerta; el Alcaide se hizo a un lado buscando la llave entre las otras; el Juez se arrimó, sonó el bastón en el suelo, y dijo:

—Adentro. —Astucia volteó violentamente, y alzándolo en peso de los brazos, repitió:

—Entremos. —Lo descansó en el centro, y cogiendo con la mano derecha los dedos de la izquierda del Juez, alzó su brazo para arriba y empezó a darle vueltas como a un cilindro, con tal rapidez y fuerza que un momento lo atarantó y no pudiendo sostenerse en pie, dando desconcertados pasos fue tratando de enderezarse arañando la pared hasta recostarse en un rincón. Astucia se salió; corrió el cerrojo y tomando la llave cerró con mucha calma diciendo:

—La que piensas te hago; todo nos va saliendo mejor que lo que teníamos

calculado, vamos a ver a cuántos más de los que nos puedan impedir el camino aseguramos —y al ver al escribiente del juzgado parado con cuatro o cinco en un extremo de la plaza esperando al Juez, le dijo al Alcaide:

—Llámesese a aquellos caballeros, a ver si los guardamos por allá dentro.

Fue con recado del Juez y todos entraron a la cárcel, preguntando el escribiente:

—¿Adónde está el señor Juez, amigo Astucia?

—Está mirando dar el socorro, muy mortificado porque los está haciendo esperar.

—Como que los bizcochos y el vino que nos ofreció no precisan —dijo uno de los llegados.

—¿Por qué no entran a verlo? Si no, entretenido los tiene aquí de plantones.

—Vamos a hacernos presentes —replicó otro.

—Sí, porque yo tengo que hacer —agregó un tercero.

—Ábrales usted a los señores, Alcaide —dijo Astucia, y detrás de ellos se fue metiendo; al pasar frente al primer calabozo de los compuestos, exclamó uno:

—¡Esto está muy reformado!

—Sí, señor —le contestó—, y tiene todas las comodidades posibles: cama, común, aire, etc.; véanlo ustedes. —Entraron llenos de curiosidad mirando para todos lados; al escribiente que se había quedado fuera le dio un soberbio empujón y cerrando la puerta con precipitación se quedaron aquellos cinco bien asegurados, agrupándose al boquete, gritándole al Juez que por distinto lado hacía pedazos su bastón dando golpes a la puerta, sin que ninguno escuchara sus voces.

—Por algún tiempo se han de acordar de mí —dijo Astucia al Alcaide—, y según oí decir a estos amiguitos hay dispuesto un refresco; váyase con dos o tres hombres a la casa donde está alojado y a su nombre pida lo que iban a soplarse, pues mientras no se retire de la plaza tanto fisgón no podemos marcharnos sin riesgo, y en algo entretendremos el tiempo.

—Mamá, mamá —entró gritando una chiquilla que recibió el recado—, que dice el Juez que se mande todo esto para el juzgado.

—Mejor —le contestó—, me alegro de que nos quiten esa molienda —y en tres canastones acomodaron cuanto cupo de bizcochos y otro con botellas, diciendo:

—Vuelvan por los trastes, el mantel, los vasos, etc.

—Sí, señora —contestó el Alcaide cargando con aquello que metió en el cuarto de Astucia. Se comieron cuanto gustaron en unión de la guardia y boqueteros; apartaron para el camino lo que les pareció, y el resto mandó Astucia al sotaalcaide que lo fuera a repartir a los presos del patio, y le hizo seña al Alcaide para que también lo dejara por allá encerrado. Les cargaron la mano a los inditos milicianos, y hasta las dos de la tarde en que estaba la plaza escueta y nadie aparecía por allí, se fueron sin haber llamado la atención de ninguno. A la salida de la población, le dijo Astucia al Alcaide:

—Ahí tiene usted, amigo, el caballito ensillado, y éstos son los cien pesos que le ofrecí; váyase para su tierra y cuide su pellejo.

—No hay cuidado —le contestó guardando su dinero—; mi familia está hasta Oaxaca, mi nombre no es el que aquí me han dado, soy desertor del activo de Guanajuato, y seguro está que por estos rumbos vuelva yo a sacar las narices.

—Pues yo con mis muchachos por aquí me corto, y hasta la vista, buen viaje y que Dios nos ayude.

Se separaron tomando cada cual distinto camino; el Alcaide para Oaxaca, y Astucia se dirigió para las Barrancas de la Viuda, entregándole al cochero de la diligencia que encontró en su travesía, una carta para que se la franqueara en Puebla. Llegó muy noche al propio sitio en que dieciocho meses antes derramó su sangre; recogió de debajo de una peña sus pistolas que escondió, muy oxidadas y las cajas podridas. Tuvo unos recuerdos tristísimos; pasó una noche infernal, y de madrugada se fue andando de pueblo en pueblo a ver qué noticia le daban del paradero de sus hermanos y arrieros. Al estar indagando en San Miguelito un indio lo tomó de la mano, y metiéndolo al cementerio de la capilla, le dijo:

—Cuenta su merced, señor Charro; ahí están apareciendo quince sepulturas que son de otros tantos cuerpos, mi hermano, yo y otros hijos del pueblo los descolgamos de los pinos y recogimos del fondo de las barrancas al otro día de los chincharrazos que pasábamos por la orilla de los desfiladeros de la Viuda.

No pudo Astucia contener sus lágrimas; abrazó a aquel infeliz indio con frenesí; encomendó a Dios a todos con ferviente plegaria, y salió sollozando diciendo:

—En paz descansen, queridos, ahí les dejo un pedazo de mi destrozado corazón, voy a repartir los demás entre quienes también los lloran. *Todos para uno, uno para todos.* ¿Qué dicen, muchachos?

—Que cuente su merced con nosotros hasta la muerte —respondió el Chango enjugándose los ojos.

—Que seremos sus cachorros —agregó Simón también llorando.

—Pues marchemos a enjugar las lágrimas de las pobres familias y a llorar con ellas por los que aquí ya no nos pueden escuchar —y dirigiendo una última mirada al cementerio sólo pudo decir:

—Adiós para siempre, hermanos míos, adiós. —Y se alejó con el indio que llevándolo a su casa le enseñó un montón de despojos apilados en un rincón, y otros escondidos en un tapanco. Todo lo revisó y apartando algunas cosas, dijo:

—Para un recuerdo, me llevo este sarapito de Chepe; este puñal de Tacho; esta espada de Alejo; las espuelas de Pepe y esta yoga del Tapatío. —Armó a sus compañeros. Todo lo demás lo distribuyó entre los caritativos que habían recogido los cadáveres agradeciéndoles en el alma su servicio, y prosiguió esa tarde su camino.

Mientras Astucia lloraba por sus hermanos al sereno, acurrucado contra un árbol en las Barrancas de la Viuda, los que dejó encerrados llenos de berrinche unos, riéndose otros y el Juez impaciente era devorado por multitud de avechuchos que hambrientos saboreaban su banquete. Todos sumidos en la oscuridad y sin poder dormir, renegaban del tal Astucia; y sus familias con gran cuidado los mandaban

buscar por toda la población, a la vez que los de la guardia dormían tirados a donde les faltaron las fuerzas. Al otro día empezó a circular la voz de la pérdida de ellos a tiempo que recibió el Jefe Político un recado que el sotaalcaide le mandaba con uno de los de la guardia, pues éstos al recordar de su letargo empuñaron sus fusiles y como de costumbre se colocaron en sus puestos. Ocurrió luego el Jefe Político, sabiendo que Astucia con sus dos arrieros y Alcaide habían desaparecido. Entró en mucho cuidado; pero se conformó al ver que no había acontecido otra cosa y como las puertas todas estaban bien cerradas y los prófugos cargaron con las llaves, fue preciso descerrajar y comprar chapas nuevas para irlas desde luego por precaución cambiando, perdiéndose en esto casi toda la mañana, y hasta las tres de la tarde fueron sacando de su prisión al escribiente, al Alcalde, un regidor y otros dos comerciantes. Siguieron descerrajando calabozos y a las cinco de la tarde sacaron al Juez de Letras que parecía lazario de los piquetes de toda clase de animales; con todo el cuerpo enronchado, pidiendo por Dios que le facilitaran ropa que mudarse, peine, una tina de agua; en fin, ya mero le pegaba una fiebre, y se le acabaron las uñas de tanto rasquido como se había dado. Cuando estaban en la fatiga de que se desnudara en la alcaidía, llegó un repartidor del correo, diciendo:

—Esta carta de Puebla para el señor Juez. —La tomó el Jefe Político y se la daba.

—Hágame favor de abrirla mientras me mudo los calzoncillos.

Pues dice así:

Señor, etc., mi amado amigo, sin embargo del riesgo que ésta corre si va a dar en manos de quien usted sabe, a todo evento le noticio que he llegado felizmente a esta ciudad de los Ángeles. Le agradezco infinito su presente de bizcochos, vino, etc., que se dignó remitirme, pues parte de ello me va confortando en el camino; rompa usted ésta o cómasela (que será lo mejor), para que no se descubra nuestro complot.

—¡Qué pícaro ése! —exclamó el Juez; —ni la burla me perdona.

En fin, mientras gano terreno, es conveniente que siga haciendo la pantomima que concertamos, para que no vayan a creer las personas que me extrañen, que usted tiene parte en mi evasión. Adiós, queridote, escríbame para donde quedamos, que ya se ve que no me he dado por bien servido. Sin otro asunto queda como siempre a sus órdenes su agradecido amigo que B. S. M.—Astucia.

Todos se soltaron riendo de la veteranada, al disimulo, porque no tenían estrechez con el Juez de Letras, y el Jefe Político por pandorguearlo, le dijo:

—¿Cuánto le ha valido el negocio, juececito? Porque la pantomima ha estado bien representada.

Sorprendido, no supo qué responder, y esto hizo que los concurrentes dudaran y uno de ellos agregó:

—Yo lo que siento es que sin participación de su cohecho, hayamos ayudádole a figurar en ella.

Más creció su confusión, y como desesperado dijo:

—Ya ven ustedes mi ganancia, que quisiera en este instante hasta mudar de pellejo; por el amor de Dios les suplico a ustedes que no crean de las supercherías de

esa carta, yo hasta ayer he visto por primera vez a ese pícaro y...

—No se meta en persuadimos —dijo el jefe llevando adelante la broma—, es usted dueño de sus acciones, y con unos exhortos, requisitorias, etc., queda cerrada la sumaria y asunto concluido. —Le cargó al juececito la romana; todos se rieron de sus apuros; y el resultado fue para no dar más motivo de dudas; allí quedó hecha pedazos la carta, se remitieron los dichos exhortos por distintas cordilleras, y la sumaria quedó para aumentar tantísimo papel roído de ratas que abunda en los juzgados.

Astucia se dirigió desde luego a San Felipe, donde el marido de Lola Garduño provisionalmente se había encargado de los intereses de la casa. Era un hombre inepto, flojo, y además tonto, por lo que todo andaba dado a Judas. Lo llamó a cuentas y su respuesta fue de pie de banco, diciendo que como vivían en familia no las había llevado, y por no promover una cuestión le dio su parte; recogió los demás intereses; puso un mayordomo; dejó todo bajo la vigilancia de Camila, recogiendo igualmente a las familias de los arrieros de Atanasio, y partió para el rancho de Chepe Botas y el Tapatío, en donde se encontró con Lupe la esposa de Juan, enferma; y Julita la hija de José Morales era la que se entendía de todo; también arregló aquello lo mejor posible, prosiguiendo su visita para Tepustepec, al rancho de Alejo Delgado.

—Esto está malo —les dijo a sus compañeros cuando iban caminando—, aunque esas pobres mujeres han tratado de cuidar, no son capaces de conservar lo poco que les ha quedado, yo no las abandonaré; pero no me puedo partir en dos pedazos; ustedes sólo me servirán para ayudarme y como están los bienes tan separados, imposible nos será atenderlos como se debe.

—¿Pues qué piensa hacer su merced? —dijo el Chango.

—Quiero desde ahora no permitir que se sigan acabando, vendo todos, incluso los míos, y este rancho de Alejo, que es el más grande, el mejor situado, que tiene buenos elementos, temperamento, y tan fértil, fomentarlo hasta donde pueda, para que atendido por mí mismo en unión de los hermanos de Alejo que son muy hombres de bien y trabajadores, tengamos con qué alimentar a todas las familias, ya sea reuniéndolas, o en sus propias casas.

—Muy bien pensado —respondió Simón—, yo también tengo una huertecita en Jungapeo con huervas, y tres palos de zapote que me dejó mi madrina; tiene muchos codiciosos; ya me han ofrecido dieciocho pesos por ella; la vende su merced y junta el dinero con lo demás.

—Yo no tengo —agregó el Chango—, huertas ni nada más que mis brazos, me pone usted al tajo y le ayudaré con mi trabajo.

—Gracias, muchachos, gracias; ustedes no se separarán de mí jamás; serán mi ángel de guarda; somos por desgracia unos prófugos de la cárcel pública; la justicia tarde o temprano nos echará el guante, y si tal cosa sucede, estas familias quedarán desamparadas; por eso quiero contar con los hermanos de Alejo que no tienen la soga arrastrando, establecerlas de una manera sólida para que nuestras personas no hagan falta.

Entretenidos todo el camino con sus cálculos y planes para lo futuro, llegaron a la loma de la Presa desde donde se miraba la casa del rancho, sus sembrados, los ganados pastando en las mesas y todo aquello en animación; pero se quedaron sorprendidos al presentárseles a la vista unos ahumados paredones; los techos caídos; las labores baldías, y ningún ser viviente que por allí se moviera, excepto uno que otro cuervo que azorado al verlos emprendían graznando su rápido vuelo.

—¿Qué es esto? —dijo Lorenzo refregándose los ojos, dudando de su vista—. ¿Pues qué ya no sabemos el camino? ¿O estamos encantados?

—No, señor amo, ése es el rancho que buscamos, pero...

—Pero todos mis proyectos vienen a tierra; esto está escueto, abandonado, acerquémonos para lamentar este golpe que trastornó en un instante todo mi plan, destruye mi esperanza, y me pone en más cuidado y aflicción.

Llegaron a la casa, y no se encontraron más que marcadísimos indicios de un desastre; por todos lados agujereadas las paredes a balazos; el incendio acabó con las maderas, y todo estaba en completa ruina, sin que persona alguna pudiera darles noticia de aquella catástrofe; se retiraron llenos de inquietud hasta que dos leguas adelante, en el Rancho de las Vaquerías les contaron que hacía como tres meses que una fuerza de pronunciados se quisieron hacer fuertes contra las tropas santanistas; que los sitiaron, y que después de dos días de combate ganaron los sitiadores; acabaron con sus enemigos, y de paso con cuanto había en la casa hasta convertirla en descombros, arriándose todos los animales y quemando cuanto no se pudieron llevar.

—¿Pero y las familias, Antonio y Manuel Delgado, qué ha sido de ellos? —preguntó Lencho.

—Casi todos se pudieron escapar esa madrugada metiéndose por el encinal, hasta venir a parar aquí, trayéndose las señoras cargando, remudándose de trecho en trecho, a don Antonio, que tenía un balazo en una espinilla. Seguidas de algunas mujeres de la ranchería que cargaban a las criaturas chiquitas y la niña grande lastimada, todos llorando por don Manuelito que antes de salirse lo mató otra bala en la puerta del hospedaje; aquí estuvieron como seis días, mientras con un peón mandó doña Mariquita una carta para allá abajo, y luego vino un señor y cargó con todos para Tierra Caliente, pues cogieron el camino de Chupio para Tajimaroa.

—¿Y que ninguno de los intereses se pudieron librar?

—Nada, señor, nada más que un buey y una vaca que se habían quedado en el campo porque estaban enranillados. Ésos los mandó matar la señora; nos estuvimos comiendo el tasajo, y el que había sobrado se lo llevaron para su camino, con tal desgracia que sólo pudieron sacar lo encapillado.

Luego luego conoció Lencho que Ángel se llevó a todos para su casa. Mandó al Chango con una carta para el subarrendatario de la Soledad y siguió adelante muy triste.

—¿Qué dices de esto, Simón?

—Que el hombre pone y Dios descompone, como dice el otro.

—No, hombre, Dios dispone.

—Lo mismo da, si dispone las cosas al revés.

—Malo y muy malo miro nuestro porvenir, y sólo confiado en el favor de Dios emprenderé cuanto pueda para conseguir mi fin. ¡No me abandones, Providencia Divina! ¡Ampárame, Dios eterno! Vamos a acabar de pasar este último trago. No ha habido parte donde lleguemos que nuestras saluciones no hayan sido más que lágrimas de dolor, éste es nuestro destino, llorar desde el instante de nacer hasta exhalar el último aliento. —Y conforme avanzaba en su camino, más tristes y melancólicos eran sus pensamientos y el pesar que sentía en su corazón. Al tercer día, a las once y media de la mañana bajaba la cuesta de Tepangareo a la entrada de Jungapeo. Excusó pasar por la calle real; cortó por el callejón de las Amescuas hasta salir tras de la iglesia. Allí dejó a Simón con su caballo, brincó la barda del cementerio, y se precipitó ansioso para el sepulcro de su padre situado entre unos pinos y cubierto de hiedras, derramando un torrente de lágrimas, diciendo:

—¡Aquí estoy, padre mío! ¡Aquí está su hijo Lorenzo! ¿Pero qué es esto, Señor? Ya no escucho su voz, no puedo estrecharlo contra mi corazón, este túmulo me lo oculta; ya no besaré cariñoso su venerable frente; ni lleno de orgullo recibiré sus caricias: aquí descansan sus inanimados restos, y aquí vendré a regar con mis lágrimas este sitio para que crezcan estas flores que adornan su monumento, a dirigirle mis plegarias y a comunicarle mis pesares. —Se echó de codos sobre el sepulcro y lloró un gran rato, pidiendo a Dios el eterno descanso del alma de su padre con ferviente oración; a este tiempo sonó la campana de la torre.

—¡Las doce! —exclamó—. Y ya que a esta hora ha permitido Dios que haya yo llegado a llorar sobre la losa fría que me lo guarda, a estas mismas horas frecuentaré mis visitas por la noche, para evitar que algún curioso interrumpa mis soliloquios. Hasta cada rato, padre mío; voy a apurar la copa del dolor, a sufrir todavía la multitud de tormentos y amarguras que me esperan; ruéguele a Dios que me favorezca y que su Providencia Divina no me abandone, adiós. —Y con cierta repugnancia se separó de allí. Al pasar el arroyo de la agua zarca que baja de la cañada de Capirio para unirse al río, vio venir en el viejo caballo mascarillo de su padre, a un muchacho como de diez años montado en pelo, dándole talonazos para que galopara.

—¿Adónde vas, *Gurrumino*?

Sorprendido de ver una persona desconocida que le habló con el apodo con que por aprecio lo trataba su tío el difunto Alejo, se quitó su sombrero y le respondió:

—Señor, voy a llamar al viejito don Cleofas para que venga a vendarle a mi papá la pierna porque se está desangrando.

—Vuélvete, Simón —dijo Lencho—, ya sabes su casa; échatelo en la silla y que venga pronto, arriéndate muchacho, vamos para la casa.

—¿Según eso usted conoce a mi papá don Antonio Delgado?

—Sí, *Gurrumino*.

—¿Y a mi mamá Pánfila, mi tía Mariquita, mi tía Viviana, mi...?

—A todos, a todos; ya ves como hasta a ti te conozco, Gurrumino.

—Pues entonces, usted es mi tío Lorenzo, que andaba con mi tío Alejo por allá muy lejos, por Veracruz; qué gusto; ahora sí que ya no nos hará rezar tanto la tía Anita, y no que todas las noches reza y reza, y si uno se duerme le plantifica unos pellizcos de cajeta.

—¿Y qué tiene Antonio?

—Que de resultas del balazo que le dieron allá en nuestra casa, cuando mataron a mi tío Manuelito y nos salimos por el corral de las vacas, le cortó don Cleofas la pierna, y como el pobrecito de mi papá está loco, se quita las vendas y luego se desangra mucho.

—¡Cómo loco! Esto me faltaba para coronar la obra.

—Sí, señor; pero no furioso, sino que no más está risa y risa, sin contestar a nadie ni hablar una palabra, parece mudo, mientras mi prima Dolores, la grande, está llora y llora, sentada junto a la cama porque dice don Cleofas que tiene lastimado el espinazo del golpe que llevó por quererse bajar por la azotea de la troje cuando nos salimos huyendo de los balazos. Si hubiera usted visto eso, tío Lorenzo, se hubiera reído con buenas ganas; ahí le contaré a usted los apuros que tuvimos en el monte para llevar cargando hasta el puerto de la Vaquería a mi papá, a Lola la grande, y a las criaturas que se cansaron y lloraban de hambre; y ya se cae uno por aquí, otro por allá, en fin, qué tal sería la cosa que salimos a las tres de la mañana y llegamos al puerto a las cinco de la tarde.

—La cosa se complica —dijo Lorenzo para sí—; el rancho que me propuse para pie de altar está en ruina; Antonio y Manuel con quien contaba, de nada me pueden servir, pues uno ya no existe y el otro está imposibilitado, y para alivio de mis penas, la Lola, que era el ídolo de su padre, enferma tal vez para mientras viva; adelante y hacer de tripas corazón. Me voy a encontrar mi casa constituida en hospital. ¿Y no hay por allá más enfermos?

—Cómo no; si casi todas las mujeres y muchachos que recogió mi tía Mariquita y vivían con nosotros, están con fríos, no les ha asentado la tierra.

—¿Cuántos vinieron de tu casa?

—Con chico y grande, veintidós.

—Una cosa así me esperaba —siguió diciéndose—, y con mis dos cachorros son ochenta y cuatro cabezas las que me pertenecen, y este muchacho es el más grandecito de los que pueden ayudarme; ¿pero por qué me aflijo? ¡Caramba! Dios tiene más que damos, que nosotros que pedirte; adelante, adelante; *todos para uno, uno para todos*. Llegó a su casa; le dejó su caballo al Gurrumino y se metió a la sala. Una mujer extraña de las descendientes de los arrieros de Alejo, le salió al encuentro, diciendo:

—¿Mande usted?

—Quiero ver a doña Anita.

—Siéntese usted, voy a llamarla —y se entró para las recámaras; él la fue siguiendo hasta quedarse en la mampara escuchando lo que hablaban.

—Ahí la busca un señor, niña —dijo la mujer.

—¿Quién es?

—No lo conozco.

—¿Qué señas tiene?

—Es un barbón muy feo y muy grosero; no sabe ni siquiera dar los buenos días.

—Ha de ser el de la hacienda que anda moliendo por la renta —dijo Mariquita—; dile que vuelva Cuando esté ahí tu marido.

—Voy a darle con las puertas en la cara —replicó Anita—, para que descolado se vuelva por el camino que trajo; ya es mucho moler, no ven que tenemos enfermos y... —Trató de salir muy enojada, entonces abriendo Lorenzo le contestó:

—Si no he de ser bien recibido, nana Hueche, me volveré para la cárcel de donde me he fugado.

—¡Lencho de mi vida! ¡Hermanito de mi alma! —exclamó Anita arrojándose frenética a sus brazos, y todas las demás mujeres y criaturas se le agruparon; el primer ímpetu fue de gozo que desapareció como un relámpago, y fue preludio de una deshecha tormenta de lágrimas que a todos arrancaba el recuerdo de sus propios pesares, como preguntándole con ellas por sus allegados, como lo habían hecho las otras familias, y lo mismo que a aquéllas, les contestaba también con lágrimas, y las apretaba delirante contra su afligido corazón. Fue una por una abrazando a las grandes y correspondiendo su cariño a las criaturas.

—¡Tío Lencho! —dijo Lola desde su escondido asiento—, yo falto, yo falto.

Volteó a verla, la alzó en sus brazos como si fuera de un año, y cual si fuera su hija verdadera afligiéndole en extremo su dolorosa situación, le prodigó mil cariños diciéndose interiormente:

—Esto es lo menos que contigo hubiera hecho tu padre. —Entre tanto el enfermo se sentó en la cama riéndose sin cesar de una manera extraña y asimlada. Lencho se le paró enfrente contemplándolo; entonces, cesando de reírse se puso don Antonio a mirarlo como sorprendido; se llevó la mano a la frente como para llamar un recuerdo, y de repente abriendo los brazos y dando un grito exclamó:

—¡Es don Lorenzo! ¡Es don Lorenzo!; bienvenido amigo mío —y Lencho sentándose en la cama lo abrazó.

—¿Por qué nos había abandonado, caballero? Mira, hija, ponle una silla al jefecito. ¡Pero qué es esto! ¿Dónde estoy?, ya se fueron esos hombres, ya no hay balazos y...

—Estese quieto —le dijo Lencho—, recójase, ahora hablaremos.

—¿Pero no se va usted?, ¿no nos vuelve a abandonar?

—No, amigo mío; todo lo contrario, he venido para no separarnos ya.

—Bueno, bueno, pues entonces sí me recojo —y obediente se recostó en las almohadas, volviéndole el juicio en ese instante, pues desde el día de la catástrofe, al

ver muerto a su hermano, medio matada a su sobrina, y caer inutilizado de una pierna, con la aflicción de salvar a las familias en un lance tan crítico y comprometido, se trastornó su cerebro, perdió el habla, y estaba insensato riendo continuamente.

—¡Ya me empiezas a patentizar tus maravillas, Dios eterno! —exclama Lencho saliéndose para la sala—. Mi presencia sólo ha curado a este hombre y le ha vuelto la razón. ¡Sigue Dios mío aliviando mis tormentos!

—¡Ah! —dijo—, este garbanzo faltaba en la olla; ¿qué haces, viejo? ¿Cómo te va, Sultancillo? ¡Pero, qué miro! Ni puedes correr ni ves por dónde andas, querido.

—Está ciego —contestó Ana María—, no te puedes figurar la guerra que nos dio ese animal, ni lo mucho que extrañó a ustedes. Luego que descansó un poco entraba a la pieza de mi padre; lo buscaba por todas partes; por las noches se las pasaba aullando en el corredor, y dicen que por eso le cayó gota serena; la pierna fue necesario cortársela, tenía las canillas quebradas.

Le hizo mil cariños, el perro correspondió lleno de gozo, causándole también pesar su situación.

Llegó Ángel que estaba en el campo, le dio cuenta de sus encargos y de cuanto tenía que arreglar, disculpándose de no haberle escrito la catástrofe del rancho de Alejo, porque le había dicho en su última carta que pronto se verían, que ya tenía meditada su fuga. El Chango llegó a los cuatro días, y por la contestación que trajo, conoció Lencho que el subarrendatario le hizo tablas su contrato. Ya se había usurpado el título de arrendatario, admitido por el dueño. Puso una cuenta muy exagerada de pasturas, en que por término salía alcanzando una friolera a su favor, y por no emprender una cuestión dejó Lencho las cosas en tal estado, dedicándose a la asistencia eficaz de sus huéspedes enfermos, y continuando yendo a visitar los intereses de los demás que a causa de la revolución política que comenzó sus estragos por Tepuztepec, siguió extendiéndose por todas partes, principalmente por la Villa de San Felipe y todo el Interior, de manera que todos los multiplicados esfuerzos de Lorenzo fueron inútiles, para resistir la corriente horrorosa de depredaciones que ambos partidos contendientes cometían, marcando su camino con el funesto resultado de sus excesos, durando más de un año en lucha abierta con el destino que se empeñaba en abatirlo, pues diariamente eran las pérdidas y trastornos de los intereses, ya que unos se habían llevado animales, otros el ganado, que habían destrozado milpas, quemado arsinas, llevándose a los peones del tajo para soldados, o embargado los bienes por préstamos, contribuciones y otras mil exacciones que el gobierno imponía; de manera que en menos de año y medio que duró aquella alarma continuada, casi no contaba Lorenzo más que con los cascotes de los ranchos, incluso el suyo, que con un familión crecido, también fue resintiéndose de un gasto que no podía soportar.

Triunfaron al fin los descontentos, derrocaron al poder, y comenzó a regir el sistema federal. Lorenzo no teniendo ya de qué echar mano y obligado por la

necesidad, le ocurrió hacer una veteranada; mirando que muchos sin tomar una parte activa en la causa pública, habían caído bien parados suponiendo servicios que no habían prestado, formuló de la manera más persuasiva una solicitud al nuevo gobierno, haciendo mérito de la memorable jornada de Tepuztepec, comprobando con cuantos certificados y documentos le parecieron oportunos, que sus hermanos como fieles defensores de la libertad, habían sucumbido en manos de sus enemigos; refería los hechos en que se demostraba su heroicidad; hacía mérito de sus intereses arruinados, y por último, pedía que en atención a su sacrificio de vidas y haciendas, se atendiera a la miseria en que habían quedado con sus familias, socorriéndolas en algún modo, como en remuneración de los leales y buenos servicios prestados a la causa que defendieron.

Habilitado de sus documentos emprendió su marcha para la capital del estado, para Morelia, con el fin de ver si lograba alguna cosa con que trabajando tuviera con qué atender a las primeras necesidades de sus familias, y al mismo tiempo abrazar a su güero Enrique que hacía seis años que no lo había visto. Cuando llegó fue a parar a la casa del señor don Manuel, su curador, y supo por él que estaba ya comenzando a estudiar leyes, que sus actos de gramática y filosofía fueron muy lucidos; que era un joven muy cumplido y de muy despejado talento, en suma, le dijo:

—Ha sabido Enrique ganarse el afecto de mi madre hasta el extremo de que todos sus hijos estamos celosos de él, pues es cosa de que hasta los cigarros que fuma son torcidos por ella misma; primero le mereció simpatía al considerarlo huérfano, después lo fue queriendo al verlo tan humilde y estudioso, y por último, lo ama como si fuera su hijo porque ha visto su aprovechamiento, y él ha sido tan veterano que le guarda los respetos y hace tantos mimos como a su propia madre; respecto de sus fondos están intactos; no ha habido necesidad de echar mano de ellos y se encuentran aumentados con los intereses mercantiles que acostumbramos los comerciantes, que son cosas de friolera. —Quedó muy complacido de ver a Enrique lográndose, y al estar los dos en su cuarto del colegio, le preguntó desde luego:

—Deme usted razón de mi padre, tío Lencho, ¿cómo estuvo su fallecimiento?

—¿Qué cosa es lo que has sabido, hijo mío?

—Que atacado por una pulmonía fulminante había muerto por allá muy lejos en el camino de Veracruz, por donde ustedes andaban trabajando con sus hatajos.

—Pues así fue efectivamente, a las dos jornadas del puerto, caminando de noche porque el calor nos atrojaba las mulas, fuimos de repente atacados del cólera morbo. Alejo fue el primero que hizo punta, y fue tal nuestra contagiada, que con muy corta diferencia de horas fueron todos sucumbiendo; tu padre fue el último que al cerrar los ojos para nunca volverlos a abrir me dijo:

—Te recomiendo a Enrique, tú serás su padre.

—Sí —le contesté, apretando su desfigurado rostro contra mi pecho y expiró en mis brazos. Atacado a mi vez de tan desastroso mal poco tiempo después, quedé en aquel sitio tirado como muerto. Al cabo de cuarenta horas de una privación absoluta

de sentidos, empecé a recobrar aliento merced a la caridad de dos hombres que se empeñaron en socorrerme, hasta que por el favor divino pude estar fuera de riesgo, encontrándome atendido en tierra extraña a la caridad pública para mi convalecencia. Naturalmente todos nuestros hatajos desaparecieron con todo y carga. He tenido mil padecimientos de todos géneros, y para dejar por allá medio arreglado el negocio de nuestra responsiva, luché contra la desgracia más de dieciocho meses, regresando para nuestros rumbos sólo yo con dos infelices arrieros que nos escapamos de la catástrofe. Como con todos mis compañeros me ligaban los sagrados lazos de la amistad, y en los instantes críticos de entregar el alma a Dios, no hubo uno que no me recomendara a su familia, sobre sus yertos cadáveres solemnemente juré cumplir con sus encargos, y estoy decidido a llevar adelante mi propósito, aunque entienda que perezco en la demanda. Más de dos años llevo de estar por casa en continua lucha con el destino. La desgracia se ha empeñado en abatirme; los intereses se han resentido; el suceso de Tepuztepec a causa de la convulsión política echó por tierra todos mis planes; se me han agotado los recursos; mis esfuerzos se han estrellado contra los desastres de la revolución, y te lo diré de una vez, ya no tengo tras que caer; estoy arruinado y no me queda más arbitrio que esta solicitud que traigo para el gobierno, a ver si consigo alguna cosa con que trabajando pueda atender a las primeras necesidades de ochenta y cuatro personas; de viudas, viejos, enfermos y niños, que me he propuesto no abandonar a la miseria; ésta es mi situación, hijo mío, compadécete de tu tío y dame un consejo.

—Por primera, tío Lorenzo, acepto el encargo que se le hizo; usted será mi padre —y llorando ambos se abrazaron con ternura—. En segunda, disponga usted como guste de los fondos que dejé en poder del señor don Manuel mi tutor.

—Pero eso sería apagar una vela para encender otra; ese dinero sólo está destinado para tu fomento, y es el único haber con que puedes lograr tu suerte, pues aunque mi padre también te dejó una friolera como memoria, ya eché mano de ella en mis apuros.

—Con estos libros me basta para hacer mi suerte, tío Lorenzo, yo también como su hijo, quiero tener mi parte en que lleve adelante ese juramento.

—¿Pero y tus gastos?

—Ésos los tengo limitados a mis entradas extraordinarias, hasta ahora no he pedido al señor don Manuel un medio real; los dos primeros años de colegiatura recuerde que los repuso mi papá la última vez que estuvo aquí. Me opuse a una beca de gracia que quedó vacante, quiso Dios ayudarme y me la saqué, a la vez que un premio muy honorífico y multitud de escuditos y medios que me dieron los concurrentes a los actos; además, la señora mamá de mi tutor, que es de un excelente corazón, me mira como si fuera su hijo, y yo reconocido por sus finezas me esfuerzo en complacerla, hasta el extremo de llamarla madre, pues como si tal fuera se desvive la viejecita por atenderme; véalo usted, tío Lorenzo, un cajón de cigarros, este tompeate de chocolate, llena esa cómoda de ropa blanca, la percha cuajada de ropa de

pañó, tres relojes, estas otras chacharitas, platonos de dulce; en fin, es tanta su bondad que hasta de los bocaditos que le gustan me manda cada rato; conque en esta inteligencia, tío, por mí no se apure, deje dos o trescientos pesos para alguna cosa extraordinaria, libros de derecho que son costosos, etc., y disponga del resto con entera confianza, y en cuanto a lo tercero, la solicitud que trae para el gobierno la resortearemos a ver si se consigue alguna cosa, aunque no tengo mucha esperanza.

Los dos, acompañados del señor don Manuel, presentaron la solicitud al gobernador, quien apenas le dio un vistazo y hojeó los documentos, cuando exclamó:

—Y es muy justo, y puesto en razón, y para que ustedes vean mi buena disposición, al instante voy a apoyarla. —Llamó al secretario y entre los dos pusieron un informe muy satisfactorio que leyó a los interesados, diciendo:

—Tan luego como sea la apertura del Congreso y comiencen los señores diputados sus tareas, daré cuenta con esto de preferencia. Vayan ustedes sin cuidado que yo me encargo de presentarla. —Le dieron todos las gracias contentísimos de que hubiera aquel negocio comenzado de tan buenos auspicios; pero como aún dilataba la reunión del Congreso, y Lorenzo no podía perder tiempo, siempre se resolvió a disponer del dinero de Enrique en calidad de préstamo, dejándole nomás quinientos pesos, y en libranzas y en oro cargó con cinco mil trescientos pesos para la casa. Llena la cabeza con mil proyectos, decidiéndose después de mil combinaciones a tomar en arrendamiento la hacienda de San José Porúa inmediata a su rancho, y trabajar en unión de Ángel para que aunque fuera con afanes llevar su juramento adelante. Se dificultó desde luego poner en planta su proyecto; el poseedor de la hacienda puso condiciones inadmisibles, y mientras conseguía alguna otra finca según se había propuesto, recogió el dinero y lo dejó a guardar en la hacienda del Orocutín a un señor don Octaviano que le merecía entera confianza.

Ya habían transcurrido dos meses y no había podido encontrar alguna cosa que le conviniera. El día menos esperado se le fue presentando su amigo don Octaviano en un caballo en pelo, lastimado de un reciente balazo, dándole parte que Zárate, *El Rotito*, capitaneando cerca de cien hombres, había robado la hacienda, quemado sus oficinas, y cometido mil depredaciones, no sólo en Orocutín, sino en otras fincas vecinas y pueblitos por donde pasaba; que por una casualidad pudo escapar en aquellas trazas que llevaba, y por supuesto cargó también con los cinco mil trescientos pesos que le dejó en depósito. Hizo que se atendiera a su amigo, montó a caballo en unión de sus cachorros y seguido de quince vecinos de Jungapeo y los Mogotes que pudo reunir, partieron a dar alcance a los bandidos. Los fue siguiendo hasta el Salitre de Urendis, en donde fatigada su poca fuerza y cansados sus caballos, tuvo a su pesar que hacer alto y regresar con seis mulas cargadas de azúcar que se hallaron dispersas en aquella espesa sierra, las entregó a los dueños que las reclamaron, y de un instante a otro se quedó con los brazos cruzados y sin recurso alguno pecuniario con qué emprender alguna cosa.

—Con razón —decía—, no puedo ver a estos pícaros cuando andan sueltos, ojalá

que hubiera tenido un aviso oportuno; que aun cuando hubieran sido regimientos enteros me les cierro a los lanzazos. Pobre del bandido que caiga a mis manos, los he de colgar mientras viva. ¿Pero y ahora qué hago? ¡Dios mío! Este dinero era el último recurso conque contaba; ¡no me abandones, Providencia Divina! ¡Ah, suerte desgraciada!, ¿cuándo dejarás de perseguirme? No me queda más arbitrio que ocurrir a Morelia, agitar por mí mismo el negocio, ya que hasta ahora nada han conseguido mis encargados.

Procuró arreglar su viaje y partió para la capital del estado. Después de mil vueltas y hasta regaños de los empleados de la secretaria de gobierno, logró a fuerza de su constancia recoger la solicitud que confundida entre muchos papeles, ninguno se acordó de ella; consiguió algunas recomendaciones para los señores diputados, y no hubo uno a quien no le enseñara su solicitud que no le concediera la justicia y le ofreciera su apoyo, por lo que con muy lisonjeras esperanzas él mismo la presentó a la secretaría y estuvo yendo a estarse de plantón en el santuario de las leyes hasta que vio dar cuenta con ella y que pasó a una comisión para que dictaminara. Siguió con actividad molestando a la comisión, y fastidiado el principal de los que la componían, le echó la mula por sus exigencias, pretextando ocupaciones de más interés y preferencia, hasta que pasado más de un mes presentó la comisión su dictamen, en que después de hacer mil elogios de los buenos y bien justificados hechos de aquellos fieles y decididos liberales, pedía que el Soberano Congreso del Estado se sirviera declarar aquellos servicios prestados a la causa como heroicos, asentándose los nombres de todos en el catálogo de las víctimas que defendiendo la libertad derramaron su sangre como buenos patriotas, para que cuando el gobierno tuviera recursos, se remunerara en parte a los descendientes de aquellos defensores del sistema liberal, teniéndolos presentes de preferencia, y que entre tanto había fondos se abriera una suscripción voluntaria para auxiliar a sus familias. No hubo lugar a discusión, se procedió a la votación y por unanimidad quedó aprobado, juntándose allí mismo diecisiete pesos en lista con que se suscribieron los padres del pueblo, los cuales ni aun esos pudo recoger. Después de porción de vueltas, tristísimo de ver aquel término tan desgraciado, recogió su expediente y calculando que particularmente conseguiría algo del Gobernador que con tan buena disposición apoyó su solicitud, se propuso verlo. Tuvo la simpleza de decirle al secretario el objeto que llevaba; y ya era cosa que hasta los porteros lo mal miraban al instante que se presentaba, y le era imposible poderle hablar a S. E., porque nunca faltaba pretexto para negárselo. Un día que como muchos estaba sentado esperando a que se desocupara, estaba el portero sellando oficios con un sello de mano, tocaron la campanilla. Se metió para adentro. Lorenzo por comedimiento le dijo:

—Preste, le ayudaré tantito —y se puso a sellar oficios. Distráido concluyó con el papel cortado y siguió marcando pliegos enteros, advirtiéndole su equívoco ya que había acabado un cuaderno.

—Dicen que no hay aquilón que no rompa el coche —exclamó—, ya fui a echar

esto a perder, esos otros son un papel chico, y éstos es todo un pliego; los esconderé y por allá fuera los haré pedazos antes que vuelva este hombre y me eche la mula por guaje. —Los dobló en tres; se guardó entre el chaleco y la camisa los cinco pliegos marcados, y se quedó recogiendo los demás.

—Qué pronto se cansó, amiguito —dijo el portero.

—Hombre, acabé con este papel chico, y no sé si seguirá con este entero.

—No, amigo, ahora sólo se necesita chico para oficio, el grande sólo lo marco de vez en cuando porque no más se usa en nombramientos.

—¿Qué sucede con S. E., todavía está ocupado?

—Si ya se fue; como tiene tantísima atención no se le puede hablar con fijeza a ninguna hora. —Se despidió y al tratar de romper aquellos pliegos sellados dijo:

—Los conservaré siquiera para memoria de que he estado vendiendo peines de boje en el gobierno del estado —y doblándolos mejor los guardó bajo cubierta. Por fin, una mañana antes de llegar al palacio, vio entrar el carruaje del Gobernador tirado por un tronco de hermosos frisones. Apretó el paso diciéndose:

—Ahora sí no se me escapa. Ya he perdido muchos días de estar aquí de plantón, sólo mirando malas caras y los despilfarros de toda esta camada de badulaques de faldoncitos, que parece que a ellos les vengo a pedir limosna. —Y como hombre que conocía el terreno se metió hasta adentro sin preguntar a ninguno. Al tomar el picaporte del gabinete del Gobernador, se paró el portero para impedir que entrara, diciéndole:

—No puede usted ver a S. E.

—¡Como no! —le respondió restregándose los ojos—, no estoy ciego.

—Es que está en acuerdo.

—Pues tanto mejor, aprovecharé el momento en que está en su juicio, antes que le venga un acceso de locura —y dándole un aventón abrió y se metió para adentro. Estaba S. E. rodeado de varios señores en un asunto de gobierno muy exigente, pues se trataba de que se gastaran dos o tres mil pesos para reponer el teatro, se costeara el viaje y se les diera una buena gratificación a los cantantes de la Ópera Italiana a fin de que fueran a dar algunas funciones, porque eso era urgentísimo para darle impulso al buen gusto, honor al estado y la ilustración del pueblo, por lo que de preferencia se gastaran de los fondos públicos ocho o diez mil pesos que eso debía importar y a cada uno le fue dando su comisión respectiva y orden para el tesorero.

—Este hombre no es como los del Congreso —se decía Lorenzo—, aquéllos faltando a su palabra me dieron la patada aplazándome para cuando haya fondos, mientras que éste a manos llenas tira el dinero por el honor del estado, y si tiene para que se diviertan, algo me podrá dar para mis familias.

Así que se retiraron aquellos caballeros volteó la cara el Gobernador que recostado en su mullido sillón saboreaba un buen habano, diciendo:

—¿Qué se ofrece?

—Señor —le respondió Lorenzo—, vengo con el objeto de implorar de S. E., una

singular merced; ya estará informado del tristísimo resultado de la solicitud que tuvo S. E., la bondad de apoyarme con su informe, y salió tan mal despachada del Congreso.

—¿Cuál solicitud? No recuerdo.

—Aquella que trajo este hombre —respondió el secretario—, referente a los de la trifulca de allá de por Maravatío, de *in illo tempore*.

—¡Ah!, ya hago memoria, y ¿cuál ha sido la disposición del Congreso?

—Sírvese S. E. —respondió Lorenzo—, pasar la vista por esta resolución que consta al pie del dictamen de la comisión. Dio así como quiera una leída y exclamó:

—Muy bien dictaminado, y yo no sé de qué pueda usted estar quejoso: el Soberano Congreso ha reconocido como grandes los servicios de esos liberales; manda que de preferencia sean inscritos sus nombres en el catálogo de los fieles defensores de la justa causa; que los considera como héroes y víctimas de la libertad; eso, amigo mío, es mucho honor, mucho, y si no remunera a los descendientes de esos leales partidarios, lo aplaza para cuando los fondos le permitan cumplir con sus sentimientos humanitarios en bien de su pueblo, eso también lo apruebo, porque en verdad el erario está exhausto, ahora empezaremos a regularizar los presupuestos, en fin, no se desconsuele y dé sus vueltas para hacerse presente.

—Pero, señor, ese plazo no pueden esas pobres familias ponerle al hambre, S. E., convendrá en que mientras sucumbirán en la miseria.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Que en uso de sus facultades, como padre de buen corazón, como jefe principal del estado, que gubernativamente se digne auxiliar con algo a esas infelices familias antes de que perezcan de necesidad.

—Hombre, siento mucho no complacerlo, no puedo ver con indiferencia las calamidades; pero la falta de numerario me ata las manos y...

—Y que si ahora fuera S. E. —agregó el secretario—, dando socorros, no serían bastantes las minas del Potosí para tantos como han arruinado las revoluciones.

—Señor secretario, permítame con permiso de S. E., decirle —replicó Lorenzo enojado—, que si he pedido algo, ese algo no es una limosna, es un algo a buena cuenta de la concedida remuneración, que jamás podrá recompensar con todo el oro del mundo el grande sacrificio de la vida de esos hombres, que fieles como lo declaró el Soberano Congreso, han perecido en la heroica defensa del sistema federal que hoy nos rige, y lo diré de una vez, han servido de escalones para que se encumbren los que han sobrevivido, elevándose sobre sus cadáveres y...

—¡Alto, señor mío, alto! No se propase y quiera remitir a los insultos su pretensión; mire con quién habla y dónde se encuentra; porque veo que es usted hombre de buena fe, disimulo sus palabras; se conoce que viene de las Batuecas y nunca ha tenido negocios con los gobiernos; váyase en sana paz, dé sus vueltas y no le vuelva a acontecer expresarse de ese modo delante de la autoridad; puede usted retirarse.

—Queden S. E., y digno secretario con Dios. —Dio media vuelta y salió hecho un demonio dando un portazo con coraje.

Esto hizo reflexionar al Gobernador, y tocando la campana, al aparecer el ordenanza mandó:

—Llamen a ese hombre que acaba de salir de aquí.

Y corriendo lo fue a alcanzar hasta la calle, mientras el Gobernador le decía al secretario:

—Necesitamos obrar con cautela, y no empezar a crear descontentos; ese hombre parece de energía, debe tener algún influjo, y mirando destruidas sus esperanzas, no estamos zafos de que nos promueva una asonada, voy a embaucarlo con cualquier paliativo para que no se retire desolado.

Volvió a entrar Lorenzo diciendo:

—S. E., mande.

—Siéntese amiguito, siéntese; vamos con calma tratando del asunto; ya le dije que me parten el alma las necesidades que soportan las gentes desgraciadas, y se me ocurre un medio con que vencamos el gran obstáculo de la escasez de numerario en que se encuentra el tesoro.

—¿De qué modo, señor excelentísimo?

—Déjese usted de excelencias y trátame como amigo, ¿que no tiene usted por allá algunos amigos que tengan proporciones?

—Sí, señor, tengo varios.

—Pues entonces ya está vencida la dificultad.

—No comprendo cómo se pueda allanar eso.

—Muy fácilmente; les enseña usted esa solicitud en que consta que el Congreso ya sancionó remunerar a esas familias los buenos servicios de sus ascendientes, para que le suplan algunas cantidades con qué auxiliar en lo más preciso a esos infelices, da usted por acá sus vueltas para que no lo echen en olvido, o deje un apoderado para que luego que los fondos del erario lo permitan, recoja las pensiones o cantidades que se le hayan asignado; puede asegurarles a los que ocupe que yo estoy muy bien dispuesto a cumplir la superior disposición del Soberano Congreso, y así podrá usted facilitarse recursos.

—Pero, señor, ¿cómo quiere S. E. que me crean a mi simple palabra? La superior disposición no tiene término, sabe Dios cuándo podrá haber esos fondos, y hasta se reirán de mi propuesta.

—En cuanto a eso yo puedo allanarle el camino, le pongo una comunicacioncita que agrega a su expediente, y ya con ella acredita la verdad para que no se rían.

—Pues si así tiene a bien S. E. disponerlo, le viviré para siempre agradecido, y a nombre de esas pobres familias reciba...

—Deje de agradecimientos; tome usted papel, señor secretario, y escriba:

«Entre tanto cuenta este gobierno con fondos para cumplir con la suprema resolución del Soberano Congreso, sobre remunerar los heroicos servicios de los

fieles defensores del sistema federal que hoy nos rige, y sucumbieron en el rancho de las mesas de Tepuztepec de la propiedad de uno de ellos llamado Alejo Delgado, como consta acreditado plenamente, puede usted ministrarle a sus deudos lo que crea preciso para que atiendan a sus necesidades, en la inteligencia de que todo será cubierto por el erario del estado tan luego como el tesoro lo permita, pues considerados como de preferencia, del mismo modo serán satisfechas las pensiones que se les asignen.»

—¿Qué le parece a usted?

—Magnífico, señor, magnífico.

—Pues voy a hacer más en su favor, sólo para que vean esas gentes mi buena disposición para con los buenos servidores; prosiga usted párrafo y aparte:

«Este gobierno, satisfecho de su honradez y filantrópicos sentimientos, lo reconoce como apoderado legítimo de las familias dichas, y aprueba desde ahora cuanto haga por ellas y esté en su arbitrio, a fin de cumplir con lo dispuesto para tan justa remuneración.

»Dios, Libertad y Federación, etc.»

—Señor don Lorenzo Cabello, vecino de...

—Porúa —respondió el interesado disimulando su cólera, diciéndose:

—Bonito ha estado el remedio, un pedazo de papel más al expediente, y en sustancia he sacado la misma piedra.

Firmó el Gobernador, y el secretario medio sonriendo y entregándole el oficio, dijo:

—Ya con esto puede hallar quién le facilite algo; se acredita su representación, y usted se encuentra autorizado por mí y asegura lo que les dé.

—Es verdad, señor, y le repito mi agradecimiento por tanta bondad.

—No, hombre, no ande usted con eso, es justicia y soy enemigo de... Pero volviendo a otra cosa, ¿en qué estado se encuentra aquello respecto de asonadas?

—Muy tranquilo, señor, como todos somos liberales, la época anterior fue la muy aciaga; ahora los que nos están poniendo en continua alarma son los ladrones, que no da uno un paso sin que lo desnuden, ni es uno dueño de andar por ninguna parte sin toparse con ellos; ya podía S. E. mandamos quien los persiga.

—Eso es muy difícil, señor mío, las únicas fuerzas activas del estado es preciso conservarlas aquí para el sostén del gobierno; hay muy pocos permanentes porque no nos merecen fe, y con los nacionales no se puede contar; ya debe haber llegado allá un decreto para la formación de fuerzas rurales de las haciendas y veintenas de los pueblos; así verá usted qué pronto se extermina a esa plaga que por todos lados aparece, ya ni caso hago de las comunicaciones que sin cesar me remiten las autoridades subalternas.

—Últimamente nos fue a visitar Zárata, El Rotito, y...

—Ni me miente usted al tal Rotito, ya me ensordecen con contarme sus depredaciones; pero tiene una fuerza respetable, y yo no he podido levantar una

competente para poderlo perseguir, veremos si para más tarde los rurales por un lado, las veintenas por otro, y un buen comisionado para seguirle la pista, lo hacen caer en la trampa.

—Pues con permiso de S. E. me retiro, y le repito que...

—Adiós, amigo, adiós.

—Mis maldiciones —decía para sí Lorenzo lleno de cólera—, habrá quedado muy ancho con repetirme oficialmente lo que el Congreso resolvió, dejando todo para cuando los fondos del erario lo permitan, que será nunca, ¿de qué demonios me sirve su reconocimiento de apoderado y que autorice y apruebe mis hechos en favor de las familias, con este pedazo de papel que me ha querido dar atole con el dedo? Estos señores todo lo componen con palabritas de buena crianza y juegos de voces, que el diablo me lleve si vuelvo por aquí a perder el tiempo y ejercitar mi paciencia. Y en resumidas cuentas, ¿qué he conseguido? ¡Ah, sí!, ¡mucho! que sean declarados los hechos como heroicos y con ese grandísimo honor concedido a los difuntos, no hay duda que la miseria se ahuyenta como con la mano, ¿qué tal andará esto, pues en lo principal, el examen de mis comprobantes, ninguno ha hecho alto, y los admitieron sin registrarlos como verídicos y legalmente entendidos? Ahora siento no haberles enseñado mis cicatrices para obtener un empleo en qué pellizcarles algo, pues a proporción de su número, lo menos me daban una banda de general mas que no tuviera soldados que mandar; ya vi de cerca el gobierno, el Congreso y todos sus despilfarros, como eso de gastar en la ópera sin tener con qué parar una fuerza que contrarreste al Rotito.

El Gobernador le dijo a su secretario:

—Ahí tiene usted bien arreglado este negocio sin más costo que medio pliego de papel y nuestros garabatos. Ya va ese hombre contentísimo porque autorizo y apruebo lo que haga en favor de sus representados, seguro está que encuentre quien lo haga formal, y eso de que haya fondos, está muy verde; pero, amigo mío, es preciso en estos asuntos darle alguna salida mas que sea de pie de banco como ésta, el caso es que no adviertan que es una entretenga, ni crean que se les cierran las puertas, porque eso origina descontentos que a la larga son otros tantos enemigos.

—Ahora que me acuerdo —exclamó el secretario—, no me quedé con la minuta de esa comunicación.

—Ni es necesaria —replicó el Gobernador—, ésa es bala perdida, o como dicen, voces dentro y zopilote volando sin hallar caballo muerto.

Lorenzo partió muy triste para su casa, no quedando menos afligidos Enrique y su tutor del resultado de su solicitud. Llegó a las Anonas, y en la noche después de cenar, le dijo Ángel su cuñado, estando solos:

—Como partiste tan violento para Morelia y estabas tan apurado, no te quise decir nada; pero ahora la necesidad me obliga a participarte que ya no tenemos carne para las familias, de los seis bueyes que nos habían quedado, dos mandé con el Chango a Camila que hace cabeza de las familias que están en San Felipe, otro a

Lupe la viuda de don Juan Navarro, y uno que nosotros nos hemos comido, de modo que sólo hay una yunta sin revesa y dos vacas que se están ordeñando para los enfermos y chiquillos, a esto se agrega que los de la hacienda exigen la renta del rancho que se venció hace dos meses, y no nos queda qué vender más que tu caballo melado que te costó ochenta pesos, y no más ofrecen treinta y cinco.

—Pues no te apures, hermano —le contestó fingiendo serenidad—, mata esos dos bueyes y beneficiaremos la milpa a punta de tarecua hasta donde nos alcancen las fuerzas; las vacas no se tientan porque están alimentando a los enfermos y criaturas; la renta del rancho la pagaremos mas que sea trabajando en el tajo o la quedaremos a deber; otros deben muertes y se pasean, y por lo que hace a mi caballo, véndelo en lo que te den; qué hemos de hacer, algún día se compadecerá Dios de nosotros. Se quedó allí solo meditando en su crítica situación; se le cargaron sus recuerdos; empezó a prever para lo futuro y mirando las pistolas que repuestas de cajas y muy limpias conservaba como un regalo de su padre que las usó mucho tiempo, las revisó, les echó dos balas a cada una, se las enganchó en la cintura, ensilló su caballo y sin ser sentido partió como loco para Jungapeo metiéndose con todo y caballo hasta el cementerio; lo amarró en un colorín y llegando al sepulcro en donde desahogaba las aflicciones que atormentaban a su corazón exclamó:

—Ya me doy por vencido, padre mío, todas las puertas se me cierran; los recursos se me agotan; los hombres se me niegan, y ni con el ardid y la mentira he podido conseguir ningún auxilio, ya no me queda nada con qué sustentar a esos infelices, no puedo ser un simple espectador de la miseria que les espera; estoy resuelto; voy a acompañarte, recibe de tu desafortunado hijo el último aliento, y termine de una vez mi existencia tan llena de tribulaciones, acabemos. Amartilló las pistolas, tomó una en cada mano, clavó la cabeza contra el túmulo, alzó los brazos para apoyar los puños, pegó a sus sienes las bocas de los cañones para que cuatro balas le destrozaran de un solo golpe la cabeza y no restaba más que estirar los gatillos. Desde el instante que puso su acalorada frente sobre la losa, un frío glacial fue circulando por sus venas, le pareció escuchar un ruido dentro del sepulcro y que su padre con voz aterradora le gritaba:

—¡Cobarde! ¿Así cumples tus juramentos? *Todos para uno, uno para todos.* Un solo Hombre bastó para redimir al mundo, implora su favor, y échate en brazos de su Providencia.

—Es verdad —siguió diciendo, pensando en aquello que a su exaltada imaginación se le figuró escuchar, bajando maquinalmente los brazos. Pero ese hombre era todo un Dios que nos vino a rescatar con su sangre, y yo no soy más que un mentecato incapaz hasta para destapar un caño. Soy un cobarde, señor padre, no hay duda; les tengo miedo a las calamidades; ¿pero qué hago, señor, por María Santísima? deme un consejo, indíqueme un camino. ¿Por qué me has abandonado, Dios mío? ¡Escucha mis lamentos, atiende a mis súplicas, no me dejes solo afrontar las vicisitudes ni me falte tu Providencia Divina! Dispénsame, sombra venerada de

mi padre, si en un instante de aturdimiento intenté acabar con mi propia vida; pero aunque me devane los sesos no encuentro salida, reflexionemos con calma.

Y se sentó desamartillando sus pistolas.

—¡Ah!, ya caigo, soy un imbécil, estas armas me recuerdan un saludable consejo que al regalármelas me diste, padre amado. *Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, no sólo es necesaria esa máxima para los comerciantes de la rama. En este pícaro mundo, todos, de arriba abajo, chico y grande, no somos más que contrabandistas, que estudiamos el modo de sacar ventaja de cuantos modos podemos, y si me encuentro hoy sin recursos, es por haberme olvidado de esa prevención tan precisa para subsistir; cuántos de los que vi en Morelia con la astucia y la reflexión, han aprovechado la ocasión para estar figurando bien colocados, en eso no me cabe duda, pues fiel observador estuve no más comiendo oreja y adquiriendo experiencia. Hasta otra vista, padre mío, voy a discurrir, encomiéndeme a Dios. Vamos, Astucia, a tus astucias. *Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*; en esto último está el busilis, el *quid* de la dificultad; pues vamos a no desperdiciar las ocasiones.

Se montó en su caballo, regresó a su casa, y se tiró vestido a dormir un rato. Cuando se levantó comenzó a reflexionar sobre todas sus ocurrencias, principalmente las de Morelia; revisó su expediente, y al leer con detenimiento la comunicación del Gobernador se puso a meditar, y con semblante alegre, dándose una palmada en la frente, dijo:

—¡Ya soy feliz! El Gobernador de antemano aprueba cuanto yo haga, para llevar adelante los humanitarios sentimientos del Soberano Congreso en favor de mis familias, ¿pues qué más quiero? Me apropio de los fondos del mismo gobierno, y cumplo con tan delicado encargo; yo me escudaré con que ningún particular me hizo formal para facilitarme recursos, fiado en mis promesas y sólo por mi linda cara; no tuve de qué echar mano por lo pronto, y no había de consentir que esa superior disposición de todo un Congreso se pusiera en ridículo, mucho más cuando el gobierno se empeña en obsequiarla y es tan celoso del honor del estado y el bien de su pueblo; en fin, ya veremos, como dijo el gobernador del Rotito, si para más tarde cae en la trampa, y si a ese que es un declarado bandido y todo el mundo lo aborrece, no puede el Gobernador quitárselo de encima, porque tiene cerca de cien facinerosos que lo acompañan, cuando para destrozarlos bastarían unos cuantos hombres decididos, a mi menos podrán echarme el guante a cincuenta leguas de distancia, si sólo con mi manco y mi cojo nos subimos a Cóporo el día que nos busquen.

Pero estoy haciendo castillos en el aire. Me apropio de un golpe de mano de lo que encuentre en la Aduana, corro la opinión de ladrón, pues el hecho no admite otro color, y cada vez que se me acaben los recursos tendré que repetir la escena, y no siempre saldré bien. Discurramos el modo de dorar la píldora y no aparecer aquí como bandido. Ya encontré la fuente, ahora sólo me resta sacar el agua sin que se agote, y participar de ella a cuantos tengan sed, pues cuantos más sean los que de ella

beban, más y más serán los que me ayuden a conservarla. A la astucia debe acompañarla el valor, a la reflexión la constancia, y las ocasiones se aprovecharán si hay energía; nada de esto me falta, ¿pues qué me detiene?, además, dice un dicho, *audaces fortuna juvat*—, y hojeando su expediente cayeron a sus pies los pliegos en blanco que en una cubierta tenía metidos en el legajo. —He aquí la primera ocasión que se me presenta y para que no se crea que soy enemigo del gobierno voy a constituirme servidor del gobierno, sí, señor, ya está dicho, le tiro el guante y ya veremos si para más tarde me dejo regañar de S. E. porque le solté a su secretario un par de frescas que no les hizo buen estómago. Yo les enseñaré a conocer que no vengo de las batuecas, como si dijéramos de arrear pipilas a sombrerazos; mientras yo por aquí logre el pian que me acabo de proponer, y voy a desarrollar en cuanto pueda, primero se juntarán con las calaveras de Adán y Eva fritas en aceite y vinagre, que con un medio partido por la mitad de lo que ahora les remiten de la recaudación principal de este Valle. Ya veremos si para más tarde, Excelentísimo Señor, también hace poco caso de lo que le cuenten de Astucia, a pesar de que mi delito será más grave, porque lo van a resentir las bolsitas, en la parte más delicada, en la sangre social, en el imán patriótico de más de cuatro codiciosos. El portero me dijo que esto sólo servía para nombramientos; ¿pues qué cosa me nombraré? Administrador principal de rentas, tendría que estar sujeto al tesorero; me voy a constituir por mí y ante mí, Jefe de la Seguridad Pública; me pongo las facultades que se me antojen, así puedo, si quiero, tener a mis órdenes una fuerza armada, y aunque ignoro cómo se manda echar armas al hombro, para ponemos tras de un palo posicionados de un cerro de éstos, echaremos balazos como el mejor veterano; con ese pretexto dispongo de los fondos públicos, le pongo al Rotito, que se llevó mi dinero de Orocutín, una trampa, como nunca se la pondría S. E. No he de tener jamás ningún color político, sino mucha energía y constancia, para cumplir con el deber que me impongo, y el encargo del gobierno que confío a mis filantrópicos sentimientos. *Con Astucia y Reflexión, se aprovecha la ocasión*, adelante con paso firme, señor Astucia, digno Jefe de la Seguridad Pública del Valle de Quencio.

Se puso en un pliego de aquellos su nombramiento, imitó perfectamente las firmas del gobernador y secretario y sobre la marcha se fue para Zitácuaro y se le presentó al Prefecto que era conocido suyo.

—Qué pronto ha regresado, don Lorenzo —le dijo el Prefecto—, me contaron que estaba usted en Morelia.

—Sí, señor —le contestó—, ayer llegué de allá, y si hubiera sabido para qué me llamaba el señor Gobernador no voy, porque cogiéndome a dos garrochas él y su secretario que es amigo mío, imposible me fue escaparme de sus proyectos, y me echaron el lazo; vea en lo que vino a parar su empeño, impóngase de mi nombramiento.

—Hombre, me alegro mucho, esta providencia seguramente ha resultado por tanta comunicación que he remitido para que nos auxilien con alguna fuerza y evitar

las depredaciones y excesos de tanto bandido que nos asedia.

—Bien puede ser, y aun me dijo S. E. de palabra que ya tendría usted por aquí un decreto para la formación de rurales, veintenas, etc.

—Efectivamente, antes de ayer lo he recibido, y usted viene nombrado para ponerse a la cabeza de los rurales, ¿no es eso?

—No, señor Prefecto, pues haciéndole presente las muchas dificultades que habría para cumplir con ese decreto, me nombró Jefe de la Seguridad Pública que es cosa muy independiente, estoy facultado para restablecer el orden y la paz a toda costa y con los que menos cuento, porque no necesito de ellos, es con los tales rurales, veintenas, cívicos, ni cosa por el estilo.

—¿Pues entonces qué piensa usted hacer?

—Antes que todo, ofrecerme a sus órdenes como tengo el honor de hacerlo, para que poniéndonos de acuerdo obremos en consonancia, siendo yo el primero en respetar y sostener su autoridad como la principal del distrito, y si le parece bien mi plan, le suplico que me ayude a desarrollarlo para llevarlo a su fin.

—Dígame cuál es.

—Quiero que con cualquier pretexto, con ése del decreto de los rurales, me haga el favor de citar para una reunión a todos los notables del Valle a que concurran a las diez de la mañana a Orocutín que es un punto céntrico; allí reunidos les hace usted la propuesta de los rurales, y si no la reciben bien yo propondré otro modo de que las determinaciones de S. E. no queden ilusorias cuando sólo tienden al bienestar del Valle; quiero además sin que sepan que estoy nombrado jefe, ver si espontáneamente les merezco fe y me consideran capaz de custodiarlos, porque siendo un cargo de confianza, mal pueden considerar sus vidas e intereses seguros si yo no se las inspiro, y francamente me lo manifiestan.

—Muy bien pensado, pondremos una circular y...

—No, no, primero formaremos una lista; les pondremos particularmente un oficio conciso a cada uno y se lo remitiremos desde luego.

Todo quedó allanado como él quiso; unos fueron por cordillera, otros mandó el Prefecto; otros se encargó él mismo de mandarlos, y recomendándole el secreto de su nombramiento, marchó para su casa meditando su plan con madurez y calma. Al tercer día estaban reunidos antes de las diez de la mañana, renegando contra los bandidos al ver su rastro marcado en las ennegrecidas paredes de las oficinas de Orocutín devoradas por el fuego, treinta y dos sujetos propietarios, comerciantes y administradores de las principales haciendas.

Se acomodaron en la que fue casa de calderas, y el Prefecto lacónicamente leyó el decreto sobre el establecimiento de las fuerzas rurales, incitando en breves palabras el patriotismo de todos, para que a proporción de los capitales que representaban los intereses, cada cual montara y armara a sus expensas los hombres que les correspondieran, para formar la fuerza rural que debía de custodiarlos, y que mensualmente también pagarían los haberes respectivos para su estabilidad.

Todos dándose de codo y mirándose unos a otros, esperaban que alguno tomara la palabra, marcándose en sus semblantes la oposición a semejante decreto, hasta que parándose el administrador de Laureles, un español franco y sincero, dijo:

—Señor Prefecto, por la parte que a mí toca, no puedo desde luego aceptar la proposición ni cumplir con ese decreto; los intereses que tengo a mi cargo no admiten más recargos, gabelas, préstamos y demás cosas que han reportado, y como esto los gravará con más exacciones, necesito consultar a mi principal, propiamente a mi amo.

—Y o estoy en igual caso —dijo otro.

—Y o lo mismo.

—Yo también.

—Y yo.

Y así fueron diciendo todos los administradores y encargados de negociaciones ajenas.

—Pido la palabra —dijo un propietario—, aunque por fortuna yo no dependo de ajena voluntad, apoyo las razones expuestas por el preopinante, y además agrego, sin que se entienda que me opongo a cumplir con ese decreto, las dificultades invencibles que se presentan desde luego, para lograr el fin que se propusieron los legisladores; si armamos una fuerza para poder confiar en ella nuestra seguridad, ¿cuántos hombres necesitamos tener listos para alcanzarlo? Sólo el Rotito que nos está manifestando en este sitio su mano destructora trae cerca de cien hombres que lo siguen, y más pillos que diariamente engrosarán sus filas; es indispensable por lo bajo poner una fuerza de doscientos hombres; métase la pluma y véase cuánto importará el ponerlos, y los haberes que vencerán y desde luego se conocerá que ese sacrificio o gasto entre los pocos que tenemos intereses en este Distrito, sería lo mismo que decimos: métanse a robar como el Rotito, y maldito el bien que alcanzáramos, cuando nuestros guardianes se absorbían los intereses que iban a custodiar; sin embargo, estoy pronto a cumplir, contra mi voluntad se entiende, a lo que usted, señor Prefecto, disponga respecto de ese decreto.

—Quiero expresar mi sentir —dijo Lorenzo—, si se me permite.

—Puede usted hablar —contestó el Prefecto.

—Empiezo, todo lo expresado por los señores que me han precedido es muy justo, cierto y fundado en razones que no admiten réplica, que sin duda los legisladores no consideraron al expedir su decreto. Pero sin embargo desde luego se trasluce y dan a conocer cuál fue su intención al querer que se efectúe, como si dijeran: vamos a manifestar públicamente a los propietarios y hacendados de nuestros distritos, nuestra inacción, para que mutuamente se cuiden a sus expensas, porque nosotros no podemos o no queremos tomarnos esa molestia; hablemos francamente.

—Esto es una verdad, señor Prefecto, tan clara como la luz del día.

—Así se deja entender.

—Pues, señores, bajo este punto de vista consideremos nuestra presente situación; es una vergüenza, señor, que un puñado de bandidos venga a robar haciendas enteras,

llevándose hatajos cargados con cuantos efectos encuentran; he dicho un puñado, porque esa canalla es la más cobarde, los he colgado a manojos; una intimación mía cuando con el nombre de Astucia traficaba los caminos comerciando con tabaco, era una sentencia de muerte; hoy me tienen mucho más agraviado, de esta hacienda se llevaron estos pícaros cinco mil trescientos pesos sellados con la sangre del que afrontando los peligros llegó a reunirlos, y era el último resto con que yo contaba para alimentar una camada, una nube, en fin, ochenta y cuatro personas que de mí dependen. Yo tengo formado un plan muy sencillo que a nadie compromete ni lo gravará en un ochavo de real, tengo el firme convencimiento, de que ayudado de ustedes pueda surtir muy buenos efectos, queden garantizados del mejor modo sus intereses y vidas, y sin sacrificios, exacciones, gabelas, ni nada que los perjudique.

—Ése es un misterio que no comprendo —dijo uno.

—Sería un milagro —agregó otro.

—Explíquese usted, amigo mío —repuso el Prefecto.

—No tengo inconveniente en explicarles el enigma —contestó Lorenzo—, pero antes deseo que ustedes francamente me respondan a unas preguntas; díganme con sinceridad, ¿les inspiro entera confianza para cuidar de sus vidas y haciendas?

—Eso no tiene ni qué preguntarse —dijo el Prefecto.

—Sí, sí —respondieron a una voz los demás.

—¿Me consideran capaz de poder cumplir con tan delicada encomienda?

—Sí —repitieron todos.

—¿Puedo contar con la voluntad de ustedes sin que eso les origine compromiso de ninguna especie?

—Sí, sí —volvieron a gritar.

—Pues, señor Prefecto, me parece que es asunto arreglado, en este momento me pronuncio contra todos los bandidos sin tener color político de ninguna clase, aquí están presentes mis cómplices, y usted en primer lugar; mi plan se compone sólo de dos artículos, desterrar revolucionarios, y colgar bandidos, ¿qué les parece?

—Magnífico —contestaron.

—¿Cómo podrá usted llevarlo a cabo sin que nos cueste nada? —preguntó el Prefecto.

—Muy fácilmente, disponiendo de los fondos públicos.

—Esto ya tiene visos de un verdadero pronunciamiento —dijo uno de los concurrentes—, y...

—Si la cosa se formaliza, yo no quiero que... repuso otro.

—No empecemos con chinampear —agregó Lorenzo—, ya les dije que a nadie he de comprometer, que sólo yo saco la cara y sufriré las consecuencias; todo lo que aquí hablemos se quedará entre nosotros, nada se escribirá, y por conveniencia propia guardaremos el secreto.

—Ya no nos entompeate más, amigo Lorenzo —dijo el Prefecto—, enséñeles a los señores su nombramiento, y arregle con formalidad el negocio, ya está usted

satisfecho de que les merece confianza y se acabó.

Se los enseñó, y fue pasando de mano en mano, hasta que el último muy contento al devolvérselo gritó:

—¡Viva nuestro jefe Astucia!

—¡Viva, viva! —todos repitieron.

—Silencio, señores, esta muestra de sinceridad que advierto en todos los semblantes, me obliga a hablarles con la franqueza que acostumbro. Este nombramiento es falso, está puesto de mi propio puño hace dos días, y aquí en el seno de la buena amistad que me dispensan les descubro el enredo, ese papel será mi paracaídas, salvará de la responsabilidad al señor Prefecto, que por bien de todos, no le costará nada hacerse sordo a lo que les estoy hablando, impónganse de esa solicitud y miren su resultado, en ella tenía fundadas mis últimas esperanzas; he estado con ese motivo mirando y observando todos los despilfarros del gobierno: han gastado diez o doce mil pesos para que los operistas los diviertan, y no hubo un tlaco para socorrer a las familias de esos que el Congreso declaró como fieles servidores; el Gobernador mismo me dijo que no podía contrarrestar al Rotito, aplazando para más tarde su persecución cuando los rurales y veintenas le ayuden, estas fueron sus propias palabras:

«Las tropas activas están sólo sosteniendo al gobierno, los permanentes no nos merecen confianza, y los nacionales no sirven para nada.»

—¿Quieren más desengaño? ¿Y no es la tontera más grande, que de aquí se les lleve dinero para los cantantes, mientras que a nosotros el Rotito nos deja en pelota? No voy con los ojos cerrados en el negocio en que me meto, ya he meditado con juicio en todo, y sólo necesito para establecer aquí la verdadera Seguridad Pública, de la voluntad de ustedes, de su silencio, y que me ayuden con sus consejos a establecerme de la manera más firme que se pueda, por el bien general de todo el Valle. En las circunstancias comprometidas en que me encuentro, no me queda más recurso que exponer mi cabeza para sostener el juramento sagrado que me he propuesto —y les contó francamente cuanto le había acontecido y su verdadera situación, terminando con—: Ahora de ustedes depende el que digan si aprueban este falso nombramiento, para obrar de acuerdo con ustedes, o si no, como a mí solo me convenga.

—¡Viva Astucia, el Jefe de la Seguridad Pública del Valle! —gritó el Prefecto, y todos lo secundaron convencidos de la buena fe de Lorenzo, la ninguna cosa que arriesgaban, y el mucho bien que una calaverada, audacia o como quiera llamársele, les iba a traer desde luego.

—Gracias por su condescendencia, caballeros —dijo Astucia conmovido—, los Hermanos de la Hoja teníamos por divisa estas palabras que nos ligaron, nos hicieron ser fuertes luchando más de cinco años contra seis enemigos a muerte diariamente; si nosotros las aceptamos, nos servirán de estar unidos, y hacer mi plan duradero: *Todos para uno, uno para todos*.

—¡Viva nuestro *Uno*! —gritó el administrador de Laureles, lleno de entusiasmo. Todos lo secundaron, y Astucia contestó con energía:

—¡Vivan mis *Todos*! Ahora, caballeros, si les parece, sólo para un negocio grave nos reuniremos todos; porque yo no quiero proceder en nada sin contar con la opinión de ustedes, me parece conveniente que nombren una junta menor de tres individuos, con quien sin llamar la atención de los que ignoran nuestro complot, pueda yo consultar los asuntos de poca monta, además de que también quiero que esa junta menor sea mi tesorera y me ayude a distribuir el dinero, para que con cuenta y razón se gaste, primero en armar a cuanto hombre de bien me merezca fe para afiliarlo, sea pobre o rico, en la fuerza de Seguridad Pública, con que he de exterminar a los bandidos y restablecer el orden, y después en cuanto ocurra y sea necesario para el bien del Valle y la tranquilidad de sus moradores.

Se hizo la elección que recayó en el Prefecto, el administrador de Laureles, y un comerciante de la Villa.

—Falta aún la parte más lastimosa —les dijo—; en virtud de ese oficio que ustedes han visto del Gobernador, voy a tomar lo preciso para atender a las imperiosas necesidades de esas familias, y ése ha sido uno de los objetos principales de exponer mi cabeza y tirar el guante; pero falto yo, que no estoy comprendido en la remuneración del Soberano Congreso, y creo que algo merece el trabajo que me voy a tomar, ustedes pueden señalarme un sueldo que crean conveniente.

Ninguno quiso designarlo, y le echaron al Prefecto la encomienda.

—En la época anterior —dijo éste—, estuvo aquí un señor comandante militar, tenía veinticinco hombres que se le desertaban de hambre; quedó debiendo hasta las pasturas; no salía de la Fonda de las Manuelas, la tienda donde continuamente echaba sus copitas de a medio, o del billar, y yo visaba los presupuestos que íntegros se le pagaban, figurando en el primer renglón doscientos veinte pesos de su sueldo de coronel, y si nuestro *uno* acepta igual cantidad, creo que no gravamos al gobierno con un gasto que antes ha hecho, y ahora será mejor devengado.

—Acepto de buena voluntad, y únicamente me resta que todos ustedes me hagan un favor, que mañana cada uno me preste por un ratito dos hombres montados y armados, que me esperen al salir el sol abajo de la Cantera, al pie del Cerro de Ocurio, pues a la cabeza de sesenta hombres voy a dar el golpe a la Aduana, antes de que disponga el administrador de las existencias, y si algunos de ustedes tienen que enterar alguna cantidad, suspendan el pago hasta pasado mañana que ya correrá la recaudación de nuestra cuenta. Otra cosa y ya no los molestaré, díganme, ¿quiénes son los mitoteros y trastomadores del orden que sea necesario desterrar o hacer poner en juicio? Así como los rateritos vergonzantes que ustedes conozcan o sospechen.

Cada uno fue nombrando, y Astucia formando lista.

—Pues me resta, caballeros, advertirles que desde ahora para lo público, no soy más que el coronel Astucia, nombrado por el gobierno, Jefe de la Seguridad Pública de este Valle; en cuanto a lo privado, el *uno* de mis generosos *todos* que aquí miro

presentes, y en lo particular, el pobre ranchero de las Anonas, su amigo y servidor Lorenzo Cabello, para que manden.

Todos con sinceridad empezaron a gritar:

—¡Viva nuestro jefe!

—¡Viva nuestro *uno*!

—¡Viva nuestro amigo!

Con abrazos y pruebas de buena amistad se disolvió la reunión, marchando cada cual para su casa contentísimos y resueltos a llevar adelante el plan de Astucia y apoyar sus disposiciones.

—Ésta ha sido una zanganada de ley; amigo Lorenzo —dijo el Prefecto—, yo he sido el primero a quien usted ha entompeatado; le está bien adecuado el sobrenombre de Astucia, y ni el diablo hubiera meditado semejante pronunciamiento mudo, conciliábulo, o no sé qué nombre dar a la junta de sus *todos*.

—Ése es el que le pertenece, la junta de mis *todos*; tengo empeño en que ayudado de la junta menor que los representa, restablezcamos la paz; mis valientes soldados de la Seguridad desde sus casas se defenderán mutuamente, mientras yo escoba en mano, andando por todo el Valle, barriendo las basuritas que nos ensucian, para que arrebatándolas el aire vayan a caer muy lejos; como nuestras disposiciones han de ser reservadas y cuento con usted en lo político, nos saldremos con la nuestra si tenemos constancia.

—Pero, ¿y cuando chille el cochino?

—Entonces le suelta usted el mecate, y comienzo yo a figurar representando el primer papel de la comedia; no abrigue ningún temor; silencio y actividad; éste ha de ser nuestro punto de vista, usted cuando más arriesga su colocación, y yo les venderé muy cara mi cabeza.

—Éste es el albur que juego contento, porque ya les vi la puerta; las figuras están muy arriba, y toda la baraja hecha un zapote; mañana no se aparezca usted por su oficina hasta después de las doce, y en la nochecita nos juntaremos en la casa de D. para darles cuenta de lo ocurrido.

—Pues hasta luego, y Dios nos saque con bien, amigo Coronel.

—Hasta luego, señor Prefecto, que Dios nos ayudará.

Al otro día a las seis, estaban reunidos más de sesenta hombres al pie del Cerro de Ocurio, llegó Astucia seguido del Chango, habilitado de un mal clarín a la espalda, cubiertas sus muchas abolladas con cordones verdes de lana, que quitó de las trenzas a las indias molenderas del rancho.

Los formó de dos en fondo y a la cabeza de su fuerza se presentó cerca de las nueve en Zitácuaro poniendo a los vecinos en alarma, y haciendo aullar a los perros la destemplada marcha, que con sendos trompetazos tocaba el Chango. Todas las gentes se asomaban a sus puertas y ventanas muy sorprendidas, mientras que otras corrían de esquina a esquina hasta llegar a la plaza llenas de curiosidad, tratando de saludar a multitud de conocidos que iban con espada al hombro muy serios en la

formación. En la plaza hizo alto el jefe; mandó formar por la derecha en batalla; sables a la vaina; en su lugar descanso, y seguido de su clarín de órdenes se dirigió para la Aduana. Al pasar frente a la puerta del cementerio, estaba el señor cura tratando de adquirir noticias de aquello; mandó que se informaran a los sacristanes y acólitos, cuando quebrando su caballo Lorenzo se dijo a sí mismo:

—Le daré primero un abrazo a mi viejo padrino que hace algunos años que no nos vemos. —Se apeó y acercándosele con los brazos abiertos exclamó:

—¡Mi amado señor cura!

—¿Cómo va, amigo, cómo va? —y le correspondió su abrazo sin saber con quién estaba.

—¿Quién es usted que no recuerdo? —dijo cerrando un ojo y poniéndose enfrente del otro un gran antejo, arrimándosele hasta las barbas—, no lo conozco sino para servirlo.

—Querido padrino, yo soy Lorenzo, míreme bien.

—Acabaras de reventar, muchacho; quién te había de conocer con esas barbotas y a la cabeza de tanta gente; dame otro abrazo, hijo mío, otro porque tengo mucho gusto de verte; cuéntame, cuéntame cómo es que...

—Ahí hablaremos despacio, yo lo vendré a visitar, y entre tanto para satisfacer algo sus dudas, mire usted mi nombramiento.

—Magnífico, magnífico, ¿conque eres coronel, eh?

—Sí, señor, pero con el sobrenombre de Astucia; no se le vaya a salir decir que soy Lorenzo, porque así conviene para los fines que el gobierno se ha propuesto, y como en mi carrera tanto política como militar así me di a conocer en el público.

—¡Ah! Sí, ya sé, cuando eras el hermano de las hierbas o...

—De la Hoja, padrino; comerciante de la rama, y usted ve que es necesario conservar el incógnito y...

—Pierde cuidado, y haces bien en advertírmelo, los secretos de gabinete, siempre deben ser secretos.

En esto los muchos curiosos no podían averiguar nada de los de la formación, que sólo decían:

—Nada sabemos más que nuestros amos nos mandaron poner a las órdenes del coronel Astucia; nombrado por el gobierno Jefe de la Seguridad Pública.

—Vamos a ver si tata cura nos da mejores noticias, está hablando con el tal Coronel que le dio a leer un papel —dijo uno del corrillo; y seguido de cinco o seis en grupo se fueron para el cementerio; al verlos venir Lorenzo, le dijo quedito:

—Yo lo vendré a ver despacio, padrino, ahí hablaremos —y luego recio, con seriedad, para que lo oyeran los curiosos, tendiéndole la mano:

—Hasta otra vista, señor cura, ya sabe que me tiene aquí a sus órdenes, y tendré mucha complacencia en servirlo.

—Adiós, amado Coronel, adiós, he tenido mucho gusto de abrazarlo, y le doy el parabién.

Se separó, montó a caballo, y se fue derecho para la Aduana.

—¿Quién es ese Coronel tan su amigo, señor cura? —preguntó uno de los curiosos que lo rodearon.

—Un guapo mozo, caballeros, el mentado coronel Astucia, no crean que es cualquier cosa; ha hecho el gobierno una elección muy acertada, este joven es activo, valiente, enérgico, en fin, no dudo que pronto nos pondrá en juicio.

—Según el aprecio que le ha manifestado usted, son ya conocidos viejos.

—Sí, amigos míos, tuve amistad con su padre, lo conozco desde muy niño, es de buena familia y...

—¿Qué le comunicó a usted? ¿Alguna orden que trae por escrito o...?

—No, sino que me enseñó su despacho, viene nombrado Jefe de la Seguridad Pública, y con amplísimas facultades; en fin, me retiro porque está el sol picando, queden ustedes con Dios, amiguitos. —Y se retiró dejándolos casi en la misma duda.

El Coronel luego que entró a la oficina, procuró motivo para demostrarse incómodo.

—¿Qué hacen ahí esos hombres parados? —preguntó al escribiente—, ¿por qué no se despachan pronto?

—Porque el señor administrador todavía no sale, tiene una niña enferma y pasó mala noche —le contestó.

—Pues métale usted esos papeles a firmar, y no porque está de chichigua se entretengan aquí a los transeúntes.

—Como que ya van lejos mis jumentitos, padrecito —dijo un indio.

—Y mis animales se están echando —agregó otro.

—Y yo tengo que ir muy lejos —replicó el tercero.

—¿Ya está usted oyendo, caballero? Ustedes son empleados públicos, para servir al público; cumpla usted con su deber; sirva pronto a sus amos que le pagan; todo anda aquí dado al diablo, es necesario ropa limpia y yo no consiento pulgas.

El administrador desde los trompetazos del Chango despertó y a medio vestir estaba espiando por debajo de una cortinita de la vidriera de la ventana de la sala, para la plaza.

—¿Qué es eso? ¿No le he dicho que no me deje sola la oficina? —dijo al escribiente que llevaba los pases a firmar.

—Sí, señor, pero ahí está un hombre que me acaba de echar la mula porque no se sirve pronto al público.

—¿Y quién es ese sujeto para venimos a imponer la ley? Yo no tengo amo, soy el jefe de la recaudación principal: que se esperen estos indios; ésta es una oficina de gobierno, no somos gañanes para trabajar de sol a sol.

—Está muy enojado, dice que no consiente pulgas, que...

—Ni yo tampoco admito mayordomos, no estamos en el tajo; porque no muela esa gente firmaré y vea usted qué quiere ese farsante.

—Háblele usted al Excmo. Señor Administrador —dijo Lorenzo al escribiente—,

dígale que el coronel Astucia le pide a S. A. S., una audiencia.

—Estas palabras las escuchó el administrador que envuelto en una esclavinita, con pantuflas coloradas, y una gorra vieja de terciopelo en la cabeza, salió saludando con mil caravanas, haciéndose desentendido, indicándole su silla para que tomara asiento.

—¿Con quién tengo el honor de hablar, caballero? —dijo con mucha política.

—Con el coronel Astucia, el Jefe de la Seguridad Pública de este Valle de Quencio; supongo que ya le habrán comunicado las órdenes superiores para que ponga a mi disposición cuanto recaude, para los gastos de la fuerza que estoy levantando.

—No, señor Coronel, no he recibido tales órdenes e ignoro lo de la fuerza.

—Véala usted ya, señor administrador —y tomándolo de un brazo lo llevó hasta la puerta señalándole a los formados en la plaza que no había notado desde su ventana porque fijó su atención por otro lado.

—¡Esto es ya respetable, es más de un escuadrón!

—Voy a formar un regimiento.

—Pues, señor Coronel, ya le dije que hasta ahora no he recibido ninguna orden que...

—Se habrá extraviado, está el correo tan mal servido, en fin, eso a mí no me interesa, y para que crea mis palabras mire usted mi nombramiento.

Lo leyó con detención y devolviéndolo dijo:

—Muy bueno y en toda regla, pero...

—Pero fíje la atención en este párrafo que concluye con: «Disponiendo de todos los fondos que se colecten en la recaudación principal, hasta tanto no restablezca el orden y la paz confiados a su pericia», y bastante claro está.

—Es verdad, pero yo no puedo sin las órdenes de mis superiores prestarme a...

—Gracias a Dios que no necesito favores, traigo facultades muy amplias para proceder como...

—Permítame usted un momento, Coronel, voy a ver al señor Prefecto, tal vez por su conducto...

—Vaya usted, caballero, y no se dilate, no me gusta la mucha conversación.

Mientras se fue a ver al Prefecto, Astucia le dijo al escribiente:

—¿Estos libros están llevados con exactitud?

—Sí, señor, aunque en último de mes se cargan en una sola partida los ingresos de libranzas que se han negociado.

—Pues haga usted cuenta que ya llegó el último día y asiente todas las entradas, para hacer corte de caja ahora mismo.

—No encontré al señor Prefecto, y decididamente yo no puedo obedecerlo, usted convendrá que mi responsabilidad...

—Cesa desde este instante, caballero; a ver señor escribiente, sume desde luego esos libros para ver las existencias que resultan y que este señor me las entregue;

desde ahora hago a usted Administrador Principal de Rentas; que este hombre deje los libros firmados de lo que entrega; mire cómo se conduce para lo sucesivo; ya vio que no me gusta gente floja ni patarata; yo sé hacer cuentas y donde vea una mala partida, mire, ahí traigo en los tientos una reata florideña con qué colgarlo en uno de esos fresnos del cementerio.

—Pero, señor Coronel —dijo el administrador—, éste es un despojo violento, un...

—Venga usted acá, amiguito —y se lo llevó a un rincón—, pase los ojos por estas instrucciones secretas que traigo del gobierno; mire. —Y en uno de los otros pliegos sellados de marras, leyó: «Lista de los traidores que ha de colgar el coronel Astucia: Señor Administrador de Rentas, D. N.»—; vea usted, aquí viene figurando su nombre en la primera línea, amigo mío; no soy asesino, me causa usted compasión; no quiero empezar mi comisión derramando sangre; váyase luego luego para no ponerme en el compromiso de colgarlo; tiene usted muchos enemigos por allá arriba, y donde se le antoje aparecer por Morelia le truenan la nuez, conque váyase a que dispongan sus tiliches y vuelva a hacerme la formal entrega de los fondos que hay en caja.

—Pero, señor Coronel, deme usted un término para disponer mis cosas y...

—Voy a complacerlo; son las nueve y media, le doy a usted media hora más, porque a las diez este negocio ha de quedar concluido, tengo atenciones más graves, y...

—Es que no tengo en qué cargar mis muebles, animales en que vaya mi familia y...

—Mira, clarín, tráete esos burros que están ahí de vacío; aquellos tres caballos ensillados de frente al juzgado y esos carretones que están descargando harina en aquella tienda. Ya no me pondrá usted dificultades, con esos bagajes lo mudaré hasta salir del Valle, hasta Irimbo llega mi dominio, y de allí para adelante coja el camino que quiera y siga como pueda; mande alistar sus cosas por allá dentro; ahí están los carretones y animales.

—Dispéñeme usted una palabra, señor Coronel.

—Estamos perdiendo el tiempo, mire su reloj cómo corre.

—Un momento nomás, por lo que más estime —y metiéndolo para la pieza interior, le dijo con lágrimas en los ojos:

—Señor, estoy sin dinero; por lo que me ha dicho usted de Morelia, ya poco más o menos conozco quiénes son mis enemigos, corro en la opinión pública como santanista y...

—¿Pues qué mayor delito quiere usted tener en la época presente?

—No quiero manifestarle eso, sino que pienso irme derecho para México; aquí tengo unas librancitas que allá puedo negociar; para usted lo mismo es recibir cinco que seis, y si me deja sin recursos me arruina; usted tiene buen corazón, mi familia es numerosa, soy pobre...

—¿Cuánto importan?

—Seiscientos y pico de pesos.

—¿Y están dados de entrada en los libros?

—No, señor, las tenía destinadas para última hora, prevenidas para un evento; son cobranzas extraordinarias de recargos, que no han figurado en el diario.

—Pues ya llegó el evento y la última hora, guárdeselas y venga cuanto antes a entregar en forma a su sucesor.

—Gracias, señor...

—Pocas palabras y al trote, sobre la marcha. Y se salió al despacho para ayudar al corte de caja; resultaron existentes tres mil trescientos y pico de pesos que recogió Astucia; firmaron los libros, el saliente y el entrante; se mandaron circulares a las receptorías subalternas interiores, dando a reconocer al nuevo administrador, que al instante lo hizo montar a caballo y partir a recoger de las exteriores las entradas de esa semana y abrirles cuenta nueva, regresando hasta el otro día con seiscientos pesos más. A las diez y media salía con sus muebles y familia más que de prisa el administrador despojado, dándole al Coronel mil agradecimientos, pues hasta el flete de los bagajes pagó a los dueños de ellos, y éstos apuraban a sus animales para llegar cuanto antes a tirar su carga a Irimbo según se obligaron, mientras que Astucia se guardó la llave de la caja, dejó cuidando la oficina a Simón, y de la misma manera que entró a la Villa, salió, llamando la atención de todos el Chango muy afanoso con sus trompetazos. En los Cañitos, poco menos de media hora, disolvió su fuerza diciéndoles:

—Señores, díganles a sus amos que les doy las gracias, ya pueden retirarse cada cual por su camino. —Y solo se fue para su casa a formar su presupuesto con arreglo al encargo del gobierno, regularizando los gastos de las familias a proporción de sus condiciones, librándoles lo preciso para las imperiosas necesidades sin abusar de su poder.

Capítulo XXV

El coronel Astucia, Jefe de la Seguridad Pública. El tompeate. Los colgados de El Rotito. Estrategias y proscripción de Astucia

En la noche se reunió con la junta menor; dio cuenta de lo ocurrido, sujetó a su aprobación el presupuesto; separó su importe para remitirlo a los interesados, cubriendo la data con un recibo suyo como apoderado reconocido por el gobierno; entregó el resto y se dispuso a proceder a la compra de armamento que proporcionó un sujeto de México, de un contrabando de fusiles que introdujo por el puerto de Tampico, contratando ochocientos a quince pesos con su respectiva dotación del calibre de quince adarnes, y cápsulas de refacción, recibiendo de tres a cuatro mil pesos mensuales de abono hasta cubrirle la cantidad, bajo la responsiva de un individuo de la junta menor que prestó su firma, y aquel mismo mes los fueron recibiendo en varias partidas, con distintos disfraces y en diversos puntos, de modo que sólo los interesados estaban al tanto del negocio. Un maestro herrero de confianza, con los criados del Coronel y él mismo, improvisaron su maestranza en la cima del Cerro de la Culebra donde puso su depósito, y se dedicaron a desempaquetar las armas, limpiarlas y ponerlas en corriente; en cuanto había listas algunas, se iba a los pueblos, hacía que la autoridad citara en secreto a todos los hombres de bien que le inspiraban confianza, para el sitio más oculto, y allí reunidos les decía:

—Señores, ¿quieren ustedes defender el orden, y no dejarse atropellar de los bandidos?

—Sí, señor —contestaban—, pero no tenemos armas, ni...

—Aquí están, a cada uno le regalo su fusil con seis paradas de cartuchos y cien cápsulas de refacción, mírenlos flamantes y listos, cada cual oculta el suyo donde le parezca; procuren subirse al cerro a ejercitarse, a tirar conejos, a matar venados, para que cuando le apunten a un bandido no se les vaya ni anden cerrando los ojos; desde este momento son mis soldados, los fieles sostenedores de sus autoridades respectivas, y la fuerza de Seguridad Pública que aquí restablezca el orden y la paz. No tenemos cuartel, guardias ni ningún servicio que cause trastorno en nuestros trabajos y atenciones. Luego que cualquiera se mire asaltado, se sube a la azotea y les echa balazos a cuanto pícaro quiera apropiarse de sus intereses; mutuamente cuídense vecinos con vecinos, y pueblos con pueblos, haciendas y ranchos. De cuanta gente sospechosa vean entrar al Valle, avísenle a sus alcaldes para que con sus merinos por cordillera me den noticia desde luego. Si nuestras autoridades que son sus jefes inmediatos necesitan de sus auxilios, el solo toque de campana o cualquier otro

llamado, basta para que todos se les presenten con sus armas y parque listos, y lo mismo hacen cuando para una causa pública o alarma general, vean prendida una luminaria en la punta del Cerro de la Culebra si es de noche, o una humareda continua si fuere de día, entonces, amigos, será cuando yo necesite de su favor, se reúnen con sus alcaldes y esperan mis órdenes; ¿qué les parecen mis proposiciones, puedo contar con ustedes?

—Sí, señor Coronel.

—Sí, sí —respondían contentos.

—Pues ahora sólo me resta hacerles algunas prevenciones. Oculten sus armas para que tanto los bandidos como los trastomadores del orden ignoren que estamos armados, porque quiero que si vuelve El Rotito que últimamente nos vino a robar, entren todos al Valle y no dejemos salir a ninguno; aquí me llevo una lista, y otra queda en poder del señor Alcalde de los soldados de la seguridad de este pueblo; nunca hemos de salir de nuestro territorio por causa política ninguna, porque no defendemos a ningún partido. El día que se me antoje vendré a pasar revista, y el que no conserve su arma en corriente como se la entrego, la abandone o haga mal uso de ella, miren, ahí traigo una reata florideña en los tientos con que lo cuelgo sin más averiguación sea quien fuere; los que quieran pertenecer a la caballería avísenme para darle tercerolas en lugar de fúsiles, pero no por eso tienen cuerpo separado, sino los mismos jefes, y prestarán su auxilio montados. Por supuesto como no tienen ningunas fatigas, tampoco pueden exigir ninguna clase de sueldo, ni nada por los servicios que presten, ¿están conformes?

—Sí, sí —era la respuesta que todos daban, y de ese modo fue armando pueblos, haciendas y ranchos, a la vez que con su lista de revoltosos y mañositos los iba mirando personalmente, diciéndoles:

—Mire, don Fulanito, el gobierno tiene muy malos informes de su conducta, en esta lista de tos que mandó colgar está su nombre, yo debo cumplir con mi deber porque para eso me paga, lárguese a dar guerra a otra parte, y no me ponga en el compromiso de verlo columpiándose del pescuezo en un palo de éstos. Si acaso alguno le pregunta por mí no diga que me ha visto, porque se figurarán que no sirvo para lo que me han comisionado, conque váyase, negrito, váyase, le doy dos días para que cargue con sus tilichitos, y cuidado como vuelva a poner un pie por estos rumbos, porque no le he de tener consideración alguna, y esta reatita no me la revienta de un jalón. —Así en unos cuantos días fue desterrando del Valle a cuantos le dijeron que eran nocivos y a otros haciéndolos entrar al orden. Los tenía siempre azorados con su reata florideña que fue la única arma que portaba. Se dedicó a regularizar las entradas de alcabalas y contribuciones con moderadas igualas; simplificó la recaudación suprimiendo receptorías, hasta el extremo de no tener más que simples colectores; perdonó recargos, abolió la facultad coactiva; quitó la contribución directa, la personal; no volvieron todos aquellos vecinos a tener más préstamos ni ninguna más gabela, y con mucho gusto y puntualidad satisfacían sus igualas y alcabalas

proporcionales, y cosa rara, habiendo hecho tanta quita, las entradas aumentaron una cuarta parte más que en las épocas anteriores.

—¿Por qué ha resultado este fenómeno, amigo Coronel? —dijo uno de la junta menor.

—Señor —le contestó—, por ahora tenemos manos puras, y antes había puras manos; desde aquí comenzaba el agua de este manantial a resumirse, la sangre social tiene más sanguijuelas que la chupan, que la sangre humana, y no vamos a medias con el gobierno.

Con varios pretextos estuvieron contestando las repetidas órdenes que de Morelia se recibían exigiendo las remisiones de dinero, cortes de caja, etc. La primera vez le mandó al nuevo empleado que contestara que El Rotito se había llevado los fondos, y acompañó un certificado de la Prefectura, agregando que el señor administrador no escribía porque estaba en cama de la tranquiza que le dieron. También el Prefecto ofició al gobierno contándole aquel hecho escandaloso y como de costumbre pidiendo que le mandaran fuerzas para defenderse. Se pasó casi otro mes, y le vinieron contestando echándole un resoplido y extrañando que no tuviera ya puestos sobre las armas a los rurales y veintenas que dispuso el Soberano Congreso, apremiándolo para que sin pérdida de tiempo hiciera cumplir con ese superior decreto. En el tercer mes sólo dijo el escribiente que el señor administrador había ido por allá abajo a conseguir libranzas, porque los caminos estaban plagados de ladrones, y así con distintos pretextos entretuvo las exigencias cerca de cuatro meses. Cansados de escribir y más que todo extrañando las entradas de tres meses en Morelia, dispuso el comisario mandar un visitador, con un empleado que sustituyera al administrador en caso de estar mal en sus cuentas como se lo suponían.

Desde que llegó a Tajimaroa tuvo el coronel Astucia la noticia de que seguido de treinta hombres de escolta, venía un empleado de Morelia a visitar la Aduana de Zitácuaro. Reunió a sus *todos* a junta general y les dijo:

—Ya chilló el cochino, caballeros, y yo estoy determinado a no soltarle el mecate mas que se ahogue. Viene un visitador mandado por el gobierno; lo de menos era acabarlos; tengo más de doscientos hombres armados muy listos y entusiastas y si les hacemos fuego se descubre que tenemos armas, los ladrones para quienes están destinadas no vuelven por aquí y mi plan se desconcierta, porque quiero que entren todos y no salga ninguno, principalmente El Rotito con sus achichintles que nos tiene agraviados; sin embargo, lo que ustedes dispongan eso se hace, yo con mudar la oficina recaudadora al Cerro de Cóporo o a Capirio, estoy seguro de que la visite el amiguito que viene.

—Y si yo hago lo mismo con la Prefectura —dijo el Prefecto, no se encontrarán en la Villa con quién entenderse.

—Pero eso daría mucho en qué pensar —replicó uno—, le darían a ese hecho mil colores, formarían multitud de comentarios, y a fin vendrían a suponerse la verdad del negocio, es decir, que aquí nos habíamos pronunciado contra el erario del estado

y...

—Pararían en suponer tanto al Coronel como al Prefecto —siguió diciendo otro—, que eran unos bandidos ni más ni menos que El Rotito.

—Eso nada me supone —dijo Astucia—, el señor Prefecto lo recibe, le cuenta que soy un nuevo bandido que aquí se ha levantado, que los he obligado a que me paguen, que tengo mucha gente, y cuanto más digan todos de mi poder, mis excesos y depredaciones, menos se determinan a poner el remedio ni mandar quien me escarmiente.

—Eso sería lo mismo —advirtió otro—, que declarar a nuestro amigo Coronel, a nuestro generoso *uno* por un bandido, cuando por nuestro honor mismo debemos sus *todos* no consentir en semejante degradación, que pararía en notable perjuicio de su persona directamente; discurramos otro modo que no sea tan escandaloso y perjudicial a nuestra causa.

Hubo sus debates acalorados, y profundizándose la materia, presentaba cada vez más inconvenientes para salir bien del negocio y salvar el compromiso de los que sacaren la cara, hasta que Astucia les dijo:

—No es el león tan fiero como lo pintan, caballeros, y a mi juicio creo que mejor que fuerza y dar que decir, es que ocurramos a los ardidés, o como si dijéramos secretos de gabinete y estrategias militares, *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*; ahora es tiempo de esto último, la ocasión se nos viene a las manos y con que logremos con una buena veteranada entompear al tal visitador, yo les aseguro que dentro de ocho días está todo el gobierno entompeado, y se conjuga el verbo tompeate por todos los tiempos; si ustedes gustan tener un ratito de solaz y risa, es negocio hecho, y ya veremos si para más tarde discurrimos otra cosa.

—Corrientes, ¿y qué es lo que usted necesita para el tompeate?

—Una cosa muy sencilla, que cada cual lleve bien abastecido el suyo de municiones de boca, para almorzar después de la acción en buena armonía; mañana a las seis espero a ustedes acompañados de sus criados bien montados y armados, por el potrero de San Victoriano en el rancho de Pancho López. Hoy se vendrá a quedar ese sujeto con su escolta a Túxpam; usted, señor don Fulano, luego que llegue hágame favor de avisar al Alcalde, que no se den por entendidos, y los dejen en sana paz alojarse en el mesón, que mañana reunidos en el punto indicado, verán desarrollado el plan que meditado lo tengo, y no hay que olvidarse de los tompeates.

—¡Viva nuestro *uno*!

—¡Vivan mis *todos*! —y se disolvió la reunión.

Antes de las seis estaban en el huizachal de San Victoriano los treinta y dos *todos* con sus criados. Los formó cerca de la puerta de golpe en batalla, a cosa de ochenta o cien varas de distancia del camino; nombró a uno de los más guapos de capitán, para que cuando él pasara ocurriera a recibir órdenes diciéndole:

—La fuerza que aquí vean formada esos amiguitos, será el primer escuadrón de la Seguridad Pública. En cuanto yo los interne por el camino viejo, ustedes se van

desfilando con calma por todo el apantle hasta aparecer en grupos en el potrerito de los Aguajes, y de allí a una seña mía, se desprende usted, don Manuelito, también a recibir órdenes, y esa gente será la del segundo escuadrón; luego que nosotros entremos al carril, destapan ustedes para el rincón, rompen la cerca y por los tecorrales se meten al rancho, dejan quince o veinte hombres de guardia en la puerta, y el resto se forma en el corral grande con brida en mano, porque esa fuerza será el tercer escuadrón que mande el Coronel en persona, yo no seré más que su simple ayudante con el nombre de Chepe, Josesillo, o Chepilo, ya están al tanto de la orden general; présteme usted su manga, señor don Francisco, usted su machete, don Julián y pónganse a figurar en el primer lugar allí contra la cerca. Tenga amigo, don Rafael, llévese esa comunicación al mesón de doña Chucha, la entrega y no espera respuesta. Sígueme, Chango, y tú, Simón, espérame aquí. Arrancó para el rancho, dejó en un instante todo listo y volvió a situarse a la puerta de golpe, donde lo esperaba Simón con el clarín del Chango colgado en la espalda.

El enviado con la comunicación regresó pronto, diciendo que al oficial que mandaba la escolta se la había entregado, éste sorprendido leyó el sobre que decía: «Al señor, mandado por el gobierno del Estado. Del Jefe de la Seguridad Pública», *urgente*. Entró luego despertando al visitador y su compañero que muy cansados reposaban.

—Oficio al canto, amigos míos, y con su renglón de *urgente*.

—Ábralo, capitán, a ver qué se ofrece.

—Pues atención, en el membrete:

«Seguridad Pública del Valle de Quencio. Servicio nacional.

»Extraño mucho que siendo yo el Jefe de la Seguridad Pública de este Valle, se venga usted metiendo sin mi licencia ni conocimiento con fuerza armada, y le prevengo que si dentro de media hora no se me presenta a demostrarme el objeto de su venida, lo consideraré como trastomador del orden, y los colgaremos a todos para castigar su audacia; son las seis y veinte minutos, en la puerta de golpe lo espera uno de mis ayudantes, para conducirlo a mi presencia.

»Dios, Libertad y Federación, etcétera.—*Astucia*.

»Señor empleado o lo que sea del gobierno del estado de Michoacán.»

—Esto está malo —dijo el visitador que a toda prisa se empezó a vestir—, apenas faltan quince minutos.

—La cosa es seria —dijo su compañero—, voy a que ensillen luego luego.

—Ya está todo listo —replicó el capitán—, ¿pero quién es ese *Astucia*, que se da tanto paquete?

—Oiga, amigo —le preguntó el huésped que atravesaba el patio—, ¿quién es un señor *Astucia*?

—Vaya una pregunta —le contestó—, ¿cómo quién?, el Coronel, el Jefe de la Seguridad —y se retiró.

—Deje su fuerza lista y acompáñenos, capitán: no sea el diablo que este reloj esté

atrasado y...

—Vamos —dijo—, a mi me toca por obligación como subalterno, no nos vayan a considerar trastomadores y llevemos un susto. Ándenle, ándenle, monten y no perdamos tiempo.

Y sin desayunarse corrieron muy azorados preguntando por la puerta de golpe de San Victoriano.

—¿Son ustedes los que vienen de la capital del estado? —preguntó Astucia sin meterse a saludarlos.

—Sí, compañero —respondió el capitán—, y condúzcanos a la presencia de su Coronel.

—Sígueme, caballeros —y se fue seguido de Simón con su clarín guiando al capitán, el visitador, el empleado, un asistente y un criado que ocurrieron a la intimación. Al pasar frente a los formados, se desprendió el nombrado capitán diciendo:

—¿Qué haces, Pepillo? ¿Qué manda mi Coronel? Señores, felices días.

—Mi capitán, dice el Coronel que se esté usted ahí firme con su gente hasta nueva orden, hasta luego.

—Adiós, Pepe.

—A las órdenes de ustedes, caballeros.

Quebró su caballo y se fue a reunir con los suyos.

—Bonita fuercecita —exclamó el capitán mirando a la formación que se medio distinguía, por entre los huizaches.

—Sí, señor —contestó Astucia—, éste es el primer escuadrón de la Seguridad Pública.

Y tomó el camino más largo, emboscándolos por lo más espeso. Al salir de tanto matorral lo primero que apareció a su vista, como a trescientas varas de distancia en un llanito, fue mucha gente, unos a pie paseando sus caballos, otros componiendo sus sillas y la dispersión en que estaban hacía que pareciera mucho mayor su número.

—Llama al comandante Casorla —le dijo Astucia a Simón—, que me dispense una palabra; o no, espérate, ya viene allí corriendo —y llegó el segundo nombrado.

—Usted perdone, mi comandante, pero por no abandonar a estos señores...

—¿Qué se ofrece, Chepe? No me andes con perdones.

—Dice mi Coronel que se vaya usted a situar con su fuerza al Cerro de Tarimoro y que si encuentra por ahí alguna gente sospechosa, que eche a sus muchachos a que retocen tantito: hasta la vista, mi comandante.

—Adiós —y con el sombrero hizo a los otros un saludo y se volvió paso a paso.

—Ese escuadrón es más grande que el primero —dijo el visitador.

—Tiene algunas plazas más, los tres que hasta ahora se han levantado son de alta fuerza.

—¡Cómo!, ¿pues qué todavía tienen ustedes más gente montada? —exclamó el capitán.

—Sí, señor, ahora verán ustedes al tercero que da la guardia al Coronel, es el mejor, porque lo componen la gente decente y más acomodada, y lo mismo sucede con las infanterías que están por allá abajo, le fueron a contar al Coronel que venían trescientos hombres, y a marchas forzadas hemos venido a darles encuentro.

—Conque según eso el Valle cuenta con cerca de trescientos de caballería, y casi con otros tantos infantes. ¿Y este señor Astucia es Coronel del ejército?

—Sí, señor capitán, es teniente Coronel efectivo con el grado de Coronel, soldado viejo que ha ganado sus ascensos con su sangre, todo su cuerpo está lleno de horrorosas cicatrices; fue desde la insurrección el dedo chiquito del general Guerrero, y es un verdadero liberal.

—¿Y ese nombre de Astucia será tal vez apodo?

—No, señores, como desde chico fue muy astuto, el mismo general le puso así y después todo el mundo se lo daba, de modo que en sus despachos, hoja de servicios y cuanto se ha ofrecido así le llaman y él también se firma lo mismo; ahora lo verán ustedes; es un hombre muy campechano nada patarato, y como buen sureño de los de por allá abajo, pocas palabras y machetazos a derecha e izquierda. De todo lo que Lorenzo les fue contando iban infiriendo poco más o menos qué clase de hombre sería el tal Astucia.

Al llegar al rancho quedaron admirados de ver un par de centinelas que marcándoles el alto los hicieron echar pie a tierra. Estaban, aunque en traje de rancheros, sumamente lujosos, y los del resto de la guardia lo mismo, distinguiéndose en el corral más de cincuenta hombres formados con brida en mano, muy decentes y unos caballos hermosísimos.

—Pasen, caballeros, pasen —dijo Lorenzo—, ¿por dónde está el tioche, teniente García?

—Se metió a tirar un rato porque siempre se lastimó la pierna coja.

Dejó a los recién llegados sentados en la pieza de afuera con varios de los de la guardia que estaban como de antesala formando corrillo, fumando y en charla, y se internó diciendo:

—Voy a avisarle a mi Coronel; estoy con ustedes.

A poco se oyó la voz áspera y ronca del Chango que bien aleccionado en el papel que iba a representar, dijo:

—Diles que pasen, veremos qué casta de bichos son esos.

—Pasen ustedes, señores —repitió Lorenzo asomando a la mampara.

Entraron aquellos hombres a la pieza oscura y no podían distinguir nada.

—Abre, Joselillo, abre un poco esa ventana —dijo el Chango enderezándose en la cama en que estaba recostado, y parándose con alguna dificultad, pujando y renegando contra su caballo que le dio un testerazo contra un palo en la pierna enferma.

Al abrir Lorenzo la ventana, no sólo sorprendidos sino aterrados quedaron aquellos hombres al mirar el horroroso rostro del Chango, que hacia aparecer más

chocante, una magnífica manga morada con su dragona verde de terciopelo con flecos y muy buenos bordados de oro y galones; junto a la cama estaba parado un machete con puño y cantoneras de plata, con una hoja de cuatro dedos de ancha; en una silla, una chaqueta de paño con presillas de coronel, un sombrero galoneado y unas espuelas plateadas tiradas al descuido. Todo fue observado al instante por los presentes, el Chango se les acercó un poco cojeando, y metiéndole la mano hasta la cara al capitán que estaba primero, dijo:

—*¡Cómo estamos ahí, grandísimos pícaros! ¿Por qué se vienen metiendo como burros sin bozal? ¿Pues qué, estoy aquí pintado? Cuélguenme a éstos, cuélguenme a éstos antes de que los raje a machetazos.* —Y tomó el machete con rabia tratando de desenvainarlo, pintándose en su cara la cólera, echándoles una mirada con ojos enchilados, que completamente los anonadó.

—Señor, señor —dijo Astucia conteniéndolo—, mi Coronel, no se precipite —y entrando los de afuera también trataron de sosegarlo.

—Los señores que aquí mira —prosiguió diciendo Astucia—, son enviados del gobierno.

—Qué enviados ni qué demonios, son unos pillos que vienen atropellando mi autoridad.

—Mi Coronel, usted nos perdone —dijo el capitán todo demudado y temblándole la barba—, ignorábamos que aquí había fuerza armada.

—Sírvese pasar la vista por mi pasaporte, aquí está en toda regla: vea usted, señor Coronel, las órdenes que traigo para visitar la Aduana y demás oficinas recaudadoras —agregó el visitador con semblante cadavérico.

—Y aquí está el nombramiento de administrador —dijo el tercero todo pálido y trémulo.

—Recoge esos papeles, José y revísenlos —mandó el Chango dejando el machete y paseándose, cojeando, haciendo gestos a cada paso.

—Vienen en regla —entró diciendo otro devolviéndoselos a los interesados.

—Mira, Pepe, escríbele al gobierno dándole parte de todo, para que no se le vuelva a olvidar que aquí me ha puesto para restablecer el orden. Y a todo esto, señores, ¿ya se desayunaron?

—La verdad, mi Coronel, no tuvimos tiempo de hacerlo —respondió él capitán más tranquilo.

—Pues mira que los atiendan, muchacho, vayan, vayan a desayunarse.

—Vamos, caballeros —dijo Astucia, y les abrió la puerta, prosiguiendo quedo cuando salieron:

—Lo dejaremos que se le pase tantito el berrinche, tiene sus arranques, pero al mismo tiempo buen corazón; tomen asiento.

Tocó las manos, apareció un criado, y pidió desayuno para los señores, otros les ofrecieron puros y cigarros disimulando la risa que les retozaba al ver el susto que habían llevado aquellos sujetos. A poco les sirvieron chocolate con bizcocho, leche y

café, mientras Astucia se puso en otra mesa con varios a escribir, y se metió con una pluma a recoger la firma, volvió y cerró la comunicación, diciendo:

—Éste para el gobierno, entren a despedirse del Coronel.

—¿Ya echaron su pienso, muchachos? —dijo el Chango con semblante afable.

—Sí, señor Coronel, y muchas gracias.

—Cuéntenme, cuéntenme, siéntense tantito, ¿cómo está el gobierno? ¿No ha tenido novedad? ¿No está desconchinflado como yo?

—No, señor, hasta ahora parece que va bien.

—Y ¿qué pito vinieron a tocar ustedes por estos terrenos?

—Yo vine a ver el estado que guardaban las rentas y colocar al señor de administrador.

—Y yo sólo a escoltar al señor visitador.

—Vaya una cosa chusca, si nosotros no tenemos etiqueta, ¿para qué son esas visitas?

—El señor Gobernador se volvió un león en cuanto vio que en cuatro meses nada se ha recibido de las rentas de este Valle.

—¡Admiren, admiren! ¿Conque se volvió león? Cuánto vamos apostando a que no fue león sino burro; ¿qué no se acuerda que me mandaron aquí para levantar la fuerza y que gaste yo ese dinero hasta que tengamos paz?; enséñales, Joselillo, a estos señores mi nombramiento, no crean que hablo por hablar como el Gobernador.

Vieron todos el nombramiento, lo leyeron, y ninguna duda les cupo.

—Pues yo no sé cómo puede ser esto —exclamó el visitador—, y como el nuevo secretario ha querido arreglar la secretaría a su modo, han puesto otros empleados y están todos los papeles reborujados, tal vez...

—Pues —preguntó Lorenzo—, el licenciado N. ¿qué lo han destituido o...?

—No, señor, murió hace como dos meses.

—¡Ni me lo diga usted, hombre! —exclamó el Chango—, era tan mi amigo, nos llevábamos mucho, sí, mucho; lo siento en el alma, ¡tan buen muchacho, tan vivo!

—Como que le dio a usted —replicó Astucia—, una buena enjaretada con esto de la Seguridad Pública, estaba usted mejor retirado de la bola, y no que...

—Qué quieres, era amigo, me enjaretó, y yo mientras que resuelle he de servir a mi patria y sobre todo a los liberales. Pero no les hagamos mala obra a estos señores, mira que los lleven por el rincón del potrero que es camino más corto, que el escuadrón primero se vaya faldeando por el Cerro de la Culebra; el segundo por Tarimoro, y un piquete del tercero por el centro; ustedes amiguitos, váyanse aprisa, porque si a las doce no han pasado el puente de Irimbo, lleva mi gente orden de fusilarlos; entraron al paso y quiero que salgan al trote, ésa es la pena que les impongo; denle memorias al gobierno y buen viaje, que Dios los ayude. ¿Se les ofrece dinero, caballos, alguna cosa?

—No, mi Coronel.

—Pues en marcha.

Se despidieron; los guiaron por otro camino, y casi en fuerza de carrera tocaron retirada temiendo ser füsilados, y teniendo como a milagro haber escapado vivos de las manos del tal coronel Astucia que los confundió con sus gritos de *cuélguenme a éstos*.

—Ahora sí respiramos —dijo el capitán al entrar al huizachal de Jaripeo el Grande—, ya dejamos atrás el puente y nos podemos contar por vivos.

Cada uno fue demostrando su susto, sin dejar de voltear la cara cada rato con cuidado, hasta haber rendido la jornada.

Asi que marcharon los entompeatados, salió Astucia con el Chango gritando:

—Los de guardia. —El señor coronel del cuerpo, y todos los que no estaban al tanto de la estratagema, tirando las armas corrieron a formar mitote, gritando:

—¡Viva el tompeate! ¡Viva el coronel tompeate! —Y traían al Chango de aquí para allí admirando su guapeza y dándole sus galas porque representó perfectamente su papel, mientras Astucia al pie de un frondoso fresno mandó tender mantas y gritó:

—Aquí los tompeates para brindar por el tompeate —y en un instante empezaron los criados a vaciar provisiones y destapar botellas cada cual presentando lo que llevaba. Casi toda la mañana se les pasó allí enfrascados comentando la ocurrencia del tompeate y suponiéndose mil cosas célebres que iba a originar aquella zanganada, hasta las doce que cada cual tomó su camino.

Casi todo lo que Astucia se imaginó resultó del tompeate dicho, pues presentándose los enviados al Gobernador, extrañó mucho su pronto regreso.

—¿Qué les sucedió a ustedes? —preguntó admirado.

—Que por nada nos cuelgan —respondió el empleado.

—En un tris estuvo —agregó el capitán—, que nos hubiéramos quedado para pasto de cuervos.

—Y por un milagro patente —sostuvo el tercero— contamos el cuento; el coronel Astucia nos mandó colgar, y si no se empeñan una porción de caballeros, echamos buena misión.

—Qué Astucia ni qué mentiras, ustedes quieren con astucia hacerme creer en un hueso; no han llegado allá, les contaron cualquier embuste y ahora quieren disculpar su miedo y omisión con estudiadas supercherías.

—Decimos la verdad, señor, y en prueba de que estuvimos en el Valle, mire S. E. la intimación que recibimos estando en Santiago, Túxpam.

—Bien, ¿y qué?

—Que a pesar de haber ocurrido luego luego al llamado del Coronel, éste, ofendido porque sin su permiso nos íbamos metiendo, nos mandó colgar por trastomadores del orden.

—¿Pero quién es ese Coronel?

—El mismo que S. E. nombró Jefe de la Seguridad Pública del Valle, con muy amplias facultades, siendo una de ellas la de disponer de los fondos públicos hasta restablecer el orden y la paz.

—Ésa es otra, yo no recuerdo haber tenido semejante locura; y eso es también superchería de ustedes.

—No, señor —sostuvieron todos—, hemos tenido su nombramiento en nuestras manos, lo hemos leído, y está firmado por S. E. y el difunto secretario hace más de cuatro meses.

—¿Pero de todo este enredo qué resultó?

—Que habiendo conseguido los oficiales del tercer escuadrón sosegarlo, nos pidieron nuestros documentos, los revisaron, nos dieron de desayunar, platicamos con él un momento, y nos dio esta comunicación para S. E.

—A ver qué dice, señor secretario.

Cuerpo de Seguridad Pública de Quencio. Servicio nacional. Excmo. Señor. Merced a las acertadas y enérgicas disposiciones ordenadas por S. E. y que tuve el honor de que confiara a mi corta capacidad, voy rápidamente restableciendo el orden, aunque para ello he tenido que emplear algunas de las medidas fuertes que reservadamente se me ordenaron por ese gobierno, desterrando a unos, intimidando a otros y colgando a varios de los más exaltados enemigos de las instituciones liberales que nos rigen. Ya tengo cerca de seiscientos hombres sobre las armas, y en cuanto complete toda la fuerza que S. E. dispuso, le remitiré las listas de revista y demás documentos relativos, así como también los cortes de caja y cuentas correspondientes de los fondos que con su superior autorización estoy invirtiendo en los gastos del equipo, armamento, etc. Reciba S. E. por mi conducto un solemne voto de gracias que le dirigen todos los pacíficos y honrados vecinos de este Valle, que bajo el acertado gobierno de S. E. comienzan a respirar tranquilos en sus hogares disfrutando de la suspirada paz, a la sombra del sistema federal que los abriga con sus firmes garantías. He apreciado sobremanera la visita del empleado portador de éste (aunque en parte no ha dejado de resentirse mi delicadeza), pues él podrá informar a S. E. de cómo tengo arreglada mi vigilancia, para no dejarnos sorprender de los enemigos del sistema ni trastornadores del orden.

Reciba S. E. las sinceras protestas de mi adhesión como corta prueba de mi respeto.

Dios, Libertad y Federación.

Campo de San Victoriano, sobre la marcha, tantos de tantos.

Astucia

Excmo. señor Gobernador del estado libre e independiente de Michoacán.—Del Jefe de la Seguridad Pública del Valle de Quencio.

—Esto está peor de lo que yo me había figurado; ahora menos comprendo este enredo; a ver, señor secretario, busque usted por ahí si sobre esto hay algún antecedente, porque yo no ato ni desato; a ninguno he conferido semejante encargo ni menos le había de dar esas facultades; dice que ya tiene como seiscientos hombres y...

—No le quepa a S. E. duda —dijo el capitán—, sólo nosotros hemos visto tres escuadrones lindísimos, y como el ayudante que nos condujo es medio apantallado, poco a poco, sin que lo conociera lo fuimos haciendo desembuchar y nos confesó que ya tienen cerca de trescientos infantes y aun nos dio varios informes muy ciertos, relativos al Coronel.

—¡Seiscientos hombres! Necesitábamos dos mil para ir a desarmarlos, a pesar de que hasta ahora creo que no tienen carácter hostil.

—No, señor, todo lo contrario, el Coronel que los manda es un decidido liberal, aquello está tranquilo y todos muy contentos.

—Pues con razón me dan aquí un voto de gracias por su conducto, y vaya a contrariar ahora una disposición que me atribuyen, de la cual aquel Valle empieza a gozar de la paz suspirada bajo la benigna sombra de mi gobierno, por eso las autoridades de por allá han dejado de molestarme con su cantinela de que les mande quien los auxilie. Pero eso de disponer de los fondos me cala sobre manera. Ya se ve, ¿de qué otro modo podría ese hombre levantar una fuerza en tan corto tiempo?, y seiscientos hombres sobre las armas pesan, yo no tengo con qué desbaratarlos; tal vez el día menos pensado podrán servirme y lo más razonable es hacer que ese Coronel que es tan decidido liberal forme uno o dos batallones para sostenernos, esa gente es más entusiasta, aguerrida, no tan viciosa y... ¿Pero dígame usted qué casta de hombre es ese coronel Astucia?

—Es uno de tantos soldados viejos que sus grados los ha ganado con su sangre, desde su niñez fue el dedo chiquito del presidente general Guerrero, es teniente Coronel efectivo con el grado de Coronel, y como buen sureño hombre de pocas palabras y muchos machetazos.

—¿Y su personal?

—Horroroso, una cara infernal, unos ojos que despiden lumbre; cuando está enojado parece un león, y ya sereno es muy jovial y chancero; nos mandó dar de desayunar, nos ofreció dinero, caballos, en fin, se demostró tan cortés y comedido, como antes furioso y temible.

—Pues entonces ya merece más atención, basta que sea de la escuela del general Guerrero, porque ése fue el mejor liberal de buena fe y firme defensor de nuestras garantías.

—No hay en toda la secretaría más antecedente que este montón de comunicaciones de aquellas autoridades que tienden a un solo fin: pedir auxilios de fuerza armada —dijo el secretario.

—Seguramente mi antecesor, por acuerdo verbal con S. E., procedió al nombramiento de este señor Coronel.

—No lo recuerdo y hasta su nombre me es extraño, pero a la altura en que encuentro el negocio, es imposible desbaratar lo hecho; que esas comunicaciones sean la base de un expediente, póngale usted en forma, agregue el auto para la visita, ponga el informe del visitador, la intimación, esta comunicación última, en fin, para más aclaración de todo, y que la secretaria no esté a oscuras de las disposiciones que sobre esto se sigan tomando, que estos señores declaren todo lo que vieron y les consta, con cuanto pormenor sea conducente; careceremos por ahora de esos fondos, voy a estudiar el modo de conseguir del Congreso que apruebe esta disposición, ya veremos si para más tarde esto se puede poco a poco irse corrigiendo con prudencia. Yo no sé cómo al difunto licenciadito se le fue a pasar esto, tal vez conocía al dicho Astucia.

—Eso ha de haber sido —sostuvo el visitador—, porque se apesadumbró cuando le dije de su fallecimiento, diciendo que era muy su amigo y otras alabanzas.

—Y aun el ayudante —agregó el capitán—, le recordó que el licenciado lo había enjaretado para admitir el nombramiento.

—Pues entonces, ya está aclarado el misterio; tomó esa disposición el secretario. Tal vez me lo propuso para calmar la gritería de aquellas gentes, y como se enfermó y, esto estuvo todo trastornado, no tuvo tiempo más que para enjaretar al tal Coronel, y ahora éste me ha enjaretado a mí que a fuerza de fuerzas enjaretaré al Congreso.

Se formuló el expediente, y no sólo declararon lo que vieron los enviados, sino que quedó asentada hasta la filiación del coronel Astucia, y dijeron que era un hombre de más de cincuenta años; nacido en el rumbo de Acapulco; cargado de hombros, con el pescuezo muy corto, chaparrón, cojo de la pierna izquierda, pelo crespo, cerdoso y cano; frente muy estrecha, ojos enchilados, nariz aplastada y de anchas ventanas, boca grande, con labios carnosos amoratados; barba poca, color trigüeño oscuro, con algunas manchas de pinto azul, y sumamente hoyoso de viruelas.

Todo quedó escrito y fue a ocupar su respectivo lugar en el archivo, sin que ya sobre ese punto se tomara disposición alguna. Ya que habían pasado más de dos meses, no teniendo el gobierno más noticias que los partes del Prefecto de sin novedad, mandó el Gobernador al Secretario que le escribiera directamente al coronel Astucia, exigiendo los cortes de caja, listas de revista, etc., reconociéndolo con este hecho como Jefe de la Seguridad Pública. Contestó muy largo mil palabras que en sustancia nada aclaraban, aplazando para más tarde la remisión de documentos que por atenciones más exigentes no habían tenido tiempo de arreglarse. Luego puso un parte reservado diciendo que había sofocado en su cuna una conspiración. Le contestaron recomendándole la vigilancia y agradeciendo su actividad y celo, y así se habían pasado nueve meses oficiándose directamente con el gobierno. Luego que acabó de pagar el armamento, se dedicó a establecer escuelas hasta en el pueblecillo más miserable, poniendo buenos preceptores con trescientos pesos anuales el que menos, emprendiendo cuanta obra pública podía para el beneficio general, andando continuamente por todas partes mirando si cumplían sus órdenes y espionando a los macutenos para darles un buen susto. El día menos pensado empezaron los merinos o topiles de los juzgados a llegar con noticias, diciéndole:

—Mi Coronel, por tal parte han entrado cinco hombres armados.

—Señor, anoche pasaron cuatro por tal punto a caballo —y así de varios pueblos, haciendas y rancherías le fueron avisando sin interrupción.

—Síguenlos y avísenme adónde hacen pie.

Por último, en la tarde del tercer día todos vinieron a decirle que en el Cerro de las Pitayas, entre Tiripitío y Tuzantla, estaban como ochenta hombres montados y armados. Con aquellos correos comunicó sus órdenes, mandó a Ángel su cuñado a prender la luminaria en la cima del Cerro de la Culebra que era el toque de generala. Compró cuantos sombreros de palma encontró en las tiendas de Jungapeo, y a las siete de la noche seguido del Chango con su clarín y Simón, ambos con sus tercios de

sombreros acomodados en los caballos, partió atravesando cerros y cortando camino hasta llegar al pueblo de San Miguelito situado al otro lado del Cerro de las Pitayas. Allí estaban listos quince infantes y diez montados que los hizo ponerse con sombreros de petate y en pechos de camisa, pues fue el modo que le ocurrió de uniformar a última hora a los suyos, para que los infantes no fusilaran a sus mismos compañeros. Mandó a los de a pie por lo más escabroso; él con su chamarra en la cintura y su sombrero de petate también, subió por otro lado, y el Chango por distinto rumbo con su clarín, se fue a situar al punto que le indicó.

Cuando comenzaban El Rotito con su segundo, Justino el *Molinero*, a formar su fuerza de ochenta y dos hombres, los sorprendió el silbido de las balas que le dirigieron los infantes; otra descarga de los diez que seguían al Coronel los azoró más, y acabaron de alarmarlos los imponentes trompetazos del Chango que a su retaguardia tocaba a degüello. Montaron violentamente, y les gritó El Rotito:

—Sobre la hacienda, sobre la hacienda, y allí nos haremos fuertes.

En pelotones bajaron precipitándose por aquellos breñales; pero al entrar al carril una lluvia de balas les atajó el camino, despedidas de las azoteas de la hacienda, cuadrilla y los corrales. Allí dejaron ocho o diez hombres tirados, retrocediendo furiosos, gritando:

—Al pueblo, al pueblo —y se arrojaron sobre él ansiosos de encontrar guarida; pero aún no llegaban a la primera casuchita cuando de las cercas, milpas, huertas y jacales les empezaron a hacer un nutrido fuego que también los contuvo, matándoles otros seis o siete.

—Al cerro otra vez —gritó El Rotito lleno de rabia apurando a su caballo; pero al ir a media cumbre, otras descargas de los veinticinco hombres que tenía Astucia los pusieron en la mayor confusión, y mucho más que saliendo de la hacienda y el pueblo tras ellos empezaron a tirotearlos después de despedazar a los que cayeron en sus descargas. Mirándose sitiados no les quedó más recurso que coger todo el camino que con segunda intención se les dejó libré, partiendo a escape, y Astucia tras ellos, uniformando a los que se le iban agregando y aumentando sus fuerzas o reemplazando a los fatigados, haciéndoles fuego por cuantos ranchos, haciendas y pueblos atravesaban; matándoles algunos y lastimándoles a muchos. Parecía aquello día del juicio, por todos lados se oía el toque de alarma de las campanas, los estallidos de los fúsiles, las desesperadas voces de los perseguidos que gritaban:

—¡Ahí vienen, ahí vienen! —y apresuraban a sus caballos, entusiastas hurras, silbidos y gritos de los perseguidores que decían llenos de gusto:

—¡Ahí van, ahí van! —la imponente voz de Astucia que conteniéndolos mandaba:

—Alto, alto, muchachos, vamos manguéándolos, cierren el rodeo; no abran claro; déjenlos llegar a Tierra Colorada que solitos se encorralen. Alto, alto, tiren al bulto y acábenlos de azorar.

Cerca de siete leguas los fueron correteando, hasta que tomando para la cantera

del Cerro de Ocurio, al entrar al huizachal de Tierra Colorada, sentó Astucia su caballo, diciendo:

—Ya cayeron en la trampa, ahora no se nos escapan mas que se vuelvan pájaros, déjenlos posesionarse de la cantera, váyanse rodeando el cerro y tirándoles seguido para estarles llamando la atención.

Remudó un tercer caballo porque uno le mataron los enemigos, otro se le estacó entre los breñales, y el último que montaba se le cayó de asoleado. Luego que uno de los *todos* le facilitó relevo se fue ocultando por los Chaparros hasta divisar con franqueza para el puerto: de repente se pegó una palmada en la frente y exclamó:

—¡Con un demonio! Los de Jungapeo no han ocurrido a cubrir su lugar, y esos bandidos tienen su retirada cubierta y protegida, adonde se hagan del puerto, todos se nos van y ni la burla nos perdonan; el que quiera que me siga. —Se tendió sobre el caballo y haciéndose pedazos entre los huizachales destapó para el pie del cerro seguido únicamente del Chango y Simón, que también remudaron, y dos de los de las haciendas en medio de una lluvia de balas que los del cerro les tiraban hasta que se pusieron debajo de sus fuegos; faldeando a media rienda encumbró para el puerto hasta situarse en la presa de San Cristóbal y dijo:

—Ahora sí voy contento, nosotros cinco aquí valemos por quinientos; mira, Simón, arranca a llamar a aquella gente que está en la hacienda de San Miguel Ocurio, ¿qué diablos hacen allí?

Ínter Simón fue a escape con aquella orden, los perseguidos, refrescando sus caballos, arreglando sus sillas, y en la creencia de que ya estaban seguros, se entretenían en tirotear a los que los rodeaban y veían blanquear entre los matorrales.

—¿Qué se nuestro capitán? —dijo el Molinero luego que pudieron tomar resuello.

—Yo lo vi caer con todo y caballo más acá de Laureles —le contestó uno.

—¿Y el sargento Galindo?

—Ése cayó poco antes —dijo otro—, lo mismo que el chueco Salinas.

—Buena suaca nos han dado estos malditos, lo de menos era largamos, pero esperaremos un poco a ver si llega el jefe.

Tan pronto como los de Jungapeo recibieron la orden, treparon para el cerro como borregos. Los colocó Astucia en sus puntos; montó en el caballo de otro de sus amigos, porque el que tenía recibió un balazo en el pecho, y ordenó:

—Se van avanzando en ala hasta descubrirse en la meseta, allí hacen una descarga cerrada al montón, y se siguen a paso de ataque a bayoneta calada hasta la orilla de la cantera, porque o caen en las puntas de nuestras armas o se desbarrancan y se los lleva judas. Bien distribuidos por él mismo cerca de noventa hombres, se fue por el centro siguiendo el movimiento, y luego que todos descargaron arrancó él primero, espada en mano, batiéndolos muy de cerca, cerrándoles absolutamente la retirada y estrechándoles el terreno. Ellos que no esperaban ese ataque tan inesperado y brusco por su retaguardia, primero que defenderse cada cual trató de montar a

caballo y escaparse como pudiera, de modo que sin hacer mayor resistencia todos cayeron en la trampa, a los furiosos golpes de Astucia y la punta de las bayonetas de sus soldados, quedando aquello terminado a las dos de la tarde, en que en medio de muertos, heridos y rendidos sólo se veía el Coronel en su caballo, hecha toda su ropa trizas. Todo ensangrentado de los arañes de las espinas, con un balazo en el brazo izquierdo y un machetazo en el derecho que a última hora recibió en la refriega, se quitó su sombrero de petate hecho chirlos; lo puso en la punta de la bayoneta de un fusil para que lo vieran todos los que rodeaban el cerro, y alzándose por alto a guisa de bandera, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la gente honrada de Quencio!

—¡Viva! —repitieron mil voces resonando su eco de cerro en cerro hasta perderse en el espacio.

—¡Mueran los ladrones y bandidos!

—¡Mueran! —también repitieron encumbrando unos y bajándose otros a la cantera donde cuatro, huyendo de la espada de Astucia, se dejaron desbarrancar matándose del golpe.

Alzaron su campo llevándose para Zitácuaro dieciocho prisioneros, quince muertos, y dieciséis heridos; total cuarenta y nueve, con el fin de que reunidos llegaran a aquel sitio. En las casas consistoriales estaba el cura, el vicario, y otro eclesiástico confesando a los que pudieron recibir los auxilios espirituales, mientras que Astucia tirando seis pesos en el mostrador de la tienda del sol gritó:

—Cuatro docenas de reatas, caballeros, y una de pilón; recógelas, Chango, y vénganse conmigo muchachos, a parar vigas en el camino de México. —Conforme iban acabando de confesar los mandaba fusilar y colgar en su viga o árbol cercano, en el sitio que hasta hoy lleva el nombre de los «ahorcados». No faltaron compadecidos que fueron a rogar por ellos, y les decía:

—Ustedes elijan, yo he de llenar esos palos y ocupar estas reatas que he mercado, y me es igual colgar a esos pícaros o a sus intercesores, todos mis valientes soldados han gritado conmigo:

—¡Viva la gente honrada de Quencio, y mueran los ladrones y bandidos! Pues vamos viviendo nosotros y que paguen sus infamias esos desgraciados holgazanes.

Como todo lo dispuso con la energía que acostumbraba, a las seis de la tarde quedaron los cuarenta y nueve colgados, haciendo punta el *Molinero*. Se depositaron los despojos; les dejó sus centinelas; mandó a catorce lastimados de los suyos para un salón del curato, donde dispusieron que se curaran; él montado en el cuarto caballo y con el traje con que estuvo desde la mañana, ensangrentado, herido y muy desgarrado, hasta que no dejó todo concluido se fue a apear a la casa del Prefecto con sus criados también lastimados, y tomó una taza de chocolate, pues en más de veinticuatro horas no había probado bocado y estaba rendido de la desvelada, caminata y fatiga de todo el día.

A la mañana siguiente en Tuzantla y San Gerónimo, se enterraron veintiséis

cadáveres de los que quedaron muertos, desde el primer encuentro de Tiripitío hasta cerca de Laureles, pues de toda la fuerza sólo escaparon muy averiados siete hombres que en sólo cuatro caballos se reunieron en el Cerro del Cacique, en donde hasta que amaneció pudieron ausentarse. No quedaron poco sorprendidos, y aterrorizados al ver muy de cerca colgados a sus dignos compañeros.

—¡Adiós, compadre Justino! —dijo El Rotito Zárate que era el principal de los que se retiraban—, tómense ésa por guajes; arreen, muchachos, antes que otra cosa suceda; ésta ha sido una empalmada y con planecito nos la echaron a la puerta; ya por estos rumbos no privamos.

Y estuvo tan de malas que poco tiempo después con cosa de cuarenta hombres cayó él mismo en Puruagua, donde el señor Llata le dio su merecido. En la tarde se hizo el entierro de los ajusticiados que estuvieron veinticuatro horas a la expectación pública. Todos los despojos los repartió el Coronel entre los que se portaron mejor. Puso un parte circunstanciado detallando los pormenores apoyados al Prefecto, y una exposición con más de cien firmas de los vecinos, en que le demostraban al gobierno su eterna gratitud por las acertadas disposiciones que había tomado en bien de aquellos pueblos que le eran tan adictos, protestándole que todo el Valle de Quencio lo colmaba de bendiciones.

Esto acabó de entompear no sólo al Gobernador sino al Congreso y a toda la capital del Estado; brincaba de gusto el Gobernador de que El Rotito hubiera sufrido semejante descalabro, y no dejaba de enseñar a cuantos podía la exposición y el parte, que se imprimió de su orden en hoja suelta, para darse la importancia de ser el autor de aquel triunfo de las armas del gobierno, recibiendo mil parabienes de sus aduladores, y para recompensar al Jefe de la Seguridad Pública, a más de una comunicación muy honorífica autorizándolo para expedicionar con sus fuerzas por los demás partidos y municipalidades, le remitió requisitado su despacho de Coronel efectivo de caballería de las fuerzas activas del Estado, y una caja muy curiosa con las presillas, charreteras y banda de Coronel con que el gobierno premiaba sus buenos servicios.

Aquel hecho de armas fue para Astucia el último golpe de remache que lo afianzó en su poder; es decir, en la capital no lo tenían por enemigo, en el Valle se granjeó el aprecio y simpatía de todos sus habitantes, y a los macutenos infundió tal temor que ninguno volvió por aquellos rumbos a presentarse, y los vergonzantes de allí se ausentaron más que de prisa, pero al mismo tiempo por lo personal, lo puso en cuidado, calculando que resentidos los demás compañeros de los que escarmentó, pudieran tomar una venganza valiéndose de alguna traición, por lo que procuró cuanto antes hacer más misteriosas sus estancias en el Cerro de la Culebra, cañada de Capirio, y rinconada del Coporillo. En cada una de ellas tenía construida de madera y con bejucos enjarrados, una pieza amplia, su cocina y un gran jacal de dos naves que por un lado hacia de portal y por el otro cubría la caballeriza, teniendo los alojamientos bien abastecidos de comestibles, pasturas, y los muebles y trastes más

precisos, custodiados por cuatro o seis buenos perros que de allí no se separaban, y fueron los reemplazos del viejo Sultán que enterrado al pie de un zapote en Coporillo, no dejaba de causar algunos tristes recuerdos a su amo. Constantemente siguió andando por todo el Valle, retirándose a dormir a la estancia que le cogía más inmediata, de manera que nadie sabía cuál era su residencia.

En cuanto hubo fondos, después de establecer escuelas para niños y niñas, reedificó el puente de Túxpam, en el que gastó cerca de cinco mil pesos. Llegó a figurar hasta de cura, pues a él ocurrían con sus quejas las mujeres o maridos que estaban en cuestiones domésticas. El Juez de Letras estaba en jauja, percibía su sueldo bien pagado por no hacer nada; los criminales escasearon, y los pleitos civiles casi todos los transigía el Coronel que mediaba en las partes contendientes que al fin se conformaban con nombrarlo árbitro arbitrador. Se empeñó en cortar una encarnizada cuestión de los vecinos de Tuzantla con los de Jungapeo a causa del agua que siendo de los primeros, los segundos aprovecharon en sus labores, porque desde que los insurgentes que mandaba el general Rayón se hicieron fuertes en el Cerro de Cópore, los españoles, para que no tuvieran agua potable destruyeron con cohetes, más de cuatro mil varas de la atarjea de mampostería hecha por los jesuitas para conducir agua a sus haciendas de la Barranca y el Bosque, y por conveniencia de tener gente para sus trabajos del campo, les concedieron a los del pueblo de Tuzantla el uso del agua que necesitaran para sus tierras y huertas particulares. Cuando se trató de reponer la obra un arquitecto la calculó en año y medio de trabajo, y de cincuenta a sesenta mil pesos de costo, pues en el transcurso de los años, casi las siete leguas de caño, desde su origen hasta llegar al pueblo necesitaban reparación, y hasta las piedras habían desaparecido en varios puntos.

Reunió el Coronel a sus *todos*, y con su modito suplicatorio y comprometedor, consiguió mucho más de lo que se propuso, unos le dieron cal, otros prestaron carretas con bueyes y arreadores, y no hubo uno de quien no sacara ventaja. Los de los pueblos ocurrían muy gustosos los domingos a trabajar en faenas al son de los tamborcitos con que cada cuadrilla se anunciaba. Les pagaba el Coronel medio día; les daba su obsequiada con zendeché, charape, colonche o chinguirito, y avanzaba más en un día con el golpe de gente bien distribuida, que lo que en una semana no haría la misma arriada a jornal. Se constituyó sobrestante, y en seis meses, gastando de los fondos públicos dieciocho mil pesos escasos, metió el agua a Tuzantla cortándose la cuestión de los pueblos, y más que todo, el mal de buche o relajación de garganta, que todas aquellas gentes padecían por beber el agua pútrida, que en unos inmundos aljibes muy mal contruidos conservaban de la llovediza para tomar toda la seca. Después fue invadido el Valle por la plaga de la langosta, que a pesar de haber todos hecho mil esfuerzos y sacrificios, no pudieron evitar el grave daño que generalmente causó en todas las sementeras, dando por resultado la falta de maíz, y que valiera a nueve y diez pesos el poco que se pudo cosechar, sufriendo los pueblos una carestía y necesidad espantosa.

El Coronel, que no se tentaba el corazón ni se acobardaba, se metió a maicero. Compraba la semilla en tierra fría a siete y ocho pesos, y la menudeaba a los pobres a tres, que era a lo que podían pagarla con arreglo a sus escasos jornales, sacrificando veintidós mil pesos en favor de la clase menesterosa; obligando con su ejemplo a los hacendados, propietarios y ricachillos a que hicieran lo mismo con sus peones y demás operarios, de manera que el hambre sólo se asomó por aquel Valle, y del mismo modo se precavía contra las pestes y demás plagas temporales. Naturalmente era el semidiós de sus paisanos; no había fiesta, concurrencia, ni diversión o frascas, en donde antes que todo fuera convidado el Coronel. Tanto contemporizaba con los pobres como con los ricos, y era el primer bullicioso y alegre en las reuniones, que muchas veces se improvisaban con su presencia en los pueblos y haciendas donde llegaba. Todo estaba floreciente; mucho tráfico de los arrieros, comerciantes, ganaderos, y el tránsito tan seguro, que nadie tenía de qué quejarse; si alguno tiraba alguna prenda en el camino, el que la alzaba la colgaba en un árbol o matorral, y allí se quedaba hasta que su dueño la recogía, porque la reata florideña del Coronel infundía muchísimo miedo, y por fortuna jamás la llegó a estirar con ninguno, aunque a todos amagaba con ella cada vez que se ofrecía. Esto fue en compendio lo acontecido en los seis años largos que duró de Jefe de la Seguridad Pública, respecto de sus hechos públicos.

En cuanto a lo político, afrontó siempre los lances y volteretas de sistemas con sólo ardides, estrategias y secretos de gabinete, como él decía en las reuniones de sus *todos*. El día menos pensado recibió una comunicación que le condujo un extraordinario, en que el Gobernador le ordenaba que con su gente, a marchas forzadas se dirigiera a la capital a sostener al gobierno, porque el general Paredes, al marchar para México, podría tener gana de pasar a molestarlos. Se quitó las puntas diciendo que rodeado de enemigos, estaba en lucha encarnizada con ellos, que había reventado la explosión por allí cerca y seguía ardiendo la mecha incendiando todo el Valle; que el fuego de la revolución crecía haciendo pronunciarse a sus soldados, y pintó su situación tan comprometida, que hizo poner en más alarma a los de Morelia.

La revolución allí tomó incremento, y casi casi los mismos que figuraban en el poder, solitos se dieron por vencidos, y cada cual procuró como pudo salvarse y no quedar mal puesto, mudando residencia. Entronizando otro gobierno, lo primero que hicieron fue mandar con el nombre de jefe político a un sujeto de opinión conservador; desde que llegó a Tüxpam lo despachó el Coronel con cajas destempladas; por algunas noticias vagas se sabía que tenía mucha fuerza; mandó una acta de adhesión al mismo sistema, y en fuerza de estratagemas se mantuvo neutral veintidós meses que sólo duró ese gobierno, pues el triunfo en favor de Santa-Anna lo derrocó en un instante. Entonces se presentó un comandante militar de aquel Distrito, nombrado por el comandante general del estado, y sin mucha ceremonia corrió la suerte que el jefe político.

Se retiró más que de prisa a la primera intimación de Astucia, que sosteniéndole

que era adicto al partido, se agravió de que se le mandara relevo sin causa justa. Como ya ni en los libros de la comisaria figuraban entradas del Valle de Quencio, no les llamó la atención por lo pronto; luego le hicieron un extrañamiento, y contestó que desde muy atrás, la fuerza de la Seguridad Pública del Valle, sólo se sostenía por superior disposición, de las entradas del mismo. Hubo que consultar, y después de mucho tiempo transcurrido, se fueron apareciendo trescientos hombres; les marcó el alto presentándose el mismo Astucia como ayudante de su Coronel, con una comunicación para el jefe de la expedición, en que le pedía explicaciones del motivo de su visita; simplemente contestó que lo habían mandado a ver en qué estado se encontraba el Valle, y que expedicionara por él, cuando no era sino a destituirlo del mando de las armas, y llevárselo preso para Morelia.

Le dejó libre el paso, amonestado de que lo batiría con sus fuerzas si acaso sus soldados cometían algunos excesos. Anduvo por el Valle aquella fuerza dieciocho días. Entró muy entusiasta y alegre, y salió diezmada y contagiada; muchos con fríos y calenturas, y casi todos picados de las turicatas, alacranes, el jejé, el pinolillo, niguas, y cuanta plaga causa perjuicio a los extraños a la Tierra Caliente, volviendo a Morelia a decir:

—No encontré a nadie; con ninguno me he batido, y tengo cerca de cien hombres de baja en el cuerpo, y de alta en el hospital.

Con diferencia de algunos meses también cayó el gobierno militar, y volvió a entronizarse el sistema federal, haciéndose dueño de la situación el mismo señor Gobernador, que sumido las dos épocas anteriores, sólo estaba espiando el momento oportuno de volver al poder, es decir, *con astucia y reflexión, aprovechar la ocasión*.

Luego luego ofició para el Valle reconviniéndole al coronel Astucia su falta de patriotismo, por no haber ocurrido con sus fuerzas a sostener al gobierno cuando necesitó de su apoyo, mandándole que se presentara a recibir órdenes, y que entre tanto entregara el mando a la persona que por su orden iba a reemplazarlo.

Le contestó enfadado, que se fuera a ondear gatos de la cola; que él firme en su propósito había sido el único que manteniendo los principios liberales se había conservado en su puesto, sosteniendo a las autoridades que desde aquella fecha figuraban, y no se había dejado dominar por ningún otro partido; por último, que sostenida la fuerza de Seguridad Pública del Valle por sus propios fondos, y formándola toda la gente honrada que lo reconocía como a su jefe, siguiera su ejemplo para sostenerse en el poder y no fuera a dar otra machincuepa; que tuviera la bondad de no acordarse de los moradores del Valle, y que él le aseguraba bajo su palabra de honor, que si no recibía entradas de dinero, tampoco le exigirían nada ni le harían la guerra para derrocarlo.

Al enviado lo hizo andar tonteando por lo más interno y mortífero, hasta que fastidiado se largó sin haberle visto la cara, ni tener a quién entregar las órdenes que llevaba, después de doce días de buscarlo. En vano procuró el Gobernador emplear cuanta astucia tenía para destituir a Astucia; su astucia se estrellaba contra la astucia

de Astucia, y no teniendo fuerzas competentes para destituirlo por la fuerza; encaprichado en dominarlo o quitarlo de en medio por su descaro; considerándolo como insurgentado y que trataba de emanciparse y formar su rancho aparte para hacerse independiente, cometió la más grande torpeza que sólo el diablo pudo sugerirle, expidió un decreto en uso de las facultades extraordinarias que el Congreso le confirió, declarando por traidor al Estado y fuera de la ley, al coronel Astucia llamado Jefe de la Seguridad Pública, entronizado en el Valle de Quencio, ofreciendo dar seis mil pesos por su cabeza al buen ciudadano que se la presentara, y a continuación pusieron la filiación del proscrito que existía en la secretaría. Era nada menos que la declarada en el expediente de marras, por los entompeatados de San Victoriano y que entompearon al gobierno, de modo que el verdadero retrato en relación del pobre Chango, llegó a verse escrito con letras de molde y multitud de ejemplares hicieron llegar al Valle para que circularan. Entre la gente media y acomodada causó risas, y entre la pobre un odio marcado contra el gobierno, pues haciendo pedazos los decretos maldecían a su autor de la manera más enérgica en su dialecto vulgar. Nadie se atrevió, y ni siquiera pensaron ganar los seis mil pesos ofrecidos, tal era el amor que le tenían a su Coronel; además de que el decreto mismo se contradecía, y si acaso algún secreto enemigo quería aprovechar aquella coyuntura, se encontraba con el obstáculo invencible de que Astucia no tenía ninguna de las señas que indicaba el mismo decreto, y mal podrían asesinar a un hombre cuya cabeza no pagarían sin tener las marcas indicadas.

Siguió haciendo el Gobernador tantas aberraciones, que indispuesto con el Congreso, en un tris estaba que el timón del gobierno volcara a la nave del Estado, y por poco se compromete la causa y todos se sumergen en el profundo piélago del abismo político. En tan crítica situación, lo hicieron renunciar comprometiendo a que lo sustituyera el presidente de la Suprema Corte de Justicia, que por ministerio de la ley debía ocupar el puesto, confiando todos en su lealtad al sistema, sus vastos conocimientos, y sobre todo en su muy bien sentada reputación y buenas relaciones. Se resistió muchísimo a figurar en política, puso mil excusas; pero al fin tanto lo comprometieron que a su pesar, a fuerza de fuerzas entró al cargo, bastando solamente su presencia en el gobierno para aquietar los ánimos, y empezar a uniformarse los poderes, marchando los negocios sin tropiezos. Enemigo de remociones, todos los empleados quedaron en sus puestos, y pagándoles con puntualidad los hacía cumplir con su deber, y todo andaba listo. Al reglamentar el ramo de Hacienda, naturalmente extrañó las entradas del Valle; pidió antecedentes, y no tuvieron qué darle más que el expediente que obraba en la secretaría. El asunto no era cualquiera cosa, aquello no le suministraba más que dudas. Mandó al secretario escribir al coronel Astucia noticiándole su nombramiento de Gobernador, y contestó ofreciéndose a su obediencia, dándole la enhorabuena, con las protestas más sinceras.

Los antecedentes que había en el gobierno eran absolutamente contrarios a aquella muestra de sumisión y respeto. Se informó de algunos amigos, le dieron muy

buenos informes del Coronel, y el hombre luchando entre las dudas, quiso aclarar por él mismo aquel enigma, y en cuanto tuvo un poco de desahogo, facultado por el Congreso para el arreglo de ese negocio, emprendió hacer una visita al Valle, escoltado por cincuenta hombres que aumentó a cerca de trescientos, con los que fue recogiendo en su travesía de los destacamentos de los partidos. Cortemos aquí la carrera política del coronel Astucia, y vamos a la vida privada de Lencho, o sea Lorenzo Cabello.

Capítulo XXVI

Amparo y Josefa. Pensamientos. Suposiciones. La cita para el limonero. Declaración de amor

Como desde los colgados de *El Rotito* se tranquilizaron los ánimos y hubo seguridad en los caminos, un sujeto bien acomodado y persona distinguida de Morelia, pudo con entera confianza mandar para el Valle a su familia, pues enferma su esposa de una fuerte irritación de sangre o epidermis, todos los facultativos que la visitaron le mandaron los baños de Porúa como único remedio para su mal. Ya hacía algunos meses que de día en día seguía agravándose; pero su esposo no se atrevía a exponerla sabiendo de cierto las depredaciones que cometían los bandidos por aquellos rumbos; pero apenas supo el triunfo del coronel Astucia que se hizo tan público, procuró informarse y arreglar la marcha de su familia, compuesta de la señora y tres niñas que fueron recomendadas desde Acámbaro a un señor don Clemente, comerciante principal de Túxpam.

Ya tenían cerca de un mes de estar allí y de comenzar la enferma a sentir alivio con los baños de agua de azufre de aquel saludable manantial, que cada cuatro o cinco días se daba. Cuando por ser día de su santo de doña Juanita, la esposa de don Clemente, se dispuso un bailecito, y como de costumbre luego empezó Josefa su hija mayor, a instarle para que convidara al Coronel, se suscitó conversación hablando de su jovialidad, valor, y demás prendas que causaron curiosidad en las morelianas por conocerlo, principalmente Amparito, la hija más grande de la señora enferma, que desde Morelia, al ver impresas sus proezas pocos meses antes, le llamó la atención chocándole el tal nombre de Astucia, suponiéndolo como sureño, un negrote de esos medio desalmados y ladinos.

Eran las ocho dadas de la noche. La sala estaba llena de gente; los músicos listos y todo muy animado. Josefa de tiros largos entraba y salía inquieta; se asomaba en las ventanas y a cuantos llegaban les preguntaba:

—¿Que no han visto ustedes al Coronel? Papacito, ¿qué mano que no le avisaron al Coronel?

—Sí, mi alma, si, contestó que por acá pasaría.

Dieron las ocho y media. Ninguno se atrevía a romper el baile, y Josefa volvía a sus preguntas, patentizando su inquietud.

—Mamá, ¿es verdad que ya choca la tardanza del Coronel? ¿Si le habrá sucedido algo al Coronel?, voy a mandar a Toribio que...

—Jesús, niña, qué loca eres, cualquiera dirá que estás reventando por bailar, vaya un empeño —dijo la mamá en tono de reconvención, y ella medio avergonzada se fue

a arrinconar con sus nuevas amigas.

—Qué empeño tan decidido —se decía Amparito—, tiene ésta por el tal Coronel, ya me figuro que será un viejo con tamaños bigotes, muy adusto, que anda contando sus hazañas desde la toma de Granaditas que era tambor, mascando un puro muy baboseado, apestando a peritas de San Juan; pero si así fuera, esta muchacha no estuviera tan empeñosa por su presencia. No, no, seguramente es alguno de esos de nuevo cuño, como dice papá, que han sentado plaza de capitanes, muy empavonado, con un bigote sombreado con esfomín, romántico, oliendo a esencia y pomada, con la cachucha de medio lado, cinturón muy ajustadito, todo lleno de galones y franjas, sonando el sable contra el suelo a cada paso, y como por aquí les ha llamado la atención con sus relumbrones, esta pobre payita está muy apasionada de él. O quién sabe si será como los cívicos de allá, con una levita muy guangochuda, el copete parado, la chaca levantada hasta media mollera, las presillas prendidas con alfileres, con cuatro barbitas de indio guitarrero; si es infante, un sable tamañote con correas blancas, y si de caballería, un espadín que parece de pinchar sapos, apestandole las manos a azafrán; en fin, ya no veo la hora de que llegue para reírme a carcajadas de esta pichoncita víctima de su candor. Pobre Josefa, te compadezco.

Entraron dos o tres personas en la sala y luego se marcó el gusto en los semblantes, y mucho más en Josefa que exclamó:

—¡Ya vino, ya vino!

Empezó Amparito a ver por todas partes, y nada de lo que se había supuesto apareció a sus ojos, hasta que las expresiones de doña Juanita satisficieron su curiosidad, pues al presentársele Astucia dijo con tono de amistosa reconvención:

—Ya me estaba empezando a impacientar por su tardanza, Coronel; mírenos usted aquí que parece un duelo —y le tendió la mano.

—Dispésemme usted, señora —respondió Astucia—, ha sido una falta involuntaria; pero voy a quitarle el enojo, cuento con usted para las primeras cuadrillas, ésa será la prueba de que me ha perdonado.

—Con mucho gusto, Coronel.

—Buenas noches, Susanita. ¿Cómo va, señora doña Gertrudis? ¿Cómo está usted, Lucecita, y usted Lola? Felices, Josefita. A los pies de usted, señora; señoritas —y les hizo un cortés saludo a las morelianas, siguiendo hablando a todos los concurrentes, terminando con dar unas palmadas diciendo:

—Maestros músicos, no se duerman, anuncien cuadrillas; busquen sus compañeras, caballeros, que el tiempo perdido...

Y cada cual fue al estrado a pedir las cuadrillas a las bailadoras comenzando la animación y regocijo.

—¡Qué chasco me he pegado! —dijo Amparito al corresponder con la cabeza su saludo al Coronel—, este hombre es todo un caballero, aseado, cortés, franco, de buena presencia; no sé qué le noto de semejanza con papá, pues hasta en lo chonguista y alegre le da cierto aire, principalmente en su talla y proporciones tan

esbeltas; con razón la Josefita estaba tan inquieta, no es tan simple y candorosa como me la suponía; voy a ver a qué altura se encuentra su amor, y comerle el trigo, porque la verdad... no es tan cualquier cosa el Coronel.

Se paró Astucia con su pareja en la cabecera, y le tocó estar frente de Amparo. El candil iluminaba de lleno su apacible semblante, que al fijarle la atención el Coronel, algún tanto se coloró, y después de mirarla con cuidado ahogó un suspiro que salía de su pecho, diciendo:

—Es muy semejante, qué fatal casualidad la ha puesto en mi presencia, si no fuera porque ya estará muy cáncama y con una chorrera de hijos, juraría yo que esta amable niña era la misma Refugio en persona, mi único y primer amor —y cada vez que podía estudiaba una a una sus facciones que iban haciendo revivir un fuego convertido en ceniza, con diez años de continuas tareas, cuidados, atenciones y pesares, que sustituyeron la pasión con que verdaderamente amaba a Refugio. Cuando terminaron las cuadrillas sacó a Josefa a bailar una contradanza, y a pesar de ser buena moza no dejaba de ver a la cortesana comparando una con otra, y dándole en todo la ventaja a la segunda.

Después obligaron a las dos niñas más grandes huéspedes a que cantaran una cancioncita; las dos hermanas se acompañaban bien y cantaron el Trovador, que en esa época era el más moderno; lo hicieron muy bien; Astucia primero encantado al escuchar la voz de Amparito, y luego frenético aplaudía con entusiasmo; se las hizo repetir, aquella canción le llegó al alma; la letra le convenía apropiársela en semejante ocasión, no perdió ni una sola palabra, y en suma, su marchitado corazón por instantes se inflamaba; la sacó a bailar un vals y acabó de atarantarlo el contacto, delicado talle, una sedosa y pulida manita que tomó entre la suya, hasta el aliento y respiración de su pareja lo magnetizaba al grado de estar fuera de sí. Se pusieron a pasear para tomar resuello, y promoviendo conversación, le preguntó:

—¿Ustedes son de por estos rumbos, señorita?

—No, Coronel, somos de Morelia.

—¿Y durará mucho su estancia en este pueblo?

—Quién sabe, eso depende del restablecimiento de mi mamá, que la hemos venido a acompañar para que se dé los baños de Porúa.

—¿Y que tal efecto le han surtido?

—Magnífico, Coronel, luego luego ha sentido alivio.

—¿Que es muy grande la familia?

—La que usted ve: mamá, mis dos hermanas, yo que soy la mayor, y papá que por sus muchas atenciones no pudo acompañarnos.

—¿Que es comerciante?

—No, señor, es abogado, y por ser hoy ministro de la Suprema Corte, no lo dejan un instante libre los negocios.

Esta respuesta lo aterró y decía en su mente:

—Ministro de la Suprema Corte, qué demonio, no se hizo el pastel... —y

prosiguió:

—¿Y qué le parecen a usted estos terrenos?

—Si le he de responder con franqueza, horrorosos, aunque todo es muy ameno, el calor y tanta sabandija son insoportables.

—Es verdad —dijo con tristeza.

—A pesar de eso —prosiguió ella diciendo—, yo soy animal de todos climas, participo de las ideas de mi mamá que como ranchera delira por el campo.

—Sin embargo, ¿extrañará usted la vida de la corte, las visitas, las diversiones, y tanto con que puede uno distraerse por allá?

—No, Coronel, todo aquello me tiene fastidiada.

—No diga usted que soy curioso, señorita, ¿dígame usted su nombre?

—Amparo, para servir a usted.

—*No para servirme* —replicó al instante—, *sino para ampararme* —y sin poderse contener apretó su brazo contra su cuerpo con suavidad oprimiendo la mano de Amparo, demostrando en sus ojos el fuego que ardía en su pecho.

Ella, sorprendida de aquella insinuación tan inesperada, retiró violentamente su mano y se puso muy encendida; él, avergonzado, alzó el codo, volvió a tomar el brazo apenas tocándolo con los dedos y percibió perfectamente un hondo suspiro que exhaló Lorenzo, bajó los ojos con tristeza y siguió andando sin hablar una palabra.

—Permítame usted que me siente, Coronel, estoy fatigada y...

—Mil gracias, señorita —y la sentó en su lugar muy abochornado, y ella sumamente seria y molestanda, diciéndose:

—¿Qué se habrá figurado este hombre que soy una cualquiera? ¿Qué motivo le he dado para esa llaneza? Ya se ve, todos los hombres son audaces y atrevidos; está acostumbrado a tratar con estas payas que se dejan manejar como bestias; yo me había figurado al tal Coronel otra persona; pero ahora veo que es un soldadón tan... —y mirándolo sentado en el otro extremo de la sala muy serio y como avergonzado excusarse de su vista, sin hacer caso de Josefa que se empeñaba en platicarle, cambió de faz y pensamiento diciendo:

—¿Qué tiene este hombre que me acaba de ofender y no puedo demostrarle mi enojo? Ese suspiro que exhaló tan profundo me dejó confundida, y no tuve valor para reconvenirle. Pero qué Josefa tan chocante; ya no halla cómo engaratusarlo con sus zalamerías, de veras que me causa grima tanto empeño, si yo fuera ese hombre ya le hubiera dado una gaznatada por coqueta y... ¿pero y qué me interesa?, a ver como no se lo come con todo y zapatos; no, pero si esto ya no es sufrible, vaya una mujer tan...

En esto se metió para adentro la mamá y a fuerza de fuerzas tuvo que seguirla Amparo y sus otras hijas. Al pasar junto a Astucia no pudo disimular la rabia que le causaba Josefa que estaba junto al Coronel, y bastante se marcó en su semblante la indignación o enojo.

—Malo —se dijo Astucia poniéndose mucho más triste y distraído—; esta niña

está sumamente resentida, tiene razón, soy un atrevido, un grosero, pensará que... que piense lo que se le antoje; yo no estaba en mi juicio, no me pude contener, pues de la misma manera que a Refugito la consideraba mi refugio, a ésta al oírle decir Amparo, le dije sin reflexionar: *para ampararme*; mi brazo impulsado por una extraña fuerza oprimió su mano, y en ese instante yo no sabía si estaba en cielo o en tierra; me sacó de mi estupor el sentir que violentamente la retiró; y fue mi delirio un relámpago que deslumbrándome me hizo desde luego conocer mi verdadera situación, exhalando mi alma un suspiro de profundo desconsuelo; sí, de desconsuelo.

Se paró Josefa para ir a ver a sus huéspedes, y Lorenzo prosiguió en su meditación, diciendo:

—Está esto muy triste; la música insulsa, y hasta las luces me parece que no alumbran; me largo, esto no me presta diversión —y por no llamar la atención cogió su sombrero y a un descuido se marchó dejándole a don Clemente y su señora sus excusas con un amigo, protestando una repentina indisposición.

Cuando regresó Josefa y su mamá seguidas de Amparo y Aurelia, su segunda hermana, se sorprendieron al recibir el recado.

—Ésos son vanos pretextos —dijo don Clemente, que en otra pieza jugaba tresillo; búsqenlo, búsqenlo, yo no entiendo de excusas, y si está indispuerto menos debían de haber consentido que se retirara, ¿adónde va a estas horas?, búsqenlo, llámenlo de mi parte.

—Vaya usted mismo, papá —dijo Josefa.

—Sí, Clemente —repitió su esposa—, anda, anda, tal vez será cosa de cuidado y...

Salieron con don Clemente algunos de los concurrentes; lo buscaron por varias partes, y por fin volvieron diciendo:

—No parece.

Se bailaron otras piezas con mucho desgano, y concluyó el baile porque cada cual se fue retirando, en cuanto acabó la animación y bromas del Coronel.

—¿Qué le sucedería al Coronel? —dijo doña Juanita al estar cenando—, ¿qué mano, niña, que tal vez le hiciste una grosería? Eres tan necia y tan falta de trato de gentes.

—No, mamá, yo no le hice nada.

—¿Pues entonces por qué se fue cuando siempre es tan incansable para bailar?

—Quién sabe; estaba distraído, triste, y por más que le hablaba no me hacia caso.

—Sí, sí, yo también últimamente le advertí algo, tal vez algún asunto grave lo trae preocupado, y como el hombre es nuestro *uno*, como si dijéramos el todo de este Valle, tiene tantas atenciones, disgustos, y como pesa sobre él solo la carga que se ha echado, demasiado hace en contemporizar con todos.

Amparo, por tal de no dejar hacer baza a Josefa, se resolvió a volver a la sala, pues sin poderlo remediar le causaba celos con sus pretensiones; se propuso ponerle a Astucia mejor semblante, y escuchar sus disculpas si él procuraba desagradarla,

determinada a absolverlo de culpa y pena; pero quedó sumamente triste al saber su desaparición, culpando a la acritud de su semblante y maneras con que demostró su enojo, diciéndose:

—Yo tengo la culpa por patarata, no me quemaba los dedos ni me hizo pedazos la mano para haberla retirado y darme luego luego por ofendida; el hombre tomó mucho interés en averiguar de mi familia, en saber mi nombre, y al decirme *para ampararme* me pareció que por sus brillantes ojos miraba su corazón, y sentí una dulce sensación que toda me hizo estremecer; no recuerdo ni lo que dije; me parecía que pisaba en lana, y me senté sin saber lo que por mí pasaba.

Se retiraron a dormir, cada cual formándose mil conjeturas. Lorenzo encumbrado en el Cerro de la Culebra, en vano procuraba conciliar el sueño y apartar de su mente la cara colérica de Amparo, que lo confundió al verla pasar para la recámara. Se acostaba en la cama y tenía mucho calor; aventaba las sábanas y salía afuera a tirarse en la hamaca y el frío lo acosaba, por lo que no encontraba consuelo y reposo; se tapó una sábana blanca y empezó a pasearse en la plataforma; al mirar la luna recordó la canción, y con acento de despecho empezó a repetir:

—Yo rancherón, yo pobre y sin ventura, osé mirar las gracias de tu tez, pero te veo más alta que la luna, ¡ay!, sí, yo te adoré, perdona mi altivez. Pero vamos a cuentas, Lorenzo, ¿qué demonios me dio haber cometido con esa niña una grosería tan ajena de mi modo de pensar? Sólo loco, sí, loco; la semejanza con Refugito, su semblante tan seductor, sus maneras tan finas y toda ella que parece un ángel, una miniatura, un... Pero alto, alto, señor Coronel del topeate, ¿quién es usted para aspirar el ser amparado por un Amparito tan primoroso?, de veras que estoy loco, y loco de atar; una niña de recámara, una hija de un ministro del Supremo Tribunal de Justicia; criada con mimos y contemplaciones, entre el lujo y la opulencia de la ciudad. Sí, sí, estoy loco; pero qué loco ni qué ocho locos, ¿acaso soy dueño de poder dominar a mi corazón? ¿Por qué no he de querer a esa idolatrada criatura con cuanto fuego soy capaz de amar? ¿Quién podrá impedirme que adore sus encantos, que le dedique algunas horas a su contemplación, y que aunque sea su imagen bella mitigue mis pesares? No seré yo el que la pretenda; eso sería un absurdo, una locura, porque está más alta que la luna; pero sólo Dios podrá privarme que sea para mí el objeto de mis ensueños, el ángel que me guíe y la sombra fantástica de mi ventura; sí, sí, jamás le diré una palabra, quédese todo en tal estado, no exijo correspondencia porque ése es el primer imposible; que ignore que la adoro, mi voluntad es libre; con su imagen estoy contento, porque aspirar a más es mucho más imposible; qué me importa su enojo, yo estoy resuelto a no volver a parecer en su presencia; una mirada seria, una leve reconvención de sus hermosos ojos, me confundiría; pronto se restablecerá la mamá y se volverá ese brillante sol a alumbrar a Morelia, dejándonos aquí sumergidos en las tinieblas, pues en las cimas de estos cerros, en lo espeso de los montes, y en medio de tantísimo breñal por donde transito, me figuraré encontrarla, y como cuando en el sepulcro de mi padre me imagino verlo vivo, hablarle, escuchar su

voz y cuanto a mi acalorada imaginación se le antoja, del mismo modo, en lo más solitario, al pie de un roble, a la orilla de un arroyo y en cuanta flor hermosa se presente a mis ojos, allí veré a Amparo, a mi hechicera Amparo. ¡Pero yo deliro, no sé lo que me pasa! ¡Ah, corazón, corazón traicionero! Cuando yo te creía seco, enjuto, muerto para toda sensación que no sean tormentos y lágrimas, despiertas ahora de un profundo letargo; no han bastado diez años de amarguras y lastimosos padecimientos para escarmentarte; la Refugio en que tenías cimentado tu refugio, vino a refugiarse a otro; esta Amparo en quien sueñas; sí, sueñas, ésa es la palabra, encontrar amparo, deberá sin duda ser el amparo de quien merezca tan alto amparo. ¿Por qué no te has fijado en otra de cuantas se han presentado en tu camino, que pudieran satisfacer tus caprichos y no pretender imposibles? ¿No bastan ya tantos tormentos como mi suerte desgraciada me ha hecho padecer para purgar mis maldades? El hado cruel se ha encaprichado en atormentarme haciéndome sentir sensaciones que yo juzgaba desterradas de mi pecho, ¿y en qué situación, Dios mío?, cuando hasta mi propia familia he desterrado de aquí para no arrastrarla con mi caída y comprometerla con mi audacia, ¿y a quién te diriges, corazón?, a quien como la luna sólo te alumbrará con su resplandor, pero que jamás podrás tocarla, recibir sus consuelos, comunicarle tus pesares, demostrarle tu cariño y... si sigo pensando en esto de veras me vuelvo loco. Todo es un sueño, un sueño que me hará estar soñando despierto, entre tanto llega el sueño eterno que me ponga en paz; pues paciencia, soñemos; este nuevo martirio me falta que padecer, Dios dirá y su majestad divina me favorezca. —Con otras más reflexiones que más y más lo afirmaban en que su naciente pasión era para él un objeto imposible de alcanzar, siguió cavilando y pasó una noche infernal.

Amparo por su lado también inquieta no pudo dormir, y otra clase de pensamientos la ocupaban, pues reflexionando con calma, conoció que el Coronel no le merecía sólo un aprecio, sino algo más, porque ninguno de cuantos conocía, y muchos que de varios modos la habían pretendido, le habían causado tanto interés y sensaciones extrañas, hasta el extremo de infundirle celos en un instante.

—Este Coronel —se decía—, a fuerza ha de tener a quién querer, y sería muy ridículo que yo fuera concibiendo por él una pasión, aunque su turbación, el suspiro, su tristeza y cuanto advertí que lo preocupó al demostrarme incómoda, me prueban que le pesó su arrebato; son los hombres tan astutos y estudian tan bien el modo de engañarnos, que es necesario obrar con cautela; otro hubiera tenido el caso por una broma, una distracción, y con usted dispense, se hubiera quedado fresco a ver los efectos de su tentativa; eso es muy vulgar, así lo hacen todos; pero éste enmudeció, se quedó triste, y no sólo se excusó con la charla y metió borrea, sino que abandonó el campo abochornado. Cada vez que lo recuerdo reniego de mi genio tan quisquilloso. ¿Y Josefa?, ésa me quema la sangre; yo mañana la haré cantar de plano, quién sabe si ese modo tan extraño de insinuarse del Coronel será su táctica para reconocer el terreno, esto me hace no arrepentirme del todo y el haberle manifestado que es

escabroso y no muy fácil de andarlo.

Entre dudas, celos, y la mayor incertidumbre, pasó la noche, y luego que al día siguiente tuvo oportunidad, se llevó a Josefa para el jardín y con bastante disimulo promovió conversación sobre el Coronel.

—¿Creo que el tal Coronel no te parece tercio de paja? —le dijo.

—Para qué lo he de negar —le contestó—, lo quiero, pero me quedaré queriendo, porque ese hombre tiene corazón de roca.

—¡Cómo!, ¿pues qué no te ha dicho nada, ni se te ha insinuado de ninguna manera?

—No tú, y eso es lo que me da coraje, porque yo bastante hago para manifestarme, y no vayas a creer que sólo es cariño el que le tengo, es un capricho en que se interesa también mi amor propio y mi vanidad.

—Ésa es otra, pues cómo había yo de estar queriendo a una gente que no me corresponde; no seas boba, Josefa, no seas boba ni te hagas tan poco favor, no eres tan despreciable.

—Pues por eso mismo tengo empeño, porque quiero no ser despreciable, y no más están pendientes de mi empresa.

—¡Hola!, ¿conque eso ya es por efecto de empresa? Sabes, niña, que no te comprendo.

—Te lo diré de una vez, Amparito, tanto las Amescuas, Conchita Rubio, las Cendejas, como las hijas de don Fermín, se han quedado chatas lo mismo que otras de la Villa. En vano han puesto en juego todas sus coqueterías, ninguna ha podido llevarse la palma, y a no ser las demostraciones de urbanidad y aprecio superficial y flores sin aroma ni color, nadie ha conseguido la más leve insinuación del Coronel, y cuidado que entre ellas hay bonitas muchachas y con dinero, que ya ves que son dos prendas no muy despreciables; como yo me he reído de ellas al verlas calabaceadas, estoy empeñada en que si han sospechado mi intención de echarles el pie atrás, no se vayan a reír de mí si me sucede igual cosa; tú que eres mi amiga, dame un consejo para que no me vaya a chasquear también.

—Ya veremos, yo te diré lo que has de hacer; conque vamos al asunto del Coronel; yo creo que tendrá por ahí algún entretenimiento y por eso no les ha hecho caso.

—No tú, no tiene nada en todo el Valle.

—Tendrá oculta en su casa alguna marritas y...

—Menos, porque no tiene casa.

—¡Cómo, no tiene casa! ¿Pues dónde habita, quién lo asiste, lo lava y?...

—Nadie lo sabe; este Coronel es un cosmopolita; un habitante de la luna, un judío errante, qué sé yo; se remonta por esos cerros y sólo sus cachorros que así les dice a esos baldados que lo acompañan, saben adónde duerme. Anochece en un pueblo y va a amanecer a otro, andando de aquí para allá por todo el Valle, infundiendo pavor a los pícaros y confianza a los hombres de bien, de manera que su vida privada es un

misterio, y todo el mundo ignora sus guaridas, y ya lo ves, a todas las fiestas y diversiones concurre, con todos se lleva, lo quieren mucho, y lo que es más admirable, que no hay ninguna persona extraña que entre al Valle, que no le salga al encuentro para ver si les conviene o no su visita, venga de donde viniere.

—¿Pero qué, nada, nada han podido averiguar?

—Nada, en fuerza de mucho empeño, sólo una cosa se ha llegado a traslucir.

—¿Cuál tú, cuál?

—Que en varias noches, y a unas mismas horas, lo han visto llegar a Jungapeo con ciertas precauciones.

—¿Pues entonces claro es que allí tendrá sus amorcitos?

—Tampoco, eso menos.

—¿Pues qué objeto lo lleva?

—Llega atravesando callejones o huertas; deja a sus criados a cierta distancia con su caballo y se mete al cementerio, allí sobre el sepulcro de su padre está hablando solo largo rato, y se retira limpiándose los ojos.

—¿Eso es todo lo que se ha podido indagar?

—Eso y nada más, y ya verás, si el tal Coronel es un hombre extraordinario y envuelto en un misterio; con un corazón de fierro o quién sabe si no tiene corazón, porque con la misma serenidad que suelta una flor, manda colgar a un bandido y se queda riendo con sarcasmo. Conque ya sabes el secreto, aconséjame, tú que eres más avisada y...

—Mira, en primer lugar, obliga a tu papá a que haga otro bailecito y lo convide de preferencia; tú te manifiestas seria, como resentida de que te hizo anoche poco caso.

—¿Y si se suelta riendo y me hace burla?

—Para que eso no suceda es necesario estudiar el modo, el caso es ver si se consigue que conociendo su delito trate de desenojarte y entran en explicaciones, yo te iré diciendo cómo te debes conducir.

—Corrientes, cuento con tu favor, Amparito, voy a ver qué me quieren porque me está gritando mi mamá.

—Anda, y no dejes de apurarle a tu papá para el bailecito porque...

Josefa se fue corriendo, y Amparo prosiguió sola.

—Porque a mí me interesa más que a ti, simplona; conque en resumen he logrado cuanto quería; ¿al Coronel no se le sabe nada?, eso me gusta porque es hombre de secreto. ¿Todas se han empeñado en metérsele por el ojo de una aguja, y bonitas y con dinero se han quedado chatas?, mejor, no es de los que desperdicia su amor, ni lo vende por el vil interés. ¿Que a ninguna le ha hecho la más leve indicación?, que me lo pregunten a mí. ¿Que todo lo presencia con sangre fría, serenidad y se ríe?, pues una sola mirada mía ha bastado para aterrarlo, confundirlo, avergonzarlo, y... ¿Que su corazón es de roca, de fierro, que no tiene corazón?, yo lo he oído suspirar y estoy cierta de que lo tiene y muy grande, muy noble, y sobre todo muy impresionable, ¿por qué si no está todo el día riendo y espera a llorar en el silencio de la noche, al

lado de un frío sepulcro que deposita las yertas cenizas de un cadáver?, ese corazón no es vulgar, es el que yo ambiciono poseer. ¿Que todo él está envuelto en un misterio?, precisamente eso me causa más interés, yo también soy misteriosa, me entusiasma lo difícil, tengo como los hombres espíritu de la conquista, lo fácil me empalaga; me choca la vulgaridad, y sea cual fuere ese velo que tanto oculta al dicho Coronel, yo lo romperé, penetraré ese misterio, y si como me lo infiero, el hombre está atormentado y lleno de cuidados, con mucho gusto si no se los alivio participaré de ellos; si, si; mi corazón me lo dice, y éste ha sido el único mortal que lo ha hecho palpar con violencia; lo amo, lo amo y nadie podrá estorbármelo; pero disimulemos como él, reiré en público, y lo amaré en secreto.

A instancias de Josefa consiguió que se hiciera el bailecito. Tanto ella como Amparo tenían muy estudiados sus papeles; pero en vano fue todo, porque a última hora llegó un recado del Coronel disculpándose de no concurrir. Aquello estuvo muy frío; acabó temprano, y las interesadas fueron dominadas por la tristeza, principalmente Amparo que resuelta a amarlo no tenía modo alguno para lograr su fin, y cuanto más conocía las dificultades más y más crecía su entusiasmo. Contaba ya veintidós años; estaba apasionada, y con mucha prudencia disimulaba su estado violento y angustioso. Con no menos tormentos el Coronel se empeñaba en excusar su presencia, contentándose con esconderse en el limonero, un pedazo de ladera frente a los baños de Porúa muy poblado de árboles de naranjas, limas y limones silvestres, sumamente aromático y hermoso. Desde allí miraba pasar al tierno objeto de sus adoradas ilusiones, soñando despierto, arrimado tras de un palo, hasta que se retiraban por la tarde las concurrentes a bañarse. Algunas veces Amparo sentada sola al pie de un guayabo, tenía iguales pensamientos que terminaban con muchos suspiros y ocasiones con lágrimas, sin saber que muy cerca tenía al que buscaba entre aquellos montes donde su vista se fijaba.

Lorenzo, inquieto, quiso presentársele, hacérsele visible; pero reflexionando en los obstáculos y los imposibles se desanimaba exclamando:

—Y en dado caso de que me correspondiera, ¿cómo he de engañar a esa niña ni hacerla participar de las desgracias que me persiguen? No, primero sucumbiré soñando, viviré sólo alimentando esa ilusión, sin exponerla a sufrir una espantosa realidad, y manchar con mi triste pasado, comprometido presente y arriesgado porvenir, a una criatura tan hermosa, que sólo cometiendo una vileza podría ser mi ángel tutelar, mi dicha, y en fin, mi único amparo. Qué lejos estará de que mientras ella está tal vez lamentando la ausencia de su amado, ansiando por irse a la ciudad, un pobre ranchero a quien su presencia ha venido a enloquecer, oculto entre estos palos la ama con delirio y no quiere que se vaya.

Así, en encontrados procederes, ella ansiando verlo, y él tratando de excusarse, se pasaron cerca de dos meses padeciendo ambos mil sinsabores que fomentaban su pasión. De balde volvió Josefa a instancias de Amparo a hacer a su padre costear otro bailecito. Tuvo el mismo resultado, poniéndolas en cuidado porque el Coronel se

disculpó pretextando enfermedad. Se vino un día a los Mogotes y estaba en la casa del viejo don Cleofas que siguió ejerciendo la cirugía, esperando la hora de ver pasar a las que iban a los baños para irse a emboscar al limonero, cuando Simón entró diciendo:

—Ahí viene el amo don Clemente, ya está en la puerta del Buen Suceso.

—¡Qué demonio! —exclamó—; mira, dame unos chupetones en esta taba, luego en un brazo; don Cleofas, póngame usted aguardiente, y encima unos trapos.

Tendió sus armas de pelo y se tiró fuera del jacal para figurarse lastimado, colgándose el brazo izquierdo, sin la manga de la chaqueta, de otro pañuelo, apareciendo manco y cojo.

—¡Qué ha sido esto, amado Coronel! —dijo don Clemente muy sorprendido.

—Una contingencia, amigo mío —le respondió—, se le fueron a mi caballo los cuatro pies, y rodamos un gran trecho; están esos cerros inandables.

¿Por eso no pudo usted concurrir al bailecito del domingo?

—Precisamente.

—Pues a todos nos ha tenido usted llenos de cuidado, y ahora casualmente que llegó un arriero a la tienda, mi esposa le preguntó por usted y le aseguró que aquí lo había visto llegar; luego me han hecho venir en su busca, y en el supuesto de que aún está enfermo, quiero que se vaya a acabar de restablecer a mi casa.

—Pero, señor don Clemente, ¿cómo voy a inferir esa molestia? Aquí el amigo don Cleofas me está curando y...

—Yo no entiendo de excusas; la otra noche nos la echó sin despedida, y si no admite mi ofrecimiento creeré que no me considera digno de su amistad; que desprecia a mi familia, que...

—Corrientes señor, admito su oferta, y por allá voy dentro de un rato; voy a mandar traer mi caballo y...

—Gracias por su condescendencia, Coronel, voy a adelantarme para prevenir las, y allá lo espero.

—Allá voy, caballero.

La noticia de don Clemente al ponderar el triste estado en que encontró al Coronel causó pesar por sus males, y gusto porque iban a tener su presencia.

—¿Qué hago, tú? Aconséjame, Amparito, ¿qué hago? —decía Josefa llena de inquietud.

—Corre para el zaguán, posesiónate del cerrojo; yo espiaré por la ventana y en cuanto te avise abres, para que tú seas la primera que vea que se interesa por él; procura demostrar tu cuidado de la manera más clara para que te viva agradecido.

Corrió la pobre a su puesto muy ufana, mientras la consejera se situó en la primera ventana como centinela avanzada. A poco apareció el Coronel paso a paso con un pie entrapujado, sostenido de un ceñidor de la cabeza de la silla y un brazo en cabestrillo, fingiéndose entelerido; al verlo Amparo hizo esfuerzo sobre sí misma; le puso una cara muy halagüeña, y le dijo sin más saludo, con interés:

—¿Es cosa grave, Coronel?

—No, señorita, cualquier...

—Pues ya cesa mi tormento; disimulemos y cuidado con Josefa.

Cerró la vidriera y arrancó para el corredor diciéndole a su amiga:

—Ya, ya —y volviéndose a meter a su pieza acabó la frase—: ya no te temo, Josefa; el corazón me salta de alegría, y si no he aprovechado este instante, me ahoga la pena que me destrozaba el alma.

Lorenzo desde que vio a su adorada con semblante alegre se llenó de regocijo, la declaración tan concisa como clara e inesperada lo sacó de quicio, por poco echa a perder la cosa, pues olvidándose de su papel metió espuela con el pie cojo, soltó el brazo lastimado, y quería meterse con todo y caballo por la ventana tras de su suspirada Amparo; al instante advirtió su locura, diciéndose:

—Disimulemos mi felicidad, y finjamos mi desgracia.

Volvió a la actitud de enfermo y siguió andando; Josefa abrió el zaguán de par en par y al ver su fatal contingencia, empezó a hacer mil aspavientos, preguntas, y demostrar tanto cuidado y solicitud, que hasta Simón que iba sirviendo a su amo de apoyo se decía:

—Gana de que azote, niña; ya le ganaron la punta, el que primero arranca llega al cabestro; y la verdad, la verdad, la otra me cuadra más.

El Coronel, fastidiado, disimulaba la cólera que le causaban aquellos excesos que no solicitaba ni agradecía; con hacer gestos y morderse los labios, no consintió tirarse en la cama que le habían dispuesto, sino que en la sala sentado en un sillón, con el pie sobre almohadas, o tendido en un canapé aguantó la tormenta de visitas y curiosos que le hacían continuamente contar el estudiado lance que llevaba meditado.

Amparo como extraña a todo, sólo con los ojos explicaba su sentir, y ambos se entendían perfectamente. Poco a poco se hizo de confianza; delante de Josefa le dio a entender Lorenzo algo de correspondencia epistolar, a lo que contestó que era enemiga de escribir; por fin, con el disimulo recomendado, hablando de los baños y la amenidad de aquel sitio, ponderó Lorenzo el aroma, frondosidad, y dulces encantos que prestaba el limonero, terminando con:

—Está aquello delicioso para... alabar a Dios que todo lo ha criado.

—Como el demonio que yo subiera por allí sólo por oler naranjos y cortar limas amargas —dijo Josefa.

—También las hay muy dulces, Josefita.

—Sí, pero muy arriba.

—Pues eso quiero decir, tantito más arriba, más arribita donde se pueda dominar el sitio para desarrollar un pensamiento.

—Yo no he subido, pero tampoco subiré porque hay muchos jabalíes.

—Ahora no es tiempo de que bajen, hasta las aguas.

—Sin embargo, es mucho exponerse, ¿y tú te atreverías, Amparito?

—Sólo por gozar de la encantadora vista que pondera el Coronel, haría un

esfuerzo.

—¡Que habías de subir!, en cuanto te gruñera un cochino, arrancabas de miedo.

—Puede ser; pero yo subiría, y armada de un garrote, soy capaz de encumbrar hasta encontrar las limas dulces.

—A que no.

—A que sí.

—Pues ya veremos.

—Y a veremos.

—Si, pero has de subir tú solita.

—Por supuesto, eso por sabido se calla, ¿no, Coronel?

—Por lo menos así lo he entendido, vale que ahí me contarán si de veras es usted tan resuelta, Amparito; a pesar que desde ahora le aseguro que no correrá más riesgo que algunos rasguños con los palos, que se puede evitar si sube con cuidado por el lado izquierdo que es más practicable.

Se restableció el Coronel, y a los cuatro días marchó a estar listo en el limonero para esperar a la intrépida que estaba resuelta a subir solita. Lo intentó varias veces, y Josefa no queriendo ser menos, mientras que Amparo tomaba el lado izquierdo indicado, ella por el derecho quería sacarle ventaja y llegar primero. Lo andable por aquel terreno escabroso y el bosque que en el centro estaba estrecho, hacía que al llegar a media cumbre una y otra se juntaran, y Amparo en cuanto se veía acompañada desistía de su empresa. Como los baños eran cada tres o cuatro días, y no siempre tenía esa niña oportunidad de alejarse, porque ella estaba pendiente de asistir a su mamá, más de un mes se pasó sólo en tentativas. Lorenzo no tenía pretexto con qué presentarse y en la casa tampoco podían hablarse. Bajó Lorenzo hasta medio limonero. Ya iba a salirle al encuentro a su amada, cuando percibió a Josefa y una criada. Se ocultó y por tal de quitarles a los importunos las ganas de andar por allí, pegó un fuerte gruñido haciendo ruido contra los matorrales. Todas corrieron por el centro asustadísimas, incluso Amparo que aunque después dudó de la verdad de aquel riesgo, tuvo que seguir tras de las otras que por llegar azoradas dieron motivo a que la señora les prohibiera a todas el volver a andar por el limonero. Ya no era posible ocurrir a la cita hasta que se aquietaron los ánimos, sin hallar Amparo modo de darle un aviso al que impaciente la esperaba.

Otro día que la señora estaba recogida, volvió Amparo a su empresa; pero no quisieron dejarla ir sola; fue Aurelia con Josefa. Subieron hasta arriba; recogieron limas dulces, y Lorenzo naturalmente se quiso ocultar para que las acompañantes no lo vieran. Se paró sobre una piedra suelta, falseó un pie y cayó sobre un breñal con estrépito, y volvieron a correr todas llenas de sobresalto sin largar sus envoltorios de limas, mientras Lorenzo con un codo raspado, la cara arañada, y la ropa hecha pedazos renegaba de su torpeza. Por fin Amparo con Lola su hermanita chiquilla, volvió a encumbrar. Estaban recogiendo limas en un pañuelo, cuando el caballo de Lorenzo que no estaba muy distante dio un fuerte estornudo, y Lola dando de gritos

partió para abajo; Amparo la siguió tratándola de aquietar, y allí dejaron el pañuelo con todo y limas. Mirándola correr Lorenzo se puso muy triste, pues cuatro o cinco veces se había alejado Amparo de su presencia del mismo modo. Alzó el pañuelo, y con lápiz escribió con letra muy visible:

«Si el cielo compadecido, su amparo me manda en ti, ampara a un hombre afligido; Amparo, no huyas de mí.

Lorenzo.»

Le volvió a poner encima las limas y se ocultó por si acaso volvía Amparo acompañada. Ésta a media ladera parándose, le dijo a Lola:

—¿Qué se mi pañuelo, niña?

—Allá lo dejé con las limas.

—Vamos por él, ¿cómo lo he de perder?

—Yo no vuelvo, anda tú si quieres.

—¿Pero cómo te quedas aquí solita?

—Yo me bajaré corriendo.

—Eso es, para que vea mamá que hemos venido y nos regañe.

—¿Pues qué hacemos?

—Te voy a subir en esa rama y ahí me esperas calladita la boca.

—¿Pero si me caigo?

—No, te voy a amarrar con tu rebozo, y adonde te estés quietecita mientras vuelvo, te doy muchas cositas para tus muñecas.

—Pues súbeme.

La trepó en la rama de un naranjo y la aseguró bien para que de allí no pasara; se subió, al tomar el pañuelo advirtió lo escrito, leyó el versito y exclamó:

—Bien sabe Dios que no huyo de ti, Lorenzo, pero...

—Pero en este instante, Amparo mía, me hace el hombre más feliz —dijo Lorenzo saliendo de su escondite.

—Ahí hablaremos, don Lorenzo, no tengo tiempo. ¿Dígame dónde podremos con franqueza vemos?

—Entre dos y tres de la mañana por la ventana de su recámara; la seña será un leve golpecito en la vidriera.

—Eso no puede ser porque hemos mudado de dormitorio mientras componen el piso; es mejor por la ventana del jardín, si usted puede brincar la tapia.

—La salvaré.

—Pues adiós, y de dos a tres —y le tendió la mano.

—Eso es muy frío, permítame que la estreche contra mi corazón —y abrió los brazos; ella correspondió, y ambos, delirantes, se enlazaron.

Fue tanta la ventura que sentía Lorenzo en ese momento, que oprimiéndola con dulzura brotaron a sus ojos las lágrimas de gozo, y sólo pudo después de derramar algunas, decirle:

—Perdóneme, ángel mío, si con estas inmundas lágrimas mancho su rostro

angelical; son las primeras que de gozo derramo en más de diez años que sólo las he vertido de pesar.

—Y yo las enjugaré, porque me parten el alma —le contestó—; pero ya me grita Lola, hasta la noche; hasta la noche; adiós.

—Adiós, vida de mi vida.

Ella se desprendió, alzó sus limas y bajó precipitada, diciéndose a sí misma:

—Las enjugaré, mas que me cueste la vida; mi corazón no me engañó; ya encontré cuanto ambicionaba.

Desató a la amarrada y tranquila, mucho más disimulaba sus amores. Lorenzo, primero loco de contento, y luego lleno de mil pensamientos contradictorios, se fue para la Culebra a disponer la escalera para brincar al jardín.

Capítulo XXVII

Resolución. El incendio. El Cerro de las Torcazas. El matrimonio. La Reina de la Culebra, la Diosa del Capirio y Deidad de Coporillo

—¿Qué tiene hoy el amo? —le preguntó el Chango a Simón—, ¿ya por fin se puso a tiro la torcaza?

—Ni me hables de eso, hermano, se le fue su santo al cielo, después de estar tantas veces escondiéndonos en el limonero, ahora que ya la tenía en la mano la soltó, y en lugar de pedirme el caballo y echársela en la silla, se contentó con abrazarla y la dejó volverse a bajar.

—Él sabe lo que hace, es una niña fina y no de las pescolotas que se dejan arrebatarse así nomás.

—Es verdad, y si vieras tú qué cosa tan linda, tan primorosa, yo la verdad la quiero mucho desde que la vimos en la ventana y le pegó a la Josefita aquella el chiflonazo, como te lo he contado.

En la noche, sin necesidad de brincar tapias, penetró Lorenzo al jardín de la casa de don Clemente, pues Amparo se apropió de la llave de la puerta falsa que vio colgada en un llavero y se hacía muy poco uso de ella. En la tarde vio pasar a Simón por la plaza que iba mandado por su amo a reconocer el terreno. Al estar echando sus tanteadas a la barda que era bastante alta, por detrás de la casa asomó Amparo y lo llamó diciéndole:

—Por debajo de la puerta te voy a echar esta llave para que la entregues a tu amo.

—Sí, niñita, y Dios le dé el cielo.

—Toma.

—¿Qué es eso?

—Un escudito, no lo ves.

—Yo no lo tomo, niñita.

—Pues toma dos.

—Eso menos.

—Entonces cuatro, cinco, toma la redecilla.

—Tampoco, si su merced lo hace por gratificarme, hágame un favor muy grande.

—¿Cuál, qué quieres?

Que me deje besar esa manita tan linda.

—Tómala.

Con el pedazo de manga, sobrante de la cotona del medio brazo izquierdo que le faltaba, tomándola con la mano derecha, cogió la punta de los dedos sin oprimirlos y

besó respetuosamente diciendo:

—Que Dios la guarde, preciosa, viva su merced mil años.

Recogió la llave y partió lleno de gozo, la entregó diciendo:

—Vale la plata, señor amo, vale la plata; Chango, Chango, ya la besé, hermano, ya la besé.

—¿Pero qué has besado, majadero? —dijo Lorenzo.

—La manita, señor amo, su manita tan linda; bien haya la madre que la parió que no es remilgosa; me daba un escudo, luego dos, cuatro, toda la bolsita; pero mejor le pedí su mano y no me la negó.

—Lléveme su merced esta noche —dijo el Chango— ya éste está recompensado, yo también quiero tener esa dicha.

—Corrientes, te llevaré.

Poco antes de las dos de la mañana estaba Simón teniendo los caballos en el puente, y Lorenzo seguido del Chango entraban al jardín, cuando no sólo en la ventana sino sentada en un arriate, estaba Amparo disfrutando del fresco de la noche, contemplando la hermosura de la luna, y recibiendo el aroma de las flores. Llamando Lorenzo al Chango se lo presentó a su amada, diciéndole:

—Éste es mi otro cachorro, ya uno lleno de gozo me contó que le ha besado la mano, y éste quiere tener igual satisfacción.

—Aquí está —contestó.

La tomó también el Chango con su sarape, y sin soltarla dijo con voz suplicatoria:

—Permítame otro por vida de... —y le indicó a Lorenzo.

—Puedes darlo —le repitió—, y mirándola con cuidado exclamó:

—Es un ángel bajado del cielo, señor amo; niña, no nos desampare.

—Vete a estar por el lado de afuera —le ordenó su amo—, y si ves algo, avísame.

En cuanto quedaron solos esperaba Amparo escuchar una tierna declaración de su amante en que con mucho fuego le pintara su pasión; pero se quedó fría y estática al ver que con mucho aplomo y seriedad le dijo:

—Señorita, como hasta este instante no he tenido oportunidad de dármele a conocer, sería el hombre más infame, más vil, si aprovechándome de la posición que guardo aquí por mi audacia, y el aprecio que todos me hacen por su conveniencia, engañara a un ángel bajado del cielo, como le ha dicho mi criado, con las falsas apariencias que me rodean: aquí donde usted me ve no soy más que un pobre ranchero de condición humilde, sin más patrimonio que la bendición de mis padres. Mi pasado está lleno de vicisitudes, mi carrera mal vista por todos; perseguido por un sinfín de enemigos y confundido por la vulgaridad con los bandidos, tuve el fin que tarde o temprano debía de acontecer y he regado con mi sangre el arriesgado camino de los contrabandistas, con el sobrenombre de Astucia. Mi presente está comprometido, porque echándome sobre los fondos públicos con el falso nombre de coronel, me he proporcionado recursos para mantener ochenta y cuatro personas que de mí dependen, exponiendo, por llevarlo a cabo, mi cabeza; y por lo dicho, señorita,

usted podrá figurarse cuál es el porvenir que me aguarda. Tenga usted la bondad de escucharme, quiero que sin pasión, con calma, juicio y madurez piense en mis razones, calcule los inconvenientes, y estando al tanto de quien soy, con la franqueza que el caso requiere me diga su parecer; no somos niños para atarantarnos con dorados ensueños ni vanas ilusiones, no crea que porque le voy a descubrir mi corazón la desprecio, sino porque no quiero arrastrar en mi desgracia a ninguna alma pura y candorosa.

—¡Cómo!, ¿pues qué no es usted coronel?

—Tan Coronel como usted reina de Francia.

—Don Clemente nos contó que el gobierno le mandó la banda...

—Es cierto, ése hasta ahora ha sido el fruto de mis diabluras; pero en mi vida he mandado soldados y sólo he sabido arrear mulas; respóndame a mi pregunta: ¿quiere usted por lo que más estima, suspender los efectos de su ardorosa pasión hasta tanto conoce a fondo a la persona que ama?

—Sí, Coronel; pero le advierto que me está torturando el alma, y que sea usted quien fuere, yo lo amo con delirio, su sangre fría me asesina, nada me interesa su pasado, su presente, y si su porvenir es un piélago oscuro y horroroso, no me intimida, mi amor ansía poseer el corazón de Lorenzo, no lo alucina su actual posición, sé que vierte lágrimas y me he propuesto enjuagarlas o confundirlas con las mías; dígame que soy correspondida y después cuénteme cuanto quiera, porque mientras eso no sea, la incertidumbre me mata y no he de tener calma para escucharlo.

—No sólo le correspondo, Amparo de mi vida, sino que no he sido dueño de sofocar en mi pecho el loco fuego que desde el instante de verla incendió mi corazón marchito. Seco y muerto a las sensaciones del amor, he querido extinguirlo en su cuna, reflexionando con juicio en los grandes obstáculos que se oponen a mi felicidad; éstos quiero que los medite y después sea cuando según su modo de pensar, demos o no rienda suelta a nuestra pasión.

—Puede usted hablar, que ya lo escucho.

Entonces, sin excusar ningún caso ni pormenor, le comenzó a referir su vida desde su desgraciado amor con Refugio.

A buena hora se separaron. Mandó hacer otra llave igual a la de la puerta falsa del jardín, y en varias noches de las que les parecieron oportunas, le contó con la franqueza que el caso requería cuantas circunstancias, trabajos, tormentos y pesares había padecido, y los fuertes compromisos que sobre él pesaban, creyendo que con aquello desvanecería las impresiones que había causado a su amada; pero ésta en lugar de entibiarse, más y más se apasionaba, pues amiga de lo extraordinario y abrigando también en su pecho un amor puro y desinteresado; poseyendo una alma franca y ajena de ruines instintos y vulgaridades, tomó como debía un empeño en querer a Lorenzo, ser participante de sus pesares, y resueltamente unir su suerte con aquel hombre. No bastaron juiciosas reflexiones, ponerle patentes insuperables

obstáculos; pintarle con los más negros colores el porvenir más espantoso; nada la hacía desistir, a todo se avenía, hasta el extremo de que Lorenzo le dijo:

—Vea usted, Amparito, que soy un prófugo de la cárcel pública, y la justicia me reclama.

—Nada me supone —le contestó.

—Mire mi cuerpo acuchillado por contrabandista.

—No me importa.

—Calcule los fuertes compromisos que sobre mí pesan.

—Quiero tener parte en ellos.

—No se le esperan más que vicisitudes, trabajos y riesgos.

—No me acobardan.

—Sólo podré ocultarla entre estos bosques plagados de sabandijas; no tendrá más sociedad que con las fieras y...

—Entre ellas viviré contenta.

—Su fina contextura, su delicado físico no podrá soportar tan insalubre clima y sucumbirá tal vez.

—Moriré sin quejarme.

—La voy sin remedio a arrastrar en la fatal desgracia que me persigue; ése será mi mayor martirio; no quiero que por pertenecerme corra tan eminente riesgo.

—Sucumbiremos juntos si ése es nuestro destino.

—Por último, el grandísimo obstáculo de su familia, el grave pesar que les va a causar nuestro desatinado amor, el escándalo, la deshonra; el atropello de los deberes más sagrados, porque no puedo presentarla en los altares para poseerla legítimamente.

—Venzamos el inconveniente, Lorenzo, estoy decidida, todo lo he pensado, nada se me oculta.

—¿Pero de qué modo, Amparo mía?

—Así —y arrojándose en sus brazos continuó—: juntando nuestros corazones, siendo el uno para el otro.

—¿No tendrás, bien mío, motivo para arrepentirte?

—Jamás.

—Pues ya cesa mi tormento; ya tengo mi amparo, ya soy feliz. ¡Gracias, Dios bondadoso, gracias porque con este ángel de hermosura endulzas mi amargo padecer! ¡Bendita seas, Providencia Divina, que me amparas con tan singular amparo! Desde este instante, vida mía, mi corazón te pertenece; tú serás mi reina, mi diosa, mi deidad —y prodigándose ambos las más tiernas caricias se separaron pensando el modo de lograr sus intentos, sin causar el grande escándalo que Lorenzo se temía, diciéndose:

—Esta mujer me ha avergonzado; tiene más resolución que yo; su tuerza de voluntad es mayor que la mía; está verdaderamente ciega; veremos si con el tiempo se convence de mis razones; la hago desistir de tan descabellada resolución y al fin puedo obtenerla legalmente.

Mi buena suerte me la ha puesto delante y ella nos irá indicando el camino que debemos de seguir. Mis intenciones son sanas y mi deber es evitar que se manche esa criatura con un crimen; que cometa una vileza o corresponda a sus amantes padres su singular cariño con una imperdonable ingratitud, mas por lo que pueda acontecer dispondré lo mejor posible su oculta morada para hacerle más llevadera su estancia entre estos bosques.

Y comenzó a agregar más piezas, cercar y embellecer al triste dormitorio fabricado en el rincón de Coporillo, que por ser el sitio más ameno, menos traficado, de mejor clima, y contar con un hermoso manantial inmediato, lo eligió para tener oculto a los ojos de todo el mundo su tesoro. Se miraban de cuando en cuando, y anduvieron con tanta precaución y prudencia, que nadie sospechó absolutamente nada de su mutua correspondencia, y aunque hicieron otros bailecitos y Josefa obedecía a los consejos de su amiga Amparito que se divertía con ella, tuvo al fin que sufrir igual derrota que sus anteriores empresarias, porque el Coronel tenía corazón de roca según la opinión de todas ellas. Una noche, al atravesar la plaza para ir a platicar al jardín, vio Lorenzo a Amparo salirse por una ventana, al percibirlo montado en su caballo, y corrió a su encuentro diciéndole:

—Échame en la silla y vámonos para el cerro. Ahí está el avío y los criados que vienen por nosotras. Mi mamá está resuelta a marchar mañana para nuestra casa y yo no quiero volver a Morelia.

—¿Pero que estás loca, mi vida? Mira, nos arrimaremos al puente para que no alguno vaya a vemos.

Se apeó y prosiguió diciéndole:

—¿Qué tienes corazón para dejarlas ir solas?

—Sí, porque mi corazón estará aquí a tu lado y no puedo marchar sin él. Ya sabes mi resolución, y ahora yo soy la que solicito tu amparo, vámonos.

—Eso no puede ser, ya te he dicho que tengas paciencia, que tienes los medios de ver si consigues orillar a tus padres, ocurrir primero a los trámites que tu honor, tu educación, y sus circunstancias exigen.

—Ése es un albur muy arriesgado; no me determino a correrlo; conozco el carácter de mis gentes, y si se estrellaran mis tentativas, soy capaz de suicidarme, por lo que si había todo de terminar en que me viera precisada a atropellar por todo miramiento, de una vez arranquemos diente y dolor.

—No lo puedo consentir; tu honor es mi honor; tu vida mi vida, y los casos extremos no siempre son a propósito. Vete con tu familia, y si de veras me quieres, ten calma, que Dios nos irá indicando el camino que debemos seguir; lo mismo es reunirse ahora, que mañana, que de aquí a un año; qué demonio, con paciencia se gana el cielo; yo confío en tu fidelidad, y tendré el consuelo de que mientras se aclare este horizonte nebuloso que me cubre, tú estás segura; nos escribiremos a menudo; te iré a ver de vez en cuando, en fin, mi vida, no te precipites y piensa con juicio.

—Ya te dije, Lorenzo, yo no he de tener un instante de reposo ausente de ti, ese

horizonte nebuloso que te cubre tal vez es fatal; y yo ni ahora ni nunca te abandono; sin embargo, si tu amor no es tan grande como el mío, si conoces que sólo he de servir de estorbo y de una carga molesta, dímelo, Lorenzo, dímelo para arrojarme desde aquí al río y terminar de una vez una existencia que sin ti me será insoportable —y se inclinó en el bordo del pretil del puente con ánimo de tirarse de cabeza. Separándola violentamente, Lorenzo dijo con voz imponente:

—¡Con un demonio! Basta de tanta locura, atiende a mis razones, estos escondidos sitios y ásperos terrenos serán nuestro puerto de salvación, aquí te ocultaré en el último extremo, no quiero que desde ahora todo el mundo sepa que aquí te has quedado, ¿a quién podrán suponer semejante rapto? Y sobre todo, aún no es tiempo de tal exceso, consulta el parecer de tu padre y...

—Es excusado, Lorenzo, yo no me atrevo.

—Pues entonces vete con tu familia.

—¿Pero?

—Yo te lo mando, presta ese pañuelo, éste: al tercer día de llegada a tu casa lo encontrarás en uno de los balcones después de la oración de la noche; en una punta irá amarrado un papelito con mis instrucciones; yo te sigo, voy a una visita tanto para custodiarlas en el camino, como para llevar adelante nuestro propósito; de allá te robaré y aquí será donde te esconda; disimula, sufre, y no vayas a cometer una indiscreción que nos pese.

—Pierde cuidado, te obedeceré.

—Pues, retírate, mi bien, y que Dios nos favorezca. Hasta la vista.

Se abrazaron, y más tranquila y sumisa se volvió a meter por la ventana y al otro día marchó con su familia en la litera en que le tocó, sacando de cuando en cuando la cabeza, buscando algo por la falda de aquellos montes. No tomaron el camino para Acámbaro, porque en Coroneo debía encontrarlas su papá, que traía carruajes, y tenía un negocio urgente que arreglar en Maravatío el Grande. Hasta pasar el puente de Irimbo percibió Amparo en la cumbre del cerro de la izquierda pasar sucesivamente tres hombres a caballo; el primero la saludó con un pañuelo y los otros dos con sus sombreros. Les contestó agitando la punta de su rebozo diciéndose:

—Adiós, adiós, queridos —y cesó la inquietud en que estaba.

Hicieron posada en Irimbo, y al otro día llegaron a Coroneo donde con ansia eran esperadas. Lorenzo, atravesando por la orilla del pueblo se fue a colocar a la salida, en un jacalito cualquiera con sus dos cachorros, con objeto de ver pasar al otro día a su amada y continuar escoltándola.

El licenciado estaba loco de contento al ver a su familia sin novedad y a su esposa completamente restablecida, prodigando y recibiendo de todas mil caricias. Desde que llegó, pocas horas antes con sus trenes y criados se encontró con el patio del mesón grande, único que existía en todo el pueblo, ocupado con tercios de piloncillo que conducían unos burreros; el encargado del mesón para acomodar a todos, los obligó a que metieran su carga y jatearan en un corral interior; allá refunfuñando y de

mala gana mudaron sus cargas y aparejos, pues además del avío del licenciado esperaban el de Tierra Caliente que conducía a la familia, ocupando los cuatro únicos cuartos útiles que había y todas las caballerizas; en el primer cuarto se colocó con su esposa, en el segundo las tres niñas, y en los otros a todos los criados. Los arrieros del segundo corral no limpiaron bien el suelo al prender su lumbrada para hacer su cena o descuidaron de apagarla al acostarse, pues cundiendo la lumbre por la majada suelta, que estaba con mucho tlazole seco y tenía como media vara o más de espesor, al menor vientecillo tomó incremento y en un instante se incendió el corral. Los arrieros, azorados al ver su carga reviniéndose y los burros reprochados en un rincón, sólo se ocuparon en salvarse; abrieron en la barda que era de adobe un gran portillo, echaron fuera sus animales y tercios, cargaron como pudieron lo más pronto posible, y se alejaron a toda prisa, pues el fuego comunicándose a una barcina de zacate, de ésta siguió con los jacales del mesón que como de tejamanil, muy pronto formó todo una sola luminaria.

El primero de los del primer patio que sintió la quemazón fue el licenciado, que empezaron varias chispas a caerle en la cara; se levantó presuroso, levantó a los criados y cada cual procuró poner en salvo lo que le correspondía; los cocheros sus carruajes y mulas, los demás criados sus caballos, el licenciado a su esposa y cuanto pudieron sacar de su cuarto, poniéndolo todo en la plaza lo más retirado posible; ocurrió al cuarto de las niñas y se encontró con la puerta atrancada por dentro; en fuerza de varios empujes desesperados logró entreabrirla y una nube de humo lo hizo retroceder espantado; siguió forcejeando hasta que logró retirar la tranca y abrir completamente; en cuanto se medio aclaró, fue mirando a sus tres hijas atravesadas en un colchón tirado en el suelo todas encarbonadas; cargó como pudo con la primera que estaba más a la mano, con Aurelia, y salió con ella para la plaza; se la dejó a la madre que al verla sin sentidos comenzó a llorar y providenciar remedios; él, seguido de varios criados regresó a librar a las otras; percantes de llegar al zaguán se oyó un fuerte tronido; la madre del jacalón de la cubierta se tronchó y el techo descendió obstruyendo la única entrada, activándose las llamas con la remoción de combustibles, haciendo correr para la plaza a todos los que iban a entrar.

Lorenzo oyó entre sueños los toques de la campana y algo de alarma en los vecinos.

—Chango, Simón —gritó sobresaltado—, a ver qué hay por ahí, levántense.

Salió precipitado el Chango y al ver correr alguna gente le dijo a su amo:

—Señor, hay novedad.

Se vistió presuroso y ordenó:

—Alisten los caballos y espérenme aquí.

Salió corriendo y oyó que gritaba la gente espantada:

—¡Quemazón, quemazón en el mesón grande!

Prosiguió su camino y al estar en media plaza, vio al licenciado en calzoncillos blancos tapado con una sábana, que corriendo de un lado a otro como un loco,

gritaba:

—¡Mis hijas! ¡Mis hijas!

A cuantos llegaban les hacía multitud de ofrecimientos porque las salvaran.

—¿Qué hijas? —le preguntó Lorenzo lleno de inquietud.

—Amparo y Lola que se han quedado asfixiadas en el segundo cuarto.

—¡Amparo! —repitió en su mente Lorenzo— entre las llamas, o la salvo o perezco con ella. ¡Socórreme, Dios eterno, socórreme! —Y poniéndose el pañito amarrado en la cara, se sumió el sombrero hasta las cejas, se atravesó la manga tomando las puntas con ambas manos y echando mangazos a derecha e izquierda se precipitó a las llamas habiendo echado poco más o menos su cálculo de penetrar por el lado que le pareció más practicable. Todo fue obra de un momento y acabando de tronchar morillos y destrozar latas, avivando el fuego al pasar, en cuatro o cinco brincos penetró frenético hasta el patio, se apagó a mangazos las piernas, dirigiéndose para un lado.

—Uno, dos, éste ha de ser el segundo cuarto —y entró presuroso. Desde luego sacó a Amparo y la puso en el otro extremo del patio adonde no la ofendía el fuego. Volvió por la chiquilla, y al estar en el patio se dijo:

—¿Y qué hago con ésta? Yo no quiero más que una, ya está en salvo y... se la llevaré a su padre.

La aseguró bien con el brazo izquierdo cubriéndole la cabeza con la punta de la manga, mientras con la derecha volviendo a abrirse camino entre las llamas por el sitio que le era conocido, salió corriendo para la plaza, pareciendo un demonio de tantas chispas como se le pegaron. Una porción acudieron a apagarlas, y poniendo a Lola en manos del licenciado que corrió a su encuentro, le dijo:

—Aquí está una —y retrocedió violentamente a meterse entre las llamas.

—La otra, la otra —gritaba el afligido padre.

—La otra —se decía a sí mismo Lorenzo—, me pertenece, échale la bendición, más vale que la llores muerta que descarriada y entró por segunda vez al fuego.

—¿Por dónde saldré sin que los de la plaza lo adviertan? —y empezó a buscar por todos lados, se asomó al segundo corral y apareció a su vista el portillo abierto por los arrieros al otro extremo de una laguna de fuego.

—¡Gracias, Dios mío, yo te bendigo, no me abandones!

Envolvió a Amparo con su chamuscada manga; se acomodó bien su preciosa carga, y atascándose en la lumbre hasta las rodillas atravesó precipitado todo el corral, resistiendo las quemaduras de sus pies, pues desde los primeros brincos empezaron a tostársele las botas que aunque de venado poco resistieron al fuego, y casi descalzo emprendió su retirada saliendo con mil afanes; siguió de frente; rompió con las piernas una cerca de espinos, y penetró en una milpa un gran trecho, descansó su tercio y empezó a echarse tierra en las piernas bajándose pedazos de pantalones y pellejos de las ampollas que al instante se levantaron, punzándole los piquetes recientes y ardiéndole sus quemaduras. Casi a gatas llegó hasta cerca de la casuchita

en que lo esperaban sus criados; silbó, apareció Simón y le dijo:

—Mi caballo, y en marcha.

Montó con mil apuros; regresó a la milpa; le acomodaron en la silla a su encarbonada, y como toda la gente estaba en la plaza mirando el incendio, marchó sin que nadie los hubiera visto, metiéndose por sembrados hasta salir del pueblo, y se remontó en el Cerro de las Torcasas. A poco de que entró segunda vez a las llamas, se hundió la cubierta de las piezas del frente, y todos muy asustados gritaban:

—¡Ya los tapó! ¡Ya perecieron! ¡Jesús les valga! —y otras mil exclamaciones, confirmando sus sospechas en que a pesar de estar todas las miradas fijas en el zaguán, con general zozobra, nadie volvió a aparecer por allí ni nadie se atrevía a imitar el arrojo del hombre extraño que nadie conocía, ni tampoco pudieron averiguar quién era, por lo que compadeciendo a las víctimas miraban con mucha tristeza ir acabándose el fuego, que hasta dos o tres horas después pudieron a fuerza de tierra y agua ir apagando. El licenciado fue alojado en el curato, donde llorando la pérdida de una hija, hacía el mayor empeño por medicinar a las otras dos. Lorenzo, encumbrado en el sitio que le pareció mejor, esperó montado hasta que amaneciera. Como buenos rancheros improvisaron sus criados una barraca con ramas; juntaron hoja seca, pasto de grama; con las armas de pelo quedó hecha una blanda cama en donde se colocó a la niña, y Lorenzo se sentó recostado contra una peña con las piernas tendidas.

—Persoga mi caballo por ahí, Simón, y baja al pueblo —le dijo—, con eso me traes una razón de lo que resulte del incendio, y tú, Chango, anda a ver qué consigues para curar a tu amita, curarme yo y todo lo que ves que nos falta.

—Para su merced tengo remedio; pero para la niñita ignoro lo que será bueno.

—Tráete vinagre, aguardiente; pero primero que todo agua, en fin, infórmate de lo que será bueno para el encajonamiento sin dar en qué maliciar.

—Pierda su merced cuidado.

Sacó dinero de la maleta y ambos cachorros se ausentaron.

—¡Qué desgracia la mía! —se quedó diciendo Lorenzo haciendo aire con su chamuscado sombrero, tanto para que le sirviera a su enferma, como para mitigar sus ardores—. ¿No es una fatalidad, Señor, que a las mujeres que he querido, haya tenido la necesidad de llevármelas a cuestras, averiadas y con riesgo? Una atascándome en el lodo, y otra en la lumbre; aquélla con sus ayes y quejidos, y ésta con su profundo silencio, ambas destrozándome el alma; vaya una contradicción a la vez que muchas coincidencias; las dos casi en pelo he tenido que ocultarlas en los cerros; con aquélla sentía los dolores de mi batacazo; con ésta los ardores de mis quemaduras; aquélla era mi Refugio, ésta mi Amparo, y quién sabe si después de todo me quedo sin ésta como me quedé sin aquélla; parece una muerta, su respiración es dilatada, su pulso está sumamente débil, y si no fuera por el brillo de sus hermosos ojos, y la flexibilidad de sus miembros, juraría que había dejado de existir. Vuelve en ti, adorada criatura. ¡Virgen del Buen Suceso, socórremela! ¡Dios mío, Dios mío, no nos desampares! —y acomodando la cabeza de su amada contra su pecho, extasiado

contemplaba su lívido semblante; le hacía aire, le mudaba posición y no hallaba cómo aliviarla, sin acordarse de sus piernas que casi sólo formaban una ámpula, y en cada piquete una sangría.

—Conque ésta me salga tan tierna y apacible como Clarita la de Pepe; tan hacendosa y mujerota como Camila la de Tacho; tan honrada y curiosa como Mariquita la de Alejo; tan sencilla y candorosa como Lupe la de Juan, seré el hombre más feliz. ¿Y si por desgracia tiene algo de la Elisa de Chepe, qué hago con ella? ¡Ah!, no, ni pensarlo; mira, viejito querido, mira este rostro encantador, estas pulidas facciones, este delicado cutis, en fin, ven a conocer cuál es la verdadera sangre azul, un noble corazón, una niña de buena cuna y familia decente; su abnegación no tiene igual, y hasta increíble parece que este pedazo de mujer posea un alma tan grande. Descansen en paz, hermanos queridos, porque esta Amparo aunque parece un pispirria de amparo, será mi amparo y amparo de todas sus viudas y huérfanos.

Apareció el Chango cargado de muchas cosas, y mientras que Lorenzo hacía oler vinagre a la enferma, le daba frotaciones en los pulsos y cerebro, le ponía lienzos en la frente y se empeñaba en darle aire y provocar su débil respiración, el Chango, desgarrando su camisa, le untaba manteca muy batida en nejalote en las piernas a su amo. Después de reventar las ampollas y fomentar las llagas con el líquido, se las cubrió perfectamente. A corta distancia improvisó su cocina; prendió lumbre; en las ramas de un árbol formó su despensa, y en menos de media hora estaba listo el almuerzo al estilo arriero, tortillas, cecina asada, un poco de arroz, un jarro de atole y semitas, panocha, bizcochos, queso y porción de bagatelas con que podían completar y por el pronto no quedarse con hambre.

—A fuerza de instancias le hizo tomar a Lorenzo alguna cosa, y tanto estuvieron haciendo con Amparo que consiguieron que como a las once del día comenzara algún tanto a recuperarse. Redoblaron sus esfuerzos y después de un largo rato abrió los ojos; los veía muy azorada extrañando todo. Enderezó la cabeza como para quererse parar; pero volviendo a abandonarse, exclamó con voz muy débil:

—¡Jesús me ayude!

—¿Qué tienes, ángel mío, qué te duele, mi vida?

—La cabeza, la cabeza; no la aguanto —y volvió a acostarse.

Siguieron con sus frotaciones, defensivos de vinagre y darle aire, hasta que enderezándose preguntó:

—¿Adónde estoy?

—En mis brazos, Amparito.

—Es verdad —le contestó después de fijarle la vista, y poco a poco le fueron respondiendo a sus multiplicadas preguntas.

Le hicieron pasar algunos tragos de atole, y consiguieron que a las dos de la tarde estuviera restablecida, quejándose de un corto dolor de cabeza y de tener indispuerto el estómago; pero a fuerza de que le diera el aire libre, hacerla andar y comer, se alivió completamente.

De repente se empezó a oír un doble que con tiples muy agudos sin cesar, tocaban en el pueblo y molestaban con su fúnebre sonido.

—¿Por quién doblarán esas campanas que con su triste taftir me parten el alma?
—dijo Amparo afligiéndose.

—Por sus mercedes, niñita —respondió Simón que en ese instante volvió de su mandado.

—Pues, ¿cómo ha estado eso?, cuéntenos —le mandó su amo.

—Toda la mañana hemos estado escombrando y acabando de apagar tizones, hasta que después de las doce nos hallamos en la segunda pieza, en un rincón, dos cadáveres achichinados muy juntitos, un hombre y una mujer; ésos dijeron los señores que eran su merced y la niña, que seguramente cuando iba a sacarla cargada se cayó el techo, se cerró la puerta, ya no tuvieron salida y allí ardieron como brea; los han puesto en la capilla en un mismo cajón, con su tumba y unas velas muy grandotas, y empezaron a doblar en la torre; esto es cuanto yo vi y oí decir a los señores.

—¿Y no viste a mi papá?

—No lo conozco, niñita, y como había tantos mandones.

—¿Pero y mi mamá, mis hermanas?

—De eso también oí decir que todos estaban en el curato, y que ya mero se aliviaban; lo mismo de que se perdieron muchas cosas de la plaza con los acomedidos.

—¿Quiénes serían esos pobres que han pagado el pato? —dijo Lorenzo—, porque tenemos que agradecerles que nos hayan representado cubriendo el lugar, para que no haya duda de nuestro desgraciado fin.

—¡Ah!, ya recuerdo —contestó Amparo—; cuando me retiré a acostar, después de dejar arreglado todo para la marcha del día siguiente, me dieron mucha lástima dos infelices de los que pagan tlaco por quedarse a dormir en los mesones, que estaban en el corredor acostados tiritando de frío, cubiertos con una mala cobija y les dije:

—¡Vénganse, tatitas!, les daré un rinconcito en mi cuarto y les prestaré con qué se tapen.

El hombre recogió un huacal y la mujer un petatito; los acomodé en un rincón dándoles las mantas y fundas de almofrejes para que se acostaran; por no despertar a mis hermanas me medio desnudé, me envolví en un cobertor y me tiré en el colchón que tendimos en el suelo; muy caro han pagado esos infelices mi favor, Dios haya tenido piedad de sus almas.

—En todo lo que ha sucedido —replicó Lorenzo—, veo una mano oculta que nos favorece, sigamos confiando en Dios nuestro destino y adelante.

Sin embargo de estar tratando de distraer a su amada, el doble de las campanitas seguía atormentándola, y pensando en la aflicción que sus padres tendrían, empezó a llorar. Se separó Lorenzo y le dijo al Chango:

—¿Adónde mudaremos nuestro campamento para que esas campanas no aflijan a

tu amita? Mírala llorar como una Magdalena.

—Eso es lo más fácil, señor amo, no más trastumbamos este cerro y luego luego está la cañada; no distamos ni doscientas varas; allí, tapa el cerro, está el arroyo y hay muchas flores.

—Pues muden luego luego sus cachivaches, y allí descansaremos un rato para seguir nuestro camino en cuanto salga la luna a media noche, y por lo que pueda suceder, pon un altar.

Habilitada Amparo de unos zapatones de gamuza muy grandotes, en enaguas blancas muy chamuscadas y un rebocito de siete reales que fue lo único que para ella pudieron encontrar en las tiendas, le servía de apoyo a Lorenzo, que con un bordón en la otra mano, los pies entrapajados hasta las rodillas y su sombrero quemado, con mil trabajos iba encumbrando, retirándose para su nuevo alojamiento. A medio camino Amparo volteaba continuamente la cara para el pueblo y prorrumpía en amargo llanto. Hicieron alto al pie de una encina y le dijo Lorenzo:

—Mira, querida, allí están tus padres anegados en lágrimas lamentando tu muerte; con una sola palabra, una leve indicación mitigas su pesar y les vuelves el gusto y la alegría, nada hay entre nosotros, te relevo de tus juramentos; te devuelvo tu palabra; te dejo en absoluta libertad para que sigas el camino que quieras; jamás desmerecerás de mi amor porque les des la preferencia, recuerda que les debes el ser.

—Sí, es verdad, pero a ti también te debo la vida, tú acabas de ser mi salvador.

—Eso carece de mérito porque lo hice por mi propia conveniencia; en fin, no te obligo, nada te exijo, yo mismo te llevaré a entregar, y tal vez al verte en salvo accederá tu...

—No lo creas, no me atrevo.

—Pues entonces sigue los impulsos de tu corazón; allí está tu padre, y de este lado yo; coge el sendero que te indique tu destino.

Se retiró a una buena distancia sentándose a descansar sobre una peña y la dejó allí solita en la aflicción más grande y el compromiso más fuerte. Volteaba para el pueblo y los dobles de las campanas le hacían muy sensible la pesadumbre de los autores de sus días; miraba a Lorenzo todo quemado; sabía sus tormentos; lo amaba con delirio; le debía la salvación de su vida, y sin embargo no hallaba camino qué tomar; balbució algunas oraciones, se hincó, pidió a Dios socorro, y resueltamente se enredó el rebocito en la cara, dio cuatro o seis vueltas como reguilete, se paró algún tanto desvanecida, estuvo un instante llena de inquietud, y destapándose la cara lo primero que se presentó a su vista al abrir los ojos, fue Lorenzo con semblante triste, asegurando los trapos que le cubrían las quemaduras; entonces volteó para el pueblo derramando un torrente de lágrimas, diciendo:

—¡Adiós para siempre, padres míos! ¡Adiós, queridas hermanas! No he podido hacer más por ustedes, quédense a su suerte; no soy una ingrata, reciban estas lágrimas como mi última despedida; voy a seguir el rumbo que me indica mi destino; me voy con mi esposo a donde nos conduce la mano oculta que nos guía; ¡adiós,

papacito mío! ¡Adiós, mamá querida y hermanitas de mi alma!

Lloró hasta desahogar su pena, se limpió los ojos, y con paso firme llegó a reunirse con Lorenzo y le dijo:

—Soy tuya, Lorenzo, marchemos; tú serás mi padre, mi madre, cuanto hay de más apreciable para mí.

—Y tú mi amparo, mi vida, mi único bien en este mundo.

Se abrazaron, y prosiguieron su marcha cambiando absolutamente de faz y pensamientos, al descender para la cañada, pues era aquel sitio delicioso, brillando el arroyo que serpenteando parecía de plata al darle el sol, entre multitud de arbustos y una amena vegetación que a sus orillas producía infinidad de flores silvestres muy hermosas y abundaban las aves que hacían aquello más encantador con sus variados trinos, a la vez que doradas mariposas vagaban por todos lados.

Entretenidos en alabar cuanto a su vista se iba presentando, llegaron al sitio en que el Chango y Simón habían hecho pie; los caballos estaban en un lado persogados; las sillas en una mala barraca servían de muebles; el primero arreglaba la cocina y el segundo acababa de adornar a su modo el altar que su amo encargó, reducido a que en una peña grande colocaran una cruz improvisada con dos palos, atrancada con piedras por peana; ésta y la meseta llenas de flores, maestranto y otras hierbas olorosas, marcando con otras una especie de alfombra sobre la verde grama.

Así que descansaron un poco se paró Lorenzo, y arrojándose al altar seguido de sus cachorros que al disimulo ocultaban algo, mirándose con muestra de algún plan formado por ellos, le dijo a su amada:

—Amparito, ¿estás convencida de que te amo de buena fe, y de la pureza de mis intenciones?

—Sí, Lorenzo.

—¿Conoces los graves motivos que hay para no poderte presentar en la iglesia y que un sacerdote bendiga nuestra unión?

—Sí.

—Pues sin perjuicio de renovar nuestros votos ante los altares, cuando nuestra existencia no peligre, ni el honor de tu familia sufra menoscabo, ¿quieres que ante Dios que nos escucha, que ve lo que pasa en el fondo de nuestros corazones, que juremos mutuamente amamos hasta la muerte?

—Sí.

—Pues figúratelo pendiente de esa cruz que es el símbolo de nuestra redención, y ante su Divina Majestad me postro y juro por su santo nombre, serte esposo fiel, amante, y recibirte por mi consorte.

—Yo también juro serte buena esposa, y reconocerte como el hombre que el cielo me destina.

—Ésta es mi mano, Amparo de mi vida.

—Y ésta la mía, Lorenzo amado.

—¡Bendícenos, Dios eterno, desde tu celeste mansión!

Y se dieron las manos a tiempo que el Chango le puso a su ama una corona de blancas campánulas, y Simón le presentaba un tosco ramillete con mucho respeto.

—Ustedes son testigos de nuestros juramentos —prosiguió diciendo a sus criados—, reconozcan a mi esposa, ella será nuestro amparo.

—Nuestro Ángel —contestó el Chango—, y permítanos, niña, que besemos sus pies.

—Sí, será nuestra... nuestra madre —prosiguió diciendo Simón—, ya no estaremos solitos; un piecico para este Chango y otro para mí —y ambos se postraron.

—Vengan a mis brazos, hijos míos, yo también los amo porque son amados de mi marido amado.

No cabían de gozo al recibir tanta dicha, y no hallando con qué demostrar su regocijo, exclamó el Chango:

—Si sus mercedes han jurado amarse como marido y mujer, ven acá, Simón, también juremos servirles hasta la muerte.

Y de la misma manera que vieron a sus amos tocar la cruz y postrarse al hacer sus votos, lo hicieron ellos diciendo Simón muy entusiasmado:

—Lo juro y lo retejuro mas que me lleven toditos los de a caballo.

Hicieron sus bodas a la orilla del agua cristalina, percibiendo el aroma de las flores, sintiendo un fresco cierzo que al declinar el sol amenizaba la entrada de la noche. Celebrados por el silbido de los pájaros que ocurrían presurosos a sus nidos, comiendo en una propia cazuelita arroz que sabía a traste nuevo, tasajo asado, longaniza frita, huevos revueltos, tortillas recalentadas, y con unos buenos tragos de vino, semitas y queso, completaron con muchísimo gusto y tranquilidad su opíparo banquete.

Mientras que Amparo curaba a su esposo, el Chango fregó sus trastes y acomodó su recaudo y demás cosas para no dejar nada olvidado al instante de partir; Simón dio agua a sus caballos y los puso en sitio más ameno tirándose en el suelo junto de ellos para cuidarlos con su machete entre las piernas, recogándose todos a dormir. En cuanto cerró la noche, como a las cuatro o cinco horas entró Simón en la barraca que custodiaba el Chango, recostado contra una peña con su carabina lista.

—Señor amo —dijo—, ya salió la luna, ¿ensillo?

—Sí —le contestó su amo—. La silla del Chango pónsela a mi *Tortuguillo*, y con la mía adereza al *Pies de Plata*, para que tu compañero que tiene sus dos brazos completos lleve a la niña.

Y antes de media hora, Simón por delante lleno de trastes y tompeates, el Chango con su ama en la silla muy abrigadita y Lorenzo por detrás cubriéndose las piernas con las armas de pelo para evitar un antellevón con los matorrales, muy paso a paso emprendieron su silenciosa marcha alumbrados por una hermosísima luna. Hasta llegar poco antes de amanecer al cerro de Irimbo, descansaron entre un espeso encinal que domina el huizachal de Jaripeo el Grande; allí pasaron lo mejor posible el

día y continuaron en la noche hasta que llegaron al Cerro de la Culebra en donde apeándose, dijo Simón a su ama, conduciéndola para adentro:

—Tome su merced posesión de su palacio como nuestra reina y señora.

—¡Viva nuestra reina! —gritó Lorenzo.

—¡Viva! —repitieron los criados, a tiempo que la guardia también la saludaba con una descarga de ladridos y retreta de fiestas que era el modo de demostrar su regocijo de los cuatro hermosos mastines que servían de conserjes. Cuando Amparo se instaló, digámoslo así, en una de sus moradas, sus padres a dieciocho o veinte leguas emprendieron su camino para Morelia poniendo más tierra de por medio, llenos de dolor y lamentando la temprana muerte de su hija, que suponían dejar enterrada en unión de su libertador, en un sepulcro nuevo que en el acto se construyó en Coroneo después de haberles hecho unas clásicas exequias.

En cuanto Lorenzo pudo montar a caballo, siguió con Amparo más adentro del Valle transportándola a la cañada del Capirio, donde el Chango la declaró la diosa de aquella solitaria estancia, y luego fue conducida al rincón de Coporillo donde al tomar posesión, la proclamó su marido la deidad de tan amena como fértil mansión, y he aquí por qué era de aquellos hombres su reina, diosa y deidad.

Desde luego eligió para su traje, el que para estar oculta en aquellas montañas le pareció más llevadero y propio para evitarse los piquetes de los moscos y otros insectos, como soportable para el calor; usaba unas botitas de gamuza color de tierra, sus pantalones de crea o bramante de mameluco con sus jaretas recogidas en la garganta del pie, una especie de bata con manga ancha, ajustados los puños que cerraba en el pescuezo y le llegaba a las rodillas, de género ligero ceñido con un cinturoncito de seda con su hebilla, su delantal con sus bolsas. Peinada sencillamente de dos trenzas sueltas o recogidas con horquillas, un cordón negro lazado en su cuello del que pendía un reloj que guardaba en el seno, y remataba su traje un sombrero de bejuco de ancha falda adornado con listones negros; en un instante aprendió a montar a caballo como hombre, subía y bajaba por aquellos sitios, brincando sartenejas y haciendo mil travesuras en el Pies de Plata, que se le destinó; lo mismo que a manejar las armas de fuego, que luego que les perdió el miedo le servían de diversión favorita. Le compró Lorenzo una escopeta ligera de dos tiros, con su bayoneta de muelle y todos sus avíos provistos de pólvora y municiones, incluso un cuchillo de monte; su gusto era internarse en lo más boscoso acompañada de cuatro o cinco perros que no la abandonaban, matar alguna pieza mayor para que cuando su marido viniera a comer, presentársela cazada y guisada de su mano. Los cachorros, desde que hizo su residencia en Coporillo se los dividieron, el Chango se quedó con ella, y Simón acompañaba a su amo; emprendía largas excursiones, y no pocas veces se extravió entre tanto breñal; pero los perros la sacaban de los laberintos en que se metía. Cuanta flor extraña, planta bonita o aromática encontraba las trasplantaba en su jardín, lo mismo que cuantos nidos de pájaros podía recoger. Criaba a los polluelos y los enseñaba a silbar, de modo que reunió en menos de cuatro meses cuanto pudo

para embellecer el edén de la deidad. Aunque al principio tuvo algunas calenturas muy pronto se apaninó. El nuevo género de vida que aceptó, tan contrario al que antes había tenido, la hacía sudar, fatigarse, comer con apetencia, dormir bien, y aunque tostada la cara y manos por el sol, se puso muy robusta; sus miembros se desarrollaron, y todo el día estaba ocupada en las atenciones de la casa, cuidar sus animales, cultivar sus flores, enseñar a sus pájaros. Salía a pie o a caballo con su escopeta, demás avíos y sus mastines a expedicionar monte arriba, de donde siempre traía o más que comer o más bellezas para su huerto. Todo estuvo bien mientras pudo marotear; pero se sintió embarazada y comenzaron ocupaciones de otra clase y algunos tétricos pensamientos que le hicieron verter no pocas lágrimas en secreto, cuidándose mucho de que su esposo no las notara.

Éste nunca olvidó su costumbre de ir a visitar el sepulcro de su padre adonde se empeñó Amparo a acompañarlo algunas veces, y ambos después de orar por su alma, le contaban su dicha y el bienestar que gozaban. Siguió creciendo su embarazo; llegó su término, y sin más asistencia que su esposo y el Chango salió felizmente de su cuidado, dando a luz un niño muy grande y muy robusto, y si para atenderla no les pareció bien ocupar a ninguna persona por no dar a saber a nadie su existencia en aquel cerro, menos podían presentar la criatura para bautizarla a la parroquia, aplazando la ceremonia para más tarde mientras se proporcionaba modo de bajar al pueblo y efectuarlo. Siguió todo perfectamente, se levantó Amparo de la cama, se bañó, comenzó a sus antiguas tareas y nueva ocupación con su chiquillo; el Chango lavaba los pañales, planchaba su ropita y desempeñaba de pilmama; pero de repente se enfermó el niño y ninguno sabía curarlo; antes que otra cosa sucediera cargó Lorenzo con su hijo, lo siguió Amparo; Simón y el Chango llegaron al arroyo de los Leones que estaba inmediato, y les dijo:

—Bautícenme a este niño, Simón, tómallo con tu brazo, y tú, Chango, échale el agua.

—¿Cómo se ha de llamar, señor amo?

—Juan Bautista, como su abuelo, y porque en algo parodie al precursor del Mesías.

Hincó Simón la rodilla izquierda junto al agua, y en la derecha que tenía levantada, descansó Lorenzo al niño sobre su muslo, lo abarcó Simón del pechito; el Chango le descubrió la cabecita y con toda solemnidad, tomando con las dos manos aquella agua cristalina le comenzó a echar con cuidado, diciendo:

—Juan Bautista, yo te bautizo en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo.

—Amén —respondió Simón.

Le enjugaron el pelito, y devolviéndoselo a su amo dijeron:

—Está su merced servido.

—Gracias, queridos compadres, Dios les pague su caridad.

—Ahora mas que se muera ya estoy tranquila —dijo Amparo—; vámonos, no le

vaya a perjudicar el aire. Compadre Chango, arrópalo con tu manga.

—Con mil amores; venga, mi hijo, sí, mi hijo.

—Nuestro —replicó Simón.

—De los cuatro —agregó Lorenzo—, para que no haya disputas —y dándole el brazo a su esposa se volvieron a la casa en donde con varios medicamentos improvisados se alivió Juanito que ya no los volvió a poner en cuidado y se crió muy sano y rollizo.

El Chango lo destetó, y tanto él como Simón se empeñaban en educarlo.

—Yo la verdad quiero —decía este último—, que salga un buen charro de a caballo; préstalo, le daré una vueltecita para que se vaya ingeniando —y se lo llevaba a andar hasta que se dormía o fastidiaba.

—Y yo deseo que salga muy hombre; échale un corte a ese bicho, Changuito —y el niño meneaba su bracito como si tirara un machetazo —dale un puntazo—; y también hacía el movimiento, o si le daban algo con que ofender lo hacía de veras. —Póntele feo— y abría los ojitos y apretaba la boca con coraje.

—Dale a tu tata —le mandaba Simón—, una desmechada —y también lo hacía; entreteniéndose así con su ahijado, cada cual seguía su plan de educación del que Lorenzo hacía poco caso sólo exigiendo que no le dieran frutas ni golosinas y que lo dejaran andar al aire libre y travesear a sus anchuras, con lo que se iba desarrollando velozmente.

Ya iba a cumplir tres años cuando Amparo volvió a sentirse enferma; tenía cosa de cuatro o cinco meses de grávida; al ir el Chango por agua al arroyo, sorprendieron ios perros que lo seguían a una leoparda que con su cría había bajado sedienta; huyó muy azorada; pero los perros cazaron a su chicuelo, se los quitó el Chango muy lastimado de las mordidas, y llegó muy ufano a enseñárselo a su comadre; ésta empezó con mucho esmero a curarlo, darle leche. Empeñada en criarlo se le puso su collarcito con su cadena, y en un sitio a propósito se colocó: de día estaba el leopardito muy quieto; pero por las noches aullaba y daba mucha guerra; los tatas, primero olfateando y después a sus gritos, se arrimaban hasta la cerca; los perros se alarmaban y se armaba un escándalo de los demonios, no bastaron tiros ni cuanto inventaron para ahuyentarlos, todas las noches era el mitote con los leopardos. Un día Juanito se arrimó a darle un corte costeño con una varita y se le arrojó dándole un arañazo en la manita; salió Amparo asustada al oír gritar a su hijo, y al verle salir sangre le dijo a Simón:

—Mata a esa fiera.

No se lo hizo repetir, pues indignado también, venía lleno de rabia con esa intención; le dio un garrotazo en la cabeza, y quitándole el collar lo fue a colgar por el rumbo en que se acercaban los tatas para que viéndolo muerto ya no volvieran a estar molestando; algún efecto surtió el remedio, se retiraron; pero de vez en cuando se aparecían por allí.

Iba Amparo muy distraída empeñada en cazar un gavilán que le robaba sus

pollos, y sin sentirlo llegó al arroyo de los Leones en donde estaban juntos el leopardo y su hembra. Los perros siguieron a ésta que se emboscó a tiempo que Amparo dejó ir un tiro y el macho se encaramó en una ziranda parándose en una rama que se vencía con su peso, poniendo unos ojos que parecían de fuego, asomando los colmillos, esponjando el pelo y sacando las uñas. Amparo asustadísima recordó que el tiro que le quedaba sólo tenía munición delgada, y luego luego trató de echar al cañón una o dos balas sueltas encima, las sacó de su talega y por no perder de vista a la fiera, que en cada oscilada de la rama le parecía que se iba a arrojar encima, a tientas echó las balas en el cañón descargado picándose la mano con la punta aguda de su bayoneta: de repente oyó un ruido por detrás entre los matorrales, quiso voltear presurosa, se le atoró un pie entre las peñas y cayó de espaldas dándose un fuerte sentón contra las piedras.

—No hay que asustarse, valiente amazona —dijo Lorenzo que al llegar a su casa oyó el tiro, muy cerca del camino que traía pasó la leoparda acosada por los perros y supuso lo que en aquel acto acontecía, por lo que sacando las pistolas de su boquerillo arrancó a pie, cortando camino por los breñales para el arroyo.

—Párate, mi vida —y la alzó de un brazo—, toma esta pistola y despacha a ese animal.

—Aquí tengo mi escopeta.

—No, porque la cargaste mal, desde antes de llegar lo advertí, toma y apúntale con calma.

—Qué calma, mira, mira, ya mero se nos echa encima.

—No, mujer, no ves que la rama se le cimbra y no encuentra apoyo en las patas para emprender el brinco, antes de que lo pueda verificar aprovecha su falsa posición; no tiembles, ten serenidad.

Apuntó y le pegó en el centro del pecho, se clavó de cabeza la fiera dando un rugido y cayó al suelo cirniéndose con las ansias de la muerte.

—Remátala con tu bayoneta, anda, anda.

Se acercó todavía llena de miedo y por su codillo le dio dos o tres metidas, toda temblorosa, hasta que dejó de menearse.

—¡Bien, querida, bien!, toma tu gala —y la abrazó lleno de gozo, pero ella abandonándose en sus brazos se puso lívida diciendo:

—¡Jesús, Jesús, no sé lo que me pasa, sostenme porque me muero!

Por un lado cayó la escopeta, y flaqueándole las piernas se rindió; la alzó Lorenzo en peso y se arrimó al árbol, conociendo desde luego el anuncio de un mal parto; pegó dos o tres fuertes silbidos y al instante apareció Simón a caballo.

—Presta tu manga que traes en los tientos.

—¿Qué ha sucedido? —exclamó sorprendido mirando por un lado tirado al leopardo y por otro a su ama—, ¿qué este maldito tal vez?...

—No, sino que el susto y un golpe que se dio son la causa de un mal parto; recoge esas armas, llévate a ese animal para que el cuero sea la memoria de su

triunfo, y vámonos.

Envolvió a su mujer con la manga y cargó con ella todavía medio desmayada.

A poco de haber llegado a la casa fue el aborto, arrojando a la criatura medio muerta, le echó el agua Simón y después fue a enterrarla a Jungapeo, atacándole a la pobre paciente una continuada hemorragia que a todos puso en mayor cuidado. Aunque algo sirvieron algunas medicinas de don Cleofas a quien fue a consultar Lorenzo, era indispensable la asistencia de otra mujer, y no teniendo de quien disponer después de ser el *todo* de tantas, mandó a Simón a mata caballo con una carta para su hermana Anita que estaba hasta Tepustepec. Luego se puso en camino con Ángel su esposo. Simón los guió por donde se le indicó para entrar al Valle sin ser vistos, y ya hubo una persona de entera confianza que se dedicara a cuidarla con mucho esmero hasta que quedó completamente sana. Congeniaron mucho, se querían bien las dos hermanas; la presencia de Ángel en el rancho no era muy precisa, porque don Antonio con un pie de palo tenía aquello asistido, y ya se quedaron viviendo allí también ignorados, teniendo Juanito otro nuevo maestro en su tío Ángel que también quería educarlo a su modo, haciéndole ir olvidando las lecciones de sus anteriores preceptores.

Amparo siempre que tenía algún pesar lo desahogaba yéndose a llorar a excusas al arroyo u otros puntos solitarios; primero le causaba aflicción su hijo, pues cuando se enfermaba estaba contenta pensando en que se moriría, y en cuanto se aliviaba seguía en sus pensamientos tétricos. La sorprendió llorando su esposo y ella le dijo:

—Lloro porque pienso en el porvenir de esta criatura, ¿cuál es la suerte que le espera? Hijo de una madre ignorada, de un padre que está rodeado de enemigos, criado entre estos bosques y...

—Y es mucha bobera tuya que solita te estés amargando la existencia, ¿no estabas resuelta a confiar en Dios y seguir obedeciendo el camino que esa mano oculta tiempo hace nos está indicando?

—Sí, pero...

—Para la fe ciega no hay peros, no empieces a flaquear, Dios es muy grande y jamás abandona a sus criaturas —y por este lado le dio la contra hasta que logró tranquilizarla.

Después la puso con mucho cuidado un pedazo de impreso que envolviendo especies de la tienda llegó a sus manos, y era nada menos que el decreto expedido en Morelia proscribiendo a su marido y ofreciendo seis mil pesos por su cabeza. No se atrevió a darse por entendida; se lo contó a sus compadres en secreto; todos lo cuidaban mucho; Simón no se le separaba un instante, sino que desconfiaba de cuantos se le acercaban, y el Chango, mandado por Amparo, continuamente sin que Lorenzo lo advirtiera andaba escoltándolo también; si por algún motivo se dilataba, Amparo bañada en lágrimas, encomendándolo a todos los santos del cielo, pasaba horas llenas de amargura y los cachorros también participaban de sus penas, hasta que una noche la cogió *in fraganti*.

—Esto ya es insufrible, querida —le dijo Lorenzo—, tus lágrimas son para mí muy preciosas; ¿qué te aflige, cuál es el motivo de tu llanto?

—Éste —le contestó presentándole el pedazo de decreto.

—Sí, señor amo —dijo el Chango—, ese maldito papel nos tiene llenos de pesadumbre.

—Y nos está matando —agregó Simón.

—¡Vaya una niñada! —replicó Lorenzo—; si hubieran tenido confianza en mí, me hubieran dicho lo que pasaba y yo los hubiera tranquilizado; pero en el delito llevan la penitencia.

—¿Entonces no ignoras que ofrece el gobierno?...

—Tan no lo ignoro que miren ustedes media docena de decretos que hemos dedicado mis *todos* y yo para servilletas.

—Pero si aquí claramente te condenan, te declaran traidor y...

—Y aquí abajo está la filiación del proscrito; lee, mujer, lee recio para que tus cachorros comprendan el negocio; nos hemos reído de tal disposición, y ya te dije cuál ha sido el resultado, que todos esos papeles han sido condenados a los comunes.

Leyó Amparo, y al relatar la filiación se restregaba el Chango las manos de gusto, diciendo:

—Me alegro, me alegro, a mi me llama ese papel, lléveme su merced luego y que el gobierno me corte la cabeza; recoja usted, señor compadre, el dinero, porque ésa es mi voluntad que sea para mi hijo, para mi precioso Changuito. Mañana, ahora mismo, vámonos para Morelia, señor, vámonos y que nuestro ángel no vuelva a llorar.

Simón miraba lleno de envidia el gusto de su compañero, y preguntó con tristeza:

—¿Que no dicen ahí que es manco, niñita?, porque entonces mejor yo iré.

—No, no dice eso —replicó el Chango—; a mi solo me han retratado, y yo he sido dende queaque el coronel Astucia, cuando los amos me dijeron que era yo tompeate en el rancho de San Victoriano, y el gobierno me conoce muy bien.

—Es verdad que fuiste tompeate, pero tú aquí haces más falta, sabes tocar la trompeta, el niño te extrañará, sabes cocinar; en fin, señor amo, lléveme su merced a mí que no tengo a quién hacerle falta, y también quiero que esos miles de pesos y la huertita que ya conoce sean para el chimporrondingó de mi hijo.

—No hay más remedio sino que su comadre decida; a mí me toca ese decreto por ser el coronel Astucia, al Chango por la filiación, y a Simón porque quiere reemplazamos, que ella disponga a ver quién va a presentar su cabeza.

—Ninguno —respondió Amparo—, al Coronel no le toca porque no es como la filiación; aunque el Chango tiene las señas no es Astucia, y de Simón no hay quien se acuerde.

—¿Luego podemos estar seguros de una traición?

—Claro está.

—Pues entonces que cesen esos cuidados, lágrimas y padecimientos —y se rió a carcajadas de sus apuros.

Capítulo XXVIII

La visita del señor Gobernador. El coronel Astucia. Sustos tras de sustos. Término de la visita. Feliz descubrimiento

En este estado estaban las cosas y Amparo muy restablecida de sus males, cuando tuvo el coronel Astucia noticia del nuevo gobernador que se dirigía al Valle a practicar una visita. Renunció a sus *todos* y, como siempre, paró en que después de mil disputas todos dejaron a que el Coronel dispusiera lo que le pareciera. Se informó de que venía con trescientos hombres, y al llegar a Tajimaroa, le remitió una comunicación en estos términos:

Seguridad Pública del Valle. Servicio Nacional.

Excmo. señor Gobernador:

Ha llegado a mi noticia de que a la cabeza de un fuerza armada viene S. E. a practicar una visita en este Valle; con muchísimo gusto será recibido si sin carácter hostil se nos presenta. Sólo las tropas del gobierno han sido las que aquí han cometido mil excesos y depredaciones, y por lo mismo como Jefe de la Seguridad y único responsable de la tranquilidad pública, suplico a S. E. se digne presentarse solo, para no provocar un lance que tal vez ocasione fatales consecuencias. Protesto a S. E. las consideraciones de mi adhesión y respeto.

Dios, Libertad y Federación, etc.

Astucia

—¿Qué dice usted de esto, señor secretario? Parece que al tal Coronel no le gusta mucho nuestra visita —dijo el Gobernador.

—Eso ya me lo esperaba yo; como se ha entronizado por esos rumbos, canta gordo desde su muladarcito.

—Sin embargo, yo creo que no carece de razón; si sólo las tropas del gobierno han venido por aquí a trastornar el orden, claro está que esta gente está escarmentada y muy predispuesta.

—Ésos son pretextos para azorarnos y que no lleguemos, la autoridad debe hacerse respetar sostenida por la fuerza de las armas.

—No es ésa mi doctrina, señor secretario, la autoridad debe apoyarse por la ley y ésta por la razón y la justicia, empleando sus armas para que sostengan al poder; pero no para que busquen odio con los pueblos que gobierna.

—Sin embargo, seguiremos otra jornada, que en caso de que sea conveniente, fácil es mandar retirar a la fuerza.

—Sí, no vaya a ser esto una estratagema de ese viejo zorro del Coronel, para que al encontramos sin defensa nos eche el guante.

—Pues avise usted que monten, vamos a aprovechar este nublado y llegar a Túxpam.

—¿Qué sucede? —preguntó el Coronel a un indio que apareció por los sembrados de Santa Ana.

—Que ya viene el señor Gobernador más acá del puente de Irimbo, por el encinal de dos cerritos.

—¿Y viene solo?

—No, señor, con sus tropas.

—Pues toquen la campana grande y que se reúna la gente.

En un instante estaban juntos en la plaza todos los vecinos, les impuso silencio y mandó con energía:

—Todo el mundo se va al cerro a ocultar a los mogotes o se encierran en sus casas, y no bajen ni abran a nadie, hasta que oigan tocar la esquila chica; el que no cumpla mis órdenes lo cuelgo de un fresno de éstos, sea quien fuere; trote y no pierdan tiempo.

Luego luego comenzaron a cerrarse tiendas y casas, y mucha gente corría para el cerro suponiéndose mil funestidades. En menos de un cuarto de hora quedó todo aquello escueto y triste. Se fue seguido de Simón por todo el camino real a encontrar a los visitantes; se ocultó a pie en un sitio a propósito para ver sin ser visto; fue poniendo cuidado a todos los que pasaban y dijo:

—Todas son caras extrañas, no hay cuidado.

Volvió a montar a caballo y al trote los alcanzó y fue pasándolos, tocándose el sombrero al adelantar al Gobernador, a su secretario y al jefe de la fuerza, que iban adelante.

—Sería bueno —dijo este último—, que mandáramos un explorador a dar un vistazo, no sea que se descuide la descubierta y vayamos a metemos a la lumbre.

—¿Pero a quién mandamos? —contestó el Gobernador— ninguno de los que nos acompañan sabe estos terrenos y...

—A ese que acaba de pasar —dijo el secretario—, parece un buen pazguato según su presencia.

—Dice usted bien —y tocó el Gobernador las manos; volteó la cara Lorenzo y preguntó:

—¿A mí?

—Sí, a usted, amigote, dispéñeme que le interrumpa su camino.

—Usted mande, caballero.

—¿Para adónde va usted?

—A alcanzar mis mulas que van adelante y a cargar aguardiente a Púcuaro.

—Yo quisiera que si no le sirve de molestia me hiciera un favor, amigo mío.

—Mande lo que guste, caballero, me ha soltado una prenda que yo respeto mucho, esa palabra amigo me compra, y le estimo su bondad.

—Pues bien la repetiré: amigo mío, hágame favor de ir en un galopito a Túxpam a ver cómo está aquello, no sea que nos den un susto; yo soy el Gobernador del Estado, y vengo...

—Perdone S. E. si lo he tratado con llaneza, y reconózcame como a su súbdito y criado, dispéñseme si pensé tener un amigo más entre mis amigos y...

—Y se lo sostengo, amigo mío.

—Voy volando, señor, y mientras vuelvo arríñese S. E. en aquel recodo y sombreense tantito; no dilato. Mira, Simón, vete derecho y le dices al cargador que jaten en el Buen Suceso y allá me aguarden.

—El mandado cogió camino recto, y él metiéndose por los huizachales, partió como rayo delante de todos, diciendo:

—No dilato, señor Gobernador —y cuando estaba lejos repitió—: No dilato en entompeararlo.

A poco rato apareció con el caballo muy sudado y les dijo:

—Puede pasar S. E. sin recelo, ni una alma aparece por el pueblo, no hay ningún riesgo.

Platicando con ellos entraron a Túxpam, y efectivamente no había ni perros que ladraran. Se metió el Gobernador debajo del portal de la tienda de doña Tula muy fatigado del sol, y la tropa en la plaza renegaba del calor.

—Qué malo está esto, amigo...

—Lorenzo Cabello, su criado y servidor.

—Amigo Lorenzo, esto es un verdadero desaire.

—Sí, señor, desaire.

—Lo de menos era mandar descerrajar esas puertas, ¡caramba!, pero se diría que el Gobernador empieza a cometer excesos y la verdad no sé qué hacer, éste es un lance muy comprometido.

—Sí, señor, comprometido, y si S. E. quiere recibir un mal consejo...

—¿Cuál, amigo Lorenzo, cuál?

—Que nos pasemos de largo hasta Santa Catarina, allí hay más recursos y local para su tropa, pues como hacienda hay semillas, macheros y galeras.

—¿Pero y si también me cierran las puertas?

—Las romperemos si tal cosa se atreven a hacer, porque creo que no se pedirá nada de balde, y si hay exceso será contra un particular, no contra un pueblo.

—Dice usted bien, marchemos. —Y continuaron de frente. Antes de llegar se adelantó y previno que ninguno dijera que él era el coronel Astucia. Llegó el Gobernador; se aposentó en la vivienda principal y la tropa en las trojes, y cuando ya quedaron todos acomodados se entró a despedir diciendo:

—Ya dejo alojado a S. E. y con su permiso me retiro: en las mesas de Tepustepec tiene S. E. un pobre rancho y un inútil amigo y servidor.

—Hombre, don Lorenzo —le contestó el Gobernador saliéndose cogido de su brazo para el corredor—, no me abandone, dice que estima la palabra amigo en todo su sentido, y yo quiero ver hasta qué grado aprecia mi amistad; estoy en tierra extraña, mal recibido por lo que usted ha visto, y su compañía me haría falta; si por acompañarme se resienten sus intereses, yo los indemnizaré; en fin, ¿para cuándo son

los amigos, don Lorenzo?

—Para cuando se necesiten, señor Gobernador.

—Pues yo necesito de mi amigo Cabello.

—Estoy a sus órdenes, pero deme licencia de ir en un galope a mandar que mis arrieros sigan de frente, darles unas libranzas que traigo para la fábrica; que vayan haciendo cargas, y pronto me tendrá S. E. a su lado.

—Corrientes, ya lo espero con impaciencia.

Se retiró para el pueblo; mandó tocar la esquila y en un instante todo quedó en el estado de antes, regresando el Coronel en una magnífica mula de sobrepaso para infundir más confianza.

—Qué carácter éste de nuestros rancheros tan franco y qué gente tan servicial —decía el Gobernador a su secretario al ver entrar al Coronel—, en un instante cuento con un hombre que mucho me ha de servir, sólo por haberle dicho amigo mío; ya se ve, no trastornan ni dan sentido contrario a las palabras, estos rancheros son de pan pan, y vino vino, no traicionan a su corazón, ni ocultan su modo de pensar, tengo algo más que simpatía por este hombre, lo considero ya como amigo, y amigo verdadero.

Después de que estuvieron platicando de cosas vagas, se los sacó a dar una vueltecita por el campo, y recayó la conversación sobre Astucia.

—Es un pícaro —dijo el secretario—, que emancipándose, se ha entronizado aquí sin obedecer a nadie, por eso con justicia se ha declarado fuera de la ley proscribiendo su cabeza.

—Ésa es una de tantísimas aberraciones —replicó el Gobernador—, como ha cometido mi antecesor y ha hecho cometer al Congreso con su genio fogoso y poco reflexivo; hasta ahora veo que para sofocar un incendio se le echen combustibles; quién sabe cuáles serán las consecuencias de tan descabelladas como locas disposiciones.

—Es que el tal Astucia por sus hechos es un bandido —dijo el secretario.

—Poco a poco, caballero —le contestó Lorenzo—, repórtese en hablar; ese coronel Astucia tiene aquí ganadas todas las voluntades; esta gente es muy celosa y si oyen que hace de él malas ausencias, nada les supone darle a usted un dagazo como por vía de diversión, reciba mi consejo y obre con prudencia.

En conversaciones extrañas entretuvieron el tiempo, y conociendo que no retiraría el Gobernador sus tropas, quiso darle un susto para obligarlo a quedarse solo o retirarse sin practicar su visita; dio sus órdenes y mandó a Simón prender su luminaria en el Cerro de la Culebra. Al estarse desayunando al otro día, entró el oficial que daba la guardia, diciendo:

—Esta comunicación para S. E.

La abrió el Gobernador y en voz alta leyó:

Seguridad Pública de Quencio. Servicio Nacional.

Excmo. señor Gobernador:

Sin embargo de haberle ayer suplicado que retire sus tropas, y de hacerle presente la responsabilidad que sobre

mi pesa para conservar el orden público, ha tenido la audacia de penetrar en el Valle, seguido de fuerza armada, haciendo poco caso de mis políticas prevenciones. Ya mis muchachos están listos, y si S. E. no viene con carácter hostil, evite provocar un lance del que no saldrá muy bien librado; quédese solo con su secretario y criados, pues si teme que no sea respetado su carácter y alta autoridad, le mandaré desde uno hasta mil hombres para que escolten a su persona. Mal puede, Excmo. señor, un amante padre, presentarse a su casa a visitar a sus hijos saludándolos con las puntas de las lanzas, el filo de las espadas, y las bocas de las armas de fuego; huirán despavoridos al monte a ocultarse entre las fieras, o le darán con las puertas en la cara, como lo han hecho los pacíficos vecinos de Túxpam. No insista en su capricho, porque como encontró ese pueblo, hallará todo el Valle, pues prefiero que mis subordinados se oculten de su presencia, antes que faltarle disparándole sus armas; cumplo con mi deber al hablarle a S. E. en estos términos, y le recomiendo las consideraciones de mi respeto.

Dios, Libertad y Federación, campo de Ocurio, etc.

Astucia

—Tiene razón este hombre, soy un audaz; de bueno se ha pasado con no habernos puesto por ahí una emboscada por necios; pero ya estamos aquí y yo no hallo cómo enmendar mi torpeza, lo de menos es retirar a la tropa; pero eso a más de que nos expone, entendería ese señor Coronel que tengo miedo al obedecer desde luego su intimación; por otro lado no quiero provocar una contienda, ni menos sufrir un público desaire como el de ayer.

—Pero también —advirtió el secretario—, creo que no debe exponerse S. E. quedándose absolutamente a disposición del dicho Coronel; los antecedentes que hasta ahora tenemos no nos dan ninguna garantía, tal vez esos amagos son a consecuencia de su incapacidad; tiempo ha tenido de estorbarnos el paso, y eso que dice de mandar desde uno hasta mil hombres para que nos custodien, no pasa de fanfarronada y fatuidad.

—¿Qué casta de hombre será este Coronel?

—Un sureño de esos macheteros que todo lo componen a tajos y puntazos según nos han dicho.

—¿Y usted, amigo don Lorenzo, lo conoce?

—Sí, señor, como a mis manos, es mi amigo y me dispensa su aprecio; todo eso que dice en su oficio es muy cierto, sólo las fuerzas del gobierno han venido aquí a trastornar el orden, la gente que tiene pasa de mil hombres muy diestros en el manejo de sus armas, y si no les ha dado por ahí su sustito será porque no ha querido.

—Pero ¿sus antecedentes merecen alguna fe para dar crédito a sus palabras?

—Yo por lo menos sí la tengo, pues basta que haya sido el jefe de los Hermanos de la Hoja, para que todo el mundo lo haga formal.

—¿Quiénes son esos Hermanos de la Hoja? —preguntó el secretario.

—Fueron unos cuantos charros que comerciaban en la rama u hoja de tabaco.

—¿Es decir, contrabandistas?

—Sí, señor secretario, contrabandistas que al fin cayeron en la trampa y tuvieron un fin muy desastroso.

—Como todos esos bribones que tarde o temprano satisfacen a la vindicta pública. ¿Y cómo escapó este sujeto?

—Por un milagro, no sin conservar en su cuerpo las cicatrices de cerca de sesenta

heridas que se curó en la cárcel de Tlaxcala, de donde fastidiado pegó el volido hasta venir a guarecerse a los bosques de este retirado Valle.

—¿Conque para mayor recomendación es un prófugo de la cárcel pública?

—Sí, señor.

—Pues nada de eso consta en el expediente donde están antecedentes muy diversos.

—Ésos serán cuentos.

—Pues usted sabe lo que hace, señor Gobernador, a las malas noticias que teníamos agregue lo de contrabandista y prófugo de la cárcel; el hombre huyendo de la justicia ha encontrado modo de defender su cabeza entronizándose aquí, y no ha sido tan descabellado el decreto de su proscripción.

—Yo tengo formado otro juicio de esos Charros que dice don Lorenzo; un discípulo mío estuvo de suplente en Huamantla, y me contó no sé qué originalidades de ese Astucia que hasta ahora, atando cabitos, hago memoria de sus hechos; y si usted, amigo Lorenzo, me aconseja que le dé crédito a sus palabras, de buena voluntad me entregaré en sus manos.

—No sólo se lo aconsejo, señor, sino que usando de la buena amistad que se ha dignado S. E. dispensarme se lo exijo en bien de su propia seguridad.

—Pues lo acepto si usted me escuda personalmente; seguiremos aún con esa tropa a ver si se nos presenta el Coronel con la suya, entraremos en explicaciones y ya no será tan denigrante retirarla, porque ya ve usted, amigo, mi carácter, la autoridad, y el amor propio hasta cierto punto se resiste a acceder desde luego a las exigencias del Coronel; avísele usted al jefe que mande montar y vamos a ver qué sucede, señor secretario.

En cuanto éste salió siguió diciendo:

—Cuento con su socorro, amigo Cabello, confiado en su amistad me...

—Cuenta S. E. conmigo y le aseguro que no correrá ningún riesgo.

—Ya está todo listo —entró avisando el secretario, y guiados por Lorenzo que iba por delante se internaron en los mogotes. Al estar al pie del cerro de Ocurio retrocedió Lorenzo alarmado diciendo:

—Mire S. E. cómo está la cumbre coronada de gente —y como trescientos hombres aparecieron disponiendo sus armas que reverberaban con el sol. Todos muy azorados fijaron la atención.

—Nos encumbramos tantito en este cerrito pelón —prosiguió hablándoles, y en cuanto estuvo el Gobernador arriba le dijo:

—Ya nos cortaron la retirada; miren cómo brillan los fusiles entre los huizaches y parecen borregos como blanquean en la loma de los Chinapos. —Y no les cupo duda de que como seiscientos hombres estaban en línea por toda la orilla del río y la loma por donde habían pasado.

—Ya no nos queda más que una salida —exclamó Lorenzo—, faldearemos el cerro por el rancho de los Burgoas; el que quiera salvarse que me siga.

Enderezó su mula para la cuesta abajo y cogió la ladera vecina corriendo; todos lo siguieron y antes de llegar al plano sentó su mula gritando:

—Estamos encorralados.

—¿Por qué? —preguntó el jefe de la tropa.

—Porque aquí está tendida en la falda toda la caballería; asómense con precaución.

El Gobernador fue el primero y vio como otros trescientos hombres montados, formados en batalla.

—¿Qué hacemos, amigo Lorenzo?

—S. E. disponga, por aquí ni los huesitos nos truenan.

Los soldados *motu proprio* todos desordenados empezaron a sacar sus mosquetes y a alistarlos, y lo mismo hicieron los del cerro; no faltó quien apuntara para arriba y entonces todos tendieron sus fusiles apuntando para ellos. Lorenzo indignado se acercó al Gobernador diciéndole:

—Señor, la amistad me autoriza, mande a esos hombres que retiren sus armas, están provocando a la Seguridad Pública, un tiro de cualquier necio indiscreto compromete la existencia de todos.

—Que retiren sus armas, señor comandante, ¿quién les ha mandado prepararlas?

Mandó el jefe retirarlas, al instante los del cerro descansaron las suyas y Lorenzo prosiguió:

—¿Qué sucede, señor Gobernador?, prescinda de su orgullo, no también quiera por una vanidad comprometemos a todos, mande retirar sus tropas y quédese solo, las fuerzas que nos circundan no son de ningún traidor, sino de la Seguridad Pública del Valle.

—A ver, señor comandante, contramarche usted —dijo el Gobernador—, y espere mis órdenes en... ¿en dónde, amigo Lorenzo?

—En Maravatío el Grande.

—¿Ya lo oyó usted? Váyase para Maravatío hasta nueva orden.

—Sí, y mire usted, señor comandante —agregó Lorenzo—, corte camino por aquí enfrente, en cuanto llegue al río se va por toda la orilla hasta pasar al otro lado por el puente de Santa Catarina; no se le vaya a antojar entrar al pueblo porque de seguro que le echan pelotazos los del cerro de los Chinapos.

Mandó desfilar su tropa, y contramarchó por el derrotero que se le demarcó, quedándose sólo el Gobernador, el secretario y dos criados con dos mulas con sus almofrejes.

—¿Por dónde andará el coronel Astucia? —dijo el Gobernador.

—Puede que no dilate en presentársele a S. E. —le contestó Lorenzo—, esperaremos que la tropa se acabe de alejar y me iré a buscarlo pues es regular que esté con sus caballerías, porque quiero tener el gusto de conducirlo yo mismo a su presencia.

Así que estuvieron muy lejos los soldados, les dijo:

—Encúmbrense allí tantito a la sombra de aquellos ciruelos cimarrones; ahí me esperan, no me dilato —y metió espuelas a su mula; llegó donde estaban los de caballería; se montó a caballo; reemplazó su paño de sol con una manga que se embrocó y a la cabeza de todos regresó hasta quedar como a sesenta varas de distancia de los que estaban sombreándose en los ciruelos; mandó dar frente; se adelantó algún tanto y gritó con voz clara y bastante fuerte:

—Señor Gobernador, ¿quiere S. E. recibir el primer homenaje de una parte de la Seguridad Pública del Valle?

—Con mucho gusto —contestó todo engentado, abriendo tamaños ojos, buscando entre tantos hombres a su amigo Lorenzo montado en su mula con su paño de sol cubriéndole la espalda. Volteó Lorenzo su caballo, mandó presentar armas, se puso en su sitio, y el Chango empezó a tocar marcha de honor, ínter el Gobernador quitándose el sombrero seguía lleno de inquietud buscando a su amigo, algo más tranquilo su espíritu al ver aquella demostración de respeto. Pasado un gran intervalo calló el clarín; mando el jefe retirar las armas, envainar y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva el nuevo señor Gobernador del Estado! —agitando su sombrero con la mano zurda.

—¡Viva! —repitieron más de mil voces de los allí formados y todos los que los circundaban, resonando sus ecos de cerro en cerro por aquellos montes haciendo también demostraciones de júbilo y el Chango tocaba diana, entonces también el Gobernador correspondió gritando:

—¡Viva la Seguridad Pública del Valle!

—¡Viva! —le contestaron con el mismo entusiasmo.

—A derecha e izquierda —dijo Lorenzo—, toca fajina, Chango —y en un instante se disolvió la formación corriendo en grupos a saludar al Gobernador y ofrecerse particularmente a sus órdenes.

—¡Señor licenciado! —exclamó uno de tantos—, qué milagro es éste.

—Amigo y señor don Felipe —contestó dándole la mano y luego abrazándolo desde a caballo—. Pero antes que todo, caballero, ¿dígame quién es el coronel Astucia?

—Aquí lo tiene S. E. a sus órdenes —contestó arrimándose y quitándose la manga dejando ver su chamarra de venado, prosiguió:

—El mismo que tiene el honor de presentarle su amigo Lorenzo Cabello.

Lo abrazó lleno de gusto diciendo:

—Está bien adecuado el nombre, amigo mío; es usted la Astucia en persona; vamos a ver cómo se conduce el coronel Astucia con el Gobernador del Estado.

—No pulse S. E. esa cuerda porque se puede reventar y por aquí suena muy mal.

—Si el Gobernador del Estado ha proscripto al Coronel ofreciendo seis mil pesos por su cabeza, ¿cuánto podría exigir éste por rescate de la del Gobernador que tiene en su poder? Pues vamos a ver cómo se maneja el Jefe de la Seguridad Pública con la

primera autoridad.

—Ésa suena menos mal, a pesar de que el jefe ha sido atropellado por la primera autoridad, que debía haber sido la primera en no trastornar el orden y no podrá alegar ignorancia.

—Efectivamente, le confieso mi pecado.

—Pues en el supuesto de que conoce su error, creo que no se ofenderá si le impongo alguna pena.

—Puede usted hacerlo con toda franqueza.

—En primer lugar móntese S. E. en esa mula, es mansa, conoce el terreno, y no tenga cuidado; ahora siga a este hombre que lo conducirá al sitio en que compurgará su falta; Simón, llévate a S. E. para el Cerro de la Culebra.

—¡Pero, Coronel!

—¡Amigo Astucia! ¿Qué piensa usted hacer? —dijeron varios intercediendo.

—A nadie doy cuenta de mis acciones, caballeros, ya lo saben; he sido el único ofendido, y yo sé lo que hago, Dios me entiende y yo me entiendo; en marcha, Excmo. Señor.

El secretario iba a seguirlo pero lo contuvo diciéndole:

—Usted irá por otro lado, tenemos una cuentecita que arreglar, espérese aquí tantito.

Se despidió el Gobernador y partió muy cabizbajo, no quedando menos todos de la descolada que llevaron. Así que se alejaron, le dijo:

—Lo hice montar en mi mula para que suba sin riesgo, quiero tenerlo allí bajo mi única custodia mientras prevengo los ánimos, pues temo que esta gente llevada del amor que me tiene o por congraciarse conmigo, vaya a cometer un atentado contra su persona, necesito darles a entender que usted no fue el que me proscribió, sino que es el nuevo Gobernador como grité, lo mando para una de mis guaridas muy segura en donde no le faltará nada y puede descansar con toda confianza.

—¿Pero esa gente está todavía con carácter hostil?

—Le quitaré a S. E. ese cuidado, voy a tocar retirada.

Tomó la punta de su pañuelo de sol y remolinándolo al aire en un instante todos desaparecieron.

—Con que perdone S. E., ya sabe por lo que lo mando al cerro; no tema nada porque su amigo Lorenzo lo escuda; voy con el secretario a preparar lo consiguiente a la visita que S. E. viene a practicar y de él dependerá el tiempo de su reclusión; adiós.

—Adiós, amigo Lorenzo —respondió el Gobernador muy resignado, convencido de las razones que le expuso y muy confiado en la palabra de su amigo.

—Hombre, Coronel —dijo uno de sus *todos*—, estamos muy resentidos de su modo de proceder, nos ha hecho un verdadero desaire y...

Haciéndoles del ojo respondió para que el secretario lo oyera:

—Si ustedes toman a desaire el no hacer caso a sus súplicas y desaprueban mis hechos, me importa un pito; en asuntos del servicio nadie me contradiga porque se

exponen como ahora a que no les haga caso; estos señores que fungen de autoridades superiores, debían primero respetar para ser respetados a su vez, aquí soy en mi tanto también el superior, y ni de Dios Padre si viene en figura de autoridad terrestre me dejo atropellar, tiempo hace que mandé tocar fajina, acompañeme hasta el pueblo y me hacen favor de retirarse a sus quehaceres.

—¡Caramba! —le decía el secretario a uno con quien quiso entablar conversación —, este Coronel se sabe amarrar los calzones, y Dios me saque con bien de sus manos.

—Mire, señor secretario, vamos andando por ahí, y vea cuál es el palo que le nazca de inclinación para sombrearse.

Desató su reata y la puso en la cabeza de la silla, mandándole ir delante con el Chango. Todo demudado no se atrevía ni a alzar la cara; temblando de miedo al percibir algún tronco, sin responder a las preguntas de su compañero que al llegar a algún roble le decía:

—Creo que éste está güeno, amigo, mírelo qué frondoso, seguro está que lo queme el sol —y más le aterraba si terminaba con una sonrisa sardónica, haciéndole pasar unos instantes amarguísimos; mientras tanto el Coronel y todos sus amigos se reían a carcajadas de su aflicción y les iba previniendo lo que tenía dispuesto.

Llegaron a Túcpan y al estar en la plaza, dijo el Chango:

—Pues si no le cuadra alguno de estos fresnos ahora sí que no hay de dónde escoger, confórmese y no sea melindroso, porque al fin y al cabo todos para el efeuto son iguales.

—Véngase para acá, amiguito —dijo el Coronel apeándose—, aquí en el juzgado despacharemos; llámame al señor cura, Chango; mándense apear, caballeros, que pronto dejaremos concluido este negocio.

Esa prevención del cura acabó de entrompeatear al secretario que creyó llegado su fin. Entró al juzgado donde todos con semblantes alegres, sin poder disimular su risa, aumentaban su turbación, a la vez que le hicieron concebir alguna esperanza.

—Señor cura —dijo Astucia con serenidad—, le presento a usted al secretario del nuevo señor Gobernador, que viene a honrarnos con su presencia y a practicar una visita al Valle. Lo mismo digo a usted, señor Alcalde, y a ustedes, señor receptor de alcabalas y preceptor; todos faciliten todos los datos y pormenores que pida para que abra su expediente respectivo.

Le empezaron a hacer cumplimientos, y el hombre respirando con libertad pudo contestarles más tranquilo.

—Cómo se conoce, señor secretario —dijo Astucia en tono de broma—, que no es usted muy afecto a los árboles; ¿ustedes creerán que no ha encontrado un palo que te guste por todo el camino para sombrearse?

—Con razón —respondió—, y me ha pegado usted un susto que la verdad no me sale del cuerpo; me dijo lo del palo, dispuso su reata y ese hombre que venía conmigo, me atizaba bonito.

—Chango —gritó Astucia—, ¿qué le veniste diciendo al señor que le has metido tanto miedo?

—Yo nada, mi Coronel, que los palos estaban güenos, que a su sombra no le quemaría el sol porque están frondosos; pero él no quiso ni mirarlos, y nomás sudaba del calor.

—¿Pues entonces, caballero, de qué se ha asustado?

—¿Cómo de qué? Según las apariencias creí que usted trataba de colgarme, y como esta mañana aventuré en su presencia algunos conceptos desfavorables, no me cupo duda de que era llegada mi última hora; ésa es la verdad y lo confieso francamente, pero en este instante conozco mi error y le pido mil perdones.

—¿Conque las apariencias lo engañaron hasta ese extremo?

—Sí, señor.

—Pues le perdono y no lo extraño, pues por falsas apariencias lo mismo que se acaba de equivocar, se equivocó al ayudar al Gobernador destituido para calificarme de rebelde, proscribirme, y ponerle precio a mi cabeza; lo mismo que sosteniendo torpemente su error, opinó tan mal esta mañana del pobre Astucia, considerándolo ni más ni menos que bandido. No se vuelva a fiar de apariencias, amiguito: si no está convencido de las cosas no aventure opiniones que ataquen a alguno o comprometan su persona; no ha topado con el hombre que suponía y a eso debe agradecer salir con bien de sus torpezas. Aquí el señor Alcalde conducirá a usted a su alojamiento; le facilitará escribientes y cuanto pida; revise los expedientes, actas y demás cosas relativas al juzgado y ayuntamiento. En este libro están mis cuentas particulares, y en este otro mis comprobantes de gastos; el cargo de reales mío es la data de las recaudaciones; haga la confrontación, porque quiero que al cerrar su auto de visita, dé usted cuenta a S. E. con mis cuentas revisadas para su aprobación, les haga los reparos y observaciones que encuentre para contestar y responder en el acto a los cargos que me resulten; dé su vueltecita por el archivo de la parroquia, la escuela, la cárcel; en fin, yo creo que excusado es advertirle su obligación, pues como secretario, muy bien sabrá con qué objeto ha venido; disponga todo lo más pronto posible, porque de su dilación depende que S. E. esté más o menos tiempo echando suspiros en la Culebra, extrañando su amable compañía; no se lleve de apariencias; hágame favor de verlo todo para que sólo asiente realidades. Vámonos a nuestros quehaceres, caballeros, y no le hagamos mala obra a este señor que tiene que trabajar; adiós, señor secretario.

—Adiós, señor Coronel, y le vuelvo a repetir, mil perdones.

Delante de todos le dijo al Chango:

—Llévate todo lo que necesites para atenderme al señor Gobernador con esmero, para que vea que los que hemos sido Hermanos de la Hoja, sabemos tratamos como la gente decente hasta en la punta de un cerro.

Se acabó de despedir de los de allí; a poco rato se separó de los que lo acompañaban y cortando por la vega, subió por la cañada de Capirio hasta salir al

rincón de Coporillo.

Amparo, que estaba al tanto de sus planes y ayudó a desarrollarlos, estaba inquietísima de saber el resultado. Le contó todos los pormenores y luego le preguntó con interés:

—¿Dime, querida, qué no será el nuevo Gobernador pariente tuyo?, porque se llama Mariano G. y es licenciado.

—Ni lo pienses, hijo —le contestó—, hay en Morelia cuatro o cinco Marianos GG. y todos son abogados sin que con alguno tenga mi familia ningún parentesco, tanto que papá para evitar mil equivocaciones en sus negocios, cartas del correo y otras cosas, tomó el partido de firmarse Mariano G. y D. y más bien es conocido por su segundo apellido de D. con lo que lo distinguen los demás GG.

—Pues no dejó de darme algún cuidado y he tenido mil dudas.

—Puedes desecharlas porque también hay que tener en cuenta que papá es enemigo acérrimo de figurar en política, y a mi mamá que la ama con frenesí se lo ha ofrecido solemnemente; además, para acabarte de tranquilizar, ¿qué señas tiene este licenciado?

—Es un hombre como de cincuenta años poco más o menos.

—Sí, ésa será la edad de papá, prosigue.

—Usa patillas cortas.

—¿Y entrecanas?

—No, todo lo contrario, enchiladas del mismo color que su peluca, su dentadura postiza, anteojos ochavados con varillas de oro...

—No prosigas tú, porque ninguna de esas señas son las de papá; tenía barba cerrada, buen pelo, aunque se le notaba un diente despuntado, todos los demás estaban buenos y no le gustaba usar anteojos más que para leer; en fin, tus dudas carecen de fundamento y por ese lado estamos seguros, pues papá es hombre de mucho carácter, al extremo de declinar en caprichudo, y lleva adelante sus propósitos tope en lo que topare; por eso mismo no me encontré capaz de comunicarle nuestros amores, pues si como me lo suponía no era su opinión favorable a nuestros intentos, jamás accedería y todas mis tentativas serían inútiles; le ofreció a mi mamá no meterse en política, y estoy segura de que lo cumplirá.

—Sin embargo, los hombres podemos cambiar de opinión, y en ocasiones las circunstancias tal vez nos comprometen a proceder contra nuestro modo de pensar.

—No lo dudo, pero te aseguro que papá es una excepción, sólo para que te formes un juicio de lo sostenido que es en sus resoluciones te contaré un caso que ni el tiempo ni el interés, ni siquiera por aliviar su constante trabajo, se ha conseguido que transija.

Cuando se casó con mi mamá era un pobre muchacho acabado de recibirse, sin más bienes de fortuna que unos cuantos libros de derecho y uno que otro negocio que empezaban a encomendarle; mi abuelo, que era dueño de tres haciendas regulares y hacia el papel de rico por aquellos rumbos, aunque no fue muy de su gusto el

matrimonio, no se opuso, sino al revés, quiso que su yerno se encargara de todas sus cosas; esto agravió a algunos parientes, y no faltó quien dijera que sólo se había casado por el interés de los bienes de su mujer, lo supo, y por un espíritu de delicadeza cargó con su esposa, y aunque su padre trató con mil modos de hacerlo desistir, nada consiguió, pues hasta la más insignificante alhajita, ropa y cuanto mi mamá tenía, se empeñó en que todo lo dejara en su casa, y se fueron a establecer a Morelia quedando mi abuelo muy resentido, y cortaron relaciones. Así pasaron algunos años, se enfermó mi abuelo, escribió a papá, y como no es rencoroso fueron por él y se lo llevaron a casa, donde después de una larga enfermedad falleció dejándolo de albacea, y a mamá la única heredera. Transigió respecto de la enemistad, hizo cuanto pudo porque el abuelo se medicara y asistiera, gastando mucho en su curación y entierro; pero todo de su propio peculio, y nunca ha querido tomar un medio real de los bienes de mi madre; él pone dependientes, recibe cuentas y procura que no se acaben; pero de ahí no ha pasado su intervención. Por lo expuesto conocerás si es caprichudo y de un carácter intransigible cuando toma una resolución.

—De lo cual me alegro, y tú como su hija también has sacado tu punta de sostenida en tus resoluciones, y a eso debo el que determinada hayas sido mi amparo y estos páramos te hayan sido soportables.

Al otro día dio su vuelta a Túcpan; ayudó a acabar de arreglar los trabajos del secretario; mandó a los escribientes que se adelantaran a Zitácuaro a ir haciendo lo que el secretario les ordenó para no demorar muchos sus quehaceres; dio sus disposiciones para el recibimiento del otro día y se retiró a su casa.

El Gobernador llegó cansadísimo al Cerro de la Culebra, tirándose a descansar en la cama que halló dispuesta donde se durmió un buen rato, de modo que no sintió cuando llegó el Chango muy cargado de botellas y recaudo. Luego luego tiró la cotona y se puso a cocinar disponiendo la comida. A cosa de las tres de la tarde entró Simón de puntitas y al verlo estar encendiendo un puro le preguntó:

—¿Ya gusta sucia Ilustrísima de echar un taco?

—Qué sucias ni qué cuentos, háblame sin reverencias, y trae lo que haya que taquear.

Se arrimó a la mesa y en un instante la cubrió de trastes, botellas, pan y apetitosos manjares acabaditos de sazonar. Sorprendido los tomó con buena apetencia, le parecieron bajados del cielo, pues al llegar y ver tan pobre apariencia de alojamientos, hubiera quedado conforme con un par de huevos crudos, pan y queso, o tortillas con sal. Le sirvieron seis platillos de asados y guisos improvisados, sin faltarles requisito ni adornos adyacentes, terminando con excelentes frutas, dulces cubiertos y un magnífico café.

—Cómo se conoce —le dijo a Simón saboreando un trago y fumando un puro—, que tu amo no es lo que parece; he comido muy bien; toma esa peseta para el cocinero —y creyendo que él había guisado, continuó:

—Si con sólo una mano eres tan hábil, ¿qué sería si tuvieras las dos?

—Yo no le entiendo mucho, reverendísimo señor, el Chango es el que ha guisado.

—¡Cómo!, ¿pues qué tienen ustedes aquí algún orangután?, porque eso sería de ver.

—No es extranjero, es criollo.

—¿Pues de dónde es?

—De por Oaxaca.

—¿Será muy feo?

—Sí, señor, no deja.

—¿Pero cómo se hizo tu amo de él?

—Porque es el otro cachorro.

—¿Será injerto de mono y perro?

—Quién sabe, eso sólo Dios y su señora madre lo pueden saber.

—Y a te he dicho, Simón, que no consiento que me mientas a mi madre —entró diciendo el Chango con un cuchillo en la mano con que estaba muy afanoso picando una cebolla, casi desnudo, con los ojos enchilados y sudando del calor de la lumbre. El Gobernador se quedó extático, le pareció un demonio salido del infierno, y a no oírlo hablar cree que era un orangután verdadero como antes se había figurado.

—No haga caso vucencia de este Simón —dijo el Changa—, porque es un animal que no sabe más que entenderse con los caballos.

—Es verdad, hermano —le contestó—, cada uno con su cada uno, tú a tu cocina y tu trompeta, y yo con mis bestias; si acaso te he mentado a tu madrecita, no lo hice a mal hacer, sino porque aquí el señor Gobernador ha parado las orejas porque le dije que eras el otro cachorro.

—¿Cómo es eso de cachorros?, explíquenmelo.

—Señor —dijo el Chango—, hemos jurado dende queaque servir a nuestro Coronel como si fuéramos sus perros, como si dijéramos: siempre fieles, sin ninguna paga y cuidarle hasta el sueño.

—¿Según eso ustedes lo quieren mucho?

—Sí, señor, es nuestro padre, y por él el alma y la vida, porque somos *todos para uno y uno para todos*, como lo jurábamos cuando estábamos comerciando en la rama; todos los demás amos y compañeros pagaron la pirata, y solo el amo carga con el trabajo de mantener a tanta boca.

—¿Que es mucha su familia?

—Cerca de un ciento; muy poco le falta; nosotros le ayudamos y es cuánto.

—¿Pero de dónde le vino ese familión?

—De que todas las descendencias de los difuntos Hermanos de la Hoja, que pasamos a llorarles cuando nos huimos de la cárcel en el pueblo de San Miguelito, donde estaban señalándose los quince joyos; y ya ve vucencia *todos para uno, uno para todos*, eso es muy claro; pero volviendo a otra cosa, agora que estamos en buena conversación díganos ¿qué mal le ha causado el amo? ¿Por qué se le antojó a vucencia poner mi retrato con letras de molde, y tiene tanto empeño en que nos

degüellen como borregos, ofreciendo tanto dinero porque nos asesinen?

—Si, señor —agregó Simón—, ésas son malas partidas; mi amo a nadie le ha cogido un tlaco partido por la mitá, ¿para qué son esas traiciones? Mire el papel que no nos deja mentir.

Al ver el Gobernador el decreto de su antecesor conoció su justa queja y logró convencerlos de que él no había sido el autor, sino el otro Gobernador que estaba antes, y ya tranquilo se divertía con sus conversaciones que lo fueron metiendo en un laberinto; pues ignoraba todos los antecedentes, y tomó formal empeño en saber por boca del Coronel todo lo concerniente a desatar tanto enredo, pues el decreto tan contradictorio y ajeno de verdad, le causó mucha extrañeza.

El Coronel se despidió de Amparo para no separarse un instante del Gobernador, y al tercer día de su destierro se le fue presentando en el Cerro de la Culebra. A las nueve de la mañana mandó a Simón que ensillara la mula, y al Chango que les diera de almorzar, comenzando a instancias del Gobernador a satisfacer sus dudas que lo tenían inquieto. A buena hora se bajaron seguidos de Simón, y el Chango regresó a Coporillo. No quedó poco sorprendido S. E. al ver que al llegar al Puente de Tuxpam se soltó el repique, cámaras, y un golpe de música de viento, lo mismo que muchos cohetes; al otro lado del puente estaba esperándolo el Prefecto, el ayuntamiento, multitud de particulares y los muchachos de la escuela con sus carrizos y banderas. Había cortinas en todas las puertas, arcos de trecho en trecho, formando valla como doscientos hombres con sus fusiles nuevecitos y toda la gente agrupándose ansiosa de verlo pasar para arrojarle ñores y ramilletes. Se aparearon y al acercarse gritó Astucia:

—¡Viva el nuevo señor Gobernador del Estado!

—¡Viva! —repitieron todos los presentes a quienes correspondió dándoles las gracias con el sombrero, lleno de gozo. El Prefecto en una corta arenga le dio la bienvenida terminando con entregarle su bastón, diciendo:

—Pongo al arbitrio de S. E. la primera autoridad de este distrito.

Se lo devolvió, contestando:

—La deposito en sus manos, señor Prefecto, y seré el primero en respetarla. ¡Viva al señor Prefecto de este distrito! —gritó con entusiasmo.

—¡Viva, viva! —gritaron a una voz.

Entonces Astucia desenvainando la espada que hacía años que no la cargaba la tomó de media hoja y presentándosela por el puño le dijo:

—El mando de las armas ha estado bajo esta espada, y tengo el honor de rendirla a sus plantas, para que la empuñe persona más digna.

—A la vaina, señor Coronel, vuélvala a su lugar porque su persona merece mi entera confianza. ¡Viva el coronel Astucia! ¡Viva el Jefe de la Seguridad Pública!

—¡Viva, viva! —volvieron a gritar llenos de júbilo.

Siguieron las gracias y demás saludos; desfilaron los muchachos aturdiendo con sus gritos de vivas, y en el mejor orden se dirigieron a la iglesia llenos de flores y cargados de ramos. Allí el cura le hizo los honores con el agua bendita y cantó el Te

Deum acompañado de otros eclesiásticos que convidó, marchando la procesión después al juzgado, donde hubo más felicitaciones y siguió un verdadero besamano, pues los indígenas, materiales en todas sus cosas, no quedaron contentos hasta no verificarlo, teniendo al Gobernador sentado en un sillón con la mano al aire cerca de una hora, recibiendo besos de los viejos, hombres, mujeres y muchachos que se apeñuscaban para tener ese gusto. Se sirvió allí mismo un refresco del que participaron casi todos los presentes, pues el Coronel obsequió a todos sin distinción de clases, sexos ni tamaños, incluso sus soldados que dejando la formación andaban con sus fusiles colgados del hombro y parecía aquello un campamento. Como a todos hablaba por sus nombres, contestaba a sus preguntas y obedecían muy sumisos sus órdenes, conoció el Gobernador el grande influjo del Coronel y el mucho aprecio que le tenían generalmente.

Acabado el mitote, seguidos de los principales, se fueron para la casa donde le dispusieron su alojamiento. Allí se encontró con su secretario afanoso en concluir el arreglo de sus papeles, y siguió una opípara comida con sus correspondientes brindis, etc.; después se llevó Astucia al Gobernador, secretario y Prefecto a dar una vueltecita a la escuela, la amiga de niñas, la cárcel, le enseñó el puente que hizo de mampostería y lo impuso de cuanto pormenor quiso tener antecedente; regresaron a la casa, dio cuenta el secretario de sus trabajos, que a instancia de Astucia o por mejor decir, por disposiciones de él se hicieron con mucha laboriosidad y eficacia, entreteniéndose hasta después de la oración, contentísimo el Gobernador que era rígido en hacer todo en debida forma. Mientras tanto Astucia con varios amigos andaban de citadores por todo el pueblo y arreglaba lo que tenía dispuesto para el otro día. De repente se les fue presentando y recogiendo papeles.

—Ya no es hora de trabajar —dijo—, aquí apilaremos al Gobernador, al secretario, la visita y todos los demás chismes; vamos a la casa de enfrente antes de que se nos acalambren las preciosas, se enfaden o den la estampida; vamos a ver, señor secretario, si ya que no le gustan los árboles frondosos del cerro que ha desairado, le agradan las flores animadas de este pueblacho.

—¿Cómo está eso de los árboles? —dijo el Gobernador.

—Y contándole en breves palabras el suceso de las apariencias, marcharon riéndose del caso para la casa de enfrente, en donde se encontraron el salón surtido de bailadoras, si no elegantes y de etiqueta, decentes, bonitillas, y sobre todo condescendientes y juiciosas, terminando la diversión a las once de la noche.

Al otro día siguió el mitote en Zitácuaro, más en grande, y sucesivamente fueron veintiocho días de fiesta y regocijo en que hubo gallos, toros, bailes y cuanto quisieron hacer para obsequiar al nuevo señor Gobernador, que encantado no quería estar un instante sin el Coronel, y ya no era simpatía y aprecio el que le tenía, sino una pasión de aquellas que infunde en el corazón una verdadera amistad; le contó Lorenzo toda su vida, le manifestó con mucha franqueza todos sus secretos, penas y compromisos, hasta el de verse obligado por la necesidad a echarse sobre los fondos

públicos, y obrar con astucia y reflexión, para aprovecharse de las ocasiones. Vio por sus ojos todas las obras de pública utilidad que hizo.

Le halagó mucho encontrar hasta en el más miserable pueblito, chiquillos muy adelantados en leer y escribir; muchachitas muy fieritas y pobres bordando con seda o lana; tejiendo calcetas, servilletas deshiladas, y cuanto el Coronel había hecho en beneficio del Valle y sus habitantes, de manera que no hallaba cómo premiar a aquel rancho, que al verlo el secretario por primera vez lo calificó de pazguato y en Morelia fue declarado traidor y proscripta su cabeza.

Ninguna duda le cupo de que tenía más de mil hombres a sus órdenes sobre las armas, ni de la paz y tranquilidad que gozaban todos aquellos vecinos laboriosos, con sólo no consentir revoltosos y colgar bandidos, o lo que es lo mismo, tener armados a los hombres de bien contra los pícaros. Por fin, terminó la visita en Jungapeo, y en presencia de todos los acompañantes, que de población en población, y de hacienda en hacienda iban aumentando la escolta, dio cuenta el secretario con lo practicado, y al mismo tiempo con la cuenta general del coronel Astucia, que en uso de las facultades concedidas seis años antes en el nombramiento aquel que sirvió para entompear y ya obraba en los autos admitido como legal, presentó la distribución de los fondos públicos que había manejado en el tiempo transcurrido, diciendo:

—Vistas, sumadas, hecha la confrontación con las recaudaciones, ratificados los comprobantes de data y glosadas en su totalidad, no resultan diferencia, equívoco, ni error, y nombrado yo para su revisión como consta en el auto expedido en Túxpam, y que encabeza el expediente de visita relativo, sólo he encontrado que ponerle la objeción de falta de autorización en el señor Coronel para hacer los gastos que importaron: el nuevo puente de Túxpam fabricado en mampostería; el caño que nace en este pueblo y termina en el de Tuzantla para conducir a aquellos vecinos, otros pueblos chicos y rancherías el agua potable de que carecían desde el año catorce; y el dinero perdido en la compra y venta de maíz para atender a la clase menesterosa del Valle, que a consecuencia de haber sufrido la plaga de la langosta que acabó con las sementeras y sembrados, no podía soportar la carestía de esa semilla de primera necesidad; lo mismo que el gasto de medicinas repartidas a las primeras autoridades locales de los pueblos y cinco lazaretos en que se curaron los invadidos por la epidemia de calenturas, vulgo tabardillos, que acometió al Valle en el año próximo pasado, lo cual expongo a S. E. como cumple a mi deber para que dé su determinación.

—Como todos esos gastos —respondió el Gobernador— han sido indispensables para el bien general del Valle en beneficio del pueblo, y principalmente de la clase menesterosa, están patentes unos y públicamente justificados otros; todos los autorizo y apruebo estas cuentas, a la vez que de la manera más solemne manifiesto mi agrado, y doy al señor coronel Astucia las más cumplidas gracias a nombre del Gobierno y Congreso a quien represento, por haber sabido restablecer el orden, cimentar la paz, y hacer por el bien de los pueblos y honrados vecinos de este Valle

cuanto le ha sido posible.

—Ésa es mucha bondad, S. E. —respondió Astucia—, y le estimo su condescendencia.

—Réstame sólo poner en conocimiento de S. E. —agregó el secretario—, que del resumen general de ingresos y egresos, resultan en caja dieciséis mil doscientos catorce pesos, cinco reales, tres octavos de existencia en numerario efectivo.

Por contestación se paró el Coronel; abrió una alacena que estaba en el extremo del salón, de par en par, diciendo:

—Ahí están dieciséis talegas llenas, y el pico en ésta, puede S. E. mandar que se revisen.

Esto acabó de afirmar la buena opinión en que el Gobernador tenía al Coronel; sus *todos* y demás concurrentes que presenciaban el acto, quedaron sumamente complacidos de su conducta y satisfechos de su honradez.

—Termine usted su auto de visita —dijo el Gobernador al secretario—, y que cierre el expediente este decreto; léalo usted en voz alta, aunque sea manuscrito; que en el acto se publique por todo el Valle y se cumpla con lo que ordeno. —Y le entregó un papel que había escrito de su puño.

Se paró el secretario, todos lo imitaron, y con voz clara y fuerte leyó:

«El licenciado Mariano G. y D., presidente del Supremo Tribunal de Justicia y actual Gobernador del Estado de Michoacán por ministerio de la ley, a todos sus habitantes, sabed: Que en uso de las facultades que el Soberano Congreso me ha concedido para la visita del Valle de Quencio y demás distritos, he tenido a bien decretar lo siguiente:

»Art. 1.º Se deroga en todas sus partes el decreto expedido por mi antecesor en tal fecha, en que declarando traidor puso fuera de la ley al nombrado coronel Astucia y ofreció seis mil pesos por su cabeza, por constarme y estar satisfecho de que jamás ha tratado dicho Coronel de hacer la segregación de este distrito ni estar independiente del Estado.

»Art. 2.º Se reconocerá como jefe nato de la Seguridad Pública del Valle al coronel Astucia, y quedará en su puesto encargado de la conservación del orden y la paz, con el mando de las fuerzas que le han estado subordinadas, bajo las mismas bases que ha tenido establecidas y el haber que ha disfrutado.

»Art. 3.º Quedan aprobados todos sus actos anteriores lo mismo que las cuentas que ha presentado, y obran originales con sus respectivos comprobantes en el expediente relativo a la visita actual que acabo de practicar en este Valle.

»Art. 4.º Para cumplir con lo dispuesto por el Soberano Congreso del año de... en que por escasez de numerario quedó pendiente la remuneración concedida a los descendientes de los fieles liberales que perecieron en Tepustepec, como consta en el expediente respectivo que original queda en la secretaria del gobierno, se le entregarán de las existencias en caja que haya en la oficina recaudadora, a don Lorenzo Cabello vecino de Porúa, la cantidad competente, para que a razón de

doscientos pesos por persona, las establezca definitivamente, como apoderado de esas familias, cesando de percibir la miserable pensión con que hasta ahora se han socorrido.

»Art. 5.º Queda nombrado Visitador General del Valle el mismo don Lorenzo Cabello, quien directamente tendrá el manejo de caudales, disfrutando el sueldo de dos mil pesos anuales siguiendo el método que hoy se observa en este distrito. Y para que llegue a noticia de todos y sirva de una pública satisfacción al coronel Astucia, mando se imprima, publique y circule por todos los distritos del Estado, y se le dé su más exacto cumplimiento; dado en la sala capitular del pueblo de Jungapeo de este Valle de Quencio, a tantos de tantos, etc.»

Desde el instante que oyó Lorenzo que el secretario dijo el segundo apellido de D. y que el Gobernador había sido el Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, un frío glacial corrió por sus venas y exclamó en su interior:

—¡Su padre de Amparo, como me lo suponía! —Bajó los ojos con tristeza y casi ni puso cuidado a lo que el secretario siguió leyendo. Luego que acabó, un viva al Gobernador del Estado por todos los concurrentes que llenos de alegría atronaban el salón con sus gritos, lo sacó de su tétrica meditación sin poder disimular su desconsuelo, de manera que sólo pudo decir secamente:

—Gracias, señor Gobernador, gracias.

—Nada me agradezca usted, señor Coronel, porque obro en justicia.

—Pues entonces —replicó—, retiro mis palabras —y se quedó frío y serio.

Varios empezaron a sacar copias del decreto que el secretario iba dictando a los que se agruparon en la mesa; una se fue a publicar con música, cohetes y repiques; en todos se advertía el contento y entusiasmo, sólo el Coronel, serio e indiferente, se conservaba engolfándose en mil pensamientos, diciéndose:

—Ahora más que nunca necesito el consejo de mi padre para aprovechar esta ocasión que se me presenta, pero si este hombre es de ese carácter sostenido y caprichoso, y por una fatalidad el lance se malogra y la ocasión es adversa, ¿qué hago, Dios mío? ¿Le descubro la existencia de su hija para que me la arrebathe o la maldiga, al satisfacerse de que vive y es la esposa graduada de un barbaján, de un desgraciado Hermano de la Hoja, un prófugo de la cárcel, un hombre que ha sido proscripto públicamente y puesta a precio su cabeza? ¿Qué importa que con su decreto derogue el otro y que en todo el Estado se me dé también una pública y honorífica satisfacción, que me duplique el sueldo, y todo cuanto acaba de hacer en mi favor, si con sólo una palabra, un no, negándome a su hija, me hará pedazos el corazón, destruyendo toda mi ventura, la paz de mi alma, y desbarata mi familia? No, no le digo nada, que siga llorando a su hija muerta, y se vuelva por donde vino; que ella también ignore que su padre ha estado muy cerca; por otro lado, conozco que el hombre me quiere, es franco, se ha interesado en mi suerte; tal vez la Providencia, esa mano oculta que nos ha guiado, quiere que terminen nuestras inquietudes, que pueda yo disfrutar de mi adorada recibéndola de manos de un ministro de Dios, que mi hijo

se bautice en la iglesia y se legitime, en fin, que cesen nuestros sinsabores; y como nosotros no podemos ir a buscarlo y solicitar su aprobación, aquí nos lo ha traído y sin saber el inmediato parentesco que tenemos, ha proporcionado que le vaya yo ganando la voluntad, para en cierta manera desvanecer las horribles manchas de mi pasado, con el honor que él mismo me ha dado en lo presente; ¿pero cómo le voy diciendo: la hija que lloras muerta y que te supones en el cielo, yo la tengo, te la robé destrozándote el pecho de dolor, mírala ahí habitando entre los bosques, sin más sociedad que las fieras y constituida en una salvaje; la que tú calzabas de seda, y conservabas en el mejor lujo y mil contemplaciones, yo la tengo con sus zapatos de gamuza, vestida de pontiví, quemada del sol y constituida en mi cocinera, mi criada, y por fin, en mi querida? Todas estas muestras de bondad vendrán a tierra y ya descubierto el secreto, tengo a fuerza de fuerzas que rifar el todo por el todo, correr un verdadero albur, y el diablo me lleva sin que me sirvan los honores, vivas, gritos y tanta alharaca con que estos hombres me están celebrando, sin saber que todo ese regocijo aviva más y más el tormento que en este instante me martiriza; disimulemos, ahora es ocasión de reír, al cabo aún no se va este hombre y tal vez para más tarde tendré una buena coyuntura; estoy resuelto a que no se retire sin que hayamos terminado este negocio. ¡Providencia Divina, no nos abandones! ¡Ahora es tiempo, Dios mío, de que nos hagas uno más de tantísimos favores como te debemos! Adelante, a reír con la boca y tener una grave pena en el corazón.

Ínterin unos publicaban con toda solemnidad el decreto, otros corrían a hacer lo mismo en los demás pueblos y en la Villa, donde con igual regocijo se agrupaban a leerlo, obteniendo el actual Gobernador tantos vivas y bendiciones, cuantas maldiciones e injurias le dirigieron a su antecesor algunos meses antes todos los vecinos del Valle. La comida fue un verdadero banquete en que sus *todos* echaron el resto; se habían escotado los gastos, y como los obsequiados eran sólo dos personas, ellos mismos frieron los aprovechados, y no omitían gasto alguno para comer excelentes manjares y beberse exquisitos y costosos vinos. El baile, aunque estuvo mucho mejor que ninguno, acabó temprano, porque el Gobernador algo indispuerto se retiró a descansar, y como era en la misma casa en que estaba alojado, por no molestarlo cada cual fue tomando su camino.

Capítulo XXIX

El secreto descubierto. Los empeños de un amigo. El padre y la hija. La deidad y el Gobernador. El changuito.
Resoluciones

Lorenzo, desde en la tarde, mandó a Simón con una copia del decreto, sin encabezado ni firma, para que disfrutaran en su escondido retiro del gusto general que en el pueblo dominaba y Amparo viera el término feliz de su audacia y zanganadas.

—¡Albricias, niña, albricias, señor don Angelito! —llegó gritando Simón—, admiren este papel del gobierno; ya se comen a su lustrísima a vivas, a abrazos y a gritos; ya no hay cohetes en las tiendas, y de esta hecha acaban con las campanas de la iglesia; todos parecen locos y al amo y al sucia los traen a la rebatinga de puro gusto; si de esta hecha no los despachuran todos los amos, será un milagro.

Leyó Ángel el decreto, y como era de esperarse, todos, llenos de contento, agradecían al Gobernador sinceramente su proceder; después de darle gracias a Dios, dijo Amparo:

—Con qué gusto le daría yo a ese hombre un abrazo muy apretado, pero ya que no puedo, te vuelves temprano y le dices a Lencho, que al descuido se lo dé a mi nombre, y que si acaso, le diga que una persona oculta entre los cerros, siempre rogará a Dios porque lo colme de felicidades.

El Gobernador irritado y molesto por el calor de la cama, no podía dormir; se levantó en paños menores; se cubrió con su capa y salió al corredor a tomar el fresco de la noche y respirar el aire embalsamado de los naranjos del patio.

—¿Qué casta de hombre será este amigo Lorenzo? —se decía a sí mismo—; acabo de hacer cuanto he podido en su beneficio; lo aseguré en su puesto; autoricé todos sus hechos; remunerero de una vez a sus *todos* como él dice, a sus familias; lo mejoro haciéndolo visitador, y sobre todo le quito la horrorosa mancha de traidor y le doy una pública satisfacción, y sin embargo el hombre ha quedado disgustado; no ha podido disimular su resfrío, y advierto su malestar, tristeza, qué sé yo, el caso es que no está satisfecho; no es ambicioso, no es interesable, y aunque me ha contado sus cosas, yo creo que algo grave tiene en el corazón; yo lo aprecio; me le he manifestado su amigo, y no cumpliría el deber que me impone la amistad sincera que creo tenerle, si no mitigo los tormentos que lo afligen; sí, algún secreto lo tiene preocupado; lo haré que me lo descubra y si de mi depende aliviar su situación, con mucho gusto lo haré o tomaré parte en sus penas, yo no me marchó sin haber hecho su felicidad.

Estaba ocupado en estos pensamientos cuando vio abrirse la puerta del dormitorio de Lorenzo y que salió envuelto en su manga. Se ocultó tras de un pilar, mientras el

Coronel atravesó el corredor andando de puntitas, abrió el zaguán que dejó emparejado y salió para la plaza.

—La amistad me autoriza —exclamó el Gobernador—; amigo Lorenzo, voy a seguir sus pasos, a espiar sus acciones, y tal vez a descubrir sus secretos, pues me intereso por su suerte y ésta es mi excusa en caso de que tome a mal mi proceder —y se fue siguiéndolo a una regular distancia.

Entró al cementerio y lo vio dirigirse para el sepulcro de su padre, hincarse y recargar su frente contra la moldura; entonces cubriéndose con las plantas y pegándose a la pared de contra la de la iglesia llegó a situarse cuatro o cinco pasos de distancia. Lorenzo, figurándose solo, rezó una ligera plegaria con tal ternura, que su amigo recordando también sus propios pesares no pudo contener sus lágrimas.

—¡Gracias, Dios Omnipotente! —siguió diciendo Lorenzo—. ¡Gracias, manes venerandos y sombra querida de mi padre! Ya mis hechos públicos han tenido un feliz término, todas mis aspiraciones han sido satisfechas y mis deseos cumplidos; pero acaba tu obra, ¡Dios mío!, haz que cesen los crueles padecimientos que me destrozan el alma, acuérdate de esa infeliz mujer que habita ignorada de todos entre las fieras; que brillen sus virtudes a la faz de todo el mundo, que la pueda lucir como la esposa que Tú me has destinado; en fin, que de una vez terminen también nuestras calamidades. ¡Adiós, padre amado! Ruégale a su Divina Majestad, que escuche mis súplicas y que mitigue mi amargo padecer.

Se paró limpiándose los ojos; besó con respeto la losa que cubría los restos del autor de sus días y al empezar a andar percibió un bulto que trató de ocultarse de su vista para dejarle libre el paso; se precipitó colérico sobre él, y tomándolo con una mano del pescuezo, le dijo:

—¿Qué buscas, miserable, quién te...?

—¡Don Lorenzo, don Lorenzo! ¡Yo soy, yo soy su amigo! —contestó el Gobernador todo encogido sin poderse librar de la mano que con fuerza lo tenía agarrado.

—¡Cómo! —exclamó sorprendido soltándolo y reconociendo la voz.

—¿Para qué ha venido S. E., señor Gobernador, a este fúnebre lugar?

—Para sorprender sus secretos, amigo Lorenzo, para que me abra su pecho; me comunique sus penas; quiero saberlas; me intereso por su suerte, y la prueba de que de veras es mi amigo, la tendré si con su franqueza me descubre lo que le atormenta.

—Ésta es la ocasión —pensó para sí Lorenzo—, aprovechémosla—, y tomándolo de un brazo le dijo:

—Voy a complacerlo, pero vámonos para la casa, no sea que algún importuno nos escuche.

Recostado el Gobernador en su cama, y Lorenzo sentado en la orilla, le dijo sencillamente:

—Enamorado de una niña decente de familia distinguida, y calculando que por mi humilde clase, deshonrosos antecedentes y la muy falsa posición que yo guardaba,

jamás conseguiría que me la dieran por la buena, no hubo más remedio que arrebatármela y traérmela a esconder en estos cerros; hicimos nuestros juramentos ante Dios que está en el cielo y en presencia de mis cachorros; la infeliz apasionada de mí, se resignó a seguirme, cambiando absolutamente de género de vida; de una ilustrada cortesana, en un instante aprendió a ser diestra cazadora y una marota de a caballo que anda por estos cerros como si se hubiera criado en ellos; ha cambiado los rasos, sedas y lujosos aderezos por unos calzoncitos de crea, su bata rabona, un sombrero de paja, botitas de gamuza, sus avíos de cazar y una escopeta de dos tiros; su espejo es el agua del arroyo, sus pomadas el polvo de estos cerros; en lugar de pulsar el piano y usar abanico, empuña el metlapil, la escoba y almocafre; su distracción es la cocina y cuanto animal ha reunido en su jonuco, o cultivar cuanta planta, ñor o hierba se encuentra en el gran jardín de toda esa boscosa sierra que abundan en preciosidades; tenemos un chiquillo que ya va a cumplir cuatro años, y ésta es la hora que aún no se bautiza en la iglesia; porque las circunstancias lo exigían, lo llevamos al Arroyo de los Leones. Simón lo tuvo mientras el Chango le echó el agua con la fórmula de estilo; cuando la madre se ha puesto a pensar en el porvenir de esa criatura le ha costado muchas lágrimas; después un papel, ese maldito decreto que acaba S. E. de derogar, también se las hizo derramar a raudales; en fin, a pesar de ser mucha su abnegación y tener una alma muy grande y una resolución muy firme, el estado que guardamos nunca nos puede tranquilizar. Ésta es en dos palabras nuestra situación.

—¿Pero qué sus padres se la negaron a usted?

—No, señor, no me atreví a pedírsela, y ella, conociendo su carácter y las desventajas que hallarían en mi persona tampoco se resolvió a comunicarle a su padre nuestra pasión.

—Por supuesto al extrañarla la buscaron, habrán temido su persecución y...

—Nada de eso, la lloraron muerta, la mandaron enterrar, y para ellos no existe.

—¿Quiere decir que hubo algún supuesto accidente en que privada de sentidos han creído en su fallecimiento, y usted del sepulcro se la sacó?

—Propiamente puedo decir que del sepulcro la arrebaté, y hasta que no estuvo en mi poder a costa de un leve sacrificio y exponiéndome algo, conseguí que volviera de su letargo.

—¿Y ella ha estado contenta?

—Muchísimo, señor, y para que más se admire, de flaca, débil y descolorida, está convertida en una mujer maciza, sana, y muy desarrollada.

—¡Vaya un contraste! Apenas puedo creer en sus palabras, amigo Lorenzo, tanta resignación en una niña de la clase que me dice es extraordinaria, pues lo general es que todas las mujeres aspiren, y muy rara es aquélla de una abnegación tan singular; eso prueba que su amor es puro, desinteresado, que no es de un corazón vulgar sino de una alma noble, y esa firmeza de carácter es digna de elogio, porque tal transformación de buena voluntad me encanta; ¿cómo se llama?

—Amparo.

—¡Amparo! De ese mismo nombre era mi vieja —y exhaló un suspiro.

—¿Tal vez la esposa de S. E. o su hermana mayor?

—No, amigo, una hija que por desgracia perdí; la más grande, era mi encanto, la amaba con delirio, y por poco pierdo el juicio de la pesadumbre que me causó su muerte.

—Tal vez si no hubiera fallecido le hubiera dado a S. E. su pesadumbre de otro género.

—Es verdad, y no sé francamente cuál sería peor, si llorarla muerta, o verla depender de una gente extraña, vale más que Dios se la haya llevado; ¿pero para qué atormentarme con recuerdos tristes cuándo sólo me debo ocupar de su ventura, amigo mío, y basta que esa...?

—Reina de la Culebra, Diosa de Capirio, y Deidad de Coporillo, he aquí los títulos que tiene entre cuatro o cinco personas que la adoramos.

—Pues bien, basta que esa Reina, Diosa y Deidad se llame Amparo, para adorarla también sin conocerla; yo tengo autoridad, dinero, influjo, y muy buena voluntad para hacer la dicha de ustedes; quiero que ambos me deban su felicidad; yo los presentaré a la iglesia, llevaré a esa criatura a ratificar su bautismo; si le falta dinero cuente con mi bolsa; ¿qué más quiere? Seré su padrino, seré su compadre.

—Será S. E. nuestro padre.

—Lo que ustedes quieran, ya lo dije, y en el supuesto de que estamos de acuerdo, lléveme a conocerla, quiero cuanto antes cumplirle mi palabra; mandaremos al secretario que se adelante, que disuelva la fuerza que está en Maravatío y marchen a sus destinos los destacamentos. Con ocho o diez hombres que me esperen en Acámbaro para entrar a Morelia me bastan, y yo no me marchó sin dejar concluido este negocio; voy a escribir para mi familia y disponer algunas cositas relativas al gobierno, porque estoy inquietísimo por irle a ofrecer mis respetos a esa Deidad; ya nuestro amigo el secretario ha roncado más de cuatro horas; despiértelo, con eso no perdemos tiempo, mientras yo lo despacho por aquí, usted arregle lo de los criados y avío, que se lleven todo para quedarme sin ningún engorro.

Todo se hizo como lo dispuso, marchando el secretario para Maravatío poco antes de las cinco de la mañana, y a poco rato el Gobernador y Lorenzo para el cerro. Cuando ya iban a media cumbre encontraron a Simón que sorprendido de ver al Gobernador por tal camino, no hallaba qué decir.

—¿Qué sucedió por fin? —le dijo su amo—, ¿a qué te han mandado? Habla con franqueza, no hay secretos con el señor Gobernador.

—Pues, señor amo, dice mi amita que le dé su merced un abrazo a traición al señor Gobernador en su nombre, y que le diga que una gente le pedirá a Dios que lo llene de infidelidades, en los cerros o... ya no me acuerdo, la verdad, cómo me dijo; pero vale que sus mercedes me comprenden; y también me dijo el Chango que mi hijo está muy desinquieto, que venga su merced pronto.

—Vuélvete —dijo el Gobernador—, y dile a tu amita que no entiendo de recibir abrazos por poder, que voy a tener el gusto de dárselos personalmente sin traiciones.

Se quedó dudoso y Lorenzo le dijo:

—Arriéndate, hombre, arranca a avisar lo que se te manda.

Volteó su caballo y partió a escape por la cuesta arriba, ínter se reían de sus disparates y aturdimiento.

—Niñita, niñita —llegó gritando Simón—; ahí viene el amo con su deselencia, que dice que no entendiende de abrazos los poderes, sino personalmente de traiciones con gusto, o quién sabe qué cosas me dijo tan alrevesadas, que no las pude tener en el entendimiento.

—¡Cómo!, ¿dices que viene con vuesencia? —preguntó el Chango.

—Sí, hermano, allí me los topé en la subida del caracol.

—Pues voy a disponerle el sancocho que tanto le cuadró —y se dirigió a la cocina.

—¿Qué dices, Anita, qué imprudencia de Lencho con traernos a ese hombre? —decía Amparo muy apurada—; préstame unos trapos para vestirme de mujer. Juanito, Juanito; ¡Jesús, qué muchacho tan puerco!

Le lavó la cara; lo peinó y violentamente lo vistió de limpio; sacudió las pocas sillas de la salita; recogió los palos y juguetes de su hijo que andaban rodando, y hubiera querido en ese instante hasta haber fregado los tablones del piso; así que todo lo dejó medio limpio y arreglado, se metió para su recámara a vestirse con la ropa de Ana María llena de sobresalto y cuidado.

Al entrar al cercado cubierto de hiedras y otras enredaderas, se apearon, entregándole a Simón las cabalgaduras, y empezaron a atravesar el bellissimo jardín sembrado por Amparo; luego Juanito conoció a su padre, arrancó a escape montado en una mula pinta de otate a todo el correr de sus piecitos, acometiéndosela muy recio al acercarse.

—Alto amiguito —gritó Lorenzo—, no nos eche la mula encima, somos de casa.

Tiró su otate y metiéndole la cabeza entre las piernas lo abrazó delirante; lo alzó su padre, y después de acariciarlo le dijo:

—Saluda al señor.

Le tendió la manita y le ofreció la boca provocando un beso, lo cual fue aceptado por la visita y lo tomó en brazos. Entraron a la primera pieza que servía de sala y se lo sentó en las piernas.

—¿Cómo te llamas, chulo?

—No chulo, Changuito —le contestó.

—Vaya, eso le viene por su padrino —y continuó diciéndose a sí mismo al contemplar la carita:

—Qué muchachito tan simpático; pero esos ojos tan lindos y el todo de sus facciones no me son extrañas, yo he visto esta fisonomía en otra parte, ¿en dónde, en dónde?, sea lo que fuere, esta criatura tiene un no sé qué que me halaga.

—Le presento a S. E. a mis hermanos Ángel Sosa y Ana María Cabello, la nana hueche de quien le tengo hablado.

—Déjese ya de excelencias, amigo Lorenzo, aquí no soy más que su amigo verdadero.

Después de los saludos se metió Anita para la cocina, Ángel a ver lo animales, y Lorenzo se dirigió para la recámara, diciendo:

—No me dilato, señor.

Su chiquillo desprendiéndose del abuelo corrió tras de su padre y ambos entraron a la recámara donde estaba Amparo acabándose de asentar el pelo.

—Qué cosas haces, Lorenzo, por Dios, ¿para qué fuiste a traer a ese hombre, tal vez tiene relación con ios de mi casa, me conoce y...?

—Él se empeñó; se ha declarado mi amigo; me ha colmado de consideraciones y favores; me ha ofrecido su protección, y ya ves, querida, que si no aprovechamos la oportunidad que se nos presenta, nunca saldremos de este miserable estado.

—¿Pero y qué vergüenza voy a pasar; cómo me le voy presentando en estas trazas y...?

—No te apures, todo se lo he contado.

—¿Y le has dicho quién es mi padre, de dónde soy y todo?

—No, le dije el pecado pero no el pecador; por ese lado no tengas cuidado.

—Vaya, pues ya respiro; pero déjame rezarle otra salve a la Virgen del Buen Suceso.

Mientras que Amparo rezaba salves; su padre, encantado con la fisonomía del chiquito que era muy parecido a la mamá, se devanaba los sesos diciéndose:

—¿Pero dónde, Mariano, a dónde he visto una cara semejante?, qué memoria tan infeliz la mía; pero qué consuelo se recibe en esta pieza; qué hermosas flores; qué bien silban esos pájaros; qué delicioso aroma se respira; de veras que esto es un verdadero Edén; un Paraíso en miniatura; con razón está tan hallada esa deidad; siento cierto bienestar que no hallo cómo explicármelo. ¿Pero y esos ojos tan hermosos de ese niño, y su carita de serafín, dónde los he visto?, vaya una tentación.

Mientras tanto Lorenzo también se decía:

—Éste es el momento del albur; salga lo que salga le tapo el monte y se lo echo a la puerta; un sopetón que no lo deje premeditar, es padre, y si de veras amaba a su hija como me lo ha confesado, la bebe o la derrama, o ve cómo se compone. ¡No me abandones, Providencia Divina! ¡Socórreme, Dios eterno! —Y resueltamente, cargando a su hijo en el brazo izquierdo, y tomando la mano de Amparo con su derecha, salió, de improviso, se paró a media pieza y dijo:

—Señor Gobernador, ésta es mi Amparo.

Y a pesar de estar el papá muy variado, al alzar ella muy tímida los ojos para mirarlo, sorprendida y avergonzada, no pudo hablar una palabra, y quiso esconderse detrás de Lorenzo. El primer ímpetu del padre al mirar aquella demostración y reconocerla, no pudo contener su cólera de verla en tal estado, olvidó su muerte y se

le vino al pensamiento su ultraje; se paró furioso marcándose en su cara la indignación y dijo:

—Esa mujer es mi...

—¿Mi qué? —le replicó con energía Lorenzo avanzando un paso y cubriéndola con su cuerpo—; aquí rifamos el todo por el todo, caballero; o me cumple su palabra o lárguese para su casa y siga llorándola por muerta.

Al notar aquella decisión, recordar sus promesas, y sobre todo ver a su hija viva, pudo más que su cólera su amor paternal, pues mudó de tono y con semblante suplicatorio prosiguió:

—No me la oculte, amigo mío; porque esa niña es mi hija; la hija de mi corazón —y aparecieron a sus ojos las lágrimas de ternura. Lorenzo le dejó el paso libre diciéndole secamente:

—Abraza a tu padre...

No hay voces con qué describir lo que en este instante pasaba por estos corazones; el padre la abrazó frenético, lleno de gusto; ella de la misma manera humedecía con sus lágrimas de gozo su palpitante pecho. La besaba cariñoso; no se cansaba de mirarla; la acercó hasta la puerta para verla a toda luz; la tentaba como dudando de la realidad, y le preguntaba:

—¿Pero es cierto que vives, hija mía? ¿No es esto un sueño, una ilusión, una locura?

—No, papacito querido, mírame bien, yo soy tu vieja —y le repetía sus cariños.

—Pero si te he visto quemada ¿cómo es que ahora te encuentro viva?

—Las apariencias engañan, señor —respondió Lorenzo.

—¿Pero a quién le debo esta dicha, este singular favor, este...?

—Al mismo que poniéndole en sus brazos en la plaza de Coroneo a la otra chiquilla, le dijo: aquí está una, y se volvió a arrojar al fuego.

—¿Cómo?, ¿pues qué usted fue el salvador de Lola?

—Mire mis piernas quemadas que no me dejan mentir.

—¿Cómo le pagaré tan gran servicio, amigo mío?

—Con una cosa muy sencilla, con que perdone nuestras faltas, y autorice las medias; de las dos que tenía perdidas ya le di una, y es justo que de buena voluntad me deje esta otra, y si es que le parece que le saco la ventaja, le daré de ribete este Changuito, que también le dirá papá.

—Cójasela, cójaselas todas porque este chiquito vale más que todas ellas. Amparito, abraza a tu esposo; ven, chulo, con razón me simpatizabas y no me eran extrañas tus facciones; si eres el vivo retrato de tu madre. —Y cogiéndolo en brazos le hacía mil caricias, que el niño que no era huraño con los hombres correspondía sin fastidiarse.

—Pero hombre, Lencho, hijo mío, ¿díganme cómo fue eso de las apariencias?, yo al cargar con Aurelia vi perfectamente a ésta allí también asfixiada, y en el mismo cuarto se hallaron dos cuerpos quemados.

Le contó Amparo en pocas palabras la verdad, y al ver Lorenzo que empezaban a entrar en materia y pormenores, se retiró para dejarlos explicarse con libertad; ella antes que todo se le hincó enfrente, diciéndole:

—¡Perdóname, papacito, si ciega, apasionada de Lorenzo te he ofendido! Iba resuelta a abandonarte, a cometer en casa un escándalo con mi fuga, en fin, a atropellar con todo por no prescindir del tierno objeto de mi amor, no culpes a Lencho en lo más mínimo, pues en mis hechos y cuanto me rodea sólo ha obrado mi voluntad; el hombre, desaprobando mis resoluciones, ha hecho cuanto ha podido para que yo no tocara el último extremo, y aprovechando la ocasión de salvarme del fuego exponiendo su propia existencia, prefirió el que me lloraran por muerta, antes que me maldijeras por infame; conque, papacito, ¡perdóname!, quítame este peso que me ha torturado el alma.

—Levántate, hija querida, ven a mis brazos —y muy lleno de gozo multiplicó sus caricias.

—¿Pero, hija, que hayas tenido corazón de negarme tu existencia y hacemos derramar tantas lágrimas por tu muerte; por qué no me descubriste tu pecho; no sabías que siempre fuiste mi predilecta y te enseñé a tratarme con franqueza? Ésa es una ingratitud.

—Conocía tu carácter inflexible y no tuve valor para decirte mi pasión, porque yo también soy firme en mis resoluciones y una desaprobación tuya me hubiera comprometido a cometer otros excesos; no me juzgues ingrata; te hubiera querido ver en mi lugar y en el grave apuro en que me puso Lorenzo en el Cerro de las Torcasas, cuando relevándome de todos mis juramentos me dijo:

—«Allí están tus padres llorando por ti; no seas ingrata, recuerda que les debes el ser; una sola palabra tuya puede devolverles la dicha y enjugar su llanto; eres libre, sigue el camino que quieras y allí espero tu resolución.» Por poco me vuelvo loca; las campanas con su triste sonido me hacían presente tu amargura; todo se me presentó a la vista; pero por el otro lado estaba el hombre a quien amaba y le debía también la vida; a ustedes los consideraba sufriendo el dolor más acerbo, y a él lo veía con sus piernas quemadas sufriendo por salvarme, los ardores de sus llagas. En tal situación también tomé una resolución extrema y no quise por mí misma decidirme; me cubrí la cabeza, hice malacatonche, determinada a seguir el sendero que se me presentaba delante sin volver un paso atrás. Tuviste poca suerte, papacito; al destaparme y abrir los ojos me vi frente a Lorenzo sentado a gran distancia; te dirigí el último adiós; lloré muchísimo por ustedes y más tranquila seguí el sendero que me marcaba mi destino; ¿qué más quieres que haya podido hacer por ti? Te rifé, y si la fortuna te fue adversa no me culpes a mi, sino a la fatalidad que quiso atormentarte; en fin, me has vuelto el alma al cuerpo; ha revivido mi amor filial y al verte tan ufano acariciando a mi hijo, gozo de una dicha inexplicable; ven a ver mi casa; mis animales, mis flores; en fin, toma entera posesión de este pobre albergue, en que más de cuatro tiernos suspiros he exhalado por ti, por mi mamá y hermanas. —Y lo hizo ver todas sus

cosas, su caballo, su escopeta, su venada, conejos, gallinas, pájaros y cuanto tenía reunido en su Edén.

—Pero Lorenzo me dijo —advirtió su padre—, que aquí tenías un traje particular, que eras reina, diosa, deidad, y quiero verte de la manera que has estado.

—Es cierto, voy a complacerte; mientras, siéntate en el corredor y admira mis flores; niño, enséñale a tu papá grande tus juguetes, y se metió a vestirse con su traje común.

Ínter el Changuito a imitación de la madre fue acumulando sobre el abuelo sus caballos, tambor, muñecos, trastes y con cuanto le llevaban sus papás. Llegó Lorenzo que contándole a Ángel lo ocurrido se entretuvieron un rato.

—¿Pero, qué es esto, señor? No sólo le han echado el caballo encima, sino que lo han constituido en baratillo.

—Qué quieres, hijo mío, éstos son los gajes de los abuelos, son muy rígidos con los hijos y los nietos los dominan.

De repente apareció Amparo con su singular vestido, y tocándose la falda de su sombrero, soltando su escopeta al descuido sobre el brazo izquierdo, dijo:

—S. E. Gobernador, la Reina de la Culebra, la Diosa de Capirio y Deidad de Coporillo, humilde implora la gracia de que se sirva S. E. honrar su pobre mesa; no encontrará manjares exquisitos ni deliciosos licores; pero sí una buena voluntad más grande que el inmenso espacio que a su vista se presenta.

—Acepto, hermosa Reina, hechicera Diosa, y Deidad encantadora; con razón hay hombres que se arrojan al fuego por salvar esos ojos que hacen eclipsar al sol; vamos a la mesa porque este día ha sido el más delicioso de mi vida; ha nacido de nuevo para mí mi vieja, y me encuentro con un retoño, con un Changuito más lindo que el lucero del alba.

Almorzaron todos perfectamente. El Chango echó el resto en sus guisos, y después se fueron a enseñar al abuelo el Arroyo de los Leones donde fue bautizado Juanito. Al ver a su hija absolutamente cambiada, robusta, de bonitos colores, muy ágil y convertida en una semiamazona, exclamó:

—Apenas puedo dar crédito a lo que miran mis ojos; tu transformación me encanta.

—Eso mismo me sorprende al verte, papacito —le contestó—, que yo haya mudado de vida, costumbres, y me haya constituido una salvaje, no es de extrañarse, porque la circunstancia de amar a un hombre que habita en los bosques, me hizo acomodarme a lo que me podía facilitar, sin más aspiraciones que poseer su corazón, y no tenía compromiso que me ligara a cumplir ningún ofrecimiento contrario a mis designios, por eso es que me admiro de verte de Gobernador; que te mire calvo, sin dientes y muy variado, le echo la culpa al tiempo; pero eso de figurar en política no tiene perdón, ¿adónde está tu sostenido carácter, tu rígida formalidad, y la fe y amor que mi mamá te merecía? ¿No recuerdas que solemnemente le ofreciste no mezclarte en ella? ¿El tiempo que te ha quitado el pelo te ha trastornado los sesos, o ya para ti

es mi madre una persona indiferente?

—Tienes razón, mi vida, tu reconvención es justa, y te confieso sinceramente que en el delito he tenido el castigo; las apremiantes circunstancias en que llegó a verse la causa pública, el ser Presidente de la Suprema Corte, y tantísimo como me mortificaron, hasta el extremo de echarme de empeño a tu mamá, me hizo dar con mi propósito en tierra; pero apenas subí al poder, cuando los mismos que me elevaron comenzaron a quererme derrocar, porque sus miras bastardas, falso patriotismo, y conveniencias particulares se estrellaron contra mi modo de gobernar; todos se figuraron tener en mi un espantajo, un maniquí de quien sacar toda ventaja; pero yo que tengo mundo y sé cuáles son mis obligaciones, he querido escarmentarlos manteniéndome firme, haciéndoles sentir un triste desengaño, llegando su audacia y desvergüenza hasta el extremo de que hubo hombre que pretendió un ascenso alegándome por méritos, que en la época anterior vendió los secretos del gobierno, dando parte a su enemigo de todas las disposiciones; porque no se quedara descontento, y vista su propia declaración, le mandé dar en presencia de los muchos aspirantes que me asediaban, veinticinco palos, en el cuerpo de guardia del palacio, y por cordillera lo mandé desterrado del Estado. Me he encontrado multitud de despilfarros que con mano rígida he corregido; ocasionándome millares de descontentos; mi gobierno ha de durar bien poco; pero más de cuatro se han de acordar de mí, y muy caro pagarán el haber pensado que yo era tan pícaro como ellos.

—Cada rato he querido renunciar y echar a todos enhoramala; pero sólo el capricho de amolarlos y hacerlos entrar al orden me ha hecho conservarme en el puesto; les puedo asegurar a ustedes sin jactancia que no he encontrado un liberal de buena fe en todo el Estado, y sólo he sacado la ventaja de conocer a fondo a mis compatriotas para no volver a alternar con ninguno, porque todos no estudian más que el modo de vivir a costa del erario de puros holgazanes, o sacar cuantas ventajas puedan de su opinión tan voluble como el viento; conque ya te confesé mi error, y muy pronto volveré sobre mis pasos; pero vamos a otra cosa; yo me propuse ser padrino y compadre de ustedes, presentarlos si era posible hoy mismo a la iglesia, mas por ningún principio es conveniente descubrir en el Valle este secreto. Todo el mundo diría que cuanto acabo de hacer por Lorenzo no ha sido en justicia, sino que abusando de mi autoridad sólo he tratado de dejar bien puesto a mi yerno; además, no puedo consentir que ustedes permanezcan en tal estado ni dejar a mi vieja en estos páramos; el gusto que he tenido en abrazarla no se les puede negar a su mamá y hermanas, ¿qué hacemos, Lorenzo? Tampoco puedo despojarte de tu mujer porque bien o mal hecho es tu esposa y yo te la acabo de dar.

—Señor —contestó Lorenzo—, reconociendo a usted como a mi padre, y agradecido a sus bondades, me tiene a su obediencia; haga de mi persona lo que guste, y sólo le suplico que para este asunto, se digne consultar la voluntad de mi esposa que es la dueña de la casa y madre de la familia.

—¿Qué dices, hija, me sigues para Morelia, o insistes en permanecer en estos

bosques ignorada?

—Me pides imposibles, papacito; yo no quiero despreciar a ninguno tu puedo partir mi corazón, mucho menos ir a Morelia, porque si aquí temes el escándalo, allí sería peor la campanada que diera mi resurrección; causaría más mitote que pesadumbre dio mi muerte; sería el origen de mil comentarios, y es capaz que esos descontentos de tu gobierno hallaran en este raro acontecimiento una arma con que vengarse de ti; por lo que decididamente jamás pondré un pie en la capital del Estado.

—Se me ocurre un medio, hijita, que Lorenzo prescinda del coronelato y cuantos chismes lo ligan por aquí, para que directamente se vaya a vivir con toda su familia y a manejar las haciendas de tu mamá, en donde sin llegar a Morelia te tendremos muy cerca.

—Papacito, eso mismo pensaba yo; pero para darte gusto se necesitan sacrificios.

—¿Cómo sacrificios? Explícate, niña.

—Me explicaré si me escuchas con calma y no te ofendes.

—Puedes hablar.

—Pues bien, renuncio contenta a cuanto ves que aquí me ha costado mi sudor y trabajo; haré que Lorenzo también prescinda de la buena colocación que al fin ha logrado; del sitio en que nació, y cuanto por aquí lo liga, y ya ves que por nuestra parte haremos proporcionalmente sacrificios por complacerte; pero ha de ser a condición de que por la tuya me ofrezcas recompensamos de igual manera, y si te determinas es negocio arreglado.

—No sé cuáles me exijas.

—Unos muy sencillos y que no podrás negarnos: ya faltaste una vez a tus propósitos; ya no eres aquel hombre inflexible y sostenido en sus ideas, dices que tienes mundo, que no quieres alternar con tus buenos compatriotas; pues ahora mejor que nunca puedes complacerme y con una palabra hacemos a todos muy felices, en la inteligencia de que si no aceptas, no me sacas de estos cerros ni a balazos.

—¿Qué es lo que quieres? No me confundas.

—Que prescindiendo de vanas preocupaciones y caprichos, echas a la porra al Gobernador, al ministro, al licenciado, a tu bufete, los negocios y cuanto te liga por allá, para que reunidos todos en las haciendas no sean ustedes dos más que rompeterrones como mi abuelo; sólo por cabezudo te has acabado la vida defendiendo intereses ajenos, abandonando los tuyos, los nuestros, a manos extrañas que muy bien habrán sabido aprovecharse de ellos en propia conveniencia; confiésalo mas que no me lo pagues, conoce la razón; quiero que te acuerdes que no eres dueño de ti mismo; que eres padre; que tus hijos reclaman tu persona y que sólo perteneces a tu familia; en fin, papacito de mi alma, quiero ver cuánto dura un viejo bien cuidado, y que aunque sea en el último tercio de tu vida le des gusto a mi mamá que tanto suspira por el campo y el sitio en que se crió.

—Pero tú me pides también imposibles, Amparito, eso de desbaratar hasta mi casa, nulificar mi carrera y...

—¿Y a qué más puedes aspirar en tu carrera? ¿Qué necesidad tienes de ella para comer?

—Es verdad, ¿pero qué dirán los que vean tal disparate?

—¿Y qué te supone que lo digan unas gentes que no te merecen fe ni tienes gana de alternar con ellas? Al contrario, que vean que huyes de su trato porque conociendo sus mañas los desprecias.

—Ya veo que no te faltan razones para sostener tu pretensión; me has cogido la encuartada, y mas que sea una locura, será usted obedecida al pie de la letra, Deidad de Coporillo.

Lo abrazó llenándolo de caricias contentísima de haber conseguido cuanto deseaba.

—Conque según lo pactado —dijo el papá—, queda definitivamente arreglado que mientras voy a desbaratar la casa de Morelia, Lorenzo vaya a hacer desaparecer las tuyas por aquí, al mismo tiempo que su hermano Ángel y tú arreglan la que mejor les parezca para metemos en las haciendas, en donde será el punto de reunión. Casualmente estoy disgustado con el administrador que últimamente coloqué; ya no existen ninguno de los dependientes que pudieran conocerte, y allí se podrá formalizar tu matrimonio y el bautismo de mi Changuito, con *astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*. Señor don Lorenzo, discurre el modo de ver cómo desaparece o matas de una vez al coronel Astucia, para que su nombre se sepulte en el olvido, porque en las haciendas te esperan con ansia tu padre, tu esposa, tu hijo y demás familia que con gusto recibiremos en nuestros brazos a Lorenzo Cabello: pero jamás emparentaremos con el tal coronel Astucia que ha dado tanto en qué decir; ésa es mi resolución definitiva, ahora nos pondremos de acuerdo para no perder el tiempo ni dar a nadie en qué sospechar. Esta tarde bajaremos para el pueblo y mañana públicamente emprenderá su marcha el Gobernador, mientras que por aquí la deidad alza su campo y dispone su itacate para el camino; vámonos a tirar un rato mientras se hace hora de comer, porque anoche nos la pasamos de claro en claro.

—Y que Ángel con los cachorros —agregó Lorenzo—, trasladen desde luego todo lo que guste llevarse esta niña para tierra fría, al Cerro de la Culebra, en donde nos reuniremos pasado mañana para emprender la marcha para el de Irimbo o a Coroneo, y allí se desgranará la mazorca.

Al estar comiendo, dijo el abuelo:

—Voy a ver si hacemos de un avío dos mandados, y tenemos que comer dos guajolotes de un par de bodas.

—¡Cómo! ¿Pues quién de mis hermanas se casa también, papacito?

—Lola que está apasionada perdida de un joven pasante mío. No pudieron disimular sus amores, llamé a la muchacha a cuentas; ella sin embozo me contó sus pretensiones, y para evitar que el amante anduviera haciendo el oso, rondando la calle y dando qué decir, le he permitido la puerta franca; ya casi es negocio arreglado, y esperamos que se acabe de recibir de abogado para que no corte su carrera; ya está

apto, sino que por los chismes políticos en que me he metido no he podido presentarlo, y eso será de lo primero que me ocupe al llegar a Morelia.

—¿Y qué casta de joven es éste?

—No te diré nada de su descendencia porque no me he metido en averiguarlo, desde luego se conoce en su presencia, finos modales, que es de buena cuna; tiene un talento muy despejado; es estudioso, eficaz, nada pedante ni patarata; en fin, el rey de mis pasantes; le he confiado algunos negocios de consideración, y por último, él lleva el peso de mi bufete; me ayuda en la audiencia, y casi no soy más que un firmón; me lo recomendó su tutor que es muy amigo; pero ahora si se formaliza el casamiento trataré de informarme, aunque a juzgar por su apariencia creo que es excusado ese paso, yo soy buen fisiologista y rara vez me equivoco.

—¿Cómo se llama tu protegido, papacito?

—Enrique López; ahí lo conocerás y serás de mi misma opinión.

—Sin ir más lejos —dijo Lorenzo—, yo podría dar razón de la decencia de ese caballerito, y sólo para que vean que no debe uno fiarse de las apariencias porque engañan todas, en dos palabras les diré simplemente, que Enrique López, el tutoreado del señor don Manuel N. (si es acaso el mismo de quien se trata)...

—Es el mismo, y prosigue Lorenzo.

—Pues, señor, prosigo: ese joven es hijo de una mujer loca y de un hombre que por sus proceder fue colgado en un pino para escarmiento de pícaros; quedó solo a cargo de un tío postizo compañero del ajusticiado, que también ha dado mucho qué decir, y ni el gobierno del Estado pudo corregirlo; no se entienda que esto lo digo por desprestigiar a ese sujeto, sino porque se trata de apariencias para juzgar; eso es respecto de sus padres; en cuanto a su fortuna, sólo cuenta con su inteligencia, porque hasta los cigarros que chupa se los dan de caridad; en este supuesto compare sus apariencias con mis verdades, y usted sabrá si lo admite como yerno.

—Hombre, me has dado un escopetazo, de un solo golpe has desbaratado todo mi plan y el mejor concepto que me tenía formado de ese desventurado joven, que tendré la necesidad de despedirlo de mi casa negándole redondamente la mano de Lola.

—¿Pero qué culpa tiene, papacito —dijo Amparo—, ese pobre joven? ¿Acaso estuvo en su mano elegir su suerte? ¿Qué jamás podrá el desventurado hallar un remedio a la desgracia que sin tener parte lo persigue? ¿Y qué no podrá algún buen hijo borrar con nobles hechos la mancha de que esté sucio, sino que a fuerza ha de pagar sin remisión los errores de sus padres? Así nunca se corregirá ningún mal, y desgraciado del que por malas apariencias se juzga de su persona.

—Todo lo contrario, hijita, y yo, por las buenas apariencias que actualmente lo rodean lo he considerado.

—Pero que han rodado por el lodo —replicó Lorenzo—, al instante de compararse con las adversas, y si este descubrimiento hubiera sido después de ser admitido en la familia, sin duda es origen de la eterna desventura de todos.

—Es verdad, ¿pero qué hacer en tal estado, hijo mío?

—No sólo en tal estado, sino siempre, no juzgar ligeramente por apariencias sino por las efectivas realidades, que si las quiere saber tampoco tengo inconveniente en decírselas como lo hice con esta niña al declaramos nuestro amor; ese joven Enrique es hijo de Clarita, una de las víctimas sacrificadas a la avaricia y perversos instintos de su padrastro, que con falsas apariencias encubría sus crímenes, mientras ocultaba sus pesares, hasta que la realidad hizo colocar a cada cual en su verdadero puesto. Su padre fue José López que con el apodo de Pepe el Diablo sucumbió, como he contado a usted, con mis demás hermanos en las Barrancas de la Viuda, y fue colgado también por los bandidos autorizados que nos asaltaron, y el tío postizo de quien depende soy yo: ahora, señor, ya puede obrar con conocimiento de causa, la suerte de ese muchacho la pongo en sus manos, resérvese los pormenores que le he contado, porque he tenido empeño en que los ignore, y si se ha granjeado que sus apariencias no le sean perjudiciales, sea eso su única recomendación para que no lo corra de su casa, ni le niegue la mano de su hija, digo mal, de la mía, porque tengo participio después de Dios en su existencia.

—Con muchísimo gusto lo acepto por hijo —contestó el padre.

—Y yo por hermano —agregó Amparo.

—Y yo les agradezco a los dos su bondad —replicó Lorenzo—; a usted, señor, que ha sido nuestra Providencia le corresponde acabar su obra y hacer nuestra felicidad completa.

A buena hora se bajaron los dos para Jungapeo donde inquietas los esperaban multitud de personas, a quienes contó el Coronel que S. E. fue a ver en un instante el cerro grande donde se situó el memorable campo de Cópore; hubo su tertulia y otro baile, empeñándose todos en acompañar al gobernador al otro día hasta el puente de Irimbo, almorzando de paso en Túxpam. Desde que se separaron de Coporillo empezó la deidad a desbaratar su edén, donde dio puerta franca a sus animales, diciéndole a su venadita:

—Corre, primorosa, anda con entera libertad por estas selvas adonde encontrarás a los tuyos y gozarás con ellos de regocijo, como yo. Acabó tu reclusión, lindo faisán, respira el aire libre; parte a cumplir con tu destino, como yo. Vuelen, querido jilguero, amado zenzontle, dorada calandria, hermoso cardenal y todos ustedes que con sus dulces trinos han alegrado mi estancia, váyanse a buscar a sus parejas, a vivir contentos y descansar en sus nuevos nidos, como yo. —Así, con mil ternezas, se fue despidiendo de todos sus animales; juntó semillas de sus flores favoritas, y marcharon al otro día, recogiendo de Capirio también lo que era posible llevarse en cuatro mulas de carga que con Simón mandó Lorenzo y cuanto pudieron acomodar en sus caballos. Llegaron muy fácilmente al Cerro de la Culebra a donde los esperaban el Gobernador y Lorenzo, que despidiéndose de sus acompañantes, a poco rato se internaron en el huizachal de Jaripeo el Grande, y remontándose por el encinal, coordinando sus planes para realizar sus intenciones, insensiblemente retrocedieron hasta dicho punto. Al ver que estaba haciendo una luna muy hermosa quisieron aprovecharla, y a las

siete de la noche partió la caravana compuesta de dos mujeres, cinco hombres, el Changuito dormido, bien colocado entre las cargas, tres caballos de mano, cuatro mulas, todos cargados de envoltorios y de trebejos, seguidos de catorce mastines de todas clases, edades y tamaños; he aquí la familia del mentadísimo coronel Astucia, que la sacó del Valle sin que alguna persona lo notara, y avanzó esa noche casi al trote cortando camino hasta parar a las diez de la mañana del día siguiente en la cañada de las Torcazas, donde de la manera más extraordinaria celebró su matrimonio cinco años antes. Improvisaron su barraca; hicieron su cocina; almorzaron llenos de gusto; descansaron y durmieron hasta proseguir a las seis de la tarde su marcha para llegar a Coroneo de noche, no llamando la atención de ninguno, a posar al mesón mismo que repuesto les hizo recordar tristes memorias, lo mismo que el sepulcro muy arruinado que por desidia estaba a un lado de la iglesia lleno de hierbas y tepozanes que eran sus adornos fúnebres. De aquel pueblo partió el Gobernador con Lorenzo seguidos de Simón y el Chango con dos mulas de avío hasta San Andrés, donde acompañado de la escolta que allí lo esperaba, se siguió de frente hasta Morelia, y Lorenzo por Tajimaroa regresó al Valle mientras Ángel su cuñado con más comodidades, nuevos criados, y otras cabalgaduras fletadas, cortando por Santa María, Maravatío el Alto y otros pueblos, habilitado de dinero y su carta orden, a jornadas descansadas, llegó a recibirse de las haciendas que al instante le fueron entregadas, y Amparo empezó a disponer las habitaciones para los huéspedes que debían también emigrar.

Capítulo XXX

El extraordinario de Morelia. Muerte del coronel Astucia. Caída del Gobernador. El yerno y los suegros. Las dos bodas. Conclusión

Lorenzo con sus viejos cachorros empezó con disimulo a transportar los dieciséis mil seiscientos pesos concedidos a sus *todos primitivos* para sus respectivas casas. Destruyó sus habitaciones, quemando maderas y no dejando indicios de ellas, y el último viajecito de Simón y el Chango, fue conduciendo en dos cajitas de madera muy curiosas, las cenizas de Clarita la madre de Enrique y los restos de su padre, que con precaución y disimulo se extrajo de los sepulcros, dándoles orden a sus enviados de no volver, sino quedarse con su amita. Él se quedó de huérfano andando de aquí para allí; comiendo en una parte y durmiendo en otra para no hacerse molesto, sin más avío que tres mudas de ropa interior depositadas en un escondite del Cerro de Tarimoro, y su caballo Tortuguillo; todo lo dejó al corriente en menos de veinte días. Ya habían pasado otros diez o doce, cuando estando muy entretenido con sus *todos* en Laureles, jugando gallos en celebración de que comenzó la zafra o molienda de caña, llegó a mata caballo un correo extraordinario conduciendo unos pliegos del gobierno, preguntando ansioso por el coronel Astucia a quien iban dirigidos.

—¿Qué se ofrece? —dijo al que primero recibió el correo y le gritó luego:

—Aquí lo buscan de Morelia, Coronel. —Y pudiendo apenas disimular su alegría recibió las comunicaciones, y mandó que le dieran de comer a aquel hombre y un pienso a su caballo.

—¿Que acontece, Coronel?

—¿Qué hay, amigote?

—¿Que es alguna novedad? —y así todos fueron preguntando llegando ansiosos a rodearlo.

—Vean ustedes, caballeros, bien nos dijo el señor Gobernador, que ya está el sistema haciendo el borrachito, y yo lo que siento es que le truene a nuestro amigo el cohete en la mano. —Uno de los *todos* leyó en voz alta un oficio en que se ordenaba que con la más fuerza que pudiera reunir de la Seguridad, partiera a defender al gobierno a marchas forzadas, y que acompañaban un nombramiento en blanco para el interino que dejara puesto en su lugar mientras regresaba.

Al abrir el oficio en blanco cayó al suelo un papelito de puño y letra del Gobernador, que decía:

«Amado Coronel; estoy en peligro; si no trae alguna gente para sostenemos, con su persona me bastará para salvar la existencia de su buen amigo. M. G. y D.»

—¿Y qué piensa usted hacer, señor Coronel? —preguntó el Prefecto.

—Yo haré lo que opinen los señores; si ustedes quieren ir a Morelia y pataratear y exponerse a un pelotazo, yo los conduciré al combate; pediremos el sitio más arriesgado, y prestaremos nuestros débiles servicios al gobierno que nos llama.

—Yo no puedo abandonar los intereses que tengo a mi cargo.

—Ni yo puedo tampoco dejar mi comercio solo.

—Yo siempre he estado, estoy y estaré neutral en las cuestiones del país.

—A mí nunca me ha gustado ser soldado.

—Ni a mí me acomoda tomar cartas en asunto de política.

Y así todos fueron chispándose sin que ninguno quisiera acompañarlo.

—¿Por qué no junta usted, Coronel, trescientos o cuatrocientos infantes y marcha con ellos si tiene voluntad de proteger al gobierno?, éstos serán más fáciles para reunirse y menos gravosos al erario.

—Porque a proporción tienen los mismos inconvenientes que ustedes, y más si se quiere, comparando su situación; a lo que se agrega que son pobres; yo los he armado para conservar aquí el orden y la paz de que hemos estado disfrutando, no para que de mitoteros anden de aquí para allá.

—Pues entonces, ¿cuál es su determinación, señor Coronel?

—Ya la podían haber supuesto, caballeros, y basta que jamás me haya gustado ser partidario, ni tener color político para que no se alarmen; que se vayan los del gobierno con su música a otra parte a trompetear al calvario, que nosotros ni estiramos ni aflojamos; esa comunicación irá al tompeate y lo que fuere sonará; ¿qué les parece mi resolución?

—Magnífica, al tompeate.

—Sí, al tompeate.

Y todos quedaron muy contentos diciendo uno:

—Este girito aguanta un tapado de diez y diez.

—Este malatoba, un careado de quince y quince.

—Un momento, señores; luego jugaremos; aquí viene un sobornal, o como si dijéramos posdata; miren este papelito de nuestro amigo. —Todos lo leyeron y el último dijo:

—Esto cambia de paridad.

—Es cosa grave —expuso otro.

—¿Que no sería bueno también condenarlo al tompeate? —opinó un tercero.

—Sería una vileza —replicó el Coronel con seriedad—; yo soy esclavo de mis amigos; ustedes han visto que ese hombre me acaba de colmar de favores y mañana ustedes serian los primeros en calificarme de ingrato; como aquí sólo pide el servicio de mi persona, de nadie necesito para ponerla a sus órdenes; oiga usted, señor purgador, hágame favor de mandarme ensillar mi caballo, y si ese mozo que vino ya almorzó, que aliste su animal para marcharnos.

—Hombre, Coronel, no se precipite, mire que por allá abundan las traiciones, las

malas partidas y...

—¿Y porque allá abunda todo eso hemos de imitarlos? ¿Qué más traición y mala partida que negarse a servir a un amigo que nos dice: «Su persona me bastará para salvar mi existencia»? Sería el hombre más villano, el más infame, si no hago cuanto pueda para recompensar sus favores. Excusen sus opiniones sobre este asunto y vamos a otro; aprovechemos este nombramiento en blanco para que si por desgracia dilato, me pegan un pelotazo, o cualquiera otra contingencia, esto no quede solo.

—Yo creo que es excusado —contestó uno—, ¿qué puede usted dilatar, y por qué eso de suponerse desgracias?

—Porque no voy a ver jugar gallos con navaja, caballero, sino tal vez a hacer de gallo, y dar o recibir chincharrazos. En fin, elijan ustedes a quien les parezca, el tiempo urge, tal vez llegue tarde, y entre tanto voy a sacar mi caballo.

Hubo luego mil debates; ninguno quiso echarse encima esa encomienda; volvió ya el Coronel listo y el correo montado, y después de mil excusas le echaron el cargo al Prefecto, que como el primero de la junta menor, le alegaron corresponderle de derecho, y estar más al tanto del manejo de los negocios y fondos; le llenó a la comunicación el nombre y después dijo:

—Si por una fatalidad, una desgracia de las cuales nadie está zafo, me condena a ser calavera de aquellos camposantos, ¡adiós, señor Prefecto!; ¡adiós, señor don Fulano! —Y despidiéndose violentamente de los presentes, exclamó:

—¡Adiós en fin, mis *todos*! Que...

Montó a caballo y partió a escape dejándolos perplejos, y así que estuvo a buena distancia acabó de expresar su pensamiento: Qué egoístas, viles y canallas, no son más que convenencieros; estercólos, Tortuguillo, échales la tierra en la cara. ¡Malditos sean por ingratos! Demasiado les di a entender que no voy a divertirme, y ninguno siquiera de fingido ha sido para ofrecerse a acompañarme, facilitarme un peso para el camino, un caballo de mano, un criado; ahí les pesará mi ausencia y me llorarán con lágrimas de sangre; Dios los libre de la anarquía, y donde quieran como antes subyugar a los pueblos que he defendido de sus garras, ya me supongo el uso que harán de sus fusiles, no les arriendo las ganancias, porque caro y muy caro pagarán su inconsecuencia. *Todos para uno, uno para todos*, qué bien comprenden estos hombres estas palabras, dejan al *uno* a que corra el riesgo, mientras los *todos* se quedan divirtiéndose. —Con estos pensamientos y otros por el estilo, cortando por veredas y atravesando matorrales, llegó al pie de Tarimoro; allí le dijo al extraordinario que lo seguía:

—Váyase al tranco, y me espera en la falda de aquel cerrito pelón. —Quebró su caballo y se encumbró hasta la cima.

—¡Pobre Coronel! —dijo el Prefecto mirándolo ausentar.

—Quién sabe —agregó otro—, si le costará muy caro su eficacia.

—¡Pero, hombre! —exclamó el administrador de Laureles; somos unos infames; vemos que se marcha solo y a ninguno nos ha ocurrido facilitarle un criado; la

declaración de indulto aún no se habrá hecho extensiva; el hombre tiene su cabeza vendida; quién sabe si esto ha sido un ardid de sus enemigos para tomar una venganza; con un par de mozos que le hubiéramos dado cada uno, llevaba un escuadrón que escoltara su persona, pero somos unos mentecatos.

—No se figure usted, señor don Luis, ninguna fatal consecuencia; si el Coronel —respondió un comerciante—, hubiera necesitado de nosotros, demasiada franqueza tiene para que nos hubiera pedido lo que quisiera; lo que yo creo es que como amigo del misterio y tantos ardidés como discurre, se propuso desde luego ir a poner en juego alguna de sus zanganadas para librar a su amigo, dentro de quince o veinte días lo tendremos de vuelta; querrá dar por allá su espiada a ver cómo queda la cosa pública y venimos a contar sus proezas.

—Ni duda —agregó otro—, y como no tuviera ese orgullo de los charros Hermanos de la Hoja que capitaneó, que siempre declina en fanfarronadas, sería nuestro Coronel intachable.

—Yo no veo que en esto haya nada de esas cosas —replicó el Prefecto.

—¿Cómo no? —sostuvo un tercero—. Eso de que sólo su persona baste para salvar al Gobernador, no pasa de andaluzada; una golondrina no hace verano.

—Lo que fuere sonará —dijo otro con menosprecio—; este giro aguanta un tapado de diez y diez.

—Sí, sí, a lo que se juega —le respondieron—, no venimos a llorar ausencias —y siguieron en su diversión.

Lorenzo recogió la ropa sucia que allí tenía y la acomodó en los tientos; rascó con su puñal al pie de una hermosa ziranda enterrando el despacho de coronel y nombramientos; los tapó con tierra y aplanó a patadas, diciendo:

—Duerme en paz, coronel Astucia; jefe nato de la Seguridad Pública y visitador general del Valle de Quencio; aquí te tocó la renegada. —Hizo pedazos los demás papeles que tenía en la bolsa relativos a su cargo y los arrojó para la profundidad, a la vez que decía:

—Vuela, fama del difunto que aquí descansa, para que como todas las glorías de este mundo vaguen por el espacio en menudos fragmentos unos cuantos días, se conviertan en polvo y al fin sean consignadas al olvido. —En la corteza del árbol abrió una gran cruz con su puñal, luego grabó con letras muy claras: *Aquí murió el coronel Astucia. R.I.P. Tantos de tantos, etc.*— Vamos a ver qué suerte corre en tierra fría Lorenzo Cabello. ¡Gracias, Dios omnipotente, gracias porque no me retiro de este Valle con las penas, tormentos y pesares con que hace ocho años largos entré, para agotar mis lágrimas y apurar mi sufrimiento! —Sacó su cartera y escribió en una hoja blanca:

«Padre mío, dejo enterrado a la salida del Valle al coronel Astucia, que ha muerto de repente. R.I.P. En este instante marcha para las haciendas a donde a todos estrechará en sus brazos, su hijo. Lorenzo Cabello.»

Montó a caballo y prosiguió a despedirse, diciendo:

—¡Adiós para siempre, delicioso Valle, mi tierra natal, que abrigaste en tu ancho seno y en tu ameno suelo a los prófugos de Tlaxcala! ¡Adiós, deliciosas selvas, encumbrados cerros y floridas vegas que han sido testigos de mis amarguras! ¡Adiós, Rancho de las Anonas, a donde vi la luz primera, y tus labores han sido regadas con el sudor de mi padre! ¡Adiós, hermosa cañada de Capirio, cerro pelado de la Culebra y frondosa rinconada de Coporillo que dieron abrigo a mi reina, mi diosa y mi deidad! ¡Adiós en fin, mis egoístas *todos*, Dios quiera que jamás nos volvamos a ver por estos sitios! —Bajó precipitado, arrancó la hoja, le puso cubierta, y dijo al correo:

—Ésta para S. E. y dígale de palabra que voy a reunirme con la gente que me espera, y que pronto nos veremos; tenga esa media onza para el camino, y esta entera que le doy de gala; córtese por aquella huizachera, y luego que encumbre ese cerrito de pinos, cae derechito a las veredas que van a Ziraguato; de allí se dirige a Cuitareo y agarra el camino real de Zinapécuaro. El hombre aquel, contentísimo, siguió el derrotero indicado, y él tomando otro se dirigió para Tajimaroa en donde se habilitó de comestibles por segunda mano. Siguiendo de frente por Jaripeo el Chico atravesó los linderos del Grande; dejó a su izquierda al pueblo de Irimbo, y llegó al amanecer del día siguiente a Coroneo; allí descansó todo el día y con mucho desahogo puso en menos de tres días cerca de cincuentas leguas de por medio.

Para de una vez terminar con el finado Coronel, baste saber que por más indagaciones que hicieron sus *todos* no pudieron conseguir ninguna noticia, y aunque también indagaron del paradero del Gobernador para ver si por ese arbitrio aclaraban algo, tuvieron informes muy contrarios; unos decían que había sido tan precipitado su costalazo que hasta la tierra había perdido; otros, que desbarató su bufete y con lo que pudo pellizcar en el tiempo de su gobierno se fue a dar una paseada por Europa; y la generalidad, que siendo muy déspota lo habían expulsado de la República. Hasta seis meses después de la ausencia del Coronel, unos vaqueros notaron la cruz de la ziranda y la fatal noticia que anunciaba en su tronco; dieron parte; se armó mucho mitote y los *todos* se empeñaron en que se recogiera su cuerpo, comisionando al secretario del Prefecto para que lo buscaran, ofreciéndole cien pesos si desempeñaba bien su comisión. El hombre aquel ya se volvía loco, en vano escarbaron por cuantas partes le ocurrió; ya tenían más de ocho días de estar allí remontando y no adquirían ni el más leve indicio. Casualmente estando solo se encontró los papeles; metió en la caja que llevaba dispuesta troncos podridos; excavó con mil afanes allí mismo un hoyo capaz de hacer creer que de allí había sacado el cuerpo, y que en la bolsa de la chaqueta encontró aquellos documentos. Reclavó la caja; cubrieron con brea las juntas; ponderó la hediondez del cadáver, que tenía muchas puñaladas, y supo fingir su papel con tan buen estudio que dieron crédito a sus palabras, agotando su ingenio por asegurar los cien pesos ofrecidas; justificando sus dichos con los despachos muy podridos que entompearon a los entompeadores; le hicieron muy clásicas exequias, y junto al sepulcro de su padre en Jungapeo, se fabricó el de su muy sentido Coronel que fue generalmente llorado, y le pusieron su epitafio: *a su*

muy querido UNO, le dedican esta memoria sus agradecidos TODOS. R. I. P.

Naturalmente, divulgada la muerte del gato, aparecieron los ratones. El Prefecto jamás pudo desempeñar el lugar de Astucia, y sucedió lo que al retirarse Lorenzo les predijo. Se desató la más horrorosa anarquía y desconcierto; ni con millares de reatas florideñas se les podía hacer entrar al orden. Descontentos todos, amargados por las necesidades, y tratando el gobierno de desarmarlos, desconocieron a las autoridades; casi todos se remontaron; resucitaron cuestiones de haciendas contra los pueblos que el Coronel había transigido y éstos remitieron sus demandas a los hechos, haciéndose justicia con las puntas de sus bayonetas, de modo que los *todos* tuvieron que lamentar la pérdida de su *uno* con lágrimas de sangre, y ninguno era capaz de remediar aquella desmoralización de la gente que antes formó la Seguridad Pública del Valle.

El Gobernador, fiel a su palabra, violentó el término de la carrera de su futuro yerno, de Enrique, sin darse por entendido del inmediato parentesco que lo ligaba con su tío Lencho a quien suponía soterrado en Tierra Caliente y en desgracia, manteniendo sólo relación epistolar de vez en cuando, habiendo sentido mucho no acompañar a su maestro a la expedición para visitarlo; pero los encargos que le dejó como discípulo favorito y de más confianza, lo obligaron a quedarse aunque no muy a su pesar porque era el único hombre que cuidaba de la familia que ya consideraba como suya. Bastó sólo que Enrique fuera presentado por el Gobernador, para que sin muchas dificultades lo aprobaran y recibiera su título, etc. Poco a poco fue el padre descubriéndole a la mamá y sus hijas la existencia de Amparo; para justificar sus palabras, después de contarles todos sus pormenores y ocurrencias les entregó una carta para ella y algunos regalitos, entre los cuales iba para la madre un rizo del cabello del Changuito que lo había encantado; llenas de gusto no hallaban cómo dar gracias a Dios de su ventura, y más la señora cuando le dijo su esposo la resolución tomada en el edén de Coporillo y el pacto convenido entre el Gobernador y la deidad, o el padre y la hija.

—Mariano —le contestó su esposa abrazándolo delirante y llena de entusiasmo —, desde este instante te voy a querer de nuevo; bendito sea Dios que ha escuchado benigno mis ruegos; nunca para el bien es tarde; me parece que aún estamos en nuestra edad de dulces ilusiones, y allí donde nací tendré recuerdos halagüeños, en vez de tantos sinsabores y molestias como aquí me han atormentado. ¡Bendito sea Lorenzo, y Dios se lo pague al dicho coronel Astucia! Desde que lo conocí me simpatizó, y ahora que será mi yerno le prodigaré sin embozo mi ternura; sólo a su amor, a su arrojo, y fuerza de voluntad, después de Dios, le debemos la existencia de nuestras hijas: ya no veo la hora que nos marchemos de este maldito chismal; de este piélagos de juzgadero; de este mar de embustes y fingimiento; en fin, de este purgatorio que llaman sociedad, donde trabajan sólo la lengua y las tijeras criticando al mundo entero; manda vender a la tienda esos libros que te han encalvecido para que envuelvan azafrán; que se lleven a la cohetería esos expedientes que te están dejando ciego; quémalo todo, que mas que nos vayamos a pie con nuestras enaguas

de jerguetilla, zapatones de cordobán, y sombreros de palma, cargando con un ayate nuestros petatitos, allá seremos los amos y gozaremos con nuestros hijos llenos de gusto y satisfacción lo que Dios nos dé, y el constante trabajo de mi padre nos dejó. Corre, Mariano, corre; echa al maldito Gobernador enhoramala, con cuatro letras lo confundes en el abismo; pero no, no le seamos ingratos, si no hubiera sido por él no vas al Valle ni acontecen tantas cosas como han pasado que me parecen milagros; anda a descender con la dignidad con que subiste, que nadie nos señale con el dedo ni tengas que bajar los ojos ante ningún fifiriche de esos maromeros que te elevaron; que se rasque cada cual con sus uñas, y vuélvete egoísta por convencimiento sacado de tu propia experiencia; Amparito vale lo que pesa; me la voy a acabar a caricias, y como tiene tu genio claridoso y sostenido, te supo hablar en tu propio idioma. De veras que es una reina, diosa o deidad, pues sus palabras te llegaron al corazón; lo repito, Mariano, desde este instante me enamoras y comienzo a amarte con el mismo fuego que hace más de treinta años. Voy a mandar llamar a la corredora que venda tanto trapo inútil como costoso, y que son impropios para usarlos allá.

—¿Pero, hija, qué vas a hacer?

—A desocupar esos roperos, no quiero blondas, rasos, terciopelos, ni nada que me apeste a la ciudad; con unas enaguas de muselina o mis castores, allí seré también la reina; con este dinero en gallinas que lo emplee lo veré reproducir, multiplicarse; comeremos muchos blanquillos, buenos pollos sin que nadie moteje si están bien o mal hechos, ni digan que ya no se usan, están feos, cuánto han costado; si los compraste al plazo o es regalo de tus clientes, gajes de la testamentaria de fulano; una pluma del águila nacional, basuritas de la audiencia, marmaja de tu bufete, y tantísimas chifletas y dichos picantes de las que al ver estrenar a uno un trapo hacen la más crítica disertación y nos despellejan vivas; si tú vas desengañado de los hombres, yo no lo estoy menos de las mujeres, y como ranchera voy contentísima a concluir mis días como los empecé, a disfrutar respirando el aire libre del campo y gozando de la vida a mis anchuras, cumpliendo en todo y por todo mi voluntad, sin ser el espejo de todo el mundo que fiscalizan y motejan hasta mi modo de andar, esto es una tortura, un infierno, voy a estar en la gloria.

—Tienes razón, mamá —replicó Aurelia—, esto cada día se complica, y Dios quiera, papacito, que el haber faltado a tu ofrecimiento no nos cueste una pesadumbre; ya ves las persecuciones, destierros y cuánto sufren los aspirantes en política a cada cambio de sistema, renuncia a buen tiempo y vámonos a establecer a donde no seas más que el padre de tus hijos y el amo de tus propios intereses y como luego dices, el que viene atrás que arree; el que se queme que sople.

A la menor insinuación fueron admitidas las renunciaciones del Gobernador y Presidente de la Suprema Corte, que sin estrépito se retiró a la vida privada, habiendo descubierto mil enredos, quitado disfraces y sabido de todos sus compatriotas sus malas mañas, de modo que sólo al mirarlos con fijeza o sonreírles al saludarlos, huían de su presencia abochornados, renegando de que estuviera al tanto de sus bastardos

procederes, falsa política, y mentido patriotismo.

Lorenzo luego que llegó a las haciendas les dio una andada, vio de cuánto fomento eran posibles, formó sus planes para desarrollar sus elementos, mejorar sus esquilmos, extender sus labores para aprovechar hasta el más insignificante terreno de su vasta extensión, y mirando que su futuro suegro ni escribía ni llegaba, mandó disponer el avío, apostó tiros de mulas, y con los criados necesarios partió para Morelia. Ignorando si había en la casa bastante local, paró en un mesón y solo se dirigió a ver al licenciado.

—¿Mande usted? —le dijo un criado al penetrar en el zaguán.

—Quiero hablar al patrón.

—Pues vuelva usted dentro de una hora porque está comiendo.

—Entonces mejor, suba usted y avísele que Lencho viene a comer con él. —Y se siguió andando tras del criado.

Apenas había dicho aquello, cuando el papá aventando todo, se paró diciendo:

—¡Ahí está Lorenzo! Que entre, que entre.

—¡Mi hijo! —repitió la señora.

—¡Mi tío! —exclamó Enrique.

—¡Mi hermano! —dijo Aurelia.

—¡Mi salvador! —gritó Lola.

Y todos llenos de júbilo salieron a su encuentro sin hacer caso de su vestido de cuero y rostro muy empolvado; así que todos lo abrazaron llenos de alegría les dijo:

—Como Lorenzo, ya tuve el gusto de estrecharlos en mis brazos; pero traigo además revenido otro abrazo de ruego y encargo que me encomendó una pobre rancherita; ya quería brincar las trancas por venir a verlas, y se le están haciendo los días eternos por su tardanza, resuelta a que si me ve regresar solo, pega la estampida para sus antiguos comederos y allá se remonta con sus fieras.

—Tiene razón —respondió el tata—; ahora hablaremos, cumple con tu encomienda y vamos a comer.

Se repitieron los abrazos; se sentaron a la mesa; estuvo respondiendo a las multiplicadas preguntas que todos le hacían.

—¿Conque nuestro amigo el coronel Astucia, falleció? —dijo el papá.

—Sí, señor, murió de repente —le contestó— a la salida del Valle le hice el último servicio a que me obligaba su amistad; lo he dejado enterrado al pie de una ziranda. Acabó el coco de los de por acá; el azote de los bandidos, y el paño de manos de los de por allá.

—Según eso —dijo Enrique—, ¿tenía usted buena relación con el Coronel?

—Mucha y muy íntima; pregúntaselo a tu maestro; éramos uña y carne, inseparables amigos y...

—Como que no he visto una estrechez tan extraordinaria y ni un par de gemelos tan parecidos; figúrate, Enrique, una yunta de bueyes uncidos con su propio yugo, un tronco de friones, un...

—Dígalo usted de una vez, señor —replicó Lencho—, un fenómeno lleno de contradicciones.

—De buena gana hubiera yo conocido al dicho coronel Astucia —dijo Enrique.

—Pues conqueme me mires a mí ya está satisfecho tu gusto; era mucha nuestra semejanza y tal vez no faltará quien me confunda con el difunto, por lo que si tal cosa acontece no lo extrañes, pero aquél era mucho hombre, mientras yo no he pasado de lo que ves; fue tenido por valiente; luego por muerto; después por bandido; últimamente por hábil, y en resumidas cuentas, no es ya más que harina de otro costal.

Por lo expuesto conocieron que Enrique ignoraba las célebres ocurrencias de su tío, y por prudencia lo dejaron en la duda.

—Conque volviendo a otra cosa, Enrique, ya te habré dicho tu maestro que tenemos destinada la mano de mi Lola, de esta chacharita que al sacarla por entre las llamas me pesaba más un tlaco de yesca y en el contrato hecho en Coporillo me la han regalado en cambio de un Changuito.

—No me he metido en tocar ese negocio, Lorenzo —dijo el licenciado—; pero como soy formal en mis tratos recuerdo bien que te dije que te las cogieras, porque mi Changuito vale más que todas ellas, y ahora te cambio la propuesta, si conoces que te saco ventaja, cógete también a la nana de pilón.

—Eso por sabido se calla, señor, la nana me pertenece por mil títulos, y aunque usted no me la ofreciera yo sabría arrebátarmela, ya tiene experiencia de que no le tengo miedo ni a los hombres ni a los elementos.

—Por eso no quiero tenerte por enemigo, sino que dándome por vencido, tú hagas y deshagas de esta manada de ovejas lo que te parezca.

—Pues entonces a la hacienda; ahí está el avío; allí formaremos los rebaños; cada cual tendrá su aprisco; usted señor, será el pastor, este muchacho y yo sus cachorros, y cuidándolas a todas resistiremos a los lobos.

—Dios te dé el cielo, Lorenzo —replicó la señora—, pues has sido el instrumento de quien Dios se ha valido para nuestra felicidad; mañana mismo nos vamos; después mandaremos a que desbaraten la casa; anda a alborotar a tu mamacita, Enrique, y ustedes muchachas, a disponer sus baúles. ¿Qué dices, Mariano?

—Que estoy resuelto a obedecer a la Reina Madre, a la Diosa Madre, y la Deidad Madre; en fin, a la madre del chinchorrillo que quiere Lorenzo que pastoree; hagan punta que yo iré arriando y cargando a los primalitos.

Al otro día marcharon a las cuatro de la mañana dos coches de camino seguidos de ocho cuerudos con las mulas de avío, y al segundo, como a las nueve, hasta los tiros de mulas llegaban contentas, pues reconociendo la casa no las podían contener los cocheros y llegaron como exhalación hasta la hacienda sin pesarles los carruajes que por poco vuelcan en aquellas bajadas.

—¡Amparito de mi alma, hija mía! ¿Dónde estás? ¿Adónde estás, mi vida? —

entró gritando la señora como loca.

—¡En tus brazos, mamacita! —contestó saliendo en fuerza de carrera con el pelo suelto y sin rebozo.

—¡Nana Ampopo! —gritó Lola abrazándola también.

—¡Hermanita de mi alma! —exclamó Aurelia.

—¡Niña, niña! —gritaba la madre Chenta que era criada antigua de la casa, y llorando todas de gozo formaban un grupo compacto prodigándose mutuamente las más tiernas caricias; mientras el papá saliéndole al encuentro a su Changuito que se quedó admirado de tanta gente extraña dudoso de acercárseles, lo tomó en brazos; le dio un pitito que se empeñó en sonarlo, y se puso muy consternado al ver aquella escena de requiebros, palabras cortadas, y muestras de amor que sin cesar llorando y riendo todos se hacían aguantando los pitazos de su nieto que ya lo ensordecía. Después de aquellos extremos de cariño siguieron las contemplaciones; todas miraban a Amparo ponderando lo que al pronto les llamaba la atención.

—Estás más alta, robusta y de hermoso color, hija mía.

—¡Qué lindos brazos tienes, Amparo!

—¡Qué buen pelo!

—¡Qué bien pareces con enaguas! —y otras mil cosas que las admiraban.

—Abran campo y no estorben el paso —dijo el tata pasando con su nieto por en medio, dando pitazos y siguiéndose a pasos largos para la sala.

—¡Daca a mi hijo! —gritó la señora—. Déjame hacerle un cariño —y siguió presurosa tras él.

—A mí, a mí —repetía Aurelia—, dámelo, papá.

—Venga mi Changuito, no se lo des a ninguna —gritaba Lola, y siguió el tumulto a querérselo quitar al abuelo; pero el niño, rehusando mudar de sitio, lo abrazó del pescuezo y ocultaba la carita, hasta que fastidiado empezó impaciente a echarles cortes y puntazos, diciendo:

—No quero mujeres, feas, feas —y se limpiaba la boca con coraje para quitarse los besos que le daban, no transigiendo con ellas, sino a fuerza de juguetes y otras chácharas con que le ganaron la voluntad. No fue menos el aprecio de Ana María y Ángel con Enrique, que desde que se lo llevaron a Morelia, no lo volvieron a ver, así como el que le manifestó Amparo al presentárselo Lorenzo como su futuro sobrino y cuñado. Cuando todos en la sala se pusieron en sosiego, se hincó Amparo delante de su mamá y le dijo:

—¡Perdóname, mamacita!, si abusando de tu confianza y burlando tu vigilancia, correspondí decidida al amor de Lencho desde que estábamos en Túxpam; mi papá te habrá impuesto de mis resoluciones, de la grave pena que me costó la separación de ustedes; y si disimulas mis faltas y me vuelves tu gracia, desde este instante seré la mujer más dichosa. ¡Quítame ese peso que me ha torturado el alma! ¡Que mis lágrimas de arrepentimiento laven mi culpa! ¡Y por amor de Dios perdóname!

—Con mil amores, mi vida; yo te perdono, y en prueba de ello ven a mis brazos;

te estrecharé contra mi pecho, pues en este instante olvido el grave pesar que me has causado.

—¡Gracias, Dios mío! —prosiguió diciendo Amparo—. ¡Jamás dejaré de bendecirte! Soy la criatura más feliz de la tierra, sí, la más dichosa, ¡mamá de mi alma! —y llorando de regocijo se arrojó delirante a sus brazos.

Siguieron hablando de cosas diferentes, y mientras se metió con sus hermanas a acabarse de peinar, saliendo a poco muy alisada luciendo un par de trenzas muy finas y abundantes.

Al entrar se la quedó mirando con fijeza el papá y exclamó:

—¡Qué felices recuerdos me trae a la memoria esta payita! Al verla con sus pulidos pies tan gorditos, su delgada cintura, cubierto el pecho con su mascada de la India, luciendo un par de blancos y torneados brazos, sus trenzas ambulantes; con ese rostro encantador y unos ojos tan picarescos y zaragates, me saca de quicio y con que tuviera un poco quebrado el pelo y se demostrara algún tanto desdeñosa y mesteña, ya está que era el vivo retrato de cierta cotorra; pero, hijita, el tiempo todo lo acaba; ya esa retama no huele y es fruto que se pasó.

—Qué coincidencias, Mariano —contestó la señora en el mismo tono—; igual pensamiento acabo de tener al ver entrar a mi hijo Lorenzo, pues sus maneras francas, su genio festivo, su presencia simpática, y que no es pedante, charlatán ni fastidioso, me trajo a la memoria que aquí en esta propia sala, conocí a cierto perico que se acababa a suspiros; me quería devorar con sus miradas; se desmechaba solito, y hacía tantos extremos para que le correspondiera, que todo él se volvía un terrón de amores; me pintó mil dorados ensueños de ventura, ¿entiendes, Mariano?, pintadas ilusiones en que candorosamente cifré mi felicidad; pero, hijo mío, el tiempo todo lo muda, ya ese capulín se heló, no tiñe ni da color, y me fastidia por chinchoso.

—¿Y qué podrá hacer ese pobre perico para largar las Chinchas y no fastidiar a su cotorra?

—Cosa muy fácil, mudar de pluma.

—Entonces se quedará pelón y viejo.

—No, porque uno y otro volverán treinta años atrás, sus pensamientos no serán vanas ilusiones sino efectivas realidades, si ese perico se presta dócil a darle gusto a su cotorra.

—Hágase tu voluntad, vieja querida, y bendita tú eres entre todas las mujeres, amén.

—¿Hablas de veras, Mariano?

—Como lo oyes.

—Pues entonces seré la mujer más dichosa; vengan niñas a mudar de pluma; yo les voy a dar el ejemplo; fuera chinchas. —Y se metió para adentro seguida de sus hijas desabrochándose el vestido y quitándose la peineta—. Abajo túnicos, muchachas; se acabaron las catrinas; guarden esa ropa para los domingos, aquí están por demás esos adornos postizos y supercherías, esos sacos son propios para las

fodongas que se cubren con ellos los pies puercos y ropa mugrosa.

—Pero, mamá —decía Lola—, nunca he andado así, voy a tener mucho frío, a estar muy fea, es capaz que Enrique...

—También voy a desplumar a ese pollo, o que se largue a cantar a otro muladar, desde hoy en adelante ninguno de mi casa ha de ser moneda falsa, ni pan pintado.

No hubo escapatoria, y casi llorando se despojó Lola de sus adornos en medio de las risas y burlas de sus hermanas, apareciendo en la sala la señora con sus franelas, su rebozo de bolita, y sus hijas por el mismo orden con una chamarra de Lorenzo en una mano y otra de Ángel, diciendo:

—Mariano, ese saco que traes es el chinchoso, títalo y ponte esta chamarra, muda de pluma.

—Con mil amores, mi vida, cambio la lana del borrego por el pellejo del venado.

—Enrique —siguió diciendo la señora—; mi hija Lola es una pobre rancherita, si la estimas cambia también de pluma, porque a tu lado parecerá tu cocinera, ya ves, cada oveja con su pareja.

—El que manda, manda —agregó Lorenzo—, fuera faldoncitos, caballereo, si es que quiere no abandonar a su pichona.

—No sólo de pluma, hasta de mi propio pellejo cambiaría de buena voluntad —contestó Enrique, tirando su levita y poniéndose también de payo.

—Recoge esos trapos, Amparito —dijo la señora—, y entrégelos a nana Chenta para que frieguen el suelo. Abraza, Lola, a tu futuro, que yo hago lo mismo con mi viejo ranchero que hace treinta años que no lo veo; ¿qué haces, Mariano?, ¿qué ha sido de tu vida?

—Ya lo ves, bien mío, he vuelto al redil cual un hijo pródigo corrido del mundo, desengañado y...

—Y aquí encontrarás a quien te ama de nuevo, que nunca te olvidó y en silencio ha llorado tus desvaríos. —Y lo abrazó con ternura.

En la tarde se salieron a pasear por el campo admirando a todos Amparo con su destreza en el manejo de la escopeta y agilidad en el caballo. Muy temprano se recogieron, y a las cuatro de la mañana ya estaba la señora estirando sábanas y haciendo levantar a todas. Las obligó a irse a lavar la cara y brazos al arroyo; fueron a la ordeña a traer la leche para el desayuno; a cada una le dio su quehacer doméstico haciéndolas barrer, guisar, y todos los trabajos de la casa; de manera que en poco tiempo ya eran unas rancheras consumadas, tan hacendosas como bonitas y juiciosas. Lorenzo se salió con su suegro y Enrique al campo. Les manifestó sus proyectos, y desde luego conocieron sus acertados cálculos y buena disposición, pesándole al licenciado el haber sido tan necio sosteniendo un vano capricho.

—Mira, Enrique —le dijo—, desde este instante eres dueño de mi bufete, mis libros, y cuanto tengo en Morelia, si tienes aspiraciones y crees caminar con buena suerte en la ciudad, vete a establecer con tu esposa allá.

—Pero, señor, sólo sus libros valen un dineral y...

—¿Calculas que puedan valer más de cinco mil pesos?

—Sí, señor, muchísimo más.

—Pues recíbelos como una deuda sagrada que tu tío tiene contigo, por el dinero que de tus propios fondos recogió en Morelia hace seis años; yo soy su padre, y salvo ese compromiso de mi hijo.

—Yo no he tenido cuentas con mi tío, señor; ha sido para mí, mi padre, y a su cuidado y empeño debo lo poco que valgo.

—No entiendo de excusas —replicó el tata.

—El que manda, manda —dijo Lorenzo. Esto hizo callar a Enrique, y el tata prosiguió:

—No cabe duda, hijo mío, en que harás buena carrera; pero si quieres recibir un buen consejo de un viejo potreado por los negocios y desengañado por propia experiencia, anda a encajonar tus libros mientras arreglamos los casamientos, y vente a manejar personalmente la hacienda que pienso destinarte como la herencia perteneciente a tu esposa; he tenido treinta años de amarguras; he gastado la mejor edad de mi vida, y a pesar de haber caminado con mucha suerte, les confieso la verdad, me he visto en la necesidad extrema varias veces, de empeñar hasta mis libros, cosa que jamás hace un labrador con sus herramientas, pues el día que está más escaso, come gallinas o mata un borrego, y yo no podía mandar a que guisaran expedientes; he tenido clientes que después de mil exigencias me deben hasta el papel sellado que suplí para los escritos y actuaciones; en fin, negocios redondos bien apoyados en que palpable demostraba la justicia, me los han echado a rodar con una chicana de mala ley, y he tenido que estudiar ardides y razones ajenas del derecho para contestar de igual manera. Los más asuntos de las ciudades entre pollos de cuenta, no son más que caprichos. En ellos sólo abundan las chicanas, la mala fe, las sorpresas; en fin, negocios puercos que son ajenos de que los sostenga un hombre honrado; si quieres sólo encargarte de los justos, o son de gentes que es necesario la habilitación de pobres, o te quedas sin negocios; aprovecha tu juventud, vuélvete positivista y deja al mundo rodar.

—¿Qué dices, Lola? A tu decisión lo dejo —preguntó Enrique—, ¿quieres ser cortesana o ranchera?

—Lo que mi mamá disponga.

—Al hacerte tirar la levita —replicó la señora—, ya supondrás cuál es mi opinión.

—Pues mañana marcho a encajonar los libros, entregar expedientes, y desbaratar el bufete.

—Entonces —dijo el papá—, vamos a la parroquia a formalizar las presentaciones, y que les vaya dando nueces encarceladas a los guajolotes para tomar el mole de manos del Chango, que para eso se escupe la mano y uno se chupa los dedos.

A las cinco semanas estaba ya todo listo para los casamientos, y la víspera,

reunidos en familia, entró Lorenzo con dos cajitas en la mano, y dándole una a Enrique, le dijo a la vez que también le dio una talega con doscientos pesos:

—Enrique, esto es todo tu haber y cuanto he podido conservarte de lo que te pertenece.

—¿Qué es esto, tío?

—El dinero; es la remuneración que como uno de mis *todos* te corresponde por los buenos servicios recompensados por el gobierno.

—Pues, tío, renuncio de esa cantidad en favor de los demás, y acéptela para el resto de sus *todos*.

—Y esta cajita, ¿qué contiene? —exclamó Lola llena de curiosidad.

—Ábrela, Enrique —le ordenó su tío—; es una memoria de tu madre.

—Alhajas —replicó Lola, parándose con inquietud, y al abrir la tapa ambos se quedaron aterrados al ver una tierra amarillenta y uno que otro pedazo de hueso pulverizándose. Ella se retiró confusa, y Enrique besando respetuosamente un trozo de canilla y bañándolo con sus lágrimas, exclamó:

—¡Inanimados restos de mi idolatrada madre; yo los bendigo y los veneraré toda mi vida! ¡Gracias, tío Lorenzo, porque me ha conservado este tesoro que estimo en su justo valor! *Esto es cuanto poseo, querida Lola, y lo que puedo ofrecerte como donas*, tú que amas a tus padres conocerás su precio y sabrás darles el lugar que se merecen.

—Los acepto —respondió—, y desde ahora en la capilla serán depositadas estas reliquias para recordarnos que reclaman nuestras plegarias.

—Lo mismo te digo, Amparo —siguió diciendo Lorenzo—; tú sabes lo que haces con esta caja que deposita los restos de mi padre, por quien algunas veces lloramos juntos sobre su sepulcro.

—Vengan, Lencho, dámelos, que mucho tiempo hace que me pertenecen; trae tu caja, Lola, y vamos todos a tributarles a estas cenizas, el homenaje y oraciones que reclaman los difuntos. —En un lado del altar de la capilla fueron colocadas las dos cajitas, y desde entonces se estableció rezar el rosario y la estación a las ánimas en el oratorio, con todos los domésticos de la casa.

Al otro día todos sus sirvientes y gentes de las haciendas celebraban llenas de regocijo dos casamientos y un bautismo, reinando en todos los pechos el contento, sin más personas convidadas que la familia del señor don Manuel, su tutor de Enrique y la viejecita su mamá adoptiva, que estaba loca de gusto con su nuera, y fueron sus padrinos de casamiento.

—Tengan ustedes ese dinero que también les corresponde —dijo Lorenzo al tercer día a sus cachorros, dándole a cada uno sus doscientos pesos.

—Yo no necesito nada —respondió el Chango—; si su merced lo hace por despedimos, recuerde nuestro juramento de la cañada de las Torcazas, mas que nos maje a palos somos buenos escuintles y primero nos matan que largamos de la casa; póngame de guardacampo; écheme al tajo, pero no me desprecie.

—Sí, señor amo, por los huesitos que tanto estima y están en la capilla —agregó Simón—, mándeme tusar y mochar las orejas, déjeme para la trilla o póngame de dominguejo en los chilares para espantar los pájaros; pero no nos corra de su lado.

—Eso nunca, muchachos —repuso Amparo—; ustedes son mis hijos, forman parte de mi familia, y si se mueren...

—Los enzacato y los cuelgo en el zaguán —agregó Lorenzo—, ese dinero les toca porque son *unos* de mis *todos*, a quien ha premiado el gobierno.

—Pues entonces, señor —dijo el Chango—, ni a cuidado llega, *todos para uno, uno para todos*; reparta su merced ese dinero entre sus familias y asunto concluido; voy a dejarme jalar de mi hijo los cabellos.

—Y yo me arrebiato —agregó Simón—, me voy a limpiar al Tortuguillo antes de que me empiece a relinchar.

Los seiscientos pesos renunciados por Enrique y los cachorros, y cuatrocientos pesos más de dos bajas que hubo en esos días, fueron distribuidos entre los demás interesados. Don Antonio Delgado, en Tepustepec, fue fomentado con cerca de cuatro mil pesos de los que allí quisieron continuar reunidos; extendió sus siembras; aumentó sus crías; repuso su apero, y en poco tiempo volvió el rancho de su difunto hermano Alejo el Charro a estar en movimiento, animación, y sostener a la familia con algún descanso. A Lupe y Julita, que con otras familias formaban grupo, las estableció en la Villa; vendió el rancho de Chepe Botas y el Tapatío; les compró un mesoncito que dejó bien habilitado de pasturas, tienda y cocina, que entre las dos y demás viudas manejaban perfectamente, y con Camila hizo lo contrario, vendió las casas y le habilitó el rancho del señor Garduño; le puso un buen mayordomo; y ella, viva, muy trabajadora, económica, y semivaronil, todo lo cuidaba y atendía, logrando muy descansadamente sostener a los que le pertenecían, sin que Lorenzo, a pesar de sus muchas atenciones, dejara nunca de ir a dar sus vueltas, y mandar a Simón o el Chango a que las fueran a visitar. Enrique se radicó en la hacienda de Lola, con ella, nana Chenta, su pilmana, y tío Cancholo, otro criado viejo de la casa. En otra hacienda que se destinó para Aurelia, vivía Ángel y su esposa Ana María, hermanos de Lorenzo, y en la principal residían el amo grande, la señora, Amparo, Aurelia, que se apropió del Changuito hasta el extremo de constituirlo su heredero haciendo mutuo testamento, los cachorros, y Lorenzo, que en todo llevaba la voz, y por sus disposiciones progresaban todos los intereses a gran prisa, siendo él el primero en echar al olvido al difundo coronel Astucia, viviendo en una paz octaviana, gozando todos de perfecta tranquilidad y una vida pacífica. El tata recobró su buen humor; la señora su salud, y ambos tamaños de gordos andaban de visitantes de hacienda en hacienda, llenos de gusto, cargando nietos y nietas que empezaron a nacer de Amparo y Lola. He aquí el resultado de la vida privada de Lorenzo Cabello, que mientras exista será el *uno* de sus *todos*, y nunca olvida que con *astucia* y *reflexión*, *se aprovecha la ocasión*, y que metido en sus labores, manejando él mismo los intereses, ocupado en el fomento de los bienes y el bienestar de las familias, pudo después de

sus vicisitudes, trabajos, compromisos y cuanto le pasó, establecerse radicalmente, dominando a su mala estrella con la fuerza de voluntad, ciega confianza en Dios y en su Divina Providencia, a quien siempre invocaba en sus aflicciones. Vive aún, siendo amante padre, fiel esposo y amigo sincero de sus verdaderos amigos, ofreciéndose a las órdenes de las personas que lo honren con su amistad, en las haciendas que maneja, en un rinconcito del delicioso y ameno territorio de Michoacán.